



TESORON

DE

LES LAPIDES



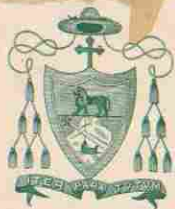
BS497

L3

v. 4

1882

008915



1080014701

EX LIBRIS

HEMETHERI VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

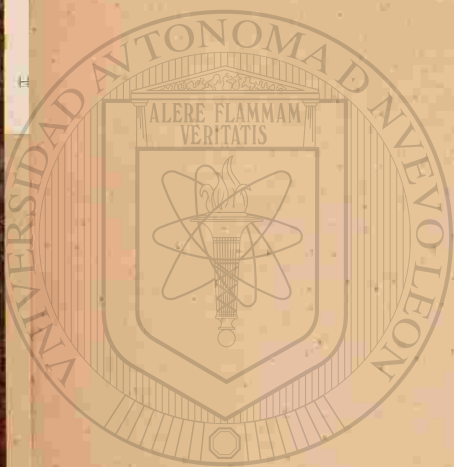


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





TESOROS

DE

CORNELIO A LAPIDE.

P-Z.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



TESOROS

DE

CORNELIO Á LÁPIDE,

EXTRACTO

DE LOS COMENTARIOS DE ESTE CÉLEBRE AUTOR SOBRE

LA SAGRADA ESCRITURA,

Por el Abate Barbier,

TRADUCIDA AL ESPAÑOL DE LA SEGUNDA EDICION FRANCESA

Por

D. Sáels Soler y Arqués,

Catedrático de Francés, individuo de la Real
Academia de la Historia, miembro de varias
Corporaciones científicas y literarias, etc.

SEGUNDA EDICION

TOMO CUARTO.



Capilla Mexicana
Biblioteca Universitaria



FONDO EMERITO
VALVERDE Y JELNER

MADRID.

BARCELONA.

Librería de D. Gregorio del Amo, calle
de la Puz, 6.

Librería de los Herederos de la viuda Pita
y de la Viuda e hijos de Sabirón.

1882.

45059

B5487

43

v.4



Es propiedad exclusiva del editor,

Juan Soler.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLO

VICH.

Imprenta y Librería de Juan Soler.



TESOROS

DE

CORNELIO Á LÁPIDE.

PALABRA DE DIOS.

M discurso y mi predicación, dice el gran apóstol á los Corintios, se fundan, no en palabras persuasivas de la sabiduría humana, sino en la manifestación del espíritu y del poder; á fin de que vuestra fe descanse, no en la sabiduría de los hombres, sino en la virtud de Dios.... Por lo que nosotros toca, no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios, para que conozcamos los dones de Dios que anunciamos, no con las doctas palabras de la sabiduría humana, sino según la doctrina del Espíritu Santo. Nosotros tenemos el espíritu de Cristo (1).

Veracidad y autoridad de la palabra de Dios.

Si nosotros mismos, escribió aquel apóstol á los Gálatas, os evangelizáramos; ó si un ángel del Cielo os evangelizase de diferente manera que os hemos evangelizado, caiga el anatema sobre el culpable. Como lo hemos dicho, así lo digo yo sin ambages: Si alguno os anuncia otro evangelio que el que ha-

(1) Sermo factus et predicatio mea, non in persuasivibus humanarum sapientiarum verbis, sed in ostentatione spiritus et virtutis; ut fides vestra non sit in scientiâ hominum, sed in virtute Dei. Nos autem nos spiritum hujus mundi accepimus, sed spiritum qui ex Deo est, ut sciamus que a Deo donata sunt vobis; que et loquamur, non in doctis humanarum sapientiarum verbis, sed in doctrina spiritus. Nos autem scimus Christi habemus.
1. Cor. 2. 4. 5. 12. 13. 15.

008415

beis recibido, anatematizado sea; porque os declaro, hermanos, que el Evangelio que os he predicado no es según el hombre. No es de un hombre de quien lo ha recibido y aprendido, pues ha sido por medio de la revelación de Jesucristo (1).

Habéis sido instruidos en Jesucristo según la verdad de la doctrina, escribe á los Efesios: *In ipso electi estis, sicut est veritas in Jesu.* (IV. 21).

Anuncia la palabra, dice á su discípulo Timoteo; insistió á tiempo y á contra tiempo, reprendió, suplicó, increpó en toda longanimidad y doctrina: *Predica verbum, in omni opportuna, inopportuna, argue, obsecra, increpa, in omnimodum doctrina.* (II. IV. 2).

Cuentan las Actas de los Apóstolos que el Señor dijo en visión á S. Pablo: No temas: antes bien habla y no calles; porque estoy contigo: *Dixit autem Dominus per visionem Paulo: Noli timere, sed loquere, et ne taceas: propter quod ego sum tecum.* (XVIII. 9-10).

Palabra de Dios, cuán grande y majestuoso es este título! Qué veneración y qué autoridad indica! Qué respeto impone! Es la voz de Dios: *Vox Domini.* (XVIII. 4).

La verdad del Señor permanece eternamente, dice el Real Profeta: *Veritas Domini manet in eternum.* (Psal. CXVI. 2). La palabra de Dios es la verdad misma.

La palabra del Señor permanece eternamente, dice también Isaías. Vosotros que evangelizáis á Sion, subid á la cubierta de las montañas; levantad la voz con fuerza y autoridad, vosotros que evangelizáis á Jerusalem, levantad la voz y no temáis. Decid á las ciudades de Judá: Ved á vuestro Dios (2). La boca de los apóstolos del Señor es como una aguda espada, dice en otra parte el mismo Profeta; son flechas elegidas reservadas en su aljaba: *Dominiis pennis ut nequam quasi gladium rotantem; pennisque sicut sagittam electam; et pharetra sua ascendit me.* (XLIX. 2).

El Señor extendió su mano, dice Jeremías, tocó mi boca, y dijo: Ya he puesto mi palabra en tu boca; ya en este día te he establecido sobre las naciones y los reinos, para arrancar y destruir, para perder y disipar, para edificar y plantar (3).

El sacerdote es otro Elias, un hombre de Dios, y la palabra del Señor es verdadera en sus labios: *Vir Dei es tu, et verbum Domini in ore tuo verum est.* (III. Reg. XVII. 24).

El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán, dijo Jesucristo: *Caelum et terra transibunt, verbum autem meum non preteribit.* (Matth. XXIV.

(1) Sed licet nos, ut angelus de Calo, evangelizet vobis postquam quod evangelizavimus vobis, amabimus aut. Sicut, postquam, et mane licet, dicit: Si quis vobis evangelizaverit proferat inquit acceptis auribus sit. Nolam enim vobis facio, fratres, Evangelium quod evangelizata est a me, quia non est secundoque hominem: quoniam enim ego ad hominem accepti illud, neque didici, sed per revelationem Jesuchristi. I. 8. 9. 11. 12.

(2) Verbum Domini manet in eternum. Super montes aereolam ascendit tu, qui evangelizans Sion: exalta in fortitudine vocem tuam, qui evangelizans Jerusalem: exalta, noli timere. In civitatibus Juda: Ecce Dominus vester. III. 8. 9.

(3) Ecce dedit verbum meum in ore tuo: neco constituit te hodie super gentes, et super regna, ut oves, et de stratas, et disperdas, et adifices, et plantes. I. 9. 10.

35). En verdad os lo digo. El cielo y la tierra no pasarán antes que toda la ley esté cumplida, hasta la última letra y el último punto: *Amen quippe dico vobis: Donec transeat Caelum et terra, tota unum aut unus apex non preteribit a lege, donec omnia flant.* (Matth. v. 18).

La palabra de Dios es tan excelente, que el profeta Isaías llega hasta celebrar los pies de los que la anuncian. ¡Qué hermosos son, exclama, qué hermosos son en las montañas los pies del que anuncia y predica la paz, anuncia el bien, predica la salvación y dice á Sion: ¡Tu Dios va á reinar! ¡*Quam pulchri super montes pedes nuntiantis et predicantis pacem, nuntiantis bonum, predicantis salutem, dicentis Sion: Regnabit Deus tuus!* (LII. 7).

La palabra de Dios, dice S. Pablo, es viva y eficaz, y más penetrante que una espada de dos filos; alcanza hasta la división del alma y del espíritu, de las articulaciones y de las médulas; y disciplina los pensamientos y los movimientos del corazón. Ninguna criatura es invisible ante ella pues todo está desnudo y descubierto á los ojos de aquel de quien hablamos (1).

La palabra de Dios es viva, para que creáis, dice Hugo de S. Victor; es eficaz, para que esperéis; es penetrante, para que temáis. Es viva en sus preceptos y en sus prohibiciones, eficaz en sus promesas y en sus amenazas, penetrante en su juicio y en sus condenaciones. Por ser la palabra de Dios viva, debemos creer que lo que promete es la verdad; porque es eficaz, debemos creer que cumplirá sus promesas; porque es penetrante y no puede ser engañado, debemos arrepentirnos de haberle ofendido, y guardarnos en adelante de ofenderlo de nuevo (2).

La palabra es el espejo del cristiano. Así como el espejo, dice Clemente de Alejandria, no es enemigo del hombre disforme por reproducirle tal como es, y así como el médico no es cruel para su enfermo, por anunciarle que tiene calentura, pues el médico no causa la calentura, y sólo se limita á anunciarla cuando existe; de la misma manera la palabra de Dios, que reprende y condena á aquel cuya alma está enferma, no es enemiga suya, sino que le manifiesta los pecados que ha cometido para que se corrija (3).

San Juan dice del Verbo de Dios hecho hombre, que en él se halla la vida, y que la vida es la luz de los hombres; que es la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo: *La ipso vita erat, et vita erat lux homi-*

(1) Vivus est sermo Dei et efficacis, et penetrabilior omni gladio accepit et peritagens usque ad divisionem animae de spiritali consurgit quoque ac medullarum, et discerit cogitationum et intentionum cordis. Et non est alla creatura invisibilis in conspectu ejus: omnia autem anda et aperta sunt oculis ejus ad quem nobis sermo. Hier. IV. 12. 13.

(2) Vivus est sermo Dei, ut credat; efficacis ut speret; penetrabilis, ut timeat. Vivus est in preceptis et prohibitionibus, efficacis in promissis et comminationibus, penetrabilis in iudicio et damnationibus. Quia quia vivus est sermo Dei, credendum est eum vera promittere, quia efficacis, credendum est eum promissis persequi quia penetrabilis est et falli non potest, cum effundat lucidum est, et de cetero attendere exortationem est. In Job. c. III.

(3) Sicut speculum non est malum deformi, quod ipsum ostendat quid sit et si cito medicus non est agrippa malum, quod et febrem annuntiet, non enim medicus est causa febri, sed ipse febrem arguit; ita nec is qui reprehendit, et male vult qui laborat animo, sed ea quae admittit, peccata ostendit, ad hoc ut avertat ad hominem stultum. Petag. lib. I. c. IX.

Excelencia de la palabra de Dios.

num, *Erat lux vera, quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* (J. 4-9). Esto constituye también la excelencia de la palabra de Dios; como Jesucristo, ella tiene en sí la vida y es la verdadera luz que ilumina el mundo, y disipa las tinieblas, donde estaba sumergido.

Entre la palabra de Dios y la luz existen admirables relaciones. La palabra de Dios es purísima; ilumina y penetra las inteligencias; es muy activa é impenetrable; desciende hasta las almas más manchadas, sin mancharse; se extiende á todo, y abraza el Cielo, la tierra, todos los siglos y la eternidad; lleva consigo la claridad, el calor, la fecundidad, la paz, la alegría y la dicha; resuscita á los que habían muerto para la gracia; presenta todas las cosas bajo su verdadero aspecto; y ha finalmente la vida y la fuerza á todos los corazones y á todos los espíritus....

La palabra de Dios, dice David, es una palabra casta, una plata examinada en el crisol, probada con el fuego, y purificada hasta siete veces: *Eloquium Domini, eloquia casta; argenteum igne examinatum, probatum, puratum septuagies* (XI. 3); purificada hasta siete veces, es decir, penetrada de los siete dones del Espíritu Santo....

Señor, dice el mismo profeta, no habéis mostrado con vuestra palabra el camino de la vida, y no os comaréis de alegría describiéndome vuestro rostro: *Notes mihi fecisti viam vitam; adimplexisti me iustitia cum cultu tuo.* (XV. 11).

La palabra del Señor es recta y alegre los corazones; los preceptos del Señor son luminosos, iluminan: *Iustitia Domini recta, iustificantes corda; preceptum Domini lucidum, illuminans oculos.* (Psal. XVIII. 9).

Los cielos, añade el Salmista, cuentan la gloria del Señor, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. El día habla al día, y la noche á la noche. No hay lengua ni idioma en el que no se oiga esta voz. Su brillantez ha recorrido toda la tierra, y las palabras que ha pronunciado, han resonado hasta los extremos del mundo. Dios ha colocado el pabellón del sol en medio de los cielos, y semejante á un rocío casado que sale del pecho nupcial, este astro se lanza como un gigante para recorrer su carrera. Parte de los extremos de la aurora, baja en los límites del poniente, y nadie puede librarse del calor de sus rayos. Tal es la ley del Señor, bella, pura y á propósito para convertir las almas; la palabra de Dios es fiel, y da sabiduría á los pequeños: *Lux Domini immaculata, convertens animas; testimonium Domini fidele, sapientiam præstans parvulis* (XVIII. 1-8).

La palabra de Dios, dice S. Agustín, no es más excelente que el cuerpo de Jesucristo; por esto debemos tener tanta solicitud en no dejar salir de nuestro corazón, entregándonos á otros pensamientos, la palabra de Dios que recibimos, como en no dejar caer en el suelo la menor partícula del cuerpo de Jesucristo, cuando nos lo distribuyen (1).

Poder y eficacia de la palabra de Dios. Dios habló, y el universo salió de la nada.... Habló, y aparecieron el sol, la luna y las estrellas.... Habló, y al formarse, el inmenso océano, respaldó sus

(1) Non est minus verbum Dei quam Corpus Christi; et ideo, quanta sollicitudine observamus quando nobis Christi corpus ministratur, ut nihil ex ipso in terram cadat: tanta sollicitudine observandum est ne verbum Dei quod nobis erigitur, dum aliquis expiamus, de corde nostro pereat. *Lib. Cleric.*

límites.... Dios habló, y la tierra fecundada produjo toda clase de frutos.... Habló, y creó al hombre rey del universo á imagen suya.... Dios habló, y las aguas del diluvio cubrieron la tierra.... Habló y el mar Rojo y el Jordán abrieron paso á los Israelitas.... Habló, y el Cielo dió maná durante cuarenta años; las áridas rocas arrojaron manantiales de agua viva; y los muros de Jericó se hundieron. Habló, y el Verbo eterno se hizo carne, y nos salvó á todos.... Dios habló, y doce hombres sin instrucción, sin fortuna, sin apoyo ni defensas, armados tan sólo con la palabra, destruyeron todos los obstáculos, derribaron los ídolos y los templos paganos, disiparon las tinieblas que desde cuarenta siglos cubrían la faz de la tierra, y esparcen por todas partes la luz del día de la eternidad haciendo que el universo pagano se convirtiera y se prosternara al pie de la cruz de Jesucristo.... Dios habla, y los nubes, la lluvia, el granizo, las tempestades y el rayo, están prontos á ejecutar sus órdenes.... Habla, y aparece el día sereno. Al fin del mundo pronunciará las siguientes palabras: Levantaos, muertos, y venid á juicio. Y de repente todos los muertos resucitarán y se hallarán reunidos al pie del trono del Juez Supremo. Marchamos en la carne, dice el Apóstol de las Gentes, pero no combatimos según la carne. Las armas de nuestra milicia no son carnales, pues consisten en el poder de Dios para la destrucción de las fortalezas. Vamos destruyendo los razonamientos y toda altura que se levanta contra la ciencia de Dios; reduciendo á cautividad toda inteligencia bajo la obediencia de Cristo, prontos á castigar toda desobediencia (1).

La fuerza y la eficacia de la palabra de Dios no sólo brillan en esta palabra tomada en sí misma, sino también en la predicación de que es objeto. Brillan: 1.º en que un pequeño número de Apóstoles, pobres pescadores, sin estudios, oscuros, juicios y rechazados por todo el mundo, sometieron á la cruz el mundo entero; 2.º en que vencieron y convirtieron á sus más mortales enemigos, dominante á los demonios, al pecado, la muerte y el infierno; á los príncipes, á los reyes, á los filósofos, á los oradores, á los griegos, á los romanos y á los bárbaros; las leyes, las costumbres, los juicios, las religiones más antiguas y más acomodadas á las pasiones, las preocupaciones, los vicios, las tinieblas, la ignorancia y todos los errores de tantos siglos.... 3.º En que han persuadido, convencido y hecho creer, no con la fuerza de las armas, de la sabiduría, de la elocuencia, ni del oro, sino con la simple predicación de la cruz.... 4.º En que tan pronto y en tan poco tiempo derramaron y establecieron la ley de Jesucristo en todo el universo.... 5.º En que, con la palabra de Dios, acompañada de la gracia de Jesucristo, triunfaron de las amenazas, de los tormentos y de mil géneros de muerte.... 6.º En que han hecho recibir y practicar la doctrina, no de un Dios lleno de gloria, sino de un Crucificado, haciendo que, con la simple palabra de Dios, el mundo crea que aquel Crucificado es el Salvador del mundo, obligado á los hombres á adorarle y haciéndolo admitir y practicar la ley de Jesucristo, opuesta á la naturaleza y á la carne.... 7.º En que los lobos se volvieron corderos, los perseguidores modelos de dulzura y ardientes defensores de la religión. (De S. Paulo.)

(1) In carne enim ambulantes, non secundum carnem militamus. Nam arma militum nostræ crucis sunt, sed potentia Dei ad destructionem munitionum, castella destruentes, et vimem altitudinem exhibentes se adversus excelsam Dei, et in captivitate redigentes omnem intellectum in obsequium Christi, et in promptu habentes alinet omnem inobedientiam. *II, Cor. X. 5-6.*

Muy bien da á conocer el poder y la eficacia de la palabra de Dios el cólera y grave Tertuliano: Salomon—dice—reñó, pero sólo en la Judea, desde Dan hasta Bersabé, Darío reinó en Babilonia y en el país de los Pastas, pero no en otra parte. Faraón reinó tan sólo en Egipto. Nabucodonosor vió que la Judea y la Etiopia formaban los límites de su imperio. El gran Alejandro no llegó nunca á poseer toda el Asia, y muchas veces las comarcas que subyugaba se emancipaban por medio de la rebelión. Lo mismo sucedió á los Germanos, los Bretanes y á los Mauritanos. Hasta el imperio de los Romanos tuvo también límites. Pero con el poder de la palabra de Dios, el nombre y el reino de Jesucristo se extienden por todas las regiones de la tierra, en él creen todos los pueblos, y todas las naciones le sirven; reina por todas partes, y por todas partes es adorado; rege á todos los hombres, y es rey, juez, dueño y Dios del universo. [Apolog.]

Reprended á los pecadores delante de todos los fieles, para que todos teman, dice el Apóstol á su discípulo Timoteo: *Nectantes coram omnibus argue, ut et ceteri timoré habeant.* (I. v. 20).

Voz del Señor en el poder; dice el Real Profeta; voz del Señor en la magnificencia: *Vox Domini in virtute: Vox Domini in magnificentia.* (XXVIII. 4). Voz del Señor que rompe los cedros; *vox Domini confringentes cedros.* (Ibid. XXVIII. 5). El Señor romperá los cedros del Líbano; los hará saltar como el arado, los hará tambalar como el cervato tiembla ante el gomo. Voz del Señor que entreaire los mares, y hace que broten llamas. Voz del Señor que commueve la soledad y arroja el espanto en los desiertos de Cadés. (Ibid. XXVIII. 6-7).

El Señor dará una voz llena de poder á los que evangelicen, dice el Salomista: *Dominus dabit verbum evangelizantibus virtute multa.* (LXVII. 42). Ved que dará á su voz la elocuencia de la fuerza: *Ecce dabit voci suae vocem virtutis.* (Psal. LXVI. 34).

En aquel tiempo, dice Isaias, se oirá la trompeta de la palabra de Dios y sus ruidosas sonidos; y los que se habían perdido en la tierra, vendrán y adorarán al Señor en la montaña santa: *In die illa clangetur in tuba magna, et recitent qui perierat fuerunt de terra, et adorabunt Dominum in monte sancto.* (XXXVII. 13).

No son mis palabras como el fuego y como el martillo que rompe la piedra; dice el Señor por boca de Jeremias: *Numquid non verba mea sicut quercus ignis, et quasi malleum conterere petram?* (XXIII. 29).

Toda escritura inspirada por Dios, dice S. Pablo á su discípulo Timoteo, es útil para enseñar, para reprender, para enmendar y para instruir en la justicia, á fin de que el hombre de Dios sea perfecto y apto para toda obra buena (4).

La palabra de Dios, dice S. Ambrosio, es un fuego que abrasa para purificar la conciencia del pecador, pero no para perderla: *Urit sermo divinus, ut*

(1) Omnis scriptura divinitus inspirata utilis est ad docendum, ad arguendum, ad corripiendum, ad erudiendum in iustitia; ut perfectus sit homo Dei, ad omne opus bonum instructus. II. III. 16-17.

corrigit conscientiam peccatoris; non exurit ut perdat. (In Psal. CXVIII. serm. XVIII).

En guardar la palabra de Jesucristo consiste el perfecto amor de Dios, dice S. Juan; y en esto conocemos que estamos en él: *Qui autem servat verbum ejus, vere in hoc charitas Dei perfecta est; et in hoc scimus quoniam in ipso sumus.* (I. II. 5).

Señor, dice el Salomista, anunciaré vuestra palabra á los malos, y los malos se convertirán: *Docedo iniquos vias tuas, et impii ad te convertentur.* (I. 45).

Escucharé lo que el Señor diga ante mí, porque me hará oír palabras de paz sobre su pueblo y sus Santos, y sobre los que se han convertido de corazón: *Audiam quid loquatur in me Dominus Deus; quoniam loquatur pacem in plebem suam, et super Sanctos suos, et in eos qui convertuntur ad cor.* (Psal. LXXXIV. 9).

La palabra de Dios inflama, dice el Real Profeta: *Eloquium Domini inflammavit eum.* (LIV. 19).

El alma virtuosa, dice S. Bernardo, busca aquella palabra que corrige, instruye é ilumina, fortifica la virtud, reformo las costumbres y dispone á la sabiduría, adorna el corazón, yne el alma á Dios, la fecundiza en obras buenas y colma de dicha. (Serm. LXXIV).

Eran atacadas en odio á vuestra palabra, Señor, dice la Sabiduría, y de repente se salvaban: *In memoria sermonum tuorum examinabuntur, et velociter salvabuntur.* (XVI. 11). Porque vuestra palabra conserva á los que en Vos creen: *Sermo tuus hos, qui in te crediderunt, conservat.* (Ibid. XVI. 26).

Has oído la voz de Dios, y has vivido, dijo Moisés al pueblo de Israel: *Audisti, et vivisti.* (Deuter. IV. 33). Hemos oído la voz del Señor nuestro Dios, dice el pueblo, y hemos experimentado que al hablar Dios al hombre, éste no pierde la vida: *Vocem ejus audivimus, et probavimus quod, loquente Deo cum homine, viveret homo.* (Deuter. v. 24).

El Señor, dijo Moisés al pueblo, os ha dado por alimento el maná que os era desconocido, y también lo era á vuestros padres, para demostraros que el hombre no sólo vive de pan, sino de toda palabra que sale de la boca del Señor: *Deiit tibi cibum manna, quod ignorabatis tu et patres tui; ut ostenderet tibi quod non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod egreditur de ore Dei.* (Deuter. VIII. 3). ¿Qué responsibé deserviero al tentador, que le decía: Si eres hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en pan. Está escrito, contestó el Salvador, que el hombre no sólo vive de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. (Matth. IV. 3-4).

La palabra de Dios mata á todos los enemigos del alma... El que escucha mi palabra, descansará sin temor, dice el Señor en los Proverbios, y libre de la aprehension de los males, disfrutará la abundancia: *Qui me audierit, above terrore requiescet, et abundantia perfuetur, timore malorum sublato.* (I. 33).

Si recibis mis palabras, hijo mio, si guardas mis preceptos en vuestro corazón, comprendereis entonces el temor del Señor, y hallaréis la ciencia de Dios: *Fili mi, si susceperis sermones meos, et mandata mea abosonderis penes te, tunc intelligis timorem Domini, et scientiam Dei invenies.* (Prov. II. 1-5).

Recibid, hijo mio, mis enseñanzas; inclinad vuestro oído á mi voz; mis

palabras con la vida para todos los que las hallan, y son la curación de toda carne: *Fili mi, occulta sermone meo, et ad eloquia inclina aurem tuam; vita enim sunt inventivibus ea, et univere carni sanitas.* (Prov. IV. 20. 22).

Si vuestro corazón está empedregado, dice S. Bernardo, acordaos de la Escritura, que dice: Dios hará oír su voz, y ablandará el corazón. (*Psal. CXVII.*) Y todavía: Al punto que mi predilecto me habló mi alma quedó enternecida. (*Cant. V.*) Si esis tibi, y temeis ser rechazado, no ceséis en la meditación de la palabra del Señor; y ella os abrasará, porque es todo fuego (1).

Las palabras cuerdas, y con mayor razón la palabra de Dios, son comparables á un panal de miel; dicen los Proverbios; son la alegría del alma, y la salud del cuerpo. (*XVI. 24.*) La miel alimenta, endulza y cura; y tales son también los efectos que obra la palabra de Dios... La miel cara, y la palabra de Dios, llena de suavidad, corrige las malas costumbres, endulza los pasaros, y los hace desaparecer; endulza los ojos, las amarguras, la ira y la envidia que atormentan el alma, la roen y la consumen. La miel alimenta; la palabra de Dios es un pan vivificante, al cual se puede aplicar lo que Jesucristo dice de la divina Eucaristía: El que como este pan, vivirá eternamente: *Qui manducat hunc panem, vivet in eternum.* (Joan. VI. 52). La miel fortifica, y la palabra de Dios aumenta las fuerzas del alma; la ayuda á obrar y á sostener grandes y penosos trabajos...

Toda palabra de Dios es una llama y un escudo, dicen los Proverbios: *Omnis sermo Dei ignitus, clypeus est.* (XXX. 5).

La palabra de Dios, dice S. Ambrosio, es un fuego bienhechor que exalta, y sólo sabe quemar los vicios. Este fuego purifica el alma y consume el error (2).

San Jerónimo dice que la palabra de Dios es llamada fuego, porque hace que el alma que la recibe sea semejante al oro purificado en el horno. (*In Psal. XVII.*)

La palabra de Dios es un fuego, porque consume y destruye el moño y las inmundicias del pecado, de las pasiones y de los vicios...

También llaman á la palabra de Dios flecha, porque da una muerte segura al espíritu orgulloso y al corazón corrompido.

A propósito de las palabras del Salviata: *Sagitta tuo infans sunt mihi* (XXXVII. 3). Las flechas del que es poderoso son agudas y devoran como carbones ardientes; S. Agustín dice de un modo admirable: Las flechas agudas del que es poderoso, son las palabras de Dios. He aquí que aquellas flechas son heridas y atraviesan los corazones; pero, cuando los corazones son heridos por las flechas de la palabra del Señor, el amor nace en ellos, y la muerte se aleja. El Señor sabe lanzar flechas para hacerse amar, y nadie alcanza mejor que él este objeto (3).

(1) Si cor tuum induratum est, umentio Scripturae dicentis: Emittit verbum suum, et liquescit ea... Anima mea hignificata est ad eloquia manuum locutus est. Si liquida est, et evoni jam formidat, non discolas ab eloquio Domini; et inflammabit te, quia eloquium eius ignitum valde. *Serm. LXXIV.*

(2) Bonus ignis, qui calciferare novit, nocet exure nisi sola peccata. Mandat ergo hoc ignis animam, consumit errorem. *In Psal. CXVIII. serm. XVIII.*

(3) Sagitta potentis acuta verba Dei sunt. Ecce jaculantur et transigunt corda; sed, cum transita fuerint corda sagittis verbis Domini, amor excitatur; non inferius comparatur: novit Dominus sagittare ad amorem, et nemo pulchrius sagittat ad amorem. *In Psal. VII.*

Así declaró el ciego Didymo que la palabra de Dios es comparada al fuego, porque abrasa de tal manera el alma, que consume como paja los pensamientos y el amor de las cosas de la tierra: *Eloquia Dei dicuntur ignita, quia ita mentem succendunt, ut terrenarum verbum et cogitationum paleas comburant.* (*In Psal. XVII.*)

La palabra de Dios es de fuego, dice el autor de la *Cadena de los griegos*; es de fuego, porque devora todas las espinas y las malezas que nacen en el alma; desprende lo que halla en ella puro, y proporciona la salvación... La asimilación de la palabra de Dios por el fuego indica la eficacia y la fuerza de penetración de la palabra de Dios que va hasta el fondo mismo del alma, la purifica, la ilumina, la abrasa y la diviniza. Haciendo derreír el oro y la plata, el fuego desprende toda la escoria y les da liviandez; abrasando el alma, la palabra de Dios la desembaraça de los malos efectos, y pone en su lugar sentimientos muy preciosos á los ojos de Dios y de los cristianos, sentimientos celestiales que transforman el hombre terreno y carnal en hombre santo. He aquí lo que expresan las palabras del profeta Malaquías, que dice al hablar de Jesucristo: Es un fuego que devora; estará sentado, derriéndolo y depurando la plata, y purificará á los hijos de Levi, como el oro y la plata pasados por el fuego; y ellos ofrecerán al Señor sacrificios de justicia (2).

La palabra de Dios, dice Solomo, es llamada por la Escritura fuego y escudo, porque abrasa con el fuego de la caridad los corazones elegidos que cifran su esperanza en Dios, y los ilumina con la ciencia de la verdad; porque consume el moño de los vicios que empuñan en ellos, y los purifica; y finalmente porque los protege contra todas las emboscadas de sus enemigos, y contra todas las adversidades (3).

La palabra de Dios le alimentará con el pan de vida y de inteligencia, dice el Eclesiástico; le dará á beber el agua de la sabiduría y de la salvación; se arraigará en él, y no será ya removido. Le sostendrá, y no será confundido; lo pondrá en honor entre sus parientes, y abrirá los labios en medio de la asamblea; lo llenará del espíritu de sabiduría y de inteligencia, y le cubrirá con un vestido de gloria. Le acudará tesoros de regocijo y de alegría, y le hará dueño de un nombre eterno. Los hombres insensatos no comprenderán esta palabra vivificante; pero los hombres prudentes irán á su encuentro... Los temerosos no se acordarán de ella; pero los hombres sinceros la tomarán por defensa, y andarán felizmente hasta la presencia de Dios. (*XV. 3-6.*)

Condúcese como la lluvia mi doctrina; dérramese mi habla como rocío, como lluvia sobre yerba, y como lluvia sobre grama: *Concrevet ut pluvia doctrina mea, sicut ut ros eloquium meum, quasi imber super herbas, et quasi stilla super graminum.* (Deuter. XXXII. 2).

(1) Ipse enim quasi ignis confans; et emundans arguunt; et purgabit sicut Levi, et colabit eos quasi aurum et quasi argentum; et erunt Domino offerentes sacrificia iustitiae. *III. 2-3.*

(2) Sermo divinus succendit, ledicos ignem et rhybus dicitur, quia corda electorum, qui spem suam in Deo ponunt, et igne charitatis accendit, et scientia veritatis illuminat; et serpes vitiorum quas in eis reperit, consumit et purgat; ac ab insidiis hostium cunctaque defendit adversitatibus. *In Epist. ad Ephes.*

La asimilación de la palabra de Dios á la lluvia y al rocío indica: 1.º la abundancia de sabiduría que se halla en la palabra de Dios...; 2.º su sacridad...; 3.º su fecundidad...; 4.º su origen...; viene del Cielo, y no de la tierra: por esto llama S. Gregorio á los doctores y predicadores *huyales*, es decir, estrellas de la lluvia. (In Psal.) El Señor, dice el Eclesiástico, dirigirá los consejos y las instrucciones del sabio y meditará los secretos de Dios: *Et ipse diriget consilia ejus, et disciplinam, et in abundantia misericordiarum suarum.* (XXXIX. 10).

Derramando la divina palabra como una lluvia bienhechora, el cristiano produce tres frutos insignes: 1.º alaba á Dios con sabiduría; 2.º se conduce con prudencia, por el consejo y la dirección de Dios; y 3.º instruye y salva á su prójimo.

El Señor dirigirá los consejos y las enseñanzas del apóstol, y éste conducirá á sus oyentes de la expresión de su pensamiento á obras rectas, íntegras, sólidas y perseverantes; de tal manera, que sus discípulos no se conmoverán por la violencia de sus enemigos, por las tentaciones, ni por las pruebas... Manifestará la regla de conducta que brota de su doctrina, dice el Eclesiástico, y se gloriará en la ley de la gloria del Señor: *Ipse palam faciet disciplinam doctrinae suae, et in lege testamenti Domini glorietur.* (XXXIX. 41). La multitud alabaré su sabiduría, que jamás caerá en olvido: su recuerdo no se borrará de la memoria de los hombres, y su nombre será transmitido de generación en generación. Las naciones contarán su sabiduría y la asamblea de los ancianos celebrará sus alabanzas: Mientras viva, su nombre será más conocido que el de mil otros, y cuando descansa, será dichoso. (Eccli. XXXIX. 12-15).

La palabra de Dios, dice Isaías, es una aguda espada y una flecha escogida: *Posuit os meum quasi gladium acutum, et posuit me sicut sagittam electam.* (XLIX. 2).

La palabra de Dios hiere y mata los pecados y los vicios, para que la carne, es decir, la vida animal perezca, y el espíritu viva. La predicación del Evangelio hiere los crímenes, las pasiones, las codicias y el infierno. Jesucristo lo expresaba diciendo: No penséis que he venido á traer la paz á la tierra; no he venido á traer la paz, sino la espada: *Non veni pacem mittere, sed gladium* (Math. X. 34); es decir, mi palabra hará guerra al demonio, al mundo perverso y á las pasiones brutales... De su boca, dice el Apocalipsis, sale una espada de dos filos: *De ore ejus gladius utraque parte acutus eribat.* (I. 16). La palabra de Dios es, en efecto, un arma que sirve para dos objetos: destruye los vicios, y protege las virtudes...

En este orden de verdades entra el gran apóstol cuando dice: Armaos con la armadura de Dios, para que podáis resistir el día de prueba y permaneceris firmes. Sed firmes, cubiendo vuestros ríñones con la verdad, poniendo la coraza de la justicia, y teniendo vuestros pies dispuestos á llevar por todas partes el Evangelio de la paz. Para todas las cosas tomad el escudo de la fe, á fin de que podáis embolar todos los inflamados dardos del mal; tomad también el casco de la salvación, y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios. (Ephes. VI. 13-17).

Jesucristo es la espada del Padre, una flecha brillante y escogida de que se han servido los apóstoles y los demás Santos, flecha de amor oculta en la aljaba de su humanidad. El Verbo envía esta flecha donde quiere; la hunde con su palabra, con la adversidad y las aflicciones; con ella hiere, penetra, abre las almas de los fieles, y destruye sus vicios y sus impertinencias. Así habian S. Jerónimo, S. Crisóstomo y S. Cirilo. Herido por esta flecha, Jeremías decía: He ballado el reposo tomándome por pastor: *Non sum turbatus, te pastorem sequens.* (XVII. 16.); y David: Mi alma se ha adherido á vos: *Adhaesit anima mea post te.* (LXX. 9.); y S. Pedro: Señor, ya sabéis que os amo: *Domine, tu scis quia amo te.* (Joann. XX. 15.); y S. Pablo: ¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? *¿Quis nos separabit á charitate Christi?* (Rom. VIII. 35.); y la Espina de los Cantares: Languidez de amor: *Amore lingueo.* (II. 5). El amor de Dios y de Jesucristo, tal es la flecha que vivifica da odo la muerte; vivifica la virtud, y da muerte al pecado, dice S. Ambrosio. (In Psal. EXVIII).

¿Qué felices son los heridos y abatidos por esta flecha! exclama Orígenes. (In Psal. XXXVIII). Penetró en el corazón de Magdalena, de Pedro, de Saulo, de Agustín y de todos los pecadores convertidos: ¿Quién la envía? La palabra de Dios.

Y el la voz de uno de los cuatro animales, y era semejante al ruido del trueno, y dijo: Venit y ved. Y vi, dice S. Juan en el Apocalipsis; y he aquí que apareció un caballo blanco, y el que estaba encima tenía un arco, y le dieron una corona, y paró: vencedor para vencer de nuevo: *Et audivi unum de quatuor animalibus dicentem, tanquam vocem tonitru: Veni, et vide, Et vidi, et ecce equus albus, et qui sedit super illum, habebat arcum, et data ei corona, et exivit vivens ut vinceret.* (VI. 1-2). Este caballo blanco es la figura de los apóstoles, de los doctores y pastores de todos los siglos. El que está encima, es Jesucristo; el arco y las flechas son la predicación del Evangelio; y la corona significa la victoria que alcanza la palabra de Dios, la conversión de los pecadores, y el triunfo, que es su consecuencia.

El Señor, dice Isaías, me ha dado una lengua elocuente para sostener con mi palabra al que está afligido y abatido: *Dominae dedit mihi linguam eruditam, ut sciam sustentare eum qui lassus est verbo.* (L. 4).

Prestad oído y venid á mí, dice el Señor por boca de Isaías: oíd, y vuestra alma vivirá; y estableceré con vosotros la eterna alianza de misericordia prometida á mi siervo David: *Inclinate aurem vestram, et venite ad me: audite, et vivet anima vestra; et feriam voluntatem pactam sempiternam, misericordiam David fideles.* (LV. 3).

Así como la nieve y la lluvia bajan del cielo, y no vuelven allí, sino que penetran la tierra, la fecundan y hacen germinar la simiente, esperanza del labrador, dice el Señor por boca del mismo profeta: Mi palabra no volverá á mí sin haber producido fruto, cumplirá lo que he querido, y prosperará en aquellos á quienes la he enviado. Saldréis en la alegría, y andaráis en la paz; y el Señor será conocido bajo un nombre eterno que nada podrá borrar. (LV. 10-13).

Oíd mi palabra, dice el Señor por boca de Jeremías, y seréis mi pueblo; y seréis mi pueblo; y andad por la senda que os he prescrito, para que todo

os salga bien: *Audite vocem meam, et ero vobis Deus, et vos eritis mihi populus; et ambulabo in via quam mandavi vobis, ut bene sit vobis.* (VII. 23).

He encontrado vuestras instrucciones, Señor, dice Jeronimo, y me ha alimentado de ellas; y vuestra palabra ha venido á ser la alegría y las delicias de mi corazón: *Inveni sunt sermones tui, et comedi eos; et factum est mihi verbum tuum in quiescentium et in letitiam cordis mei.* (XV. 16).

La palabra de Dios, dice S. Bernardo, es viva y eficaz, así que entra en el alma, la saca de su marasmo, mueve, ablanda y hiere el corazón, ese corazón endurecido, ese corazón de piedra y siempre enfermo. Empieza también á armar y á destruir, á edificar y á plantar, á regar lo que era árido, á iluminar lo que estaba en las tinieblas, á abrir lo cerrado, á abarvar lo helado, á enderezar lo torcido, y á allanar los caminos tortuosos; de tal manera que entonces el alma bendice al Señor, y todas sus facultades alaban su santo nombre (1).

Hé aquí en la mozañá los pies del que evangeliza, del que anuncia la paz, dice el profeta Nahum. Celebra, Judá, las solemnidades, cumple tus votos, porque Babilon pasará ya en medio de ti; ha perecido enteramente (2).

Si escuchan y observan la palabra del Señor, dice Job, pasarán sus días en la felicidad, y sus años en la gloria: *Si audierint et observaverint, complebunt dies suos in bono, et annos suos in gloria.* (XXXVI. 14).

Bienaventurados, dice Jesucristo, bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la practican: *Beati qui audiant verbum Dei, et custodiant illud.* (Luc. XI. 28).

El título de Madre, dice S. Bernardo, de nada hubiera servido á María si no hubiese tenido la dicha de llevar á Jesucristo en su corazón antes que en su seno. María es pues más bienaventurada por haber recibido la fe de Cristo que por haberle dado un cuerpo (3).

Oid á Jesucristo: En verdad, en verdad os lo digo: Si alguno guarda mi palabra, jamás verá la muerte: *Amen, amen dico vobis: Si quis sermonem meum servaverit, non gustabit mortem in eternum.* (Joan. VIII. 51). Si alguno me ama, ámate, guardaré mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos á él, y en él permaneceremos: *Si quis diligit me, sermonem meum servabit; et Pater meus diligit eum; et ad eum venimus, et mansionem apud eum faciemus.* (Joan. XIV. 23). ¡O preciosa promesa! La angusta Trinidad viene á nosotros cuando nosotros vamos hacia ella, dice S. Agustín; viene á nosotros para ayudarnos, iluminarnos, y llenarnos de gracia; vamos á ella obedeciendo, considerando, y comprendiendo: *Venimus ad nos, dum venimus ad*

(1) *Vivam et efficitur est Dei verbum: moxque ut intus venit, expurgat dormientem animam; movet, et movet, et vulnerat cor, quocumque durum lapideumque erat, et male sanum. Coram quoque ostendit, et destruit, et edificat, et plantat, rigat arida, tenetque illuminat, clausa reaperit, frigidum illuminat, aereum et nitidum prava in directa, et sepe in vias plenas: in hi benedictus anima Dominus, et amnis que intus sunt, omnia sancto eius. Serm. LXXV.*

(2) *Ece super montes pedes evangelizantis et ammonitantis pacem; celebra, Iuda, festivitates tuas, et reddet vota tua; quis non adjiciat ultra, ut pertranseat in te Babilon; universus inferat. I. 16.*

(3) *Materiam prophetias nihil Mariæ proficiat, nisi sollicita Christum coedo quam carne gestasset. Beatus ergo Mariam percipiendū idem Christi, quam concipiendū carnem Christi. Serm. LXXV.*

ess; veniunt subveniendū, illuminandū, implandū; venimus obediendū, intusendo, capiendū. (Tract. LXXVI. in Joan.)

La fe viene por el oído, y el oído por la palabra de Cristo, dice S. Pablo á los Romanos: *Fides ex auditu, auditus autem per verbum Dei.* (X. 17).

Los escritores inspirados han consignado en los sagrados libros la doctrina de la subiduría y de la ciencia. ¡Dichoso el que se ocupa incesantemente en tan útiles enseñanzas! dice el Eclesiástico. El que las conserve en su corazón, será siempre sabio, y si las pone en práctica, estará dispuesto para todo, porque la luz de Dios guiará sus pasos (1).

¡Qué inapreciables ventajas proporciona la palabra de Dios! ¡Qué dichosos efectos, qué abundantes frutos produce, si nos hallamos dispuestos á recibirla y á aprovecharnos de ella!...

La palabra de Dios es una semilla, dice Job: *Semen est verbum Dei* (Luc. VIII. 14).

Entre la semilla y la palabra de Dios se hallan las relaciones siguientes:

- 1.ª Así como la simiente es arrojada en la tierra, la palabra de Dios es arrojada en las almas, que son los campos del Señor... 2.ª La simiente confiada á la tierra germina; la palabra de Dios debe germinar en nuestros corazones... 3.ª Los simientes contienen en germen todos los vegetales; la palabra de Dios es el principio de todas las virtudes y de todas las gracias... 4.ª Sin las semillas que se coulan á la tierra, no produciría ésta más que espinas y malas yerbas: si la palabra de Dios, nuestros corazones no conocerían más que pecados sin ninguna virtud... 5.ª Para fructificar la semilla exige una tierra buena: para dar nacimiento á las virtudes, la palabra de Dios quiere almas dóciles y bien dispuestas... 6.ª Antes de producir, la tierra debe cultivarse: para que la palabra de Dios sea fecunda, debemos cultivar nuestros corazones con el arado de la penitencia... 7.ª La simiente necesita lluvia y sol: el alma necesita que la palabra de Dios derrame sobre ella la lluvia de la gracia, la luz de las buenas inspiraciones, y los rayos de la claridad... 8.ª Para multiplicarse, la semilla debe despojarse de su envoltura y morir; para que la simiente de la palabra de Dios multiplique en nosotros sus efectos, es menester que nuestra alma se despoje de las afecciones de la tierra y que muera para sí misma... 9.ª La semilla debe germinar, desarrollarse, crecer y madurar: la palabra de Dios debe seguir la misma marcha en nuestros corazones... 10. Toda, el poder de la planta y de sus flores, del árbol y de sus frutos está en la semilla; todas las virtudes están en la palabra de Dios... 11. Cada semilla produce un vegetal; cada una de las sentencias del Evangelio produce su fruto, la fe, la esperanza, la caridad, la humildad, la obediencia, la sumisión, la pureza, etc... 12. Es necesaria la union de la simiente y de la tierra para que aquella se desarrolle y fructifique: es necesaria que el alma se una á la palabra de Dios para que esta palabra produzca un céntuplo... 13. La tierra produce en razón de su bondad y de su cultivo: la palabra de Dios obra en un corazón según sus disposiciones...

(1) *Doctrinam sapientie et disciplina scripta. Beatus qui in istis verbis bonis: qui ponit illa in corde suo, sapiens erit semper. Si enim hæc fecerit, ad omnia valebit, quia lux Dei vestigiis ejus est. L. 29-31.*

La palabra de Dios es una semilla.

Necesidad que Si evangelizo, dice el Apóstol, la gloria de él y no me pertenece; es para mí una necesidad: *Justificatio de mi si no evangelizarem. Si evangelizarem, non est mihi gloria; necessitas enim mihi incumbit: in enim mihi est, si non evangelizarem.* (I. Cor. IX. 16).

Hemos de cuidar de no corromper la palabra de Dios. No somos como moches, dice el mismo apóstol, que adulteran la palabra de Dios; sino que hablamos en Cristo, con sinceridad, como de Dios, y ante Dios: *Non sicut, sicut adulterantes verbum Dei; sed sicut ex Deo, coram Deo, in Christo loquimur.* (I. Cor. II. 17).

Así como las aguas de una fuente corren siempre, aunque nadie se aproveche de ellas, dice S. Crisóstomo, el predicador debe siempre cumplir su deber, y anunciar la palabra de Dios, aun cuando pocas personas le escuchan y se convierten. *(Homil. I. de Lazaro).*

Tomad por modelo, dice S. Pablo á Timoteo, las palabras sanas que de mí habeis oído, en la fe y el amor que están en Jesucristo: *Formam habe sanorum verborum que a me audisti in fide et in dilectione in Christo Jesu.* (II. I. 13). Conservad por medio del Espíritu Santo, que habita en nosotros, el buen depósito que os he confiado: *Bonum depositum custodi, per Spiritum Sanctum, qui habitat in vobis.* (Ibid. II. I. 14). Sufred el trabajo, como buen soldado de Cristo: *Labora sicut domus miles Christi.* (Ibid. II. II. 3). Tened mucho cuidado de ser á los ojos de Dios fiel dispensador de la palabra de verdad. Evitad los discursos vanos ó profanos: *Sollicite eua te ipsum exhibere Deo recte tractantes verbum veritatis. Profana et vaniloquia devito.* (Ibid. II. II. 15-16). Anunciad la palabra; insistid oportuna é inoportuna; reprended, suplicad é increpad en toda oportunidad y doctrina: *Prædica verbum; in omni opportuna, importuna, argue, obsecra, increpa, in omnipotentia et doctrina.* (Ibid. II. IV. 2).

Vosotros, escribe aquel apóstol á su discípulo Tito, derramad la sana doctrina: *Tu autem loquar sanam doctrinam* (II. 1).

Si alguno habla, dice el apóstol S. Pedro, sea su palabra como de Dios; *Si quis loquitur, quasi sermones Dei.* (I. IV. 11).

Estad alerta, dice el Señor en el Apocalipsis al Obispo de Sardis, y acordaos de lo que habeis recibido y oído; y guardadlo: *Esto vigilans; in mente habe qualiter accepisti, et audivisti, et serva.* (III. 2-3).

No le es lícito al que ha sido puesto como dispensador de la palabra de Dios, descuidar el sagrado cargo de la predicación; á él se le ha mandado alimentar el rebaño de Jesucristo. Apacentad mis ovejas, dijo Jesucristo á Pedro, *Pascite oves meas* (Joan. XXI. 17). Apacentad el rebaño que os he confiado, dice el apóstol S. Pedro, velando y constituyéndoos en modelo del rebaño: *Pascite qui in vobis est grex Dei, prudentes; forma facti greges ex animo.* (I. V. 2-3).

Los labios de los sabios verterán ciencia, dicen los Proverbios: *Labia sapientium disseminabunt scientiam.* (XV. 2).

Los predicadores deben imitar al labrador que siembra el grano: 1.º El labrador limpia su simiente, y la separa de la zizania; el predicador debe separar la palabra de Dios de todo error... 2.º El labrador lleva consigo el grano

que arroja á la tierra: el que está destinado á derramar en los corazones la divina simiente, debe empezar por poseerla por medio del estudio y de la piedad... 3.º El labrador espere la semilla con liberalidad, esperando una abundante cosecha; el predicador debe derramar también con gozo y abundancia la palabra de Dios en las almas, confiando en una abundante cosecha para él y sus oyentes en esta vida, y sobre todo en la eternidad...

No añadais nada á las palabras del Señor, dicen los Proverbios, para que no se os reprenda y halle en la mentira: *Ne addas quicquam verbis illius, et arguaris inventariusque mendax.* (XXX. 6).

Ya lo he dicho: Desgraciado de mí por haber callado! *El dixi: Vae mihi, quia tacui!* (VI. 5).

Sube sobre la cumbre de la montaña, tú que evangelizas á Sion; levanta la voz con fuerza, dice el Señor por boca del mismo profeta... (XL. 9). Grita, y no te canses; haz resonar tu voz como el sonido de la trompeta; anuncia á mi pueblo sus crímenes, y á la casa de Jacob sus prevaricaciones; *Clama ne ceter; quasi tuba exalta vocem tuam; et annuntia populo meo scelera eorum, et domui Jacob peccata eorum.* (Isai. LVIII. 1).

El que tengo mi palabra, exprésese fielmente, añade el Señor por medio de Jeremías: *Qui habet sermonem meum, loquatur sermonem meum fere.* (XXIII. 28). Hijo del hombre, dice el profeta Ezequiel, te he puesto como centinela en la casa de Israel; oírás la palabra de mi boca, y les hablarás en mi nombre: *Fili hominis, speculatorem dedi te domui Israel; et audis de ore meo verbum, et annuntias eis ex me.* (III. 17). Si cuando dijo el impío: Sucumbiré á la muerte, no se lo anuncia, y no le hablas para que se retire de su camino impío y viva, el impío morirá en su iniquidad; pero te pedirá cuenta de su sangre: *Singulem autem ejus de manu tua requiram.* (Ibid. III. 18). Pero, si se lo anuncia al impío, y no se retira de su iniquidad, ni de su senda criminal, morirá en su iniquidad, y tu habrás salvado la alma: *Tu autem animam tuam liberasti.* (Ibid. III. 19).

Es pues necesario que el que tenga cargos de almas anuncie la palabra de Dios; pero es también necesario que el fiel escocha aquella palabra... Si no me escucháis, decía S. Agustín á su pueblo, no por esto me callaré; y salvaré mi alma; pero no quiero salvarme sin vosotros. Vosotros que no queréis curaros con vuestros enemigos del médico, y yo soy enemigo de vuestra enfermedad; vosotros aborrecéis el celo que pongo en advertiros, y yo aborrezco la peste que os mata (1).

Hay obligación de anunciar la palabra de Dios, de anunciarla á menudo y sin cansarse, de anunciar la verdadera palabra de Dios, y no ideas profanas ó errores, y de predicar con fuerza, prudencia y fuerza, sin temer á nadie más que á Dios.

El pueblo está por su parte obligado: 1.º á escuchar la palabra de Dios y á no cansarse de oírlo... 2.º á poner en práctica lo que el Señor ordena... y á persuadirse que ha de dar cuenta del alhijo que haga de la divina palabra. Hablaremos luego más extensamente sobre este particular.

(1) Si non non audieritis, et tamen ego non taceuro, liberabo animam meam; sed nolo salvus esse sine vobis. Tu inimicus es medico, ego morbo; tu diligenter curas, ego pestilentia tua. *Homil. XXVIII. Inter 1.*

¿Quién es el que anuncia convenientemente la palabra de Dios? Cuando enseñáis en la Iglesia, dice S. Jerónimo, arrancad gemidos del pueblo y no aplausos; sea vuestro elogio las lágrimas de arrepentimiento de vuestros oyentes. *Docente te in Ecclesia, non clamor populi, sed gemitus recitatur; lacryma auditorum laudes tue sint* (Ad Nepollitanum).

Estén siempre vuestros discursos sazonados con la sal de la gracia, dice S. Pablo, de tal suerte que sepáis como habéis de responder á cada uno. *Sermo vester semper in gratia vale sit conditus, ut scitis quomodo oporteat eos unicuique respondere.* (Colos. IV. 6).

Las instrucciones no deben ser demasiado largas para ser más agradables y aprovechadas: expone clara y brevemente lo que el Señor manda para que las almas débiles lo sepan y lo recuerden...

Aunque haya en un discurso grandes estudios, y un espíritu profundo y elocuente e inteligencia de la situación, si de él está ausente el Espíritu Santo, que da fuerza á las palabras, dice S. Jerónimo, todo es inútil y ocioso (1).

Se lee en las Actas de los Apóstoles que Herodes, cubierto con su manto real, se sentó en su trono, y arregló tan bien á los diputados de los irios y sidonios, que el pueblo exclamó: Esta es la voz de Dios, y no de un hombre. En aquel momento un ángel del Señor le hirió, porque no había tributado gloria á Dios; y Herodes murió devorado por los gusanos. (XII. 21-23). Los predicadores no deben perder nunca de vista este hecho, que puede servirles de provechosa enseñanza.

El que no oye la palabra de Dios en el fondo de su alma, la hará resonar en vano fuera de sí mismo, dice S. Agustín: *Verbi Dei inanis est forissecus predicator, qui non est intus auditor.* (Epist. CXXXII).

La acción es más poderosa que la palabra, dice S. Gregorio Nazianceno: *Optus sermone fortius est.* (Orat. XXVII). Predicar con el ejemplo es la mejor de las predicaciones. Aunque poseyerais en efecto la tierra toda, ¿qué fruto sacaríais si la dejáis inculta?...

San Vicente de Lerins decía: No prediquéis novedades pero decid las cosas de una manera nueva; es decir, hablad de modo que captéis la atención de vuestros oyentes: *Non dicat nova, sed nove.* (In ejus vita.)

El que tenga la sabiduría del corazón será elocuente, dice la Escritura. (Prov. XVI. 24).

Para que un discurso sea elocuente, es menester: 1.º que esté lleno de verdad y de prudencia...; 2.º que convenga á las circunstancias y á los oyentes; que todas sus partes se hallen dispuestas con orden; que sea claro, sólido y fácil de comprender...; 3.º que agrade...; y 4.º que salga de un corazón lleno de fe, de dulzura, de honrad y de caridad...

No sin razón comparo la Escritura un discurso á un panal de miel; porque 1.º Así como la miel es dulce, las palabras del orador deben estar llenas de dulzura... 2.º La miel es el delicioso resultado del trabajo de las abejas, que son modelo y símbolo de prudencia y de castidad; y el discurso debe partir de un alma prudente y pura... 3.º Las abejas componen su miel con el jugo de

las flores y de odoríferas yerbas; y asimismo conviene que un predicador sabio componga sus discursos con el auxilio de las perfumadas flores de la Sagrada Escritura, y de los santos Padres... 4.º El orador tiene que producir tres efectos: instruir, agradar y conmover; y la miel tiene también tres propiedades análogas: fortifica, dulcifica y cura... Escuchemos á S. Agustín, que ha estudiado tanto y pesa tan bien todos los secretos del arte oratorio. Un hombre elocuente ha dicho, y ha dicho bien, que para ser elocuente era menester instruir, agradar y conmover. Instruir es de necesidad, agradar es suavidad, y conmover es triunfar... (Epist. CXXXII). 5.º Las abejas hacen su miel con arte admirable: el orador debe también disponer su discurso con prudencia, orden y método; lo que dará á sus palabras un encanto poderoso y una dulce eficacia...

Aplízos, dice S. Ambrosio, á sacar de la palabra de Dios, que es toda fuego, tres efectos, que son: purificar, iluminar y abrasar. Para proporcionar á los oyentes esos tres bienes, es preciso tener la palabra de Dios en la boca, en el corazón y en las obras. La palabra de Dios debe iluminar el espíritu, estimular la voluntad y adornar la memoria. (In Psalm. CXVIII).

En un discurso, dice S. Agustín, hemos de amar la verdad, y no la gracia de la elocución: *In verbis verum amare, non verba.* (In Psalm. VII).

Un discurso limado y hecho con arte, quita mucho de su fuerza y de su relieve á las verdades que se omiten, dice S. Próspero: los pensamientos no se han hecho para las palabras, sino que las palabras se han hecho para expresar los pensamientos: *Sententiarum vivacitatem, sermo ex industria cultus emendat; non res pro verbis, sed pro rebus enuntiantis verba sunt instituta* (In Sentent.).

Un mismo discurso no conviene á todos, porque todos no tienen la misma edad, la misma inteligencia, el mismo carácter, la misma condición, la misma piedad, las mismas costumbres. Hay cosas que dañan á los unos y son útiles á los demás, así como hay yerbas que alimentan á ciertos animales y matan á otros. Un ligero sillido calma al caballo, é irrita al león; el remedio que disminuye una enfermedad, agrava otra; el pan que fortifica al hombre, mata al enfermo ó al niño de pecho. Hemos pues de preparar las enseñanzas y distribuir las con discernimiento, para dar á cada uno lo que le conviene: sin apartarnos no obstante de las reglas generales.

Muchas las recomendaciones admirables que S. Francisco de Asís hace á los predicadores de su orden: Quiero, carísimos hermanos, digo, que los ministros de la palabra de Dios sean de tal manera que, aplicándose á los estudios espirituales, no se inquieten por la demás, pues que habéis sido elegidos por el gran Rey para anunciar sus oráculos á los pueblos. El predicador pues debe bucar en oraciones secretas los sentimientos que luego ha de manifestar en sus discursos públicos; es menester que antes de hablar esté abrasado de amor de Dios, porque el ministerio de la palabra es venerable, y debe ser venerado. Los predicadores son los adversarios de los demonios y la luz del mundo. Los que se aplican á sí mismos y son los primeros en practicar lo que enseñan á los demás, merecen ser alabados; pero los que todo lo conceden á la predicación, y nada á la devoción, son malos obreros; y no puede lamentarse bastante la triste suerte de los que por una alabanza venden al demonio

(1) *Licet sit ample sermonis supplex, et inna profunda et eloquentia, et intelligentia, si non adit Spiritus, qui vim suppediat, otiosa sunt omnia. Ad Nepollitanum.*

sus trabajos. El oficio de la predicación es agradable al Padre de las misericordias, sobre todo si nos entregamos á él únicamente por espíritu de caridad, y empleamos el ejemplo, más bien que las palabras; las oraciones fervientes, más bien que las frases elocuentes y multiplicadas. Deberíamos llorar por el orador que buscase más bien elogios que la salvación de las almas, como por aquel que destruye con una vida desarreglada la autoridad de sus enseñanzas: un predicador sencillo y de poco talento, pero de mucha virtud, es preferible y alcanza infinitamente más fruto. El predicador sacrificado á la vanagloria es estéril: no se vanagloria de producir fruto; si lo produce, es perdido para él; pero ordinariamente es estéril para los demás, como para sí mismo, porque Dios no le bendice, ni bendice tampoco su ministerio. (*Opusc. collat. XVII.*)

San Buenaventura dice de S. Francisco de Asís: Su palabra era un fuego ardiente que penetraba en el fondo de los corazones y llenaba de admiración á sus oyentes. En sus instrucciones no se veía la acción del arte humano, sino el soplo de las inspiraciones y revelaciones divinas. Predicaba la verdad con una confianza imperturbable; no sabía respetar los vicios; los atacaba con firmeza, y no andaba á los poradores, sino que los perseguía vivamente para abatirlos y hacerlos santos. (*In eju. vita.*)

La fuerza de los oradores sagrados rasura y quema, dice S. Gregorio: quema con el deseo del bien que comunica, y resuena con la palabra que hace oír. Una predicación animada se parece pues al bronco candente: *Vix prae-dicantium et sonat et ardet: ardet desiderio: sonat verbo: es ergo candens est predicatio accensa.* (*Homil. III, in Exech.*)

Los que anuncian el Evangelio de una manera rebucada, con blandura ó temor, los que luchan de hallar en la predicación otro fruto distinto de la conversión de los hombres y de sus progresos espirituales, no comprenden lo que es la palabra de Dios, ni la dignidad del ministro de Jesucristo, ni la responsabilidad que sobre ellos pesa. Los apóstoles que verdaderamente merecen tal nombre, llevan á Dios consigo, le ofrecen, y le dan: ¡hay nada comparable á tan sublimes fueros!

San Bernardo enseña que los predicadores deben retirarse á la montaña con Jesucristo, es decir, dirigirse al Cielo con los deseos del alma y una vida santa, y tratar de alcanzar las más altas virtudes. (*Serm. in Paulm.*)

Los predicadores de la palabra de Dios deben: 1.º ser enviados de Dios, y servirle de instrumentos...; 2.º estar unidos á Dios con la oración y con una obediencia perfecta...; 3.º ser activos y celosos...; 4.º estar llenos de fuerza y de unción...; 5.º estar exentos de vicios y llenos de virtudes, para llegar á ser, como S. Juan Bautista, lámparas ardientes y brillantes...; 6.º deben lanzar sus flechas directamente al fin, es decir, herir el corazón, penetrarlo de temor y de amor de Dios, y no pararse en halagar simplemente los oídos....

Haced, ó divino Jesús, que seamos flechas abrasadoras, dardos poderosos y penetrantes para los pecadores. Á fin de que éstos puedan decir con la respuesta de los Cantares: Habelis herido mi corazón, languidezco de amor por Dios: *Vulnerasti cor meum, amore languet.* (*IV, 9; II, 5.*)

Una lengua sabia y elocuente es un don inestimable; hemos de orar todos los días para que el Señor nos la conserve, y decir con el salmista: Soberano maestro, ahírréis mis labios, y mi boca anunciará vuestras alabanzas: *Domine, labia mea aperies, et os meum annuntiabit laudem tuam.* (*I, 17.*)

Dios, dice S. Gregorio, abre los labios de aquel que reflexiona no sólo en lo que ha de decir, sino también cuándo, dónde y á que personas ha de decirlo. Sean pues todos vuestros discursos pesados en la balanza de la justicia, para que estén llenos de gravedad en el sentido, en las palabras y en la forma del orador. No hablemos más que cuando sea útil: examinemos si debemos pasar ó no en silencio tal ó cual asunto; si el momento es favorable para ocuparnos de ello, y si no nos extrimos bajo ningún concepto de las reglas de la prudencia, de la sabiduría, de la modestia y de la caridad. (*In Psalm. I.*)

Un médico hábil y compasivo que desea curar una cruel herida no se compadece con el único fin de compadecerse, ni tiene lástima del paciente con el único fin de tener lástima: lo mismo debe obrar el predicador. (*In Psalm. XVII.*)

San Bernardo enumera siete virtudes que debe poseer todo el que desea ser digno de anunciar la palabra de Dios: 1.º la contrición...; 2.º la devoción...; 3.º la penitencia...; 4.º el ejercicio de las obras piadosas...; 5.º el amor de la oración...; 6.º el hábito de la contemplación...; 7.º la plenitud del amor de Dios...

Enseñar y no oír, es no sólo no ganar nada, sino dañar al mayor número. Una condenación terrible está reservada al que compone tales discursos, y desuelda corroborarlos con sus obras.

El apóstol debe procurar manifestar la excelencia de los principios que quiere inculcar á los demás. No tendrá familia espiritual si mata con sus ejemplos á aquellos á quienes sus palabras hayan dado la vida; hará morir con la negligencia de su conducta á aquel que la vigilancia de su lengua haya engendrado (1).

El mismo Aristóteles declara que los que cuidan poco de conformar sus actos con sus palabras, destruyen la verdad. (*Anton. in Melis.*)

Nadie, á mi parecer, dice Séneca, daña más á los hombres, ni es más digno de castigo, que el que vive diferentemente de lo que recomienda: *Nullus peius mereri de omnibus mortalibus iudico, quam qui aliter vivunt quam videntem esse præcipiant.* (*In Proverb.*)

Los ejemplos de los que así obran, destruyen el efecto que han podido producir sus enseñanzas: apóstoles de la humildad se dejan guiar por el orgullo, y, no dejando de presentar la obediencia, la resignación, la pureza, la caridad; etc., como virtudes útiles, necesarias, admirables y fáciles, insultan aún con más fuerza lo contrario por medio de sus escándalos, y condenan ya sus obras con sus palabras, ya sus palabras con sus obras. Así, del conjunto de su vida sale una sentencia de reprobación; y en el día del juicio serán condenados tantas veces por su propia boca, cuantas hayan exhortado á su prójimo y la práctica de una virtud que ellos han desconocido...

Y ahora, dice el profeta Aggea, ved lo que dice el Señor de los ejércitos;

(1) *Docere et non facere, non solum nihil lucrí, sed etiam damni plurimum affert. Exandis enim condemnatio est componenti quidem sermonem suum, sed opere negligenti. Doctor ipse prior debet hominí ostendere, quod alios continet edocere. Doctoris progenies evadit, quando is qui per verbum suscipit, per exemplum uiscatur; qua, quam lingua vigilans gignit, vita negligentia occidit.* (*Líb. X. Moral.*)

Aplicad vuestros corazones á vuestras sendas; habeis sembrado mucho, y recogido poco... Aquel de vosotros que ha retenido un tesoro, lo ha colocado en una bolsa rota. (I. 5-6).

La cruz es un
predicador ex-
celente.

La palabra de la cruz, dice el gran apóstol, es locura para los que perecen; pero para los que se salvan, para nosotros, es la virtud de Dios: *Verbum crucis per omnibus stultitia est; his autem, qui salvi fiunt, id est nobis, Dei virtus est.* (I. Cor. 1-18). Nosotros predicamos á Cristo crucificado, escántalo para los judíos y locura para los gentios; mas para los que han sido llamados; tanto judíos como griegos, predicamos á Cristo, virtud y sabiduría de Dios, pues lo que parece locura en Dios, es más sabio que los hombres, y lo que parece debilidad de Dios, es más fuerte que ellos. (I. Cor. 1. 23-25).

¿Qué más dice, y qué nos predica la cruz? El amor infinito de Dios... la caída del hombre... sus crímenes, sus miserias... sus castigos... su resurrección... el precio y la necesidad de la penitencia, de los sufrimientos, de la resignación, del desprendimiento de la pobreza; la nada del mundo y de la vida... la fealdad del pecado... la hermosura de la virtud... el valor del alma, y la necesidad de la salvación...

Necesidad de es-
cuchar la pa-
labra de Dios
y de practi-
carla.

Desaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la practican, dice Jesucristo: *Beati qui audiant verbum Dei, et custodiant illud.* (Luc. XI. 28).

Los que escuchan la ley no son justos ante el Señor, dice S. Pablo á los romanos; pues tan sólo serán justificados los que cumplan la ley: *Non enim audientes legem iusti sunt apud Deum, sed factores legis iustificabuntur.* (II. 13). No todos los que dicen: Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos; pues sólo entrará en dicho reino el que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, dice Jesucristo: *Non omnes qui dicunt mihi: Domine, Domine, intrabunt in regnum celorum, sed qui fecit voluntatem Patris mei, qui in caelis est, ipse intrabit in regnum celorum.* (Math. VII. 21). Y ¿quién hace la voluntad de Dios, sino el hombre que se conforma con sus enseñanzas?...

Guardaos de rechazar al que os habla del Cielo. (Hebr. XII. 25).

Practicad la palabra, dice el apóstol Santiago, y no os limitéis á escucharla, engañándoos á vosotros mismos: *Estote factores verbi, et non auditores tantum, fallentes vosmetipsos.* (I. 22).

Recoged el fruto, y evitad la espina, dice S. Agustín, oyendo al que os dice cosas buenas, no limitéis al que obra mal: *Botram carpe, spinam cave; cum audis bona dicentem, ne vulturis mala facientem.* (Tract. XLVI. in Joann).

Se desprecia acaso el oro porque está envuelto en tierra? dice S. Crisóstomo. No, sino que se elige el oro y se deja la tierra. Así vosotros mismos recibid la doctrina, y dejad las malas costumbres. Las abejas chupan las flores y no hacen caso de sus tallos: coged vosotros también las flores de la sana doctrina, y no os cubleis de todo lo demás. (Moral.)

El que dice: Conozco á Jesucristo; y no guarda su palabra, es un mentiroso, y la verdad no está en él, dice el apóstol S. Juan: *Qui dicit se nosse eum, et mandata eius non custodit, mendax est, et veritas in eo non est.* (I. II. 4).

Sin el conocimiento de su Criador el hombre es un irracional, dice san

Jerónimo: *Abeque notitia Creatoris sui homo pecus.* (Comment. in Ioann).

Si cis hoy la vez de Dios, ablandad vuestros corazones, dice el Salmista: *Hodie, si vocem eius audieritis, nolite obdurare corda vestra.* (XCIV. 8). Meditaré vuestra palabra, Señor, y no la olvidaré jamás, dice el mismo profeta: *In justificationibus tuis meditabor, non obliviscor sermones tuos.* (CXVIII. 16). Cuidad de vuestros pasos al entrar en la casa de Dios, y acercaos á escuchar su palabra: *Custodi pedem tuum ingrediens domum Dei, et appropinqua ut audias.* (IV. 17).

Guardad en vuestro espíritu la palabra de Dios que recibis de la boca del predicador, dice S. Gregorio, porque la palabra de Dios es el alimento del alma. Sin embargo, así como el estómago enfermo rechaza el alimento que ha tomado, la memoria no conserva algunas veces las enseñanzas apostólicas. Pero es preciso desesperar ciertamente de la vida de cualquiera que no pueda digerir los alimentos (1).

Debemos amar la palabra de Dios. Descad mis palabras, dice el Señor; amadas, y tendréis la sabiduría: *Concupiscite sermones meos, diligite illos, et habebitis disciplinam.* (Sap. VI. 12).

Dios, dice S. Agustín, no manda nada imposible; sino que, al mandar, os da la fuerza para que os sea posible y pidáis la gracia de cumplir lo que no podáis, y que os ayude á obrar. *Deus impossibilia non jubet; sed jubendo movet, et facere quod possit, et petere quod non possit, et adjuvat ut possit.* (In Epistol. ad Rom.)

Mi yugo es suave, y ligera mi carga, dice Jesucristo: *Yugum meum suave est, et onus meum leve.* (Math. XI. 30).

Además de ser suave la palabra de Dios, la gracia acompaña siempre al que la recibe; y sabido es que con la gracia de Dios todo es posible...

La fe viene del oído, y el oído por la palabra de Dios, dice el Apóstol á los romanos: *Fides ex auditu, auditus per verbum Dei.* (X. 17). Pero digo yo: ¿No han oído ellos? Su voz ciertamente ha resonado por toda la tierra, y hasta los extremos del mundo: *Sed dico: Numquid non audierunt? Et quidem in omnem terram exiit sonus eorum, et in fines orbis terra verba eorum.* (Ibid. X. 18).

Id pues, dijo Jesucristo, y enseñad á todas las naciones: *Evadete ergo docete omnes gentes.* (Math. XLIII. 49). Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá en vosotros, dijo á sus apóstoles, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda la Judea, en la Samaria y hasta los últimos confines de la tierra: *Accipietis virtutem supervenientis Spiritus Sancti in vos; et eritis mihi testes in Jerusalem, et in omni Judea, et Samaria; et usque ad ultimum terrae.* (Act. I. 8).

Vuestra fe está anunciada en todo el universo, decía ya S. Pablo á los romanos: *Fides vestra annuntiatur in universo mundo.* (I. 8).

Desde los apóstoles hasta nuestros días el Evangelio ha sido anunciado por todo el mundo. Las persecuciones lo praeaban...

(1) Verbum Domini, quae ore percipitur, mente retinetur; cibum enim mentis est sermo Dei; et quasi accipiens cibum, stomachus languente, rejicitur quando auditus sermo in ventre memoriae non tenetur. Sed quisquis, alimenta non retinet, laevis profecto vita desperatur. (Homil. XIII. in Evang.)

Facilidad de
practicar la pa-
labra de Dios.

La palabra de
Dios llega á
todos los rin-
cones.

Dios ha muerto por la salvación de todos, dice el gran apóstol: *Pro omnibus mortuus est Christus.* (II. Cor. V. 14). Dios quiere, dice en otra parte, que todos los hombres se salven y lleguen á conocer la verdad: *Vult omnes homines saluos fieri, et ad agnitionem veritatis venire.* (I. Tim. II. 4).

Aquel Jesús á quien habéis crucificado, dijo S. Pedro á los judíos, es la piedra que, rechazada por vosotros, arquitectos, ha venido á ser el vértice del ángulo. No hay salvación en nadie más, ni debajo del Cielo se ha dado á los hombres otro nombre por medio del cual debamos salvarnos: *Et non est in alio aliquo saluus; nec enim aliud nomen est sub Cælo datum hominibus, in quo oportet nos saluos fieri.* (Act. IV. 11-12).

Punto que Jesucristo murió por todos los hombres, quiere salvarnos á todos, y no hay salvador en ninguno otro nombre: Jesucristo es da para á todos los medios suficientes para conocerle, amarle y servirle. Pero los demonios, las pasiones, las preocupaciones, el ejemplo y las palabras de los incrédulos y de los impíos son obstáculos para la salvación.

¿Cómo no ha de llegar á oídos de todos los hombres la palabra de Dios? Todo en el universo nos habla de él...

Los que no escuchan la palabra de Dios y dejan de practicarla son elegidos culpables y desgraciados.

La palabra de Dios, que reprende y hace mejores á los buenos, es insultable para los orgullosos, dice S. Cirilo: *Redargutio, quam mansuetos transfert in melius superbis intolerabilis esse solet.* (Homil.)

¿Cuán miserable es la conciencia que después de haber oído la palabra de Dios se cree ultrajada, exclama el venerable Beda: *Quam misera conscientia que, auditæ Dei verbo, contumeliam sibi fieri putat!* (In Evang.)

Los judíos tampoco, dice S. Pablo, us polían, ó más bien no querían sufrir aquella divina palabra: *Non enim portabant quod dicebatur.* (Hebr. XII. 20).

En nuestros días podríamos contar muchos oradores sagrados que predicaban en el desierto, ya porque nadie acude á oírlos, ya porque nadie se aprovecha de sus enseñanzas: *Vox clamantis in deserto.* (Isai. XL. 3).

¡Oh! ¡qué dignos de lástima son, qué ciegos y desgraciados los cristianos que no sacan ningún fruto de la predicación! El que me desprecia y no recibe mi palabra, dice Jesucristo, tiene un Jefe. La misma palabra que yo he pronunciado, le juzgará en el último día: *Quis spernit me, et non accipit verbum meum, habet qui iudicat eum; sermo, quem locutus sum, ille iudicabit eum, in novissimo die.* (Joan. XII. 48).

El santo anciano Simeón dijo de Jesucristo: Esto ha venido para la ruina y la resurrección de muchos: *Positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum.* (Luc. II. 34). Lo mismo sucede con su divina palabra: es la salvación de los que la escuchan y la practican; pero es la ruina de los indiferentes, de los incrédulos, de los impíos que la oyen y la desprecian. Es como la luz del sol que alegra y fortifica los ojos sanos, en tanto que hiera la vista débil y enferma. Es también como el fuego que purifica el oro y consume la paja...

Mi palabra no volverá á mí sin fruto, dice el Señor por medio de Isaiás, pues cumplirá mis designios: *Verbum meum non revertetur ad me vacuum, sed faciet quæcumque volui.* (LV. 14). Da nacimiento á frutos de bendición

en el alma de los que están bien dispuestos, y frutos de maldición en el corazón de los que abusan de ella...

El que no me ama, dice Jesucristo, no guarda mis palabras: *Qui non diligit me, sermones meos non servat.* (Joan. XIV. 24).

El que es de Dios, escucha la palabra de Dios, añade Jesucristo. Vosotros no oís, porque no sois de Dios: *Qui ex Deo est, verba Dei audit: propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis.* (Joan. VIII. 47).

Pregúntese cada uno si recibe en su corazón la palabra de Dios, y comprenderá de quién es, dice S. Gregorio, Jesucristo declara que la señal de la predestinación divina es oír la palabra de Dios, y obedecer sus santas inspiraciones; pero rechazarla es la señal de reprobación. (Homil. XVIII. in Joann.)

Soy el buen pastor, dice Jesucristo, y conozco á mis ovejas, y ellas me conocen: *Ego sum pastor bonus: et cognosco meas, et cognoscunt me meæ.* (Joan. X. 14). No creéis porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz; las conozco; y me siguen, y les doy la vida eterna, y no perecerán jamás, y nadie las arrancará de mi mano (1).

Nosotros somos de Dios, dice el apóstol S. Juan. El que conoce á Dios, nos escucha; el que no es de Dios, no nos escucha: ésta señal conocemos el espíritu de verdad, y el espíritu del error: *Nos ex Deo sumus. Qui novit Deum, audit nos; qui non est ex Deo, non audit nos; in hoc cognoscimus spiritum veritatis, et spiritum erroris.* (I. IV. 6).

Yo he nacido y he venido al mundo para rendir tributo á la verdad, dijo Jesucristo á Pilatos: todo el que pertenece á la verdad, oye mi voz. *Ego in hæc natus sum, et ad hæc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati: omnis qui est ex veritate, audit vocem meam.* (Joan. VIII. 37). Pilatos le dijo: ¿Qué es la verdad? Y después de estas palabras salió... Dicit ei Pilatos: *Quis est veritas?* Et quum hæc dixisset, exivit... (Id. XVIII. 38). Observad la ignorancia de Pilatos y su indiferencia; no sabe lo que es verdad; lo pregunta, y se va sin aguardar la respuesta de Jesucristo. ¡Oh! cuántos imitadores tiene Pilatos que se esconden de la luz, de la unión y del poder de la palabra de verdad!...

Los hijos de Israel, exclama el Señor por medio de Isaiás, los hijos de Israel dicen á los profetas: No veais; y los que están atentos á mis palabras: No escuchéis estas palabras severas: habladnos un lenguaje que nos agrade: decídnos cosas que nosojen nuestras pasiones y nuestros caprichos: *Lagnimini nobis blandientia.* (XXX. 10). Tal es todavía el lenguaje de los avaros, de los ambiciosos, orgullosos, voluptuosos, partidarios del mundo y de la vanidad... Hallan la moral evangélica demasiado severa, demasiado pesada: lo que significa que son la misma debilidad y la misma cobardía...

Así es que las causas que nos impiden oír la palabra de Dios ó practicarla, son: 1.º la carencia del amor de Dios; 2.º el no pertenecer al rebaño de Jesucristo, sino al partido del demonio; 3.º la falta de conocimiento de Dios; 4.º la

Motivos por que no escuchamos la palabra de Dios y no nos aprovechamos de ella.

(1) Vos non creditis, quia non estis ex ovibus meis. Oves meæ vocem meam audiant; et ego cognosco eas, et sequuntur me; et ego vitam æternam do eis; et non peribunt in æternum, et non rapiet ea, quisquam de manu meâ. (Joan. X. 26-28).

ausencia de la fe; 5.º la aversión ó la indiferencia por la verdad; 6.º la corrupción del corazón, las pasiones y los malos hábitos...

Los que resisten á la voz de Dios, dice Job, será entregados al cuchillo, y morirán en su ceguera: *Si non audierint, transibunt per gladium, et consumentur in stultitia*: (XXXVI. 12).

Si alguno oye mi palabra y no la guarda, no le juzgo yo, dice Jesucristo; porque no he venido para juzgar al mundo, sino para salvarlo. El que me desprecia y no recibe mi palabra, tiene un juez. La misma palabra que ha pronunciado, le juzgará el último día (1).

MI pueblo no ha oído mi voz, dice el Señor por boca del Salmista; Israel no me ha querido, y yo los he entregado á los deseos de sus corazones, y se hundirán en sus invenciones erróneas (2).

Si mi pueblo me hubiese escuchado; si Israel hubiese andado por mis caminos, yo habría humillado y anonadado á sus enemigos; mi brazo se hubiera dejado caer sobre los que le han pisoteado. Los enemigos del Señor se hubieran visto obligados á tributarle homenaje, y su diada hubiera tenido la duración de los siglos; yo le habría alimentado con el trigo más puro, y para él hubiera hecho brotar miel de la peña. *Psalm. LXXV. (12-15)*. Pero porque ha despreciado mi palabra, sus enemigos triunfarán; le heriré, y será desgraciado, y sufrirá hambre, y en vez de miel tendrá hiel...

Me vengaré, dice el Señor en el Deuteronomio, me vengaré del que no quiera escuchar las palabras del enviado que hablé en nombre mio: *Qui verba ejus, que loquor in nomine meo, audire noluerit, ego illor existam*. (XVIII. 49).

Si no oís la voz del Señor, dijo Samuel al pueblo de Israel; y si irritáis su palabra, la mano del Señor estará sobre vosotros como estuvo sobre vuestras padres: *Si non audieritis vocem Domini, sed exasperaveritis sermones ejus, erit manus Domini super vos, et super patres vestros*. (I. Reg. XII. 15). El mismo Samuel dijo á Saúl: Por haber rechazado la palabra del Señor, el Señor os ha rechazado á su vez: *Quia projecisti sermonem Domini, projecit te Dominus*. (I. Reg. XV. 26).

Por no haber querido oír la voz del Señor, ved que un león os matará, dijo un hijo de profeta al rey Achab: *Quia noluit audire vocem Domini ecce percussit te leo*. (III. Reg. 20-36). La misma amenaza dirigió el Señor á todo el que cierre el oído á su palabra santa. El león es el demonio que da vueltas al alrededor de los hombres, dispuesto á devorarlos.

Es necesario: 1.º estimar mucho la palabra de Dios...; 2.º respetarla...; 3.º prepararse á oírla...; 4.º escucharla con atención...; 5.º debemos recibirla, y no considerarla más que como palabra de Dios, tomada en sí misma, cual-
 Dispositi o nes necesarias y medios que deben emplearse para apropiarse de la palabra de Dios.

(1) Si quis audierit verba mea, et non custodierit, ego non judico eum: non enim veni ut judicem mundum, sed ut salvificem mundum. Qui spernit me, et non accipit verba mea, habet qui judicet eum: sermo quem locutus sum, ille judicabit eum in mississimo die. (Joan. XII. 47-48).

(2) Non audivit populus meus vocem meam, et Israel non intendit mihi: et dimisi eos secundum desideria cordis eorum: ibant in adinventibus suis. (LXXX. 12-13).

quiera que sea la boca que la anuncie, y de cualquier manera que lleve su cargo, ya con elocuencia, ya con sencillez...; 6.º es necesario meditar...; 7.º fijar la memoria, la inteligencia, y principalmente la voluntad...; 8.º constituiría en regla de nuestra conducta...; 9.º no olvidarla...; y 10.º dar gracias á Dios por el beneficio que nos ha concedido permitiéndonos oír sus enseñanzas.

PARAÍSO TERRENAL.

El Señor, dice el Génesis, había plantado desde el principio un jardín de delicias, y en él había colocado al hombre que había formado. (II. 8). Y el Señor hizo salir de la tierra una multitud de árboles hermosos a la vista, cuyos frutos eran sabrosos al paladar. En medio del jardín estaban el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. (Ibid. II. 9). En aquel lugar de delicias corría un río que regaba el jardín, y se dividía en cuatro canales. (Ibid. II. 10).

San Agustín y S. Ambrosio dicen que alegóricamente el Paraíso terrenal es la Iglesia; que los cuatro ríos son los cuatro Evangelios; los árboles frutales son los Santos; los frutos las obras de los Santos; el árbol de vida Jesucristo, Santo de los Santos; y el árbol de la ciencia del bien y del mal, el libre albedrío. (In Genes.)

En medio del jardín estaba el árbol de vida. (In Genes. II. 9). Es de fe que aquel era un árbol verdadero. Se llama árbol de vida, porque visitaba, alejaba las enfermedades y la muerte, conservaba las fuerzas y daba la inmortalidad... Adán no probó el fruto de aquel árbol admirable...

En el sentido alegórico, el árbol de vida es Jesucristo, su cruz la Eucaristía...

En el sentido tropológico, el árbol de vida es la bienaventurada Virgen María, de la que nació la Vida... Es también el justo que hace obras santas, principio de la vida de la gracia y de la gloria según las palabras de los Proverbios: *Fructus iusti lignum vite*. El fruto del justo es el árbol de la vida. (XII. 30).

Jamás se ha sabido positivamente dónde estaba colocado el Paraíso terrenal. Es probable que haya sido destruido, ó que haya cambiado tanto, que jamás nadie haya podido reconocerlo. Si existe todavía tal como era el día siguiente de la creación, el Señor no ha permitido que el hombre lo encontrase.

San Justino, Tertuliano, S. Epifanio, S. Agustín, S. Juan Damasceno, Sto. Tomás y otros doctores y padres de la Iglesia, dicen que Henoch y Elias habitaban en el Paraíso terrenal.

PASION DE JESUCRISTO.

Desús a Jesucristo vuestra vida toda, dice S. Bernardo, porque ha dado su vida por la vuestra, y ha sufrido los más crueles tormentos para preservarnos de los tormentos eternos. Así pues, aun cuando le hubiese dado todo lo que soy y todo lo que puedo, comparado con lo que ha hecho por mí, no sería lo que una estrella es para el sol, una gota de agua para un río, una piedra para una montaña. Si me debo todo á él, porque me ha creado, ¿qué le daré por haberme rescatado, y haberme rescatado del modo que lo ha hecho? Porque no he sido reparado tan facilmente como he sido creado: el que me creó en un instante y en una sola palabra, ha pronunciado para repararme muchas palabras, ha obrado incomparables maravillas, y sufrido penosas tratamientos; y no sólo penosos sino indignos. En la primera obra me entregó á mí mismo; en la segunda se me entregó él, y entregándoseme, me ha devuelto á mí mismo. Colocado y vuelto á colocar en posesion de mí mismo, me debo en cambio y me debo dos veces. Pero ¿qué devolveré al Señor por el don que me hizo de mí mismo? Aun cuando pudiera darme mil veces, ¿qué soy yo al lado de Dios (1)?

Jesucristo, dice el Apóstol de las gentes, Jesucristo, que se sometió á la maldición por nosotros, nos ha rescatado de la maldición de la ley, como estaba escrito: Maldito el que está colgado del árbol. *Christus nos redimí de maledictio legis, factus pro nobis maledictum; qui scriptum est: Maledictus omnis qui pendet in ligno*. (Gal. III. 13).

Los vitrajes de Jesucristo son nuestra gloria, dice S. Jerónimo. Murió para darnos la vida, bajó del cielo para hacernos subir. Se hizo locura para hacernos cuerdos, y fué suspendido en el árbol de la cruz para lavar así el pecado que habíamos cometido con el árbol de la ciencia del bien y del mal (2).

Comprendamos, si es posible, cuánta es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Jesucristo y de los dolores que sufrió por nosotros.

¿Cuál es la amplitud de la pasión? Jesucristo sufrió en todos sus miembros, en todas las potencias de su alma, de parte de toda clase de hombres, y

(1) *Christe Jesu debes omnem vitam tuam, quia ipse vitam suam posuit pro tua, et cruciatum amaros sustinuit, ne tu perpetuos sustineres. Cum ergo ei non avero quicquid sum, quicquid possum, à nomine istud est sicut est stella ad solem, gutta ad fluxum, lapis ad montem? Si totum me debeo pro me factis, quid dabit jam pro relictis, et relictis hoc nobis? Nec enim tam facile relictis quia factis; nam qui semel ut tantum dicendo fecit, in retinendo profecto, et obisti multo, ut gratias miris, et postulat duras; non tantum datus, sed et indignus. In prima opere, me nihil destitit, in secundo, se, et ubi se dedit, me nihil reddidit. Datus ergo et redditus, nos pro me debet, et tibi debet. Quid deo retribuam pro se? Nam, etiam si milibus me rependere possem, quid sum ego ad Deum? (Serm. de Quadrages. 2644or.)*

(2) *Denique in gloria nostra se gloria. Ille mactatus est, ut nos sibi creemus, ille descendit, ut nos ascenderemus in Caelum. Ille factus est sinitus, ut nos appenderet. Hic descendit in ligno, ut peccatum, quod commiseramus in ligno scientia, ligno deleret appensus. (In Marcum.)*

PARAÍSO TERRENAL.

El Señor, dice el Génesis, había plantado desde el principio un jardín de delicias, y en él había colocado al hombre que había formado. (II. 8). Y el Señor hizo salir de la tierra una multitud de árboles hermosos a la vista, cuyos frutos eran sabrosos al paladar. En medio del jardín estaban el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. (Ibid. II. 9). En aquel lugar de delicias corría un río que regaba el jardín, y se dividía en cuatro canales. (Ibid. II. 10).

San Agustín y S. Ambrosio dicen que alegóricamente el Paraíso terrenal es la Iglesia; que los cuatro ríos son los cuatro Evangelios; los árboles frutales son los Santos; los frutos las obras de los Santos; el árbol de vida Jesucristo, Santo de los Santos; y el árbol de la ciencia del bien y del mal, el libre albedrío. (In Genes.)

En medio del jardín estaba el árbol de vida. (In Genes. II. 9). Es de fe que aquel era un árbol verdadero. Se llama árbol de vida, porque visitaba, alejaba las enfermedades y la muerte, conservaba las fuerzas y daba la inmortalidad... Adán no probó el fruto de aquel árbol admirable...

En el sentido alegórico, el árbol de vida es Jesucristo, su cruz la Eucaristía...

En el sentido tropológico, el árbol de vida es la bienaventurada Virgen María, de la que nació la Vida... Es también el justo que hace obras santas, principio de la vida de la gracia y de la gloria según las palabras de los Proverbios: *Fructus iusti lignum vite*. El fruto del justo es el árbol de la vida. (XII. 36).

Jamás se ha sabido positivamente dónde estaba colocado el Paraíso terrenal. Es probable que haya sido destruido, ó que haya cambiado tanto, que jamás nadie haya podido reconocerlo. Si existe todavía tal como era el día siguiente de la creación, el Señor no ha permitido que el hombre lo encontrase.

San Justino, Tertuliano, S. Epifanio, S. Agustín, S. Juan Damasceno, Sto. Tomás y otros doctores y padres de la Iglesia, dicen que Henoch y Elias habitaban en el Paraíso terrenal.

PASION DE JESUCRISTO.

Desús a Jesucristo vuestra vida toda, dice S. Bernardo, porque ha dado su vida por la vuestra, y ha sufrido los más crueles tormentos para preservaros de los tormentos eternos. Así pues, aun cuando le hubiese dado todo lo que soy y todo lo que puedo, comparado con lo que ha hecho por mí, no sería lo que una estrella es para el sol, una gota de agua para un río, una piedra para una montaña. Si me debo todo á él, porque me ha creado, ¿qué le daré por haberme rescatado, y haberme rescatado del modo que lo ha hecho? Porque no he sido reparado tan facilmente como he sido creado: el que me creó en un instante y en una sola palabra, ha pronunciado para repararme muchas palabras, ha obrado incomparables maravillas, y sufrido penosas tratamientos; y no sólo penosos sino indignos. En la primera obra me entregó á mí mismo; en la segunda se me entregó él, y entregándoseme, me ha devuelto á mí mismo. Colocado y vuelto á colocar en posesion de mí mismo, me debo en cambio y me debo dos veces. Pero ¿qué devolveré al Señor por el don que me hizo de mí mismo? Aun cuando pudiera darme mil veces, ¿qué soy yo al lado de Dios (1)?

Jesucristo, dice el Apóstol de las gentes, Jesucristo, que se sometió á la maldición por nosotros, nos ha rescatado de la maldición de la ley, como estaba escrito: Maldito el que está colgado del árbol. *Christus nos redimí de maledictio legis, factus pro nobis maledictum; qui scriptum est: Maledictus omnis qui pendet in ligno*. (Gal. III. 13).

Los vitrajes de Jesucristo son nuestra gloria, dice S. Jerónimo. Murió para darnos la vida, bajó del cielo para hacernos subir. Se hizo locura para hacernos cuerdos, y fué suspendido en el árbol de la cruz para lavar así el pecado que habíamos cometido con el árbol de la ciencia del bien y del mal (2).

Comprendamos, si es posible, cuánta es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Jesucristo y de los dolores que sufrió por nosotros.

¿Cuál es la amplitud de la pasión? Jesucristo sufrió en todos sus miembros, en todas las potencias de su alma, de parte de toda clase de hombres, y

(1) *Christe Jesu debes omnem vitam tuam, quia ipse vitam suam posuit pro tua, et cruciatum amaros sustinuit, ne tu perpetuos sustineres. Cum ergo ei non avero quicquid sum, quicquid possum, à nomine istud est sicut est stella ad solem, gutta ad fluxum, lapis ad montem? Si totum me debes pro me factis, quid dabit jam pro refectione, et refectio hoc nobis? Nec enim tam facile refectione quam factus; nam qui semel ut tantum dicendo fecit, in reficiendo profecto, et dicit multo, ut gratias agere, et postulat duras: nec tantum datur, sed et indigna. In prima opere, me nihil dedit; in secundo, se, et ubi se dedit, me nihil reddidit. Datus ergo et redditus, nos pro me debet, et tibi debet. Quid deo retribuam pro se? Nam, etiam si milibus me rependere possem, quid sum ego ad Deum? (Serm. de Quadrages. 2644or.)*

(2) *Denique in gloria nostra se gloria. Ille mactatus est, ut nos sibi creemus; ille descendit, ut nos ascenderemus in Caelum. Ille factus est sinitia, ut nos appenderet. Reremus. Ille pendit in ligno, ut peccatum, quod commiseramus in ligno scientia, ligno deleret appensus. (In Marcum.)*

hasta de los ángeles, y de Dios, su padre, de quien fué como abandonado. Sufrió todo género de tormentos, y fué despojado de todos los bienes de la fortuna, de la reputación, del honor y de la vida.

¿Cuál es la longitud de la pasión? Durante los treinta años de su vida, Jesucristo sintió en su cuerpo, en su alma, en su espíritu y en su corazón los dolores que debían terminar con el suplicio de la cruz: todo lo veía constantemente.

¿Cuál es la altura de la pasión? Durante toda su vida, Jesucristo estuvo cruelmente afligido y atormentado por una clara consideración y un perfecto conocimiento, ya de la grandeza de Dios ofendido y de la gravedad del pecado, ya de los dolores á que debía someterse su sagrada persona y de las penas pasadas, presentes y venideras que sobre él se precipitaban, así como de la multitud de los reprobos para quienes serian inútiles sus sufrimientos...

¿Cuál es la profundidad de la pasión? ¿Quién dirá la intensidad de los dolores y el peso de las ignominias que fueron la dote de Jesús crucificado?...

Jesús vino á este mundo para salvar á los pecadores, de los cuales soy yo el primero, dice S. Pablo á Timoteo: *Christus Jesus venit in hunc mundum peccatores saluos facere, quorum primus ego sum.* (I. Cor. I, 15).

Un gran médico vien del Cielo, dice S. Agustín, porque un gran enfermo yacía en la tierra: *Magnus de Caelo venit medicus, quia magnus per totum orbem terre iocobat ingratus.* (In Passione).

Para amarnos de toda la eternidad, Dios no necesitó más que un pensamiento... para crearnos besó una palabra...; pero para rescatarnos fué necesario la encarnación, el aniquilamiento, todas las humillaciones, los dolores y las ignominias, el cuerpo, la sangre; el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y finalmente su muerte en la cruz.

En la pasión se ofrecen por todas partes innumerables abismos que nadie puede medir.

Abismos de amor y de dolores: abismos de ingratitud y de crueldades.

Por parte de Jesucristo, abismo de amor, de dolores, de paciencia, de misericordia, de mansedumbre, océano de bienes...

Por parte de Dios Padre, abismo de justicia...

Por parte del hombre, abismo de miserias, de ceguedad, de ingratitud, de crímenes, furor y de crueldades...

La cruz.

Jesucristo dijo á sus discípulos: Ya sabéis que la Pascua se hará dentro de dos días y que el hijo del hombre ha de ser entregado para ser crucificado. (Math. XXIV. 1-2). Id pues á la ciudad á casa de cierta persona, y decidle: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca; en tu casa haré la Pascua con mis discípulos. (Id. XXVI. 18).

Consideremos: 1.º Que aquel Dios de amor se entrega la noche de su muerte: *In qua nocte tradebatur.* (I. Cor. XI, 23). 2.º Insta á sus discípulos para que apresuren la Pascua: *Id....* mi tiempo está cercano: *De tempus meum propé est.* (Math. XXVI. 18). 3.º Establece el augusto sacramento en nuestros altares, y se entrega á sus discípulos en el mismo momento en que se conspira contra su pérdida, y en que Judas le pone á precio: *¿Qué queréis dar, y yo os lo entregaré? Quid vultis mihi dare, et ego eum vobis tradam.* (Math.

XXVI. 15). 4.º Jesucristo ve la traición y el beso de Judas, la fuga de sus discípulos, su agonía, su sudor de sangre, las cadenas, los azotes, los desprecios, las bofetadas; oye como Pedro le niega, oye las burlas, los falsos testimonios, las blasfemias, su condenación á muerte; presiente la corona de espinas, la cruz, los clavos, el abandono de su Padre y el de los hombres. Y elige aquel momento para dejar á su Iglesia el admirable monumento de su eterno amor!... 5.º Establece el sacramento de la Eucaristía para entregarse á los mismos que van á venderle; á recoger de él, á abandonar y á crucificarle. Nada le detiene; su amor todo lo traspasa... 6.º Los ultrajes, las burlas, los desprecios, las prolamaciones, la hipocresía, los sacrilegios, las persecuciones de que este augusto sacramento será objeto hasta fin del mundo están ante sus ojos; y nada le hace desistir.

Queridos discípulos míos, dijo á sus apóstoles, amigos míos, voy á dejaros, voy á morir por vosotros y por la salvación del mundo; pero antes tomad y comed: Esto es mi cuerpo: *Hoc est corpus meum.* (Math. XXVI. 26). Bebed, porque esta es mi sangre, la sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos para remisión de los pecados (Math. XXVI. 27-28). En la cruz, aquella sangre os unirá á mi Padre; en la Eucaristía os unirá á mí: ¡He deseado ardientemente comer esta Pascua con vosotros antes de sufrir! *Desideravi desideravi hoc Pascha manducare vobiscum antequam patir!* (Luc. XXII. 15) ¡He aquí mi testamento: Os preparo el reino como mi Padre me lo ha preparado, á fin de que comáis en mi mesa, en mi reino, y estéis sentados en tronos para juzgar á las doce tribus de Israel: *Ego dispono vobis, sicut disposui mihi Pater meus regnum, ut edatis et bibitis super mensam meam in regno meo; et sedentis super thronos iudicantes duodecim tribus Israel.* (Luc. XXII. 29-30).

¡O infinito amor de un Dios!

Judas estaba presente; se había puesto á la mesa con Jesucristo y los apóstoles, y comulgó sacrilegamente!

Al punto que Judas hubo comulgado, salió. Y era de noche: *Exiit continuo.* Judas viene á *Erui autem nox.* (Joann. XIII. 30). ¿Dónde va aquel monstruo? Impelido por la avaricia y por el demonio, que se había apoderado de él durante la cena, y sobre todo en el momento de su indigna comunión: *Post buccellam, introiit in eum Satanas.* (Joann. XIII. 27). Va á buscar á los enemigos declarados del Salvador, y les dice: *¿Qué queréis darme, y os lo entregaré? Quid vultis mihi dare et ego eum vobis tradam?* (Math. XXVI. 15).

Y vosotros pecadores, que por un vil placer, una miserable pasión abandonáis á Jesucristo y lo vendéis al demonio, ¿no imitáis á Judas? ¿no sois también traidores? ¿No decís: Satanás, pasiones, qué queréis darme, y os entregaré mi Dios, os sacrificaré mi salvación, mi corona, mi trono, mi diadema y mi alma? ¿Carnal llena de apóstos, daré eso miserable demente, eso placer común con los animales inmundos; y tú, Satanás, toma á Jesucristo, te lo entrego.

(1) *Exiit continui* (Joann. XIII. 30). *Egredebatur igitur Judas; egrediebatur de fide; egrediebatur de concilio et numero Apostolorum; egrediebatur de consilio Christi ad latrociniis diaboli; egrediebatur de gratia sacrificationalis ad laqueum mortis; egrediebatur foras, qui vult inferre mysteria relinquere.* (In Joann. Evang.)

te lo sacrífico; no lo quiero; tomo por Divinidad mi voluntad, mi carón, la injuria, la avaricia, la gula, el odio, la pereza: *Quid vultis mihi dare, et ego cum vobis tradam?* Judas salió pues. Salta, dice S. Ambrosio, salta de la fe; salta de la sancha y de la dignidad de los apóstoles; salta del destino de Cristo para ir a la cueva del demonio; salta de la gracia de la santificación para enredarse en el lazo de la muerte; salta fuera, el que dejaba los misterios de la vida interior (1).

Cuando Judas salió, era de noche, dice el Evangelio: *Erat autem nox.* (Jonn. XIII. 30). Si para Judas, era de noche! Acababa de abandonar á aquel á quien había recibido indignamente, al que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; al que es la verdadera luz; y él se hallaba sumergido en las tinieblas del mismo infierno. Por esto no sabía á dónde iba cuando dirigía sus pasos decisivos: hacia la morada de los príncipes de los sacerdotes para venderles á su Maestro. No veía que cometa el más grande de los crímenes, y que se entregaba á la avaricia, que había de conducirle á la desesperación, al suicidio y al infierno... Era de noche: *Erat autem nox.*

Pero ¿no están todos los pecadores sumergidos también en una profunda noche? ¡Ah! si no les hubiese abandonado la luz, ¡rían riendo á precipitarse en un océano de desgracias para apoderarse de una sombra de satisfacción criminal! Las tinieblas que rodeaban á Judas, rodean también la conciencia de los pecadores endurecidos...

Judas vendió á su amo por treinta dineros. Treinta monedas de plata le prometieron los príncipes de los sacerdotes; y desde aquel instante Judas buscaba la ocasión de entregárselo: *At illi constituerunt ei triginta argenteos. Et erudit quarebit opportunitatem, ut eum traderet.* (Matth. XXVI. 15-16).

¡Oh traidor, exclama S. Ambrosio, valías en trescientos dineros el perfume que Magdalena derrama sobre Jesucristo en memoria de su pasión, y vendes su misma pasión por treinta dineros! Eres rico y generoso en tu apreciación, y vil en tu crimen: vendes á tu Dios al precio de los esclavos; Jesucristo no quiere que su precio sea más subido, para que todos puedan comprarle, y ningún pobre quede sin poder hacerlo (1).

Vendido por tan módica cantidad, Jesucristo viene á ser el precio de la redención de todos los pecadores y de todo el universo. Judas, por haber vendido al Salvador por treinta dineros, y los judíos por haberlo comprado, son unos y otros heridos por Dios con las treinta maldiciones enumeradas en el Salmo CVIII por el Real Profeta.

Después de la cena, Jesucristo se dirigió al huerto de Gethsemani: 1.º para orar, pues era un lugar solitario...; 2.º para probar que no había de la muerte, sino que la deseaba; pues aquel sitio era conocido de Judas...; 3.º para dar principio á su pasión...; y 4.º para manifestar su misericordia y su dulzura.

Adán nos perdió en un jardín; y en un jardín ó huerto nos salvará Jesucristo... Adán nos perdió en un jardín de delicias, y en un jardín de dolor

(1) O Juda, proditor, angustiam passionis ejus trescentis denariis aestimas, et passionem ejus triginta argenteis vendis? Dives in aestimatione, vilis in scelere. Tam tibi auctione vult venditari se Christus, ut ab omnibus ematur, ne quis pauper detrearetur. (Lib. III de Spirit. Sancti. c. XVIII et. c. VII. Luc.)

empezará Jesucristo la redención del mundo... Adán salió del Paraíso terrenal, llevando la muerte para él y toda su raza; y Jesucristo salió del huerto de los Olivos, para darnos á todos la vida...

Llegado á aquel lugar, Jesucristo prosternó el rostro contra el suelo: *Proccidit in faciem suam.* (Matth. XXVI. 39). Con tal acto de humildad manifiesta: 1.º la aflicción que le agobia...; 2.º el profundo aniquilamiento en que se encuentra...; 3.º manifiesta á Dios su padre un respeto infinito...; 4.º indica cuán grande es el peso de nuestros pecados con que ha querido cargar...; 5.º se pone en lugar nuestro, y, penitente, se ofrece como víctima de expiación á su Padre, pidiendo que el castigo por los pecados de los hombres caiga sobre él solo.

Jesucristo empezó, dice la Escritura, por verse agobiado de una gran pena y tristeza. Entonces dijo á sus apóstoles: Mi alma está triste hasta la muerte... Y habiéndose alejado un poco, se prosternó en el suelo, orando y diciendo: Padre mio, hazlo, si es posible, que este cáliz se aleje de mí! Pero no se haga mi voluntad, hágase la vuestra. (Matth. XXVI. 37-39). Oró tres veces, y sólo después de la tercera se le presentó un ángel para fortalecerle. Aprendamos con este ejemplo á no desanimarnos en la oración y á ser perseverantes sobre todo en tiempos de prueba.

Jesucristo oró tres veces para enseñarnos á orar y á pedir: 1.º perdón de nuestros pecados pasados...; 2.º gracia para no caer actualmente...; y 3.º auxilio para preservarnos de los males futuros... Jesucristo oró también tres veces para enseñarnos que todas nuestras oraciones deben dirigirse á la augusta Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y á fin de que alcancemos la salud de nuestro espíritu, de nuestro corazón y de nuestro cuerpo...

Jesucristo ora, y ¿cuál es su oración? Padre mio, apartad de mí, si es posible, ese cáliz; *Pater, si possibile est, transeat a me calix iste.* (Matth. XXVI. 39). ¡Si, Jesús mio, este cáliz es amargo, pues contiene la justicia de nuestro Padre y todas nuestras iniquidades; pero, si no la bebies, todo lo hemos perdido! Lo beberé, pues añade: No se haga, sin embargo, mi voluntad, sino la vuestra: *Verumtamen non sicut ego volo, sed sicut tu.* (Matth. XXVI. 39). Esta palabra de nuestro Jefe, dice S. Leon, ha sido la salvación del cuerpo entero, ha formado á todos los fieles, ha inflamado de celo á todos los confesores, y ha coronado á todos los mártires. (Serm. VII. de Pasione).

En vista del cáliz de amargura, Jesucristo cayó en una profunda tristeza: Mi alma está triste hasta la muerte, exclama: *Tristis est anima mea usque ad mortem.* (Matth. XXVI. 38). Con aquella tristeza expla el Salvador las culpables alegrías de Adán y de todos los pecadores. Está triste viendo la traición de Judas, el pecado de Pedro que le niega, el abandono de sus apóstoles, y todos los dolores y todas las ignominias que van á caer sobre él. Está triste, porque lleva todos los crímenes pasados, presentes y futuros, de todas las generaciones. Está triste, porque ve en el porvenir los suplicios que han de sufrir los apóstoles y los mártires; las pruebas reservadas á su Iglesia, la ingratitud de los hombres y la condenación de muchísimos de los pecadores, á pesar del valor infinito de la sangre que va á derramar por ellos. Está triste, por fin, por la profunda tristeza de su tierra y divina Madre.

La tristeza de Jesucristo es libre, voluntaria; es una tristeza de amor; y

por consiguiente una tristeza muy moritória... El adorable Salvador se ve agobiado de tristeza para que sea tranquila y dulce nuestra muerte...

Gemís, Señor, no por vuestros sufrimientos ni vuestros dolores, sino por nuestras heridas; no por vuestra muerte, sino por nuestra debilidad, dice san Ambrosio: *Doleat Dominus, non tua, sed mea vulnera; non tuam mortem, sed nostram infirmitatem.* (In Luc. XXII. 44). Jesús se turbó en su espíritu: *Turbatus est spiritu.* (Joann. XIII. 21).

Jesucristo, dice S. Agustín, se turbó por poder, y no por debilidad: *Christus potestate, non infirmitate turbavit corpore.* (In Passione).

Ved, dice S. Bernardo, ved, si es, fíjate, la alegría que se entristece, la confianza que tiembla, la salud que sufre, la vida que muere, la fuerza que se debilita; pero aquella tristeza alegre, aquel temor conforta, y aquella muerte vivifica (1).

Jesucristo se levantó, fué á sus discípulos, y los halló dormidos: *Invenit eos dormientes.* (Math. XXVI. 40). Vigilad y orad, les dijo: *Vigilate et orate.* (Id. XXVI. 41). Los despierta para probar que su pasión ha de despertar á los que duermen en el pecado, dice S. Jerónimo; pues, ¿quién podría dormir en el pecado al ver que Jesucristo sufre todos los tormentos para expiar el mismo pecado? (*Hier. Eccles.*).

De sus apóstoles vuelve á la oración, y abismado siempre en un océano de tristeza, cae en agonía, y ora sin por más largo tiempo: *Et factus in agonia, prolixius orabat.* (Luc. XXII. 43). Tiene un sudor como de gotas de sangre, que caen en el suelo: *Et factus est sudor ejus, sicut guttus sanguinis decurrentis in terram.* (Luc. XXII. 44).

Jesucristo, dice S. Bernardo, no se contentó con las lágrimas que caen de los ojos, sino que quiso lavar nuestros pecados con lágrimas de sangre que corren de todo su cuerpo: *Christus non contentus fuit lacrymis oculorum, sed totius corporis sanguine lacrymis, peccata nostra fieri et lavare voluit.* (Homil. super Misam est).

Sin embargo el traidor Judas se acerca: Hé aquí á Judas uno de los doce: *Ecece Judas, unus de duodecim.* (Math. XXVI. 47). *Ecece:* Hé aquí una abominación nueva y desconocida, un crimen de que ningún siglo había oído hablar. Judas, uno de los doce apóstoles, no sólo ha llegado á ser un traidor, sino que ha venido á su augusto Maestro, y se ha hecho jefe de los traidores, de los verdugos y de los asesinos que han matado á Jesucristo. Por esto dice S. Lucas que Judas le precedía. Vino, dice S. Mateo, y detrás de él una multitud armada con espadas y palos. Lleva consigo una cohorte entera, y la precede como jefe y guía de los malvados: *Antecedebat eos.* (XXII. 47).

Considerad la ceguera y la locura de Judas y de los judíos. Judas sabía que Jesucristo era el gran profeta, el Mesías, el Hijo de Dios, que no podía ser cogido ni vendido; los Principes de los sacerdotes lo sabían también por experiencia; pero, llevados de la avaricia, del resentimiento y del odio, y poseídos del demonio, se adelantaron. ¡Oh! ¿queréis combatir contra vuestro

(1) Videtur, si attendas, tristare letitiam, pavere fiduciam, saltem pati, vitam mori, fortitudinem infirmari; sed est hinc tristitia letificans, pavor confortans, mors vivificans. (Homil. II, super Misam est).

Criador, vuestro Bienhechor, el que aguardáis desde tanto tiempo, el deseado de las naciones?...

La avaricia llevó á Judas á tal exceso, dice S. Crisóstomo. La avaricia hace crueles y bárbaros á todos aquellos á quienes domina: *Avaritia enim illi furorem inmovit. Avaritia omnes, qui ipsi serviunt, crudeles efficit atque atrocis.* (In Passione).

El traidor les había dado una señal: Es aquél á quien besará; apoderós de él: *Qui autem tradidit eum, dedit illis signum: Quemcumque osculatus fuero, ipse est, tenete eum.* (XXVI. 48). Temiendo perder sus treinta dineros, pues no los había recibido todavía, Judas procuraba que Jesucristo no se les escapase.

Levantáos, vamos, dijo Jesucristo á sus apóstoles; ya se acerca el que ha de entregarme: *Surgite, amicus; ecce appropinquavit qui me tradet.* (Math. XXVI. 46). Hasta aquel momento la tristeza, el sudor y la agonía habían agobiado al Salvador, porque así lo quería; pero sudor que recobra sus divinas fuerzas, y se encamina en derecha y con paso firme hacia sus enemigos. ¿A quién buscáis? les dice.—A Jesús de Nazareth.—Yo soy: *Quem queritis?—Jesum Nazarenum.*—Ego sum. (Joann. XVIII. 4-5). Así que hubo dicho: Yo soy, retrocedieron y cayeron al suelo: *Ut ergo dixit eis: Ego sum; aberunt retrorsum, et ceciderunt in terram.* (Id. XVIII. 6). A la voz de Jesucristo, dice S. Leon, la muchedumbre impía fué derribada, y no volvió á levantarse sino cuando él quiso. ¿Qué no podrá su majestad cuando venga á juzgar á las gentes, si su humildad, pronta á ser juzgada, pudo tan grandes cosas? *Ad vocem ejus, turba prosternitur impiorum. ¿Quid jam poterit majestas ejus judicatura, cujus hoc potuit humilitas judicanda?* (Serm. I). Yo soy, dijo, yo soy Jesús, á quien buscáis; yo soy el Eterno, y por esto os liago: sentir la fuerza de mi poder: una sola palabra de mis labios os postra á mis plantas...

La caída de Judas y de los suyos era la irreparable destrucción de los judíos. Hablando de aquel milagro, S. Cirilo dice: Aquella caída es la figura de la que han de sufrir todos los enemigos de Jesucristo; la misma suerte está reservada á sus contrarios en todos los siglos. (In XVIII. Joann.)

¿Dónde está ahora la cohorte de los soldados? exclamaba S. Agustín. ¿Dónde está el terror y la fuerza de las armas? No necesita dardos; una sola palabra ha herido, rechazado y derribado á una muchedumbre terro por el odio, y terrible por sus armas. Es que Dios estaba oculto bajo la exterioridad de hombre. ¿Qué hará pues, cuando venga á juzgar, aquel que, pronto á parecer ante un tribunal, manifestó de tal modo su poder? (1).

Los emisarios de los príncipes de los sacerdotes no hubieran podido levantarse si Jesucristo no se lo hubiese permitido. La misericordia con que les favoreció, hubiera debido conmovierlos y convertirlos, principalmente á Judas; pero, vendido á Satanás, el apóstol infiel había resuelto entregar á su Dios por medio de un beso, y ejecutó su proyecto infame. Acercándose presuroso á Jesús, le dijo: Salud, Maestro. Y le besó: *Et confestim accedens ad Jesum,*

(1) Ubi videtur millium cohors? Ubi terror et munimen armorum? Una vox turbam edidit ferocem, armis terribilem, sine ulla percussu, repulsi, stravi: Deus enim latebat in carne. ¿Quid judicaturus facies, qui judicandus hoc fecit? (In XVIII. Joann.)

dixit: *Aus, Rabbi. Et consulatus est eum.* (Math. XXVI. 49.) Y Jesús le dijo: Amigo mio, ¿qué habéis venido á hacer? *Dixit ei Jesus: Amice, quid quid venisti?* (Math. XXVI. 50.) ¿Hacéis traición al Hijo del hombre con un beso, ó Judas? *Judas, quocirca Filium hominis tradis?* (Luc. XXII. 48.) El nombre de amigo que se daba Jesucristo, la tierna y terrible reprensión que le dirigían, hubieran debido partir el corazón de Judas, como pronto una mirada partirá el corazón de Pedro, que habrá tenido la debilidad de renegar del Salvador.

Aunque Jesucristo sintió vivamente la traición de Judas, llevada á cabo por medio de un beso, no la rechazó: 1.º para sufrir por nosotros...; 2.º para conmover y convertir el corazón del traidor...; 3.º para enseñarnos á no aborrecer á nuestros amigos, sino á perdonarles y amarlos.

Después de haber derribado milagrosamente á sus enemigos, Jesucristo obró un segundo prodigio, no permitiéndole que se apoderasen de sus apóstoles, ni siquiera de Pedro, que había herido á uno de ellos. Hizo un tercer prodigio, colocando el oído de aquel á quien Pedro le había cortado. Véase cuánta era la ceguedad de aquellos criminales emisarios...

Se arrojaron sobre Jesucristo, y le encallaron: *Manus injecerunt in Jesum, et tenerunt.* (Math. XXVI. 50.)

¿Quién pudiera pintar la barbarie con la que los judíos se apoderaron del Salvador?... 1.º Pusieron sobre él la mano como sobre un ladrón; y Jesucristo es la inocencia y la bondad misma, el Santo de los Santos, el Verbo eterno, el Hijo de Dios, y Dios también... 2.º Los enemigos de Jesucristo eran viles y crueles, todos enemigos jurados unos de otros, pues los escribas detestaban á los fariseos, y reciprocamente. De aquí podemos juzgar con qué inhumanidad y barbarie le trataron, agarrándole, insultándole é hiriéndolo á porfia... 3.º Se apoderaron de Jesucristo abandonado de sus apóstoles, y solo, cordero sin mancha, en medio de furiosos lobos.

Con sus cadenas Jesucristo quiso: 1.º romper la cadena con que Adán había atado al género humano, la cadena del pecado original...; 2.º romper las cadenas con que el demonio y el pecado nos han torturado á cada uno de nosotros...; 3.º santificar las cadenas que los mártires, los confesores y todos los perseguidos debían llevar para gloria de su nombre...; 4.º darnos con las cadenas de su amor, como lo había anunciado por boca del profeta Oseas, diciendo: *in funiculis trabam eos, in vinculis charitatis.* Los ató por medio de los lazos que seducen á los hombres, por medio de los lazos del amor...; 5.º y finalmente para cumplir las profecías del Antiguo Testamento, y recompensar las figuras por la realidad. Isaac, figura de Jesucristo, había sido matado...

Las cadenas del Salvador fueron tanto más duras y pesadas, cuanto más temibles y pesadas son las de los pecadores. El Cristo, el Señor, ha sido enuelto en nuestros pecados, dice Jeremías: *Christus Dominus captus est in pecunia nostra.* (Lament. IV. 20.)

En distintas ocasiones, Jesucristo, ya á punto de ser prendido por sus enemigos y perseguidores, pasó sin ser visto en medio de ellos. (Luc. IV.) Porque, como dice S. Ambrosio, se deja prender cuando quiere, se escapa cuando quiere, y le matan solamente cuando le consiente; su hora no había llegado todavía antes: *Etenim, quando vult, capitur; quando vult, elabatur; quando vult, occiditur; quia nondum venerat hora ejus.* (In Luc. XXII.)

Jesucristo da el nombre de cáliz á su pasión, porque la sufrió muy voluntariamente, y la deseó con ardor: la deseó como un hombre devorado de una sed ardiente suspira por una copa llena de agua saludable y refrescante.

Fue sacrificado porque quiso, dice Isaias: *Oblatas est quis ipse voluit.* (LV. 7.) Contemplemos, dice S. Pablo, contemplemos el autor y consumidor de la fe, á Jesús que, á causa de la alegría que se le había propuesto, sufrió la cruz, despreciando la vergüenza: *Aspicientes in auctorem fidei, et contummatorem Jesum, qui, proposito sibi gaudio, sustinuit crucem, confusione contempta.* (Hebr. XII. 2.) Me amó, y se entregó por mí, añade el gran apóstol: *Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me.* (Gal. II. 20.)

El mismo Jesucristo lo declara: Mi Padre me ama, porque doy mi vida para recobrarla por segunda vez. Nadie me la arrebató, pues yo mismo la doy, y tengo el poder de darla y el de recobrarla (1).

Los profetas han predicho los ultrajes hechos al Señor y lo que sufrió hasta el momento en que fué arrastrado á Jerusalén.

David predijo la traición de Judas: El hombre de mi paz, de mi confianza, dijo, el que comía en mi mesa, se levanta con insolencia contra mí: *Etenim homo pacis meus, in quo speravi, qui edebat panes meus, magnificavit super me supplantationem.* (XI. 10.)

El mismo profeta anunció la agonía de Jesucristo y su abandono por los apóstoles: Mi corazón ha aguardado el ultraje y el sufrimiento; he esperado que alguien tomara parte en mi tristeza, pero en vano; alguien que me consolara, y no lo he encontrado: *Imperperum expectavi cor meum et misericordiam; et sustinui qui simul contristaretur, et non fuit; et qui convalesceret, et non invenni.* (LXVIII. 21.)

El profeta Zacarías predice que Jesucristo será vendido por treinta dineros: *Appendunt mercedem meam triginta argenteis.* (XI. 12.)

Jeremías ve como Judas y su cohorte se adelantan para apoderarse de Jesucristo. He oído el ultraje de muchos hombres, y al rededor mio reinaba el terror. Perseguidle, y le perseguiremos: tales eran los gritos de los que estaban á mi lado; tengamos fuerza contra él, y vengámonos (2).

No puede dudarse que en el trayecto del huerto de Olivos á casa de Calías, Jesucristo cargado de cadenas sufriese mil ultrajes é insultos...

El tribuno, su cohorte y los satélites de los judíos llevaron á Jesús, primero á casa de Anás; porque era suegro de Caifás, quien aquel año era gran sacerdote: (Joan. XVIII. 12, 13.) El sumo sacerdote interrogó á Jesús en lo concerniente á sus discípulos y á su doctrina. (Id. XVIII. 19.) Jesús le respondió: Públicamente he hablado al mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos; y nada he dicho en es-

(1) *Ne diligit Patrem: quia ego pono animam meam, in horum, sumus eam. Nemo tollit eam á me: sed ego pono eam a meipso, et potestatem habeo ponendi eam; et potestatem habeo iterum sumendi eam.* (Joan. X. 17-18.)

(2) *Audivi enim contumelias multarum, et terrorem in circuitu. Persequimini, et persequamini eum; ab omnibus viris sustulimur talis motus...; persequimini adversus eum, et consequamur ultionem ex eo.* (XX. 10.)

Los sufrimientos de Jesucristo hasta que salió del huerto de Getsemani habían sido predichos por los profetas.

Sufrimientos de Jesucristo en la casa de Anás, suegro de Caifás.

ereto. ¿Por qué me preguntáis? Preguntad á los que han oído lo que les ha dicho: ellos saben lo que he hablado (1).

¿Qué había enseñado en efecto? Las ocho bienaventuranzas, etc... ¿Qué había hecho? Había curado á los enfermos, había devuelto la vista á los ciegos, el oído á los sordos, la palabra á los mudos, el uso de sus miembros á los paralíticos, y la vida á los muertos; había multiplicado los panes, arrojado á los demonios, y calmado las tempestades; en una palabra, había pasado el tiempo haciendo bien... ¿Quién podía ser engañado? Pero, queriendo ser considerados como jueces íntegros, Caifás y los que habían jurado la muerte del Mesías le interrogaban y se constituían en acusadores suyos...

Al decir Jesucristo: ¿Por qué me interrogáis? Uno de los satélites le dió un bofetón, diciendo: ¿Así se contesta al gran sacerdote? Jesús reposo: Si he hablado mal, manifestad el mal que he dicho; pero, si he hablado bien, ¿por qué me herís? (Joann. XVIII. 22-23).

Ad pues los príncipes de los sacerdotes y toda la asamblea buscaban un falso testimonio contra Jesús para hacerle morir. (Math. XXVI. 59). Estaban resueltos á crucificarle; pero, aunque eran numerosos, astutos, malos y llenos de ódio, no hallaban ningún motivo de acusación contra él: tan irreprensibles eran su moral y su vida... Por esto necesitaban falsos testigos. Por fin se presentaron dos que dijeron: Este ha dicho: Puedo destruir el templo de Dios, y volverlo á construir después de tres días. Levantándose entonces el príncipe de los sacerdotes dijo á Jesús: ¿Nada respondéis á lo que éstos manifiestan contra vos? (Math. XXVI. 60-62). Y Jesús se callaba: *Jesus autem tacebat.* (Id. XXVI. 63).

Jesús se callaba, porque: 1.º la acusación era mala...; 2.º sabía, dice san Jerónimo, que, por más que respondiese, no había de impedir que acriminasen sus palabras. (In Evang. Math.) Y como dice S. Crisóstomo, allí no había más que una sombra de juicio; en realidad, aquello era un ataque de salteadores: *Nam figura illi duntaxat iudicis erat; re autem ipsa, latronum impetus.* (In Passione...), 3.º Jesús se callaba, porque se sometía entorpecido á la condenación y á la muerte decretadas por su Padre...; 4.º el silencio de Cristo expió las excusas de Adán, dice S. Jerónimo: *Taciunturque Christi apologiam Adæ absovit.* (In Marcum, c. XIV).

Sin embargo, el príncipe de los sacerdotes dijo el Salvador: Os conjuro por Dios vivo que nos dignis si sois Cristo Hijo de Dios: *Adjuro te per Deum vivum ut dicas nobis si tu es Christus Filius Dei.* (Math. XXVI. 63). Caifás hablaba así, no para llegar al conocimiento de la verdad, sino para adquirir los elementos de una condenación. Jesús le respondió: Lo habéis dicho; y en verdad os declaro que un día vereis al Hijo del hombre que sentado á la diestra del poder de Dios vendrá en medio de las nubes del cielo: *Tu dixisti: verumtamen dico vobis: Amodo videbitis Filium hominis sedentem a dextris virtutis Dei, et venturum in nubibus caeli.* (Math. XXVI. 64). Entonces el príncipe de los sacerdotes desgarró sus vestidos, diciendo: Ha blasfemado; ¿para

(1) Respondit ei Jesus: Ego palam locutus sum mundo; ego semper dicebam in synagoga et in templo, quae omnes Iudei conveniunt; et in occulto locutus sum nihil. ¿Quid me interrogatis? Interrogatis eos qui audierunt quid locutus sum ipsis: ecce hi sciant qui dixerunt ego. (Joann. XVIII. 20-21).

qué necesitamos testigos? Y acabais de oír la blasfemia: *Tunc princeps sacerdotum scidit vestimenta sua, dicens: Blasphemavit; ¿quid adhuc egemus testibus? Ecce nunc audistis blasphemiam;* (Math. XXVI. 65). Hé aquí á un hipócrita Pontífice que se constituye en acusador. Se dirige á los enemigos de Jesucristo, á los que se lo han traído para que lo juegue; y los invita para que formulen una sentencia. Todos responden: Merece la muerte: *Reus est mortis.* (Math. XXVI. 66). Los mismos individuos, dice S. Crisóstomo, son los que acusan, discuten y pronuncian la sentencia: *Ipsi accusant, ipsi dicuntur, ipsi sententiam proferunt.* (In Passione).

Condenan á Jesucristo á muerte porque había dicho que era el Mesías. ¿No lo había probado durante toda su vida? Dice la verdad, y le condenan como un blasfemo. Ellos son los que insultan á Dios. Pero el Salvador había tomado sobre sí la sentencia de muerte pronunciada contra Adán...

Luego le escupieron en el rostro, le dieron puñetazos y le abofetearon, diciendo: Cristo, profetizamos, ¿quién es el que te ha herido? (1).

¡Cielo, tierra, y vosotros, aéres que poblais el universo, llenos de horror viendo como es maltratado el rostro del Salvador divino; aquel rostro dice san Crisóstomo, ante cuya presencia se calmaron las olas del mar, y el sol volvió sus rayos por reverencia cuando se inclinó bajo el peso de la muerte! (In Luc. XXII). ¿A qué tantos ultrajes á un condenado? ¿á qué tantos insultos? Las costumbres feroces de los enemigos del Hombre Dios se habían de manifestar en todo...

Jesucristo es acusado como un impío; es abofeteado como un insolente; le escupan al rostro como al más vil y despreciable de los hombres, y es herido á golpes como un ladrón... ¡O Dios! ¿qué es pues el hombre subordinado al ciego impulso de sus pasiones y del demonio...? Jesucristo habla con la dignidad y el poder de Señor y de maestro, se calla como un inocente, y es condenado como un sacrilego. ¡Su rostro divino, que es la misma pureza y hermosura del Paraíso, queda manchado con saliva impura! Es herido con el puño Aquel cuya mano mide el océano, y cuyo dedo pesa los Cielos! ¡Es ultrajado con bofetones el rostro que es el esplendor y la gloria del Paraíso! ¡Quedan cubiertos los ojos del que todo lo ve y todo lo escudriña! ¡Ojos sumergidos en las tinieblas del infierno, vosotros sois los que os pegáis á vosotros mismos, deshonrais y vendais vuestros ojos; no vereis ya la faz de Dios, ni seréis ya su pueblo! ¡El que mata á Dios, deja de tenerlo!... Adán y Eva habían pecado por los ojos y la boca, y al permitir Jesucristo que le cubrieren los ojos y le golpearan la boca, obtenía misericordia por aquel crimen.

A fin de expiar, Jesucristo sufrió en todos los miembros por medio de los cuales el hombre ha pecado y peca todavía, dice S. Agustín: *Christus passus est in omnibus membris, quibus peccavit et peccat homo, ut omnia expiaret.* (In Passione).

Como Jesucristo no fué más que dulzura, dice S. Crisóstomo, sus verdugos no fueron más que ultraje é impiedad; en acciones, en palabras y en de-

(1) Tunc expaverunt in faciem ejus, et colaphis eum ceciderunt. alii autem palmas in faciem ejus dederunt, dicentes: Prophetiza nobis, Christe, quis est qui te percussit? (Math. XXVI. 67-68).

seos, agotaron contra él toda su rabia. (In Passione). Jesucristo quiso sufrir todos los insultos y todas las afrentas: 1.º para satisfacer por todas las ofensas de que se hacen culpables hacia Dios; porque, en cuanto puede, el pecador escupe á Dios, lo abofetea y le hiera despreciándole y dando la preferencia á la criatura. Le despoja de la honra que le es debida, y casti de la Divinidad dándose otros dioses. El avaro no tiene más Dios que el oro y la plata, el impúdico sólo ve los viles placeres, el hombre dado á la embriaguez, algunos licóres, etc., y todos no ven más que las pasiones y los demonios. 2.º Para serrarnos del oprobio que habíamos merecido: Sus oprobios han borrado el nuestro, dice S. Jerónimo: *Oprobria ejus nostrum abstulere opprobrium*. In (c. XXVI. Matth.) 3.º Para honrar á Dios y satisfacer su justicia. La pasión del Salvador honra infinitamente á Dios, donde había abundado el pecado ha superabundado la gracia, dice S. Pablo: *Ubi abundavit delictum superabundavit gratia*. (Rom. v. 20.) ¡Oh pecado de Adán, ciertamente necesariol exclama la Iglesia! ¡Oh dichosa falta, que nos valió tal Redentor! ¡O certe necessarium Adm peccatum! ¡O felix culpa, que talem ac tantum meruit habere Redemptorem! (Exultet in honor. Corci Paschi.) 4.º Para manifestarnos su paciencia suprema y darnos ejemplo... En la pasión, dice S. Bernardo, conviene principalmente considerar tres cosas: la obra, la manera y la causa. En la obra brilla la paciencia, en la manera la humildad, y en la causa la caridad (1). 5.º Para animar é inflamar á todos los mártires y cristianos y llevarnos á no tener obstáculos, amenazas ni suplicios, sino á triunfar de todo para asegurar su salvación... Con los ultrajes que han dirigido á Jesucristo los judíos han merecido sufrir todas las humillaciones, y humillaciones eternas. Aboletaron á Jesucristo, dice Origenes, y han recibido una bofetada que no se borrará nunca: *Receperunt aliquam eternam*. (In Evang.)

Los que osaron combatir al incorruptible, se corrompieron, dice S. Bernardo, y los que ultrajaron al inmortal murieron. (Serm. de Cruce.)

Durante toda la noche del jueves al viernes Jesucristo sufrió toda clase de ultrajes y afrentas.

Pedro niega á Jesucristo. En aquella noche tan cruel, por colmo de desgracias, Pedro se negó tres veces á su divino Maestro, y Jesucristo lo sufrió todo con resignación divina.

¿Dónde negó Pedro á Jesús? dice S. Ambrosio. En el pretorio de los judíos; en la sociedad de los impíos. (In XIII. Luc.) ¡Oh! ¡qué lastimosos son, dice el venerable Beda, las conversaciones y la compañía de los malvados! Pedro, en medio de los impíos, niega que conoce á Jesucristo como hombre; él, que le había confesado como Hijo de Dios vivo, cuando estaba con sus colegas. (In March. Evang. c. XIV.) Verdaderamente, muy débil es el hombre reducido á sus pocas fuerzas. Sin el Espíritu Santo, Pedro padece, se estremece y reniega de su Maestro á la vez de una simple criada; pero con el Espíritu Santo, no cede á los príncipes, ni á los reyes, ni á los judíos, ni á los gentiles; arrastra las cadenas, las prisiones, los tormentos y la muerte. Todas las amo-

(1) In hac passione tria specialiter convenit intus, opus, modum, causam. Nam in opere, patientia; in modo, humilitas; in causa, charitas commendatur. (Serm. in feria sexta hebdomada pascha.)

nazas y todos los suplicios no son para él más que un juego. Y dice osadamente á los que cominándole con las penas más terribles, le prohiben predicar á Jesucristo: *Nemo de obedere á Dios antes que á los hombres: Obedire oportet Deo magis quam hominibus*. (Act. v. 29.)

Pedro cae por varias causas. Primeramente porque confió demasiado en sí mismo. Aunque tuviera que morir con vos, había dicho aquella misma noche á Jesucristo, no renegaría de vos. (Matth. XXVI, 34-35). En segundo lugar, porque conociendo su debilidad y su temor, se mezcló imprudentemente con una muchedumbre impia... En tercer lugar, porque siguió de lejos á Jesucristo, título como era: *Sequebatur eum á longe*. (Matth. XXVI, 58). En cuarto lugar, porque se había olvidado ya de su promesa... En quinto lugar, Dios permitió aquella caída para que Pedro, que debía ser el soberano Pastor de la Iglesia, fuese compasivo é indulgente. En sexto lugar, Dios la permitió para dar á los pecadores un grande ejemplo de arrepentimiento y de penitencia. Pues habiendo sufrido, Pedro lloró amargamente: *Egressus foris flevit amaro*. (Matth. XXVI, 75). Las lágrimas del penitente son el vino de los ángeles, dice S. Bernardo: *Lacrymæ penitentium vinum sunt angelorum*. (Serm. XXX. in Cant.) Las lágrimas borran el pecado, dice S. Ambrosio; no piden el perdón, lo merecen: *Lacrymæ levant delictum; lacrymæ veniam non postulant, sed merentur*. (In XII. Luc.)

San Clemente, discípulo y sucesor de S. Pedro, afirma que aquel apóstol se arrepintió tanto, que, mientras vivió, se prosternaba durante la noche al cantar el gallo, y derramaba abundantes y amargas lágrimas. Por esto estaban sus ojos siempre encendidos. (Hist. Eccles.)

Al amanecer, todos los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo celebraron consejo contra Jesús para matarle: *Mene autem facta, consilium interunt omnes principes sacerdotum et seniores populi adherens Jesum, ut eum morti traderent*. (Matth. XXVII, 1.)

Desde la madrugada, observad, dice S. Jerónimo, como se apresuran á cometer el mal, á tener de las palabras del Rey profeta: *Sus piés corren para detramar sangre*. (Psal. XIII. — De judæis.) El odio, el furor y el demonio les excitó y les apresuró... Caías había reunido en su casa á todo el consejo de los judíos para condenar á Jesucristo, á fin de que luego Pilatos no pudiera absolverle... Aquella mañana, judíos, aquella mañana, exclama S. Leon, derribó Dios vuestro templo y vuestros altares; os arrebató vuestra ley y vuestros profetas, vuestro reino y vuestro sacerdocio, y convirtió vuestras fiestas en lágrimas eternas. (Serm. III. de Passione.)

Habiendo sido á Jesús, se lo llevaron y lo entregaron al gobernador Poncio Pilatos: *Et victum adduxerunt eum; et tradiderunt Pontio Pilato grandi*. (Matth. XXVII, 2.) Lo llevaron á Pilatos para que éste decretase la sentencia de muerte. Ellos no habrían hecho mil veces, si hubiesen tenido tal poder; pues aquel deseo dacióla los durómbas; pero los romanos les habían quitado el derecho de justicia soberana. Ellos mismos lo proclamaban. En efecto: cuando Pilatos les dijo: Tomadlo y juzgado según vuestra ley, respondieron: No nos está permitido sentenciar á nadie á muerte: *Nobis non licet interficere quemquam*. (Joann. XVIII, 31.) Y si varias veces durante la vida de Jesucristo ha-

Jesucristo es
cava de Pila-
tos.

bien intentado apedrearle; y si más tarde apedrearon á S. Estéban, no lo hicieron con derecho por tanto, sino como asesinos que obedecen al odio y al furor...

Pusieron pues al Salvador en manos de Pilatos, para que éste le condenase á muerte. Tenian varios motivos para obrar así:

1.º No querian tomar sobre sí la responsabilidad de la infame muerte de Jesucristo, aunque la tenían por completo, puesto que le entregaban á Pilatos por envidia y le acusaban calumniosamente. Se proponian tambien de esta manera dar á entender al pueblo que Jesucristo habia merecido la muerte, puesto que Pilatos, que no era judío y pasaba por un hombre justo, le condenaba.

2.º Querian destruir el honor y la gloria de Jesucristo y probar que no era el Cristo, sino un falso profeta; pues para darles gusto, Pilatos debia colocarle en la categoría de los hombres peligrosos y condenarlo ya como malhechor, ya como rebelde á César...

3.º El día en que se verificaban los sucesos que acabamos de recordar, los sacerdotes debian hallarse en el templo; y abstenerse de la sangre... No aguardaron á que hubiese pasado la fiesta de Pascua para entregar Jesucristo á Pilatos, persuadidos de que la impresion del suplicio que le estaba reservado, estaria en relación con la gran concurrencia de gente que habia de llegar á Jerusalem de todos los puntos de Judea para celebrar la primera solemnidad de la ley.

4.º Querian finalmente que, ejerciendo Pilatos sus funciones de juez, á pesar de la santidad del día, fuese mirado como un profanador. Pero Dios impuso á los judíos deicida la pena del Talion. Así como habian entregado á Jesucristo á Pilatos, procónsul romano, para que éste le condenase, Dios les entregó á los emperadores romanos Tito y Vespasiano, que los vencieron, destruyeron á Jerusalem y aniquilaron la nacionalidad judaica.

Los enemigos del Salvador no entraron en el pretorio para no mancharse; El ipse non introierunt in pretorium, ut non contaminarentur. (Joann. XVIII, 28).

¡Oh hipocresía! ¡Oh loca y ciega impiedad! exclama S. Agustín. No entran en el pretorio para no mancharse con el tacto de extranjeros, y se cubren de una mancha eterna con su propio crimen! (De Passione).

Hé aquí á Jesús ante el presidente Pilatos: *Stetit Jesus ante presidem.* (Math. XXVII, 44). ¿Qué acusacion traéis contra este hombre? *Quam accusationem offeritis adversus hominem hunc?* Ellos respondieron con orgullo: Si no fuese un malhechor, no lo hubiéramos traído: *Si non esset hic malefactor, non tibi tradidissemus eum.* (Joann. XVIII, 29-30). Entonces Pilatos les dijo: Tomadla vosotros mismos, y juzgadlo segun vuestra ley: *Accipite eum vos, et secundum legem vestram judicate.* (Joann. XVIII, 31). Pilatos no queria meterse á juzgarle; veia ya la iniquidad de los judíos y la inocencia de Jesucristo, pues sabia que lo habian prendido por envidia: *Sciebat enim quod per invidiam tradidissent eum.* (Math. XXVII, 18).

Teniendo entonces los enemigos del Salvador que Pilatos lo despidiese, no le acusaron ya de blasfemia, como antes, porque el conocimiento de tal crimen no era de la atribucion de Pilatos; los blasfemos no atacaban más que la ley judaica, y sólo podian ser apedreados, sin que á aquel suplicio estuviese

unida una nota de infamia como al suplicio de la cruz. La cruz era el suplicio de los sediciosos, de los ladrones y asesinos; suplicio, por consiguiente, muy ignominioso. Para conseguir su objeto, se decidieron á acusar á Jesús de tres crímenes dignos de la cruz; 1.º Le hemos encontrado, dijeron, subvertiendo nuestra nacion. *Hunc invenimus subvertentem gentem vestram* (Luc. XXIII, 2); es decir, excitándola á la rebelion; lo que atacaba directamente á los romanos, dueños de la Judea. 2.º Prohibe pagar el tributo á César: *Et prohibentem tributum dare Cesari.* (Id. XXIII, 2). 3.º Se dice Cristo Rey: *Et dicentem se Christum Regem esse.* (Id. XVIII, 2).

Pilatos despreció aquellas acusaciones, que le constaba estaban desprovistas de fundamento, y dirigiéndose al mismo Jesús, le dijo: Vuestra nacion y vuestros sacerdotes acaban de entregaros á mí; ¿qué habéis hecho? *Quis tua et pontifices tradiderunt te mihi; quid fecisti?* (Joann. XVIII, 35). ¿Sois rey de los judíos? *Tu es rex Judaeorum?* (Id. XVIII, 33). Jesús respondió: Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuese de este mundo, mis sirvientes combatirian para librarme del poder de los judíos; pero mi reino no es ahora de aquí (1). Pilatos prosiguió: Así pues, ¿sois rey? *Ergo rex es tu?* (Idem XVIII, 37). Jesús respondió: Vos lo decís, soy rey. He nacido, y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad; *Tu dicis, quia rex sum ego. Ego in hoc natus sum, et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati.* (Id. XVIII, 37). He venido á predicar la verdad evangélica, que principalmente estriba en tres cosas: 1.º en el verdadero conocimiento de Dios; 2.º en el conocimiento de la encarnacion; 3.º en el conocimiento de la bienaventuranza. Entonces Pilatos, con culpable indiferencia, replicó: ¿Qué es la verdad? *Quid est veritas?* Y despues de esta pregunta, sin aguardar respuesta, salió, se presentó á los judíos, y les dijo: No encuentro en él ningun crimen: *Ego nullum invenio in eo causam.* (Joann. XVIII, 38).

Los príncipes de los sacerdotes insistieron en sus acusaciones; Jesús nada respondió: *Et cum accusaretur á principibus sacerdotum, nihil respondit.* (Math. XXVII, 42). Nada respondió, porque: 1.º todo lo que le echaban en cara era falso...; 2.º sabia que sus respuestas serian inútiles...; 3.º se callaba para que no le despidiese Pilatos sin condenarle...; 4.º se callaba tambien, como ya hemos dicho, para expiar con su silencio las mentiras, los perjurios, las maledicencias, las calumnias, las blasfemias, y en una palabra todos los crímenes que los hombres habian cometido por medio de la palabra.

Continuando Pilatos su interrogatorio, dijo á Jesús: ¿No ois cuantas cosas dicen contra vos? *Non audis quanta adversum te dicunt testimonia?* (Math. XXVII, 43). Pero Jesús nada respondió, de suerte que el gobernador se admiraba muchísimo: *Et non respondit ei ad ullum verbum, ita ut miraretur praeses vehementer.* (Math. XXVII, 44). Pilatos admiraba la inocencia, la dulzura, la paciencia, la resignacion y la fuerza del acusado. Hé aquí, dice san Anastasio, hé aquí en el Salvador algo muy grande y muy admirable; callándose, persuadida tan eficazmente á su juez, que, á pesar de las tramas y conspi-

(1) Respondit Jesus Regnum meum non est de hoc mundo; si ex hoc mundo esset regnum meum, ministri mei alique succurrerent, ut non traderet Judaeis; nunc autem regnum meum non est hic. (Joann. XVIII, 36).

raciones contra él urdidas, éste tenía que reconocerle y declararle inocente (1).

Jesucristo en
casa de Herodes.

Desearo Pilatos de salvar á Jesucristo, tomó el partido de enviarlo á Herodes. (Luc. XXIII. 7). Viendo Herodes á Jesús, experimentó una gran alegría, porque deseaba hacer tiempo verle, pues le habian contado de él muchas cosas, y quería verle obrar algun prodigio. Lo interrogó pues largamente; pero Jesús nada contestó. (Id. XXIII. 8-9). Así obra aquel gran Dios con los curiosos; los orgullosos y los impíos; se calla. La voz de su gracia, de sus inspiraciones y del remordimiento no llega á ellos: *At ipse nihil illi respondit*.

Observad el encarnamiento de los juillos al perseguir á Jesucristo. Los príncipes de los sacerdotes y los escribas, que estaban allí presentes, dice san Lucas, según irán adelante con terquedad: *Stabant autem principes sacerdotum et scribae constanter accusantes eum*. (XXIII. 10).

Pero Herodes y un corte lo despreciaron; y hablándole hecho poner por barba una túnica blanca, aquel rey lo envió de nuevo á Pilatos: *Speravit autem illum Herodes cum exercitibus suis; et illi non intulit vestem alba, et remisit ad Pilatum*. (Luc. XXIII. 11). ¡Ah! lejos de ser indicio de locura, aquel vestido blanco era la señal de la inocencia, de la pureza, de la inmortalidad y de la gloria de Jesucristo; lo insigne de su victoria!

Se observa que entre los juillos hubo unidad de conspiración, de desprecio y de ultrajes contra el Hombre-Dios.

Jesucristo vestido
ante Pilatos.

Habiendo convocado Pilatos á los príncipes de los sacerdotes, á los magistrados y al pueblo, los dijo: No habéis presentado á este hombre como soliviantador del pueblo, y preguntándole yo ante vosotros, nada he encontrado en él de lo que le acusáis. Herodes tampoco, porque os he enviado á él, y no se le ha convenido de nada que sea merecedor de la muerte. Lo despediré pues, después de haberle hecho castigar (2). Mientras que Pilatos funcionaba en su tribunal, su mujer le envió á decir: No te metas en lo perteneciente á esto justo, porque hoy he sido yo atormentada de un modo extraño durante mi sueño sobre este asunto. (Math. XXVII. 19). Al nacer el mundo, dice S. Agustín, la esposa envió á su esposo á la muerte; y cuando la pasión de Jesucristo, la esposa insistió á su esposo para que se salvase: *In nativitate mundi, uxor duxit virum ad mortem; in passione Christi, uxor provocat ad salutem*. (In Serm. CXXI de Temp.).

En todos los siglos, la mujer cristiana fué la que comenzó el bien, invitó á los hombres á cumplirlo, y se puso al frente de todas las obras de caridad, de compasion y de beneficencia...

Pilatos, de acuerdo con su esposa, reconoce la inocencia de Jesús; pero es demasiado débil... ¡Ay! ¡Cuántas personas imitan la cobardía de Pilatos!...

(1) *Maquamvis caris et mirificum in Salvatore, qui tunc tam ellexa erat in perveniendo, ut iudex ultro faciones, conspirationesque adversus eum intulit, et agnosceret, et confiteretur.* (Serm. de Passione et Cruce).

(2) *Quasi mihi nunc hominem, quam aversentem populum, et ecce ego carum vobis interrogavi, nullam causam inveniri in homine. Iste ex his in quibus enim accusatus. Sed neque Herodes, nam remisit vos ad illum, et ecce nihil dignum morte actum est ei. Emendatum ergo illum dimittam.* (Luc. XXIII. 13-16).

Aquel juez injusto se vale de un medio odioso para salvar á Jesucristo. En la solemnidad de Pásena, el Gobernador tenia la costumbre de dar la libertad á un prisionero, al que el pueblo quisiese. Habia entonces en la cárcel un ladrón insigne, llamado Barrabás. (Math. XXVII. 15-16), el cual habia sido encarcelado por una sedición que se habia originado en la ciudad, y por un asesinato (Luc. XXIII. 19). Y dirigiéndose Pilatos á los juillos, los hizo la siguiente proposición: ¿A quién de los dos queréis que dé libertad, á Barrabás, ó á Jesús llamado Cristo? *Quem vultis dimittam vobis, Barrabam, an Jesum, qui dicitur Christus?* (Math. XXVII. 17). Pero los príncipes de los sacerdotes y los ansianos persuadieron al pueblo que pidiese á Barrabás, é hiciese morir á Jesús (Math. XXVII. 20). El gobernador preguntó pues de nuevo: ¿A quién de los dos queréis que ponga en libertad? Y ellos respondieron: A Barrabás. Pilatos replicó: ¿Qué haré, pues, de Jesús, llamado Cristo? *Quid igitur faciam, de Jesu, qui vocatur Christus?* (Math. XXVII. 21-22). Y todos dijeron: Condenad á éste, y entregadnos á Barrabás. (Luc. XXIII. 18). Muera Jesús crucificado: *Dicunt omnes: Crucifigatur?* (Math. XXVII. 23). El Gobernador les dijo: ¿Qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban todavía más alto diciendo: Crucifícidle! *Aut illa proes: Quid enim mihi fecit? At illi magis clamabant, dicentes: Crucifigatur!* (Id. XXVII. 23). Pilatos les replicó por tercera vez: Es inocente, y nada encuentro en él que merezca la muerte. Pero ellos insistían con grandes gritos, y sus voces crecían por momentos: *Crucifícidle, crucifícidle: At illi instabant vocibus magnis et inaudiebat voces eorum: Crucifige, crucifige eum.* (Luc. XXIII. 23-24).

¿Qué indigna preferencia! ¿qué atroc! ¿qué crimen!... Los juillos piden la libertad de Barrabás y la condenación de Jesucristo: *Non hunc, sed Barrabam.* (Joann. XVIII. 40). Ciegos y desgraciados pecadores, vosotros renovamos la misma elección al pecar mortalmente. Damos la preferencia á Barrabás... ¿Qué digo? Oíríamos pensar que los juillos, porqué, aunque muy criminal, Barrabás era un hombre; pero ¿quién es aquel que preferimos á Jesucristo por el pecado? ¿Quién es aquel que elegimos por dueño nuestro?

La petición que los juillos consiguieron con tanto trabajo pesa sobre ellos desde entonces hasta nuestros días, dice el venerable Boda. Teniendo la libertad de elegir, y habiendo dado la preferencia á un ladron sobre Jesús, á un asesino sobre su Salvador, perdieron muy justamente la salvación y la vida; han sido de tal manera arrastrados al pillaje y á las sediciones, que han perdido su reino y su patria; por no haber querido la libertad que Jesucristo les ofrecía, venderon para siempre su libertad corporal y espiritual. (In March. c. XV).

Viendo Pilatos que nada adelantaba y que el tumulto iba en aumento, pidió agua, y lavándose las manos ante el pueblo, dijo: Soy inocente de la sangre de este justo; y vosotros responderéis de ella. (Math. XXVII. 24). Bien puedes lavar tus manos, juez cobardo é infame, no lavarás tu conciencia, ni tu honor, si tu memoria. Te declaras inocente de la sangre del justo, y tú eres quien pronuncias la sentencia de muerte!...

Todo el pueblo contestó: Carga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos! *Et respondens universus populus, dixit: Sanguis ejus super nos, et super filios nostros.* (Math. XXVII. 25).

Entonces Pilatos dió libertad á Barrabás, y despues de haber hecho azotar á Jesús, se lo entregó para que lo crucificasen: *Tunc dimisit illis Barrabam: Jesum autem flagellatum tradidit eis, ut crucifigeretur.* (Math. XXVII. 26).

Judas devolvió los treinta dineros, y hienó de desesperar con su aborrecerle.

Entre tanto, Judas, el que había hecho traición á Jesús, viendo que estaba condenado, se arrepintió, y fué á devolver las treinta monedas de plata á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos, diciendo: He pecado al vender la sangre inocente. Pero ellos le contestaron: ¿Qué nos importa? Es negocio tuyo. En vista de lo cual, despues de arrojalo el dinero en el templo, se retiró y fué á aborrecerse. *Math. (XXVII. 3-5).*

Judas fué movido de arrepentimiento, pero no de un arrepentimiento sincero; porque el verdadero arrepentimiento encierra la esperanza del perdón, y el mismo perdón; pero el arrepentimiento de Judas era forzoso y lleno de desesperación, como es siempre el arrepentimiento nacido en la conciencia atormentada de los condenados devorados por las llamas del infierno.

Judas devolvió las treinta monedas, y las arrojó en el templo. Aunque el arrepentimiento de Judas fué falso y nulo, aquel traidor, dice S. Ambrosio, sintió, sin embargo, cierta vergüenza y cierto pador al reconocer su crimen; y aunque no haya sido absuelto, quedó en claro la impudencia de los judíos. El mismo acto que revelaba, en efecto, la traición de Judas, probaba que los judíos habían hecho con él un contrato odioso y culpable. (*In Luc. XXII.*)

Pero los príncipes de los sacerdotes le dijeron: ¿Qué nos importa? Es cosa tuya. (*Math. XXVII. 4.*) No quieren recibir el dinero por no verse obligados á romper el contrato y á poner en libertad á Jesús. Judas arroja el dinero en el templo, en presencia de todo el pueblo, y así todos pudieron ver que Jesús había sido vendido y condenado injustamente...

Si Judas hubiese pedido perdón y no se hubiese desesperado, habría conseguido salvarse... Varios doctores dicen que Judas se ahorcó de un árbol de la especie de aquel cuya fruta Adán había comido...

Oid, oíd, avares, exclama S. Crisóstomo: Meditad sobre la suerte de Judas: Perdió su dinero, cometió un crimen, y no pudo deshacerse de su precio, y perdió el alma. A esto conduce la atroz tiranía de la avaricia. Judas no se aprovechó del dinero ni de la vida que había recibido, y no gozará tampoco de la vida futura: todo lo perdió á la vez. Despues de haber dado una mala opinión de sí mismo á aquellos á quienes había entregado á su Dios, y en general á todos los hombres, puso fin con una cuerda á su triste é infame existencia. (*De avaritia.*)

Judas, dice el venerable Beda, halló un castigo digno de su crimen. La garganta de la que salió la voz de la traición, fué apretada con una cuerda, el que había entregado á la muerte al Salvador, de los hombres y de los ángeles, perció suspendido en el aire entre el Cielo y la tierra que lo rechazaban, y las entrañas que habían concebido la perfidia y la traición se rompieron, esparciéndose por el suelo. (*In I. Act.*)

El vientro de Judas, aquel asociado de las potencias atreas, dice S. Bernardo, se rompió en medio de los aires, de tal suerte que el Cielo no recibió y la tierra no sustentó al que había hecho traición á Jesús, verdadero Dios y

verdadero hombre bajado del Cielo á la tierra para la salvacion del mundo (1).

Ni el Cielo ni la tierra quieren al aborrecido Judas; el aire le aborrece igualmente, y le falla...

Lo que Judas hizo á su cuerpo, dice S. Agustín, se verificó tambien en su alma. Como los que se ahorcan se matan porque el aire no puede llegar á sus pulmones, de la misma manera los que desesperan de la misericordia de Dios impiden la respiración de su alma, que no puede ya recibir el soplo del Espíritu Santo (2).

Con la confesion de su falta y con su desesperación, Judas dió dos admirables testimonios de la inocencia de Jesucristo, testimonios que hubieran delido detener á los judíos, comprometidos en el camino del homicidio, si hubiesen tenido conciencia y pudor; pero todo había muerto en ellos, menos el odio y la voluntad de cometer el crimen. Ved la astucia y la malignidad del demonio: Lleva á Judas: 1.º á la avaricia; 2.º al sacrificio con una comunión indigna; 3.º á vender á su Maestro; 4.º á hacerle traicion con un beso; 5.º á abandonar al mismo á la desesperación; 6.º á aborrecerse; y 7.º al infierno. Así de grado en grado lleva al hombre á todos los crímenes, y le precipita en un abismo del que no puede salir. Desconfiemos de su ingeniosa perfidia.

Habiendo recogido el dinero arrojado en el templo por Judas, los príncipes de los sacerdotes dijeron: No es lícito ponerlo en el tesoro, porque es precio de sangre. (*Math. XXVII. 6.*) Qué hipocresía! Fingen delicadeza, celo por la religión, principios de justicia; y no permiten que ingrese en el tesoro de las obligaciones el precio de la sangre de Jesucristo, porque, segun ellos, aquella sangre era impura; pero, por una extraño contradicción, no habían sacado ellos aquel mismo dinero del piadoso tesoro donde no querían que volviese á ingresar? Negarse á recibirlo era reconocer implícitamente que, empleando las cantidades destinadas á otras buenas para pagar al traidor que había puesto á Jesucristo en sus manos, habían cometido una prevaricación. Habiéndose pues consultado mutuamente, compararon el campo de un alfarero para sepullar á los extranjeros. (*Math. XXVII. 7.*) Nueva infamia; pues estaban que Jesucristo había nacido entre ellos; y querían considerarlo como extranjero... Aun hoy aquel campo se llama *Haesildema*, es decir, campo de sangre. Entonces se cumplió lo que había dicho el profeta Jeremías: Recibirón treinta monedas de plata, precio del que se puso en venta, segun la apreciación de los hijos de Israel; y han dado aquellas monedas por el campo de un alfarero. (*Math. XXVII. 8-10.*)

El nombre que se dió á aquel lugar, dice S. Crisóstomo, proclama muy alto la horrible crueldad que desplegaron los judíos en la muerte de Jesucristo. Si hubiesen puesto aquel dinero en el tesoro de las ofrendas, del que lo habían sacado, no hubiera sido tan patente su intamia; pero, al comprar el

(1) Judas in aere crepuit medio, avaritiam colligens potestatum: upote quem veri Dei et hominis, qui de Caelo vocatus est, apertum in medio terra, hujus, inquam, proditorum nec Caelum recipere, nec terra sustineret. (*Serm. VIII. in Psal. CXX.*)

(2) Quod in corpore suo fecit (Judas,) hoc factum est in anima ipsius. Quomodo qui nihil collum ligant, inde se occidunt, quia non ad eos intrat spiritus aeris hujus; sic illi, qui desperant de indulgentia Dei, ipsa desperatione intus se suffocant, ut eos Spiritus Sanctus visitare non possit. (*Lect. 1. Homil. XXVII.*)

campo de un alfarero, y al darle el nombre de *Campo de sangre*, han transmitido la memoria de su ignominia á todas las razas hasta el fin del mundo. Aquel lugar será siempre el campo de la sangre hasta el último día, y siempre pesará sobre su cabeza criminal la maldición que se trajeron cuando gritaron: *Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos. (De Araritia).*

Jesucristo permitió que el campo pagado con los treinta dineros de Judas sirviese para los extranjeros, porque murió para todos, y su sangre había de ser la salvación de las naciones. Los judíos compraron aquel campo para los extranjeros, y trataron á Jesucristo como extranjero; y en castigo Jesucristo no quiso ya reconocerlos ni tenerlos por pueblo suyo. La sangre del Salvador fué su ruina y su condenación durante el tiempo y la eternidad...

Castigo de los
judíos desci-
des.

Ciegos los judíos exclamaron: *Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos: Sanguis ejus super nos et super filios nostros. (Math. XXVII. 25).*

Y ya hace cerca de dos mil años que la sangre de Jesucristo, derramada por la salvación del mundo, imprime en la frente de los judíos el oprobio y la maldición. Jerusalén ha sido destruida; la nación judaica está sin rey y sin capital; no tiene ya ley, ni templo, ni sacrificios, ni profetas, ni pontífices, ni levitas; sus hijos andan errantes por todo el universo, esclavos de todas las naciones, maldicidos por todos los pueblos y en todos los idiomas; á todas partes y siempre llevan el sello de Cain; inclinan la cabeza bajo la reprobación de Dios y las reprensiones de los hombres; se parecen á un pueblo dislocado, despedazado, cuyos miembros todos están dispersos. Manifiestan á todas las familias de la raza humana y á todos los siglos su deicidio, el castigo que fué su consecuencia y la venganza que Dios tomó por la muerte de su Hijo.

O judíos exclamad: *Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos! Vuestros deseos, inspirados por el furor infernal, se han cumplido...*

En el sitio de Jerusalem, los judíos, agolados por el hambre, se escapaban de una ciudad que habla de ser su tumba; y para detenerlos allí y obligarles así á someterse, Tito mandó crucificar más de quinientos cada día; de tal suerte, dice el historiador Josefo, que los romanos llegaron á carecer á la vez de cruces y de espacio para levantarlas. ¿Es posible no reconocer en este hecho un justo castigo de la crucifixión de Jesucristo?

O deicidas, exclamad: *Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos!*

¿Qué ha sido de ti, pueblo que en otro tiempo eras el pueblo de Dios, la nación santa, de cuyo seno habían salido los patriarcas y los profetas, la nación que vio todos milagros y poseyó las tablas de la ley, el arca de la alianza y el templo del verdadero Dios; la nación en la que nacieron María, Jesucristo y los apóstoles? ¿Dónde estás? Mira la enormidad de tu crimen y la expiación que te ha sido impuesta...

Enucha, desgraciado, lo que David, uno de tus reyes profeta: Que sus ojos se anublen para que no vean; encorvad, Señor, su espalda bajo la servidumbre: *Obscurum oculi eorum, ne videant; et dorsum eorum superincumbat. (LXXIII. 24).* Derramad vuestra ira, y aniquilad el fuego de vuestra cólera; hállese su habitación desierta, y nadie habite bajo sus tiendas: *Effunde super eos iram tuam; et furor ira tua comprehendat eos. Fiat habitatio eorum deserta, et in tabernaculis eorum non sit qui inhabitet. (LXXIII. 25-26).* Porque

han perseguido al que habéis herido, y han aumentado el dolor de mis llagas: *Quoniam, quem tu percussisti, persecuti sunt, et super dolorem vulnium meorum addiderunt. (LXXIII. 27).* Permitted que amontonen iniquidad sobre iniquidad, y haced que jamás sean justos á vuestros ojos: *Appone iniquitatem super iniquitatem eorum; et non intrent in justitiam tuam. (LXXIII. 28).* Sean sus nombres borrados del libro de la vida, y no ocupen ningún lugar entre los de los justos: *Deleantur de libro viventium, et cum justis non scribentur. (LXXIII. 29).*

O deicidas, exclamad: *Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos!*

Pueblo endurecido, escuchad las palabras de Daniel, uno de tus más grandes profetas: El Cristo se ha condenado á muerte, dice; y el pueblo, que ha de desconocerle no será ya su pueblo. Vendrá un pueblo regido por un jefe guerrero, y destruirá la ciudad y el santuario, y terminará su obra con la devastación, y después de la guerra se verificará la desolación que ha sido decretada... Cesarán la oblation y el sacrificio; y la abominación de la desolación se hablará en el templo, y perseverará hasta la consumación y el fin. *(IX. 26-27).*

Escuchad ahora á Oseas, que también ocupó un lugar entre los profetas: Los hijos de Israel, dice, estarán largo tiempo sin rey, y sin príncipe, y sin sacrificio, y sin altar, y sin Ephod, y sin Theraphims. *(III. 4).* Mi Dios los rechazará, porque no le han escuchado, y serán dispersados entre las naciones: *Abieciit eos Deus meus, quia non audierunt eum; et erunt vagi in nationibus. (Id. IX. 17).*

Enochemos al mismo Salvador: Cuando Jesucristo llegó cerca de Jerusalem, al ver la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: ¡Ah! si tú reconocieses siquiera en este tu día lo que puede atraerte la paz; mas ahora están estas cosas encubiertas para tus ojos. Días vendrán contra ti en que tus enemigos te cercarán de trincheras, y te pondrán sitio, y te estrecharán por todas partes; y te derribarán en tierra, y á tus hijos que están dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo en que has sido visitada. *(IX. 41-44).*

O deicidas, exclamad: *Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos!*

Si, dice S. Jerónimo, si esta imprecación se ha realizado hasta este día, y se realizará hasta el fin. La sangre del Señor estará siempre en su frente. Esta sangre, como dice el Rey profeta, hará pesar sobre ellos un baldon eterno: *Opprobrium sempiternum dent illis. (Id. Daniel).*

Continuamos la sangrienta historia de la pasión del Salvador: Aquel gran Dios fué atado á una columna para ser azotado. Los azotes eran entre los romanos el castigo de los esclavos. ¡Era pues imponer á Jesucristo una nueva humillación, al propio tiempo que un nuevo castigo: era tratarlo como se trataba á los esclavos, y á los esclavos rebeldes, á El, que es Rey del Cielo y de la tierra! Los verdugos dieron su sagrado cuerpo con cuerdas llenas de nudos, con repetidos golpes y embarrizamiento. La sangre corrió por todas partes, y pronto las carnes se desgarran y caen á pedruzcos. Lailas, que le había contemplado en aquel triste estado, exclama: No tiene brillo ni hermosura; le hemos visto, y estaba desconocido: *Non est species ei, neque decorem; et vidimus eum, et non erat expectatus. (LIII. 2).* Le hemos visto despreciado, el último de los hombres, un hombre de dolores que conoce la debilidad. Su rostro estaba

como oculto bajo las huellas del desprecio, y le hemos tenido en nada. *Despectus et notissimus eorum, virum dolorum et scientem infirmitatem; et quasi absconditus vultus eius, et despectus; unde nec reputavimus eum.* (LIII. 3).

El Rey profeta le vió tambien, y declaró que los verdugos contaron todos sus huesos: *Diminuerunt omnia ossa mea.* (XXI. 18). Sin embargo, el cordero sin mancha no pronunció ninguna queja...

Ecce Homo.

En el horrible estado que acabamos de pintar, Jesucristo fué presentado por Pilatos al pueblo, pues el gobernador romano creyó excitar su conmiseración. Aquí tenéis al hombre, dijo: *Ecce Homo.* (Joann. XIX. 5). Judios bárbaros, tal es el estado á que habeis reducido al Verbo encarnado; tal es vuestra obra: *Ecce Homo.* Blasfemos, impúdicos, pecadores todos, mirad el resultado de vuestra conducta: *Ecce Homo...*

Condenando á muerte al Salvador, Pilatos cometia tres injusticias: 1.º usurpaba un poder y una jurisdiccion que no tenia...; 2.º destruia las reglas de justicia, porque cedia ante el alboroto de los judíos y condenaba á Jesucristo, no como culpable, sino para acallar los gritos de sus enemigos...; y 3.º violaba el derecho y la ley, pues condenaba á un inocente, á fin de que no le tuviesen por enemigo del César.

Jesucristo entre las manos de los soldados.

Faltaban nuevos ultrajes y otros sufrimientos. Despues de haber sido Jesucristo condenado, los soldados del gobernador lo llevaron al Pretorio, reunieron al rededor suyo toda la cohorte, le despojaron de sus vestidos, le cubrieron con una clamide ó capa militar de color de escarlata, y con ramas espinosas formaron una corona, la colocaron en su cabeza, y pusieron una caña en su mano derecha. Luego, doblando la rodilla delante de él, se burlaban, diciendo: *Salve, Rey de los judíos.* Y le escupian en el rostro, le cogian la caña, y le pagaban en la cabeza. (*Matth. XXVII. 29-30.*)

Toda la cohorte se reunió para hacer del Salvador una especie de rey de teatro y burlarse de él... Hablando del modo como deben los miembros de la Iglesia sufrir todas las penalidades, S. Bernardo dice: No conviene que un cuerpo cuya cabeza está coronada de espinas tenga miembros delicados. *Non decet sub capite spinis coronato membra esse delicata.* (Serm. de Passione).

San Agapito, martirizado á la edad de quince años, fué sometido por sus verdugos á diferentes tormentos, y entre otras cosas pusieron en su cabeza carbones encendidos. Acordándose el santo niño de la corona de espinas de Jesús, exclamó: ¡Poco importa que una cabeza que debe ser coronada en el Cielo esté rodeada de fuego y quemada en la tierra! ¡Oh, qué bella y rica corona de gloria adornará la cabeza coronada de sufrimientos y herida por Jesucristo! (*Surius, in ejus vita.*)

Aunque los soldados romanos coronan á Jesucristo por burla, dice san Bernardo, confesaron su dignidad real; le declararon Rey sin pensar que lo era efectivamente. (*In Passione.*)

Elegido Godofredo de Bouillon por rey de Jerusalem, se negó á poner en su cabeza la corona real, diciendo que no convenia que un rey cristiano llevase una corona de oro en la ciudad en que Jesucristo habia sido coronado de espinas. (*Hist. de las Cruzadas.*)

Jesucristo fué coronado de espinas para alcanzarnos la diadema del Cielo. La corona de espinas que llevó el Salvador era la figura de nuestros pecados...

Doblado los soldados la rodilla delante de él, se burlaban y le decían: *Salve, rey de los judíos: Ave, rex Judaeorum.* (*Matth. XXVII. 29.*) Toda lengua, dice S. Pablo, confesará que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre. (*Philipp. II. 11.*) *Doblaban delante de él la rodilla.* Al nombre de Jesús, añade el Apóstol de las gentes, debe hablarse toda rodilla en el Cielo, en la tierra y en los infiernos. (*Philipp. II. 10.*) *Salve, rey de los judíos: Jesucristo es, efectivamente, Rey; reina en el Cielo con su gloria, en la tierra con su cruz y su gracia, y en el infierno con su justicia. Es Rey de los reyes y Señor de los señores: Rex regum, Dominus dominantium.* (*Apoec. XIX. 16.*)

Jesucristo sufrió las burlas de que fué objeto en el Pretorio: 1.º para darnos á conocer la vanidad del mundo y de los hombres...; 2.º para enseñarnos que para reinar con él es preciso pisotear los honores y deleites y despreciarnos á nosotros mismos...; y 3.º porque las humillaciones debían ser las armas de su victoria contra Lucifer...

Es imposible saber ni describir todas las atrocidades que los soldados romanos, animados por los demonios, hicieron sufrir á Jesucristo desde el momento en que Pilatos se lo entregó hasta que le cargaron con su cruz. En aquel intervalo, el infierno entero se desencadenó, y los hombres que fueron sus instrumentos cumplieron á la letra aquellas profecias de la Sabiduría: *Pisabamos al justo... rubicunde de lazos, porque nos es inútil y es enemigo de nuestras obras, porque reprende nuestras faltas contra la ley, y vuelve contra nosotros los malos resultados de nuestras doctrinas. Se auba de tener la ciencia de Dios, y se llama Hijo de Dios. Ha manifestado nuestros pensamientos. Odimos hasta su vista, porque su vida es diferente de la de los demás, y sus sendas no son las nuestras. Nos mira como entregados á la trivialidad; se abstiene de seguir nuestras huellas como nos preservamos de una mancha; prefiere la muerte de los justos, y se vanagloria de tener á Dios por Padre. Veamos si son verdaderas sus palabras: experimentemos lo que le sucede, y sabremos cuál será su fin porque, si es verdaderamente Hijo de Dios, Dios le sostendrá y le librará de las manos de sus enemigos. Interroguémosle por medio del ultraje y del suplicio, para que conozcamos su dulzura, y pongamos á prueba su paciencia. Condenémosle á la muerte más infame.* (II. 10-20). Meditemos las razones en que fundan los ímpios su odio á Jesucristo.

Despues de haber hecho á Jesús toda clase de ultrajes, cargaron sobre sus ensangrentadas espaldas una pesada cruz.

Jesucristo iba agobiado por un cansancio mortal y enteramente destalecido. Habia pasado parte de la noche en el huerto de los dolores, donde habia sido vendido y amaldonado. De allí le habian arrastrado á casa de Anás y Caifás, y luego á casa de Pilatos, que le habia enviado á Heródes; éste le habia mandado de nuevo á Pilatos. En todos aquellos lugares, para él comparables al infierno lleno de demonios, habia sido victima del odio, del furor, de calumnias, de insultos, de inauditos ultrajes. Pilatos le habia hecho atar á una columna y azotar. Luego los soldados le habian puesto una corona de espinas en la cabeza, un mazo de púrpura en los hombros, un estro de caña en la mano, y el go-

Jesucristo cargado con su cruz.

bernador de la Judea lo había presentado en aquel estado al pueblo como un juguete. Después del *Ecco homo*, el Salvador había vuelto á caer en poder de los soldados que lo habían maltratado de nuevo. Y sin darle un instante de reposo le habían cargado con la cruz para que la llevase hasta el momento de ser clavado en ella.

Segun la tradicion, la cruz tenia cinco metros de largo, y tres sus brazos, siendo de un grueso proporcionado. Era costumbre que el condenado llevase el instrumento de su suplicio. Con las espaldas ensangrentadas, tendido y medio inerte, el Divino Redemptor cayó tres veces en el largo trayecto que tenia que recorrer; y tres veces le hicieron levantar á fatigazos y á pulos. Iba con los pies descalzos; señalando su paso con una huella de sangre...

Viendo, sin embargo, que Jesucristo no podia llevar solo su cruz, los verdugos obligaron á un habitante de Cirenea, llamado Simon, á que lo ayudase. No obraban así por lástima, ni por caridad; era por temor de que Jesucristo muriese en el camino; y ellos querian arrastrarlo al Calvario para hacerle sufrir dolores más crueles todavía y para saborear el placer de llenarle de nuevos oprobios y humillaciones. Debían tambien que anduviese más á prisa para poder crucificarlo más temprano y volverse tranquilamente á descansar con sus familias en sus hogares.

Simon fué llamado á llevar la cruz, para que sepamos bien que Jesucristo no la había merecido, sino el hombre culpable, y para que aprendamos á llevarla detrás del Salvador obedeciendo las palabras del mismo Jesucristo: El que no toma su cruz y no me sigue, no es digno de mí: Qui non recipit crucem suam, et sequitur me, non est me dignus. (Matth. X, 38).

Jesucristo encontró en el camino del Calvario algunas piadosas mujeres que se desbaclan en lágrimas. Les dirigió una mirada de tierna caridad, y les dijo: Hijas de Jerusalem, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y vuestros hijos. (Luc. XXIII, 28). Miserables pecadores que somos, lloremos por nuestros pecados, que son la causa de los sufrimientos y de la muerte del Hijo de Dios.

Calvario. Jesucristo llegó al fin al Calvario...

Tertuliano, Orígenes, S. Cipriano, S. Atanasio, S. Clelio, S. Ambrosio, S. Agostin y muchos otros Padres dicen que Adán fué sepultado en el Calvario. Se atribuye el nombre que lleva aquella montaña á la presencia de la cabeza del primer hombre; y de conformidad con aquella tradicion, ponen los pintores una calavera al pié de la cruz. Así, la sangre de Jesucristo hubiera corrido sobre los restos del padre de la raza humana. ¡O Adán, tú que fuéste en tu arrepentimiento desde tantos siglos, levántate, sal de entre los muertos; tu Dios quiere para resucitarte!

El Calvario era el lugar del suplicio de los más grandes maldichores; y Jesucristo, al espirar allí, expiaba con la humillacion más profunda las abominables iniquidades del mundo. Allí hizo el Salvador honrosos y meritorios los sufrimientos; allí los santificó.

San Jerónimo, S. Agustin, el venerable Beda y otros enseñan que el Calvario es la montaña en que Dios había mandado que Abraham lo sacrificase á Isaac. De aquí se deduce que Jesucristo, el Cordero sin mancha, hubiera sido

inmolado en el mismo lugar en que Abraham vió enredado por los cuernos en las malezas un cordero que ofreció en lugar de su Hijo. ¡Sorprendente figura de Jesucristo coronado de espinas y sacrificado en el Calvario!...

Habiendo del Salvador cargado con la cruz en el camino del Calvario, san Agostin exclama: ¡Grande espectáculo! Si la impiedad lo mira, ve en él una inmensa y cruel burla; pero si la impiedad lo contempla, descubre en él un profundo y sublime misterio. Si la impiedad lo mira, halla una gran leccion de iguominia; si la piedad lo contempla, ve allí un gran monumento de la fe. Si la impiedad lo mira, se rie del Rey que por único cetro de mando lleva el leño de su suplicio; si la piedad lo contempla, reconoce á su Rey que lleva la cruz en la que ha de ser clavado, cruz que será más tarde el adorno de la diadema de los soberanos, cruz que los impíos desprecian y los Santos encuentran gloriosa. (Trac. CXVII. in Joann).

David, subiendo al Calvario con los pies descalzos, llorando y huyendo de sus enemigos, es tambien la figura de Jesucristo (II. Reg. XV, 30).

Ligados á la cumbre del Calvario, los verdugos se apresuraron á despojar á Jesucristo de su túnica y á sortearla. Quitándole sin compasion un vestido que estaba pegado á su carne, volvieron á abrir todas sus llagas, y la sangre corrió en abundancia de cada parte de su cuerpo. Luego extendieron sobre la cruz á la inocente víctima, y se prepararon á sacrificarla. Dios omnipotente, vos que detuvisteis la mano de Abraham cuando iba á matar á Isaac, ¡dejaréis matar á vuestro único Hijo, que es Dios con vos y como vos! Detened, Padre celestial, detened el brazo de los verdugos! Pero no; infinitamente ultrajado por los hombres, que no pueden expiar sus ofensas, Dios quiere por víctima á su Dios que borra las maldades de los hombres... La sangre de Isaac no hubiera lavado la tierra que ni el mismo diluvio pudo lavar; sólo la sangre de Jesucristo puede limpiarla y purificarla...

Jesucristo sufrió en la cruz diez tormentos principales. 1.º tormento: los clavos desgarraban sus manos y sus piés... 2.º tormento: todo el peso de su cuerpo estaba sostenido por sus manos y sus piés clavados... 3.º tormento: permaneció suspendido en la cruz durante tres horas... 4.º tormento: sus miembros estaban de tal manera dislocados, que podian contarse todos sus huesos... 5.º tormento: fué colocado entre dos ladrones, como si hubiese sido su jefe... 6.º tormento: lo despojaron de todos sus vestidos... 7.º tormento: experimentó una sed devoradora... 8.º tormento: no tuvo más que hiel para aplacarla... 9.º tormento: oyó pronunciar blasfemias contra él por todas partes... 10.º tormento: sus miradas caían sobre su santa madre que sufría á sus piés...

O vosotros todos que pasáis por el camino, mirad, y ved si hay dolor comparable al mio, exclama el Hombre-Dios por boca de Jeremias: O vos omnes, qui transitis per viam, attendite, et videte si est dolor sicut dolor meus (Lament. I, 12).

Ha sido sacrificado porque ha querido, dice Isaac, y no ha desplegado los brazos; será conducido á la muerte como una oveja, y estará callado como un cordero delante del que lo trasquila: Oblatus est quasi ipse voluit, et non aperuit os suum; sicut ovis ad occisionem ducetur, et quasi agnus coram tondente se opumescet, et non aperit os suum. (LIII, 7).

Dulzura y paciencia de Jesucristo.

San Juan Bautista hacia alusión á las palabras de Isaias que acabamos de citar cuando decía á Jesucristo señalándole: He aquí el cordero de Dios: *Ece agnus Dei*. (Joan. I. 36.); es decir, he aquí el cordero pronunciado por Isaias, y figurado por el cordero paschal y por el cordero erredado de las astas entre espinos, y sacrificado por Abraham.

En tiempo de Noé, Dios se manifestó como un león y se vengó de los pecados que cubrían la tierra, sepultando á los hombres bajo las olas del diluvio; pero Jesucristo vino á expiarlos con la dulzura de un cordero. Las aguas del diluvio mataron á los hombres, y no los pecados; la sangre del Cordero mata los pecados y resucita á los hombres.

Soy, dice el Divino Salvador por boca de Jeremias, soy como un cordero sacrificado llevado al altar: *Ego quasi agnus mansuetus qui portatur ad victimam*. (XII. 19).

Así como el cordero que se trasquila pierde su vellón, dice S. Jerónimo, Jesucristo ha dado su cuerpo y conservado su Divinidad. (*De Judaeis*).

Jesucristo es el
verdadero rey en
la cruz.

Plutarco escribió una inscripción en hebreo, griego y latín, que indicó colocar en la parte superior de la cruz, concebida en los siguientes términos: Este es Jesús, rey de los judíos: *Hic est Jesus, rex judaeorum*. (Math. XXVII. 37). Muchos judíos leyeron aquella inscripción, y los príncipes de los sacerdotes dijeron á Pilatos que no pudiese rey de los judíos, sino lo que dijo: Soy rey de los judíos. Plutarco respondió: Lo escrito, escrito está: *Respondit Pilatus: Quid scripsi, scripsi*. (Joan. XIX. 20-22). ¡Infelices decidas, no lo queréis por rey, y seré rey de las naciones.

Jesucristo es rey y príncipe de los dolores; triunfa realmente de todos con su paciencia y su caridad divinas. Reinad, pues, ó Jesús, en el palacio del Calvario, en el trono de la cruz, bajo la púrpura de vuestra sangre, con el cetro de vuestras clavos y vuestra corona de espinas. Lleváis el título de rey de los judíos, es decir, de los hombres más injustos y de los más crueles enemigos. Por cortesanos tenéis á asesadores, por guardias de honor á unos ladrones; y en vez de un ejército pronto á defenderos, verdugos encarnizados en haceros sufrir. En el Calvario estáis en vuestro imperio, con toda la pompa y aparato de la dignidad real; triunfáis. O rey de dolores, vuestra mesa está servida de hiel y viagro; tenéis por perfumes el olor de los crímenes, por fuegos de alegría densas tinieblas, por sinfonia blasfemias y terremoto, por tapices huesos de condumales, por collar de oro y brazaletes la brillante llaga de vuestro corazón. ¡Iláganos comprender el Cielo lo que debemos ser con tal rey y semejante reino!

Pero, si Jesucristo queda declarado Rey en la cruz, no es sin motivo; con la dignidad de su cruz, llega á ser Rey de todos los corazones, y triunfa del pecado, de la muerte, de los demonios y del infierno.

Blasfemias contra Jesucristo.

Los que pasaban, blasfemaban meneando la cabeza, y la decían: Tú que destruyes el templo de Dios y lo vuelves á construir en tres días, ¿por qué no te salvas á tí mismo? Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz. — Los príncipes de los sacerdotes también, y los escribas y los ancianos, decían motinosos: Ha salvado á los demás, y no pueda salvarse á sí mismo; si es rey de Israel, que baje

ahora de la cruz, y lo crearemos. Confía en Dios; sálvate Dios, si te ama, ya que ha dicho: Soy Hijo de Dios. Los ladrones que con él habían sido crucificados, lo dirigen iguales insultos. (Math. XXVII. 39-44).

¡O blasfemos! ¡Bajaría, si quisiera; pero el mundo no se salvaría. No bajaría del trono en que lo habéis colocado sino cuando haya cumplido su obra...

Jesús dijo: Tengo sed, y le presentaron hiel y vinagro. (Joan. XIX. 29).

Uno de los ladrones crucificados blasfemaba de Jesucristo diciendo: Si eres buen ladrón, Cristo, sálvate, y sálvanos. Pero el otro le reprendía con estas palabras: ¿No temes á Dios tú tampoco que sufres la misma condenación? En cuanto á nosotros es justo, porque recibimos lo que nuestras acciones merecen; pero esto no ha hecho ningún mal. (Luc. XXIII. 39-41). En medio de la multitud de ignorantes, ciegos y blasfemos que cubrían la cumbre del Calvario, aquel ladrón se sintió de repente lleno de arrepentimiento por sus crímenes; confesó la inocencia y la Divinidad de Jesucristo, volvió hacia él sus ojos llenos de lágrimas, y le dirigió la siguiente súplica: Acordaos, Señor, de mí cuando lleguéis á vuestro reino: Y Jesús le respondió: En verdad te lo digo; hoy estarás conmigo en el Paraíso. (Luc. XXIII. 42-43).

Reflexionad, dice S. Ambrosio, y veréis que la cruz es un tribunal. Suspendido de sus brazos está el juez; el ladrón que cruza, se salva; y el que insulta, se condena. Ya manifestaba Jesucristo lo que había de hacer el día de los vivos y de los muertos, cuando colocaría los vivos á su derecha, y los otros á su izquierda. (Comment. in Luc. XXIII).

¿Qué decís, ó Jesús? exclama S. Crisóstomo. ¿Estáis clavado en cruz, y prometéis el Paraíso! Si lo prometéis, para que aprendáis la virtud de mi cruz. (Homil. de Cruce et Lazero).

Mientras que Jesucristo derramaba su sangre para la salvación del mundo, María se sentó al pie de la cruz: *Stabat autem juxta crucem Iesu mater sua*. (Joan. XIX. 25). Allí principalmente se cumplió la terrible profecía que había pronunciado el santo anciano Simeon cuando el niño Jesús fue presentado al templo por su divina Madre: Una espada de dolor, le dijo, atravesará vuestra alma: *Tuum ipsius animam perforabit gladius*. (Luc. II. 35).

La Santísima Virgen sufrió: 1.º por los horribles sufrimientos de su querido y adorado Hijo; tomó parte en ellos; el amor de María es la medida de su dolor; y como jamás hubo Madre que amara tanto á su Hijo: no ha existido tampoco otra que experimentara un dolor comparable al de María. En los mirtos y además Santos, el amor dulcificaba sus sufrimientos, y era un bálsamo divino; cuanto más amaban, ménos sentían los tormentos que les habían sobre. En María sucede lo contrario; cuanto más ama, más sufre; y como su amor es infinito, infinito es también su sufrimiento. Aúdate con los padecimientos de María aumentan los de su adorable Hijo...

¡Qué espectáculo para la más tierna de las madres ver á su único Hijo, á su Dios cubierto de sangre, desroyuntado los miembros, atravesado los pies y las manos, colgado en una cruz, insultado con horribles blasfemias, abandonado de Dios y de los hombres, y pronto á expirar! ¡Qué espectáculo para Jesús ver á sus pies, regada con su sangre, á su Santísima Madre, amada con

María al pie de
de la cruz.

un amor divino, mil veces más amada que todos los ángeles y hombres reunidos!...

2.º María sufrió por compasión; todos los dolores de su Hijo eran suyos...

3.º Sufrió en razón de la dignidad de su Hijo y de la dignidad suya...

4.º Sufrió en razón de la intensidad de los tormentos...

5.º Sufrió por solicitud; veía á Jesucristo sufrir solo, abandonado de sus apóstoles, de los que él había aliviado y curado, de los hombres, de los ángeles, y de su mismo Padre...

6.º Sufrió por las horribles calumnias, las blasfemias, las imprecaciones y maldiciones que dirigían á su Hijo...

7.º Sufrió por tenerlo continuamente á la vista y ser testigo de cada uno de sus dolores...

No debe sorprendernos que los santos Padres y todos los Doctores enseñen que la bienaventurada Virgen María, madre de Dios, fué mártir y más que mártir, pues la espada de dolor desgarró tan sólo el cuerpo de los mártires, al paso que desgarró el alma de Jesús y la de María: *Et tuam ipsam omniam perforavit gladius*, (Luc. II. 35). Así como Jesucristo sufrió más que todos los mártires juntos, María sufrió también más que todos los mártires; María conoció todos los dolores del Crucificado.

San Bernardino de Sena dice: Tan grande fué el dolor de María, que si se repartiese entre todos los hombres, morirían de repente: *Tantus fuit dolor Virginis, quod si in omnes creaturas divideretur, omnes subito interirent*. (T. II. serm. LXI).

La lengua, dice S. Bernardo, jamás podrá expresar, ni la inteligencia comprender, qué dolor desgarraba el piadoso corazón de María: *Nec lingua poterit loqui, nec mens cogitare valabit, quanto dolore afficiebantur pia viscera Mariæ*, (Serm. XXIX. in Cant.). Ahora, continúa S. Bernardo, ahora pagas con asura, ó tierna Madre, los padecimientos de que os libró la naturalidad en vuestro parto. No sentísais dolor alguno al dar á luz á vuestro Hijo, pero mil espaldas os traspasaron en su muerte. (*U supra*).

María estaba sumergida en los más crueles dolores, dice S. Crisóstomo: *Statat doloribus immersa*. (De Cruce).

En medio de una prueba tan cruel, la Virgen no se quejaba; participó de la dulzura, paciencia y resignación de su divino Hijo..., resignación completa á la voluntad de Dios...

¡Cuánto aumentó el dolor de María cuando Jesús le dejó en lugar suyo á S. Juan por hijo! *Dixit matri suæ: Mulier, ecce filius tuus*, (Joan. XIX. 26). ¡O hijo mio, qué cambio! hubiera podido decir: ¡Puede un hijo de los hombres indemnizarme de la pérdida que sufrí?...

Desde lo alto de la cruz Jesucristo exclamó: Tengo sed. *Sitio*, (Joan. XIX. 28). Los crueles y largos dolores que el Salvador había sufrido, le habían dado una sed abrasadora. Mi lengua se la pegado á mi paladar, dijo por boca de su profeta: *Et lingua mea adhesit faucibus meis*, (Psal. XXI. 16).

Peró con la palabra *sitio* quería expresar una sed mucho más penetrante que la que agobia el cuerpo, la sed de la salvación de las almas, la sed de ser amado de los hombres... Su amor por nosotros lo devoraba...

Dios, dice S. Pablo, ha manifestado el amor que nos profesa en que, al mismo tiempo que éramos pecadores, Cristo murió por nosotros: *Commendat caritatem suam Deus in nobis, quantum cura adhuc peccatores essemus, Christus pro nobis mortuus est*. (Rom. V. 8-9). Así es que, para manifestarte mi amor y mi reconocimiento, dice aquel apóstol, me he clavado en la cruz de Cristo. Y vivo, no yo, sino Cristo es el que vive en mí. Vivo para el que me ha amado y se ha entregado á sí mismo por mí: *Christo confusus sum cruci*. Vivo autem, jam quæ ego: vivit vero in me Christus, qui dilexit me; et tradidit seipsum pro me. (Gal. II. 19-20). Camina, escribe á los Efesios, camina en el amor, como Cristo nos ha amado y se ha entregado á sí mismo á nosotros en obediencia á Dios y en hostia de grato olor: *Ambulate in dilectione, sicut et Christus dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis, oblationem et hostiam in odorem suavitatis*. (v. 2).

Sitio: Tengo sed. Jesucristo nos amó tierna y eficazmente, no con palabras, sino con acciones. Por nosotros pecadores y enemigos suyos y en explicación de nuestras faltas, se sacrificó no en obediencia verbal y poco costosa, sino en obediencia sangrienta y vivificante...

El mismo llevó verdaderamente nuestras enfermedades, dice Isaias, y cargó con nuestros dolores: *Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit*. (LIII. 4).

En la sed ardiente de su amor por nosotros, Jesucristo cargó con todas nuestras deudas.

Llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el leño, dice el apóstol san Pedro, á fin de que, muertos para el pecado, vivamos en la justicia. El con sus llagas nos ha curado: *Peccata nostra ipse pertulit in corpore suo super lignum; ut peccatis mortui, justitiam vivamus; cuius livore sanati estis*. (I. II. 24). Borrando la obligación que habíamos suscrito y que era contra nosotros, la tomó y la clavó en la cruz, dice S. Pablo á los colosenses: *Delevit quod adversus nos erat, chirographum decreti, quod erat contrarium nobis, et ipsum tulit de medio, effigens illud cruci*. (II. 14).

Jesucristo crucificado pronunció las siguientes palabras, llenas de sabiduría, de bondad, de amor, de misericordia y de poder:

1.º Padre mio, perdónales, porque no saben lo que hacen: *Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt*. (Luc. XXIII. 34). Oigamos á S. Bernardo: Jesucristo ha sido azotado, coronado de espinas, clavado en un patibulo, y llenado de oprobios; y olvidando tantos ultrajes y dolores: *Perdonales, dice, porque no saben lo que hacen, ¡O Señor, cuán rico sois en misericordia! ¡cuánto abunda vuestra dulzura! ¡cuán superiores son á los nuestros los pensamientos vuestros! cuán lejos va vuestra clemencia en lo tocante á los más grandes pecadores! ¡imples! Cosa admirable; oírse á Dios de amor grita: Padre mio, perdónales; y los juicios: Crucifigedillo! ¡Mira res! ¡Ite clamat: Ignoscite Subito: Crucifige. ¡Con qué torrente de delicias no inundaréis, Señor, á los que os desean. Vos que derramáis con tanta abundancia el bálsamo de vuestra misericordia sobre los que os crucifican! ¡Cuómolo potabís, Dominæ, desiderantes te, torrente voluptatis tuæ, qui sic perfundis crucifigentes te oleo misericordiarum tuarum*. (Serm. de Passione).

Las siete palabras de Jesucristo en la cruz.

La segunda palabra de Jesucristo en la cruz se dirigió al buen ladrón que imploraba su bondad: Hoy, he dicho, estarás conmigo en la gloria: *Hodie cum me eris in paradiso*. (Luc. XXIII. 43). ¿No mira electivamente para abrir el Cielo á los pecadores?

La tercera palabra de Jesucristo fué dirigida á su madre; señalándole á S. Juan Evangelista, le dijo: Mujer, aquí tienes á tu hijo. Y luego al discípulo: Esta es tu madre; *Hic est mater tua*. (Juan. XIX. 26-27). Nueva manifestación de amor; el Salvador daba su propia madre por madre de todos los hombres en la persona de S. Juan...

La cuarta palabra de Jesucristo fué un llamamiento á su Padre. Dios mío, Dios mío, ¿cómo me has dejado? *Deus meus, Deus meus, quid dereliquisti me?* (Math. XXVII. 46). Tomada en el sentido de la cruz y de la muerte, esta especie de queja no significa que Jesucristo estuviese abandonado, sino que su Padre quería que muriese. De ningún modo puede significar que Jesucristo estuviese abandonado, sino que su Padre quería que muriese. De ningún modo puede significar que Jesucristo se desesperase, como pretende el infame blasfemo Calvino...

La quinta palabra de Jesucristo crucificado fué: Tengo sed; *Sitis*. (Juan. XIX. 28).

La sexta declaró que todo estaba consumado: *Consummatus est*. (Juan. XIX. 30).

La séptima fué la suprema palabra del moribundo: Padre, entrego mi espíritu en vuestras manos: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum*. (Luc. XXIII. 46).

Y bajando la cabeza, entregó el espíritu: *Et inclinata capite tradidit spiritum*. (Juan. XIX. 30). Todo está verdaderamente consumado; nuestro Dios ha muerto, y nuestros pecados lo han sacrificado...

Por qué ha sufrido Jesucristo su muerte?

¿Por qué murió Jesucristo, y sobre todo, por qué sufrió una muerte tan cruel, á la par que ignominiosa? Nuestros crímenes, dice S. Atanasio, nuestros crímenes eran execrables; por esto Jesucristo, para expiarlos, sufrió el más infame de los suplicios: *Scelerata nostra erant execrabilia; itaque Christus, ad ea expianda, passus est supplicium execrabilius*. (Serm. de Pass. et Cruce).

En que se había suspendido del leño, multojo está, dice el Señor en el Evangelio: *Execrabitur quicumque in ligno pendet*. (XXI. 23). Convertido Jesucristo en objeto de maldición para nosotros, dice el gran apóstol, nos ha rescatado de la maldición de la ley, según está escrito: Maldito el que está colgado del leño; á fin de que sobre las naciones descendiese la bendición de Abraham en Jesucristo, y recibiésemos por la fe el espíritu que había sido prometido (1).

El Salvador, dice S. Anselmo, ha elegido una muerte tan penosa para matar todas las muertes: *Tam pessimam mortem Salvator elegit, ut omnem*

(1) Christus nos redemit de maledictione legis, factus pro nobis excommunicatus; quia scriptum est: Maledictus omnis qui pendet in ligno, ut in crucibus benedictio Abraham fieret in Christo Iesu, ut palatissimum spiritus accepimus per fidem. (Gal. III. 13-14).

mortem erideret. (In Epist. ad Philipp., c. II). Jesucristo, dice S. Agustín, ha querido morir así para que sus discípulos no sólo no temiesen la muerte en sí misma, sino que dejasen de tener horror á todo género de muerte. No temais las afrentas, las cruces, ni la muerte; pues á estas cosas dáisles el hombre, no tendríais que sufrirías el que ha sido rescatado por el hijo de Dios (1).

Por parte de los judíos, la causa de la muerte de Jesucristo en la cruz, fué el odio que le profesaban, odio implacable y ciego que les condujo á elegir la crucifixión como el suplicio más cruel é infame. Por parte de Adán y del género humano, la causa de aquel género de muerte fué que, habiendo Adán pecado por el leño comiendo la fruta prohibida, era conveniente que Jesucristo expiase en el leño aquella desobediencia, reparando sus consecuencias. Así se expresa la Iglesia en el preloquio de las fiestas de la Santa Cruz. Es, dice, verdaderamente justo y razonable tributarlos gracias, ó Padre eterno, que habéis fijado la salvación del género humano en el árbol de la cruz, á fin de que lo causado por la muerte del hombre llegase á ser para él el manantial de una vida nueva; y el derramado, que se había vertido de un árbol para engañar al hombre y subyugarlo, quedase también recolectado en otro árbol contra Jesucristo (2). Por parte de Dios eterno, la causa de la muerte de Jesucristo en una cruz fué el amor de la justicia: con semejante suplicio la gravedad de la falta de Adán y de su raza venía á ser viable para todos; la expiación era inmensa, porque la falta había sido muy grande. Por parte de Jesucristo la causa de aquella muerte ha sido la inmensidad de amor por los hombres y el deseo de enseñar á sus discípulos á sufrirlo todo...

Hallándose conforme con el Evangelio, toda la vida del hombre es una cruz y un martirio, dice S. Agustín: *Tota vita hominis, si secundum Evangelium vivatur, crux est atque martyrium*. (In Psalm. CXL).

¡Muy grave mal es el pecado, puesto que tanto costó á un Dios!

¿Puedeis beber el cálix que yo he de beber? dijo Jesucristo á los dos hijos de Zebedeo: *Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum?* (Math. XX. 22). No se llegó al cielo sino por la pasión y la cruz; sepámoslo bien...

Cuanto un médico compasivo y digo de alabanzas, dice S. Bernardo, Jesucristo gustó el primero la bebida que preparaba á los suyos; es decir, sufrió la pasión y la muerte, y entró de este modo en posesión de la inmortalidad é impassibilidad, enseñando á los suyos á tomar con confianza la bebida que engendra la salud y la vida (3).

Jesucristo llama á su pasión un cálix, una copa, porque la buscó y deseó... La llama en otra parte un bautismo, porque se sumergió en ella con la muerte, y porque sus sufrimientos nos han lavado, purificado y santificado...

(1) Et si abscipali ejus mortui non timetis, sed nos genus mortis horrescitis. Nolite timere crucem illius, et crucem et mortem; quia, si impetrali homini, cum ea poterit bibere, quem suscepit Filius Dei. (In Psalm. CXL).

(2) Vere dignum et iustum est tibi gratias agere, o Pater Deus, qui salutem humani generis in ligno crucis constituit, ut unde malis articulatis, inde vita resurgere, et illi in ligno visceribus, in ligno quoque vivificetur per Christum...

(3) Ipse, tamquam pater et landatissimum medicum, pater bibi potissimum paravit, ut, id est, posuissent et mortem sustinuit, et sic sanitatem immortaliem accepit et impassibilitatem docens nos, ut confidenter bibere potissimum quia generalis sanitatem et vitam. (Serm. XI de Passio).

la pasión de Jesucristo es nuestra salvación.

Todos nos hemos extraviado como ovejas, dice Isaias: cada uno de nosotros ha seguido su senda, y el Señor ha hecho caer sobre sí (sobre Jesucristo) la iniquidad de todos nosotros: *Oves non quati oves erravimus; unius quisque in viam suam declinavit et posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum* (LIII. 6).

Nuestros pecados han rodeado al Salvador; se precipitaron sobre él; pero al espirar, Jesucristo les dió un golpe mortal. Considerad aquí que vuestros pecados y los unos han formado parte del ejército que prendió al Hombre-Dios y le crucificó...

El Señor cargó con nuestras iniquidades, y quiso que pesando sobre él solo, le señalasen al Juez supremo como único culpable y único que debiese ser castigado y sacrificado. La cruz más pesada, que ha tenido que llevar Jesucristo ha sido el peso de nuestras faltas. Esta cruz le ha abatido mil veces más que su presentación ante Caifás, Pilatos, Herodes y el pueblo judaico; le ha causado más vivos dolores que los azotes, la coronación de espinas y la crucifixión. Pero aquellos pecados nos dejó clavados en el instrumento de su suplicio...

Estais llamados, dice S. Pedro, á obrar bien y á sufrir con paciencia, porque Jesucristo sufrió por nosotros, dejándonos un ejemplo para que sigais sus huellas. *Ita hoc enim vocati estis, quia et Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus*. (I. Cor. II. 24).

Jesucristo, continúa el mismo apóstol, ha llevado nuestros pecados en su cuerpo sobre el leño: á fin de que, muertos para el pecado, vivamos para la justicia: *Pecata nostra ipse portavit in corpore suo super lignum, ut peccatis mortui, justitiam vivamus*. (I. Cor. II. 24).

Ha sido herido por nuestras iniquidades, dice Isaias; ha sido herido por nuestros crímenes: el castigo que debe procurarnos la paz se ha desplomado sobre él, y hemos sido curados por causa de sus heridas: *Ipsa autem vulnerata est propter iniquitates nostras, offensus est propter scelera nostra: disciplina pacis nostrae super eum, et fiscoe ejus sanati sumus*. (LIII. 5).

Tu amor á la buena vida, ó goloso, apagó la sed de Jesucristo con hiel y vinagre: tu orgullo, ó ambicioso, le crucificó entre dos ladrones; tu vanidad, ó mundano, le coronó de espinas; tus placeres, ó impúdico, le azotaron y ensangrentaron todo su cuerpo, atravesaron sus pies y sus manos, y le clavaron en el patíbulo; tu insensibilidad, ó hombre sin entrañas, hirió su sagrado corazón; tus maldiciones y tus blasfemias, ó impío, escapieron sobre el rostro divino, y abofonearon aquellas mejillas que los ángeles sólo miran con respeto y adoran con amor; tu avaricia, ó insaciable de los bienes de la tierra, hizo que él no tuviese ningún sitio dónde reclinar la cabeza. ¿Deseas, pecador, deseas tener una viva imagen de tu alma criminal? Mira á Jesucristo lleno de ultrajes, azotado, mojado, herido, coronado de espinas y crucificado. Considera á aquel cuerpo sangriento; lúvilo, cubierto de llagas; contempla á tu Salvador desfigurado y semejante á un leproso: tal es tu alma, cuya semejanza recibió Jesucristo en el mismo, semejanza que expresan sus llagas y su triste estado: *Ece Homo*, hé aquí el Hombre-Dios tal como lo han puesto. *Ece Homo*, hé aquí tu alma tal como lo han puesto esas mismas faltas.

Huega al Señor misericordioso, herido por ti, que cure por medio de las suyas las heridas de tu alma.

Amable Jesús, hazce que os ame y diga con S. Ignacio: *Amor meus cru-*

cifixus est: Mi amor está crucificado (*In ejus vita*); y con S. Francisco de Asís: O Señor mío, muera yo de amor por vos, ya que os dignasteis morir de amor por mí. (S. Bonav., *in ejus vita*). Hazce que no nos separemos jamás de vos; que muramos plenamente para el mundo y la carne; que vivamos para vos; que permanezcamos en vuestras heridas; que en la tierra por vuestra gracia, y en el cielo por vuestra gloria, nademos en el océano de vuestro amor. Inspirados los sentimientos de vuestra virgen Santa Itala, que, enardecida y embriagada de amor, os contemplaba en la cruz: exclamando: ¡O Dios, ó amor, ó embriaguez del amor, dadme una voz tan poderosa que sea oída de Oriente á Occidente, del Cielo al infierno, para gritar á todas las criaturas: ¡Amad á Dios! ¡O amor, qué poco conocido sois, qué poco amado sois! ¡Almas creadas para esta, amad á vuestro amor, que tanto os amó en la cruz! (*In ejus vita*).

Cuando la creación, dice S. Bernardo, Dios habló, y todo quedó hecho; pero, cuando la redención, sus palabras encontraron contralibretos, sus acciones perseguidores, sus tormentos y su muerte sarcásticos y blasfemos. (*De diligendo Deo*).

Jesucristo, dice Santo Tomás, sufrió por sus amigos que le abandonaron; sufrió en su reputación por los calumnias que contra él inventaron; en su honor y su gloria por las burlas y las afrentas de que le llenaron; en sus bienes, porque fué despojado de sus vestidos; en su alma por la tristeza, el enojo y el temor; en su cuerpo por las heridas y los golpes. Sufrió en su cabeza por la corona de espinas que llevó; en sus manos y en sus pies por los clavos que en ellos hundieron; en su rostro moleteado y escupido; en todo su cuerpo por la flagelación que se le impuso. Sufrió por todos sus sentidos: por el tacto, habiendo sido azotado y clavado en el madero; por el gusto, habiendo bebido hiel y vinagre; por el olfato, habiendo sido crucificado en un lugar fétido y lleno de cadáveres que se llamaba Calvario; por el oído, que percibió las palabras de los que blasfemaban y ridiculizaban; por la vista, viendo llorar á su Madre y al discípulo á quien amaba. (*De peccatis*).

¡Tal es la nuestra obra, pecadores! ¡Tal es el fruto de nuestras faltas! ¡O hombre! exclama S. Agustín, aprende lo que vales y lo que debes; y considerando la gran dignidad á que te eleva la Redención, avergüenzate de tus pecados. Mira que, en vez del templo, la piedad es la que es azotada; en vez del insensato, la sabiduría es la ridiculizada; en lugar del mentiroso, la verdad es la inmolada; en lugar del infame, la justicia es la condenada; en lugar del cruel, la misericordia es la herida; en lugar del miserable, la pureza apaga su sed con vinagre, y la dulzura es embriagada con hiel; en lugar del culpable, la inocencia es la castigada, en lugar del muerto espiritual, la vida es la que muere. La naturaleza entera se espanta del crimen de los hombres; y la tierra temblorosa y el sol fugitivo atestiguan que aquel es el Señor del mundo y el Rey del Cielo, desconocido por la criatura rebelde (1).

(1) Agnosce, homo, quantum valens, et quantum debens, et dum tantam redemptionis tuae percipis dignitatem, ipse tibi, indigne peccandi, pudoret. Ece pro impio pectus flagellatur; pro stulto sapientia ludatur; pro mendace veritas notatur; damnatur justitia pro iniquo; misericordia affligitur pro crudeli; pro misero repletur sinceritas austeritate; inebriatur felle dulcedo; abilitur innoxentia pro veni; mortuus vita pro mortuo, expavit scelus hominum natura rectorum et quem creatura rebellis non agnosce, cum mundi dominum tremens terra testatur, et Caeli regem sol fugiens comitatur. (Serm. GXIV. de Temp.)

Isaías dice que Jesucristo es el desprecio de los hombres, el último de todos; el hombre de los dolores que ha conocido la debilidad, y cuyo rostro está como encarecido, y añade que no lo hemos reconocido: *Despectum, et vestissimum virorum, virum dolorem, et scientem infirmitatem, et quasi abconditus multum ejus; ante nos respiciamus ejus.* (III. 3).

Despectum: Fué despreciado, no sólo durante su pasión, sino en toda su vida. Niéolo en sus estudios, porque no hubo lugar para Él en las pesadas; el mundo le rechazó. La circuncisión le trajo una humillación nueva y profunda, haciéndole semejante á los pecadores. Pasó por hijo de José, por un niño ordinario. Trabajó y derramó sus sudores como el vulgo. Nicodemo fué á verle de noche para no ser objeto de los sarcasmos de la ley. (Joan. XIX. 39). Ninguno de los jefes de la nación judaica, ni de los fariseos, creía en Él; vituperaban á la muchedumbre que le seguía, y declarábase á sus discípulos malditos. Cuando al ciego de nacimiento, ya curado, se atrevió á expresar el pensamiento de que el Salvador era un profeta, le arrojaron de la sinagoga. (Joan. IX. 34). Varios personajes importantes que creían en Él, no se atrevieron á confesarlo públicamente por temor á los fariseos, y para no ser arrojados de la sinagoga. (Joan. XII. 42). Los príncipes de los Sacerdotes le despreciaban, le excomulgaban, le arrojaban de las sinagogas y le preparaban asechanzas. Tal es el trato de nuestros pecadores...

Novissimum virorum: ¿Por qué quiso Jesucristo ser el último de los hombres? Porque Lucifer, y también Adán, habían querido ser dioses y hacerse superiores al Omnipotente: No pretenda Lucifer desmontar al Eterno y hacer sus votos? Jesucristo ha querido abjurar su criminal orgullo. Así, pues, si le soberbia quiere apoderarse de vosotros, mirad á Jesucristo haciéndose el último de los hombres y siendo la abyección del pueblo. Si os desprecian, alegraos porque tenéis el honor de ser semejante á Jesucristo.

¿O el último y el primero? exclama S. Bernardo: ¿O Vos que sois humilde y sublime, abjorabdo de los hombres y gloria de los ángeles! Nadie os iguala en grandeza y humildad! (1).

Virum dolorem: El hombre de los dolores, es decir, el que ha sido acorralado por todos los dolores y los ha experimentado todos, de suerte que no era más que dolores, si así podemos expresarnos.

Jesucristo ha conocido todos los dolores del alma. Mi alma, dice en el jardín de los Olivos, mi alma está triste hasta la muerte: *Triste est anima mea usque ad mortem.* (Math. XXVI. 38). Aquella tristeza se manifestó con lágrimas y sudor de sangre. Si se pregunta de qué procedían los padecimientos que Jesucristo sufrió en su alma, los Padres y Doctores de la Iglesia contestan que: 1.º Jesucristo tenía presentes en el espíritu todos los pecados de los hombres que fueron, son y serán; todos los horribles crímenes cometidos en el curso de los siglos, blasfemias, sacrilegios, adulterios, asesinatos, etc.; estaba afligido por todos y cada uno de ellos, como si Él mismo los hubiese cometido; había cargado con ellos para expiarlos y satisfacer la justicia de su Padre, con aquel supremo dolor y aquella contrición. 2.º Desde el primer instante de su

(1) *¿O novissimum et altissimum! O hominem et sublimem! O opprobrium hominem et gloriam angelorum! nemo illo sublimior, nemo humilior.* (De Passione Domini.)

concepción hasta su último suspiro, Jesucristo vivió y contempló constantemente los trabajos y los padecimientos que había de sufrir durante su vida, y sobre todo en su muerte; se los presentaba cada época de su vida con una viveza y una fuerza que equivale á la realidad, de suerte que su vida entera fué una pasión y una muerte continuas. 3.º No cesó de temer ante la vista los tormentos de los mártires, los insultos y las injusticias hechas á sus servidores; los ayunos, las mortificaciones de los Santos, los combates heroicos de las Virgenes, y sufría por todo aquello en el mismo. 4.º Sabía cuán grande había de ser el número de los que en nada tendrían sus sufrimientos, de aquellos para quienes serían inútiles, y que, honojando su voluntad perversa, se condenarían á pesar de su muerte; aunque una gota sola de su sangre era bastante para rescatar á todos los pecadores, y áun sacarlos del infierno, si aquella gota pudiera penetrar allí... 5.º El amor infinito de Jesucristo por los hombres hacia sus dolores infinitos y sus tormentos indecibles...

Jesucristo conoció todos los dolores del cuerpo. Cada uno de sus miembros todos sus sentidos tenían un dolor propio que era de los más vivos. En Jesucristo el tacto y los demás sentidos eran muy delicados y perfectísimos: por esto sentía más vivamente que nadie los dolores. Su vista, su oído, su olfato, su lengua, sus manos y pies tuvieron sufrimientos especiales, y los tuvieron al mismo tiempo... Jesucristo sufrió sin consuelo... Sufría por parte de todos los hombres: judíos, gentiles, pueblo, príncipes, sacerdotes, físicos; por parte de Adán, de Caín, de Pilatos, de Herodes, y finalmente de sus mismos discípulos. El hombre en general sólo siente sus propios dolores; Jesucristo ha experimentado los de todos los hombres...

Et quasi abconditus multum ejus: Su rostro estaba como encarecido. En efecto: 1.º el esplendor y el divino poder de Jesucristo estaban ocultos bajo el velo de su cuerpo, dice S. Jerónimo. (In Isai.) 2.º Su rostro estaba descomulgado; se parecía al de un leproso; estaba de tal manera desgarrado, cubierto de sangre y escupido, que los que le veían no podían conocer su hermosura.

He visto, dice S. Juan en el Apocalipsis, ha visto á la derecha del que estaba sentado en el trono, un libro escrito y sellado con siete sellos. (v. 1). Por aquellos siete sellos entienden los Doctores los siete misterios de la pasión de Jesucristo. El 1.º es la suprema impotencia del Omnipotente; el 2.º el supremo sufrimiento del Inapalable; el 3.º la inmensa lucha de que pareció dar pruebas ante los hombres Jesucristo, que es la Salvación divina; el 4.º la extrema pobreza que experimentó el Dios de las riquezas; el 5.º la incompatible ignominia que sufrió la Majestad suprema; el 6.º el completo abandono en que tuvo Dios Padre á aquel que le está unido de la manera más íntima; el 7.º la extrema severidad del Padre coexistiendo con el amor infinito que profesa á su Hijo...

Quisará saciado de aprobios, dice Jeremías. *Saturabitur approbiis.* (Lament. III. 30). Meditad estas palabras, cristianos, cuando tengais que sufrir burlas, alreñas y calumnias.

Las victorias que Jesucristo ha conquistado con su cruz y su muerte, son verdaderamente admirables, maravillosas y divinas.

El Hombre-Dios muere, y hé aquí que el velo del templo se desgarga en

Jesucristo ha triunfado con su pasión y su muerte.

dos partes; de arriba abajo: *Et ecce velum templi scissum est in duas partes a summo usque deorsum.* (Math. XXVII. 51).

El velo que ocultaba el Santo de los Santos quedó milagrosamente desgarrado, para manifestar que cesaba el reino de la antigua ley, que Dios se había retirado del templo de Jerusalem, y que aquel no era ya más que un lugar profano.

En el sentido místico, el velo desgarrado y el Santo de los Santos descubiertos significan que la carne de Jesucristo, desgarrada en su pasion, nos abrió al Cielo...

La túnica de Jesucristo no se dividió para manifestar que el Evangelio quedaba íntegro...

La grande, la verdadera víctima ocupó el lugar de las antiguas, que no eran más que su figura, después de haber venido la realidad, desaparecieron las sombras...

Las que quedaba de los vestidos de Jesucristo, dice S. Atanasio, se dividió en cuatro partes, para manifestar que Jesucristo salvaba igualmente el Oriente y el Occidente; el Septentrión y el Meridiano. (Sermon de la Cruz).

Eran cerca de las seis, y las tinieblas cubrieron toda la tierra hasta las nueve. Y el sol se oscureció: *Ecce autem fere hora sexta, et tenebrae factae sunt in universam terram usque in horam nonam. Et obscuratus est sol.* (Luc. XXIII. 44-45). Está probado que aquel oscurecimiento del sol no procedía de un eclipse, siendo un eclipse imposible en la época de la muerte de Jesucristo. La tierra quedó cubierta de densas tinieblas; pero para los discípulos del Salvador aquella noche y aquellas tinieblas se convirtieron en luz... El sol se entristeció; negó su luz á los doctores, y anunció al universo entero la muerte de su Criador. Las tinieblas cándidas fueron tan densas y extraordinarias, que Dionisio el Areopagita exclamó: *O si Deus de la naturaleza padere, ó la máquina del mundo se disolviera: Aut Deus naturam patitur, aut mundi machina dissolvitur.* (Epist. ad Agoll.)

Hubo un terrible y universal terremoto, y las peñas se abrieron. *Terra mota est, et petrae visae sunt.* (Math. XXVII. 51).

Los sepulcros se descubrieron, y muchos cuerpos de los Santos que estaban dormidos se levantaron, y saliendo de sus tumbas, fueron á la ciudad santa, y muchas personas los vieron. (Math. XXVII. 52-53).

El Centurion y los que con él estaban guardando á Jesús, al ver el terremoto y todo lo que pasaba, quedaron atemorizados de pavor, y exclamaron: Esto era verdaderamente el Hijo de Dios: *Verè Filius Dei erat iste.* (Math. XXVII. 54).

Vuestra cruz, ó Jesús, exclama S. Leon, es el manual de todas las bendiciones y la causa de todas las gracias; por ella los creyentes débiles se vuelven fuertes, y sacan su gloria del propio de Jesucristo, y su vida de su muerte. (Sermon de la Cruz).

Adán y Eva se pierden levantando sus manos hacia el árbol prohibido; y Jesucristo borra su pecado extendiendo sus brazos en el árbol de la cruz... Habiéndonos caído al pie del árbol de la vida, y nos ha levantado el árbol de la ignominia, dice S. Gregorio Nazianzeno: *Ad vitam lignum crederamus; per ignominiam lignum revocati sumus.* (Orat. de sepulcro ad Arianos). La muerte

nos ha venido por un árbol, y la vida por la cruz, dice S. Ambrosio: *Mors per arborem, vita per crucem.* (Comment. in Luc., c. IV).

La predicacion de la cruz, dice el gran apóstol, es una locura para los que perecen; pero para los que se salvan, para nosotros, es la virtud de Dios. Nosotros, añade, anunciamos á Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los griegos; pero para los que son llamados judíos y griegos, virtud y sabiduría de Dios (1).

Jesucristo está suspendido entre el Cielo y la tierra para reconciliar la tierra con el Cielo... Borrando, dice S. Pablo, la sentencia de condenacion fulminada contra nosotros, aboliéndola, clavándola en la cruz, y despojando á los principados y potencias (del infierno), los redujo á cautiverio, triunfando claramente de ellos en sí mismo (2).

Jesucristo, dice S. Ambrosio, extendió sus brazos en la cruz para atraerlo todo hacia sí: *Manus in cruce extendit, quo omnia ad se traheret.* (In Luc., c. IV). Jesucristo lo había profetizado. Y yo, dijo, cuando esté elevado sobre la tierra (crucificado), todo lo atraeré hacia mí: *Et ego, si exaltatus fuero o terra, omnia traham ad meipsum.* (Joann. XII. 32).

Satanás, dice S. Basilio, ha sido crucificado por Aquel á quien creía crucificar; ha sido herido de muerte por Aquel á quien creía aniquilar con auxilio de la muerte: *Diabolus in eo crucifiscus est, quem se crucifiscurus; en in eo mortuus, quem morte se extincturum speraverat.* (Homil. de Humilit.)

Dios ha establecido su reino por medio del leño de la cruz, canta la Iglesia en el himno de la Pasion: *Regnavit a ligno Deus.* Jesucristo, dice S. Agustín, ha triunfado del mundo; no con la espada, sino con el leño: *Christus domuit orbem, non ferro sed ligno.* (De Cruce).

El hombre fue creado el sexto día, dice Testamento; á la hora sexta comió el fruto del árbol prohibido, y á la misma hora en que Dios creó al hombre, á la hora en que el hombre cayó, Dios le curó y le salvó. El día sexto, á la hora sexta, Jesucristo fue clavado en la cruz. El día sexto, un viernes, día consagrado á Venus, murió para matar la adoración de la carne, y murió al terminar la sexta edad del mundo. (Comment. in Evang.)

En su pasion Jesucristo extendió en la cruz sus manos, que midieron la tierra, dice Lactancio, para significar que de Oriente á Occidente un gran pueblo, hablando todas las lenguas y formado de todas las naciones, se reunió y vendió á abrigarse bajo su poderosa proteccion, recibiendo la señal de la cruz en la frente, como la maynt y más sublime de las señales. (De Intell. dicit. lib. 10. v. XXV).

La justicia de Dios irritada, el mundo, el pecado, la muerte y el infierno combatian contra Jesucristo en el momento de su pasion; pero con sus sufrimientos y su muerte triunfó de su Padre, del mundo, del pecado, de la muerte

(1) Verbum crucis, per omnibus quibus stultitia est: his autem qui salvi sunt, id est, nobis, dei virtus est. Nos autem predicamus Christum crucifixum: Judaeis quidem scandalum gentibus autem stultitiam; ipsi enim vocatis Judaeis atque gentibus Christum dei verbum, et dei sapientiam. (1. Cor. I. 23-24).

(2) Nolens, quod adversus nos erat, christographum deceret quod erat contrarium nobis, et ipsum hinc de medio, affligens illud erexit; et exoptans principatus et potestates, tradidit confidenter, palmam triumphans illo in semetipso. (Glossar. II. 14-15).

te y de las legiones infernales, así como Moisés había triunfado de Faraón y del ejército egipcio, cuando el milagroso paso del mar Rojo. La sangre de Jesucristo, figurada en el mar Rojo, salva á un pueblo de elegidos, y pierde á los enemigos. Dios, exclama Moisés, ha arrojado al mar los carros de Faraón y su ejército: *Quibus Pharaonis et exercitum eius projecit in mare.* (Exod. XV. 4.) Los mismos los cubrieron; han bajado á lo profundo como la piedra: *Se hinc hundito como el plomo en las aguas que se precipitaban con violencia: Submersi sunt quasi plumbum in aquis vehementibus.* (Exod. XV. 5-6-10).

La muerte de Jesucristo es el fin de mi muerte, dice S. Basilio: *Mors eius, mortis mee est extinctio.* (Homil. de Humilit.) La sangre de Jesucristo es la llave del Paraíso, dice S. Jerónimo: *Sanguis Christi est clavis paradisi.* (In Evang.)

La cruz de Jesucristo hizo desaparecer de la puerta del Paraíso al ángel que con la espada encendida impedía su entrada.

La pasión de Jesucristo es nuestra vida. Per esto pronunció Jeremías aquellas palabras: El Cristo, el Señor, ha sido envuelto en nuestros pecados, y le hemos dicho: Vivicamos debajo de vuestra sombra: *Christus Dominus captus est in precibus nostris cui diximus: In umbra tua vivemus.* (Lament. IV. 20.); es decir, viviremos á la sombra de vuestra cruz y de vuestra pasión.

La muerte de Jesucristo es la vida, dice S. Ambrosio, sus heridas son la vida, su sangre es la vida, su sepultura es la vida, su resurrección es la vida de todos: *Ipsius mors vita est, ipsius vulnus vita est, ipsius sanguis vita est, ipsius sepultura vita est, ipsius resurrectio vita est universorum.* (In Luc. c. XXIII.) ¿Queréis saber cómo es su muerte la vida? añade el mismo padre. Somos bautizados en su muerte, dice el gran apóstol, para que andemos con él en una nueva vida. Y el mismo Jesucristo dijo: Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, se queda solo; pero, si muere, produce mucho fruto (Joan. XII. 24-25); así la muerte de Jesucristo es el fruto de vida. (In supra.)

Jesucristo hacía temblar la tierra, añade S. Ambrosio; y estaba clavado en la cruz; estaba aniquilado, y todo lo llenaba; sus llagas estaban abiertas, y de ellas salía la curación del mundo entero: *Terram movebat, et hæræbat ligna; exinanitus erat, et replebat omnia; vulnus inflicium erat, et fovebat unguentum.* (In supra.)

La pasión de Jesucristo sostiene el Cielo, rige el mundo, y abre los limbo; por ella son confirmados los ángeles en la gracia, los hombres son rescatados, y los demonios abatidos y despojados de su poder; lo que existe queda consolidado, lo que respira vivificado y confortado, los cuerpos son glorificados, y las almas iluminadas y divinizadas. (Paul. de Lende crucis.)

Dios permitía que Jesucristo muera, el cuyo tesoro de Divinidad está encerrado en la naturaleza humana como en un frágil vaso, á fin de que, rompiéndose aquel vaso, el esplendor de la Divinidad brilla, y abyente á las potencias infernales, como en otro tiempo los vasos de barro de los soldados de Gedeon introdujeron el espanto al romperse y al brillar las luces que contenían, y causaron la derrota de los medianitas.

En su pasión, Jesucristo es inquebrantable é invencible. Lo mismo hemos de ser nosotros en lo concerniente á nuestra fe, firmes como una roca, áun en

medio de todos los sufrimientos, las angustias, las persecuciones, y áun en presencia de la muerte.

Al principio el pueblo admiró los milagros, la vida y doctrina de Jesucristo; pero, viéndole luego sin gloria, es decir vendido, apisionado, condenado, azotado, burlado, escapulo y cubierto de llagas, desfigurado y crucificado, le despreció, y los mismos labios que antes habían gritado: Hosanna al Hijo de David; Bendito sea el que viene en nombre del Señor; Hosanna en las alturas (Math. XXI. 9), exclamó: Muera, muera, crucifícale! Tolle, tolle, crucifige eum! (Joan. XIX. 15). Todos los hombres son mudables. Hagamos pues como Jesucristo, y desprendámonos del mundo.

Suspendido en la cruz, Jesucristo parece diáfano y como un prodigio de sufrimientos; está expuesto á las burlas y á los desprecios; pero, por causa de aquella misma cruz, ha venido á ser el más hermoso de los hijos de los hombres. Los cristianos, los príncipes, los reyes, contemplan con dicha su divina faz abalida y ensangrentada; ninguna otra les parece tan llena de atractivos. No hay nada que adorne un pecho, una diadema, un monumento como una cruz... Jesucristo, dice Isaiás, regará con su sangre las naciones, y las purificará; ante él guardarán los reyes un respetuoso silencio, le han contemplado con admiración: *Iste asperget gentes multas; super ipsum continentur reges os suum; contemplantur eum.* (LII. 15).

¿Quién ha creído en las cosas que nos ha sido anunciado? dice el mismo profeta. ¿A quién ha sido revelado el brazo de Dios? *Quis credidit audiri nostro? Et brachium Domini cui revelatum est?* (LIII. 4). ¿Quién ha creído que el Crucificado de que habla sería el Hijo de Dios, el Mesías prometido? ¿Quién le creído que el mundo entero le adoraría como Redentor y Salvador? El brazo de Dios, dicen Tertuliano, S. Cirilo y S. Agustín, es el Cristo Hijo de Dios, que procede del Padre como el brazo procede del cuerpo y le es consubstancial; el brazo de Dios es el poder que Dios ha manifestado en Jesucristo, y la fuerza que le ha comunicado para sufrir los padecimientos y la muerte. Los dolores y los oprobios á que se sometió el Salvador y la muerte que sufrió, parecen á los ciegos mandanos las señales de una debilidad y de una impotencia supremas; pero Dios los manifestó que allí está su brazo y la fuerza con que someterá el Universo á la cruz; No es lo que estamos viendo ahora? El Crucificado ha conquistado el mundo con el instrumento de su suplicio, y se ha hecho adorar de los reyes, de los emperadores y del universo entero. S. Pablo hablaba de esas maravillas cuando decía que Jesucristo y su cruz eran la virtud y la sabiduría de Dios: *Propter hoc Jesum crucifixum, Dei virtutem et Dei sapientiam.* (I. 1. 23).

El recuerdo de la pasión de Jesucristo dulcifica todas las tribulaciones así como el madero arrojado por Moisés en las aguas de Mara las hizo potables, haciéndonos perder su amargura. (Exod. XV). Cualesquiera que sean las adversidades y los padecimientos, son siempre muy poca cosa si se comparan con lo que sufrió el Salvador en su pasión, lo que nos parecía entonces lleno de hiel y amargura, es dulce como la miel. Con este pensamiento, en efecto, la fe se ilumina, la esperanza se fortifica, la paciencia se exalta, la caridad se inflama, la humildad nace, la pureza reina... Bien lo había experimentalmente S. Gregorio: No hay nada penoso, dice, que no se sufra con resignación si traemos á la me-

moría la pasión de Jesucristo. ¡Con qué facilidad, dice el mismo padre, no sufriríamos pequeños trabajos, si recordamos cuántas palabras crueles, cuántos golpes más crueles todavía é inauditos suplicios sufrió Jesucristo por nosotros, el que llevó en la cabeza una corona de espinas, y tuvo los ojos vendados, los oídos heridos por insultos, la boca humedecida con hiel y vinagre, el rostro escupido y abofeteado, las espaldas cargadas con una cruz, el corazón lleno de tristeza, las entrañas desgarradas, y las manos y los pies atravesados! En una palabra, desde la planta de los pies á la parte más alta de su cabeza, sufrió dolores y heridas innumerables (1).

El castigo que debía procurarnos la paz, descargó sobre él, dice Isaias, y hincamos sido curados por sus heridas: *Disciplina pacis nostrorum super eum, et liberare eum servati sumus.* (LIII, 5).

La pasión es una farmacia que contiene remedios para todos los males, un arsenal en el que se hallan las armas necesarias para vencer á todos los enemigos...

Entre las visiones que cuenta S. Juan en el Apocalipsis se halla la siguiente. Uno de los ancianos me dijo: No llores; mira que el león de la tribu de Judá ha vencido... Vei un cordero de pie que parecia como inmolado... *Unus de senioribus dixit mihi: Ne fleturis; ecce viciis leo de tribu Juda... Et vidi agnum stantem quasi occisum...* (v. 6-7).

Notemos la admirable victoria que alcanzó aquel dulcísimo cordero, y la fuerza del león que desplegó. Donó el mundo, que no era más que un inmenso rebaño de lobos hambrientos y furiosos. Triunfó, no con el acero, sino con su cruz; no hiriendo, sino sufriendo; no amenazando, sino muriendo.

Aquel cordero es el león de la tribu de Judá: 1.º porque triunfó del pecado, de la carne, del mundo y del infierno; 2.º porque por una parte es mandado en esta vida para sus siervos, y lo será el día del juicio para los elegidos; mientras que por otra se manifestará terrible como un león para los réprobos; que, llenos de espanto, huirán á las rocas y á las montañas: Caed sobre nosotros, y acantilados de la vista del que está sentado en el trono, y de la ira del cordero: *Et dicent montibus et petris: Cadite super nos, et abscondite nos a facie sedentis super thronum, et ab ira Agni.* (Apoc. VI, 16.); 3.º porque aquel cordero convierte á los leones y á los lobos en corderos. Por esto, hablando de la conversión de S. Pablo, el gran obispo de Hipona dice: Jesucristo, muerto por los lobos, ha hecho de Pablo, que era un lobo, un cordero: *Occisus (Christus) a lupo, et fecit (Paulum) agnum de lupo.* De S. Paulo.

El cordero ha vencido, añade S. Agustín; ¿y qué cordero? El que es temido de los lobos. ¿Qué cordero? El que, muerto, mató el león. Porque el demonio ha sido llamado león que gira al rededor nuestro rugiendo y buscando una presa para devorar: Aquel león ha sido vencido por la sangre del cordero. ¡No aquí el espectáculo de los cristianos; nuestro Rey ha triunfado del demonio

(1) *Di parva enim toleramus, si recordamus quam dura verba, duriora verbera, durissima supplicia pro nobis ille passus sit, qui in capite habuit coronam, in oculis vendam, in auribus convicia, in ore fel et acetum, in facie spumam alapis, in humeris crucem, in corde microrum, in visceribus concensionem, in manibus et pedibus perforationem. Denique a seipso ad pedum plantas usque innumerata vulnera et dolores.* (Hemil. in Avemp.)

con su dulzura. El uno despegaba su rabia, y el otro la sufría; el que despegaba su rabia, ha sido vencido, y el que la sufría, ha alcanzado la victoria. Con esta dulzura triunfa la Iglesia de sus enemigos (1).

Jesucristo ha vencido con la dulzura: los mártires y todos los cristianos han triunfado y triunfarán con la dulzura. El Divino cordero es amante de los corderos; es amante de los mansos y de los puros; de los vírgenes, de los mártires y de los penitentes. Hé aquí, dijo á sus más queridos amigos, hé aquí que os envío como corderos en medio de los lobos: *Ecos ego mitto vos sicut agnos inter lupos.* (Luc. X, 3).

¿Quién contará su generacion? dice Isaias: *Generationem ejus quis enarrabit?* (53-8). Estas palabras pueden entenderse de la inmensa fecundidad de Jesucristo, que ha engendrado en todos los siglos y lugares, y engendrará hasta el fin del mundo, millones de Santos, mártires, vírgenes y elegidos... Concuerdan con aquellas otras palabras del mismo profeta: Porque ha dado su vida para expiar el pecado, tendrá una raza inmortal: *Si paverit pro peccato animam suam, videbit semen longævum.* (LIII, 10).

Pero en este pasaje se trata principalmente de la generacion divina y de la generacion humana de Jesucristo. Contemplando los orribios y los dolores del Mesías, y considerando al propio tiempo su persona y su dignidad, Isaias, exaltado y fuera de sí mismo, exclama: *Generationem ejus quis enarrabit?* ¿quién contará su generacion. O judíos, ¿cómo os atreveréis á crucificarlo? ¿cómo os atreveréis á imponer á Cristo tan crueles tormentos, á Cristo, cuya edad, cuya generacion y cuya vida son insalvables? Si le consideráis como Dios, su edad es la eternidad. El Padre le ha engendrado, ántes de todas las tiempos, igual á sí. El mismo os lo ha dado á conocer: Yo y mi Padre somos uno: *Ego et Pater unum sumus* (Joan. X, 30). Si le consideráis como hombre, su generacion es milígrua, divina é inefable; viene del Espíritu Santo. Su nacimiento es nuevo y admirable; ha nacido de una Virgen. Concebido por una operacion divina, la humanidad de Cristo está unida hipostáticamente con la Divinidad, al Verbo de Dios; esta es union indisoluble, eterna: convierte al hombre en un Dios. ¿Y á este Dios hecho hombre es á quien osais ultrajar y crucificar!...

Distribuirá los despojos de los muertos, añade Isaias: *Fortium dividet spolia.* (LIII, 12). Los despojos de los muertos son los de los demonios, de los reyes y poderosos. Los arrebatará con su gracia y con la enseñanza de sus apóstoles... Los arrebatará despojando á los hombres del pecado, y cubriéndolos con la gracia, la virtud y la gloria eterna...

Jehovad, dice el profeta Zacarias, saldrá y combatirá contra las naciones. Y sus pies descansarán aquel día sobre la montaña que está frente de Jerusalem; y la montaña se dividirá en dos partes, de Oriente á Occidente. (XIV, 3-3). Aquel día, aguas vivas brotarán de Jerusalem, Jehovad será rey de toda la tierra, será el Dios único, y no habrá más que su nombre: *Et erit in die illa:*

(1) *Veniit Agnus: qualis Agnus est? Quam lupi timant, Quibus Agnoscit? Qui leonem occisus occidit. Dicitur est enim diabolus leo circumiens et rugiens, quosque quem devoret: sanguine Agni victus est leo. Ecce spectaculum christianorum: Rex hostem mansuetudine vicit diabolum. Sarcinabat ille, iste sufferebat. Victor est qui sarcinabat, victi qui sufferebat. In ista mansuetudine, Ecclesia vincit inimicos.* (Sern. 1. de Convers. S. Pauli).

Exibunt aqua vivae de Jerusalem. Et erit Dominus rex super omnem terram: in die illa erit Dominus unus, et erit nomen eius unum. (Id. XVI. 9).

Isaías, en el capítulo LIII de sus profecías, anuncia la pasión de Jesucristo con tanta claridad y abundancia de detalles que habla más bien como evangelista que como profeta. Parece que no predice el porvenir, sino que vive en tiempo de la pasión y es testigo de ella. Describe de una manera tan admirable el estado en que ha de hallarse Jesucristo, los golpes que ha de recibir, las llagas que han de cubrirle, los dolores y las humillaciones que ha de sufrir su paciencia, su sacrificio voluntario, su muerte, su colocación entre ladrones, su sepultura, y la causa y los resultados de la pasión, que nada pueden objetar los judíos. (Véase el capítulo citado).

Sepultura de Jesucristo.

Un decurión, llamado José de Arimatea, varón bueno y justo, fué á ver á Pilatos, y le pidió el cuerpo de Jesús. Y habiéndole desprendido de la cruz, lo envolvió en una mortaja, y lo puso en un sepulcro escavado en la roca, donde nadie había sido todavía enterrado. (Luc. XXIII. 50-53.) Como ni antes ni después de Jesucristo, nadie ha sido concebido en el seno de una virgen, nadie había sido colocado tampoco, ni fué colocado después, en la tumba de Jesucristo... El profeta Isaías predijo la gloria que debía rodear aquella tumba. Aquel día, dijo, el retoño de Jesús se levantará como un estandarte ante los pueblos; todas las naciones le invocarán, y su sepulcro será glorioso: *In die illa radix Jesse, qui stat in signum populorum, ipsum gentes deprecabuntur, et erit sepulchrum ejus gloria.* (Xl. 10).

La tumba de Jesucristo ha sido rodeada de gloria, porque: 1.ª la estancia en ella del Salvador fué precedida de un terremoto incomparable y de la resurrección de varios santos personajes. (Matth. XXVII. 51-53.) 2.ª La emperatriz santa Elena encontró aquella tumba en un templo magnífico... 3.ª En todas las épocas, y aun después de haber conquistado los otomanos la Tierra santa, numerosas y piadosas peregrinas han acudido de todos los puntos de la tierra para visitar y orar. 4.ª Se han verificado y se verifican allí todavía grandes y numerosos milagros... 5.ª Cada año, el sábado santo, se celebra allí una función solemne, originándose una tumba conmemorativa, adornadísima y resplandeciente. 6.ª Finalmente la tumba de Jesucristo se hizo gloriosa por el milagro de la resurrección del Salvador.

PASIONES. (Véase CONCUISCENCIA.)

El hombre que se abandona á las pasiones es semejante á los animales que se dejan llevar del ímpetu de sus instintos. ¿Qué digo? Es peor que ellos; porque los animales de la misma especie no se atacan unos á otros, mientras que el hombre llevado de sus pasiones ataca al hombre. El solo reúne la envidia del perro, la voracidad del lobo, el orgullo del león, la ferocidad del tigre, la maldad de la serpiente, la estucia de la raposa, etc.

No se puede, dice un grave autor, no se puede seguir considerando como hombre al que vemos metamorfosado por medio de las pasiones; la apariencia humana que le queda, prueba que en otro tiempo fué un hombre, pero que ya no lo es. Si la avaricia que le devora le impide á arrebatar violentamente bienes del prójimo, colócale entre los lobos. Si, cediendo á sus arrebatos y agitaciones, se entrega á gritos, injurias y querrelas, colócale entre los perros. Si se alegra de haber engañado á su prójimo con secretas astucias, igualada á las raposas. Si está poseído de la ira y del furor, creed que tiene un corazón de león. Si, tímido y miedoso, huye áun cuando no corre peligro alguno, ponelle en parangón con el ciervo. Si se manifiesta perezoso y estúpido, ponel su vida al nivel de la del asno. Si da pruebas de ligereza é locustancia, comparadle justamente con las aves, y sobre todo con las mariposas. Si se sumerge en los vicios y a suerosos deleites de la carne, colócale entre un cerdo y un macho cabrío, y los tres serán dignos el uno del otro. Así el hombre que abandona á Dios, y la justicia, y la virtud, se convierte en bestia inmundá y cruel. (Beethius, de Consolatione. Lib. IV.)

Todos los deleites y pasiones embriagan el alma, es decir, se ensañorean de ella, la ciegan, la enervan, la atontan, y la sacan fuera de sí misma; á poca diferencia de la misma manera que la embriaguez del vino se ensañorea del cuerpo y quita el buen sentido. Así como la sobriedad es, si á nosotros expresarnos, la sabiduría y la virtud del cuerpo, todo vicio y toda pasión es la embriaguez y la locura del alma, embriaguez y locura producidas por el vino del mal, sacado del racimo de la pasión, que el demonio, nuestro cómplice, le presenta y le hace beber... Efectos de pasión, los mundanos, dice S. Gregorio, no sienten ya los horribles pecados que cometen y hacen cometer. (Lib. in Luc.) La iniquidad devora á los hombres que á ella se abandonan, como el fuego devora la paja.

Elevado el hombre en honor, dice el Rey Profeta no ha comprendido su destino; se ha hecho comparable á los animales que no tienen inteligencia, y ha llegado á ser su semejante: *Homo, cum in honore esset, non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.* (XLVIII. 13). Tal es el retrato del hombre que da oído á sus pasiones... Vosotros todos, exclama Isaías, vosotros todos que habéis encendido en vuestro corazón el fuego de las pasiones y estáis rodeados de llamas, andad á la luz de vuestro fuego en medio de las llamas que habéis excitado: *Ecco vos omnes accendentes ignem,*

Exibunt aqua vivae de Jerusalem. Et erit Dominus rex super omnem terram: in die illa erit Dominus unus, et erit nomen eius unum. (Id. XVI. 9).

Isaías, en el capítulo LIII de sus profecías, anuncia la pasión de Jesucristo con tanta claridad y abundancia de detalles que habla más bien como evangelista que como profeta. Parece que no predice el porvenir, sino que vive en tiempo de la pasión y es testigo de ella. Describe de una manera tan admirable el estado en que ha de hallarse Jesucristo, los golpes que ha de recibir, las llagas que han de cubrirle, los dolores y las humillaciones que ha de sufrir su paciencia, su sacrificio voluntario, su muerte, su colocación entre ladrones, su sepultura, y la causa y los resultados de la pasión, que nada pueden objetar los judíos. (Véase el capítulo citado).

Sepultura de Jesucristo.

Un doctor, llamado José de Arimatea, varón bueno y justo, fué á ver á Pilatos, y le pidió el cuerpo de Jesús. Y habiéndole desprendido de la cruz, lo envolvió en una mortaja, y lo puso en un sepulcro escavado en la roca, donde nadie había sido todavía enterrado. (Luc. XXIII. 50-53.) Como ni antes ni después de Jesucristo, nadie ha sido concebido en el seno de una virgen, nadie había sido colocado tampoco, ni fué colocado después, en la tumba de Jesucristo... El profeta Isaías predijo la gloria que debía rodear aquella tumba. Aquel día, dijo, el retoño de Jesús se levantará como un estandarte ante los pueblos; todas las naciones le invocarán, y su sepulcro será glorioso: *In die illa radix Jesse, qui stat in signum populorum, ipsum gentes deprecabuntur, et erit sepulchrum ejus gloria.* (Xl. 10).

La tumba de Jesucristo ha sido rodeada de gloria, porque: 1.ª la estancia en ella del Salvador fué precedida de un terremoto incomparable y de la resurrección de varios santos personajes. (Matth. XXVII. 51-53.) 2.ª La emperatriz santa Elena encontró aquella tumba en un templo magnífico... 3.ª En todas las épocas, y aun después de haber conquistado los otomanos la Tierra santa, numerosas y piadosas peregrinas han acudido de todos los puntos de la tierra para visitar y orar. 4.ª Se han verificado y se verifican allí todavía grandes y numerosos milagros... 5.ª Cada año, el sábado santo, se celebra allí una función solemne, originándose una tumba conmemorativa, adornadísima y resplandeciente. 6.ª Finalmente la tumba de Jesucristo se hizo gloriosa por el milagro de la resurrección del Salvador.

PASIONES. (Véase CONCUISCENCIA.)

El hombre que se abandona á las pasiones es semejante á los animales que se dejan llevar del ímpetu de sus instintos. ¿Qué digo? Es peor que ellos; porque los animales de la misma especie no se atacan unos á otros, mientras que el hombre llevado de sus pasiones ataca al hombre. El solo reúne la envidia del perro, la voracidad del lobo, el orgullo del león, la ferocidad del tigre, la maldad de la serpiente, la estucia de la raposa, etc.

No se puede, dice un grave autor, no se puede seguir considerando como hombre al que vemos metamorfosado por medio de las pasiones; la apariencia humana que le queda, prueba que en otro tiempo fué un hombre, pero que ya no lo es. Si la avaricia que le devora le impide á arrebatarse violentamente bienes del prójimo, colócale entre los lobos. Si, cediendo á sus arrebatos y agitaciones, se entrega á gritos, injurias y querrelas, colócale entre los perros. Si se alegra de haber engañado á su prójimo con secretas astucias, igualada á las raposas. Si está poseído de la ira y del furor, creed que tiene un corazón de león. Si, tímido y miedoso, huye aun cuando no corra peligro alguno, ponelle en parangón con el ciervo. Si se manifiesta perezoso y estúpido, ponel su vida al nivel de la del asno. Si da pruebas de ligereza é locustancia, comparalle justamente con las aves, y sobre todo con las mariposas. Si se sumerge en los vicios y a suerosos deleites de la carne, colócale entre un cerdo y un macho cabrío, y los tres serán dignos el uno del otro. Así el hombre que abandona á Dios, y la justicia, y la virtud, se convierte en bestia inmundá y cruel. (Beethius, de Consolatione. Lib. IV.)

Todos los deleites y pasiones embriagan el alma, es decir, se ensañoran de ella, la ciegan, la enervan, la atontan, y la sacan fuera de sí misma; á poca diferencia de la misma manera que la embriaguez del vino se ensañorea del cuerpo y quita el buen sentido. Así como la sobriedad es, si no pedamos expresarnos, la sabiduría y la virtud del cuerpo, todo vicio y toda pasión es la embriaguez y la locura del alma, embriaguez y locura producidas por el vino del mal, sacado del racimo de la pasión, que el demonio, nuestro cómplice, le presenta y le hace beber... Efectos de pasión, los mundanos, dice S. Gregorio, no sienten ya los horribles pecados que cometen y hacen cometer. (Lib. in Luc.) La iniquidad devora á los hombres que á ella se abandonan, como el fuego devora la paja.

Elevado el hombre en honor, dice el Rey Profeta no ha comprendido su destino; se ha hecho comparable á los animales que no tienen inteligencia, y ha llegado á ser su semejante: *Homo, cum in honore esset, non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.* (XLVIII. 13). Tal es el retrato del hombre que da oído á sus pasiones... Vosotros todos, exclama Isaías, vosotros todos que habéis encendido en vuestro corazón el fuego de las pasiones y estáis rodeados de llamas, andad á la luz de vuestro fuego en medio de las llamas que habéis excitado: *Ecco vos omnes accendentes ignem,*

accineti flammis, ambulat in lumine ignis vestri, et in flammis quas succendistis. (L. 11). Habéis dejado que se desarrollen en vosotros pasiones devoradoras, y seréis su víctima; el incendio, que no habéis apagado, os consumirá á vosotros y á los que os rodean. Las pasiones son chispas del fuego del infierno...

Las pasiones
degradan al
hombre y le
cubren de
confusion.

David se manchó con dos crímenes; oíd como describe su situación. El sentimiento de mis faltas, dice, se levanta cada día contra mí; y la confusión que ha subido á mi rostro me ha cubierto enteramente: *Tota die verecundia mea contra me est, et confusio faciei mee cooperuit me. (XLIII. 16).*

El apóstol S. Judas trae también el retrato de los hombres llevados de las pasiones. Blasfeman, dice, de todo lo que ignoran, y se corrompen en todo lo que esben naturalmente como animales mudos... Se desentrecan en los manjares, comiendo sin medida y con repugnante gula: nubes sin agua, llevadas á una y otra parte por los vientos; árboles de otoño, marchitos, estériles, dos veces muertos y sin raíces; olas de un mar furioso que arrojan la espuma de su vergüenza; áetros errantes, á quienes está reservada una eterna tempestad de tinieblas. Son murmuradores y se quejan sin cesar, andan segun sus codicias, y su buen artecia palabras llenas de fausto... Se separan de Dios, pues son hombres de vida animal que no tienen dentro de sí el Espíritu Santo... (X. 12-13-16-19).

Los desórdenes de toda clase, la ignominia, la esclavitud y la degradacion son la familia de las pasiones que no se refrenan...

Pecaron Adán y Eva, y al punto los ojos de ambos quedaron abiertos y fueron sobrecogidos de vergüenza. Y oyeron la voz del Señor que se avanzaba en el jardín, y para evitar la presencia de Dios, se ocultaron entre los más copiosos árboles. Pero el Señor Dios llamó á Adán, y le dijo: ¿Dónde estás? Adán respondió: Ha oído vuestra voz, y como estaba desnudo, se ha apoderado de mí el temor y la vergüenza, y me he ocultado. (Gen. III. 7-10).

Dormiremos en nuestra confusion, dice Jeremías, y nuestra ignominia nos cubrirá enteramente, porque hemos pecado contra el Señor nuestro Dios: *Dormiemus in confusione nostra, et operiet nos ignominia nostra, quoniam Domino nostro peccavimus. (III. 25).*

Los hombres que se abandonan á sus pasiones, dice el mismo Profeta, se rñen profundamente confundidos, porque no han comprendido el oprobio eterno que nada puede horror: *Confundentur vehementer, quia non intellexerunt opprobrium sempiternum, quod nunquam delebitur. (XX. 11).*

Caerán sin honor, dice la Sabiduría, y para siempre en oprobio entre los muertos: *Et erunt post hoc decedentes sine honore et in contumelia inter mortuos in perpetuum. (IV. 19).*

Cuán culpables y desgraciados nos hacen las pasiones. Nos hemos cansado en el camino de la impiedad y de la perdición, dicen los hombres que satisfacen sus desarreglados deseos; hemos andado por caminos difíciles, y hemos ignorado la senda del Señor: *Lassati sumus in via iniquitatis et perditionis, et ambulavimus vias difficiles, viam autem Domini ignoravimus. (Sap. V. 7).*

Se han pervertido, dice el Salmista, y se han hecho abominables: *Corrupti*

sunt, et abominabiles facti sunt. (XIII. 2). Se han separado del camino recto, y se han pervertido mutuamente: *Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt. (Ibid. XIII. 3).*

El dolor y la desgracia les siguen; no han conocido el camino de la paz, añade el Salmista: *Contritio et infelicitas in via eorum, et viam pacis non cognoverunt. (XIII. 3).*

Puede aplicarse á la tiranía que las pasiones ejercen sobre el alma, lo que Jeremías dice de la tiranía con que los enemigos de la hija de Sion la oprimian. Todos sus perseguidores se han apoderado de ella, y la han sumergido en angustias: *Omnes persecutores ejus apprehenderunt eam inter angustias. (Lament. I. 3).*

Podemos tambien aplicarle la sentencia del profeta Miqueas: El hombre ha encontrado á sus enemigos en la puerta de su propia casa: *Inimici hominis domestici ejus. (VII. 6);* es decir, en su alma, en el fondo de su corazón.

Agésilao, rey de los lacedomónos, decía que preferiria vencer las pasiones á vencer un ejército enemigo. (Ila Laertius).

Y nadie pretenda que no sabe vencer. Querer es poder. Con la gracia de Dios y una voluntad firme nada es imposible. Si vuestras pasiones son tan vivas y fuertes, vosotros mismos tenéis la culpa, con vuestras imprudencias, y vuestra poca vigilancia, piedad y temor de Dios...

Todas las malas pasiones, dice S. Agustín, son las puertas del infierno: *Omnia prope cupiditates sunt porta inferi. (Sentent. CXXXVI).*

Aberreclendo Dios á los hombres que se entregan á sus pasiones, los castiga en esta vida con la privacion de sus gracias, la ceguera y el endurecimiento; en la hora de la muerte con la impenitencia final, y en la eternidad con las llamas del infierno.

Dios detesta y castiga las pasiones.

UNIVERSIDAD DE BURGOS

UNIVERSIDAD DE BURGOS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE BURGOS

UNIVERSIDAD DE BURGOS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE BURGOS

UNIVERSIDAD DE BURGOS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PAZ.

Dios, la misma paz, dice S. Bernardo, todo lo tranquiliza: contemplarle es hallarnos ya en el seno de la paz: *Tranquillus Deus tranquillat omnia; et quietum aspice, quiete est.* (Serm. XXIII. In Cant.).

Isaías llama á Jesucristo hecho hombre Palacete de la paz: *Princeps pacis.* (IX. 6).

Que el Señor de la paz os dé el mismo la paz, siempre y en todo lugar, dice S. Pablo á los tesalonicenses: *Ipsæ autem Domini pacis et caritatis sempiternam in omni loco.* (II. III. 16).

He creado la paz, el fruto de mis palabras, para el que está cerca como para el que está lejos, dijo el Señor por boca de Isaías: *Creavi fructum labiorum pacem, pacem, ei qui longe est, et qui prope.* (LVI. 19).

Hablando del Mesías, el profeta Moisés dijo: Este será la paz: *Erit iste pax.* (V. 5). Jesucristo, como ya lo hemos dicho, tiene el nombre de Príncipe de la paz; y por esto Salomón, que le es su figura, es llamado Rey de la paz.

Los profetas llamaron á Jesucristo Príncipe de la paz:
1.º Porque ha dado al mundo y la legó en su testamento al morir. Os dejó la paz, dijo, os doy mi paz, y os la doy, no como el mundo la da: *Pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis; non quemodo mundus dat, ego do vobis.* (Joan. XIV. 27).

2.º Porque Jesucristo destruyó al morir el muro de separación que existía entre Dios y el hombre; ha unido el hombre á Dios, el Cielo á la tierra, la grandeza suprema á la suprema miseria...

Al venir al mundo Jesucristo, dice S. Pablo, nos trajo la buena nueva de la paz... Todos tenemos por el acceso en un mismo espíritu, cerca del Padre. *Ephe. II. 17-18.*

Cuando éramos enemigos, dice aquel apóstol, nos reconciliamos con Dios por la muerte de su Hijo: *Cum inimici essemus, reconciliati sumus Deo per mortem Filii ejus.* (Rom. v. 10). Por esto dice S. Leon con piedad y energía: El día del nacimiento del Señor es el día del nacimiento de la paz: ofrecen pues al Padre todos los fieles la concordia de los hijos pacíficos: *Natus Dominus, nullata est pax, ergo singuli fideles offerant Patri pacificorum concordiam filiorum.* (Serm. de Nativ.).

Jesucristo es llamado Príncipe de la paz:

3.º Porque ha traído al mundo y ha dado al Cielo una paz eterna...

4.º Porque Jesucristo es el autor de la paz interior de que goza la conciencia de los justos...

Su imperio se multiplicará, dice Isaías, y la paz no tendrá término: *Multiplicabitur ejus imperium, et pax non erit finis.* (IX. 7). Aquel profeta había dicho que el año que había de nacer sería el Príncipe de la paz. Da la razón de ello añadiendo que la paz, destinada á engrandecer y conservar su inmenso reino, no tendrá fin: *Et pax non erit finis.* (IX. 7).

Hemos de entender por este reino y por esta paz la paz espiritual, que consiste en la tranquilidad y el consuelo interiores del alma. Por esto dice san Pablo: El reino de Dios no es comida, ni bebida, sino justicia, y paz, y alegría en el Espíritu Santo: *Non est regnum Dei esca et potus, sed justitia, et pax, et gaudium in Spiritu Sancto.* (Rom. XIV. 17).

Con el Padre nuestro pedimos diariamente que venga á nosotros este reino: *Adveniat regnum tuum.* (Luc. XI. 2). No pedimos ir tan pronto al Cielo, sino que se destruya el reino del demonio y del pecado, y que en lugar suyo venga el reino de Jesucristo, y que aquel divino Salvador reine en todos los corazones por medio de su gracia. De este reino habla Jesucristo en S. Lucas cuando afirma que el reino de Dios está dentro de nosotros: *Regnum Dei intra vos est.* (XVII. 21).

El reino de esta paz en el alma de los justos no tiene fin, como enseñan S. Basilio, S. Cirilo, y sobre todo S. Crisóstomo, en la homilía: *In his verbis: Quando venit regnum Dei,* en la que explica que esta paz es de cuatro maneras: 1.º Jesucristo, dice, nos ha enseñado á someter la carne al espíritu, y por este medio la guerra cesa en el alma, y ésta disfruta paz; 2.º Nos ha reconciliado con su Padre, y siendo enemigos, nos ha hecho amigos suyos; 3.º Ha unido las naciones con los judíos por medio del lazo de la paz; 4.º Concede á los que han unido de este modo la gracia de perseverar para que gozen de una paz continua. El reino de esta paz no tendrá fin, porque Jesucristo obra de concierto con su Padre, y obrará hasta el fin de los siglos para sostenerlo y perpetuarlo eternamente. Os dejó la paz, dijo, os doy mi paz; y os la doy, no como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni se asuste. (Joan. XIV. 27).

Justificados por la fe, escribe S. Pablo á los romanos, tengamos paz con Dios, por nuestro Señor Jesucristo: *Justificati ex fide, pacem habemus ad Deum,* per Dominum nostrum Jesum Christum (v. 1); por medio del cual, continúa el apóstol, tenemos, por medio de la fe, acceso á esta gracia (de la paz), en la que nos hallamos, y sacamos nuestra gloria de los hijos de Dios: *Per quam et habemus accessum per fidem, in gratiam illam in qua stamus, et gloriamur in spe gloriæ filiorum Dei.* (Id. V. 2).

La paz admirable de que se trata en este pasaje de S. Pablo, es la paz que Jesucristo ha traído del Cielo á la tierra. Por esto los ángeles, al nacer el Salvador, exultaron aquel sublime estro de alegría: *Gloria á Dios in altis altis, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.* (Luc. II. 14).

Dios, dice el apóstol S. Pedro, ha enviado la predicación á los hijos de Israel, anunciando la paz por medio de Jesucristo, que es Señor de todos: *Verbum missi Deus filius Israel, annuntians pacem per Jesum Christum: hic est omnium Dominus.* (Act. X. 36).

Comentando estas palabras del Señor en Isaías: *Non dabo mi gloria á otro: Gloria meam alteri non dabo.* (XLII. 8), dice S. Bernardo: ¿Qué nos daréis pues, Señor; qué nos daréis? Os doy la paz, dice, os dejo mi paz. Esto me basta, Señor: recibo con reconocimiento lo que me dejáis, y dejo lo que os reserváis. Así lo queréis, y no dudo que en interés mio. Protesto contra la gloria, y la rechazo, por miedo de que, si me pata lo que no se me ha concedido

poseer, perdiere justamente lo que se me ha ofrecido. Quiero la paz, deseo la paz, y nada más. Para aquel á quien no basta la paz, no bastais vos tampoco, porque sois nuestra paz. Quedaos vuestra gloria intacta, Señor; ya tengo todo lo que necesito si poseo la paz (1). ¡Qué lenguaje más admirable, y qué lleno está de verdad! ¡Qué tesoro esta paz verdadera, que Dios sólo puede dar!

Excelencia y
ventaja de la
paz.

La paz es tan preciosa y excelente, que es lo primero que Jesucristo deseó á sus apóstoles después de su resurrección. Reunidos estaban cuando Jesucristo se presentó en medio de ellos y les dijo: *Pax vobis*. (Joann. XX. 19). Si hubiese habido algún deseo más rico y perfecto, se lo hubiera dirigido...

El gran apóstol aun de tal manera la paz, que, escribiendo á los filipenses, se expresa así: Guardad vuestros corazones y vuestras inteligencias en Jesucristo la paz de Dios, que es superior á todo sentimiento. *Pax Dei, quae exsuperat omnem sensum; custodiat corda vestra et intelligentias vestras in Christo Jesu*. (IV. 7). Si la paz de Dios es superior á todo pensamiento, á todo sentimiento, como lo afirma el apóstol, es una cosa excelente y de un precio infinito...

La paz de Dios es el mismo Dios; su naturaleza es la paz, dice S. Ambrosio, (*De Jacob*). La paz de Dios es Dios, poseído en la tierra por la gracia, y en el Cielo por la gloria...

Escuchad á Isaías como exclama: ¡Qué hermosos son en las montañas los pies del que anuncia y predica la paz, del que anuncia el bien, predica la salud y dice á Sion: Tu Dios va á reinar! *Quam pulchri super montes pedes annuntiantis et predicantis pacem; annuntiantis bonum, predicantis salutem, dicitis Sion: Regnabit Deus tuus!* (VII. 7).

La paz que Jesucristo desea, contiene: 1.º la amistad de Dios...; 2.º la tranquilidad y la serenidad del alma en las tentaciones y persecuciones...; 3.º la concordia con todos los hombres... No os doy la paz como el mundo la da, dijo el Salvador: *Non quomodo mundus dat, ego do vobis*. (Joann. XIV. 27).

La paz de Dios es la reconciliación de Dios con los hombres y la unión del alma santa con Dios...

La paz verdadera es un impenetrable escudo que protege al cristiano contra los ataques de la carne, del mundo y de los demonios...

Los demonios que conocen la paz de Dios y sus ventajas, se esfuerzan para arrebatárnosla, soliciándonos para el pecado, ó turbarla con escúpulos, desconfianzas, pesares y tentaciones de desesperación.

La paz de Dios, 4.º, da calma al espíritu...; 2.º da nacimiento á la alegría...; 3.º inspira al alma una confianza inalterable...; y 4.º la hace magnánima...

Salte en vuestros corazones la paz de Cristo, dice S. Pablo á los colosenses, la paz por medio de la cual habéis sido llamados á formar un solo cuerpo:

(1) *Gloriam meam alteri non dabo. Quid ergo dabo vobis, Domine, quid dabo nihil Pacem, requiri, do vobis, pacem dico vobis. Sufficit mihi Gratulatio conspectu quod reliquía, et reliquía quod retinet. Ne placeat, sic mea interesse non dubito. Assidue gloriam prosum, ne forte si usurpaverim non concessum, postquam miserit et oblitum. Pacem solo, pacem desidero, et nihil augustinus. Cui non sufficit pax, non sufficit tu: tu es enim pax nostra. Tibi, Domine, tibi gloria tua permanens illibata. Mecum bene agitur, si pacem habuero. (Serm. XIII. in Cant.)*

Pax Christi exulet in cordibus vestris, in qua et vocati estis in unum corpore. (III. 15).

La paz, dice S. Agustín, es serenidad del alma, tranquilidad de espíritu, sencillez de corazón, un lazo de amor y la compañera inseparable de la caridad. Impide rivalidades, contiene guerras, comprime arrebatos, desprecia á los orgullosos, ama á los humildes, apacigua á los que están en desacuerdo, y reconcilia á los enemigos; es dulce para todos; no codicia el bien del prójimo, ni disputa el suyo; enseña á amar, ella que no sabe aborrecer; ignora el orgullo, y no conoce la torpeza. Consérvela pues con cuidado el que la posee; pídale nuevamente el que ya no la tiene; húsquela el que la haya perdido; pues el que no sea hallado en su compañía será desconocido por el Padre, desheredado por el Hijo, y mirado como extranjero por el Espíritu Santo (1).

La verdadera paz produce la humildad...

El fruto de la justicia, dice S. Pablo, está sembrado en la paz por los que hacen las obras de la paz: *Fructus autem justitiae in pace seminatur, facientibus pacem*. (III. 18).

Notad cuán grandes y numerosas son las ventajas de la paz: 1.º es agradableísima al Dios de la paz y caridad...; 2.º nos conduce al Cielo, y nos proporciona el placer anticipado de la vida del Cielo; pues el Cielo es la patria de la paz suprema y eterna...; 3.º es la imagen de Dios y de la Santísima Trinidad...; 4.º para traer á los hombres la paz con Dios y con ellos mismos bajo Jesucristo del Cielo. La paz proporciona una vida dulce y dichosa... Dice san Basilio: 1.º El que acoge con ahínco la paz y le da lugar en su alma, prepara una morada á Jesucristo; porque Jesucristo es la paz y desea descansar en la paz; pero el hombre envidioso y turbulento es detestable bajo todos los puntos de vista... 2.º El hombre pacífico tiene siempre el corazón tranquilo y contento; pero el hombre turbulento y envidioso es semejante á un buque agitado por las tempestades del mar... 3.º El hombre pacífico es dueño de su alma con seguridad, y está al abrigo por todas partes... 4.º El pacífico se parece á una vina que produce con abundancia deliciosos frutos; pero el envidioso y turbulento queda sumergido en la indigencia y la miseria; y cuanto más la alegría del Señor abunda al primero, y es feliz tanto más el dolor y los males agobian al segundo... 5.º El pacífico se da á conocer por la dulce alegría que le embarga; el turbulento se distingue por su rostro pálido, lleno de furor... 6.º El pacífico merece tomar parte en la sociedad de los ángeles; el envidioso y turbulento toma parte en la suerte de los demonios... 7.º La paz ilumina los misterios del alma; la envidia, llena de furor, envuelve en tinieblas los secretos del corazón... 8.º La paz arroja la discordia y la ahuyenta; la turbulenta envidia aumenta el odio y los deseos de venganza... 9.º Antes el esplendor de la paz, se desvanecen todas las tinieblas; pero allí donde se halle la mezquina en-

(1) *Pax est serenitas mentis, tranquillitas animi, simplicitas cordis, amoris visibilium, communitum caritatis. Hæc est que simulatibus tollit, bella componit, comprimit, terret, se perha avertit, humilia amat, discordias solvit, inimicos concordat, cunctis est placida; non querit alterum, nihil disputat eum; docet amare, que odium non novit; necesse extollit, necesse instari. Hæc ergo qui accipit, tenet; qui perdidit, respiciat; qui amisit, æquatur, quosiam qui in eadem non fuerit inventum, adicitur a Patre, exheredatur a Filio, a Spiritu Sancto alienus efficitur. (Serm. LXXV. de verbis Domini)*

vida no hay más que oscuridad y tinieblas interiores y exteriores. Practica pues la paz, ó hijo mío, y merece el hermoso nombre de pacífico para que puedas gozar de los frutos de la paz. De esta la envía, amiga de las querellas, porque no caigan sobre ti todos los males. (Epsist.)

Ha fijado su morada en la paz, dice el Salmista; y ha destruido allí el poder del arco, el espanto, la espada y la guerra: *Factus est in pace locus ejus; ibi confregit potentiam arcuum, scutum, gladium et bellum* (LXXV. 3-4).

Los que aman vuestra ley, Señor, disfrutan de una paz profunda, añade el mismo profeta; nada conmoverá su fidelidad: *Pax multa diligentibus legem tuam, et non est illis scandalum*. (CXVIII. 165). Hálese la paz en vuestras fortalezas y la abundancia en vuestros torres: *Vivat pax in virtute tua, et abundantia in turribus tuis*. (Psal. CXXI. 7). Para ventura de mis hermanos y amigos ya podía siempre que te hallases en paz, ó Jerusalén. *Propter fratres meos et proximos meos, loquebor pacem de te*. (Psal. CXXI. 7).

¡O paz, exclama S. Eren, esta del Cielo! ¡O paz, senda del reino de Dios! ¡O paz, madre de la compunción! ¡O paz, conciliadora de la penitencial! ¡O paz, espejo de los pecadores que manifiesta al hombre sus faltas! ¡O paz, manantial de deliciosas lágrimas! ¡O paz, madre de la mansedumbre! ¡O paz, compañera inseparable de la humildad! ¡O paz, seguridad del alma! ¡O paz, regalo amable y peso ligero que fortifica el alma y sostiene al que la lleva! ¡O paz, alegría del alma y del corazón! ¡O paz, freno de los ojos, de los oídos y de la lengua! ¡O paz, enemiga de la desvergüenza y de la impudencia! ¡O paz, origen fecundo de piedad y de religión! ¡O paz, cárcel de las pasiones y guía de la virtud! ¡O paz, amante de la hospitalidad y de la pobreza voluntaria! ¡O paz, campo de Jesucristo que produce abundantes y deliciosos frutos! ¡O paz, inseparable del temor divino, muralla y fortaleza de los que desean combatir por el reino de los Cielos! (De Patientia et Consummat. seculi).

¿Qué es lo que proporciona la paz?

Si preguntamos qué es lo que proporciona la paz, S. Agustín responde: La paz del cuerpo es el temperamento bien ordenado de sus partes; la paz del alma irracional, el reposo bien ordenado de sus apetitos; la paz del alma racional, el concierto bien ordenado del conocimiento y de la acción; la paz del cuerpo y del alma, la vida y la salud bien ordenada del ser animado; la paz del hombre mortal y de Dios, la obediencia bien ordenada en la fe bajo la ley eterna. La paz de los hombres es la unión en el orden; la paz doméstica es, entre los habitantes de un mismo lugar, la unión del orden, del mando y de la obediencia; la paz social es, entre los ciudadanos, la unión y el orden de la autoridad y de la sumisión; la paz de la ciudad celestial es el orden perfecto, la unión suprema en el goce de Dios, en el goce mutuo de todos en Dios; la paz de todas las cosas es el orden y la tranquilidad. (De civit. lib. XIX, c. XII).

¿Qué es lo que proporciona la paz? La manifestación de una buena conciencia... ¿Qué es lo que proporciona la paz? Huir del mal y practicar el bien, abandonar el pecado y perseverar en la gracia...

Haciendo lo que podamos para agradar á Dios, hemos de conservar la paz y no temer la venganza divina ni la condenación; es menester, puesto que estamos bien con Dios, tener el espíritu libre y desprejuiciado de los terrores de

una conciencia errónea. La paz de la conciencia no necesita, como quieren los protestantes, estar sentada sobre una certidumbre de la divina por medio de la que estemos seguros que los pecados cometidos se hallan perdonados; pues basta que descanse en ciertas señales y conjeturas que den una especie de certidumbre moral de que nos hallamos en estado de gracia. Cuando la conciencia nos manifiesta que hemos hecho la confesión del mejor modo posible, que hemos recibido la absolución, y cumplido la penitencia impuesta, que procuramos no recaer y observar los mandamientos de Dios y de la Iglesia, hemos de procurar no turbarnos y permanecer firmemente en paz. Esta seguridad basta: Los pecados son perdonados y somos amigos de Dios...

Lo que proporciona la paz, dice S. Leon, es querer lo que Dios manda, y no querer lo que prohíbe. Porque ¿cómo hemos de tener la paz, queriendo lo que Dios no quiere, y no queriendo lo que quiere? (Serm. I. de Quadrag.)

El hombre, dice el mismo padre, tiene paz y verdadera libertad cuando la carne está gobernada por el alma racional y el alma está regida por Dios y le obedece: *Pax homini et vera libertas, quando caro, animo iudice, regitur; et animus, Deo provido, gubernatur*. (Serm. I. de Quadrag.)

Hemos de vivir en paz con todo el mundo, dice S. Pablo: *Pacem sequimini cum omnibus*. (Hebr. XII. 14).

Podemos considerar la paz en sus tres relaciones: la paz con Dios, la paz con el prójimo, y la paz con nosotros mismos... Jesucristo da esta paz triple, ¿Queréis poseerla? Id á él, y pedidla: él es nuestra paz verdadera y divina. Haced de manera que Jesucristo habite en vuestro corazón, y la paz háyará allí con él. Así como el sol no puede carecer de luz, ni el fuego de calor, Jesucristo no puede estar sin paz, porque todo en él es paz...

1.º Para conseguir la paz hemos de deseárla... Hállase en vosotros la gracia de la paz y la paz de Dios, dice S. Pablo: *Gratia vobis et pax á Deo*. (Coloss. I. 2). Os exhortamos, añade aquel gran apóstol, á que busquéis la paz, buscando lo que puede procuráosla. (I. Thess. IV. 10-11).

Cumplase la paz en vosotros, dice el apóstol S. Pedro: *Vobis pax adimpleatur*. (II. 1. 2). Hálese la paz en vosotros, dice el apóstol S. Juan: *Sit vobis pax*. (I. 3).

2.º Conformarnos con la recomendación de S. Antonio: Huid de la gula y de la lujuria, de la esclavitud del siglo y de la ambición; y tendréis paz. (Vit. Patr.)

3.º Declarar la guerra á nuestras pasiones...

4.º Practicar la mansedumbre. Los que están llenos de mansedumbre heredarán la tierra, dice el Salmista; y se alegrarán en la abundancia y la paz. (XXXVI. 11).

5.º Oír la voz de Dios. Escucharé, dice el mismo profeta, escucharé lo que Dios me diga en el fondo del corazón, porque sus palabras son palabras de paz: *Audiam quid loquatur in me Dominus Deus, quoniam loquetur pacem*. (LXXXIV. 9).

6.º Obedecer la ley divina. ¿Por qué no habeis estado atentos á mis preceptos? dice el Señor por boca de Isaías. Vuestra paz hubiera sido como un

Medios para conseguir la paz.

Medios para conseguir la paz.

rio: *Utinam attendisset mandata mea; facta fuisset sicut flamen pax tua.* (XLVIII. 18).

Si hubieseis andado por el camino de Dios, dice el profeta Baruch, moraríais en el seno de una paz eterna; Si in via Dei ambulassetis, habitassetis utique in pace sempiterna. (III. 43).

No hay paz para el impío: *Non est pax impiis*, dice Isaías. (LVII. 21).

La paz grande, sólida y duradera, se halla solamente en el Cielo... Si queremos disfrutarla un día, trabajemos constante y únicamente para la eternidad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PECADO CONTRA EL ESPÍRITU SANTO.

Todo pecado y toda blasfemia serán perdonados á los hombres, dice Jesucristo, pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no será perdonada. Y todo el que haya hablado contra el Hijo del hombre será perdonado; pero al que haya hablado contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este siglo ni en el futuro (1).

¿Qué pecado es el que aquí se trata, que no ha de ser perdonado ni en este siglo ni en el siglo futuro?

1.º Varios doctores han pensado que es la herejía de Eranio, que negó que el Espíritu Santo fuera Dios.

2.º San Hilario dice que el pecado contra el Espíritu Santo consiste en la negación de la Divinidad de Jesucristo. (*De Peccat.*)

3.º San Ambrosio le hace consistir en el cisma y en la simonía, porque Simón quiso comprar con dinero el milagroso poder concedido por Jesucristo á los apóstoles. (*Lib. II de Penit.*)

4.º El papa Gelasio mira como culpables de este pecado á los que, heridos de un anatema, son y quieren ser pecadores, sin ser por consiguiente absueltos ni en la tierra ni en la otra vida. (*III. Eccles.*)

5.º San Cipriano dice que este pecado consiste en la negación de la fe en tiempo de persecución. (*Lib. III. Epist. XIV.*)

6.º Ricardo de S. Victor dice que consiste en el odio y en el desprecio formales de Dios. (*Tract. de Blasphem. in Spiritu S.*)

Los teólogos cuentan seis crímenes contra el Espíritu Santo: entregarse á la persecución..., abandonarse á la desesperación..., combatir la verdad conocida..., destruir por envidia la caridad fraterna..., permanecer en la impunitencia..., obstinarse en la senda del mal... Estos pecados, en efecto, conspiran perversamente contra la bondad de Dios, bondad atribuida al Espíritu Santo...

En el texto que hemos citado, Jesucristo no habla de todo pecado contra el Espíritu Santo, sino solamente de la blasfemia contra esta tercera persona de la adorable Trinidad, blasfemia que consiste en calumniar las curas evidentemente divinas y milagrosas, piadosas y santas, que Dios opera para la salvación de los hombres, y con las cuales confirma su fe y la verdad de su palabra. Tales son arrojar los demonios, etc.; pues, empujando estas obras de la bondad y de la santidad de Dios, pertenecen especialmente al Espíritu Santo. Esta opinión es la de S. Anasio, S. Ambrosio, S. Jerónimo y S. Crisóstomo.

(1) Omne peccatum et blasphemiam remittitur hominibus; Spiritus autem blasphemiam non remittitur. Et quicumque dixerit verbum contra Filium hominis, remittitur ei; qui autem dixerit contra Spiritum Sanctum, non remittitur ei, neque in hoc seculo, neque in futuro.

El pecado contra el Espíritu Santo no será perdonado: *Non remittetur*; es decir, sólo se perdonará difícilmente y raras veces. Pero Dios, que es la voluntad y el poder mismo, puede perdonar y perdonar todos los pecados, cuando el pecador tiene un arrepentimiento sincero... Este pecado no se perdonará ni en el siglo futuro: *Neque in futuro*; porque todo el que muere en pecado mortal, ya al infierno, y no debe esperar ya salir de allí...

Todo pecado da malicia es contra el Espíritu Santo, dice Sto. Tomás de Aquino: *Omne peccatum ex malitia est contra Spiritum Sanctum*. (De Peccat.)

PECADO MORTAL.

Quó es el pecado? Es una desobediencia á la ley de Dios... ¿Qué es el pecado? dice S. Crisóstomo: es el abandono de la voluntad al demonio, es una locura á la que se entregan espontáneamente: *Est voluntarius daemon, et spontanea inania*. (Moral.)

¿Qué es el pecado? Es la completa degradación del hombre, su soberana miseria, el mal supremo del hombre y de Dios; porque está absolutamente opuesto al bien supremo.

El pecado no es una sustancia, no es un sér, porque todo sér es bueno. El pecado es la privación del sér...

El pecado, dice S. Agustín, es la negación del sér, es la nada: *Peccatum est non ens, peccatum est nihil*. (Sentent.)

Pecadores que os alegráis, os alegráis en la nada, dice el profeta Amós: *Lætamini in nihilo*. (VI. 14).

El pecado se llama la negación del sér, la nada: 1.º porque en el mismo hay algo vil y de ningún valor...; 2.º porque el placer del pecado pasa pronto y se desvanece...; 3.º porque el pecado conduce al que lo comete á una especie de nada, es decir á la muerte presente y eterna...; 4.º porque es la privación del sér bajo el punto de vista de la virtud, ó del bien moral; pues el pecado es un mal moral...; 5.º porque es una privación del bien; y una privación no es algo positivo, sino negativo, es decir nada...; 6.º El pecado separa al hombre de Dios, que es el Sér por excelencia, el Creador de todo, sin el cual nada existió ni vivirá. De ahí se sigue que el pecado conduce á la nada.

Señor, dice S. Agustín; como nada ha podido hacerse sin vos, al hacer nosotros el pecado, que no es nada, nos hemos convertido en nada; sin vos, por quien todo ha sido hecho, nada somos. ¡Desgraciado de mí, que tantas veces me he convertido en verdadera nada! Me he hecho miserable, he sido reducido á nada, y lo he ignorado. Mis iniquidades me han conducido á la nada. Nada es bueno sin el Bien Supremo. El mal no es más que la privación del bien, así como la ceguera no es más que la privación de la luz. ¡Así pues el pecado no es nada, porque no ha sido hecho! Pero, continúa S. Agustín, si no ha sido hecho, ¿cómo es un mal? Porque el mal es la privación del bien, por quien el bien ha sido hecho. Ser sin el Verbo es mal, es no ser. No hay nada sin el Verbo. Estar separado del Verbo, es estar sin camino, sin verdad y sin vida. He aquí por qué, sin él, es la nada, y esta nada es el mal, porque está separado del Verbo, por quien todo lo que ha sido hecho es muy bueno. Pero estar separado del Verbo, por quien todo lo que ha sido hecho, no es más que faltar, y del hecho pasar al no hecho, puesto que sin el Verbo sólo hay nada. (In Eocog. S. Joann.)

Por sí mismo y su naturaleza el pecado es nada, porque, al comerlo, el hombre se une á las criaturas y pone en ellas su dicha, oponiéndolas al Creador y prefiriéndolas á él; pero, comparadas con el Criador, las criaturas no son más que la sombra del sér, y por consiguiente nada. He aquí, en efecto, la

El pecado contra el Espíritu Santo no será perdonado: *Non remittetur*; es decir, sólo se perdonará difícilmente y raras veces. Pero Dios, que es la voluntad y el poder mismo, puede perdonar y perdonar todos los pecados, cuando el pecador tiene un arrepentimiento sincero... Este pecado no se perdonará ni en el siglo futuro: *Neque in futuro*; porque todo el que muere en pecado mortal, ya al infierno, y no debe esperar ya salir de allí...

Todo pecado da malicia es contra el Espíritu Santo, dice Sto. Tomás de Aquino: *Omne peccatum ex malitia est contra Spiritum Sanctum*. (De Peccat.)

PECADO MORTAL.

¿Qué pecado es una desobediencia á la ley de Dios... ¿Qué es el pecado? dice S. Crisóstomo: es el abandono de la voluntad al demonio, es una locura á la que se entregan espontáneamente: *Est voluntarius daemon, et spontanea inania*. (Moral.)

¿Qué es el pecado? Es la completa degradación del hombre, su soberana miseria, el mal supremo del hombre y de Dios; porque está absolutamente opuesto al bien supremo.

El pecado no es una sustancia, no es un sér, porque todo sér es bueno. El pecado es la privación del sér...

El pecado, dice S. Agustín, es la negación del sér, es la nada: *Peccatum est non ens, peccatum est nihil*. (Sentent.)

Pecadores que os alegráis, os alegráis en la nada, dice el profeta Amós: *Lætamini in nihilo*. (VI. 14).

El pecado se llama la negación del sér, la nada: 1.º porque en el mismo hay algo vil y de ningún valor...; 2.º porque el placer del pecado pasa pronto y se desvanece...; 3.º porque el pecado conduce al que lo comete á una especie de nada, es decir á la muerte presente y eterna...; 4.º porque es la privación del sér bajo el punto de vista de la virtud, ó del bien moral; pues el pecado es un mal moral...; 5.º porque es una privación del bien; y una privación no es algo positivo, sino negativo, es decir nada...; 6.º El pecado separa al hombre de Dios, que es el Sér por excelencia, el Creador de todo, sin el cual nada existió ni vivirá. De ahí se sigue que el pecado conduce á la nada.

Señor, dice S. Agustín; como nada ha podido hacerse sin vos, al hacer nosotros el pecado, que no es nada, nos hemos convertido en nada; sin vos, por quien todo ha sido hecho, nada somos. ¡Desgraciado de mí, que tantas veces me he convertido en verdadera nada! Me he hecho miserable, he sido reducido á nada, y lo he ignorado. Mis iniquidades me han conducido á la nada. Nada es bueno sin el Bien Supremo. El mal no es más que la privación del bien, así como la ceguera no es más que la privación de la luz. ¡Así pues el pecado no es nada, porque no ha sido hecho! Pero, continúa S. Agustín, si no ha sido hecho, ¿cómo es un mal? Porque el mal es la privación del bien, por quien el bien ha sido hecho. Ser sin el Verbo es mal, es no ser. No hay nada sin el Verbo. Estar separado del Verbo, es estar sin camino, sin verdad y sin vida. He aquí por qué, sin él, es la nada, y esta nada es el mal, porque está separado del Verbo, por quien todo lo que ha sido hecho es muy bueno. Pero estar separado del Verbo, por quien todo lo que ha sido hecho, no es más que faltar, y del hecho pasar al no hecho, puesto que sin el Verbo sólo hay nada. (In Eocog. S. Joann.)

Por sí mismo y su naturaleza el pecado es nada, porque, al comerlo, el hombre se une á las criaturas y pone en ellas su dicha, oponiéndolas al Creador y prefiriéndolas á él; pero, comparadas con el Criador, las criaturas no son más que la sombra del sér, y por consiguiente nada. He aquí, en efecto, la

esencia y el nombre de Dios: Yo soy el que soy: *Ego sum qui sum*. (Exod. III. 14.) Soy el que solo posee el ser verdadera, eterno; inmenso, infinito, eterno; y las criaturas participan de mí como una sombra; porque su ser es tan pobre, tan variable, tan frágil, tan rápido, tan inestable, que, comparado con el mío, debe llamarse nada antes que ser. Así pues, como las criaturas no tienen el verdadero ser, tampoco tienen el verdadero bien, sino sólo la sombra del bien; porque el ser real y el bien van juntos. A tal ser y á tal grado de ser corresponde tal bien y tal grado de bien: el bien, en efecto, es propiedad íntima del ser. El verdadero bien, como el verdadero ser, pertenece sólo á Dios, y no al hombre. Por eso Dios es llamado en la Escritura, único sabio, único poderoso, único inmortal, único Señor, único bueno, único grande, único justo, único piadoso, único glorioso, porque él sólo tiene la sabiduría, el poder, la inmortalidad, la dominación, la bondad, la grandera, la justicia, la santidad y la gloria verdaderas, infinitas é increadas.

Cifrando su dicha en las criaturas, y no en el Creador, el pecador se nega de una sombra, de la nada: *Legimus in nihilo*. Pero ipso grandes parecen al hombre ciegos las criaturas en las tinieblas de esta vida! Al ponerse el sol, las sombras que proyectan las montañas crecen, llegan á ser colosales; y así también cuando Dios desaparece, las sombras que proyectan las cosas de la tierra, se agrandan, y el mundano las admira y las persigue; pero pronto halla el desengaño; imita al perro de Esopo, que al ver reflejado en el agua el pedazo de carne que llevaba en la boca, lo soltó para coger aquello que no era más que una sombra, y lo perdió todo...

¿Qué es el pecado? Es un dulce veneno que da una muerte llama de amarguras..., es una gota de miel venenosa que se convierte en un océano de hiel..., es una herida á la que no se puede sobrevivir..., es una fiebre acompañada de delirio, que mata pronto..., es la pérdida del alma..., es el más terrible enemigo del hombre..., El pecado, dice S. Agustín, es la causa de todos nuestros males: *Malorum omnium nostrorum causa peccatum est*. (De Morib.)

El muerto, dice Ambrosio, es preferible al vivo, porque ha cesado de pecar, y el que no ha nacido es preferible al que ha muerto, porque no ha pecado nunca: *Mortuus profertur viventis; quia peccare desinat; mortuus profertur qui natus non est, quia peccare nescivit*. (Serm. V.)

Generación y familia del pecado.

El libro alfabético puede llamarse padre del pecado, y la concupiscencia habitual su madre; reñidos, dan nacimiento á todos los crimines. O bien el pecado no está más que medio formado; y es comparable á un embrión, y entonces es pecado venial; ó bien está enteramente formado, y entonces es pecado mortal cometido con deliberación y voluntad plena. El hijo primogénito del pecado es la muerte presente y la futura y eterna, porque el pecado engendró á la que debía castigarle.

Bajo otro punto de vista, el primer padre del pecado es Lucifer en el Cielo, y la serpiente en el Paraíso terrenal. Sus primogénitos son el pecado de los ángeles y el pecado original.

El primer hombre, Adán, cometió ocho pecados.

Adán cometió ocho pecados: 1.º pecado de orgullo, prefiriendo ser dueño de sí mismo á quedar sometido al poder divino...; 2.º pecado de exagerada com-

placencia por su esposa, que le presentó la fruta prohibida, y á la que no quiso desairar...; 3.º pecado de curiosidad...; 4.º pecado de incredulidad, no dando fe á las amenazas de su Criador...; 5.º pecado de presunción, considerando ligera la prohibición terminante que se le había hecho...; 6.º pecado de gula...; 7.º pecado de desobediencia...; 8.º pecado de poca sinceridad, excusándose, en vez de confesar humildemente su falta... Hé aquí el origen de todos los males que inundan el universo desde hace seis mil años...

La voluntad es tan esencial para cometer un pecado, que si ésta falta no hay pecado, dice S. Agustín: *Peccatum ita in sua essentia includit voluntarium, ut si hoc desit, desinat esse peccatum*. (Lib. I. retract. XV.)

Cese la propia voluntad, dice S. Bernardo, y no habrá infierno; *Cesset voluntas propria, et infernus non erit*. (Serm. de Resurrect.)

Rechazamos lejos de vosotros las acretas vergüenzas, dice S. Pablo á los corintios: *Abdicamus oculis detestari*. (II. IV. 2.) La torpezza ama las tinieblas...

Od á Séneca, el filósofo pagano; Aun cuando, dice, supiese que los hombres habían de ignorar á Dios perdonármelo, no quisiera cometer el pecado, por la misma indignidad de semejante acto: *Etiam si scirem homines ignoraturos, et Deum ignoscuturos, tamen peccare nollem ab peccati turpitudine*. (In Prov.)

El pecado encierra muchas vergüenzas y muchos males: los comprende á todos, y sin embargo tiene cinco que le son propios: 1.º Es contrario á la recta razón, á la que deshonra... 2.º Cada pecado está opuesto á tal virtud en particular, y hasta puede decirse que cada pecado ataca todas las virtudes á la vez. Y es muy cierto, que las virtudes son el bien y la perfección de los hombres y de los ángeles... 3.º Ya en la tierra, el pecado ataca sobre el que lo comete una infinidad de males, la deshonra, las enfermedades, los castigos, etc... 4.º es una ofensa cometida contra Dios, el soberano mal de la Divinidad, á quien insulta y provoca... 5.º El pecado nos priva de la vida eterna... Los teólogos demuestran muy bien que después del acto del pecado queda en el alma una mancha asquerosa y habitual, que la hace infame y abominable á los ojos de Dios...

Hay más de un punto de semejanza entre la calentura del cuerpo y del pecado, que es la calentura del alma. 1.º La calentura debilita el cuerpo; y el pecado debilita el alma... 2.º La calentura agita la sangre y los humores; y el pecado agita los pensamientos y los afectos... 3.º Se conoce la calentura por el desarreglo del pulso; y el estado del pecado se revela por las preocupaciones y enojos que se apoderan del hombre... 4.º La calentura excita una sed ardiente, y el alma pecadora está abrasada por los deseos de la concupiscencia y el fuego de las pasiones... 5.º La calentura empieza por escalofríos, y acaba por un calor intenso; y la calentura del alma da principio con la tibieza, la negligencia, la pereza y la inercia, y siguen luego el desarrollo y los ardores de la pasión, etc... 6.º La calentura da mal sabor; y el pecado quita el gusto de la oración, de la mortificación y de los Sacramentos... 7.º La calentura quita

El pecado está en la voluntad.

El pecado es horrible y vergüenzoso por sí mismo.

El pecado es una fiebre.

al hombre la fuerza, la hermosura y la razón; y el pecado produce los mismos efectos... 8.º La calentura hace sufrir cruelmente; y el pecado lo mismo... 9.º Un acceso de fiebra sucede á otro acceso; y el alma, poseída de la fiebre del pecado, va de caída en caída.

El pecado es una parálisis.

El pecado puede compararse á la parálisis. Efectivamente: 1.º La parálisis ata el cuerpo, si así podemos decirlo; y el pecado encadena el alma... 2.º La parálisis impide todo movimiento de los nervios y de los músculos; y el pecado pone obstáculo á los movimientos de la gracia y de la voluntad... 3.º La parálisis es consecuencia de la apoplejía; la inmovilidad del alma en el mal es la consecuencia del pecado, que también podemos llamar apoplejía del alma... 4.º Con la parálisis el cuerpo viene á ser un peso inerte; y con el pecado el alma está sujeta á un peso que la agobia... 5.º La parálisis es un mal casi incurable; muchas veces también el estado en que el pecado reduce al alma viene á ser como incurable por la mala voluntad del pecador, por su obstinación en no corregirse y la privación de las gracias...

El pecado es un fuego.

El pecado puede también compararse al fuego. En efecto: 1.º De la misma manera que el fuego endurece ciertos cuerpos, y hiere y consume otros, el pecado hiere, endurece y consume el alma; el pecado mortal se parece al hierro candente, cuyo solo contacto quema de una manera profunda... 2.º El fuego produce llamas; el pecado desenvuelve las llamas de las codicias, de la ira, del odio y de la lujuria... enciende el fuego de la ira y de la venganza divinas... y da nacimiento al fuego del infierno...

Hé aquí, exclama Isaias, hé aquí que, habiendo encendido el fuego (del pecado), estais rodeados de llamas; marchad á la luz del incendio que habeis producido y en medio de las llamas que habeis hecho nacer: *Ecco vos accendentes ignem, accensit flammis, ambulato in lumine ignis vestri, et in flammis, quis succendistis.* (L. 41).

El pecado mortal es un adulterio.

Cometiendo el pecado, el alma, que era y debía ser esposa de Jesucristo, le rechaza; cede á las sugerencias del demonio; es adúltera, y se sustituye al enemigo mortal de Dios y de los hombres, adúltera él también desde el principio. ¡Qué abominación! Arrebatad nuestra alma á Jesucristo, esta alma que la rescató con el precio de toda su sangre, y entregadla al demonio y prometedla al infierno! ¡Qué irreparable!

El pecado mortal es una idolatría.

El hombre que vive en pecado mortal abandona al verdadero Dios; elige otra divinidad, á quien adora. Esta divinidad es él mismo, es su propia voluntad, son las criaturas. El avaro adora el oro y la plata, el impúdico la carne, etc., el pecador se hace esclavo de las pasiones más viles y degradantes... ¡O funesta idolatría!...

Habéis manchado mi tierra, dice el Señor por boca de Jeremías; habéis convertido mi herencia en un lugar de abominación: *Contaminastis terram meam, et hereditatem meam posuistis in abominationem.* (II. 7). Mi pueblo ha cambiado por un ídolo lo que consiguiera su gloria: *Populus meus mutavit gloriam suam in idolum.* (Id. II. 11); O Cielos, enmudeced de estupor; puestas del

Cielo, sea profunda vuestra desolación: *Obstupescite, Caeli, super hoc, et porta ejus desolamini vehementer.* (Id. II. 42). Mi pueblo ha cometido dos males: me ha abandonado á mí, que soy el manantial de agua viva, y ha practicado para el algibes rotos que no pueden contener las aguas: *Duo mala fecit populus meus: me derelinquerunt, fontem aquae vivae, et fuderunt tibi cisternas, cisternas dissipatas, quae continere non valent aquas.* (Id. II. 43).

Abandonando á Dios, manantial de vida, todo pecador busca aguas cenagosas y corrompidas. Efectivamente en todo pecado mortal hay: 1.º alejamiento de Dios, que es el bien increado é infinito, y afección á los bienes perecederos...; 2.º desprecio de Dios, y amor á las criaturas...; 3.º abandono de Dios como último fin, y sustitución de las criaturas al Creador para ser nuestro último y supremo bien. ¿No es esta la más insolente, monstruosa y criminal de todas las idolatrías?...

Israel se rebajó hasta Baal, y murió, dice Oseas: *Israel deliquit in Baal, et mortuus est.* (XIII. 4).

El pecado mortal es el soberano mal de Dios, del ángel, del hombre, de todas las criaturas, y hasta del infierno y de los condenados, dice Belarmino, pues un nuevo condenado aumenta el padecimiento y el castigo de los que le han precedido en las llamas eternas, pudiendo el uno y atormentando el otro. (In Psalm.)

Pecando mortalmente, dice S. Jerónimo, no sólo merecemos sufrir la ira de Dios, sino que insultamos á todas las criaturas, y las sublevamos contra nosotros. (Lib. de Similit., c. CI).

Por esto asegura la Escritura que en el gran día de las venganzas todo el universo combatirá con Dios contra los insensatos pecadores: *Pugnabit cum illo orbis terrarum contra insensatos.* (Sap. v. 24).

Los pecadores se apartan de Dios, y Dios se aparta de ellos. Señor, dice el Salmista, hé aquí que todos los que se alejan de vos perecerán; habeis conducido á su pérdida á todos los que son para vos adúlteros: *Ecco qui elongant se a te, peribunt; perdidisti omnes qui fornicantur abs te.* (LXXII. 27). Vuestra mano los ha cortado, como aquellos heridos de muerte que duermen en el sepulcro, y que borrasteis de vuestro recuerdo: *Sicut mulerati dormientes in sepulchris, quorum non est memor amplius; et tui de manu tua repulsi sunt.* (LXXXVII. 5).

Aunque quedásemos impunes, pecar fuera sufrir un gran suplicio, dice san Crisóstomo, porque el pecado nos separa de Dios. El que peca es el más desgraciado de los hombres; es tanto más desgraciado, cuanto menos castigado es y menos tiene que sufrir (4).

Si no pecamos, Señor, dice la Sabiduría, sabemos que estamos cerca de vos: *Si non peccaverimus, scimus quomam apud te vivimus computati.* (XV. 2); pero, si pecamos, nos apartamos de vos...

(4) Magnum supplicium est peccare, etiam si non puniamur; peccati enim non a Deo separantur. Peccata omnino est miserissimum; et tunc maxime miser, cum non puniatur, et grave nihil patitur. (Homil. ad pop.)

El pecado mortal es el supremo mal de Dios, de los hombres y de todas las criaturas.

El pecado mortal aparta de Dios.

Vuestros crímenes han levantado una barrera entre Dios y vosotros, dice Isaías; vuestros pecados os han ocultado su rostro, é impiden que seáis oídos: *Iniquitates vestras dicebantur inter vos et Deum vestrum: et peccata vestra absconderant faciem ejus a vobis, ne exaudiret.* (LIX. 2).

Nos habeis rechazado, Señor, dice Jeremías, y vuestra ira se ha encendido contra nosotros de una manera terrible: *Projiciens repulisti nos, trahis est contra nos vehementer.* (Lament. v. 22).

La santidad está en oposición con el pecado; y la santidad por esencia, que es Dios, lo aborrece. Avando la santidad con un amor infinito, detesta también con odio infinito el pecado mortal.

El pecado mortal es una desobediencia grave. El carácter de la rebelión del pecador quedó de manifiesto en las siguientes palabras de Jeremías: esto dice el Señor: Paraos en los caminos, y ved, y preguntad sobre las sendas antiguas, cuál será el camino bueno; y emprendedlo; así hallareis refrigerio para vuestras almas. Pero me respondieron: No andaremos. Y puse sobre vosotros ataduras, y os dije: Oíd la voz de la trompeta. Y ellos respondieron: No la escucharemos (1).

Desde el principio, añade el Señor, habeis quebrantado mi yugo, rompisteis mis ataduras, y dijisteis: No servirá: *A seculo confregistis jugum meum, rupisti vincula mea, et dixisti: Non serviam.* (Jerem. II. 20).

La ley os prohíbe tal ó cual infracción; y vosotros decís: Quiero cometerla... Os manda tal ó cual acto, y decís: No quiero hacerlo: *Non serviam.* Vuestro Creador os invita á andar por la senda de sus mandamientos, y le replicais con una negativa: *Non ambulabimus.* Quiere hacer llegar á vosotros su voz; pero persistís, y no queréis escucharle: *Non audiemus.*

Dios ha dado preceptos al hombre; pero el pecador obstinado responde á cada uno de los mandamientos del Decálogo: *Non serviam, non serviam...*

Pecadores, Jesucristo quiere reinar sobre vosotros con su ley, con su gracia y con su gloria; pero, semejantes á los judíos malditos, respondéis: No queremos que éste reine sobre nosotros: *Nolumus hunc regnare super nos.* (Luc. XIX. 14).

El pecador desgarra la ley de Dios.

El pecado mortal es desprecio para Dios.

Con el pecado mortal, el hombre destruye la ley, segun la expresion de un profeta: *Lacerata est lex.* (Habac. I. 4). La desconfianza, la desprecio, la pizcola y la burla; se ríe de las amenazas y de las promesas de Dios...

Cada vez que cometemos un pecado de pensamiento, de palabra y de acción, dice S. Agustín, destruimos el templo de Dios, é injuriamos al que habita en nosotros (2).

Con la preferencia que concede á las criaturas, el pecador manifiesta á

(1) *Hæc dicit Dominus: Stulto super rias, et videt, et interrogat de semita antiquis, que via bona, et ambulat. In ear, et invenit refrigerium antibus vestris. Et dicunt: Non ambulabimus. Et constitui super vos speculatores. Audit vocem tubæ. Et dicunt: Non audiemus (VI. 16-17).*

(2) *Quoties aliquod peccatum, aut cogitando, aut loquendo, aut operando perficimus, templum Dei destruimus, et ei qui in nobis habitat, injurias irrogamus. (Lib. I. Retract. c. 2V).*

Dios un soberano desprecio y renueva el crimen de que se hicieron culpables los judíos al dar preferencia á Barrabás sobre Jesucristo: *Non hunc, sed Barrabam.* (Joann. XVIII. 40). ¿Puede darse extravío é insulto mayores que preferir el mal al bien, el vicio á la virtud, la tierra al Cielo, un sucio deleite á las puras delicias de la gracia, y la nada á Dios?

Dios por boca de Isaías se queja amargamente de tal conducta: *¿A quién me habeis comparado, dice; á québo me habeis igualado? Cui assimilasti me et adæquasti, dicit sanctus? (XI. 25).*

Desgraciados, desgraciados de vosotros los que me despreciáis: añade también, *¿No seréis á vuestra vez desgraciados? Ve qui spernis; noane et ipsi sperneris? (Isa. XXXIII. 1).*

Cielos, escuchad; tierra, dadme oído, exclama el mismo profeta; el Señor ha hablado: He alimentado á hijos, los he educado, y me han despreciado. El toro conoce á su dueño, el asno su establo; pero Israel me ha desconocido (1).

El que me desprecia tiene quién le juzgue, dice Jesucristo: *Qui spernit me, habet qui judicet eum.* (Joann. XII. 48).

Dios es nuestro Creador, nuestro Redentor, nuestra providencia y nuestro padre; nos colma de bienes temporales y espirituales...; nos promete una gloria y una dicha que no tendrán término. Pero, lejos de manifestarse el pecador reconocido, se hace rey de la más negra ingratitude, y se vale de los mismos dones de Dios para ultrajarle...

El pecado mortal atrae desgraciadamente á Dios.

No sólo complota el pecador contra la ley de Dios; declara la guerra al mismo Dios...; descarga su espada, tiende su arco, y lanza sus flechas contra el Omnipotente...

El pecado mortal atrae desgraciadamente á Dios.

¡Insensato! ¡criminal soldado de Satanás! Tu jefe quiso también luchar contra Dios. ¿Cuál fué su suerte? Venido humillado, maldito, fué precipitado para siempre en las profundidades del infierno. ¡Oh! No imites al demonio; si quieres evitar tu irremediable desgracia...

El pecado mortal es cierto suicidio. Si Dios pudiese morir, moriría por el dardo venenoso del pecado... El pecador mata á Dios, cuando menos, con su desee, dice S. Gregorio: *Peccator, quantum ad voluntatem suam, Deum perimit.* (Homil. ad pop.) El pecado mortal es el aniquilamiento de Dios, dice S. Tomás: *Peccatum est annihilatio Dei.* (De peccat.)

El pecado mortal trata de aniquilar á Dios.

Repútemoslo: si el poder del pecador correspondiese á su voluntad perversa, destruiría á Dios... Pero no pudiendo aniquilarle, ni en su esencia, ni en el Cielo, ni en sus obras, le aniquila al menos en su propio corazón... pues desea que no haya Dios, porque quisiera que no hubiese ley ni justicia...

Cuando el Hijo de Dios vino á la tierra, no le crucificaron... Si Jesucristo pudiese sufrir todavía, el pecado mortal le daría la muerte...

(1) *Audit, Cæli; et auribus percipit, terra; quoniam Dominus locutus est: Filios contrivi; et exaltavi; ipsi autem spreverunt me: Cognovit bos possessorem suum, et asinus praesepe domini sui: Israel autem me non cognovit. (1-3-3).*

Desgraciados pecadores, ¿pensáis que cada vez que pecáis crucificáis de nuevo al Hijo de Dios dentro de vosotros mismos, según dice S. Pablo? *Barsum crucifigentes sibi semetipsos Filium Dei.* (Hebr. VI. 6).

O hombre, exclama S. Agustín, reconoce lo que vales y lo que debes. Considerando la gran dignidad que te ha conferido la redención, aprende a temer el pecado y a huir de él. Mira que por el impío la Piedad fue azotada, por el incesante la Satisfacción fue burlada, por el mentiroso se sacrificó la Verdad, por el culpable fué condenada la Justicia, por el incesante fué herida la Misericordia, por el perverso la Pureza bebió vinagre, y la Dulzura fué embriagada con hiel, la Inocencia ocupó el lugar del verdadero criminal, y la vida murió para resucitar al que había muerto. (*De Passione*).

El pecado mortal es por su naturaleza irreparable.

La malicia de un solo pecado mortal es tanta, es un ultraje tan grande hecho á la majestad divina, que todas las oraciones, humillaciones, austeridades, alabanzas y adoraciones de los Santos y de los ángeles serian impotentes para expiar un solo pecado mortal. Por su naturaleza, el pecado mortal es un mal irreparable. Un ejemplo nos lo hará comprender. Cuando Nabucodonosor hizo arrojar en el horno encendido á los tres jóvenes hebreos, los quemó en lo que de él dependía, aunque Dios los haya salvado. Así también, cuando cometemos un pecado mortal, damos la muerte á nuestra alma; y aunque Dios pueda resucitarnos, nos hacemos, sin embargo, acreedores á nuestra condenación eterna; en una palabra, apagamos la vida hasta su último destello. Es preciso considerar lo que produce el pecado, y no lo que puede la omnipotencia del Señor. El que renuncia una vez á Dios, renuncia á él para siempre; porque es propio de la naturaleza del pecado hacer eterna, en lo posible, nuestra separación con Dios.

Habiendo el hombre caído en el pecado mortal, no podía esperar de sí mismo, ni de los ángeles, ningún remedio que pudiera devolverle el estado de inocencia y los bienes que había perdido. Estócos, en su misericordia, el Hijo de Dios, la Satisfacción merecida; por quien todo fué hecho, tomó una resolución maravillosa; inefable, incomprendible para los ángeles y los hombres, se unió á nuestra naturaleza, y en ella y por ella reparó el género humano, ya degradado por completo.

El pecador quiere vivir siempre para pecar siempre.

Ningún hombre desea ver el término de su felicidad; y el pecador cifra su dicha en el pecado...

Si los pecadores pudiesen, dice S. Gregorio, vivirían siempre para no dejar de pecar. Manifiestan que tal es su disposición, no cesando de pecar, sino cuando cesan de vivir. No digan pues: ¿á qué un castigo eterno? Es propio, añade el mismo padre, es propio de la justicia del Sér supremo no poner jamás término al suplicio de aquellos que en esta vida no han querido jamás estar sin pecado (1).

(1) Velissent, si potuissent, sine fine vivere, ut potuissent sine fine peccare. Ostendunt enim quia in peccato semper vivere cupiunt, qui nunquam desinunt peccare dum vivunt... Ad magnum ergo iustitiam iudicium pertinet, ut nunquam careant supplicio, qui in hac vita nunquam voluerunt carere peccato. (*De penit.*, can. LX).

Estudiado bajo el verdadero punto de vista, el pecado es peor que la muerte. El que la reprobación y que el infierno, porque el pecado es en sí mismo una uanchar, un mal, en tanto que la muerte, la reprobación y el infierno no son más que la pena del pecado. El infierno no es un mal, es un justo castigo: lo que es un mal es lo que conduce al infierno, es decir, el pecado.

Si viese por una parte el pecado mortal, y por otra el infierno, dice san Anselmo, y me viese en la necesidad de elegir entre ambas causas, preferiría arrojarle al infierno antes que cometer el pecado (1).

Hijo mio, dice el Eclesiástico, huye del pecado como del aspecto de una serpiente; porque, si te acercas, te cogerá. Sus dientes son los del león, matan las almas: *Fili, quasi a facili colubri fuge peccato; et si accesseris ad illa, suscipient te dentes leonis, dentes ejus, interficientes animas hominum* [XXI. 4-3]. El Espíritu Santo compara el pecado con la serpiente venenosa, cuyas acometidas son ocultas y mortales. Compara sus efectos á los que producen los dientes del león, que despedazan y trituran sin dejar nada de la víctima de que se han apoderado...

Quando presentaron al anciano patriarca Jacob la ténica ensangrentada de su hijo José, exclamó: Una fiera cruel te ha devorado; una fiera ha devorado á José: *Fera pessima comedit eum; bestia devoravit Joseph* (Gén. XXXVII. 33). Lo mismo hace el pecado mortal...

El jaball de la selva ha arrancado vuestra vida, Señor, dice el Salmista; una bestia salvaje la ha destruido: *Exterminavit eam aper desivo; et singularis ferus depantus est eam.* (LXXXI. 14).

Este cuadro es una alusión al estado en que se encuentra el alma en pecado mortal...

Han sido exterminados por la multitud de animales feroces, dice la Satisfacción: *Per multitudinem bestiarum exterminati sunt.* (XVI. 1). Cuantos pecados mortales, hábitos culpables y pasiones tiránicas, otros tantos animales feroces que se arrojan sobre el alma y la desgarran...

Toda iniquidad es una espada de dos filos; sus heridas son incurables, dice la Escritura. *Quasi rompha bis acuta omnis iniquitas; plago illius non est sanabilis.* (Eccli. XXI. 4).

Después de haber el Espíritu Santo comparado el pecado con la serpiente, el león y el jaball, lo compara ahora con una espada de dos filos.

El pecado mortal mata el alma para siempre, y algunas veces tambien el cuerpo...

Quando el alma, compañera de los Santos y de los ángeles, y esposa de Jesu-
El pecado mortal es la más terrible de todas las caldas.

(1) Si hinc inferni ardorem, inde peccati horrorem carerem, ac necessario alterutrum mihi eligendum foret, mallem te infernum insilire, quam peccatum committere. (*Lib. de Similit.*, c. CXC).

arrastra por el cielo, y de él se alimenta. Por el contrario, el alma exenta de pecado mortal es un Cielo cuya inteligencia es el sol, cuya le, y cuya continencia es la luna, y cuyas demás virtudes son las estrellas. Todas las virtudes brillan en medio de las adversidades de este siglo, como los astros en el firmamento durante la noche, dice S. Bernardo. (*Serm. in Psal.*)

El pecador es el más cruel enemigo de sí mismo. El pecador se liere á sí mismo, dice S. Crisóstomo: *Nemo laeditur nisi a seipso.* (Homil. ad pop.)

El pecado es el mal supremo de la naturaleza del hombre y de la sociedad. Ni el hombre, ni el demonio, ni el mismo Dios pueden hacer tanto daño al hombre como él mismo se hace cuando comete un pecado mortal...

Dios, dice S. Agustín, impuso á los pecados una ley tal, que lo que ha hecho el placer del pecador sea entre las manos del Señor un instrumento de castigo: *Deus ipsa peccata sic ordinat, ut quae fuerint delectamenta homini peccanti, sint instrumenta Domini punienti.* (Lib. Confess.)

Cada uno está atormentado por lo que ha pecado, dice la Sabiduría: *Per quae peccati quis, per haec et torquetur.* (XI. 17). Cada vicio trae consigo una pena que le es propia... Lo habéis ordenado, Señor; y así es, dice S. Agustín; todo espíritu desatregado es el castigo de sí mismo: *Iustus, Domine, et ita est, ut sibi pena sit omnis inordinatus animus.* (Lib. Confess.)

Del principio del pecado deriva el suplicio que lo espera, dice S. Crisóstomo: *Unde est fons peccati, illinc est plaga supplicii.* (Homil. ad pop.)

Las cosas de que abusamos por el pecado se convierten ordinariamente en azotes para el pecador, dice el abate Ruperto: *Plerumque ea in quibus peccamus, sunt flagella peccantium.* (De peccat.)

Han sido perseguidos por sus propias obras, dice la Sabiduría: *Persecutionem passi ab ipsis factis suis.* (XI. 21).

El que comete un pecado mortal, dice S. Paulino de Nola, convierte su vida en una especie de molino, donde muele el trigo del enemigo para alimentar al demonio, cuyo delicioso pan llega á ser su alma hambrienta: *Qui peccatum operatur, de molis vite suae hostile triticum molit, ut diabolum pascat, cui panis fit animus, quo sibi fames est.* (Epiat. IX.)

Los que se abandonan al pecado y á la iniquidad son enemigos de su alma, dice Tobias: *Qui faciunt peccatum et iniquitatem, hostes sunt animae suae.* (XII. 10).

Las iniquidades del impío son una red tendida bajo sus pasos, dicen los Proverbios, y sus pecados son cuerdas que le atan: *Iniquitates suae capiunt impium, et funibus peccatorum suarum contringitur.* (v. 22).

Cuando se vive en el pecado, la vida llena de la nobleza de la virtud, que es la verdadera vida, desaparece. La especie de vida que queda no es más que una muerte con apariencias de vida...

El pecador, dice S. Gregorio, pierde la vida feliz, ya por causa del vicio, ya por las penas unidas al vicio: *Pecator beate vivere, sive per vitium, sive per supplicium, perdit.* (Lib. Moral.)

El pecado, dice S. Juan Damasceno, es la muerte del alma inmortal: *Peccatum est immortalis animae mors.* (Surus, in ejus vita).

Todo pecador que se abandona á las pasiones vanas y brutales, llega á ser vano y semejante á los brutos...

El pecado, dice Sto. Tomás, es llamado vanidad, porque: 1.º elegirlo es elegir un bien fantástico; 2.º pedirle duración es pedirlo á una cosa esencialmente transitoria; 3.º esperar de él algún buen resultado es correr á una decepción; y 4.º aficionarse á él es infructuoso; pues el pecador puede aplicarse aquellas palabras de Isaías: He trabajado en vano y sin causa; he gastado mis fuerzas para alcanzar un fin que me ha engañado (1).

Las siguientes palabras de Isaías pueden tambien apropiarse á todo el que comete la iniquidad: El pecado nos ha conducido en medio del desierto, en medio de una tierra inhabitable y sin camino; tierra donde la sed espera al viajero, y que es la imagen de la muerte; tierra que el hombre valeroso no ha pisado, y en la que jamás ha levantado su tienda: *Traducit nos per desertum, per terram inhabitabilem et iniviam, per terram sitia, et imaginem mortis, per terram in qua non ambulavit vir, neque habitavit homo.* (II. 6).

El pecador que abandona á Dios y pone su esperanza en el hombre y en el pecado, 1.º no verá cumplidas sus esperanzas de bienestar...; 2.º no producirá ningún fruto...; 3.º se verá privado del celestial rocío de la gracia y de la sabiduría...; 4.º permanecerá abandonado de Dios y de los hombres...; 5.º estará expuesto á la venta como un esclavo, y comprado por los demonios y las pasiones tiránicas.

El pecador, dice en otra parte Jeremías, tendrá la muerte del zarzal del desierto; no conocerá refrigerio, sino que permanecerá, al contrario, en medio de la aridez del desierto, en una tierra cubierta de sal é inhabitable: *Erit quasi myrica in deserto, et non videt, cum venerit, bonum; sed habitabit in siccitate in deserto, in terra saluginis et inhabitabile.* (XVII. 6). Observad los tres efectos del pecado que indica el profeta: 1.º el desierto, es decir, el alejamiento del auxilio y de la sociedad de Dios, de los ángeles y de los Santos; 2.º la sequedad, es decir, la carencia de gracias, de virtud y de fuerzas; 3.º la esterilidad, pues el pecador no produce buenas obras...

Jerusalén, añade el mismo profeta, Jerusalén se ha sumergido en su pecado; y por esto ha sido víctima de la inestabilidad; todos los que la glorificaban, la han despreciado, porque han visto su ignominia: *Peccatum peccavit Jerusalem, propterea instabilis facta est; omnes qui glorificabant eam, preceperunt illam, quia viderunt ignominiam ejus.* (I. 8).

La primera causa de la inestabilidad del pecador es su alejamiento de Dios...; la segunda causa es la inconstancia natural del corazón del hombre que, vasísimo y capaz de mucho, alimenta una multitud de deseos. Pero, por la misma razón, ninguna criatura, ninguna pasión, ningún placer, ninguna cosa limitada, mercedina y vil, puede llenarlo ni saciarlo: necesita á Dios; y el pecador no lo tiene... el alma racional, dice S. Bernardo, puede ocuparse de todo lo que no es Dios; pero no puede satisfacerse: *Anima rationalis ceteris omnibus occupari potest, repleti omnino non potest.* (Serm. in Cant.) La 3.ª causa de la inestabilidad del pecador proviene de que todos los deleites creados que per-

(1) Peccatum dicitur vanitas: 1.º quia phantasticum est intelligendo; 2.º quia transitorium est in permanendo; 3.º quia fallax est in expectando; 4.º quia infructuosum est in consequendo, ad recte usurperet illud Isai. (XXX. 4) in vacuum laboravi, sine causa, et vane fertilitatem meam consumpsi. (De Peccat.)

sigue, son ligeros, fugitivos y van mezclados de mucha miel y tormentos. Por esto, de deseos en saciedad, y de saciedad en deseos, anda el infeliz vagabundo en pos de la dicha, ó al menos del descanso, que no encuentra. La 4.^a causa de la instabilidad del pecador es que, de la misma manera que una virtud trae otra, un vicio trae también otro vicio... La 5.^a causa es que los remordimientos de la conciencia no le permiten al pecador saborear un momento de paz. El remordimiento lizo que Cain anduviese errante y vagabundo. (Gen. IV. 14). La 6.^a causa es que el pecador se ve agitado por una multitud de deseos perversos; de tal manera, dice S.^t Ambrosio, que el pecado puede ser considerado como un ardor desahogado y una fiebre abcasadora del alma. (Serm. XIV). La 7.^a causa es que, con el pecado, el alma justa pierde su virginidad, es decir, su inocencia, y llega á prostituirse: por esto busca por todas partes amantes tan vicios y engañosos como ella. No es evidente que el pecador es el mortal enemigo de sí mismo?

El pecado mortal hace perder al alma la gracia justificante, que es el más precioso de los tesoros...

La gracia es el principio de la gloria... Aquel, dice Jesucristo, que hebra el agua que le daré, jamás tendrá sed. El agua que le he de dar, será para él una fuente que brotará durante la vida eterna. *Qui biberit ex aqua, quam ego dabo ei, non sitiet in eternum. Sed aqua, quam ego dabo ei, fiet in eo fons aque salientis in vitam eternam* (Joann. IV. 13-14). Dios se comunica al alma por medio de la gracia, y por esta comunicación eleva el alma hasta sí, la transforma y la diviniza...

Jesucristo anda sobre las aguas, sostiene á Pedro, calma la tempestad, y en un instante hace tocar la barca á la ribera. Con su gracia, aquel divino Salvador obra en nosotros análogas maravillas; nos ayuda á despreciar el siglo, calma las tempestades de la concupiscencia y de las tentaciones, y nos lleva al puerto de la salvación eterna.

Cuando Dios hebra á una alma por medio de la luz de su gracia, aquella alma se derrite como la cera al fuego. Llorra su extravío, se inflama, se dulcifica, y se abandona á los cuidados de su celestial esposo. Entonces caen las montañas de su orgullo, desaparecen las de su ambición y vanidad, así como los estrechos valles de la cobardía, del temor, de la tibieza y de la pureza...

La gracia es la que hace meritorias todas nuestras obras.

¡Oh! si conociésemos el precio de la gracia y todas sus ventajas ¡con qué ardor la deseáramos y trabajaríamos para conseguirla, conservarla y aumentarla en nosotros!...

La gracia, 1.^o ahuyenta todo pecado mortal...; 2.^o hace que el hombre sea agradable á Dios...; 3.^o le confiere la rectitud y la santidad...; 4.^o nos convierte en hijos adoptivos de Dios, herederos suyos, coherederos y miembros de Jesucristo...; 5.^o trae consigo todas las virtudes y los siete dones del Espíritu Santo...; 6.^o asegura posesión de la gloria...; 7.^o es principio y causa de la satisfacción por los pecados cometidos, y preservativo que los hace evitar...

La gracia tiene por 1.^o fruto la paz... por 2.^o la esperanza de la gloria... por 3.^o la grandera de alma y la alegría en las adversidades... Compa-

El pecado arrebató al hombre todos los bienes: 1.^o le arrebató la gracia.

ralas con la gracia, todos los diamantes del oriente, todas las coronas de los reyes y todo el oro del mundo no tienen más valor que algunos granos de arena, dice la Sabiduría: *Omne aurum in comparatione illius, arena est exigua*.

Y un sólo pecado mortal destruye y aniquila esta gracia inestimable... ¡Qué pérdida!... ¡qué desgracia!...

El pecado mortal convirtió el ángel más ricamente dotado, el de más deslumbrante hermosura y más dichoso, en el más pobre, más horrible y más miserable demono...

Toda la hermosura de la hija de Sion ha desaparecido, exclama Jeremias llorando: *Et egressus est a filia Sion omnis decus eius*. (Lament. I. 6).

¡Qué cosa más hermosa que el alma creada á imagen de Dios, llena de sublimes facultades, capaz de conocer, amar y servir á su Criador y de poseer la gloria eterna!...

Cuando se halla en estado de gracia habitual, el alma es más resplandeciente que las estrellas y que el mismo sol. Si pudiésemos ver su incomparable hermosura, quedaríamos sorprendidos, y la tomaríamos por una Divinidad, porque tiene la misma hermosura de Dios...; pero cuando tiene la desgracia de caer en un solo pecado grave, qué horrible transformación se verifica en ella! Toda su hermosura desaparece en un momento, y á los ojos de Dios es más repugnante y degradada que los inoables salvajes para el hombre civilizado. ¡Qué digo! Es mil veces más horrible que el cadáver medio roído por los gusanos, que espasce la corrupción en derredor suyo. Si pudiésemos verla, haría morir de espanto á todos los que la contemplasen.

La sabiduría, dice la Escritura, no entrará en el alma que quiere el mal; no 3.^o El pecado mortal arrebató la sabiduría.

Si la sabiduría reina en el alma exenta de pecado mortal y la rige, la procura dirigió al hombre que se abandona al pecado.

Sapongamos que una sola persona reúne todas las virtudes; que desde veinte, treinta y hasta cincuenta años haya crecido en perfección; que sea castísima, etc.: un solo pecado mortal le quita el mérito de todas sus oraciones, de todas sus mortificaciones, de todos sus ayunos, de todas sus limosnas, de todas sus confesiones y comuniones, y en una palabra, de todos sus actos de virtud; de tal manera, que si llegase á morir en aquel estado, nada de aquello le serviría, sería excluida del Cielo y condenada al infierno. Es una verdad consignada en nuestros santos libros: Si el justo cae de la justicia (que es el estado de gracia) y comete la iniquidad, dice el Señor por boca de Ezequiel, excavará una sima á sus pasos, morirá en su pecado, y el recuerdo de su justicia y del bien que ha hecho no quedará en la justicia de los hombres (1).

(1) Si concersus justus á justitia sua fuerit, et fecerit iniquitatem, penam offendiculi concipiet, et ipse morietur, in peccato suo morietur, et non erunt in memoria justitiae ejus, quae fecit (III. 20).

3.^o El pecado mortal destruyó la hermosura del alma.

4.^o El pecado mortal priva de todos los méritos.

5.º El pecado mortal impide que se alcancen los méritos.

Todo el bien que hace el hombre en estado de pecado mortal es perdido para el Cielo, y no será recompensado. Si el pecador permanece diez, veinte, treinta años en aquel estado, todas sus oraciones, todas sus buenas obras no tienen ningún mérito para la vida eterna. Es preciso tener la gracia santificante para merecer la gloria y el aumento de gloria. El pecador que no ha retrocedido ante el pecado mortal se atreve á decir: Soy rico y opulento; nada necesito. No sabes, responde el Señor en el Apocalipsis, no sabes que eres desgraciado, y miserable, y pobre, y ciego, y desnudo: *Quia dicitis, quia dives sum, et locupletatus, et nullius ego: et vocatis quia tu es miser, et miserabilis, et pauper, et cecus, et nudus.* (III, 17).

Pero, siendo esto así, ¿puedan decir algunos: ¡Mejor es abandonar la oración, la mortificación, la limosna, la confesión y entregarse á la desesperación!

No, es monester, por el contrario, orar más, ayunar, arrepentirse, acercarse á menudo al tribunal de la penitencia y tener confianza en Dios. Es verdad que hechas aquellas obras en estado de pecado mortal no serán recompensadas en la eternidad; pero dispondrán al pecador á convertirse y á obtener misericordia, bienes infinitos que no alcanzaría si perseverase en su iniquidad, y sobre todo si se desesperaba.

Propondrán tal vez algunos: Si los méritos adquiridos en estado de gracia y perdidos á consecuencia de un pecado mortal no serán recobrados cuando se está de nuevo en gracia. Según devuelven íntegramente; tal es la enseñanza de la Iglesia, de los santos Padres y de todos los teólogos...

6.º El pecado mortal quita la vida á la alma.

¿Qué es el cuerpo cuando está privado de vida y reducido al estado de cadáver? Es lo más vil, lo más asqueroso y horrible. Así es el alma que ha perdido la vida con el pecado mortal...

Lo que el alma es para el cuerpo, Dios es para el alma; y como el alma es la vida del cuerpo, la gracia es la vida del alma. Cuando el alma se separa del cuerpo, la vida desaparece; cuando Dios se separa del alma, el alma deja de vivir. Así pues el pecado mortal es el que produce esta funesta separación. ¿Qué también es...

7.º El pecado mortal destruye todas las virtudes espirituales. Quita la obediencia, el amor de Dios, la paz, la dicha, la inocencia etc., y así, á impide una buena muerte.

El pecado mortal cierra la puerta del Cielo, priva del trono, de la corona y de la gloria eterna, de la vista de Dios, de su posesión y de su goce durante toda la eternidad.

El pecado mortal puede, pues, compararse á un ladrón y al peor de todos los ladrones, porque despoja al hombre de sus bienes más preciosos, y después de habérselos quitado, le llena de los mayores males.

8.º Jerusalén, exclama el profeta Jeremías, qué despreciable te has vuelto! *Quam vilis facta es!* (II, 36). El pecado es la suprema degradación del hombre; de la misma manera que la suprema degradación de una virgen es la prostitución, que le quita el poder, la dignidad y la honra. S. Agustín dice ad-

El pecado mortal llena al hombre de males: 1.º lo hace vil y despreciable.

mirablemente: La excelencia y el bien de la naturaleza humana se manifiesta sobre todo en que se le ha concedido el poder de unirse á la naturaleza del bien soberano é inmutable. Y si se niega á ello, se priva del bien absoluto y es su suprema desgracia; porque con la justicia de Dios es rápidamente en los sufrimientos y en la ignominia. ¿Qué cosa más horrible y más digna de desprecio pueda existir que el querer huir del bien en el abandono del bien verdadero? No se siente algunas veces el mal de la pérdida del bien superior, cuando poseemos el bien inferior, que amamos. Pero es propio de la justicia divina hacer que aquel que voluntariamente pierdo lo que hubiera debido amar, es decir á Dios, pierda también con dolor lo que ha amado. (*De Civit.*)

El pecador no conoce cuán degradante es el pecado y cuánto envilece al hombre; pero, para que lo sienta, le envía Dios los pesares del castigo...

No comprendo lo que hago, dice S. Pablo: *Quod enim operor, non intelligo.* 2.º El pecado mortal nos ciega.

1.º El pecador no comprende toda la malicia del pecado; porque, si la comprendiese, no lo cometería nunca... 2.º El pecador no comprende bien lo que hace cuando peca, porque obra contra el juicio de su conciencia y de su razón...

No os asociéis á las estériles obras de tinieblas, dice en otra parte S. Pablo: vituperadlas más bien, porque causa vergüenza decir lo que hacen en secreto: *Nolite communicare operibus infructuosis tenebrarum, magis autem redarguite; quia enim in occulto fiunt ab ipsis, tunc est dicere.* (Ephes. V, 11-12).

El pecado se llama una obra de tinieblas: 1.º porque siendo una obra vergonzosa y condenable, el que lo comete aborrece la luz y busca las tinieblas...; 2.º porque el pecado ciega la inteligencia y la razón... El pecado tiene siempre su principio, ó en el error, ó en la imprudencia, la falta de exámen y de reflexión. Cuando lo cometemos nos hace desconocer la ley; que es guía segura de la conciencia y de la sabiduría. Y en fin, después que está cometido, aumenta aún las tinieblas en que el alma se hallaba sumergida.

O ciego pecador que to has dormido en tu estado, levántate y sal de entre los muertos, y Jesucristo te iluminará, continúa el apóstol de las gentes: *Surgite qui dormitis, et exurge á mortuis et illuminabit te Christus.* (Ephes. V, 14).

El pecador, dice S. Crisóstomo, no hace ninguna obra enteramente digna de alabanza; ni una puede presentar, y no comprende las cosas de la salvación: *divitiae que es un hombre que duerme.* Yo añado que sueña y se representa dolientes y quimeras; es verdaderamente un hombre dormido (1).

Han dormido su sueño, dice el Salmista, y todos aquellos pecadores que se creían ricos no han encontrado nada en sus manos: *Dormierunt somnum suum, et nihil invenerunt omnes viri divitiarum in manibus suis.* (LXXXV, 5).

No castigáis en el pecado, dice S. Agustín, y el sal de justicia no se ocultará para vosotros; pero, si caéis en el pecado, desaparecerá como el sal cuando se

(1) *Pecadorum vacat, et caret actione honesta nec intelligit in qua salutis sunt; ergo est dormiens. Rursum somnia videt, et imaginatur voluptates, et ea que non subsistunt; ergo est dormiens.* (Homil. ad pop.)

pone. Si quereis estar iluminados, sed vosotros mismos una antorcha, porque, si amais las tinieblas y las pasiones tenebrosas, os privarían de la luz y os cegarían (1).

El pecado es un error práctico, el error de la vida y de las costumbres, según las palabras de los Proverbios; Los que obran mal, están en el error: *Errant qui operantur malum*. (XIV. 22).

Hay mucha analogía entre el pecado y las tinieblas: 1.º así como las tinieblas privan al hombre de la luz, el pecado le priva de la gracia que es una luz del Cielo... 2.º El que anda en las tinieblas, no ve y tropieza á menudo; el pecador no ve nada de lo que debiera ver, y cae con frecuencia... 3.º Las aves de tinieblas no pueden sufrir el resplandor del día; los pecadores huyen de la luz, de la razón y de la gracia, porque les causa, como dice Jesucristo: Todo el que obra mal, aborrece la luz, y no se expone á ella por medio de que no ataque sus obras: *Qui male agit, odit lucem, et non venit ad lucem, ut non arguantur opera eius*. (Joann. III. 20). 4.º Los pecados son obras del príncipe de las tinieblas... 5.º La mayor parte de los pecados se cometen á la sombra... 6.º Los pecados tienen por causa las tinieblas; derivan de la ceguedad voluntaria que lleva al pecador á entregarse á una pasión momentánea á costa de su descanso, de la paz de conciencia, de la felicidad eterna y de la posesión de Dios... 7.º Los pecados ciegan el espíritu de una manera sorprendente... 8.º Conducen á las tinieblas del infierno...

Los grandes pecadores son tan ciegos, que nada se les ve en cara; cuantas más iniquidades tienen en la conciencia, ménos piensan en ellas. ¡Qué ciegos! Debieran recordar las palabras de S. Juan: Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos á nosotros mismos; y la verdad no está en nosotros. Si *dixerimus quantum peccatum non habemus, ipsi nos seducimus et veritas in nobis non est*. (I. I. 8); y aquellas otras palabras del apóstol Santiago: Todos faltamos en muchas cosas: *In multis offendimus omnes*. (III. 2).

Todo el que permanezca en Dios, no peca, y todo el que peca no le ha visto ni conocido: *Dante qui in eo manet, non peccat; et omnis qui peccat, non vidit eum, nec cognovit eum*. (I. III. 6).

El Real Profeta dice: ¿Quién puede sorprender todos los extravíos del corazón? Purificadme, Señor, de mis faltas ocultas: *Delicta quis intelligit? Ad occultis meis mundam me*. (XVIII. 13-14). Mis pecados, dice en otra parte el mismo profeta, me han precipitado en un profundo lago, en sitios de tinieblas y á la sombra de la muerte: *Poenarunt me in fovea inferiori, in tenebris, et in umbra mortis*. (LXXXVII. 7). Mi pecado que es mi mortal enemigo, me ha sepultado en las tinieblas como á los antiguos muertos: *Collocavit me in obscuris sicut mortuos seculi*. (CXLII. 3). Mis pecados me han sepultado en las tinieblas, como á los muertos eternos, dice á su vez la hija de Sion por boca de Jeremías: *In tenebris collocavit me quasi mortuos sempiternos*. (III. 6).

El hombre que quiere pecar es tan ciego que se sirve del lenguaje que usó la serpiente con Eva: ¿A qué tal prohibición? ¿A qué no poder entregarnos á

(1) *Non carnis in peccatum, et non tibi occidet hinc sol. Si tu feceris causam, tibi faciet occasum. Si videre lucem cupis, nolo ut tu lux: si enim tenebras et tenebrosas cupiditas amos, obtenderabunt, imo excacabunt te.* (In Paul.)

tal placer? No hay en esto el mal que se supone, es una piadosa exageración. ¡Qué! ¡por un goce de un momento, un infierno eterno! Esto no es verdad: *Cur precepit vobis Deus, ut non comederetis?... Nequaquam morremini* (Gen. III. 4-5). Como Eva, observa que tal ó cual fruto debe ser bueno para comer, hermoso á la vista y de un aspecto apetitoso; lo toma, y lo gusta. Entónces se abren sus ojos, y se encuentra desahado, despojado de la gracia y de la amistad de Dios. (Gen. III. 6-7). El fruto del orgullo, del delirio, de la gula, del amor del mundo, parece bueno y hermoso, porque tenemos la vista ciega, el gusto depravado y el corazón enfermo, pero tenemos la suerte de Adán y Eva... El castigo sobre los ojos que el pecado había cerrado, dice S. Gregorio: *Oculus, quia culpa claudit, pena aperit* (Lib. in Genes.); pero entónces es demasiado tarde; hubiéramos debido abrirlos ántes de caer...

En su ceguedad, mi pueblo ha cometido dos males, dice el Señor por boca de Jeremías: me ha abandonado á mí, mantenido de agua viva, y ha fabricado cisternas abiertas que no pueden contener el agua. (II. 3.) Es una prueba evidente, dice S. Agustín, de que Dios es un bien y un gran bien, el que ninguno de los que de él se apartan sea feliz; pues los que se encorcan en los goces de empozoñados deleites no pueden ménos de temer algún dolor. Y los que extraviados por mayor orgullo no conocen absolutamente qué mal es haber abandonado á Dios, dejan, sin embargo, ver á los que saben reconocerlo cuánta es su miseria (1).

Como la verdad dicha sólo está en Dios, el pecador que la rechaza se expone á todas las amarguras.

¡Habiéis colocado sobre vosotros una espesa nube que intercepta vuestra oración, dice Jeremías: *Opposuit nubem tibi, ne transeat oratio*. (Lament. III. 44).

Los pecados se llaman nubes: 1.º porque son vapores densos y negros que salen del corazón corrompido como de un pantano cenagoso...; 2.º porque privan el alma de la luz y del calor del sol eterno que la hubieran hecho hermosa y fecunda...; 3.º porque si el granizo y el rayo que vienen de las nubes, la ira y los castigos de Dios nos vienen del pecado...; 4.º porque si las nubes separan la tierra del Cielo, é impiden que la mirada penetre hasta las azules llanuras del firmamento, los pecados separan al hombre de los Santos, de los ángeles y de Dios, y no le permiten ver el juicio que lo espera, ni el infierno que se abre para darle sepultura...

El demonio con sus lazos tiene á los pecadores cautivos bajo su voluntad, dice el apóstol de las gentes: *Ad diaboli laqueis captivi tenerentur ad ipsius voluntatem*. (II. Tim. II. 26). Podemos compararlos con el pájaro que un niño tiene atado; vuela, pero no es libre.

Del alma que era templo de Dios, el pecado mortal hace una morada de Satán...

(1) *Quantum el quale hóminis sit Deus, etiam ex hoc evidenter ostenditur, quod nulli a Deo recedenti bene est; quia et qui gaudet in mortificis voluptatibus, sine doloris timore esse non possunt. Et qui omnino malum desertionis sine dolore superbia timere non solent, hinc qui hoc noverunt discernere, quanta sit miseria, apparet.* (In Genes.)

Los pecadores, dice Bossuet, son esclavos del que se ha declarado enemigo de Dios; esclavos de Satanás, de aquel espíritu sombrío, tenebroso, furioso y desesperado, que no respira más que odio, disensión y envidia; esclavos de aquel espíritu soberbio, lazo y envidioso que, habiéndose perdidó sin esperanza, sólo es ya capaz de aquella negra y maligna alegría que tienen los maldos al encontrar cómplices, el envidioso al tener compañeros, y el soberbio humillado al arrastrar con sí a otros; esclavos del demonio, cuyo odio es implacable, es tanto aquel odio, notado bien, y admirado de tal exceso, es tan grande contra el pecador, que en place no sólo en desolar, sino también en manchar el alma y degradarla. Prefiere corromper á atormentar; tiene mayor placer en quitar la inocencia que el reposo, y en hacerlos malos y desgraciados. Si bien, cuando aquel venéreo cruel se ha hecho dueño de un alma, se enfurece, la destruye, la acota y la viola; la viola no tanto para satisfacerse como para deshonrarla y envilecerla. La mancha, y luego la desprecia; sucede como á las mujeres que son el ludibrio de aquellas por quienes cobarde é indignamente se han prostituido.

Mirad, dice Isaías, mirad que habeis sido vendidos en medio de vuestras iniquidades: *Ecc in iniquitatibus vestris vendita estis*. (L. 1). Habeis sido vendidos por nada. *Gratis vendidati estis*. (Id. LII. 3).

Dios vende á los pecadores, es decir, los entrega al demonio; porque por sí mismo el demonio no tiene ningún derecho sobre el hombre, aunque sea pecador; pero Dios se lo entrega como un ser vil, despreciable, culpable de esa majestad Divina; como la justicia humana entrega á un verdugo...

Pero no sólo es el pecador esclavo del demonio; lo es también de la concupiscencia, de las pasiones y del pecado.

Descárguemonos de todo peso y del peculo que nos roíza, dice S. Pablo: *Deponete omne pondus, et circumdati sunt peccatum*. (Hebr. XII. 1).

1.º La concupiscencia nos envuelve, haciéndonos una guerra encarnizada y poniéndonos á que obramos bien. 2.º El pecado nos envuelve, nos encadena é impide la libertad de nuestros movimientos. 3.º Nos envuelve, es decir, se une estrechamente á nosotros.

El pecador es vendido bajo el pecado, dice S. Pablo: *Vendidati sub peccato*. (Rom. VII. 14). Para comprender bien lo que significa esta expresión es preciso recordar que los romanos tenían la costumbre de coronar de flores á los prisioneros de guerra que ponían en venta, lo que se llamaba *coronare, vendidati sub corona*. Por consiguiente *vendidati sub peccato*, significa literalmente ser vendido é entregado por Dios al demonio con el peso de los pecados cometidos colocados en la cabeza, á manera de terrible corona.

La Sagrada Escritura nos enseña que los hebreos oprimidos por Faraon fueron empleados en confeccionar ladrillos, y para cocerlos el Rey les proporcionaba cierta cantidad de paja. Comentando el pasaje del Exodo que habla de este trabajo (c. I. et V.), S. Bernardo dice: Bajo el yugo de Faraon se hacen trabajos de barro; Faraon, el demonio, nos da la paja, es decir, los pensamientos ligeros y culpables; la paja se inflama pronto, y queda consumida en un instante. Los malos pensamientos sugeridos por el demonio producen rápidamente un gran fuego en el espíritu, prestándose á ella la carne corrompida. Con la paja encendida hacían cocer barro ó tierra humedecida para fabricar

ladrillos; con la paja del delito, los malos pensamientos que son como el barro, se calientan y convierten en actos y costumbres que llegan á ser sólidos y resistentes como la tierra endurecida al fuego. (In Exod.)

Desgraciados de vosotros, dice Isaías, desgraciados los que arrastráis la iniquidad con sus lazos de vanidad y el pecado como las lanzas de un carro: *Vae qui trahitis iniquitatem in funibus vanitatis, et quasi vinculum plauri peccatum!* (v. 18).

El profeta, dice S. Jerónimo, llama al pecado lazo de vanidad, porque el pecado está pronto tejido; es vano en sí mismo, y frágil como una telaraña; pero; cuando queremos salir de él, encontramos que nos aprisiona con solidísimos lazos (1).

Sanson queda cegido por los lazos de Dalila, pierde su fuerza, se debilita, y es vencido y entregado á los filisteos que le arrancan los ojos y le obligan á dar vueltas á una noria como una bestia de carga. ¿Qué es Dalila, sino la concupiscencia? ¿Y qué son los filisteos, sino las impetuosas pasiones del alma?

El pecador es esclavo de sus pasiones. Tiene tantos tiranos como pasiones diversas... El Evangelio dice que el pródigo se hizo esclavo de un dueño duro y avaro (Luc. XV. 15-16); más desgraciado que el pródigo, el pecador se hace esclavo de una multitud de dueños cuya crueldad es incomparable...

El pecado sumerge al pecador en una prision oscura; ó más bien, el mismo pecado es su cárcel...

Ha edificado (el pecado) al rededor mio para que no salga, dice el profeta Jeremías, y ha hecho más pesadas mis cadenas: *Circum edificavit adversum me, ut non egrediar; aggravavit compedem meam*. (Lament. III. 7).

El pecado mortal, dice S. Agustín, encierra al hombre que lo comete; la recaída cierra con llave la puerta de aquella cárcel, y el hábito la tapia. (De Morib. Eccles.)

El pecado mortal precipita, lo que es peor, en las cárceles infernales...

El salario del pecado es la muerte, dice S. Pablo: *Stipendia peccati mors*. (Rom. VI. 23). Terrible salario! el aguijón del pecado es la muerte, dice en otra parte el mismo apóstol: *Stimulus peccati mors*. (I. Cor. XV. 56).

Dios había creado al hombre inmortal de cuerpo y de alma; pero el pecado le hizo perder aquella inmortalidad. El Señor se lo anunció con aquellas terribles palabras: Eres polvo, y te convertirás en polvo. *Pulvis es, et in pulverem reverteris*. (Gen. III. 19).

Al ver qué cruces estragos ejerce la muerte, debemos comprender la enormidad del pecado mortal... Entra en el mundo, y va en pes suya la muerte...

El que no ama á Dios ni á sus hermanos se marcó en la muerte, dice el apóstol S. Juan: *Qui non diligit, manet in morte*. (I. III. 14). Así pues, el que peca mortalmente, deja de amar á Dios; está herido de muerte.

1.º El pecado mortal nos hace cautivo.

2.º El pecado mortal da la muerte al cuerpo.

3.º El pecado mortal mata el alma.

(1) Peccatum vocat vanitatem, quia facientibus peccatum facile texitur, et adeo imane in se est ac fragile, uti araneum tela; sed, cum inde exire voluerimus, solidissimi vincula noscuntur. (In Isai.)

La muerte del alma se verifica con la privación de la gracia santificante y el abandono de Dios. Cuando el alma está separada de Dios, le sucede lo que al cuerpo cuando está separado del alma... Dios es la alegría del alma; si se aparta de ella, muere...

El pecado consumado engendra la muerte, dice el apóstol Santiago: *Peccatum, cum consummatum fuerit, generat mortem.* (I. 15).

Conozco tus obras, dice Dios en el Apocalipsis, dirigiéndose al pecador; pero eres vivo, pero eres muerto: *Scis opera tua; nomen habes quod vivas, et mortuus es.* (III. 1).

El alma que ha pecado morirá, dice Ezequiel: *Anima que peccaverit, ipse morietur.* (XVIII. 20).

Se sabe, dice S. Agustín, se sabe que muchos llevan almas muertas en cuerpos vivos: *Multis in corporibus vivis animas mortuas portare noscuntur.* (Lib. I de verbis Domini).

El pecado es la muerte del alma inmortal, muerte que deja al hombre vivo, y a la que ni la muerte del cuerpo ni la eternidad ponen fin. Es la segunda muerte, la peor de todas...

7.º El pecado mortal provoca la maldición de Dios. Ved, exclama el profeta Jeremías, ved lo que dice el Señor: Maldito sea el hombre que confía en el hombre... y cuyo corazón se aleja del Eterno! *Maledictus homo qui confidit in homine... et a Domino recedit cor!* (XVII. 5).

David expresa energicamente la fuerza con que la maldición divina persigue al pecador obstinado. Ha amado la maldición, dice, y esta caerá sobre él; no ha querido bendición, y ésta se alejará de él. Se ha cubierto con la maldición como con una capa; ha entrado como agua en sus entrañas, y ha penetrado como aceite en sus huesos. Sea ella para siempre su vestido y el cinto que oprima sus riñones. Tal es el salario que Dios reserva a sus enemigos (4). Si tan terrible es la maldición de un padre para sus hijos, ¡qué será la maldición de Dios!

8.º El pecado mortal es la única causa de la mala muerte. La muerte de los pecadores es muy mala, dice el Salmista: *Mors peccatorum pessima.* (XXXIII. 22). La muerte del pecador es una muerte terrible, dice el Eclesiástico: *Mors illius, mors angustissima.* (Eccl. XXVIII. 25).

En su muerte, dice el Real Profeta, el impío verá y se irritará, rechinarán sus dientes, y se secará de rabia, pues el dagaño de los impíos perecerá: *Peccator videbit, et irascetur, dentibus suis fremet et tabescet; desiderium peccatorum peribit.* (III. 9).

La muerte del pecador en la impenitencia final, es una muerte en la desesperación, una muerte irreparable, desgraciada, la muerte de los réprobos...

(4) *Dixit maledictionem, et venit ei; et noluit benedictionem, et elongabitur ab eo. Et induit maledictionem, sicut vestimentum, et intravit sicut aqua in interiora ejus, et sicut oleum in ossibus ejus. Fiat ei sicut vestimentum, quo operietur, et sicut cingulum, quo semper circumdabitur. Hinc opus eorum, qui detestantur apud Dominum. (VIII. 12-20).*

Si no teméis el pecado, dice S. Agustín, temed por lo ménos la muerte eterna. ¡O miseria de los pecadores! Muriendo dejan el objeto que los lleva al pecado y llevan sus pecados, principio de una condenación eterna. No hay muerte peor que aquella que conduce allá donde la muerte no muere. Desgraciados pecadores; la que quieren no es, y lo que no quieren existe. Quisieran siempre el placer del pecado, y este placer pasa en seguida; no quisieran la pena del pecado; y no sólo la hallan, sino que, si no se convierten, será eterna (1).

El pecador, dice el Apocalipsis, beberá vino de la ira de Dios, que está mezclado con vino puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre. El humo de sus tormentos subirá en los siglos de los siglos, y no tendrán reposo ni en el día ni en la noche (2).

El que peca mortalmente trabaja por la segunda muerte, es decir, por el infierno, dice S. Ambrosio: *Qui peccat, fructum facit mortis secundae, id est, fructificat gehennam.* (Serm. III).

¡Qué más haré el pecador, cuando peca mortalmente, que encender dentro de sí mismo el fuego eterno?

(Véase Infierno).

Despreciando el pecado mortal, quebrantamos el poder de Satanás, pero, entregándonos al pecado, el demonio vendrá a nosotros, ó más bien nos transformará en demonios. El que posee a Dios queda en cierto modo transformado en Dios; pero el que tiene al demonio en su corazón, se convierte también en demonio; recibe el sello de aquella bestia infernal.

Cuando el hombre vive según sus inclinaciones, y no según Dios, llega a ser semejante al demonio, dice S. Agustín; porque para permanecer en la verdad el mismo ángel ha debido vivir, no según ángel, sino según Dios (3).

Con el pecado el ángel se convierte en demonio; con el pecado, el hombre tiene la misma suerte... El que peca es del demonio, porque el demonio peca desde el principio, dice S. Juan: *Qui facit peccatum, ex diabolo est, quoniam ab initio diabolus peccat.* (I. III. 8). El mismo apóstol llama a los pecadores hijos del demonio: *Filii diaboli.* (I. III. 10).

El demonio es el príncipe del pecado y el padre de los males, dice S. Cirilo: *Princeps peccati diabolus est, et pater malorum.* (Homil.).

El pecado mortal, dice S. Ignacio mártir, es un gérmen de Satanás que transforma al hombre en demonio. (Epist.).

¡Ved qué funesto es el pecado! Él engendró todos los males de que es víctima el hombre, y la muerte temporal, y la eterna...

(1) *Inferens peccatores, quod volunt, non est, quod videtur, aliter vellet semper peccati detestationem, et traxit subilo; nollet potius peccati, et ad se, et erit aeterna, si non converteatur. (Homil. XLII. iter 1).*

(2) *Bibet de vino ira Dei, quod mixtum est mere in calice ignis et cruciabitur igne et sulphure. Et fumus tormentorum eorum ascendet in seculis saeculorum: nec habent requiem die, ac nocte. (XV. 1-2).*

(3) *Quis homo secundum se vivit, non secundum Deum, similis est diabolo: quia nec angelus secundum angelum, sed secundum Deum, vivendum facit, ut traret in veritate. (Lib. I. Retract.)*

9.º El pecado mortal precipita en el infierno, que es la muerte eterna.

10.º El pecado mortal transforma al hombre en cierto demonio.

11.º El pecado mortal engendra por sí mismo todos los males.

Para saber lo qué es el pecado, fijaos en la única desobediencia de Adán, y considerad cuántas enfermedades, sufrimientos, angustias y pobreza ha ocasionado á los millares de hombres, que desde hace seis mil años se han destrozado entre las espigas de la tierra, y entre este número cuántos han bajado por la eternidad en las profundidades del infierno. Considerad que para expiar esta desobediencia el Hijo de Dios tuvo que morir crucificado entre dos ladrones, y comprardeséis cuánto daña un solo pecado! Enténcese, si la pasión os solicita, responderéis: No quiero por tan poca cosa dar nacimiento en mí á pesares que serian tal vez jubiles y eternos.

El pecado mortal produce nueve enfermedades ó calamidades principales, contra las que el Espíritu Santo nos da fuerzas: 1.º las enfermedades, la adversidad y todos los males impuestos al cuerpo y alma...; 2.º la ignorancia en la inteligencia...; 3.º la debilidad en la Voluntad...; 4.º el olvido en la memoria...; 5.º la poca fuerza y estabilidad de nuestros deseos, que muchas veces no se resisten á las solitudes de la carne...; 6.º el fuego de la concupiscencia...; 7.º el trabajo que nos cuesta emprender obras heroicas...; 8.º la dificultad que encontramos en perseverar en el servicio de Dios y en el fervor...; 9.º los esfuerzos que tenemos que hacer para orar á Dios como es debido...

Cada vez que el alma peca, recibe una herida, dice Orígenes; si el pecado es mortal también lo es la herida. ¡Oh! ¡Si pudiésemos ver de qué modo es herido constantemente el hombre interior con toda clase de pecados! Si pudiésemos ver las obras que constituyen el pecado mortal, quebrantan y desgarran el alma! ¡Si pudiésemos ver el estado en que ella se encuentra, entonces ciertamente resistiríamos al pecado aunque esta resistencia nos costase la vida, pero, extraviados por las neblinas del siglo, embriagados por los vicios, no podemos notar ni sentir el número y la gravedad de los golpes que, pecando, asestamos contra nuestra alma! (Homil. VII. in Num.)

Pecadores, el pecado os hace miserables, desgraciados, pobres, ciegos y desmidos, dice el Apóstol. (III. 17).

Oí una voz que me dijo: Ven y mira. Y hé aquí que se presentó un caballo pálido, dice S. Juan, y el que lo montaba tenía el nombre de Muerte, y el infierno le seguía; y se le dió poder en las cuatro partes de la tierra, poder para matar con el acero, el hambre, la muerte y á los animales del globo. (Apoc. v. 8). Tales son los estragos que causa el pecado mortal.

El Bapto fue bapto sucesivamente por diez plagas: 1.º el cambio de las aguas en sangre; 2.º las ranas; 3.º los mosquitos; 4.º las moscas; 5.º la pérdida de los animales; 6.º las úlceras; 7.º el granizo; 8.º las langostas; 9.º las tinieblas; y 10.º la muerte de los primogénitos. Estas plagas son el emblema de las que se atraen los pecadores; 1.º la discordia...; 2.º las querrelas y los tumultos...; 3.º los cuidados que los atormentan...; 4.º la ira y los dolos...; 5.º la privación de los bienes temporales que poseen ó envidian...; 6.º los remordimientos de la conciencia...; 7.º la obstinacion en el mal...; 8.º la tiranía de las pasiones que los devoran...; 9.º la desigualdad en que están sumergidos...; y 10.º la muerte y condenacion de su alma...

Nr alma, dice el Salmista, está llena de males, y mi vida ha tocado á las puertas de la muerte: *Repleta est malis anima mea, et vita mea inferno ap-*

propinquavit. (LXXXVII. 4). Vuestra ira, Señor, ha descargado sobre mí, y habéis hecho pasar sobre nuestra cabeza todas las olas de vuestro furor. *Confirmatus est furor tuus, et omnia fluctus tuos induxisti super me.* (Ibid. LXXXVII. 8).

Cae Adán y Eva, y al momento se presentan la concupiscencia, la vergüenza, el condeñimiento de su desuñer, el temor, el cuidado de escurrirse, las exccsas, la expulsión del paraíso, los dolores del parto, la sujecion de la mujer al hombre, la maldicion de la tierra y del trabajo, los sudores, las espigas, la esterilidad, la muerte, la corrupcion, la pérdida de Dios y de la eterna dicha, el infierno, etc... En Adán y Eva culpables observad tambien cinco funestos efectos del pecado: 1.º la ciencia del mal...; 2.º la pérdida de los bienes que poseían...; 3.º la confusion...; 4.º los remordimientos de la conciencia...; 5.º su huida de Dios, al temer sus reconvencciones y la sentencia que ha de pronunciar contra ellos... Con el pecado, dice S. Bernardo, pasa el placer que no ha de volver, y viene el remordimiento que no ha de dejarnos: (*In peccato transit jucunditas: non reditura; sanat anxietas, non relicta.*) (Sermon in Psal.)

Seis castigos fueron impuestos por Dios á Adán y su posteridad, castigos que corresponden á los diversos pecados que cometió. El primer pecado de Adán fué la desobediencia, y en castigo sintió nacer la rebeldia de su carne y de sus sentidos. El segundo fué la gula, y en castigo fué condenado al trabajo y á la fatiga. El tercero fué el robo del fruta prohibida, y en castigo quedó sujeto al hambre, á la sed, al frio, al calor, á las enfermedades, etc. El cuarto fué la infidelidad que le llevó á no dar fe á la palabra del Señor, creyendo la de la serpiente; y en castigo quedó sujeto á la muerte. El quinto fué la ingratitude, y en castigo fué privado de las cosas necesarias para la existencia que habia recibido de Dios, y destinado á convertirse en ceniza y polvo... El sexto fué el orgullo, y en castigo fué privado del Paraíso, de la dicha celestial, de la compañía de los ángeles, de la posesion de Dios, y condenado al infierno...

El Señor puso una señal en Calá, dice el Génesis: *Quasiqne Dominus Cain signavit.* (IV. 15). Ved los resultados y los castigos del segundo pecado cometido en la tierra: 1.º el temblor de los miembros; 2.º la fuga y el destierro; 3.º el temor y la consternacion; 4.º la rebelion de la misma tierra contra Cain; 5.º la vida errante...

En castigo de otros pecados cometidos por los hombres, Dios anegó la tierra con las aguas del diluvio. Más tarde anegó á Salmón y Gomorra con una lluvia de fuego y azufre, etc...

Porque no hemos obedecido vuestros preceptos, Señor, dice Talmás, hemos sido víctimas del pillaje, del cautiverio y de la muerte, y hemos llegado á ser la fabula y el juguete de todas las naciones: *Quoniam non obediimus praeceptis tuis, ideo traditi sumus in direptionem, et captivitates, et mortem, et in fabulam, et in imperjurium omnibus nationibus.* (III. 4).

Los bárbaros sacan sus fuerzas de nuestros pecados, dice S. Jerónimo: *Nostri peccatis barbari fortes sunt.* (Epist. III. ad Heliodorum).

La justicia engrandeció á una nacion; pero el crimen hace á los pueblos miserables, dicen los Proverbios: *Justitia elevat gentem; misera autem facit populos peccatum.* (XIV. 34).

Las miserias que el pecado atrae sobre los pueblos son terribles y numerosas; atrae injusticias, exacciones, hambre, guerra, peste, sediciones, revoluciones, anarquía, vergüenzas y toda clase de crímenes.

Dos males caerán repentinamente sobre ti, la esterilidad y la viudez, dice Isaías al culpable habitante de Judá: *Veniens tibi duo haec subitò, sterilitas et viduitas.* (XLI. II. 0).

Los pecados hacen desaparecer la dignidad, la caridad, la fe y todas las virtudes, el culto divino, la religión, los reyes, los pueblos y los reinos.

El poder del pecado es tal que quebranta los pecadores como un vaso de arcilla.

Recordad los siguientes axiomas, que ayudan á comprender cuánto es la malicia y la iniquidad del pecado: 1.º El pecado es el peor de todos los males que se han hallado y se hallarán debajo del sol. ¿Quién ha hecho del ángel un demonio? El pecado. ¿Quién arrojó á Adán y los del paraíso terrenal, dispersándolos en esta tierra de miserias? ¿Quién los condujo á la muerte y al infierno? El pecado.

2.º Un solo pecado, aunque sea venial, es un mal mayor que todos los demás males reunidos; porque sólo el pecado ataca á Dios. El pecado es el único mal, el único desorden; todos los demás males, castigos del pecado, son una justicia y el restablecimiento del orden destruido por el pecado.

3.º Comparados con el pecado, no sólo los demás males no merecen el nombre de males, sino que merecen el nombre de bienes; puesto que son el resultado de la justicia vengadora que remedia el pecado con la pena y convierte en orden el desorden.

4.º El pecado es un delirio; es la única espada que mata á Dios, pervertisimo y grandísimo, si él pudiese espelivamente morir.

5.º El Hijo de Dios prefirió hacerse hombre, sufrir y morir. Antes que dejar sin expiación el pecado. ¿Quién clavó á Jesucristo en la cruz, sino el pecado? El pecado es, pues, un crucificado.

6.º Si todos los ángeles, buenos y malos, todas las criaturas y el mismo Criador se reuniesen contra un hombre y empleasen todo su poder en agobiarle y atormentarle, no podrían hacerle tanto daño como el mismo se hace cometiéndolo un pecado, aunque sea venial.

7.º La malicia del pecado no puede compensarse con ningún bien creado; de tal manera, que no fuera lícito cometer un solo pecado venial para convertir el mundo entero ó hacer á todos los condenados del infierno. Puede decirse en verdad que la malicia del pecado es no sólo como infinita, sino incomprensible. Con razón los mártires y los Santos prefirieron morir ántes que cometer un pecado.

¿Hé aquí una sentencia de S. Agustín, que merecería estar escrita en letras de oro: Hay un bien supremo, Dios; y un mal supremo, el pecado; el uno pur el cual se han de desear todos los bienes, pero se le ha de desear por lo que es en sí mismo; el otro por el cual se han de evitar todos los males; pero se le ha de evitar por lo que es en sí mismo (4).

(4) Unum est summum bonum; unum summum malum: illud propter quod appetenda sunt bona cetera; istum autem propter ipsum. Hoc propter quod declinanda sunt mala cetera; ipsum autem propter seipsum. (Sentent.)

O culpable hija de Jerusalem, alma sumergida en el pecado mortal: ¿A quién te compararé, á quién eres semejante, y á quién te igualaré? exclama Jeremías: *Cui comparabo te, cui assimilabo te, filia Jerusalem, cui exequatio tibi?* (Lament. II. 13).

Nuestra herencia ha pasado á extraños, y nuestras moradas han sido ocupadas por el enemigo; somos como hijos privados de su padre: *Hereditas nostra versa est ad alienas, domus nostra ad extraneos: pupilli facti sumus absque patre.* (Lament. v. 2-3). La alegría de nuestro corazón se ha apagado; nuestros cantos se han convertido en lamentos. La corona de nuestra cabeza ha caído. ¡Desgraciados de nosotros, que hemos pecado: *Deficit gaudium cordis nostri; versus est in luctum chorus noster. Cecidit corona capitis nostri; vanus vobis quis peccavimus!* (Lament. v. 15-16). Acordaos, Señor, de lo que nos ha sucedido; ved y mirad nuestro oprobio. *Recordare, Domine quid acciderit nobis; intueri, respice opprobrium nostrum.* (Lament. V. 1).

El pecado es la causa de todos los males temporales y espirituales...

El pecado mortal es el único mal, y el mal supremo de Dios, del ángel, del hombre y de todas las criaturas...

El misterio de iniquidad se opera, dice el gran apóstol: *Mysterium operatur iniquitatis.* (II. Thess. II. 7).

En la frente de la prostituta de que habla el Apocalipsis estaba escrita la palabra «misterio»: *Et in fronte ejus nomen scriptum: Mysterium.* (XVII. 5). El pecado mortal puede llevar la misma inscripción...

Me es imposible, dice Sto. Tomás, me es imposible comprender cómo el que está en pecado mortal puede reír y alegrarse: *Cupere neque qui ratione existens in peccato mortali possit ridere et letari.* (De Peccat.)

Una virgen de Jesucristo decía al morir: Me retiro de este mundo sin haber podido nunca comprender como una criatura hecha á imagen de Dios, capaz de conocerle, amarle, servirle y verle en la bienaventurada eternidad, puede cometer voluntariamente un solo pecado mortal contra su Divino Criador y Redentor.

El pecado mortal supone una ceguera prodigiosa. Es verdaderamente un misterio infernal: *Mysterium iniquitatis.*

Para tener una idea del estado en que se encuentra una alma manchada por el pecado mortal, representámonos:

1.º Una ciudad tomada por asalto donde impere la destrucción y el pillaje...

2.º Un vasto incendio...; y aún hay la diferencia de que en un incendio se pide auxilio, y todos los vecinos lo dan presurosos; en tanto que el alma que ha dejado encender en su interior el fuego infernal del pecado, está muda y se deja devorar sin llamar hácia Dios, ni pedirle auxilio y protección...

3.º Un horrible y formidable naufragio...

4.º Los estragos que acompañan á una guerra implacable...

5.º Los sufrimientos que produce el hambre...

6.º Los que produce la peste...

7.º Representámonos también á un joven que, en un lugar solitario, en el

El pecado mortal es un misterio infernal

Horrible estado del alma que ha cometido el pecado mortal

fondo de una selva inmensa, en medio de las tinieblas de la noche, cae en manos de ladrones y asesinos...

8.º O bien á un desgraciado atacado por un león, un tigre ó una serpiente enorme...

9.º O bien á un cautivo encerrado en un oscuro calabozo, poblado de escorpiones y víboras...

10.º O bien á un paciente entre las manos de verdugos encarnizados é inhumanos...

11.º O bien finalmente un cuerpo echado en la tumba y entregado á la corrupción y á los gusanos.

El orador sagrado puede pintar con vivos colores aquellos cuadros que le ofrecen los rasgos más propios para impresionar á su auditorio, penetrándole de horror por el pecado.

El pecado tiene su origen en nosotros mismos; tiene su origen en la voluntad, la inteligencia, la imaginación, la ignorancia, los malos hábitos, la concupiscencia, etc.

1.º La voluntad es la causa inmediata del acto culpable ó del pecado mortal: quiere... 2.º La inteligencia lo propone á la voluntad, y le aconseja que se entregue á un pretendido bien sensible, abandonando el bien real y desobediendo la ley divina, que le prohíbe amar aquel bien... 3.º La imaginación representa vivamente á la voluntad aquel falso bien, y se esfuerza para obtener su consentimiento... 4.º La ignorancia llega al mismo fin que la imaginación, como ocultando á la voluntad la fealdad y la malicia del pecado... 5.º El mal hábito, partiendo de la misma frecuencia del consentimiento que la voluntad ha dado al pecado, lo compromete á quererlo todavía... 6.º Finalmente, la concupiscencia es la causa propia y poderosa de la tentación, y por consiguiente del pecado. Mueve la inteligencia, la imaginación y la voluntad para que cometan el pecado. Da nacimiento á la falta de reflexión, á la ignorancia y á la pasión; provoca las recaídas y el mal hábito, y oculta la malicia del pecado produciendo las promesas de una dicha que siempre es falsa. Con justicia se la llama, pues, príncipio, arsenal y foco del pecado, y también, como dice S. Pablo, ley de los miembros que combate la ley del espíritu y cautiva al hombre bajo la ley del pecado que está en los miembros (1).

La concupiscencia, cuando ha concebido, engendra el pecado, dice el apóstol Santiago; y el pecado, cuando ha sido consumado, engendra la muerte: *Concupiscencia, cum conceperit, parit peccatum; peccatum vero, cum consummatum fuerit, generat mortem.* (I. 15).

Si se presenta la concupiscencia, dice S. Agustín, rechazada, guardaos de seguirla; es inocua; es licenciosa, es infame y hace que el hombre sea enemigo de Dios: *Sirveat concupiscencia? Nega te illi; noli eam sequi illicita est, laeva est, turpis est, aliena a Deo.* (Lib. Confess.)

(1) Videb aliám legem in membris meis, repugnantem legi mentis meae, et captivam me in lege peccati, qui est in membris meis. (Rom. VII. 23).

El primer modo de pecar, dice S. Jerónimo, es pensar en lo que es malo; el segundo es pararse en este pensamiento; el tercero es pasar del pensamiento á la acción; el cuarto es no hacer penitencia despues del pecado y complacerse en él. (Epist. VIII).

El primer grado del pecado, dice el abate Riberto, es darle entrada en la voluntad; entónces el pecador ha muerto en su casa. El segundo es pasar de la voluntad á la acción; entónces el pecador, ya muerto, es llevado á la tierra. El tercero es contraer el hábito del mal; entónces el pecador es enterrado. El cuarto es complacerse en el pecado y resistir á Dios que llama á la penitencia; es luchar por espíritu de orgullo contra la ley divina que reprende; este grado puede compararse á la putrefacción. Obrar así es abandonarse al infierno; es manifestar la resolución de permanecer impenitente y rebelado, es defender su crimen. Por esto aquel crimen viene á ser completamente indigno de perdón y como irremisible. (In Evang.)

San Crisóstomo, S. Agustín y Sto. Tomás enseñan que es difícilísimo justificar al pecador, y que se necesita para ello mayor poder que para crear el Cielo y la tierra. Electivamente; el pecado y la gracia, el pecador y Dios están más apartados, son más opuestos que la nada y la existencia. Dios y el pecado son dos extremos, dos enemigos á un grado infinito. Luego nada se resiste á Dios si no es la voluntad del pecador. Y finalmente la gracia y la justificación son de un orden sobrenatural y divino; se necesita un poder supremo para que el pecador degradado y hecho con su pecado inferior á todas las criaturas, y hasta inferior á la nada, llegue á ser superior á todas las criaturas, llegue á la justicia y sea amigo de Dios ó hijo adoptivo suyo, y en cierto modo participante de la naturaleza divina.

Los perversos difícilmente se corrigen, dice el Eclesiástico; *Pervere difficile corriguntur.* (I. 15). Porque, 1.º pecan, y el pecado es la mayor de las locuras, puesto que es preferir los sentidos á la razón, la pasión á la virtud, la criatura al Creador, es decir, un óbolo á un millón, un grano de trigo á una abundante cosecha, una gota de agua al Océano, un grano de arena al universo, la muerte á la vida, el infierno al Cielo, la suprema y eterna desdicha á la felicidad suprema y eterna... 2.º Los perversos difícilmente se corrigen, porque perseveran con obstinación en el pecado, se complacen en él poco á poco, no se consideran condonables y muchas veces se alaban, vituperando á los justos... 3.º Se corrigen difícilmente, porque no permiten que se les reprenda y amoneste, pues, por el contrario, desprecian y ridiculizan á los que les enseñan el bien y les invitan á practicarlo. Por esto la Sagrada Escritura dice que el corazón de tales insensatos es un plomo vil y que, morirán de la indigencia del corazón: *Cum impietatem pro nihilo, in cordis egestate morientur.* (Prov. X. 20.21); es decir una gran privación de inteligencia y de razón...

4.º Se corrigen difícilmente porque no quieren mejorar; huyen de la luz, y la aborrecen...

Dios, dice S. Agustín, deba castigar el pecado, porque el centro de su imperio es un centro de justicia. El pecado debe ser castigado, pues de otra suerte no sería pecado. Anticipaos á Dios; si no queréis que os castigue, Castigaos á vosotros mismos, porque es preciso que el pecado sea castigado ó por vosotros ó

Diferentes maneras de pecar.

Dificultad y milagros de la justificación.

El pecado debe ser castigado.

por él. Reconoced vuestra falta para que os la perdone. Perdonáis, Señor, al que confiesa sus iniquidades. Perdonáis, pero sólo al que se castiga. Así quedarán en buen lugar la misericordia y la justicia: la misericordia, porque el hombre queda libre del yugo que lo agobiaba; la justicia, porque el pecado es castigado (1).

Todo pecado, añade S. Agustín, es un desorden. Bajo el imperio de un Dios justo, todo desorden debe ser castigado, y para lograrlo es menester castigar á su autor. Sabido es que el autor del pecado es el mismo pecador. (In Psalm. XLIV.)

¿Qué es preciso para cometer un pecado mortal?

La tentación tiene tres grados: primeramente la sugestión ó el pensamiento de lo malo, lo que ordinariamente no constituye un pecado, porque muchas veces la sugiere el demonio, sin culpa por nuestra parte y sin consentimiento nuestro... En segundo lugar el deleite que se verifica cuando el alma, no cuidando de rechazar la sugestión, la recibe, por el contrario, con un placer imperfecto; entonces no hay más que pecado venial... En tercer lugar el consentimiento voluntario y deliberado; entonces, si la gravedad de materia acumpana, hay pecado mortal... Por esto dijo S. Isidoro: Con tales aumentos, como por otros tantos grados, el pecado llega á su pleno poder; la sugestión produce el deleite, el deleite el consentimiento, el consentimiento la acción, la acción el hábito, y el hábito produce la necesidad (2).

¿Cómo se evita el pecado mortal, y no permanecer en él?

Nosotros, que hemos muerto para el pecado, ¿cómo hemos de vivir en él, dice el apóstol de las gentes? *Qui enim mortui sumus peccato, quomodo adhuc vivemus in illo?* (Rom. VI. 2.)

Hemos muerto para el pecado por medio del bautismo y con nuestra vocación á la vida cristiana...

Pero ¿qué hacen la mayor parte de los pecadores? Cuando debieran tenerse en pie, caen, y cuando debieran levantarse, permanecen caídos...

¿Cómo para no caer en pecado mortal y salir de este estado?

Para no caer en pecado mortal y salir de este estado:

1.º Temar el pecado.

Habiendo la emperatriz Eudoxia amanzada á S. Juan Crisóstomo, los mismos cortesanos de aquella princesa le dijeron: En vano os proponéis asustarle; Crisóstomo no teme más que el pecado; *Frustrá illum terret; Quisquam tamen nil nisi peccatum timeat.* (Hist. Eccles.)

He aprendido á conocer la firmeza de Ambrosio, decía el emperador Teodosio; el temor de la majestad imperial no le llevará nunca á conculcar la ley

1.º *Peccatum punitorum est Deus; huius virgo directior est. Virgo regni ipsius. Peccatum est peccatum si quisquam non esset, huc peccatum sciet. Domini illam non via ut te puniat? Tu punit. Penitentem ego erit, aut a te, aut ab ipso. Tu agnoscit ut ille ignorat. Ignoscit, Domine, confitenti; ignoscit, sed seipsum puniunt. Ita servatur misericordia et veritas; misericordia, quia homo liberatur; veritas, quia peccatum puniunt.* (In Psal. XLIX.)

2.º *Ita fomesque quasi quibusdam gradibus coarsalescit omne peccatum; suggestio operatur, delectatio contumacia; continetur operationem, operabile consuetudinem, coarctat accessitulum.* (Lib. Sentent.)

de Dios; *Novi ego constantium Ambrosii, et quod nullo regis majestatis terrore legem divinam transgredietur.* (Hist. Eccles.)

Si ya viese por una parte el pecado, y por otra el infierno, dice S. Anselmo, y tuviese necesariamente que elegir una de las dos cosas, elegiría el infierno. Preferiría entrar puro de todo pecado en el infierno á ir al Cielo con la mancha del pecado; *Mallet purus á peccato gehennam intrare, quam peccati sordis pollutus colorum regna tenere.* (Lib. de Similib., c. CXC.)

2.º Evitar cuidadosamente el pecado...

Huid ante el pecado como ante la serpiente, dice el Espíritu Santo; porque, si os acercáis, os cogerá. Sus dientes son dientes de león que matan las almas; *Quasi á facie colubri fuge peccata; et si accesseris ad illa, suscipiet te dentes leonis, dentes ejus, interficientes animas hominum.* (Eccli. XI. 2, 3.)

Absteneos de toda apariencia de mal, dice el apóstol de las gentes: *Ab omni specie mala abstinete vos.* (I. Thess. v. 22.)

Si no aplastamos con el pie los pecados, nos derribarán; si no los reprimimos, harán pesar sobre nosotros su yugo; *Nisi calcati fuerint, conculcabunt nos; nisi prementur, opprimunt nos.* (Scrin. in Psal.)

3.º Orar.

Debemos decir con el Salmista: No entres, Señor, á juicio con tu siervo, pues ningún viviente será justo ante ti; *Non intres in iudicium cum servo tuo; quia non justificabilis in conspectu tuo omnis vivens.* (CXII. 2.) Venid, Dios mío, en auxilio mío; apresuraos, Señor, á socorrerme; *Deus, in adiutorium meum intende; Domine, ad adjuvandum me festina.* (Psal. LXXIX. 1.)

4.º Preferir la muerte á un solo pecado mortal.

Quando el arriño perseguido por los cazadores se encuentra ante un cenagoso pactano y no puede escapar á la muerte, si no lo atraviesa, prefiere dejarse matar, diciendo en cierto modo: Prefiero morir á ensuciarme; *Malo mori, quam sordari.* Tales palabras debieran ser la divisa de los cristianos...

Desde la más tierna edad, S. Luis rey de Francia aprendió de Blanca, su piadosa madre, á preferir la muerte antes que cometer el pecado mortal. (Hist. Eccles.)

San Edmundo, Arzobispo de Cantorbery, decía: Preferiría ser arrojado en un intenso brasero antes que cometer voluntariamente un solo pecado. (In ejus vita.)

Veid la conducta de José, de Susana, de Daniel y sus compañeros, del santo anciano Eleazar, etc...

Los mismos paganos confesaban que es mejor sufrir y morir que violar las leyes de la virtud; *Melius est mori, quam facere aliquid contra bonum virtutis.* Dichas palabras las atribuye Diógenes Laercio á Aristóteles. Aun cuando supiese que los hombres habían de ignorarlo y Dios pecdonaría, dice Séneca, no quisiera obrar mal, por lo indigno que es la falta tomada ea si misma; *Et si scirem homines ignoraturos et Deum ignosciturum, tamen peccare nolum, ob peccati turpitudinem.*

El pecado es una úlcera, una lepra, una choza empujonada, un monstruo en el mundo de las inteligencias, un crimen de lesa majestad divina; el lugar donde se alimenta el fuego del infierno, el producto de Satanás y el hijo de la muerte...

5.º Resardar la presencia de Dios.

Señor, dice el Salmista, habéis colocado nuestras iniquidades ante vos, y nuestra vida ha sido iluminada con el rayo de vuestro rostro: *Posuisti iniquitates nostras in conspectu tuo; seculum nostrum in illuminatione vultus tui.* (LXXXIX. 8). ¿Dónde iré para esconderme de vuestro espíritu? ¿Dónde iré para evitar vuestra presencia? *Quò ibo à spiritu tuo? et quò à facie tua fugiam?* (Psal. CXXXVIII. 7).

El casto José contestó á la infame Potifar que lo provocaba al crimen: ¿Cómo puedo yo cometer esta acción y pecar en presencia de mi Dios? *Quomodo possum hoc malum facere, et peccare in Deum meum?* (Gen. XXXIX. 9).

(Véase Presencia de Dios).



PECADO ORIGINAL.

Dios prescribió la circuncisión á Abraham á causa del pecado original y para borrar la mancha que imprime en el alma. (Gen. XVII. 10.)

La extirpación del pecado original es cierta.

El mismo Jesucristo se sometió á la circuncisión por humildad y por obediencia á la ley de Moisés; pero, exento de todo pecado é impecable por naturaleza, no la necesitaba. (Luc. II. 21.)

Jesucristo ha establecido el sacramento del Bautismo para borrar el pecado original...

Por un hombre, dice el gran apóstol, ha entrado el pecado en el mundo, y con el pecado la muerte; así es que la muerte ha pasado á todos los hombres por aquel en quien todos han pecado: *Per unum hominem peccatum in hunc mundum intravit, et per peccatum mors; et ita in omnes homines mors pertransiit, in quo omnes peccaverunt.* (Rom. v. 12.)

Todos, hasta los niños, han pecado; pero los niños no pueden tener pecado actual: es menester, por consiguiente, que nazcan con un pecado de origen contraído en Adán...

El Real Proteja confiesa el pecado original: Considerad, Señor, dice, considerad que he sido engendrado en la iniquidad y que mi madre me ha concebido en el pecado: *Ecce in iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea.* (L. 6.)

El pecado original es un dogma de fe...

Aunque separados del pueblo judío, los antiguos pueblos habían también conservado recuerdos de la caída del primer hombre y de la maldición divina, que cayó sobre su raza.

Por envidia de Satanás, dice la Sabiduría, la muerte ha entrado en el universo: *Invidia diaboli mors introiit in orbem terrarum.* (II. 24).—(Véase el capítulo III. del Génesis).

Causa del pecado original.

Aunque la desobediencia de Eva haya precedido á la de Adán, no deja de ser Adán la causa primera del pecado original, de sus consecuencias y propagación, así como es la causa primera de la generación. Porque es nuestra cábala, y en él habían sido colocadas la inocencia y la justicia originales. Esto hace probabilísimo el parecer de que, á pesar de la caída de Eva, no hubiera habido transmisión de la falta original, si Adán no hubiese pecado. Así opinan Santo Tomás y muchos teólogos.

Todos han pecado en Adán, dice S. Pablo (Rom. c. 12.); todos, porque, dice S. Agustín, todos los hombres han sido primariamente aquel solo hombre, es decir, Adán: *Quia omnes homines fuerunt ille unus homo, scilicet, Adam.* (Lib. de peccat. merit., c. X). Todos los hombres han sido aquel solo hombre por su origen; á todos los representó, contentándolos en germen... De la misma manera que el acto actual é el acto del pecado pasa, pero deja

Como se contrae el pecado original.

Señor, dice el Salmista, habéis colocado nuestras iniquidades ante vos, y nuestra vida ha sido iluminada con el rayo de vuestro rostro: *Posuisti iniquitates nostras in conspectu tuo; seculum nostrum in illuminatione vultus tui.* (LXXXIX. 8). ¿Dónde iré para esconderme de vuestro espíritu? ¿Dónde iré para evitar vuestra presencia? *Quò ibo à spiritu tuo? et quò à facie tua fugiam?* (Psal. CXXXVIII. 7).

El casto José contestó á la infame Potifar que lo provocaba al crimen: ¿Cómo puedo yo cometer esta acción y pecar en presencia de mi Dios? *Quomodo possum hoc malum facere, et peccare in Deum meum?* (Gen. XXXIX. 9).

(Véase Presencia de Dios).



PECADO ORIGINAL.

Los prescribió la circuncisión á Abraham á causa del pecado original y para borrar la mancha que imprime en el alma. (Gen. XVII. 10.)

La extirpación del pecado original es cierta.

El mismo Jesucristo se sometió á la circuncisión por humildad y por obediencia á la ley de Moisés; pero, exento de todo pecado é impecable por naturaleza, no la necesitaba. (Luc. II. 21.)

Jesucristo ha establecido el sacramento del Bautismo para borrar el pecado original...

Por un hombre, dice el gran apóstol, ha entrado el pecado en el mundo, y con el pecado la muerte; así es que la muerte ha pasado á todos los hombres por aquel en quien todos han pecado: *Per unum hominem peccatum in hunc mundum intravit, et per peccatum mors; et ita in omnes homines mors pertransiit, in quo omnes peccaverunt.* (Rom. v. 12.)

Todos, hasta los niños, han pecado; pero los niños no pueden tener pecado actual: es menester, por consiguiente, que nazcan con un pecado de origen contraído en Adán...

El Real Proteja confiesa el pecado original: Considerad, Señor, dice, considerad que he sido engendrado en la iniquidad y que mi madre me ha concebido en el pecado: *Ecce in iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea.* (L. 6.)

El pecado original es un dogma de fe...

Aunque separados del pueblo judío, los antiguos pueblos habían también conservado recuerdos de la caída del primer hombre y de la maldición divina, que cayó sobre su raza.

Por envidia de Satanás, dice la Sabiduría, la muerte ha entrado en el universo: *Invidia diaboli mors introiit in orbem terrarum.* (II. 24).—(Véase el capítulo III. del Génesis).

Causa del pecado original.

Aunque la desobediencia de Eva haya precedido á la de Adán, no deja de ser Adán la causa primera del pecado original, de sus consecuencias y propagación, así como es la causa primera de la generación. Porque es nuestra cábala, y en él habían sido colocadas la inocencia y la justicia originales. Esto hace probabilísimo el parecer de que, á pesar de la caída de Eva, no hubiera habido transmisión de la falta original, si Adán no hubiese pecado. Así opinan Santo Tomás y muchos teólogos.

Todos han pecado en Adán, dice S. Pablo (Rom. c. 12.); todos, porque, dice S. Agustín, todos los hombres han sido primariamente aquel solo hombre, es decir, Adán: *Quia omnes homines fuerunt ille unus homo, scilicet, Adam.* (Lib. de peccat. merit., c. X). Todos los hombres han sido aquel solo hombre por su origen; á todos los representó, contentándolos en germen... De la misma manera que el acto actual é el acto del pecado pasa, pero deja

Como se contrae el pecado original.

trás si el pecado habitual, es decir, una mancha en el alma, el pecado original, como acto de desobediencia de Adán, ha pasado; pero ha dejado á todos los hombres una mancha que cada cual trae al nacer. Es pecado actual y pecado habitual.

¿No vemos muchas veces que la deshonra y la mancha del padre pasa á los hijos, y el crimen de un príncipe se imputa á toda una nación?

Llevamos la pena de Adán, estando sujetos á la ignorancia, á la concupiscencia, á las enfermedades y á la muerte, etc...; nacemos pues culpables. Pues el hombre no ha salido con tales condiciones de las manos del Criador; todo lo que Dios había criado era perfecto, dice la Escritura: *Erunt valde bona.* (Gen. 1. 31).

La sangre de Adán ha sido infectada con su crimen, y como todos los hombres proceden de aquella sangre impura, todos nacen manchados con el pecado original...

La excepción hecha á favor de la Virgen inmaculada no destruye la ley general; no hay ley, por más general que sea, que no pueda tener excepciones. El soberano legislador tiene el derecho de dispensa. Con el derecho supremo que tiene sobre todas las criaturas, Dios colocó la voluntad de todos los hombres en la voluntad de Adán, á fin de que su posteridad tuviese que hacer lo mismo que él hiciera, ya bueno, ya malo. La voluntad de Adán ha sido pues la voluntad de toda su raza, Dios ha obrado así para que Adán fuese el tipo, ó mejor, si así podemos expresarnos, el antitipo de Jesucristo, cuya voluntad, satisfacción y méritos deben ser los nuestros. Pues, como dice S. Pablo, Jesucristo es para nosotros salvador procedente de Dios, justicia, y santificación, y redención: *Christus factus est nobis sapientia a Deo, et iustitia, et sanctificatio, et redemptio.* (1. Cor. 1. 30).

El pecado original, dice Tertuliano, ha producido nuestra debilidad, debilidad que no procede de la naturaleza: *Languiorem istum culpa meruit, natura non habuit.* (Pe. Penit., n. 5).

Por el pecado original, dice S. Próspero, el hombre perdió la ciencia del bien, la iniquidad aborreció la justicia, el orgullo destruyó la humildad, la concupiscencia atacó la continencia, la infidelidad arrojó fuera la fe, el cautiverio reinó en lugar de la libertad, y la virtud no pudo guardarse en un sitio invadido por tantos vicios. *Sententia.*

Vue en mis miembros, dice S. Pablo, otra ley que combata la ley de mi espíritu, y me cantiva con la ley del pecado, que está en mis miembros. ¡Recluido hombre soy! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (1).

No comprendo mis acciones, añade el Apóstol; no hago el bien, que quisiera; y sí el mal, que aborrezco. *Quod enim operor, non intelligo; non enim, quod volo, bonum, hoc ago; sed, quod odi, malum, illud facio.* (Rom. VII. 15).

Nosotros también, dice en otra parte, éramos ántes insensatos, incrédulos,

(1) Video aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meae, et captivum me in lege peccati, quae est in membris meis. Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis huius? (Rom. VII. 23-24).

dados al error, esclavos de nuestros deseos y de diversos deleites, obrando por malicia y por envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos á otros (1).

Vi á la derecha del que estaba sentado en el trono, dice S. Juan en el Apocalipsis, un libro escrito, sellado con siete sellos: *Vidi in dextera sedentis supra thronum librum scriptum, signatum sigillis septem.* (v. 1).

Muchos doctores piensan que aquel libro era el emblema de la culpa y de la pena del pecado de Adán, pecado con el cual Adán se ató y nos ató la venganza de Dios. Los siete sellos significan los siete males nacidos de aquel pecado, á saber: 1.º la ciencia de Dios...; 2.º la pena del daño...; 3.º la pena del fuego del infierno y de las aflicciones de la vida...; 4.º la necesidad de morir...; 5.º el yugo de Satanás...; 6.º el alejamiento de Dios y una violenta inclinación á las criaturas...; 7.º la concupiscencia y la ignorancia. Sólo Jesucristo pudo romper aquellos siete sellos, es decir, destruir aquellos siete males...

El cardenal Belarmino enumera diez castigos impuestos á la naturaleza humana por el pecado original: 1.º la ignorancia del alma; 2.º la perversidad de la voluntad; 3.º la concupiscencia; 4.º el trabajo y los dolores del cuerpo; 5.º la muerte; 6.º la ira de Dios; 7.º la esclavitud bajo el yugo del demonio; 8.º los procesos, las disputas, las sediciones y las guerras; 9.º la rebelión de los animales contra el hombre, y la guerra que le hacen; 10. todos los males previstos ó no previstos que al hombre sucedan, ya del Cielo, ya de la tierra ó del mar. (In Eccles.)

Deduzcamos de lo dicho lo que es el pecado, cuán terrible es y cuánta su malicia.

Pero, el Dios, castiga tanto en los niños el pecado de Adán, que ellos en cierto modo no han cometido; cómo castigará los pecados que voluntariamente cometemos? Si castiga tanto, ya en esta vida, en los inocentes niños, y áun más en los justos y Santos, una desobediencia de Adán cómo castigará tantas impurezas, tantos celos, blasfemias, escándalos, asesinatos y herejías como diariamente acumulan los grandes pecadores para el infierno?

Por el pecado de Adán el alma se vió degradada en su inteligencia, entregada á la ceguera y á la ignorancia; se vió degradada en su voluntad, que se aparta de Dios, y se siente atraída hacia los bienes perecederos; en su memoria, que olvida el bien y se acuerda del mal; en su sensibilidad, fogueada de varios temores y sobresaltos; y en el apetito irascible (2), por su debilidad y una multitud de concupiscencias.

(1) Eramus enim insensatos et nos incipientes, increduli, errantes, servientes desiderii et voluptatibus variis, in malitia et invidia agentes odibiles, odientes invicem. (Th. III. 3).

(2) El apetito irascible es la facultad con que el alma se inclina á vencer las dificultades que encuentra en ir en pos del bien y en huir del mal. Ordinariamente se opone al apetito concupiscible, que es el apetito que mueve el alma á buscar un bien sensible ó un objeto que le place.

PECADO VENIAL.

El que desprecia las faltas pequeñas se perderá insensiblemente: *Qui spernit modica, paulatim decidet.* (Eccli. XIX. 1). Si, dice S. Gregorio, si miramos con desdén las faltas pequeñas, seducidos poco á poco, acaláremos por caer andazmente en faltas mayores. Porque el que no cuida de llorar los pecados veniales que ha cometido y de evitarlos, decae del estado de justicia, no de repente, sino por grados é insensiblemente. Es menester advertir á los que están habituados al pecado venial que consisten mucho que á veces una caída ligera perjudica en cierto modo más que una falta grave; porque una falta grave se nota más pronto, y más pronto se lleva; pero no se tiene en cuenta una falta ligera; y es tanto más peligrosa, cuanto se comete sin escrúpulo. Sucede muchas veces que el alma acostumbrada á las faltas ligeras acaba por no horrorizarse de las faltas graves; corrompida por sus numerosas infracciones, llega á tal punto de atreimiento, desprecio y malicia, que no teme ya los pecados mortales, porque ha aprendido á cometer sin temor los pecados veniales. (Lib. N. Moral. t. XIX.)

Habia en Betánia cierto Lázaro que se hallaba en un estado de languidez. Sus hermanas enviaron á decir á Jesús: Señor, ved que aquel á quien amais está enfermo. A aquella noticia, Jesús respondió: La tal enfermedad no es para llevar á la muerte... Y permaneció dos días en el mismo lugar. Luego dijo á sus discípulos: Vamos de nuevo á Judaea... Jesús llegó pues, y encontró que Lázaro estaba en la tumba hacía ya cuatro días. Y dijo: ¿Dónde le habeis puesto? Los que allí se encontraban respondieron: Venid y ved. Jesús fué al sepulcro: era una cueva cuya entrada la cerraba una piedra. Y Jesús dijo: Quitad la piedra. Marta, hermana de Lázaro, replicó: Señor, desde ya mal olor...

Este relato es el cuadro de la vida y de la caída definitiva del hombre que no evita cuidadosamente el pecado venial. 1.º No experimenta desde luego más que una languidez del alma... 2.º Aquella languidez se agrava y se convierte en enfermedad... 3.º Caen en un sueño letárgico, es decir, en la indiferencia por su estado... 4.º La muerte, ó el pecado mortal llega... 5.º Luego viene la putrefacción, ó sea la corrupción del corazón.

Una falta, dice S. Bernardo, es pareca á primera vista insustible, luego la juzgas ménos grave, ó apenas no la sentis ya, y al fin llega á ser para vosotros un objeto de deleite: *Primum aliquid videtur tibi importabile; judicatis non adeo grave; nec senties, paulo post etiam delectabit.* (Serm. in Cant.)

Basta una chispa para producir un gran incendio...

Es menester, dice S. Cipriano, es menester correr, no digo las puertas, sino hasta las más pequeñas aberturas, no sea que el enemigo penetre en el campo por una rendija. Todo el perímetro de una ciudad debe fortificarse para

que no sucumba enteramente por un lugar débil; pues dice Salomon que el que desprecia las cosas pequeñas se perderá poco á poco (1).

¿No sabeis que un pedacito de levadura ha de fermentar toda la masa? dice San Pablo: *Nescitis quia modicum fermentum totam massam corrumpit?* (I. Cor. v. 6.)

El que no evita los pecados veniales, dice S. Isidoro, se expone á caer en los mayores crímenes; porque el pecado venial engendra, por decirlo así, el pecado mortal. Los vicios crecen pronto y sin que lo notemos: si nó se hace caso del pecado venial, pronto llegará el pecado mortal. Evad, pues, cuidadosamente el uno para preservarnos por completo del otro. (*De Norma bene vivendi.*)

El alma consagrada á Jesucristo, dice S. Jerónimo, fija su atención lo mismo en las faltas pequeñas que en las graves; porque sabe que se habrá de dar cuenta hasta de una palabra inútil: *Mens Christo dedita, et in majoribus, et in minoribus intenta est, vivens etiam pro otioso verbo reddendam esse rationem.* (Ad Heliodorum.)

No podéis dejar de hacer caso de vuestras culpas, so pretexto de que sean leves, dice S. Agustín; porque las gotas de agua acaban por llenar los ríos, y por arrastrar las rocas y los árboles con sus raíces: *Non despicere peccata tua, quia parva sunt; nam etiam pluviarum gutte flumina complent, et molia trahunt, et arbores cum suis radicibus tollunt.* (Serm. LXIV. de Temp.)

El alma consagrada á Dios, dice S. Bernardo, debe evitar con tanto cuidado los pecados más leves como los más graves; porque los que caen en los mayores excesos comienzan por pequeñas infracciones: *Mens Deo dicata, sic cavent minora vitia, ut majora; quia á minimis incipiunt, qui in maxima prorumpunt.* (Serm. in Cant.)

Nada llega á ser un gran criminal repentinamente...

¿Qué más da, dice S. Agustín, qué más da que el empuje de una ola terrible estrelle el buque y lo eche á pique, ó que, penetrando el agua insensiblemente en la cala, sin impedirlo el descuido de los marineros, llene el buque y lo sumerja! En uno y otro caso, ¿no se verifica igualmente el naufragio? (2).

Las consecuencias del pecado venial son funestas; porque, 1.º, si este pecado no destierra á Dios del corazón, estriniece al Espíritu Santo, que habita en nosotros; y dar que sentir á un amigo que viene á visitarnos, es darle á entender que puede retirarse, y que podemos pasar sin su presencia... 2.º Dificulta la abundancia de las gracias... 3.º Disminuye en el alma el fuego del amor divino... 4.º La precipita en el fatal estado de tibieza; estado peligrosísima, puesto que el Señor dice en el Apocalipsis: ¡Ojalá estuvieses frío ó caliente! Pues, ya que eres tibio, y mi frío ni caliente, te arrojare de mi boca: *Ultimum frigidus esset, aut calidus; sed, quia tepidus es, et nec frigidus,*

(1) Omnia rima, no dicam verbo, claudenda ante, ne per ansum locorum castra omnia penetrant; et universa sunt componenda munimeto, ne per abditum non munitum tota civitas ruat; sicut Salomon respicit, dicens: Qui spernit modica, paulatim decidet. (Serm. in Ecclesi.)

(2) Quis interest ad naufragium, utrum uno grandi fluctu navis aperitur et obruitur; an paulatim subrepens aqua in sentinum, et per negligentiam derelicta atque contempta, implicat navem aliquo submergat? (Epiat. LVIII. ad Sacerdotes.)

nee calidus, incipiam te evomere ex ore meo. (III. 15-16.) 5.º El pecado venial priva de varios favores que Jesucristo concede ordinariamente á las almas vigilantes y fieles, como son los consuelos sensibles, la paz del corazón, etc... 6.º Debilita las fuerzas del alma, aumenta las pasiones, y las fortifica. Y de allí resulta que si se presenta una tentación violenta ó una ocasión seductora, abatido el hombre por las numerosas heridas que le ha cansado el pecado venial, no tiene fuerzas para resistir, consiente y sucumbe, y como dicen los Cantares: *Las rampagas devastan las viñas: Vulpes demoluntur vineta.* (II. 15.) 7.º Ante la negligencia y el desprecio de las pequeñas faltas, el demonio llega á ser más poderoso y atrevido para solicitar á los hombres y hacerles caer en pecado mortal. Y, por el contrario, el que trata de evitar las faltas veniales, presenta dificultades al demonio, y es muy difícil que sea vencido y pierda la vida del alma con el pecado mortal.

Me atrevo á adelantar algo admirable, dice S. Crisóstomo, algo que todavía no se ha oído decir; y es que me parece que no se deben evitar con tanto cuidado los pecados mortales como los veniales. En efecto; la naturaleza misma nos inclina á horrorizarnos de los grandes excesos; mientras que no hace caso de las faltas leves, bajo el pretexto de que no intentan. Tal descuido y negligencia quitan pronto al alma la generosidad y la fuerza necesarias para no cometerlas, y á consecuencia de las heridas que causan al alma, viene la muerte. Por este camino venis producirse todas las grandes iniquidades, porque ningún hombre cae de repente á las últimas profundidades del mal y al fondo del abismo. El alma tiene cierta vergüenza y cierto pudor natural de que no puede desprenderse en seguida; pero lo hace gradualmente, poco á poca. (*Homil. LXXXVII. in Matth.*)

Malleja del pecado venial.

Las siguientes consideraciones ayudarán á comprender cuánta es la malleja del pecado venial. 1.º El pecado venial, lo mismo que el mortal, es una desobediencia á Dios... Ensierra igualmente cierto desprecio de Dios y de su santa ley... 2.º Después del pecado mortal, es el mayor de los males; y, según los santos Padres y los teólogos, todos los méritos de los apóstoles, de los mártires, de los Santos y de los ángeles, y hasta de la augusta Madre de Dios, no bastarían para borrar un solo pecado venial y reparar la injuria que hace á Dios: son necesarios los méritos de Jesucristo... 3.º El pecado venial es el mal de Dios. Y de ahí se deduce que, siendo la gloria y el honor á Dios debidos infinitamente superiores á cuanto atañe á las criaturas, hasta á las más nobles y perfectas, no sería permitido cometer un pecado venial ni aun para evitarles los mayores males ó proporcionarles los mayores bienes...

Muy bien dice Salvo: Nada hay leve en las cosas que hieren á Dios. *Nihil leve aestimetur, quo laeditur Deus.* (Lib. VI.)

Todos los pecados atacan y ofenden á Dios; y la falta más ligera contra aquel soberano dueño de un mal mayor que todos los males que podrían atañer á las criaturas. El pecado venial es una mancha para el alma, al paso que los otros males, cualesquiera que sean, no son más que la pena ó el castigo del pecado...

San Agustín declara que no sería permitido decir una ligera mentira para salvar á todos los réprobos, porque la mentira es el mal de Dios, mientras

que el suplicio de los réprobos no es más que el mal del hombre. Y, no siendo los mayores males del hombre más que el mal de la criatura, pura nada, no son tan grandes como la menor ofensa á Dios, ofensa que ataca á una majestad infinita. (*Lib. Confes.*)

Los mismos paganos comprendieron que no es cosa indiferente en sí preservarse de las faltas ligeras. No es, dice Plutarco, no es una prueba mediana de que progresamos en virtud; si tratamos de evitar las más pequeñas faltas. Oír así es probar que hemos adquirido ya méritos que queremos conservar intactos. (*De Profectu virtutum.*)

Ni aun el hombre justo está libre de caídas leves; pero las deplora y repara, dicen los Proverbios: *Septies cadet justus, et resurget.* (XXIV. 16). Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos á nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros, dice el apóstol S. Juan: *Si dixerimus quoniam peccatum non habemus, ipsi nos seducimus, et veritas in nobis non est.* (I. 1. 8). Todos fallamos en muchas cosas, dice el apóstol Santiago: *In multis offendimus omnes.* (III. 2). Sólo es propio de Dios el no cometer falta alguna, dice Clemente de Alejandría: *Nihil omnino peccare, proprium est Dei.* (Lib. I. Paflag., c. II).

Hemos de procurar cuidadosamente no caer, y volvernos á levantar después de nuestras caídas...

Nada puede darnos mejor á conocer cuán grave mal es el pecado venial, que los castigos impuestos por Dios en esta vida y después de la muerte. Los sagrados libros nos ofrecen numerosos ejemplos. Moisés fué excluido de la tierra prometida en castigo de una ligera duda sobre la omnipotencia de Dios... David vió nacer á setenta mil de sus súbditos en castigo de una falta de vanidad... Los bethsamitas, por haber mirado con curiosidad el arca, y Osa, por haberla tocado, quedaron heridos de muerte. Por una mentira, Ananías y su esposa tuvieron la misma suerte. Dios castiga muchas veces con enfermedades y otras aflicciones temporales, faltas que no son más que veniales; y las castiga también con penas interiores mucho más rigorosas, tales como la sequedad de la oración, el disgusto por los ejercicios de piedad, las tentaciones contra la fe y la pureza, la falta de ánimo, y hasta la desesperación, y otras penas interiores, tan difíciles de sufrir muchas veces, que los que las experimentan se ven expuestos á abandonar el servicio de Dios, y por consiguiente á perderse...

En el otro mundo, Dios castiga el pecado venial con el purgatorio...

Cuántos pecados veniales se cometen.

UNIVERSIDAD AVILA

UNIVERSIDAD AVILA

DIC

UNIVERSIDAD AVILA

UNIVERSIDAD AVILA

UNIVERSIDAD AVILA

UNIVERSIDAD AVILA

®

PECADOR.

El pecador, como el agua, dice S. Cipriano, no puede ir unida á la dulzura, ni las tinieblas á la luz, ni la lluvia á un tiempo sereno ni la guerra á la paz, ni la esterilidad á la fecundidad, ni la sequía á la humedad, ni la tempestad á la calma: el pecador, pues, no puede tampoco ir unido á Dios y á su gracia. (Lib. I. Epist. VIII).

Nadie puede servir á dos amos, dijo Jesucristo: *Nemo potest duobus dominis servire.* (Matth. VI. 24). ¿Qué alianza puede existir entre Cristo y Belial? dice el Apóstol: *Que conventio Christi et Belial?* (II. Cor. VI. 15).

El pecador es quien primero rompe toda comunicacion con Dios, y sólo á consecuencia de tal abandono, Dios se aleja. El pecador dice á Dios: Retírate de mí, no quiero conocer tus sendas: *Dixerunt Deo: Recede a nobis: scien tiam viarum tuarum nolumus.* (Job. XXI. 14). Y como los judíos, exclaman: No quiero que Jesucristo reine en mí: *Nolumus hunc regnare super nos.* (Luc. XIX. 14). No lo queremos á él, sino á Satanás: *Non hunc, sed Barabham.* (Johan. XVIII. 40).

A no ser que se le abandone, Dios no abandona á nadie, dice S. Agustín, y atrae á sí á muchos desertores: *Qui mihi prius deseratur, neminem deserit, et multos desertores ad se convertit.* (In Psal.).

Con justicia es abandonado por Dios el que le abandona, dice S. Fulgencio: *Iuste deseritur a Deo, qui deserit Deum.* (Epist. VI).

Habiendo Oseas tomado esposa por mandato expreso del Señor, recibió orden de dar nombres proféticos á cada uno de sus hijos. El tercero fué llamado No mi pueblo; pues Dios dijo: No sois ya mi pueblo, y no seré ya vuestro Dios: *Pona nomen ejus: «Non populus meus,» quia vos non populus meus, et ego non ero vester.* (I. 9).

Lo que el Señor dice del pueblo de Israel se aplica principalmente al grande y desgraciado pueblo que forman los pecadores reunidos.

En el Cielo, los ángeles y los Santos; en el mundo, el sol, la luna, las estrellas, la tierra, los mares y todas las criaturas; en el infierno, los réprobos y los mismos demonios obedecen y obedecerán eternamente á Dios: sólo el pecador le desobedece. Los seres desprovistos de razon obedecen: y el pecador, que tiene la razon por dote, se niega á la obediencia. ¡O rebelion detestable y criminal!...

Pues qué! exclama S. Agustín; tú, hombre, que mandas á la criatura, le niegas á servir al Creador! ¡Ejerces dominio, y no quieres acatar al dueño de todo! Toma la paciencia del Señor, si no quieres experimentar la severidad de sus juicios (1).

(1) Qui creaturam impetra, Creatori non servit. Qui dominatum exercet, et Dominum non agnoscit. Time Dominum patientem, ne se verum sentias justissem. (Socient.)

Pecadores, habeis roto mi yugo, dice el Señor por boca de Jeremías; habeis roto los lazos que á mí os unian, y habeis dicho: No servirá: *Confregisti jugum meum, rupisti vincula mea, et dixisti: Non serviam.* (II. 20).

No han querido dar oido á mis palabras, añade el Señor; y han seguido á dioses extraños para servirles: *Noluerunt audire verba mea; abierunt post deos alienos, ut servirent eis.* (Jerem. XI. 10).

Jonás desobedece á Dios; se levanta para huir de la presencia del Señor: *Et resurrexit Jonas, ut fugeret a facie Domini.* (I. 3).

Aquí, dice S. Crisóstomo, Jonás es la figura de los pecadores, que, parecidos á hambres éurios, no atienden á dónde van, ni á dónde ponen el pié; sino que, siguiendo sus pasiones, se pierden por su propia locura y desobediencia. (Homil. ad pop.)

Hijos crúe y engrandeci, dice el Señor por boca de Isaías; pero ellos me despreciaron: *Filios exultivi, et exaltavi; ipsi autem spercerunt me.* (I. 2). Preferris, ó pecadores, la criatura al Criador, la nada á Dios, el vicio á la virtud, y el infierno al Cielo... ¿Podeis manifestar al Señor más profundo desprecio?...

Considerad, pecadores, las palabras de Jesucristo á Saulo, enemigo del Salvador y de la Iglesia: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Saulo, Saulo, quid me persequeris?* (Act. IX. 4).

¿Por qué me persigues para darme la muerte á mí, cuando os persigo para daros la vida? Soy dulce, bueno y misericordioso; no os he hecho daño alguno; jamás os he ofendido. ¿Por qué me tratáis como á un enemigo? Soy vuestro Criador... vuestro bienhechor... vuestro amigo... vuestro padre... Os he inscrito en mis manos y en mi corazón... ¿Por qué me persigues? *Quid me persequeris?*... Por vosotros bajé á la tierra, y me hice hombre; por vosotros nací en un establo, sufrí y trabajé durante treinta y tres años; pasé la agonía en el huerto de los Olivos, sufrí en Jerusalem mil diversos ultrajes, sufrí al Calvario, y morí en una cruz... ¿Por qué me persigues? *Quid me persequeris?* ¿No os he colmado de bienes temporales y espirituales?... ¿No os he prometido mi eterno reino y mi gloria?... ¿Por qué me persigues? *Quid me persequeris?*...

El hijo prodigo partió para un país extranjero y lejano, y disipó su hacienda en una vida de excesos y de orgías: *Peregre profectus est in regionem longinquam, et ibi dissipavit substantiam suam, vivendo luxuriose.* (Luc. XV. 13). Así se conduce el pecador: disipa todos los dones de la naturaleza y de la gracia que se le han concedido...; pierde la gracia de Dios, la caridad y todas las virtudes... su alma y sus nobles facultades... De tal manera se embota su inteligencia, que no conoce ya á Dios, ni la hermosura y las riquezas de la virtud, ni la infamia del vicio. Su memoria se debilita, y no recuerda ya la ley de Dios, los beneficios que de su Criador ha recibido, ni sus propios deberes... Su voluntad se malea hasta el punto de llegar á preferir la criatura al Criador, el Demonio á Dios, y el infierno al Cielo... Todas las fuerzas de su alma y de su cuerpo, que debieran estar consagradas al servicio del Criador, las emplea en

El pecador desprecia á Dios.

El pecador disipa todos los dones de Dios.

servicio de la criatura, de sus pasiones y orgías... Todos los días malgasta los preciosos dones que recibió en el Bautismo, profana la nobleza de su alma, y destruye su idoneidad para las virtudes....

El pecador vive en la penuria, en el hambre.

Después de haber el pródigo malgastado todos sus bienes, y en circunstancia en que reinaba mucha escasez en el país en que vivía, sintió la necesidad. Marchándose, pues, se puso al servicio de un amo que le mandó á su casa de labranza para guardar cerdos. Y deseaba satisfacer su hambre con las bellotas que comían aquellos animales; pero nadie le daba: *Cupiebat implere ventrem suum de siliquis, quas porci manducabant; et nemo illi dabat.* (Luc. XV. 14-16). Justo castigo del pródigo y del pecador que le imita. Consumió localmente su patrimonio con compañeros tan disolutos como él; y en castigo, cuando muere de hambre, no encuentra quien quiera darle una pequeña parte de la comida destinada á animales inmundos...

Oigamos á S. Crisóstomo: El discípulo fasto del hijo pródigo, dice, tuvo por castigo el hambre, de modo que el castigo vengador fué muy adecuado á la falta cometida. Pero ¿qué cruel fué el servicio que se vió obligado á prestar! Ni siquiera se le permitía cochar con los animales que cuidaba (1). Lo sucedido al hijo pródigo es la figura del triste estado en que acaban por verse reducidos todos los pecadores, y sobre todo los impudicos...

El pecador queda despojado del adorno de las virtudes y de la gracia. Pierde la gloria que debían proporcionarle y la herencia de los Cielos...

El pecador cae en la esclavitud y en la degradación.

Me he sumergido en el ciano del alismo, y se escurre debajo de mis plantas, puede decir el pecador con el Salomista: *Infixus sum in limo profundi, et non est substantia.* (LXVIII. 2). He bogado por el envenenado mar de los males, y la tormenta de las pasiones me ha sumergido: *Veni in altitudinem maris, et tempestas deneravit me.* (Psal. LXVIII. 2).

El Señor humilla á los pecadores hasta el polvo: *Humilians peccatores usque ad terram.* (Psal. CXLVI. 6).

Considerad, dice S. Paulino de Nola á Severo, considerad la existencia de los pecadores; y vereis que son semejantes á la bestia de carga que con una venda en los ojos dá vueltas á una noria de un molino. Ciegos por la impureza de su vida y los extráneos de sus sentidos, ya no ven nada, y se resuelven sin cesar y con espantoso trabajo en el oficio de sus vicios, arrastrando el peso del pecado y sin poder llegar á quebrantar la cadena que les sujeta á aquella muela de que se valen para destrozar su inocencia, su alma, su corazón, sus virtudes y la corona que les estaba destinada en la eternidad. Aquella muela tiene un peso incalculable, porque está construida con sus iniquidades... Los pecadores pueden también compararse á caballos destinados á arrastrar á Satanás y todo el infierno... (Epiet.)

San Jerónimo llama á los pecadores caálveres animados por los espíritus infernales. (Epiet.)

(1) *Luxuriosus famas lektor opponitur, ut ibi ultix panis carnis, ubi ponalis reator exccerat. Quam crudele ministerium quia neque convivit porcis, qui sicut porcis. (In Luc. c. XV.)*

La Sagrada Escritura habla muchas veces de la horrible esclavitud á que se ven reducidos los pecadores. El impio, dicen los Proverbios, queda envuelto en sus iniquidades como en una red; está ligado por sus pecados como con cuerdas: *Iniquitates sue captant impium, et funibus peccatorum suorum constrigitur.* (v. 22). El que se abandona al placer, se anticipa, ignorando que le llevan al cautiverio: *Ignorans quod ad vincula stultus trahatur.* (Prov. VII. 22). Todos los pecadores estan atados con una cadena de tinieblas, dice la Sabiduría: *Una catena tenebrarum omnes erant colligiti.* (VII. 17).

Los pecadores son esclavos del demonio..., esclavos de sus pasiones y de sus iniquidades..., esclavos de la muerte... Pecando, el hombre que antes ejercía cierto imperio sobre el mismo Dios, llega á ser esclavo del infierno y de todas las criaturas, hasta las más débiles...

Nada es tan débil como el pecador, ni fuerte como el justo. Véase por qué razones: 1.º La concupiscencia y las pasiones que conducen al pecado ablandan el espíritu y aminoran el corazón; pero, triunfando de ellas, la virtud hace que el espíritu y el corazón sean fuertes y enérgicos. 2.º Los remordimientos roen al pecador y le absten; al paso que la tranquilidad de conciencia del justo le sostiene y le da una fuerza inquebrantable. 3.º El pecador no tiene la gracia de Dios; en tanto que el justo la posee; así pues, la gracia es omnipotente; por ella pueden llevarse á cabo las más difíciles empresas, las obras más heroicas. Véanse los apóstoles, los mártires, los misioneros, las vírgenes, etc. Sin la gracia, por el contrario, ningún bien puede hacerse. El justo y magnánimo está lleno de confianza; el pecador es pusilánime, tímido y titubea. Temiendo comprometer su fortuna, su reputación ó su vida, el pecador es infiel á su fe, y comete crímenes que le hacen perder el Cielo y la eterna felicidad; el justo, por el contrario, no teme más que lo que debe temerse, y desprecia todo lo demás...

¿Cuánta no fué la debilidad de los judíos! Así que sufrían alguna prueba, murmuraban, blasfemaban... Y lo mismo sucede á todos los pecadores. ¿Dónde han de hallar la fuerza necesaria para cumplir acciones grandes y santas...

Ellos, dice Hugo de S. Victor, no conocen mortificación de la carne, lágrimas de compunción, ni serenidad de conciencia. No tienen ya el conocimiento de sí mismos, el celo por la justicia, el fervor de la sabiduría, el buen olor de la misericordia, la dulzura de la contemplación, la suavidad de los bienes eternos, la práctica de la penitencia, el desprecio por las cosas perecederas, el consuelo de la caridad fraternal, la sed y el deseo de las recompensas celestiales, ni el amor del bien. (Lib. de Anima). Reducidos á sus propias fuerzas, que no son más que debilidad, son incapaces de toda acción sobrenatural. Só parecen á las hojas de olivo, que la sávia ya no alimenta, y que los vientos desprenden fácilmente de las ramas para dispersarlas á una y á otra parte.

El que ama la iniquidad, tiene odio á su alma, dice el Profeta Rey: *Qui diligit iniquitatem, odit animam suam.* (X. 6.) Preciso es que no pueda sufrirla, ya que nunca piensa en ella, no la alimenta, no la visita, no le habla, no la visita y no emplea médico ni remedio para curarla, estando como está enferma y agonizante... Preciso es que la deteste, puesto que la vende por nada, por

El pecador es la debilidad misma.

El pecador tiene odio á su alma.

un vil placer, per una vergüenza... Preciso es que la aborrezca, puesto que la priva de toda libertad, de toda paz, de todo consuelo, de toda dicha, la entrega á sus enemigos, y le da la muerte...

El pecador es pasto del demonio.

San Agustín dice que, cuando se sentenció al demonio á comer tierra, se adquirió también al pecador que era tierra y que pararía en tierra. Es, pues, evidente que el pecador está destinado á ser pasto del demonio. No seamos tierra, si no queremos ser devorados por la serpiente que sedujo á Eva (1). El demonio se alimenta con los pecadores como un manjar exquisito... El hombre que por imprudencia, ceguedad ó furor, desea, busca, abraza las cosas que nada valen, en vez de las cosas grandes; el que prefiere los bienes frágiles á los bienes sólidos, lo que pasa á lo que es eterno, el delicto á la pureza, la tierra al Cielo, la carne al espíritu; etc., no tiene corazón. Venus, Mammon, Baco, etc., es decir el demonio del deleite, de la avaricia, de la gula, se lo han devorado...

El pecador es ciencia anticrista.

Hablando de los pecadores, dice el apóstol S. Juan: Y ahora muchos se han convertido en anticristos: *Et nunc anticristi multi facti sunt.* (I. II. 18.)

¿Qué hace, en efecto, el pecador? El Salmista lo dice en dos palabras: El pecador ha irritado á Dios; *Exacerbavit Dominum peccator.* (X. 4.) Ha combatido contra el Señor. No es este el papel que debe representar el anticristo?... Por anticristo, no solo entiendo S. Agustín el gran enemigo que luchará contra Dios en los últimos tiempos, sino toda la multitud de ímpios opuestos á Jesucristo. (*In Epist. S. Joann.*)

Sin embargo, es cierto, es de lo que habrá un ser verdadero Anticristo.

La vida del pecador es deleznable.

Hay pecadores tan corrompidos y culpables, que no parecen enteramente más que instrumentos del pecado; no hay iniquidades que no cometan, y están reputados en el crimen como el rico en el infierno: *Sepultus est in inferno.* (Luc. XVI. 22.) Puede decirse de ellos que están vendidos bajo el pecado, según la expresión de S. Pablo: *Venditatus sub peccato.* (Rom. VII. 14.) El gran apóstol los pinta del modo siguiente: Habrá hombres que se amarán á sí mismos, ávidos, arrogantes, soberbios, hacedores, rebeldes á sus padres, ingratos, manchados de crímenes, insensibles, implacables, detractores, disolutos, feroces, enemigos de los buenos, traidores, insolentes, inclinados de orgullo, amantes del deleite y enemigos de la virtud (2).

San Pedro llama al pecador, y sobre todo al pecador incorregible, animal inmundo que se deleita en el cieno: *Sus lota in volutabro lutis.* (II. II. 22.)

Los pecadores, dicen los Proverbios, abandonan el camino recto, y emprenden caminos tenebrosos. (II. 13.) Se alegran cuando han obrado mal, y

(1) Quomodo distans est diabolo Terram mundantibus, dictum est: pascebatque Terra es, et in terram hinc. Datus est ergo in cibum diabolo peccator. Non solum terra, si solum mundantur á serpente. (Lib. I. de Agone christianorum. c. II.)

(2) Erunt homines seipsum amantes, cupidi, elati, superbi, irascibiles, parentibus non obediētes, ingrati, scelesti, sine affectione, sine pace, criminatores, incontinentes, inimici, sine benignitate, proditores, perituri, tumidi et voluptuosi amatores, virtutem abnegantes. (I. Tim. III. 2-5.)

se estremeten de alegría en los actos más culpables: *Lactantur, cum malefecerint, et exultant in rebus pessimis.* (Ibid. II. 14.) Sus caminos son perversos, é inflama su conducta: *Quorum via perversa sunt, et infamex grates eorum.* (Ibid. II. 15.)

¿Qué puedo querer y perseguir un corazón malo, corrompido, depravado, marchito, habitado por el demonio, sino el mal y la infamia? Una fuente de aguas amargas, ¿puede acaso dar más que amargura?...

La vía perversa del pecador es una vía extraña: *Perverso via viri aliena est.* (Prov. XXI. 8.) Es extraña: 1.º á la justicia, es decir, á lo que la sana razón tiene por recto, probó y honrado. Por consiguiente es extraña, 2.º, á la dignidad del hombre, que consiste en la rectitud de la razón y en la pureza de la conciencia. El hombre verdaderamente digno de tal nombre consulta estos gnius; se guarda de vivir y obrar como los irracionales; huye del mal, que no es más que una contradicción entre la obra ó la acción y la naturaleza razonable. El obrar mal solo es propio del irracional, que no está dirigido por la razón, sino por el capricho ó la concupiscencia. 3.º La vía del perverso es extraña á Dios; porque Dios ha puesto en el hombre el juicio y la recta razón á fin de que predominase su influjo en todas las cosas. 4.º La vía de los pecadores es extraña á la sociedad y al modo de vivir de los hombres racionales que obedecen á la rectitud y á la equidad. 5.º Es extraña para sí misma; porque el hombre que pervierte sus vías se aleja de sí mismo, y se pone en oposición con las leyes de su existencia. En efecto; vivir según Dios y la razón, es propio del hombre; y el que vive según Dios, vive siempre según la razón y la conciencia. El que vive, por el contrario, en pugna con la razón ilustrada por Dios, toma un camino extraño á la naturaleza humana.

Hay tres cosas muy malas, dice S. Agustín: el alma del pecador que persevera en el pecado, los ángeles caídos que la guían, y el infierno, á donde va. Nada es igual á estos tres males. Pero hay tres cosas incomparablemente buenas, el alma fiel que persevera en el bien, los santos ángeles que la guían, y el Cielo, á donde se dirige. *De Salvatore. document., (c. XLIX.)*

Pecador, dice el profeta Baruch, habitas la tierra de tus enemigos, una tierra extraña; te has manchado con los muertos según Dios; has llegado á ser semejante á los que bajan al abismo. Has abandonado la fuente de la sabiduría: *In terra inimicorum es, in terra aliena; coisquinatus es cum mortuis; deputatus es cum descenditibus in infernum. Dereliquisti fontem sapientie.* (III. 10-12.)

La memoria de los pecadores ha perecido estropeadamente, dice el Salmista: *Perivit memoria eorum cum sonitu.* (IX. 7). Los que me desprecian, serán despreciables, dice el Señor: *Qui contemnunt me erunt ignobiles.* (I. Reg. II. 30.)

La reputación del pecador, y sobre todo del pecador escandaloso, es abominable durante su vida, en su muerte y después de su muerte...

Comentando el pasaje de la historia del pródigo que dice: «Su amo le envió al campo á cuidar una manada de puercos,» S. Crisóstomo escribe: ¡Ved en esto la espantosa metamorfosis que sufre el pecador, y el justo castigo de la loca libertad que se ha dado! El que no quiso obedecer al mejor de los padres,

la memoria del pecador es execrable.

El pecador es castigado por lo que peca.

se va obligado á hacerse esclavo de un extraño; el que no quiso servir á Dios, se va obligado á servir al demonio; el que no quiso servir á la casa paterna, es enviado á un monte salvaje para sufrir allí toda clase de privaciones; el que no quiso permanecer en compañía de sus hermanos y de príncipes iguales suyos, se ve reducido á ser compañero y criado de los puercos; el que no quiso nutrirse con el pan de los ángeles, aguijoneado por el hambre, pudo saciarse con las sobras de aquellos viles animales. (In Luc. c. XV).

¡Qué horrible cambio!...

El pecador es el instrumento de su condenación. Jesucristo, dice el apóstol de las gentes, ha borrado la firma de la condenación fulminada contra nosotros; *Delent, quod adversus nos erat, chirographum decreti, quod erat contrarium nobis.* (Colos. II. 14).

Esa firma de condenación, dice Orígenes, es la firma con que el pecador reconoce sus pecados; porque el que peca escribe por sí mismo su pecado, y acepta la responsabilidad que cabe. (Hoinf. XIII. in Genes.)

Muy desgraciado es el pecador. No hay, dice S. Agustín, no hay nada más desdichado que el goce de los pecadores; goce que mantiene su impiedad, principio de castigo, y fortifica en ellos la voluntad perversa, que es el enemigo interior: *Nihil est infelicitas felicitate peccantium, qua potius nutritur impietas, et mala voluntas velut hauris interior laboratur.* (Sentent. XLII).

En su caridad sin límites, S. Pablo no cesaba de lamentar el finesto porvenir de los pecadores. Escondíalle: Muchas veces os lo he dicho, y os lo vuelvo á repetir con lágrimas: Muchos profeten como enemigos de la cruz de Cristo, muchos que tendrán por fin la perdición, y cuyo Dios es el vientre; se glorían de su propia vergüenza, y sólo encuentran placer en las cosas de la tierra (1).

Todos los hombres, es verdad, nacen en la desgracia; pero sólo los pecadores viven y mueren desgraciados...

Desgraciados son los que rechazan la sabiduría y la disciplina, dice el Espíritu Santo: su esperanza no tiene fundamento, sus trabajos son infructuosos, ó inútiles sus obras: *Sapientiam et disciplinam qui obicit, infelix est, et vacua est spes illorum, et labor sine fructu, et inutilis opera eorum.* (Sap. III. 11).

¡Cuán digno de lástima, dice S. Bernardo, cuán digno de lástima es el pecador, cuando mira el Cielo, mansión de la luz increada, de las divinas alabanzas, de las sublimes glorias y de las gracias infinitas! Y ¡cuánto más desgraciado es todavía cuando fija sus ojos en la tierra y ve las almas hervientes, sólidas en la fe, grandes en la esperanza, bellas en la caridad, fecundas en virtudes y en buenas obras, sobre las cuales bajan el rocío del Cielo y las bendiciones del Señor! ¡Con qué amargura, con qué pesar y remordimientos verá él, que está tan ávido de gloria y de vanidad, aquellas almas tan puras, tan honradas, tan ricas y felices; en tanto que, sumergidos en la esterilidad, en

(1) Multi ambulanti, quos esse dicebam vobis, nunc et fides dico, inimicos crucis Christi, quorum finis infernalis, quorum Deus venter est, et gloria in confusione ipsorum, qui terram sapiunt. (Philipp. III. 18-19).

las tinieblas y en el hambre de todo bien, él y los que su ejemplo siguen son el oprobio de los hombres, de los ángeles y de Dios! (Serm. in Cant.)

La prosperidad misma de los pecadores hace su desgracia, puesto que los ciegos y los que pierden, dicen los Proverbios: *Prosperitas stultorum perdit illos.* (I. 32).

El pecado, dice Sto. Tomás, es el apartamiento del bien supremo é increado, y la afición al bien perecedero y creado. Seguramente el que se aparta de Dios, y sin embargo prospera, está tanto más cerca de su pérdida, cuanto más lejos se halla del amor á la disciplina (1).

Los pecadores se pierden por la tranquilidad; porque, cuando disfrutan cierta paz, se sumergen en los excesos con furor y perseverancia. La paz y la prosperidad de los pecadores tiene por término una desgracia espantosa é irremediable...

El pecador, dice Salviano, se sumerge tanto más en una corrupción de costumbres rara y profunda, cuanto más gustado está por la prosperidad; olvidada á Dios, y se olvida á sí mismo completamente. Si sale de este reposo, sólo es para entregarse con más furor á los excesos de la embriaguez y de la disipación, de tal modo, que no vive más que de rapinas, crímenes é infamias. Se aprovecha de la tranquilidad y prosperidad de que goza para cubrirse de orgullo y entregarse al mal con más licencia y seguridad: de esta modo se hace indigno de todos los dones celestiales. (Lib. II. ad Ectia.)

Cuando el pecador está en paz y se abandona á los excesos del crimen, Dios no está lejos y no tarda el castigo, dice S. Paulino de Nola. La prosperidad deprava el juicio y hace olvidar la fragilidad humana. La adversidad reprime y humilla; la prosperidad nos hace orgullosos. Es raro manifestar prudencia en semejante estado; pues, por el contrario, se abandona el camino recto y se siguen caminos tenebrosos. Cuando se entregan al mal, los pecadores se alegran, dicen los Proverbios, y se estremecen de gozo en la impiedad. *Letantur enim malefecerunt, et exultant in rebus pessimis.* (Lib. II. c. XIV. epist. v.)

Pero, cuando rien los pecadores, dice S. Agustín, están atormentados por la conciencia del mal que han cometido, y riendo, mueren: *Ridendo exterius, interna malorum conscientia cruciantur, atque ridendo moriuntur.* (Sent. XLIII). Riendo y alegrándose los pecadores, dice S. Gregorio, se parecen á buyes que marchan al matadero, á hombres ebrios que van á una caída, á frenéticos que corren á su pérdida, estas dice, hablando de ellos: La impudencia de su rostro les hace tración; como Sodoma, han publicado sus crímenes, y no los han ocultado. ¡Desdichados! Han merecido sus males. (Comment. in Isai. lib. III. c. IX).

El que peca es asesino de su alma, dicen los Proverbios: *Qui peccaverit, ledit animam suam.* (VIII. 37). El pecador insulta á su alma, la maltrata, es su tirano, le quita la prudencia, el dominio de sí misma, y le priva de Dios, entregándole al espíritu infernal y á los tormentos de la otra vida...

El error y las tinieblas existen para los pecadores, dice la Sagrada Escri-

(1) Peccatum est aversio a bono summo et increato, ac conversio ad bonum indicum et creatum. Qui enim a Deo aversitur et peccator, tunc perditionis fit propinquior, quanto a zelo disciplinae invenitur alienus. (De Peccatis).

tura: *Error et tenebra peccatoribus concreta sunt.* (Ezecl. II. 16). El camino de los pecadores parece terso y bien empedrado; pero en el extremo está el infierno, las tinieblas y los castigos: *Via peccantium complanata lapidibus; et in fine illorum inferi, et tenebra et poena.* (Ibid. XXI. 11). Muy diferente es el camino de la virtud...

El que habla á un pecador endurecido es como el que habla á un hombre sumergido en profundo sueño. Se parece, dice la Sagrada Escritura, al hombre que explique á un loco las reglas de la prudencia, concluyendo su discurso con las siguientes palabras: ¿Quién es este? *Llorad por el muerto, porque ha perdido la luz; llorad por el insensato; porque ha perdido la razón.* El duelo del difunto dura algunos días; pero no bastan los días de la vida para gemir por el insensato y el pecador. (Ezecl. XXII. 8-13). Con razón compara el Espíritu Santo el pecador al hombre que duerme. Porque, 1.º, el uno se entrega al sueño ordinario, y el otro al sueño del crimen. 2.º Así como el sueño estorpea la inteligencia, la razón y la prudencia del pecador: quedan anuladas por la concupiscencia. 3.º El que duerme vive con la vida animal; pero no con la vida de la razón. Lo mismo sucede al pecador. 4.º El que duerme es juguete de los sueños y visiones; el pecador es también juguete de las vanas apariencias que le ofrecen las criaturas, los bienes de la tierra y las pasiones. El mismo Platon dice: ¿Que son todos los atractivos de esta vida? ¿Que son todos los bienes y esperanzas de los mortales, sino sueños que tenemos estando despiertos? *Quid sunt omnes vana vite illecebra? quid sunt omnes res et spes mortalium, nisi somnia vigilantium?* (Dialog. 5).

Después de comparar el pecador al hombre que duerme, lo compara la Sagrada Escritura al difunto...

Desgraciado pecador, dice Dios por vía de Jeremías, atiende y mira cuán funesto y amargo es haber abandonado al Señor, tu Dios, y no tener ya mi tener contigo: *Sedis, et vide, quia malum et amarum est reliquere tu Dominum Deum tuum, et non esse timorem mei apud te.* (II. 19).

Pecadores, dicen los Proverbios, no deis vuestro honor á extranjeros, y vuestros años á años crueles: *Ne des alienis honorem tuum, et annos tuos crudeli.* (x. 9). Todo el que comete un pecado mortal deja su honor, la gracia, el título de hijo y de heredero de Dios á extraños, es decir, á los demonios; y los años de su vida á un amo cruel, es decir, á Satanás.

¿Quiénes son los extraños para nosotros, dice S. Gregorio, sino los espíritus de malicia alejados para siempre de la patria celestial? ¿y quién es el cruel, sino el apóstata, que con su orgullo se impuso una muerte eterna, y, al verse perdido, no perdona medio de hacer partícipe de su triste suerte al género humano? El pecador, creado á imagen y semejanza de Dios, abandona, pues, su honor á unos extraños, y consagra su vida en cumplir la voluntad de los espíritus malos y crueles. (In *homo verba Prov.*)

El pecado y el demonio son los implacables enemigos del pecador, sus tiranos y sus verdugos; lo matan.

Mirad, dice el Salmista, mirad que el malvado ha engendrado el mal; ha concebido el dolor, y ha parido la iniquidad. *Ecce parturit iniquitatem, concepit dolorem, et peperit iniquitatem.* (VII. 15).

El pecador, dice S. Crisóstomo, concibe el dolor del pecado, y, si no se

arrepiente, produce la muerte. Antes de estar el niño fuera del seno de su madre, le causa vivos dolores; pero, después de haber salido, es su alegría. Por el contrario, el pecado ya concebido es una serpiente en las entrañas del hombre, y le da la muerte, á no ser que el pecador se libere de aquel monstruo por el arrepentimiento y la penitencia. La concepción del pecado es el nacimiento de la serpiente en el corazón; cuando el pecado está consumado, aquella serpiente vierte su veneno, y produce una enfermedad mortal. El que peca el pecado cae bajo el peso del juicio y de la condenación; y si persevera, será eternamente reprobado. La madre amamanta voluntariamente á su hijo; pero el pecado da la muerte al que lo ha cometido: el pecado es peor que el demonio. (Homil. ad pop.)

El mismo Santo dice que el pecado es una bestia feraz. El pecado es lo único que perjudica al hombre; añade: cuando está destruido, todo es fácil, todo sencillo; pero, mientras está existente, todo es sufrimiento, agitación y pérdida. El pecado es un poderoso demonio: *Magnus daemon peccatum est.* (Homil. ad pop.)

Caiga la ira y la indignación, dice el gran apóstol, sobre los hijos de la disputa que no dan su antiecclesia á la verdad, y la dan á la iniquidad, la indignación y la ira. Caiga la turbación y la angustia en el alma de todo hombre que obra mal: gloria, honra y paz á todo el que obra bien (1).

El Señor, dice el Salmista, se horroriza del impío y del que quiere la iniquidad. Hará llover sobre ellos asechanzas, el fuego y el azufre; el viento de las tempestades es lo que les prepara: *Placet iuxta peccatores laqueos; ignis et sulphur, et spiritus procellarum pars calicis eorum.* (N. 6-7). El pecador está destinado á recibir todos los azotes: *Multa flagella peccatoris.* (Psalmo XXXI. 10). No deseis la prosperidad de los malos, y no tengáis envidia á los que cometen la iniquidad; quedarán muchos tan pronto como la yerba cortada; caerán como la flor de los campos: *Noli emulari in malignantibus, neque zelaveris facientes iniquitatem: quoniam tanquam fenum velociter arecent, et quemulorum olera herbarum cito decident.* (Psal. XXXVI. 1-2.) Los pecadores perecerán: *Peccatores peribunt.* (Psal. XXXVI. 20.) Los enemigos de Dios desaparecerán; se desvanecerán como el humo: *Inimici Domini deficient, quemadmodum fumus, deficient.* (Psal. XXXVI. 20.) Vuestra indignación, Señor, nada sano ha dejado en mi cuerpo, y mis pecados han lavado la turbación hasta mis huesos. Mis iniquidades se han levantado sobre mi cabeza, y han venido á ser un peso que me agobia. La podredumbre y la corrupción se han formado en mis llagas, á causa de mis extravíos. Miserable y encorvado hacia la tierra, anulo en el dolor durante el día. Mi corazón se halla entregado á la agitación; mi fuerza me ha abandonado; la luz de mis ojos se ha apagado; no está ya en mí. (Psal. XXXVII. 6-10).

La salvación está lejos de los pecadores: *Longe á peccatoribus salus.* (Psal. CXVIII. 154.)

(1) *Iis, qui sunt ex contentione, et qui non acquiescunt veritati, credent antea iniquitati, ira et indignatio. Tribulatio et angustia in omnem animam luminis operantis malum. Gloria autem, et honor, et pax omni operanti bonum.* (Ibid. II. 3-10.)

En la mano del Señor hay una copa de vino turbio; la inclina á uno y á otro lado; pero la liez que en ella se encuentra no se agota; todos los pecadores de la tierra beberán en ella: *Calix in manu Domini vini meri plenus misto; et inclinauit ex hoc in hoc; verumtamen sicut ejus non est exinaniri; libent omnes peccatores terram.* (Psal. LXXIV. 9.)

Si obras bien, dijo el Señor á Calb, ¿no serás recompensado? Si obras mal, ¿no apartarás de repente tu pecado en la entrada de tu casa? *Nonne, si bene egeris, recipies? et si autem male, statim in foribus peccatum auerit?* (Gen. IV. 7.)

Vigilando á la puerta del pecador como un dragón ó un dogo fiero, el pecado, ó más bien la pena del pecado, le asalta ó se venga: al punto que está cometido al pecado, se precipita sobre él, le desgarró, le despertara. Este dragón, este dogo es el remordimiento de la conciencia, la turbación del espíritu, la rebelión de la razón; es la ira de Dios suspendida sobre la cabeza del pecador, es la angustia y todas las calamidades presentes y futuras con que castiga la eterna justicia.

La pena sigue al criminal, dice el poeta: *Nona capiti sequitur.*

El castigo, dice Horacio, raras veces dejó de alcanzar al culpable, á quien sigue cojeando. Al culpable le cabe en suerte llevar noche y día en su interior un castigo invisible, sufriendo los latigazos que le aplica la conciencia, infatigable verdugo suyo.

Raro antecedentem scelestum

Deseruit pede pede clauda.

Nocte dieque suum gestare in pectore taton,

Occultum quatenus animo tortore flagellum.

La conciencia es á la vez vengadora de la Divinidad y juez y verdugo del culpable.

No hay tormentos más temibles que los que impone la conciencia de haber obrado mal, dice S. Agustín; pues, no teniendo ya el pecador á Dios en su corazón, no halla consuelo alguno: *Nulla pena grauiora sunt quam mala conscientia, in qua, cum non habetur Deus, consolatio non inuenitur.* (Lib. Confess.)

El pecador queda herido en cierto modo con las diez plagas de Egipto; experimenta la suerte de los soldados de Faraon sepultados entre las olas del mar Rojo.

Observad: 1.º que los egipcios fueron castigados por medio de casi todas las cosas creadas: la tierra, el agua, el aire y el fuego; las nubes, el granizo y el rayo; los animales, ranas, moscas, y langostas; el sol y los astros; los hombres, Moisés y Aaron; los ángeles y el mismo Dios.

2.º Sufrieron en todas sus riquezas; en los frutos que sacaban de la tierra y en los ganados; en su oro y su plata; en su cuerpo con úlceras; en su familia con la muerte de los primogénitos...

3.º Fueron también castigados en todos sus sentidos: en la vista con las tinieblas y los espectros; en el oído con el ruido de los truenos; en el gusto con una sed devoradora que sólo podían saciar con sangre; en el olfato con la

putrefacción de insectos privados de la vida y con la infección que á lo lejos despedían; en el tacto con el dolor causado por las úlceras y la picadura de los insectos; y finalmente en la inteligencia y en la imaginación con continuas aliecciones y terrores de todas clases. Tal es la suerte de los pecadores y una pequeña imagen del infierno.

Así como todo se vuelve en provecho de los Santos, todo se vuelve en detrimento de los impíos y pecadores, dice el Eclesiástico: *Omnia Sanctis in bono; sic et impiis et peccatoribus in mala conuertuntur.* (XXXIX. 32.)

¡Ay, exclama Isaias, ay de la nación culpable, del pueblo cargado de crímenes, de la casa perversa y de los hijos sacrilegos: *Va genti peccatrici, populo graui iniquitate, semini nequam, filiis sceleratis!* (I. 4). Los rebeldes y los pecadores serán aniquilados juntos; los que han abandonado al Señor, serán consumidos: *Conteret sceleratos et peccatores simul; et qui dereliquerunt Dominum, consumuntur.* (Id. I. 28). Pecador, todos los azotes te saldrán al encuentro; la devastación, la ruina, el hambre y el acero. ¿Quién te consolara? *Occurrunt tibi uulitas, et contritio, et fames, et gladius. Quis consolabitur te?* (Id. LI. 19).

El pueblo mío, dice el Señor por boca de Jeremías, te había plantado como una viña alegria entre las mejores cepas; ¿cómo te has convertido para mí en una viña extraña; que produce amargos frutos? *Ego plantauit te vineam electam, omne semen verum: quomodo ergo conuersa es mihi in prauam, vinea aliena?* (II. 21). Convertiré á Jerusalem en un montón de arena y en una cueva de dragones; entregaré las ciudades de Judá á la desolación, y nadie habitará en ellas: *Et dabo Jerusalem in auersam arenam, et cubilia draconum; et ciuitates Iuda desolationem, eo quod non sit habitator.* (Id. IX. 11).

¿Por qué ha perecido vuestra tierra, se ha vuelto árida como el desierto, y nadie pasa por ella? *Quare perit terra, exusta sicut quasi desertum, eo quod non sit qui pertranseat?* (Jerem. IX. 12). Y el Señor ha dicho: Porque han abandonado la ley que yo les había dado, no han escuchado mi voz, y no han andado segun mis mandamientos; porque han seguido, ya la perversidad de su corazón, ya á Baal. Por cuya razón, dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: Alimentaré este pueblo con ajeno, y apagaré su sed con hiel. Enviaré tras ellos el acero hasta que estén concluidos. La muerte subirá por vuestras ventanas, entrará en vuestras casas, y exterminará á vuestros niños y á vuestros jóvenes. *Jerem. IX. 13-16-24.* Arrojaré sobre ellos males de que no podrán salir, dice el Señor, Profeta, no eres para este pueblo: *Ecce ego inducam super eos mala, de quibus exire non poterunt. Tu, noli orare pro populo hoc.* (Id. XI. 11-14).

Sepan el pecador, el orgulloso, el ladrón, el que se dá á la embriaguez y el impudico; sepan que, pecando, no hacen más que prepararse azotes para esta vida y para la otra. Con su orgullo y desobediencia, no se prepararon Adán y Eva, para sí y sus descendientes, azotes que han herido y herirán hasta el fin del mundo á la razón humana?

El pecador sembrará vientos y recogerá tempestades, dice Oseas: *Ventum seminabit, et turbinem metent.* (VIII. 7). Habéis cultivado la iniquidad, habéis cosechado el crimen, y habéis comido el fruto de la mentira, dice en otra

parte el mismo profeta: *Arastra impietatem, iniquitatem messisistis, comeditis frugem mendacii.* (Osee. X. 13).

El que siembra la iniquidad, recogerá males, dicen los Proverbios; y preparado está el azote que ha de quebrantarle. *Qui seminat iniquitatem, metet mala, et viga irae suae consummabitur.* (XII. 8).

No os engañéis, dice el apóstol de las gentes, nadie puede reirse de Dios. El hombre recogerá lo que siembre. El que siembra en la carne, recogerá la corrupción de la carne. *Nolite errare; Deus non irridetur. Quia seminaverit homo, haec et metet. Qui seminat in carne sua, de carne metet corruptionem.* (Gal. VI. 7-8).

Pueda decirse que los pecados son la leña que mantiene el fuego del infierno...

VI, dice Job, vi que el soplo de Dios hacía perecer á los que hacen iniquidades, á los que siembran dolores y que han de recogerlos; el viento ahrasador de su ira los ha consumido: *Vidi eos, qui operantur iniquitatem, et seminant dolores, et metant eos, fante Deo, perisse, et spiritu irae ejus esse consumptos.* (IV. 8-9).

VI, dice el Salmista, vi al impío exaltado en su orgullo y erguido como el cedro del Líbano; pasó luego, y ya no estaba; lo busqué, y no encontré su huella: *Vidi impium superexaltatum, et elevatum sicut cedrus Libani. Et frangit, et ecce non erat; et quaevis eum, et non est inventus locus ejus.* (XXXVI. 35-36).

El pecador no está en su sitio más que en el infierno...

Hablando de Judas, S. Pedro dice que aquel traidor dejó el apostolado para ir á ocupar su puesto: *Ut abiret in locum suum.* (Act. I. 25). Fué á la horca, y luego al infierno: aquel era su sitio. El hombre digno del infierno ha de ir al infierno...

Tocante á los tímidos, dice el Señor en el Apocalipsis, á los incrédulos, á los execrables, á los homicidas, á los fornicadores, envenenadores, idólatras y todos los mentirosos, su destino será el estanque de fuego ardiente y azufre, que es la segunda muerte (1).

Las naciones criminales, dice el Salmista, han sido sepultadas en la muerte que se han preparado: *Infecerunt gentes in interitu, quem fecerunt.* (IX. 16).

Vestran los pecadores al infierno, dice el mismo profeta: *Convertentur peccatores in infernum.* (IX. 18). El infierno los arraja; justo es que allí vuelvan... El sagrado escritor dice que los pecadores deben volver al infierno, porque, como pecadores, de allí proceden. Dios hizo al hombre recto ó inocente; el infierno, ó Satanás lo ha hecho pecador...

La llama de las pasiones y del pecado quemó primero á los pecadores, y luego los devoró la llama del infierno: *Flamma combussit peccatores.* (Psalm. CV. 18).

Vos, ó Dios mio, dice el profeta rey, haced bajar al abismo á los impíos: *Tu vero, Deus, deduces eos in puteum interitus.* (LIV. 24).

(1) Tímidos, et incredulos, et execrabilis, et homicidas, et fornicatores, et venenifici, et idólatras, et omnibus mendacibus, pars illorum erit in stagno ardenti igne et sulphure; quod est mors secunda. (XXI. 8).

Aunque el pecador ha pecado en el tiempo, dice S. Bernardo, es castigado por un infierno eterno, por su inflexible voluntad y obstinación en el mal. Es efectivamente cierto que lo que fué corto según el tiempo y la obra es largo, en la voluntad terca, de tal modo, que si el pecador no muriese, no querría dejar nunca el pecado, ó más bien que querría vivir siempre para poder también pecar siempre. En muy diferente sentido podrían aplicarse al pecador aquellas palabras de la Escritura: Consumado en poco tiempo, ha recorrido una larga carrera. Por no haber querido mudar de intención, el pecador ve que le han cargado el peso de muchos años, el curso de la eternidad (1).

(1) Ad hoc, procul dubio, inflexibilis et obstinata mentis punitur aeternititer malum, licet temporititer perpetratur, quia, quod breve fuit tempore, vel opere, longum esse censet in pertinaci voluntate: illud, et unquam movetor, nunquam velle peccare desinere; imo, tempus vivere vallet, ut semper peccare possit. Proinde potest et de isto per contrarium dici: Consumatus in brevi, explevit tempora multa. Quod mirum multorum ino omnium temporum receperit vicem, qui nullo tempore voluerit mutare intentionem. (Serm. in Paul.)

PENITENCIA.

¿Qué es penitencia?

La palabra penitencia se deriva de *pena* y *tener*: es, propiamente hablando, la acción de tener pena, aplicársela, *pena tenentia*... En sí misma, la penitencia, dice S. Ambrosio, es el dolor del corazón, y la amargura del alma por los pecados que se han cometido: *Penitentia est dolor cordis, et amaritudo animi pro malis que quisque admisit.* (De Penit.)

La penitencia es la reforma de una vida desordenada, el cambio completo de costumbres disolutas...

La penitencia es una muerte que no priva de la vida; mata al hombre de pecado, sacrifica los apellidos de la carne, y los sacrifica á Dios...

Necesidad de la penitencia.

En aquellos días, dice el Evangelio, vino Juan Bautista, predicando en el desierto de la Judea, y diciendo: *Haced penitentiam; Venit Joannes predicans, et dicens: Penitentiam agite.* (Math. III, 4-2). Decía también: Ya la segar está á la raíz de los árboles. Tolo árbol, pues, que no produzca buenos frutos será cortado y arrojado al fuego: *Jam securus ad radicem arborum positus est. Omnis ergo arbor que non facit fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur.* (Id. III, 10).

Si no hacéis penitencia, pereceréis todos igualmente, dijo Jesucristo: *Nisi penitentiam habueritis, omnes similiter peribitis.* (Luc. XIII, 3). Y para inculcar mejor la necesidad de la penitencia, repite: Os lo digo: Si no hacéis penitencia, pereceréis todos igualmente: *Dico vobis: Si penitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis.* (Luc. XIII, 5). He venido á llamar á los pecadores á la penitencia, añade: *Veni vocari peccatores ad penitentiam.* (Luc. v, 32).

Si la gracia va unida á la penitencia, dice S. Ambrosio, el que se cansa de hacer penitencia, renuncia á la gracia: *Si gratia est ex penitentia, qui cessat penitentiam, abdicat gratiam.* (De Penit.)

Habiendo S. Pedro echado en cara á los judíos el haber crucificado á Jesucristo, Hijo de Dios y verdadero Mesías, muchos de ellos sintieron arrepentimiento, y dijeron á Pedro y á los demás apóstoles: ¿Qué haremos, hermanos? S. Pedro les contestó: *Haced penitentiam; Penitentiam agite.* (Act. II, 38-39).

Castigo mi cuerpo, dice el gran apóstol, y de redanzo á seridumbre, no sea que, después de haber pecado los demás, me encuentre yo también reprochado: *Castigo corpus meum, et in servitutem redigo, ne forte postquam alii predicaverim, ipse reprobus efficiam.* (I. Cor. IX, 27).

Segun vuestras órdenes, Señor, dice el Salmista, he marchado por el rude camino de la penitencia: *Propter verba laborum tuorum ego custodivi vias duras.* (XVI, 5).

El comestible no salda se echa á perder: sin la sal de la penitencia, se corrompen las costumbres, y el cuerpo se abandona al desorden, ó cuando menos á la relajación.

Habéis abandonado vuestra primitiva caridad, dice el Señor en el Apocalipsis al ángel de Efeso. Acordaos, pues, de dónde habéis caído, y haced penitencia; si no, bien pronto llegaré á vosotros, y quitaré vuestro candelero de su lugar, á no ser que hagáis penitencia: *Caritatem tuam primam reliquisti. Memor esto itaque unde excederis, et age penitentiam; sin autem, venio tibi, et movebo candelabrum tuum de loco suo, nisi penitentiam egeris.* (II, 4-5).

Jamás, dice S. Gregorio, jamás perdonará Dios al que peca, porque no deja el delito sin castigo. O el pecador se castiga á sí mismo, ó Dios, entrando con él á juicio, le hiere (1).

Habiendo el emperador Teodosio querido excusarse de haber hecho asesinar varios habitantes de Tesalónica, citando el ejemplo de David, que había hecho morir á Urias, S. Ambrosio le respondió: Ya que habéis imitado á David en su extravío, imitadle en su penitencia: *Quem secutus es errantem, sequere penitentem.* (Pauli dic. VII, imp. Theod.)

Si no hacemos penitencia, dice el Eclesiástico, caeremos en manos del Señor, y no en manos de los hombres. *Si penitentiam non egerimus, incidemus in manus Domini, et non in manus hominum.* (II, 28).

Mortificad vuestros miembros, dice S. Pablo á los colosenses: *Mortificate membra vestra.* (III, 5).

Jesucristo no se limita á recordar que hagamos penitencia; desde su encarnación y nacimiento en un establo hasta su muerte en la cruz, parece para expiar los pecados del mundo...

Ejemplos de penitencia.

San Juan Bautista predica la penitencia, y el mismo, desde la edad de dos años hasta su martirio, no cesa de practicarla... Los apóstoles predicán la penitencia, y no dejan de castigar su cuerpo y de implorar el perdón del universo sumergido en todos los vicios.

Ved á Sta. María Magdalena, Sta. María Egipcíaca, Sta. Thais, los mártires, los confesores, las vírgenes, los anacoretas, las órdenes monásticas, y sobre todo las de los penitentes, etc... Todos los Santos de todos los siglos, hasta los que se distinguieron por la pureza de su vida, se dedicaron á una vida penitente.

Ved también un ejemplo en los ninivitas:

Jonás, por orden del Señor, fué á la gran ciudad de Nínive; penetró allí, y después de un día de marcha gritó, diciendo: Dentro de cuarenta días Nínive quedará destruida. Los ninivitas creyeron al Señor; publicaron un ayuno, y se cubrieron de cilicios, desde el mayor al más pequeño. La palabra de Jonás llegó á oídos del rey: se levantó de su trono, despojóse de sus vestidos, se cubrió con un saco, y se sentó en la ceniza. Luego rogaron y publicaron por

(1) Delinquenti Dominus nequaquam parcat, quia delictum sine ultione non desert. Aut enim ipse in hoc se penitentia punit, aut hoc Deus cum homine vindicans percudit. (Lib. IX, Moral., c. XXVII).

todas partes por órden del rey y de los grandes: Se manda que los hombres no tomen alimento alguno, y que los caballos, los bueyes y las ovejas no entren en los pastos ni beban agua; que los hombres se cuhnan de ceniza, lo mismo que los animales; que sus oraciones se eleven al Señor y que todo habitante se convierta y huya de la iniquidad que lo mancha. (Jon. III).

David y el emperador Teodosio fueron modelos de penitencia, etc...

Excelencia de la penitencia.

Las lágrimas de los penitentes, son el vino de los ángeles, dice S. Bernardo: *Laerime penitentium cinam sunt angelorum* (Serm. III. in Cant.) Una lágrima de penitencia, dice S. Anselmo, quema más á los demonios que todos los fuegos del infierno. (Monolog.)

Pedro revegó de su maestro, pero tuvo tan profundo sentimiento, que derramó amargas y abundantes lágrimas: *Flevit amare*. Las lágrimas de la penitencia, dice S. Ambrosio, lavan los pecados. Las lágrimas no imploran el perdón; lo merecen. O tú que has caído antes de llorar, Pedro, apenas derramas lágrimas, que ya te levantas: *Laerime lavant delictum: laerime canian non petulant, sed mereantur*. Nam, qui lapsus es (Petre), saluquam feres; postquam flevisi, erectus es. (In-Evang.)

La penitencia es un sacrificio para el pecado; con ella se ofrece á Dios la maceración de la carne en expiación de las faltas cometidas.

Hallando del rey Josias dice el Eclesiástico: La memoria de Josias es como un suave perfume preparado por una mano inteligente. Su recuerdo será grato á todos los hombres, como la miel á la boca, y como los cantos en un festín. ¿Por qué? Porque ha sido dirigido por el Cielo para hacer entrar al pueblo en la vía de la penitencia, y ha hecho desaparecer las abominaciones de la impiedad: *Ipse est directus discimus in penitentiam gentis: et tulit abominaciones impietatis*. (XLIX. 1-3).

¿Qué cosa, dice S. Bernardo, qué cosa más admirable, ó qué martirio más riguroso que el que resulta de la voluntad de sufrir hambre en medio de los banquetes, de sufrir frío cuando se poseen muchos preciosos vestidos, de permanecer pobre en el seno de las riquezas que ofrece el mundo, riquezas que Satanás ostenta á nuestra vista, y que nuestro apeto desea? No será curado con justicia el que así haya combatido, corriendo el oído á las promesas del mundo, riéndose de las tentaciones del enemigo de los hombres, y lo que aún es más glorioso triunfando de sus inclinaciones, y crucificando la concupiscencia que le solicita? (1).

Ventajas de la penitencia.

María Magdalena, de quien habían salido siete demonios, fué la primera que tuvo la dicha de ver á Jesucristo resucitado, porque habia hecho penitencia.

El hombre, dice S. Agustín, fué victorioso en un muladar (en la persona

(1) Quis admirabilis, aut quod martirium gravius, quam inter epulas esurire, inter vestes multas et preciosas algerere; paupertate premi inter divitias, quis offert mundum, quis ostentat malignas, quis desiderat nobis ipse appetitus? An non merito coronabitur qui sic certaverit, mundum abiecit, promissorem, terribem, mundum tentantem, et quod gloriosus est, de semetipso triumphans, et crucifigens concupiscentias prurientes. (Serm. 1. in Fest. Omn. Sanct.)

de Job), y fué vencido en el Paraíso (en la persona de Adán): *Homo vicit in stercore, victus est in Paradiso*. (Homil.)

El que sabe hallar su alimento en el ayuno, su reposo en la oracion, su pan en la palabra de Dios, su vestido en los harapos, su lecho en una triste manta extendida en el suelo, y aquel cuya alma se entretiene con el Señor en santas vigiliat, ha encontrado el verdadero reposo, dice S. Paulino (1).

Dos cosas hay que son un excelente preservativo contra el pecado, la confesion frecuente y la penitencia...

La penitencia, dice S. Crisostomo, es el remedio más eficaz de que podemos valer nos en nuestras heridas; cura y hace desaparecer tan bien los úlceras de las almas, que no deja cicatriz ni huellas de ninguna clase, lo que es imposible en las heridas del cuerpo (2).

Señor, dice la Sabiduría, tenéis lástima de todos los hombres, porque todo lo podeis, y dispensais sus pecados cuando hacen penitencia: *Misereri omnium, quia omnia potes, et dissimulas peccata hominum propter penitentiam*. (XI. 24).

La penitencia, dice S. Isidoro, es un bálsamo para las heridas, la esperanza de la salvacion; con ella se incita la misericordia de Dios; con ella se castiga y se reprime la carne corrompida: *Penitentia est medicamentum vulneris, spes salutis; per quam ad misericordiam provocatur: quo omnis cruciatur et mortificatur caro*. (Lib. III de Summo bono).

Pecador, dice Tertuliano, adógete á la penitencia y álzatala, como el naufrago se apodera de una tabla de salvacion; ella os sacará de las peligrosas olas de los pecados, y os llevará al puerto de la divina clemencia (3).

¡O penitencia, exclama S. Crisostomo, o penitencia, que por la misericordia de Dios consigues el perdón de los pecados y abres el Paraíso, das nuevas fuerzas al abatido, alegras el corazon entristecido, das vida á los muertos, vuelves al pensar al estado de gracia, le das su dignidad perdida, le inspiras confianza, reparas sus fuerzas, y haces bajar á su alma una gracia más abundante! ¡O penitencia! ¿cómo cantaré tus maravillas? Rompes todas las cadenas, reprimes toda tiniebla, diluicias toda adversidad, curas toda llaga, dissipas todas las tinieblas, y reprimas todo lo que se halla desesperado! ¡O penitencia, más brillante que el oro, más radiante que el sol, tú á quien el pecado no vence, la decepcion no abate, y la desesperacion no abuyenta! ¡O penitencia, madre de la misericordia y muestra de las virtudes, tus obras son grandes, esas obras con las que justificas á los culpables, curas á los pecadores, levantas á los que han caído, y devolves la esperanza á los desesperados! Por tí se apoderó en un instante Cristo del buen ladrón para colocarlo en su reino; por tí Da-

(1) Cui refectio in jejunijs, refectio in oratione, et panis in vestib; habitus in paupere, lectus in squalore, duras in tora, et caudis amica in duoduo vigilare, requiescere est. (Epist.)

(2) Penitentia pharacterum maximum est: materiam vulnerum remedium, sic animarum silecia curans et aboleus, ut neque cicatrix, neque verruca apparitura sit, quod in corporis vulneribus non est possibile. (Serm. de Penit.)

(3) Penitentiam tu, peccator, ita invade, ita amplectere, ut naufragus alienus tabule fidem; hanc te peccatorem fluctibus mersum protevabit, et in portum divinae clementiae protevabit. (Líb. I de Penit.)

rid, recobrando la felicidad despues de su crimen, recibió de nuevo al Espíritu Santo (1).

Aprende cuán ventajosa es la penitencia, puesto que borra todos los crímenes, obtiene misericordia, triunfo de Dios y de la venganza del soberano Juez, ligando al mismo Omnipotente. Haced penitencia, hijos míos, dice el Señor por boca de Jeremías, volved á mí, y curaré vuestras iniquidades: *Convertimini, filii, revertentes, et sanabo iniquitates vestras.* (III. 22).

Complacéid lo que es la penitencia, y como de los pecadores hace hombres. La penitencia repara todos los errores, todas las fallas de la vida: apacigua á Dios, y nos lo vuelve propicio; hace desaparecer los escándalos; cambia el espíritu y el corazón, y todo lo renueva...

La penitencia, dice S. Agustín, cura las languideces, da salud á los leprosos, resuscita los muertos, aumenta la salud, conserva la gracia, endereza los ojos, da vista á los ciegos, ahuyenta los vicios, embellece las virtudes, protege y fortifica el alma (2).

¿Quién pecó en el mundo más gravemente que Pablo? dice S. Pedro Crisólogo. ¿Quién cometi6 en la religión una falta más enorme que Pedro? Sin embargo, ambos merecieron por su penitencia, no sólo llegar á ser Santos, sino maestros en santidad (3).

Si, dice el Señor por boca de Jeremías, si esta nación se arrepiente por haber cometido el mal que ha provocado mis amenazas, yo también me arrepentiré del mal que habia resuelto hacerle. *Si penitentiam egerit gens illa a malo me, quod locutus sum adversus eam; et ego penitentiam super malo, quod cogitavi in faciem ei.* (XVIII. 8).

La penitencia es una virtud tan poderosa, que obliga á Dios á manifestarse no sólo misericordioso hacia el pecador convertido y á amarte, sino tambien á obedecerle, á velar por él, á protegerle y á combalir en favor suyo. Por esto exclama con razón Hugo de S. Victor, ¿ó penitencia llena de fruto y de fuerza! ¿ó virtud poderosa, que no puede quererse bastante, mediadora fidelísima entre Dios y el pecador! ¿ó segunda tabla despues del naufragio! ¿ó religión de los indignos, socorro de los miserables, esperanza de los desterrados, sostén de los débiles, luz de los ciegos, vara que reprime la inclinación al doloite, cerradura que cierra la puerta de la prision de los vicios, y depósito de las virtu-

(1) O penitentiam, qui peccatorum, miseranti Deo, remittit et paradisiu reorere, que contritum sanas bosonem, et tristem exultans, vitam de interitu revocant, sistum restituras, bosarem reorans, illudium dñs, reformans vices, gratiamque abundantioreu restituat! O penitentia, qua de te roborant! Omnia ligata tu solvis, omnia soluta tu reserctis, quonia adversa tu mitigas, omnia contrita tu sanas, omnia confusa tu locutas, omnia desperata tu animas. O penitentia, rutilantur aure, splendentur sole, quoni non vincit peccatum, nec defecto supportat, nec desperatis delecto! O penitentia, misericordie mater, et magistra virtutum! Magna opera tua, quoni res resolvit, ac relictis delinquenibus, lapos reorans, recessus despicit. Per te miltis rapit latronum. Quos ad regonari per te David post fugitum, felix Heroni, respicit Spiritum Sanctum. (Serm. de Penit.)

(2) Penitentia laqueores carnis, leprosus curat, et morbis suscitatis; sanitatem auget, gratiam conservat; elaudis grossum, carnes restituit visum, vilia legalia, virtutes exornat, mentem munat, et roborat. (Lib. de Penit.)

(3) Qui in seculo peccavit enormis Paulus! qui in religione graviter Petrus! Illi tamen per penitentiam meruerunt aequali, non solum ministerium, sed etiam magistratum sabbatulo. (De Marc.)

des! ¿ó penitencia! tú sola vences al soberano Juez; justificas al hombre ante el Creador, y triunfas del Omnipotente. Cuando pareces vencida, alcanzas la victoria; cuando sufres los santos rigores de la exiación, sacrificas los vicios; hiriendo, curas; y en el momento mismo en que la muerte viene á terminar tu obra saludable, empiezas un reino glorioso. Ante tí, callan todas las demás virtudes; sola, subes con atrevimiento al trono de Dios. Conduces de la mano á David á la reconciliación, levantas á Pedro, iluminas á Pablo, haces entrar al Publicano á la asamblea de los apóstoles; de la prostitución, levantas á María Magdalena á la más alta santidad, la unes á Jesucristo; pones en el número de los elegidos al ladrón clavado en un patibulo. ¿Qué dichosos efectos produces todavía! La Corte celestial te pertenece de derecho; allí donde se hallaba la más profunda indigencia, haces reinar la abundancia; apaciguas el hambre; cambias el opróbio en gloria; haces inútiles los ataques y la crueldad de los demonios, descubriendo su fealdad, la infección que esparcen y la eterna muerte que les sigue; ahuyentas el hambre y la sed, conduciendo á la fuente de vida, haces producir el céntuplo á los campos antes áridos y estériles; disipas la tristeza, á inspiras la alegría; borras la vergüenza, y con tus cuidados los consueles y la gloria lo sustituyen; borras las injurias, y das la paz; resucitas á los muertos, y con un poco de ceniza concedes una corona. (De Penit.)

La penitencia, dice S. Jerónimo, tiene tal poder, que devuelve al pecador todas sus antiguas virtudes y todos los méritos que habia adquirido antes de caer. (Epist.) Este es tambien el parecer de Sto. Tomás y de todos los teólogos. Así es que, con auxilio de la penitencia el que ha pecado vuelve á la vida sobrenatural para gozar cada día de mayor gracia; pues á las antiguas gracias añade la gracia de la resurrección espiritual, que es la gracia de las gracias...

Ninive recibe de la misma boca de Dios la sentencia de su ruina; hace penitencia; y queda salvada. Queriendo Dios asustar á aquella ciudad, dice san Agustín, la corrigió, experimentándola y la cambia amenazandola. Ninive recurre á la penitencia, y Dios le perdona. (In Jon. Proph.) La iniquidad de Ninive queda borrada porque se arrepintió, dice S. Gaudencio: *Evorsa est iniquitas ejus, quia penituit.* (In Jon. Proph.)

La penitencia borra todos los crímenes, calma la ira del Cielo, transforma á los esclaves de Satanás en amigos de Dios, y de hombres injustos, impíos, infieles y culpables, hace hombres justos, piadosos, fieles y Santos. La penitencia anula la maldición, y la sustituye con la gracia y la justificación. Cierra el inferno, y abre á los pecadores el seno de Dios. Así hablan S. Crisóstomo, S. Ambrosio, S. Agustín, Tertuliano y otros doctores...

San Bernardo llama á la penitencia vengadora de los crímenes y nodriza de las virtudes: *Ulticem vitiorum, altricem virtutum.* (Serm. de S. Andrea). Mi penitencia, añade aquel santo Doctór, es el alimento de Jesucristo. La represión me corrige, la inmolación me purifica. Hemos hecho la alegría de los ángeles, cuando hemos abrazado la penitencia: *Gloria Christi penitentia mea. Eumador, cum arguor, decoquor, eum immolator; exultare fecimus angelos, quando conversi sumus ad penitentiam.* (Serm. LXXXI. in Cant.)

El que, prudente con habilidad, ha hecho penitencia, ha podido borrar en poquísimo tiempo los crímenes de una larga vida, dice S. Crisóstomo: *Qui,*

multa cum sobrietate, penitentiam ostendit brevis temporis momenti, longiori temporis peccata delere potuit. (Homil. ad pop.)

Qualidad de la penitencia.

1.º La penitencia debe ser fuerte y enérgica. Escuchad al gran apóstol: Os lo digo: El que siembra peca, poco cosechará; y el que siembra con abundancia, cosechará también con abundancia: *Hec autem dico: Qui parvo seminavit, parvo et metet, et qui seminavit in benedictionibus, benedictionibus et metet.* (II. Cor. IX. 6.)

La prontitud con que Dios perdonó á David, dice S. Ambrosio, manifestó cuán grande y sincera fué su penitencia: *Maturitas venit profundam fuisse regis penitentiam, declaravit.* (De Penit.)

2.º La penitencia debe ser humilde... Como una tierra árida que no ha recibido ninguna simiente no puede dar fruto, así también, sin humildad, nadie puede hacer verdadera penitencia. En efecto; ¿á qué la penitencia, sino porque somos pecadores? Así pues el pecado es una rebelion, que sólo se nos perdona cuando nos humillamos...

3.º La penitencia debe ir acompañada del temor de Dios. No estés sin temor por el pecado perdonado, dice el Eclesiástico: *De profusitate peccato nihil esse sine metu.* (V. 6.)

4.º La penitencia, debe herir la carne. Mortificad vuestros miembros, dice S. Pablo: *Mortificate membra vestra.* (Coloss. III. 5.) Si vivís según la carne, moriréis; pero, si con el espíritu mortificáis los actos de la carne, vivireis: *Si secundum carnem vivieritis, moriemini; si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis.* (Rom. VIII. 13.)

Si los soldados de Gedeón, dice el aliate Isaias, no hubiesen roto sus varijas de guerra, la claridad de las lámparas no hubiera aparecido. Si el hombre no desprecia y no castiga su cuerpo, no verá la luz de Dios. Si Jahel, esposa de Alar-Giney, no hubiese tenido en la mano un clavo, no habría muerto al soberbio Sísara. Si el alma quiere marchar hacia Dios, debe trabajar para crucificar todos los vicios de la carne. (Vit. Patr.)

5.º La verdadera penitencia, dice S. Gregorio, consiste en detestar los pecados cometidos y en evitarlos para el porvenir: *Penitentia est perpetrata peccata plangere, et plangendo non committere.* (Homil. XXXIV. in Evang.)

La penitencia, dice S. Agustín, es una especie de venganza que ejerce el que se arrepiente: castiga en sí mismo lo que se arrepiente de haber cometido: *Penitentia est quendam dolentis vindicta, quous in se, quod dolet commisisse.* (De vera et falsa Penit., c. VIII.)

6.º La penitencia debe comprender todas las facultades del hombre... La penitencia, dice S. Crisostomo, es la contrición en el corazón, la confesión en la boca, y la humildad en las obras: *Penitentia est contritio in corde, confessio in ore, in opere humilitas.* (Sermon de Penit.)

El que con la virtud del Espíritu Santo, dice Ricardo de S. Victor, combate fuertemente las aspiraciones de la carne y las del corazón, hace una penitencia perfecta. Sin la penitencia del alma es inútil la penitencia del cuerpo. (De Statu inter hom.)

La penitencia debe extenderse á los ojos, á los oídos, á la lengua, á las manos y á los pies, á los actos y á todas las épocas de la vida... Debe ser ex-

terior, y sobre todo interior. Debe reinar en los pensamientos, los deseos y los afectos, la inteligencia, la memoria y la voluntad, el espíritu y el corazón. Es de todas las edades y de todas las condiciones...

7.º La penitencia debe continuarse hasta la muerte... S. Clemente, discípulo de S. Pedro y sucesor suyo, asegura que aquel apóstol tuvo un dolor tan grande por su caída, que hizo penitencia durante toda su vida, y cada noche, al cantar el gallo, se prosternaba y derramaba amargas y abundantes lágrimas, de manera que sus ojos estaban siempre encendidos. (Hist. Eccles.)

Los que desean con ardor practicar las mortificaciones de la penitencia, dice S. Gregorio, las buscan como el minero que cava para hallar un tesoro: cuanto más se acerca á su objeto, más ardor pone en su obra: *Qui plene mortificationem appetunt, quasi effodientes thesaurum querrunt; quia, quanto sunt viciniores ad finem, tanto se exhibent ardentiores in opere.* (Homil. XXXIV. in Evang.)

La penitencia debe comenzar con la vida, y acabar sólo con ella...

La hermosura y suavidad de la rosa compensan ventajosamente de las espinas que la rodean y que mortifican á los que la cogen. El deseo de la ganancia y la esperanza de volver á ver la patria, dulcifican las penas de los navegantes, que arrastran los peligros del mar... La esperanza de la curación hace prescindir de la amargura del remedio... Así también el cristiano que quiere tener la alegría de una buena conciencia, halla fácil y dulce el penar...

Por otra parte, la gracia viene en auxilio del penitente. Los consuelos que se encuentran en los sufrimientos son muy superiores á todas sus amarguras. Dice hace que los consuelos sean proporcionados á la penitencia... Por esto S. Pablo, que se entregaba á muy grandes austeridades, exclamaba: Estoy lleno de consuelos, nado en la alegría al sufrir todas nuestras tribulaciones: *Repletus sum consolatione; superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.* (II. Cor. VII. 4.)

He hallado, dice S. Ambrosio, he hallado más fácilmente personas que hayan conservado su inocencia, que personas que hayan hecho una penitencia conveniente: *Facilius inveni, qui innocentiam servaverunt, quam qui congrue egerint penitentiam.* (Lib. II de Penit. c. X.)

Dios ha dado al hombre medios y tiempo para hacer penitencia, dice Job; y en su orgullo, éste abusó: *Dedit et Deus locum penitentiae, et ille abutitur eo in superbiis.* (XXIV. 29.)

El pecado que no está destruido por la penitencia, arrastra pronto, con su propio peso, á otros pecados, dice S. Gregorio: *Peccatum, quod penitentia non deletur, mox suo pondere ad aliud trahit.* (Homil. XXIV. in Evang.)

La penitencia es un freno el que lo desceuda, se ve muy pronto arrastrado por el demonio, el mundo y la carne...

¡Ay! ¿qué costumbres son las de los que huyen de la penitencia, no la quieren y la abortecen? Van de exceso en exceso, de crimen en crimen, de abismo en abismo, recorren en sus caídas todos los grados del vicio y de la desgracia, sin poder fijarse en ninguno... Sólo pararán en el infierno...

La penitencia no es penosa.

Esta es la verdadera penitencia.

Exceso á que se entregan los que desprecian la penitencia. Son dignos de lástima.

Todo árbol que no lleva buenos frutos, será cortado y arrojado al fuego, dice S. Juan Bautista: *Omnis arbor, que non facit fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur.* (Math. III. 10).

Si no hacéis penitencia, todos pareceréis, dijo Jesucristo: *Nisi poenitentiam egeritis, omnes similiter peribitis.* (Luc. XIII. 5).

El pecado no puede quedar sin castigo; si el pecador no se castiga á sí mismo, Dios le castigará...

O penitencia, ó muerte eterna...

San Pedro Damiano indica el medio de hacer una buena y sincera penitencia. Queréis, dice, queréis saber cómo, en el seno de la paz de la Iglesia, podéis adquirir los méritos de martirio? Llegad al tribunal de vuestra conciencia, y dirigios la pregunta... Acuso el pensamiento, juzgao la razon, cumplá la penitencia las funciones de ejecutar, y llame; corran tambien las lágrimas. Y con esta imitación del martirio llegareis á la dignidad de los que han derramado su sangre por la fe. (In Epist.)

Para hacer buena y sincera penitencia, se necesita además:

- 1.º Acordarse de los pecados...
- 2.º Imitar á Magdalena, de quien dice S. Gregorio: Halló tantas holocaustos para ofrecer, cuantos fueron sus gozos; hizo tantos actos de virtud, cuantos fueron los crímenes que cometi6; y esto, á fin de que quedase empleado en el servicio de Dios por medio de la penitencia todo lo que habia redundado en desprecio de Dios con las culpas (1);
- 3.º Tomar por los pecados cometidos...
- 4.º No perder de vista el tiempo que tiene el hombre seguro, pues sólo puede disponer del presente...
- 5.º Respetar el mundo...
- 6.º Humillarse...
- 7.º Pensar en el infierno...
- 8.º Acordarse del Cielo...
- 9.º Meditar en la pasión y muerte de Jesucristo...

(1) Quod habit in se oblectamenta, tot de se invenit holocausta: convertit ad suorum virtutum numerum criminum: ut totum recideret dies in poenitentia, quodquid ex se deum contempserat in culpa. (HOMI. XXXII.)

PERDON DE LAS INJURIAS.

Des ha impuesto á los cristianos la obligacion no sólo de perdonar las injurias que hayan recibido, de no aborrecer á sus enemigos, y de no tratar de vengarse de ellos, sino tambien de amarlos y de hacerles bien.

Oid á Jesucristo: Ya sabéis lo que está dicho: Amared á vuestro prójimo, y aborreced á vuestro enemigo. Pero yo os digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y grad por los que os persiguen y calumnian: *Audistis quia dictum est: Diliges proximum tuum, et odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos, et orate pro persequentibus et calumniantibus vos.* (Math. v. 44.) S. Lucas trae las siguientes palabras del Salvador: Os lo digo, amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen. Bendicid á los que os maldicen, y grad por los que os calumnian. Al que os liera en una mejilla, presentadle tambien la otra (1).

Amared, dice tambien Jesucristo, amared al Señor, vuestro Dios, con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma y vuestro espíritu. Este es el primero y el mayor de los mandamientos. El segundo se le parece: Amared á vuestro prójimo como á vosotros mismos. Estos mandamientos encierran toda la ley y los profetas (2).

Aun más: Os mando que os améis los unos á los otros: *Hec mando vobis, ut diligatis invicem.* (Joann. XV. 17).

Tenad cuidado, escribo el gran ap6stol á los galatonicenses; tenad cuidado que nadie haga á otro mal por mal; buscad antes bien la felicidad los unos de los otros y de todos: *Videte ne quis malum pro malo sibi faciat; sed semper, quod bonum est, sectamini in invicem et in omnes.* (I. v. 15).

Tenemos este mandamiento de Dios, que el que ama á Dios ama tambien á su hermano, dice el ap6stol S. Juan: *Hoc mandatum habemus á Deo, ut qui diligit Deum, diligit et fratrem suum.* (I. IV. 21).

Si ves que el jumento de un enemigo tuyo ha caido con su carga, dice el Señor en el Exodo, no pases adelante, y ayúdale á levantarle: *Si videris alicuius oneris te jacere sub onere, non pertransibis, sed sublevaris eum eo.* (XXIII. 5).

Sufrid á vuestros enemigos, dice S. Gregorio: amad antes bien como hermanos á los que sufren: *Tolerate adversarios vestros, sed ut fratres diligite, quos toleratis.* (Moral.)

(1) Vobis dico: Diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos. Benedicite et maledicentibus vobis, et orate pro calumniantibus vos. Et qui te percutit in maxillam, probe et alteram. (VI. 27-29).

(2) Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua. Hoc est maximum et primum mandatum. Secundum autem simile est huic: Diliges proximum tuum sicut teipsum. In his duobus mandatis, universa lex pendet et propheta. (Math. xii. 37-40).

Jesucristo no
había ejemplo
de amor a
los enemigos.

Desde lo alto de la cruz, Jesús decía: Padre mio, perdonales, porque no saben lo que se hacen: *Jeus autem dicebat: Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.* (Luc. XX. 34). Reuniéndose al rededor suyo, sus enemigos, transportados de furor y animados de odio implacable, gritaban: Crucifícale. Jesucristo dijo á su Padre: Perdonaos...

Isaías había profetizado que el Salvador rogaria por sus perseguidores: *Pro transgressoribus rogabit.* (LIII. 12).

Jesucristo pone sobre todo el misterio de pasion el sello de su intiguo y admirable amor. Olvidando en cierta modo sus crueles dolores, y olvidándose á sí mismo, ora por sus enaguas y por los que le crucifican. Jesucristo nos enseña así á triunfar del mal haciendo bien, á hacer buenos servicios en camino de los daños que nos causen, á amar á nuestros enemigos y á vencerlos generosamente, para que lleguen á ser nuestros amigos, y amigos de Dios...

Jesucristo es un espejo vivo de misericordia, y su ejemplo es el más poderoso agonjon que puede hacernos perdonar. Con las entrañas de su misericordia, se ha levantado en las alturas del Cielo para visitarnos: *Per viscera misericordie visitavit nos, oriens ex alto.* (Luc. I. 78). Vino para aliviar y curar nuestras miserias, que eran numerosísimas y muy grandes. Aunque éramos enemigos suyos, derramó sobre todos nosotros los tesoros de su bondad, ora en la encarnacion, ora durante su vida, y sobre todo en la cruz. ¿Queréis tener una viva imágen de la ternura, de la misericordia y caridad de Jesucristo? Contempladle en la cruz, donde es todo miseria, dolor y heridas, porque es todo caridad, ternura y misericordia. No sólo derramó sobre nosotros esos tesoros en su encarnacion, durante su vida y su muerte, sino despues de su resurreccion, y nos los prodigará durante toda la eternidad; ha sido, es y será todo caridad, todo misericordia. Como dice santo Tomás en uno de los hermosos himnos del oficio del Santísimo Sacramento, Jesucristo con su nacimiento se hizo hermano y compañero nuestro; el fin de su vida se hizo nuestro alimento; en la hora de su muerte fué el precio de nuestra libertad, y en el Cielo, en donde reina, se nos da por recompensa:

*Se nascens dedit socium,
Convalescens in cubulum,
Se moriens in pretium,
Se regnans dat in premium.*

San Bernardo dice: Jesucristo fué azotado y coronado de espinas; tiene las manos y los piés clavados; está puesto en la cruz, lleno de oprobios. Y sin embargo, olvidando todos sus dolores, exclama: Padre mio, perdonaos, pues no saben lo que se hacen. ¡Con qué presteza olvida los ultrajes y perdona! O Señor, qué grandes y múltiples son vuestras misericordias! ¿Qué apartados están vuestros pensamientos de los nuestros! ¿Cuánta piedad os inspira el impio! ¡Cosa admirable! Jesucristo exclama: Perdonaos. Y los judios: Crucifícale! *Ille clamat: Ignosce, Judaei: Crucifige.* O judios, tenéis corazones empedernidos; herís la misericordia encarnada de la que sale el óleo de la caridad. ¡Con qué debicis, ó Señor, embriagais á vuestros amigos en el Cielo,

llegando á derramar el óleo de vuestra misericordia sobre los que os crucifican y maldicen! (*Serm. de Pas. Dom.*)

La caridad, dice S. Crisóstomo, ignora lo que es un oprobio y una deshonra, y cubre con sus alas de oro los vicios de cuantos altraza: *Probrum et delectus quid sit, ignorat caritas; ois aureis omnium, quas complectitur, vitia legit.* (In Galena).

Los Santos han dado los más hermosos ejemplos del modo de perdonar las injurias. Véase la vida del casto y caritativo José. Debemos, dice S. Ambrosio, debemos admirar justamente á José, quien antes de la predicacion del Evangelio observó la siguiente conducta; herido, no se vengó; atacado, perdonó; vendido, no aplicó la pena del talion, sino que devolvió beneficio por ultraje. Todos, con la predicacion del Evangelio, hemos aprendido á conducirnos de la misma manera. ¡Y sin embargo no podemos hacerlo! (1).

Los judios, llenos de ciego furor, apedrean á S. Esteban, que cae de rodillas exclamando: Señor, no les imputéis por este pecado: *Positis genibus, clamavit voce magna, dicens: Domine, ne statuas illis hoc peccatum.* (Act. VII. 58-59.)

Somos maldicidos, y bendicidos, dice el apóstol de las gentes; somos perseguidos, y lo sufrimos; injuriados, y oramos; *Maledicimus, et benedicimus; persecutionem palmar, et sustinemus; blasphemamur, et obsecramus.* (I. Corint. IV. 12-13).

San Ambrosio devotiva siempre bien por mal, y no se vengaba de las injurias sino con beneficios. (*Ita Augustinus.*)

Antes de tratar una batalla contra Eugenio, el emperador Teodosio publicó un edicto por medio del cual perdonaba todas las injurias que se hubiesen podido cometer contra su persona, ya de palabra, ya con acciones. Si es por ligereza indiscreta que alguno ha hablado contra nosotros, no debemos prestar atencion á ello; si es por locura, debemos compadecernos, y si es con deliberado propósito, queremos perdonar. (*Socrat., Hist. eccles., lib. VII. c. XXII.*)

Habiéndose rebelado por un nuevo impuesto que el emperador Teodosio habia establecido para hacer guerra contra el tirano Maximo, los habitantes de Antioquia llevaron su insolencia al último extremo: arrastraron ignominiosamente por calles y plazas las estatuas del emperador, de su hermana, de sus dos hijos y de la emperatriz, y las rompieron. Teodosio determinó castigar severamente á los habitantes de aquella ciudad culpable. Por su parte, Flavio, obispo de Antioquia, trató de calmar la ira del emperador, diciéndole entre otras cosas: Es verdad que los habitantes de Antioquia me han comisionado á fin de tratar de conseguir una gracia de la que se juzgan enteramente indignos; pero yo vengo tambien en nombre del Soberano Señor de los ángeles y de los hombres, para declararos que, si perdonaís las faltas cometidas, os per-

(1) *Juro mirandus Joseph, qui hoc fecit ante Evangelium, ut innox, parceret; appetit, ignoscere; vendit, non referret injuriam; sed gratiam pro condempnis solvere. Quod post Evangelium omnes didicimus; et servare non possumus!* (lib. II. Offic., c. VII.)

Los Santos lo
han imitado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

DI. D. LIBRARIO PECAS

donará también las de que sois reo. Muy diferente de los otros diputados, que se os presentan con ricos regalos, yo no me presento más que con la ley de Dios para rogaros que imitéis el ejemplo que os dió el Salvador al expirar en la cruz. Profundamente conmovido, el emperador no contestó más que pocas palabras: Si Jesucristo, nuestro soberano Señor, perdonó á sus verdugos, y hasta oró por ellos, dijo, yo no debo titubear en perdonar á los que me han ofendido. No soy yo un hombre miserable como ellos, y servidor del mismo amo? (*Socrat., Hist. ecclés. lib. VII. c. XXII.*)

No se puede decir á S. Pemon, abyentur el mal con el mal; así pues, cuando alguno se porta mal con nosotros, hacédele bien, para que podáis vender el mal por medio del bien. (*Vit. Patr.*)

¡Qué hermosas son las palabras pronunciadas por el mártir S. Leon en el momento en que más padecía! Señor, que ha merecido la muerte, sino la conversión de los pecadores, exclamó, hacel que los autores de mi muerte os conozcan y obtengan el perdón de sus crímenes, por los méritos de vuestro único hijo Jesucristo, nuestro Salvador. Y expiró. (*In eja vita.*)

Unos monjes envidios del ólio envenenaron la copa de S. Benito. En el momento en que el Santo se disponía á beber, habiendo hecho, como solía, la señal de la cruz en el vaso, éste se rompió al punto. El célebre abate reconoció en aquel prodigio que el vaso contenía una bebida mortal; pero, lejos de manifestarse admirado, dijo con dulzura á aquellos monachos: Dios es el que perdona. (*Surius, in eja vita.*)

San Antonio perdonó generosamente á un asesino que le había asestado una puñalada. (*Surius, in eja vita.*)

San Ubaldo fué derribado al suelo por un hombre furioso. El pueblo, indignado, amenazó al culpable con un castigo terrible. Este se arrojó entonces á los pies del Santo, que por todo castigo se contentó con abrazarle y librarle del castigo. (*Surius, in eja vita.*)

Habiendo el hermano de Juan Guualberto, hijo de una poderosa familia de Florencia, sido asesinado en tiempos de disturbios por uno de sus enemigos, Juan resolvió hacer cuanto estuviese en su mano para vengar su muerte. No tardó en presentarse la ocasión. El mismo día de viernes santo halló á su enemigo en un paso tan estrecho, que ni uno ni otro podían evitarse. Juan echó mano de la espada, y se dispuso á pasarle el cuerpo. Viéndose el asesino perdido, se arrojó á sus plantas, y con los brazos extendidos en orat, le conjuró por la pasión de Jesucristo que no le quitase la vida. Guualberto, conmovido por aquel espectáculo, le dijo: No puedo negaros lo que me pedís en nombre de Jesucristo; no sólo os concedo la vida, sino también mi amistad. Y se abrazaron: Bendecido por Dios, sobre todo por esta generosa acción, Juan Guualberto llegó á ser un gran Santo y el fundador de una orden ó congregación célebre en la Iglesia. (*In eja vita.*)

Podrían citarse muchísimos ejemplos igualmente notables del perdón de las injurias...

Los mismos paganos perdonaban á los enemigos.

En el libro duodécimo de sus *Historias diversas*, Elien cuenta que Focion, general ateniense, fué condenado á morir envenenado, siendo inocente. En el momento en que el verdugo le presentaba la copa fatal, le preguntaron, si algo

mandaba para su hijo, á lo cual respondió: Sólo tengo que encomendarle que se olvide de la bebida que los atenienses me han presentado, y que bebo: *Mando ei ut obliviscatur potus hujus, quem nunc ab atheniensibus oblatum bibo.*

El rey Antigonas tenía la costumbre de decir que el perdón era más poderoso que la venganza. (*Anton. in Meliss.*)

César Augusto perdonó á Cinna, que había tramado su muerte. Lo mandó presentarse, y le dijo: Cinna, te perdono la vida, aunque primero hayas sido enemigo mío, y luego un conspirador y un parricida. El emperador hasta llegó á ofrecerle el consulado. Tanta generosidad conmovió al cabo á Cinna, de modo que fué sujeto á Augusto, quien, al morir, le dejó parte de su fortuna privada. (*Senec. de Clementia.*)

Habiendo Demóstenes sido insultado por uno de sus rivales, contestó: No quiero tratar una lucha en la que es mucho más preferible ser vencido que vencedor. (*Plutarco, Vit. illust. vir.*)

Habiendo cierto sujeto injuriado á Aristipo de Cyrene, contestó el filósofo: Tú puedes ultrajarme; pero yo puedo escucharte con calma. (*Plutarco, ibid.*)

Cicerón dijo de Julio César: No se suele olvidar más que de las injurias: *Nihil est oblivisci solis, nisi injurias.* (Orat. pro Marcello.)

El sabio, dice Séneca, es superior á la injuria: *Sapientia injuria superior est.* (De Clementia.)

Los mudanos creen que es vil y vergonzoso el perdonar una injuria; pero se engañan, pues es muy honroso aprovechar la ocasión de practicar un acto de virtud heroica, como es el acto de perdonar, de reconciliarse y de amar á su enemigo. Por esta razón, el hombre que sabe olvidar y perdonar una ofensa, es sin duda alguna un hombre superior. Dueño de su ira y de la pasión de la venganza, merece estimación y gloria.

De una cosa útil, dice Eurípides la lengua imprudente hace surgir grandes altercados, profundos odios y luchas deplorables; pero el hombre prudente se guarda muy bien de excitar querrelas y provocar ofensas; con su magnanimidad calma los odios más terribles. (*Plutarco, Vit. illust. vir.*)

Es preferible y es también más digno de un gran corazón el perdonar una injuria, que el quedar vencedor en una disputa, dice Musonio: *Satis est, et excelsi viro dignum, injuriam vincere, quam litem.* (Anton. in Meliss.)

Pitágores uno de los siete sabios de Grecia, que encontró un día ocasión de vengarse de una injuria, dijo: Mejor es el perdón que la venganza: el perdón es propio de un carácter pacífico, y la venganza no cuadra más que á un espíritu de fera; *Vincit ultione melior est: illa namque mitis est ingenti, haec ferit.* (Ita Laertius.)

Pitágoras dice: Considerad como una gran habilidad el sufrir la inexperiencia de los otros: *Magnam peritiam excillimam, qua ferre potes aliorum imperitiam.* (Plutarco, Vit. illust. vir.)

El que con perjuicio suyo se venga de su enemigo, dice Teofrasto, se castiga en vez de castigar: no impongas, pues, á vuestros enemigos una venganza que puede perjudicaros más que á ellos: *Qui inimicum suo cum malo vincit, dat poenas peccatum quam ab illo sumat; non autem illa inimicos ulciscitur, ut tibi magis quam illis obvis.* (Plutarco, ibid.)

Guardar silencio cuando nos insultan, dice Plutarco, es un acto grande, propio de Sócrates y de Hércules; pues ambos despreciaban, como el susurro de un insecto, las palabras injuriosas. (Anton. in Meliss.)

Callarnos en presencia del que nos insulta, y no responder nada al que nos provoca, es una victoria completa, dice Valerio Máximo: *Plena victoria est ad clamantem tacere, nec responderi provocanti.* (Plutarco.)

Efectivamente; el hombre que así obra, halla su recompensa y su gloria en su paciencia y en la curación del prójimo. Así como no hay locura mayor que contestar á los que están furiosos, nada es tampoco más hermoso y más útil que guardar silencio cuando nos provocan; el hombre sabio y prudente no hace caso de las palabras injuriosas que le dirigen, recordando aquella sentencia de Séneca: El castigo de los malos es una alabanza: *A malis vituperari, laudari est.* (De Clementia.)

San Crisóstomo habla de un modo admirable de la grandeza del alma, de la victoria del que perdona las injurias. Enseña que es preciso vencer á nuestro enemigo, no por la venganza, sino por la paciencia, el desprecio de los ultrajes y las burlas. En los combates olímpicos, la ley era vencer causando daño al adversario; pero en la lid abierta por Jesucristo sucede otra cosa. No es aquí el que tiene quien debe ser coronado, sino el herido. Si estuviéramos llenos de mansedumbre, seríamos invencibles y no podrían las ofensas hacernos melía. Preguntad á vuestro enemigo si no sufre y no se mira como vencido cuando es reto de sus insultos y los desprecia (1).

Preguntaban á Teodosio el joven por qué no castigaba severamente á los que le ultrajaban. ¡Oh! contestó, pudiese yo dar vida á los muertos, en vez de condenar á muerte á los vivos! (Socrat., Hist. eccles. lib. VII. c. XXII.)

El alma en la que reina la caridad y la clemencia se parece al Cielo. Y así como el Cielo, muy espacioso, abraza la tierra, la calienta con los rayos del sol, la fecundiza, la riega con lluvias bienhechoras, y la refresca con suaves rocíos; así también el alma elevada abraza en su generosidad, su dulzura y su caridad, á los habitantes de toda la tierra, á los bárbaros y á sus mismos enemigos; hace bien á todos los que pueblan, y riega con su misericordia los sitios más áridos y más horribles, los desiertos llenos de abrigos y espinas, es decir, los corazones llenos de odio y de vicio, y los convierte en fértil campo de Jesucristo. Y así como el firmamento y todos los astros conservan siempre su pureza, su brillo y esplendor, sin que puedan llegar á ellos las más negras neblinas, los vientos, las tempestades, el trueno ni el rayo, una alma grande y caritativa es superior á toda ofensa ó irritación; nada de esto puede llegar á ella...

Tened entendido que nada es más grande, más noble ni más glorioso que olvidar un ultraje...

Cuando os liaren y ultrajan, dice S. Ignacio de Loyola, estad firmes como un yunque; pues es propio de un atleta generoso ser herido y vencer: *Firmiter dum caederis quasi iucus stas, generosus athleta est cadi et vincere.* (In ejus vita.)

(1) In olympis certaminibus diábolus conecrauit lex est, malefaciendo vincere in stadio Christi, omnino lex est contraria; hic enim, non san qui percutit, sed qui percutitur, coronari dectum est. Si mansuetudinem exhiberemus, essetis omnibus insuperabiles; hoc ulla ad nos injuria perveniret. Rogo innumera an non dolent, an non censeat se victum, cum tulerit, cum contemnat ejus injurias. (Homeri. ut pop.)

Las ofensas son materia para ejercitar la virtud, dice S. Gregorio Nazianceno; las adversidades la hacen sobresalir, y la embellocen. Ninguno es más fuerte que los que están prontos á sufrirlo todo: *Virtutis materia est molestia, et adversis ornatus redditur. Nulli est fortius vis, qui ferre omnia parati sunt.* (Disting.)

Nada nos hace tan dignos de respeto como el saber sufrir una injuria, dice S. Crisóstomo: *Nulla res aequi facit venerabiles atque injuriam sustinere.* (Moral.)

Decir que hemos de vengarnos perdonando y amando, es considerado por el mundo ciego como una paradoja, como una opinión loca y extravagante, y sin embargo, es la más hermosa de las venganzas, es una venganza gloriosa y divina. Así se vengó Jesucristo del género humano culpable; así se han vengado también todos los Santos.

No hay corazón tan grande, tan noble, ni tan respetable como el que es bastante capaz para dar lugar al perdón. No hay corazón más vil, más inequívoco y más digno de desprecio que el que jamás supo perdonar.

Prestad oído á las palabras de Jesucristo: Si perdonis á los hombres sus ofensas, dice, vuestro Padre celestial os perdonará las vuestras; pero, si no perdonis las ofensas de los demás, el Padre celestial no os perdonará tampoco los pecados (1).

El abate Juan decía: Salir las injurias es abrir la puerta del Cielo: *Porta Caeli est injuriam permissio.* (Vit. Patr., lib. VII. c. IV.)

El que os insulta os pone en el caso de ejercer un acto de gran virtud y de mucho mérito; es da ocasión de ganar una victoria y de conquistar una corona. No os hace, pues, daño alguno; pues, al contrario, os proporciona un bien si sabéis tener paciencia. Los que os atacan de palabra y de hecho, no son enemigos, ni verdugos, sino expendedores de coronas; lejos de dañar, nos sirven...

Los que sufren con resignación una ofensa, quedan victoriosos del demonio, que ha hecho nacer el insulto, y les impela á la ira y á la venganza; del insultador, que ve inutilizado su ataque; y de sí mismos, habiendo podido ceder al deseo de castigar á su adversario. Triantan ante Dios, que los recompensa con abundantísimas gracias, destinándoles la gloria eterna; y finalmente ante los circunstantes y testigos, que admiran su prudencia, su paciencia, su bondad, su caridad, y se sienten inclinados á imitarles...

Todo lo debemos sufrir por Dios, á fin de que el también nos tolere. Sufrámonos unos á otros con paciencia, para que Dios nos sufra á todos con dulzura, indulgencia y misericordia...

Util y ventajoso es, dice S. Gregorio Nazianceno, enceder la audacia con la mansedumbre, y hacer mejores á los que nos ofenden, llevando con paciencia lo que nos hacen sufrir: *Utile est audaciam mansuetudine vinciri, et meliores reddere injuriam facientes, que nobis inferuntur, patienter ferendo.* (Disting.)

(1) Si dimiseritis hominibus peccata eorum, dimittet et vobis Pater vester, ecclesie delicta vestra; si autem non dimiseritis hominibus, nec Pater vester dimittet vobis peccata vestra. (Matth. VI. 14-15.)

Ventajas que se hallan en el perdón de las injurias.

Quando alguien os insulta, dice S. Crisóstomo, no le echéis la culpa, sino al demonio, que le impelo, y haced reoer sobre este último: toda vuestra ira; en cuanto al desgraciado que sigue el impulso del enemigo, compadecidlo (1).

Si tengo paciencia en las injurias, dice Tertuliano, no sufriré, y no sufriendo, no desearé vengarme: *Si patienter incubabo, non dolebo; si non dolebo, ultionem non desiderabo.* (De Patient., c. IX).

Dios, añade aquel grave autor, se encarga de guardar lo que la paciencia le confia. Si le dais en depósito la ofensa que os han hecho, la vengará; si el perjuicio que os han ocasionado, lo reparará; si el dolor que os han causado, lo curará; y si la muerte sufrida sin culpa, os resucitará (2).

¡Sacad tres grandes ventajas de la paciencia que manifestáis, y del perdón que concedéis á los que os insultan. Sais victoriosos contra vuestro enemigo, edificáis al prójimo, y merecéis las recompensas del Señor, vuestro Dios. Así Saul, conmovido por un beneficio de David, reconoció sus yerros, y le dijo: Eres mejor que yo; pues me has hecho bien, y yo te he pagado con ingratitude... Si tenéis buenas potestades para con vuestro enemigo, contundid y atormentad al maligno espíritu, que es autor de toda la enemistad que os profesa: vuestra adversaria. Nuestra caridad y nuestra paciencia son el tormento del inferno; devoradas de envidia, de malicia y de odio...

La misericordia es reina, dice S. Crisóstomo, verdaderamente reina, y hace que los hombres sean semejantes á Dios: *Misericordia regina est, vere regina, similes faciens homines Deo.* (Moral.)

Los hombres crueles y sin piedad están expuestos á la venganza de cualquiera; á cada paso tienen que temer su ruina, porque su iniquidad les precede y el odio de Dios y de los hombres les persigue. Por el contrario, los hombres de misericordia, los que saben perdonar, no tienen que temer injuria ni violencia, porque su dulzura, la gracia de Dios y la amistad del prójimo les preceden, los acompañan y les siguen...

Oigamos á Jesucristo: Os lo digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y os calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los Cielos, que hace levantar su sol sobre buenos y malos, y bajar la lluvia sobre justos é injustos; porque, si no améis más que á los que os aman, ¿qué recompensa alcanzaréis? ¿No lo hacen también los publicanos? Y si no saludáis más que á vuestros hermanos, ¿qué hacéis más que todos los hombres? ¿No lo hacen los paganos? Sed, pues, perfectos, como vuestro Padre que está en los Cielos. (Math., c. 44-48).

No perdonar es un crimen.

Todo el que aborrece á su hermano, es homicida, dice el apóstol S. Juan: *Omnis qui odit fratrem suum, homicida est.* (I. III. 15). Le mata en su corazón, expulsándole y deseándole el mal...

El odio al prójimo no puede amalgamarse con el amor á Dios: Si alguno

(1) Cum quis te offenderit, nulli ad ipsam aspice, sed ad demonem impellentem, et remi totum in illum effundis; illius autem miserece, qui a demonio impellitur. (Hymn. ad pop.)

(2) Sequitur patientia est Deus: si injuriam deposueris penses eum, aliter est; si daturum, restitutor est; si dolorem, medicus est; si mortuum, resuscitator est. (De Patient., c. x.)

dice que ama á Dios y aborrece á su hermano, añade el mismo apóstol, mienta; porque si no ama á su hermano, á quien ve, ¿cómo puede amar á Dios, á quien no ve? (1).

El hombre rencoroso es muy culpable, como dice S. Basilio. (Homil.)

No perdonar es un pecado de tal naturaleza, que, si no perdonamos, Dios no nos perdonará. Y perdonar es un acto tan meritorio, que cumpléndolo, podemos estar seguros de perdón. Dios abra respecto de nosotros según oremos con nuestro prójimo. Cuando perdonamos, Dios nos perdona; cuando nos vengamos, Dios se venga. Así es que Dios nos ha dejado la elección del juicio que debe aplicársenos: suave, si perdonamos; inexorable, si conservamos odio contra nuestros enemigos...

Expresamente lo dice Jesucristo: Si perdonáis á los hombres sus ofensas, vuestro Padre celestial os perdonará las vuestras; pero, si no perdonáis á los demás, vuestro Padre celestial no os perdonará tampoco. (Math. VI. 14-15).

Mal servidor, dice en el Evangelio el amo, á más bien Jesucristo; mal servidor, te he perdonado tu deuda, porque me lo has pedido. Y así como yo me he compadecido de ti, ¿no debías tú haberte compadecido de tu compañero? Y el amo, irritado, lo entregó á los ejecutores, hasta que pagó toda su deuda. Así obrará mi Padre celestial, concluye Jesucristo, si cada uno de vosotros no perdona de corazón lo que su hermano le debe: *Sic et Pater meus celestis faciet vobis, si non remiseritis unicuique fratri suo de cordibus vestris.* (Math. XVIII. 34-35).

Se os medirá con la medida que hayáis empleado para los demás, dice Jesucristo: *In que mensura mens fueritis, remittetur vobis.* (Math. VII. 2).

Un juicio sin misericordia aguarda al que no ha hecho misericordia, dice el apóstol Santiago: *Judicium sine misericordia illi, qui non fecit misericordiam.* (II. 13).

El que quiere vengarse, dice el Eclesiástico, encontrará la venganza del Señor, quien tendrá presentes los pecados cometidos: *Qui vendicari vult, á Domino inveniet vindictam; et peccata illius servavi servabit.* (XXVIII. 4).

Perdona á tu prójimo que te daña, añade el Eclesiástico; y cuando oras, tus pecados te serán perdonados: *Relinque proximo nucenti te, et tunc, deprecanti tibi peccata solentur.* (XXVIII. 2).

Dios no perdona á quien no perdona á su prójimo: el odio es, pues, un crimen...

Si conservamos rencor, pronunciamos nuestra condenación en la oración dominical que recitamos cada día. Señor, decimos, perdonadnos nuestras culpas, como nosotros perdonamos á los que nos han ofendido: *Dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris.* (Math. VI. 12). Así, pues, si nosotros no perdonamos, Señor, no nos perdonéis. Mal servidor, te jurgo por tus propias palabras, dice Jesucristo: *Ex ore tuo te judico, serve nequam.* (Math. XVIII. 32).

(1) Si quis dixerit quomodo diligit Deum, et fratrem suum odit, memias est. Qui enim non diligit fratrem suum, quem vidit, Deum, quem non vidit, quomodo potest diligere? (I. IV. 20.)

El que aborrece al prójimo es culpable como nosotros obramos cuando con el prójimo.

El que no perdona se condena á sí mismo.

Nadie que tenga enemistades tenga bastante audacia para acercarse á Dios y orar, dice S. Crisóstomo: *Nemo adeo audax sit, ut, inimicitias exercens, ad Deum pergat orandum.* (Moral).

El hombre, dice el Eclesiástico, conserva su ira contra el hombre; y pide á Dios su curación! No tiene lástima de un hombre semejante á sí mismo; é intercede por sus propios pecados! El que no es más que carne, guarda su ira; é implora la clemencia de Dios! ¿Quién orará por los pecados que ha cometido? (1).

El odio se compara con justicia á la abeja, que, para vengarse, introduce su aguijón en el cuerpo de lo que persigue, y no pudiendo sacarlo, pierde el aguijón y la vida. Así es que el que se niega á perdonar, murmura, hace ruido, se agita, y para vengarse y herir á su prójimo se hiera á sí mismo el primero, matando su alma con el pecado mortal. El Real Profeta tenía á la vista esta semejanza, cuando decía: Se han arrojado sobre mí como un enjambre de abejas: *Circumderunt me sicut apes.* (CXVII. 43).

Ceguedad y malicia del que se niega á perdonar.

¿Cuán apartados están de la virtud, madre del perdón, la mayor parte de los hombres! decía el bienaventurado Tomás Moro. Muchos de ellos escriben los beneficios en la arena, y graban las ofensas en el mármol: *Quam longe ab hac virtute abest vulgus hominum! Beneficia pulvis, maleficia marmor insculpit!* (In ejus vita).

El que dice que está en la luz (de la razón, del Evangelio, de la fe, de la gracia), y aborrece á su hermano, está aún en las tinieblas, dice el apóstol S. Juan. El que ama á su hermano (y le perdona sus ofensas), vive en la luz, y no hay en él motivo de culpa. Pero el que aborrece á su hermano, está en las tinieblas, y anda en las tinieblas, y no sabe á dónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos (2).

Si habeis empezado á ser hombre de luz, dice S. Cipriano, conducidos como corresponde á un discípulo de Cristo, pues el Cristo, es luz y día. ¿Por qué, abandonándoos á la ceguedad del odio, apagais en vosotros toda luz de paz y caridad? ¿Por qué volveis al demonio, á quien habiais renunciado? ¿Por qué os parecéis á Cain? (3).

Así como el que tiene la caridad tiene á Dios dentro de sí mismo, el que tiene el odio tiene al demonio, dice S. Basilio: *Sicut, qui caritatem habet, Deum in se habet; ita, qui odium habet, demonium in se continet.* (Homil. in Epist. S. Joann.)

El que aborrece á su hermano, anda en las tinieblas, y no sabe á dónde va. Pues, sin saberlo, va al infierno, añade S. Cipriano. Ignorante y ciego, corte

(1) Homo homini reservat iram; et a Deo querit misericordiam; in hominem similitem sibi non habet misericordiam; et de peccatis suis supplicat? Ipsi, cum eas sibi reservat iram; et supplicationem petit a Deo. Quis exorabit pro Rebelli Ithius? (xxvii. 3-5).

(2) Qui dicit se in luce esse, et fratrem suum odit, in tenebris est; usque adhuc. Qui diligit fratrem suum, in lumine manet, et scortellum in eo non est. Qui autem odit fratrem suum, in tenebris est, et in tenebris ambulat, et non scit quid eam tenebras obsecerant vultus ejus. (I. II. 9-11).

(3) Si homo lux esse corpore, que sunt Christi, goret; quia lux et dies Christus est. Quia invisibilis creabitur, noni pacis et caritatis lumen extinguatur? Quid ad diabolum, cum renuntiaveras; rediit? Quid Cain similis existit? (De Unit. Eccles.).

al castigo, y todo porque se aleja de la luz de Cristo, que le advierte y le dice: Soy la luz del mundo; el que me sigue, no anda en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (1).

Cierto es que no hay vicio que extravié tanto la razón y haga tan malo al hombre, como la ira, la envidia y el odio...

Son la ceguedad espiritual y la perversidad del corazón las verdaderas causas de las injurias que se cometen y de que se niegue el perdón de las que se han recibido.

Vamos lo que dice Aristóteles: Así como un estómago débil, dice, no puede digerir alimentos más pesados que aquellos á que está acostumbrado, un espíritu débil y bajo no puede tampoco sufrir una palabra algo dura: *sicut enim debili stomachi est cibum duriorum non posse concoquere; ita pusillanimi est verbum duriusculum non posse sustinere.* (Lib. IV. c. III).

¡Qué! dice S. Agustín, tantos hombres, mujeres, niños y nobles y delicadas vírgenes, han sufrido con ánimo sereno ser arrojados al fuego y expuestos á las furias. Y decimos nosotros que no podemos sufrir las injurias de los hombres! No puedo comprender con qué frente, con qué conciencia deseamos participar en compañía de todos los Santos, en la eterna bienaventuranza, nosotros que nos negamos á imitar su ejemplo en las cosas más insignificantes (2).

Ser fuerte para dañar, es tener el poder de la peste, dice Séneca: *Pestiferis vis est valere ad nocendum.* (Lib. I. de Clement.)

Queriendo manifestar que no merece una injuria, al que se irrita en seguida, prueba que la merece, dice S. Ambrosio. Así pues, el que desprecia una injuria es más digno de estimación que el que se queja de ella; porque el que la desprecia prescinde de ella como si no la sintiese, en tanto que el que de ella se queja da á conocer que ha sido su tormento (3).

En las injurias y ultrajes, el vencedor es más débil y miserable que el vencido, dice S. Basilio, pues sale de la lucha más cargado de faltas... (*Regul. Brevis. CLXXVI.*)

Más vale, dice S. Gregorio Nazianzeno, ser vencido, conservando la decencia, que vencer con peligro á injusticia. Los que aman las contiendas, buscan su gloria en una cosa evidentemente mala, y se glorían de su deshonra (4).

(1) Ille enim necesse in gubernari, ignarus et cecus in pœnam, videretur, si illic, et Christi lumen, momento et vicinis: ego sum lux mundi; qui sequitur me, non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vite. (De Unit. Eccles.).

(2) Tot viri, tot mulieres, pueri, tanto et tam delicate puellas, flammis, et ignes, et bestias repugniter pertulerunt; et eos hominum convicia dicimus tolerare nos posse? Unde merito que fuit, nec que conscientia, cum similibus casibus pariter in altis-machinatioibus? Responderemus quomodo exemplis qui in rebis humanis non acquiescimus? (Sermo. LXV de Temp.).

(3) Is qui cito injuria movetur, facit se dignum eideri contumelia, dum vult ea indignus probari. Melior est illeque, qui contemnit injuriam, quam qui dolet; qui enim contemnit, quasi non sentiat, ita loquitur; qui autem dolet, quasi sentiat, loquitur. (Lib. I. Offic. c. XXVI).

(4) Fortassis honeste vincit, quam pecculose et injuste vincere. Qui ingenio non bellico, gloriam suam ex publico malo venantur, et indecore suo gloriantur. (In Diatriba).

Hay vergüenza y debilidad en no perdonar y en vengarse.

El hombre impaciente, rencoroso y vengativo, es tan débil, que es venci- do: 1.º por una injuria...; 2.º por el que se la dirige...; 3.º por la ira...; 4.º por el demonio...; 5.º por los testigos de su cobardía que le vituperan y condenan...; 6.º por Dios, que le abandona y le deslina á sufrir penas eter- nas...

Nadie es más fuerte que el que está respetado á sufrirlo todo, dice S. Gre- gario Nazianzeno. Pero tampoco nadie es más débil y cobarde que el que nada puede sufrir, ni siquiera una palabra. (Distich.)

Si es irritado contra el que os injuria, dice S. Basilio, probéis que merezcis el ultraje que os ha hecho. Pues, ¿qué cosa más insensata que la ira? Pero, si tenéis calma, cubris de vergüenza al que os insulta (1).

Quié Dios insultado, se porta de una manera muy diferente, que los hom- bres. El hombre prepara la venganza; Dios prepara el perdón y la reconcilia- ción. El hombre se irrita para perder, y Dios para corregir y salvar. El hom- bre obedece á la pasión, á la ira y al odio; y Dios obra sin emoción y por ra- zón. El hombre se venga; y Dios ejerce su justicia, su dulzura y su dulzura. El hombre obra presto y como ciego; y Dios obra con lentitud é inteligencia. El hombre no pesa lo que dice ni lo que hace, y Dios obra con peso y me- dida...

Castigado y des-
graciado es el
hombre que
no perdona.

Los pensamientos del hombre rencoroso é irritado se parecen á las viboras, que roen las entrañas de su misma madre, dice S. Jerónimo; *Irati hominis cogitationes partu sunt vipera, cressera matris exrodentes.* (Epist.)

El hombre que insulta y el que no puede sufrir el ultraje, ambos están atormentados por la injuria, la ira, la envidia, el odio y los proyectos de ven- ganza; son aborrecidos de Dios y de los hombres...

Despreciando los hombres rencorosos la humildad, dice S. Agustín, quie- ren vengarse: como si el mal de otros pudiera serles útil. El que ha sido ofen- dido, quiere vengarse, busca aplacar su pena con el mal de otro; y consigue gran tormento. Creéis que es mucho vengarse de vuestro enemigo; pero, si queréis absolutamente una venganza, voleros contra vuestra ira, que es vuestra verdadera enemiga y mata vuestra alma. Por esto debéis orar á Dios para que extinga, no á vuestro enemigo, sino vuestra enemistad, obrar así es una santa venganza (2).

Vengarse proporcionándonos un placer cruel, es imitar á los malignos, es- píritus que nos hacen todo el mal que pueden por pura perversidad. Pero, como el vano placer, que encuentran en perseguirnos y en hacernos desgracia- dos no dulcifica sus suplicios, el placer que el hombre vengativo saca del odio y de la venganza no dulcifica tampoco sus males ni sus tormentos, sino que, al contrario, los aumenta...

(1) Si irascere convicianti, convicia appropias. Quis enim ira impatiens? Si ve- ro nihil nocens irati, injuriam facientem potius offendi. (In Regul. Aves. CLXXVII.)

(2) Cum insultari desideratur, vincitur volens, quæsi potius cinque potest esse aliena, lassas, injurias passus, vincitur vult; de aliena potius sibi querit medica- mentum, et acquirit grande tormentum. Magnum aliquid putas, si te de inimico tuo vin- digas; sed, si te vis vindicare de inimico tuo, ad ipsum iram te convertito: quomodo ipsa est inimica tua, quam occidit amicum tuum: Quæro orandum est Deus ut occidat, non inimicum, sed inimicitiam; hinc enim est, sanctæ vindictæ. (Serm. ALI.)

No hay hombres tan desgraciados como los que no quieren perdonar. La vista de su enemigo los atormenta, y pensar en él es un suplicio. Si alguno alaba al enemigo, le estima ó le ayuda, es cosa que les pone enfados de envi- dia ó de furor; si prospera, su prosperidad los mata. Jamás tienen reposo: su conciencia les fatiga, tienen siempre presentes sus crímenes, la justicia de Dios les persigue, la imágen de su enemigo les acompaña, y el odio y la inlig- nación pública les siguen; se desgarran á sí mismos, como si se aborreciesen, y en una palabra, encuentran el infierno en la tierra...

El que trata de hacer mal á su prójimo, no llega nunca á perjudicarlo, dice S. Crisóstomo; pero se prepara un tesoro de tormentos que no han de acabar jamás. Los hermanos de José le cubrieron de gloria al perseguirle, y se llenaron de ignominia (1).

No os venguéis vosotros mismos, carísimos míos, decía el gran apóstol á los romanos, dejad obrar la ira de Dios, porque está escrito: A mí la venganza; y la cumplirá, dice el Señor; *Non vos defendentes, carissimi, sed date locum iræ, scriptum est enim: Mihi vindicta; ego retribuam, dicit Dominus.* (XII. 19). Pero, continúa el apóstol, si vuestro enemigo tiene hambre, dadle de comer; si tiene sed, dadle de beber; porque haciéndolo, amontonaréis carbones encen- didos sobre su cabeza: *Sed, si auerit inimicum tuum, cibo illum; si sitit, potum da illi: hoc enim faciens, carbones ignis congeres super caput ejus.* (Rom. XII. 20). Dejad obrar la ira de Dios, es decir, guardad silencio, ceded al hom- bre arrebatado, sufrid con paciencia sus ofensas, perdonadle, dilatad vuestro corazón para llenarlo de caridad; y si vuestro enemigo no se aprovecha del ejemplo que le dais, tendrá que responder á Dios de su conducta.

A mí me pertenece la venganza, y la cumplirá dice el Señor *Meus est ultio; et ego retribuam.* (Deuter. XXXII. 35).

Por más que hayais sufrido, dice Platon, jamás debéis insultar ni vengaros: *Nulla modo injuriandum est neque ulciscendum, quicumque ipse passus fuerit.* (De Legibus).

No digáis: Me vengaré, esperad en el Señor, que os librará, dicen los Pro- verbios: *Ne dicas: Reddam malum; expecta Dominum et liberabit te.* (XX. 22). No digáis: Me vengaré; pues devolver mal por mal no es un acto de justicia, sino de venganza; acto prohibido por el derecho y por las leyes. Es preciso rechazar la injuria con el escudo de la paciencia, y no con el dardo de la ven- ganza...

Esperad en el Señor, que os librará. Esto significa que el ofendido debe de- sear su libertad, pero no el castigo del provocador. Esto quiere también decir que el hombre insultado y herido debe recurrir, no á sus amigos, ni á sí mis- mo, ni á gente armada, sino á Dios; y no debe ver más que á Dios, poner en él sólo su confianza; y esperar de él su libertad. Debo abrazarme á la cruz con todo su corazón y aplicarla á sus heridas como un remedio eficazísimo. Jesu- cristo está siempre pronto á venir en auxilio del afligido y del que le invoca,

(1) Qui proximum affligere tentat illi quidem nihil nocet: sibi autem immortalia tormenta accersit. Fratres persequendo Josephi, spem gloria, seipsum ignominia affecerunt. (In Psal.)

Habían de dejar
á Dios el cul-
pado de ven-
garnos.

con arreo a las siguientes palabras del Salmista: Así como el servidor tiene siempre los ojos fijos sobre su dueño y una criada sobre su dueña, tengo mis miradas fijas sobre el Señor nuestro Dios hasta que se apiade de nosotros (1).

Ved con qué atención y perseverancia mira el perro a su amo y está cerca de él cuando come, aguardando con paciencia que le den. Mirad también á Jesús; no le dejéis, y os concederá todas las gracias...

Cuando cae vuestro enemigo, dicen los Proverbios, no os regocijeis de su ruina, y no se entremezca de alegría vuestro corazón. No digais: Le haré lo que me ha hecho; pues yo, el Señor, dará á cada uno según sus obras (2).

Acercándose Pedro á Jesús: le dijo, Señor: si mi hermano peca contra mí, ¿cuántas veces le perdonaré? ¿Hasta siete? Jesús le respondió: No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete (3).

No os dejéis vencer por el mal, dice el apóstol de las gentes; triunfad del mal por el bien; *Nihil vincis a malo, sed vincis in bona malum.* (Rom. XII. 21). No triunfad del mal por el bien el que sólo es bueno en apariencia y es malo en el fondo: el que perdona con la acción y se encandelece en su corazón; el que tiene la mano dulce y la voluntad cruel (4). Tal es el hombre que oculta por hipocresía su odio y sus deseos de venganza. El perdón que no sale del corazón, nada vale, ni tampoco vale el arrepentimiento que no pasa de los labios...

El perdón debe existir á la par en el corazón y manifestarse exteriormente por medio de la reconciliación. El perdón exterior es necesario para edificar al prójimo, y el perdón interior para satisfacer á Dios que sondea los corazones. Perdonar exteriormente sin querer perdonar exteriormente es un escándalo; perdonar interiormente sin perdonar de corazón, es hipocresía.

El que oculta en su corazón el recuerdo de las injurias, dice S. Eiren, se parece al que alimenta una serpiente en su seno; se hace más daño á él mismo que á los demás (5).

Hay, dice S. Agustín, varias clases de obras de misericordia que practicadas nos sirven de poderoso auxilio para obtener el perdón de nuestros pecados; pero no hay ninguna tan grande como el perdonar de todo corazón las ofensas recibidas (6).

(1) *Sicut oculi servorum in domino dominum suorum, sicut oculi ancillae in manibus domini sui; ita oculi nostri ad dominum deum nostrum, debent advertere nos.* (CXXII. 2).

(2) *Cum caeciderit inimicus tuus, ne gaudeas; et irruina ejus ne exultet cor tuum. Ne dicas: Quisquam fecit mihi, sic faciam ei; reddam inimico secundum opus suum.* (XXV. 17-20).

(3) *Accedens Petrus ad eum, dixit domino: quoties peccabit in me frater meus, et dimittas ei? Usque septies? Dimittit illi Jesus: Non dico tibi septies, sed usque septuagies septies. (Math. XVIII. 21-22.)*

(4) *Non sinit in bona malum, quia in superficie bonus est; et in alto malus, opere parvus, corde saevius; manū mīla, vultu mīle crudelis. (Sentent. CXXLVII.)*

(5) *Qui concelebrat injuriam absconditā in corde suo, similis est ei qui in sinu suo arripientem nutrit; utique sibi magis quam alii nociturum. (De Tim. De.)*

(6) *Multa sunt genera misericordiarum, quae, cum facimus, adjuvamus, ut dimittatur nobis nostra peccata; sed ea nihil est magis quae ex corde dimittimus quae quisque peccavit. (Serm. CCIII. de Temp.)*

Avénis pronto con vuestro adversario mientras camináis con él; no sea que vuestro adversario os entregue al juez, y el juez al ejecutor, y seáis encarcelados, dice Jesucristo. En verdad es lo deciros, no saldréis del encierro hasta que hayáis pagado el último dinero (1).

Haced que no se ponga el sol sobre vuestra ira, dice S. Pablo: *Sol non occidat super iracundiam vestram.* (Ephes. IV. 26.) Estas palabras significan que hemos de reprimir pronto la ira, y que no debe dejarse aguardar el perdón de las ofensas. Haced que no se ponga el sol, es decir, que Jesucristo, que es el verdadero sol, no desaparezca antes de que hayáis perdonado...

Oid á S. Agustín: Haced que el sol, dice, no se ponga sobre vuestra ira, para que Jesucristo no abandone vuestra alma; pues Jesucristo no quiere habitar con la ira y el odio. Arrojadlos de vuestro corazón antes que desaparezca la luz visible, á fin de que Jesucristo, que es la luz invisible, no os abandone (2).

Si al ofrecer vuestros dones en el altar, dice Jesucristo, os acordáis de que vuestro hermano tiene algo contra vosotros, dejad vuestro presente delante del altar, á id primero á reconciliaros con vuestro hermano; y después vendréis á ofrecer vuestro donativo (3). Jesucristo no dice: Si tenéis odio, dejadlo; sino que, si vuestro hermano os tiene también algún odio, id los primeros á explicarle que lo deje. Id allí antes de hacer la ofrenda de vuestro corazón y de vuestras oraciones á Dios, antes de entrar en el lugar santo, antes de confesar ó comulgar...

Es una torpeza y una desgracia no tratar de reconciliarse, y no dar también los primeros pasos.

Sumergidos en las tinieblas del error, los mundanos miran como vergonzoso y degradante el tomar la delantera; pero se engañan, porque nada es más honorífico que cumplir un acto de virtud heroica, tal como el que de aquí se trata. He aquí por qué, aunque sea el menos culpable, y aunque no tenga culpa alguna, el que previene á su adversario y le brinda con la paz, es sin duda alguna estimable, generoso, noble y magnánimo. Vencedor de la ira y del odio, merece elogios, gloria y recompensa, porque aniquila los pensamientos y los proyectos hostiles que existían en sí mismo y el corazón de sus enemigos. Invita á la Divinidad, Dios, infinitamente grande, á quien debemos todo honor y gloria, no previene con su gracia á los pecadores que son sus enemigos? ¿No les advierte, no les insta para que se reconcilien con él y acepten su perdón? ¿No ha enviado con este fin á Jesucristo, único Hijo suyo, según las paí-

(1) *Esto consensio adversario tuo cito cum eo in via cum eo; ut forte tradat in adversarii iudicium, et iudex tradat manibus, et in carcerem miseris. Amen dico tibi, non eris inde, donec reddas novissimum quadrante. (Math. v. 25-26.)*

(2) *Sol non occidat super iracundiam vestram, ne Christus deserat mentem tuam; quia non vult Christus habitare cum iracundia. Ego inquit de corde, antequam occidat lucis visibilis, ne te deserat lux illa invisibilis. (In Psal. XXXV.)*

(3) *Si offers munus tuum ante altare, et ibi recordaberis fratri tui qui frater tuus habet aliquid adversus te; relinque illi munus tuum ante altare, et vale prius reconciliari fratri tuo; et tunc venies offerre munus tuum. (Math. v. 23-24.)*

bras del apóstol: Dios estaba en el Cristo, reconciliando el mundo para sí? *Deus erat in Christo, mundum reconcilians sibi.* (II. Cor. v. 19). Con su ejemplo, Dios honró y glorificó el acto de reconciliarse con su enemigo y de dar los primeros pasos en este sentido. No fué Jesucristo el primero á recibir á Judas que se presentaba para hacerle traición y entregarle á los verdugos? No le dió el nombre de amigo? ¿Quién se atrevería á creer deshonroso lo que Dios considera muy honorífico?...

Los hombres orgullosos que no tienen religión ni caridad, se figuran que la grandeza de alma, el honor y el carácter consisten en manifestarse intratables ante las ofensas recibidas. Éste es un pensamiento y una conducta propios del maligno espíritu y una imitación de sus actos. A consecuencia de la orgullosa levedad que se niega á adelantarse, se perpetúan las enemistades, los odios y las venganzas entre los pecadores del mundo; ninguno quiere empezar á reconciliarse, ni mucho menos á pedir perdón, aunque sea el primer agresor. Y ordinariamente el más culpable es el que manifiesta más terquedad en dar un paso tan hermosa, tan edificante, tan honorífico y digno de elogio. Que dé mi adversario los primeros pasos, dice; y si tuastro adversario dice lo mismo, moriréis ambos sin haberos reconciliado, hablado ni visto; abandonaréis la tierra con el odio en el corazón, dejando por todo recuerdo un horrible escudelo, y os presentaréis así ante el tribunal de Dios. ¡Abi estis ya juzgados y condenados! Entonces no saldréis de las manos del soberano Juez de los vivos y de los muertos antes de haber pagado hasta el último óbolo; pero, no teniendo ya con qué pagar y no pudiendo hacerlo, os veréis detenidos para siempre en el lugar del odio eterno...

El que se reconcilia primero, da prueba de tener una alma liberal, dueña de la ira y del odio, una alma dulce y generosa, y, aun diremos más, una alma celestial y divina.

San Crisóstomo manifiesta de un modo admirable cuán honroso y meritório es prevenir á nuestro enemigo á invitarse á la reconciliación, siendo éste paso un acto de virtud heroica y grandísimo bien para ambos. Así pues, el autor de tan gran bien no es el que es prevenido y rogado, sino el que previene y ruega á su adversario que se reconcilie y perdone. El que se anticipa, dice aquel santo Doctor, tiene todo el mérito y la recompensa de la acción; porque, cuando no abandonáis el odio y la venganza sino después que os han sancionado y se han humillado delante de vosotros, ¿qué mérito tendréis? No es obedeciendo á Dios como habéis cumplido la ley del perdón, sino pensando gracia (1).

No fué el primero Jesucristo para llamarnos á su regazo, reconciliarnos y perdonarnos? Y sin embargo, era inocente; y nosotros éramos culpables, y muy culpables. No puede llamarse cristiano ni discípulo de Jesucristo sino el que imita al Salvador y dá los primeros pasos...

Solo es propio de una alma pequeña y mezquina mantener enemistades; y por el contrario, hacerlas desaparecer es propio de una alma grande y ele-

(1) Qui enim prior venit, is totum lacrum anticipat. Si enim ab alio exoratus, iram relinquat, illi impulator, cujus preulibus impetratum est. Non enim Deo obtemperans, sed illi gratulans, legem adimplevit. (Homil. ad pag.)

vada. Por esto Moisés, al pedir á Dios que perdonase á los judíos rebeldes, pronunció estas notables palabras: Aparezca la fuerza del Señor en toda su gloria, como le jurasteis cuando dijisteis: El Señor es paciente y rico en misericordia; borra las iniquidades y los ornamentos. Perdonad, os lo ruego, el pecado de este pueblo, según la grandeza de vuestra misericordia (4).

PRIMER MOTIVO: Hemos ultrajado á Dios mil veces más de lo que nos han ultrajado; y por lo mismo tenemos una necesidad inmensa de que Dios nos perdone... Pero Dios no nos perdona sino con la condición de que nosotros también perdonemos; debemos, pues, perdonar...

SEGUNDO MOTIVO: Nuestra debilidad. No hay crimen cometido que no pueda cometer cualquier hombre, si le abandona Dios, que nos ha creado y nos dirige, dice S. Agustín: *Nullum est peccatum, quod fecit homo, quod non possit facere alter homo, si desit Rector, si quo factus est homo.* (Sulliq., c. XV). Seamos, pues, indulgentes para los que nos ofenden.

TERCER MOTIVO: Nuestro parentesco en Adán y Jesucristo. Recordemos que somos miembros unos de otros, dice S. Pablo: *Sumus inicem membra.* (Ephés. IV. 25).

CUARTO MOTIVO: Todos somos, 1.º creados á imagen de Dios... 2.º hijos de Dios... 3.º rescatados con la sangre de Jesucristo... 4.º miembros de Jesucristo... 5.º hijos de la misma Iglesia... 6.º hermanos en Adán, en Jesucristo y en la Iglesia... 7.º destinados para el Cielo... 8.º salidos del mismo origen, y todos mortales, siendo bajo este concepto perfectamente iguales... 9.º Tenemos necesidad de indulgencia, por ser débiles y pecadores... 10. El formal precepto de Dios no excepta á nadie... 11. El perdón es el precio de nuestra salvación y de nuestra felicidad eterna...

Sofrimos fácilmente las injurias, cuando examinamos en el fondo de nuestra conciencia los pecados cometidos y vemos que las hemos merecido mayores, dice S. Gregorio: *Tunc illata convicia bene toleramus, cum in secreto mentis ad mala perpetrata recurrimus, et majora nos meritis videmus.* (Moral., lib. XXXI, c. XXVII).

Hemos de decir con un corazón contrito y humillado: He ofendido á Dios mortalmente; he merecido sufrir durante toda la eternidad, y ser insultado, despreciado y atormentado en el infierno; yo sufrí con resignación una palabra, un pequeño desprecio de uno de mis semejantes... Si se supiere todo lo que he cometido, mucho más se diría y se haría... Esa injuria, esta afrenta es la milésima parte de lo que merezco...

Todas las injurias que pueden dirigirse, nada son si las comparamos con lo que merecemos, añade S. Gregorio. Por esto más bien merecen reconocimiento que ira (2).

Hay otros dos poderosos motivos que nos obligan á perdonar: el primero

(4) Magister ex quo fortitudo homini, vult jurari, dicens: Dominus patiens, et multae misericordiae, auferens iniquitatum et scelera. Dumtaxat, obsecro, peccatum populi injuria serendum magnitudinem misericordiae tuae. (Num. XIV. 17-18.)

(2) Lavo quippe videtur quod injuria percutimur, dum in actione nostra peccamus, qui pejus est quod mereamur, sique illi ut consuetudinis gratia magis quam ira debeatur. (Moral., lib. XXXI, c. XXVII.)

MOTIVOS que obligan á perdonar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS

es la suerte del hombre que no perdona, atormentado por su conciencia, aborrecido de Dios y de los hombres, y maldecido por el Cielo y la tierra... el segundo es la felicidad que experimenta el que sabe perdonar generosamente, pues tiene la paz del corazón, la tranquilidad de la conciencia, es amado y honrado, bendecido de Dios y de los hombres, pasa una vida feliz, tiene la muerte de los justos, y se asegura la posesión del Cielo...

Hombres de perdonar malicia.
Hombres de perdonar malicia.
 Es menester que es desprendáis de toda amargura, ira, indignación, clamor y distracción y de toda malicia, dice S. Pablo á los efesios. Sed buenos y misericordiosos unos para con otros, perdonándoos mutuamente, como Dios os ha perdonado en Jesucristo (1).

(1) sublime y divina moral! ¡Cuán dichoso sería el universo, si se observase!

Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos suyos predilectos, continúa el gran apóstol, y marchad en el amor, siguiendo las huellas de Cristo que nos amó y se entregó á sí mismo por nosotros en obediencia á Dios y en hostia de suave olor (2).

Tened una caridad abundante, escribe á los tesalonicenses; conservad la paz entre vosotros. Os lo suplicamos: reprended á los turbulentos, consolad á los abatidos, sedené el de los débiles, y sed pacientes con todos. Tened cuidada que nadie devuelva á otro mal por mal; buscad siempre, por el contrario, el bien los unos de los otros, y de todos. Os encarezco por el Señor que esta carta sea leída á todos los hermanos. La gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con vosotros (3).

Por qué hemos de defendernos unos á otros? dice S. Grisóstomo. ¿Por qué hemos de luchar? ¿No se nos ha mandado que nos amemos todos, y hasta á nuestros más mortales enemigos? (Moral).

1.º No quiero perdonar...; **2.º** no puedo...; **3.º** yo he sido el insultado...; **4.º** no había dado ocasión...; **5.º** mi hora está comprometida...; **6.º** se reirán de mí...; **7.º** la injuria es demasiado grande...; **8.º** mi adversario es un hombre perverso...; **9.º** si perdona, volverá á empezar...; **10.** ha tratado de arrebatarlo lo que tengo...; **11.** ha atacado mi reputación...; **12.** ha atentado contra mi vida...; **13.** que á lo menos de él los primeros pasos...; **14.** le perdono; pero no quiero verle ni hablarle...; **15.** le hablaré, pero conservaré mi rencor...

Todas estas quejas, todos estos pretextos, todos estos acomodamientos no tienen fuerza alguna ante lo que ya hemos dicho.

(1) Omnis amara iras, et ira, et indignatio, et clamor, et blasphemiam tollatur a vobis, cum veni malitia. Estote autem invicem benigni, misericordes, donantes invicem, sicut et Christus donavit vobis. (I. P. 31-32).

(2) Estote ergo imitatores Dei, sicut illi carissimi: et ambulato in dilectione, sicut et Christus dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis oblationem et hostiam Deo in odorem suavitatis. (Ephes. v. 1-3).

(3) Rogamus vos ut habeatis illa in cordibus... pacem habetis cum eis... Rogamus vos, corrigite iniquos, consolamini pusillanimes, suscipite infirmos, patienter estote ad omnes. Vultis ne quis malum pro malo alicui reddat; sed semper, quod bonum est, sectamini in invicem, et in omnes. Adjuro vos per Dominum, ut legatur epistola haec omnibus fratribus. Gratia Domini nostri Jesu Christi vobiscum. (I. P. 12-15-27-28).

Amad á vuestros enemigos, dice Jesucristo, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y os calumnian: *Dilige inimicos tuos; benefacite his qui oderunt vos, et orate pro persecutoribus et calumniatoribus vos.* (Matth. v. 44). Así se vengó Jesucristo. ¡Oh, esta venganza es hermosa, sublime y divina!...

Verdadero modo de vengarnos noble, victorioso y santamente.

Si vuestro enemigo tiene hambre, dadle de comer, como dice S. Pablo; si tiene sed, dadle de beber. Porque, haciéndolo así, amontonaréis carbones encendidos sobre su cabeza: *Si esurierit inimicus tuus, ciba illum; si sitit, potum da illi. Hoc enim faciens, carbones ignis congeres super caput ejus.* (Rom. XII. 20). Vuestro enemigo será confundido; se avergonzará de su conducta, y cambiará. *Amontanaréis carbones encendidos sobre su cabeza, es decir, amontonaréis sobre su cabeza el fuego de la caridad y del amor...*

El que obedece al odio y se venga, no es vencedor de su enemigo, es vencido. Porque, como dice Tertuliano, el que os hiera, lo hace para haceros sufrir, siendo vuestro dolor el fruto que quiere recoger. Al pues, cuando burliéis su esperanza no pronanciando ninguna queja, él es quien sufre por no haber conseguido su objeto. Así es que no sólo os retirareis sin herida, sino también con el placer de haber burlado el intento de vuestro adversario y de haberos librado de todo sufrimiento (1).

Así como el fuego apaga el agua, la paciencia y la bondad apaciguan el odio y la sed de venganza.

Así como una bala de cañón pierde su fuerza si da contra un saco lleno de lana, las injurias se detienen ante la mansedumbre.

Si queréis vivir felices y vengaros noblemente de vuestro enemigo, dice el abate Agalón, sed semejantes á una estalua, que no se irrita cuando la insultan, ni se enorgullece cuando la alaban. (Vit. Patr., lib. VII., c. XLIII).

El ego, dice S. Basilio, no repite tan bien un grito al que lo ha dado, como la injuria recae sobre su autor, si se recibe con paciencia. (Serm. contra iracundiam).

Cuando experimentamos un ultraje, es menester armarnos de paciencia, de calma, de dulzura, de resignación y de esperanza en Dios; pues por estos medios triunfaremos de la injuria de su autor, de nosotros mismos, del demonio, y en cierto modo de Dios, al que arrebataríamos las recompensas celestiales...

Las injurias y las amenazas se estreñan ante la dulzura, dice S. Gregorio de Niza. (Serm. XLII).

Debeos rogar á Dios, que destruya, no al que nos insulta, sino el pecado, que resulta de nuestras ofensas y de nuestro odio...

El odio se domina con las armas de la caridad. ¡Luchosa y segura victoria!

Preguntaban á S. Doroteo qué medio era conveniente adoptar para sobreponerse á las injurias y no irritarse. — Si os despreciais á vosotros mismos,

(1) Inimicos, qui te laedi, et dolere; qui fructus habentibus in dolore laedi est. Ego, cum fructum ejus evertit non dolendo, ipsi dolere necesse est, amissione fructus aut. Tunc tu, non modo illam abibit, sed necesse est adversarii tui frustratione delectatur, et dolore delectatur. (De Patient., c. VIII).

contestó aquel pladoso cenobita, no experimentaréis turbación alguna: Si teip-
sum contempseris, non perturbaberis. (Vit. Patr.)

Si se os injuria, si se os insulta, cerrad la boca, dice S. Crisóstomo; pues así os estaréis aquella especie de corriente. Ya veis lo que sucede en un edificio cuando tiene abiertas dos puertas opuestas, y se establece una gran corriente de aire. Si se cierra una de las puertas, se quita toda fuerza al soplo que antes incomodaba. En el caso presente, también se pueden considerar dos puertas, vuestra boca y la del que os insulta (1).

Primera. San Crisóstomo indica nueve grados de los enemigos: el primero consiste en no tratar de perjudicarles...; el segundo en no rechazar con la injuria la injuria que dirigen...; el tercero en no perder la calma...; el cuarto en no huir de las afrentas...; el quinto en aceptar voluntariamente un ultraje mayor que el que se nos haya inferido...; el sexto en no aborrecer al que injuria...; el séptimo en amarle...; el octavo en calmarle con gusto de beneficios...; el noveno en rogar á Dios por él. (Homil. XVIII).

(1) Conviciatus est quisquam, ut peccaverit? Ut claudis, es tamen et cetera illud pro-
miseri, conviciabit magis veritatem tuam. Nonne vides in malibus, quando dicitur: dum ju-
dicio appropinquas, et datus te vehementer irascitur, et alteram claudis, nihil valet efflu-
re flatus, haec et hic dum cum iaculis, et tunc, et in illis. (Homil. II. in I. ad Thim.)

PEREZA.

XX

El padre de familia, dice Jezucristo, salió muy temprano, á fin de tomar á unos mozos de labranza para su viña. Y habiendo salido de nuevo á la hora tercera, vió á otros que estaban también ociosos en la plaza. Salió otra vez á la hora sexta y á la nona. Y habiendo finalmente salido á la hora undécima, encontró á otros que aún estaban allí mano sobre mano, y les dijo: ¿Por qué estáis aquí todo el día sin hacer nada? Quid hic statis tota die otiosi? (Math. XXI. 1-3-5-6). Este es el retrato de los perezosos que pasan todo el día en la inacción.

Salomón pieta en pocas palabras la vida del perezoso: Dormiréis á ratos, le dice, dormiréis á ratos y á ratos cruzaréis los brazos para dormir: Paululum dormies, paululum dormitabis, paululum conares memi ut dormias. El perezoso quiere y no quiere, dice en otra parte: Vult et non vult piger. (XIII. 4).

Hay tres modos de no hacer nada: 1.º estar ocioso...; 2.º no hacer lo que debiera hacerse, ó hacer lo que no debiera hacerse...; 3.º hacer mal lo que se haga...

La vida del perezoso no sirve para nada, y por tanto es al perezoso indigno de la existencia...

Los perezosos son árboles silvestres estériles y secos que inútilmente ocupan la tierra... Puede compararse una vida ociosa á un árbol sin raíces. Los perezosos no son buenos para nada; son inóstruos en la sociedad.

La ociosidad, dice Temístocles, es la sepultura del hombre en vida: Otium est vivi hominis sepultura. (Plutarch. Vit. illust. vir.) Séneca expresa el mismo pensamiento (Prov.) Demetrio califica de mar muerta la vida ociosa: Vita otiosa maris mortuum. (Epist. LXVII).

En vez de hacer valer el talento que había recibido, el criado perezoso de que se habla el Evangelio lo usó en la tierra. Su dueño, que le pedía cuenta de él, le dijo: Servidor malo y perezoso, debieras haberme aprovechado de aquel talento. Luego, dirigiéndose á sus demás criados, añadió: Recogedásele, y dado al que tiene diez talentos; pues se dará al que tiene y estará en la abundancia; pero al que no tiene se le quitará hasta lo que parece tener. (Math. XXV): Se quitará al que no tiene, es decir, al que no emplea su talento...

El que ahora, por cobardía y por pereza no quiere obrar bien, dice S. Gregorio, menguara la vida eterna, cuando el Sol de justicia se levante en todo su esplendor para juzgar; pero se le negará: Qui nunc propter pavorem mentis atque torporem bene operari negligit, cum Sol justitiae in judicio claruerit, mendicabit vitam, sed non accipiet. (Moral.)

Si está lleno de los bienes de la tierra, el perezoso se parece al hombre de que habla el Apocalipsis y á quien el Señor dirige aquellas palabras: Decis: Soy rico y opulento, y no necesito de nadie; y sabes que eres miserable y digno de lástima, y pobre, y ciego, y desnudo; Dicis quod dives sum, et locupletatus, et

Tou. IV.—11.

El perezoso es un ser inútil.

El perezoso es pobre; y nada tiene.

contestó aquel pladoso cenobita, no experimentaréis turbación alguna: Si teip-
sum contempseris, non perturbaberis. (Vit. Patr.)

Si se os injuria, si se os insulta, cerrad la boca, dice S. Crisóstomo; pues así estaréis aquella especie de corriente. Ya veis lo que sucede en un edificio cuando tiene abiertas dos puertas opuestas, y se establece una gran corriente de aire. Si se cierra una de las puertas, se quita toda fuerza al soplo que antes incomodaba. En el caso presente, también se pueden considerar dos puertas, vuestra boca y la del que os insulta (1).

Primera. San Crisóstomo indica nueve grados de los enemigos: el primero de los nueve grados de usar de los enemigos, que son obsequiantes más que de parodiarse.

(1) Conviciatus est quisquam, ut paraverit? Ut claudis, es tamen, et enim illud apocrypha, conviciabit magis veritas tunc. Nonne vides in malibus, quando dicitur: dum plures opprobria sunt, et datus rebentent irascitur, et alteram claudens, nihil valet effugere flatus, haec et hic dum cum iaculis, et tunc, et in illis. (Houll. H. in T. ad Thera.)

PEREZA.

XX

El padre de familia, dice Jezucristo, salió muy temprano, á fin de tomar á unos mozos de labranza para su viña. Y habiendo salido de nuevo á la hora tercera, vió á otros que estaban también ociosos en la plaza. Salió otra vez á la hora sexta y á la nona. Y habiendo finalmente salido á la hora undécima, encontró á otros que aún estaban allí mano sobre mano, y les dijo: ¿Por qué estáis aquí todo el día sin hacer nada? Quid hic statis tota die otiosi? (Math. XXI. 1-3-5-6). Este es el retrato de los perezosos que pasan todo el día en la inacción.

Salomón pieta en pocas palabras la vida del perezoso: Dormiréis á ratos, le dice, dormiréis á ratos y á ratos cruzaréis los brazos para dormir: Paululum dormies, paululum dormitabis, paululum conares memini ut dormias. El perezoso quiere y no quiere, dice en otra parte: Vult et non vult piger. (XIII. 4).

Hay tres modos de no hacer nada: 1.º estar ocioso...; 2.º no hacer lo que debiera hacerse, ó hacer lo que no debiera hacerse...; 3.º hacer mal lo que se haga...

La vida del perezoso no sirve para nada, y por tanto es al perezoso indigno de la existencia...

Los perezosos son árboles silvestres estériles y secos que inútilmente ocupan la tierra... Puede compararse una vida ociosa á un árbol sin raíces. Los perezosos no son buenos para nada; son inóstruos en la sociedad.

La ociosidad, dice Temístocles, es la sepultura del hombre en vida: Otium est vivi hominis sepultura. (Plutarch. Vit. illust. vir.) Séneca expresa el mismo pensamiento (Prov.) Demetrio califica de mar muerta la vida ociosa: Vita otiosa maris mortuum. (Epist. LXVII).

En vez de hacer valer el talento que había recibido, el criado perezoso de que se habla el Evangelio lo ocultó en la tierra. Su dueño, que le pedía cuenta de él, le dijo: Siervador malo y perezoso, debieras haberme aprovechado de aquel talento. Luego, dirigiéndose á sus demás criados, añadió: Recogedásele, y dado al que tiene diez talentos; pues se dará al que tiene y estará en la abundancia; pero al que no tiene se le quitará hasta lo que parece tener. (Math. XXV): Se quitará al que no tiene, es decir, al que no emplea su talento...

El que ahora, por cobardía y por pereza no quiere obrar bien, dice S. Gregorio, menguara la vida eterna, cuando el Sol de justicia se levante en todo su esplendor para juzgar; pero se le negará: Qui nunc propter povorem mentis atque torporem bene operari negligit; cum Sol justitiae in judicio claruerit, mendicabit vitam, sed non accipiet. (Moral.)

Si está lleno de los bienes de la tierra, el perezoso se parece al hombre de que habla el Apocalipsis y á quien el Señor dirige aquellas palabras: Decis: Soy rico y opulento, y no necesito de nadie; y sabes que eres miserable y digno de lástima, y pobre, y ciego, y desnudo; Dicitis quod dives sum, et locupletatus, et

Tou. iv. — 11.

El perezoso es un ser inútil.

El perezoso es pobre; y nada tiene.

Nullum ego; et nescis quia tu es miser, et miserabilis, et pauper, et cæcus, et nudus. (III. 17). Eres miserable, pobre y desnudo, porque nada tienes de las verdaderas riquezas, de las riquezas del alma; por esto te declaro que eres digno de lástima.

La pereza es causa y medio de todos los crímenes.

La ociosidad ha enseñado todos los vicios y todas las perversidades, dice la Sagrada Escritura: *Multam malitiam docuit otiositas.* (Eccli. XXXIII. 29).

La ociosidad, dice el profeta Ezequiel, fue la iniquidad de Sodoma: *Hæc fuit iniquitas Sodome, otium.* (XVI. 49). Ella fué causa de todas sus abominaciones.

Así como una tierra que no ha sido sembrada ni plantada, produce toda clase de malos yerbos, dice S. Crisóstomo; cada vez que el alma no tiene nada que hacer, se entrega á actos de depravacion (1).

Saulon hizo la guerra á los filisteos, fué invencible, y conservó sus maravillosas fuerzas; pero, cuando se entregó á la ociosidad en casa de Dalila perdió su cabellera y sus fuerzas, le prendieron, y le sacaron los ojos; la inacción le quitó la vista del alma, y Dios le abandonó. Mientras David se encontró en medio de las adversidades, agobiado por los trabajos del penoso principio de su reinado, estuvo al abrigo de las tentaciones de la carne; pero, cuando se abandonó á un reposo demasiado prolongado, llegó á ser adúltero y homicida. Mientras Salomon estuvo ocupado en la construcción del templo, fué vencedor de sus pasiones; pero, al rendirse á la seducción del adormido ocio, se sumergió en los delirios y dejó la rodilla delante de los ídolos. El trabajo había mantenido castos á esos tres grandes hombres; y la ociosidad los corrompió.

¿Preguntáis, dice el mismo Oráculo, preguntáis por qué llegó á ser adúltero Egipto? La respuesta no es difícil: estaba entregado á la ociosidad.

*Quæritur. Egiptus quare sit factus adulter?
In promptu causa est: desidiosus erat.*

(Fábul.)

La pereza produce las burlas, las calumnias, las maledicencias, el amor al juego, el robo, la intemperancia y el libertinaje; alimenta todos los vicios, lleva á todos los excesos...

Así como los gusanos se engendran y multiplican en las maderas tiernas y blandas, dice S. Basilio, todas las impudencias del espíritu nacen en las almas demasiado aflamadas: *Sicut vermes in lignis mollioribus nascuntur; sic animi impietates in mollioribus hominum mentibus oriuntur.* (Homil. de Grat. agend.)

No hay virtud, por más fácil que sea, que la pereza no haga penosísima y casi imposible de practicar, dice S. Crisóstomo. (Anton. in Meliss., c. XLV).

San Crisóstomo enseña que la ociosidad causó la caída de Adán; pues si Adán hubiese estado ocupado, no habría oído á la serpiente. (Homil. XV. in Genes.)

Estos que causa la ociosidad.

(1) Sicut terra non occupata semine, aut coactione, quamlibet herbam producit: sic et anima, quæ non habet quod agat, prævis actionibus trahit. (Homil. VII. in II. ad Cor.)

La pereza da abrigo al maligno espíritu: es el manantial de todos los malos pensamientos y de todo pecado. Sumergidos en la torpeza de la ociosidad, los perezosos beben el erimen, dice S. Bernardo. (De Aetia).

¿Qué es la ociosidad, dice S. Cirilo, sino la pérdida de la hora que pasa y no vuelve, la efusión de la vida, el retroceso del que ha de hacer un viaje? La ociosidad produce la ateminacion de la carne, engendra el orgullo, inflama el desleite, desata la lengua, entretiene la indigencia, y trae el robo. El agua que no corre se corrompe; la espada que no sirve, se embohece; el pie que no se ejercita, se hincha; y la desapiadada patilla consume los vestidos que no se usan (1).

El que permanezca ocioso quedará sumergido en la indigencia, dicen los Proverbios: *Qui lectatur otium, replebitur egestate.* (XXVII. 19). El perezoso, dicen Casiano, se verá abatido por la pobreza visible é invisible, corporal ó espiritual, y á veces por ambas juntas; no puede evitar el verso presa de una multitud de vicios; experimenta cierta repulsion hácia el pensamiento y la contemplacion de Dios, y se halla desprovisto de riquezas espirituales. (De Institut. monach., lib. X., c. II).

El perezoso ahoga su conciencia, deja perder sus riquezas, su salud, su reputacion y su vida. Los ociosos son, ordinariamente, muy habladores; teniendo inactivas las manos, hacen trabajar su lengua.

San Bernardo dice que la vida ociosa es madre de futilidades y madrastra de las virtudes: *Otiosa vita mater est nugarum, avara virtutum.* (De consid., c. XIII).

Los que vegetan en la ociosidad, son curiosos, maldicientes y mentirosos. No haciendo nada, se dedican á examinar, pesar y juzgar las acciones de los otros, censurarlas, recoger los hechos, burlarse y maliciar; se constituyen en censores de todos los hombres, y se creen superiores á todos. Así lo escribió el gran apóstol á los tessalonicenses: *Itemus esido que, entre vosotros, muchos marchan sin regla, sin trabajar, pero tomando por móviles de sus actos la curiosidad: Audivimus inter vos quosdam ambulare inquiete, nihil operantes, sed curiose agentes.* (II. II. 11). Es decir, según explicacion de Máximo, que no haciendo ellos nada, no se ocupaban más que en ascudiar con curiosidad las obras de los otros: *Nihil operis ipse facientes, sed in aliena opere curiose inquirentes.* (Anton. in Meliss.) Es propio de los que nada hacen, dice Teofilacto, ir averiguando la vida de los demás: *Evnum, que nihil agunt, proprium est alienis curiositatibus.* (Anton. in Meliss.)

San Bernardo describe del modo siguiente los tristes efectos y los horribles estragos de la pereza: Luego que el frio de la pereza se ha apoderado del alma, se entorpece y pierde progresivamente su actividad; fuge no tener más fuerzas; conoce la parte repugnante que tienen las austeridades; se halla invadido por el temor de la pobreza; y se vuelve mezquina; pierde la gracia, el tiempo le parece largo, se entorpece la razon, se apaga la inteligencia, el pri-

(1) Quid enim est otium, nisi perditio irreversibilis horæ, effusio vitæ, retrogressio profectus? Hinc gignit carnis desidiosa, parit superbia, accendit luxuriam, solvit linguam, nutrit indigentiam, et introducti capivum. Aqua patrescit in omnia, et immo-tas emittit rutigros: mox solocidit; nec quietas obstascent, et vestem deponunt: dirigit vicia deas corrumpit. (Getech., lib. II. c. IV).

mer fervor disminuye, la tibieza y los fastidios suyos aumentan, la caridad fraternal se enfria, el deleite acaricia, la seguridad engaña, y el hábito arrastra. ¿A qué fin de extenderse más? La ley es desconocida, el derecho y la regla se separan, el deber queda proscrito, y abandonado el temor de Dios. Se cae finalmente á la impudencia; y el temerario que corre á su perdición, el hombre cubierto de varguenza, lleno de ignominia y de confusión, viene á ser presuntuoso. Bálances cae de los alturas de la virtud al abismo del vicio, de un camino limpio y terso á un malhadar infecto, del trono á una cloaca, del Cielo á la tierra, del claustro al mundo, y del Paraiso al infierno (1).

El perezoso, dicen los Proverbios, que no quiso labrar por el frío, mentilará en la época de la cosecha; y nada le darán: *Propter frigus piger arare noluit; mentiosus erit iste, et non dabitur illi.* (XX. 4). Todo perezoso está siempre en la miseria, añaden los Proverbios: *Omni piger semper in egestate est.* (XXI. 5). Ha pasado por el campo del perezoso y por su viña, y estaban llenos de ortigas; las espigas cubrían su superficie, y había caído la valla de piedras que los protegía: *Per agrum hominis pigri transivi, et ecce tatum repieverant urticae, et operiantur superficiem ejus ortivae, et moerora lapidum destruxit erat.* (Prov. XXIV. 30-31).

El alma ociosa tiene tantos deseos diferentes como estrellas lanza un boru escondido. El que quiere sustraerse á honestas codicias, debe, pues, huir del reposo y dedicarse al trabajo...

La pereza corrompe la virtud, y el sentimiento del deber se borra en una alma ociosa, dice Demócrito. (*Aulan. in Helios. c. XLV.*)

La molencia, una debilidad femenina, la torpeza y el amor de la vida son compañeras inseparables de la ociosidad; dice Aristóteles: *Comitatur ignaviam molities, affeminatio, torpor, vita cupiditas.* (Pintarch.)

Así como el agua penetra por cualquiera hendidura en la casa de un huque, sin que se advierta, y allí crece hasta que, por la incuria de los marineros, llega á hundirse; así también por medio de la ociosidad y de la pereza, dice S. Bernardo, los malos pensamientos y las codicias se multiplican en el corazón, hasta que, sucumbiendo por el peso, esa débil navecilla se sumerge en el abismo del pecado (2).

Colocanse en un lugar oscuro las aves destinadas á ser cebadas y comidas, y se las estorfa todo movimiento. Y de la misma manera, sumergidos los ociosos en las tinieblas del vicio y entregados á una muerte prematura, dice Séneca. (*Prov.*)

(1) *Pigeris frigus, et simul animum parvasum, subit quidam animi rigor, et vigor hinc inde; languor hinc inde, horum austeritas intenditur, timor sollicitas paupertatis, contrahitur animus, subtrahitur gratia, protrahitur longitudo vite, aspiratur ratio, spiritus extinguitur, deducuntur homines furor, ingravescit tempus fastidiosa, res frigida et frateros caritas, blanditur voluptas, fallit securitas, roborat consuetudo. Quis piger? circumstantur lex, abdicatur jus, res proscinditur, abest illud quod timor. Hinc duntaxat posteros impudentes animos, praevertitur ille temperatio, hic perduntur, hic turpissimum, hic plena ignominia et confusio: saltus de excoelo in abyssum, ad pavimentum in sterquilinum, de solio in cloacam, de Caelo in oceanum, de claustro in caecum, de parvis in infernum.* (*Serm. LXIII. in Cant.*)

(2) *Sicut per rivum sentinae aqua salenter intrat, et exercebit, donec navis per naufragium incuriam demergatur, ita ex oculo atque ignavia cogitationes pravae et concupiscentiae multiplicentur, donec navis cordis, eis succumbens, in peccato periclitetur.* (*Serm. LXIII. in Cant.*)

Así como el agua estancada en un pantano se corrompe, llega á ser impropia para los usos de la vida, y se llena de animalcitos y reptiles venenosos, el cuerpo del perezoso contrae manchas y se halla entregado á las codicias de la carne, que hacen perder el alma, el sentimiento de lo justo y de lo honesto, dice S. Laurencio Justiniano. (*De Inter. conficta.*)

La pereza paraliza las fuerzas del alma y las del cuerpo...

Ved lo que pasa en una casa descuidada... en un jardín ó en una tierra sin cultivo... La ociosidad no sólo daña á las cosas espirituales, sino también á las temporales.

El que se abandone á la ociosidad es muy insensato, dice la Escritura: *Qui sectatur otium, stultissimus est.* (Prov. XII. 11). ¿Por qué es tan insensato el perezoso? 1.º Porque la pereza trae la pobreza. ¿Hasta cuándo dormireis, perezosos? dice el autor de los Proverbios. ¿Cuándo saldréis de vuestro sueño? Dormireis un poco, dormireis otro poco, cruzaréis un poco vuestros brazos para dormir, y la indigencia os llegará como un viajero, y la pobreza se echará sobre vosotros como un hombre armado: *Usquequo, piger, dormies? Quando conserges é somno tuo? Paululum dormies, paululum dormitabis, paululum conseres manus, ut dormias; et veniet tibi quasi viator egestas, et pauperies quasi vir armatus.*... (VI. 9-11). 2.º Porque la pereza debilita el alma, le quita las velas y la atonia. El que está voluntariamente ocioso, dice S. Crisóstomo, habla y obra muy á menudo con temeridad; nada hace durante el día, y su alma está llena de languidez y de manchas: *Qui est otiosus, et multa temere loquitur, et multa agit temere; et toto die nihil operatur; torpore et veterno mentium repletam habet.* (Homil. V in Iud. Cor.)

La pereza, dice en otra parte el mismo padre, trae la ignorancia y provoca un deboramiento de malas ideas. Abuyenta los buenos pensamientos, los buenos deseos, las luces, la gracia, la virtud y todos los bienes. (*Homil. XV. in Genes.*)

Por la pereza, dice S. Pedro Crisólogo, el hombre inutiliza los dones de la naturaleza, las facultades del alma, el beneficio de la razón, la superioridad de su inteligencia, el juicio de su espíritu, su aptitud para las artes y el bien de la educación; niega á su Criador el fruto que debieron dar todas éstas cosas, y el reconocimiento, que habría de ser su consecuencia. Merece, como un árbol estéril, ser cortado y arrojado al fuego. Si es un hombre público, daña esencialmente á la sociedad. (*Serm. CVII.*)

La ociosidad mata el cuerpo, y la indolencia mata el alma, dice S. Crisóstomo; el ejercicio lo embellece admirablemente todo: *Otium corpus, mentem necat socordia; exercitatio utrumque pulcherrimum facit.* (Homil. LIV.)

La pereza es un gran mal; no hay cosa que no paralice, dice el mismo santo Doctor. (*Ibid.*)

Es menester temer y evitar el reposo en el reposo, dice S. Bernardo: *Concedendum est otium in otio* (De Consid.); es decir, que se ha de regular el reposo necesario, no entregarse á él demasiado, ofrecerlo á Dios, y convertirlo en una virtud, como las comidas, el sueño, etc...

La pereza es una peste para los mortales, dice Platón: *Pestis mortalibus est ignavia.* (De Republ.)

No prestar atención á nada es ser unos insensatos, y no hacer nada es estar muertos, aunque se viva, dice Séneca. (*Prov.*)

El hombre virtuoso aborrece la ociosidad, dice Valero Máximo. (Lib. II. c. VII).

No haciendo nada, aprendemos a obrar mal, dice Catón: *Nihil agendo, male agere discimus.* (In Diod.)

Roma, dice S. Agustín, pereció por la ociosidad, y Cartago fué destruida por causa del mismo vicio. (Lib. I. de Civit.)

El hombre que trabaja no se ve atacado más que por un demonio, dice Casiano; pero el perezoso se ve acometido por legiones de espíritus infernales: *Operantem demone uno pulsari; otiosum vero ab innumeris spiritibus devorari.* (De Iosai, morach., lib. X. c. VII).

Dice el Apocalipsis que el dragón se mantuvo en la arena de las riberas del mar: *Stetit draco supra arenam maris.* (XII. 18). Estas palabras significan que el demonio prevalece contra los perezosos; los agita y los lleva como las olas agitan y llevan la arena; y significan también que el perezoso que, semejante á la arena de las playas del océano, nada produce, es la mansion del espíritu maligno...

La ociosidad hace correr peligros á los que no habian sido vencidos en las guerras, dice S. Ambrosio: *Tentant alia quot bella non fregerant.* (Serm. II. in Psal. CXVIII).

La pereza, dice S. Bernardo, es madre de todas las tentaciones: *Pigrítia mater est omnium tentationum.* (Ad fratres de Monte Dei).

La pereza, dice Sto. Tomás, es el ángelo con que el demonio pesca las almas: *Dixit est hancus diabolus.* (De Peccat.)

Y cómo no ha de vencer el demonio al perezoso, puesto que le encuentra sin armas, sin defensa y sin precauciones?... Es una casa abierta á todos los ladrones del inferno...

El perezoso se cree de vergüenza, y es esclavo y despreciable.

Propio es de esclavos abandonarse al lujo y á la ociosidad, dijo Alejandro Magno: *Servitè est otio et luxu suavis.* (Plutarch., Vit. illustr. vir.)

Mirad la hormiga, perezoso, dice la Escritura, considerad su proceder, y sed acordos: *Vale ad formicam, o piger, et considera vias ejus, et discite sapientiam.* (Prov. VI. 6). Prepara su alimento durante el verano, y reúne su provision durante la cosecha: *Parvi inestate cibum autumn, et congregat in messe quod comedit.* (Ibid. VI. 8).

Oh impudente perezoso! exclama S. Bernardo; mil millones de ángeles sirven á Dios, y diez mil millones están prontos á ejecutar sus órdenes, mientras que tú pretendes descansar. (De Acedia).

Esto es lo que debe humillar al perezoso; esto es lo que prueba cuán despreciable es. El perezoso, dice la Escritura, fué apedreado con pedruzcos de barro; todos hablarán del desprecio con que se le trató: *In lapide luto lapidatus est piger; et omnes loquentur super aspernationem illius.* (Ecclesi. XXII. 4). El perezoso ha sido apedreado con basura; todo el que le toque limpiará sus manos; *De stercore homin lapidatus est piger; et omnis qui tetigerit eum, excutiet manus.* (Ibid. XXII. 2).

La pereza es de tal manera odiosa y culpable, que los hombres mirarán al que á ella se abandone como digno de ser apedreado; pero el desprecio que

experimentarán será tan grande, que en vez de piedras, se valdrán de barro y de cieno. Lurgo todos se apartarán de él como de un ser vil, todos le rechazarán, y el que le haya tocado se apresurará á santidad sus manos manchadas y limpiarse... Estas palabras de la Sagrada Escritura manifiestan también que el perezoso es la debilidad misma, puesto que un poco de barro y de cieno basta para abatirle y anonadárle...

¿Qué vergüenza debe cubrir al perezoso, considerando que él nada hace, mientras todo está en actividad en el universo? Desde la creación ¿no llevan el objeto para que han sido destinados el sol, la luna y también las estrellas? ¿Hacizado de producir la tierra y el océano? ¿No siguen el camino que se les ha trazado los animales, las aves, los insectos? De todos estos seres desprovistos de inteligencia, ninguno deja de trabajar á su modo; el perezoso es el único que no hace nada. Se parece á los postes colocados á las laderas de los caminos, postes que ven pasar á los viajeros y permanecen siempre en el mismo lugar, hasta que se pudren, caen y son arrojados al fuego. ¿Qué digo? Estos postes inmóviles indican cuando ménos á los viajeros la direccion que deben tomar; mientras que el perezoso, léjos de señalar el buen camino con su ejemplo, arrastra al mismo á cuantos tienen la desgracia de imitarle...

El camino de los perezosos está erizado de espinas, como dicen los Proverbios: *Ite pigrorum quasi sepes spinarum.* (XV. 19). Estas espinas que encuentran los perezosos, son los malos deseos que les acosan, las codicias que les rodean como una tempestad furiosa, las tentaciones que les asaltan, las pasiones que les devoran, la pobreza que les sorprende, y las enfermedades que arcañan su salud y les disponen á una muerte precoz...

La pereza, dice S. Bernardo, es madre del pesar, del fastidio, de la pusillanidad y de la desesperacion. *Pigrítia mater est mororis, tædii, pusillanimitatis, desperationis.* (De Acedia).

Semijante á Cúin, el perezoso anda errante y vagabundo, y se ve lleno de reprimendas muy merecidas...

Aborrecido de Dios y de los hombres, perseguido por los remordimientos de su conciencia, herido por el ejemplo de cuantos le rodean y trabajados atormentado por las pasiones, ¿cómo puede ser feliz?... Jamás prosperará, y el que no prospera es desgraciado...

Viendo una higuera á orillas de un camino, Jesucristo se acercó; pero no encontró más que hojas, y dijo: *Non natae nuncia nuncia fructu de illi.* Y al instante la higuera se secó. (Matth. XXI. 19). El perezoso es aquella higuera estéril, y tendrá la misma suerte.

Hace ya tres años, dijo el dueño de la viña de que habla el Evangelio, hace ya tres años que vengo á ver si tiene fruta este árbol, y nunca lo da: cortadlo pues. Para qué ha de ocupar inútilmente la tierra? *Ego anni tres non ex quo venio querens fructum in ficulnea hac, et non invenio: succide ergo illum. Ut quid etiam terram occupat?* (Luc. XIII. 7).

Ya se ha colocado la regur á la raíz del árbol, dice S. Juan Bautista. Así pues, todo árbol que no da buen fruto, será cortado y arrojado al fuego: *Iam securis ad radicem arborum posita est. Omnis ergo arbor, que non facit fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur.* (Luc. III. 9).

Muy desgraciado es el perezoso.

El perezoso queda castigado.

Díes, dice Jesucristo, es como un hombre que, al marchar para un largo viaje, llamó á sus sirvientes, y les confió su hacienda. A uno dió cinco talentos, á otro dos, á otro uno, y á cada cual segun su capacidad, marchándose al punto. El que habia recibido cinco talentos los hizo valer, y ganó otros cinco; tambien el que habia recibido dos, ganó otros dos, pero el que sólo habia recibido uno, se fué á cavar la tierra, y en su seno ocultó el dinero de su amo. Mucho tiempo después volvió el dueño, y les hizo dar cuentas. El que habia recibido cinco talentos, se acercó, le presentó otros cinco, y le dijo: Señor, me habíais entregado cinco talentos, y ahí tenéis otros cinco, que he ganado. Su amo le dijo: Bien, servidor bueno y fiel; por haber sido fiel en poca cosa, te confiaré mucho: entra en la alegría de tu dueño. El que habia recibido dos talentos tambien se presentó, y dijo: Señor, me habíais entregado dos talentos, y ahí tenéis otros dos, que he ganado. Su amo le respondió: Bien, servidor bueno y fiel; por haber sido fiel en poca cosa, te confiaré mucho: entra en la alegría de tu dueño. Acercándose luego el que no habia recibido más que un talento, dijo: Señor, sé que sois un hombre duro; cosecháis dónde no habéis sembrado, y recogéis donde no habéis puesto simiente. Temiendo pues, me marché, y fui á ocultar vuestro talento en la tierra; aquí tenéis lo que es vuestro. Su amo le respondió: Servidor malo y perezoso, sabías que cosecho donde no he sembrado, y recojo siempre donde no he puesto semilla. ¿Por qué, pues, no has entregado mi dinero á los banqueros, á fin de que á mi vuelta recibiese yo con creces lo que es mio. Tomadle, pues, el talento; y arrojad á este servidor inútil á las tinieblas exteriores: allí serán los lloros y el rechinar de dientes: *Tollite itaque ei talentum, et inutilem servum eijete in tenebras exteriores; illic erit fletus et stridor dentium.* (Matth. XXV. 14-30). Esta parábola nos enseña cual será la suerte del servidor laborioso, y cuán severamente será castigado el que se entrega á la ociosidad. Se le quitará lo que se le habia dado, y apartando Dios de él sus gracias, se verá sumergido en las tinieblas exteriores de la ceguera espiritual, y luego en las tinieblas del infierno; allí serán los lloros y los lamentos.

Servidor perezoso é inútil, accade, pues, tu pereza, y haz valer el talento que el Señor te ha confiado, haz valer tus ojos, tus oídos, tu lengua, tus manos y tus pies, tu inteligencia, tu memoria y tu voluntad; el tiempo, la gracia y los dones temporales y espirituales que se te han concedido, consagrao todo al servicio de tu Creador. Pero, si permanecéis inactivos, ni abusáis de todo, tened cuidado; de todo seréis despojados, y se os entregará á suplicio que no tendrán término.

El perezoso imita á las vírgenes locas de que habla el Evangelio, y recibirá el mismo castigo. Diez vírgenes, dice Jesucristo, habiendo cogido sus lámparas, fueron á recibir al esposo y á la esposa. Cinco de ellas eran locas, y las otras cinco, prudentes. Habiendo las cinco locas cogido las lámparas, no se proveyeron de aceite; pero las cinco prudentes tomaron aceite en sus vasos con las lámparas. El esposo tardó en venir, y todas se durmieron. Mas en medio de la noche se oyó un grito: Va viene el esposo, id á recibirle. Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron, y dispusieron sus lámparas. Y las locas dijeron á las prudentes: Dadnos aceite del vuestro, porque nuestras lámparas se apagan. Las prudentes respondieron: Por miedo de que no haya bastante para

nosotras ni para vosotras, es más conveniente que vayáis á los que venden y y lo compréis. Así pues, mientras habían ido á comprarlo, llegó el esposo; y las prudentes, que estaban ya dispuestas, entraron con él en la sala de la boda, y se cerró la puerta. Las otras vírgenes llegaron tambien finalmente, y dijeron: Señor, Señor, abrid. Pero él les respondió: Os digo, en verdad, que no os conozco. (Matth. XXV. 1-12).

Las vírgenes prudentes, que estuvieron dispuestas y entraron en la sala del festín de la boda, son los hombres vigilantes y laboriosos. Las vírgenes locas representan á los perezosos, que duermen, que no tienen el oportuno aceite de la fe y de las buenas obras, y no serán, por consiguiente, admitidos en el Cielo en el festín del esposo. Como las vírgenes locas, los perezosos gritarán en la hora de la muerte: Señor, Señor, abridnos la puerta. Pero el soberano Juez, que retribuye á cada cual segun sus obras, les dirá: en verdad, no os conozco...

Los perezosos hacen parte de esos beridos de muerte da que habla el Salmista, que duermen en el sepulcro, borrados del recuerdo del Señor, y rechazados por su mano del libro de la vida: *Sicut vulnerati dormientes in sepulchris; quorum non est memor amplius; et ipsi de manu sua repositi sunt.* (LXXXVII. 6).

El reino de Dios no será para los ociosos, como dice S. Bernardo: *Regnum Dei non dabitur otiosis.* (De modo bene vivendi, c. 11).

Si los ricos de la tierra desprecian al criado perezoso, no le dan sueldo y le despiden con justicia, ¿cómo habría de recompensar Dios al hombre que le sirve con negligencia? O más bien, ¿cómo puede dejar de castigarle severamente?

El ocioso Eaná perdió la bendición unida al derecho de primogenitura, dice S. Ambrosio: *Ociosus Eam amittit primatus benedictionem.* (Serm. XI. in Psal. CXXVIII).

¡Desgraciados de vosotros que os perdéis en pensamientos y proyectos inútiles! dice el profeta Moisés: *Vni qui cogitatis inutile!* (II. 1).

No os engañéis, dice el gran apóstol á los galatas, nadie se rie impunemente de Dios. El hombre reengañará lo que haya sembrado: *Nolite errare, Deus non irridetur. Qui enim seminaverit homo, hinc et metet.* (VI. 7-8).

Una tierra que heba la lluvia de que está á menudo regada, y produce una yerba útil á los que la cultivan, recibe la bendición de Dios; pero la que produce abujos y espinas, es despreciada y como inutilizada; y á fin, entregada al fuego. (VI. 7-8). La tierra buena es el semblanza del hombre laborioso, y la tierra mala, que no produce más que malezas, representa al hombre perezoso y ateminado...

Debe sacudirse la pereza... Y ahora ¿á qué aguardáis? Levántate, dijo Ananías á Saul: *Et nunc, quid moraris? Surge.* (Act. XXII. 16). Es menester que el perezoso no permanezca más en su triste estado; es menester que se levante y cambie de vida...

El verdadero remedio contra la pereza es el amor de Dios. La caridad, dice S. Gregorio, da fuerza: *Vires caritas subministrat.* (Pastor.)

No huysis del trabajo para no perder la corona, dice S. Elenco: *Ne fugias laborem, ut non perdas coronam.* (Serm. V).

Dios nos ha dado manos y fuerza para trabajar... El tiempo actual es tiempo de trabajo; el tiempo por venir á la eternidad será al día del descanso y la época de la recompensa...

San Antonio oyó una voz que le decía: ¿Quieres agradar á Dios, Antonio? Ora, y cuando no puedas orar, trabaja con las manos, y ocúpate siempre en algo: *Ora et dum orare non poteris, manibus labora, et semper aliquid facito.* (VII. Patr.)

¿Cuál es la mejor agua? pregunta S. Crisóstomo, la que corre, ó la que está embalsada; (No vale más el hierro trabajando que descansando? (Homil. XXXV. in Act. Apóst.))

Occupas siempre en algo, para que el maligno espíritu no os encuentre ociosos, dice S. Jerónimo: *Facito aliquid operis, ut te semper diabolus inveniat occupatum.* (Epiol. IV. ad Rustic.) Los malos deseos devoran al hombre ocioso.

Si os priváis de los ocios, romperéis el arco de Cupido, dios del amor impropio, dice (Virgilio: *Otia si tollet, perire Cupidinis arcus.* (Fábul.))

Un trabajo asiduo, dice Virgilio, llega á realizar las cosas más difíciles: *Labor improbit omnia vincit.*

Trabajar es propio de los reyes, dice Alejandro-Magna: *Regium est laborare.* (Pastor.)

Jamás estoy más ocioso solo, dice S. Ambrosio, que cuando parece que lo estoy; y jamás estoy menos ocioso que cuando descanso: *Numquam minus sum solus, quam cum solus esse vider, nec minus otiosus, quam cum otiosus.* (Serm.)

Trabaja en la juventud para tener con qué vivir en vuestra vejez; amonéntate méritos en la tierra para que os proporcionen la felicidad del Cielo...

No podéis meditar bastante las siguientes palabras de S. Francisco de Asís: Un poco de trabajo, y una gloria inmensa; un poco de placer, y un castigo eterno: *Molice labor, gloria immensa; modica voluptas, poena aeterna.* (S. Bonnav., in ejus vita.)

El trabajo mata el deleite, dice S. Isidoro: *Cecidit libido operibus.* (Sent.)

PERFECCION.

Seo perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial, dice Jesucristo: *Estote perfecti, sicut Pater vester celestis perfectus est.* (Matth. v. 48.)

Seid perfectos, dice el gran apóstol: *Perfecti estote.* (II. XIII. 11.)

El que dice que vive en Dios debe andar como Jesucristo ha andado, dice el apóstol S. Juan: *Qui dicit se in ipso manere, debet, sicut ille ambulavit, et ipse ambulare.* (I. II. 6.)

San Pablo vivía según la perfeccion. ¿Y cuál era su vida? Oíd: Vivo, pero no soy yo quien vivo, es Jesucristo el que vive en mí: *Vivo, jam non ego; vivit vero in me Christus.* (Gal. II. 2.) Para mí el Cristo es mi vida, añade: *Mihi vivere Christus.* (Philipp. I. 21.)

La perfeccion consiste: 1.º en imitar á Jesucristo...; 2.º en hacer vivir á Jesucristo en nosotros, y en no vivir más que de Jesucristo y por Jesucristo...

Habiendo encontrado un sabbio á un mendigo, le dijo: —¿De dónde vienes? —Vengo de Dios, le respondió el mendigo. —¿Dónde has encontrado tanta sabiduría? —La he encontrado allí donde abandoné todas las criaturas. —¿Quién eres? —Soy rey. —¿Dónde está tu reino? —En mi alma; porque he aprendido á regir mis sentidos exteriores é interiores, para tener sujetas todas las aficciones y fuerzas de mi alma. —¿Quida te ha conducido á esta perfeccion? prosiguió el sabbio. —Mi silencio, mis oraciones, mis meditaciones y mi union con Dios, respondió el pobre; he puesto á un lado todo lo que no es Dios, y he encontrado á mi Dios, y tengo en él una paz, un reposo continuos. (Ita Tolerus, p. 685.) Esta es la perfeccion...

La perfeccion del hombre, dice S. Agustín, consiste en considerarse muy imperfecto. Debeis disgustaros de lo que sois, si queréis llegar á lo que no sois; porque así que os complacéis en vosotros mismos os deteneis. Si decís: He andado bastante; ya estais perdidos (1).

La perfeccion consiste en ir de virtud en virtud hasta la casa de Dios, dice el Salmbista: *font de virtute in virtute usque ad domum Dei.* (LXXXIII. 8.) Y según aquellas palabras del Apocalipsis: *Qui se vultis más justo todavía el que ya es justo, y santificarse tambien el Santo: Qui justus est, justificetur adhuc; et sanctus sanctificetur adhuc.* (XXII. 14.)

Jesús, dice el evangelio de S. Lucas, avanzaba en sabiduría, en edad y en gracia ante Dios y los hombres: *Jesus proficiebat sapientia, et etate, et gratia apud Deum et homines.* (II. 52.)

La verdadera perfeccion de los justos consiste en no presumir nunca que lo son; á fin de que, si no caminan su camino, no corran el riesgo de caer allí donde dejen de adelantar...

(1) Ipsa est perfectio humilis invenisse se non esse perfectum, semper sibi displicent quod se esse pervenire ad id quod non es; nam ubi sibi placuisti, ibi reuansisti. Si autem dixeris: Sufficit; peristi. (Serm. L. de Temp.)

Qui es perfectus, et non quod cessas!

La perfeccion es una generosidad heroica, una grande y constante aplicacion en progresar en todas las virtudes y en practicar las obras admirables que inspiran.

Para esto es preciso imitar al avaro en un sentido: jamás está saciado de dinero; no nos saciamos tampoco de gracias, de virtud y de buenas acciones. Conserváreis muy bien lo que habeis adquirido, si tratáis siempre de aumentarlo. Lo que poseáis, disminuirá, si dejáis de adquirir...

¿Qué hacer? dijo S. Marciano anacoreta á un cazador.—Cazo ciervos y liebres, como véis, dijo; y los persigo hasta que pueda apoderarme de ellos.—Y yo, prosiguió el Santo, me dedico á perseguir á Dios, y no pararé en esta divina caza hasta que le haya cogido y le tenga para siempre: *Deum mena hic venor, nec ab hac vulgata venatione cessabo, donec eum apprehendero.* (Ita Theodoretus in Philotheo).

El corazón del hombre perfecto se halla siempre en disposicion de subir, dice el real Profeta: *Ascensionem in corde suo disposuit.* (LXXXIII. 6).

Dichoso es, dice S. Jerónimo, el que se santifica cada dia progresando, y no considera el bien que ayer hizo, sino el que tiene que hacer hoy para adelantarse. El Santo está siempre dispuesto á subir, y el pecador á bajar; y así como el hombre perfecto se perfecciona cada dia más y más, el pecador desmerece progresivamente (1).

Por esto el Sabio dice del justo: El camino del justo es como el sol al amanecer, que se adelanta y crece hasta mediodía: *Iustorum semita, quasi lux splendens procedit, et crescit usque ad perfectam diem.* (Prov. IV. 18).

El hombre es perfecto, dice S. Agustín, cuando trabaja toda su vida en dirigirse á la vida inmortal y eterna y se aficiona irrevocablemente á ella con todo su corazón: *Tantum optavit est homo, cum tota vita sua pergit in incommutabilem vitam, et toto affectu inhæret illi.* (Lib. de Doct. Christi, c. XXXI).

Qualquiera que no adelante en la escuela de Jesucristo, es indigno de su enseñanza. La verdadera virtud no conoce término, no está limitada por el tiempo, y no dice nunca: Basta; sino que tiene siempre hambre y sed de justicia; de tal manera, que, si siempre viciése, siempre emplearía todas sus fuerzas en llegar á ser más justo; y aplicaría todo su poder en ir de lo perfecto á lo sublime, en el camino de la perfeccion. Porque no se ha puesto al servicio de Dios, como un sirviente ordinario que se comprometa solamente por un año á por cierto tiempo, sino que le sirve para siempre. (Oid la voz del justo: Señor, no olvidaré jamás vuestra ley saludable, porque con ella me santificáis. La perfeccion no es para un tiempo determinado, sino para toda la eternidad. El hambre continua de lo perfecto merece que se sacie siempre. Y aunque el tiempo acaba pronto con ella, ha llenado un largo espacio de tiempo con la continua práctica de la virtud. [Epiet. CXXI].

Por más larga que sea nuestra carrera, dice S. Agustín, por más progres-

(1) Felix qui quotidie proficit, qui non considerat quid heri fecerit, sed quid hodie faciat, ut proficiat. Sanctus accendens in corde suo pauli; peccator descendens. Quotidie, qui exactus est, quotidie proficit; ita, qui peccatur est, quotidie deservit. (In Psal. LXXXIII).

os que hayamos hecho en la perfeccion, nadie tiene derecho á decir: Basta; ya he trabajado bastante; soy justo. El que así hablase ó pensase, se quedaria en el camino, y no llegaría al fin que se propone. Oid lo que dice el apóstol: Hermanos míos, no pienso haber alcanzado el fin. El corre, y vosotros os detendríais? El se llama todavía imperfecto; y los vanagloriaríais vosotros de vuestra justicia? (Serm. XV. de verbis Apost.)

No adelantarse, es sin duda alguna retroceder, dice S. Bernardo. Por más que corráis, si no lleváis vuestra justicia hasta la muerte, no conseguireis la recompensa del vencedor: *Non proficere, sine dubio desicere est. Quotumlibet curreris, si usque ad mortem non persevereris, bravium non apprehenderis.* (Epiet. CCLIV. ad Garinum).

Añadid siempre, dice S. Agustín, andad siempre, y obrad siempre mejor. El cojo que sigue buen camino, va mejor y más pronto que el que corre por caminos extraviados: *Semper aldo, serper ambulat, serper proficit. Melius sit claudus in via, quam curtor prater eam.* (Serm. XV de verbis Apost.)

No es perfecto quien no desee ser más perfecto; y nos manifestaríamos más perfectos, teniendo á una mayor perfeccion: *Nemo perfectus est, qui perfectior esse non appetit, et in eo quoque perfectiorem se probat, quod eis majorem tendit perfectionem.* (Epiet. XXXIV ad Dragoneum).

He aquí un compendio de la vida y de la perfeccion cristianas que nos da san Gregorio: La humildad en la conversacion, la estabilidad en la fe, el poder en las palabras, la justicia en las acciones, la misericordia en las obras, la disciplina en las costumbres, no hacer nunca una injuria, sufrir lo que se recibe, conservar la paz y la union con todos, amar á Dios de todo corazón, amarle como Padre, temerle como á Dios, profetizar Jesucristo á todo, de la misma manera que nos ha preferido á nosotros á todo; unirse inseparablemente á su caridad, unirse con valor y confianza en su perseverancia y en su cruz; cuando se trata de su nombre y de su honor, manifestar constancia en nuestros discursos para confesarle, confianza en las pruebas, y paciencia en los suplicios y en la muerte para ser coronados. Obrar así es querer ser cooperadores de Jesucristo, es cumplir el precepto de Dios y hacer la voluntad del Padre celestial. (De Orat. dom.)

En verdad, como dice S. Marcial, el que considere el desprecio como una alhazna, la pobreza como un tesoro, y el hambre como un alimento excelente, es un hombre que no muere nunca. (In vitis Patria in creano).

He aquí, según S. Juan Climaco, el alfabeto de los que quieren aprender la perfeccion: La obediencia; el ayuno; el cilicio; la ceniza; las lágrimas; la confesion; el silencio; la humildad; las vigílias; el valor; el frío; el trabajo; las pruebas; el desprecio; la contrición; el olvido de las injurias; la caridad fraternal; la dulzura; la fe sencilla; y sin curiosidad, el desprecio del mundo; el renunciar á los parientes; el despreñimiento libre de todo; la sencillez unida á la inocencia y el querer ser olvidados. (Grad. XXVI).

Para los que progresan en la perfeccion, el mismo Santo señala cosas mayores: La vida de los que adelantan en perfeccion, dice, consiste en triunfar de la vanagloria y de las vivacidades, y en esperar firmemente la salvacion; consiste en el reposo del alma, en la direccion; en el recuerdo profundo y conti-

Grado de perfeccion

mo del último juicio, en la misericordia, en la hospitalidad, en la represión modesta y en la oración. (*Grad. XXVI*).

Hé aquí también lo que dice para los que han llegado á la perfección: Es menester tener el corazón libre de toda traba, tener una caridad perfecta, una gran humildad, estar enteramente muerto para el mundo, ser enteramente de Jesucristo, dejarse por favor á la oración, recibir todas las leyes divinas, desear morir, aborrecer la vida, y huir constantemente del propio cuerpo. (*Grad. XXVI*).

Hemos de proponer á alcanzar la perfección del mismo Dios; pues imitar á Dios es la perfección conculcada y la mayor de las elevaciones...

No podemos, dice S. Jerónimo, imitar á Dios en su poder, en su magnificencia, en su eternidad, ni en otros atributos parecidos; pero podemos, sin embargo, imitarlo de lejos en humildad, en dulzura, en caridad, en pureza; y en santidad. (*Epist.*)

Oigamos lo que dice santo Tomás: Es menester imitar la inmutabilidad de Dios por medio de la constancia en la prosperidad y en la adversidad; su prescencia por medio de la prevision de las postimerias; su igualdad de alma, no turbándose con ningún accidente penoso; su variedad, su sinceridad, su paciencia, su clemencia, su amor, su obediencia, etc. (4, 2, q. 171).

¿Quién es, dicen los Cantares, quién es la que se adelanta como la aurora pacientemente? Tal es el alma que comienza su perfección... Hermosa como la luna: tal es el alma que progresa en perfección... Brillante como el sol: tal es el alma que ha llegado á la cumbre de las perfecciones...

La escala de la perfección, dice S. Bernardo, tiene dos brazos, y doce grados. El brazo derecho es el desprecio del mundo llevado hasta el amor del reino del Cielo. Los doce grados son: 1.º el odio del pecado...; 2.º huir del pecado...; 3.º el temor del odio de Dios...; 4.º la sumisión en todo al Criador...; 5.º la obediencia á su superior...; 6.º la sumisión á su igual...; 7.º la diferencia hacia los inferiores...; 8.º colocarse en la última fila...; 9.º meditar constantemente su fin...; 10. tomar siempre por sus obras...; 11. confesar humildemente los propios pensamientos...; 12. dejarse conducir en todo por la mano de Dios, según su voluntad... Por esta escala suben y bajan los ángeles, y se levantan los hombres al Cielo. (*Serm. in Cant.*)

Hé aquí ahora la escala de perfección establecida por S. Basilio. La cima de la escala de la perfección, dice, es la caridad. Los grados son otros tantos renunciaciones; 1.º renunciar á las cosas de la tierra...; 2.º olvidarse por completo...; 3.º detestarse y despreciarse como se desprecia el cielo; 4.º despojarse y desprenderse del afecto á los parientes y amigos...; 5.º aborrecer su propia alma por Jesucristo...; 6.º renunciar al juicio propio y á la voluntad...; 7.º mortificar siempre los deseos para dar cumplimiento á lo que dice Jesucristo: Si alguien quiere venir detrás de mí, que renuncie á sí mismo, tome su cruz y me siga. Si quis vult post me venire, abneget seipsum, tollat crucem suam quotidie, et sequatur me. (*Matth. XVI. 24*); 8.º seguir á Jesucristo y aprender de él, que es dulce y humilde de corazón...; 9.º amar constante y eficazmente al prójimo, hasta á sus enemigos...; 10. unirse á Dios, no haciendo más que un solo espíritu con él. (*In Psal.*) Semejante escala es la casa de Dios y la puerta del Cielo: Non est hic aliud nisi domus Dei, et porta Cæli. (*Gen. XXVIII. 17*).

Casiano indica de un modo admirable y en pocas palabras los grados de la perfección. Escuchad, dice, el orden con que podéis subir sin trabajo á la cumbre de la perfección: El principio de la salvación y de la sabiduría es el temor de Dios. Del temor de Dios nace la compunción salvable; de la compunción del corazón procede la renuncia, el despreñimiento y el desprecio de todos los deseos; de esta renuncia sale la humildad; la humildad engendra la mortificación de la voluntad; con la mortificación de la voluntad se extirpa y se mata todo vicio; con la expulsión de los vicios llegan las virtudes, crecen, florecen y fructifican; con el nacimiento, el acrecentamiento y el imperio de las virtudes, se adquiere la pureza del corazón, y con la pureza del corazón se posee la caridad perfecta. (*Lib. Iusti.*)

Véase ahora una escala de perfección dada por el mismo Dios en la Sagrada Escritura: El principio de la sabiduría es el verdadero deseo de la regla; la sollicitud de la regla llega á ser su amor, y el amor de la sabiduría la observancia de sus leyes; la custodia de sus leyes la consumación de la santidad, y la santidad acerca al hombre á Dios y le une con él (1).

San Pablo era perfecto. Oid las maravillas, las riquezas y los admirables frutos de su perfección. En todo, dice, nos manifestamos como ministros de Dios con una gran paciencia en las tribulaciones, en las necesidades, en las ansiedades, bajo el látigo, en las cárceles, en las sediciones; en los trabajos, en las vigilias, en los ayunos, en la pureza, en la ciencia, en la longanimidad, en la mansedumbre, en el Espíritu Santo, en una caridad sin hipocresía, en la palabra de verdad, en la fuerza de Dios, con las armas de la justicia á derecha y á izquierda, con la gloria y la humillación, con la fama mala y buena; como salvadores, aunque digamos la verdad; como desconocidos aunque somos muy conocidos; como moribundos, aunque vivamos; como castigados, y no sentenciados á muerte; como tristes, y siempre en la alegría; como pobres, y enriqueciendo á muchos; como no teniendo nada, y poseyéndolo todo. (*II. Cor. VI. 4-10*).

San Gregorio Nazianceno dice de los perfectos: Su vida es la riqueza en la indigencia; la abundancia en la privación de todo; la gloria en el desprecio; la paciencia en la enfermedad; una admirable familia en el celibato (la familia de las virtudes); el desprecio de las delicias hace sus delicias; abrazan la humildad para ganar el reino del Cielo; nada tienen en el mundo, y son dueños de él; aunque en la carne, viven como si no la tuviesen; tienen á Dios por deidad; viven de una hambre absoluta á causa de la esperanza del Reino; y esta pobreza completa les hace reinar sobre todas las cosas. (*Orat. I. de Pace*).

Las obras de los perfectos son heroicas, la victoria que consiguen contra sí mismos, es heroica; en victoria contra el infierno, el demonio y sus pasiones es heroica; el modo con que vencen las dificultades y los obstáculos que ordinariamente se oponen á las virtudes, es heroico; las esmeras que hacen para llegar á las acciones elevadas y árdas, son heroicas...

(1) Initium illius sapientie, verissima est disciplina: temperantia, cura discipline, dilectio est, et dilectio, curanda regum illius est; custodite autem legem, consummatio incorruptio est: incorruptio autem facit esse proximum Deo. (*Sap. IV. 18-20*).

delicia y riqueza de la perfección.

®

Con los esfuerzos que hacemos para llegar á la perfeccion, dice S. Gregorio Nazianzeno, nos hacemos tanto más terribles para los malos espiritus, cuanto más cerca nos llegamos á Dios. (*Orat. 1. de Pace.*)

Los rayos del sol, dice Séneca, llegan, es verdad, á la tierra; pero radican en el foco de donde salen: *Radix solis contingunt quidem terram, sed ibi sunt unde mittuntur.* (Epíst. XLII.)

Así son los perfectos: brillan en la tierra, la iluminan con su santidad; pero habitan en el Cielo, y los rayos de luz que arrojan sobre el universo, salen del mismo Dios...

Los perfectos no pueden menos de ser felices; puesto que practican lo que proporcionan las ocho bienaventuranzas predicadas por Jesucristo. Practican la humildad; y Jesucristo ha dicho: Bienaventurados los humildes, porque de ellos es el reino de los Cielos. Son la dulzura misma; y dichosos los que son mansos, pues poseerán la tierra; la tierra de su cuerpo, la tierra de los vivos. Llorarán, dichosos las que lloran, pues serán consolados. No tienen más deseo que el de santificarse; dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, pues serán saciados. Están llenos de caridad, de humildad y de compasion hacia el prójimo; dichosos los misericordiosos, porque obtendrán misericordia. Son ángeles de pureza; dichosos los que tienen el corazón puro, porque verán á Dios. Son pacíficos; dichosos los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios. Sufren con paciencia las aflicciones, las afrontas, los desprecios, las cruces y las persecuciones; dichosos los que sufren persecucion por la justicia, porque suyo es el reino de los Cielos. (*Math. V.*)

Así practican los perfectos todas las virtudes, única cosa que proporciona la verdadera dicha, son los únicos verdaderamente felices, ya durante el tiempo, ya durante la eternidad...

1.º San Egipto, discípulo de S. Francisco, decía: ¿Queréis ver bien? Sed ciegos. ¿Queréis oír bien? Sed sordos. ¿Queréis hablar bien? Sed mudos. ¿Queréis andar bien? Cortad vuestras piernas. ¿Queréis trabajar bien? Atad vuestras manos. ¿Queréis amar sinceramente? Aborreceos. ¿Queréis vivir bien? Mortificaos. ¿Queréis amar mucho? Perdedlo todo. El medio de ser rico es ser pobre; el medio de ser dichoso y disfrutar delicias, es afligirse y castigarse. ¿Queréis estar tranquilos y llenos de seguridad? Tened siempre temor. ¿Queréis elevos Homáites. ¿Deséis que se os honre? Desprecios; y honrad á los que os desprecian. Si queréis poseer el bien, sufrid el mal. Si queréis estar en reposo, ocupaos. Si queréis ser bendecidos, desead que os maldigan... ¡Oh! ¿Qué sabiduría tan grande saber practicar lo que hemos dicho! y por ser grandes cosas, las vemos no las consiguen. (*Lib. 1. p. 65.*)

2.º Sed imitadores de Dios, como hijos suyos predilectos, dice el gran apóstol, y marchad en el amor, como Cristo nos ha amado: *Estote imitatores Dei, sicut filii carissimi; et ambulat in dilectione, sicut et Christus dilexit nos.* (Ephes. V. 1-2.)

3.º Es menester saber y estar persuadidos: 1.º que estamos lejos de la perfeccion...; 2.º que hemos de trabajar siempre para ser perfectos...; 3.º que hemos de desear con insaciable alán llegar á la perfeccion...; y 4.º que hemos de tener siempre ante la vista el precio de la celestial vocacion de Dios, la

palma prometida al vencedor. Para alcanzar este fin, para llegar á la perfeccion y merecer la corona, nada es más eficaz, 1.º que examinarse seriamente, principalmente sobre el pecado predominante...; 2.º el pecado radical conocido, es preciso esterzarse en desarraigarle y destruirle...; 3.º hacer un examen particular cada día...; y 4.º hacerlo todo para la mayor gloria de Dios.

Ohraí, pues, atleta, soldado de Jesucristo, de manera que podáis decir con Pablo, el más admirable de los combatientes: Ha combatido como bueno, ha terminado mi carrera, he guardado la fe. Por lo demás, espero la corona de justicia, que el Señor, justo Juez, me dará en este día, y no sólo á mí, sino también á los que quieren su adveimiento (1).

La vida es corta, la carrera es poco larga, y la corona es eterna...

Quando os levanteis, pensad y decid con S. Antonio: Ha comenzado á correr hoy, he comenzado hoy á servir á Dios, y tal vez acabaré hoy mismo mi carrera y mi servicio. Viviré como si hoy debiese morir; correré como si debiese terminar hoy mi carrera. Por esto correré con energia, porque el tiempo de correr no es largo, y me queda un largo trecho para llegar al Cielo. (*Vit. Patr., t. 1, tit. XI.*)

4.º Hay tambien otros excelentes medios para llegar á la perfeccion:

1. La presencia de Dios...
2. La conformidad á la voluntad de Dios...
3. Retirarse en el fondo del alán; ver los obstáculos que existen para la virtud, y separarlos completamente...
4. Una profunda humildad...
5. El desprendimiento de todo...
6. Fijar el espíritu en Dios...
7. Tener una resignacion sin límites...
8. Despreciarlo todo, y desear ser despreciados por todos los hombres...

Suffid y abstenéos, dice Tertuliano; el que observe estas dos cosas, vivirá sin pecado; y será dichoso: *Sustine, abstinere; que duo verba, si quis observet, erit sine peccato, et erit beatus.* (Ad Martyr.)

5.º Avanzad, dice S. Agustin, entrando en juicio con vosotros mismos, sin contemplacion, sin favoreceros, sin titubear. Nadie hay en vuestro interior que pueda avergonzaros y aplaudiros. Alguien hay en vosotros; pero es aquel que es amigo de la humildad y os pone á prueba. Experimentaos tambien á vosotros mismos (2).

6.º Una cosa insignificante bien hecha vale más que las cosas grandes hechas á la fuerza, dice Platen: *Satis est bene agere aliquid exiguum, quam multa perfunctorie.* (Lib. de República.)

Todo lo bien hecho es grande; pero lo que es grande no está siempre bien hecho; y entánces lo grande se vuelve pequeño. Las cosas pequeñas bien he-

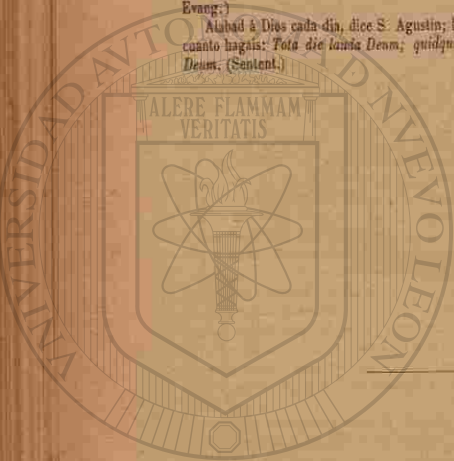
(1) Bonum certamen certavi; cursum consummavi, fidem servavi. In religio repensata est mihi corona justitie; quam reddet mihi Dominus in illo die. Justus Judex; non solum autem mihi, sed et his qui diligunt adjutum ejus. (*II. Tim. IV. 7-8.*)

(2) Prohibito, discuteite vos sine dolo, sine adulatione, sine palpatione. Non enim est aliquid totius tectus, cui erubescat, et jactet se. Est tibi, sed cui placet humilitas. Ipse hic probet: proba et talisum tu ipse. (*Sentent.*)

chas conducen á la perfeccion, y las cosas grandes hechas con negligencia llevan á la imperfeccion...

El ejercicio de las funciones santas no prueba la santidad, dice S. Cipriano, á no ser que se cumpla santamente lo que es santo: *Sanctum non est quod geritur sanctum, nisi sancte, quod sanctum est, peragatur.* (Serm. in Evang.)

Alabad á Dios cada día, dice S. Agustín; lo alabais cada día, si hacéis bien cuando hacáis: *Fala die lauda Deum; quicquid egeris, bene age, et laudasti Deum.* (Sentent.)



PERSECUCION.

TENED cuidado, dijo Jesucristo á sus apóstoles, porque os harán parecer ante sus tribunales, y os pegarán en las sinagogas, y os presentarán ante sus magistrados y sus reyes, por causa mía, para dar testimonio. Y seréis odiados por todos con motivo de mi nombre (1).

Acordaos de la palabra que os dije: No es el criado más grande que su dueño. Si me han perseguido, os perseguirán también; pero lo harán todo por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado. En verdad, en verdad os lo digo: Lloraréis y gemiréis, y el mundo se alegrará. Viviréis en la tristeza; pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. Si el mundo os aborrece, sabed que me aborrece á mí el primero. Si hubieseis sido del mundo, el mundo amaría lo que es suyo; pero, como no sois del mundo, y os he elegido de en medio del mundo, por esto os aborrece el mundo (2).

Somos considerados como necios á causa de Cristo, dice el gran apóstol; somos despreciados. Hasta ahora sufrimos hambre y sed; estamos desnudos, somos abofeteados, y andamos errantes; somos maldicidos, perseguidos, injuriados; somos hasta aquí como los desechos del mundo y las basuras de todos (3).

Somos hijos de la promesa segun Isaac, añade el apóstol; pero, así como el que había nacido segun la carne perseguía al hombre nacido segun el espíritu, así sucede también ahora (4).

Todos los que quieren vivir santamente en Jesucristo sufrirán persecucion, presigue S. Pablo: *Omnes qui pio volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur.* (II. Tim. III. 12). Serán perseguidos por envidia y malicia. Serán perseguidos por el demonio..., por el mundo corrompido... Se les llenará de injurias, de burlas, de afrontas, de desprecios, siempre por envidia, envidia.

(1) *Videte vosmetipsos. Tradunt enim vos in synagoga, et in sinagoga vapulabitis, et ante principes et reges stabitis propter me in testimonium. Et eritis odio omnibus propter nomen meum.* (Marc. XIV. 9-13).

(2) *Memorote verbum meum, quoniam ego dixi vobis: Non est servus major domini suo. Si me persecuti sunt, et vos persequantur. Sed hoc, nimia faciet vobis propter nomen meum; quia desciat enim qui misit me. Amen, amen dico vobis: quia plerumque, et habitis vos; mundus autem contemnit; vos autem contristabimini; sed tristitia vestra vertetur in gaudium. Si mundus vos odit, scitote quia non priorem vobis odio habuit. Si de mundo fugeritis, gaudetis, quia mundus erat, diligeret; quia vera de mundo non estis, sed ego elegi vos de mundo. Propterea odit vos mundus.* (Joan. XV. 20-21. XVI. 2). (V. 18-19).

(3) *Non stulti propter Christum; nos ignobilis. Ueno in haec hora: et corrumpi, et situros, et timi amos, et colaphis cedunt, et instabiles sinus; maleficium, persecucionem paritur, blasphemiam; tanquam parvum mundi facti sumus, omnia persequens ut que adhuc.* (II. Cor. IV. 10-12).

(4) *Non secundum carnem persequerentur enim qui secundum spiritum, ita et nunc.* (Gal. IV. 28-29).

injusticia y crueldad. Serán perseguidos en odio de la verdad, de los buenos ejemplos, del Evangelio, de la religión, del orden, de la sana doctrina, de la moral, del Cielo y del culto divino... Serán perseguidos por sí mismos, por la concupiscencia, por el hombre viejo, que enfrenan, que encadenan, á pesar suyo, y que sostienen al espíritu...

No es cosa nueva que las almas piadosas sean perseguidas; esto se verifica desde el principio del mundo. Adán persiguió al piadoso Abel, su hermano, y le mató. Los hijos de los hombres persiguieron á los hijos de Dios. Abraham fué perseguido por los cananeos, Lot por los sodomitas, Isaac por Ismael, Job por Esau, José por sus hermanos, Moisés por Karaon, los hebreos primero por los egipcios, y más tarde por los filisteos y otras naciones; Saul persiguió á David; Absalon persiguió á David, su padre; Manases persiguió á Isaias, los judíos persiguieron á Jeremías, á Amós, á Ezequiel y á los demás profetas; Nabucodonosor persiguió á Daniel y á los demás niños hebreos; Herodes persiguió á los Santos Inocentes y hace decapitar á S. Juan Bautista; Jesucristo es perseguido hasta la muerte... Los apóstoles son perseguidos de mil maneras y se les sentencia á muerte, por Jesucristo... ¿Cuántos millares de mártires?... Todos los santos han sido más ó menos perseguidos... La Iglesia ha sido siempre perseguida en una region ú en otra, y esto en todos los tiempos...

El Señor, dice S. Gregorio, no envía sus elegidos para las alegrias del mundo, sino para los sufrimientos y las persecuciones, como él mismo ha sido enviado. El Hijo es infinitamente amado del Padre, y sin embargo, su Padre le envía para sufrir persecuciones. De la misma manera el Hijo de Dios ama á sus discípulos, y sin embargo los envía al mundo para ser perseguidos. «Como mi Padre me ha enviado, así también os envío», es decir, cuando os envío entre los escándalos de los perseguidores, es amo con aquella caridad perfecta con que yo amo mi Padre cuando me envía á sufrir la pasión y la muerte en la cruz (1).

Siempre ha habido persecuciones; porque 1.º siempre ha habido malvados en el mundo, hombres depravados y perversos anticristianos para perseguir á los buenos... 2.º Los perseguidores detestan á Jesucristo y su nombre; y esta es la razón porque persiguen... 3.º El servidor debe seguir la muerte de su dueño... 4.º Hay malos que persiguen por ignorancia... 5.º Otros por odio á Dios y á la virtud... 6.º Los buenos son, por otra parte, hijos de la promesa... 7.º Las persecuciones experimentan, purifican y santifican... 8.º Las persecuciones dan á conocer á los buenos y á los malos, separan los unos de los otros, como se separa la paja del trigo, y como el fuego separa el oro de la tierra... 9.º Las persecuciones reaniman la fe... 10.º Hacen héroes. Las tempestades purifican el mar, y arrojan de su seno las inmundicias extrañas que mancharían sus aguas. Lo mismo sucede en la religión; las persecuciones arrojan de su seno á los miembros hipócritas, gangrenados y podridos, que la manchan en

(1). Electos Dominus, non ad mundi gaudia, sed, sicut ipse missus est, ad passionem in mundo, mittit. Filius amatur a Patre, et tamen ad passionem mittitur: ita et discipuli a Domino amantur qui tamen ad passionem mittuntur in mundo. Sicut missus me Pater, et ego mitto vos: id est, ad caritatem diligit, cum filius sanctis persecutorum mittit, quia me caritate Pater diligit, quem venire ad tolerandas passiones fecit. (Augustinus in Evang.)

tiempo de calma; y las mismas persecuciones hacen entrar á los hijos fieles en el reino de los Cielos...

¿Cómo son los malos, pregunta S. Agustín; útiles á los buenos? Lo son, no con miramientos, sino con persecuciones. Las persecuciones son para los mártires y para la Iglesia lo que la lima y martillo para el hierro, lo que la vara para el trigo; lo que el horno para el pan, lo que el fuego para el oro. (Lib. Civit.)

Los sufrimientos de los mártires ilustran á la Iglesia y son su más hermosa victoria...

Preparamos emboscadas al justo, dicen los malvados, porque nos es inútil, y es contrario á nuestras obras; porque nos ceba en cara nuestras faltas contra la ley, y vuelve contra nosotros las obras de nuestras doctrinas. Así es como la Sagrada Escritura expresa el lenguaje de los perseguidores impíos. El justo es vanagloria de tener la ciencia de Dios, y hasta odiosa nos es su vista; porque sus actos son diferentes de los actos de los otros, y su proceder no es el nuestro. Nos mira como mentiroso, y se abstiene de seguir por nuestro camino; como si así se manchare. Interrogámoslo por medio del ultraje y del suplicio, y condénesele á la muerte más infame. (Sup. II. 12-20).

José cuenta un suceso inocente á sus hermanos, y ellos juran su pérdida. Jesucristo resucita á Lázaro, y sus enemigos declaran que es preciso condenarle á muerte; porque, dicen, este hombre hace muchos milagros, es preciso matarle, es digno de muerte. Quieren también matar á Lázaro resucitado, sólo porque Jesucristo le ha devuelto la vida. ¡Oh ciegos crueldad! exclama S. Agustín: ¡O ceca severitas! (In Evan. de Lázaro.)

En todos los siglos, los malos siguen el mismo sistema. Persiguen en la Iglesia y á sus ministros, destruyen sus altares y sus cruces en su odio ciego y frenético. La Iglesia, el altar, las cruces y los ministros de la religión son columna de bondades, de gracias y de beneficios. ¡Es preciso asquillarlos! ¡Es un yugo, dicen, es una esclavitud, y menester es romperlo; es un peso y es menester arrojarlo. Tal es la libertad de los malos, la libertad de oír mal, de perseguir, de atormentar, de quemar, de destruirlo todo y de establecer el caos...

Hablando S. Pablo en Jerusalem en nombre del Señor, instruyó á los gentiles y disputaba con los griegos. Y éstos trataban de matarle, dicen las Actas de los Apóstoles: *Illi autem querelabant occidere illum.* (IX. 29).

Jesucristo vuelve la vista á los ciegos, el oído á los sordos; la palabra á los mudos, la salud á los enfermos, y la vida á los muertos; multiplica los panes, calma las tempestades; todos sus pasos van señalados por nuevos beneficios. Y los judíos conspiran contra su vida; le entregan á Pilatos. Pero les dice aquel Juez: ¿Qué mal ha hecho? Nada criminal encuentro en este hombre. Me lo habeis presentado como culpable, ó interrogándole delante de vosotros, no he encontrado en él los crímenes de que lo acusáis. Por toda razón, aquellos desgraciados gritaron: ¡Crucifícale! ¡crucifícale!

Pero, dice la Sagrada Escritura, mientras los impíos creían poder dominar la nación santa, fueron encadenados con los lazos de las tinieblas y de una profunda noche; sufrieron, encerrados en sus moradas, aquellos esclavos de la

Gravedad y severidad de los perseguidores.

®

Providencia que querian escapar (1). Ahí está Dios para vengar á su Iglesia y á sus Santos...

Valor de las soldadas de Jesucristo en las persecuciones.

El soldado de Jesucristo, dice S. Cipriano, instruido por los preceptos de su Rey y por sus advertencias, es intrépido para el combate y en el combate, y se dispone á recibir la corona. Los soldados de Jesucristo saben morir, pero no saben ser vencidos; y son invencibles por lo mismo que no temen la muerte (2).

Escuchemos á S. Crisóstomo. Rodeado, dice, de perseguidores, amenazado y condenado á un destierro, me encuentro en medio de las aguas amenazadoras; pero no temo quedar sumergido, porque estoy firme sobre una sólida piedra: que esté ó no torioso el mar, no puedo derribar la piedra: *Multi quidem fluit et unda immanes; sed submergi non vereor, quia supra petram sto. Insuper fiet mare, petram non potest evertere.* No temo el destierro; el mundo es una casa para todos los hombres. Arrojado de la ciudad, no me inquietaba por nada, y decía para mí: Si la reina Eudoxia quiere desterrarme, que me destierre; la tierra es de Dios, así como todo lo que contiene. Si quiere serrarme, ando por la sierra; el mismo suplicio sufrí Isatis. Si quiere ahogarme, me acordaré de Jonás. Si quiere apedrearme, que me apedree; tengo por compañero al primer mártir, Esteban. Si quiere mi cabeza, que me la quite; tengo por asociado á Juan Bautista. Y si quiere quitarme los pocos bienes que tengo, que los quite; después salí del seno de mi madre, y desnudo volveré al seno de la tierra. (Homil. XI).

Si el soberano Pastor fué inmolado como un cordero, los corderos que llegan á ser pastores no deben temer el ser sacrificados; ninguna oveja debe temer.

Pablo, dice S. Crisóstomo, lleno de caridad, consideraba los tiranos y al mismo cruel Nerón como mosquitos; miraba como un juego de niños la muerte, los tormentos y los mil suplicios: *Caritate Paulus ornatus, tyrannos, ipseque Neronem, velut quosdam calices, estimabat; mortem, cruciatum, et mille supplicia, ludum putabat esse puerorum.* (De Laud. S. Pauli).

San Tiburcio mártir decía triunfante al juez Torcuato: Aplicad las agudas hierros, colgad á los cristianos; condenad, herid; extendidlos sobre parillas candentes; reunid juntos todos los suplicios. Si nos amenazais con el destierro, el mundo entero no es otra cosa; si nos enviáis á la muerte, salimos de la cárcel del mundo, si nos entregáis á las llamas, nos escapamos de los fuegos de las codicias: que son mucho más terribles. Mandad cuanto queráis; toda pena es mala para nosotros, cuando nos acompaña una conciencia pura. (In eius vite).

Pero, dice el mártir Sta. Agata, no quiero ni deseo la vida ni la salud de mi cuerpo, ni nada fuera de Jesucristo. No pienses, ó Quintiano, que puedes

(1) Dum enim persecutori habent iniqui posse dominari nationi sancte, vinculis tenenturum et longo vincti compassib; inchois sub lectis, fugitivi peripatus providentia Jesuorum. (Sop. XVII. 2.)

(2) Miles Christi, precepto eius et monitis eruditus, non exarscit ad pugnam, sed paratus est ad eorum. Milites Christi vinci non posse; mori posse; et hoc ipso victis esse, qui mori non timet. (Lib. IV. Epist. IV. ad Tiburium.)

abatirme con tus amenazas, tu crueldad y tus tormentos. Has de saber que no hay hierro cansada y abrumada de sed que desee el agua limpia como desee y estoy sedienta de tus tormentos, á fin de que con ellos pueda abrazar á mi Jesús y estar unida con él para siempre. Si quieres matarme con la espada, aquí tienes mi cuello; si quieres azotarme, aquí estoy, paga; si quieres arrojarme al fuego, aquí está todo mi cuerpo, aquí tienes mis manos, mis pies, mis miembros; todo te lo ofrezco. Atermentala, desgarrala como quieras; quema, corta, atrévete, disloca, ata, crucifixa, mata: cuando más cruel seas conmigo, más beneficios me harás, y más consuelos y gloria recibirá en mi dulce esposo. ¿Qué tardas? ¿Qué esperas? Toda dilación es larga para una alma devorada por la sed de ir al Cielo. (In eius vita).

Los confesores combaten, dice S. Crisóstomo, los mártires triunfan, y siempre los ejércitos cristianos, armados por Dios, quedan victoriosos del demonio: *Confesores pugnant, martyres triumphant, et christiani semper exercitus, diabolum, Deo armati, debellant.* (Homil. II). En esos combates, las virtudes salen vencedoras y quedan coronadas...

En mi primera defensa, dice S. Pablo á su discípulo Timoteo, nadie me ha asistido, pero todos me han abandonado. Que no se les haga cargo por ello. Pero el Señor ha estado á mi lado, y me ha fortificado, y me he visto libre de la garganta del león (1).

Dicen las Actas de los Apóstoles que el consejo de los judíos, después de haber hecho azotar á los apóstoles, les prohibió que en manera alguna hablasen en nombre de Jesús. Y salieron del consejo llenos de alegría por haber sido juzgados dignos de sufrir ultrajes por el nombre de Jesús: *Utique gaudentes a conspectu coacti, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumelia pati.* (v. 40-41).

¿Queréis luchas y combates? dice Tertuliano: Allí los tenéis en gran número. Ved la impudencia vencida por la castidad, la perfidia domada por la fe, la crueldad abatida por la misericordia, la ira dulcificada por la modestia, y nuestros combates son de tal suerte, que nos dejan coronados de eternos laureles (2).

¿Cuántos millares de héroes cristianos en todos los tiempos, en todos los lugares, en todas las condiciones, en todas las edades, entre los mártires, los confesores, las vírgenes, etc!...

Dichos los que sufren persecución por la justicia, dice Jesucristo, porque suyo es el reino de los Cielos. Dichosos seréis cuando los hombres os maliguan y persigan, y cuando digan falsamente toda clase de mal contra vosotros por

(1) In prima me defensione, nemo mihi assistit, sed omnes me dereliquerunt: non illis imputatur. Dominus autem mihi assistit, et confortavit me; et liberatus sum de ore leonis. (II. IV. 16-17).

(2) Vis pugilatus et luctatus? Præter sunt, non parva, sed multa. Aspice impudicium devotum à castitate, perfidum cæcæ fidei, veritatem à misericordia condicium, petulantiam à modestia obturbatum; et tales sunt apud nos agones in quibus ipsi coronantur. (Lib. de Spectac.)

Sanctos de las persecuciones.

®

causa mia. Alegraos y regocijaos, pues vuestra recompensa será grande en los Cielos (1).

La persecucion es una de las ocho bienaventuranzas proclamadas por Jesucristo...

Dichosos los que sufren persecucion por la justicia; pues los perseguidos como ladrones, adúlteros, asesinos, incendiarios, conspiradores y autores de otros crímenes, no son dichosos. La persecucion que sufren es un castigo justo; y por otra parte semejante persecucion no reconoce por causa á Jesucristo, la virtud, la religion...

Dichosos los que sufren persecucion. En efecto: 1.ª la persecucion nos aleja del mundo, y nos una á Dios...; 2.ª la unimos por Dios...; 3.ª nos hace semejantes á Jesucristo, que sufrió...; 4.ª nos purifica de nuestros pecados...; 5.ª nos libra...; 6.ª nos cierra el infierno...; 7.ª nos abre el Cielo...

Es una gracia grande, dice el apóstol S. Pedro, si teniendo por mira á Dios padecemos algunos trabajos, sufriendolos injustamente: *Hinc est gratia, si propter Dei causam, sustinet quis tristitia, patienter iniuste.* (I. II. 19). Pues, si sufris por causa de la justicia, sois felices: *Quod si quid patimini propter iustitiam beati.* (Id. I. III. 14). Alegraos de participar de los sufrimientos de Cristo, para que podáis alegraros tambien, ários de gozo, en la manifestacion de su gloria. Dichosos si se os ultraja por el nombre de Cristo; porque lo que es de la honra de Dios, de su gloria y de su espíritu, descansa en vosotros (2). En aquel, pues, que está perseguido por Jesucristo, descansa, 1.ª, el temor...; 2.ª la gloria...; 3.ª la virtud de Dios...; y 4.ª el Espíritu Santo...

Lo que sucede con el oro puro, dice S. Ambrosio, sucede con la Iglesia, que cuando pasa por el fuego no experimenta ningun perjuicio; y ántes al contrario, su esplendor aumenta: *Sicut aurum bonum, ita Ecclesia, cum aruit, detrimentum non sentit, magis fulgor eius augetur.* (Serm. VII).

Las almas de los justos, dice la Sabiduría, están en manos de Dios, y el suplicio no les alcanza: *Iustorum anime in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis.* (III. 4). Parece morir á los ojos de los insensatos, y su fin se llama una afliccion, y su salida de entre nosotros un aniquilamiento; pero están en paz: *Visi sunt oculis insipientium mori, et estimata est afflictio exitus illorum; et quod á nobis est iter, exterminium: illi autem sunt in pace.* (Ibid. III. 2-3). Y si antes los hombres han sufrido tormentos, su esperanza está llena de inmortalidad: *Et si ceram hominibus tormenta passi sunt, spes illorum immortalitate plena est.* (Ibid. III. 4). Su afliccion ha sido ligera, y su recompensa será grande, porque Dios los ha experimentado y los ha hallado dignos de él: *In paucis vexati, in multis bene disponuntur, quoniam Deus*

(1) *Beati qui persecutionem patiuntur propter iustitiam, ipsorum premia est regnum Caelorum. Beati estis, cum maledixerint vobis, et persecuti vos fuerint, et dixerint omne malum adversum vos, mentientes propter me. Gaudete et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in Caelis.* (Matth. v. 10-11 et 12).

(2) *Communitates Christi paucissimas, gaudent, et in revocata gloria sua gaudentes exultantes. Si exprobantur in conspectu Christi, beati erunt quoniam, quid est honoris, gloria, et virtutis Dei, et qui est equi spiritus, super nos requiescit.* (I. IV. 13-14).

tentaverit eos, et invenit illos dignos se. (Ibid. III. 5). Los ha experimentado como oro en el fuego, y los ha resplandecido como un holocausto, y resplandecerán en el dia en que los visite: *Tantum aurum in fornace probavit illos, et quasi holocausti hostiam accepit illos, et in tempore erit respectus illorum.* (Ibid. III. 6). Y brillarán como la llama en pobre hogar, juzgarán á las naciones, y dominarán á los pueblos, y su Señor reinará para siempre: *Fulgebunt iusti, et tanquam scintilla in mundineo discurrunt; iudicabit nationes, et dominabuntur populis, et regnabit Dominus illorum in perpetuum.* (Ibid. III. 7-8).

Oigamos á S. Crisóstomo: En vuestro combate, dice, el Señor se une á vosotros, el Señor combate por vosotros, y sobre vosotros recae el honor de la victoria. Vuestra lucha es la lucha de Dios, vuestra batalla es la batalla de Jesucristo. ¿Por qué temaréis? ¿por qué habrías de estar asustados? ¿Habrís de salir victoriosos con vuestras propias fuerzas? Tomad las armas, marchad á la guerra contra el enemigo, y combatid con bravura á fin de que el que es invencible os asista (1).

Persecucion quiere decir «seguimiento», *persecutio*; la persecucion sigue al hombre padido; no está delante, no se le anticipa para encerrarle el camino, y él corre á su objeto. Pero la tribulacion, que no es la persecucion, anda delante de los malvados, y los detiene en el camino que conduce á la dicha...

El buen atleta de Jesucristo está ejercitado por los ultrajes, dice S. Ambrosio, está experimentado por los trabajos y los peligros, á fin de que sea digno de ser elegido para recibir la corona de justicia: *Exercetur bonus athleta concilio, exercetur laboribus et periculis, ut dignus sit cui deferatur corona justitie.* (Lib. III. c. III. Offic. VII). Dios cura con una amplia recompensa á aquel á quien el hombre persigue y hiera, añade el Santo Doctor. (*Eodem loco*).

El Señor, dice S. Cipriano, ha querido que nos alegremos en las persecuciones, porque, cuando se han dado las coronas de la fe, son experimentados los soldados de Jesucristo y se abren los Cielos á los mártires. Los combatientes están bajo las miradas de Dios, bajo las miradas de los ángeles y bajo las de Jesucristo. ¿Qué gloria, qué dignidad, qué dicha combatir en presencia de Dios y ser coronado por Jesucristo, que es Juez del combate? (2).

Hemos de sufrir, dice S. Agustin, todo lo que un mundo insensato y ciego quiere hacernos sufrir: la pérdida de los bienes, el destierro, las cadenas, los tormentos, las llamas, las fieras, las cruces y todo género de muerte. Dios se encarga de recompensarnos. (*Senten. CCLXXII*).

(1) *In tua pugna Dominus congregatur, Dominus dimicat, Dominus praestator, et victoria tibi spectabit. Bernardus laus dei certamen est; praefatus tamen Christi est praefatum. Quod tripliciter quid formaliter quasi sua virtute devicta? Præhæde arma, pœne in bellum, fortiter dimica, ut dimicanti adde ille qui vincit uso. novit. (Homil. ad pop.)*

(2) *Gaudere nos in persecucionibus voluit Dominus, quia tunc datur corpus fidei, tunc probantur virtutes Dei, tunc martyribus patitur Cæli. Praestator nos spiritus Dei, spectator angelus ejus, spectat et Christus. Quanta est gloria dignitas, quanta felicitas, praesente Deo congressi et Christo iudice coronari! (Lib. IV. Epist. IV).*

Medio para ha-
cerse oportu-
nos á las per-
secuciones, ha-
cámoslas tam-
bién meritu-
rios.

1.º Se triunfa de todas las persecuciones y de todos los tormentos con la paciencia y la muerte. Los perseguidores pueden compararse á las cantáridas; hacen padecer, pero purifican...

2.º No temáis de temer á los perseguidores. Los perseguidores labran la salvación y la gloria de los inocentes perseguidos: por ellos se deshonran y se pierden. Su poder no se extiende más que sobre el cuerpo, sobre la vida actual; el alma y la eternidad están infortunadamente por encima de ellos. No temáis, dice Jesucristo, á los que matan el cuerpo, pero que no pueden matar el alma; temed antes bien al que puede arrear el alma y el cuerpo al fuego eterno: *Nolite timere eos qui corpus occidunt, animam autem non possunt occidere: sed timeate eum, qui corpus et animam potest mittere in gehennam.* (Mat. X. 28).

3.º Es preciso vencer; y no se puede vencer sin combate, ni triunfar sin guerra, dice S. Crisóstomo. Considerad el pacto que os compromete; no olvidéis las condiciones á que habéis consentido; reconoced la milicia en que os habéis alistado: *Considera pactam, conditionem attende, militiam nosce: pactum, quo spopondisti; conditionem, qua accessisti; militiam, cui nomen dedisti.* (Homil. XI).

4.º Es preciso considerar la brevedad de las persecuciones y la duración de la corona y de la gloria.

PERSEVERANCIA.

El que persevera hasta el fin, se salvará, dice Jesucristo: *Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.* (Mat. XXIV. 13).

Jesucristo, dice S. Bernardo, fué obediente hasta la muerte. Corred tanto como queráis. Si no corréis hasta la muerte, no tendréis el premio: *Factus est obediens usque ad mortem. Quantumlibet ergo cucurrerit, si usque ad mortem non pervenerit, bravium non apprehendet.* (Epist. ad Garinum).

Jamás, dice aquel Santo Doctor, el justo cree haber obtenido el premio; jamás dice: «Ya es bastante»; sino que siempre teme hambre y sed de justicia, de tal manera, que, si siempre viviese, siempre, en tanto que de él dependiera, habría de esforzarse para llegar á ser más justo todavía, esforzándose siempre en propender del bien al mayor bien; pues no se compromete por determinado tiempo á servir á Dios, como un criado, sino por toda la eternidad (1).

Cualquiera que ponga la mano en el arado y mira atrás, no es propio para el reino de Dios: *Nemo mittens manum ad aratrum, et respiciens retrò, aptus est regno Dei.* (Luc. IX. 62).

Es preciso orar siempre y no cansarse nunca, prosigue Jesucristo: *Oportet semper orare, et non lassescere.* (XVIII. 1).

Cristo resucitado de entre los muertos no muere, dice S. Pablo: la muerte no tendrá ya poder sobre él: *Christus resurgens ex mortuis jam non moritur; mors illi ultra dominabitur.* (Rom. VI. 9). Después de nuestra resurrección del pecado, debemos imitar á Jesucristo, que no muere...

Hermanos míos predilectos, escribe aquel grande apóstol á los corintios, estad firmes, inquebrantables, abundando siempre en la obra del Señor, esbiviendo que vuestro trabajo no os vano en el Señor: *Propterea mei dilecti, stabiles estote et immobiles, abundantes in opere Domini semper; scientes quod labor vester non est inanis in Domino.* (I. XV. 58). Bueno es, escribe á los galatas, que siempre seáis celosos para el bien, y no sólo cuando estoy presente entre vosotros: *Bonum amulamini in bono semper; et non tantum cum presens sum apud vos.* (IV. 18). Permaneced, pues, firmes en la libertad que tenemos de Cristo, y no os dobleguéis de nuevo bajo el yugo de la servidumbre: *Stete, et nolite iterum jugo servitutis contineri.* (Gal. v. 1). No nos cansemos de obrar bien: *Bonum facientes non deficiamus.* (Gal. VI. 9).

En otro tiempo erais tinieblas, dice á los de Efeso, y ahora luz en el Señor; marchad como hijos de la luz: *Eratis aliquando tenebræ, nunc autem lux in Domino; ut filii lucis ambulatis.* (v. 8). Os conjuro, pues yo, ligado en

(1) Numquam justus arbitrate se comprehensisse: nunquam dicit: Satis est; sed semper curat, et illosque justitiam, ita ut, si semper viveret, semper quantum in se est, justior esse cunctaretur, semper de bonis in melius profectus totis viribus conaretur. Non solum ad unum vel tempus, itaque intercurrit, sed in æternam devotio se multiplicat famulatur. (Epist. CCLIII).

Necesidad de la
perseverancia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Medios para ha-
cerse oportunos
a las per-
secuciones, ha-
rán más tam-
bién meritu-
ria.

1.º Se triunfa de todas las persecuciones y de todos los tormentos con la paciencia y la muerte. Los perseguidores pueden compararse a las cantáridas; hacen padecer, pero purifican...

2.º No temáis de temer a los perseguidores. Los perseguidores labran la salvación y la gloria de los inocentes perseguidos: por ellos se deshonran y se pierden. Su poder no se extiende más que sobre el cuerpo, sobre la vida actual; el alma y la eternidad están infinitamente por encima de ellos. No temáis, dice Jesucristo, a los que matan el cuerpo, pero que no pueden matar el alma; temed antes bien al que puede arrear el alma y el cuerpo al fuego eterno: *Nolite timere eos qui corpus occidunt, animam autem non possunt occidere: sed timeate eum, qui corpus et animam potest mittere in gehennam.* (Mat. X. 28).

3.º Es preciso vencer; y no se puede vencer sin combate, ni triunfar sin guerra, dice S. Crisóstomo. Considerad el pacto que os compromete; no olvidéis las condiciones a que habéis consentido; reconoced la milicia en que os habéis alistado: *Considera pactam, conditionem attende, militiam nosce: pactum, quo spopondisti; conditionem, qua accessisti; militiam, cui nomen dedisti.* (Homil. XI).

4.º Es preciso considerar la brevedad de las persecuciones y la duración de la corona y de la gloria.

PERSEVERANCIA.

El que persevera hasta el fin, se salvará, dice Jesucristo: *Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.* (Mat. XXIV. 13).

Jesucristo, dice S. Bernardo, fué obediente hasta la muerte. Corred tanto como queráis. Si no corréis hasta la muerte, no tendréis el premio: *Factus est obediens usque ad mortem. Quantumlibet ergo cucurrerit, si usque ad mortem non pervenerit, bravium non apprehendet.* (Epist. ad Garinum).

Jamás, dice aquel Santo Doctor, el justo cree haber obtenido el premio; jamás dice: «Ya es bastante»; sino que siempre teme hambre y sed de justicia, de tal manera, que, si siempre viviese, siempre, en tanto que de él dependiera, habría de esforzarse para llegar a ser más justo todavía, esforzándose siempre en propender del bien al mayor bien; pues no se compromete por determinado tiempo a servir a Dios, como un criado, sino por toda la eternidad (1).

Cualquiera que ponga la mano en el arado y mira atrás, no es propio para el reino de Dios: *Nemo mittens manum ad aratrum, et respiciens retrò, aptus est regno Dei.* (Luc. IX. 62).

Es preciso orar siempre y no cansarse nunca, prosigue Jesucristo: *Oportet semper orare, et non lassescere.* (XVIII. 1).

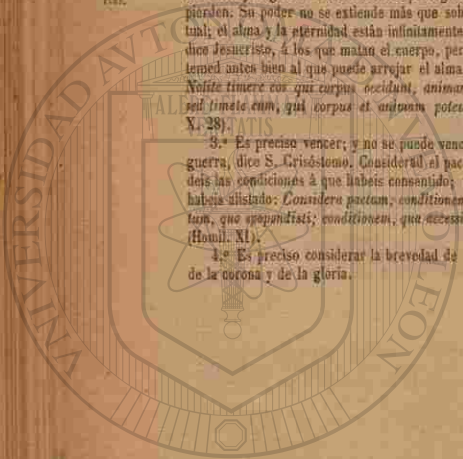
Cristo resucitado de entre los muertos no muere, dice S. Pablo: la muerte no tendrá ya poder sobre él: *Christus resurgens ex mortuis jam non moritur; mors illi ultra dominabitur.* (Rom. VI. 9). Después de nuestra resurrección del pecado, debemos imitar a Jesucristo, que no muere...

Hermanos míos predilectos, escribe aquel grande apóstol a los corintios, estad firmes, inquebrantables, abundando siempre en la obra del Señor, esbuciendo que vuestro trabajo no os vano en el Señor: *Proteres mei dilecti, stabiles estote et immobiles, abundantes in opere Domini semper; scientes quod labor vester non est inanis in Domino.* (I. XV. 58). Bueno es, escribe a los galatas, que siempre seáis celosos para el bien, y no sólo cuando estoy presente entre vosotros: *Bonum amulamini in bono semper; et non tantum cum presens sum apud vos.* (IV. 18). Permaneced, pues, firmes en la libertad que tenemos de Cristo, y no os dobleguéis de nuevo bajo el yugo de la servidumbre: *Stete, et nolite iterum jugo servitutis contineri.* (Gal. v. 1). No nos cansemos de obrar bien: *Bonum facientes non deficiamus.* (Gal. VI. 9).

En otro tiempo erais tinieblas, dice a los de Efeso, y ahora luz en el Señor; marchad como hijos de la luz: *Eratis aliquando tenebre, nunc autem lux in Domino; ut filii lucis ambulato.* (v. 8). Os conjuro, pues yo, ligado en

(1) Numquam justus arbitrate se comprehensisse: nunquam dicit: Satis est; sed semper curat, et illosque justitiam, ita ut, si semper viveret, semper quantum in se est, justior esse cunctaretur, semper de bono in melius profectus totis viribus conaretur. Non solum ad unum vel tempus, itaque intercurrit, sed in eternum deus se mancipabit famulari. (Epist. CCLIII).

Necesidad de la
perseverancia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el Señor, que andeis de una manera digna de la vocación á que habéis sido llamados: *Obsecro vos ego vincitis in Domino, ut digne ambuletis vocatione, qua vocati estis.* (Ephes. IV. 1). Esta vocación es la perseverancia en el bien que practicáis desde vuestra entrada en las sendas espirituales. El que anda, reitera sus pasos; adelanta para llegar á donde quiere...

Así pues, de la misma manera que habéis recibido á Jesucristo, el Señor, andad según él os indica, escribe aquel apóstol á los colosenses; andad arraigados en él, radicados en él, y afirmados en la fe, tal como os ha sido enseñado, y abunda en vosotros cada día más y más con acciones de gracias (1).

Os ordena ante Dios, que todo lo vivifiqué, escribe á su querido Timoteo, y ante el Cristo Jesús, que guardéis estos preceptos, conservándoos sin mancha ni repugnancia hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo (2).

El que combate en la arena no recibe la corona, si no ha combatido como debe: *Qui certat in agone, non coronatur, nisi legitime certaverit.* (II. Tim. II. 5).

Cuidad de que ninguno falte á la gracia de Dios, escribe á los hebreos: *Contemplantes nos qui desit gratia Dei.* (XII. 15). No os canséis, y no desfallezcan vuestros corazones: *Ne fatigemini, animis vestris deficientes.* (Hebr. XII. 3).

Vosotros pues, hermanos míos, que habéis conocido el bien, guardadlo, dice S. Pedro, no sea que, llevados á extravíos, dejéis de estar firmes; creed, sí, en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo: *Vos, fratres, presentem, custodite ne excidatis á propria firmitate. Credite vero in gratia, et in cognitione Domini nostri, et Salvatoris Jesu Christi.* (II. p. 17-18).

Conservans en el amor de Dios, dice el apóstol S. Judas: *Vos metipsum in dilectione Dei servate.* (21).

Sed fieles hasta la muerte, dice el Señor en el Apocalipsis: *Esto fidelis usque ad mortem.* (II. 10). Acordaos de lo que habéis recibido y oído, y guardadlo: *In mensa habet qualiter acciperis, et audieris, et serva.* (Ibid. III. 3). El que es justo, hágase aún más justo; y el que es santo, santifíquese todavía: *Qui iustus est, justificetur adhuc; et sanctus sanctificetur adhuc.* (Ibid. XXII. 14).

El Real Profeta comprendía también la necesidad de la perseverancia, que decía á Dios: Afirmad mis pasos por el camino que conduce hasta vos, no sea que llegue á vacilar: *Perfice gressus meos in semitis tuis, ut non moveantur vestigia mea.* (XVI. 5). Implorad al Señor y su fuerza; buscadlo sin cesar, dice todavía: *Quærite Dominum, et conferentur vobis quærite faciem ejus semper.* (CIV. 4).

Estad firmes ante el Señor dice el profeta Samuel: *Nunc state coram Domino.* (I. Reg. X. 13).

(1) Sicut ergo accepistis Jesum Christum Dominum, in ipso ambulate; radicati et imbraditi in ipso, et confirmati fide, sicut et didicistis, abundantes in illa in gratiarum actione (II. 4-7).

(2) Præcipio tibi coram Deo, qui vivificat omnia, et Christo Jesu, ut servas mandatum sine macula, irreprehensibile, usque in adventum Domini nostri Jesu Christi (II. 7. 12-14).

Permaneced fieles en vuestro puesto, dice el Eclesiástico, y perseverad en la invocación del altísimo Dios: *Stet in corde præparationis, et orationis altissimi Dei.* (XVII. 24).

Hacedos esfuerzos para agradar á Jesucristo, dice el apóstol de las gentes: *Contentimus placere illi.* (II. Cor. v. 9).

Una piedra cuadrada, dice S. Agustín, no se humilece, por más que se la vuelva de cualquier lado; sed pues como aquella piedra, estad prontos á sostener todas las tentaciones, y por más esfuerzos que se hagan para derriarlos, mostrad firmeza en la perseverancia. Que toda clase de ataques os halle inquebrantables (1).

Hemos de imitar al galgo que persigue á una liebre; se lanza, no teme precipicios, ni bosques, ni espinas; si hierre, se ensangrienta; no importa; corre hasta que ha podido apoderarse de su presa...

Hermanos míos, dice el apóstol S. Pablo á los filipenses, estoy persiguiendo el fin que me ha indicado el Señor Jesús. No pienso haberlo alcanzado; pero, olvidando únicamente el trecho que tengo recorrido, y fijándome en lo que me falta que recorrer, me dirijo al término, á la recompensa celestial que Dios me destina en el Cristo Jesús: Nosotros pues, que debemos ser todos perfectos, no tengamos, otro sentimiento (2). El apóstol examina, no hasta donde ha llegado, sino el camino que le queda que recorrer para conseguir el Cielo. Y ved sus esfuerzos: se engrandeció para apoderarse de la vida eterna, y de todo lo demás se olvidó.

Bienaventurados, dice S. Jerónimo, los que, no contentándose con lo que han hecho, cada día se remuevan y adelantan como el apóstol; porque la justicia cesa para el justo el día en que se detiene en el camino. Comenzar no basta; es preciso concluir (3).

La mujer de Loth fué convertida en estatua de sal, para enseñarnos que la sabiduría consiste en ir adelante, y la locura en retroceder. Instruyános tal ejemplo...

Combated el buen combate de la fe, dice S. Pablo á Timoteo; ponos en posesión de vida eterna, á la que sois llamados: *Certa bonum certamen fidei, apprehende vitam æternam, in qua vocatus es.* (I. VI. 12).

Oíd lo que dice S. Cipriano: Si el combate os llama, si ha llegado el día de manifestaros buenos, combatid con perseverancia, sabiendo que combatís ante la vista del Señor; que aprazia vuestros generosos esfuerzos: *Si vos actus vocaverit, si certaminis vestri dies venerit, militate fortiter, sicut*

(1) Quadratum lapidem quocumque vertatis, stat; sic ergo conquæramini, ad omnes tentationes parati, quicquid impulerit, non vos aversat. Stantem vos invenit; omnis onus (I. 4. de Morib.)

(2) Sequor, si quomodo comprehendat, in quo ex comprehenditis cum á Christo Jesu. Fortes ergo me sine archib; stupendissime. Nam autem que quidem retro sunt, oblitiscas; ad ea vero, que sunt priora, extendens me ipsum, ad ñxtimum persequor, ad brevium superius vitalium Dei in Christo Jesu, quicunque ergo perfecti simus, hoc sentiamus. (III. 12. 15).

(3) Beati qui non sibi de præteritis justitiis blandientes, secunduam Apostolum, per dies singulos in virtute renovantur, justitia enim non vincit ei, a quo sine justis esse desunt. Inchoasse non sufficit, sed perfectas justitiæ est. (In hæc verba Apost.)

Se acuerda con-
tinuamente para per-
severar.

®

cate constantem; scientes vos sub oculis presentis Domini dominare. (Ad Martyr).

Tú, oh hijo mío, dice el apóstol á Timoteo, fortifícate en la gracia de la perseverancia, que está en Jesucristo: *Tu ergo, fili mi, confortare in gratia, que est in Christo Jesu. (II. II. 1).*

Ven y mira, dice el Señor á S. Juan en el Apocalipsis. Y vi: y ved ahí un caballo blanco, y el que lo montaba tenía un arco, y se le dió una corona, y vencedor partió para vencer de nuevo: *Veni, et vide. Et vidi: et ecce equus albus; et qui sedebat super illum, tenebat arcum; et data est ei corona, et exivit vivens ut vinceret. (VI. 1-2).*

Armas de vuestra espada, dice el Salmista, revestis de brillo y de gloria. Marchad á la victoria, y reinidad. (XLIV. 3-4).

Me levantaré, dice la Esposa de los Cantares, y recorreré la ciudad; buscaré al que mi alma adora; le buscaré en los caminos, en las plazas públicas: le he buscado, he hallado al que ama mi alma; me he apoderado de él, y no dejaré que se vaya: *Sargena, queram quem diligit anima mea. Inveni quem diligit anima mea; tenui eum, nec dimittam (III. 2-4).*

Permaneced en el puesto en que se os ha colocado, y continuad orando, dice el Espíritu Santo: *Sto in sorte propositionis, et orationis. (Eccli. XVII. 24).* Esta palabra *stō* (permanece, está firme) significa: 1.º la lucha, el combate que tiene que sostenerse contra los enemigos para perseverar... 2.º El valor, la energía que es preciso llevar al combate para conseguir la perseverancia... 3.º Sí, estad firmes, resistid generosamente; no cedáis, no caigáis, no retrocedáis; sólo así perseveraréis...

Los soldados resisten en el campo de batalla; combaten con heroísmo; y sin embargo son muchas veces vencidos por los enemigos. Pero los soldados de Jesucristo, si están firmes, quedan siempre victoriosos; porque nadie puede arrebatarles la virtud y la perseverancia en la virtud; sólo puede hacerlo su voluntad propia...

Oíd lo que dice S. Cipriano de los mártires: Fueron inquebrantables en medio de los tormentos, más fuertes que los verdugos; y sus miembros dilacerados y quemados fueron superiores á los golpes y á las abrasadoras llamas. Ni el más largo, ni el más cruel de los suplicios pudo vencer su fe, y no cesaron de servir á Dios, no con su cuerpo, que ya no existía, sino con sus heridas. (De Martyr).

Sí, sed inquebrantables, perseverantes contra el demonio, las tentaciones, el mundo y la carne...

Entrad á participar de la dicha de los Santos, que viven y tributan gloria á Dios, dice el Eclesiástico: *In partes vade seculi sancti, cum viventibus et defunctis confessionum Deo. (XVII. 25).* Id á la dicha de los Santos por las buenas obras; esfuerzos alarmente á ir de virtud en virtud; id al Cielo, vivid por toda la eternidad.

Procread, como los rosales plantados cerca de la corriente de las aguas, dice la Sagrada Escritura: *Quasi rosa plantata super rivos aquarum fructificat. (Eccli. XXXIX. 17).* Creced; multiplicad vuestras virtudes, desarrolladlas; sed fecundas en hojas, en flores, en frutos de caridad, de paciencia, de humildad, de sumisión de modestia, de pureza y de las demás virtudes. Y así como la rosa, al levantarse el sol, manifiesta su hermoso cáliz y espárcese suaves olores, co-

menzad temprano á alabar á Dios, á servirle, á amarle; y perseverad así hasta obtener la corona de la vida.

Aplicaos, dice S. Basilio, á ser mejores de día en día; haced progresos en las virtudes, á fin de acercaros siempre más á los ángeles y llegar á ser semejantes á ellos: *Studiate operam dato ut melior in dies magis ac magis existatis; processum in virtutibus facite, ut hoc modo angelis efficiate propinquior. (In Epist.)*

Ando siempre para alcanzar el fin, dice S. Pablo: *Sequr, si quo modo com-prohendam. (Philipp. III. 12).*

Tengo todavía una vida de combates, dice S. Crisóstomo; está llena de ellos: estoy todavía lejos del fin, estoy poco avanzado en la carrera; corro todavía, prosigo. El gran apóstol no dice *corro*, sino *prosigo*. Ya veis al que prosigue con objeto determinado, con qué ardor prosigue; á nadie mira, salva todos los obstáculos con valor, á ellos aplica su alma, sus ojos, sus fuerzas, su corazón, su cuerpo; no piensa en otra cosa; se halla enteramente aplicado á conseguir su objeto. (In verbis Apost.)

Vel que vengo pronto, dice el Señor en el Apocalipsis; y conmigo está mi recompensa, para dar á cada cual según sus obras: *Ecce venio cito; et merces mea mecum est; reddera unicuique secundum opera sua. (XXII. 12).*

Ardad, dice el gran apóstol, de modo que ganeis más y más: *Sic ambuletis, ut abundetis magis. (I. Thess. IV. 1).*

Guardadlos admirablemente lo que hayais adquirido; si tratáis siempre de adquirir, lo que poseéis disminuirá; desaparecerá; si dejáis de aumentarlo...

Esta palabra es verdadera, dice S. Pablo: que si morimos con Jesucristo, viviremos con él; si con él sufrimos con perseverancia, con él reinaremos: *Fidelis servus: non si commortui sumus, et convivemus; si sustinebimus, et conregnabimus. (II. Tim. II. 11-12).*

Perseverad para ser coronados, dice S. Crisóstomo: *Stete, ut coronemini. (In verbis Apost.)*

Sed fides hasta la muerte, y os dará la corona de vida, dice el Señor en el Apocalipsis: *Beati fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitam. (II. 10).*

Vel que vengo pronto, dice el Señor: guardad lo que tenéis, para que nada roba vuestra corona: *Ece venio cito; tene quod habes, ut nemo auipiat coronam tuam. (Apoc. III. 11).*

He quitado mi túnica; ¿cómo he de volvermela á poner? dice la Esposa de los Cantares. He lavado mis pies; ¿cómo he de mancharlos todavía? *Exspoliavi me tunica mea; quomodo induar illa? Lavi pedes meos; quomodo inquinabo illos? (v. 3).*

Seamos, dice Fausto, obispo de Reims, perseverantes en el servicio de Dios por la eterna recompensa, y leudamos siempre á obrar mejor. El deseo de alcanzar la corona y el hábito de obrar bien han de llevarnos siempre á crecer en méritos. (In eja vita).

Hay una gran ventaja en servir constantemente al Señor, dice S. Crisóstomo: *Magna retributio est equi Dominum. (Homil. VIII).*

Mofiso que existo para aplicarme á la perseverancia.

Ejemplos de perseverancia.

El mismo Jesucristo pasaba las noches en la oracion: *Ecce pernoctans in oratione Dei.* (Luc. VI. 12).

Alfredio dice al tirano Quintiano, hablando de la mártir santa Agata, á quien trataban de seducir y hacer renunciar á Jesucristo: Es más fácil ablandar las piedras más duras ó trasformar el hierro en plomo, que cambiar el espíritu de Agata, y separar su alma del amor de Jesucristo y del amor de la castidad. (*In ejus vita*).

Es preciso, tratándose de la gracia y de la virtud, imitar la perseverancia del avaro, y hacer por el bien lo que él hace por el oro...

Concedidos como estamos, dice S. Pablo á los hebreos, bajo semejante nube de testigos, descarguémosnos de todo peso y del pecado que nos envuelve, y recorramos con paciencia la carrera que es nos abre: *Iteque et nos, tantum habentes impositum nubem testimonii, deponeutes omne pondus, et circumstantias nos peccatorum, per patientiam curramus ad propositum nobis certamen.* (XII. 1).

Se dice de los primeros cristianos que perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la participacion del pan que se les fraccionaba, y en las oraciones: *Erant perseverantes in doctrina apostolorum et communicatione fractionis panis, et orationibus.* (Act. II. 43).

El apóstol S. Bernabé exhortaba á todos los fieles que perseverasen con corazón firme en el Señor: *Portabatur omnes in proposito cordis permanere in Domino.* (Act. H. 23).

En mi casa, dice el Real Profeta, perseveraba en la inocencia de mi corazón: *Perambulabam in innocentia cordis mei, in medio domus mex.* (C. 2.) No he abandonado; Señor, ¿qué otra ley: *Non dereliqui mandata tua.* (Ps. CVIII. 87).

Se dice de Tobías que permaneció firme en el temor de Dios, dando gracias todos los días de su vida: *Immobilitas in Dei timore permansit, agens gratias Deo omnibus diebus vite sue.* (II. 14).

Noche y día, dice S. Pablo, no he cesado de advertir á cada uno de nosotros con lágrimas: *Nocte et die non cessavi cum lacrymis monens unumquemque vestrum.* (Act. XX. 31).

En tanto que viva, dice Job, en tanto que tenga un soplo de vida, mis labios no pronunciarán nada injusto, mi lengua no profetizará la mentira; mientras viva, practicaré la inocencia, y no abandonaré la justicia. (XXII. 3-6.)

Excellencia y ventajas de la perseverancia.

La perseverancia, dice S. Bernabé, es el vigor de las fuerzas, la consummacion de las virtudes, la nodriza de los méritos, la mediadora de las recompensas, la hermana de la paciencia, la hija de la constancia, la amiga de la paz, el nudo de la caridad, el lazo de la unanimidad y la fortaleza de la santidad (1).

Quilad la perseverancia, continúa S. Bernabé, y la obediencia no tiene ya recompensa, el beneficio pierde su gracia, y el valor no merece alabanza. Sólo á la perseverancia es concedida la eternidad. ó más bien ella es la que da

(1) Perseverantia est vigor virtutum, victulatum consummatio, nutritrix ad meritum, mediatrix ad premium, soror patientie, constantie illis, amica pacis, amicitiarum nodus, unanimitalis vinculum, propugnaculum sanctitalis. (Epist. CXXIX).

nombre á la eternidad, puesto que el Señor ha dicho: El que persevera hasta el fin, es el que se salvará (1).

La perseverancia, añade aquel santo Doctor, es la hija querida del gran rey, el fruto de las virtudes y su perfeccion, y el arca que contiene todas las virtudes. Es una virtud sin la cual nadie verá á Dios, ni será visto de Dios; es el término de la justicia para todo creyente. Pues, ¿de qué sirve correr y quedarse en el camino antes de llegar al fin? Corred de modo que podais llegar á la recompensa (2).

Las ciudades más fuertes llegan á tomarse con sitio perseverante... La perseverancia es más eficaz que la fuerza; es una fuerza, un poder irresistible...

Sin la perseverancia, dice S. Laurencio Justiniano, el que combate no alcanza la victoria, ni el vencedor la palma. (*De Ligno vite*).

Sólo la perseverancia merece la corona de la santidad eterna: esta corona le pertanec...

Una mujer cananea dijo á Jesús con grandes voces: Señor, hijo de David, compadécete de mí; mi hija está cruelmente atormentada por el maligno espíritu. Jesús no le contestó una palabra. Ella, sin embargo, vino á prosternarse delante de él, diciendo: Señor, socórredme! El repuso: No es bueno quitar el pan de los hijos y arrojárselo á los perros. Pero ella repuso: Es verdad, Señor, pero los perritos comen las migajas que caen de la mesa de sus amos. Entonces Jesús le respondió: ¡Oh mujer, tu fe es grande! hágase conforme desees. Y su hija quedó curada en aquel mismo instante. (*Mat. XV. 22-28*). Tales son los dichos efectos de la perseverancia...

Si alguno de vosotros, dice Jesucristo, tiene un amigo, y va á buscarlo durante la noche, diciéndole: Amigo mio, préstame tres panes, porque uno de mis amigos que está de viaje ha venido á mi casa, y no puedo darle nada; y si desde su casa el otro responde: No me importunes; la puerta está cerrada, y mis criados están acostados como yo; no puedo levantarme ni darle nada. Si, no obstante, el primero persevera y continúa llamando, es digo, que, aun cuando no se levantaria, ni le daria nada como amigo, se levantará y le dará todo lo que necesite por ser tan importuno. Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y encontraréis; llamad, y se os abrirá. (Luc. XI. 5).

Por qué, dice S. Agustín, se levanta el que está acostado para dar al que llama á la puerta? Porque éste no deja de llamar, y porque, no consiguiendo nada al principio, persevera en pedir. El que no quiere dar, da, sin embargo, porque su amigo persiste y no se cansa. ¿Cuánto más no ha de darnos Dios, que es tan bueno, si perseveramos, el que nos exhorta á pedir, el á quien desagradamos si no le pedimos! (*In verbis Dom.*)

(1) Tolle perseverantiam, nec obsequium mercedem habet, nec beneficium gratiam, nec tandem firmitatem. Sola est, cui aternitas redditur, sed postea que aternitati beneficium reddit; dicens Dominus: Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit. (Sicut. CXXIX).

(2) Perseverantia singularis est filia summi regis, virtutum fructus, eorumque consummatio, totius boni reposititium; virtus eius que mentis vultus Deum, usque á Deo videbitur; hinc est ad pristinam uniti; credentis. Quis dicitur curare prodant, et ante mentis cursum desistere? Sic currite ut comprehendatis. (Sermon de Obedient. quaque prodant.)

Esta violencia agrada á Dios, dice Tertuliano: *Hæc vis grata Dei.* (Uñ Orat.)

Al subir Jesús en una barca que era de Simon, le dijo: Anda más adentro del mar, y arrojad vuestras redes para que pesqueis. Simon le respondió: Maestro, hemos trabajado toda la noche sin coger nada; pero, mediando vuestra palabra, echaré la red. Y habiéndolo hecho, cogieron tanta cantidad de pescado, que sus redes se rompian. (Luc. V. 3-6). Por qué esta milagrosa pesca? Por dos causas: la 1.ª porque habian perseverado en echar su red toda la noche, aun cuando no pescaban nada; y la segunda por la pronta obediencia de Simon...

No hay nada, dice Séneca, que no alcance una perseverancia fuerte y decidida. La vida bienaventurada está en el Cielo; pero la perseverancia penetra allí. Vergonzoso es sucumbir cobardemente bajo la carga, y pugnar contra su deber. El hombre enérgico y resuelto no huye del trabajo; la dificultad de las cosas no hace más que aumentar su valor (1).

El que hie sus miradas en la ley perfecta de la libertad y persista en ella, su olvidar lo que ha oido y obrando según la ley, será dichoso en sus acciones, dice el apóstol Santiago: *Qui perseveret in legem perfectam libertatis, et permanserit in ea, non cadit obliuiscens factus, sed factor operis; hic beatus in facto suo erit.* (I. 25). Lo mismo dice Jesucristo en S. Juan: *Si permanetis in mi, et in his palatris permanetis in vobiscum, pedietis todo lo que querals, y os será concedido: Si manserit in me, et verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis, petetis, et fiet vobis.* (XV. 7).

Qualquiera que viva en Jesucristo no poca, dice el apóstol S. Juan. Y el hombre que guarda sus mandamientos vive en Dios, y Dios en él: *Omnia qui in eo mansit, non peccat. Et qui servat mandata ejus, in illo manet, et ipse in eo.* (I. III. 6-24).

Sea Dios vuestra casa, dice el venerable Beda, y sed vosotros la casa de Dios vivid en Dios, para que Dios viva en vosotros. Dios vive en vosotros para reteneros y haceros perseverar; y vosotros vivid en Dios para no caer: *Sit tibi domus Deus, et esto domus Dei: mane in Deo, ut maneat in te Deus. Manet in te Deus, ut te contineat; manes in Deo, ne cadas.* (In Epist. Joann.)

El que venga con la perseverancia, no será alcanzado por la segunda muerte, dice el Señor en el Apocalipsis: *Qui vicerit, non lesietur a morte secunda:* (II. 14); es decir, que estará exento del pecado, que separa el alma de su vida, de la gracia de Dios. La primera muerte es la que hiera el cuerpo en la vida actual; la segunda muerte es la que hiera el alma en el tiempo, y el cuerpo y el alma en el infierno.

Daré de comer al vencedor un maná oculto, y le daré una piedra blanca; y sobre la piedra estará escrito un nombre nuevo, que nadie conoce más que el que lo recibe: *Vicentis dabo manna absconditum, et dabo illi calculum candidum; et in calculo nomen novum scriptum, quod nemo scit nisi qui accipit.*

(1) Nihil est quod non expugnet pertinax ac diligens cura. In excelsis est vita beata, sed perseverantia penetrabilis. Turpe est cedere oneri, et luctari cum officio. Non est vir fortis ac strenuus, qui laborum fugit; et crescit illi animus, ipsa rerum difficultate. (Epist. 1).

(Apoc. II. 17). Del que haya vencido haré una columna en el templo de mi Dios, y ya no saldrá más de allí, y sobre él escribiré el nombre de mi Dios y el nombre de la ciudad de mi Dios, de la nueva Jerusalem, que de mi Dios baja del Cielo, y mi nombre nuevo (1).

El que haya vencido, estará cubierto de vestidas blancas, y no borrará su nombre del libro de vida, y confesará su nombre delante de mi Padre y de los ángeles de sus ángeles: *Qui vicerit, vestietur vestimentis albis, et non delebo nomen ejus de libro vite, et confitebor nomen ejus coram Patre meo, et coram angelis ejus.* (Apoc. III. 5).

Al que haya vencido le permitiré sentarse conmigo en mi trono, de la misma manera que yo también vine y me senté con mi Padre en su trono: *Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in throno meo, sicut et ego vici, et sedi cum Patre meo in throno ejus.* (Apoc. III. 21).

¡Cuántas ventajaz, cuántas riquezas, cuánta felicidad y cuánta gloria para los que triunfan por medio de la perseverancia! La perseverancia encierra, pues, tesoros infinitos...

Decidido está, no nos alejamos ya de vos Señor, dice el Salmista, y nos devolvéis la vida; é invocáremos vuestro nombre: *Non dicemus a te, viri-ficabit nos, et nomen tuum invocabimus.* (LXXIX. 19). Y mi alma vivirá por vosotros: *Et animo meo vivet illi* (Psal. XXI. 32). Dichoso el hombre que en vos ha puesto su apoyo, y de vos espera su auxilio! Atravesada las arenas del valle de la muerte, halla manantiales de agua viva, caen sobre él las lluvias de otoño, y multiplica sin cesar su fuerza hasta que llega á presencia del Señor en la montaña de Sion, añade el Salmista (2).

Señor Dios de Israel, dice Salomon; conservad la alianza y la misericordia á vuestros servidores que andan con perseverancia en vuestra presencia con todo su corazón: *Domine Deus Israel, custodis pactum et misericordiam servis tuis, qui ambulant coram te in toto corde suo.* (III. Reg. VIII. 23).

Así que Dios ve una generosa perseverancia llena el alma de favores celestiales, y cuánta más fidelidad y ardor ve, más aumenta la gracia y la gloria. Dios dará todavía, dice Jesucristo, al que tiene y abundará: *Qui habet, dabitur illi, et abundabit.* (Matth. XIII. 12). Porque la gracia nace de la gracia, los progresos sirven para los progresos, los méritos para los méritos, los triunfos para los triunfos; de tal manera, que cuanto más nos esforzamos en perseverar perfectamente y adquirir, más numerosas y más grandes virtudes adquirimos; y culata más sabiduría sacamos del manantial de la sabiduría tanto más deseamos sacar. Apresuremos nuestra carrera, busquemos, pidamos, deseemos, llamemos hasta el fin, para poder alegrarnos sin término ni medida...

El que os llama es fiel, y el mismo os ayudará, dice el gran apóstol á los talonizenses: *Fidelis est Deus, qui vocavit vos, qui etiam faciet.* (I. v. 24).

(1) Qui vicerit, faciam illum columnam in templo Dei mei et foras non egredietur amplius, et scribam super eum nomen Dei mei, et nomen civitatis Dei mei, novæ Jerusalem, quam descendit de Cælo a Deo meo, et nomen novum novum. (Apoc. III. 12).

(2) Beatus vir, cuius est auxilium ab te; ascensionem in corde suo disposuit, in valle lacrymarum, in loco quem pescat; etiam benedictionem dabit legislator; ibunt de virtute in virtute; videbitur Deus deorum in Sion. (LXXXIII. 6-8).

Dios es fiel; os afirmará, y os librará del mal: *Fidelis enim Deus est, qui confirmabit vos, et custodiet a malo.* (II. Thess. 3). En cuanto á vosotros, hermanos míos, no os causéis de obrar bien: *Vos autem, fratres, nolite deficere beneficientes.* (II. Thess. III. 13).

Tenemos en Dios esta confianza, que lo que os mandamos lo hacéis, y lo hacéis: *Confidimus de vobis in Domino quoniam, quae precipimus, et facitis, et facietis.* (II. Thess. III. 4).

Dios es fiel, y no sufrirá que seáis tentados de una manera superior á vuestras fuerzas, sino que pondrá tales límites á la tentación, que podáis vencerla: *Fidelis Deus est, qui non potest vos tentari supra id quod potestis; sed faciet vobiscum tentatione preventum, ut possitis sustinere.* (I. Cor. X. 13).

Por lo que á ti te toca, hijo mío, escribe el mismo apóstol á su querido Timoteo, fortifícate en la gracia, que está en Jesucristo: *Tu ergo, fili mi, confortare in gratia, quae est in Christo Jesu.* (II. II. 4). Sufrid los trabajos como un buen soldado de Jesucristo: *Labore sicut bonus miles Christi Jesu.* (II. II. 3).

El Dios de las maravillas, dice el real Prefeto, es vuestro Dios en todos los siglos y en la eternidad; nos conducirá hasta el fin: *Quoniam hinc est Deus, Deus aeternus in aeternum; ipse regat nos in saecula.* (XLVII. 14).

Reclícala, dice la Sabiduría, el reino de gloria y la diadema de honor de manos de Dios; porque los cubrirá con su diestra, y los defenderá con su brazo omnipotente: *Accipiemus regnum decorem, et diademam speciei de manu Domini; quoniam dextera sua teget eos, et brachio sancto suo defendat illos.* (v. 17). Dios guarda contra sus enemigos á los que perseveran, los defiende contra los seductores, los hace pasar por rudos combates para darles el triunfo, y les enseña cuanto es el poder de la sabiduría: *Custodivit illum ab inimicis, et a seductoribus tutavit illum. Et certamen forte dedit illi, ut vinceret, et scires quoniam omnium potentia est sapientia.* (Sap. X. 12). Nien las cadenas los abandonó Dios, hasta que les entrega el cetro real y el poder: *Et in vinculis non dereliquit illum, donec offerret illi septimum regni et potentiam.* (Sap. X. 14). Da á los justos el premio de sus trabajos, les conduce por un camino maravilloso; les sirve de abrigo durante el día, y de luz durante la noche: *Delavit illos in via mirabili et fuit illis in velamento diei, et in luce stellarum per noctem.* (Sap. X. 17).

A fin de que perseveren en las vías de la justicia, Dios vigila los pasos de los que le aman, dicen los Proverbios: *Servans semitas iustorum, et viam Sacerdotum castollens.* (II. 8).

Combate por la justicia en pro de tu alma, dice el Eclesiástico; combale hasta la muerte por la justicia, y Dios combatirá por ti contra sus enemigos: *Pro iustitia agonizare pro anima tua, et usque ad mortem certa pro iustitia; et Deus expugnabit pro te inimicos tuos.* (IV. 35).

Cuando un cristiano empieza á vivir bien, dice S. Agusín, á darse con fervor á las obras santas y á despreciar el mundo, los cristianos tibios y cobardes se burlan de él y se ríen; pero, si persevera y se manifiesta superior á ellos con la paciencia; si continúa llevando la misma vida ejemplar, acaba por ver que los que le ridiculizaban empiezan á seguirle é imitarle. (In Psal.)

Los que me comen, dice la Sabiduría, tendrán todavía hambre, y los que

me beben, tendrán todavía sed: *Qui edunt me, adhuc esuriunt; qui bibunt me, adhuc sitient.* (Ecl. XXIV. 29). La perseverancia da esta hambre y esta sed del bien; entónces la practicamos sin trabajo, con facilidad, alegría, regocijo y dicha...

Dios es mi fuerza, dice el profeta Habacuc, y dará á mis pies la velocidad de los cervos; y me conducirá á las alturas, cuando hincos en gloria suya: *Deus Dominus fortitudo mea, et pene pedes meos quasi cervorum; et super excelsa deducet me victor in planis caudentem.* (III. 19).

Gracias á Dios que nos hace triunfar siempre en Jesucristo, exclama el gran apóstol: *Deo gratias, qui semper triumphat nos in Christo Jesu.* (II. Cor. u. 14).

Muchos hay á quienes pueden aplicarse aquellas palabras de Jesucristo: Ese ^{Desgracia de no perseverar.} hombre ha empezado á edificar, y no ha podido concluir: *Hic homo cepit aedificare, et non potuit consummare.* (Luc. XIV. 30). El que empieza á servir á Dios, y no persevera, y mira atrás, es la imagen y experimenta la triste suerte de un edificio comenzado, que no se termina y no llega á tener techo: se desmorona poco á poco, y cae por fin totalmente en ruinas.

Así es que, cuando Jesucristo curaba, ya á los enfermos del cuerpo, ya á los enfermos del alma, decía á los que había curado por milagro: Ya estáis curados; no pequeis más de aquí en adelante, conservad vuestra salud, no sea que os sorprendan un daño más grave: *Eccc sanus factus es; jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat.* (Joann. v. 14).

¿No os ha condenado nadie? Dijo Jesucristo á la mujer adúltera. Ella respondió: Nadie, Señor. Jesús le dijo: Y yo tampoco os condenaré; id, y no volváis á pecar: *Nemo te condemnavit? Quae dixit: Nemo, Domine. Dixit autem Jesus: Nes ego te condemnavo; vade, et jam amplius noli peccare.* (Joann. VIII. 10-11).

Cuando un espíritu humano, siendo Jesucristo, salió de un hombre, anda errante por lugares áridos, buscando el reposo sin hallarlo, entónces dice: Volveré á la casa de donde he salido. Y volviendo, la encuentra libre, purificada de lo que la manchaba, y adornada. Entónces se va á buscar á otros siete espíritus más malos que él, y entran en la casa, y permanecen en ella, y el último estado de aquel hombre es peor que el primero: *Et sunt novissima hominis illius pejora prioribus.* (Math. XII. 43-45).

Ved lo que sucedió á la mujer de Loth...

El que ha puesto la mano en el arado, dice también Jesucristo, y mira atrás, no es apto para el reino de Dios: *Nemo mittit manum ad aratrum, et respiciens retro, aptus est regno Dei.* (Luc. IX. 62).

Oíd las terribles palabras del Señor en el Deuteronomio: Maldita sea el que no permanece en los preceptos de mi ley, y no los da cumplimiento en sus obras! *Maledictus qui non permanet in servandis legibus, nec eos opere perficit.* (XXVIII. 26).

Saul había empezado bien; pero no perseveró: por esto lo perdió todo, y pereció... Salomon había comenzado bien; pero no perseveró: por esto la Escritura nos deja en una terrible duda sobre su salvación. Sansón había comenzado bien; no perseveró; y los filisteos le arrancaron los ojos, y le obligaron á

dar movimiento á una noria, como si fuese una bestia de carga, y le llenaron de burlas y ultrajes..

San Bernardo deplora de un modo muy patético la triste suerte de un desgraciado jóven que habia comenzado de una manera admirable, pero que fué rebajándose de su primer fervor, miró atrás, y se abandonó á grandes excessos. Me alijo amargamente por vos, hijo mio, le dijo; sufrí mucho al considerar vuestra conducta; y con razón. ¿Quién no sufrirá al ver que la flor de vuestra juventud, que habíais ofrecido á Dios en olor de suavidad, en presencia de los ángeles que estaban llenos de alegría, se halla ahora pisoteada por los demonios; manchada por el cieno de los vicios y del siglo corrompido? ¿Cómo, si eráis llamado por Dios, seguís al demonio que os halaga? ¿Cómo, despues de haberos ya unido á Jesucristo, le habéis abandonado, habéis retirado y alejado vuestros pies de aquel camino, único de la verdadera gloria? (1).

El justo, dice la Escritura, permanece en la sabiduría inmutable como el sol; pero el insensato es variable como la luna: *Homo sanctus in sapientia manet, sicut sol; nam stultus in luna mutatur.* (Ecl. XXVII. 12).

En el bautismo es donde empieza la marcha al Cielo; y para perseverar en esta via divina, se renuncia anticipadamente á los obstáculos que han de encontrarse; renunciamos solemnemente al demonio, sus pompas y á sus obras, y nos comprometemos, ante el Cielo y la tierra, á vivir y morir por Jesucristo; es decir, que tomamos el compromiso formal de perseverar en la práctica del bien y alejarnos del mal. Así pues, el que tiene la desgracia de no perseverar, olvida y desprecia todas estas resoluciones. Entonces viene un desquehincamiento total y deplorable; el que habia renunciado al demonio y al mundo, se halla ahora al servicio de Satanás, y del mundo, y del vicio; y de las malas inclinaciones, y del pecado. El que habia prometido no seguir ni servir más que á Jesucristo, llega á ser infiel, y se no le quiere. Prefieren Barrabás á Jesucristo: *Non hunc, sed Barrabam.* (Joan. XXVIII. 40). Y más indigno ladrón que Barrabás; el demonio y el mundo todo lo esconden, arrebatan y quitan, la gracia y la virtud, el mérito y la gloria. Llegamos á decir como los judíos deicidas en tiempo de la pasión: *Nobiscum hanc regnare super nos.* No queremos que Jesucristo reine sobre nosotros. (Luc. XIX. 41). Imítamos al infame Judas, que decía á los príncipes de los sacerdotes: ¿Qué queréis darme, y ós lo entregaré? *Quid vultis mihi dare, et ego vobis eum tradam?* (Math. XXVI. 15). Satanás, mundo, concupiscencia, ¿qué queréis darme, y os abandono la inocencia de mi bautismo, mis promesas, mis votos, mi alma, mi salvacion, mi corona, mi gloria, mi Dios y mi eternidad?

¿Ay, qué grande es el número de los que no perseveran, y cuán pequeño es el número de los que tienen la dicha de perseverar en las vias de la perfeccion! La mayor parte empiezan bien, dice S. Jerónimo; sólo muy pocos per-

(1) *Doleo super te, fili mi, Gaufride; dolo super te, et merito. Quis enim non doleat Barum juvenutis tunc, quem, instructus angelis, Deo illustratum obtuleris in odorem suavitatis, autem á demonibus contrahit, vitiorum spurcitias et sæculi odibiles inquinat? Quomodo vel vocatus eras á Deo, revocantem diabolum sequeris? Et quem Christus trahere coepit post se, repente pedem; ab ipso intuitu gloria retraxisti? (Epist. ad Gaufrid.)*

severan: *Cœpisse, multorum est; ad culmen pervenisse, paucorum.* (Lib. super Math.) Por esta razon dice el Evangelio: Muchos son los llamados y pocos los elegidos: *Multi vocati, pauci vero electi.* (Math. XX. 16).

1.º La vigilancia. Tenga cuidado de no caer el que se crea firme, dice el gran Maestro de perseverar. apóstol: *Qui se existimat stare videat, ne cadat.* (I. Cor. X. 12).

Marchaos cargados de oro; tened cuidado del ladrón, dice S. Jerónimo: *Onus auræ incedis; latro tibi vitandus est.* (Epist.)

Vigilad sobre vosotros para no caer, dice el Eclesiástico: *Attende tibi, ne incidas.* (XXIX. 27).

2.º Para perseverar hasta el fin, es preciso no perder de vista esto fin.

3.º La aplicacion en las cosas de Dios. Se dice que María guardaba y meditaba en su corazon todo lo que decian los pastores y los otros testigos del nacimiento de Jesucristo: *Maria autem conservabat omnia verba hæc, confitens in corde suo.* (Luc. II. 19).

4.º Vivir todos los dias como si se empezase solamente la obra de su salvacion, ó como si fuese el último dia de la vida; y como se quisiera haber vivido en el momento de la muerte...

5.º Trabajar en presencia de Jesucristo y con él.

6.º Observar exactamente la ley de Dios. Si vuestra ley, Señor, dice el real Profeta, no hubiese sido mi ocupacion continua, yo habria perecido: *Nisi quod lex tua meditatio mea est, tunc perissem.* (CXVIII. 92).

7.º Marchad en presencia de Dios y de sus ángeles. Que nuestro viaje sea feliz, dijo Tobias; que Dios esté con vosotros en vuestro camino, y que su ángel os acompañe: *Bene ambuletis; et mi Deus in itinere vestro, et angelus ejus comitetur vobiscum.* (v. 21).

8.º Para perseverar es preciso, 1.º, reposar nuestra alma en Dios...; 2.º, amar á Dios con todo nuestro corazon...; 3.º, desear ardentemente adelantar en la virtud...; 4.º, considerar cuántas grandes obras se pueden hacer con la voluntad firme y la perseverancia...; 5.º, no olvidar que todas nuestras penas duran poco, y que la recompensa dura eternamente...; 6.º, invocar al ángel Gabriel, que es el ángel de la constancia, y es llamado fuerza de Dios...

9.º Recordar que Dios no cambia, ó imitarle: *Ego Dominus, et non mutor.* (Malach. III. 6).

10. Unirse fuertemente á la inmóvil peña de la Iglesia católica, apostólica y romana...

PIEDAD. (Vease VIRTUD Y CRISTIANO).

¿Qué es piedad?

El conocimiento y la ciencia de la piedad consisten, dice S. Jerónimo, en saber la ley, comprender a los profetas y creer en el Evangelio; *Agnita et scientia pietatis est noue legem, intelligere prophetas, Evangelio credere.* (Lib. super Matth.)

Devoción, dice Sto. Tomás, viene de *officium*; por cuya causa llamamos devotos á los que se dedican, se consagran á Dios para no pertenecer á otro. Así la devoción no es otra cosa que la voluntad de entregarse á lo concerniente al servicio de Dios, siendo, pues, un acto especial de la voluntad. (4. p. q. art. 6). La piedad comprende la práctica de todas las virtudes.

Necesidad de la piedad.

Ejercitate en la piedad, dice S. Pablo á su discípulo Timoteo: *Exerce teipsum ad pietatem.* (I. IV. 7), es decir en todas las virtudes...

Inconveniencia y ventajas de la piedad.

La piedad es útil para todo, dice el gran apóstol; tiene las promesas de la vida presente y las de la futura: *Pietas ad omnia utilis est, promissionem habetna vite, que nunc est, et futura.* (I. Tim. IV. 8).

La oblation del hombre piadoso engorda el altar, dice el Eclesiástico, y exhala suave olor en presencia del Altísimo. *Oblatio iusti impinguit altare, et odor suauitatis est in conspectu Altissimi.* (XXXV. 8).

Medios para ser piadoso.

Hay cuatro cosas que alimentan y aumentan la piedad, dice S. Bernardo: 1.º el recuerdo de sus pecados, que da humildad á los hombres...; 2.º el recuerdo de las penas del infierno, que le estimula á obrar bien...; 3.º el recuerdo de la peregrinacion, que le lleva á despreciar las cosas visibles...; y 4.º el deseo de la vida eterna, que excita en el hombre el deseo de la perfeccion, y le impide que abandone jamás su voluntad á las criaturas... (In Sentent.)

PLEITOS.

De dónde nacen los pleitos, dice el apóstol Santiago, sino de las codicias? ¿Cuáles son las causas ordinarias de los pleitos?

Los pleitos proceden ordinariamente 1.º de la injusticia..., 2.º de la avaricia..., 3.º del odio y 4.º de la locura...

Los pleitos proceden tambien de la intemperancia de la lengua, del orgullo y de la tempestad. Muchas veces una palabra, una injuria, un cuento falso ó una calumnia engendra pleitos...

1.º Los pleitos engendran mil cuidados, mil penas, mil pesares, peligros, incertidumbres, la ruina de las fortunas, etc... Muchas veces ocasionan más pérdida, aun ganándolos, que si se desistiese de ellos en un principio... La ganancia de pleito ¿no es, por otra parte, siempre dudosa, aunque esté basada en las mejores pruebas?... Es, pues, muy propio de un hombre cuerdo no entablar sin necesidad un pleito; desahogado, si está empezado, ó hacer por lo ménos todos los esfuerzos para arreglar la dificultad pendiente...

2.º Los pleitos destruyen la paz y la caridad; la paz para uno mismo y la caridad para los otros; bienes infinitamente preciosos, que valen más que todas las ganancias de los pleitos...

3.º Los pleitos, á no ser que se corten, se multiplican prodigiosamente, llegan á ser interminables, y quitan toda posibilidad de conciliacion, como dicen los Proverbios: El malvado busca siempre y en todas partes pleitos, y contra él será enviado el ministro de la venganza: *Semper furgia quarit malus; angelus autem crudelis mittetur, contra eum.* (XVII. 14.)

Más vale encontrarse con una fiera á quien le hayan arrebatado sus hijos que con un hombre amigo de pleitear. Por esta razon los sabios comparan el pleito á la serpiente, que, despues de haber molido la cabeza en un agujero, trata de introducir todo el cuerpo. Un pleito suscita otro pleito, y así indefinidamente...

4.º Los pleitos dan nacimiento á las guerras interiores: en el alma del hombre amigo de pleitos arden continuamente mil pasiones, disputa sin cesar, y pleitea contra sí mismo. La ira, la codicia, los celos, la envidia y los deseos de venganza disputan entre sí y están en lucha abierta con la recta razon, que proscribe los pleitos...

Los pleitos arrastran consigo gritos, amenazas y odios. La pretendida sabiduría con que se quiere decorar el amor á la disputa, no es sabiduría. Puede aplicársele aquel pasaje del apóstol Santiago: No es esta la sabiduría que baja de arriba, sino una sabiduría terrenal, animal y diabólica. Pues donde se halla la envidia y la contienda está la inconstancia y todo lo malo... *Non est ita sapientia de sursum descendens, sed terrena, animalis, diabólica. Ubi enim zelus et contentio; ibi inconstantia, et nunc opus prauum.* (III. 15-16).

El manantial de todos los males es el orgullo: de ahí viene el odio en, el

Desgracia, de-
sirviendo y es-
tragos que causan los pleitos.

®

corazon: no queremos ceder ni reconcilarnos, y aún ménos buscar la reconciliación ni pedir la nosotros mismos los primeros...

El hombre iracundo enciende los pleitos, dice el Eclesiástico: *Homo iracundus incendit litem.* (XXIII. 14).

El amor á los pleitos, dice S. Laurencio Justiniano, es una flecha abrasadora del demonio para perder las almas. ¡Oh! ¡cuántas disputas y cuántos odios originan los pleitos! ¡Oh! ¡cuántas veces está oculta la verdad, y cuántas veces lo falso se sostiene con impudencia, en vez de la verdad! Es un mal horrible el ser amigo de los pleitos: ellos destruyen la caridad y los lazos de afecto hasta en las familias. El que se place en los pleitos, ama al maligno espíritu y oye sus consejos; hace las funciones de demonio y es ministro suyo, mata la paz, subleva las tempestades, y engendra el rencor; alimenta el furor, denigra la honradez, pierde la salud, confunde la razon, cubre de tinieblas la vista del espíritu, rechaza la luz de la gracia, quebranta la caridad fraternal, y apaga en sí mismo el amor de Dios y del Cielo. (*He inter. Confictu.*)

Absteneos de los pleitos, y disminuirán vuestros pecados, dice el Eclesiástico: *Abstine te a lite; et minues peccata.* (XXIII. 10).

POBREZA.

Dios no se engaña nunca, ni puede engañarse. Así pues él nos declara que los ricos se hallan entregados á la desgracia: ¡Desgraciados de vosotros, ricos! dice: *Va vobis, divitibus!* (Luc. IV. 24). Y por el contrario, empieza su discurso de la montaña con las siguientes palabras: Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los Cielos: *Beati pauperes, quoniam ipsorum est regnum caelorum.* (Matth. v. 3).

La verdad habla, como dice S. Bernardo, esa verdad que no puede engañarse ni ser inducida á error; y ella nos dice: ¡Bienaventurados los pobres! Hijos insensatos de Adán, buscáis riquezas, y las deseáis; en tanto que Dios proclama la dicha de los pobres, la anuncia el mundo, y la creen los hombres sobre quienes bajan las luces de la gracia: Que el pagano busque riquezas, él que vive sin Dios; que los judíos las busquen también, ellos que han recibido las promesas de la tierra, esto se concibe; pero ¿cómo se ha de atrever el cristiano á buscarlas ó desearlas, después que Jesucristo ha declarado bienaventurados á los pobres? (*Serm. in Fest. omn. Sanct.*)

El oro y las riquezas son una carga pesada que agobia á los que la llevan. Bienaventurados los pobres de espíritu: *Beati pauperes spiritu.* (Matth. v. 3); es decir, segun la interpretación de S. Jerónimo, de S. Basilio y de S. Bernardo: Bienaventurados los que son pobres por una voluntad inspirada por el Espíritu Santo. La expresion *pobre de espíritu* indica el fin de la pobreza; significa que el espíritu debe despreciar las riquezas, amar sólo los bienes espirituales, y no tratar más que de alcanzar estos últimos.

Lázaro el mendigo murió, y fué trasladado por los ángeles al seno de Abraham, dice Jesucristo. El rico murió también, y fué sepultado en los infiernos: *Factum est ut moreretur mendicis, et portaretur ab angelis in sinum Abraham. Mortuus est autem et dives, et sepultus est in inferno.* (Luc. XVI. 22).

¿Habeis visto á Lázaro en el vestibulo del rico? dice S. Crisóstomo? Vedle hoy en el seno de Abraham. ¿Le habeis visto cuando los perros lamian sus llagas? Vedle rodeado de ángeles. ¿Le habeis visto en su gran pobreza? Vedle colmado de bienes. ¿Le habeis visto languidecer de hambre? Vedle colocado entre delicias. ¿Le habeis visto en el combate? Vedle llevando la corona de vencedor. ¿Le habeis visto trabajando? Vedle recompensado. Porque Lázaro ha sido pobrísimo y muy despreciado en la tierra, es riquísimo y muy honrado en el Cielo. (*Concion. II de Lázaro.*)

El rico murió, y fué sepultado en los infiernos, dice Jesucristo. (Luc. XVI. 22). ¿Dónde se encuentra la verdadera dicha?... El pobre, dice S. Agustín, ha comprado la felicidad mendigando, y el rico un suplicio eterno poseyendo: *Pauper beatitudinem emit mendicitate, et dives supplicium facultate.* (*Serm. CXXVIII.*)

¿Queréis, ricos, ser felices? Escuchad al real Proteta: Dichoso, dice, dichoso

el que toma parte en los males y los alivia. Será siempre inquebrantable; *In-cunctis homo qui miseratur et commodat; in aeternum non commovebitur.* (C. XI. 5). Ha esparcido sus dones sobre el pobre; su justicia subsistirá en todos los siglos; su tierra será coronada de gloria. *Dispersit, dedit pauperibus; iustitia eius manet in seculum seculi; cornu eius exalabitur in gloria.* (CXI. 9). Este es el camino que deben seguir los ricos para llegar á la felicidad. No serán dichosos sino por los pobres...

Consolados, pobres, dice S. Agustín; vosotros que mendigáis y vivís de limosnas; consolados; vuestra tribulación se convertirá en alegría, y vuestro dolor en regocijo. No miréis vuestra pobreza como una desgracia, ni murmureis jamás de Dios; porque el Señor es justo y misericordioso en todas sus obras. Haced á los pobres para que, sufriendo una indigencia de poca duración, puedan adquirir la vida eterna; y hace á los ricos para que distribuyan abundantes limosnas, y consigan con tal medio el perdón de sus pecados. Por cuya razón sed pacientes, y esperad la justicia del Señor. (Serm. VII).

El pobre bebe solamente gota á gota el cáliz de amargura, y beberá mucho y abundantemente en el río de vida. Su pobreza se convertirá en una opulencia eterna...

En vez de la alegría que experimenta el rico por tener tierras, casas y oro, el pobre, dice Casiano, recibirá sólo en este mundo bienes muchísimos más preciosos. Adoptado como hijo de Dios, poseerá todo lo que el Padre posee, ya en amor, ya en fuerza; y podrá decir, á imitación de Jesucristo: Todo lo que el Padre tiene, es mío: *Omnia, quae habet Pater, mea sunt.* (Joan. XVI. 15). Lleno de alegría y de seguridad, tendrá las mismas riquezas de Dios que enumera el apóstol cuando dice: Todo es vuestro, ya el mundo, ya la vida, ya las cosas presentes, ya las futuras; todo es vuestro, y vosotros sois hijos de Cristo, y Cristo es de Dios: *Omnia vestra sunt, sive mundus, sive vita, sive mors, sive presentia, sive futura: omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus vultus Dei.* (I. Cor. III. 22, 23.—Collat.)

El pobre que está sometido á la voluntad de Dios es verdaderamente dichoso...

Necesidades de la pobreza.

Los que no tienen tierra, ni casa, ni monedas de oro ni de plata, son pobres á los ojos del mundo ciego; pero son ricos á los ojos de Dios... Son pobres de los bienes del siglo; pero son ricos de los de Jesucristo...

Las verdaderas riquezas no se componen de los bienes de este mundo... consisten en la gracia, la virtud y la amistad de Dios...

¿Quién es el pobre? El que necesita lo que no tiene, dice S. Gregorio. Pues es rico el que, sin tener nada, nada desea. La pobreza consiste en la indigencia del alma, y no en la suma de riquezas que hace falta. Efectivamente; el que se halla bien en la pobreza, no puede llamarse pobre (1).

El pobre que tiene la fe y las obras es riquísimo; y por el contrario, el rico que se conduce mal y es avaro, impío y escandaloso, es pobrísimoo...

(1) Ille pauper est, qui eget eo quod non habet; nam et qui non habens habere non appetit; dives est. Pauperitas quippe in inopia mentis est, non in quantitate possessionis; nam, cui cum paupertate bene consentit, non est pauper. (Líb. XVI. Epist. CXG).

De todos los bienes y de todas las riquezas de la tierra Jesucristo no tomó más que dos cosas, un pesebre en su nacimiento, y una cruz en su muerte... Nace pobre en un establo arruinado, y pasa su vida entera en la más absoluta estrechez. El mismo lo hace notar: las raposas, dice, tienen sus madrigueras escondidas, y las aves del Cielo sus nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reposar su cabeza: *Vulpes foveas habent, et volucres Caeli nidos; Filius autem hominis non habet ubi caput reclinet.* (Luc. IX. 58). María, su santísima madre, es pobre; la casa que habita, es mezquina, y no quiere á ricos por apóstoles. Dios ha escogido lo que el mundo tiene por insensato para confundir á los sabios, dice S. Pablo, y lo que el mundo tiene por débil para confundir á los fuertes, y lo que el mundo tiene por bajo y despreciable, y lo que no es para destruir lo que es, á fin de que ninguna carne pueda delante de él gloriarse. (I. Cor. I. 27-29).

Jesucristo, los apóstoles y los primeros cristianos practicaban á la letra la pobreza. Cuando tenemos alimento y vestido, podemos estar satisfechos, escribe S. Pablo á su discípulo Timoteo: *Habentes alimenta, et quibus tegamur, his contentissimos.* (I. VI. 8).

Hablando de los primeros fieles, las Actas de los Apóstoles se expresan del modo siguiente: Nadie decía que ninguna de las cosas que tenía fuese suya, sino que todo era común á todos: *Nec quisquam eorum quae possidebat, aliquid suum esse dicebat, sed erant illis omnia communia.* (Act. IV. 32).

Mirad á los príncipes de la santidad, S. Antonio, S. Francisco de Asís, san Francisco de Borja, S. Ignacio de Loyola, Sta. Isabel de Hungría, etc... ¿En cuánta estimación tienen á la pobreza, y como la prefieren á todos los bienes de tierra!

¿Veis las órdenes religiosas en su nacimiento? ¿Es posible indigencia más absoluta que la suya? Cuando permitiéndolo Dios, algunos de ellos han caído en la relajación, la riqueza ha sido la causa de tanto mal...

Al mismo tiempo que entra en un claustro el dinero, salen el espíritu de Dios, los bienes de la gracia y la vocación del Cielo...

Veis cuántas limosnas distribuyen los buenos cristianos...

Jesucristo, dice S. Ambrosio, cubrió desnudo á la cruz. El que se prepara á vencer al mundo, despojase, y no busque vestidos, es decir, bienes del mundo. Adán, que trató de cultrarse, fué vencido: José, que supo abandonar su capa, quedó victorioso (1).

Conocéis, dice S. Pablo á los corintios, conocéis la ternura de Nuestro Señor Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre por vosotros, á fin de que con su pobreza llegáreis á ser ricos: *Scitis gratiam Domini nostri Jesu Christi, quantum propter vos, egenus factus est, cum esset dives, ut illius inopia vos divites essetis.* (II. Cor. VIII. 9).

¿Qué serán, pues, las riquezas de aquel cuya pobreza nos ha enriquecido? exclama S. Agustín: *Quid facturus sunt divites ejus, cujus paupertas nos divites fecit?* (In Epist. ad Cor. II).

(1) Nudus crucem ascendit (Christus). Talis ergo ascendat, qui seculum vincere parat, et seculi vestimenta non querat. Victus est Adán, qui vestimenta quaesivit; victus ille, qui vestimenta deposuit. (Líb. I. Offic. c. IV).

Ejemplos de Jesucristo y de los santos.

Los hombres entregados al placer, dice el mismo Padre, desean la riqueza que les es perniciosa; Jesucristo, por el contrario, quiso ser pobre. (*De vera Religione*, c. XV.)

San Justino hace el siguiente retrato de los cristianos de su tiempo: Toda extraña es para ellos, y toda patria es para ellos como extraña. Tienen un cuerpo de carne, pero no viven según la carne; habitan la tierra, pero su espíritu está en el Cielo; son pobres, y enriquecen muchísimas personas; carecen de todo, y lo tienen todo en abundancia (1).

Hasta algunos paganos han admirado la pobreza y han dado ejemplo de esta virtud. Habiendo sido tomada por asalto la patria de Bias, este filósofo se retiró sin llevar nada, y habiéndosele alguno hecho notar, respondió: Llevo todos los bienes conmigo: *Omnia mea mecum porto.* (Biog. Laert. de Vit. phil.)

Habiendo Alejandro, rey de Macedonia, enviado cien talentos á Foción, que era pobre, éste preguntó por qué razón y con qué mira le hacía Alejandro aquel regalo.—Es que os juzga el único hombre de bien, y el único virtuoso entre todos los atenienses, le dijeron.—Que me permita, pues, replicó, pasar por tal, y será efectivamente. (*De Ethic.*, lib. II.)

Equanimenda vivía también en la pobreza. Artajerjes, rey de los persas, le envió ricas presentes para obtener la alianza de los tebanos; pero aquel gran capitán ni siquiera quiso permitir que se los presentasen. Si questo amo, dijo al embajador, no quiere más que cosas vanas para mi patria, es inútil que me solicite; pero, si sus intenciones son contrarias á mis deberes, no es bastante rico para comprar mi satragio. (*Plutarch.*)

El famoso Artáides no dejó con qué pagar sus funerales. (*Ejusd.*)

La pobreza es un honor y una gloria.
Ser pobre, dice Manuía Félix, no es una infamia, sino una gloria. El que nada codicia, no es pobre; es rico en Dios. (*Octav.*)

El pobre es verdad, alarga una mano suplicante, dice S. Juan Damasceno; pero es Dios el que recibe: *Pauper quidem supplicem manum extendit; Deus autem est qui accipit.* (Parallel. III. c. XXXVII.)

Todos los pobres, dice S. Ambrosio, no son Santos, y todas las riquezas no son criminales; pero, así como el vicio deshonra ó desafiadamente á las riquezas, la santidad acompaña muchas veces á la pobreza, y la hace recomendable. (*In Matth.*)

Herodes suplicó á la pobreza, dice Séneca; nadie vive en una estrechez tan absoluta como cuando nace: *Contentusse paupertatem; nemo tam pauper eivit quam natus est.* (Epist. ad Lucid.)

¡Oh! qué grande es la dignidad del pobre! exclama S. Crisóstomo.

Dios se ocultó bajo el velo de la pobreza. (*Agud Maxim.*, Serm. XII.)

Ante la vista de los santos, ante la vista de la Iglesia, los pobres tienen una dignidad especial. Podíamos aplicarlas las palabras del Evangelio: Los últimos serán los primeros: *Erunt novissimi primi.* (Matth. XIX. 30.)

(1) Omnis peregrina regio patria eorum est, et omnis patria est peregrina. In carnis enim, sed non secundum carnis virtutem in terra degunt, sed in Cælo conversantur: pauperes sunt, et omnibus ditant; indigent, et omnibus abundant. (Epist.)

La Iglesia concede á los pobres la preeminencia, puesto que no admite á los ricos en su seno sino con la condición de que han de servir á los pobres. Para éstos reserva sus gracias más preciosas y sus más dulces bendiciones. La Iglesia es la ciudad de los pobres, la ciudad de libertos. La indigencia y las aliciones, sobre todo si se sufren religiosamente, hacen que el hombre sea verdaderamente grande y respetable: Llévame á mi casa á los pobres, y á los débiles, á los ciegos y á los cojos, dice Jesucristo: *Pauperes ac debiles, caecos et claudos, introduce hinc.* (Luc. XIV. 21.)

Es una ceguera deplorable no honrar á los pobres, á los que el mismo Dios ha hecho el honor de dar la preeminencia en su Iglesia...

Al ver Abraham á los pobres, dice S. Pedro Crisólogo, se olvidó de que es amo y se constituye servidor suyo: Aquel gran patriarca respetaba ya á Jesucristo en su persona. (Serm. VII.)

Los pobres son los porteros del Cielo; tienen el privilegio de abrirle ó de cerrarlo á los ricos.

Jesucristo se desposó con la pobreza, y la ennoblecó con esta alianza.

San Ambrosio cita varias razones para demostrar que se han de conceder favores y beneficios á los pobres antes que á los ricos: 1.º dice: Jesucristo quiere que invitemos para las bodas á los pobres, y no á los ricos... 2.º Cuando invitamos á los ricos, corresponden; pero, no pudiendo los pobres corresponder por sí mismos, encargan á Dios que nos recompense, á Dios que se ha constituido en favor, y aún en deudor suyo... 3.º El rico desprecia muchas veces el beneficio, y no se cuida de la obligación de manifestar reconocimiento; el pobre, por el contrario, recibe con reconocimiento el menor favor... 4.º El pobre devuelve más de lo que recibe; ora por sus bienhechores, y consigue la remisión de los pecados que han cometido, gracias numerosas para ellos, y la gloria eterna. (Offic., lib. II. c. III.)

Eligiendo la pobreza, Jesucristo la hizo digna de alabanzas y de honor. Cuando honramos á los pobres, honramos, pues, y glorificamos al Salvador de los hombres.

El pobre es omnipotente. Lo vemos por el apóstol. S. Pedro: No tengo plata ni oro, dijo el cojo que pedía limosna; pero te daré lo que tengo: en nombre de Jesús de Nazareth levántate y anda: *Argentum et aurum non est mihi; quod autem habeo, hoc tibi do: in nomine Jesu Nazareni surge, et ambula.* (Act. III. 6.)

Dios, dice el apóstol Santiago, ha elegido á los pobres en este mundo para ser ricos en la fe y herederos del reino que Dios ha prometido á los que le aman: *Nonne Deus elegit pauperes in hoc mundo, ditatos in fide, et heredes regni, quod repromisit Deus diligentibus se?* (II. 5.) Dios ha elegido á los que no poseían los bienes de la tierra, y les ha prodigado las riquezas de la fe; á los que no pagaban el censo, y les ha dado la inteligencia de las cosas divinas. Vemos por las palabras del apóstol que el oro y la plata no son verdaderos bienes, sino tan sólo la fe y las virtudes á que dan origen; tampoco la falta de riquezas precederá constituya la pobreza, sino que la constituyen la codicia y la impiedad. ¡Oh! cuántos ricos son muy pobres, y cuántos pobres son muy ricos!...

Los pobres son los favoritos de Dios. ®

Los pobres son los herederos del reino de Dios: *Heredes regni*. Puesto que el reino de Dios es para los pobres, dice S. Ambrosio, ¿hay alguien más rico que ellos? *Quom regnum Dei pauperum sit, quid locupletius esse potest?* (Serm. X).

Las causas por las que Dios ha preferido asegurar á los pobres, más bien que á los ricos, los bienes de la fe y la herencia de su reino, son evidentes.

La primera es que la distribución conveniente de los bienes exige que los que carezcan de riquezas en la tierra, tengan las del Cielo en abundancia; y que, por el contrario, que los que están llenos de bienes en este mundo estén privados de los de la otra vida...

La segunda es que la riqueza da la ambición, la avaricia, la gula, la lujuria, el orgullo, la vanidad y todos los vicios que precipitan al infierno; en tanto que la pobreza inspira la humildad, la sobriedad, la continencia, la castidad, la modestia y todas las virtudes que conducen al Cielo... La pobreza, dice S. Bernardo, tiene grandes alas, con las que podemos levantarnos rápidamente hasta la mansión de los Santos. (Serm. IV de *Alteuta*.)

La tercera es que, despreciando al mundo, los pobres compran de Dios la eternidad dichosa. Como él, renuncian á todo, y principalmente á los deseos; llega á ser su deudor, y les concede su reino. Por esto dice S. Gregorio Naziancense: (Dichoso el que emplea toda su fortuna en comprar á Jesucristo!

Felix qui Christum fortunis omnibus emit!

(Carm. de *Realtudine*.)

¿Qué cosa hay más gloriosa para el hombre que vender sus bienes y comprar á Jesucristo? dice á su vez S. Agustín: *Quid gloriosius homini, quam sua vendere, et Christum emere?* (Serm. ultim. de diversos).

La cuarta es que Dios busca un corazón vacío de las cosas de la tierra para entrar en él y poseerlo por entero. Por otra parte, el rico, que no piensa más que en el oro y la plata, no se cuida mucho de los bienes eternos; pero el pobre, que no puede ocuparse de los bienes de la tierra, que no tiene, busca los del Cielo, que espera.

Dios no se ha olvidado de los bienes de los pobres, dice el real Profeta: *Non est oblitus clamorem pauperum*. (IX. 13). El pobre no caerá nunca en olvido, y la paciencia desplegada por los pobres no perecerá: *Quoniam non in finem oblitus erat pauperis; patientia pauperum non peribit in finem*. (Psal. IX. 19). Señor, os ha sido abandonado el pobre, y seréis el apoyo del huérfano: *Tibi derelictus est pauper; orphanus tu eris adiutor*. (Psalm. X. 14). El Señor es el refugio del pobre, es su auxilio en la necesidad en el día de la tribulación: *Factus est Dominus refugium pauperi adiutor in opportunitatibus, in tribulatione*. (Psal. IX. 10). El Señor ha sido el dego del pobre; vuestro ojo, ó Dios mio, ha escuchado las plicas de su corazón: *Desiderium pauperum occidit Dominus; preparationem cordis eorum audiuit uox tua*. (Psal. X. 17). Sed el justo juez del huérfano y del hombre de baja condición: *Iudicene pupillo et humili*. (Psal. X. 18). El Señor saca al indigente del polvo, y levanta al pobre de encima de su muladar, para colocarle entre los príncipes, entre los príncipes de su pueblo: *Subleuans a terra inopem, et de stercore erigens pau-*

perem; ut collocet eum cum principibus, cum principibus populi sui. (Psalmo CXII. 7-8).

Opimir al indigente es insultar al que lo ha creado, y tener lástima del pobre, es honrar á Dios, dicen los Proverbios: *Qui columiniatur egentem, exprobat factorem suum; honorat autem Deum, qui miseretur pauperis*. (XIV. 31).

Dios extiende su protección sobre los pobres que el mundo abandona, rechaza y oprime; toma por ellos el cuidado que una madre toma por sus hijos. Los pobres tienen á Dios por tutor, y por acónsono á Dios, que rige los Cielos y ante quien se prosternan los soberanos del mundo. Por esta razón dijo Jesucristo: En verdad os lo digo; lo que habeis hecho al más pequeño de mis hermanos, lo habeis hecho á mí mismo: *Amen, dico vobis, quoniam fecistis mihi ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis*. (Math. XXV. 40). Por esto pronunciará en el día del juicio una sentencia de bendición á favor de los hombres que hayan cuidado de los pobres, y una sentencia de maldición contra los avaros y los ricos que los hayan despreciado y no hayan tenido entrañas para ellos... Al encarnarse, al venir al mundo, el Verbo Eterno ha honrado, con su amor y dedicado en cierto modo la pobreza; porque unió con ella hipócriticamente su humanidad. El pobre es, pues, la viva imagen de Jesucristo pobre, como dijo S. Francisco de Asís. (Regul. c. VI).

Dios, que se basta á sí mismo, está infinitamente sobre todas las criaturas; el pobre, que es humilde, desgracia las cosas de la tierra, no desea más que las del Cielo y descansa en Dios; es superior á la mayor parte de los hombres, tristemente esclavos de los bienes del mundo...

La boca del pobre es la boca de Dios, y el ojo de Dios es el ojo del pobre; Dios lo escucha, y lo oye siempre; por cuya razón es ante el omnipotente. Jesucristo promete su reino á los pobres, el consuelo á los que lloran, el alivio á los hambrientos, y la alegría eterna á los que padecen. Todos los derechos, todas las gracias, todos los favores y todos los privilegios del Evangelio son para los débiles, para los indigentes y para los que padecen...

La pobreza es un puerto tranquilo, dice S. Crisóstomo: *Paupertas est portus ventis de la tranquillus*. (Homil. última in Matt.)

Guardaos, dice S. Bernardo, guardaos de amar los bienes cuya posesión es una carga, cuyo amor mancha, y cuya pérdida desgarrará: *Noli amare bona que possides, amaris onerata, inquinant, amissa, corrumpunt*. (Epist. CIII).

Hemos de luchar desnudos contra los demonios desnudos, dice S. Gregorio: *Nudi cum nudis (demonibus) luctari debemus*. (Homil. XXXII. in Evang.) Porque, siendo, si un hombre vestido lucha contra otro que no lo está, ha de ser indubablemente derribado, teniendo su adversario por donde cogerlo. ¿Y qué son los bienes de la tierra sino los vestidos del cuerpo? (1)

La pobreza quita al hombre mil cuidados, ó inquietudes... La alaja de las criaturas para inclinarse á entregarse al Criador, en quien se halla la felicidad suprema. Entonces puede decir con el Salmista: *Et Dominus est in partu que con-*

(1) Nam si vestitus quisquam cum nudo luctatur, citius ad terram dejectus, quia habet unde tenetur. Quid enim simul terrena omnia, nisi quodam corpore instrumentum? (U. supra).

litaye ni herencia; es la copa que me está reservada: Sois vos mismo, ó Dios mio, que me devolvéis lo que debía ser mi patrimonio: *Dominae pare hereditatis meae et calices mei: tu es qui restitues hereditatem meam mihi.* (XV. 6). ¿Qué hay para mí en el Cielo, y qué he deseado de vos en la tierra? Dios de mi corazón, que sois mi herencia por toda la eternidad: *Quid mihi est in Caelo? et a te quid volui super terram? Deus cordis mei, et pars mea Deus in aeternum.* (Psal. LXXII. 24-25).

La pobreza voluntaria es el camino de la salvación, la nodriza de la humanidad, la raíz de la perfección... Cuando se desprecian los bienes del mundo, se alcanzan los del Cielo...

Somos pobres, dice el apóstol de los gentes, y enriquecemos á los demás; no tenemos nada, y todo lo poseemos: *Sicut egeni, multos autem locupletantes; nunquam nihil habentes, et omnia possidentes.* (II. Cor. VI. 10). El pobre voluntario es libre... amo... señor... dichoso... é inimitablemente rico... descansar en Dios, está exento de cuidados...

La pobreza es una reina que forma parte de la cognitiva de Jesucristo...

La pobreza, dice S. Francisco de Asís, es un tesoro oculto, para cuya compra es preciso vender todo lo demás y despreciar lo que no se pueda vender. Todos los bienes de la tierra no son nada. Comparados con el valor de la pobreza. (*Regul.*, c. VI). Es lo que dijo Jesucristo á un joven: Si queréis ser perfecto, id, vendid lo que tenéis, y dadlo á los pobres, y vendéis un tesoro en el Cielo; venid luego, y seguidme: Si no perfectus esse, vade, vende qui lobes et da pauperibus, et habebis thesaurum in Caelo; et veni sequere me. (Math. XIX. 21).

¡Cuán grande, dice S. Agustín, es la dicha de los cristianos, á quienes se les concedió el poder de comprar el reino de los Cielos con la pobreza! Guardadlos de creerla desagradable. No puede hallarse nada más precioso. ¿Queréis conocer lo que vale? Comprad el Cielo (1).

Observad que Jesucristo no dice: Bienaventurados los pobres, porque se les dará el Cielo, ó el Cielo les pertenecerá; sino: Bienaventurados los pobres, porque suyo es el reino de los Cielos. *Beati pauperes, quoniam ipsorum est regnum Caelorum.* (Math. V. 3). El cielo es en la actualidad suyo, les pertenece ya, pueden tener esta certidumbre: *Ipsorum est regnum Caelorum.* Jesucristo pone la pobreza en el número de las ocho bienaventuranzas; y la pone en primer lugar...

¡Qué locura, dice S. Crisostomo, colocar vuestros riquezas en donde no habeis de vivir, y no colocarlas en donde habeis de ir para siempre! Colocad vuestros tesoros en vuestra patria, que es el Cielo. (*Homil. XLVIII*).

El alma del pobre que se somete voluntariamente á la pobreza, brilla como el oro, resplandece como el diamante, y tiene la hermosura y el perfume de la rosa.

La pobreza no tiene la polla ni á los ladrones: No es la esclava del demonio, ni se coloca entre los cortesanos de los reyes, sino que se pone entre los

(1) *Feliciter magna christianorum, quibus datum est, ut paupertatem faciant precium regni caelorum. Non tibi displicens paupertas; nihil eo potest ditius inveniri. Vobis vocae quam laeplem sit? Caelum emi. (Serm. XXVIII. de verbis Apost.)*

servidores de Dios y coloca su tesoro, no en la tierra sino en el Cielo... La pobreza no tiene cochas, ni caballos de raza, ni criados, ni aduladores; pero el que se levanta sobre las nubes y ha de ir al Cielo llevado por los ángeles, necesita arazo semejantes frenes? Ha de habitar en Jesucristo; ¿necesita arazo otra cosa? Ni el Divino Salvador, ni los apóstoles tuvieron nada de esto; y sin embargo, la Iglesia brilló con una luz viva, el mundo pagano rompió sus ídolos, destruyó sus templos, y se convirtió. Por haber renunciado los primeros cristianos á los bienes de la tierra y haberlos distribuido á los pobres, se verificaron tantas maravillas...

La pobreza conduce á la perfección y al Cielo, así como la codicia nos lleva á todos los males y al infierno.

La pobreza: 1.º pone al abrigo de la riqueza, de los honores y de los placeres, que son el maná y el alimento de todos los vicios...; 2.º engendra la humildad, que es el principio de la sanidad...; 3.º es el camino de la salvación, la madre de todas las virtudes, la raíz de todos los árboles que llevan buenos frutos...; 4.º La pobreza voluntaria no conoce los cuidados; procura practicar el bien, de la misma manera que la abeja que se consagra enteramente al cuidado de hacer sus panales...; 5.º La perfección consiste en el amor de Dios y del prójimo; y la pobreza nos hace conseguir estas dos virtudes, pues destruye lo tuyo y lo mio, de donde vienen las disputas, los odios, la envidia, los pleitos, las injusticias, las guerras y las revoluciones: por otra parte, alijando al hombre del amor á los bienes de la tierra, le apega únicamente á Dios, y le inclina á no tener otro amor. Y cuando se tiene á Dios, nada puede considerarse digno de lastimar; nada falta...

Objetarán algunos que para tener el mérito de la pobreza voluntaria, no es necesario renunciar á la riqueza, y que hasta no adicionarse á los bienes de la tierra. Es verdad: guardar los bienes de la tierra sin afección, es cierta pobreza que tiene su mérito; pero es muy inferior á la pobreza real, que no sólo excluye el amor á la riqueza, sino la riqueza misma. En efecto: es difícil no tener cierta afección á una cosa que se conserva. El hombre que duerme, y durante su sueño es sorprendido, y le atan, sólo cuando se despierta conoce el estado en que se halla. Así es que los que están unidos por cierta afección á sus riquezas, no lo conocen hasta el momento en que las pierden ó las abandonan.

Cualquiera que deje su casa, dice Jesucristo, ó á sus hermanos, ó á sus hermanas, ó á su padre, ó á su madre, ó á su mujer, ó á sus hijos, ó á sus campos, á causa de mi nombre, recibirá el centuplo y poseerá la vida eterna (1).

Por el centuplo entiende S. Ambrosio á Dios, porque Dios se constituye en padre y madre, hermano y hermana del que todo lo renuncia por él. Y el hombre que tiene á Dios por herencia, posee la naturaleza eterna: *Cui portio Deus est, totius possessor est natura.* Dios es un campo, y este campo es bastante vasto, bastante rico y fértil; le basta, porque produce siempre frutos

(1) *Omnia qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam aeternam possidebit. (Math. XIX. 29)*

abundantes, excelentes é impercederos. Dios es su morada, y lo basta, por abundante es el palacio de la eternidad... ¿Qué cosa más preciosa que Dios? ¿Qué cosa más espléndida que el Cielo? ¿Qué felicidad comparable á la que da la posesion del Señor? (In *Matth.* c. *XIA*.)

El que es rico segun Dios, es pobre en oro, dice S. Agustin: *Deo dives, et in auro pauper.* (Serm. XXVIII de verbis Apost.)

El que es rico segun Dios, dice el venerable Beda, no debe amontonar tesoros, sino distribuir lo que posee á los pobres: *Qui vult in Deum esse dives, non sibi thesaurizat, sed pauperibus paucis distribuat.* (In *Evang.* Luc., c. *XII*.)

El Cielo pertenece á los pobres, y allí envian ellos á sus bienhechores...

El que no tiene nada en la tierra, es rico en el Cielo, dice S. Cipriano; es ser celestial, angelico y divino. Efectivamente; de lo alto de los Cielos, los bienaventurados ángeles miran con desden este pequeño punto que se llama tierra, sus bienes y sus riquezas, y les causa risa; porque es propio de una alma grande y generosa no admirar más que á Dios (1).

La pobreza, dice S. Juan Climaco, es una abdicacion de los cuidados del siglo, un exilio sin obstáculos hacia Dios, la expulsion de toda tristeza, el fundamento de la paz, y la pureza de la vida; nos oxima del cuidado de los bienes de la tierra, y nos conduce á la observacion perfecta de los mandamientos de Dios. (Grad. *XVII*.)

Con la pobreza renunciamos á objetos de poco valor, y entramos en el goce de bienes de un gran precio, dice S. Jerónimo: *Parva dimittimus, et grandia possidemus.* (Labi. super *Matth.*)

Si nada tenéis en la tierra, dice el mismo Padre, estáis libres de un gran peso; despojados de todo, segun á Jesucristo, que está desnudo: *Si non habes, grandis onere liberatus es; nudum Christum, nudus sequere.* (Epist. ad Rusticum.)

Abandonad los bienes de la tierra, dice S. Agustin, y recibireis los del Cielo; porque la pobreza compra el reino de los Cielos: *Dimitte terrena, et accipies caelestia; est enim paupertas regni caelestis pretium.* (Serm. *CXXXIII* de Temp.)

Esos, dice S. Gregorio, esos vuelan hacia Dios, que, por decirlo así, pasan sin tocar la tierra, puesto que nada de ella desean: *Volant, qui terram quam non tangunt, quia ea ipsi nihil appetunt.* (Homil. *XVIII* in *Ezechiel*.)

La pobreza, dice S. Francisco de Asis, es el camino de la salvacion, el fundamento de la humildad y de la perfeccion; el dinero no es más que el demonio, y una serpiente llena de veneno. (Regul., c. *VI*.)

Soy pobre y mendigo, dice el Salmista; pero el Señor tiene cuidado de mí: *Ego mendicium sum et pauper: Dominus sollicitus est mei.* (XXXIX. 18.) En vuestra dulzura, Señor, habeis preparado lo que el pobre necesita: *Paratum est dulcedine tua pauperi, Deus.* (Psal. *LXVII*. 11.)

Dios ha querido que la mayor parte de los hombres fuesen pobres, ya á fin de que adquiriesen el mérito de la paciencia y una plena confianza en Dios,

(1) Pauper nulli dives est Caeli; Ideoque homo caelestis, angelicus et divinus. Angelus enim et beatus ex alto despicit et ridet exiguum hoc terrae punctum, minusque ejus opes et divitias. Ceterum enim magnitudo animi est, nihil admirari praeter Deum. (Epist. ad Martyr.)

ya á fin de que se viesen obligados á trabajar, á cultivar los campos y ejercer las artes mecánicas, sin las que la vida humana y el orden del universo no podrían subsistir. Porque, como dice S. Crisostomo, si desapareciese la pobreza de la tierra, quedaría aniquilado el órden social, y destruido todo género de vida; no habria ya marinoero, piloto, labriego, tejedor, zapatero, albañil, carpintero, pintor ni obrero alguno. Así pues, tratando tales obreros, todo faltaria á la vez. La pobreza es una arma necesaria para evitar, y en caso necesario obligar á cada cual á cumplir la orden que le está confiada. Si todos los hombres fuesen ricos, todos vivirían en el reposo y en la pereza; todos se corromperian y morirían. Habria una pereza, una hambre y una ruina completas; y miserables. (Homil. *ante penult.*, t. *V*.)

San Juan Climaco afirma que un simple monje, en su gran pobreza, es en cierto modo dueño del mundo; y que, habiendo puesto toda su esperanza solamente en Dios, puede mirar á las naciones como si fuesen esclavas suyas. El santo Abad añade que, servidor de Dios, el pobre no se aficiona seriamente á ninguna cosa de la tierra. En efecto; lo que tiene y lo que puede tener no existe, por decirlo así, para él; y si lo pierde, no se impaciona. (Grad. *XVII*.)

En este sentido es como S. Bernardo, comentando aquellas palabras de Jesucristo: Cuando seré elevado de tierra, todo lo atraeré hacia mí (*Joan.* *XII*. 32); dice con razon que, con el desprendimiento de todas las cosas perecederas, los verdaderos cristianos obran de igual manera. Es cierto, añade, que cuanto menos se desean las riquezas, más libres somos, dueños de nosotros mismos y verdaderamente ricos. Desprendido el hombre de todo, lo posee todo y lo posee plenamente; porque la adversidad, lo mismo que la prosperidad, le está sometida y coopera su bien. El avaro tiene hambre de las cosas de la tierra; y el fiel, por el contrario, las desprecia como humo. Poseyéndolas, el primero las mendiga; despreciándolas, el segundo las posee: *Avarus terram exurit, ut mendicet; fidelis contemnit, ut dominus; ille, possidendo mendicat; iste, contemnendo, servat.* (Serm. *XXI*. in Cant.)

Pocos bienes con temor de Dios valen más, dicen los Proverbios, que un gran tesoro con el insaciable de aumentarlos: *Melius est parum cum timore Domini, quam thesauri magni et instabiles.* (XV. 16.) Una pequeña fortuna nos hace modestos, humildes, sobrios, castos y amigos del trabajo; una gran fortuna nos hace altavidos, soberbios, golosos, impúdicos y perezosos. Por lo mismo añade el autor de los Proverbios: No me deis, Señor, indigencia ni riqueza; concededme solamente lo necesario para la vida: *Mendicitatem et divitias ne dederis mihi; tribue tantum victui meo necessario.* (XXX. 8.)

Los pobres están al alirgo de los mayores males, dice Demócrito; no tienen que temer las emboscadas, la envidia ni el odio que no dejan de perseguir á los ricos: *Maxima mala effugerunt pauperes, invidiam, odium, in quibus divites quotidie vorantur.* (Anton. in *Meliss.*, part. 1, serm. *XXXIII*.)

La pobreza, dice S. Crisostomo, es un asilo seguro, un puerto tranquilo, una seguridad constante, una dicha exenta de peligro y un goce real; proporciona una vida sin turbacion, y no conoce naufragio (1).

(1) Paupertas tutum est anulum, portas tranquillae, perpetua securitas, dulcissimum preciorum exspectat, voluptas sineera, vita turbationum secuta, via lucium ignara. (Homil. *de recipiendo Sterciano*.)

Elocuentemente dice Hugo de S. Víctor: La pobreza voluntaria es una especie de martirio; porque ¿qué cosa más admirable y qué mayor suplicio que sufrir el hambre en una mesa bien servida, tener frío cuando tan fácil sería vestirse, ó quedarse pobre en medio de las riquezas que el mundo presenta, el demonio ofrece, y nuestra codicia desea? Cosa maravillosa es tocar el fuego y no quemarse; manejar espinas, y no herirse; llevar piedras, y no dañarse. Así pues, las riquezas son juntamente fuego, espinas y piedras: *Et divitiae ignis qual, et spinæ, et lapides.* (Instit. monast.)

¡O pobreza voluntaria y paciente! ¡cuán preciosa y cuán extraña eres también!

Si el pobre que
no nada le
falta

Discaid primeramente el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará con creces, dice Jesucristo: *Quærite primam regnum Dei, et iustitiam ejus; et hæc omnia advenient vobis.* (Matth. VI. 33). Depositad vuestras ciudades en el seno de Dios, dice el Real Profeta; y él sostendrá vuestra alma: *Jacta super dominum carcam tuam, et ipse se eruetur.* (LIV. 22). Los ricos, añade añade el mismo profeta, han sufrido la indignación y el hambre; pero los que buscan al Señor tendrán todos los bienes con abundancia: *Divites eguerunt et emiserunt; inquiringes autem Dominum non minuentur omni bono.* (XXXIII. 41).

No amontoneis tesoros en la tierra, donde se oxidan, y los gusanos destruyen, y los ladrones excavan y roban; pero amontoned tesoros para el Cielo, donde no hoy mohu, ni gusanos que roan, ni ladrones que excavan y roben (1).

Los bienes del Cielo son inextinguibles; no se pierden sino cuando se quieren, están al abrigo de los reveses, y duran eternamente.

No se sepulte vuestra alma en el oro; elevéso más bien al Cielo, dice san Jerónimo. (Epist.)

Somos pobres, dice S. Pablo, y entriquecamos á los demás; nada tenemos, y todo lo poseemos. *Sicut egeni; multum autem locupletantes; tanquam nihil habentes, et omnia possidentes.* (II. Cor. VI. 10).

La vida de los apóstoles, dice S. Gregorio Nazianceno, es la riqueza en la indigencia, la posesion en la peregrinacion, la gloria en el desprecio, y la paciencia en las pruebas: *Vita eorum sunt spes in ægrotate, possessio in peregrinatione, gloria in contemptu, patientia in infirmitate.* (Orat. XII).

Todos los verdaderos fieles son ricos, dice el venerable Beda; no se estima nada menos de lo que vale. El fiel es pobre en dinero; pero rico en virtud; duerme más pacíficamente echado en la tierra, que el que tiene oro y darcana en la púrpura: *Omnes boni fideles cum divites; nemo non contemnat; pauper in cella, dicitur in conscientia; securior dormit in terra quam auro dives in purpura.* (Io Epist. ad Cor. II).

¿Qué lo que dice el poeta: ¿Quién es rico? El que nada codicia. ¿Quién es pobre? El avaro.

Quis dicit? Qui nihil cupit: et quis pauper? Avarus.

(1) *Nolite thesaurizare vobis thesaurum in terra, ubi eruga et tinea demolitur, et ubi fures effodunt et furantur. Thesaurum autem vobis thesaurum in Cælo, ubi neque eruga, neque tinea demolitur, et ubi fures non effodunt, nec furantur.* (Matth. VI. 19-20).

No busquemos honores ni riquezas, que habremos de dejar un día, dice S. Gregorio: Si queremos bienes, vayamos en busca de los, que hemos de poseer eternamente: *Non honores aut divitias querende sunt, que dimittuntur; si bona queramus, illa diligamus, que sine fine habebimus.* (Lib. Moral.)

Las riquezas, dice el Eclesiástico, son buenas para aquel cuya conciencia está limpia; la pobreza es muy mala para el impío que murmura: *Bona est substantia, cui non est peccatum in conscientia, et nequissima paupertas in ira impii.* (XIII. 20).

Los pobres comerán y quedarán saciados; dice el Real Profeta, y alabarán al Señor: *Edent pauperes, et saturabuntur, et laudabunt hominum.* (XXI. 27).

No temas, dijo Tobías á su hijo; es verdad que vivimos pobremente; pero tentremos grandes riquezas, si tenemos á Dios, si nos alejamos de todo pecado y obramos bien: *Nolite timere, filii mei, pauperem quidem vitam gerimus; sed multa bona habebimus, si timuerimus Deum, et recesserimus ab omni peccato, et fecerimus bene.* (IV. 23). No sólo en la vida terrena, sino tambien en la vida presente, tendremos el honor y el mérito de haber practicado la virtud y de no haber abandonado los senderos de la piedad...

Así como Dios es rico en gracias y en fuerzas, el pobre lo es tambien en inteligencia sobrenatural...

¿Cuán rico es, exclama S. Ambrosio, cuán rico es el que conoce á Dios, tralaja por la eternidad y amontona tesoros, no de oro, de plata ó de cosas preciosas, sino de virtudes! No os parece rico el que tiene la paz del alma, la tranquilidad y el reposo; el que nada desea; no se turba por nada, no se disgusta por las cosas que tiene desde largo tiempo, y no las busca nuevas? (Serm. X).

El pobre, que es humilde, envidia lo que es lícito envidiar, la pureza, la santidad y la perfeccion que hacen que el hombre sea agradable á Dios, trabaja para conformar su voluntad á la voluntad divina; quiere lo que quiere su Creador; y obrando así imita la estabilidad de Dios y su eternidad...

El pobre, dice S. Crisostomo, nada tiene y goza de la seguridad más completa; por el contrario, el rico y el poderoso temen siempre algun peligro. (Homil... XXX. in Matth.)

Es cosa que merece ser honrada la pobreza alegre, dice Séneca; no es pobreza, sino riqueza de corazón. El verdadero pobre no es el que tiene poco, es el que desea tener más de lo que tiene. ¿Qué importa que las cenizas del avaro estén llenas, que sus graneros rebosen, que amenle cada día con usura, si codicia el bien de los demás, y no contento con lo que posee, está sediento de lo que le falta? ¿Me preguntáis el medio de enriqueceros? Ante todo tened lo necesario; y luego consideradlo suficiente. (Epist. II. ad Lucillum).

El pobre que aborrece la pobreza, lleva una vida miserable; y por el contrario, el que no sólo la sufre con resignacion, sino que está contento con su suerte, vive dichoso.

El mal no está en la pobreza, añade Séneca, está en el pobre. El que acepta voluntariamente la pobreza, es rico. El mal no está en la pobreza; está en el espíritu del hombre. Lo que hace la pobreza penosa, quita tambien á las riquezas todo su encanto. De la misma manera que no hay para el enfermo diferencia alguna entre una cama de madera y otra de oro, pues en todas partes

donde se acha lleva consigo la enfermedad, poco importa tampoco que el espíritu enfermo de deseo y de codicia se hulla en medio de las riquezas, ó en el seno de la pobreza: su mal no lo abandona. (*Líb. I. de Remedii fortune*).

El pobre tiene la situación que quiere: él se fastidia y se rebela, sus días son laboriosos, penosos y miserables; si se resigna, sus males se dulcifican y desaparecen...

El pobre que tiene una buena conciencia es infinitamente más rico que el que no la tiene.

Nos quejamos muchas veces de la pobreza; murmuramos de Dios... Y sucediendo así, la pobreza parece un peso insuportable, y no tiene mérito alguno.

Por lo demás, ¿cuántas personas son pobres por culpa suya? Perdeis en el juego y en la disipación lo que ganais durante la fuerza de los años; nada acudale; más tarde languideceréis en la miseria: ¿oo lo habeis querido?

Teneis familia; en vez de cuidarla y ahorrir agotais en gastos inútiles cuando tenéis; pronto os veréis en la penuria y vuestros hijos irán medio desnudos: ¿oo lo habeis querido?

¿Cuántos pobres disfrutarían del bienestar, si se hubiesen postado cristianamente! Pero, hijos de bendicirlos, Dios maldice esta pobreza. La gracia se aleja de los que se han dejado caer en ella; sufren sin consuelo y sin mérito, porque sus malos pasiones son las que á tal extremo las han conducido, y no la voluntad de Dios...

Lo que es preciso para tener el mérito de la pobreza, es preciso: 1.º renunciar al amor propio y á la vanidad...; 2.º no fiarse de la inteligencia propia, y no escuchar exclusivamente el propio juicio y la propia voluntad...; 3.º considerarnos sin bien alguno que proceda de nosotros mismos, pues todo deriva de Dios y de su gracia...; 4.º meditar sobre la nada de los bienes del mundo...; 5.º estar convencidos de que merecemos mayores penas que la indigencia...; 6.º tener la vista fija en la recompensa prometida á los pobres voluntarios resignados...; 7.º mirar solamente á Dios...; 8.º pensar muchas veces en la muerte...; 9.º ofrecer á Dios las privaciones y los sufrimientos nuestros.

Es preciso ser pacientes, no murmurar, no desconfiar de la Providencia, no desanimarse...
Había, dice el Evangelio, habia un mendigo llamado Lázaro, que, cobijado de puertas, estaba echado á la puerta de un rico avaro. (*Luc. XVII. 20*). San Crisóstomo enumera nueve aflicciones crueles que pesaban sobre Lázaro: 1.º la pobreza...; 2.º una grave enfermedad...; 3.º el abandono...; 4.º su posición en la puerta de un rico que iba magníficamente vestido y pasaba su vida en los festines...; 5.º la crueldad de aquel rico...; 6.º la falta absoluta de amigos...; 7.º la esperanza de los bienes que debe traer la resurrección meaos afirmada de lo que fué después de Jesucristo...; 8.º la larga duración de sus males...; 9.º el hambre, la sed, el frío y la oscuridad. (*Homil. I. de Lázaro*).

Difícilmente se hallaría un pobre que estuviese sujeto á tantos males y miserias.... Sin embargo, Lázaro se resignó, no murmuró, ni desesperó....

POSTRIMERÍAS Ó NOVÍSIMOS.

Los novísimos ó postimerías son muerte, juicio, gloria, infierno, eternidad. Olvidarse de cosas tan importantes, no prepararse á ellas es la mayor desgracia del hombre. Porque olvidar la muerte es dejar de prepararse á ella, y exponerse á morir con la triste y fatal suerte del pecador; lo que es una irremediable desgracia.

Gran desgracia es olvidarse de los novísimos.

Olvidar el juicio de Dios es despreñarla; terrible será entonces aquel juicio; olvidarse del Cielo es una gran desgracia, porque entonces no se hace nada para merecerlo, y se pierde; y, perdido el Cielo, todo está perdido. No pensar en el infierno es emprender su camino; y el que emprende tal camino, cae en él, lo que es la más horrible desgracia. Olvidarse de la eternidad es perder el tiempo y la eternidad. ¿Puede imaginarse nada más sensible? Y sin embargo, ¡tan general es el olvido de las postimerías en el mundo! Por esto hace desagravio aquel espantoso anatema: ¡Desgraciado del mundo! *Vie mundo!* (*Math. XVIII. 7*).

Basta sin consejo ni prudencia, dice el Señor en el Deuteronomio; ¿por qué no abren los ojos? ¿por qué no comprenden? ¿por qué no previenen sus postimerías? *Gens absque consilio est et sine prudentia; utinam saperent, et intelligerent, ac novissima providerent!* (*XXXI. 28-29*).

No has reflexionado en tu corazón, dice Isaias, no te has acordado de las postimerías: *Non posuisti hinc super cor tuum, neque recordata es novissima tua.* (*XLVII. 7*).

Es una sorprendente y horrible imprevision, es una imprudencia calculable en sus consecuencias por parte de los hijos de este siglo, olvidar las cosas futuras, no considerar las postimerías, para hacerlas favorables y asegurar la felicidad eterna.

Muy justamente les insultarán los malos espíritus en el infierno. ¡O almas desgraciadas, dirán: sabíais que existía un infierno, y no lo habeis evitado, pudiendo hacerlo tan facilmente! Os habeis olvidado de vuestras postimerías; todo lo habeis perdido: *Neque respicite et novissima tua.* (*Ubi supra*).

Nos hablan de nuestros novísimos, los conocemos, creemos en ellos, y obramos como si fuesen para nosotros una cosa extraña! ¡Y no nos volvemos mejores! ¡O ceguedad! ¡O suprema locura! ¡O hombres estúpidos y dignos de lástima! No pensar, no penetrar, no temer cosas tan graves y no prepararse á ellas, es el colmo de la locura y de la necesidad.

En todas vuestras acciones, dice el Eclesiástico, recordad vuestras postimerías, y no pecaréis: *In omnibus operibus, tuis memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis.* (*VII. 40*). La razón de esto es evidente; porque el fin que nos proponemos ha de ser el principio y la regla de todas las acciones; y así pues el fin de todas las cosas está esencialmente contenido en las postimerías.

Cuán útil es el recuerdo de las postimerías.

donde se acha lleva consigo la enfermedad, poco importa tampoco que el espíritu enfermo de deseo y de codicia se hulla en medio de las riquezas, ó en el seno de la pobreza: su mal no lo abandona. (*Líb. I. de Remedii fortune*).

El pobre tiene la situación que quiere: él se fastidia y se rebela, sus días son laboriosos, penosos y miserables; si se resigna, sus males se dulcifican y desaparecen...

El pobre que tiene una buena conciencia es infinitamente más rico que el que no la tiene.

Nos quejamos muchas veces de la pobreza; murmuramos de Dios... Y sucediendo así, la pobreza parece un peso insuportable, y no tiene mérito alguno.

Por lo demás, ¿cuántas personas son pobres por culpa suya? Perdeis en el juego y en la disipación lo que ganais durante la fuerza de los años; nada acudale; más tarde languideceréis en la miseria: ¿oo lo habeis querido?

Teneis familia; en vez de cuidarla y ahorrir agotais en gastos inútiles cuando tenéis; pronto os veréis en la penuria y vuestros hijos irán medio desnudos: ¿oo lo habeis querido?

¿Cuántos pobres disfrutarían del bienestar, si se hubiesen postado cristianamente! Pero, hijos de bendicirlos, Dios maldice esta pobreza. La gracia se aleja de los que se han dejado caer en ella; sufren sin consuelo y sin mérito, porque sus malos pasiones son las que á tal extremo las han conducido, y no la voluntad de Dios...

Lo que es preciso para tener el mérito de la pobreza, es preciso: 1.º renunciar al amor propio y á la vanidad...; 2.º no fiarse de la inteligencia propia, y no escuchar exclusivamente el propio juicio y la propia voluntad...; 3.º considerarnos sin bien alguno que proceda de nosotros mismos, pues todo deriva de Dios y de su gracia...; 4.º meditar sobre la nada de los bienes del mundo...; 5.º estar convencidos de que merecemos mayores penas que la indigencia...; 6.º tener la vista fija en la recompensa prometida á los pobres voluntarios resignados...; 7.º mirar solamente á Dios...; 8.º pensar muchas veces en la muerte...; 9.º ofrecer á Dios las privaciones y los sufrimientos nuestros.

Es preciso ser pacientes, no murmurar, no desconfiar de la Providencia, no desanimarse...
Había, dice el Evangelio, habia un mendigo llamado Lázaro, que, cobijado de puertas, estaba echado á la puerta de un rico avaro. (*Luc. IV. 17-20*). San Crisóstomo enumera nueve aflicciones crueles que pesaban sobre Lázaro: 1.º la pobreza...; 2.º una grave enfermedad...; 3.º el abandono...; 4.º su posición en la puerta de un rico que iba magníficamente vestido y pasaba su vida en los festines...; 5.º la crueldad de aquel rico...; 6.º la falta absoluta de amigos...; 7.º la esperanza de los bienes que debe traer la resurrección meaos afirmada de lo que fué después de Jesucristo...; 8.º la larga duración de sus males...; 9.º el hambre, la sed, el frío y la oscuridad. (*Homil. I. de Lázaro*).

Difícilmente se hallaría un pobre que estuviese sujeto á tantos males y miserias.... Sin embargo, Lázaro se resignó, no murmuró, ni desesperó....

POSTRIMERÍAS Ó NOVÍSIMOS.

Los novísimos ó postimerías son muerte, juicio, gloria, infierno, eternidad. Olvidarse de cosas tan importantes, no prepararse á ellas es la mayor desgracia del hombre. Porque olvidar la muerte es dejar de prepararse á ella, y exponerse á morir con la triste y fatal suerte del pecador; lo que es una irremediable desgracia.

Olvidar el juicio de Dios es despreñarlo; terrible será entonces aquel juicio; olvidarse del Cielo es una gran desgracia, porque entonces no se hace nada para merecerlo, y se pierde; y, perdido el Cielo, todo está perdido. No pensar en el infierno es emprender su camino; y el que emprende tal camino, cae en él, lo que es la más horrible desgracia. Olvidarse de la eternidad es perder el tiempo y la eternidad. ¿Puede imaginarse nada más sensible? Y sin embargo, ¡tan general es el olvido de las postimerías en el mundo! Por esto hace desagravio aquel espantoso anatema: ¡Desgraciado del mundo! *Vie mundo!* (*Math. XVIII. 7*).

Basta sin consejo ni prudencia, dice el Señor en el Deuteronomio: ¿por qué no abren los ojos? ¿por qué no comprenden? ¿por qué no previenen sus postimerías? *Gens absque consilio est et sine prudentia; utinam saperent, et intelligerent, ac novissima providerent!* (*XXXI. 28-29*).

No has reflexionado en tu corazón, dice Isaias, no te has acordado de las postimerías: *Non posuisti hinc super cor tuum, neque recordata es novissima tua.* (*XLVII. 7*).

Es una sorprendente y horrible imprevision, es una imprudencia calculable en sus consecuencias por parte de los hijos de este siglo, olvidar las cosas futuras, no considerar las postimerías, para hacerlas favorables y asegurar la felicidad eterna.

Muy justamente les insultarán los malos espíritus en el infierno. ¡O almas desgraciadas, dirán: sabiais que existia un infierno, y no lo habeis evitado, pudiendo hacerlo tan facilmente! Os habeis olvidado de vuestras postimerías; todo lo habeis perdido: *Neque respicite et novissima tua.* (*Ubi supra*).

No hablab de nuestros novísimos, los conocíais, creíais en ellos, y obrabais como si fuesen para nosotros una cosa extráña! ¡Y no nos volvéis mejores! ¡O ceguedad! ¡O suprema locura! ¡O hombres estúpidos y dignos de lástima! No pensar, no penetrar, no temer cosas tan graves y no prepararse á ellas, es el colmo de la locura y de la necesidad.

En todas vuestras acciones, dice el Eclesiástico, recordad vuestras postimerías, y no pecaréis: *In omnibus operibus, tuis memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis.* (*VII. 40*). La razón de esto es evidente; porque el fin que nos proponemos ha de ser el principio y la regla de todas las acciones; y así pues el fin de todas las cosas está esencialmente contenido en las postimerías.

Gran desgracia es olvidarse de los novísimos.

Cuán útil es el recuerdo de las postimerías.

Todos los hombres obran con un fin determinado; ¿por qué no han de obrar sin perder de vista los novísimos...

De fácil resistir cuando sentimos la tentación de ofender á Dios. Basta hacernos la siguiente pregunta: En la hora de la muerte ¿querría yo haber cometido este crimen? No. Cuando esté en el juicio de Dios; cuando me halle en la balanza de la justicia de mi Juez, ¿querré que el peso de mis pecados sea mayor que el de mis virtudes? No. Y para ello he de evitar el pecado y practicar la virtud. ¿Quieres ir al Cielo por el juicio de Dios? Sí, y he de trabajar para ganar el Cielo. No desees oír en el juicio aquella espantosa sentencia: Retírate de mí, maldito; anda al fuego eterno... No; he de aplicarme á cerrar el infierno para siempre, evitando sobre todo el pecado mortal.

Cuando entre en la eternidad ¿querré haber perdido el tiempo? No; y por lo mismo es preciso que no pierda ahora un instante. Tales son las saludables consideraciones que se hace el que no olvida los novísimos. Y de esta manera llega á ser como impecable; y en él se cumplen aquellas palabras de la Sagrada Escritura: En todas vuestras acciones recordad vuestras postimeras, y no pecaréis nunca: *In omnibus operibus tuis memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis.* (U. supra).

El fin del hombre, que es la bienaventuranza eterna, la hace obrar y lo lleva á huir del pecado y á practicar la virtud como medios de conseguir la bienaventuranza. Por esto dice S. Agustín: La consideración de esta sentencia; Recordad vuestras postimeras, y no pecaréis jamás; es la destrucción del orgullo, la extinción de la vanidad y de la jactancia, el fundamento de la humildad y del modesto, la perfección de la santidad, y la preparación de la salvación eterna. Para no perecer, mirad en el espejo de las postimeras lo que mis y lo que seréis, vosotros, cuya concepción es una marcha vergonzosa, cuyo origen es el barro, y cuyo término es la podredumbre. En presencia de esos novísimos, ¿qué es una mesa exquisita, qué son vinos deliciosos, qué es un rico vestido, un hermoso calzado, la melicé de la carne, la gula, la superabundancia de alimentos, la crapula y la embriaguez, el lujo de las casas, la adquisición de los beneficios y el acumularse de riquezas? (1).

Syracides da una regla de conducta cierta, que ordena y santifica todas nuestras acciones: Elegid en todas vuestras acciones, dice, lo queráis haber elegido y hecho en la hora de vuestra muerte: *In singulis operibus illud elegit, quod in hora mortis vobis se elegisse et egisse.* (Athan. in Moliss.)

Háganse todos en cada acción, dice S. Bernardo: Si debieses morir después de esto, ¿lo harías? Si modo mortuus esses, faceres istud? (In Speculo monach.)

Haced todas vuestras acciones como queráis haberlas hecho cuando pare-

(1). Consideratio hujus sententiae immutare, etc. y destruetur est superbia, est illud invidie, invidia malitia, est inquit luxuria, et ceteris vitiis et peccatis, est inquit disciplina, perfectio sanctimonie, preparatio salutis aeternae. Ne pecces, vide in luce speculo quid es, et quid eris, enim conceptio labor maneris, origo hinc, partus inde. Quid tunc proderit operibus tuis exquisit, potus delicatus, vestis curiosis, calcementi sponditis, carnis melicé, ventris ingulvia, ciborum superfluitas, crapula et ebrietas, domorum constructio, praebendarum acquisitionis, divitiarum aggregatio? (In Speculo peccati, c. 1).

ceréis ante todo el universo reunido, para dar cuenta al soberano tribunal de Dios. No hagais nada de que tengais que arrepentiros eternamente; evitad lo que os haría llorar inútilmente y sin término, lo que habrías de pagar en el eterno abismo del infierno.

Dedicad á hacerlo muy bien todo, con toda perfección, para que tengais que alegraros de todo lo que pensais, de todo lo que decís, de todo lo que hacéis, y recibais por ello una rica recompensa en el Cielo. El recuerdo de los novísimos proporciona todas estas ventajas...

No olvidéis tampoco que vuestras postimeras están cerca...; que la última hora es incierta...

El que no teme una mala muerte, ¿cómo habría de temer el juicio y el infierno? Si los hombres pensasen á menudo en el día de su muerte, preservarían su alma de todo mal deseo y de toda malicia...

O vosotros, que queréis ser dichosos durante la eternidad, medid constantemente estas palabras: Recordad vuestras postimeras, y jamás ofenderéis á Dios: *Memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis.* (U. supra).

Se han olvidado de los novísimos, dice Jeronímus, y han caído en un profundo abismo de miserias y de degradación: *Nec recordata est finis sui, depresso est vehementer.* (Amment. l. 9). Así pues, acordándonos de nuestras postimeras, no caeremos y si llegamos á caer, volveremos á levantarnos.

Dejamos de pecar, dice S. Gregorio, cuando tenemos los tormentos futuros: *Tunc quippe peccare desistimus, cum futura tormenta formidamus.* (In Moral.)

Amplémos, pues, al real Profeta: He pensado, dice, en los antiguos días, y he heredado sobre los años eternos: *Cogitavi dies antiquos, et annos aeternos in mente habui.* (CXXVI. 6).

PREDESTINACIÓN Ó PRESENCIA.

¿Qué es predestinación?

Según Agustín, en su libro del don de la perseverancia, capítulo VII, dice que la predestinación es la presencia y la preparación de todos los beneficios de Dios por medio de los cuales se salvan ciertamente todos los bienaventurados. Y en el capítulo XVII añade: Dios dispone lo que ha de hacer él mismo según su presencia infalible; esto es predestinar, y nada más.

Según santo Tomás (1.ª p. q. 83. art. 1), la predestinación es el modo con que Dios conduce á la criatura racional á su fin, que es la vida eterna...

Según S. Agustín, todo lo que Dios ha, ha resuelto darlo desde toda la eternidad, y todo lo que ejecuta en la dispensación de su gracia en el tiempo, lo ha previsto y predestinado antes de todos los tiempos. En esta dispensación y distribución de su gracia en el tiempo, hay una preferencia gratuita para todos los Santos, es decir, para todos los que viven y obran santamente. Esta preferencia está, pues, prevista, querida y ordenada desde toda la eternidad; y esto mismo, dice S. Agustín, es la predestinación. (*De dono persever., c. VII.*)

Toda la diferencia que hay entre la gracia y la predestinación, añade san Agustín, es que la predestinación es la preparación de la gracia, y la gracia el mismo don que Dios nos hace: *Inter gratiam et predestinationem, hoc tantum interest, quod predestinatio est gratiam preparatio; gratia vero, iam ipsa donatio.* (Lib. de Prædicatione, c. X).

La predestinación, prosigue aquel gran doctor (*ibid.*) es una presencia, con la que Dios ha previsto lo que haría: *Predestinatio est hoc prætere, quod fuerat ipse facturus.*

¿Cómo puede comprenderse la predestinación?

San Pablo, en su epístola á los romanos, dice: Dios se complace del que quiere, y endurece al que quiere: *Cujus vult, miseretur; et quem vult, indurat.* (IX. 18). Tal es la explicación que ha de darse á estas palabras, y así hemos de entenderlas: Los judíos ó los demás incrédulos han sido rechazados de la justicia; pero los cristianos creyentes han recibido la justicia. Así explicadas estas palabras del apóstol dan la solución de todas las dificultades. Y es el sentido que el apóstol da á este pasaje: Los cristianos han sido elegidos predestinados para la justicia; y los judíos han sido rechazados de ella; porque los cristianos abrazaron la fe de Jesucristo, y los judíos la rechazaron.

La razón porque los judíos no han sido predestinados, habiéndolo sido los gentiles, es que los judíos han buscado la justicia y la salvación donde no debían, es decir, en las obras de la ley, y no en la fe de Jesucristo, donde Dios ha colocado la justificación y la salvación. Los gentiles, por el contrario, han buscado la justicia y la salvación en Jesucristo. Es lo que dice S. Pablo. Las naciones que no seguían la justicia, han alcanzado la justicia que viene de la fe. Y siguiendo la ley de justicia, Israel no llegó á la ley de justicia. ¿Por qué? Porque le siguieron, no por la fe, sino en cierto modo con las obras; porque han chocado contra la piedra de tropiezo; como está escrito: Ved que pongo en

medio de Sion una piedra de tropiezo y una piedra de escándalo para los incrédulos; pero cuantos crecían en él no quedarán confundidos (1).

Jesucristo fué para los judíos una piedra de tropiezo, porque, viendo su humildad, su pobreza y su muerte, no quisieron, ofendidos por su abyección, reconocerlo por Mesías; porque esperaban un Mesías rico, poderoso, etc. No es porque Dios haya previsto que serían rechazados, que los justos lo hayan sido efectivamente. Han salido voluntariamente, dice S. Agustín, han caído con su propia voluntad; y porque Dios había previsto que caerían, no han sido predestinados; habrían sido predestinados, si hubiesen debido volver y permanecer en la santidad y en la verdad. De ahí resulta que la predestinación de Dios es para muchos un motivo de vivir santamente. La predestinación no puede ser para nadie una razón para caer (2).

El hombre no cae porque Dios ha previsto su caída; pero Dios ha previsto su caída porque, efectivamente, se verifícaría. Dios predestina la vida eterna á los elegidos; porque ve que corresponderá á sus gracias; los que están reprobados, lo son únicamente porque se resisten á la gracia, y esta resistencia es voluntaria. Dios no ha creado á ningún hombre para el infierno, quien en él cae, cae por culpa suya, por su voluntad depravada. Dios nos salva á nadie necesariamente, ni condena tampoco á nadie necesariamente; el hombre es libre; y por tanto puede merecer ó desmerecer...

Hay muchos decretos de Dios que no son absolutos, sino condicionales. En esto número se encuentra la predestinación. Aunque se verifíque indubtablemente, sólo sucede condicionalmente. Por ejemplo, Dios envía una peste que mata á todos los habitantes de tal comarca; pero este exterminio está sujeto á la condición de que los habitantes permanezcan en el lugar apostado, y no tomen ningún antídoto que tengan á su disposición...

Lo que en Dios se llama presencia, no es más que una ciencia; porque en Dios no hay pasado ni futuro; todo lo tiene presente. La eternidad no tiene pasado ni futuro; el pasado y el futuro sólo están en el tiempo.

San Agustín enseña que los reprobados no pueden decir á Dios: ¿Por qué habéis hecho de nosotros vasos de desprecio? ¿Por qué? Porque son ya un montón de barro, es decir, de pecado, después de la prevaricación de Adán. Y aquel santo doctor concluye diciendo: Si queréis poder decir á Dios: ¿Por qué me habéis hecho? cesad de ser barro, y sed de nuevo hijos de Dios por su misericordia. *Si eis hoc possit dicere Deus: Cur me fecisti? noli esse lutum, sed effice filius Dei per ipsius misericordiam.* (Lib. LXXXIII, q. 4. 68).

Los endurecidos se han hecho á sí mismos positivamente; he aquí por qué son vasos de ira. Dios no los ha hecho, pero los sufre; es decir, que en su

¿Los reprobados pueden decir á Dios: ¿Por qué nos habéis hecho así?

(1) *Conteritur non conturbabitur justitiam, apprehendentem justitiam; justitiam autem que ex fide est. Israel vero sectando legem justitiam in legem justitiam non pervenit. Quis non ex fide, sed quasi ex operibus. Affertur enim in lapide offensivum; non scriptum est. Ecce pono in Sion lapidum offensivum et petram scandalum et erunt qui ceciderit in eum, non confundentur. (Rom. IX. 30-33).*

(2) *Voluntate exierunt, voluntate ceciderunt; et quia presciti non casuri, non sunt predestinati: essent enim predestinati, si essent reversuri, et in asperitate ac veritate mutuari: ac per hoc predestinatio Dei nulli, est causæ standi, namque causæ cadendi. (Art. XII. in articulis ab infidelibus insertis).*

paciencia permite que pequen, disfrutando largo tiempo el castigo: en esto sentido se dijo que las endurece. Dios no ha hecho vasos de ira, sino que ellos mismos se han hecho, y preparado con su propia falta y su impenitencia.

Por otra parte, Dios está siempre pronto á conceder el perdón á quien se lo pida. El bien y la predestinación son de Dios; pero el mal y la reprobación vienen de nosotros. Sólo el hombre puede pecar y pecar; pero sólo Dios libra del pecado. Todo elude á Dios, menos el pecador... Los que se desespantan, ó los indiferentes ó los ímpios dicen: Si estoy predestinado para la gloria, no puedo perderla; si no estoy predestinado á ella, por más que haga, no iré al Cielo. Este razonamiento es falso; supone una suerte inevitable.

Así hemos de discurrir: Si me aparto de la iniquidad y practico el bien, será elegido y predestinado para la gloria; y en mí poder está el obrar así. Si vivo mal, será reprobado y destinado al infierno. Viviré, pues, bien para no ser condenado, y para ser predestinado á la gloria y salvar mi alma. Porque de la buena vida depende la elección y la predestinación á la gloria; así como de una mala vida depende la reprobación y el infierno. La buena vida es, pues, la causa de la elección para el Cielo, como la vida criminal es causa de la reprobación. Pero la buena y la mala vida están en el libre albedrío, en el poder de cada cual; porque cada cual, con la gracia de Dios, puede vivir bien, si quiere, y puede también vivir mal. Así pues, la elección para la gloria y la reprobación están en el libre albedrío y en el poder del hombre. El que es dueño de la causa es también dueño de los efectos de esta causa. Por esto el apóstol S. Pablo dice: *Exhortaos cada día más y más, hermanos míos, en afirmar con vuestras buenas obras vuestra vocación y vuestra elección, porque, obrando así, no caeréis jamás. Y de esta suerte se es abstráer ántes entrada en el reino eterno de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo (1).*

El príncipe de Alemania Luis respondió á unos santos personajes, que le reprendían por sus infames disoluciones: Si estoy predestinado para el Cielo, ningún crimen me impedirá ir; y si estoy destinado al infierno, ninguna virtud podrá hacerme evitar. Entre tanto cayó enfermo, y mandó llamar á su médico. El médico, deseoso de curar su alma antes que su cuerpo, le dijo: Señor, si habéis de morir, mis cuidados no os sustraerán á la suerte; y si habéis de morir, inútiles son mis remedios. El príncipe le contestó: ¿Por qué me respondéis así? Si no recibí auxilio alguno, puedo morir antes de tiempo. Entonces el sabio médico le dijo: Señor, si creéis que vuestra vida pueda prolongarse y prolongarse con la medicina, ¿por qué rehusáis crear lo mismo de la penitencia y de las obras de justicia, que son los remedios del alma? Sin estos remedios, muere el alma; sin ellos nadie llega á la salud que se halla en la vida futura. Convenido el príncipe exclamó: Vos sois también el médico de mi alma; porque Dios me saca de un grave error con vuestra saludable palabra. (*De Casaria, lib. I, tit. c. XXVII.*)

La reprobación, lo mismo que la predestinación, depende de nosotros; depen-

(1). *Frater, magis satagite, ut per bona opera certam vestram vocacionem, et electionem faciat, hec enim scietis, non poteritis aliquando. Si enim abundanter ministrabit vobis intrinsece in alicujus regnum Domini nostri, et Salvatoris, Jesu Christi. [II. 1. 10-11].*

de de la previsión de nuestra cooperación futura, y la cooperación depende del libre albedrío y de la libertad de cada uno. Porque Dios no se propone elegir gracias y hacer que sean ventajosas y eficaces para los predestinados; y no elige tampoco gracias inútiles ó ineficaces para los reprobados; sino que da á unos y á otros la gracia con que puedan obrar bien y salvarse, si quieren. Aún más, quiere, ordena y desea sinceramente que ellos cooperen y se salven. Conquira, pues, que trabaje con valor y energía para cooperar á la gracia; hará que la gracia sea eficaz, y se salvará. Por el contrario, el que no coopera, por más gracia que tenga, se condenará. ¿Qué haríais, si Dios quería condenaros? Responded con un Susto: Le abrazaría con mis dos brazos, es decir, con la humildad y el amor, y le tendría tan fuerte, que le obligaría á bajar conmigo al infierno; y entonces el infierno sería para mí el Paraíso, estando Dios conmigo.

Pero, ¿á qué queréis comprender el misterio de la predestinación, como tantos otros misterios?

O hombre, dice S. Pablo, ¿quién crees para responder á Dios? El vaso dijo al alfarero: ¿Por qué me has hecho así? O hombre, tu qué es, qui respondas Deo? *Namquid dicit figmentum ei qui se facit: Quid, me fecisti sicut* (Rom. IX. 20).

El que lleva el nombre de hombre, dice S. Gregorio, se ve obligado á confesar que no puede pedir cuenta á Dios de su conducta; por lo mismo que ha sido sacado de la tierra, no es digno de discutir ni de escudriñar los divinos juicios (1).

Aquellos á quienes Dios no concede esas singulares gracias que llevan infaliblemente á la fe; y hasta á la salvación y la perseverancia final, no tienen qué quejarse, dice Bossuet. Ha razón está, dice S. Agustín (*lib. de dono persever., c. VIII*), en que el Padre de familia, que no las debe á nadie, tendría derecho, según el Evangelio, en responder á los que se quejaban: Amigo mío, no os hago ningún perjuicio; y ¿no me ha ser ficio hacer de mis bienes lo que quiera? y ¿ha de ser vuestra mirada maligna injusticia, envidiosa, porque soy bueno? Si estos murmuradores contestan todavía que en aquella parábola se trata de lo más ó de lo menos, y no de estar al fin privados de todo, como lo son los reprobos, el Padre de familia seguirá diciendo: No os hago daño alguno, puesto que, si os dejo en la multitud, justamente condenada, de que salís, no tenéis qué quejados de la justicia que contra vosotros ejerzo; y si os he sacado, puramente por mi gracia, de aquella multitud corrompida, y vosotros mismos os habeis vuelto á arrojar en ella, siguiendo la concupiscencia, que ha venido, os hago tanto menos perjuicio, cuanto que no os he negado las gracias absolutamente necesarias para conservar la justicia, que ya os había concedido: así es que á nadie más que á vosotros podéis atribuir vuestra pérdida. Y si los tales murmuradores nos dicen todavía que esto es difícil de conciliar con la preferencia gratuita, habremos de cerrar la boca con aquellas palabras de S. Agus-

(1). *Respondere Deo non posse convinci, qui homo nominatur; qui per hoc quod de hominibus sumptus est, iudicia superna discutere dignus non est. [lib. IX. Moral., c. VIII].*

Se hemos de escudriñar los secretos de Dios.

tiu (*De dono persever.*, c. XIV, n. 37): ¿Hemos de negar lo que es cierto, porque no puede comprenderse lo que está oculto? ¿O será preciso decir que la que vemos claramente no existe, por no encontrar la razón de su existencia? Y en fin, si la autoridad y la razón de S. Agustín no les bastan, qué responderán al Apóstol, cuando les diga: ¿Quién conoce los designios del Señor, ó quién ha entrado en sus consejos? ¿O hombre, quién sois para disputar contra Dios? ¿No sabéis que sus consejos son impenetrables, y sus vias incomprensibles? (*Rom.* ix. 20, xi. 34. *Defensa de la tradición*, lib. xn. xiii).

Hagamos nuestro destino entre las manos de la misericordia de Dios; estará mejor colocado que entre las nuestras. Trabajemos para obrar nuestra salvación, y espéremos; no seremos confundidos...

¡Leemos en la *Imitación de Jesucristo*, c. XXV, lib. 1.º: Un hombre indeciso entre el temor y la esperanza de su salvación, agobiado un día de pesares, se había al pie de un altar, y decía en sí mismo: ¡Oh! ¡si yo supiese que había de perseverar! Y oyó al momento una voz divina que le dijo: ¿Qué harías, si esto supieses? Haz ahora lo que harías entonces, y tendrás la verdadera seguridad. Y al momento, consolado y justificado, confió enteramente en la divina voluntad. Hagamos lo mismo... Aprended de ahí cuán importante es aplicarse á la virtud y á las buenas obras. Obrar así es una señal cierta de que estamos predestinados por Dios para la gloria.

Preservarse de los pecados y aceptar dignos frutos de penitencia es lo que hace evitar el infierno y abrir el camino del Cielo.

PRESENCIA DE DIOS.

Dios de Dios, dice el gran apóstol, por él y en él que son todas las cosas: *Totus es ipse, et per ipsum, et in ipso sunt omnia.* (*Rom.* XI. 36).

Todo es del Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo... En Dios vivimos y tenemos el movimiento y la existencia, dice el mismo apóstol: *In ipso vivimus, movemur, et existimus.* (*Act.* XVII. 28).

Dios tiene en su poder nuestra vida, nuestra muerte, nuestro tiempo, nuestra eternidad, nuestra alma y nuestro cuerpo; de él dependemos como los rayos despiden del sol, y la sombra del cuerpo. El nos ha creado y nos crea constantemente con su providencia paternal; de él tenemos todos nuestros sentidos exteriores, ó interiores, todos los bienes temporales y espirituales...

Oh á S. Gregorio: Dios, dice, vive en todas las cosas; está fuera de todo, sobre todo y debajo de todo. Está encima de todo con su poder, debajo por el sostén que á todo presta; en el exterior por su grandeza, y en el interior por su sutileza. Es uno y también todo. En todas partes sostiene presidiendo, y preside sosteniendo; penetrándolo todo, rodea, y rodeando, todo lo penetra; sobre todas las cosas, todo lo gobierna sin cuidadas; todo lo sostiene sin trabajo. Está, pues, debajo y encima de todo sin lugar, y más allá de todo sin extensión (1).

Pecad donde esteis seguros que no está Dios. ¡Ah! Ningun lugar hay fuera de este Señor infinito, dice S. Bernardo: *Pecca ubi necesse esse Deum; nullus locus extra Deum.* (*Lib. de Modo bene vivendi*, c. XXIX).

Si subo á los Cielos, Señor, dice el Salmista, allí estais; si bajo al fondo de los abismos, allí os encuentro: *Si ascendero in Caelum, tu illic es; si descendero in infernum, ades.* (*CXXXVIII.* 8). Si tomo las alas de la aurora, si voy á habitar á los confines de los mares, vuestra mano es la que allí me conduce, y vuestro dedo es el que allí me sostiene: *Si sumptero pennas meas diluculo, et habitavero in extremis maris, manum illuc manns tuae deducet me, et tenuit pedes tuos.* (*CXXXVIII.* 9-10).

Ninguna criatura, dice el gran apóstol, es invisible ante Dios; sino que todo está desnudo y descubierto á su vista: *Non est ulla creatura invisibilis in conspectu ejus; omnia autem nuda et aperta sunt oculis ejus.* (*Hebr.* IV. 13).

Si queréis cometer el mal, dice S. Agustín, buscad un lugar donde Dios no os vea, y haced allí lo que queráis: *Si peccare vis, quare ubi te non videt*

(1) *Ipse manet intra omnia, ipse extra omnia, ipse supra omnia, ipse infra omnia; et superior est per potentiam, et inferior per essentialitatem; exterior per angustitudinem, interior per subtilitatem. Unus ubique totus. Etique presidiendo sustinet, et sustinendo presidens; circumdando penetra, penetrando circumdans; aine inquietudine superior regens, sine labore inferior sustinens. Est, itaque inferior et superior uno loco; est amplior sine latitudine.* (*Moral.*, lib. II, c. VIII).

Deus, et ibi fac quod vis. (Lib. de spiritu et anima). Pero oíd al Señor: Soy el que escudriña las entrañas y los corazones, y daré á cada cual según sus obras: *Ego suo scrutans renes et corda, et dabo unicuique secundum opera sua.* (Apoc. II. 23).

Dios escudriña los corazones y las entrañas, dice también el Real Profeta: *Scrutatur corda et renes Deus.* (VII. 10). Has colocado mis iniquidades delante de ti, Señor, y nuestra vista ha quedado iluminada con el brillo de tu rostro: *Posuisti iniquitates nostras in conspectu tuo; secutum nostrum Illuminationis cultus tui.* (Psal. LXXXIX. 8). No dormirá, no dormirá el que guarda á Israel: *Ecce non dormitabit neque dormiet, qui custodit Israel.* (Psal. CXX. 4). Habiéis concebido, Señor, el momento de mi sueño y el de mi despertar; descubrió de lejos mis pensamientos. (Psal. CXXXVIII. 2). Señor, vos que conocéis todas las costas, el porvenir como el pasado, me habéis formado, y habéis colocado sobre mí vuestra mano: *Ecce, Domine, tu cognovisti omnia novissima et antiqua; tu formasti me, et posuisti super me manum tuam.* (Psal. CXXXVIII. 5). Vuestra ciencia es maravillosamente superior á mí, y no puedo alcanzarla: *Mirabilis facta est scientia tua ex me; confortata est, et non potero ad eam.* (Psal. CXXXVIII. 6). ¿A dónde iré delante de vuestro espíritu? ¿A dónde huir delante de vuestro rostro? *Quo ibo a spiritu tuo? et quo te facie tua fugiam?* (Psal. CXXXVIII. 7). He dicho: Tal vez las tinieblas me ocultarán; y la noche me iluminará mis placeres. Delante de vosotros no tienen oscuridad las tinieblas, y la noche brilla como el día; las tinieblas, y la luz no son para vosotros más que una misma cosa: *Quia tenebræ non obscurabuntur a te, et nox sicut dies illuminabitur, sicut tenebræ ejus, ita et lucem ejus.* (Psal. CXXXVIII. 12).

Dios, dice la Sabiduría, es el verdadero escudriñador de los corazones: *Deus cordis scrutator est verus.* (I. 6). Estamos en su mano, nosotros y nuestros discursos, y toda nuestra sabiduría, y la ciencia de las obras y la regla de la vida: *In manu illius, et nos, et sermones nostri, et omnis sapientia, et operum scientia, et disciplina.* (Sap. VII. 16).

Hemos de temer á Dios en público, dice S. Agustín; hemos de temerle en secreto. Marchad: os ve. El sol brilla: os ve. Es de noche, y os ve. Entrad en nuestro cuarto: os ve. Tomad al que cuida de miraros, y temedle no lo olvidéis (1).

Dios, dice en otra parte aquel gran doctor, es todo ojo, todo mano y todo oído; porque todo lo ve, todo lo hace, y está en todas partes: *Deus totus oculus est, totus manus, et totus pes, qui cunctis videt, omnia operatur, et ubique est.* (Epist. III. ad Fortun.)

El Señor es el Dios de las ciencias, dice la Escritura, él es el que prepara todos los pensamientos: *Deus scientiarum Dominus est, et ipse preparavit cogitationes.* (I. Reg. II. 3). Y esto quiere decir que conoce todos los pensamientos de los ángeles y de los hombres; y los pesa, los clasifica, los aprecia y los mide...

Dios mira é interroga el corazón: *Dominus intuetur cor.* (I. Reg. XVI. 7).

(1) ¿Que temidas est in publico, ipse in secreto. Proccelsi Victoria, lacerna volat. Videt te, Lucerna exaltata est? Videt te, in cubile intus? Videt te, in terram tuam cui cura est? Videt te, et vel limboe cunctis videt? (Sermo. XLVI. de Verbo Domini).

En todo lugar, dicen los Proverbios, los ojos del Señor contemplan á los buenos y á los malos: *In omni loco oculi Domini contemplantur bonos et malos.* (XV. 3). Dios mira los caminos del hombre; y considera todos sus pasos: *Respicit Dominus vias hominis, et omnes grassus ejus considerat.* (Ibid. v. 21). Dios mira desde lo alto del Cielo, ó más bien desde su profunda eternidad, ve, considera todo lo que sucede en el Cielo, y en los infernos; todo lo pasado, presente y futuro; todos los secretos y misterios del corazón. Debemos también nosotros mismos, á nuestra vez, verle, respetarle, servirle con los ojos del alma y de la memoria, en todo tiempo y en todo lugar...

Dios, dice Plinio, es todo inteligencia, todo ojo y todo oído: *Deus totus est sensus, totus visus, totus auditus.* (Lib. II. c. VII).

Todos los caminos del hombre están descubiertos ante sus ojos, dicen los Proverbios; el Señor pesa los espíritus: *Omnes vias hominis patent oculis ejus; spirituum ponderator est Dominus.* (XVI. 2). Dios dirige, dispone, guía, pesa juzga los espíritus...

Dos ojos del Señor, dice el Eclesiástico, son más penetrantes que el sol, ven al hombre entero y el fondo del abismo y consideran todas las dolencias del corazón: *Oculi Domini multo plus lucidiores sunt super solem, circumspicientes omnes vias hominum, et profundum abyssi, et hominum corda intuentes in absconditis partibus.* (XXIII. 28).

Señor, dice S. Agustín en los soliloquios, considerad mis pasos y mis caminos, y noche y día velad para custodiarme; todo lo observad. Sais el espectador de todos mis pensamientos y de todas mis acciones; como si, olvidando el Cielo y la tierra, sólo os ocupaseis de mí. La luz inmutable de vuestra vista no puede crecer, si no miráis más que una cosa; ni disminuir, si la miráis todas juntas. Porque, así como veis perfectamente una cosa en particular, veis también perfectamente todas las cosas reunidas, á pesar de su diversidad.

Veis todas las cosas como una sola y cada cosa, como todas juntas, sin división, cambio ni disminución. Estais enteramente en todos los tiempos, sin que haya para vos tiempo; y me veis como si no hubiese ninguna otra cosa que ver. Así velad sobre mí como si os olvidaseis de todo lo demás y no quisieseis ocuparos más que de mí sólo. Os manifestais siempre presente; os ofrecéis como estando siempre pronto si me encontráis dispuesto á mí. En cualquier parte en que esté yo, no os aljáis, porque estais en todas partes, á fin de que en todas partes, á donde vaya os encuentre á vos, por quien existo, á fin de que no parezca privado de vos, no pudiendo existir sin vos. Confieso que todo lo que hago, en cualquier parte que lo haga, lo hago en presencia vuestra; y todo lo que hago, lo veis aún mejor que yo. Porque estais presente en todas mis obras, como continuo testigo de todos mis pensamientos, de todas mis intenciones, de todas mis alegrías y acciones. Y cuando lo considero con atención, Señor, Dios mio poderoso y terrible, quedo confundido de temor y de vergüenza, porque se nos ha impuesto una rigurosa necesidad de vivir con justicia y rectitud, haciéndolo todo en presencia del Juez que todo lo distingue.

Acordans, dice S. Basilio, que estais bajo las miradas de Dios, que ve los secretos de los corazones, y conoce lo que está oculto en el alma. En todo lo

que queráis hacer, examinad antes si lo que premelitis es según Dios, y si es según la regla, hazedlo; pero, si no es según Dios, alejado de vuestro espíritu (1).

Todas las cosas eran conocidas del Señor antes de ser creadas, dice el Eclesiástico; y las ve todas ahora que las ha hecho: *Domino enim Deo, antequam crearentur; omnia sunt agnita; sic et post perfectum respicit omnia.* (XXIII. 39). Dios todo lo ve, siendo el Creador, el conservador y el que rige todas las cosas...

Todas las cosas están presentes ante Dios; porque para él ni pasan los tiempos pasados, ni llegan los futuros. El pasado no se va, todo está ante sus ojos: la eternidad no tiene pasado ni porvenir; todo es presente...

Sepan todos los que habitan la tierra, dice el Eclesiástico, que sois el Dios que contempláis los siglos: *Sciant omnes qui habitant terram, quia tu es compositor seculorum.* (XXXVI. 19). Contempláis, es decir, preveís, proveís, ordenáis, conocéis, gobernáis, recompensáis, castigáis...

Las obras de todos los hombres, dice la Escritura, están delante de Dios, y nada se escconde á su vista; su mirada se extiende de uno á otro siglo, y nada es escondido en su presencia: *Opera omnia curans coram illo, et non est quidem absconditum ab oculis ejus; á seculo enim neque in seculum recipit, et nihil est mirabile in eternitate.* (Ecl. XXXIX. 24-25).

Dios, invisible en su eternidad, todo lo tiene ante su vista...

El corazón del hombre es sagrado é impenetrable. ¿Quién le conocerá? dice Jeremías. Yo, el Señor que sondea los corazones, y sondea las entrañas, soy, á cada uno según sus obras y según el fruto de sus obras (2).

Siempre Dios nos mira, y siempre obra en nosotros; finalmente es todo en todos... Como el alma es la vida del cuerpo, dice san Agustín, Dios es la vida del alma; y así como el cuerpo expira cuando entrega el alma, el alma expira cuando pierde á Dios: *Sicut vita corporis anima est, sic vita animus Deus; nec expirat corpus, cum animum emittit; ita expirat anima, cum Deum amittit.* (Sermon XVIII de verbis Apost.)

Estamos tan unidos á Dios físicamente, que cada vez que respiramos, aspiramos á Dios. Hagamos que suceda lo mismo en lo moral; que nuestra alma no aspire más que á Dios, no piense más que en Dios, é invoque sin cesar á Dios. Dios está más en nosotros que nosotros mismos; y alternativamente, estamos nosotros también en Dios como la luz está en el aire, y el aire en la luz...

El Señor, dice el Salmista, conoce todos los pensamientos de los hombres: *Dominus scit cogitationes hominum.* (XIII. 11). Sus pensamientos interrogan á los labios de los hombres: *Palpebre ejus interrogant filios hominum.* (Psal. X. 5).

(1) Memento te sub Domini conspectibus stare, qui occulta cordis prospicit, et ad illa mentium movet. In omni opere quod cogitas facere, prius examina, si secundum Dominum est quod cogitas, et si rectum est coram Domino, perfice; si vero adversum fuerit, reperta, impetu illud ab animi tua. (*Ad flamm spirit.*)

(2) Præsum est cor et inextinguibile. Quis cognoscet illud? Ego Dominus scrutans cor, et probans renes; qui in unicuique iuxta viam suam, et iuxta fructum adfessionum suarum. (XVII. 9-10).

Dios está siempre cerca de nosotros, dice S. Pablo: *Dominus prope est.* (Philipp. IV. 5).

El señor nuestro Dios está en medio de vosotros, dijo Moisés á su pueblo: *Dominus Deus tuus in medio tui.* (Deuter. VI. 15).

1.º La presencia de Dios excluye todos los pecados.

El recuerdo de Dios excluye todos los crímenes, dice S. Jerónimo: *Memento Dei excludit omnia flagitia.* (Lib. VII in Ezech., c. XXII).

La presencia de Dios es un remedio contra todos los vicios, dice S. Basilio: *Hec una recordatio, si esset assidua, contra omnia vitia medelam præberet.* (In Psal.)

Acordaos de Dios, y no pecaréis, dice S. Ignacio: *Memento Dei, et non peccabis.* (Ad Hyeranam.)

2.º La presencia de Dios nos hace inquebrantables y como impecables.

Siempre tengo presente ante mi vista al Señor, dice el real Proleta; está á mi diestra, y yo seré conmovido: *Provident Dominum in conspectu meo semper; quoniam á dextris est mihi ut commovear.* (XV. 8). Implorad al Señor, y seréis fortificados, añade el Salmista; buscad sin cesar su presencia: *Quærite Dominum, et confirmamini; quærite faciem ejus semper.* (GV. 4).

Con la presencia del Juez que todo lo sabe, dice Boecio, se tiene un vivo horror á los vicios, y los evitamos; se ama la virtud, y se practica. (Lib. V. de Consolat., prosa VI).

José se ve violentamente atacado; recuerda la presencia de Dios, y queda victorioso, ¿Cómo, dice, puedo hacer este mal y pecar ante mi Dios? *Quomodo possum hoc malum facere, et peccare in Deum meum?* (Gen. XXXIX. 9).

Susana se ve también fuertemente atacada é solicitada; se acuerda de que Dios la ve, y triunfa. (Daniel XIII).

Tertuliano decía á los enemigos y perseguidores de los cristianos: acorad á los cristianos de que cometen grandes crímenes; los calumniais. Son incapaces de hacerlo. ¿Por qué? Porque saben que están siempre delante de la vista de Dios, delante de su Juez; y este pensamiento les hace como impecables. (Apolog.)

3.º El recuerdo de esta santa y saludable presencia nos hace observar la ley de Dios.

Señor, dice el Salmista, mi alma ha guardado vuestros preceptos; los ha amado con ardor, y ha observado vuestros mandamientos y vuestra ley, porque he dado todos mis pasos en vuestra presencia: *Custodiit anima mea testimonia tua, et dilexit ea vehementer; servavi mandata tua, et testimonia tua; quia omnes viæ meæ in conspectu tuo.* (CXVIII. 167-168).

4.º Con la presencia de Dios quedan vencidos nuestros enemigos.

El terror, dice la Escritura, se apodera de los enemigos de la salvación, en presencia de Dios, que lo ve todo, y huyen: *Timor hostibus incensus est ex præsentia Dei, fugerunt.* (II. Machab. XII. 23).

Cuando el hombre está en presencia de Dios, dice el abate Serapion, sus enemigos nada pueden contra él. (In VII. Patr.)

La presencia de Jesucristo ahuyentaba legiones de demonios de los cuerpos

Castigos y ahuyentamiento de los demonios de la presencia de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SANTO DOMINGO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y SERVICIOS DE INFORMACIÓN Y COMUNICACIÓN

de los poseídos; y el mismo prodigio se verifica para alejar á los demonios, cuando recordamos la presencia de Jesucristo. El demonio, el mundo, la concupiscencia, todo queda vencido y derribado con aquella alma poderosa é invencible...

Hay un medio infalible de vencer al enemigo, dice S. Antonio, y es el continuo recuerdo de la presencia del Señor. Este pensamiento huirá los proyectos de los malignos espíritus, y los ahuyenta como el humo: *Unico est ratio vincendi inimicum cuius: Domini jugis recordatio, que demónium fulos quasi fumum expellit.* (Vit. Patr.)

5.º Dios escucha y oye la oración del que se mantiene en su divina presencia.

Los ojos del Señor están puestos sobre los justos, dice el real Profeta; sus oídos escuchan y oyen sus oraciones: *Oculus Domini super justos, et aures ejus in preces eorum.* (XXXIII. 16).

6.º Aquella santa presencia de alegría y felicidad.

He recordado la presencia de mi Dios, dice el Salmista, y mi corazón se ha llenado de alegría; mi boca, Señor, ha cantado vuestras alabanzas; mi carne ha reposado en la esperanza: *Provehebam Dominum in conspectu meo tempore: propter hoc tribulatio est cor meum, et exultavit lingua mea, insuper et caro mea requiescit in spe.* (XV. 8-9). Mi alma se hallaba en la tristeza; ententes me acordaba del Señor, y daba gritos de alegría: *Renit consolari animi meo; memor fui Dei, et delectatus sum.* (Psal. LXXVI. 3-4).

Casiano dice, según el alante Isaac, que la dicha de esta vida consiste en el frecuente recuerdo de Dios: Esta divina presencia proporciona al hombre, ya en esta vida, un gual anticipado de la bienaventuranza eterna.

No se puede vivir dichoso más que en la presencia de Dios, sabiendo que nos mira, que nos cuida, que nos protege y que desea colmarnos de favores.

Así como el sol alegra, ilumina, calienta, embellece, vivifica y fecundiza la naturaleza, la presencia de Dios alegra, ilumina, abraza, fecundiza y vivifica el alma...

7.º Esta preciosa presencia da vida al alma, y se la conserva.

Viviremos en presencia de Dios, dice el profeta Oseas: *Vivemus in conspectu ejus.* (VI. 3). Los que se mantienen en presencia de Dios, y salen que Dios los ve en todas partes y siempre, viven santamente; no hay más vida que aquella, y tratan de agradar á Dios en todo, y de hacer su santa voluntad. Viviremos en su presencia, es decir, estaremos llenos de vigor y de salud, truefiliéremos, seremos activos, fuertes, enérgicos y llenos de honor y de gloria...

Ved lo que dice el Señor: *Inscordem, acordas de mi, y vivires: Hec dicit Dominus: Querite me, et vivetis.* (Amos. v. 4).

Con la presencia de Dios viviremos de la virtud y en la virtud: viviremos de la gracia en este mundo, y de la gracia en el otro...

8.º La presencia de Dios nos hace perfectos.

Dios apareció á Abraham, y le dijo: Soy el Señor omnipotente; anda en mi presencia y sé perfecto: *Ego Deus omnipotens; ambula coram me, et esto perfectus.* (Gen. XVII. 1). El camino de la perfección es la presencia de Dios...

Oid al mismo Séneca: *Vivid con los hombres como si estuvierais delante de Dios, y hablad con Dios como si los hombres os oyeran: Sic vive cum hominibus, tanquam Deus videret; sic loquere cum Deo, tanquam homines audiant.* (Lib. I.º Epist. X. ad Lucil.)

Sereis perfecto y sin mancha manteniéndoos en presencia del Señor, vuestro Dios, dice el Deuteronomio: *Perfectus eris, et sine macula cum Domino Deo tuo.* (XVIII. 13).

Es imposible, en efecto, no tender á la perfección en presencia de Dios: con tal presencia se vive de Dios; y vivir de Dios es ir pronto á la perfección; á la más alta perfección; porque es dedicarse á evitar todo lo que desagradá á Dios, haciendo cuanto le place...

9.º La presencia de Dios nos proporciona todos los bienes.

El 1.º fruto de esta presencia es la huida del pecado...; el 2.º la victoria sobre las tentaciones, los peligros y los enemigos...; el 3.º es que el alma habita en el Cielo...; el 4.º es que nos volvemos como ángeles; porque los ángeles, dice Jesucristo, ven siempre el rostro del Padre... (Matth. XVIII. 20); el 5.º es el amor de Dios...; el 6.º es que esta presencia disipa la ira, la codicia, las distracciones, los lujos, y hace que el hombre sea virtuoso y perfecto...

Hay tres lazos con los que los Santos se ligan fuertemente á Dios, á fin de serles fieles y no ofenderle: el 1.º es el respeto hácia la Divina Majestad en todo presente y juzgándolo todo...; el 2.º es el recuerdo de la bondad y de los beneficios de Dios...; el 3.º es el temor de Dios fundado en la consideración del último juicio y de la venganza divina...

Cómo conseguireis vencer las distracciones en la oración? dice S. Basilio. Pensando seriamente en que Dios os está mirando: *Quomodo obtinebit quis ut in oratione sensus ejus non vagetur? Si cogitet se assistere ante oculo Domini.* (1.º Psal.)

¿De qué bien podemos privarnos en presencia de Dios? dice Filon. En la presencia de Dios nos llegan á tropel todos los bienes y todas las ventajas: *Quid boni desuperit, presente omnipotente Deo? Tunc proveniunt occurrunt cuncta comoda.* (De Migratione Abraham).

Si nos aplicamos, dice S. Crisostomo, á ver constantemente á Dios con los ojos del alma, si tratamos de recordar su santa presencia, todo nos parecerá fácil, todo será para nosotros ligero, todo lo sufriremos, y seremos superiores á todo (1). Si aquel que recuerda á un excelente amigo, dice S. Crisostomo, recobra valor y siente su corazón lleno de alegría con tan dulce recuerdo, aquel que traigo á su memoria la idea de aquel Dios tan bueno, que se dignó amarnos tiernamente, ¿cómo podría estar triste, ó sentir alguna impresión siniestra, ó temer algún peligro? (2).

(1) *Si semper mente videmus Deum; si semper in recordatione ejus convertimus mentem nostram; omnia nobis facilia apparebunt, omnia horribilia; omnia sustinebimus, omnia superiores efficiemur.* (Homil. XXVI. in Epist. ad Hebr.)

(2) *Si quisquam, recordatus amici, erigit animum suum, de licentia ex memoria illius, qui tamen habuerint, enim qui nos diligere vere dignatus est quando poterit aliquid sentire instillam, aut terribile aliquid, aut periculosum timere? (Homil. XXVI. in epist. ad Hebr.)*

Todo abunda en donde está Dios, dice Filón; y habitualmente derrama por todas partes una multitud de bienes perfectos: *Impossibile est deesse conuictum aliquid, ubi Deus praesidet, solutus plura perfectaque bona largiri rebus omnibus.* (De Migratione Abraham).

El continuo recuerdo de la presencia de Dios es el principio de todos los bienes, como el olvido de la presencia de Dios es causa de todos los males. Por esta razón Moisés no cesa de decir á los hebreos: Acordaos de vuestro Dios: *Recorderis Domini Dei tui.* (Deut. VIII. 2). Por esta razón los hombres sabios y santos de todos los siglos han puesto todo su cuidado en no olvidarse jamás de Dios, y se han aplicado siempre á recordar su presencia con el pensamiento, con la invocación y con la alabanza y el amor...

El que se ocupa de la presencia de Dios, se asegura la gracia, la virtud, la salvación y la gloria eterna...

Tantas inestimables ventajas y felices efectos de la presencia de Dios deben llevarnos á vivir con esta inefable presencia...

No hemos de perder de vista la presencia de Dios.

Se ha dicho que Noé y Henoch anduvieron constantemente en presencia de Dios: *Ambrulavit cum Deo.* (Gen. VI. 9).

Como no hay ninguno momento, dice Hugo de S. Victor, en que el hombre no use ó no disfrute de la bondad y de la misericordia de Dios, no debe tampoco haber ningún momento en que no recuerde su santa presencia; pues habéis de mirar como perdido todo el tiempo en que olvidáis á Dios (1). Lo mismo dice S. Bernardo, y de la misma manera se expresa el gran S. Agustín, diciendo: Así como no hay, Señor, ni una hora, ni un instante en toda mi vida en que no use de vuestros dones, no debe haber tampoco en ella ninguno instante en mi vida en que cese de teneros presente ante mi vista, en mi recuerdo, y en que no deba amaros con todas mis fuerzas (2).

Tened presente á Dios en vuestra alma todos los días de vuestra vida, dijo Tobías: *Quoniam dicitur esse tuus, in mente habeto Deum.* (VI. 6). En la memoria, para acordaros de él constantemente; en vuestra inteligencia, para pensar en él muchas veces, y meditar sobre sus infinitas perfecciones ó infinitas bondades; en la voluntad, para que le respetéis siempre, le améis, le bendigáis, le obedezcáis, la glorificáis, y vigileis siempre para evitar toda ofensa y todo pecado.

Pensad en Dios en todos vuestros pasos, y él os dirigirá, dicen los Prévostes: *In omnibus viis tuis cogita illum, et ipse diriget gressus tuos.* (III. 6).

Pensad en Dios: 1.º muchas veces...; 2.º reconoced á Dios en todo y por todo, es decir, tenedle y adoradle presente por todas partes...; 3.º pensad en Dios, es decir, no veáis más que á Dios para término en todas vuestras acciones...; 4.º pensad en Dios, es decir, en su operación y en su gracia...; 5.º re-

(1) *Sicut nullum est momentum, quo homo non videtur, vel sentitur Dei bonitate, et misericordia; sic nullum debet esse momentum, quo eum presentem non habet in memoria: omne enim tempus in quo de Deo non cogitas, hoc te reputa perdidisse.* (LII. III. de Animo).

(2) *Sicut nulla est hora, vel punctum in omni vita mea, quo tuo benedico non fiat, sic nullum debet esse momentum, quo te non habeam ante oculos in mea memoria, et non diligam ex omni fortitudine mea.* (In Solit., c. AVIII).

conoced á Dios en todas vuestras vías, es decir, representaos á Dios, la voluntad de Dios, su vida, su doctrina, su moral, su ley, como debiendo ser siempre la regla de vuestra conducta, de vuestras costumbres, de vuestros pensamientos, de vuestras obras y de toda vuestra vida...

Nemos de interrogar nuestro corazón con el mayor cuidado, dice S. Basilio, y no permitir que el pensamiento de Dios se aparte de nosotros, ni el pensamiento de todo lo que ha hecho por nosotros; no dejar manchar nuestra memoria con pensamientos fútiles y de nada; es menester, por el contrario, ocuparnos asiduamente en la santísima presencia de Dios, imprimirla fuertemente en nuestra alma, como una señal, como un sello; porque es por el recuerdo asiduo de aquella presencia que se adquiere el amor á Dios, y podemos ser fieles en observar su santa ley. (In Gen.)

Si en todo lugar y en todo tiempo los ojos de Dios nos contemplan, es justo que por nuestra parte le contemplemos con perseverancia, en todo lugar y en todo tiempo, ya rogándole, ya cantando ó alabándole, bendiciéndole, dándole gracias, ó adorándole con el Salmista, que dice: Alma mía, bendice al Señor en todos los lugares de su dominio: *In omni loco dominatus ejus, benedic, anima mea, Domino.* (CII. 22). Alma mía, bendice al Señor, y no olvides jamás sus misericordias: *Benedic, anima mea, Domino; et non oblivisceris omnes retributiones ejus.* (CII. 2).

¿Qué pide el Señor de vosotros? dice el profeta Miqueas: *Quo andeis con attentione in la presencia de vuestro Dios: Quid Dominus requirit a te? Utique sollicitum ambulare cum Deo tuo.* (VI. 8).

El 1.º motivo es que no podemos sustraernos á la mirada de Dios, ya queramos, ó no queramos...

El 2.º es la cuenta que habremos de dar á Dios de todo lo que yo en nosotros...

El 3.º es pensar cuán grande y terrible es la majestad, en cuya presencia se convuelven las columnas de los Cielos, tiemblan los serafines y querubines, y se cubren con las alas el rostro...

El 4.º es recordar los cuidados de Dios para nosotros...

El 5.º es que esta majestad exige que la tengamos presente sin cesar ante nosotros, y que la sirvamos con humildad y obediencia...

El 6.º es que el olvido de Dios es causa de todas nuestras caídas...

El 7.º es que tengamos cuidado de que hemos de vencer á numerosos y terribles enemigos, y sólo podemos triunfar de ellos por el ejercicio de la presencia de Dios...

El 8.º es reflexionar que todo lo que tenemos depende de Dios, y que respecto de él somos pobres mendigos...

El 9.º es la necesidad que de andar en la presencia de Dios tienen todos los hombres, y en todos sus pensamientos y en sus acciones, debiendo presidir al menor de nuestros actos, ya relativos al cuerpo, ya relativos al alma, la exactitud, la solicitud y la perfección, según la ley y la voluntad de Dios; á fin de que en todo podamos agradarle más y más y conseguir sus gracias. Una acción mediana, hecha perfectamente vale más que una acción excelente hecha con negligencia y tibieza; porque Dios mira más bien la manera como se practica una acción, que la magnitud de la misma acción...

Motivos de recordar la presencia de Dios.

¿A cuántas personas podríamos dirigir aquella reprensión que san Juan Bautista hacía á los judíos hablando de Jesucristo? Hay uno en medio de vosotros que no conocéis: *Medius vestrum stetit, quem vos necistis!* (Joan. I. 26).

El real Profeta ha caracterizado muy bien al mundo, llamándolo una tierra de olvido: *Terra oblivionis*. ¿Quién, efectivamente, piensa en el mundo en la presencia de Dios? ¿En qué piensan los niños? ¿en qué piensan los jóvenes?... ¿en qué se ocupan la mayor parte de las mujeres?... ¿cuáles son los pensamientos y las ocupaciones del labrego, del negociante, del letrado y del hombre de oficina? El que está dado á los embriagues, el blasfemo, el libertino, el iracundo, el envidioso, el hombre del mundo, todos esos indiferentes, esos incrédulos é impíos, ¿en qué piensan? ¿Se cuidan de Dios? Sus iniquidades prueban lo contrario...

La mayor parte no tienen otro altar erigido que el que S. Pablo vió en Atenas, en cuyo frontispicio campeaba la inscripción: Al Dios desconocido: *Ignoto Deo...*

El impío, llevando la arrogancia en su frente, se olvida de Dios y le desprecia.

Los pasos del que se olvida de la presencia de Dios, dice el Salomista, están en todo tiempo llenos de manchas: *Non est Deus in conspectu ejus; iniquitates sunt via illius in omni tempore.* (X. 5).

Todas las pasiones surgen en el olvido de Dios...; todas las virtudes desaparecen... todos los enemigos llegan...

El olvido de Dios es causa de todos los males... Nos olvidamos de nosotros mismos por olvidarnos de Dios..., y todo está perdido, el tiempo y la eternidad...

PROGRESO Y NÚMERO DE LOS CRÍMENES.

La Sagrada Escritura nos dice que en tiempos de Noé la tierra estaba corrompida ante Dios y llena de iniquidad. Cuando Dios vió que la tierra estaba corrompida, porque toda carne había corrompido su camino, dijo á Noé: El fin de toda carne ha llegado para mí, pues la tierra está llena de iniquidad con la presencia de los hombres, yo los perderé con la tierra (1).

El ángel exterminador había herido á los egipcios; no había casa en donde no hubiese un muerto: *Neque erat domus in qua non jaceret mortuus.* (Exod. XII. 30). ¡Ay! ¿no podríamos hoy, en vista del progreso de los crímenes, decir que en casi todas las casas hay muertos espirituales?

Leemos en la Escritura que hubo en Israel, en tiempo de Anfitoco, una gran mortandad de jóvenes y de ancianos, de mujeres, de niños y de doncellas: *Fiebant enim juvenum ac seniorum, et mulierum, et notorum exterminata, virginumque neces.* (II. Machab. v. 13). ¡Triste imagen de lo que vemos con el número y el progreso de los crímenes!

El real Profeta genua en su tiempo por el torrente de iniquidades que se desbordaba: Se han pervertido y corrompido, dice; no hay uno que obre bien, ni uno sólo. Todos se han extraviado; han caído en disolución; no hay uno que obre bien, ni uno sólo (2).

El santo ha desaparecido de la tierra, dice el profeta Miqueas, y el justo de entre los hombres: todos tienen lazos en la sangre; el hermano ha arrastrado á su hermano á la muerte: *Periit sanctus de terra, rectus in hominibus non est: omnes in sanguine insidiantur; vir fratrem suum ad mortem trahatur.* (VII. 2).

La mayor parte de los hombres sirven al demonio, y llegan á ser presa y pasto suyo...

La tierra quedará desolada por los crímenes: *Et terra erit in desolationem.* (Mich. VII. 13).

Todos, dice el Apocalipsis, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, tienen el carácter del bruto en su mano ó en su frente: *Et facies omnes parvas, et magnas, et divites, pauperes, et liberos, et servos, habere characterem in dextera manu sua, aut in frontibus suis (bestias),* (XIII. 16).

Muchos, dice S. Pablo, se han entregado á un espíritu de rebelión, de frivolidad y de seducciones: *Sunt multi inobedientes, vaniloqui, seductores.* (Tit. I. 10).

¿Y qué siglo ha visto jamás mayor indiferencia, intrebabilidad, impiedad,

(1) Corrupta est terra coram Deo, et repleta est iniquitate. Cumque videret Deus terram esse corruptam, omnis quippe caro corripuit viam suam, dixit ad Noe. Finit universa carnis vita, et ego disperdam eos. (Gen. vi. 11-12).

(2) Corrupti sunt et abominabiles facti sunt in stultitia suis: non est qui faciat bonum, non est usque ad mortem. Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt: non est qui faciat bonum, non est usque ad mortem. (Mich. I. 3).

Cráneos y otros
muestran
los crímenes
en la tierra.

blasfemias, profanaciones, desobediencia, odio, calumnias, impurezas, injusticias, mentiras, escándalos, orgullo, avaricia, envidia y excesos de todas clases que el siglo en que vivimos...

En tiempo en que el impío Auloco hacia tanto mal al pueblo de Dios, el piadoso e intrépido Matatías dijo: ¡Desgraciado de mí! ¿Por qué he nacido, si he de ver la siliencia de mi pueblo y el aniquilamiento de la ciudad santa, y si he de permanecer en ella mientras que es entregada al poder de sus enemigos? Su santuario está en manos de los extranjeros; su templo está como un hombre en la ignominia; los vasos de su gloria han sido llevados a tierra extraña; sus ancianos han sido asesinados, y los jóvenes han caído también al golpe de la espada de los enemigos. Se le ha arrebatado toda su magnificencia; era libre, y ha venido á ser esclava; y todo lo que teníamos de santo, de hermoso y de brillante, ha sido desolado y profanado. ¿Para qué, pues, vivimos todavía? Y Matatías y sus hijos desgarraron sus vestidos, se cubrieron de cilicios, y se sujetaron á un gran duelo. Matatías gritó despues á alta voz por la ciudad, diciendo: Sigame el que tiene el celo de la ley y guarda la alianza del Señor. Y huyó él con sus hijos á las montañas, y abandonaron todo lo que tenían en la ciudad. (I. Machab. II).

Al ver las mismas excesos, y al verlos tal vez mayores, imitemos á aquel santo anciano y á sus hijos: lamenteemos, oremos, y huyamos...

PROVIDENCIA.

Dios sólo, dice S. Cipriano, gobierna el universo; con su palabra manda todo lo que existe; todo lo rige en su supremo razon, y todo lo lleva á término con su infinito poder: *Mundi unus est rector, qui universa quæ sunt, verbo jubet, ratione dispensat, virtute consummat.* (De Unit. Eccles.)

La Providencia es la voluntad permanente de Dios de conservar el orden físico y moral que ha establecido en el mundo al crearlo.

La providencia de Dios, que todo lo conserva y rige, es una creación continua...

La integridad, la perfección, la semejanza, la variedad, el orden, la union, la sucesion, la fuerza, el poder y la vida de todo, tomadas separadamente y reunidas juntas, son admirables...

Es lo que hace decir al Poeta: Dios, infinitamente grande, hace resplandecer su omnipotencia en las cosas más pequeñas.

Emicat in sublimis maximus ipse Deus.

Su providencia resplandece en el átomo como en el sol, en un grano de arena como en las más altas montañas; en una gota de agua como en el océano, en un mosquito como en el águila, en el más pequeño y el más débil de los insectos como en el león, en la tierra como en el firmamento, en todos los elementos, en todas las estaciones y en todas las más variables producciones...

Si Dios no tuviese ningún cuidado de las cosas de este mundo, y sobre toda de las criaturas inteligentes, sería como nulo para nosotros, y muy indiferente fuera saber si existe ó no existe. La esbiduria, la bondad, la justicia y la santidad que le atribuimos, serían palabras vacías de sentido: la moral no sería más que una vana especulación, y la religión sería un absurdo. Por esto la primera lección que Dios dió al hombre al sacarle de la nada, fué la de enseñarle que su Criador era también su dueño, su padre, su legislador, su bienhechor y su providencia. Dios no sólo se ha dado á conocer á él como no ser de una naturaleza superior, eterna, infinita, sino como el autor y el conservador de todo, como el remunerador de la virtud y el vengador del crimen. Al crear Dios el mundo, no obró con la ciega impetuosidad de una causa necesaria, sino con la inteligencia de un ser libre, independiente, con reflexion, con prevision y atención á la perpetuidad de su obra y al bienestar de sus criaturas. Habló, y todo quedó hecho; vió al propio tiempo que todo estaba bien...

Lo que se llama casualidad no es más que una palabra vana; todo sucede por la providencia de Dios...

Si la providencia de Dios cesase un instante de conservar, de sostener, de dirigir y de vivificar todas las cosas, todo volvería en un instante al caos, todo

Hay una providencia que se admira.

Necesidad de la Providencia.

sería destruido y derribado. El sol no recorrería más su carrera, la luna y las estrellas desaparecerían; la tierra no sería ya fecunda; el océano no respetaría ya sus límites; la fiera no se alegraría ya de la habitación del hombre; los animales domésticos se convertirían en tigres, etc., y el Cielo mismo quedaría aniquilado...

Providencia en el Génesis. Oíd la admirable descripción que el Real Profeta hace de la Providencia en el salmo CIII: Bendice, ó alma mía, al Señor: ¡Señor, Dios mío, qué grande solo en vuestra magnificencia, en vuestra providencia! Os habéis vestido de gloria y de hermosura, os habéis cubierto de luz como un manto. Extendéis los Cielos como un pabellón; las aguas permanecen suspendidas al rededor de vuestro santuario; las nubes son vuestro carro; andáis sobre las alas de los vientos, y las tempestades son vuestros mensajeros; y las llamas vuestros ministros; habéis afirmado la tierra sobre sus cimientos, y los siglos no la conmovieron. El abismo de las aguas la envolvía como un vestido, y las aguas cubrían las montañas. A vuestra amenaza han huido; al ruido de vuestro trueno se han llenado de pavor. Subían sobre los montes, y descendían á los valles: á los lugares que los señalasteis. Vos les habéis fijado los límites, que no traspasarán. Enviáis flechas en los valles; sus aguas pasan por medio de los montes; quitan la voz á todas las fieras; en sus orillas moran las aves del Cielo, hacen oír sus voces en medio del follaje. Desde las alturas de vuestra mansion, regáis las montañas, y la tierra queda saciada con los frutos que esparcen vuestras manos. Hacedis germinar para los rebaños yerba en el prado, y mieses para el hombre. Hacedis nacer de la tierra el vino que alegra su corazón. La dáis perlimas que embollecán su rostro, y pan que le alimenta. Regáis los árboles de las selvas, los cedros del Líbano, plantados por vuestras manos. Allí anidan las aves, allí tiene un nido el herodión; las cumbres de los montes son el camino de los ciervos, y las tortuosas cavidades de las peñas el refugio de los erizos y animales tímidos.

La luna señala los tiempos; el sol conoce la hora de aparecer y desaparecer en el horizonte. Trazáis las tinieblas; y llega la noche; y entonces las fieras de las selvas vagan en la sombra. Los leones rugen por su presa, y piden á Dios su alimento. El sol se levanta, las fieras se retiran, y se esconden en sus madrigueras.

El hombre sale entonces para el trabajo del día y para cultivar sus campos hasta la noche.

¡O Dios, qué magníficas son vuestras obras! qué rica y admirable es vuestra providencia! Todo lo habéis hecho, todo lo regís con vuestra sabiduría, y la tierra está llena de vuestras bienes.

Ved el Océano que se extiende á lo lejos; allí se mueven animales sin número, grandes y pequeños; allí se pasean los buques; allí aquel Leviatán que habéis formado para jugar en el abismo. De vos aguardan todas las criaturas su alimento en el día señalado. Vos dáis, y ellas recogen; vos abris la mano, y ellas quedan saciadas con vuestros dones: *Omnia a te expectant, ut des illis escam in tempore. Das te illi, colligent; aperiente te manum tuam omnia implebuntur bonitate.* (Psal. CIII, 27-28). Cubris vuestro rostro, y se turbán; retiráis vuestro soplo, y espiran, y vuelven á ser polvo. Enviáis vuestro espi-

ritu, y renacen, y la faz de la tierra queda renovada: *Emittes spiritum tuum, et creabuntur; et renovabis faciem terram.* (Ibid. X. 30). Subsista para siempre la gloria del Señor, y regocijese el Señor en sus obras. Mira la tierra, y se estremecese; toca las montañas, y se abrazan...

Celebrad á Deborah, invocad su nombre, anunciad sus obras en medio de los pueblos; cantad sus alabanzas, y hablad de todas las maravillas de su providencia. (Psal. CIV. 1-2).

Los ojos de todas las criaturas están fijos sobre vos, Señor; vos les dáis su alimento en tiempo conveniente. Vos abris vuestra mano, y sacáis todo lo que respira: *Oculi omnium in te sperant, Domine; et tu das escam illorum in tempore opportuno. Aperis tu manum tuam, et implet omnia animala benedictione.* (Psal. CXLIV. 15-16).

La providencia de Dios, dice S. Crisóstomo, es el almacén, el granero, la renta de los pobres; es una renta segura, perpétua é inagotable: *Providentia Dei est census pauperum: isque certus, perennis et inexhaustus.* (Homil. ad pop.)

Si en el orden moral hay infracciones, no es culpa de la Divina Providencia, Providencia en el orden moral y providencia en el orden natural. pero la Providencia es tan poderosa, que hasta saca bien del mal, orden del desorden. Y como dice S. Agustín, Dios jamás hubiera permitido el mal, si no hubiese sido bastante poderoso para convertirlo en bien.

(Ved Mozola de buenos y malos.)

La Divina Providencia dirige sola y como le place el orden sobrenatural. Desde el principio del mundo ha tenido por objeto la salvación del género humano: tal ha sido en todos los siglos el fin de su conducta. Pero ejecuta esto gran designio con medios impenetrables á nuestras débiles luces; ilumina á una nación con la antorcha de la fe, mientras deja á otra en las tinieblas de la infidelidad, sin que ésta tenga derecho de quejarse ni la otra de enorgullirse. Dios concede también á cada individuo la medida de la gracia y de dones sobrenaturales que juzga á propósito, sin que nadie tenga derecho á pedirle cuenta de su conducta. La providencia de Dios se extiende sobre todos; quiere el bien de todos y hace bien á todos; y si algunas veces castiga, es que se ve precisada á ello por las desobediencias, las rebeliones, los desprecios y los ultrajes del hombre criminal....

Oíd qué subiduría en aquellas palabras de Jesucristo: No os cause inquietud vuestra existencia, ni cómo hallaréis para comer; ni vuestro cuerpo, cómo lo vestiréis. ¡No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido! Mirad á los pájaros del Cielo; no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y nuestro Padre celestial les alimenta: *Non sois de más precio que ellos? Nonne meliores estis eos? Quis de vobis podría con su industria añadir un palmo más á su estatura? Y el vestido, ¿por qué los ha de causaros inquietudes? Ved los lirios de los campos como erecan: no trabajan, no hilan. Así pues, os lo repito: Salomón, en toda su gloria, no estaba vestido como uno de ellos. Porque, si Dios reviste así la yerba de los campos, que vemos hoy, y mañana será arrojada al horno, ¿cuánto mayor cuidado no ha de tener de vosotros,*

Hechos de confiar en la Providencia. ®

hombres de poca fe? No os inquietéis pues, y no digáis: ¿Qué comeremos? ¿qué beberemos? ¿cómo nos vestiremos? Los gentiles se aflanan por estas cosas; pero nuestro Padre celestial sabe que lo necesitáis. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, y todo se os dará con creces: *Quæritis ergo primum regnum Dei et iustitiam eius, et hæc omnia adiicientur vobis.* (Matth. VI, 25. 33).

Depositad todos vuestros cuidados en el seno del Señor, dice el Salmista, y él será quien provea vuestras necesidades: *Fora super Dominum curam tuam, et ipse te eruet.* (LIV, 23).

Objeciones con-
tra la Provi-
dencia.

Los filósofos antiguos, dice Bergier, repiten contra la Providencia los sofismas de los antiguos filósofos, y vuelven á caer en las mismas preocupaciones. Los unos piensan que es imposible que una sola inteligencia pueda ver todas las cosas hasta el último detalle y prestarles su atención; los otros juzgan que esos cuidados minuciosos serían indignos de la majestad divina, y degradarían su soberanía y su poder; otros suponen también que semejante administración turbaría su reposo y su dicha. Una prueba, dicen la mayor parte de esos hombres ciegos, de que no es un Dios soberanamente poderoso y sabio el que ha hecho al mundo y lo rige, es que, bajo diferentes aspectos, hay grandes defectos en esta obra: prueba de que no es el quien lo rige; es que continuamente suceden aquí desórdenes entre los que no es el menor el de dejar la virtud sin recompensa, y el vicio sin castigo....

Entre los filósofos paganos, unos, como los Epicúreos, sostuvieron que todo en el mundo es efecto de la casualidad; y que los dioses, dormidos en un profundo reposo, no se cuidaban de él en manera alguna. Los otros, sobre todo los Estóicos, imaginaron que todo lo decidía la ley del destino, ley á la que estaba sujeta la misma divinidad. Otros, finalmente, doctores á las lecciones de Platón, imaginaron que el mundo había sido hecho ó estaba regido por espíritus, genios, demonios ó inteligencias inferiores á Dios, y que los tales obreros, impotentes y poco hábiles, no habían sabido corregir las imperfecciones de la materia, ni podían impedir los desórdenes de este mundo.

Ninguno de estos sistemas era honroso para la divinidad, ni tampoco consolador para los hombres. Tal es, sin embargo, todo lo que la razón humana había encontrado mejor. Es claro que aquel caos de errores estaba fundado sobre cuatro nociones falsas: la 1.^a concerniente á la creación, que los filósofos no querían admitir; la 2.^a en lo concerniente al bien ó al mal, que tomaban por términos absolutos, mientras que son tan sólo términos de comparación; la 3.^a respecto del poder infinito, que comparaban al limitado poder de los hombres; y finalmente la 4.^a concerniente á la divina justicia, que suponían falsamente había de ejercerse en este mundo. Deber nuestro es demostrarlo.

Objeciones re-
spuestas.

1.^o Si los filósofos hubiesen comprendido que Dios tiene el poder creador, que ejercita con su sola voluntad, y que con una sola palabra lo ha hecho todo, hubieran también concebido que el gobierno del universo no puede costar más á Dios que la creación, ni degradar su majestad soberana. Aquí los filósofos comparaban ya la inteligencia y el poder de Dios á la inteligencia y el poder del

hombre; y porque un rey se cansase y degradase entrando en los más ligeros por menores del gobierno de su imperio, deducían que lo mismo debía suceder á Dios. Consecuencia ridícula y falsa. La idea del poder creador es la que ha levantado el espíritu y la imaginación de los escritores sagrados, y les ha inspirado, hablando del poder de Dios, expresiones tan superiores á todas las concepciones filosóficas. Dios, según ellos, no ha hecho más que llamar de la nada á los seres, y éstos se han presentado; tiene las aguas de las mares, y pesa el globo en el hueco de su mano; los Cielos son obra de sus dedos; y él es quien dirige los astros en su curso majestuoso, pudiendo con una palabra sepultar en el abismo ó aniquilar el Cielo y la tierra.

Le basta conocer su poder para ser no sólo todo lo que es, sino todo lo que puede ser.

2.^o Hemos dicho que no hay en el mundo ni bien ni mal absoluto, sino sólo por comparación, de modo que, cuando se dice que hay mal, se quiere significar que hay menos bien que el que podría haber. Hemos observado que no hay ninguna criatura á la que Dios no haya hecho bien, aunque haya podido hacerle más, y aunque le haya hecho menos que á otros. Así pues, es un absurdo pretender que todo está mal, porque todo está menos bien de lo que podría estar; y es otro absurdo suponer que un ser creado, y por consiguiente muy limitado, puede hallarse absolutamente bien y sin faltas en todos conceptos, pues en tal caso sería como Dios, sería la perfección infinita.

3.^o Tendríamos una falsa noción de lo infinito, suponiendo que Dios, por ser omnipotente, debía hacer todo el bien que pudiese: esto es imposible, puesto que puede hacerlo hasta lo infinito. Esta suposición encierra una contradicción, queriendo que Dios omnipotente no pueda hacer otra cosa mejor. Aquí vuelve todavía la falsa comparación entre el poder humano; el hombre debe hacer todo el bien, ó lo mejor que pueda, porque su poder es limitado; pero no sucede lo mismo respecto de Dios, cuyo poder es infinito.

4.^o No razonaban mejor los filósofos escandalizándose de que Dios castigase siempre los crímenes en este mundo. Tal conducta en la Divinidad sería demasiado rigurosa, tratándose de un ser tan débil e inconstante como el hombre; le quitaría el tiempo y los medios de hacer penitencia. A veces lo que parece un crimen á los hombres, es una acción laudable ó inocente; y áun más á menudo lo que les parece un acto de virtud, procede de una intención criminal. La Providencia sería, pues, injusta si se conformaba con el juicio de los hombres. Por otra parte, las recompensas de este mundo no son bastante para una alma virtuosa é inmutable por su naturaleza; es menester que la virtud sea probada en la tierra para merecer una dicha eterna.

El tiempo que, en su equidad, murmura contra la Providencia, dice: Si yo fuese Dios, obraría de otra manera. Al que así habla podría responderse: Dios obraría de muy diferente manera, si fuese hombre....

Callemos, afirmemos, y adoremos á la providencia de Dios, dándole gracias; sométámonos á su paternal gobierno, y nos conducirá á buen fin.

PRUDENCIA.

Que es prudentia, dice Sto. Tomás, es el ojo y el piloto del alma, así como de todos sus movimientos y acciones. Por esto la palabra prudentia viene de prore vel procul videns, el que ve de lejos; y prudentia viene de procul videntia, facultad de ver las cosas de lejos (1).

Ved, hermanos míos, cómo habéis de andar, dice S. Pablo á los esleijos; no como insensatos, sino como cuerdos; rescautad el tiempo, porque los días son malos: Videte, fratres, quomodo ambulatis, non quasi insipientes, sed ut sapientes, redimentes tempus, quoniam dies mali sunt. (v. 15-16). Tened, pues, discernimiento, añade el apóstol, comprended cuál es la voluntad de Dios, y llenos del espíritu de Dios: Propterca nolite fieri imprudentes, sed intelligentes que sit voluntas Dei, et implerini Spiritu Sancto. (v. 17-18).

La prudentia, dice S. Cristótopo, se apaga como una lámpara, si tiene poco aceite, ó si no se cierran la puerta y las ventanas á los vientos. Las ventanas son los ojos y oídos, y la puerta es la boca. (Homil. ad pop.).

Pecad dos veces las palabras antes de que las profiera la lengua, dice san Bernardo: Verba bis ad linguam veniant, quam semel ad linguam. (Tract. de Perfect.).

Toño me os lleito, pero no lo tengo expolito todo, escribe S. Pablo á los corintios. Quonia mihi dicunt, sed non omnia expolunt. (I. VI. 12).

Miren tus ojos delante de tí, dicen los Proverbios, y no se bajen tus párpados. Examina el camino que pisan tus pies, y no darás ningún paso en falso: No te apartes á la derecha ni á izquierda; aleja tus pasos del mal (2).

Estudiad atentamente el camino de la justicia que debéis seguir, dice el venerable Beda, y en todo lo que emprendáis, pteced siempre el fin: Iter iustitie, quo ingressi debeas, diligenter educe; et in cunctis que agere disponis, sollicitus ad quem sint ventura finem, provide. (In Collect.).

Hijo mio, dice el Señor en los Proverbios, purifícase con mi sabiduría, y presta oído á mi prudentia, para que cuando de vuestros pensamientos, y vuestros labios guarden la ciencia: Fili mi, attende ad sapientiam meam, et prudentie mee inclina aurem tuam; ut custodias cogitationes, et disciplinam labia tua conservent. (v. 1-2).

Los proyectos son vapores allí donde falta la prudentia; pero se afirman en la union de los consejeros: Dissipantur cogitationes ubi non est consilium: ubi

(1) Prudentia est oculus et rector anime, omnimodeque ejux motuum et actionum. Unde prudens dicitur, quasi prore vel procul videns; et prudentia, quasi procul videntia. (2 p. q. art. 5).

(2) Oculi tui recta videant, et palpebre tue non prosternantur: dirigis semitam pedibus tuis, et omnes vias tuas abstinentur. Ne declines ad dexteram, neque ad sinistram; avertit pedem tuum a malo. (IV. 25-27).

vero sunt plures consilarii, confirmantur. (Prov. XV. 22). El alma que no es prudente, no tiene bien alguno: Ubi non est scientia anime, non est bonum. (Prov. XIX. 2).

Hijo mio, dice el Eclesiástico, no hagáis nada sin consejo, y no tendréis arrepentimiento despues de la acción: Fili, sine consilio nihil facias, et post factum non poenitebis. (XXII. 24).

Queriendo Dios crear al hombre, la Santisima Trinidad entró en consejo, y dijo: Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza: Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram. (Gen. I. 26). Hagamos con consejo al hombre capaz de consejo, para que aprenda de nosotros, de su Creador, á hacerlo todo con prudentia y consejo...

Aprende dónde está la prudentia, dice el Señor, por medio del profeta Baruch; dónde está la fuerza y dónde la inteligencia, para que sepas al mismo tiempo dónde está la larga vida y el verdadero alimento, dónde está la luz de los ojos y la paz: Dico ubi sit prudentia, ubi sit intellectus, ut scias simul ubi sit longiturnitas vite et victus, ubi sit lumen oculorum et pax. (III. 14).

Os exhorto á todos, dice el apóstol á los romanos, que no seáis más sabios de lo que es menester, sino que seáis sabios con sobriedad, con prudentia; es decir, que no os arroja en niogun exceso, ni siquiera de celo de bien, sin prudentia consumada ó consejo právio: Dico enim non plus sapere, quam oportet sapere; sed sapere ad sobrietatem. (XII. 3).

Quita la prudentia, dice S. Bernardo, y la virtud será vicio: Tolle hanc (prudentiam); virtus vitium erit. (Serm. XL. in Cant.).

Yed, dice Jesucristo á sus apóstoles, que os envío como ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes: Ecce ego mitto vos, sicut oves in medio luporum; estote ergo prudentes sicut serpentes. (Matth. X. 16).

La prudentia exige que lo que decimos y hacemos, 1.º, esté exento de falsedad...; 2.º, que sea sincero y esté apartado de todo fingimiento ó hipocrecia...; 3.º, que sea grave y sin ligereza...; 4.º, que sea justo y esté exento de toda injuria respecto del prójimo...; 5.º, que sea útil y no pueda perjudicar á nadie...; 6.º, que sea maduro, reflexionado, oportuno y conveniente para las personas, los lugares y el tiempo...; y 7.º que no se diga ni haga nada de que tengamos que arrepentirnos...

El hombre prudente, dice S. Bernardo, no hace nada sin haber previsto y examinado tres cosas: 1.º si lo que desea hacer está permitido, luego si es conveniente, y en 3.º lugar si es ventajoso: Spiritualia homo omne opus suum trina consideratione preveniet: primo an liceat, deinde an deceat, postremo an expediat. (Lib. I de Consid., c. III).

El Evangelio nos dice que cuando el ángel saludó á María, para anunciarle que Dios la había elegido para ser Madre del Verbo encarnado, se estremeció, porque el ángel tenía figura humana: Quia cum cantisset, turbata est in sermone ejus, et cogitabat qualis esset ista cogitatio. (Luc. I. 29).

Es propio de una virgen prudente, dice S. Ambrosio, temer y temblar ante todo hombre que se le acerca: hasta teme hablarle: Trepidare virginum est, et ad omnes viri ingressus pavere, omnes viri affatus vereri. (Lib. de Virg.)

El hombre prudente practica las palabras del apóstol Santiago: Sea todo hombre pronto en escuchar, lento en hablar, y lento también en la ira: *Sit cunctis homo velox ad audiendum, tardus autem ad loquendum, et tardus ad iram.* (I. 19).

Es célebre la sentencia de Séneca: El que no sabe callar, no sabe hablar: *Tacere quisquis nescit, hic nescit loqui.* (In Prov.)

San Ambrosio dice que el hombre prudente mide sus discursos y los pesa en la balanza de la justicia, para que haya gravedad en su razón y peso en lo que dice; obrando así manifiesta dulzura, bondad y modestia (1).

No obréis pronto sino después de haber examinado cuidadosamente, dice Séneca; no reflexionar es locura: *Diu deliberato, cito factio; nil curare, hoc est insanum esse.* (In Prov.)

El hombre prudente dice á Dios con el Salmista: Señor, poned una guardia en mi boca y una puerta en mis labios; *Pone, Domine, custodiam ori meo, et ostium circumstantibus labiis meis.* (CXL. 3). Observa lo que dice el Eclesiástico: No habléis jamás imprudentemente, y no se apresure vuestro corazón en enunciar; sean pocas vuestras palabras: *Ne temere quid loquaris, neque cor tuum sit velox, sed profertur sermonem; aut pauci sermones tui.* (v. 1). Precavéd el mal diciéndole el Eclesiástico: *Malum dicere precave.* (VII. 15).

El que tiene autoridad, dice S. Bernardo, debe verlo, todo, prescindir de muchas cosas y castigar poco: *Rector omnia videt, multa dimittit, pauca castigat.* (Lib. de Consid.)

Consulta siempre el hombre cuerdo, dice Tobías á su hijo: *Consultum semper a sapiente perquire.* (IV. 19).

El que es prudente, desconfía de sí mismo, se humilla y preserva de los pecados...

El hombre prudente, para no extraviarse se une á la ley del Señor; medita esta ley, sus recompensas y sus castigos, y compara. Entonces elige siempre el bien, y evita y desprecia el mal...

El hombre prudente observa este precepto del Espíritu Santo: No os volvais á la derecha ni á la izquierda; apartad vuestros pasos del mal. (Proc. IV. 27). Se guía según la regla de la recta razón, de la ley y de la voluntad divinas. No os volvais á la derecha; es decir, que hasta para el bien se necesita prudencia. No os volvais á la izquierda, evitad el pecado... Volverse á la derecha, dice S. Agustín, es engañarse á sí mismo creyéndose sin pecado; volverse á la izquierda, es entregarse al pecado con una seguridad perversa y corrupta. (De Morib.)

La derecha y la izquierda es el vicio; la virtud está en medio, y allí se mantiene el hombre prudente.

El que anda en medio de asechanzas con circunspeccion, está en seguridad, dicen los Proverbios: *Qui caret laqueis, securus erit.* (XI. 15).

El hombre prudente la examina toda con cordura, y lo pesa todo en la balanza de las razones divinas y eternas. El imprudente, por el contrario, pesa

(1) Ad mensuram sermonis profertur libera examinatus iustitiam, ut sit gravitas in sensu, in sermone pondus. Hinc si custodiat aliquis, ut nihil, inanusque, modestus. (Lib. I. Ofite, c. III.)

las cosas según las razones humanas, temporales y caducas, y las prefiere á las razones divinas y eternas; lo que es una suprema locura.

San Luis Gonzaga, que era tan prudente, está en efecto, representado en su cuadro con una balanza: en un platillo pesa las razones temporales, y en el otro las razones eternas; éstas aventajan infinitamente á las otras, y le obligan á hacerlo todo según las razones divinas y eternas, y no según las razones humanas y percederas. Es lo que dice un hombre cuerdo: Todo lo que hagais, hazedlo con prudencia, y mirad siempre el fin: *Quidquid agas, prudenter agas, et respice finem.*

O hombres, dice S. Bernardo, reflexionad de dónde venis, tened vergüenza del triste estado en el cual os halláis actualmente, y estad inquietos, temblad pensando á dónde vais: *Attende, o homo, unde venis; et erubescere ubi es, et ingemisce quo vadis, et contremisce.* (Serm. in Cant.)

Lo que se ha pensado, dice, una vez hecho, es eterno. Vivid pues, aplicaos, trabajad para la eternidad; ésta es la prudencia y la sabiduría de los Santos...

Interrogado Sto. Tomás de Aquino, sobre la manera como se podría pasar esta vida sin error y sin caída grave, respondió: Si nos conduimos en cada acción de manera que podamos darnos cuenta del por qué hemos obrado así: Obrando de esta suerte, no daremos fin á la ceguera, á la pasión, á la casualidad ni á ninguna otra cosa que pudiera precipitarnos en el error (1).

El hombre prudente consulta siempre. El consejo es una cosa sagrada, dice S. Basilio, es la unión de las voluntades, el fruto de la caridad y el fundamento de la humildad. (Homil. in Paul.)

El hombre prudente no es curioso en los misterios de la fe; nada lleva al extremo; está en su deber, en sus funciones; no se ocupa de lo que concierne á los otros; se ocupa de sí mismo... La prudencia, dice el Eclesiástico, se manifiesta con la palabra; y el juicio, la ciencia y la doctrina aparecen en los discursos del sabio; y su firmeza está en las obras de justicia: *In lingua enim sapientia dignoscitur, et sensus, et scientia, et doctrina in verbo sensu, et firmitate in operibus iustitiam.* (IV. 29). Los hombres prudentes en sus discursos, que obran con sabiduría, tienen la inteligencia de la verdad y de la justicia: *Sensu in verbis, et ipsi sapienter egerunt, et intellexerunt veritatem et iustitiam.* (Ibid. XVIII. 29).

En todas sus vias, David obraba prudentemente, y el Señor estaba con él, dice la Escritura: *In omnibus viis eius David prudenter agebat, et Dominus erat cum eo.* (I. Reg. XVIII. 14). David obraba con más prudencia que todos los servidores de Saul, y su nombre llegó á ser muy célebre: *Prudentium ac gerbat, David, quam omnes servi Saul, et celebre factum est nomen eius nimis.* (I. Reg. XVIII. 30).

El hombre prudente gobernará á los demás, dicen los Proverbios: *Intelligens gubernacula possidebit.* (I. 5).

Admirables efectos y frutos de la prudencia.

(1) Sic in qualibet actione quis ita agat, ut rationem reddere possit cur eam fecerit, sic enim non sine se transierunt agi a cupiditate, passione, casu, aliove re, que cum in errorem inducat. (De Peccatis.)

Segun S. Basilio, hay tres mares muy peligrosas y turbulentas en tempestades y en naufragios; y sobre esos mares el buque de la vida humana debe ser regido y conducido al puerto por medio de la prudencia: esta virtud debe ser el piloto. El primer mar es el siglo, en el cual domina el soplo de la fortuna, levantando á unos y sumergiendo á otros. En este mar, el hombre es el buque que tiene una suerte dichosa ó desgraciada. Así pues, la prudencia previene las tempestades á impide los naufragios. El segundo mar es el corazón, que está constantemente agitado y atormentado con un mar enloquecido por las diversas pasiones, los pensamientos y los deseos. El buque en este mar es el alma misma y la voluntad; la prudencia las dirige á ambos. El tercer mar es el paso trazado á la vida humana. Este paso que debe guiarnos al Cielo, está lleno de malignos espíritus, como de otros tantos terribles piratas dispuestos á capturar y pillar el buque con todas sus mercancías y sus riquezas; es decir, el alma con sus buenas obras, ó hacerle naufragar. La rapidez del tiempo impela hacia el temible escollo de la muerte. La prudencia evita á esos numerosos y crueles piratas, los combates salvan las riquezas del buque, y el buque mismo del pillaje y del naufragio, llevándolo con una y santa muerte al puerto deseado de la salvación eterna. (*Homil. in Paul.*)

La prudencia, dice S. Bernardo, purifica el alma, arregla los afectos, dirige los actos, corrige los excesos, forma y rige las costumbres, adorna la vida, y la hace honrosa y perfecta, comunicando la ciencia de las cosas divinas y humanas. Dama lo que está oscuro, modera los deseos violentos, reúne lo que está separado, oscurece los misterios, busca la verdad, examina lo que parece verosímil, y explora lo que es falso y ficticio. La prudencia distribuye lo que hay que hacer, recibe lo que está hecho, para que no haya en el alma nada incorrecto. Presigue las adversidades en el seno mismo de la prosperidad; y está tan fuerte en las adversidades, que no sólo las sufre con valor, sino que ni siquiera las siente (1).

¿Qué hace el hombre prudente? No daña á nadie, ni aun cuando puede. ¿Qué hace el imprudente? Quiere dañar, hasta cuando no puede....

Si invocas la prudencia, dicen los Proverbios, si la buscas como dinero, si la descubres como un tesoro oculto, entonces comprenderás el temor de Dios, y hallarás la ciencia del Señor; porque el Señor da la sabiduría, y su boca derrama la prudencia y el saber. (*II. 3-6*). Considera tus vias en la prudencia y todos tus pasos serán firmes. (*Ibid. IV. 26*).

La prudencia es la ciencia de los Santos, añaden los Proverbios: *Scientia Sanctorum prudentia*. (*IX. 10*). La salvación está en donde abunda la prudencia: *Salus vobis multa consilia*. (*Ibid. XI. 14*). El que se conduce por la prudencia no se extravía nunca: *Qui agunt omnia cum consilio reguntur sapientia*. (*Ibid. XIII. 10*). La sabiduría descansa en el corazón del hombre prudente, ó

(1) Consideratio mentis purificat, regit affectus, dirigit actus, corrigit excessus, componit mores, vitam honestat et ordiant, disparum pariter et humanarum rerum scientiam confer. Hinc est que confusa determinat, hincis cunctis, sparsa colligit, secreta rianunt, vera vestigat, verisimilia examinat, ficta et facta explorat. Hinc est que agenda prioridant, acta recogitat, et nihil in mente residat, aut incorrectum, aut correctiois agens. Hinc est que in prospera adversa presentis, in adversariis quod non sentit ea. (*Id. Consil.*)

instruye á los demás: *In corde prudentis requiescit sapientia; et in doculos quosque erudiet*. (*Ibid. XIV. 33*).

La ciencia del alma es la prudencia con que el alma recorre y examina, no sólo las cosas presentes, sino las pasadas, á fin de determinar también las acciones que, pudiendo justificarlas y salvarlas el día del juicio ante los ojos de Jesucristo que todo lo penetra, consiga la corona y el premio de la gloria celestial. Porque la prudencia es el ojo del alma, y el que la posee, ve muy bien todas las cosas, las prevé y mira con cuidado en donde fija sus pasos y acciones. Por esto marcha seguro, como el que en las tinieblas va precedido de una lámpara y la sigue.

La ciencia del alma es, pues, la prudencia que vela la salvación del alma, y sonda sus recompensas y sus castigos, excitando al hombre á vivir bien, á huir del pecado, á practicar la virtud y á morir bien. Con razón dice el sabio que la prudencia es la ciencia de los santos: *Scientia Sanctorum prudentia*. (*Prov. IX. 10*). Y San Lucas la llama virtud de los justos. (*L. 17*).

El que guarda su boca y su lengua, dicen los Proverbios, preserva su alma de angustias. *Qui custodit os suum et linguam suam, custodit ab angustis animam suam*. (*XXI. 23*).

La prudencia, dice el abate Moisés, es madre de todas las virtudes; es su guarda y moderadora: *Omnium virtutum generatrix, custos, moderatrixque discretio est*. (*In VII. Patr.*)

Los que buscan al Señor, lo aprecian todo, dice la Escritura: *Qui inquirunt Dominum animadvertunt omnia*. (*Prov. XXVIII. 5*). El hombre prudente es una lección para bien de otros, y llena su alma de dulzura. *Vir peritus multos erudit, et anima sua suavis est*. (*Eccle. XXXVII. 24*). El hombre prudente gozará lleno de bendiciones, y los que le vean, le alabarán: *Vir sapiens implebitur benedictionibus, et videntes illum laudabunt*. (*Ibid. XXVII. 27*). Heredará honor en medio del pueblo; y su nombre vivirá eternamente: *Sapientia in populo hereditabilis honorem, et nomen illius erit vivens in eternum*. (*Ibid. XXXVII. 29*).

San Pambon decía al morir: No tengo que arrepentirme hasta hoy de ninguna imprudencia. (*In Vit. Patr.*) Dichoso hombre que podía hablar así... El que es prudente en palabras, en pensamientos y en acciones, es un hombre perfecto, y por consiguiente dichosísimo...

Segun la Escritura, siendo la prudencia la ciencia de los Santos, y hallándose la salvación en donde abunda la prudencia, necesariamente el que tiene prudencia tiene felicidad... Segun la Escritura, la sabiduría es dote del hombre prudente; así pues, la sabiduría nos da la dicha...

Los buenos consejos de un amigo edifican y consuelan el alma, dicen los Proverbios; así pues, no hay más que el hombre prudente que sea amante de los consejos: *Bonus amici consilium anima dulecoratur*. (*XXVII. 9*).

El hombre prudente posee su alma en paz, dice el Eclesiástico: *Vir peritus animo suo suavis est*. (*XXXVII. 22*). El hombre prudente estará lleno de bendiciones: *Vir sapiens implebitur benedictionibus*. (*Ibid. XXXVII. 27*).

Verdad que
proporciona la
prudencia.

Lo que hemos de evitar para ser prudentes

Evitar las cuestiones fútiles y absurdas, sabiendo que engendran las querrelas, dice S. Pablo á su discípulo Timoteo: *Stultus sine disciplina questiones devita, sciens quia generant lites.* (II. II. 23).

Ha ordenado mi amor, dice la Esposa de los Cantares: *Ordinavit in me caritatem.* (II. 4).

El celo sin la prudencia es siempre menos eficaz, dice S. Bernardo, y menos útil, y muchas veces es demasiado dañoso. Cuanto más ardiente es el celo, más activo el espíritu y más grande la caridad, tanto más ciencia y prudencia se necesita para sujetar el celo, templar el espíritu y ordenar la caridad (1).

El que confia en su corazon, es un insensato, dicen los Proverbios: *Qui confidit in corde suo, stultus est.* (XXVIII. 26).

Hay desgracia en el imprudente.

Si alguno de vosotros cree practicar la religion, no poniendo freno á su lengua, sino seduciendo su propio corazon, tiene una religion vana: *Si quis putat se religionem esse, non refringens linguam suam, sed seducens cor suum, hujus vana est religio.* (Jac. I. 26).

El que no previene lo que hace, anda como un ciego y cae, dice S. Gregorio. (*Pastor. admonit. XVI*).

Los imprudentes no consultan, rehusan los buenos consejos, porque están dominados por la codicia y las pasiones, y no quieren librarse de ello. Del mismo modo que los jullos, no entiendo nada; son obstinados, y su vida y su fin son deplorables. Sin prudencia, vanos son los pensamientos, dicen los Proverbios: *Dissipantur cogitationes, ubi non est consilium.* (XV. 22). No pueda haber bien alguno donde hay imprudencia, añaden los Proverbios: *Ubi non est scientia animarum, non est bonum.* (XIX. 2).

El imprudente está siempre en las tinieblas; no sabe á dónde va. La conciencia le llama, y corre á su vez: por esta razon cae en extravíos, caídas: es innumerable abismo...

El imprudente viola los secretos, dice la Escritura. (*Ecclesi. XXVII. 17*). El imprudente es aborrecido de Dios y de los hombres... Daña á los demás...; se daña á sí mismo...; es desgraciado...; y hace desgraciados á los demás...

(1) *Semper zelus nisi quo scientia minus efficit, minusque utilis invenitur: plerumque autem et periculosus vaide nocitur. Qui igitur zelus fervidus ac vehementior spiritus, profusiorque caritas, eo vigilantiori opus scientia est, quo zelum supprimat, spiritum temperet, ordinat caritatem.* (Iob. de Covad.)

PRUEBAS.

La palabra prueba significa varias cosas: primero, por poner á prueba se puede entender: 1.º mirar...; 2.º escudriñar, sondear...; 3.º discernir...; 4.º purificar y separar lo que es puro de lo que no lo es...; 5.º juzgar...; 6.º elegir y recompensar, ó reprobar y castigar...

Los días son malos, dice el gran apóstol: *Dies mali sunt.* (Eph. v. 16). Los días de esta vida son miserables, llenos de pruebas penosas, de tentaciones y de peligros. Por cuya razon Jesucristo dice en S. Mateo: A cada dia basta su mal: *Sufficit diei malitia sua.* (VI. 34). Es decir, á cada dia le basta su afección y su miseria. Los días son malos, es decir, inciertos, móviles, cortos, llenos de cuidados, de distracciones, de asazuchas y de enemigos...

Sin prueba ni tentación, dice S. Crisóstomo, no hay corona; sin combate no hay victoria, y sin pruebas no hay perdón. No hay verano sin invierno. El grano arrojado en tierra necesita lluvia; necesita de la guerra de las neblinas y del hielo para convertirse en espigas en la primavera. (*Homil. IV de Divit. et Paup.*)

La cera necesita fuego para recibir la impresion del sello: así el hombre, para quedar señalado con el sello de la divina gracia y de la misma divinidad, necesita de las pruebas del trabajo, de las enfermedades, de las tentaciones, etc...

Lo que está lleno de tierra, de moho y de inmundicias, necesita fuego para purificarse...

San Agustín enseña que las pruebas que nos afligen no proceden de los hombres ni del demonio, sino de Dios, que se sirve del hombre ó del demonio para castigarnos, como del demonio se sirvió tambien para experimentar á Job. Dios, dice aquel gran Doctor, azota á sus hijos para disciplinarlos, á fin de que se corrijan, y azota á los réprobos, á fin de que sean castigados por el ejemplo de los demás. (*In Psal. XXX*).

Os pondré un freno, á fin de que no perezais, dijo el Señor por medio de Isaías: *Infrenabo te, ne intereas.* (XLVIII. 9). Este freno son las pruebas. Ellas son, pues, un presente de Dios y parten de su benevolencia hacia nosotros, de su beneficencia, que quiere domar nuestro lujo y nuestra concupiscencia. Por el contrario, es una prueba evidente de la ira de Dios cuando suelta las riendas al hombre y lo deja seguir sus caprichos, permitiendo que se extravie como un caballo indómito que no tiene ya freno que le contenga. Las adversidades son muchas veces de parte de Dios un don más precioso que las prosperidades; son más saludables, y el amor que se tiene por Dios es más puro en las pruebas que en la abundancia. Dios es más perfectamente amado en

Las pruebas vienen de Dios y son un don de Dios.

la cruz y en las aflicciones, que en los consuelos y delicias. En las pruebas, el amor carnal o sensual no encuentra nada que amar de lo que ama en las delicias. Así es que, cuando se ama á Dios en la cruz, se le ama con un amor espiritual y puro, porque sólo se ama á Dios. De la cruz y del puro amor de Dios en la cruz, aprendemos á entender este mismo amor puro á las cosas de la tierra, á las riquezas, á las delicias, á las prosperidades cualesquiera. á fin de que no amemos más que á Dios. Por esto dice S. Gregorio Nazianceno: Doy gracias en las pruebas como en la alegría, porque tengo por cierto que Dios, la suprema razón, obra para nosotros en interés nuestro. (In Dialect.)

Una prueba
es otra?

¡No! habéis probado. Señor, dice el real Profeta, nos habéis purificado con el fuego como la plata: *Probasti nos, Deus; igne nos examinasti, sicut examinatur argentum.* (LXX. 10). Señor, llevo el peso de vuestra ira, y mi corazón está turbado. Las iras de vuestra ira han pasado por mí, y vuestros terrores me han abatido. Se ha desbordado sobre mí como un torrente, y me ha envuelto. (Psal. LXXVII. 16-18).

Las ha probado como oro en el crisol; dice la Sabiduría, y los ha recibido como un holocausto, y respaldarán en el día en que los visito, y brillarán como la llama que se extiende en un cañaveral seco: *Tanquam aurum in fornace probavit illos, et quasi holocausti hastium accepit illos, et in tempore erit respectus illorum. Fulgebunt, et tanquam scintille in arundineto discurrunt.* (III. 6-7).

Dios, dice el Génesis, probó á Abraham, y le dijo: Toma tu hijo único á quien quiero, á Isaac, y vete á la tierra de la vision, y allí ofrécelo en holocausto sobre una de las montañas que te indicaré. (XXII. 1-2).

El Señor prueba y vivifica, dice el primer libro de los Reyes: *Dominaus mortificat, et vivificat.* (II. 6).

Así como el oro prueba la plata y el crisol el oro, dicen los Proverbios, el Señor prueba las coronas. (XVII. 3).

Dios prueba los corazones de los hombres examinándolos...; 1.º con su ley y sus preceptos, con los doctores y predicadores...; 2.º con las tribulaciones...; 3.º con las tentaciones...

¿Qué pruebas?

Pero, ¿á qué pruebas? Diferenciando el mostrarse á nosotros, Dios, dice S. Agustín, engrandeciendo nuestro deseo, y de este modo dilata nuestro espíritu y lo hace más capaz de recibirle: *Deus differendo extendit desiderium; desideranda, extendit animam; extendendo, facit copiosorem.* (In Psal. XXI).

Aquellos á quienes amo, dice el Señor en el Apocalipsis, son reprendidos y castigados por mí: *Ego, quos amo, arguo et castigo.* (III. 19).

Jenerado prueba á los suyos: 1.º para aumentar sus méritos...; 2.º para constreñerlos en la humildad...; 3.º para hacerles expiar sus pecados...; y 4.º por una mayor manifestación de la acción de Dios, como el Lázaro, los Mártires, los apóstoles, su Iglesia, etc...

Señor, dice el Salomista; habéis probado mi corazón y me habéis visitado durante la noche; me habéis hecho pasar por el fuego de la tribulación, y no se ha encontrado en mí la iniquidad: *Probasti cor meum et visitasti nocte, igne me examinasti, et non est inventa in me iniquitas.* (XVI. 3).

Me he levantado para abrir á mi prodilecto, dice la Esposa de los Cantares; he abierto la puerta; he abierto á mí muy amado, pero se había vuelto, había pasado; he corrido al lugar donde había hablado; lo he buscado y no lo he hallado; lo he llamado, y no me ha respondido. (V. 6-8). Lo mismo hace Dios respecto de nosotros para excitarnos á deseárselo y buscarlo....

Dios ejercita á sus servidores y amigos con pruebas y persecuciones diversas para elevarlos al honor de la virtud y de la gloria... Mortifica y vivifica; hiere para corregir. Toda la severidad de Dios, dice S. Ambrosio, tiene por fin castigar los pecados de los ayes con pruebas, conservar su alma, destruir sus vicios, y hacer crecer en su corazón las virtudes más perfectas: *Hec est circa homines eius tota ejus severitas, ut in his peccata puniantur, anima conservetur, auferantur vitia, virtutes optime nutriantur.* (Epist.)

Nada sucede al fiel sin la presencia y la voluntad de Dios; y su voluntad consiste en corregirle de sus defectos, ó en fortalecerle en la virtud y en la paciencia, para aumentar su corona en el Cielo. Así es como permitió que el justo Abel muriese á manos de su impío hermano; así es como probó á Abraham, ordenándole que sacrificase á su hijo Isaac; así es como probó á Jesús, permitiéndole que fuese vendido por sus hermanos; que Moisés y su pueblo fuesen oprimidos por la tiranía de Faraon; que David fuese perseguido por el odio de Saul; que la casta Susana estuviese expuesta á la odiosa calumnia de dos infames ancianos; que Jeremías fuese encarcelado; que Daniel fuese arrojado á la cueva de los leones, etc., etc....

Nuestros padres, dice Jofth, han sido sometidos á la tentación como á una prueba, á fin de que constase si era ó no sincero su culto hacia Dios. Acuérdese el pueblo del modo con que Abraham nuestro padre, fué experimentado por varias tribulaciones; y llegó á ser el amigo de Dios. Así Isaac, así Jacob, así Moisés y todos los que agradaron al Señor han sido hallados fieles en medio de numerosas tribulaciones; pero todos los que no han recibido las pruebas en el temor de Dios, y han manifestado su impaciencia y murmurado, han sido entregados al ángel exterminador, y han perecido con las serpientes. No nos atormentemos por los males que sufrimos; sino que considerando que estos tormentos son menores que nuestros pecados, y que somos castigados como servidores, creamos que Dios quiere corregirnos, y no perdarnos. (VIII. 21-27).

La prueba es para el cristiano lo que la tempestad para el piloto, la lucha para el atleta y el combate para el soldado....

Dios nos envía pruebas: 1.º para vigorizar nuestra voluntad rebelde, ahuir nuestro orgullo y obligarnos á someternos...; 2.º para castigarnos de nuestras prevaricaciones...; 3.º para destruir en nosotros el hombre viejo...; 4.º para conducirnos á la paciencia...; 5.º para hacernos semejantes á Jesús crucificado...

En su aflicción, dice el Señor por boca de Oseas, se apresurarán á volver á mí. Venid, volved al Señor. Elvse al que nos ha herido, para él nos amará; él nos dará la vida, nos resucitará, y viviremos en su presencia: *In tribulatione sua constringet ad me: Venite et revertamur ad Dominum; quia ipse cepit et sanabit nos; percussit et curabit nos, vivificabit nos, suscitabit nos, et erigetur in conspectu ejus.* (VI. 1-2).

Comentando estas palabras de Oseas, S. Agustín dice admirablemente: Esta es la voz del Señor: Heriré y curaré. Cierta la podredumbre de nuestro

crimen, cura el dolor de la herida. Los médicos obran así: hieran, cortan y curan; se arman para herir; llevan corte, y vienen para curar: *Uta est vox Iamini: Ego percutionem, et ego sanabo. Percutit putredinem facinoris, sanat dolorem vulneris. Paciant hoc medici, sicut, percussit et sanavit; armavit ut ut feriant, ferrum posuit, et curare tenent.* (In Psalm. L).

Las pruebas son como dardos lanzados por la mano divina para recordar á Dios y á su salvación á los hombres que huyen y se van á su pérdida. Turbados, heridos, humillados, y abatidos por esos dardos sólidos, depositan en orgullo, reconocen su falta, y con el corazón contrito piden perdón al Señor, y el Señor perdona por sus súplicas, y les abráza con la ternura de una madre. Es lo que dice el real Profeta: Vuestros dardos, Señor, me penetran por todas partes, y vuestra mano pesó sobre mí: *Sagittae tuae infixae sunt mihi et confirmavit super me manum tuam.* XXXVII. 3).

Así S. Agustín enseña que Dios es un médico hábil y caritativo que se vale de las pruebas como de un remedio precioso y eficaz para curarnos de nuestros vicios. Colocadas, dice, bajo la impresión del remedio, os quemamos, os cortan; gritan: el médico no se conforma con vuestra voluntad, sino con lo que pide vuestra salud. Hecho este caliz amargo, vosotros os lo habéis preparado; bebédlo para que viváis: *Sub medicamento positus, ureris, secaris; clamus: non audit medicina ad voluntatem, sed ad salutem. Bibe anarum calicem, tu enim tibi fecisti: bibe ut vivas.* (In Psal. LXI).

Las pruebas nos enseñan á desprendernos de la nada del mundo, y á afccionarnos á los únicos bienes verdaderos....

Como al Señor, añado S. Agustín, permite á hace que seamos experimentados por las tribulaciones, es entonces misericordioso; ejercitando la fe, disfrutando el socorro, no se niega á darnos auxilio, sino que pone el deseo en movimiento. (Serm. XXXVII. de verbis Domini).

Las pruebas, dice S. Gregorio, abren los oídos del corazón, que cierra muchas veces la prosperidad de este mundo: *Aurem cordis tribulatio aperit, quam sepe prosperitas hujus mundi claudit.* (Moral.)

San Jerónimo dice que Dios quita muchas veces á los pecadores las dulzuras de sus pecados, á fin de que, no habiendo querido conocer á Dios en la prosperidad, le conozcan en la adversidad, y habiendo hecho un mal uso de sus riquezas, vuelvan á la virtud por la pobreza, es decir, que se sean obligados en cierto modo á volver á ser virtuosos. (Comment.)

Las pruebas no abaten más que á los que no saben sufrirlos. Los mejores soldados son elegidos para las ocasiones en que se necesita valor, energía y heroísmo; son elegidos para las acciones importantes y decisivas. Por esto Dios elige con preferencia á los que más ama para enviarles mayores pruebas....

1.° Aprendan los cristianos que las pruebas son una señal, no de la ira de Dios, sino de su amor; porque son la prueba de la elección y de la filiación divina. Es lo que dice el profeta Zacarías: Los probaré como oro y plata; invocarán entonces mi nombre, y oírán su oración. Diré: Este es mi pueblo; y ellos dirán: El Señor es nuestro Dios: *Dicam tertiam partem per ignem, et uram eos, sicut uritur argentum; et probabo eos, sicut probatur aurum. Et vocabit nomen meum, et ego exaudiam eum. Dicam: Populus meus es, et ipse*

Es un bien que
seamos pro-
bados: es una
buena señal.

dicet: Dominus Deus meus. (XIII. 9). Es lo que dijo el ángel al ciego Tobías: Ha sido necesario que la tentación os probase, porque eráis agradables á Dios: *Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te.* (XII. 13). Ya reprobado y castigado á los que amo, dice el Señor en el Apocalipsis: *Ego, quos amo, arguo et castigo.* (III. 19). Es lo que escribe también S. Pablo á los hebreos: el Señor castiga al que ama, y azota á todos los que recibe por hijos suyos. Sed firmes, y perseverad en el castigo; Dios os trata como hijos suyos; porque ¿qué es el hijo que no es castigado por su padre? Si estuviérais fuera del castigo á que todos están sujetos, vendríais á ser como frutos del adulterio, y no hijos legítimos. Y luego, ¿no hemos tenido por maestros á nuestros padres, y no los hemos reverenciado? Con mucha mayor razón debemos, pues, obedecer al Padre de los espíritus, á fin de vivir. Aquellos, durante algún tiempo, nos han castigado como han querido; pero éste nos castiga como es útil para participar de su santidad. Todo castigo parece en la actualidad un motivo de tristeza, y no de alegría; pero más tarde produce á los que han sido ejercitados un trato de justicia lleno de paz (1).

2.° Que los cristianos aprendan que las pruebas por sí mismas no hieren ni dañan, sino que purifican y perfeccionan á los que alcanzan.

El horno, dice el Eclesiástico, prueba los vasos del alfarero, y el alcance de la tribulación á los hombres justos: *Vana signa probat fornax, et homines justos tentatio tribulationis.* (XXVII. 6).

Jesé, dice S. Crisóstomo, sufre con fuerza y dulzura todas sus pruebas; aquí en la tierra, Dios tiene la costumbre de no librar de las pruebas y de los peligros á los hombres llenos de virtudes; pero manifiesta en ellos su poder, en que las pruebas son para ellos una ocasión de alegrías y de mucho mérito. Es lo que dice el Salmista: Señor, en las pruebas me habéis hecho crecer: *In tribulatione dilatasti mihi.* (IV. 2.—Vomil. de croce).

Quando la divina luz ilumina el corazón del hombre, dice San Gregorio, el demonio levanta en el bien pronto más tempestades que las que experimentaba aquel corazón cuando estaba en las tinieblas: *Cum lux divina cor humanum illustrat, mox á diabolo surgunt tempestates, ut plus tentationibus se urgere sentiant, quam dum lucis interie: radios non videbant.* (Moral).

Las pruebas son un remedio que conduce á la salvación, y no una pena que nos lleva á la condenación, dice S. Agustín. (In Sentent. CLIV).

Debemos maravillarnos tanto menos contra las pruebas, cuanto más seguras estamos de que son la prueba del amor paternal de Dios. La adversidad es una señal segura y una arra de la divina elección, y con ella el alma queda despegada con Jesucristo para unirse á él con divino luz. Dedúcid de ahí que no hemos de dudar de las pruebas, sino que más bien las hemos de envíasar.

(1) Quem enim diligit Dominus castigat: flagellat autem quem diligit quem respicit. In disciplina perseverat. Tunc cum illis vobis dicitur: bibe: quis enim filius quoniam non corrigi patet? Quod et extra disciplinam dicitur: cupis participare? Iusti sunt omnes: ergo adulteri, et non filii estis. Responde istos: quidem carum nostrum, et filios vocamus, et reverentiam eis non nullam magis. Admirationibus Patri continentur, et virtutibus. Et illi quidem in tempore patrum dixerunt, secularia voluntatem modo servabant: nos hic autem ad id, quod alibi est in recipiendo sanctificationem: ejus. Omnis autem discipulus, in presenti quidem vitetur non esse gaudii, sed mercedis: postea autem fructum peccatissimum exercitatis per eum reddidit justitiam. (XII. 6-14)

Así que los vasos del alfarero han recibido la forma que se quería, ¿no dirían, si pudiesen sentir, desear y hablar, que los pusieran al fuego para cocerlos y darles solidez? Así también los justos, sostenidos por la gracia de Dios, desean que el fuego de las pruebas queme en ellos todo lo que es impuro, los consuele y los perfeccione en la virtud...

Dios no abandona al hombre justo & y nunca le abandona.

Dios, dice la Sabiduría, no abandona al justo; le libra de las manos de los peccadores, baja con él a la fosa de las tribulaciones; no le deja en las cadenas; le arranca a los que lo oprimen; entra en el alma de su servidor; le da el premio de sus trabajos; le encamina a una vida milagrosa, y le proporciona constantemente abrigo y luz. (X. 13-14-16-17).

Cuando el pueblo de Dios fué agobiado por Faraon con los trabajos de la esclavitud en Egipto, Dios le envió un Salvador, le envió a Moisés. El auxilio de Dios está allí donde las adversidades abundan.

El Señor, dice el apóstol S. Pedro, sabe librar a los justos de las pruebas; *Novit Dominus pios de tentatione eripere.* (II. II. 9). Nos fué libertado de las aguas, Lot de fuego, Abraham de los caldeos, Jacob de la mano de Esau, José de la mano de sus hermanos y de la cárcel; Moisés y los fiebres de la mano de Faraon, del mar Rojo, del hambre y de la sed; David de la mano de Saul; Susana de la mano de los ancianos; Daniel de las garras de los leones; los tres niños se libraron del horno; Martheus fué libertado de la mano de Aman, Judith de la mano de Holofernes, el joven Tobías de la mano del demonio, Judas Macabeo de la mano de Antioch, Elias de la mano de Jezabel, San Pedro de las cadenas y de la cárcel. El Salmista proclama esta verdad: Grandes tribulaciones están reservadas a los justos, dice; pero el Señor los librará de todos los males: *Multas tribulationes jutorum, et de omnibus his liberabit eos Dominus.* (XXXIII. 20).

Invocádmelo en el día de la angustia, dice el Señor; yo os libraré y os honraré: *Tunc me in die tribulationis: eruum te, et honorificabis me.* (Psal. XLVIII. 15). Me invocará, y le oiré, estaré con él en sus tribulaciones; le salvaré, y le colocaré en la gloria: *Gloriabit ad me, et ego exaudiam eum; cum ipso sum in tribulatione; eripiam eum, et glorificabo eum.* (XG. 15).

Cuanto mayores son las pruebas, más cerca está Dios de nosotros...

Las pruebas dan a conocer lo que hay dentro.

Hay dos circunstancias en la vida en que cada cual ve lo que hay en el corazón humano, la oración de obrar en secreto, y el momento de las pruebas. Muchos son malos interiormente, y buenos en las apariencias, lo que se llama hipocresía; si tienen ocasión de pecar, sin temor de ser descubiertos, entonces se manifiesta su corrupción y su malicia. De la misma manera, en tiempos de prosperidad, no se pueden discernir los malos de los buenos; pero, cuando llega el fuego de las pruebas, entonces brilla el oro y la paja humea; entonces murchuran los oñulos, se arrebitan y blasfeman; y los buenos, por el contrario, se someten, se resignan, oran y practican la paciencia y la dulzura. Hablando el Rey Profeta de aquel primer género de prueba, dice: *Vestigasti nocte:* Me habeis visitado durante la noche, es decir, cuando tenía ocasión de pecar secretamente. Visitando a la segunda circunstancia dice: *Igne me examinasti:* Me habeis hecho pasar por el fuego de la tribulación, por una prueba aluzadora.

Y habiendo sabido el Rey Profeta vencerse en ambas circunstancias, añade: *Et non est inventa in me iniquitas:* Y no he hallado en mí la iniquidad. (XVI. 3). Cualquiera que en estas dos circunstancias sepa, como el Profeta, conservar su alma y su virtud, puede repetir: La iniquidad no se halla en mí: *Et non est inventa in me iniquitas...*

En el crisol, dice S. Agustín, se purifica el oro y se quema la paja. (In Psal. LXI).

El piloto, dice Séneca, se da a conocer en la tempestad, y el soldado en los combates: *Gubernatorem in tempestate, in acie militem cognovimus.* (Lib. de Provid.)

El Santo y gran patriarca Abraham fué experimentado diez veces por Dios y siempre victorioso. 1.º Dios le mandó que abandonase su patria y a sus parientes y amigos, y fuese como extraño a una tierra desconocida... 2.º En el momento de hambre, se le mandó que fuese a Egipto. 3.º Faraon le quitó a su esposa y ésta estuvo expuesta a perder su castidad y hasta su vida. 4.º Se vió obligado a separarse de Lot, su querido sobrino, por las discordias de sus criados. 5.º Se vió obligado a trabar un combate feroz y peligroso para librar a Lot, que era cautivo. 6.º Instado por Sara, se vió en la precisión de despedir a Agar, a Agar con quien se había casado, y de la que tenía que tener pronto un hijo. 7.º Tejiendo ya una edad avanzada se le ordenó la circuncisión. 8.º El rey Abimelech le quitó a su esposa Sara. 9.º Se vió obligado de nuevo por Sara y por orden de Dios a arrojar por segunda vez a Agar y a su hijo Ismael. 10.º Dios le mandó que sacrificase a su hijo Isaac. Y como esta última prueba fué la más terrible, es la única que Moisés llama tentación. Oíd las palabras de una orden tan doloroso: Abraham, toma tu hijo único, a quien quieres, y anda a sacrificarle en una de las montañas que yo indicaré. (Gen. XXII. 2).

La madre de los Macabeos imitó a Abraham... (Y cuántos otros han experimentado las mismas pruebas!)

¿Cuándo hemos sido probados nosotros tan cruelmente? (Y aún nos quejamos!)

Hemos pasado por el fuego y el agua, Señor, dice el Salmista; y nos habeis traído al lugar de la dicha: *Transivimus per ignem et aquam; et exivimus nos in refrigerium.* (LXY. 12). Ha encontrado en todas partes la tribulación y la angustia; lo que me ha hecho invocar el nombre del Señor: *Tribulationem et dolorem inveni, et nomen Domini invocavi.* (Psal. CXVI. 3-4). Señor, me habeis experimentado y conocido: *Domine, probasti me, et cognovisti me.* (Psal. CXXXVIII. 1).

Venidas de las pruebas.

Lo que el fuego es para el oro, la lima para el hierro, y el aventador para el trigo; son las pruebas para las almas fieles.

Sometido S. Pablo a grandes pruebas y a crueles tentaciones, confió al Señor que le libraba de ellas y el Señor le respondió: Mi gracia te basta; porque mi fuerza brilla en la debilidad. Con alegría me glorificaré aún más en mis debilidades, para que la fuerza habite en mí, añade el apóstol. Por esta razón me complazco en mis debilidades; en los ultrajes, en las necesidades, en las

©

persecuciones y en las angustias por Cristo, porque, cuando soy débil, soy entonces fuerte: *Et dixit mihi: Sufficit tibi gratia mea; nam virtus in infirmitate perfectitur. Libenter igitur glorior in infirmitatibus meis, ut inobilitas in me virtus Christi. Propter quod placeo mihi in infirmitatibus meis, in contumelia, in necessitatibus, in persecutionibus, in angustias pro Christo: cum enim infirmor, tunc potens sum.* (II. Cor. XII. 9-10).

¿Quién conocía mejor que Jesucristo lo que más ventajoso podía ser para los hombres?

Las más grandes ventajas del hombre las reduce á ocho, y las explica en su sublime discurso en la montaña. Y estas ventajas son ocho pruebas, á las que da el nombre de bienaventuradas. Y aquel gran Dios dice: Bienaventurados seréis cuando los hombres os maldigan y os persigan, dirigiendos falsamente toda clase de improperios por mí, Alegraos, regociaos, porque grande será vuestra recompensa en los Cielos. (Matth. v. 3-12).

Las pruebas son advertencias que tienen por fin conservarnos en la gracia y en la virtud, preservarnos del pecado y del infierno, y asegurar nuestra salvación eterna...

El oro y la plata se prueba con el fuego, dice el Eclesiástico, y los hombres, que Dios acepta, pasan por el crisol de la humillación: *In igne probatur aurum et argentum; homines vero receptibiles in camino humilitationis.* (II. 5). Así como el fuego no daña al oro, sino que le es ventajoso, porque le prueba, le purifica, le da más valor y lo hace más brillante; así también el crisol de las pruebas, de las humillaciones y de las aflicciones, experimenta al que las sufre, le purifica, le perfecciona, le ilustra, lo hace muy agradable á Dios y digno de él...

Las pruebas son el azote de Dios; hacen de nosotros un trigo digno de la era de Dios; separándonos de la paja...

Perfectamente dice S. Agustín: En el horno la paja quema y el oro se purifica; la paja queda reducida á cenizas, y el oro se desprende de lo que lo manchaba. El horno representa al mundo, el oro los justos, el fuego las pruebas; y el dueño del horno y del oro es Dios. Hago lo que quiere el maestro; permanezco donde me coloca, y tengo paciencia. Todo debo sufrirlo; el sabe como purificarme.

Ardía la paja para quemarme y consumirme, lo consento, pues ella queda reducida á cenizas, y yo me desprendo de mis escorias. Ningún servidor de Jesucristo está sin prueba; si creyese poder pasar sin ellas, no habría todavía empezado á ser cristiano. Las pruebas interiores y exteriores preparan la glorificación del pecador, obligan al que resiste, instruyen al ignorante, preservan al que corre, protegen al débil, excitan al tímido y conducen á esta muerte que es el principio de la vida eterna (1).

(1) In fornace ardet palea, et purgatur aurum: illa in cineres vertitur, et a sortibus illud exardet. Fornax est mundus, aurum justus, ignis tribulatio, auriferus Deus. Quis vult ergo auriferus, factus ubi potest esse auriferus, habere. Justus ergo tolerare, non illi purgare. Ardet licet palea ad incendendum non, et quasi consumiturque est, illa in cinerem vertitur, ego sordibus carere. Nullus servus Christi sine tribulatione est; si palea te non habere persecutionem, non tam copiosi esse christianus. Flagellus interior et exteriori gloriificat peccatorem, compellit robustum, erudit ignorantem, custodit cursum, protegit infirmum, excitat torpentem: initiat ad mortem semper vivitorem. (Serm. III. in Machab.)

¡Dichoso el hombre á quien el Señor experimenta! No rechazéis, pues, las correcciones si que os someta; porque hiere y castiga, y sus manos salvan...

Dios, dice el Rey Profeta, multiplica las pruebas; y sólo después de esto se adelanta á pasos agigantados por el buen camino: *Multiplicatae sunt infirmitates eorum; postea acceleraverunt.* (XV. 4).

Las aguas, dice el profeta Jonás, me han saltado hasta ponerme en las puertas de la muerte; el abismo me ha envuelto, y el mar ha cubierto mi cabeza. Cuando mi alma se hallaba oprimida, me ha acorrido de vos, Señor, y mi oración ha sido oída; hablásteis al cetáceo; y éste me arrojó á la ribera. (II. 6-8-11).

Los sabios del mundo, dice Daniel, caerán bajo la espada, en el fuego y en el cautiverio; caerán así para que sean renovados, elegidos y purificados: *Docti in populo ruent in gladio, et in flamma, et in captivitate. Et ruent, ut conflentur, et eligantur, et dealbentur.* (XI. 33-35).

Dios, dice el profeta Malaquías, es como el fuego que devora, como la yerva jabonera de los bataneros, que purifica; se sentará para derretir y purificar la plata; y purificará á los hijos de Levi, como el oro y la plata pasados por el fuego. (III. 2).

En las pruebas se ha de tener siempre el ánimo tranquilo; porque es cierto que llega el divino auxilio, cuando cesa el humano...

Las tribulaciones, dice S. Bernardo, proporcionan tres bienes principales: el ejercicio, por temor de que la virtud no se entibie con el amor de la pureza; el sufrimiento, para que la fuerza de nuestra constancia sea un ejemplo para animar á los otros; y la recompensa, para que, según el peso de las pruebas, aumente el peso de la gloria. (In Sentent.)

La virtud experimentada se engrandece, dice S. Leon: *Crescit adversa agitata virtus.* (Serm.)

Cuanto más seréis experimentados, más os enriqueceréis, dice S. Bernardo: *In quantum gravatis, in quantum loceris.* (In Sentent.)

No nos atormentemos por los males que sufrimos, dice Jerónimo; pues, considerando que estos males son menores que nuestros pecados, y que somos castigados como siervos, persuádamonos de que Dios quiere corregirnos y no perdonarnos: *Et nos ergo non ulciscamur nos pro his que patimur. Sed, reputantes peccata nostris hinc ipsa supplicia minorare esse, flagella Domini, quibus quasi servi corrigimur, non contumeliamus, et non ad perditionem nostram evanesce credamus.* (VIII. 26-27).

Todo se convierte en bien para los que aman á Dios, dice el gran apóstol: *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.* (Rom. VIII. 28). El cristiano no debe olvidar nunca estas palabras. En la pobreza, en la enfermedad, en la persecución, en la calumnia, en el naufragio, en el incendio, en las pérdidas, en el desaterrío y en la muerte, acórgese que todo es en ventaja del que ama á Dios. Debe darle para él en todas las pruebas: *Quæro tibi de que nada doloroso ni penoso puede sucederme, que no haya sido determinado primero por el orden paternal de la Providencia.*

Jesucristo y los Santos son modelos en las pruebas.

Hemos de beber el cáliz de las pruebas; hemos de beberlo para curarnos y vivir. Y por temor de que digamos: No podemos beberlo, no lo sufriremos, no lo beberemos, Jesucristo lo bebió el primero hasta las heces, él que estaba lleno de salud, él que era la misma inocencia y la santidad; á fin de que nosotros, miserables enfermos, cubiertos de heridas y llagas, cargados de culpas y agobiados de deudas, lo bebésemos para curarnos, recobrar la inocencia, borrar nuestros pecados, pagar nuestras deudas, y asegurarnos la posesión del Cielo, donde nada manchado puede entrar. ¿Qué amargura hay en este cáliz de las pruebas que no haya gustado Jesucristo antes que nosotros? ¿Se trata de desprecios en justicias? Los sufrió crueles cuando arrojaba á los demonios, porque sus enemigos decían: Arroja á los demonios en nombre de Belsébú. Si amargas son los dolores, él fue azotado, azotado y crucificado; si amarga es la muerte, él murió; si nuestra debilidad se horroriza por el género de muerte que nos amenaza, nada era más ignominioso entonces que la muerte en la cruz... Sea, pues, Jesucristo nuestro modelo en todas las pruebas...

Los Santos son también nuestros modelos en las pruebas. Tobías se quedó ciego, y el Señor le envió aquella terrible prueba para que sirviese de modelo de paciencia, como el santo hombre Job, sin hablar de otros muchos, son dos modelos, dos espejos de paciencia, para todos los ciegos, los afligidos, los pobres y los perseguidos. Tobías, dice la Escritura, permaneció firme en el temor de Dios, dando gracias á Dios todos los días de su vida: *Inmobilis in Deo timore permanet, agens gratias Deo omnibus diebus vite sue.* (Tob. II. 14). Este es un acto heroico de paciencia; es el estado de un hombre santo y perfecto, que, despreciando todas las cosas de la tierra, auxilios ú obstáculos, poco importa, tiene su espíritu en el Cielo, y disfruta anticipadamente de la felicidad suprema... De la misma manera Job, agobiado de aflicciones por todas partes y de todas clases, decía: Dios me ha dado bienes, Dios me los ha quitado; se ha hecho la voluntad del Señor; bendito sea su nombre: *Dominius dedit, Dominus austrulit: sicut Domino placuit, ita factum est; et nomen Domini benedictum.* (I. 21).

En medio de las pruebas más crueles, qué admirables modelos nos presentan los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes, los misioneros y los Santos de todas las edades, de todos los sexos, de todos los tiempos y de todos los lugares!...

El camino, la manera y las razones por las que Dios conduce á sus elegidos en el desierto de esta vida, son admirables; es al través de las pruebas, al través de asechanzas, peligros, enemigos, trabajos, tentaciones, persecuciones, cruces y martirios, que los conduce á la tierra prometida, á la tierra de los vivos.

Una herida parece dañar á la salud; y sin embargo es muchas veces el remedio más eficaz...

Las pruebas son ó remedios excelentes para aprovecharnos de ellas.

Segun S. Crisóstomo, las pruebas son como el corte del arado. Con aquel instrumento abrimos nuestros corazones, á fin de que, si hay yerbas malas y arraigadas, si hay maleza y espinas, las arranquemos por completo, y seamos una tierra bien cultivada, dispuesta á recibir las simientes de la gracia y de la virtud. (Homil. de Cruce).

Pero ¿qué se ha de hacer para aprovecharnos de las pruebas? Hemos de imitar la paciencia de Job, y repetir: Dios todo me lo ha dado, y todo me lo ha quitado; el Señor ha hecho su voluntad; bendito sea su nombre! (I. 21). Hemos de imitar á Tobías, que decía: Os bendigo, Señor, Dios de Israel, porque me habeis castigado y salvado: *Benedicite te, Domine Deus Israel, quia tu castigasti me, et tu salvasti me.* (XI. 17).

Hijo mio, dice el Señor en el Eclesiástico, hijo mio, cuando entreis al servicio de Dios, permaneced en la justicia y en el temor, y preparad vuestra alma á la tentacion. Hamillad vuestro corazon, y esperad en paciencia. Sufrid los decretos de Dios. Aceptad todo lo que os suceda, y permaneced pacíficos en vuestro dolor. Confid en Dios, y os salvará; conservad su temor; y con él envejeceréis. (Ibid. II. 1-4-6).

La más grande ventaja que puede sacarse de las pruebas, y lo que aumenta infinitamente su mérito y su recompensa, es dar gracias á Dios por ellas, dice S. Crisóstomo: *Maximum lucrum in tribulationibus, est gratiarum actio.* (Homil. de Cruce).

Si el alma, dice S. Gregorio, se ve fuertemente á Dios, para no ver más que él en todo, las amarguras se convierten en dulzura, y toda aflicción es para ella un descanso. Si mens, forti intentione in Deum dirigatur, quodvis in hac vita sibi amarum dulce estimat; omne quod affligit, requiem putat. (Lib. V. Moral.).

Las pruebas sufridas con paciencia son la puerta del Cielo; y allí nos conducen.

Las pruebas son las puertas del cielo y nos aseguran su posesión.

Por esto se ha dicho de Jesucristo: ¿No era preciso que el Cristo sufriese estas cosas (toda su pasión), y entrase así en su gloria? *Nonne huc oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam?* Luc. XXIV. 26). Fué preciso que Jesucristo sufriese todas las pruebas y entrase en la gloria por el camino de los sufrimientos y de la cruz.

Dice el libro de las Actas de los Apóstoles que S. Pablo y S. Bernabé afirmaban sus almas, enseñándolas que por muchas tribulaciones se ha de entrar en el reino de Dios: *Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei.* (XIV. 21).

Las prosperidades y la felicidad de esta vida son, por el contrario, la puerta del infierno. Por esta razon Dios ha da muchas veces á los malos y los impíos, y les niega á los buenos.

Cualquiera que os honre, Señor, dice la Escritura, está seguro de que, si sufre pruebas durante su vida, será coronado; si se ve afligido, será libertado; y si se ve castigado, podrá obtener misericordia: *Illos pro certo habet omnia qui te colit, quod vita ejus, si in probatione fuerit, coronabitur; si autem in tribulatione fuerit, liberabitur; et si in correptione fuerit, ad misericordiam tuam venire facit.* (Tob. III. 21).

Los que han sembrado en las lágrimas, segarán en la alegría, dice el Real Profeta. Han y floraban derramando sus semillas; pero volverán en la alegría, llevando los haces cosechados en sus manos: *Plantati ibant et flebant, mittentes semina sua; venientes autem venient exultatione portantibus manipulos suos.* (LXXV. 5-6).

Desgracia de los que no tienen pruebas, que sufrir, ó las rechazan.

Vivir sin pruebas, es vivir para el infierno... En tal caso no estamos ya señalados con el sello de Dios, sino con el de la reprobación.

Sepan los que rechazan las pruebas que serán todos desgraciados en esta vida y en la otra....

Los que no han recibido las pruebas en el temor de Dios, dice la Escritura, y han manifestado su impaciencia y murmurado contra él, han sido entregados al ángel del exterminio. (*Judith. VIII. 24-25*).

El mundo entero es un gran crisol en el cual son arrojados los hombres. Allí el justo se parece al oro, y el impío á la paja. Con el mismo fuego el justo es purificado y santificado y el impío devorado, consumido y condenado. Y Dios, dice S. Agustín, es alabado en ambos: en uno por la recompensa, y en el otro por el castigo; en el uno por su misericordia, y en el otro por su justicia. (*Lib. de Civit.*)

PUREZA.

Así como en un espejo empañado, dice S. Basilio, la imagen de los objetos no puede ser recibida ni vista; el hombre no puede tampoco recibir ni ver las luces del Espíritu Santo si no es puro (1).

Vivamos con decencia, dice el gran apóstol, no en la disipación ni en la embriaguez, ni en las disoluciones de la mesa y del lecho; revestidos, por el contrario, del Señor Jesucristo, y no trateis de contentar los deseos de la carne (2).

Purificadnos del fermento viejo, dice aquel apóstol á los corintios, para que seáis una pasta nueva: *Esurgate vetus fermentum, ut sitis nova conspersio.* (I. v. 7).

De la misma manera que la luz del sol no puede ser vista más que por ojos puros, dice S. Agustín, Dios no puede ser visto sino por una alma pura: *Quomodo enim lumen hoc videri non potest, nisi oculis mundis; ita nec Deus videtur, nisi mundum sit illud, quod videri potest.* (*Lib. Civit.*)

Por esto Jesucristo os promete la vista de la gracia, de la gloria y del mismo Dios, más que á los corazones puros: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt.* (*Math. v. 8*).

Nada manchado entrará en el Cielo, dice el Apocalipsis: *Non intrabit in eam aliquod inquinatum.* XXI. 27.

La pureza, dice S. Atanasio, es una perla preciosa y rarísima; y sin embargo es necesaria. (*Troct. de Virg.*)

Ante todo, dice Orígenes, el que quiere salvarse debe ser puro. (*In Cant.*) No hay más verdaderos cristianos que los que son castos, dice Clemente de Alejandría. (*Lib. I. Strom.*)

San Jerónimo quiere que la pureza dirija nuestras acciones y nuestras miradas. (*Epist.*)

Hemos de ser puros como los ángeles, dice S. Crisóstomo, puesto que estamos destinadas á vivir con ellos. (*In Moral.*)

Según S. Agustín, el corazón debe ser tan puro como los rayos del sol. (*Lib. de Civit.*)

El que guarda la castidad, es un ángel, dice S. Ambrosio; el que la pierde, es un demonio: *Qui castitatem servaverit, angelus est; qui perdidit, diaboli.* (*Lib. de Virgin.*)

Si vivís según la carne, moriréis, dice S. Pablo á los romanos: *Si secundum carnem viveritis, moriemini.* (VIII. 13).

(1) *Sicut in speculo impurgato rerum imagines recipi videntur; sic hanc illustrationem Spiritus Sancti recipere non potest, nisi carnis affectionem abiciat.* (*Homil.*)

(2) *Honeste ambulemus, non in cunctisambibus, et ebrietatibus, non in cubiliis et impudiciis; sed imitemur Dominum Jesum Christum, et carnis curam ac feceritis in desideriis.* (*Rom. xiii. 13-14*).

Desgracia de los que no tienen pruebas, que sufrir, ó las rechazan.

Vivir sin pruebas, es vivir para el infierno... En tal caso no estamos ya señalados con el sello de Dios, sino con el de la reprobación.

Sepan los que rechazan las pruebas que serán todos desgraciados en esta vida y en la otra....

Los que no han recibido las pruebas en el temor de Dios, dice la Escritura, y han manifestado su impaciencia y murmurado contra él, han sido entregados al ángel del exterminio. (*Judith. VIII. 24-25*).

El mundo entero es un gran crisol en el cual son arrojados los hombres. Allí el justo se parece al oro, y el impío á la paja. Con el mismo fuego el justo es purificado y santificado y el impío devorado, consumido y condenado. Y Dios, dice S. Agustín, es alabado en ambos: en uno por la recompensa, y en el otro por el castigo; en el uno por su misericordia, y en el otro por su justicia. (*Lib. de Civit.*)

PUREZA.

Así como en un espejo empañado, dice S. Basilio, la imagen de los objetos no puede ser recibida ni vista; el hombre no puede tampoco recibir ni ver las luces del Espíritu Santo si no es puro (1).

Vivamos con decencia, dice el gran apóstol, no en la disipación ni en la embriaguez, ni en las disoluciones de la mesa y del lecho; revestidos, por el contrario, del Señor Jesucristo, y no trateis de contentar los deseos de la carne (2).

Parificadnos del fermento viejo, dice aquel apóstol á los corintios, para que seáis una pasta nueva: *Expurgate vetus fermentum, ut sitis nova conspersio.* (I. v. 7).

De la misma manera que la luz del sol no puede ser vista más que por ojos puros, dice S. Agustín, Dios no puede ser visto sino por una alma pura: *Quomodo enim lumen hoc videri non potest, nisi oculis mundis; ita nec Deus videtur, nisi mundum sit illud, quod videri potest.* (*Lib. Civit.*)

Por esto Jesucristo os promete la vista de la gracia, de la gloria y del mismo Dios, más que á los corazones puros: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt.* (*Math. v. 8*).

Nada manchado entrará en el Cielo, dice el Apocalipsis: *Non intrabit in eam aliquod inquinatum.* XXI. 27.

La pureza, dice S. Atanasio, es una perla preciosa y rarísima; y sin embargo es necesaria. (*Troct. de Virg.*)

Ante todo, dice Orígenes, el que quiere salvarse debe ser puro. (*In Cant.*) No hay más verdaderos cristianos que los que son castos, dice Clemente de Alejandría. (*Lib. I. Strom.*)

San Jerónimo quiere que la pureza dirija nuestras acciones y nuestras miradas. (*Epist.*)

Hemos de ser puros como los ángeles, dice S. Crisóstomo, puesto que estamos destinadas á vivir con ellos. (*In Moral.*)

Segun S. Agustín, el corazón debe ser tan puro como los rayos del sol. (*Lib. de Civit.*)

El que guarda la castidad, es un ángel, dice S. Ambrosio; el que la pierde, es un demonio: *Qui castitatem servaverit, angelus est; qui perdidit, diaboli.* (*Lib. de Virgin.*)

Si vivís segun la carne, moriréis, dice S. Pablo á los romanos: *Si secundum carnem viveritis, moriemini.* (VIII. 13).

(1) Sicut in speculo impurgato rerum imagines recipi videntur; sic hanc illustrationem Spiritus Sancti recipere non potest, nisi carnis affectionem abiciat. (*Homil.*)

(2) Honesto ambelemus, non in cunestastibus, et ebrietatibus, non in cubiliis et impudiciis; sed imulamini Dominum Jesum Christum, et carnis curam ac feceritis in desideris. (*Rom. xiii. 13-14*).

No os engañéis, dice aquel apóstol a los corintios; ni los fornicadores, ni los adúlteros, ni los ademinados ni sus cómplices, poseerán el reino de Dios: *Nolite errare: neque fornicari, neque adulteri, neque mallos, neque masculorum concubitores, regnum Dei possidebunt.* (I. VI. 9-10). Ni la carne ni la sangre pueden poseer el reino de Dios; y la corrupción no poseerá la incorruptibilidad: *Caro et sanguis regnum Dei possidere non possunt: neque corruptio incorruptelam possidebit.* (I. Cor. XV. 50).

Arroyad á los impúdicos, dice el Apocalipsis: *Foris impudici.* (XX. 15).

Así pues, la pureza es de una necesidad absoluta...

La sal, dice el venerable Beata, aleja los gusanos: la sal del cristiano es la pureza. *De Sentent.*

El hombre, dice S. Leon, posee una paz profunda y una verdadera libertad, cuando somete la carne al espíritu y el espíritu á Dios: *Vera pax hominis, et vera libertas, quando et caro, animo iudice, regitur; et animus, Deo premite, gubernatur.* (Serm. de Nativ.).

La pureza, dice Tertuliano, es la flor de las costumbres, el honor del cuerpo, el adorno de ambos sexos y el fundamento de la santidad: *Pudicitia flos morum, honor corporum, decus sexuum, fundamentum sanctitatis.* (Lib. de Pudic.).

La pureza tiene el mérito y la gloria del martirio, dice S. Jerónimo. Aun cuando las persecuciones de los tiranos no existen, y no damos la sangre por Jesucristo, la paz tiene también su martirio, porque, aunque no ponemos el cuello bajo la espada del verdugo, con la espada de la pureza abatimos los deseos carnales; la que sale el martirio, y es un verdadero martirio. (Homil. III. in Evang.)

Mortificar las obras de la carne con el espíritu, es un martirio, dice san Bernardo. El martirio de sangre por medio de la cuchilla parece más cruel; pero es ménos doloroso en duracion que el martirio de la castidad. La castidad, sacra todo en la juventud, tiene la gloria del martirio; véase el caso José: (Serm. III. in Cant.)

Dichosa la esterilidad voluntaria é inescudada! dice la Sabiduría; será recompensada cuando Dios visite las almas santas: *Felix est sterilitas et incoquinatio; habebit fructum in respectione animarum sanctarum.* (III. 13). Un don especial será concedido á su fidelidad, y una parte brillantísima en la casa del Señor: *Debitur illi domum electum, et sors in templo Dei acceptissima.* (Sap. III. 14).

Qué cosa más hermosa, dice S. Bernardo, y qué cosa más excelente que la castidad que hace puro á un hombre concebido en la mancha, de un enemigo hace un siervo fiel, y del hombre hace un ángel! La castidad es la única que, en este lugar, en este tiempo de mortalidad, representa el dichoso estado de la inmortalidad y de la gloria. Los que son puros son el adorno de la Corte de Dios, edifican el palacio del Dios rey y forman la nobleza de la Iglesia (1).

(1) Quis castitate magis decorum, quam mundum de immundo, conceptum semine, de heste domesticum, angelum denique de homine facit? Sola est castitas que in hoc mortalitate loco et tempore, vitam quendam immortalitatis et glorie representat. Pudici curiam Dei ornant, palatium Dei regis edificant, et nobilitatem Ecclesie constituent. (Ejusd. 122).

La pureza, dice S. Cipriano, no busca ningun adorno extraño; ella es el más bello adorno de sí misma. Esta virtud nos hace agradables á Dios, nos une á Jesucristo; combate todos los movimientos ilícitos de los deseos corrompidos de la carne; da paz á nuestros cuerpos; y dichosa ella, hace felices á los que la poseen (1).

La pureza, dice S. Cipriano, es la gloria de nuestro cuerpo, el adorno de las costumbres, la santidad de la mujer, el lazo de la modestia, el mandamiento de la castidad, la paz de la casa y la base de la concordia. La pureza no se ocupa más que en agradarse á sí misma. La pureza es siempre reservada, y es madre de la inocencia. La pureza es siempre brillante en su porte, y está satisfecha de su hermosura, si desagrada á los hombres impuros. Nadie puede acusarla, ni siquiera los que no la tienen; es venerable hacia para sus enemigos, que la admiran tanto más, cuanto no pueden combatirla y triunfar de ella (2).

¡O pureza, dice S. Efrén, madre del placer y verdadera distinción de la vida angelical! ¡O castidad, prenda del corazón sin mancha, suave para los labios y de un aspecto admirable! ¡O castidad, haces que los hombres se parezcan á los ángeles! ¡O castidad, don de Dios! ¡O castidad, puerto tranquilo, colocado en la más alta region de la paz y de la seguridad! (3).

La pureza es el muro invencible de la santidad, aparta toda deshonra y toda infamia; es la base de la fuerza y el aniquilamiento de la hirviente injuria; es el susten de la probidad y la muerte de lo impropio; es la victoria del alma y el freno del cuerpo; es la abundancia de las glorias y la esterilidad de los crímenes, es la guía de la virtud y el azote de los vicios; produce la sinceridad, y desierta los escándalos, es un precioso ejercicio, que rechaza toda impureza; es la paz segura de las virtudes y la guerra terrible contra los vicios; es la libertad del bien y la cárcel del mal; es el puerto de la honradex, y el naufragio de todas las ignominias; es la madre de la virginidad y el enemigo de todo lo que es inhumado; es la coraza del pudor, la ruina de la vergüenza, la muerte de la corrupción y la muralla de la fuerza; aleja toda falsedad; es la espada de la disciplina; triunfa de la disolucion y la mata; es la armadura de las libertes; desarma lo que es despreciable y transitorio; es la dignidad de las costumbres y el camino de la luz; el abismo donde toda degradacion desaparece; es el refrigerio del corazón, y el fuego donde se pierde toda ardor irregular; proporciona todos los triunfos, abate todos los excesos, es el reposo de la salvacion, el

(1) Pudicitia nihil ornamentorum querit, diem suum ipsa est. Nec nos communiuozia, quom corporibus amittit, infecti bestia ipse, et bestia efficitur. (Lb. I. de Romano pudic.)

(2) Pudicitia est homin corporum ornamentum maxum sanctitas sexuum, vinculum pudoris, sine castitate, pax domus, concordia caput. Pudicitia sollicita non est cui placeat, nisi alio. Pudicitia semper veroculata, summoqum inuier. Pudicitia semper detinetur sine pudore, sine illi hinc omnia de pudicitia dicit, et in pudore displicet. Amaram inuicem possunt, nec uita eam, ubi habentia vixerunt, etiam hostilia suis, dum illam male magis mirantur, qui eam expugnare non possunt. (Lb. I. de Romano pudic.)

(3) O castitas mater dilectionis, et angelice vite ratio! O castitas, que mundum est corde, ac habet culture, hilicque inspectu O castitas, que hominis angustis similes redit O castitas, domum Dei! O castitas, portu tranquillu in summa pace se uicioru constituit. (Serm. de Castit.)

abrigo contra la perdición; es la vida del espíritu y la muerte de la carne; hace que el alma sea angélica; modera todas las inclinaciones, las doma, las pisotea y reina como triunfador. (Auctor libri de Singul. clericorum apud S. Cyprianum.)

El fruto de la pureza está lleno de dulzura, dice S. Cirilo; su hermosura es incomparable, sus perfumes suavísimos, y su valor sin precio. Es la perla más preciosa de la naturaleza y de la virtud; es la suprema templanza y la victoria perfecta; en ella está toda la gloria. Es una rosa que esparce el más agradable de los olores. (1) angélica virtud de la pureza, eres reina del humbral; (2) admirable zafiro; (3) diamante reluciente y siempre hermoso! (Homil.)

¡Qué grande es la castidad! exclama S. Atanasio, y qué rica es su gloria! (4) castidad, tesoro incomprendible! (5) continencia, amiga de Dios y alabada por los ángeles; (6) pureza, que se escapa de la muerte del infierno y se fija en la inmortalidad! (7) continencia, alegría de los profetas, gloria de los apóstoles, vida de los ángeles y corona de los Santos. (Tract. de Virgin.)

¡Preguntaban á Agesilio rey de los isacodemonios, qué bien habían proporcionado las leyes de Licurgo á los espartanos. Y él respondió: El desprecio de los deleites; Contemptum voluptatum. (Anton. in Meliss.)

¡O castidad, exclama S. Efraim, freno de la vista, destruyes las tinieblas y haces que el hombre sea todo luz; (8) castidad, crucifijas la carne, la haces esclava, y te lanzas repentinamente al Cielo; (9) castidad, llapas de dicha el corazón que te puse; y eres las alas del alma que se eleva al Cielo; (10) castidad, engendras la alegría espiritual y destruyes los pesares! (11) castidad, moderas las pasiones, les quitas su fuerza, y desligas el alma de sus crueles agitaciones! (12) castidad, fumigas á los justos, y atas á Satanás en sus abismos tenebrosos; (13) castidad, ahuyentas la pereza y das paciencia! (14) castidad, carro espiritual, llevas al hombre á la mansión del Cielo; (15) castidad, reina de las flores por el huerto, la hermosura y los suaves olores! (16) castidad, precursora del Espíritu Santo, con él habitas. (Serm. de Castit.)

Señor, dice S. Agustín, ordenais la práctica de la pureza: dadme la fuerza de cumplirla, y mandad entónces todo lo que querais; Deus meus, continentium iubes; da quod iubes; et iube quod vis. (Lib. Confess.)

Todos los tesoros no son bastante premio para una alma casta, dice el Eclesiástico: Omnia ponderatio non est digna continentis anime. (XXVI. 20.)

El hombre puro, dice S. Bernardo, se diferencia del ángel, no en santidad, sino en valor: Differt homo pudicus et angelus, non santidad, sed virtute. (Epist. LI. ad Henricum Senon. archiepisc.)

Con el mérito de esta virtud, los hombres son iguales á los ángeles, dice Casiano: Huius virtutis merito, homines angelis equantur. (Lib. Instit.)

El hombre puro es un ángel, dice S. Ambrosio. (Lib. de Virgin.) Esta virtud hace del hombre un ángel, dice S. Efraim: Efficit angelum de homine. (In vita S. Abrabae.)

Esta virtud es la adquisición de los triunfos, según S. Cipriano: Acquisitio triumphorum. (Lib. de Bono pudicit.) Es la vida del Espíritu, según S. Efraim: Vita spiritus. (Serm. de Castit.)

La pureza es la reina de las virtudes, dice S. Pedro Damian. (In Epist.) La castidad, purificando las almas, les hace ver á Dios, dice S. Agustín: Castitas, mundans mentes hominum, praeuat videre Deum. (Lib. Confess.)

La castidad, dice S. Basilio, hace que el hombre sea semejante á Dios: Pudicitia hominem Deo simillimum facit. (In Epist.)

Sea el hombre humilde, sea devoto; y si no es puro, no será nada, dice Sto. Tomás de Villanueva. (Epist.)

Una larga castidad tiene el mérito de la virginidad, según S. Bernardo: Longa castitas pro virginitate reputatur. (Serm. in Cant.)

¡O pureza, exclama S. Atanasio, morada del Espíritu Santo, vida de los ángeles y adorno de los elegidos! (Tract. de Virgin.)

Según S. Jerónimo, la pureza es el adorno de la Iglesia de Dios, la más rica y la más noble corona de los sacerdotes: Ornamentum Ecclesiae Dei, carum illustrius sacerdotum. (Epist.)

Ante la excelencia, las riquezas, y maravillas de la pureza ¿quién de nosotros no ha de sentirse inclinado y decidido á practicarla á todo precio?...

No hay condenación para los que están en el Cristo Jesús, y no marchan según la carne, dice el gran apóstol á los romanos: Nihil damnationis est eis qui sunt in Christo Jesu, qui non secundum carnem ambulant. (VIII. 1.)

Si vivis según la carne, añade, moriréis; pero, si mortificas con el espíritu los actos de la carne, viviréis: Si secundum carnem vixeritis, moriemini; si autem facta carnis mortificaveritis, vivetis. (Rom. VIII. 13.)

El hombre recogerá lo que siembre, escribe á los galatas. El que siembre en la carne, recogerá la corrupción; y el que siembre en el espíritu, en la pureza del espíritu recogerá la vida eterna (1).

Al ver santa Clara que la ciudad y su monasterio estaban rodeados de soldados corrompidos y furiosos, se acercó á las murallas de la ciudad exclamando: No entreguéis á las fieras, Señor, las almas que en vos ponen su confianza; Ne tradas bestias animas confidentis tibi. Y de repente desaparecieron los soldados, y el monasterio y la ciudad se salvaron. (In epist. disa.)

Por la protección visible de Dios, ninguna virgen ha sido ni ha podido ser vencida, ni siquiera por los más impuros tiranos, ni con sus promesas, ni con sus amenazas, ni con las sollicitaciones, ni con la violencia, ni con los tormentos. Jamás pudieron seducirlas.

El que se conserva puro, dice S. Pablo á Timoteo, será un vaso de honor santificado y útil al Señor, y preparado para toda obra buena: Si quis se emundaverit, sit vas in honorem sanctificationis, et utile Domino, ad omne bonum opus paratum. (II. 21.)

Dichosos los corazones puros, porque verán á Dios, dijo Jesucristo: Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt. (Math. v. 8). Lo serán en la tierra con su gracia, en el Cielo con la vista beatífica y la posesión y el goce de la gloria eterna...

Quedar victorioso del deleite es el deleite mayor y más dulce, dice S. Cipriano; es el phez más perfecto: Voluptatem vincit, voluptas est maxima; porque, añado, más alegría le comia el alma de tanta dicha como una conciencia pura: Nihil animam fidelem sic delectat, quam integra immaculati pudoris conscientia. (Lib. de Disciplina et Bono pulcritate.)

(1) Qui se seminaverit humo, hinc et metet quoniam qui seminavit in carne non de carne et in carne corruptionem qui autem seminavit in spiritu, de spiritu metet vitam aeternam. (VI. 8.)

Pueden aplicarse á la pureza aquellas palabras de la Sabiduría: Todo el oro al lado suyo es un poco de arena, y la plata delante de ella es como barro: *Omne aurum in comparatione illius, arena est exigua, et tanquam lutum estimabitur argentum in conspectu illius.* (VII. 9).

Seguindo el ejemplo del Sabio, debemos amarla más que á la salud y á la hermosura, y preferirla á la luz, porque su luz no se apagará jamás. (VII. 49).

Todos los bienes proceden de esta virtud sublime, que nos comunica tesoros espirituales: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa, et innumerabilia habentur per manus illius.* (Sap. VII. 29). Ella es tambien un tesoro infinito para los hombres; porque cualquiera que á ella acude, se hace amigo de Dios: *Infinitus thesaurus est hominibus; qui, qui nisi sunt, participes facti sunt unicuique Dei.* (Sap. VII. 44). Es más bella que el sol, y superior á todas las estrellas; comparada á la luz, le aventaja; *Est enim hoc speciosior sole, et super omnem dispositionem stellarum; luce comparata, invenitur prior.* (Sap. VII. 59).

La pureza glorifica lo noble de su origen, ella que habita en Dios. Si las riquezas son deseadas en esta vida, ¿qué cosa más rica que la pureza? Debemos, pues, propugnarnos abrazarla, sabiendo que nos hará participar de sus bienes, y será el consuelo de nuestros pensamientos y de nuestro fastidio. Por ella estaremos en la luz ante la multitud; por ella obtendremos la inmortalidad, y dejaremos eterna memoria á los que vengan detrás de nosotros. Cuando entremos en nuestra casa, descansenos con ella; porque su trato no tiene amargura y el maliciar no le acompaña; antes bien lleva consigo el regocijo y la alegría. Y conociendo que no podemos pasear esta virtud celestial si Dios no la da, y que es gran sabiduría conocer la grandeza de este don y quien lo da, debemos ir al Señor y suplicarle que nos la conceda. (Sap. VIII. *passim*).

¿Qué fruta es tan exquisita, dice S. Ambrosio, como la pureza del corazón? ¿Qué alimento hay más dulce? *Quis puritate pectoris dulcior fuetus? quis civibus suavior?* (Lib. de Virgin.).

Siendo la pureza dichosa, luce tambien dichoso el corazón... Proporeción paz, alegría, honra, reputación, salud, hermosura, larga vida, gracia, muerte tranquila y santa, y nos da á Dios durante la vida, en la muerte y en la eternidad... Una alma pura es semejante á la Iglesia de Jesucristo. La Iglesia, esposa de Jesucristo, es immaculada en la concepcion de sus hijos; fecunda, dá á luz muchos hijos; es virgen por su castidad, y madre por su fecundidad.

La pureza nos convierte en templos, tabernáculos y vasos sagrados de la Divinidad. Por ella somos hijos de Dios, miembros de Jesucristo, herederos y coherederos suyos...

En verdad, un verdad es lo digno, el que en miseria, hará las obras que hizo, Poder humilde y milagroso y las hará todavía mayores, dijo Jesucristo: *Amen, amen dico vobis, qui credit in me, opera, que ego facio, et ipse faciet, et majora horum faciet.* (Juan. XIV. 12).

¿Qué maravillas son esas tan grandes, mayores que las que hizo Jesucristo, que obrará el que en él cree?

Orígenes sostiene que estas grandes obras tan sorprendentes, consisten, vista la fragilidad de la naturaleza humana, en vencer la carne, el demonio y el mundo; y en conservarse puros en medio de la corrupción de la carne y del mundo; porque lo que Jesucristo consigue en nosotros con la pureza, es algo mayor que lo que consigue en sí mismo. (*In Cant.*) Pasar la juventud en la modestia, la castidad, la pureza y la continencia, como José, es más sorprendente y difícil que la creacion del mundo.

Los ángeles no tienen mérito en ser puros; lo son por naturaleza y por la bondad de Dios; pero una joven casta y pura lo es por mérito, en el seno de las pruebas más multiplicadas y peligrosas. El soldado que llega á ser capitán por ser pable, tiene menos mérito que el que llega á serlo por su bravura, su valor, su tética y su heroismo en medio de los más sangrientos combates.

Una vida casta y pura es la obra más grande de Dios y del hombre. El alma pura puede decir con María: Grandes cosas ha hecho en mí el que es Omnipotente: *Fecit mihi magna, qui potens est.* (Luc. I. 49). Y en esto ha señalado Dios la fuerza de su brazo: *Fecit potentiam in brachio suo.* (Id. I. 54).

Si os hacéis superiores al orgullo de vuestro cuerpo, dice Orígenes, sacrificad á Dios un toro; si reprimís los movimientos de la carne, sacrificad un carnero; si inmoláis la lujuria, sacrificad un macho cabrío; si calmáis los pensamientos, los deseos carnales y criminales, y les impedís que cobren bríos, sacrificad á Dios una paloma y una tórtola. (*In Levit.*)

La mortificación de la carne es el adelantamiento de la virtud, dice S. Cirilo: *Rigor carnis est valetudo virtutis.* (Catech., lib. III).

Sobre la tumba de Scipion se lee este verso, justamente admirable: Vencer el deleite es la mayor de las victorias:

Maxima cunctarum victoria, victa voluptas.

San Agustín se convirtió por el ejemplo de fuerza y de valor que manifestaban las personas con quienes se presentaba. Llegó á decirse para sí: ¿Qué! ¿No has de poder tú lo que pueden éstos y aquellas? *Non poteris quod isti et istae?* Aquéllas y éstos que practican la castidad ¿pueden acaso practicarla por sí mismos? ¿no cuentan con el auxilio de Dios? *An vera ista et istar in emetipsis possunt, an non in Domino Deo suo?* Entónces la castidad le dijo: Arrójate, Agustín, en los brazos de Dios; no temas, no se retirará para dejarte caer: *Proice te in eum, non metueris; non se subtrahet ut cadas.* (Lib. de VIII. Confess., c. XI).

La corona del generoso atleta es delida al vencedor del deleite. El hombre puro, en efecto, es el dominador del más terrible de los enemigos...

El magnífico retrato que hace la Sagrada Escritura de Judas Macabéo, conviene perfectamente al hombre puro. Judas vistió la coraza como un gigante, y se cubrió con sus armas en los combates, y protegió todo el campamento con su espada. Se volvió semejante á un león, que rugió al aspecto de su presa. Y perseguió á los impíos, buscándolos por todas partes. Y el fervor de su nombre ahuyentó á todos sus enemigos, y todos los obreros de iniquidad se talaron, y la salvacion del pueblo fué obra de su brazo. Y levanta de regocijo á Jacob con sus obras, y su memoria será bendita para siempre. (I. III).

Veid el admirable valor del casto José. Cogieron su capa, dice S. Ambrosio; pero no pudieron coger ni su espíritu ni su corazón; dejó la capa y acusó el crimen: *Teneri vesta potuit, animo copsi non potuit; vestem exiit, crimen accusavit.* (De Joseph.) Fue victorioso, despreció las incógnitas miradas de la impúdica esposa de Putifar; despreció las cadenas, las cárceles y las amenazas de muerte; prefirió exponerse á morir exento del vicio impuro que elevarse al poder por medio de una acción criminal. Estorécmonos, dice S. Gregorio, en vencer los atractivos de la carne. Traigamos á nuestra memoria el ejemplo de José, que, tentado por la mujer de su amo, conservó su castidad con peligro de su vida. Y luego sucedió que el que había sabido gobernarse admirablemente, llegó á ser gobernador de todo el Egipto (1).

Hablando de José, S. Agustín dice estas notables palabras: José lleno de amor hacía su Dios, soberanamente amable, no es vencido por el amor de una mujer, ni la juventud de aquella mujer, que le insta, ni su autoridad le conmueven. José es grande: vendido, no sabe ser esclavo; amado, detesta el amor que le profanan; rogado y suplicado, se niega; cogido, huye (2).

La pureza es la plaza fuerte é invencible de la santidad de la vida, y la mayor resistencia contra la mayor de las tentaciones, que es la del vicio impuro.

Veid la heroica fuerza de la casta Susana; resiste, prefiere la muerte antes que doblegarse á los criminales deseos de los impúdicos ancianos. Por esta salvó Dios su vida con un milagro, para recompensarla de haber ella salvado su virtud y su honor.

En el año 870, habiéndose los daneses apoderado de Inglaterra, se acercaron á un monasterio de religiosas fervientes. La virtuosa Edda, superiora, se mulló la nariz y el labio superior para salvar su castidad y las de sus queridas hermanas, y las llevó á que la imitasen; y lo hicieron. Viéndose los daneses burlados, quemaron el monasterio, y las religiosas murieron mártires de la castidad. ¡Qué valor tan sublime! (Ribad.)

Habiendo caído gravemente enfermo S. Casimiro, rey de Polonia, prefirió morir antes que violar el voto de virginidad que había hecho. A las reiteradas súplicas de los médicos, no respondió más que las siguientes palabras: *Eligo virgo mori.* Prefiero morir virgen. (Sirius in eius vita.)

Veid, dice S. Jerónimo, el valor de Judith para guardar su castidad; pero ved también como sus vlogios atraviesan los siglos. Ejemplo admirable que á todos se nos da.

El que es el remanador de la castidad, le dió tal fuerza, que venció á Holoternes, invencible á los ojos de todos, y triunfó del hombre insuperable. *Castitatis remanerator, virtutem et talem tribuit, ut invictum omnibus hominibus vinceret, et insuperabilem superaret.* (De Judith.)

(1) *Communi carnis illicebam vincere. Joseph ad invictitatem estent; qui, tentante se dominas, simul carnis continencia, etiam cum vili periculo, custodit. Unde factum est, ut, qui membra sua bene dixerat regere, cogente quoque omni Egipto presideret.* (Hymn. XV. In Ezech.)

(2) *Amator Dei dilectissimam, amore mulieris non vincitur, castum animam incertam, adolescentis non permoveat, nec diligeat curbari. Magnus plane vir, qui vitiis succurrere tunc nescivit, admatuus non deliquit, rogatus non acquiescit, apprehensus aufugit.* (De Joseph.)

El hombre casto no se diferencia del ángel por la felicidad, sino por la fuerza y el valor, dice S. Bernardo. La castidad del ángel es más tranquila, y la del hombre más heroica. (Epiat. III. ad Hieronim. Senon. Archiep.)

Por la terrible lucha que sostiene la pureza, y por su victoria, S. Basilio asegura que las almas puras son ángeles, no de un órden inferior, sino del grado más ilustre y elevado. (Tract. de Virgin., c. LXXIX.)

¿No sabéis que sois el templo de Dios, y que el espíritu de Dios habita en vosotros? dice el Apóstol de las gentes: *Nescitis quia templum Dei estis, et spiritus Dei habitat in vobis?* (I. Cor. III. 16). Somos el templo, no del hombre, sino de Dios: somos, pues, un templo santo, y no profano, templo en el que Dios habita por la fe, la gracia, la caridad y todas sus dones... Escuchad lo que añade S. Pablo: Si alguno profana el templo de Dios, Dios lo perderá; porque el templo de Dios es santo, y vosotros sois este templo: *Si quis autem templum Dei violaverit, disperdet illum Deus. Templum enim Dei sanctum est, quod estis vos.* (I. Cor. III. 17). ¿No sabéis, continúa el apóstol, que vuestros miembros son miembros de Cristo? Así pues, arrancado á Cristo sus miembros, ¿de convertirlos en miembros de una prostituta? No suceda jamás cosa igual: *Nescitis quoniam corpora vestra membra sunt Christi? Tollite ergo membra Christi, faciem membra meretricis? Absit.* (I. Cor. VI. 15). ¿No sabéis que vuestros cuerpos son los templos del Espíritu Santo, que está en vosotros, y que no os pertenecen? Porque habéis sido rescatados á gran precio. Glorificad, y llevad á Dios en vuestros cuerpos (1).

Se es la comprado; ya no es pertenencia: 1.º Nuestro cuerpo no nos pertenece; es el cuerpo de Jesucristo... 2.º Si es casto y puro, resucitará para la gloria... 3.º Nuestros cuerpos son miembros de Jesucristo... 4.º Son los templos del Espíritu Santo... 5.º La impureza deshonra y mancha el cuerpo... 6.º Nuestro cuerpo ha costado la sangre de Jesucristo...

Si alguno es solícito para el mal, decidle: Mi cuerpo no me pertenece, es de Jesucristo; no es este mi cuerpo, sino el cuerpo de Jesucristo; el cuerpo de un Dios, y yo soy un Dios; así pues, Dios está sin mancha, no se mancha, ni puede hacerlo...

Hay cinco cosas, dice S. Bernardo, que se practican en la dedicación de un templo: la aspersión, la inscripción, la unión, la iluminación y la bendición. (Serm. I. de Dedicat.) Nuestros cuerpos, nuestros corazones y nuestras almas están también consagrados á Dios por todos estos misterios.

Somos los templos del Dios viva, dice San Pablo: *Vos estis templum Dei vivi.* (II. Cor. VI. 16). Un templo debe ser respetado... Y qué es un templo comparado con el templo de nuestros cuerpos? 1.º Nuestras iglesias no están construidas por mano de Dios; y si nuestros cuerpos... 2.º Nuestras iglesias no son el cuerpo de Jesucristo, no son sus miembros; y nuestros cuerpos lo son... 3.º Las iglesias no son el templo del Espíritu Santo, como nuestros cuerpos... 4.º Nuestros templos no están hechos á imagen de Dios...

(1) *An nescitis quoniam membra vestra templum sunt Spiritus Sancti, qui in vobis est, quem habetis a Deo, et non estis vestri? Empli enim satis pretio magis. Glorificad et portate Deum in corpore vestro.* (I. Cor. VI. 19-20).

Motivo que nos obliga á ser puros.

5.ª Nuestras iglesias no son templos vivos, y nosotros lo somos... 6.ª Nuestras iglesias, no tienen la inteligencia y el amor, que es un privilegio nuestro... 7.ª Nuestras iglesias no han costado la sangre de Jesucristo, como nosotros... 8.ª Nuestras iglesias son templos materiales; y nosotros templos espirituales... 9.ª Nuestras iglesias perecerán; y nosotros somos templos inmortales... 10.ª Nuestras iglesias materiales no se han hecho para ir al Cielo; se han hecho para enseñarnos el camino; son como los mojones plantados para indicarnos la vía, al paso que nosotros estamos destinados al Cielo... 11.ª Somos vasos sagrados... 12.ª Nuestras iglesias no son hijos de Dios, herederos y coherederos de Jesucristo... 13.ª Finalmente nuestros templos y nuestros vasos sagrados no se mantienen ni se alimentan, como nosotros, de la sustancia divina.

Sepa, pues, cada uno de nosotros, según dice S. Pablo, poseer su cuerpo en santificación y honor: *Sicut unumquodque vestrum suum possidere in sanctificatione et honore.* (I. Thess. IV. 4).

Esperamos, dice el apóstol S. Pedro, según las promesas de Dios, nuevos cielos y una tierra nueva, en la que habite la justicia; por cuya razón, amados míos, velad con esta esperanza, á fin de que se os encuentre la paz y sin mancha alguna ante el Señor (1).

Efectivamente, nada manchado entrará en el Cielo. Dice el Apocalipsis: *Non intrabit in illam aliquod inquinatum.* (XXI. 27).

¿Quién subirá á la montaña del Señor? dice el Buen Profeta; ¿quién se detendrá en su santuario? El que tenga las manos inocentes y el corazón puro? *Quis ascendet in montem Domini? aut quis stabit in loco sancto ejus? Innocens manibus, et mundo corde.* (XXIII. 3-4).

En qué consiste la pureza?

La pureza consiste en una voluntad impecchante... Por más que nos suceda, no hemos de querer lo que quieren los sentidos y la carne... Las rebeliones involuntarias no son un pecado... Muchas veces el alma no es dueña absoluta de su cuerpo corrompido; pero, negándose su consentimiento y su apoyo, dándole en cuanto puede, el pecado no existe; por el contrario, de allí nace la virtud y el mérito... Sentir no es mal...; el mal está en consentir...

El mismo S. Pablo, vaso de elección, arrebatado hasta el tercer Cielo, no estaba exento de las tentaciones de la carne. Veo, dice, en mis miembros otra ley que combatía la ley de mi espíritu y me cautiva bajo la ley del pecado, que está en mis miembros: *Video aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meae, et captivam me in lege peccati, quae est in membris meis.* (Rom. VII. 23). Desgraciado de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? *Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis hujus.* (Rom. VII. 24). Pero se consuela diciendo: Si hago lo que no quiero, no soy yo el que lo hace, síga el pecado que habita en mí: *Si quod nolo, illud facio, jam non ego operor illud, sed quod habitat in me peccatum.* (Ibid. VII. 20). El yo en mí no es mi cuerpo, sino la voluntad; así pues, no quiero esta, no consento, y por consiguiente no soy culpable. Estas miserias del cuerpo nos humillan,

(1) *Novos caelos et novam terram secundum promissas ipsius expectamus, in quibus iustitia habitat. Propter quod, carissimi, haec expectantes, vestros immaculati et levissimi in pace.* (II. III. 13-14).

y la humildad nos abre el Cielo. Es lo que dice también el gran apóstol; y á fin, dice, de que la grandeza de las revelaciones no me eleve, se ha dado á mi carne un aguijón, el ángel de Satanás, que me abofetea: *Et ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis meae angelus Satanæ, qui me colaphizat.* (I. Cor. XII. 7).

El ángel de Satanás, de que habla S. Pablo, y que le abofeteaba, era la rebelión de la carne. El apóstol suplicaba al Señor que le librara de esas concupisencias carnales, y el Señor le respondió: Mi gracia te basta, porque mi fuerza resplandece en la debilidad. Con alegría, pues, conculca el apóstol, me glorificaré aún más en mis debilidades, para que la fuerza del Cristo habite en mí (II. Cor. XII. 8-9).

La religión pura y sin mancha ante Dios consiste, dice el apóstol Santiago, en preservarnos de las manchas de este siglo: *Religio pura et immaculata hoc est, immaculatus se custodire ab hoc seculo.* (I. 27).

Escuchad á Sto. Tomás de Inglaterra: El mundo, dice, no es puro, porque mancha los corazones puros. El que se afianza al mundo, permanece en él y le da su corazón: ¿cómo podría ser puro?

Mundus non mundus, quia mundus polluit, ergo

Qui manet in mundo, quomodo mundus erit?

(In ejus vita).

Os conjuro, hermanos míos, escribe el Apóstol á los romanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestras cuerpos en hostia viva, santa y agradable á Dios, tributándole así un culto conveniente. Y no os conforméis con lo de este siglo; transformaos por un espíritu nuevo, para que reconozcáis lo que es la voluntad de Dios, lo que le place, y lo que es bueno y perfecto. (XII. 1-2).

Ofreced á Dios vuestros cuerpos; miradlos como extraños, y trasportadlos al dominio de Dios, para servir de ellos, no según vuestra voluntad, sino por el culto y el honor de Dios...

Hacer de nuestro cuerpo una hostia viva, es convertirle en una hostia dedicada á las virtudes, y no dedicada á los vicios, dice san Gregorio: pues en tal caso sería una hostia muerta: *Hostiam viventem, id est, virtutibus deductam, quis caro vitio desinit, mortua est.* (In his verbis Apost.)

Hacer de nuestro cuerpo una hostia santa, es separar nuestro cuerpo y nuestro corazón de las cosas inmundas; hacemos una hostia agradable á Dios con las buenas obras del alma y del cuerpo...

Notad que S. Pablo hace aquí alusión á las cualidades de las víctimas de la antigua ley. 1.ª La víctima, según el sacerdotio de Aarón, debía estar sin mancha y ser entera y sana. Así pide que usamos una hostia viva: *Hostiam viventem.* 2.ª Con la inmolación, aquella víctima quedaba sacrificada de tal manera, que no podían los impuros tocarla; así, exige el Apóstol una hostia santa, *sanctam*, es decir, quiere que consagremos nuestro cuerpo á Dios con la devoción de nuestra alma. 3.ª La víctima consumida por el fuego era ofrecida á Dios en olor de suavidad. San Pablo quiere una hostia agradable á Dios por la

Muchos que aman de cumplir para ser pura.

®

consunción de un ardiente amor. 4.º Se empleaba sal para la víctima; y la sal significa la sabiduría del espíritu. Por esto decía Jesucristo á sus apóstoles: *Tened sal en vosotros: Habete in vobis sal.* (Marc. IX. 49).

El altar de esta hostia, dice S. Gregorio, es el corazón en el cual el fuego de la compuncion y de la caridad quemá y consume la carne. (*In his verbis Apóst.*)

Hemos de aborrecer la manchada túnica de la carne, dice el apóstol S. Judas: *Odiantes eam, quæ carnalis est, maculatam tunicam* (23).

El caso José se despija de su manto, dice S. Antonio: pero no se escapa desnudo, porque estaba revestido de pudor: *Vestem exiit, sed non nulla au-fugit, qui erat teñitor indumento pudoris.* (De Joseph.).

Demetrio mandaba á sus discípulos, 1.º que respetasen en su casa á sus padres; 2.º que respetasen á los que encontraban en el camino; y 3.º que cuando estuviesen solos se respetasen á sí mismos. (*Antoa. in Melissa.*)

Amados míos, dice el apóstol S. Pedro, os conjuro que, como extraños y viajeros, os abstengáis de los deseos carnales que combaten contra el espíritu, teniendo una vida pura entre los gentiles; en vez de que os dilatan como mal-hinchados; si ver vuestras obras, glorifiquen á Dios en el día de su visita. (I. II. 11-12).

Mirad á las mujeres de edad como si fuesen madres vuestras, y á las jóvenes como hermanas en toda pureza, dice S. Pablo á su discípulo Timoteo: *Amas, ut matres; puenculas, ut sorores, in omni castitate.* (I. v. 3).

La pureza será conservada hasta en el siglo, dice Tertuliano, si la disciplina está en vigor y si se ejerce vigilancia: *Pudicitia aliquoties in seculo morabitur, si disciplina persaverit, si censura compresserit.* (Lib. de Pudicit.).

Es menester combatir. En semejante combate, dice Tertuliano, la victoria es la salvacion: *In tali pugna castitas erit tota victoria.* (Ut supra). Este grave autor prueba que es muy ventajoso para el mismo cuerpo que el alma resista á sus codicias; y de ahí hasta la carne resulta purificada de sus vicios. La carne, dice, no es enemiga nuestra: y cuando resistimos á sus inclinaciones, entonces la amamos, porque la curamos: *Caro non est inimica nostra; et quando ejus vitia resistitur, ipsa amatur, quia ipa curatur.* La continencia vigila y trabaja para reprimir y curar todas las locuras de la concupiscencia, que están opuestas á la verdadera sabiduría; á fin de que, no viniendo ya el hombre de la tierra y carnal, pueda decir con el gran apóstol: *Vivis peto no soy yo el que vivo, es Cristo el que vive en mí; Vivo, jam non ego, vivit vero in me Christus.* (Gal. II. 20). Porque, continúa Tertuliano, cuando no soy yo el que vivo, es para mayor dicha mía: *Ubi enim non ego, ibi felicitas ego.* Si vivo de mí, yo no soy yo; viviendo de Jesucristo, soy yo enteramente. (Lib. de Pudicit.).

Oid al gran Apóstol: Combato contra mi cuerpo, no como dando golpes al aire; pero castigo mi cuerpo, y le reduzco á servidumbre; á fin de que, después de haber pecado los demás, no sea yo tambien reprobado: *Sic pugno, non quasi aerem verberans; sed castigo corpus meum, et in servitutum redigo, ne forte cum aliis prædicaverim, ipse reprobus efficiar.* (I. Cor. IX. 26-27).

Nuestra carne, dice S. Bernardo, es el instrumento, ó más bien la red del

demonio: *Caro nostra est instrumentum, imo laqueus diaboli.* (Epist. XLII. ad Henricum).

Las asechanzas de la carne son más peligrosas y más de temer que todos los otros enemigos...

Es menester castigar el cuerpo, domarlo, y atarlo como una fiera, dice san Basilio: *Corpus castigandum, ac feræ ejusdem instar cohibendum.* (In Psal.).

Es menester vigilancia. Porque, dice S. Pablo, este tesoro de la pureza lo tenemos en vasos de arcilla, á fin de que la gloria pertenezca al poder de Dios, y no á nosotros: *Habemus thesaurum istum in vasis fictilibus, ut sublimetis in virtute Dei, et non ex nobis.* (II. Cor. IV. 7).

Los que están en Cristo, escribe aquel apóstol á los Galatas, han crucificado su carne con sus vicios y sus concupiscencias: *Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis.* (v. 24). Es preciso andar según el espíritu: *Spiritu ambulare.* (Gal. v. 16).

El Real Profeta no cesaba de decir á Dios: Cread en mí un corazón puro, ó Dios mío: *Cor mundum crea in me, Deus.* (L. 42). O Dios, Dios salvador, librándome de las sugestiones de la carne y de la sangre: *Libera me de sanguinibus, Deus, Deus salutis meæ.* (L. 16). Retírame del fango, y haz que no permanezca sumergido en él: *Erripe me de luto, ut non inquinor.* (LXXIII. 15). La caridad es custodia de la castidad. La castidad, dice S. Bernardo, sin caridad, es una lámpara sin aceite; quitad el aceite, y la lámpara no luce; quitad la caridad, y la castidad no agrada ya á Dios: *Castitas sine caritate, lampas est sine oleo; subtrahere oleum, lampas non lucet; tollere caritatem, castitas non placet.* (Epist. XLII. ad Henricum).

Sea modesto y contenido, dice S. Efrén, en el porte, en el alimento, en las palabras, en la mirada, en los pensamientos y en la alegría: *Contentiam habetatem habita, cibo, lingua, aspectu, cogitata, visu.* (Serm. de Casti.).

La observancia de la ley de Dios, dice la Sabiduría, es la consumacion de la incorruptibilidad, y la incorruptibilidad uoe al hombre con Dios: *Custoditio legum, consummatio incorruptionis est; incorruptio autem facit esse proximum Deo.* (VI. 12-20).

Cuando conocel, dice Salomon, que no podia poseer la continencia, si Dios no me la daba, y que hasta era sabiduría el saber de quién procedia aquel beneficio, me fui al Señor, y le supliqué desde el fondo de mi corazón (1).

Sereis puros: 1.º huyendo...; 2.º rechazando pronto los malos pensamientos...; 3.º orando...; 4.º no perdiendo de vista la presencia de Dios...; 5.º recomendándoos á María, Virgen intocada y reina de las vírgenes...; 6.º trabajando...

Sabéis, Señor, decía Sara, que he conservado mi alma pura de todo mal deseo. No me he mezclado nunca con los que aman las diversiones, y no he vivido con los que marchan sin prudencia. (Job. III. 16-17).

Retíraos, retiraos, dice Isaiás, salid, no toquéis nada impuro; purificaos,

(1) Ut scivi quoniam aliter non posset esse contenta, nisi Deus det, et hoc ipsum erit sapientia, scire cujus esset hoc donum; adhi Dominum, et deprecatus sum illum ex tota precordis mei. (Sup. VIII. 21).

vosotros que lleváis los vasos del Señor: *Recedite, recedite, pollutum vasit tangere; mundamini, qui fertis vasa Domini.* (I. II. 11.)

La presencia de Dios, Susana, entre las manos de los dos impúdicos ancianos, se lamenta y les dice: No ved más que peligros por todas partes; porque, si cedo, merezco la muerte; y si no cedo, no escaparé de vuestras manos. Pero es preferible para mí caer en vuestras manos resistiendo, que pecar en presencia del Señor: *Melius est mihi absque opere incidere in manus vestras, quam peccare in conspectu Domini.* (Daniel. XIII. 22-23.)

No confiar en vuestras fuerzas. Muchas personas eminentes en virtud han caído en el abominable vicio, y han perdido la más hermosa de las virtudes por su seguridad, dice S. Jerónimo. Nadie tenga demasiada confianza. Si sois santos, no por esto sois impecables: *Plurimi sancti ceciderunt in hoc vitio propter suam securitatem. Nullus in hoc confidat. Si vanus es non tamen securus es.* (Epist.)

Contra la impetuosidad de la pasión impura, emprended la fuga, dice san Agustín, si queréis conseguir la victoria: *Contra libidinis impetum, apprehende fugam, si via obtinere victoriam.* (Serm. CCL. de Temp.)

El medio más fácil y seguro de vencer la lujuria es huir, dice también san Felice Neri (en sus ritos).

El primer remedio contra tal vicio, dice S. Jerónimo, es apartarnos mucho de aquellos cuya presencia es una tentación: *Primum fugae vitii remedium, est longe fieri ab eis, quorum presentia allicit ad molam.* (Epist.)

¿Sois una pena, dice S. Crisóstomo, ó sois acaso de hierro? No sois más que hombres, sujetos á la debilidad de la naturaleza: *Nam tu saxum es, non ferrum? homo es, animam naturam imbecillitati obnoxius.* (Homil. ad pop.)

Teneis fuego; ¿y no os quemáis? Poned una cenella en la paja y atrevesad á decir que no arderá. Lo que es la paja respecto del fuego, es nuestra naturaleza respecto de la concupiscencia, añade aquel gran Doctor: *Ignem cupit, nec veritas? Lucernam in feno pone; ac tu, unde negato quod fenum uretur. Quod sanum est, hoc natura nostra est.* (Alí supra.)

Casiano asegura que no se puede ser casto si no se es humilde. (Collat.) La humildad merece el nombre de castidad, dice S. Bernardo: *Ut castitas detur, humilitas meretur.* (Serm. in Cant.)

El lugar que ocupa el custodio de la pureza, es la humildad, dice S. Agustín: *Locus custodie humilitas.* (Serm. CCL. de Temp.)

El que quiere ser casto sin humildad, dice S. Juan Climaco, se parece al que, nadando con una mano, quisiera pesar con la otra las aguas del Océano. (Grad. V.)

Se necesita el temor de Dios para ser puro y casto. El clavo que fija la continencia está hundido por el temor de Dios, dice S. Leon: *Continencia clavus. Dei timore transfigitur.* (Serm. de Quatrag.)

La pasión de Jesucristo es lo que mata el vicio contrario á la pureza. Cuando algún mal pensamiento me persigue, dice S. Agustín, recorro á las lagas de Jesucristo: *Cum me pulsat aliqua turpis cogitatio, recurro ad vulnere Christi.* (Serm. CCL. de Temp.)

Es preciso rechazar pronto al enemigo, y no dejarle adelantar. Mientras es pequeño el enemigo, matadle, dice S. Jerónimo: *Non parvus est hostis, interfice.* (Epist.)

PURGATORIO.

Es de lo que hay Purgatorio; es la doctrina constante de la Iglesia en todos los tiempos y lugares... El santo concilio de Trento, sesión VI, de la justificación, canon XXX, decretó lo siguiente: Si alguno dice que por la gracia de la justificación la culpa y la pena eterna son de tal manera perdidas, al penitente, que no le queda más pena temporal que sufrir, ni en este mundo, ni en el otro, en el Purgatorio, antes de entrar en el reino de los Cielos, sea anatema.

La Sagrada Escritura enseña que se ha de orar por los muertos. Y como, segun la Escritura, no hay perdón para los que están en el infierno, y los elegidos en el Cielo no necesitan oraciones, se desprende necesariamente que hay un tercer lugar donde van las almas que no mueren en pecado mortal, pero que no han satisfecho del todo á la justicia divina...

El Purgatorio es un lugar de sufrimientos en el cual las almas de los justos, salidas de este mundo sin haber suficientemente satisfecho á la justicia divina por sus faltas, acaban de expiarlas antes de ser admitidas á gozar de la dicha eterna.

No es de fe que haya realmente fuego en el Purgatorio. Entre los doctores y teólogos, unos creen en la existencia del fuego, y otros opinan de una manera contraria; pero todos, lo mismo que la Iglesia, creen y enseñan que se padece en el Purgatorio.

El fuego del Purgatorio (ó los sufrimientos que allí se padece), dice san Agustín, son más terribles que cualquier padecimiento que el hombre puede experimentar en esta vida: *Ignis illo gravior erit quam quidquid homo pati potest in hac vita.* (In Psal. XXXVIII.)

Y S. Bernardo dice: Lo que hayamos descuidado en la tierra, lo pagaremos por castigado en el Purgatorio: *Quod hic negleximus, illic centupliciter reddemus.* (De Obitu Umb.)

Si para evitar los castigos obedecemos á un rey de la tierra, obedecemos á la voluntad de Dios para evitar los sufrimientos del Purgatorio, más terribles que todos los tormentos de esta vida, dice S. Anselmo: *Si propter tormenta vitanda hic regi paremus, paremus voluntati Dei ut ignem illum acerbiorum omnibus tormentis evadamus.* (De pena Purg.)

Además de haber en el Purgatorio la pena de sentido, hay también la pena de dafío, que es la privación de la vista de Dios. Y esta pena es grandísima, 1.º porque aquellas almas tienen un conocimiento más profundo que nosotros de las infinitas perfecciones de Dios...; 2.º por el inmenso deseo que tienen de ir á Dios...; 3.º por su grande amor á Dios...; y 4.º porque no están, como nosotros, distraídas de Dios...

¿Quiénes son los que están en el Purgatorio?

¿Cómo hemos de auxiliarlos?

Tal vez un padre, una madre, un hijo querido, un esposo, una esposa, un amigo, un vecino, etc...

Y tal vez nosotros somos la causa de que allí estén... Allí reclaman con sus lágrimas y gemidos los auxilios de nuestras oraciones y buenas obras...

Oh! aquellas pobres almas que desde el fondo de su terrible cárcel, repitiendo las súplicas de Job, exclaman: Tened lástima de nosotros, vosotros por lo menos que sois nuestros amigos; porque sufrimos el peso de lo mano de Dios. *Miseremini mei, miseremini mei, nolite vos, amici mei; quia manus Domini tetigit me.* (IX, 24). Y aquellas otras palabras del Salmista: *¡Ay, desgraciado de mí, cuánto se prolonga mi destierro! Ben nihil quia incolatus meus prolongatus est!* (CXIX, 5).

Haced extensiva vuestra liberalidad hasta á los muertos, dice el Eclesiástico, *Mortuis non prohibeat gratiam.* (VII, 37).

Las almas del Purgatorio pueden aliviarse, 1.º y principalmente, con el santo sacrificio de la Misa...; 2.º con la oración...; 3.º con el ayuno...; 4.º con la limosna...; 5.º con toda clase de buenas obras...

Queridos amigos podemos hacernos, aliviando á aquellas santas almas, abreviando el tiempo de sus padecimientos, y enviándolas al Cielo...

PUSILANIMIDAD.

EMBLADO han donde no había temor, dice el Salmista: *Hic trepidaverunt timore, ubi non erat timor.* (XIII, 5). Los pusilánimes, dice el abate Victor, se turban á la menor de las tentaciones: *Pusillanimes ex modica tentatione cito perturbantur.* (Agud Sophron, c. CLXIV).

La pusilanimidad viene de un espíritu débil y mezquino; los hombres pusilánimes son imprudentes, impacientes, prontos á irritarse por una bagatela, como las mujeres y los niños. Sin espíritu, sin consistencia y sin fuerza, nada pueden sufrir. Al momento habian y obran segun sus impresiones.

Si en el día de la angustia perdéis el animo, dicen los Proverbios, vuestra fuerza se debilitará: *Si desperaveris lassus in die angustia, imminuetur fortitudo tua.* (XXIV, 10). Porque el que empieza á ceder, pierde sus fuerzas cediendo; lo que experimentamos tanto en las cosas temporales como en las espirituales. Donde hay disciplina hay rigor...

En la pusilanimidad hay desconfianza y desesperación, ó pereza y cansancio, y muchas veces todas estas cosas. Cuando una alma pierde la confianza de poder vencer ó de librarse de una aflicción, que cree superior, entonces renuncia á sus fuerzas y á la esperanza de resistir; se vuelve débil, enervada y flacuada. Y cuando la prueba dura mucho tiempo, aquella alma pusilánime desesperada completamente de poder sufrirla, pierde las fuerzas que le quedan, y sucumbe del todo...

Así como la energía del alma y su fuerza depende de la esperanza que tenemos de conseguir tal dificultad y vencerla; de la misma manera la pusilanimidad del alma, su abatimiento y su caída proceden de que perdemos la esperanza de poder sostener el combate y ganar la victoria...

La esperanza extiende, dilata y fortifica el alma, mostrándole la recompensa y el triunfo de la virtud; pero la pusilanimidad la empujea, la encañena, la debilita y la hace onla para las grandes obras.

No cedáis á esta pusilanimidad; animados por los obstáculos, marchad con más heroísmo, dice el Poeta:

Tu ne cede malis; sed contra audacter ito.

Así se desanima el pusilánime ante una tribulación, y se desanima todavía más, y cae más bajo...

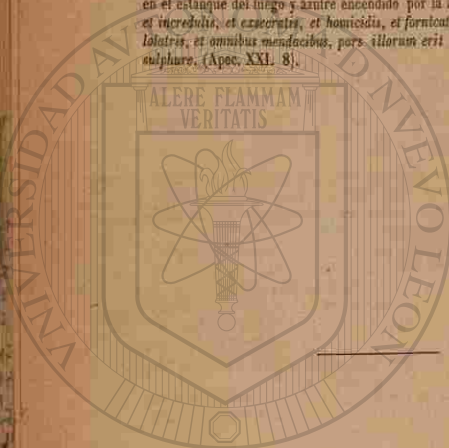
La victoria está en la magnanimidad, que da nacimiento á la esperanza del triunfo...

En general, todos los hombres sin religion y todos los que se entregan á las pasiones son pusilánimes...

La grandexa de alma, la energía, el zelo, el valor, la fuerza, el poder y el heroísmo están en los hombres virtuosos... Ved á los apóstoles; á los márti-

res, á las vírgenes, etc... Ved, por otra parte, á los voluptuosos, á los afeminados y á los que apostatan...

El hombre pusilánime es nulo para el bien, nulo para el combate; no puede aguardar más que desprecio por parte del mundo, y terribles condenaciones por parte del soberano Juez. El lugar destinado á los pusilánimes es el de los incrédulos, de los fornicadores, de los homicidas y de los envenenadores, en el estanque del fuego y azufre encendido por la ira divina: *Timidus autem, et incredulus, et excoecatus, et homicida, et fornicatoribus, et veneficus, et idololatriis, et omnibus mendacibus, pars illorum erit in stagno ardenti igne et sulphure.* (Apoc. XXI. 8).



REDENCION.

SENOR, exclama el profeta Nabucú, saltad á vuestro pueblo; en medio de Deseo de la redencion. nuestros años, en medio de nuestros dias, haced brillar vuestro poder; en el tiempo de vuestra ira, acordaos de vuestra misericordia. El Santo ha venido; su gloria ha cubierto los Cielos, y la tierra está llena de sus alabanzas. Habéis salido para la salvacion de vuestro pueblo. Me alegraré en el Señor, me estremeceré de alegría en el Dios de mi salvacion. Es mi fuerza, y me conducirá á las alturas, cantando himnos en gloria suya. (III. *passim*).

¡O hombre! exclama S. Bernardo, reconoce cuán graves son tus heridas, que hicieron preciso que el Señor Jesucristo las recibiese profundas y crueles. Si tus heridas no hubiesen sido mortales, y mortales para siempre, no habría muerto el Hijo de Dios para curarlas (1).

Gravedad del pecado que hizo necesario la redencion.

El pecado mortal es irremediable por su naturaleza. Cuando cometemos un pecado mortal, damos de tal manera muerte á nuestra alma, que, por nuestra parte, hacemos eternos nuestro pecado, nuestra muerte y condenacion, porque anegamos radicalmente la vida en nosotros. El que renuncia una vez á Dios, renuncia á él eternamente, porque es propio de la naturaleza del pecado establecer, en lo posible, una separacion eterna; y no teniendo el hombre nada de su propio fondo para unirse á Dios, no puede por sí mismo volver á la vida. La redencion hace lo que el hombre no puede hacer...

El fin de la redencion es librar al hombre del infierno, de la muerte, del pecado y de la maldicion... Para rescatarnos, Jesucristo sufrió los oprobios, la pobreza, los dolores, la muerte y la cruz...

Habéis sido rescatados á gran precio; no os hagais esclavos de los hombres, dice el gran apóstol: *Prelio magno empti estis; nolite fieri servi hominum.* (I. Cor. VII. 23).

Para saber el precio del hombre rescatado por Jesucristo, ved, dice san Agustin, lo que ha dado Jesucristo. La sangre de Jesucristo es nuestro precio: ¿cuál será, pues, nuestro valor? *Quæritis, quid emerit (Christus). Videte quid dederit. Sanguis Christi pretium est; tanti quid valet?* (Medii).

La bondad de Jesucristo en la redencion resplandece visiblemente y de una manera infalible; porque, 1.º, Jesucristo en la cruz nos da pruebas de un amor infinito, para atraernos con este amor. Jesucristo no se ha visto obligado por ninguna necesidad; no ha sido atraído por ninguna esperanza de utilidad propia; sólo su amor de benevolencia y de complacencia le obligó á subir en la

Bondad infinita de Jesucristo en la redencion.

(1) *Agnoisce, o homo, quam gravia sunt vulnera, pro quibus necesse est Dominum Christum vulnerari, si non cesset tunc ad mortem, et mortem sempiternam, nunquam pro eorum remedia Dei Filius moreretur. (Serm. in In Nat. Dom.)*

cruc. Subió, y lo dispuso todo con tanta sabiduría, que con aquella muerte nada quitó á la grandeza y á la gloria de su Divinidad, y nos hizo soberanamente dichosos... 2.º En la cruz rescató al hombre, no con el poder de su Divinidad, sino con la justicia y la humildad de su pasión, como dice S. Agustín. (*Lib. De Civitate Dei*) 3.º En la cruz dió el más perfecto ejemplo de la obediencia más cabal, de la constancia, de la penitencia, de la paciencia, de la fuerza, de la mortificación de los vicios, y en una palabra, de todas las virtudes...

Dios amó el mundo hasta el extremo de darle á su único Hijo: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* (Joan. III. 16)

Jesucristo, dice S. Bernardo, no se ha contentado con las lágrimas de los ojos, sino que ha querido llorar y lavar vuestras pecados con las lágrimas de sangre que brotaron de todo su cuerpo. (*Serm. in pas.*)

Nadie puede ser más misericordioso, dice S. Anselmo, que Dios Padre, que vió al pecador, condenado á eternos tormentos, y que nada tenía para rescatarse: Toma á su único Hijo, y entrégalo en tu lugar. Nadie puede ser más misericordioso que Dios Hijo, que á su vez dió al pecador: Tómame, y rescátame (1).

Señor, dice S. Agustín, me habéis rescatado entero para poseerme eternamente: *Totum me liberasti, ut totum me possideres.* (In Psal. XXXIV.)

No sucede lo mismo con la gracia que con el pecado, dice S. Pablo: *Non sicut delictum, ita et donum.* (Rom. vi. 15). El don de la redención aventaja infinitamente á la gravedad del pecado. Efectivamente: 1.º Adán era un hombre, y Jesucristo es Dios... 2.º Jesucristo ha rescatado no sólo á Adán, sino á todos los hombres... 3.º Adán no ha cometido más que un pecado; y Jesucristo ha expiado todos los pecados, hasta los actuales... 4.º El crimen de Adán no es infinito, y la muerte de Jesucristo tiene un mérito y un precio infinitos.

Jesucristo nos ha traído con la redención las mayores gracias: los Sacramentos, la salvación y el Cielo. Nos ha hecho hermanos suyos, y hermanos unos de otros, hijos suyos y herederos y coherederos suyos... Nos ha hecho Dios, haciéndonos partícipes de la naturaleza divina...

1.º Adán ha perdido á todos los hombres; y Jesucristo los ha rescatado á todos... 2.º Adán no ha transmitido á su posteridad más que un pecado; y Jesucristo nos libra de todos... 3.º Adán no ha manchado la tierra más que con un pecado; y Jesucristo ha esparcido todas las gracias, gracias infinitamente más abundantes y poderosas que grave fué la falta. Es lo que dice el gran apóstol: La gracia ha excedido donde el delito había abundado: *Ubi abundavit delictum, superabundavit gratia.* (Rom. v. 20). 4.º La falta del primer hombre culpable ha sido tan sólo castigada con la pena del daño; por medio de Jesucristo la pena del daño y la pena del sentido han sido deslindadas para los pecados actuales... 5.º Por Adán ha venido la concupiscencia; por Jesucristo, aquella concupiscencia ha llegado á ser la materia de un combate glorioso, de una victoria rica y de un precioso triunfo, y está aniquilada

(1) *Quid misericordius intelligi valet, quam quod peccatori, aeternis tormentis deputato, et unde se resisteret non habenti, Deus Pater dicit: Accipit Unigenitum meum, et da pro te ipse Filius: Tolle me, et redime te? (Lib. cur Deus homo, c. 17).*

para siempre en el Cielo... 6.º Por Adán se ha perdido la gracia; y por Jesucristo se nos ha dado una gracia más frecuente, más abundante y poderosa... 7.º La gracia de Jesucristo se derramó sobre María y los ángeles; pero el pecado de Adán no les alcanzó... 8.º Por Adán tenemos la muerte temporal, y por Jesucristo la resurrección inmortal... 9.º Por Adán hemos sido reducidos en cierto modo al estado de pura naturaleza; y por Jesucristo somos elevados á un estado más espiritual y sublime: que aquel en que Adán fué creado y destinado á una vida plenamente celestial... 10. Por Adán nos hemos hecho semejantes á los brutos; y por Jesucristo hemos llegado á ser semejantes á los ángeles. Aún más, en Jesucristo y en la bienaventurada Virgen María, nuestra naturaleza ha sido elevada y está sobre todas las carnes de los ángeles... 11. Adán nos ha privado del árbol de la vida; y Jesucristo nos ha dado el pan que ha bajado del Cielo y que da la vida eterna; se da enteramente él mismo... 12. Adán nos ha privado de la gracia de la justicia original; y Jesucristo nos da la abundancia de las gracias y de las virtudes; porque, 1.º, da virtudes que no habrían existido en el estado de inocencia, como la paciencia, la penitencia, el martirio, la virginidad, el apostolado y las gloriosas virtudes del zelo, de la limosna, etc... 2.º Da á estas virtudes y á todas las demás mayor abundancia, una perfección y un aumento continuo, que no habrían podido tener en el estado de inocencia.

Como todos hemos pecado en Adán, así nos hemos justificado todos en Jesucristo; es decir, hemos satisfecho justamente por nuestros pecados y merecido la justicia. Pero, como para contraer el pecado original es preciso nacer naturalmente de Adán, así también para participar de la justicia de Jesucristo es necesario nacer de él espiritualmente por medio del Bautismo...

Razon tiene, pues, S. Pablo cuando dice: La gracia ha excedido donde había abundado el pecado: *Ubi abundavit delictum, superabundavit gratia.* (Rom. v. 20). Y con razon canta también la Iglesia en el *Ecclésiaco*: O dichosa culpa, que nos has merecido tal y tan gran Redentor! *O felix culpa, que talem ac tantum merit habere Redemptorem!*

Practicemos, pues, lo que dice S. Pablo á los romanos: Ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pero, ya vivamos, ya muramos, vivimos y morimos por el Señor. Así pues, en ambos casos pertenecemos al Señor. Porque para esto murió y resucitó Jesucristo para dominar sobre los muertos y los vivos (1).

Cuando estabais muertos en el pecado, escribió á los colosenses, Jesucristo os ha hecho revivir con él, perdonándoos todos vuestros pecados, borrando la sentencia de condenación lanzada contra nosotros; y la abolió clavándola en la cruz, y despojando á los principados y potencias, los llevó cautivos, triunfando ostensiblemente de ellos en su persona (2).

(1) *Non enim vivit, et nemo sibi moritur. Sive enim vivimus, Dominus vivimus; sive moriamur, Dominus morietur. Sive ego vivamus, sive moriamur, Domini sumus. In hoc enim Christus mortuus est, ut et resurrexit, ut et moreremur et viverem. Dominetur. (XIV. 7-9).*

(2) *Et vos, cum mortui essetis in delictis, revivificavit cum illo donans vobis omnia delicta, dolens, quod adversus vos erit, triumphatum decreti, quod erat contrarium vobis, et ipsum vult de medio, affigens illud cruci; et expoliatis principatibus et potestatibus, tradidit confusos, palam triumphans illos in semetipso. (II. 15-16).*

Orígenes explica así este pasaje del Apóstol: Este escrito, dice, era la canción de nuestros pecados, porque cada uno de nosotros llegó á ser deudor en las cosas en que peca, y firma un escrito en el que consta su pecado y la deuda de su pecado (1).

En el estado de inocencia, había siete cosas excelentes: la 1.ª la sabiduría...; la 2.ª la gracia y la amistad de Dios...; la 3.ª la justicia original...; la 4.ª la inmortalidad y la impassibilidad del alma y del cuerpo...; la 5.ª la habitación en el Paraíso terrenal y el uso del fruto del árbol de vida...; la 6.ª el cuidado particular de Dios para el hombre; de donde nació; la 7.ª que consistía, dice S. Tomás, en que el hombre no habría tenido concupiscencia, no habría pecado ni siquiera venialmente, no habría andado errante y no habría sido engañado, siendo sostenido y protegido por Dios. (*De Peccat.*)

Pero por medio de Jesucristo se nos ha dado una gracia mucho más grande que la que tuvo Adán... Así es que tenemos siete virtudes admirables, que no hubiéramos tenido en el estado de inocencia. La 1.ª es la virginidad...; la 2.ª virtud es la paciencia...; la 3.ª la penitencia...; la 4.ª el martirio...; la 5.ª el ayuno, y la abstinencia, y todas las mortificaciones de la carne...; la 6.ª la pobreza y la obediencia voluntarias y religiosas...; la 7.ª la misericordia y la limosna; porque en el estado de inocencia no habría habido pobres ni miserables, éstos los cuales hubiésemos tenido la dichosa virtud y el precioso mérito de ejercer la misericordia y la caridad...

En fin, Dios da al hombre cada una gracia más grande y eficaz de la que dió á Adán, como se ve en los mártires y otros santos ilustres; por cuya razón el hombre tiene más medias de merecer, ya bajo el concepto de una gran gracia, ya bajo el concepto de la dificultad de practicar la virtud...

Jesucristo, dice S. Ambrosio, viene al mundo y nos rescata, á fin de embotar el aguijón de la muerte y entrar su devorador abismo para dar á los vivos la eternidad de la gracia y la resurrección á los muertos. Por esto Jesucristo fué suspendido en la cruz entre el cielo y la tierra, como mediador para reconciliar al hombre con Dios; para recibir sobre él las flechas de la ira de Dios lanzadas contra los hombres para que no alcanzase á los mismos hombres, y pagase él sólo con su cuerpo los crímenes de todos, y á su vez, extendiendo sobre la cruz, como un arco, los brazos de su cuerpo, lanzase desde el fondo de su corazón de amor hacia Dios su Padre las flechas de su oración y de su caridad, mirando con ellas el corazón de su Padre para hacer llegar á él la gracia y el perdón, ó mandar al hombre con un torrente de bendiciones y de dichas (2).

(1) Istud chirographum peccatorum nostrorum cuncto fuit: unusquisque vitium nostrum, in his que delinquit, efficitur debitor, et peccati sui litteras scribit. (*Homil. in hanc verb. Apóstol.*)

(2) Sicut Christus quasi in hunc mundum veniens, ut omnium mortis hebetaret, et mortem in vitam abstrineret, visus est in cruce crucis gratias dare, deinde in resurrectione ceteros, hinc Christus in cruce medius inter Cælum et terram suspensus, velut mediator, ut reconciliaret, atque sagittas ira Dei vibratas in homines, in seipso recipere, ne ad homines pervenirent; sed unus ipse omnium hominum scelerum in corpore suo lucraret: ac vicissim in cruce, velut in arco, brachia corporis ipsius se cordis expandens, ignitas orationis et amoris sagittas ad Deum pandebat, quibus eos ipsi vulneraret, ad gratiam hominibus largirentur. (*Serm. 110.*)

Jesucristo, dice S. Pablo á Timoteo, ha venido á este mundo para salvar á los pecadores, entre los que soy el primero: *Christus Jesus venit in hunc mundum peccatores salvos facere, quorum primus ego sum.* (I. I. 15).

Un gran médico ha venido del Cielo, dice S. Agustín, porque estaba postrado un gran enfermo y su lecho era todo el globo de la tierra: *Magnus de Cælo venit medicus, quia magnus per totum orbem terrarum jacebat ægrotus.* (Lib. de Civit.)

Jesucristo, a fíde el gran apóstol se entregó él mismo por la redención de todos: *Dedit redemptionem æternitatem pro omnibus.* (I. Tim. II. 6).

Jesucristo, escribe Tito, se entregó él mismo por nosotros, para rescatarnos de toda iniquidad, y constituir aparte un pueblo puro, dedicado á la práctica del bien. Enseñad estas maravillas á los hombres, y exhortadles á que se aprovechen de tantas gracias (1).

La luz increada, dice S. Agustín, no pudiendo ser apreciada por las tinieblas tomó ella misma la mortalidad de las tinieblas, y por la similitud de la carne de pecado, ha comunicado la luz verdadera (2).

Somos santificados, dice S. Pablo á los hebreos, por la oblación que se ha hecho una vez del cuerpo de Jesucristo: *Sanctificati sumus per oblationem corporis Jesu Christi semel.* (X. 10). Con una sola oblación, añade el apóstol, ha consumado nuestra santificación por la eternidad: *Una enim oblatio consummavit in æternum sanctificatos.* (Hebr. X. 14).

Jesucristo, dice S. Pablo, se ha ofrecido una vez para horrar los pecados de muchos (es decir, de todos): *Christus semel oblatus est ad mulierum (omnium) extinguendam peccata.* (Hebr. IX. 28).

La redención es para todos los hombres.

La sangre de Jesucristo nos purifica de todo pecado, dice el apóstol san Juan: *Sanguis Jesu Christi mundat nos ab omni peccato.* (I. I. 7). El mismo, añade aquel apóstol, es propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo: *Et ipse est propitiatio pro peccatis nostris; non pro nostris autem tantum, sed pro totius mundi.* (I. II. 2).

Dios quiere que todos los hombres se salven, y vengano en conocimiento de la verdad, dice el gran apóstol á Timoteo: *Vult omnes homines salvos fieri, et ad agnitionem veritatis venire.* (I. II. 4).

Por esto asegura el mismo apóstol que Jesucristo murió para todos, á fin de que los que viven no vivan más para ellos, sino para el que ha muerto y resucitado para ellos: *Pro omnibus mortuus est Christus, ut ei qui vivunt, jam non sibi vivant; sed ei qui pro ipsis mortuus est et resurrexit.* (II. Cor. v. 15).

Jesucristo ha muerto para todos los hombres, quiere la salvación de todos, es la propiciación para los pecados de todo el mundo: así pues los que no se salvan, no lo quieren...

Digamos con el Real Profeta: En el Señor está la misericordia y una abun-

(1) Qui dedit semetipsum pro nobis, ut nos redimeret ab omni iniquitate, et mundaret sibi populum acceptabilem, sectatorum bonorum operum. Hinc loquere, et exhortare. (II. 14-15).

(2) Quia juxta a tenebris non poterat comprehendi, ipse lux mortalitatem subit tenebrarum, et per similitudinem carnis peccati, participationem dedit luminis veri. (*Homil.*)

dante redencion: *Apud Dominum misericordia, et copiosa apud eum redemptio.* (CXXXIX. 7).

La redencion
que la victoria
es de todo.

Jesucristo ha despojado con su muerte á los principados y á las potencias (del infierno), dice S. Pablo, los llevó cautivos, triunfando ostensiblemente de ellos en su persona: *Exoptans principatus et potestates, traduxit confidenter, pulchram triumphans illos in semetipso.* (Coloss. II. 15). Como á los egipcios, los sumergió en el mar (fijo de su adorable sangre... Ha sepultado á los enemigos en el mar, dice la Sabiduría: *Inimicos demersit in mare.* (X. 19).

Sepultará para siempre á la muerte en el momento de sus triunfos, dice Isaías: *Procipitabit mortem in sempiternum.* (XXV. 8). Es lo que dice tambien el Apóstol de las gentes: Ningun poder tendrá sobre él la muerte: *Mors illi ultra non dominabitur.* (Rom. VI. 9).

Por esto exclama el gran apóstol en un arrebatado de alegría: O muerte, ¿dónde está tu victoria? ¿Dónde está, ó muerte, tu aguijón? *Ubi est mors, victoria tua? ubi est, mors, stimulus tuus?* (I. Cor. XV. 55).

El demonio ha sido vencido y crucificado por la redencion, dice Origenes, pero en favor de los que están crucificados por Jesucristo: *Diabulus victus est quidem, et crucifixus; sed in qui cum Christo crucifixi sunt.* (In Cant.)

La muerte ha sido vencida, dice S. Crisóstomo, encadenados han sido los demonios, abiertos han sido los Cielos, enviado ha sido el Espíritu Santo, los esclavos han sido libres, los coecigos se han convertido en niños, los hombres se han vuelto ángeles, y aún más, un Dios se ha hecho hombre, y el hombre se ha hecho Dios: (1).

La redencion es
nuestra victoria.

Han vencido por la sangre del Cordero, dice el Apocalipsis: *Vicerunt propter sanguinem Agni.* (XII. 11). Los ángeles, dice el Apocalipsis, cantaban un nuevo cántico, y decían: Sois digno, Señor, de tomar el libro y de abrir los siete sellos, porque habéis muerto y nos habéis rescatado para Dios en vuestra sangre; y nos habéis hecho reyes y sacerdotes para nuestro Dios, y reinaremos: *Redimisti nos Deo in sanguine tuo et fecisti nos Deo nostro regnum et sacerdotes; et regnabimus.* (v. 9-10).

(1) *Mors victi est, demones victi. Celi aperti sunt, Spiritus Sanctus missus est, servi liberi facti sunt, inimici vivi, homines angeli effecti sunt: imo Deus homo factus est, et homo factus est Deus.* (Homil. ad Rom.)

REGALOS.

✠

Así vale dar que recibir, dice la Escritura: *Destinus est magis dare, quam accipere.* (Act. XX. 35). El que aborrece los presentes, vivirá, dicen los Proverbios: *Qui odit munera, vivet.* (XV. 27).

Los regalos, dice S. Cirilo, son un anzuelo dorado para coger á los avaros, una peste, una deuda peligrosa, el precio mediante el cual se salda la venta del que lo recibe, una esclavitud, un fermento de iniquidad, una causa de discórdias, la escuela de todos los males, y un veneno que se ama. (Homil.)

No recibais regalos, dice el Señor en el libro del Deuteronomio, porque los presentes ciegan á los sabios, y cambian las palabras de los justos: *Non accipies munera, quia munera excecant prudentes, et mutant verba justorum.* (XVI. 19).

Los regalos producen dos efectos funestos: 1.º ciegan el espíritu; 2.º cambian el lenguaje y la sentencia del juez; porque llevan á la afeccion, y la afeccion hace vacilar la razon, y oscurece el juicio, entónces nos inclinamos á pronunciar en favor del que ha hecho regalos.

Se dice de los hijos de Samuel que se dejaron corromper por la avaricia y pronunciaron sentencias injustas. (I. Reg. VIII. 3).

Declarad ante el Señor, dijo Samuel al pueblo, si he recibido regalos, y me condenaré yo mismo hoy, y os restituiré lo que me venga de vosotros. (I. Reg. XII. 3).

Daniel dijo al rey Baltasar, que le prometia grandes presentes si le explicaba las letras trazadas en la muralla por una mano invisible: Guardad vuestros presentes, y conservad para otros las riquezas de vuestra casa; yo leeré lo que está escrito, ó rey, y os descubriré su sentido. (Dan. v. 17). No habéis leído, dice S. Hilario, lo que los presentes han costado á Giezi y á Simon el Mago; á Giezi, que los había recibido, y á Simon, que los había ofrecido? (Vit. Patr.)

Hermoso es, dice S. Ambrosio, la conducta de Abraham, que no quiso recibir nada del botin de la victoria que acababa de ganar, ni admitir nada de lo que se le ofrecía. Hay una gran diferencia entre obrar por la gloria, por desinterés, y obrar por amor á la ganancia. Por esto Abraham mereció oír de boca del Señor las siguientes palabras: Soy tu protector, y tu recompensa es incomparable: *Protector tuus sum, et merces tua magna nimis.* (Gén. XV. 1). Porque no pidió su recompensa á los hombres, la recibió de Dios: *Quosiam ubi mercedem ab homine non quaesivit, a Deo accepit.* (Serm.)

Los donas ciegan, dice S. Crisóstomo; son como un trenó para la lengua, y cambian y coliben las testificaciones: *Donas excecant oculos, et tanquam fructum ari, acerbant et colibent testimonia.* (Homil. ad pop.)

Un salario y regalos ciegan los ojos de los jueces, dice el Eclesiástico; son

como un muro en boca, é im piden que de ella salgan las repreensiones: Venia et dena exerceant oculos iudicium, et quasi murus in ore avertit correptiones eorum. (XX. 31).

Los regalos tienen de enojoso y malo que ciegan hasta á los hombres prudentes. dice S. Gregorio Nazenciano, pues los hombres caen por medio del oro, como los pájaros con la liga. Cuando habla el oro, ningún discurso tiene fuerza; porque el oro persuade siendo mudo: *Auro loquente, iners est omnis oratio, perennat enim illud, etiamsi nullam vocem edat.* (In Distich.)

Plutarco dice que en Tebas la estatua de la justicia no tenía manos, sino grandes ojos, para manifestar que los juces no deben dejarse seducir ni por regalos ni por la condición de los que se presentan en su tribunal. (Lib. I de Fide).

Con razón dijo el cardenal Cayetano: Los regalos transforman el corazón; borran las faltas, las excusan y las hacen perdonar. (Ex Delrio, adag. 56).

Cuando queremos levantar la voz en nombre de la justicia, dice S. Pedro Damian, esta voz queda debilitada y ahogada por los presentes. Cuando se reciben, disminuyen el vigor de la censura, quitan toda libertad á la elocuencia, y aunque no destruyen enteramente la rectitud del juicio, enervan la autoridad del juez. Rechazemoslos, y conservaremos la libertad de condonar ó de absolver segun las reglas de la justicia, y cesaremos de ser los esclavos del dinero. (Lib. II. Epist. II.)

RELIGION. (Véase IGLESIA.)

Religion viene de volver á atar, dice S. Agustín: *Religio venit a religando.* (Lib. X Civil., c. IV.)

La religion, tomada en su verdadero sentido y objeto, es el conocimiento de Dios y de sus leyes; la observancia de sus preceptos, la fe en él, y el culto que se le tributa... La religion es el lazo, el comercio que existe entre Dios y el hombre...

Toda la religion consiste en imitar á Dios, á quien honrais, dice S. Agustín: *Religionis summo, imitari quem colis.* (Lib. VIII. Civil., c. XVII.)

El cristianismo es la imitación de la vida divina, dice S. Gregorio de Niza: *Christianismus est vite divine imitatio.* (Serm.)

El plan de la religion cristiana es divino. Lo que la religion católica, apostólica y romana nos enseña de las grandezas de Dios, del fin del hombre y de los admirables medios que conducen á este fin, es una doctrina toda celestial, una doctrina infinitamente superior á toda inteligencia creada, una doctrina que jamás habia podido ser conocida, si Dios no la hubiese revelado á los hombres; porque esta doctrina no sólo nos ha revelado todo lo que puede ser descubierta por la ley natural y todo lo que puede ser comprendido por la razón más pura, sino que tambien se extiende infinitamente todavia más allá de esos límites, puesto que va á penetrar hasta en el interior de la profundidad divina, dice S. Pablo: *Profunda Dei.* (I. Cor. II. 10.)

Hay nada más santo que lo que la religion prescribe á los hombres para que lleguen á su fin? ¿Hay nada más santo que amar á Dios sobre todas las cosas, amar al prójimo como á nosotros mismos, y portarnos con él como quisieramos que se portase? Y porque la naturaleza corrompida nos inclina sin cesar á toda clase de prevaricaciones que nos apartan de Dios, esta religion nos manda que reprimamos nuestras codicias, dominemos nuestras pasiones, mortifiquemos nuestros sentidos, despreciemos las riquezas y los honores, y renunciemos á gozar todo el universo antes que perder nuestra alma. En fin, esta religion prescribe todo lo que la humanidad, la piedad, la justicia y la razón exigen del hombre; y todo esto con relacion al servicio de Dios, á quien todo debe relacionarse como á nuestro último fin.

Y cuáles son los medios que la religion cristiana nos propone para consumir nuestra envidia? Medios admirables, los más propios y eficaces para llegar á tal fin. La presencia de un Dios que vela sin cesar sobre todas nuestras acciones y penetra los lugares más secretos de los corazones; la espectacion de un juicio terrible donde ha de darse cuenta de todas las acciones, y aun de todos los pensamientos; la justicia y la severidad del soberano juez, que no dejará ningún mal sin castigo; ni ninguna virtud sin recompensa; la grandezza de la recompensa es para los justos, y la magnitud de los suplicios para los

como un muro en boca, é im piden que de ella salgan las repreensiones: Venia et dena exerceant oculos iudicium, et quasi murus in ore avertit correptiones eorum. (XX. 31).

Los regalos tienen de enojoso y malo que ciegan hasta á los hombres prudentes. Dice S. Gregorio Nazenciano, pues los hombres caen por medio del oro, como los pájaros con la liga. Cuando habla el oro, ningún discurso tiene fuerza; porque el oro persuade siendo mudo: *Auro loquente, inerte est omnis oratio, perennat enim illud, etiamsi nullam vocem edat.* (In Distich.)

Plutarco dice que en Tebas la estatua de la justicia no tenía manos, sino grandes ojos, para manifestar que los jueces no deben dejarse seducir ni por regalos ni por la condición de los que se presentan en su tribunal. (Lib. I de Fide).

Con razón dijo el cardenal Cayetano: Los regalos transforman el corazón; borran las faltas, las excusan y las hacen perdonar. (Ex Delrio, adag. 56).

Cuando queremos levantar la voz en nombre de la justicia, dice S. Pedro Damian, esta voz queda debilitada y ahogada por los presentes. Cuando se reciben, disminuyen el vigor de la censura, quitan toda libertad á la elocuencia, y aunque no destruyen enteramente la rectitud del juicio, enervan la autoridad del juez. Recházalos, y conserváremos la libertad de condonar ó de absolver según las reglas de la justicia, y cesaremos de ser los esclavos del dinero. (Lib. II. Epist. II.)

RELIGION. (Véase IGLESIA.)

Religion viene de volver á estar, dice S. Agustín: *Religio venit a religendo.* (Lib. X Civil., c. IV.)

La religion, tomada en su verdadero sentido y objeto, es el conocimiento de Dios y de sus leyes; la observancia de sus preceptos, la fe en él, y el culto que se le tributa... La religion es el lazo, el comercio que existe entre Dios y el hombre...

Toda la religion consiste en imitar á Dios, á quien honrais, dice S. Agustín: *Religionis summo, imitari quem colis.* (Lib. VIII. Civil., c. XVII.)

El cristianismo es la imitación de la vida divina, dice S. Gregorio de Niza: *Christianismus est vite divine imitatio.* (Serm.)

El plan de la religion cristiana es divino. Lo que la religion católica, apostólica y romana nos enseña de las grandezas de Dios, del fin del hombre y de los admirables medios que conducen á este fin, es una doctrina toda celestial, una doctrina infinitamente superior á toda inteligencia creada, una doctrina que jamás habia podido ser conocida, si Dios no la hubiese revelado á los hombres; porque esta doctrina no sólo nos ha revelado todo lo que puede ser descubierta por la ley natural y todo lo que puede ser comprendido por la razón más pura, sino que tambien se extiende infinitamente todavía más allá de esos límites, puesto que va á penetrar hasta en el interior de la profundidad divina, dice S. Pablo: *Profunda Dei.* (I. Cor. II. 10.)

Hay nada más santo que lo que la religion prescribe á los hombres para que lleguen á su fin? ¿Hay nada más santo que amar á Dios sobre todas las cosas, amar al prójimo como á nosotros mismos, y portarnos con él como quisieramos que se portase? Y porque la naturaleza corrompida nos inclina sin cesar á toda clase de prevaricaciones que nos apartan de Dios, esta religion nos manda que reprimamos nuestras codicias, domineemos nuestras pasiones, mortifiquemos nuestros sentidos, despreciemos las riquezas y los honores, y renunciemos á gozar todo el universo antes que perder nuestra alma. En fin, esta religion prescribe todo lo que la humanidad, la piedad, la justicia y la razón exigen del hombre; y todo esto con relacion al servicio de Dios, á quien todo debe relacionarse como á nuestro último fin.

¿Cuáles son los medios que la religion cristiana nos propone para consumir nuestra envidia? Medios admirables, los más propios y eficaces para llegar á tal fin. La presencia de un Dios que vela sin cesar sobre todas nuestras acciones y penetra los lugares más secretos de los corazones; la espectacion de un juicio terrible donde ha de darse cuenta de todas las acciones, y aun de todos los pensamientos; la justicia y la severidad del soberano juez, que no dejará ningún mal sin castigo; ni ninguna virtud sin recompensa; la grandezza de la recompensa es para los justos, y la magnitud de los suplicios para los

pecadores. Además, ¿de qué auxilio no han de servirnos los ejemplos de Jesucristo, nuestro Dios, nuestro rey, nuestro Salvador, que anda delante de nosotros en el camino de la salvación, que nos lo ha señalado con su sangre, y que desde lo alto del Cielo, donde reinará eternamente, nos brinda con la corona y la gloria? ¿Han podido ser inventados por los hombres unos medios tan admirables y eficaces?

Pero ¿no es más sorprendente la conexión, el lazo que existe entre todos los misterios que la religión enseña? Porque, si Dios es el principio de todas las cosas, ¿qué se deduce de ahí sino que Dios sólo existe desde toda la eternidad, que ha creado de la nada todo el universo, y es el solo dueño soberano de todos los hombres? Si Dios es el último fin del hombre, ¿qué se deduce de ahí sino que las almas son inmortales, que los cuerpos resucitarán un día, que no es en este mundo donde ha de buscarse la felicidad, que todo lo que nos conduce á Dios debe ser mirado como un bien, y que todo lo que nos aleja de Dios debe ser mirado como un mal?

Si la fe nos propone misterios infinitamente elevados é incomprendibles para toda inteligencia creada, como los misterios de la Trinidad y de la encarnación del Verbo, está muy conforme con la razón; porque la razón nos enseña que debemos tener de Dios sentimientos y pensamientos infinitamente superiores al alcance natural de nuestro espíritu, que jamás conocemos á Dios más perfectamente que cuando comprendemos que sus perfecciones y atributos son incomprendibles para todo espíritu humano; y que Dios no sería Dios, si pudiésemos comprenderle en toda la extensión de sus perfecciones. Y este es el mayor motivo de credibilidad, y la más invencible razón que prueba incontestablemente la verdad y la divinidad de la religión cristiana. Es la revelación del misterio de la santa Trinidad que nos descubre en cierto modo el interior de Dios, interior que no siendo conocido, ni pudiendo serlo más que de él sólo, no puede ni podrá jamás ser penetrado por ningún esfuerzo, si Dios no lo revela á los hombres, habiéndolos verdaderamente. Por consiguiente, el verdadero fundamento de una religión verdaderamente divina y la prueba más incontestable de que Dios ha revelado esta religión, es la revelación del misterio, porque nadie más que él ha podido revelarlo... ¿Qué cosa más conforme también con la razón que la encarnación del Verbo? Era preciso que el mediador entre Dios y los hombres fuese Dios y hombre á la vez: Dios para traerlos el remedio, y hombre para darnos ejemplo. Y con esto es fácil comprender, en primer lugar, cuán temible es la justicia de Dios, puesto que no ha podido quedar plenamente satisfecha sino por un hombre-Dios. Es fácil comprender, en segundo lugar, cuán excesiva ha sido la misericordia de Dios, puesto que quiso sufrir la muerte para rescatar á esclavos. Es fácil también comprender, en tercer lugar, cuán admirable ha sido la sabiduría de Dios, que así sacó el bien del mal y del mismo pecado...

Para probarlo invenciblemente, podemos limitarnos á las profecías y á los misterios.

1.º Las profecías.

Supóngase desde luego incontestable el principio de que Dios sólo es el que puede predecir infaliblemente lo futuro, porque él solo lo ve y puede hacerlo

El modo cómo me ha sido revelada esta doctrina es divino.

sucedier; los hombres no pueden predecir lo futuro sino por casualidad, porque no lo ven, no saben si sucederá, y no pueden tampoco hacer que suceda. Todos los misterios de la religión cristiana han sido figurados por la religión de los judíos, cuya ley, como dice el Apóstol, no era más que la sombra de la ley futura, y no la expresión misma de las cosas: *Umbram enim habens iter futurorum bonorum non ipsam imaginem rerum* (Hebr. X. 1); es decir, el principio de una ley más perfecta; y es constante, por todos los oráculos de los profetas, que todos los misterios de la religión cristiana han sido pronosticados hasta en sus más pequeñas circunstancias, y de una manera tan clara, que podríamos decir que los profetas veían aquellos misterios con sus propios ojos.

(Véase sobre Jesucristo las profecías.)

2.º Los milagros.

(Véase sobre Jesucristo los milagros.)

El evangelista S. Lucas nos dice que Jesucristo llamó á sus discípulos y escogió á doce, que llamó apóstoles: *Elegit duodecim, quos et apostolos nominavit* (VI. 13). S. Agustín dice con relación á estas palabras: (O misericordia infinita del divino fundador de la Iglesia! Sabía que si hubiese elegido á algun senador, el sanador lo habría dicho: He sido elegido por mi dignidad. Si hubiese elegido al rico, el rico lo hubiera dicho: Mi riqueza me ha hecho elegir. Si hubiese tomado por aráuto á un rey, éste habría dicho: He sido preferido porque soy poderosa. Si hubiese elegido á un filósofo, éste habría dicho: Mi sabiduría lo ha motivado, habría dicho aquel filósofo. Dídme desde luego á este pescador; ven, tú, pobre; nada tienes, nada sabes; sígueme. Inútil es que pesques en el mar; voy á hacerte pescador de hombres: *Venite post me, et faciam vos fieri pisces hominum* (Math. VI. 19). El pescador abandona sus redes; recibe la gracia, y llega á ser el divino arador. Bien pronto se leerán las palabras de los pescadores, y los aradores inclinarán sus cabezas.

Lo que al mundo tiene por más sencillo, lo ha elegido Dios para confundir á los sabios, dice el gran Apóstol; y lo que el mundo tiene por débil, para confundir á los fuertes; y lo que el mundo tiene por bajo, por despreciable, y lo que no existe, lo ha elegido Dios para destruir lo que es, para que ninguna carne se glorie en su presencia: *Qui stultus erant mundi, elegit Deus, ut confundat sapientes; et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia; et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, ut ea que non sunt, ut ea que sunt destrueret; ut non glorietur unquam caro in conspectu eius*. (I. Cor. I. 27-29).

Las tres cosas que el mundo acostumbra admirar, la sabiduría, el poder y la nobleza, han sido despreciadas por Dios en la vocación de los hombres á la fe, á la justicia y á la salvación. Elegió, por el contrario, tres cosas opuestas, la locura, la impotencia y la abyección, á fin de manifestar que su obra era divina. Pero, dice S. Pablo, la palabra de la cruz es locura para los que perciben, y por el contrario, es la virtud de Dios para los que se salvan, para nosotros, porque está escrito: *Perdidit la sabiduría de los sabios, y experimentará la prudencia de los prudentes. ¿Dónde está el sabio? ¿dónde el escriba? ¿dónde el partidario de este siglo? ¿No ha infatuado Dios la sabiduría de este mundo? Porque no habiendo el mundo conocido á Dios por la sabiduría, ha querido Dios salvar, con la locura de la predicación, á los creyentes. La locura de Dios es* (I. Cor. I. 19).

divinidad de la religión cristiana probada por su establecimiento y cumplimiento de sus órdenes.

UNIVERSIDAD AVTO...
UNIVERSIDAD AVTO...
DIRECCION GENERAL DE...

más sabia que los hombres, y la debilidad de Dios más fuerte que los hombres. (1. Cor. 1. *passim*.)

La virtud y el poder de Jesucristo, dice S. Crisóstomo, no sólo han brillado en sí mismos, sino en la predicación de sus enviados. Han brillado: 1.º en que un corto número de apóstoles, simples pecadores pobres, sin estudio, oscuros de raza judaica, sin ningún apoyo en el mundo, han sometido, sin embargo, al universo pagano á la cruz...; 2.º en que han vencido á los más terribles enemigos, á los demonios, las diversas concupiscencias, las pasiones, los pecados, la muerte, el infierno, reyes, príncipes, filósofos engreídos, oradores, griegos, bárbaros, y las leyes, costumbres y todas las sectas...; 3.º en que han convencido los espíritus y han triunfado, no por las armas; ni por la sabiduría humana, ni por la eloquencia profana, sino por su sencilla predicación...; 4.º en que en poco tiempo han extendido la fe por todo el universo...; 5.º en que por la gracia de Jesucristo se han sobrepujado, con una voluntad perfectamente sumisa y un valor invencible, á las amenazas de los tiranos, á los golpes, cadenas, prisiones, tormentos y otras cien pruebas superiores á las fuerzas de la naturaleza...; 6.º en que han hecho crear en la doctrina no de un Dios lleno de gloria, sino de un Dios crucificado; haciendo crear en aquel crucificado, haciéndole adorar, haciendo recibir y practicar su ley, opuesta á la naturaleza y á la carne...; 7.º en que los lobos se han vuelto corderos; los perseguidores, vencedores y mansos ya, se han hecho defensores de la religión...; 8.º en que los corderos han triunfado de los lobos. (De Apóst.)

¡O sublime religión, exclama S. Nilo, más poderosa que todos los reyes, más real que la misma dignidad de los que se sientan en los tronos! Ella derribaba sin armas lo que con armas preparaban los reyes; ella hacía practicar, muriendo en el martirio, lo que los reyes y tiranos prohibían bajo pena de muerte; ella levantaba sus trofeos contra sus verdugos por medio de la muerte de sus hijos. (Monit. II. de Christi Accus.)

En medio de la ceguera universal, de la ruina total de todo principio, y de un diluvio de desórdenes, el cristianismo se levanta y se dirige á las naciones. Emplea para la rápida conquista del mundo, instrumentos de una debilidad extraordinaria, instrumentos que, á juzgar por las apariencias, debían ser sin efecto; porque ¿qué proporción existía entre aquellos instrumentos y el fin de que se trataba? ¿Quién creería que doce pescadores se son propios para la elección que se hace de sus personas, y que querrian aguijeras aceptadas? Sólo me permito evocar la memoria de los más grandes hombres de la antigüedad, y hacerles testigos del espectáculo que se prepara para someter la Judea. Oloernes, Nabucodonosor y los romanos hacen avanzar numerosos ejércitos. Para someter el Asia, Alejandro marcha á la cabeza de un poderoso ejército. ¿Qué dirán viendo que Jesucristo, para conquistar el mundo entero, no emplea más que doce hombres? Nosotros mismos hoy, cuando con la única luz de la razón miramos las cosas, y vemos que aquellos doce hombres acaban sobre las naciones una mirada de dominio, y como, á título de herencia, las dividen entre sí y toma cada cual imperios y reinos inmensos y numerosos, ¿no hemos de vernos tentados de compararlos á aquel niño que pretendía encerrar todos los mares en un pequeño vaso?

Presentemos aquí la rica y sublime descripción que ha hecho el gran san

Crisóstomo: Mirad, dice, á Pedro, que vestido pobremente y con un palo en la mano se adelanta, armado con una cruz de madera al populoso centro de las religiones disolutas envajecidas en la corrupción. Yo le pregunto:—¿A dónde vas, Pedro?—Voy á Roma.—¿Y qué pretendes hacer allí?—Subyugar á la dueña del universo, derribar su capitolio, destruir sus altares, aniquilar sus simulacros, y, á pesar de su orgullo, hacer caer á los pies de un hombre atado en la cruz.—¿Qué empresa! ¿Y para conseguirlo, ¿dónde están tus recursos, tus apoyos y tus soldados?—Nada tengo de esto; si el universo fuese mío, estaría menos seguro de vencer; pero ahora soy invencible, porque estoy solo y no tengo más que esta cruz de madera.—Eres sabio; y ¿puedes darte jamás una empresa que lleve más marcadamente el sello de la temeridad y de la locura?—Temeridad y locura, todo lo que quieras; pero el Cielo me responde del éxito. ¿Y no parece esto superior á las fuerzas de la naturaleza? Al verle, á aquel hombre de nada tomar un tono tan decisivo, y manifestar una confianza tan intrépida ¿qué debe pensarse? Pero ¿cuál será vuestra admiración, si tan pomposas y magníficas promesas se cumplen al pló de la letra! Y no lo dudéis, las cumpliré. En aquel mismo momento, entra en Roma, y diréis ya que al acercarse tiembla el Capitolio, y alarmados los dioses del paganismo presagian su próxima ruina. Instalado en aquella gran ciudad, en aquella ciudad llena de orgullo, habla y le escuchan; enseña, y le admiran; manda, y le obedecen; truena, y la cruz, el radiante estandarte signo de paz y de salvación; flota á lo lejos sobre las ruinas del abatido paganismo. Los envidiosos Césares habían conjurado su ruina; y vello ya sentado en el trono de los Césares, aquí la divina señal está en su frente, y los ídolos á sus plantas, de suerte que mucho mejor que del primero de los Césares, puede decirse de Pedro: Vino, vió y triunfó. Pronto los frutos de su celo se extienden á lejanos países, y la voz de Pedro resuena en los lugares donde no habían podido penetrar. Las armas de los romanos. Durante más de seiscientos años y después de muchas guerras y combates, Roma no había conseguido más que ser la capital de un imperio; y luego en poco tiempo, bajo un solo hombre que no entendía de guerra, llega á ser la capital del mundo cristiano. Decid después de esto, si os atreveis, que el establecimiento de que se trata no es obra de Dios, que Dios no es su solo y verdadero autor, en tanto que de parte de los hombres son tan desproporcionados é inconfidentes los medios. No, no; para ejecutar sus voluntades, el rey de los reyes no necesita nuestros débiles auxilios; su brazo se basta á sí mismo, y cuando para hacer cosas grandes emplea instrumentos débiles, entonces, más que nunca, prodiga los milagros. (De S. Pedro).

Muy bien dice Tertuliano: Salomon reinó; pero en los confines de Judea, desde Dan hasta Bersabé. Darío reinó sobre los babilonios y los partas, y no más lejos. Para él únicamente en Egipto; Nabucodonosor desde la Judea á la Etiopía; Alejandro no ocupó jamás el Asia entera. Y de la misma manera los germanos, los bretones, los galos, los moros y los romanos tuvieron límites en su imperio. Pero el nombre de Jesucristo y su reino se extienden por todas partes; por todas partes se cree en Jesucristo; todas las naciones le honran; reina por todas partes, y por todas partes es adorado; es para todos Rey de todos, juez de todos, Dios y señor de todos, y su reino es un reino eterno; su reino no tendrá fin. (Lib. contra Judaeos).

Este es, dice S. Crisóstomo, el mayor de todos los milagros, el milagro de los milagros: acude el mando entero, atraído por doce hombres pobres y sin instrucción (1).

Cuando oigo, dice Resnet, que el pueblo grita que el Salvador merece la muerte por haberse hecho rey; en verdad, aquellos furiosos hablan mejor de lo que piensan, porque Jesucristo debe reinar por la muerte. Cuando lleva su cruz sobre sus inocentes espaldas, cualquiera otro diferente de un cristiano quedaría sorprendido de su impotencia; pero el fiel debe acordarse que Isaias dijo que su dominación y su principado se pondrían sobre su espalda: *Cujus principatus super humerum eius*. Este imperio, este principado sobre sus espaldas, es su divina cruz. Su cruz es su trono. Ella pondrá á todos los pueblos bajo la obediencia de Nuestro Señor, Becriba, ó Pilatos, en tres lenguas aquel hermano Isaias sobre la cruz del Salvador: *Jesus Nazareno, Rey de los Judíos*. Escríbase la dignidad de Jesús en lengua hebrea; que es la lengua del pueblo de Dios, y en lengua griega, que es la lengua de los doctos y de los filósofos, y en lengua romana, que es la del imperio del mundo. Y vosotros, ó griegos, inventores de las artes; vosotros, ó judíos, herederos de las promesas; vosotros, romanos, dueños de la tierra, venid á leer esa admirable inscripción, y debida la rodilla delante de vuestro rey. Piento veréis á este hombre, abandonado hoy de sus propios discípulos, reunir á todos los pueblos bajo la invocación de su nombre. Pronto sucederá lo que en otro tiempo prelijo, que, estando elevado fuera de la tierra, todo lo atraerá á sí, y cambiará el instrumento del más infame suplicio en una máquina celestial para arrebatarse todas las corruines. Pronto las naciones incrédulas, á las que alarga sus brazos, vendrán á recibir entre sus brazos paternos el amable beso de paz que, según las antiguas profecías, debe reconciliarlos con el verdadero Dios que no conocían. Pronto aquel crucificado recibirá la corona de honor y de gloria, á causa de que, por la gracia de Dios, ha sufrido la muerte por todos, como dice la divina epístola á los hebreos, (XI. 9). Verán hacer de su sepulcro una hermosa posteridad, y se cumplirá gloriosamente el famoso oráculo del profeta Isaias: Si da su alma por el pecado, tendrá una larga posteridad: *Si proferit pro peccato animam suam, videtis semel longevum*. (LIII. 10). Esta piedra tirada de la construcción del edificio será la piedra angular y fundamental que sostendrá el nuevo edificio, y ese misterioso grano de trigo que representa á nuestro Salvador, habiendo caído en la tierra, se multiplicará por su propia corrupción: es decir, que el Hijo de Dios caerá de la cruz en el sepulcro, y por un maravilloso suceso todos los pueblos caerán á sus plantas: *Populi sub te cadent*. (Psalm. XLIV. 6).

En tiempo de los apóstoles, el nombre de Jesucristo era adorado por toda la tierra, decía S. Pablo: *Fides vestra annuntiatur in universo mundo*. (Rom. 1. 8).

Formamos, dice Tertuliano, casi la mayor parte de todas las ciudades: *Para pene major civitates cajuoque*. (In Apolog.) Los partas, invencibles para

(1) Hoc ipsum maximum est miraculum, est miraculum ab eoq. miracula orbem terrarum accurrere á duodecim pauperibus, et illiteratis hominibus attractum. (In Act. appt.)

los romanos, los tracios, cansados de todas las leyes, sufrieron voluntariamente el yugo de Jesús. Los medas, y los armenios, y los persas, y los indios los más lejanos; los moros y los árabes y las vastas provincias del Oriente, el Egipto y la Etiopia y el Africa más salvaje, los casitas siempre errantes, los sarmatas, los getulios y la Barbaria la más inhumana, han sido dominados por la humilde y modesta doctrina del Salvador Jesús...

Jesús reina en todas partes, dice Tertuliano, Jesús es adorado en todo lugar. Y lo que es más admirable, es que no son los nobles y los emperadores quienes le han atraído los simples y los labriegos; al contrario, él ha atraído á los emperadores por la autoridad de los pescadores. (In Apolog.)

Profanos, dicen los apóstoles á las naciones paganas, ¿hasta cuándo viviréis en la esclavitud? ¿Prostituiréis vuestro incienso á sacrilegas divinidades? ¿Ignoráis quién es el Dios verdadero? Vamos á deciroslo: Este Dios que reina en todos los siglos, no es tal como el error os lo pinta; su poder ha formado todos los séres, su inmensidad abraza todos los lugares, su sabiduría dispone todos los acontecimientos. Un día llamará de la tumba á todos los muertos para ser juzgados, y según sus virtudes ó sus crímenes, concederá premios ó impondrá eternos castigos. Este Dios es único, y no obstante de ser único, su simple é indivisible esencia en una perfecta unidad, encierra tres personas distintas entre sí. La segunda de esas tres personas adorables se ha revestido de carne mortal por amor hacia vosotros. Este gran Dios hecho hombre ha muerto por vosotros en una cruz. Mortales, adorad esta cruz, adorad á este Dios muerto en la cruz. ¿Cuál debió ser la sorpresa y la admiración del universo idólatra al verla? ¿Qué tubo lo que respira la salud de la salud; Los muertos resucitan! ¿Para castigar el pecado una pena eterna! ¿Un Dios único, y sin embargo en tres personas! ¿Un Dios inmenso, y sin embargo hombre! ¿Un Dios adorable, y sin embargo crucificado! ¿Qué extrañas paradojas! ¿Son verdades? ¿Son tóbulas?

Mirad la moral de los apóstoles. Los apóstoles continúan: Hombres ciegos, corred detrás de los placeres, de las riquezas y de los honores, y sabed que esto es precisamente lo que se ha de despreciar. ¿Queréis ser dichosos? Llorad, aborreceros, crucificeros; esta es la dicha. Avaros, daréis vuestros bienes á los pobres. Vengativos, no os vengaréis, perdonaréis, y devolveréis bien por mal. Esta moral desconocida y austera, estos misterios y estos dogmas inteligibles son aceptados, creídos y practicados. Este es el mayor milagro, milagro que prueba evidentemente la divinidad de este dogma y de esta moral, y de la que Dios que enseña el uno y la otra...

Si la debilidad de los instrumentos de que Dios se ha servido para fundar su religión; si los dogmas y la moral nuestra que se han propuesto y recibido creaban claramente la divinidad de la religión cristiana, los terribles obstáculos que siempre ha encontrado y vencido tan felizmente, no probarían su divinidad.

La religión de Jesucristo provoca un levantamiento general; calumnias, promesas, artificios, traiciones, furros, crueldad, todo se emplea contra ella. Todos los poderes infernales y de la tierra vienen á arrojarse juntos sobre el Cristo y su religión.

2. Severidad del dogma y de la moral.

3. Grandeza de los obstáculos vencidos.

Nó, dice la razón, no reinará sobre nosotros; tus dogmas y tus misterios son ininteligibles. Nó, dice la pasión, no reinará sobre mí; tu moral es demasiado pesada. Nó, dice la política, no reinará sobre los pueblos; eres un estorbo para su libertad...

Efectivamente, dice el autor del *Ensayo sobre la indiferencia*, á las brillantes fiestas del paganismo, á las graciosas imágenes de una mitología encantadora, á la cómoda licencia de la moral filosófica y á todas las seducciones de las artes y de los placeres, el cristianismo opone las pompas del dolor, graves y lugubres ceremonias, las lágrimas de la penitencia, amenazas terribles, temibles misterios, el fastio espantoso de la pobreza, el saco, la ceniza, el cilicio, la cruz y todos los símbolos de un despojamiento absoluto y de una consagración profunda, porque todo esto es lo que vio desde luego el universo pagano en el cristianismo. Al momento las pasiones se lanzan con furor contra el enemigo que se presenta para disputarles el imperio. Los pueblos, sublevados, se precipitan bajo la bandera del victo. La avaricia lleva allí á los sacerdotes de los ídolos; el orgullo acompaña allí á los sabios, y la política á los emperadores. Entonces comienza una guerra espantosa; no se respeta edad ni sexo. Las plazas públicas, los caminos y los mismos campos, y hasta los lugares más desiertos, se cubren de instrumentos de tortura, de caballetes, bagueras y cadalsos. Los juegos se mezclan con la matanza; por todas partes se apresuran á gozar de la agonía y de la muerte de los inocentes, á quienes se degüella; y el grito bárbaro: *Los cristianos á los leones*, hace estremecer de alegría á una muchedumbre ebria de sangre. Pero en aquellos espantosos holocaustos, que se apresuran á ofrecer aquellas divindades espirituales, es menester que cada una tenga sus víctimas escogidas; y una crueldad ingeniosa inventa nuevos suplicios para el pudor. Y finalmente los verdugos cansados se defatigan, la cuchilla cae de sus manos; no sé qué virtud celestial emanada de la cruz comienza á conmovérlos también á ellos, y á ejemplo de naciones enteras, subyugadas antes, caen á los pies del cristianismo, que, en cambio de arrepenimiento, les promete la inmortalidad y les prodiga ya la esperanza.

Todo lo habeis conjurado de una vez; habeis conjurado á los reyes, á los filósofos, las pasiones, la tierra y el infierno; habeis reunido vuestras fuerzas, todo resena con vuestros golpes; y ¿cuál será el resultado? *Regnabit a ligno Deus...* La cruz brilla, y ven vuestras coaliciones rotas, y destruido vuestro campión. Este estandarte glorioso de la cruz, todo desgarrado, y todo ensangrentado, consigue el imperio del mundo. Os rebeláis, pasiones indómitas; muy alto haceis resonar que si el Evangelio tiene prosélitos, deben éstos vivir alerta conaigo mismos; y vosotros, por el contrario, vosotros prometéis las más liberdades dulcenas. ¿Quién ganará? *Regnabit a ligno Deus*. La cruz vence. No presenta, es verdad, más que un feo rizado, nudos cruces, entrecruzados, lágrimas mezcladas con sangre; y á pesar de esto, á los ojos de la multitud, se concentran en la cruz más atractivos que en vosotros, y para arrojarse en sus brazos, muchos se desprenden de los vuestros. Tiranos, reunid á vuestros lictores, preparad vuestros tormentos; de tantos hombres como os traen, unánimemente precipitados en las aguas, otros arrojados á las llamas, otros devorados por los esos; todos espiran con una muerte sangrienta y cruel; hasta vuestra crueldad, para prolongar el suplicio, se entretiene en no derramar la sangre

sino gota á gota: en tanto que el Hijo de María está sin armas ni defensa; vosotros, rodeados de soldados, presidiis bárbaras ejecuciones. Y sin embargo, ¿quién ha de vencer? *Regnabit a ligno Deus*. El Cordero inmolado se convierte en Cordero dominador de la tierra. Generales de ejército, gobernadores de provincia, prefectos de pretorio, vienen á pedir la muerte, y les acompañan con el mismo paso tiernos niños y jóvenes vírgenes. Tiranos, en el aparato de vuestra grandeza, sois vencidos por niños, y niños no lo son por verdugos. Lo que aún no se había visto, tormentos y alegría, crueles dolores y gritos de regocijo, llegan á verse á un mismo tiempo; cuántas más víctimas se sacrifican, más se presentan; y la Iglesia queda fertilizada con sus ruinas, y sobre rias de sangre llega más pronto y majestuosamente hasta las extremidades de la tierra.

¿Dónde estais, perseguidores? exclama Bossuet. ¿Qué se han hecho aquellos leones terribles que querían devorar el rebano del Salvador? Ya no existen; Jesús los ha derrotado, y han caído á sus pies. Ha sucedido con ellos lo que con S. Pablo; Jesús hizo morir en él á su perseguidor, poniendo en su lugar á un sublime y santo apóstol, dice S. Agustín: *Occisus est inimicus Christi, vivit vicarius Christi*. (De S. Paulo.)

Yo te venero, ó religion santa y divina; tus triunfos por la cruz, en los primeros siglos, me prueban invenciblemente que sois la sagrada esposa de un Dios crucificado...

La antorcha de la verdad sale de la cruz y va á iluminar ambos hemisferios; 4.ª Trinidad de la religión probada por su duración.

delante de la sagrada montaña del Calvario se bajan las otras montañas, y la nueva religion predomina. ¿Subsistirá? Un filósofo del siglo responde acaladamente que no subsistirá. La primera razon que nos presenta es que el encanto de la novedad, encanto invencible y seductor, se disipará tarde ó temprano; y entonces, no viendo en ella nada que estimule, llegará á cansar. Esta inconstancia natural en el hombre, ¿con cuántos ejemplos no se ve atestiguada? La segunda razon que nos presenta, es que, sin relajarse en nada, combate las inclinaciones y domina la codicia; inflexible y severa, jamás se presta á las inclinaciones viciosas. Supongamos que por ostentacion y terquedad se viva algun tiempo en la opresion; pero, ¿dónde está el hombre que quiera sujetarse para siempre á un dueño imperioso y dominador? ¿dónde está el hombre que quiere comprometerse á sufrir por estado? Los atractivos del delirio se desvanecen y llegan á disgustar; pero las heridas del dolor pican siempre en un lugar sensible; es imposible acostumbrarse á ellas; y puesto que la ley cristiana estorba eternamente, es menester que perezca. Sucederá con ella lo que con aquellos espectáculos que atraen á los pueblos enteros; son grandes, son sorprendentes, pero tienen un último acto. Así, en las reglas de la prudencia ordinaria, es fácil prever lo que sucederá. Pero, sin embargo, ¿qué sucede? La religion está libre de todas las persecuciones, de todos los peligros y de todas las asechanzas; y subsiste. Tantos prodigios del arte tan alabados, tantos palacios, mansiones soberbias y opulentas, é inmensas ciudades caen al suelo. Los egipcios, los griegos, los romanos y tantos otros pueblos de la antigüedad ya no existen. En un círculo de revoluciones las leyes, las costumbres, los imperios y los reinos han cambiado; y en medio de todas estas ruinas, de todas es-

tas revoluciones, la religion no cambia; subsiste siempre, la fe es siempre la misma. En tanto que al redor soyo todo se hunde, todo desaparece, y todas las sectas se desvanecen unas tras otras, la religion católica, apostólica y romana es la única que queda inquebrantable, inmóvil y de pie. ¿De dónde procede todo esto, sino de la mano Omnipotente que la sostiene? Y si la mano de Dios la sostiene siempre y exclusivamente, no hay duda que es divina, la única divina, la única obra de Dios, la única esposa de Jesucristo...

La religion, desde su origen, dice Lamennais (*Ensayo sobre la indiferencia*), ha sido en todos tiempos combatida con grandes pruebas. Agitada sin cesar por algun huracan, es propio de su destino no gozar jamás en la tierra tranquilidad perfecta. El orgullo, la hociencia, la avaricia y todas las pasiones, ligadas contra ella, le suscitan locesantemente nuevas guerras, pero le preparan tambien nuevos triunfos. ¡Fuerza admirable de la sociedad cristiana! La heregia, ya vigorosa, ya aminorada, toma todas las formas, se cubre con todas las máscaras, y se amolda y vuelve á amoldarse en todos sentidos para comover sus dogmas; y constantemente invariable en su doctrina, la Iglesia se como los siglos rebeldes vienen á expirar uno tras otro á sus plantas. El espíritu de independencia ó la ambicion de dominar exalta en su propio seno divisiones seguidas muchas veces de deplorables cismas; al momento, de sus desgarradas entrañas, però siempre fecundas, salen á tropel nuevos hijos que la consuelan de los que ha perdido. Principes envidiosos alentan contra sus derechos, y se esfuerzan en tucbar su divina getarquía; però, á pesar de sus violencias y sus astucias, el gobierno de la Iglesia, más firme aún con los golpes que recibe, subsiste inalterable y se perpetúa do siglo en siglo en medio de los desquiciamientos y de las ruinas de los gobiernos humanos.

Però ahora es cuando el cristianismo es atacado por su base. Se ha reconocido que la religion y todos sus dogmas descansan sobre la autoridad, como una roca inquebrantable; y al momento la multitud de los sectarios, divididos en todo lo demás, se unen para zajar este cimiento de todas las verdades. La reforma es su grito de guerra. Escuchadlos, vienen á libertar la tierra de los abusos introducidos por las pasiones, y á curar el espíritu humano de las preocupaciones que lo oscurecen.

Arados de tan seductor pretexto, multiplican sin fin las destrucciones; la supremacia del jefe de la Iglesia, el episcopado, el órden pastoral, los Sacramentos, el culto y las santas pompas, nada se escapa á la escaña de su zajo reformador. Multitud á porfia la fe, se apresuran en cierto modo á librarse del tormento de creer, como del tormento de obedecer, y proclaman rápidamente en sus elmeros símbolos la abolicion de todos los dogmas religiosos y sociales. Lutcranos, socinianos, deistas, ateos, etc., bajo estos distintos nombres, que indican las fases sucesivas de una misma doctrina, prosiguen con infatigable perseverancia en plan de ataque contra la autoridad. Niegan los misterios del cristianismo, niegan su moral, niegan á su autor; niegan á Dios, y se dirigen á sí mismos. Aquí acaba la razon humana.

Y con que encono, prosigue el escritor, se persiguió la religion en Francia en 1793? Entonces, sobre las ruinas del altar y del Trono, sobre los huesos del sacerdote y del soberano, empezó el reinado del odio y del terror, espantoso cumplimiento de aquella profecía: Un pueblo entero se precipitará,

hombre contra hombre; vecino contra vecino; y con gran alboroto; el niño se levantará contra el anciano y el populacho contra los grandes porque han opuesto sus lenguas y sus invenciones contra Dios.

Creian haber destruido la religion, se hisonjaban de ello; y salió de aquella terrible tempestad más hermosa y más fuerte que nunca. Así pues la religion es divina, parata que nada puede commoverla ni derribarla; puesto que á todo resiste, á todo se sobrepone, y á todo sobrevive...

1.º Destruida la idolatría y convertidos los paganos al amor del verdadero Dios, se ve, como admirable electo que confirma la Divinidad de la religion católica, una inflexible sanctidad de costumbres en toda clase de personas. El maravilloso cambio que la religion ha producido en todos los siglos, las obras sablimas en todo género que ha creado y mantenido, prueban que es divina... Ved el valor y la constancia de los mártires.

San Agastin, hablando del gran número de convertidos á la fe, no tenia dificultad en decir que, si alguno hubiese dicho á voz en grito las palabras de la Misa: *Surgam coram*. Elevemos nuestros corazones; se hubiera podido responder de todas las ciudades, aldeas, montañas, selvas y comarcas: Elevados tenemos nuestros corazones al Señor: *Habemus ad Dominum*. (Tanto sabe la religion cristiana desprender á los hombres de la tierra, y unirlos al servicio de Dios! *Lib. de Civit.*)

Lo que hay todavía notable y maravilloso, es que estos admirables cambios se han hecho hasta en los más perversos, los más viciosos y perdidos... Con dos ó tres palabras, dice Lactancio, se convertia á los más grandes pecadores en grandes santos; los más sensuales practicaban las austeridades más sorprendentes, y los más delicados despreciaban los tormentos y la muerte. Todas estas maravillas se verificaban sin fuerza, sin violencia; sin armas y sin ningun auxilio humano; y todo esto con la pobreza, la humildad, los sufrimientos y el martirio. (*Lib. III. c. V.*)

La religion, como su designio hundador, pasa al través de los siglos haciendo bien: *Pertransiit beneficentia*. (Act. X. 38.)

Se puede decir de la religion, al ver sus dichosos efectos y sus inestimables beneficios, lo que los magos de Faraon decian en presencia de las maravillas que obraba Moisés: Ahí está el dedo de Dios; *Dignus Dei est hic*. (Exod. VIII. 19.)

Ved, dice Tertuliano, la impudencia vencida por la castidad, la incredulidad derribada por la fe, la crueldad destruida por la misericordia, la ira por la dulzura, todos los vicios por todas las virtudes. (*Lib. de Apolog.*)

2.º El cristianismo civiliza al mundo... La ha civilizado por tres medios: 1.º haciendo de la autoridad una cosa inviolable y sagrada...; 2.º haciendo de la obediencia una cosa santa...; 3.º haciendo de la abnegacion y del sacrificio, ó por mejor decir, de la caridad, una cosa divina... (¿no es el catolicismo? Libertad, sabiduría, humildad, dulzura, caridad, heroismo...)

3.º A la religion debemos la ciencia.

(Véase el artículo Iglesia).

4.º A la religion debemos el exterminio de la esclavitud, á ella debemos la verdadera libertad y la verdadera igualdad.

(Véase Iglesia).

Los efectos que produce la religion cristiana son divinos.

5.ª La religion sola es el socorro y el sosten de los desgraciados.

Citemos tambien aquí las palabras del autor del *Ensayo sobre la indiferencia*: Venid, seguid los pasos de la religion de amor; contad, si es posible, los beneficios que esparce á manos llenas sobre los hombres, la obra de misericordia que inspira, y que sólo ella puede recompensar.

Durante una peste, que devastó en el siglo III gran parte del imperio, los paganos, abandonando á sus amigos y parientes, no pensaron más que en escapar para ponerse al abrigo del contagio. Los cristianos, tan cruelmente perseguidos entónces, se dedicaron al cuidado de todos los enfermos, fieles é idólatras, y se vengaron de sus enemigos, como se vengaron los cristianos, sacrificándose por ellos. (Cántos ejemplos parecidos nos ofrece la historia de la Iglesia! Los discípulos de Jesucristo agobiaban de beneficios á sus detractores. ¿No es vergonzoso para nosotros, escribía el emperador Juliano á Arsacio, pontífice de Así, que los galileos, además de sus pobres, mantengan tambien á los nuestros?)

Y el cristianismo no ha degenerado envejeciéndose; sus anales no están llenos más que de los servicios de todas clases que ha prestado en todos tiempos á la humanidad.

Seria nunca acabar si se tratase de recordar sumariamente todos los servicios prestados á la sociedad por el Clero católico. ¿Cuántas enemistades apaciguadas, cuántos esposos, parientes, conciudadanos reconciliados, víctimas arrojadas al viento, injusticias reparadas, iniquidades prevenidas, penas consoladas, y secretas miserias desvanecidas por medicion suya!

Se han recordado parte de los beneficios de la religion; son tan grandes como incontestables. Y ¿cómo es que una religion tan favorable á la humanidad, madre de la civilizacion y de la ciencia, amiga de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, religion que alivia todas las miserias, tenga enemigos entre los hombres? ¿Es posible que tanto amor no disipe las preocupaciones y el odio! ¿A! Lo que excita este odio es la hermosura, la perfeccion misma de la ley evangélica. La severidad de los deberes que impone espanta las gacetas y se disputa el bien que hace por causa del bien que manda hacer.

Pero, antes de rechazar con desden la religion, el hombre debe aprender á conocerla. El desprecio es fácil; es un placer que la ignorancia proporciona á poca costa al orgullo. Pero concérrase no basta; porque Dios tambien se sonreirá, dice la Escritura: *Irridebit et abarrumbit eos.* (Psal. II. 4). Pero en aquel día formidabile, que será el de la justicia, la criatura rebelde, contempiando á las claras el orden que ha desconocido, y mirándolo con desesperacion, lo verá tan conforme con su naturaleza, que será para ella un tormento menor concérrase á él con su suplicio, que turbarlo, si posible fuere, por el goce injusto de la felicidad que mereció perder. ¿De qué sirve engañarnos? ¿Qué ventaja reportamos? ¿Qué es esta corta desgraciacion que nos proporcionamos con el auxilio de embriagadores sistemas, comparado con el terrible día de mañana que ha de venir, y que no ha de tener fin?..

Unámonos, pues, á esta religion tan fecunda en beneficios, tan perfecta, tan divina; amémosla, respetémosla y practiquémosla...

REMORDIMIENTOS.

Siendo José vendido por sus hermanos, cuando éstos fueron á Egipto para librarse del hambre, los amenazó, los trató de esclavos, y los hizo poner en la cárcel durante tres días. Y ellos se decían unos á otros: *Muy justamente sufrimos esto, porque hemos pecado contra nuestro hermano: Merito hoc posuimus, quia peccavimus in fratrem nostrum.* (Gen. XLII. 21).

Cuanto más, dice S. Bernardo, nos entregamos á placeres criminales, tanto más encontramos tormentos en el trabajo; porque somos castigados por donde pecamos: *Quotquot fuerunt oblectamenta mala, tot tormenta dura in poena; nam inde punimur, unde delectamur.* (Sermon in Psal.)

La justicia de Dios no deja impune ningún pecado, como no deja tampoco ningún bien sin recompensa... Así lo habéis ordenado, dice S. Agustín, y así debe ser: Que todo espíritu descorregido sea castigo de sí mismo: *Iustus, Domine, et ita est, ut poena sibi sit omnia inordinata peccata.* (Lib. Confess.)

Volveré á echar los crímenes del culpable á su seno, dice el Señor por boca de Isaias: *Remittet opus carum primum in sinu eorum.* (Lv. 7).

Porque han abandonado la ley que yo les había dado, dice Jeremías; porque no han escuchado mi voz, y no han marchado segun mis mandamientos, siguiendo la perversidad de su corazón, he aquí lo que dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: Alimentaré á este pueblo con ajeno, y apagaré su sed con agua de hiel: *Quia dereliquerunt legem meam, et non audierunt vocem meam, et non ambulaverunt in ea, et abierunt post pravitatem cordis sui: idcirco, ecce ego cibabo populum istum obivium, et potum dabo eis aquam fellis.* (IX. 13-15).

Los remordimientos y los tormentos del alma son tantos cuantos sean los vicios; dice S. Jerónimo: *Quot sunt vitia, tot sunt animi tormenta.* (Lib. super Geoes.)

El impío se castiga á sí mismo, dice S. Ambrosio: *Impius ipse sibi poena est.* (Lib. de Offic.) El yugo de mis iniquidades vela, dice Jeremías: *Vigilavit jugum iniquitatum mearum.* (Lament. I. 14).

Hasta que el pecado está consumado, el alma está en las tinieblas, dice san Crisóstomo, y está como envuelta en una nube sombría; luego levanta el remordimiento de la conciencia, y roe el alma más que ningún otro arador, manifestando el desorden y la morandad de la accion (1).

Es como el agua de un río, mientras corre; pero, así que llega al mar, se vuelve amarga y salada... El culpable comete el pecado para tener algun ins-

Justicia de los remordimientos.

El demonio y las pasiones no dejan subreptivamente atormentar al alma de la accion.

(1) Peccatum donec consummatur, obtebrat mentem et quasi densae nubis, ita mentem corrumpit: deinde conscientia iniquae, et quasi aratoris, mentem graviter ardit, monstrans absurditatem facili (In Genes., c. XLIII).

tanto de placer, dice S. Agustín; el placer pasa, y el pecado queda; lo que li-
sajca no exista, y lo que atormenta no se va (1).

Cuando la serpiente quiso hacer caer á Eva, le ocultó el remordimiento, y
le hizo ver la hermosura y la excelencia de la fruta prohibida. No moriréis,
dijo, seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal. (Gen. III. 4-5). Caí, y caí
Adán. El remordimiento y la confusión se apoderan de ellos... Si el demonio
y las pasiones no ocultasen el remordimiento, sobre todo ántes del pecado, no
se ocaía jamás en el mal.

No podemos sos-
tráenos á los
remordimientos.

Los pecados, dice S. Basilio, siguen al alma como la sombra al cuerpo, y
representan vivamente por medio del remordimiento las imágenes de los cri-
menes cometidos: *Sicut umbra corpora, sic peccata sequuntur animas, et ma-
nifestas facinorum repitentant imagines.* (Apod. Anton., serm. XVI).

Por más distracción que se proporcione á David, siempre tenía presente su
pecado, dice S. Ambrosio. Por más que dijese ú oyese decir, por más que
luchese, el remordimiento estaba siempre allí: todo lo que veía le echaba en
cuenta su crimen, en la mesa, en la cama, de noche, de día, en sus oraciones,
juntas al recuerdo de su caída le alcanzaban su remordimiento le perseguía
por todas partes; el mismo le dice: Mi pecado está siempre contra mí: *Peccatum
meum contra me est semper.* (L. 4. — Lib. I. de Offic.)

Dirigiéndose S. Ambrosio á Cain, dice admirablemente: No es la voz de
Abel la que te acusa, no es su alma, sino la voz de la sangre que has derra-
mado; es tu crimen el que te acusa, y no tu hermano. Sin embargo, la tierra
que ha recibido esa sangre, es también un testigo contra ti. Si tu hermano te
perdona, la tierra no te perdona; si tu hermano se calla, la tierra te condena.
Es para ti juez y testigo. No hay duda que las criaturas superiores, el Cielo,
el sol, la luna, las estrellas, los tronos, las dominaciones, los principados, las
potencias, los querubines y los serafines, habrán también condenado aquel cul-
pable á quien castigaban igualmente las criaturas inferiores. ¿Cómo podría per-
donarle el Cielo, persiguiéndolo la tierra? (Lib. II. de Cain, c. IX).

Si obras bien, dijo el Señor á Cain, ¿no recibirás recompensa? Pero, si
obras mal, no se te perdonará de repente el pecado, el pecado que está en
acercho? *Nonne, si bene egeris, recipies? sin autem male, statim in foribus pec-
catum edent?* (Gen. IV. 7).

Nadie puede sustraerse al remordimiento, á este azote de la conciencia...
el remordimiento es inseparable de la falta...; la pena marcha con el cul-
pable...

El impío huye sin que se lo persiga, dicen los Proverbios: *Fugit impius,
nemine persequente.* (XXVIII. 1.)

Tal es el pecado, dice S. Crisóstomo, que, sin que nadie reprenda al cul-
pable y le disculpa, sin que nadie le condene, ni lo defienda; ni sepa su falta,
huye sin que le persigan: ¡Ah! El remordimiento está en el interior de su con-
ciencia; este acusador está siempre allí, y como el pecador no pueda huir, no

(1) *Peccat peccatum, ut aliquam corporalem caperet voluptatem, voluptatem transit,
peccatum manet: praterit quod delectabat, remansit quod pungit.* (Fract. de Honest.
mulier.)

puede tampoco evitar á este acusador secreto que tiene en el alma. (Apod
Maxim., serm. XXVII).

El remordimiento es el compañero inseparable del pecado. Así como dos
presidiarios encadenados juntos no pueden moverse, ni levantarse, ni ir y ve-
nir el uno sin el otro, de la misma manera el remordimiento sigue constante-
mente al pecador.

El esclavo del hombre descansa algunas veces, dice S. Agustín; pero el
esclavo del pecado ¿á dónde ha de ir para descansar? A cualquier parte donde
vaya, lo arrastra consigo. Una mala conciencia no puede huir de sí misma; no
hay lugar en donde pueda ponerse al abrigo; se persigue á sí misma, porque
el pecado cometido está dentro (1).

La conciencia criminal, dice Plutarco, es para el alma lo que la úlcera
para el cuerpo: *Facinorosa conscientia in anima instat est ulcers in corpore.*
(Lih. de Tranquill. animi).

Aquel á quien se crucifichaba llevaba su cruz, instrumento de su suplicio;
de la misma manera el criminal lleva consigo su suplicio; su cruz es el remor-
dimiento...

El pecador, dice S. Ambrosio, aun cuando exteriormente tiene abundantes
riquezas, nada en los placeres y está rodeado de perliumes, pasa su vida en la
mayor amargura; la vida del criminal es como un sueño; se despierta, su re-
poso ha pasado, y su placer se ha desvanecido; el mismo reposo de que parece
gozar el impío es un infierno...

Veid la orgía del pecador, interrogad su conciencia; ¿no está más infecto
que todos los sepulcros? Mirad su alegría, sus inmensas riquezas. Ved sus úl-
ceras y la herida de su alma, y la hiel que llena su corazón. No hay suplicio
comparable al castigo del pecado; al remordimiento que dan las caídas en
el pecado. Este remordimiento, que es la pena de la conciencia culpable, cas-
tiga al pecador que ha pecado secretamente; quiere cubrirse, y está desnudo
en presencia de Dios. (Lib. I. Offic., c. XII).

Entre todas las tribulaciones del alma humana, no la hay mayor que el
remordimiento de los pecados, dice S. Agustín: *Inter omnes tribulationes hu-
manæ animæ nulla est major tribulatio quam conscientia delictorum.* (In
Psal. XLV).

Todo hombre malo, añade S. Agustín, está mal consigo mismo; está necesa-
riamente atormentado y despedazado; es su propio tormento. Aquel que se
ve perseguido por su conciencia es la pena de sí mismo; podemos huir de un
enemigo; pero ¿cómo hemos de huir de nosotros mismos? (2).

La primera y la mayor pena de los que pecan, dice también Séneca, es el
haber pecado: ningún crimen queda impune; el suplicio del crimen está en el
mismo crimen: *Prima et maximus peccantium poena est, peccasse; nec
ullum scelus impunitionum est, quantum scelera in seclere supplicium est.*
(Epist. XXVII).

(1) *Seruus hominis aliquando requiescit, servus peccati, quo fugit. Se trahit quo-
cumque fugerit. Non fugit satquam mala conscientia; non est quo eat, sequitur se, imo
non recedat a se; peccatum enim quod fecit, intus est.* (Lib. de Civit.)

(2) *Quispiam malus est, male secum est, torquetur ab eo ipso est, sibi ipsi tormen-
tum est ipse enim est poena sua, quem torquet conscientia sua. Fugit ab inimico quo
poterit: á te quo fugiet? (In Psal. XXXVI. com. II.)*

El remordimiento es como un guardián, como un peso echado á la puerta del mal para hacer justicia del pecado. Es el gusano roedor de la conciencia, es la tribulación, la angustia y todos los dolores presentes y futuros.

Saulo, perseguidor, oye una terrible voz que le grita: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura es volverse contra el aguijón del remordimiento: *Saulo, Saulo, quid me persequeris? Durum est tibi contra stimulum calcitrare.* (Act. IX. 4-5.)

No hay suplicio más terrible que el remordimiento de conciencia, dice san Isidoro; la conciencia del pecador está siempre en pena; jamás una alma criminal está tranquila y en paz; el remordimiento la devora (1).

Los ojos que se cierran á la falta, se abren á la pena, dice san Gregorio: *Oculus, quos culpa claudit, pœna aperit.* (In Genes.)

La conciencia es un verdadero tribunal doméstico, dice S. Gregorio Nazianceno: *Conscientia domesticum et verum tribunal est.* (In Genes.)

La conciencia vale mil testigos, dice S. Gregorio: *Conscientia mille testes.* (In Genes.)

Los crímenes son castigados por los remordimientos, dice Séneca. (*Epist. XCVII.*)

Imposible es esconderos, si hacéis algo de vergonzoso, dice Sócrates; porque, aún cuando lo ocultáis á los hombres, vereis claramente vuestra iniquidad: *Omnia non sperandum, si quid turpe fueris, te latitum; quantum enim lateas alius, late tamen tibi mala conscientia eris.* (Teste Platarch.)

Nuestros padres, dice Epísteto, confían nuestra infancia á instructores; pero Dios nos entrega, cuando somos mayores, á nuestra conciencia para que nos guarde: *Parentes nos parvas, pedagogo; Deus autem, iam viros, conscientia custodituras tradit.* (Teste Pintarch.)

Aquellos, dice S. Crisóstomo, que en la cárcel, esperan la pena capital á la que están condenados, pasan las horas en la angustia y el tormento; aún cuando tuviesen todas las delicias de la tierra; lo mismo aquellos que tienen un alma cargada de iniquidades, se ven devorados por los remordimientos. (*Homil. XLIII. de Neguitia depulsa.*)

Salid y ved, dice el Señor por la boca de Isaias; ved los cadáveres de los que violan mi ley; el gusano que los roe, no morirá jamás; y el fuego que los devora, tampoco se apagará; y serán para siempre un objeto de horror para toda carne. (*LXXV. 24.*) También dice Jesucristo: El gusano no muere nunca: *Vermis enim non moritur.* (Marc. IX. 47.)

Antoco, cargado de crímenes y perseguido por los remordimientos, decía: El sueño se ha alejado de mis ojos, estoy abatido, y mi corazón ha destellado á causa de mis tormentos. Y he dicho á mi corazón: ¿En qué aflicción estoy sumido ahora, y en qué abismo de tristeza, yo que era dichosa y amado, en mi poder? Ahora recuerda los males que he hecho á Jerusalem, de donde he saqueado todo el oro y la plata, haciendo desterrar sin motivo á los que habitaban en Judea. Reconozco, pues, que es por tales causas que estos males han

(1) Nulla pœna gravior est pœna; conscientia conscientia rei semper in pœna est, nunquam securus est reus animus; mens enim mala conscientia propriis gregatim stimulis. (*Lib. II. Soliloq.*)

caído sobre mí; y he aquí como, postrado en la tristeza, muero en la tierra extranjera: *Nunc reminiscor malorum que feci in Jerusalem. Cognovi ergo quia propterea invenerunt me mala ista; et ecce pœna tristitia magna in terra aliena.* (I. Machab. VI. 10-15.)

Se ven las mismas penas en Aftan, Cain, en los hermanos de José y en el traidor Judas; porque el remordimiento oprime la conciencia, trae el crimen á la memoria, y con sus violentas acusaciones, castiga y no deja reposo alguno. En mi propia casa y en mi propia familia tengo acusadores, dice S. Bernardo, tengo testigos, jueces y verdugos. La conciencia me acusa, la memoria es el testigo, la razón es el juez, el deleite es la cárcel, y el temor es el suplicio (1).

El mal persigue á los pecadores, dicen los Proverbios: *Pecatores persequitur malum* (XIII. 21); pues la falta cometida persigue sin tregua á su autor....

Una alma manchada de crímenes, dice Pacato, tiene no sé qué verdugos interiores: ó más bien, semejante conciencia es el verdugo de sí mismo: *Habet necesse quos internos, mens acclerata, carnifices; aut ipsa sibi carnis conscientia est.* (In Paneg. Theodosii imper., c. XLIII.)

¡O triste recuerdo, ó el más terrible de los tormentos, el de una conciencia manchada! exclama Quintiliano: *O tristis recortatio, ó tormentis omnibus conscientia gravior!* (Declamat. XII.)

El remordimiento se agarra al culpable como el bulto á su presa...

Es la conciencia que castiga cuando se obra mal, dice Filostrato. De ella vinieron los furros de Ortestes cuando se arrebató contra su madre. (*Lib. VII. de Vita Apollonii, c. VII.*)

No hay pena comparable á una conciencia cargada de crímenes, dice San Gregorio; porque, cuando el hombre sufre en el exterior, se relaja en Dios; pero una conciencia desarrreglada no encuentra á Dios dentro de sí misma; entonces, ¿dónde puede hallar consuelos? ¿dónde buscar el reposo y la paz? (*In Psal. CXLIH.*)

¿Qué pena más terrible, dice S. Ambrosio, que la herida interior de la conciencia? ¿Qué juicio más severo que este juicio doméstico, que hace que el culpable vea sus crímenes y se la esche en cara? (*Lib. III. de Offic., c. IV.*)

Mi pecado me ha abalido, dice Sion por medio de Jeremias, y durante todo el día he estado agobiado de dolor: *Pœnit me dolentem, tota die macerem confectam.* (Lament. I. 13.)

El remordimiento se apodera de vosotros de la misma manera que el dolor subroge á una mujer en el parto, dice el profeta Miqueas. (IV. 9.) ¿Por qué, dice S. Ambrosio, tormentas semejantes caen sobre el pecador? Porque concibe la iniquidad y la produce; porque no hay dolor más grande que el remordimiento del pecado que hiera el alma; no hay carga tan pesada como la del pecado. Abate el alma, y la derriba; no puede ya levantarse, y no podría nunca sin la gracia de Dios. ¡O hijo mío, qué agobiador es el peso de las iniquidades! (*Lib. III. de Offic.*)

(1) In domo propria, et propria familia, habeo accusatores, testes, iudices, et tortores: Accusat me conscientia, testis est memoria, ratio iudex, voluptas carcer; timor tortor, tormentum. (*Lib. de Interiori domo, c. XIV.*)

Mis días han terminado, dice Job, mis pensamientos se han dispersado atormentando mi corazón; el día no es para mí más que una noche oscura, la luz no es más que tinieblas. (XVII. 11-12).

Horrible desgracia de no sentir remordimientos.

Un enfermo que no siente su mal, está próximo á la muerte; así sucede al pecador que no tiene, que no siente remordimientos, porque los ha abrogado... Cuando el pulso no late, está terminada la vida; el pulso para el pecador es el remordimiento, mientras que el remordimiento se hace sentir, hay esperanza de salud para el pecador; pero, cuando cesa, la esperanza se aleja...

La señal más cierta y más horrorea del abandono de Dios y de la reprobación eterna, es la cesación del remordimiento. Cuando un pecador no tiene remordimientos y se alegra de no ser inquietado en sus plieceres, entonces se vanagloria hasta de sus crímenes; no piensa en arrepentirse ni en enmendarse, sigue en ellos con seguridad, y todo está perdido para él, y maldecido por el tiempo y por la eternidad.

Una alma criminal perseguida por el remordimiento siente su falta; tarde ó temprano se reconoce á tal vez en sí misma, y cambia de vida; pero cesando los remordimientos, no siente ya su falta, y es incapaz de convertirse...

El remordimiento es una gracia para el pecador.

El remordimiento es una gracia para el pecador; sentir el remordimiento y escucharlo prueba que la conciencia no está enteramente apagada, dice san Ambrosio; el que siente su herida, desea la curación y toma remedios. ¿Dónde no se siente el mal, no hay esperanza de vida. (Lib. II. de Offic. c. V).

Si nuestras iniquidades, Señor, dice Jeremías, claman contra nosotros, alínd con atrevido á vuestro nombre, pues nuestras iniquidades son innumerables; hemos pecado contra vos: *Si iniquitates nostras responderint nobis, quia multae sunt iniquitates nostrae, tibi peccavimus.* (XIV. 7). Observad aquí el poder del remordimiento, que, como dice Orígenes, es el corrector y el guía del alma. (In Genes.)

Así, 4.º, el remordimiento es un freno después del pecado, porque nos lo hace aborrecer... 2.º es un castigo saludable después del pecado, porque nos manifiesta su enormidad... Cerró el camino del pecado con espinas, dice el Señor en Oseas: *Septim viam tuam spinis.* (II. 6). Y dirá: Iré y volveré á mi primer esposo, á Dios, porque entonces era más feliz que hoy: *Et dicet: Vultum, et revertar ad virum meum priorem, quia bene mihi erat: tunc magis quam nunc.* (Id. II. 7). Dios cierra el camino del pecado con el remordimiento...

Mejor es calmar el remordimiento y vivirlo.

¿Queréis no tener nunca remordimientos? dice S. Isidoro: Vivid santamente; el vivir bien proporciona siempre alegría y tranquilidad: *Vivis nunquam esse tristis? Bene vives; bona vita semper gaudium habet.* (Lib. II. Soliloq.)

Paracais entre las naciones, y la tierra enemiga es consumida, dice el Señor en el Levítico. Y si algunas entre vosotros sobreviven, languidecerán en la tierra de sus enemigos, por culpa de sus iniquidades, y estarán afligidos por sus pecados, hasta que confiesen sus maldades; yo marcharé contra ellos hasta que su corazón incrénculo se humille. (XVI. 38-41).

Así pues el medio de evitar el remordimiento es evitar el pecado que lo engendra; y el medio de calmarlo y hacerlo desaparecer es arrepentirse de los pecados cometidos, corregirse y hacer penitencia...

RESPECTO HUMANO.



¿Qué cosa más servil que quedar reducidos, ó más bien reducirnos á nosotros mismos á la necesidad de conformar nuestra religion al capricho de otra, y practicarla, no segun el Evangelio, sino segun las ideas de los demás, no dar señales de profesaria, ni cumplir los deberes que nos impone, siendo tan sólo cristianos segun el capricho ajeno?

San Agustín condena á los sabios del paganismo, á quienes la razon manifestaba la de un Dios único, y que adoraban á varios por respeto humano. Y por otro respeto humano, el cobardo cristiano no sirve al Dios que conoce y en quien cree. Aquellos eran superciosos á idolatras; y éste, por respeto humano, es hoy infiel é impío. Aquellos, para no atraerse el odio de los pueblos, practicaban lo que condenaban, adoraban lo que despreciaban, profesaban lo que detestaban, dice S. Agustín: *Calebant quod reprehendebant, agebant quod arguebant, quod exprobant adorabant.* (Lib. de Civit.). Los paganos remediaban á los devotos, dice Bourdignon, y nosotros remediamos á los ateos. En ellos no era más que una ficcion que sólo interesaba á las dignidades falsas; pero la nuestra es una abominacion real. (Sermon sobre el respeto humano).

Obrar así es hacernos esclavos; y nacidos libres, debemos serlo inviolablemente por Dios, á quien debemos fe, respeto, adoracion, reconocimiento y amor...

Respeto humano es una esclavitud.

En el tiempo de la pasion, la sirvienta que estaba á la puerta dijo á Pedro: ¿Eras tambien uno de los discípulos de este hombre? Y él contestó: No lo soy: *Dicit Pedro ancilla ovariaria: Numquid et tu ex discipulis es hominis istius? Dicit illa: Non sum.* (Joann. XVIII. 17). Tal es la debilidad y la cobardía del respeto humano...

El respeto humano es debilidad y cobardía.

El que teme al hombre caerá de repente, dicen los Proverbios: *Qui timet hominem, cito corruet.* (XXIV. 25). No han invocado al Señor, dice el Salomista, se han estremecido de terror allí donde no habia que temer: *Deum non invocaverunt; illi trepidaverunt timore ubi non erit timor.* (III. 6).

¿Qué cobardía, por ejemplo, no atreverse á manifestarse cristiano con una sencilla señal de la cruz? ¿No es la cruz, dice S. Agustín, la que nos bendice y el agua que nos regenera, y el sacrificio que nos alimenta; y la unción santa que nos fortifica? (Tract. CXXVIII. in Joann.)

El respeto humano es cosa indigna y cobarde... Nada degrada, envilece ni deshonra al hombre como el respeto humano...

¿Qué es lo que nos contiene? Una palabra, un signo, una chanza... ¿Una pequeñez de espíritu, y qué mezquindad de corazón!... En vano tratamos de ocultar esta debilidad y esta cobardía...

Doñden que hay en el respeto humano).

Primer desorden del respeto humano: destruye el amor de preferencia que debemos á Dios; lo que es destruir toda la religion. Preferir Dios á la criatura es el sagrado deber de todos los hombres; y el respeto humano hace preferir la criatura al Criador. ¿Por qué, en efecto, llamamos á este respeto humano, sino porque nos hace preferir la criatura á Dios...?

Segundo desorden del respeto humano: precipita al hombre en una especie de apostasía. ¿Cuántas irreverencias en el lugar santo por temor de parecer hipócritas y cristianos...?

Tercer desorden del respeto humano: hace inútiles las más preciosas gracias de Dios. Sentimos la necesidad de una vida más arreglada; pero el respeto humano garrafa estas buenas disposiciones... Todas las gracias llegan á ser inútiles por esta desgraciada debilidad...

El respeto humano es un escándalo.

El respeto humano es un escándalo injurioso para Dios, porque destruye el culto de Dios...

El respeto humano, es, sobre todo, un sensible y perniciosísimo escándalo en los ricos y en los poderosos...

De donde viene el respeto humano?

Muchos de entre los mismos príncipes creyeron en Jesucristo, dice el Evangelio; pero, la causa de los fariseos, no lo confesaban por miedo de ser arrojados de la sinagoga; pues preferían la gloria de los hombres á la gloria de Dios (1). ¿Cuántos imitan este triste ejemplo...!

¡No teme la crítica...! Tengamos los sentimientos de S. Agustín, que decir: Penseis de Agustín lo que os plazca; todo lo que desea, todo lo que quiere y lo que busca, es que mi conciencia no se acuse ante Dios: *Senti de Augustino quidquid libet, sola me conscientia in oculis Dei non accuset.* (Lib. I contra Secundinum, c. 1).

Necesidad de despreciar el respeto humano.

Hemos de pisotear el respeto humano; es una necesidad vigorosa. Se ha de creer de corazón para obtener la justicia, y confesar con la boca para conseguir la salvación, dice el gran apóstol: *Corde creditur ad justitiam; ore autem confessio fit ad salutem.* (Rom. X. 10).

No os avergoncéis de la manifestación de nuestro Señor, ni de mí, que soy su cordero, dice S. Pablo á su discípulo Timoteo; sufrid más bien conmigo por el Evangelio, según la fuerza de Dios: *Noli erubescere testimonium Domini nostri, neque me victum ejus; sed collabora Evangelio secundum virtutem Dei.* (II. 8).

¿Es de los hombres ó de Dios de quien ha de desejar la aprobación? escribe aquel apóstol á los galatas. ¿Trato acaso de agradar á los hombres? Si yo agradase aún á los hombres, no sería siervo de Jesucristo: *Modo enim hominibus sumus, an Deo? An quæro hominibus placere? Si adhuc hominibus placerem, Christi servus non essem.* (I. 10).

(1) Ex principibus multi crediderunt in eum; sed propter phariseos, non confitebantur, ut et similes non essent, dilexerunt enim gloriam hominum, magis quam gloriam Dei. (Joan. XII. 42-43).

El que se haya avergonzado de mí y de mis palabras, dice Jesucristo, verá que el hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en su majestad y en la de su Padre y de los santos ángeles: *Qui me erubuerit, et meos sermones, hunc Filius hominis erubescet, cum venerit in majestate sua, et Patris, et sanctorum angelorum.* (Luc. IX. 26).

El que me haya confesado delante de los hombres, dice también en otra parte, verá como le confieso delante de mi Padre, que está en los Cielos. Y yo negaré también delante de mi Padre que está en los Cielos á cualquiera que me haya negado delante de los hombres (1).

Y el dejarse dominar por el respeto humano es ciertamente avergonzarse de Dios y negarle.

No temáis el oprobio ni las blasfemias de los hombres, dice Isaiás: *Nolite timere opprobrium hominum, et blasphemias eorum ne metuitis.* (LVII. 7).

No me avergonzo del Evangelio, dice el gran apóstol: *Non erubescio Evangelium.* (Rom. I. 16).

A mí, dice en otra parte, me es indiferente ser juzgado por vosotros ó por cualquier otro hombre: *Mihi pro minimo est ut a vobis judicer, aut ab humano die.* (I. Cor. IV. 3).

Hay una gran gloria en seguir al Señor, dice el Eclesiástico: El es quien prolonga nuestros días: *Gloria magna est sequi Dominum: longitudo dierum assumetur ab eo.* (XXIII. 38).

Porque no han renegado de Jesucristo, dice S. Agustín, pasan de este mundo al Padre celestial; confesándole, merecen la corona de vida, y la poseen para siempre: *Quia Christum non negaverunt, transierunt de hoc mundo ad Patrem; confitendo, coronam promerentes, et vitam sine fine tenentes.* (In Eccles.)

¿Qué acto tan grande hizo el buen ladrón, dice S. Crisóstomo, para ir inmediatamente de la cruz al Cielo? ¿Queréis que os explique su virtud en dos palabras? Mientras Pedro negaba á Jesucristo, no lejos de la cruz, el buen ladrón lo confesaba entonces públicamente en la cruz... *(De Cruce et Latr., homil.)*

La fuerza, la gracia, la salvación y la gloria están en el desprecio del respeto humano...

Jamás el cristiano valeroso se abandona de Dios ni de su religion... Si la Magdalena, el publicano, el prodigo y el buen ladrón hubiesen oído la voz del respeto humano, no habrían abandonado el camino de la perdición.

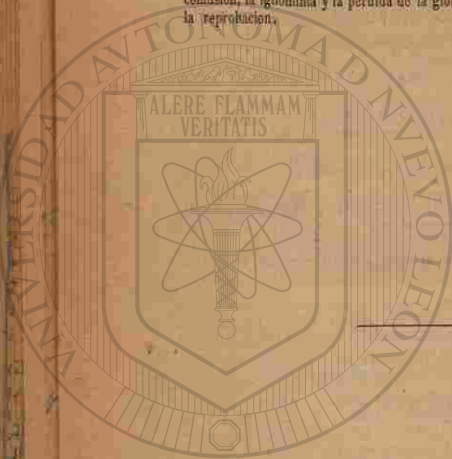
Si sufrimos con Jesucristo, reinaremos también con él, dice S. Pablo: Si á él renunciámos, renunciará también á nosotros: *Si sustinehimus, et consequemur;* si negaverimus, et ille negabit nos. (II. Tim. II. 12).

Se han avergonzado de lo que no debían, dice el Salmista; Dios los dispensará. Porque se levantaron contra él, caerán en la confusión, pues el Señor

(1) Omnis qui confitebitur me coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patre meo, qui in caelis est: Qui autem negaverit me coram hominibus, negabo et ego eum coram Patre meo, qui in caelis est. (Matth. X. 32-33).

Hay gloria y valor en vencer el respeto humano.

los ha despreciado: *Illic trepidaverunt timore ubi non erat timor, Deus dissipavit ossa eorum, qui hominibus placent: confusi sunt, quoniam Deus spreit eos.* (LII. 6-7). Hé aquí un triple castigo para los que se dejan guiar por el respeto humano para agradar al mundo: 1.º el quebrantamiento de los huesos, es decir, la pérdida de la vida, de la dicha, de la paz y de la salvación...; 2.º la confusión, la ignominia y la pérdida de la gloria...; 3.º el desprecio de Dios y la reprobación.



RESURRECCION.

LA primera noche de la muerte de Jesucristo, un hombre rico de Arimatea, llamado José, fué á encontrar á Pilatos, y habiéndole pedido el cuerpo de Jesús. Pilatos mandó que se lo diesen. Por consiguiente, José tomó el cuerpo, lo envolvió en un paño blanco y lo depositó en un sepulcro nuevo que habia hecho abrir en la Peña; é hizo correr una gran piedra á la entrada del sepulcro. Por la mañana siguiente reunidos los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, fueron á encontrar á Pilatos, y le dijeron: Señor, nos hemos acordado de que aquél habia dicho durante su vida: Después de tres días resucitaré. Mandad, pues, que se custodie el sepulcro hasta el tercer día, no sea que sus discípulos vengan á robar su cuerpo, y digan al pueblo que ha resucitado de entre los muertos; pues el último error sería peor que el primero. Pilatos les dijo: Guardias tenéis; id, y guardadlo como queráis. Así pues, yéndose, cerraron cuidadosamente el sepulcro, sellaron la piedra, y pusieron allí guardias. (Math. XXV).

Después del sábado, á la primera luz del día que sigue al sábado, María Magdalena y la otra María fueron á visitar el sepulcro. Y hubo un gran terremoto. Porque el ángel del Señor bajó del Cielo, y acercándose apartó la piedra y se sentó encima. Su rostro estaba centelleante, y su vestido era como la nieve. Los guardias, al verle, llenos de espanto, se quedaron como muertos. Y el ángel dijo á las mujeres: Vosotras, nada temáis; pues sé que buscáis á Jesús, que ha sido crucificado. No está aquí, pues ha resucitado como lo habia dicho: venid y ved el lugar donde el Señor ha estado colocado. Y apresuraos á ir á decir á sus discípulos que ha resucitado. Tened en cuenta que os precede en Galilea; allí lo vereis, os lo predigo. (Math. XXVIII).

Algunos de los guardias fueron á anunciar á los príncipes de los sacerdotes lo que habia pasado. Y habiéndose éstos reunido, y habiendo celebrado consejo con los ancianos, dieron una gran cantidad de dinero á los soldados, diciéndoles: Diced que sus discípulos han venido de noche y lo han robado mientras dormiais (1).

Si los guardias dormían, dice S. Rey, ¿cómo vieron el robo? Si custodes dormierunt, quomodo furtum viderunt? (De Resurrect.)

Vosotros presentais como testigos á hombres que dormían, dice S. Agustín. Verdaderamente, ó ciegos judíos, vosotros sois los que dormís, cuando después de haber mucho nos dais semejantes respuestas: *Dormientes testes adhibet. Vere tu ipse abduxisti, qui acrutando talia fecisti.* (In Psál. LXIII).

Los discípulos, que se habian escapado y estaban escondidos por temor,

(1) Et congregati cum senioribus, concilio accepto, pecuniam copiosam dederunt militibus, dicentes: Dicite quia discipuli eius nocte venerunt et furati sunt eum, vobis dormientibus. (Math. XXVIII. 11-13).

¿se habrían atrevido á robar á su maestro en medio de los guardias armados y de tantos soldados? Es imposible que tantos se quedasen todos dormidos, más que más habiéndoles impuesto la pena de muerte, si se hubiesen dejado quitar al Crucificado... Luego habría habido un alboroto, si los discípulos hubiesen querido robarlo; y este ruido se habría oído, y los soldados se habrían despertado...

Por otra parte, las varias apariciones reales de Jesucristo en particular y en público, probaban inevitablemente su resurrección... y su ascension proe-ha evidentemente que habia resucitado... Todos los fieles están ahí para atestiguar el gran milagro de la resurrección de Jesucristo.

El Real Profeta habia predicho esta resurrección: No permitiréis, Señor, dice, que vuestro Santo vea la corrupción de la tumba: *Non dabis Sanctum tuum videre corruptionem.* (XV. 14).

Me ha dormido, y he sido sumergido en un sueño profundo, y me he despertado, porque el Señor es mi apoyo, dice Jesucristo por medio del Salmista: *Ego dormivi, et soporatus sum, et exarsivi quia Dominus suscepit me.* (III. 5).

En aquel día, dice Isaias, el retoño de Jesé se levantará como un estandarte á la vista de los pueblos; á él acudirán todas las naciones, y su sepulcro será glorioso: *In die illa radix Jesse, qui stit in signum populorum, ipsam gentes deprecabuntur; et erit sepulcrum ejus gloriosum.* (XI. 10). Y el sepulcro de Jesucristo ha sido glorioso por la resurrección...

El mismo Jesucristo habia predicho que no estaria más que tres días en la tumba: Así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena, el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra. (Matth. XVII. 40).

Durante su vida, decía á sus discípulos que habia de ir á Jerusalem, habia de sufrir mucho de parte de los ancianos, escribas y príncipes de los sacerdotes; que sería condenado á muerte, y resucitaría el tercer día (1). En otra circunstancia Jesús les dijo también: El Hijo del hombre debe ser entregado en manos de los hombres. Y lo matarán, y el tercer día resucitará: *Dixit illis Jesus: Filius hominis tradendus est in manus hominum, et occidetur eum, et tertio die resurget.* (Matth. XVII. 21-22).

Todos los apóstoles no dejan de anunciar y proclamar la resurrección de Jesucristo. El Cristo ha muerto, dice S. Pablo, ha muerto para nuestros pecados, según las Escrituras; ha sido sepultado, y ha resucitado el tercer día, según las Escrituras. Ha sido visto de Cetas, y luego de once. Luego ha sido visto por más de quinientos hermanos juntos, de los cuales muchos viven todavía; después ha sido visto por Santiago, y más tarde por los doce apóstoles, y finalmente también lo ha visto yo, que soy el último de todos, y como un aborto, porque soy el más insignificante de los apóstoles. (I. Cor. XV. 3-9).

No sólo todos los apóstoles han visto muchas veces á Jesucristo después de su resurrección, durante cuarenta días, sino que todos han dado su vida

(1) Exiit de corpore Jesu extendere discipulis suis, qui videretur eum ire Jacobus primus, et multa alii á scribis, et scribis, et principibus sacerdotum, et occidi, et tertio die resurgere. (Matth. XVI. 21).

para atestiguar ante el universo que verdaderamente Jesucristo habia resucitado.

La Iglesia toda ha mirado siempre como un dogma de fe la resurrección de Jesucristo...

He estado muerto, dice Jesucristo en el Apocalipsis, y ahora vivo en los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del infierno: *Fui mortuus, et ecce sum vivens in secula seculorum, et habeo claves mortis et inferni.* (I. 18).

El profeta Oseas habia también visto y predicho la resurrección de Jesucristo. El Señor, dice, resucitará al tercer día, y viviremos en su presencia: *In die tertia suscitabit, et vivemus in conspectu ejus.* (VI. 3).

Por varias razones Jesucristo resucitó el tercer día. La primera es que Jonás estuvo tres días en el vientre de la ballena. Ya hemos dicho que Jesucristo daba esta razón en S. Mateo, capítulo XII, versículo 40.

La segunda razón es que Jesucristo le habia predicho en S. Juan: Destruiré este templo, decía á los judíos, y lo volveré á levantar en tres días. Y hablaba del templo de su cuerpo: *Dixit eis: Solvite templum hoc, et in tribus diebus excitabo illud. Ille dicebat de templo corporis sui.* (II. 19-21).

La tercera razón es para enseñar que la cruz y la muerte de los fieles no habían de ser de larga duración comparadas con la bienaventuranza eterna.

El Real Profeta predice así la resurrección general. El Señor, dice, conserva nuestros huesos, no habrá ni uno solo roto: *Custodiit Dominus omnia ossa eorum unam, ex his non conteretur.* (XXXIII. 20).

Que los muertos resucitan, dice Jesucristo, lo manifiesta Moisés por lo que el Señor le dijo en la zarza: Soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Y Dios no es el Dios de los muertos, sino de los vivos. (Luc. XX. 37-38).

Jesucristo, dice el gran apóstol á los corintios, ha resucitado de entre los muertos, primicias de los que duermen: *Christus resurrexit á mortuis, primitivus dormientium.* (I. XV. 20). Si ha combatido contra los brotos en Efezo, dice, ¿de qué me sirve, si los muertos no resucitan? Pero, dirá alguno, ¿cómo resucitarán los muertos, ó en qué cuerpo volverán? ¿Insentafel lo que sembramos no está vivificado, si antes no muere? Y lo que sembramos, no es el cuerpo que será, sino un simple grano, como de trigo, por ejemplo, ó de cualquiera otra cosa. Pero Dios le da el cuerpo que quiere, y á cada simiente el cuerpo que le es propio. Así sucede con la resurrección de los muertos; lo que está sembrado en la corrupción, resucitará en la incorrupción; lo que está sembrado en la debilidad, resucitará en la fuerza; lo que está sembrado en la debilidad, resucitará en la fuerza; lo que está sembrado, es un cuerpo animal, y lo que resucitará será un cuerpo espiritual (1).

(1) Seminator in corruptione, surgit in incorruptione; seminator in ignobilitate, surgit in gloria; seminator in infirmitate, surgit in virtute; seminator corpus animale, surgit corpus spirituale. (I. Cor. XV. 42-44).

Razón por la cual Jesucristo resucitó el tercer día.

Nuestro cuerpo será resucitado.

Voy á deciros un misterio: Todos resucitaremos, pero no seremos todos cambiados. En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, al último sonido de la trompeta, pues la trompeta sonará, los muertos resucitarán incorruptibles, y seremos cambiados; porque es preciso que este cuerpo corruptible se revista de incorruptibilidad, y que este cuerpo mortal se revista de inmortalidad (1). Y cuando el cuerpo mortal esté cubierto de inmortalidad, quedará cumplida entonces la palabra que se ha escrito: La muerte ha sido absorbida en la victoria. O muertos, ¿dónde está la victoria? ¿dónde está, ó muerta, tu aguijón (2)?

Por otra razón, concluye el apóstol, sed firmes é inquebrantables, amadísimos hermanos míos, trabajando siempre abundantemente en la obra del Señor; y sabiendo que vuestro trabajo no es vano en el Señor: *Itaque, fratres mei dilecti, stabiles estote, et inmobiles; abundantes in opere Domini semper scientes quod labor vester non est inanis in Domino.* (I. Cor. XV. passim.)

Para nosotros, dice aquel gran apóstol á los filipenses, nuestra vida es la de la ciudad de los Cielos; de donde esperamos también el Salvador. Nuestro Señor Jesucristo, que transformará nuestro cuerpo infimo, configurándolo como su glorioso cuerpo con la energía de aquel poder con que sujetó todas las cosas (3).

No quiero, hermanos míos, escribir á los tesalonicenses, que ignorais lo que concierne á los que duermen, á fin de que no os entristezais como los demás que no tienen esperanza: *Nolumus vos ignorare, fratres, de dormientibus, ut non contristemini sicut et ceteri qui spem non habent.* (I. IV. 13). Porque, si creemos que Jesús ha muerto y resucitado, así por Jesús-Dios traerá consigo á los que duermen. Porque, os lo decimos, sobre la palabra del Señor, nosotros que vivimos, reservados para el adelantamiento del Señor, no precederemos á los que están dormidos; pues el mismo Señor, á la emisión de la voz del arcángel y al sonido de la trompeta de Dios, bajará del Cielo, y los que han muerto en Cristo resucitarán los primeros. Luego nosotros, que vivimos, que hemos sido dejados, seremos llevados con ellos sobre las nubes á recibir á Cristo en los aires; y así estaremos siempre con el Señor: consolados, pues, unos á otros con estas palabras. (I. Thes. IV. 14-18).

La muerte, según el apóstol, no es más que un sueño; Jesucristo lo dice formalmente hablando de Lázaro: *Lazarus, amicus noster, dormit, sed vado ut a somno excitet eum.* (Johann. XI. 14).

Los comentarios no son más que un vasto dormitorio.

Resucitaremos, á ejemplo de Jesucristo, por dos causas: 1.ª porque Jesucristo ha sido un hombre semejante á nosotros, que ha muerto como morimos;

(1) Omnes quidem resurgemus, sed non omnes immutabimur. In momento, in iusto oculi, in novissima faba, cuncti enim tibi, et mortui resurgent incorrupti, et nos commutabimur. Oportet enim corruptibile hoc induere incorruptionem, et mortale hoc induere immortalitatem. (I. Cor. XV. 51-53).

(2) Cum autem dormiat hoc induerit immortalitatem, tunc fiet sermo, qui scriptus est: Absorpta est mors in victoria. Tui est, mors, victoria tua? ubi est, mors, stimulus tuus? (Ibid. XV. 53-54).

(3) Nos qui vivimus, secundum operationem, qua vitam possit subire, sicut omnia (III. 20-21).

y 2.ª porque Jesucristo es nuestro jefe, y porque ha puesto en nosotros, como siendo sus miembros, la virtud de la resurrección...

Jesucristo resucita el mismo públicamente á tres muertos. Cuando murió, varios cuerpos de Santos resucitaron: *Et monumenta aperta sunt; et multa corpora Sanctorum qui dormierant, surrexerunt.* (Matth. XVII. 52).

En el trascurso de los siglos un sin número de Santos han resucitado de entre los muertos en nombre de Jesucristo...

Uno de los siete Macabeos, mártires en el reinado de Antioch, estando próximo á espirar, dijo á este rey cruel: Ciertamente, hombre perverso, nos haces morir en la vida presente; pero el Rey del mundo nos resucitará para la vida eterna: *Res mundi defunctos nos pro suis legibus in aeterna vite resurrectione suavitabit.* (II. Machab. VII. 9). El segundo, próximo á la muerte y lleno de confianza, dijo: He recibido este cuerpo del Cielo; pero lo desdén ahora, á causa de las leyes de Dios; porque espero que me lo devolverá: *E celo ista posuisti, sed propter Dei leges nunc hoc ipse despicias; quoniam ab ipso me ea recepturum spero.* (Ibid. VII. 11). El tercero, antes de morir, habló así: Para aquellos que esperan de Dios que los resucite, bueno es morir; pero tú no resucitarás á la vida: *Potius est mihi hominibus morti datus, spem expectare a Deo, iterum ab ipso resuscitandus: tui enim resurrectio ad vitam non erit.* (Ibid. VII. 14). En fin, el más joven, que fué martirizado el último, dijo: Sufriendo un corto dolor, mis hermanos están ahora en la alegría de la vida eterna (y resucitarán). (Ibid. VII. 36).

Vuestros huesos se reanimarán como la yerba, dice Isaias: *Osae vestrae quasi herba germinabunt.* (LXVI. 12).

Los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, dice el profeta Daniel, unos para la vida eterna, y otros para el oprobio, á fin de que vean para siempre: *Qui dormiunt in terro pulvere, exsurgunt, alii in vitam eternam, et alii in opprobrium, ut videant semper.* (XII. 2).

Los arrancaré de las manos de la muerte, dice el Señor por boca del profeta Oseas; ó muerto, será tu muerte: *De manu mortis liberabo eos, de morte redimam eos: cor mors tua, o mors.* (XIII. 14).

Jesucristo nos resucitará, porque no ha hecho la muerte, y la ha matado con su propia muerte...

Sé, dice Job, que mi Redentor está vivo, y que en el último día me levantaré de la tierra; y me revestiré de nuevo con mi carne, y en esta carne verá á mi Señor. Le verá yo mismo, y mis ojos la contemplarán, y no será otro; esta esperanza se abriga en mi seno (1).

La primavera es una imagen de la resurrección de los cuerpos...

Nuestros cuerpos resucitarán: 1.ª porque Dios lo quiere y lo ha dicho...; 2.ª porque nuestro cuerpo es una parte de nosotros mismos...; 3.ª para que nuestros cuerpos participen de la recompensa de nuestras almas, como han concurrido en sus méritos, ó participen de los castigos del alma, si han participado de sus iniquidades...

(1) Scio quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum. Et reversum circumdabor pulvis meus, et in carne mea videbo Deum meum; quem visurus sum ego ipse, et oculi mei conspiciant eum, et non alius: reposita est haec spes mea in sinu meo. (XXX. 25-27).

RETIRO (Véase SOLEDAD.)

Necesidad del retiro.

La palabra de S. Juan Bautista hace resonar el desierto: Preparad, dice, el camino del Señor, allanad sus senderos: *Vox clamantis in deserto: Parate viam Domini, rectas facite semitas eius.* (Matth. III. 3). En el mismo seno del retiro, predica el santo Precursor la necesidad del retiro; y lo predica con el ejemplo y con palabras...

Venid aparté, dijo Jesucristo á sus apóstoles, venid á un lugar desierto para que descanséis un poco: *Venite seorsum in desertum locum, et requiescite paululum.* (Marc. VI. 31).

Oh una voz del Cielo que dijo: Salid de Babilonia, pueblo mio, para que no tengáis parte en sus obras y no os alienen sus plagas, dice S. Juan en el Apocalipsis: *Exite de illa, popule meus, ut no participetis vitis delictorum eius, et de plagis eius non accipiat.* (XVIII. 4).

Retiros de las ocupaciones extrañas á vuestra salvación, dice el Salmista, y ved seriamente los negocios de vuestra eternidad: *Vocate, et videte.* (XLV. 40).

El pez fuera del agua languidece y muere, dice san Antonio; y así también el religioso, fuera del retiro, cae en la negligencia y en la tibieza, y hace mal sus ejercicios espirituales. (*In vit. Patr.*)

Cada vez que he estado con los hombres me he vuelto menos hombre, dice el autor de la *Imitación de Jesucristo*: *Quoties cum hominibus fui, minor homo redii.* (Lib. I. c. XX).

Necesidad del retiro para arreglar la conciencia...

Necesidad del retiro para purificarnos de los pecados...

Necesidad del retiro para renovar el fervor...

Necesidad del retiro, porque es una gracia preciosa, rara, decisiva, especial, y la última tal vez...

Es casi imposible, en medio del tumulto de las distracciones y de los multiplicados negocios del mundo, ocuparnos seriamente de Dios, de nuestros deberes, de nuestra salvación y de la eternidad. Necesario es, pues, el retiro que nos separa de todos estos obstáculos.

Ejemplos de Jesucristo y de los santos.

Esta necesidad del retiro está todavía probada por el ejemplo de Jesucristo y de los Santos... Jesucristo, dice S. Marcos, se retiraba en el desierto: *Et erat in deserto.* (I. 13). Se retiró de nuevo solo á la montaña, dice S. Juan: *Fugit iterum in montem ipse solus.* (VI. 45). Este santo ejercicio lo practica muchas veces: *Fugit iterum.* Pasaba noches enteras en el retiro y en la oración, dice S. Lucas: *Erat pernoctans in oratione Dei.* (VI. 12).

Como su santo Precursor, Jesucristo pasa en el retiro los treinta primeros años de su vida...

He velado, dice el rey profeta, y estaba solo en mi retiro como el gorrion

hajo del tocho: *Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto.* (Cl. 8).

Todos los patriarcas, todos los profetas fueron hombres de retiro... Juan Bautista, la Buenaventurada Virgen María, pasan su vida entera en el más profundo retiro...

La necesidad del retiro ha poblado los desiertos, las montañas y las solas de una multitud de ángeles de la tierra.

Hablando S. Ambrosio del retiro, del desierto donde Jesucristo se recogió, dice: No se encuentra Jesucristo entre la multitud, ni en las plazas públicas; Jesucristo no es amigo de estos lugares, porque Jesucristo es la paz, y en el mundo hay discordia y desomion; Jesucristo es justicia, y el mundo es iniquidad, Jesucristo es laborioso, y en las plazas públicas hay ociosidad; Jesucristo es caridad, y el mundo es maliciente, Jesucristo es fe y sencillez, y el mundo es fraude y perfidia; Jesucristo está en la Iglesia, y en el mundo están los idólos. (*Lib. III de Virg.*)

Excelencia y ventajas del retiro.

Así como el agua cuya corriente quiere detenerse, se eleva, dice S. Gregorio, así también se eleva hacia el Cielo el alma humana detenida y como encerrada. Demasiado libre, demasiado entregada á sí misma, se pierde porque se reparte en mil futilidades y distracciones: *Sicut detenta aqua sursum elevatur, sic humana mens circumclusa ad superiora colligitur, et relaxata deperit, quia se per infirma inutiliter spargit.* (Pastor).

Vivid en el retiro, dice Jesucristo, y descansaréis en la paz. (March. VI. 34).

Se cita en el Evangelio que los ángeles servían á Jesucristo en el retiro. *Erant in deserto, et angeli ministrabant illi.* (March. I. 13).

Escuchad al Real Profeta: He dicho: ¿Quién me dará alas como la paloma, y volaré y descansaré? *Et dixi: quis dabit mihi pennas sicut columbae, et volabo, et requiescam?* (LIV. 7).

El retiro se embellece con una fecundidad celestial, dice el Real Profeta: *Pinguetis speciosa deserti.* (LXIV. 13).

Dios, añade, partió las peñas del desierto, y apagó la sed de su pueblo con la abundancia de las aguas: *Interrupt petram in eremo, et adquevit eum.* (LXXVII. 45).

Moisés, dice el Exodo, apacentaba las ovejas, y habiendo conocido su retiro al interior del desierto, vino á la montaña de Dios en Horeb. Y el Señor se le apareció en una llama de fuego en medio de un zarzal. Y el Señor dijo á Moisés: Quitate el calzado; pues la tierra que pisas es una tierra santa (4).

Habiendo el emperador Carlos V depositado la corona para abrazar el retiro monástico, decía que habia experimentado más dicha en un solo día, que en todas sus victorias y triunfos. (*In ejus vita.*)

Con razon decía S. Jerónimo al monje Rústico: Considerad vuestra celda y vuestro retiro como un paraíso: *Habeto cellulam pro paradiso.*

(1) Moyses pascebat oves; cumque intrasset gregem, ad interiora deserti venit, ad montem Dei Horeb. Appropinquavit ei Dominus in flamma ignis de medio rubi. Dominus vocavit eum: Solve calcamentum tuum, quia terra est, in qua stas, terra sancta est. (III. 1-5).

Segun S. Bernardo, la celda es un Cielo en la tierra: *Cella est Caelum terrestre*. (De vita contempl.)

San Jerónimo, escribiendo á Heliodoro, exclamaba: ¡O retiro, primavera cargada de flores de Jesucristo! ¡O retiro, en el cual nacen esas piedras preciosas con que, segun el Apocalipsis, está construída la ciudad del gran rey! ¡O retiro, diérotas familiarmente de Dios! Através esta alma hacia mí, dice el Señor por medio de Oséas, la conduciré á la soledad, y allí hablaré á su corazón: *Ego loquar eum, et docum eum in solitudinem, et loquar ad cor ejus*. (II. 14.)

Cantará allí como en los días de su juventud; y en aquel día, dice el Señor, me llamarás esposo tuyo. Y en aquel día estableceré con ellos una alianza: romperé el arco; la espada y la guerra, y las haré descansar en la confianza. Te tomaré por esposa mía para siempre, y serás mi esposa por la justicia y la equidad, por la gracia y la misericordia. Serás mi esposa por la fe, y tú sabrás que yo soy el Señor. Tendré lástima de la que fué llamada *sin misericordia*; y diré al que fué llamado *No mi pueblo*: Eres mi pueblo; y él dirá: sois mi Dios. (Id. II. postm.)

Hé aquí lo dice el Señor por medio de Isaias: Te he oído en tiempo de gracia, te he recordado el día de la salvación. (XLIY. 8.) Hé aquí ahora, dice san Pablo, el tiempo favorable, hé aquí ahora el día de la salvación. *Ait, enim: Tempore accepto exaudivi te, et in die salutis adjunxi te. Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis*. (II. Cor. VI. 2.)

Dice el Génesis que en tiempo del diluvio todos los manantiales del grande abismo se rompieron, y se abrieron las calaratas del Cielo. *Rupti sunt amnes fontes abyssi magnas, et cataractae Caeli aperte sunt*. (VII. 11.) Este milagro se verificó en el retiro; pero no es ya un diluvio de maldiciones para destruir; es un diluvio de gracias y bendiciones para edificar... Somos de la privilegiada familia de Noé, y colocados en el arca saludable del retiro, subimos hacia el Cielo...

Las puertas de los divinos ríos se abren (en el retiro), dice el profeta Naúm: *Portae fluviorum aperte sunt*. (II. 6.)

En el retiro se encuentran todos estos bienes y otros muchos buenos á inestimables...

Mucha y abundante
recomienda para
que bien del
retiro.

Adaros nuestro concurso, dice el gran apóstol, os exhortamos á que no retiréis en vano la gracia de Dios (la posibilidad de retirarse del mundo es una gracia): *Adjurantes exhortamur, ne in vacuum gratiam Dei recipiatis*. (II. Cor. VI. 1.)

En aquel tiempo; en aquellos días (en los días de retiro), dice el Señor por medio de Jeremías, los hijos de Israel y los hijos de Judá vendrán juntos; irán escudando y llorando, buscarán á su Dios, y preguntarán por el camino de Sion; sus miradas estarán fijas allí (1).

La Escritura indica excelentes medios para hacer un buen retiro: 1.º Los

(1) In diebus illis, et in tempore illo, ait Dominus, venient filii Israel ipsi, et filii Juda simul ambulantes et fleules properabunt, et Dominum Deum suum quarent, in Sion interrogabunt viam, hoc facies eorum. (I. 45.)

hijos de Israel y los hijos de Judá vendrán juntos; es decir que, para practicar bien el retiro, es preciso dejar todo ócio, reconciliarse y ejercer la caridad con todos. 2.º Se apresurarán: *Properabunt*; nada de perezosa ni de remisión en aprovecharse de la gracia. 3.º Estarán contritos ante sus pecados: *Fientes*. 4.º Buscarán al Señor con todo su corazón: *Dominum Deum suum quarent*. 5.º Preguntarán á los ministros del Señor por el camino del Cielo que han perdido: *In Sion interrogabunt viam*. 6.º Sus miradas se dirigirán al Cielo, y no se fijarán ya en la tierra: *Hoc facies eorum*.

Hay tambien otras disposiciones y otros medios muy eficaces, y hasta necesarios, para aprovecharnos del retiro:

- 1.º Es menester entrar en el retiro con la persuasión de su necesidad...;
- 2.º Querer el retiro del modo que quiere Jesucristo que lo tengamos...;
- 3.º Es menester un corazón liberal hacia Dios, hacer como S. Pablo, y decir: ¿Qué queréis, Señor, que haga? *Domine, Quid me vis facere?* (Act. IX. 6).
- 4.º Una confianza sin limites en la misericordia de Dios...;
- 5.º Asiduidad en los santos ejercicios...;
- 6.º Recogimiento...;
- 7.º Confesion buena y pronto...

Hay dos grandes semanas en la historia del mundo: la semana de la creación, y la semana de la redención. Una semana de retiro debe comprender la semana de la creación, y tambien la semana de la redención...

Es preciso imitar á Dios. Es preciso durante el retiro, hacer en nosotros la luz divina...; hacer de nuestra alma un Cielo...; hacer nuestra alma fecunda para las buenas obras...; colocar en nosotros el sol de la fe, la luna de la esperanza, y las estrellas de todas las virtudes...

En la segunda semana, Jesucristo rescató el mundo, muriendo en la cruz. Es preciso tambien durante el retiro rescatar nuestros pecados, clavarlos en la cruz...; y nosotros nosotros tambien á ella...

(Como se ve, este asunto puede aplicarse á los religiosos que se han consagrado á Dios y servir para inaugurar una misión ó otros ejercicios).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS

REVOLUCIONES.

URBADAS están las naciones, y los reinos bambolean, dice el Salmista: *Conturbatae sunt gentes, inclinatae sunt regna.* (XLY. 7).

La primera causa de todas las revoluciones no es más que el orgullo, y todas nos hacen retroceder hacia la barbarie. Todo poder que se levanta contra la ley divina, debe estar preparado á recibir el castigo de Nahunodonosor...

Como el mar, que está en calma por su naturaleza, dice Pólibo, pero que se alborota furiosamente como los vientos desencadenados, así es una nación: Marcha según sus jefes y consejeros. (Lib. XI. Hist.)

El pueblo es como las nubes, dice S. Basilio, va y viene, llevado por vientos contrarios. (Apud Anton. in Melius., p. I. serm. XVIII.)

El pueblo, dice Tucídides, se deja llevar por la codicia, y no por la razón. (In Plutarco.)

Es geyón de la multitud alegrarse de lo que es nuevo y de lo que cambia, dice Agatías. (Lib. III.)

La muchedumbre está siempre dispuesta á murmurar y á levantarse contra los que la gobiernan, dice Plutarco. (In Polit.)

El pueblo, dice Salustio, es un espíritu móvil, sedicioso, querrelloso, deseoso de cambios, de novedades, y enemigo de la paz y de la tranquilidad. (In Jugurtha.)

Los revolucionarios proclaman las palabras de libertad, igualdad y fraternidad para cegar y seducir á los ignorantes. Profanan estas sagradas palabras, prometen la libertad, pero es una libertad engañosa. Por libertad entienden licencia, guerra, desolación, ruina y crímenes... Su igualdad es el despojo, el robo, el pillaje, etc... Su fraternidad es el incendio y el cadalso...

Se conoce el árbol por sus frutos... ¿Qué producen las revoluciones?...

RIQUEZAS.

PARSO dice que la palabra latina pecunia, dinero, viene de la palabra latina pecus, ganado. La moneda llevaba en otro tiempo la efigie de un animal. (In Mazim.)

Deficiencia de las riquezas.

En otro tiempo, efectivamente, la moneda llevaba la imágen de una oveja ó de un buey; pero todo ganado es útil al hombre, y le sirve, ya para el trabajo, ya para alimento, ya para su vestido ó como medio de transporte. Así el jumento lleva este nombre porque ayuda al hombre: *Juvat.*

En vano el dinero del avaro se acuñaría con la imágen de un animal de servicio, puesto que no es útil á nadie...

Un autor llama á los avaros malos, porque son estériles... Como las bestias de carga; los avaros llevan su dinero y se hacen de él una verdadera carga; pero no lo disfrutan, y ni saben gozar de él ni emplearlo...

¿Qué haré, decía el rico del Evangelio, puesto que no tengo dónde encerrar mis frutos? *Quid faciam, quia non habeo quo congregem fructus meos?* (Luc. XII. 17). Y sobre estas palabras exclama S. Gregorio: ¡O penuria nacida de la abundancia! El espíritu del rico avaro se empequeñece en razón de la fertilidad de sus campos: *O angustia ex satietate nato! De ubertate agri angustatur animus avari.* (Lib. XV. Moral.)

Estériles y vanidad de las riquezas.

Consideráis como un hombre extraordinario al que es rico, dice Séneca; y es un cefre. Tiene mucho, pero ¿es avaro ó pródigo? Si es avaro, no tiene nada; si es pródigo, no tendrá nada en el porvenir. *Magnam pecuniam habet; hominem illum iustus? arca est. Multum habet; utrum avarus an prodigus est? Si avarus, non habet; si prodigus, non habebit.* (De Remed. fort.)

Los ricos, dice el Salmista, han estado en la indigencia y en el hambre; pero los que buscan al Señor no carecen de ningún bien: *Divites egerunt et esuriarunt; inquirentes autem Dominum, non minuentur omni bono.* (XXIII. 11).

¿Qué es el oro y la plata, dice S. Bernardo, sino una tierra blanca y amarilla? (Serm. IV de Adventu.)

Platón, dice Séneca, niega que las riquezas que encienden é irritan sean verdaderos bienes. Son bienes imaginarios que muchas veces hacen sufrir á su dueño, y no tienen nada de sólido ni de estable. (In Proc.)

Tal es el rico: *Dormierunt summa suum, et nihil invenerunt omnes viri divitiarum in manibus suis.* (LXXX. 6).

La fortuna es de cristal, es un rocío; brilla, pero es frágil; se rompe, y se desvanece...

Las riquezas son una sombra fugitiva y vana, y no un bien sólido y real. ¿Qué cosa más vana y volátil que la sombra?...

Hijos de Adán, dice S. Bernardo, rara avara, y qué relación puede existir

entre vosotros y las riquezas de la tierra, que no son verdaderas, ni son vuestros? Si os pertenecen, llevadas con vosotros: *Filii Adam, genua averum, quid roborem terrenis divitiis, que nec vram nec vestras sunt? Si vestra sunt, tollite ea vobiscum.* (Serm. IV de Advéntu.)

El oro y la plata no son buenas ni malos, añade S. Bernardo; su uso es bueno, y su abuso malo; su codicia peor, y la usura pésima. (Serm. IV de Advéntu.)

Pillaré y destruiré vuestras riquezas y vuestros tesoros, dice el Señor por boca de Jeremías: *Divitias tuas et thesaurum tuum in dirceptionem dabo.* (XV. 13.)

Más bien podemos fiarnos á los vientos ó á las palabras escritas en el agua que en las riquezas, dice S. Gregorio Nazianzeno. Las riquezas van y vienen, son lanzadas en el aire como polvo en un tabullino; se dispersan y desaparecen como humo; se borran del hombre como un sueño y son sombras impalpables (1).

La naturaleza no conoce á los ricos, ella que engendra todos los hombres en la pobreza, los pone desnudos en el mundo, y los recibe desnudos en el sepulcro, dice S. Ambrosio: *Nescit natura divites, que omnes pauperes generat, et nudos fundit in lucem, nudosque recipit sepulcro.* (Tract. de Nabuchodonosor.)

Peligros de las riquezas. Las riquezas son anzuelos con que el demonio se apodera de nosotros, dice san Crisóstomo: *Ansem dant diabolo divites.* (Anton. in Meliss., p. 1, c. XXXI.)

¿No ha escogido Dios á los pobres en este mundo, dice el apóstol Santiago, para ser ricos en la fe y herederos del reino que Dios ha prometido á los que le aman? Pero vosotros habeis deshonrado al pobre. ¿No os oprimen los ricos con su poder, y no os arrastran ante los tribunales? ¿No blasfeman del nombre excelente que vosotros habeis invocado? (2).

Bichosa al que, teniendo riquezas, guarda su alma, dice Maximiano. Lo uno excluye ordinariamente á lo otro: *Beatus est ille qui opes et mentem habet.* (Agnd. Maxim., serm. XII.)

¿Qué son estas riquezas, dice S. Agustín, que os hacen recelar hasta de vuestro criado, sospechando que os las quite, os asesine y huya? Si fuesen verdaderas riquezas, os darían seguridad: *Quales divitiis, propter quas times verum tantum, ne te occidat, auferat, fugiat? Si vera divitiis essent, securitatem tibi prestarent.* (Serm. XIII, de veris Domini.)

Todo el mundo invoca la fortuna, dice Plinio, y se invoca en todos los lugares, por todos los hombres, á todas horas y por todas las voces; no se nombra, no se acusa, no se condena más que á ella, y no se piensa más que en

(1) *Magna ventis aut litteris in aqua descriptis fidendum est, quam divitiis. Ut pulvis a turbato, sic opes ab aliis ad alios subito vallantur, atque parantur, et simul fumus dissipantur, et in hominum more homines delapidant, umbraque instat manibus teneri nequaquam possunt.* (In Diat.)

(2) *Domine Deus elegit pauperes in hoc mundo, divites in fide, et heredes regni, quod te promisit Deus diligentiibus se: Vos autem exornatis pauperem, nonne divites per palliolum opprimunt vos, et ipsi trahunt vos ad iudicium? Neque ipsi blasphemant bonum nomen quod irrocatum est super vos? (st. 6-7).*

ella: sólo á ella se la alaba, se disputa, se vitupera cuando desprecia, se persigue, se acucia ó se halaga. Se la juzga volátil, vagamunda, inconstante, incierta, variable, amigo de la gente indigna; y sin embargo, le prestamos todos nuestros cuidados, le damos todo lo que tenemos, cuerpo, corazón, alma, tranquilidad, reposo, dieta, salud y vida (Anton. in Meliss.)

Y ahora, ricos, exclama el apóstol Santiago, llorad con sollozos en las miserias que caerán sobre vosotros. Vuestras riquezas han caído en postradumbre y los gusanos han comido vuestros vestidos. Vuestro oro y vuestra plata se han emmohecido, y este moño dará testimonio contra vosotros, y devorará vuestras carnes como el fuego; habeis amontonado un tesoro de ira para vuestros últimos dias. Mirad que el salario de los obreros que han sembrado vuestros campos llama contra vosotros, que los habeis defraudado, y sus gritos han subido á oídos del Señor de los ejércitos. Habeis vivido en la tierra, en la maldicia y en las delicias, y habeis alimentado vuestros corazones como en un día de sacrificio. Habeis condenado y matado al justo, y no os ha resistido (1). Ved, pues, lo que vienen á ser las riquezas, según el apóstol...

Podemos decir que los ricos tienen riquezas, como decimos que tenemos calenturas, dice Séneca; en tanto que la calentura es la que nos tiene. Debemos decir pues de los ricos: Las riquezas los tienen, los atormentan. Los crucifican. El rico, que creáis dichoso, se queja muchas veces, es desgraciado, suspira, gime y sufre; varios van detrás de él, como las moscas siguen la miel, los lobos á los cadáveres y las hormigas el trigo. Esta multitud sigue, persigue la presa, y no al hombre. (Epist. CXXIX.)

Señor, dice el Real Profeta, dando riquezas, dispones acuchanras para los ricos; los aplastas, en vez de levantarlos: *Verumtamen propter dolos posuisti eis, deprensit eos dum allegerentur.* (LXXII. 18). ¿Cómo han caído tan pronto en la desolación? Han faltado de repente, han perecido: *Quomodo facti sunt in desolationem? Subito defecerunt, perierunt.* (Psal. LXXXII. 19).

Los bienes de la tierra, dice S. Agustín, no cesan de implorarnos á adquirirlos, corrompemos cuando han venido, y atormentarnos cuando se van; codiciados, se marchitan; adquiridos, son viles, y perdidos, desaparecen (1).

Jesucristo llama á espigas á las riquezas. (Matt. XIII. 22).

Las riquezas, dice S. Crisóstomo, cuando se las encierra, rogen como leones, y tobo lo destruyem: *Divitum, dum includuntur, rugiunt ut leones, porturbant que amant.* (Homil. de Avaricia). Hemos de verterlas, pues, en el seno de los pobres...

(1) *Aperte nunc, divites, plorate videntes in miseria vestra que adventum robis. Divites vestros quod facti sunt, et vellimata vestra a lingis, comedita sunt. Aurum et argentum vestrum argumantur: et argum forum in festinationem vestri, erit, et manducabit carnes vestras sicut ignis. Trepidantibus vobis iam in novissimis diebus. Ecce maculis operantur, qui messorum regionis vestras, que transtulit est a vobis, elamant, et clamant eorum in aure Domini Sababth intravit. Epulati estis super terram, et in locutus ambrosio mesa vestra, in die occisionis. Adversus, quod videlicet iustum, et non cessit vobis, (v. 1-6).*

(2) *Temporalis bona nos inflammare ventura, corrumpere ventura, corrumpere venientia, dirisque transire: concupisumur accedunt, adepta filioscunt, amissa vanescunt.* (Homil. XVIII. de eccles. Apost.)

Los hombres desean las riquezas, dice Demócrito; estas riquezas que, no adquiridas, atormentan; adquiridas, llenan de cuidados, y, perdidas, causa desesperación. (Ila Maxim., serm. XII).

Las riquezas naturales son el pan, el agua y el vestido: Todo lo demás es superfluo y sólo sirve para hacer al hombre desgraciado, con una multitud de enfermedades crueles y abrasadoras...

Las riquezas forman un velo para ocultar muchos males, dice Enselmo: *Diricta multa malis quasi velum protegerunt.* (Anton. in Mellis., p. 1. c. XXXI).

¿Qué es la riqueza? Es el tesoro de los males, la compañera de las calamidades y una causa de iniquidades: *Quid est opulentia? Thesaurus malorum, calamitatis victricem, improbitatis suppeditatio.* (Anton. in Mellis., p. 1. c. XXXI).

Oligamos á Luciano: Después he venido á la luz del día, y desnudo la dejé: ¿para qué he de sudar en vano, viendo que la muerte no me dejará nada?

Editus in lucem, nudus sum, nudus abibo:

Quid frustra sudo, sanera nada video?

Xenofonte decía que el rico y el ignorante son inmediatas plateadas. (Anton. in Mellis., p. 1. c. XXXI).

Las riquezas son un manual de placeres y de enojos.

Las riquezas son el ícono y el manual del orgullo, de la ambición, de la vanidad, de la gula, de la impureza, de la pereza y de todos los vicios...

El rico que tiene su corazón en las riquezas es incapaz de comprender y gastar las cosas del Cielo.

Las riquezas conducen al lujo, el lujo á la lujuria, la lujuria á la indiferencia, á la incredulidad, á la herejía, á la idolatría, al ateísmo...

Las riquezas son las yerbas de los vicios, dice S. Basilio: *Dirictio vitii sunt ministris.* (In Psal.)

De nada sirven los tesoros de la iniquidad, dicen los Proverbios: *Nú proderunt thesauri impietatis.* (X. 2). En el mismo sentido las llamó Jeronimo *coerda de iniquidad.* (Luc. XVI. 9).

Las riquezas, dice Clemente de Alejandría, son semejantes á la serpiente: el que las coge sin mil precauciones, sí como pronto que su alma está envenenada y moribunda. (Lib. III. Strom.)

La pobreza, dice S. Crisóstomo, contiene hasta á los que quisieran lanzarse en el mar, y les obliga á quedarse en los límites de la virtud. Pero las riquezas no permiten casi vivir en la pudicicia y en la templanza ni siquiera á los que quisieran ser puros y sobrios; los persiguen, los pervierten y los subyugan con innumerables miserias morales (1).

Las riquezas llevan á negar la religión; sus dogmas, su moral y su culto, y sobre todo á prescindir de ella, y no practicar nada.

(1) Paupertas vel invitata coheret, atque intra virtutis limites continet. Opes vero ut volentes quidem pollice ac temperanter vivere sibi, verum exorbitare festinant atque pervertunt, multaque innumeris subjugant. (Homil. de Avaritia).

¿De qué sirven las riquezas al insensato, puesto que no puede comprar la salubridad? dice Filón. (Lib. de Joseph.)

Hijo mio, dice el Eclesiástico, si eres rico, no estarás sin pecado: *Fili, si dives fueris, non eris immunis á delicto.* (XI. 10). Dichoso, añade el Eclesiástico, dichoso el rico que ha sido hallado sin mancha, no ha corrido detrás del oro y no ha puesto su esperanza en el dinero y en los tesoros! ¿Quién es este hombre, y lo alabaremos? Porque ha hecho cosas admirables durante su vida; ha sido experimentado por el oro, y ha quedado intacto; Gloria eterna para él! Por esto han sido sus bienes añanzados en el Señor, y toda la asamblea de los Santos contará sus limosnas (1). La Escritura declara que no ha encontrado otro rico inocente que el que hace abundantes limosnas...

Las riquezas son un vestido que oculta muchas faltas, dice Xenofonte: *Multorum malorum tegumentum est opulentia.* (Anton. in Mellis., p. 1. c. XXXI).

Las riquezas, dice S. Crisóstomo, no son un pecado; pero es un pecado no distribuir las á los pobres y emplearlas mal. Las riquezas son las secretas dilapidadoras de las virtudes; nunca han hecho buenas costumbres. (Homil. de Avaritia.) Precipitan en las tentaciones, añade aquel santo Doctor. El deseo de las riquezas es la fortaleza y el arsenal de todos los vicios: *Capiditas divitiarum est omnium vitiorum ars et metropolis.* Este deseo no permite entregarse á las buenas obras: *Opera bona facere non sinit.* Es un tirano que oprime todo lo que le está sometido; el que amontona riquezas hace alianza con el pecado, y no tiene más esperanza que el cielo de la tierra: *Qui eas congregat cum peccato apem suam ponit in terra.*

Las riquezas son los velos de la malicia, según Diógenes: *Dirictio malitie sunt velamenta.* (Ila Maxim.)

El pueblo engordó, y luego se ha rebelado, dice el Deuteronomio: pesado, saciado y embriagado, ha abandonado al Dios, su Criador, y se ha separado del Dios que es su salvación: *Incrassatus, et recalcitavit: incrasatus; impinguis, filiatatus, dereliquit Deum factorem suum, et recessit á Deo salutaris suo.* (XXXII. 15).

La misma queja pronuncia el Señor por medio de Jeremías: Se han puesto groseros y pesados, y violan mi ley con obras detestables; no han juzgado la causa de la viuda, no han atendido la causa del huérfano, ni han hecho justicia á los pobres. (No he de visitar estos crímenes? dice el Señor. (V. 28-29).

Mirad, dice el Real Profeta, mirad como estos ímpios, estos hombres del siglo, multiplican sus riquezas: *Ece isti peccatores, et abundantes in oculto, obtinuerunt divites.* (LXXII. 42). Pero, Señor, habéis tendido un lazo á su perversidad, y habéis hecho de su elevación el principio de su ruina: *Verumtamen propter dolos posuisti eis, dejiciasti eos dum alleverantur.* (Psal. LXXII. 48). Como han caído de repente en la desolación, han declinado instantáneamente, y han perdido por su iniquidad: *Quomodo facti sunt in desolationem, subito defecerunt, perierunt propter iniquitatem suam.* (Psal. XXII. 49).

Las riquezas son muchas veces el patrimonio de los castigos de Dios, que por ellas, son desgracia-

(1) Beatorum dives, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abibit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabilis cum? Fecit enim mirabilia in vita sua: Qu probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria eterna. Ideo stabilita sunt bona illius in Domino, et decemque milia eurrabit, omnes Ecclesia Sanctorum. (XXXI. 2-14).

Como un sueño después de despertar, se han desvanecido. Señor, cuando despertéis á los muertos, despreciares su sombra: *Velut somnium surgentium, Domine, in civitate tua imaginem ipsorum ad nihilum relinques.* (Psalm. LXXII. 20).

Familia, pues, ó ricos! desgraciados de vosotros, exclama Jeancristo: *Vae vobis divitibus!* Desgraciados de vosotros, ricos, que tenéis vuestro consuelo! Desgraciados de vosotros que estáis saciados porque tendréis hambre! *Vae vobis divitibus, quia habetis consolationem vestram! Vae vobis qui saturati estis: quia esurietis.* (Luc. VI. 24-25).

Viendo en la abundancia de la tierra, los ricos creen que pueden prescindir de todo lo demás, y hasta de Dios. Soy rico, dice el hombre que tiene oro y tierras; nada necesito. Y tú no sabes que eres miserable, y digno de lástima, y pobre, y ciego, y desnudo, dice el Señor en el Apocalipsis: *Quia dicit: Quod dices eum, et locupletatus, et nullius ego. Et nescio quia tu es miser, et miserabilis, et pauper, et cæcus, et nudus.* (III. 17).

A esos ricos son enrañas para los pobres, á esos ricos demasiado afectados á los bienes de la tierra y demasiado apartados de las virtudes y de Dios, les ha llegado la muerte del Evangelio. En el infierno, á donde irán como él, pedirán también auxilio, y se les dirá: *Hijo mio, acordados de que habéis tenido durante vuestra vida los bienes que amabais: Fili, recordare quia recepisti honorem vitam tuam.* (Luc. XVI. 25).

Las riquezas no hacen amar á los que las poseen. Los pretendidos amigos de los ricos no son más que los amigos de su fortuna... ¿Cuántos herederos que aborrecen á los ricos esperan impacientemente su muerte, y cuando han bajado á la tumba, están llenos de recuerdos y sentimientos!...

Muchos son los parientes del dinero, y no del rico, dice Isócrates: *Multi perant, non homini cognati sunt.* (In Egnetico).

Las riquezas son las prendas de la injuria, dice Platarco: *Divitiæ injuriarum sunt pignora.* (In Morib.).

Es menester despreciar las riquezas.

Si las riquezas vienen á vuestra mano, no les deis vuestro corazón, dice el Salomista: *Divitiæ si affluant, nolite cor apponere.* (LXI. 11).

Señor, dice Salomón en los Proverbios, apartad de mí la vanidad y la mentira; no me deis pobreza ni riquezas; concedidme solamente lo necesario para la vida; no sea que, saciado, reanegue de vos y diga: ¿Quién es el Señor? O impellido por la pobreza, hurte y sea perjuro al nombre de mi Dios (1).

Debemos tener los sentimientos del gran apóstol, que decía: Teniendo con que comer y vestir, ya debemos estar contentos: *Habentes alimenta, et quibus tegamur, his contenti simus.* (I. Tim. VI. 8).

¿Qué hemos de hacer para ser verdaderamente ricos?

Si buscáis tesoros, dice S. Ambrosio, buscad los que son invisibles y están ocultos; los encontraréis en el Cielo, y no en las venas de la tierra. Sed pobres de espíritu, humildes, y seréis ricos; porque la vida verdadera y opulenta para

(1) Vanitatem et verba mandatis longe fac a me. Mendaciam et divitiis non accipis mihi: tribue tantum victus meo necessaria: ne forte satiatius illuciar ad negandum et dicam: Quis est Dominus? aut agete compulsi furor et perjurum nomen Dei mei. (XXX. 8-9).

el hombre no está en la abundancia de los bienes de la tierra, sino en la virtud y en la fe. Estas riquezas os harán verdaderamente ricos. Seréis riquísimos, si sois ricos á los ojos de Dios (1).

Muy bien sabía S. Pablo donde están las verdaderas riquezas; cuando decía: *Sed tener poco y tener mucho; habiéndome encontrado en todos los casos, me he hecho á todo, á ser bien tratado y á sufrir el hambre, á estar en la abundancia y á padecer privaciones: Scio et humiliari, scio et abundare ubique et in omnibus institutus sum; et calidari, et esurire; et abundare, et penuriam pati.* (Philipp. IV. 12).

El verdadero rico es el que nada codicia...

Manda á los ricos de este siglo, dice S. Pablo á su discípulo Timoteo, que no se eleven en sus pensamientos, que no pongan su confianza en riquezas inciertas, sino en Dios vivo, que nos da abundantemente lo que necesitamos: mandales que obren bien, que se hagan ricos en buenas obras, que den fácilmente, que partan con los que nada tienen, y que amontonen un buen caudal para el porvenir á fin de conseguir la vida eterna (2).

Las riquezas de los sabios son su corona, dicen los Proverbios: *Corona sapientium divitiæ eorum.* (XIV. 24).

Pitágoras asegura que sin prudencia ni sabiduría no se pueden manejar las riquezas, como sin freno no puede tampoco manejarse un caballo indómito y fogoso. (Anton. in Meliss.).

Las riquezas encerradas son leones, dice S. Crisóstomo; pero si las sacáis á la luz del día y las arrojáis á manos llenas en el seno de la miseria, pierden su carácter de fieras, y se convierten en corderos; cesan de ser para vosotros una causa de naufragio, y son el puerto y la tranquilidad. (Anton. in Meliss., p. I. c. XXXI).

La gloria de las riquezas no brilla en las mesas espléndidas, sino en los socorros distribuidos á los desgraciados...

Las riquezas que damos á los pobres son nuestras y nos salvan; acumuladas y encerradas, se nos escapan y nos pierden.

(1) Si queris thesaurus, accipe invisibiles et occultos, quos in Cælis, non quos in terrarum, vultis requiras. Esto pauper spiritu, et eris dives; quia non in abundantia divitiarum est vita hominis, sed in virtute ac fide: ita te divites veni divitem facient si sis in Deum dives. (De Abel. et Cain, lib. I. c. V.).

(2) Divitiis hujus sæculi præcipue non subtilius sapere, neque sperare in incerto divitiarum est in Deo vivo, qui præstat nobis omnia abunde ad fructum; bene agere, divites fieri in bonis operibus, facile tribuere, communicari; thesaurizare sibi fundamentum bonum in futurum, et apprehendere vitam æternam. (I. VI. 17-19).

SABER (el) Ó CIENCIA.

Facultad de la
ciencia en-
tusias-

A la ciencia, sacerdote pertenece la interpretación de la ley, dice S. Jerónimo: *Legis interpretatio, sacerdotis officium est.* (Epist. ad Nepotian.) En cuanto á ti, dice S. Pablo á su discípulo Timoteo, permanece firme en la doctrina que has aprendido y que se te ha confiado, sabiendo de quien la tienes (1).

La ciencia es necesaria hasta para moderar el zelo... El zelo, dice S. Bernar- do, no es verdaderamente ciego sino cuando está unido á la ciencia; entón- ces es más útil, en tanto que es muchas veces dañoso en la ciencia. Cuanto más ardiente es el zelo, activo el espíritu y persuasiva la caridad, más se necesita la acción de la ciencia para saber limitar el celo, moderar el espíritu y arreglar la caridad. (Tract. de Inter. Domo).

Cuando sea difícil juzgar y discernir, dice el Señor en el Deuteronomio, acudireis á los sacerdotes, les interrogaréis, os descubrirán la verdad, y segui- réis sus pareceres (2). Lo que prueba evidentemente la necesidad de la ciencia en el sacerdote...

La Escritura llama al sacerdote: *El que ve.* David dijo al sacerdote Sadoc: *Tú, que ves, vuelves en paz á la ciudad; Dixit rex ad Sadoc sacerdotem: O vi- deus, revertere in civitatem in pace.* (II. Reg. XV. 27).

Debemos aplicarnos sobre todo en la juventud á instruirnos y á compren- der, dicen los Proverbios: *Ut datur parvulis, adulescenti, scientiam et intellectu.* (I. 4).

Debemos escuchar ó instruirnos, dice Séneca, mientras lo necesitemos, mientras dure la vida: *Tamdiu audiendum et discendum, quamdiu necesse, quamdiu vixas.* (Epist. LXXXVII).

Aunque yo tengo mucha más edad, escribió S. Agustín á S. Jerónimo, aunque soy mucho más viejo, consulto siempre. Para aprender lo necesario ninguna edad es demasiado avanzada; pues si es más propio de los ancianos instruir que aprender, es, sin embargo, preferible que aprendan para que no ignoren lo que han de enseñar á los demás. (Epist. XXXVIII).

Instruos antes de hablar, dice el Eclesiástico: *Antequam loquar dice.* (XVIII. 19).

No habléis jamás de lo que ignoráis, porque podríais decir cosas falsas, te- merarias, condenables y condenadas...

Los ignorantes morirán en la indigencia del corazón, dicen los Proverbios: *Qui indocti sunt, in cordis egestate morientur.* (XX. 21).

El sabio, dice la Escritura, recogerá la ciencia de los antiguos, y volverá

(1) Tu vero permans in his que didicisti, et credita sunt tibi, sedena a quo dedi- cari. (II. III. 14).

(2) Si dilecti sit et ambiguum apud te iudicium esse perspexeris, venias ad sacerdo- tes, quos respice ad eis; qui indicabunt tibi veritatem, sequerisque sententiam eorum. (CXVII. 8-11).

á leer sin cesar á los profetas; recordará el relato de los hombres célebres, y entrará al mismo tiempo en los misterios de las parábolas. Penetrará el secreto de los Proverbios, y se nutrirá con el sentido oculto de las parábolas. (Eccli. XXIX. 1-3).

Mi pueblo se ha callado, dice el Señor por medio de Oseas, porque no ha tenido la ciencia. Porque habéis despreciado la ciencia, os expulsaré de las funcio- nes de mi sacerdocio: os habéis olvidado de la ley de vuestro Dios: *Conti- cuit populus meus, eo quod non habuerit scientiam: quia tu scientiam repulisti, repellam te, ne sacerdotio fungaris mihi; et oblitus es legis Dei tui.* (IV. 6).

Los labios del sacerdote guardarán la ciencia, y se recibirá de su boca el conocimiento de la ley, dice el profeta Malaquías: *Labia sacerdotis custodient scientiam, et legem requirunt ex ore ejus.* (II. 7).

San Ambrosio llama á la Biblia, que contiene la ley de Dios, el libro sacer- dotal: *Librum sacerdotalem;* como propio del sacerdote que tiene la obligación de leerlo asiduamente. (Lib. II. offic.)

El sacerdote, dice S. Jerónimo, guardará la ciencia de manera que se pa- rezca á una saludable y sabia biblioteca donde cada cual pueda tomar lo que necesita. (In Epist.)

San Ambrosio compara los sacerdotes á las abejas: Como celestiales abejas, dice, deben los sacerdotales formar suave miel con las flores de las divinas Es- crituras, y disponer con arte todo lo necesario para entrar las almas: *Sicut apes, de divinarum Scripturarum flauibus suauia mella conficiunt, et quidquid modestiam pertinet animarum, oris sui arte componunt.* (Lib. III. Offic., c. 7).

El verdadero conocimiento, la verdadera ciencia, dice S. Jerónimo, consiste en saber la ley, comprender los profetas y creer en el Evangelio: *Agnitio et scientia est nosse legem, intelligere prophetas, Evangelio credere.* (Comment.)

Salvemos, dice el apóstol S. Juan, que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado la inteligencia para que conozcamos al verdadero Dios, y estemos en el verdadero Dios y en su Hijo Jesucristo: *Esto es el verdadero Dios y la vida eterna: Semper unum Filium Dei venit, et dedit nobis scientiam ut cognosceremus verum Deum, et vivamus in vero Filio ejus. Hic est verus Deus et vita eterna.* (I. v. 20).

He aquí cuál es la verdadera ciencia, la vida eterna, dice Jesucristo diri- giéndose á su Padre: *Que os enseñaré á vos, solo verdadero Dios, y á qui he- beis enviado, á Jesucristo. Hic est vita eterna, ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti, Jesum Christum.* (Joan. XVII. 3).

Dichoso el hombre á quien instruis, Señor, dice el Real Profeta, y á quien ilumináis con vuestra ley: *Beatus quis tu erudieris, Domine, et de lege tua docueris eum!* (XCIII. 42).

La verdadera ciencia consiste, pues, en recibir lecciones del Señor y en conocer su ley... Por esto dice el mismo profeta: *He aventajado en inteligencia á todos mis maestros, porque medito vuestra ley, Señor; he aventajado en ciencia á los más experimentados ancianos, porque me he aplicado á aprender vuestros mandamientos: Super omnes docentes me intellexi; quia testimonia tua meditatio mea est; super senes intellexi, quia mandata tua quæcivi.* (CXVIII. 99-100).

En qué consiste
lo el verdade-
ro saber.

®

Son vauos, dice la Sabiduría, todos los hombres en quienes no está la ciencia de Dios: *Vani sunt omnes homines in quibus non subest scientia Dei.* (XIII. 4).

No hay ciencia en la tierra, dice el moribundo S. Bernardo; no hay verdaderamente ningún conocimiento: en el Cielo está la plenitud de la ciencia; en el Cielo está el verdadero conocimiento de la verdad: *Nulla hic scientia, nulla vere cognitio; sursum scientia plenitudo, sursum vera notitia veritatis.* (In ejus vna).

San Justino enseña que la verdadera filosofía consiste en el conocimiento de Dios. (Epist.)

San Laurencio Justiniano decía que la verdadera ciencia del hombre consistía en saber dos cosas: que Dios lo es todo, y que nada es uno de por sí. (Lib. de Logio vito).

Si conocéis á Jesucristo, dice un autor, hasta esto, aun cuando ignoraseis todo lo demás; pero, si no conocéis á Jesucristo, aunque tuvieseis grandes conocimientos en todo lo demás, nada sabéis:

*Si Jesum nescis, sal est, si cetera nescis;
Si Jesum nescis, nil est, si cetera nescis.*

Dios es el maestro de las ciencias, dice la Escritura: *Deus scientiarum Dominus est.* (I. Reg. II. 3).

El Señor da la ciencia, dicen los Proverbios; de su boca salen la prudencia y el saber: *Dominus dat sapientiam, est ex ore ejus scientiam.* (II. 6.)

Sólo el corazón recto es el que busca la verdadera ciencia, dicen los Proverbios: *Cor rectum inquirit scientiam.* (XXVII. 21).

Cuando oramos, dice S. Agustín, nosotros hablamos á Dios; pero cuando leemos, el mismo Dios nos habla y nos instruye: *Cum oramus, ipsi cum Deo loquimur; cum vero legimus, Deus nobiscum loquitur.* (Serm. CXII. de Temp.)

Conocer á Dios, dice S. Bernardo, es la plenitud de la ciencia: *Deum cognoscere plenitudo est scientie.* (Tract. de Inter. Domo).

¿Qué sabían los apóstoles? Sólo una cosa: Conocían á Jesús y á Jesús crucificado. No he querido conocer entre vosotros nada más que á Jesucristo; y á Jesucristo crucificado, dice el gran apóstol á los corintios: *Non enim iudicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum.* (I. II. 2). Sin embargo, Jesucristo llama á sus apóstoles luz del mundo, y lo son efectivamente: *Vos estis lux mundi.* (Matth. v. 14). Jamás se ha podido decir otro tanto de los más grandes filósofos...

Ventaja de la verdadera ciencia. Nada mejor que el conocimiento de Dios, dice S. Agustín, porque no hay nada que nos haga más dichosos, este conocimiento es la misma bienaventuranza: *Cognitione Dei nihil melius est, quia nihil beatius est; et ipsa vera beatitudo est.* (Serm. CXII. de Temp.)

El conocimiento de un solo Dios es la posesión de todas las virtudes, dice S. Jerónimo: *Notitia unius Dei, omnium virtutum possessio est.* (In Epist.) Amad la ciencia de las Escrituras, añade, y detestad los vicios de la carne: *Amate scientiam Scripturarum, et vitia carnis non amabitis.* (In Epist.)

Conoceros, Señor, dice la Sabiduría, es justicia perfecta, y comprender vuestra equidad y vuestra fuerza es el manual de la inmortalidad: *Nasce enim te consummata justitia est; et scire justitiam et virtutem tuam, radix est immortalitatis.* (XV. 3).

Conocer á Dios, no sólo esperulativamente, sino también prácticamente...

Las raíces de las ciencias son amargas, dice Aristóteles, pero sus frutos son sabrosos: *Studiorum radices amaræ, fructus autem suaves.*

La ciencia libará á los justos, dicen los Proverbios: *Justi liberabuntur scientia.* (XI. 9).

Por esta palabra ciencia debemos entender el conocimiento de Dios, de la Escritura, de las cosas divinas, de la gracia, de las virtudes, del servicio de Dios, de su amor, del alma, de la salvación y de los novísimos...

El camino de la vida está en la verdadera ciencia, dicen los Proverbios: *Semita vite super eruditum.* (XV. 24). La ciencia es un manual de vida para el que la posee: *Fons vite eruditio possidentis.* (Prov. XVI. 22).

El corazón del sabio esparcirá palabras de vida, y sus prudentes labios estarán llenos de gracia. La palabra elocuente es un panal de miel; es la alegría del alma y la salud del cuerpo: *Cor sapientis erudit os ejus, et labius ejus addet gratiam.* *Favus mellis, composita verba; dulcedo animæ, sanitas osium.* (Prov. XVI. 23-24).

Los labios llenos de ciencia tienen un precio inestimable: *Vas pretiosum labia scientie.* (Prov. XX. 15).

La ciencia del sabio, dice el Eclesiástico, se derramará como un río que se desborda, y sus consejos permanecerán como un manantial de vida. *Scientia sapientis tanquam inundatio abundavit, et consilium illius sicut fons vite perennat.* (XXI. 16).

La ciencia de Dios es el manantial de todo bien... La más preciosa y perfecta de todas las cosas es el conocimiento de Dios, dice S. Gregorio Nazanceno: *Perfectissima omnium rerum est cognitio Dei.* (In Distich.)

Clemente de Alejandría asegura que el que conoce verdaderamente á Dios, no puede entregarse á los deleites ni á las otras agitaciones del alma. (Lib. IV. Strom.)

El conocimiento y el recuerdo de Dios excluyen todos los crímenes, dice S. Jerónimo. (In Epist.)

Os daré pastores según mi corazón, y os alimentarán de ciencia y doctrina, dice el Señor en Jeremías: *Dabo vobis pastores juxta cor meum; et pascant vos in scientia et doctrina.* (III. 15).

Los que tengan la ciencia, dice Daniel, brillarán como el esplendor del Cielo, y los que enseñan á los otros la justicia, serán como estrellas en toda la eternidad: *Qui docti fuerint, fulgebunt quasi splendor firmamenti; et qui ad justitiam eruditi sunt, quasi stellæ in perpetuas æternitates.* (XII. 3).

San Agustín en su libro de la vida dichosa enseña en resumen que la vida dichosa no es más que el perfecto conocimiento de Dios.

San Bernardo dice: Conocer á Dios es la plenitud de la ciencia; la plenitud de esa ciencia es la plenitud de la gloria, la consumación de la gracia y la perpetuidad de la vida: *Deum cognoscere, plenitudo est scientie; plenitudo autem hujus scientie, plenitudo est gloriæ, consummatio gratiæ, perpetuitas vite.* (Tract. de Inter. Domo).

No hay alimento tan suave para el alma, dice Laetancio, como el conocimiento de la verdad, y sobre todo de la verdad increada: *Nullus suavior est animo cibus, quam cognitio veritatis, praesertim prima, increata.* (Lib. I. c. III).

Ignorancia de los incrédulos. Los incrédulos y los filósofos impios son aquella raza sin consejo y sin prudencia de que nos habla la Escritura: ¡Ojalá abriesen los ojos, comprendiesen y previesen el fin! *Gens aheque concilio est et sine prudentia; utinam asperent, et intelligerent, ne aversissima providerent!* (Deuter. XXXII. 28-29).

¡No se oscurecerá la luz del impío! Su antorchá se oscurecerá en su tienda, y la lámpara que lucía sobre su cabeza se apagará. (XVIII. 5-6).

Desde lo alto del Cielo ha echado el Señor una mirada á los hombres, para ver si hay uno que tenga inteligencia y busque al Señor, dice el Salmoista. Todos se han extraviado, y han caído en la corrupción: no hay uno que obre bien, ni uno solo. (XIII. 2-3). No han querido comprender, para que no se viesen obligados á obrar bien, prosigue el Salmoista: *Noluit intelligere ut bene egeret.* (XXXV. 4).

El que no tiene lo no tiene verdadera ciencia... La eternidad y la verdad están en el Cielo, dice S. Agustín, y se llega á la verdad por medio de la fe: *Deo illa verum mal, aternitas et veritas: per fidem veniendum est ad veritatem.* (Lib. Erit).

Fuera de Dios no hay verdadera ciencia...

Estos hombres quieren ser doctores de la ley, dice el gran apóstol, y no comprenden lo que dicen ni lo que afirman: *Volentes esse legis doctores, non intelligentes neque quae loquuntur, neque de quibus affirmant.* (I. Tim. I. 7). Aprenden siempre, y no llegan nunca al conocimiento de la verdad: *Semper dicentes, et nunquam ad scientiam veritatis pervenientes.* (II. Tim. III. 7).

Peñeros y orgullosos de la falsa ciencia.

La ciencia hinchada, dice S. Pablo: *Scientia inflat.* (I. Cor. VIII. 4). Es virtud de los humildes no gloriarse de la ciencia, dice S. Agustín: *Humilium virtus est de scientia non gloriari.* (De Morib.).

Un alimento indigesto, dice S. Bernardo, engendra malos humores; no alimenta el cuerpo, sino que lo estropea. Lo mismo sucede con la ciencia acrejada en el estómago del alma, que es la memoria: si la caridad de Jesucristo, no la alimenta, y si esta ciencia no hace obrar la voluntad, es un mal, una calamidad terrible. (Serm. XXXVI. in Cant.).

El corazón corrompido se ocupa de ciencia corrompida, dicen los Proverbios: *Cor iniqui inquirit mala.* (XXVII. 21).

Mi pueblo ha sido llevado cautivo, dice el Señor por medio de Isaías, porque no ha tenido verdadera ciencia: por esto el infierno ha enganchado sus alfileres: *Captivus ductus est populus meus, quia non habuit scientiam. Propterea dilatavit infernus animam suam.* (v. 13-14).

Nadie debe gloriarse de su ciencia, porque, 1.º es transitoria; 2.º imperfecta; 3.º dañosa muchas veces; y 4.º laboriosa...

La falsa ciencia resista á la verdad, corrompe el espíritu y aleja de la fe, dice S. Pablo: *Hi resistunt veritati; homines corrupti mente, reprobí circa fidem.* (II. Tim. II. 2).

Tiempo vendrá, dice el apóstol, en que no sufrirán ya la sana doctrina, pues siguiendo sus propias deseos, buscarán por todas partes maestros que les enseñen sus ideas; y no queriendo oír la verdad, se volverán ticia las tablas (1).

No se ha de buscar la ciencia del corazón humano en los malos libros... Semjante ciencia hace demonios, y conduce á los abismos del infierno...

Evita las cuestiones frívolas, dice el apóstol á su discípulo Tito, y las genealogías, y las contestaciones, y las discusiones sobre la ley; porque son inútiles y vanas. *Stultas questiones, et genealogias, et contentiones, et pugnas legum dicit; sunt enim inutilis et vana.* (III. 9).

El modo de instruirnos, dice S. Bernardo, es estudiar con orden, asiduidad y un fin laudable: *Modus est ut scias quo ordine, quo studio, quo fine.* (Serm. XXXVI. in Cant.).

¿Qué orden ha de seguirse en los estudios? Es preciso empezar por instruirnos de lo que mira á la salvación, aprender lo que es debido á Dios, al prójimo, y lo que nos debemos á nosotros mismos...

Hemos de estudiar con asiduidad, con zelo, pero con el zelo del amor de Dios, y no dejar que el corazón se seque, mientras se adora y alimenta el espíritu...

¿Con qué fin hemos de estudiar é instruirnos? No debe ser por vanagloria, ni por curiosidad; sino por Dios, por nuestra propia utilidad y la del prójimo. Hay algunos que quieren saber para darse á conocer, añade S. Bernardo, y es una vergonzosa vanidad: *Sunt namque qui scire volunt ut sciatur et ipsi, et turpis vanitas est.* (Serm. XXXVI. in Cant.).

Mi hijo mío, dice el Señor en los Proverbios, si recibis mis palabras, si dais cabida á mis preceptos, si prestais oído atento á la sabiduría, si inclináis vuestro corazón á la prudencia, si invocáis la inteligencia, é impondráis la sabiduría, entonces comprenderéis y hallaréis la ciencia del Señor (II. 1-5).

Si queráis llegar á ser sabios, no leáis más que un solo libro, dice santo Tomás: *Si vis evadere doctus, unum dimittat lege librum.* (3. p. q. 7. art. 9).

El libro por excelencia es la Sagrada Escritura...

El sabio, dice el Eclesiástico, recogerá la sabiduría de los antiguos, y volverá á leer sin cesar los Proletas, conservando en su memoria los relatos de los hombres célebres: *Sapientiam omnium antiquorum respiciet sapiens, et in Prophetis vacabit. Narrationem veterum nominatorum conservabit.* (XXXIX. 4-2).

Para adquirir la verdadera ciencia, dice S. Bernardo, vale más la compunción que las profundas pesquisas. Los suspiros instruyen mucho más que los argumentos, las lágrimas que las sentencias, la oración que la lectura, la contemplación de las cosas del Cielo que la exploración de las cosas de la tierra (2).

(1) Erit tempus, cum sanam doctrinam non sustineant; sed ad sua desideria convocant ubi magistros praevarios auribus et a veritate quidem auditum advertent, ad fabulas autem convertentur. (II. Tim. II. 3-4).

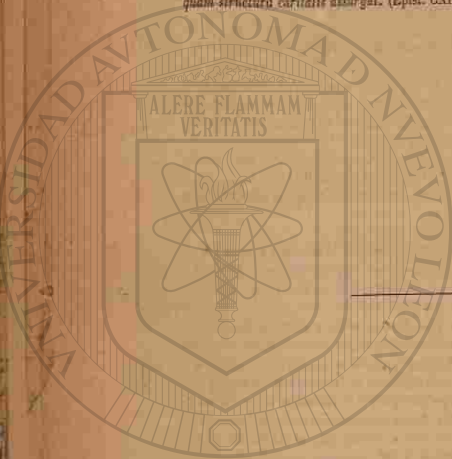
(2) Ad veritatem perveniuntur epus est potius talium compunctio, quam profunda investigatio; suspiria, quam argumentis; lacrymae, quam sententiis; oratio, quam lectione; caelestium potius contemplatione, quam terrestrium occupatione. (Tract. pe Inter. Domo).

Como se ha de estudiar, á menudo para instruirse con ventaja.

®

No se llega á la luz de la ciencia, si el gérmen de la justicia no está ántes en el alma: de este gérmen se forma el grano de la vida eterna, y no la paja de la vanagloria. (*Lib. de Conscientia*).

Empleemos la ciencia, dice S. Agustín, como un medio de construir el edificio de la caridad: *Sic adhibeatur scientia tanquam machina quædam, per quam structura caritatis assurgat.* (Epist. CXXIX. c. XXI).



SABIDURÍA.

SABIDURÍA, sapientia, viene del verbo sapere, tener gusto, saber. La sabiduría es el conocimiento de Dios, de las postrimerías y de los medios que allí conducen... Ved como define S. Cayetano la sabiduría. La sabiduría, dice, es la razón, la rectitud de las acciones humanas según la causa suprema, que es Dios: *Sapientia est ratio et norma humanarum actionum, recta secundum altissimam causam, que est Deus.* (Ex Delrio.)

Según S. Agustín, la sabiduría es la contemplación de la verdad, que colma el hombre entero en la paz, y recibe la semejanza de Dios: *Sapientia est contemplatio veritatis, purificans totum hominem, et accipiens similitudinem.* (Lib. I de Serm. Domini in monte).

¡Qué altas son, exclama S. Pablo, las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Qué incomprensibles son sus juicios, impenetrable sus vías! Porque quién ha conocido el pensamiento del Señor, ó quién ha sido de su consejo? Todas las cosas son de él, para él y en él (1).

En Jesperito están ocultas todas las tesoros de la sabiduría y de la ciencia, dice aquel apóstol á los corintios: *In quo sunt omnes thesauri sapientie et scientie absconditi.* (II. 3). Nosotros predicamos, escribió á los corintios, á Cristo crucificado, objeto de escándalo para los judíos, y de locura para los gentiles; pero para los elegidos judíos y griegos, este mismo Cristo es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios: *Nos predicamus Christum crucifixum, iudicium quidem scandalum, gentilibus autem stultitiam; ipsis autem vocatis iudicium, atque gratiam, Christum Dei virtutem et Dei sapientiam.* (I. c. 23-24).

Dios es la sabiduría increada...

La sabiduría de Dios se manifiesta en todas sus obras... y aparece en su providencia...

Sin el estudio y el amor de la sabiduría, no puedo existir una verdadera y sólida felicidad para el alma, dice Seneca: *Sine sapientia studio, nulla potest esse vera et solida animi beatitudo.* (In Prov.)

La sabiduría es para el hombre, dice Plou, lo que el piloto es para el buque, el magistrado para la ciudad, el general para el ejército, el alma para el cuerpo, y el espíritu para el alma. (*Lib. de Abraham*).

Por esto el Señor dice en los Proverbios: *Uijo mio, aficionado á la sabiduría, y alegrad mi corazón: Studete sapientia, fili mi, et lætificet cor meum.* (XXVII. 14).

(1) *Quæ altitudo divinarum sapientie et scientie Dei! Quam incomprehensibilia sunt iudicia eius, et investigabiles viæ eius! Quis cognoverit sensum Domini, aut quis consiliaria eius fuit? Quoniam ex ipso, et per ipsum, et in ipso sunt omnia.* (Rom. XI. 33-36).

Pídele lo que quieras, dijo el Señor á Salomon, y te lo concederé: *Ponite quid vis, ut deum tibi.* (II. Paral. I. 7). Y Salomon dijo á Dios: Dame la sabiduría: *Dixitque Salomon Deo: Da mihi sapientiam.* (Ibid. I. VIII. 10). Esta petición, que hizo Salomon de la sabiduría con preferencia á todo lo demás, hubo de agradar de tal manera á Dios, que le respondió: Puesto que esto es lo que quieres, y no me has pedido riquezas, ni gloria, ni la muerte de los que te adoran, ni días largos de la vida, pidiéndome la sabiduría y la ciencia, te serán dadas la sabiduría y la ciencia, y te daré además los bienes, las riquezas y la gloria de tal manera, que ni ungun rey, ni anterior ni posterior á ti, llegue á igualarla. (Ibid. II. I. 11-12).

Orgamos lo que S. Pablo escribe á los corintios: En cuanto á mí, hermanos míos, cuando he venido á anunciaros la manifestación de Cristo, no he venido á la solemnidad de los discursos y de la sabiduría; porque no he querido saber entre vosotros ou a cosa que Jesucristo, y Jesucristo crucificado: *Veni non in tubanitate sermonis, aut sapientiarum, aut sapientiarum, aut sapientiarum me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum.* (I. II. 12).

Aquel á quien el mundo llamo el gran apóstol, merece seguramente ser escuchado cuando nos enseña en qué consiste la verdadera sabiduría; y ya vemos que la cifra enteramente en el conocimiento de Jesucristo, y de Jesucristo crucificado.

Y su predicación, continúa el apóstol, ha consistido, no en las palabras persuasivas de la sabiduría humana, sino en la manifestación del espíritu y del poder divino, á fin de que vuestra fe no se fije en la sabiduría de los hombres, sino en la virtud de Dios. Predicamos la sabiduría entre los perfectos; no la sabiduría de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que se destruyen, sino que predicamos la sabiduría de Dios en el misterio, la sabiduría que ha estado oculta, que Dios ha predestinado antes de los siglos para gloria nuestra, y que ningún príncipe de este siglo ha conocido; porque, si la hubiesen conocido, jamás habrían crucificado al Señor de gloria. (I. Cor. II). Nadie se engañe: si alguno de vosotros parece sabio según este siglo, vniárase insensato para ser sabio. Porque la sabiduría de este siglo es locura ante Dios, según está escrito: Enalzaré á los sabios en sus astucias (1).

La mujer de Lot que se convertida en estatua de sal, para enseñarnos que la sabiduría consiste en no mirar atrás en el camino de la salvación...

Toda la sabiduría del hombre, dice Lactancio, consiste en un solo punto, que es conocer á Dios y servirle: *Omnia sapientia hominum in hoc uno est, ut Deum cognoscant, et colant.* (Lib. III. c. XXX).

La sabiduría del mundo no es la sabiduría que desciende de lo alto, dice el apóstol Santiago, sino una sabiduría terrenal, animal y diabólica: *Non est ista sapientia desursum descendens, sed terrena, animalis, diabolica.* (III. 15).

La primera y verdadera sabiduría, dice S. Gregorio Nazianzeno, es una vida laudable, una alma pura ante Dios; con esta parezca, los hombres paros

(1) Nemo se educat; si quis videtur inter vos sapiens esse in hoc seculo, stultus dat, ut al sapere. Sapientia enim in hoc mundi, stultitia est apud Deum; scriptura est enim: comprehendant sapientes in astutia serua. (I. Cor. III. 18-19).

se unen al que es puro, y los Santos al Santo de los Santos: *Prima sapientia est vita laudabilis, et apud Deum pura mens, per quam puri puri junguntur, et Sancti Sancto sociantur.* (In Apolog.)

El sabio, dice S. Bernardo, es el que ve las cosas tales como son en sí mismas: *Sapientia est cui quaeque res sapienter prout sunt.* (In Prov.); es decir, que ve las cosas divinas como divinas, las humanas como humanas, y distingue las eternas de las transitorias...

La verdadera sabiduría consiste en conocer á Jesucristo y lo que ha hecho por nosotros... Consiste en conocer la ley de Dios, la religion, y practicarla; practicar la virtud y huir del vicio. Allí está toda la sabiduría... fuera de esto, todo es locura.

1.ª La sabiduría es poderosa.

Yo mismo os doy, dijo Jesucristo á sus apóstoles, palabras y una sabiduría á la que no podrán resistir vuestros adversarios, ni oponer nada: *Ego dabo vobis os et sapientiam, cui non poterunt resistere et contrahere omnes adversarii vestri.* (Luc. XXI. 15).

Hijos míos, dicen los Proverbios, estudia la sabiduría, y podreis responder al que hable contra vosotros: *Stude sapientie, fili mi, ut possis reprobranti respondere sermonem.* (XXXVII. 11).

El sabio, dice S. Ambrosio, no se quebranta por el temor, ni se conmueve por el poder, ni se enorgullece por las prosperidades, ni se abate por los adversos; porque allí donde está la sabiduría, está la fuerza del alma, la constancia y el valor: El sabio permanece perfecto en Jesucristo, fundado en la caridad, y arraigado en la fe (1).

2.ª La sabiduría proporciona todos los bienes, y los encierra todos.

La sabiduría de lo alto, dice el apóstol Santiago, es en primer lugar casta, luego pacífica, equitativa, fácil de persuadir, unida al bien, llena de misericordia y de buenas obras, sin receles ni fingimientos (2).

El deseo de la sabiduría conduce al reino eterno, dice la Escritura: *Concupiscuntia deduct regnum perpetuum.* (Sap. VI. 21). Anad la luz de la sabiduría, vosotros todos que presidís á los pueblos: *Diligite lucem sapientiarum omnes qui praesitis populis.* (Sap. VI. 23). La multitud de los sabios es la salvación del mundo, y el rey sabio el afianzamiento de la nación: *Multitudo sapientium sanitas orbis terrarum; et rex sapiens stabilimentum populi est.* (Sap. VI. 26).

He preferido, dice Salomon, el espíritu de sabiduría á los reinos y á los tesoros; y he creído que nada son las riquezas al lado suyo: *Preposui illam regnum et solibus; et ditius nihil esse duxi in comparatione illius.* (Sap. VII. 8). No he comparado con ella la piedra preciosa, porque el oro, ni el lado de la

(1) Sapientia non metit fremere, non potestate mutatur, non attollitur presertim, non trahitur iniquitate, ubi enim sapientia, ibi virtus animi, ibi constantia et fortitudo; sapientiam pariter perfectus in Christo, fundatur caritate, radicatur fide. (Lib. IV. Offic. c. VII).

(2) Que desiderium est sapientia, primam quidem pacifica est; deinde pacifica, modesta, tranquillitas, bonis consensuens, plena misericordia et fructibus bonis; non iudicium, sine animalitudo. (III. 17).

Excepciones de la sabiduría y sus perfecciones.



UNIVERSIDAD DE SANTO DOMINGO DE BIBLIOTECAS

sabiduría, es un poco de arena, y el dinero ante ella es como barro: *Neo comparabi illi lapidem pretiosum; quoniam omnia aurum in comparatione illius arena est exigua, et tempum lutum estimabatur argentum in conspectu illius.* (Sap. VII. 9). La he preferido á la luz, porque su luz no se apagará nunca: *Profundi pro luce habere illam quoniam inextinguibile est lumen eius.* (Sap. VII. 10). Y todas las bienes me han venido con ella, ó innumerables riquezas están en mis manos: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa, et innumerabili honestas per manus illius.* (Sap. VII. 11). Es un tesoro infinito para los hombres; los que han participado de ella, llegaron á ser amigos de Dios: *Infinitus thesaurus est hominibus, qui qui usi sunt, participes facti sunt amicius Dei.* (Sap. VII. 13). En la sabiduría está el espíritu de inteligencia, sabio, uno, variado, fácil, dispuesto, pronto, incorruptible, cierto, dulce, amante del bien, penetrante, infalible, bienhechor, amigo de los hombres, inmovable, indeleccible, pacífico, teniendo toda virtud, previendo todas las cosas, comprendiendo todos los espíritus y siendo además inteligible, vivo y puro. (Sap. VII. 22-23). Es un vapor de la virtud de Dios, y una emanación pura de la caridad del Omnipotente; nada manchado se halla en ella: *Vapor est virtutis Dei, et emanatio quondam est claritatis omnipotentis Dei sincera; et ideo nihil inquinatum in eum incurrit.* (Sap. VII. 25). Es el esplendor de la luz eterna, el espejo sin mancha de la majestad de Dios, y la imagen de su bondad: *Color est lucis eterne, et speculum sine macula Dei maiestatis, et imago bonitatis illius.* (Sap. VII. 26). Y la renueva todo; se derrama entre las naciones en las almas santas, y ella es la que hace á los amigos de Dios y á los profetas: *Omnia innovat, et per nationes in animas sanctas se transfert, amicos Dei et prophetas constituit.* (Sap. VII. 27). Dios sólo ama al que habita con la sabiduría: *Neminem diligit Deus, nisi eum qui cum sapientia habitat.* (Sap. VII. 32). Es más hermosa que el sol, y superior á todas las estrellas; comparada con la luz, vemos que la aventaja: *Est hoc speculum sole, et super omnium dispositione stellarum; luci comparata, inestit prior.* (Sap. VII. 30).

La sabiduría alcanza de un extremo á otro con fuerza, y lo dispone todo con dulzura: *Attingit á fine ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter.* (Sap. VIII. 1). Ella es la que enseña la ciencia de Dios: *Doctrina est disciplina Dei.* (Sap. VIII. 4). Así pues, me he propuesto llevarla á vivir conmigo, sabiendo que me hará participar de sus bienes y será el consuelo de mi pensamiento y de mi enojo. (Sap. VIII. 9). Con ella obtendrá la inmortalidad, y dejaré una memoria eterna á los que vengan detrás de mí: *Habebo per hanc immortalitatem; et memoriam eternam his, qui post me futuri sunt, relinquam.* (Sap. VIII. 13). Cuando entre en mi casa, descansaré con ella; porque su conservación no tiene amargura, y la tristeza no la acompaña, sino el regocijo y la alegría: *Intraus in domum meam, congaudeas cum illa; non enim habet amaritudinem conversatio illius; nec tantum conviciet illius, sed letitiam et gaudium.* (Sap. VIII. 16). Es la ciencia y la inteligencia de todo, y me conducirá en sus obras por su moderación, y me guardará con su poder. (Sap. IX. 11). Por la sabiduría, Señor, se han curado todos los que os han agraciado desde el principio: *Per sapientiam sanati sunt quicumque placerunt tibi, Domine, ab initio.* (Sap. IX. 9). La sabiduría abre la boca de los mudos y hace ele-

cnente la lengua de los niños: *Sapientia aperit os mutorum; et lingua infantium fecit disertus.* (Sap. X. 21).

Es preciso que la sabiduría sea una virtud muy rica y muy preciosa, para que la Sagrada Escritura le atribuya tantas maravillas...

La sabiduría, dicen los Proverbios, es mejor que las perlas; y todas las piedras preciosas no la igualan: *Melior est sapientia cunctis pretiosisimis; et omne desiderabile ei non potest comparari.* (VIII. 11).

La Escritura compará la sabiduría al agua, á un río, al mar, porque riega las almas áridas, satisface sedientos de justicia, y alimenta, umbriega, regocija, fecundiza y vivifica...

La sabiduría, dice S. Agustín, hace pacífico como Dios al que la practica; le pone sereno, tranquilo, imperturbable, elevado; le hace andar como un ángel le mismo en las adversidades que en la prosperidad (1).

La sabiduría, según la Escritura, guía, alimenta, instruye, guarda, protege, honra, fortifica y da la gloria eterna...

La práctica de la sabiduría es tanto más fácil, dice la Escritura, cuanto esta

Facilitatis te-
ner videtur.

virtud anda de una á otra parte, buscando á los que son dignos de ella. (Sap. VI. 13-17).

En donde hay amor, dice S. Bernardo, no hay pena, sino contento y dicha. Y la sabiduría es una sazon exquisita que nos hace hallar ligeras y suaves hasta las mayor á pruebas. (Serm. in Cant.)

Es fácil adquirir la sabiduría; y cuando la poseemos, todo lo hace asen-

degraciados, dice el Espíritu Santo, los que rechazan la sabiduría y la regla. Vana es su esperanza, intructuosos son sus trabajos, é inútiles sus obras: *Sapientiam et disciplinam qui abiciit, infelix est; et vacua est spes illorum, et labores sine fructu, et inutilia opera illorum.* (Sap. III. 14).

Desgracia de no
pueder la sa-
biduria.

Insensatos son sus mujeres, y pervertos sus hijos. Su raza está maldecida: *Mulieres eorum insensate sunt, et nequissimi filii eorum. Maledicta creatura eorum.* (Sap. VIII. 42-43).

Los hombres insensatos, añade la Escritura, no comprenderán la sabiduría; los insensatos no la verán; porque está lejos del orgullo y del fraude. Los mentirosos no se acordarán de ella. (Ecl. XV. 7-8).

El corazón del insensato es como un vaso roto; no puede conservar nada de la sabiduría: *Cor fuit quasi vas confractum, et omnem scientiam non tenet.* (Ecl. II. 17).

Si alguno de vosotros, dice el apóstol Santiago, necesita sabiduría, pídale á Dios; que da á todos con abundancia, y no echa en cara sus dones y se la dará. Si quis vestrum indiget sapientia postulet a Deo, qui dat omnibus affluenter, et induria non impropriet; et dabit ei. (I. 5).

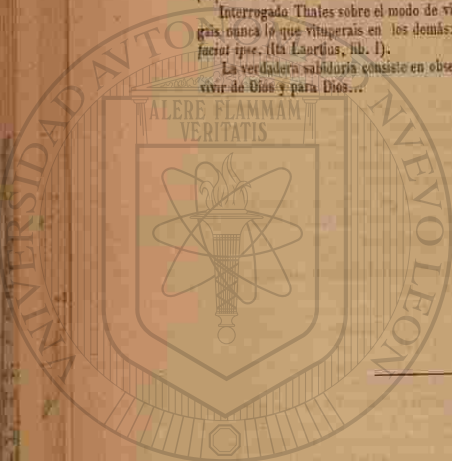
Lo que ha de
la oraca para
conseguir la sa-

(1) Sapientia facit ut sapiens, instar Dei, sit placidus, serenus, tranquillus, imperturbatus, excelsum, tam in adversis, quam in prosperis, quasi angelus aliqui in carne ambulans. (Lib. I de Serm. Dominici in Monte.)

Hemos de decir á Dios con Salomón: Envidáme, Señor, vuestra sabiduría desde lo alto del Cielo, donde reside; para que esté conmigo, obre conmigo y sepa yo lo que es de vuestro agrado: *Da mihi sedium tuarum assistentem sapientiam et mecum sit, et mecum laboret, ut sciam quid acceptum sit opus te.* (Sap. IX. 10).

Interrogado Thales sobre el modo de vivir con sabiduría, contestó: No harás nunca lo que vituperas en los demás: *Quæ in aliis reprehendis, ea non faciat ipse.* (Ita Laertius, lib. 1).

La verdadera sabiduría consiste en observar fielmente la ley de Dios y en vivir de Dios y para Dios...



SACERDOTE (el).

SACERDOTE, en latin, *sacerdos*, quiere decir *acerum datus*. S. Thom. 3 p. q. 22, art. 1.; presbitero, *presbyter*, no más que la reproducción de una palabra griega que se tradujo en latin por *ceñir*. Un autor piadoso quiere ver en ello otra etimología, y segun él, *presbyter* viene de *prebens*: *iter populo de exilio ad patriam*: Manifiesto al pueblo, que está desterrado, el camino de la patria. (*Honorius Augustod.*, in *Joan.*, lib. III, c. IV).

Pastor a *pascendo dicitur*: pastor viene del verbo *paecer*.

El obispo, *episcopus* (vigilante), se llama así porque ve, vigila todos los hombres, y todo lo contempla, dice S. Crisostomo: *Episcopus ex eo dicitur quod omnes inspicit, cunctaque speculatur.* (Homil. XL).

Los sacerdotes son llamados dioses en el Éxodo: No hablarás mal de los dioses, dice el Señor: *Diis non detrahes.* (XXII. 28).

Unos dioses semejantes á hombres dan bajado entre nosotros, decía el pueblo de Lystra, ciudad de Lyconia, hablando de S. Pablo: *Di similes facti hominibus, descenderunt ad nos.* (Act. XIV. 13).

Dios se ha sentado en la asamblea de los dioses, dice el Salmista: *Deus sedit in synagoga dierum.* (LXXXI. 1).

Nosotros somos de Dios, dice el apóstol S. Juan: *Nos ex Deo sumus.* (I. IV. 6).

O sacerdote de Dios, exclama Casiano, si contemplas la elevacion de los Cielos, estás aún más elevado; si consideras la grandeza de los reyes, sois más grande; sólo sois inferior á Dios, creador vuestro: *O sacerdos Dei, si altitudinem Cæli contempleris altior es; si dominorum sublimitatem, sublimior es, solo Deo et creature tuo inferior es.* (Catal. glor.)

Quién Dios sacerdote, dice hombre divino. Segun S. Dionisio, esta dignidad es angélica, ó más bien divina: *Qui sacerdotem dicit, prorsus divinum insinuat virum, angelicam, vero divina est dignitas.* (De Celest. hier., c. III).

Es una profesion que comunica la Divinidad, dice S. Ambrosio: *Deifica professio* (De ling. sacer., c. III).

Nada es igual en la tierra á esta dignidad, añade el mismo Santo: *Nihil excellentius in hoc seculo ac dignitate.* (De Dign. sac., c. III).

El sacerdote es la cima de todo, dice S. Ignacio mártir: *Amains apex est sacerdotibus.* (Epist. ad Smyrn.).

El sacerdocio es tan superior á las dignidades superiores de la tierra, como el alma superior al cuerpo, dice S. Clemente: *Quanta anima corpore præstantior est, tanto est sacerdotium regno excellentius.* (Lib. II, c. XXXIV).

El sacerdocio ocupa un lugar intermedio entre Dios y el hombre, dice el papa Inocencio III; es menos grande que Dios, pero es más grande que el hom-

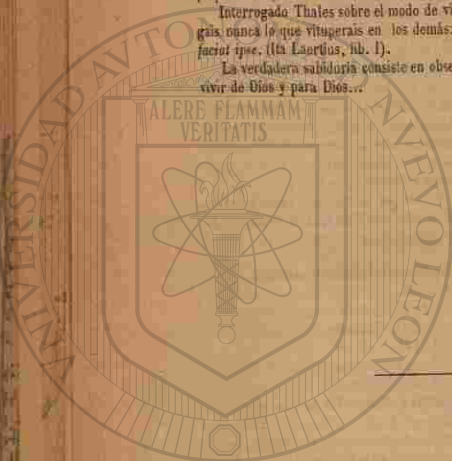
¿Qué significa el nombre de sacerdote?

Dignidad del sacerdote.

Hemos de decir á Dios con Salomón: Envidáme, Señor, vuestra sabiduría desde lo alto del Cielo, donde reside; para que esté conmigo, obre conmigo y sepa yo lo que es de vuestro agrado: *Da mihi sedium tuarum assistentem sapientiam et mecum sit, et mecum laboret, ut sciam quid acceptum sit opus te.* (Sap. IX. 10).

Interrogado Thales sobre el modo de vivir con sabiduría, contestó: No harás nunca lo que vituperas en los demás: *Quæ in aliis reprehendis, ea non faciat ipse.* (Ita Laertius, lib. 1).

La verdadera sabiduría consiste en observar fielmente la ley de Dios y en vivir de Dios y para Dios...



SACERDOTE (el).

SACERDOTE, en latin, *sacerdos*, quiere decir *acerum datus*. S. Thom. 3 p. q. 22, art. 1.; presbitero, *presbyter*, no más que la reproducción de una palabra griega que se tradujo en latin por *ceñir*. Un autor piadoso quiere ver en ello otra etimología, y segun él, *presbyter* viene de *prebens*: *iter populo de exilio ad patriam*: Manifiesto al pueblo, que está desterrado, el camino de la patria. (*Honorius Augustod.*, in *Joan.*, lib. III, c. IV).

Pastor a *pascendo dicitur*: pastor viene del verbo *paecer*.

El obispo, *episcopus* (vigilante), se llama así porque ve, vigila todos los hombres, y todo lo contempla, dice S. Crisostomo: *Episcopus ex eo dicitur quod omnes inspicit, cunctaque speculatur.* (Homil. XL).

Los sacerdotes son llamados dioses en el Éxodo: No hablarás mal de los dioses, dice el Señor: *Diis non detrahes.* (XXII. 28).

Unos dioses semejantes á hombres dan bajado entre nosotros, decía el pueblo de Lystra, ciudad de Lyconia, hablando de S. Pablo: *Di similes facti hominibus, descenderunt ad nos.* (Act. XIV. 13).

Dios se ha sentado en la asamblea de los dioses, dice el Salmista: *Deus sedit in synagoga dierum.* (LXXXI. 1).

Nosotros somos de Dios, dice el apóstol S. Juan: *Nos ex Deo sumus.* (I. IV. 6).

O sacerdote de Dios, exclama Casiano, si contemplas la elevacion de los Cielos, estás aún más elevado; si consideras la grandeza de los reyes, sois más grande; sólo sois inferior á Dios, creador vuestro: *O sacerdos Dei, si altitudinem Cæli contempleris altior es; si dominorum sublimitatem, sublimior es, solo Deo et creature tuo inferior es.* (Catal. glor.)

Quién Dios sacerdote, dice hombre divino. Segun S. Dionisio, esta dignidad es angélica, ó más bien divina: *Qui sacerdotem dicit, prorsus divinum insinuat virum, angelicam, imo divinam est dignitatem.* (De Celest. hier., c. III).

Es una profesion que comunica la Divinidad, dice S. Ambrosio: *Deifica professio* (De ling. sacer., c. III).

Nada es igual en la tierra á esta dignidad, añade el mismo Santo: *Nihil excellentius in hoc seculo ac dignitate.* (De Dign. sac., c. III).

El sacerdocio es la cima de toda, dice S. Ignacio mártir: *Amplius apex est sacerdotatus.* (Epist. ad Smyrn.).

El sacerdocio es tan superior á las dignidades superiores de la tierra, como el alma superior al cuerpo, dice S. Clemente: *Quanta anima corpore præstantior est, tanto est sacerdotium regno excellentius.* (Lib. II, c. XXXIV).

El sacerdocio ocupa un lugar intermedio entre Dios y el hombre, dice el papa Inocencio III; es menos grande que Dios, pero es más grande que el hom-

¿Qué significa el nombre de sacerdote?

Dignidad del sacerdote.

bre: *Sacerdos inter Deum et hominem medius constitutus: minor Deo, sed maior homine.* (Serm. II in consecrat. Pontif.)

El sacerdote obra familiarmente con Dios, dice S. Efrén: *Cum Deo familiariter agit.* (De Sacerd., lib. 1.)

El ministerio del sacerdocio se ejerce en la tierra; pero se le debe colocar en el orden de las cosas del Cielo, dice S. Crisóstomo: *Sacerdotium in terris peragitur, sed in rerum celestium ordinem referendum est.* (De Sacerd., lib. III, c. III.)

El don de la dignidad sacerdotal avanza á todo pensamiento: dice san Efrén: *Excedit omnem cogitationem donum dignitatis sacerdotalis.* (De Sacerd.)

La dignidad del sacerdocio, añade S. Efrén, es grande, inmensa, infinita; es un milagro extraordinario: *Miraculum stupendum; magna, immensa, infinita sacerdotis dignitas.* (De Sacerd.)

Los sacerdotes son una raza escogida, ligada á las divinas funciones, dice S. Cirilo de Alejandría: *Genus divinis ministeriis mancipatum.* (De Aloor., lib. XIII.)

Embajador de Dios, el sacerdote intercede por el universo entero ante Dios, dice S. Crisóstomo: *Pro universo terrarum orbe legatus intercedit apud Deum.* (De Sacerd., lib. VI, c. IV.)

Así es, dice aquel gran doctor, que aquel que honra al sacerdote, honra á Jesucristo, y el que ultraja al sacerdote, ultraja á Jesucristo: *Qui honorat sacerdotem, honorat Christum; et qui injuriat sacerdotem, injuriat Christum.* (Homil. XVII, in Matth.) Es lo que habia dicho Jesucristo: El que os escucha, me escucha; y el que os desprecia, me desprecia: *Qui vos audit, me audit; qui vos spernit, me spernit.* (Luc. X, 16.)

Mirad á los sacerdotes, dice S. Ignacio mártir, como dispensadores en la casa de Dios de los bienes del Cielo, y como asociados de Dios: *In domo Dei dicimur non honorum recomensus necisque Dei, sacerdotes respicite.* (Epiat. ad Polycarp.)

O sacerdotes, dice S. Bernardo, Dios os ha puesto encima de los reyes y de los emperadores, y hasta encima de los ángeles: *Proutili tu, sacerdotes, regitas et imperatoribus; proutili angelis.* (Serm. ad Past. in synod.)

Menos podéis comparar los reyes á los sacerdotes que el plomo al oro, dice S. Ambrosio; pues el plomo es menos inferior al oro en hermosura y en valor, que la dignidad de los reyes á la dignidad sacerdotal: *Longe erit inferius, quam si plumbum ad aurum comparet; aurum non tam pretiosius est plumbo, quam regia potestate aliorum est dignitas sacerdotalis.* (De Dign. sacer., c. II, dist. XXVI.)

O sacerdotes, dice S. Agustín, sois vicarios de Jesucristo, pues lleváis sus funciones: *Vos estis vicarii Christi, quia vicem ejus geritis.* (Serm. XXXIV ad Fratr.)

Somos, dice el gran Apóstol, los cooperadores de Dios: *Dei sumus adiutores.* (I. Cor. III, 9.)

Esta dignidad de ser cooperador en la conversión de las almas, y de manifestar públicamente á todos esta divina operación, es muy grande, angélica, y aún más, es divina, dice S. Dionisio el Areopagita: *Ingeni hac angelica.*

ino divina est dignitas, Dei cooperatorem fieri in conversione animarum, divinamque in se operationem polam cunctis ostendere. (De Caest. hier.)

Esta dignidad incomparable del sacerdote es eterna, puesto que es sacerdote por la eternidad: *Tu es sacerdos in eternum.* (Psal. CIX, 4.)

Seréis llamados, dice Isaías, sacerdotes del Señor, y ministros de nuestro Dios: *Vos autem sacerdotes Domini vocabimini; ministri Dei nostri, dicetur vobis.* (LXI, 6.)

Los sacerdotes son llamados hijos de Dios más especialmente que los fieles, ya porque son consagrados para pertenecer á su familia, ya porque deben ser justos y santos para ofrecer sacrificios y oraciones por el pueblo... El sacerdote es el ángel del Señor de los ejércitos, dice el proeta Malaquías: *Angelus Domini exercitus est.* (II, 7.) El sacerdote es el ángel de Dios; porque, 1.º, es enviado por Dios á los hombres. Dios, dice Tertuliano, da habitualmente el nombre de ángeles á los que nombra ministros de su poder: *Deus ex vocare convenit angelos, quoniam virtutes suas ministros proficit.* (Lib. de Resurrect.) 2.º Los sacerdotes están en las órdenes de Dios como los ángeles... 3.º Como los ángeles, ellos están constantemente delante de Dios por su ministerio, le alaban y cantan sin cesar sus alabanzas... 4.º El sacerdote es un ángel por su consagración...

Si me hallase delante de un sacerdote y de un ángel, dice S. Francisco de Asís, dejaría al ángel, ó iría al sacerdote, porque consagra el cuerpo de Jesucristo y nos administra el pan de vida: *Si hinc occurrerit mihi sacerdos, illinc angelus relicto angelo, occurrerem ad sacerdotem, quia ipse corpus Christi consecrat, nobisque panem vitam ministrat.* (S. Bonav., in ejus vita.)

La dignidad de los sacerdotes es grande, dice S. Jerónimo; pero su ruina es también grande, si pecan. Alegrémonos por su elevación, pero temblamos por sus culpas: *Granda dignitas sacerdotum, sed grandis ruina eorum si peccent. Lætetur ad accensum, sed timeamus ad lapsum.* (Lib. III, in Ezech., ad c. XLIV.)

¿Qué es semejante dignidad sobre unos hombres indignos, sino una perla preciosa arrojada al cieno? dice Salviano. *Quid est dignitas indignis humeris posita, nisi gemma luto superstrata?* (Lib. II, ad Rat. Cath.)

Es preciso que la conducta corresponda á la dignidad, dice S. Ambrosio, á fin de que, siendo el honor sublime, no sea la vida infame, y siendo la profesión divina, no sean criminales las obras, y el nombre no llegue á ser vano, y gravísimo el crimen: *Ne sit honor sublimis, et vita deformis; deifica professio et illicita actio respondent notum, ne nomen sit inane et crimen immane.* (De Dign. sacer., c. II.)

He puesto mi socorro en un hombre fuerte, dice el Señor con el salmista; y maravilloso poder del sacerdote. *He elegido á mi pueblo; Poni adiutorium in potente; et exaltavi eum de plebe mea.* (LXXXVIII, 20.) He encontrado á mi servidor, y lo he consagrado con óleo santo, con la unción de mi santidad: *Inveni servum meum, oleo sancto meo unxi eum.* (Ibid. LXXXVIII, 21.) Mi mano será su apoyo, y mi brazo le fortalecerá: *Manus meu auxiliabitur ei, et brachium meum confortabit eum.* (Ibid. LXXXVIII, 22.) Quebrantaré sus enemigos en tu presencia y heriré á los que te aborrecen: *Et concidam a facie ip-*

suos inimicos ejus: et odientes eum in fugam convertent. (Ibid. LXXXVIII. 24). Mi misericordia y mi verdad le seguirán, y su poder se llevará en mi nombre: *Et veritas mea, et misericordia mea cum ipso, et in nomine meo exaltabitur cornu ejus.* (Ibid. LXXXVIII. 25).

Se me ha concedido todo poder en el Cielo y en la tierra, dijo Jesucristo á sus sacerdotes. El pues, y enseñó á todas las naciones, bautizándolas en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles á guardar todo lo que os he mandado; y tendé presente que estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos (1).

Como mi Padre me ha enviado así os envío: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.* (Joann. XX. 21).

Tú serás el primero en mi casa, y todo el pueblo obedecerá la orden de tu boca: *Tu eris super domum meam, et ad tui oris imperium cunctus populus obediet.* (Gen. XII. 40).

Y fue llamada Salvador del mundo. *Vocavit eum Salvatorem mundi.* (Gen. XII. 45).

Estando el pueblo hambriento, clamó á Faraon, pidiendo pan; y Faraon les respondió: *Id á José, y hazed lo que os diga: Clamavit populus ad Pharaonem, alimenta petens. Quibus ille respondit: Ite ad Joseph, et quidquid ipse vobis dixerit, facite.* (Gen. XLII. 55).

Este maravilloso poder de José, no es más que una sombra del que tiene el sacerdote de Jesucristo...

Ven, dijo el Señor á Moisés, y te enviaré á Faraon. Y Moisés respondió á Dios: *Quomodo ero yo para ir á Faraon y sacar á los hijos de Israel de la servidumbre?* El Señor le dijo: *Estaré contigo: Veni, et mittam te. Dixitque Moyses: Quis enim ego ut eadam, et educam filios Israel?* Qui dixit ei: *Ego ero tecum.* (Exod. III. 10-12). El Señor está con su sacerdote...

Te he puesto para dar á conocer en tí mi poder, dijo el Señor á Moisés: *Posui te ut ostendam in te fortitudinem meam.* (Exod. IX. 16).

Elija el Señor, dijo Moisés, elija el Dios de los espíritus de toda carne á un hombre que vale por esta muchedumbre, y pueda salir y entrar delante de ellos, y hacerlos salir y entrar, para que el pueblo de Dios no esté como ovejías sin pastor (2).

O sacerdotes, sed hombres fuertes, y seguid los combates del Señor: *Esto vir fortis, et praefate bello Domini.* (I. Reg. XVIII. 17. Said ad David).

Es en consagración, el sacerdote ha recibido más poder que los ángeles.

1.º Este milagroso poder del sacerdote católico se manifiesta en el altar. *O veneranda dignidad de los sacerdotes!* exclama S. Agustín: *entre sus manos se encarna el hijo de Dios como en el seno de María! O veneranda sacerdotum dignitas, in quarum manibus Dei Filius velati in utero Virginis in-*

(1) *Datus est mihi omnis potestas in Caelo et in terra. Exiitque ego dicens omnibus gentibus, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti: docentes observare omnia quaecumque mandavi vobis. Et ecce ego mitto cum vobis omnes quaevis diebus, ut qui ad conversionem veniunt, etiam in nomine meo baptizentur.* (Matth. XXVIII. 18-20).

(2) *Providit Dominus Deus spiritum omnis carnis hominem, qui est super multitudinem haec: et possit exire et intrare ante eam, et educere eos, vel introducere, ut ad populum Domini sicut oves sine pastore.* (Numer. XXVII. 16-17).

carnatur! (Numer. II. in Psal. XXXVII). El poder del sacerdote; dice S. Barnabé, es semejante al poder de las divinas personas; porque en la transubstanciación del pan se necesita un poder tan grande como en la creación del mundo (1).

¡O venerable santidad de las manos! exclama S. Agustín: ¡o dicha función! Aquel que me ha creado, me da el poder de crear: El que me ha creado sin mí, se crea á sí mismo por mediación mía! (2).

A la primera señal de la voluntad de Dios, dice S. Jerónimo, aparecieron los Cielos, la tierra salió de la nada, y semejante poder se ve tambien en las palabras sacramentales: *Ad nutum Domini de nihilo substeterunt caelestia Colorum, vasta terrarum: ita parem potentiam sacramenti verbis praebet virtus.* (Serm. de Corp. Christi).

2.º Este maravilloso poder del sacerdote católico se manifiesta en el sagrado tribunal de la reconciliación.

Eres Pedro, dijo Jesucristo al jefe de su Iglesia, y sobre esta piedra levantaré mi Iglesia, y contra ella no prevalecerán las puertas del infierno. Y te daré las llaves del reino de los Cielos, y todo lo que ates en la tierra, será tambien atado en los Cielos, y todo lo que desates en la tierra, será tambien desatado en los Cielos: *Et tibi dabo claves regni Caelorum; et quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in Caelis.* (Matth. XVI. 18-19).

Jesucristo, despues de su resurrección, se presenta en medio de sus discípulos y les dice: Sea la paz con vosotros. Así como mi Padre me ha enviado, os envío. Y dicho esto, soplo sobre ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. Los pecados serán perdonados á aquellos á quien los perdonéis, y los conservarán aquellos á quienes los conservéis (3). Ved establecido ya el sacramento de la Penitencia, y concedido á los sacerdotes el incomparable poder de perdonar los pecados.

Jesucristo, dijo el gran apóstol, nos ha dado el ministerio de la reconciliación: *Dedit nobis ministerium reconciliationis.* (II. Cor. v. 18). Ha puesto en nosotros la palabra de la reconciliación: *Posuit in nobis verbum reconciliationis.* (II. Cor. v. 19).

En la obra de la creación, Dios no tuvo auxiliar, dice Pedro de Blois; pero en el misterio de la redención quiso tenerlos: *In opere creationis, non habuit qui adjungeret, in mysterio vero redemptionis voluit habere adiutores.* (Serm. XLVII).

La sentencia del sacerdote reconciliador, hasta precede á la sentencia del Redentor. El Señor sigue á su siervo, dice S. Pedro-Damian: *Procedit sententia Petri sententiam Redemptoris: Dominus sequitur servum.* (Serm. XXVII).

Los principes de la tierra tienen entre sus manos el poder de encadenar, pero sólo cuerpos, dice S. Crisostomo; y los sacerdotes pueden ligar hasta las

(1) *Potestas sacerdotis, est eadem potestas divinarum personarum; quia in panis transubstantiatione tanta requiritur virtus, quanta in mundi creatione.* (Serm. ad Paul. in ep.).

(2) *O venerabilis sanctitudo manuum! O felix excruciatum! Qui creavit me dedit mihi creare se; et qui creavit me sine me, ipse creavit se mediante me!* (Homil. II. in Psal. XXXVII).

(3) *Pax vobis: sicut misit me Pater, et ego mitto vos. Haec enim dixit, immissit, et dixit eis: Accipite Spiritum Sanctum: quorum remiseritis peccata, remittantur, et quorum retinueritis, retenta sunt.* (Joan. XX. 21-23).

almas: *habent principes vinculi potestatem, verum corporum solum: sacerdotis vinculum citra animarum contigit.* (Homil. v. in Isai.)

Es una obra mayor y una maravilla más sorprendente hacer un justo de un impío, que crear el Cielo y la tierra, dice S. Agustín: *Mojus opus est ex impio justum facere, quam creare caelum et terram.* (Tract. III. in Joann.)

Los sacerdotes son padres de Jesucristo, según S. Bernardo: *Parentes Christi.* (Ser. ad Past. in synod.)

Nuestros padres, dice S. Crisóstomo, nos engendran en la vida presente; pero los sacerdotes nos engendran para la vida eterna: *Parentes nos in presentem, sacerdotes in vitam eternam generant.* (De Sacerd., c. V.)

Los judíos estaban en la verdad, cuando decían: ¿Quién puede perdonar los pecados, si no es Dios? *Quis potest dimittere peccata, nisi solus Deus?* (Luc. v. 24). Así pues el sacerdote, perdonando los pecados, es como Dios; después de Dios en la tierra, dice S. Clemente: *Post eum terrenus Deus.* (Const. Apost. lib. II. c. XXVI.)

El sacerdote abra y desata las conciencias; abre y cierra el Cielo...

Aunque la bienaventurada Virgen fue más excelente que los apóstoles, no fué, sin embargo, á ella, sino á éstos á quienes Jesucristo confió las llaves de los cielos, dice el papa Inocencio III: *Licet beatissima Virgo excellentior fuit apostolis, non tamen illi, sed illis Dominus claves regni Calorum commisit.*

Por esto S. Bernardo de Siena dirige las siguientes palabras á María: *Excusadine, ó bienaventurada Virgen; porque no hablo contra vos: Pero el sacerdocio es superior á vos: Excusa me beata Virgo, quis non loquitur contra te: sacerdotium ipsum praxilli supra te.* (Tr. I. serm. XX. art. 2. r. VI.)

3.º El poder del sacerdote es visible en la catedral católica.

Id. dijo Jesucristo, y enseñad á todas las naciones: *hinc doceto omnes gentes.* (Matth. XXVIII. 19.)

El que os escucha me escucha, y el que os desprecia me desprecia: *Qui vos audit, me audit; et qui vos spernit, me spernit.* (Luc. X. 16.)

A mí, el menor de los Santos, me ha sido concedida esta gracia de evangelizar entre los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo, dice el gran apóstol á los etiosos: *Mihi omnium Sanctorum minimo dato est gratia hęc in gentibus evangelizare inuestigabiles gratias Christi.* (III. 8.)

Evangelizo para ilustrar, purificar y perfeccionar...; para la consumación de los Santos por obra del ministerio: *Ad consummationem Sanctorum in operi ministerii.* (Ephes. IV. 12); para restaurar, reparar, acobar, desatar, perdonar y consumir...

Somos los delegados de Cristo, escribe á los corintios, como si Dios exhortase por nosotros: *Pro Christo legatione fungimur, tanquam Deo exhortantes per nos.* (II. Cor. v. 20.)

Las armas de nuestra milicia no vienen de la carne, pero tienen el poder de Dios para la destrucción de las murallas, destruyendo los razonamientos y toda altura que se oponga á la ciencia de Dios, y reduciendo á cautiverio toda inteligencia bajo la obediencia de Cristo (1).

(1) Non arma militie nostre non carnalia sunt, sed potentia Deo, ad destructionem muritionum, consistit destruentem, et omnia in altitudinem extolventem se adversus scientiam Dei, et in captivitatem redigentes omnem intellectum in obsequium Christi. (II. Cor. X. 4-5.)

Estas armas, según S. Anselmo, son, 1.º la virtud del espíritu de zelo... 2.º la eficacia de la predicación...; 3.º la sabiduría...; 4.º la santidad...; 5.º los milagros...; 6.º la oración...; 7.º la imitación pura...; 8.º la paciencia...; y 9.º la caridad.

Los apóstoles, con todas estas cualidades, como un dardo omnipotente hicieron las conciencias y las penetraron; ceden, crecen en su palabra, en su doctrina y en sus instrucciones. Con tales armas triunfan de los vicios, del inferno y del mundo entero. (In Monólogo.)

Se dice que los soldados de Gedeon, sin moverse de sus puestos al resaca del campamento enemigo, produjeron un terror inexplicable, rompiendo de repente sus vasijas. Tenían sus lámparas en la mano izquierda, y en la derecha las trompetas con que tocaban, gritando á la vez: *¡La espada del Señor y de Gedeon!* (Reg. VII. 20-21). Tal es el poder de la palabra del sacerdote: Es una luz, una trompeta, una espada; sin auxilio del hombre ilumina, aterriza, destruye y abate á los enemigos del Señor... Dios da á sus sacerdotes el poder de enseñar en sus preceptos, en su voluntad, en su alianza, sus juicios á Jacob, y da á Israel la ley, dice el Eclesiástico: *Dedit illi in preceptis suis potestatem, in testamentis judiciorum docere Jacob testimonia, et in lege via lucem dare Israel.* (XIV. 21.)

Los sacerdotes, dice S. Próspero, son el ornamento de la iglesia, las columnas más sólidas y las puertas de la ciudad eterna, por las que van todos los hombres á Jesucristo; son los porteros que han recibido las llaves del reino de los cielos; son los intendentes de la real casa de Dios, señalando el lugar correspondiente á cada uno (1).

El sacerdote es el general del ejército del Señor, dice S. Pedro Damian: *Sacerdos dux exercitus Domini.* (De Dign. sacerdot.)

El sacerdote, según S. Bernardo, es el custodio de la esposa de Jesucristo: *Sponsa custodem.* (Serm. ad Cleric.)

Nada es más digno de honor que los sacerdotes, dice Salviato; porque toda esperanza y la salvación se hallan en ellos: *Nihil honorabilius sacerdotibus; omnie enim spes atque salus in eis est.* (Epist. VII. ad Leon. pap.)

Dios ha querido que los sacerdotes fuesen los salvadores del mundo, dice S. Jerónimo: *Sacerdotes Dominus mundi voluit esse salvatores.* (In Adiam, lib. XXVII. c. XXII.)

San Clemente dice: Honrad á los sacerdotes como autores de la vida eterna: *Honorate sacerdotes, ut bene vivendi auctores.* (In Constit. Apost.)

Los sacerdotes son columnas que sostienen el universo vacilante, dice san Eucher: *Columnae quae sustentant orbis statum instinent.* (Homil. III.)

Los sacerdotes son colonos dedicados al cultivo del pueblo; que es la viña del Señor, dice S. Crisóstomo: *Coloni populum quasi vineam colentes.* (Homil. XI. in c. II. Matth.)

(1) Ipsi sunt Ecclesiam detentus columnae firmissimae, januae civitatis aeternae, per quas omnes ingreditur ad Christum; ipsi janitores, qui habent claves domus, quorum arbitrio dividuntur gradus aequalium. (LII. de Vir. contemp. c. III.)

servicio in-
altos que
presta el sa-
cerdote.

El sacerdote, como Elias, está destinado á calmar el Señor, está elegido para conciliar los corazones de los padres y de los hijos y para restablecer las tribus de Jacob; *Scriptus est lenire iracundiam Domini conciliare, eorum patriam ad suum, et restituere tribus Jacob.* (Eccli. XLVIII. 10)

Como Josias, el sacerdote es guiado desde lo alto para hacer entrar al pueblo en la penitencia y hacer desaparecer las abominaciones de la impiedad: *Ipse est directus divinitus in penitentiam gentis, et tulit abominaciones impietatis.* (Eccli. XLIX. 3).

Como Jeremías, el sacerdote es enviado para demoler, para destruir, perder y edificar: *Constratus est propheta, exierit, et eruerit, et perdit, et iterum edificavit et renovavit.* (Eccli. XLIX. 9). Para derribar el reino de Satanás, destruir el pecado y edificar la virtud y al nuevo Adán sobre las ruinas del antiguo... embriagará el alma de los sacerdotes con mi abundancia, dice el Señor por medio de Jeremías, y mi pueblo quedará lleno de mis bienes: *Inebriabo animam sacerdotum pinguedine, et populus meus bonis meis adimplebitur, ait Dominus.* (XXXI. 14).

Mi pacto con ellos es una alianza de vida y de paz, dice el Señor por medio de Malaquías: *Pactum meum fuit cum eo vita et pax.* (II. 5).

El sacerdote, dice S. Gregorio Nazianceno es el defensor de la verdad; pertenece al orden y á la sociedad de los ángeles; alaba á Dios con los arcángeles; de concierto con Jesucristo, ejerce las funciones santas; repara las ruinas, devuelve al Criador su imagen regorada, trabaja como un obrero del Cielo, y aún más, es un Dios que convierte á los hombres en dioses: *Et quod moxus est dium, Deus est, alioque deos efficit.* (In Distich.)

Zelo que debe tener el sacerdote.

Es menester que puedan aplicarse al sacerdote aquellas palabras de Jesucristo: El que á mí acuda no tendrá hambre, ni jamás tendrá sed: *Qui venit ad me, non eruret, nec sitiet unquam.* (Joann. VI. 35).

Soy la puerta, dice Jesucristo. El que entra por mí se salvará, entrará, y saldrá, y encontrará pasto: *Ego sum ostium; per me si quis introierit, salvabitur, et ingredietur, et egredietur, et pascua inveniet.* (Joann. X. 9). Tal es el sacerdote apóstolo... Entrará en la profunda imitación, dice S. Agustín, y saldrá para ejercer su zelo en las almas: *Ingredietur ad internam meditationem, et egredietur, ad externam actionem.* (In hac verba Evan.) Entrarán y saldrán, dice S. Gregorio, y hallarán pastos; porque tienen en su alma los pastos de la contemplación además de los pastos de las buenas obras, & interiormente alimentan su alma con virtudes, y exteriormente se alimentan con acciones santas (1).

El sacerdote celoso obra como buen pastor. El verdadero pastor imita á Job, vigila día y noche, dice aquel patriarca: Estaba expuesto al calor y al frío, y el sueño no cerraba mis párpados: *Die nocturnus esto urebor, et gelu, fugiebatque somnus ab oculis meis.* (Gen. XXXI. 40). A los pastores que cuidaban de sus rebaños fueron los primeros que les apareció el ángel para anunciarles el nacimiento del Mesías. (Luc. II. 8-11).

(1) *Ingredietur et egredietur, et pascua inveniet: intus quippe habent pascua contemplativa; foris pascua boni operis; intus membra devotivibus impugnant, foris se piis operibus satiant. (Pastor.)*

Oigamos el apóstol S. Pedro: Apacéntad, dice, el trabajo de Dios que os ha confiado; velando, no por necesidad, sino espontáneamente segun Dios; no por una ganancia vergonzosa, sino por afecto; no como dominando la herencia; sino haciéndoos modelos del rebaño (1).

La caridad ante todo. ¡Me amais, Pedro? Amas me? Sí, Señor, ya sabéis que os amo. Jesús le dijo: Apacéntad mis corderos. (Joann. XXI. 15). Tres veces le hizo Jesucristo la misma pregunta, y tres veces le dió Pedro la misma respuesta...

Jesucristo, dice S. Agustín, lo ha sido todo para todos: pobre con los pobres, rico con los ricos, triste con los afligidos, ha sufrido hambre con los que no tenían pan, ha tenido sed con los que estaban sedientos, y ha estado en la abundancia con los que no carecían de nada. Está en la cárcel con el desgraciado, y obra con María; asiste en el festin con sus apóstoles, y tiene sed con la Samaritana (2).

Quando yo era libre respecto de todos, dice el gran apóstol, me he hecho esclavo de todos, para conquistar un mayor número. Me hecho como judío con los judíos para ganar á los judíos; con los que están bajo la ley, como si hubiese estado bajo la ley, á fin de ganar á los que estaban bajo la ley; con las que vivían sin ley, como si hubiese vivido sin ley, aunque no me hallase sin la ley de Dios, y me hallase bajo la de Cristo, á fin de ganar á los que estaban sin ley. He sido débil con los débiles. Lo he sido todo para todos, para salvarlos á todos (3).

Así como la primavera hace florecer, germinar y resucitar la naturaleza, un sacerdote zeloso obra iguales milagros en las almas...

El zelo, dice S. Agustín, es un efecto del amor: así pues el que no tiene zelo, no tiene amor; y el que está privado de amor, ha muerto: *Zelus est effectus amoris; ergo qui non zelat, non amat; qui non amat, manet in morte.* (In Psal. CXVIII. serm. XVIII).

Nos hallamos en los sufrimientos por consuelo vuestro y por vuestra salvación, dice S. Pablo: *Tribulamur pro vestra exhortatione et salute.* (II. Cor. I. 6). Somos vuestra gloria, como sois la nuestra: *Gloria vestra sumus; sicut et vos nostra.* (II. Cor. I. 14).

Me veo, dice, en los trabajos, las cárceles, las flagras, y muchas veces expuesto á la muerte. En el trabajo y los cuidados, en las numerosas viglias, en el hambre y la sed, en los frecuentes ayunos, en el frío y en la desnudez; y

(1) *Pascite qui in vobis est gregeus Dei; providentes non coacte, sed spontanea secundum Deum; neque lupis lucra gratia, sed voluntarie; neque ut dominantes in clericis, sed forma facti gregeis ex animo. (I. II. 2-3).*

(2) *Christus omnibus omnia factus est: pauper pauperibus, divites divitibus, membra membris, carnis carnis, citius situlibus, profertis abundantibus. In carcere cum paupere est, cum Maria sed, cum apostolis egredietur, cum Samaritana sedit. (In Psal.)*

(3) *Com illor eorum ex omnibus, omnium me servum feci, ut plures lucrificarem. Et factus sum iudeus tamquam iudeus, et iudeus lucraver. Is qui soli lege sumi, quasi soli lege essent, cum ipse non esset nisi lege, ut eos qui sub lege erant, lucrificarem; et qui sine lege erant, tamquam sine lege essent, cum sine lege Dei non essent, sed in legem essent Christi, ut lucrificarem eos qui sine lege erant. Factus sum infirmis infirmis, infirmis lucrificarem. Omnibus omnia factus sum: ut omnes facerem salvos. (I. Cor. IX. 19-22).*

además de estas cosas exteriores, tengo los cuidados de cada día, la solicitud de todas las iglesias. ¿Quién es débil, sin que yo sea débil? ¿Quién se escandaliza, sin que yo me abraze? (1).

Las señales de mi apostolado se han verificado entre vosotros en toda paciencia, con milagros, prodigios y virtudes: *Signa apostolatus mei facta sunt super vos in omni patientia, in signis, et prodigiis, et virtutibus.* (II. Cor. XII. 11).

En cuanto á mí, toda lo daría con alegría, y me daría aún á mí mismo por vuestras almas: *Ego identissime impendam, et super impendam ipse pro animabus vestris.* (II. Cor. XII. 15). Háblanos delante de Dios en Cristo: *Coram Dei in Christo loquamur.* (II. Cor. XII. 19).

Hijos míos, que nuevamente doy á luz hasta que Cristo esté formado en vosotros, escribe á los galatas: *Filioli mei, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis.* (IV. 19).

Aprended, dice S. Bernardo, á ser madres de aquellos que os están sometiéndose, y no amos; apliques á que os amen mejor que os teman; y si algunas veces es precisa la severidad, sea ésta de padre, y no de tirano: *Discite subditorum matres esse, non dominas: studete magis amari quam metui, et si interdum severitate opus est, paternam sit, non tyrannicam.* (Serm. ad Past. in synod.)

Hermanos míos, dice S. Pablo, si un hombre se ha dejado inducir en algún pecado; vosotros, que vivís del espíritu, repreendedle con espíritu de dulzura, pensando en vosotros mismos, no sea que también os veáis tentados: *Erutere, etsi preoccupatus fuerit homo in aliquo delicto; vos, qui spirituales estis, huiusmodi intrate in spiritu lenitatis; considerans tempus, ne et tu tenteris.* (Gal. VI. 1).

El que no trabaja en la edificación de la Iglesia de Jesucristo, dice S. Jerónimo, y no instruye al pueblo que se le ha confiado para convertirlo en puras piedras para la construcción de la Iglesia, no puede tal sujeto ser llamado apóstol, ni profeta, ni evangelista, ni pastor, ni doctor (2).

El sacerdote celoso combate sin cesar por su pueblo, para que sea perfecto y lleno en todo de la voluntad de Dios: *Semper sollicitus pro eobus, ut stetis perfecti, et pleni in omni voluntate Dei.* (Coloss. IV. 12).

Sacerdote de Jesucristo, ved qué ministerio habéis recibido del Señor, dice el apóstol: *Vide ministerium, quod accepisti a Domino.* (Coloss. IV. 17).

Así como los manantiales de agua, dice S. Crisóstomo, corren aún cuando nadie vaya á beber, y lo mismo las fuentes, aún cuando nadie las utilice; así también el obispo, el predicador deben anunciar incesantemente la divina palabra y ejercer su ministerio, á pesar de los pocos que de ella se aprovechan (3).

(1) In labebibus, in cervicibus, in plagis in montibus frequentar. In bibore et germinis, in vigiliis malis, in fame et siti, in periculis malis, in frigore et jumento. Preter illa que extrinsecus sunt, incertis mens custodiam, sollicitudo omnium ecclesiarum. Quis infirmatur, et ego una infirmor? Quis scandalizatur, et ego non urior? (II. Cor. II. 23-29).

(2) Si quis non edificat Ecclesiam Christi, nec subjacet sibi plebem instruit, et de instructo populo Christi Ecclesia constituitur: nec me apostolus, nec propheta, nec evangelista, nec pastor, nec magister est appellandus. (Epist. ad Ocean.)

(3) Sicut aquarum venis, etsi nullo venis utantur, omnant tamen; fontes, quoniam haurit nemo, scabrosos emittunt: ita episcopus et congregator verbum Dei predicare debet, etiam si pauci illud, audiant et convertantur. (Homil. de Lazaro).

Anunciad la palabra, dice S. Pablo á Timoteo; insistid oportuna á incorporadamente; repreended, suplicad, dirigid repreensiones con toda longanimidad y doctrina: *Prædica verbum, instas opportune importuna, argue, obsecra; increpa in omni patientia et doctrina.* (II. IV. 2).

Pablo, dice S. Crisóstomo, arrancaba las espigas del pecado y sembraba por todas partes la palabra de la fe; destruía los errores y aumentaba la verdad, convertía á los hombres en ángeles, y hasta hacia ángeles á aquellos que hasta entonces habían sido demonios (4).

Pablo podía aplicarse, mejor que Julio César, aquellas tres palabras: *Vini, vi y venci*, Pablo, continúa S. Crisóstomo, recorría el mundo entero; se apresuraba á hacer entrar á todos los hombres en el reino de Dios, instruyendo, prometiendo, meditando, orando, suplicando, asistiendo y ahuyentando á los demonios corruptores de las almas: ya con cartas, ya con su presencia, hoy con sus discursos, mañana con sus acciones; aquí con sus discípulos; allí por sí mismo, se esforzaba en levantar á los que habían caído y en fortificar á los que estaban de pie (5).

Día y noche, dice el Apóstol, he advertido sin cesar á cada uno de vosotros con lágrimas en los ojos: *Nocte et die non cessavi cum lacrymis monens unumquemque vestrum.* (Act. XX. 34).

Somos, dice el gran apóstol, los delegados de Cristo, y Dios exhorta por conducto nuestro. Os lo conjuramos por Cristo, reconciliados con Dios: *Pro Christo legatione fungimur, tamquam Deo exhortante per nos. Obsecramus pro Christo, reconciliamini Deo.* (II. Cor. v. 20). Manifestámonos en todo ministros de Dios, con una gran paciencia en las tribulaciones, en las necesidades y ansiedades, en medio de los azotes, en las cárceles, en las sediciones, en los trabajos, en las vigiliat, en los ayunos, en la pureza, en la ciencia, en la longanimidad, en la mansedumbre, en el Espíritu Santo, en un amor no hipócrita, en la palabra de verdad, en la fuerza de Dios, por las armas de la justicia, á derecha é izquierda, con la gloria y la humillación, con la mala é buena fama; como doctores, aunque verdicos en nuestras palabras; como desconocidos, aunque muy conocidos; como mortificados, aunque vivamos; como tristes, y siempre en la alegría, como pobres, y enriqueciendo á muchos; como no teniendo nada, y poseyendolo todo (6).

Por causa de la obra de Cristo, ha estado mi cerca de la muerte, dis-

(4) Percutitur spinis, vellens, et verbum seminare ubique potest; formos errores, veritatem zelozus, ex hostilibus angustis lacrimis, quinimo ipse hostibus quasi et democribus in angelos procreans. (De Paulo).

(5) Universam mundum, correbat, omnes in regnum Dei festinabat inducere, docendo, pollicendo, modulando, orando, supplicando, terroendo; demones animarum corruptores fugando; aliquando epistolis, aliquando presentibus, amice sermone, nunc iter, nunc per discipulos, nunc per similesque convalescit, argere habentes, sanctorum vero firmare. (De S. Paulo).

(6) In certamine exhibemus nosmetipsos, sicut Dei milites, in nulla potentia, in tribulationibus, in necessitatibus, in angustiis, in plagis, in carceribus, in castitate, in laboribus, in vigiliis, in jejuniis, in castitate, in continentia, in longanimitate, in mansuetudine, in Spiritu Sancto, in charitate non ficta, in verba veritatis, in virtute Dei, per amorem justitiam, a doctores et a cunctis; per gloriam et ignominiam, per infamiam et bonam famam, a seductores et veraces, sicut qui ignis, et coquebat; quasi mortuos, et esse vivos; quasi tristes, semper alium gaudentes; sicut egeni, multos autem locupletantes; tamquam nihil habentes, et omnia possidentes. (II. Cor. VI. 4-10).

puesto á entregar su alma, dice S. Pablo hablando de Epafrodito: *Propter opus Christi usque ad mortem accessit, tradens animam suam.* (Philipp. II. 30).

Proseguo, dice aquel apóstol, para alcanzar el fin á que he sido destinado por el Señor Jesús. Creo haberlo alcanzado; pero, olvidando lo que queda atrás, y ateniéndome á lo que está delante de mí, me dirijo al término, á la recompensa á que Dios me ha llamado en Jesucristo (4).

Jesucristo ha pasado haciendo bien y curando á todos aquellos que el demonio tenía bajo su poder, porque Dios estaba con él, dice el apóstol S. Pedro: *Petransitit benefaciendo, et sanando omnes oppressos á diabolo, quoniam Deus erat cum illo.* (Act. X. 38).

Aaron hizo prodigios delante del pueblo, dice el Exodo, y el pueblo creyó, y supo que el Señor había visitado á los hijos de Israel, y que había visto su aflicción; é inclinándose, todos le adoraron: *Fecit signa coram populo, et credidit populus; uniuersumque quod uisitaset Dominus filios Israel, et quod respexisset afflictionem illorum; et prout uideraverunt.* (IV. 30-31). Como Aaron, el sacerdote celoso hace también maravillas...

Como Judas Macabeo, el sacerdote celoso arma las almas, no con lanzas y escudos, sino con palabras fuertes y exhortaciones. (II. Machab. XV. 41).

Si Jacob, que apacentaba las ovejas de Laban, velaba y trabajaba con tanto celo, dice S. Gregorio, ¿cuántas no habrá de ser los trabajos, el celo y la vigilancia del que apacentará las ovejas de Dios! *Si sic laborat et uigilat, qui pascit oves Laban, quanto labore, quantisque uigiliis debet intendere, qui pascit oves Dei?* (Pastor).

Penas y trabajos del sacerdote.

Si alguno desea el episcopado (la carga de Pastor), desea una obra buena, dice S. Pablo á su discípulo Timoteo: *Si quis episcopatum desiderat, bonum opus desiderat.* (I. Tim. 3). Es una obra lo que se desea y un rudo trabajo, dice S. Jerónimo, no una dignidad; grandes ocupaciones, no delicias. Es una obra que debe hacernos humillar, y no enorgullecer: *Opus, non dignitatem; laborem, non delicias; opus, per quod humilitate decrescat, non intumescat fastigio.* (Epist. LXXXIII ad Oceanum).

El sacerdote debe someterse á una dura servidumbre, á las penas, al dolor y á todos los sacrificios... Reconoce, dice S. Gregorio, que no habéis recibido el nombre de pastor para descansar, sino para trabajar. Sed con respecto de la obra lo que sois en cuanto al nombre: *Nomen non pastoris, non ad quietem, sed ad laborem suscepisse, cognouistis. Exhibebamus ergo in opere quod signamur in nomine.* (Lib. IV. epist. 6).

Penas y trabajos del sacerdote en el púlpito..., en el confesionario..., al lado de los enfermos..., etc. ¡Qué terrible responsabilidad...!

Penas que debe sufrir el sacerdote.

Veo á todos los Santos penetrados de terror ante la pesada carga del divino ministerio, dice S. Cipriano: *Reperio omnes Sanctis diuini ministerii, ingentem uelut molem, formidantes.* (Epist. ad Cler. rom.) Nada es más penoso ni

(1) Sequar, si que modo comprehendam, in quo et comprehensus sum a Christo Jesu. Ego me arbitror comprehendisse. Unum autem que quidem recti sunt, obuiauerunt, ad ea uero, que sunt, prius extendens me ipsum, ad destinatum persequar, ad hauriam superne uocationis Dei in Christi Jesu. (Philipp. III. 12-14).

tiene más peligros que las funciones del sacerdocio, dice S. Agustín: *Officio sacerdotii nihil laboriosius et periculosius.* (Epist. XXII).

La cuenta que tenemos que dar de los dones, será grande á proporción de los que hayamos recibido, dice S. Gregorio: *Cum enim augetur dona, rationes etiam crescant donorum.* (Homil. IX. in Euan.)

No pueden ser medianas las virtudes del sacerdote; pues no sólo no debe cometer faltas graves, sino que debe evitar hasta las más ligeras, dice S. Ambrosio: *Non mediocriter esse debet uirtus sacerdotalis, cui eadem non modo ne grauioribus fugiatis sit affatus, sed ne minimis quidem.* (Lib. III. epist. XXV).

Si es verdad que cada cual podrá apenas dar cuenta de sus propias faltas en el día del juicio, ¿qué será de los sacerdotes, á quienes Dios pedirá terrible cuenta por todas las almas? dice S. Agustín: *Si pro se unusquisque rix poterit in die iudicii rationem reddere, quid de sacerdotibus futurum est, a quibus omnium animae requirentur?* (Homil. VII. Alias, Serm. XV. in App. de Diu.)

Si los sacerdotes viviesen en el pecado, todo el pueblo caería en el pecado, dice S. Crisóstomo; por cuya razón cada cual dará cuenta de su pecado; pero los sacerdotes darán cuenta de los pecados de los demás: *Si sacerdotes fuerint in peccatis, totus populus conuertitur ad peccandum. Ideo unusquisque pro suo peccato reddat rationem; sacerdotes autem pro omnium peccatis.* (Homil. XXXIII in Matth.)

Escuchad aquellas terribles palabras de S. Crisóstomo, que, sin embargo, parecen exageradas: ignoro si alguno de los sacerdotes puede salvarse: *Mirror, si potest aliquis rectorum saluari.* (Epist. XXXIV). El emperador Leon decía: Retírase aquel á quien ruegan que se haga sacerdote; huya el que es invitado, y no haya otro admitido que el que no tenga razón de relusar y se vea obligado en virtud de la obediencia: *Regunt diocesal, uirtutis effugiat, sola illi suffragetur necessitas excusandi.* (Lib. XXXI de Epis. et Clericis).

El que solicita para ser sacerdote está ya juzgado, dice S. Bernardo: No insistis, no obligéis á entrar á los que retroceden, á los que relusan: *Qui pro se rogat (ut sit sacerdos), iam iudicatus est; cunctantes et renuentes episcopi et compelle intrare.* (Lib. II de Consid., c. VI).

El arte de las artes es el gobierno de las almas, según S. Gregorio: *Artem regimem animarum.* (Pastor).

Lo digo sin temeridad, y lo pienso así, dice S. Crisóstomo: No creo que haya muchos sacerdotes que se salven; la mayor parte, á mi parecer, se pierden; *Non temere dico, sed ut offerat uim, sentio; non arbitror inter sacerdotes multos esse qui salui fiant, sed multo plures qui pereant.* (Homil. III in Acta.)

Dios, dice el Salmista, se ha sentado en la asamblea de los dioses, y en medio de ellos juzga á los hijos: *Deus sedit in synagoga eorum, in medio autem dei iudicabit.* (LXXXI. 4).

No trates de llegar á ser juez, si no tienes la fuerza de romper la iniquidad, dice el Eclesiástico: *Noli querere fieri iudex, nisi ualeas uirtute terrumgere iniquitates.* (VII. 6). Aquel que se alabado por el peso de sus iniquidades, no debe hacerse juez de las iniquidades de otro...

Gran dignidad, pero gran responsabilidad, dice S. Laurecio Justiniano: *Magna dignitas, sed magnum est pondus.* (Frat., c. XI).

La obligación de trabajar para la salvación de las almas.

Es cosa eminentemente divina ser cooperador en la conversión de las almas, dice S. Dionisio el Areopagita: *Divinitus est cooperatorem fieri in conversione animarum.* (De Eccles. hier., c. III).

San Ambrosio dice que los sacerdotes son guías del rebaño de Jesucristo: *Duces grege Christi.* (De fly. sac., c. II).

Si queréis practicar el deber del verdadero sacerdote y obrar la salvación de las almas, sea esta salvación vuestro tesoro, dice S. Jerónimo: *Si officium vris carerece fructuari, aliorum salutem hoc lucrum cuius tuas.* (Epist. XIII).

Según S. Anselmo, lo propio del sacerdote es arrancar las almas al mundo pecador y darlas a Dios: *Sacerdotis proprium est animas e mundo eripere, et dare Deo.* (In Monologio).

Muchas veces los sacerdotes, según dice S. Crisóstomo, no se pierden por sus propios pecados, sino por los pecados de los otros que no han impedido: *Sape non damnantur (sacerdotes) propriis peccatis, sed alienis, quae non cohererunt.* (Homil. III. in Act.).

Los pecados de los otros vienen á ser pecados del sacerdote, si no los combate, dice S. Crisóstomo: (Homil. III. in Act. Apost.).

Según S. Isidoro, los sacerdotes son condenados por la iniquidad de los pueblos, si no instruyen y no los reprenden: *Sacerdotes populorum iniquitate damnantur, si eos aut ignorantia non erudiant, aut peccantes non arguant.* (Lib. III. Sentent., c. XLVI).

Y, según Sto. Tomás, si el sacerdote por ignorancia ó negligencia no expone al pueblo el camino de la salvación, será culpable ante Dios de las almas que hayan perecido estando á su cuidado: *Si sacerdos, ex ignorantia vel negligentia, non exponat populo viam salutis, reus erit apud Deum animarum illarum, quae sub ipso perierunt.* (Opusc. LXX).

En cuanto á U., dice S. Pablo á Timoteo, vigila y no te niegues á ningún trabajo; cumplo como un evangelista; llena tu ministerio: *Tu vera vigila, in omnia labora, opus fac evangelista ministerium tuum imple.* (II. IV. 5).

Entre todas las perfecciones más divinas, la más grande es ser cooperador para volver las almas al que las ha creado, dice S. Dionisio: *Divinorum conitium perfectionum, divinitus est perfectio, Dei cooperatorem esse in refectione animarum ad suum Creatorem.* (De Gest. hier.).

Dadnos pan, dicen los pueblos á los pastores: ¿por qué hemos de morir delante de vuestra vista? Nuestra salvación está en vuestras manos: *Da nobis panem. Cur moriemur, te videntem? Salus nostra in manu tua est.* (Gen. XLVII. 15-19-25. Popul. ad Jeh.).

Según S. Hilario, los predicadores son los que siembran para la eternidad. (Lib. IV).

Hermanos míos, Gijo Judit, puesto que sois los sacerdotes de los hijos de Dios y su alma depende de vosotros, elevad su corazón con vuestras palabras: *Fratres, quantum eos estis presbyteri in populo Dei, et ex vobis pendet anima illorum, ad eloquium vestrum corde eorum erigite.* (VIII. 21).

Subida la cumbre de la montaña, vosotros que evangelizáis, levantad la

voz con fuerza; gritad aún más alto, dice Isaías: *Super montem excoelum ascende tu, qui evangelizans; exalta in fortitudine vocem tuam; exalta.* (XL. 9).

Elevaos hasta Dios para ser vistos todos y á fin de que todos oigan vuestra voz...

Nada prueba mejor la fidelidad en el servicio de Dios y el amor de Jesucristo, dice S. Crisóstomo, que trabajar para salvar á nuestros hermanos: este es el mayor acto de caridad. (Homil. XXXI. ad pop. Antioch.).

El mismo Dios no se ocupa más que de una obra, dice Clemente de Alejandría, de la obra de salvar al hombre: *Nihil aliud est Dominus curare, praeterquam hoc solum opus, ut homo saluus fiat.* (Admon. ad Gentes).

Nada es tan agradable á Dios como la salvación de las almas, dice S. Crisóstomo: *Nihil ito gratum Deo, et ita curae, ut animarum salus.* Homil. III. in Gen.

¿Queréis verdaderamente honrar á Dios? dice S. Laurecio Justiniano. Jamás lo honraréis mejor que salvando las almas: *Deum honorare conari? Non aliter melius quam in hominis salutem poteris acquirere.* (Contempl., p. II. número 3).

San Crisóstomo enseña que la salvación del prójimo es preferible al martirio. (Homil.).

Hermanos míos, dice el apóstol Santiago, si uno de vosotros se separa del camino de la verdad y alguno le conduce ahí nuevamente, debe saber que el que encamada el extraviado del pecador, salvará su alma de la muerte, y cubrirá la multitud de sus pecados. (I).

Conseguimos otras tantas coronas, cuántas son las almas que ganamos para Dios, añade el mismo Santo: *Tot coronas sibi multiplicat, quos Deo animas lucrificat.* (Moral., lib. XIX. c. XVI).

Hubeis salvado una alma, hubeis predestinado la vuestra, dice S. Agustín: *Animam salvasti, animam tuam predestinasti.* (In Isai.).

El día del juicio, dice S. Gregorio, Sto. Tomás llevará consigo las Indias, Andrés la Acaya, Juan el Asi, y Pablo el universo entero. (Pastor).

San Pablo, viendo la corona, decía: No en vano he corrido y trabajado: *Non in vacuum cucurri, neque in vacuum laboravi.* (Philipp. II. 16).

Los sacerdotes que gobiernan bien, dice el apóstol, reciben doble honor, sobre todo los que se dedican á la palabra y á la enseñanza: *Qui bene praesunt presbyteri, duplitem honorem sibi habentur; maxime qui laborant in verbo et doctrina.* (I. Tim. v. 17).

Y se cantaba en el Cielo, dice el Apocalipsis, y decían: Señor, nos habéis hecho reyes y sacerdotes para el servicio de nuestro Dios, y reinaremos: *Fecisti nos Deo nostro regnum, et sacerdotes, et regnabimus.* (c. 9-10).

El alma que bendice, prosperará; y el que embriaga, será embriagado.

(1) Fratres mei, si quis ex vobis erraverit a veritate, et converterit quis cum, scire debet, quantum qui converti fuerit, peccatorum ab errore via sua, salvabit animam suam a morte, et operiet multitudinem peccatorum. (c. 9-20)

Méritos inmensos que se adquieren trabajando para la salvación de las almas.

Por compensar por labes trabajadas en la salvación de las almas.

dicen los Proverbios: Anima que benedicit, impinguabitur; et qui inebriat, ipse quoque inebriabitur. (XI. 25).

Con razón pueden aplicarse al sacerdote que salva las almas, los elogios que hace la Escritura de Moisés y de Aaron. (Ecli. XLV).

Buen ejemplo que debe dar el sacerdote.

Los prebostes, dice el santo concilio de Trento, tienen la vista fija en los sacerdotes como en un espejo, y los toman por modelos: In eis, tanquam in speculum, reliqui omnes oculos respiciunt, ex visque sanam quod imitentur. (Sess. XXI, c. II. Jesucristo, dice de S. Juan Bautista: Era la lámpara ardiente y deslumbrante: Ille erat lucerna ardens et lucens. (Joann. v. 35).

Sau Gregorio Nazarenco dice de S. Basilio: La voz de Basilio era un trueno, porque su vida era un relámpago: Basilii vox erat tonitru, quia vita ejus erat fulgur. (Orat. XX).

Manifestas en todo modelo de buenas obras, dice el gran apóstol á Tito, en la doctrina, en la integridad y en la gravedad, á fin de que el que está contra nosotros suja, no teniendo ningún mal que decir de nosotros (1).

La luz del rebaño es el buen ejemplo, el inflamado zelo del pastor, dice S. Gregorio. Es importante que el pastor brille por sus costumbres y su vida santa, á fin de que el pueblo que le está confiado, pueda encontrar en su vida, como en un espejo, lo que ha de imitar ó evitar (2).

Honraré mi ministerio, dice el Apóstol á los romanos: Ministerium meum honorificabo. (XI. 13). Honraréis vuestro ministerio, dice S. Bernardo, con la gravedad de las costumbres, la salubridad de los consejos y la honradez de las acciones. Esto es lo que ennoblece y adorna infinitamente el ministerio. Honraréis vuestro ministerio con costumbres sin mancha, con vuestra aplicación en las cosas espirituales y con vuestras buenas obras (3).

Jesucristo dijo á S. Pedro hasta tres veces: Apacenta mis ovejas, para manifestar que los pastores deben alimentar á los rebaños de tres maneras, con la palabra de verdad, con el ejemplo de la vida, y con la limosna... Apacenta, dice S. Bernardo, con la oración del alma, con la exhortación de la palabra y los buenos ejemplos: Pasce mentes, pasce arte, pasce opere. Pasce animi oratione, verbi exhortatione, exempli exhibitione. (Serm. II. de Resurrect.)

El camino es largo para los preceptos, y eficaz y corto para los ejemplos, dice Sigeac: Longum est iter per precepta, efficitur et breve per exempla. (Lib. I. epist. VI).

Veamos lo que escribía S. Jerónimo al obispo Eudoro: Vuestra casa y vuestra conversacion son como espejos y reglas de disciplina para el público. Todos pretenden poder hacer cuanto hacéis. Tened cuidado de no hacer nada que

(1) In omnibus vobisum praebe exemplum bonorum operum, in doctrinis, in integritate, in gravitate; ut is, qui ex adverso est, venator, nihil habens malum dicere de vobis. (II. 7-8).

(2) Lux gregis lucerna est pastoris. Docet enim pastorem moribus et vita clarescere; quatenus in eo, tanquam in vitae suae speculo, plebs commissa, et eligere quod acquiritur, et vitare possit quod corrigat. (Lib. VII. Epist. XXXII).

(3) Honorificabis gravitate morum, maturitate sanctorum, actuum honestate. Huiusmodi officium maxime nobilitant et ornant. Honorificabis ministerium vestrum gravitate moribus, maturitate spiritualibus, operibus bonis. (Lib. II. de Constid.)

pueda con razón ser reprendido, ó que no pueda imitarse sin pecado (1).

Consultaos en modelo del rebaño, dice el apóstol S. Pedro: Formae facti gregis ex animo. (I. v. 3).

Dirigiéndose Séneca á un príncipe, le dijo: Vos, á imitación del sol no podéis ocultaros: Estais en medio de la luz, y sobre vos se fijan todas las miradas: Tibi non magis quam soli latere contingit; multa contra te lux est, omnium in istam conversi oculi sunt. (Lib. I de Clementia, c. VIII).

Los mejores pastos de las ovejas son los ejemplos de los pastores, dice san Gregorio: Optima ovium pasqua sunt exempla pastorum. (Pastor.)

Estamos en espectáculo ante el mundo, los ángeles y los hombres, dice S. Pablo: Spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus. (I. Cor. IV. 9).

La conversacion y la vida de los pontífices y de los sacerdotes deben ser tales, que todos sus movimientos, y sus pasos, y todas sus obras no respiren más que la gracia celestial, dice S. Jerónimo: Ea debet esse conversatio et vita pontificis, ut amnes motus et gressus, atque universa ejus opera celestem redolent gratiam. (Epist. XLIII).

Vivid de una manera digna del Evangelio de Cristo, dice S. Pablo: Digne Evangelio Christi conversamini. (Philipp. I. 27). Haced lo que habeis aprendido, recibido, oído de mí y visto en mí; y el Señor da paz, estará con vosotros: Quae didicistis, et accepistis, et audistis, et vidistis in me, haec agite; et Deus pax erit vobiscum. (Philipp. IV. 9).

Sea el ejemplo de los fieles en los discursos, en el modo de vivir, en el amor, en la fe y en la castidad, escribe aquel gran apóstol á Timoteo: Exemplum esto fidelium in verbo, in conversatione, in caritate, in castitate. (I. IV. 12).

No confundan vuestras obras á vuestros discursos, dice S. Jerónimo; no sea que, cuando habeis públicamente en la Iglesia, cada cual responda para sí: ¿Por qué no hacéis lo que decís...?

La voz del que se recomienda por su vida, penetra muy fácilmente en los corazones de los oyentes, dice S. Gregorio: Non solum verbum auditorum corda penetrat, quam dicentis vita commendat. (Pastor., p. II. c. III).

Los discursos sin los buenos ejemplos son un motivo de vergüenza, dice Tertuliano: Dicta factis deficiantibus, erubescant. (Lib. de Patient.)

Los ejemplos son mucho más poderosos que las palabras; dice S. Leon: y la enseñanza por medio de obras es más eficaz que con palabras: Validiora sunt exempla, quam verba; et plenius est opera docere, quam voce. (Serm. in Nativ. S. Laurent.)

Si el sacerdote, aunque instruido, no da buenos ejemplos, es de temer que su vida estéril daña más que lo que pueda alimentar su doctrina, dice S. Bernardo: Si pastor doctus quidem fuerit, non sit autem bonus, verendum non non iam nutriti doctrina uberi, quam sterili vita nocet. (Serm. LXXVI. in Cant.)

(1) Domus tua et conversatio quasi in specula constituta, magistra est publicae disciplinae. Quicquid feceris, id sibi omnes facientium putant. Cave ne committas quod aut qui reprehendere volent, digne licentiae videantur, aut qui imitari, cogitator delinquere. (Ad Heliod. episc.)

Son poderosos en obras y en palabras los sacerdotes cuyas costumbres son perfectas, cuyas obras son heroicas, cuyos discursos están llenos de ciencia, cuyas asiduas oraciones son fervientes, cuya vida es grave, y cuya caridad es perseverante, dice S. Bernardo (1).

Alfirá la vía, dice Isaías, manifiesta el camino, quita todo lo que se oponga á la marcha de mi pueblo: *Viam facite, probete iter, auferite offensacula de via populi mei.* (LVI. 14).

Sanctidad y perfección que debe tener el sacerdote.

El obispo, dice S. Pablo á Tito (y el sacerdote también, puesto que el episcopado no es más que la plenitud del sacerdocio), debe ser irrepudiable, como el dispensador de Dios; nada arrogante, nada colérico, nada violento, nada ávido de una ganancia vergonzosa; sino hospitalario, amante del bien, sobrio, justo, santo y continente (2).

Es preciso que pueda aplicarse á todas las sacerdotas este elogio que san Gregorio Nazianceno hace de S. Atanasio: *Abando á Atanasio, haré el elogio de la virtud, dice: Athanasium laudens, virtutem laudabo.* (lo Orat. de san Athan.)

Gran dignidad la de los sacerdotes, pero gran responsabilidad también, dice S. Laurencio Justiniano. Colocados en el grado más alto, es menester que estén también en el grado de las virtudes; de otra suerte se encuentran en primera fila, no para ser coronados, sino para ser severamente juzgados (3).

Los sacerdotes tienen una carga más bien que una dignidad: *Sacerdotes honorati, dicam autem onerati.* (S. Pedro Chrys., serm. III).

Salviano dice que Dios se contenta con aconsejar la perfección á los laicos, imponiéndola á los sacerdotes como un deber: *Clericis suis Salvator, non ut enteris, voluntarium, sed imperativum officium perfectionis inducit.* (Lib. II de Eccles. cith.)

San Ambrosio dice que para ofrecer bien el sacrificio, el sacerdote debe sacrificarse primero á sí mismo y ofrecerse enteramente á Dios. *Hoc est enim sacrificium primitivum, quando unusquisque offert hostiam, et á se incipit, ut patet vnum suum possit offerre.* (De Abel., c. VI).

El sacerdote debe tener una vida sin mancha, dice S. Crisóstomo: *Sacerdos debet vitam habere immaculatam.* (Homil. X in Tim. III).

La santidad del sacerdote debe ser muy superior á la de los laicos, dice S. Ambrosio: *Nihil in sacerdote commixta cum multitudine.* (Epist. VI ad Iren.)

Convenia, dice S. Pablo á los hebreos, hablando de Jesucristo, que viviésemos tal pontífice, santo, inocente, immaculado, separado de los pecadores y

(1) In opere et sermone sunt potentes, qui habent in moribus honestatem in operibus virtutem, in sermone scientiam, devotum in orationis assiduitate, gravitatem in conversatione, perseverantiam in amore. (Serm. de viribus ordinatio.)

(2) Oportet Episcopum alius criminis esse, sicut dei dispensatorem; non superbum, non iracundum, non percontorem, non terribi fieri cupidum, sed hospitalem, benignum, sobrium, justum, racionem, continentem. (I. 7-8.)

(3) Magna dignitas, sed magnum est pondus. In alto gradu positi, oportet quaque ut in virtutum cultu sint erecti, aliquin non ad meritum, sed ad proximi presentis iudicium. (De Fast. prelat., c. XI.)

más elevado que los Cielos: *Talis enim decebat ut nobis esset pontifex, sanctus, innocens, impollutus, segregatus á peccatoribus, et excoelsum Caelis factus.* (VII. 26).

En todos nuestros misterios, dice S. Crisóstomo, no hay nada de la tierra, todo es celestial y espiritual; son himnos angélicos, son las llaves del reino de los Cielos, es la remisión de los pecados; y debiendo nuestra vida ser celestial, ¿cómo podríamos vivir de una manera mundana? (1).

Buscad entre vosotros, hermanos míos, dijeron los apóstoles á la muchedumbre, hombres de buena reputación, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, á quienes podamos encargar la obra de la distribución diaria: *Considerate vros ex vobis boni testimonii, plenos Spiritu Sancto et sapientia, quos constituamus super hoc opus.* (Act. VI. 3).

Es preciso que Jesucristo pueda decir de cada sacerdote lo que decía de Pablo: Este es para mí un vaso de elección: *Vas electiois est mihi iste.* (Act. IX. 15).

Lo esencial para los sacerdotes, según S. Gregorio Nazianceno, es sobresalir de tal manera en virtudes, que sean, en una palabra, celestiales; que desde luego sean ellos sin mancha, para poder purificar á los otros; que estén llenos de sabiduría para hacer á los otros sabios; que sean soles para iluminar á los pueblos; que estén cerca de Dios para llevarla las almas, y que sean santos y perfectos, para poder santificar á los demás (2).

Según S. Ambrosio, el sacerdote debe aventajar á los laicos en santidad tanto, cuanto la gracia que se le ha concedido es superior á la de los simples fieles: *Vita sacerdotalis prapponderare debet, sicut prapponderat gratia.* (Lib. III, epist. XXV).

San Gregorio enseña que el sacerdote debe estar muerto para el mundo y para todas las pasiones, para vivir de una vida enteramente divina: *Necesse est ut (sacerdos), mortuus omnibus passionibus, vivat vita divina.* (Pastor., p. I, c. X).

El sol, dice S. Ambrosio, es el ojo del mundo, la hermosura del día, el esplendor del firmamento, la medida de los tiempos, y la fuerza y el vigor de las estrellas... Tal debe ser el sacerdote: *Sol est oculus mundi, iucunditas diei, pulchritudo Caeli, mensura temporum, virtus et vigor stellarum.* (Lib. I Offic., c. VI).

Seáis santos á mis ojos, dice el Señor en el Exodo: *Viri sancti eritis mihi.* (XXII. 34).

La vida de los predicadores, añade S. Gregorio, resuena y arde; arde por los deseos, y resuena por las palabras. Es preciso que sean poderosos por sus preceptos, compasivos hacia los débiles, terribles en las dífimas amenazas, suaves en las exhortaciones, humildes en el ejercicio de su autoridad, supe-

(1) In castris mysteris nihil terrestre est, sed omnia celestia, et spiritualia: ubi homini angelici, ubi clava regni Colomni, ubi peccatorem remissio: ubi nostra conversatio in Caelis est, mentis non corporeis aut que apud nos sunt? (Homil.)

(2) Hic numerus est, ut virtute tales existat, ut uno verbo, dicam, robustes sint; ne possint purgari primum, deinde purgare; appetitui instrui, alque ita alios sapientes reddere; lumen fieri, et alios collustrare, accedere ad Deum, et alios adducere; sanctificari, et aliis sanctitatem afferre. (In Diatich.)

rios en las cosas perocederas por el desprecio, y llenos de energia para sufrir las adversidades (1).

Haced lo que me veis hacer, dijo Gedeon á sus soldados: *Quod me facere videritis, hoc facite.* (Judic. VII. 17).

Suscitaré para mí un sacerdote fiel que obrará según mi corazón y mi alma, hijo del Señor, y le construiré una casa estable, y todos los días andará con seguridad delante de mí Cristo: *Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui iuxta cor meum et antipus meum faciet, et edificabo ei domum stabilem, et ambulabit coram Christo meo cunctis diebus.* (I. Reg. II. 35).

Tú, ó hijo mío, anunciando los divinos oráculos, te vuelves divino, exclama S. Dionisio: *Tu autem, ó filii, divina loquendo, divina efficeris.* (De Coelesti hier.).

El sacerdote debe ser tan superior al pueblo en santidad y en perfección, como el hombre es superior á los irracionales, según S. Crisóstomo: *Tantum praeclat subditis, quantum homo praeclat brutis.* (Homil. III in Act.).

Se dice en la Escritura que Judas Macabeo eligió á los sacerdotes sin mancha, observadores de la ley de Dios. Y purificaron el santuario: *Ei elegit sacerdotes sine macula, observantem legem Dei. Et mundaverunt sancta.* (I. Mach. IV. 42-43).

Las fuentes que portan y riegan, salen de un lugar elevado, dice S. Crisóstomo: tengamos pues también nosotros una gran elevación de alma, y desde entónces la misericordia bajará y vivificará: *Fons, ex quo irrigua ducitur aqua, in summis locis debet arri. Igilur simul et nos animo sublimet, et statim misericordia distul.* (Homil.).

Según S. Isidoro de Peñisa, la santidad del sacerdote debe diferenciarse de la de todo fin tanto como al cielo se diferencia de la tierra: *Tantum inter sacerdotem et quemlibet prolium interesse debet, quantum inter Coelum et terram discriminat.* (Lib. II. epist. CXXV).

San Agustin dice que el clérigo, en el momento mismo en que se ordena, se impone la obligación de ser santo: *Clericus duo profertur est, sanctitatem et clericatum.* (Sermon. LXXXIII. de Diversis.).

El agrado vestido y el mismo estado reclaman una vida santa, dice S. Jerónimo: *Clamant vestis clericalis, clamant status professi animi sanctitatem.* (Epist. LVIII).

Es preciso, dice el Santo Concilio de Trento, que en los clérigos todo sea santo; que en porte, sus gestos, sus conversaciones y todas las demás cosas estén llenas de gravedad é inspiren sentimientos piadosos (2).

Los clérigos, cuya herencia es Dios, deben vivir lejos de la sociedad del siglo, dice el Concilio de Cartago. Si Dios es su herencia, no han de vivir más que para Dios, dice S. Ambrosio: *Cui Deus portio est, nihil debet curare nisi Deum.* (Lib. II de Fuga saecul., c. II).

(1) Vita penitentium et tonat et ardet: et de obediencia, sumit verbo. Oportet illi predicatoribus suis fortiter in proceptis, compendiosis illudis, terribilibus in minus, in ostentativis blandis, in ostendendo ministerio humilis, in verum imperium contemptum dominantes, in tolerandis adversariis, rigidi. (Pastor).

(2) Docet omnino clericos in sortibus debeat vacare, vitam moerose componere, ut habitus, postea, sermone, aliisque rebus nisi grave ac religione plenum pro se ferat. (Sess. XXII. c. 1. de Refor.).

El que está sujeto á algun vicio, no debe ser admitido á órdenes sagradas, dice Sto. Tomás: *Qui est aliquo vicio irretitus, non deest ad ministerium ordinis admitti.* (Suppl. q. 26. art. 4 ad 2).

Los sacerdotes, añade Sto. Tomás, mediadores entre Dios y el pueblo deben tener una conciencia sin mancha ante Dios y una excelente reputación ante los hombres: *Qui vicit debet inter Deum et plebem, debet bona conscientia nitere quoad Deum, et bona fama quoad homines.* (Suppl. q. 26. art. 1 ad 2).

¡Qué audacia no sería, exclama S. Gregorio, presentarse ante Dios como intercesor para los crimenes de otro, siendo el suplicante culpable de las mismas iniquidades! *Quanto hoc audacie est, quod apud Deum locum intercessoris obtinet, cui me familiarum esse per vita meritum non agnosco!* (Pastor., p. 1).

Los que están destinados para corregir á los demás, deben ser irreprochables, dice el papa Hormislas: *Irreprehensibiles esse convenit, quos pro posse necesse est corrigendis.* (Epist. CCL).

Noble, dice S. Dionisio, debe atreverse á querer ser el guía de otros, antes de haberse hecho con sus virtudes muy semejante á Dios: *In divino omni non est audandum aliis ducem fieri, nisi secundum omnem habitum suum factus sit Deo simillimus.* (Eccles. hier., c. III).

La mancha debe ocuparse en lavar las manchas de los otros, debe también ser para, dice S. Gregorio: *Oportet ut mundus sit manus, quae aliter aliorum vices curat.* (Pastor., p. 1. c. IV).

Los que ejercen las santas funciones deben ser perfectos en virtudes, dice Sto. Tomás: *Illi qui in divinis mysteriis applicantur, perfecti in virtute esse debent.* (In 4 sent. dist. 24. q. 3. art. 4).

Hay muchos sacerdotes, dice S. Crisóstomo, y también muy pocos: muchos de nombres, y pocos de obras. Ved pues como están sentados en el púlpito: porque el púlpito no hace el sacerdote, sino el sacerdote el púlpito. El lugar no santifica al hombre, sino que el hombre santifica el lugar. El que se sienta convenientemente en el púlpito, recibe honra por ello. El que se sienta mal, inculca al púlpito; pues no sentais para juzgar: Si vivis santamente, é instruis pertatamente, seréis juez de todos; si por el contrario, instruis bien y vivis mal, os juzgáis á vosotros solos. Porque, viendo y enseñando bien, dáis á conocer al pueblo como ha de vivir; pero, enseñando bien y viviendo mal, decís á Dios las razones que tiene para condenaros (1).

Si Dios exigia una gran santidad en los levitas de la antigua ley, que le daban oídos y ojos, ¿quánta mayor debe ser, dice Belarmino, la pureza y la santidad de aquél cuya función es ofrecer á Dios su propio Hijo, y el divino Cordeor? *Si tanta sanctitas requirebatur in sacerdotibus, qui sacrificabant*

(1) Multi sunt sacerdotes, et pauci sacerdotes: multi homines, et pauci opere. Vultis ergo quomodo sedetis super cathedram, quia cathedra non facit sacerdotem, sed sacerdos cathedram; non loca sanctificat hominem, sed homo locum. Qui bene sedent super cathedram, hominem sanctificat: qui male sedent, locum tantum sanctificant. In publico enim sedes. Si bene siverit, et bene dicat, iudex sanctorum erit; si autem bene dormierit, et male vixerit, sui solus. Nam bene videntis et bene docentis populum instruit quomodo vivere debeat; bene autem docentis et male vivendo, Deum instruit quomodo debeat condemnare. (Homil. XLIII. in Matth., c. XXIII).

bores et oves, quid, queso, requiritur in sacerdotibus qui sacrificant divinum agnum? (In Psal., lib. X, c. IX).

Así pues, no es necesario, dice S. Crisóstomo, que la mano del sacerdote que toca el cuerpo de un Dios, aquella boca que se llena de fuego celestial y aquella lengua que se enrojece con la sangre de Jesucristo, brillen más que el sol por el resplandor de su santidad y de su perfección? (1).

Prudencia y sabiduría que debe tener el sacerdote.

Sois la sal de la tierra, dijo Jesucristo á sus apóstoles. Y si la sal se deshuzca, ¿con qué podrá salarse? Ya no, será buena sino para ser arrojada y pisoteada por los hombres: Vos estis sal terra. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? Ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et concalcetur ab hominibus. (Matth. v. 13).

Si somos sal, dice S. Gregorio, debemos sazonar las almas de los fieles; lo que el grano de sal es para los animales, el sacerdote debe serlo para los pueblos, á fin de que cualquiera que siga al sacerdote, lleve consigo esa sal que da al Señor de la vida eterna (2).

Los sacerdotes han hecho más que la sal; porque la sal preserva solamente de la corrupción; pero los apóstoles han sacado á los pueblos de la corrupción, y luego los han preservado. Así debe obrar el buen sacerdote...

Las cualidades de una buena madre se encuentran en el buen pastor, dice S. Bernardo: cuando reprende, es suave; cuando acaricia, es sencillo; suele enfadarse con bondad, halagar sin hipocresía, enfadarse sin perder la paciencia, é indignarse sin faltar á la humildad: *Bona mater est in pastore: cum arguit, mitis est; cum blanditur, simplex est; pie solet scribere, sine dolo mulcere, patienter irasci, humilliter indignari.* (Serm. in Cant.)

Muchas veces el crimen se cubre con la apariencia de zelo, dice un poeta; pero el que saca del Cielo su sabiduría y su zelo, exento está del pecado:

*Sape scelus Culum zeli velamine teclit,
Cui zelus Culum est, non facit ille scelus.*

El que dirige á los demás, lo ve todo, disimula mucha, y castiga poco, dice S. Bernardo: *Rector omnia videt, multa dissimulat, pauca castigat.* (Lib. de Consid.)

Verd, dice Jesucristo, que os envío como ovejas en medio de lobos: sed pnes cordos como serpientes, y sencillos como palomas: *Ecce ego mitto vos sicut oves in media luparum. Estote ergo prudentes sicut serpentes, et simplices sicut columbe.* (Matth. X. 16).

Si alguno habla, sea su palabra como precedente de Dios, dice el apóstol S. Pedro; si alguno ejerce un ministerio, hágalo como guiado por la virtud de Dios, á fin de que Dios sea glorificado en todo: *Si quis loquitur, quasi sermo*

(1) Si sal enim, confide mentes fidelium delictorum quasi inter heuta animalia pe tra solta, debet esse sacerdos in populo; ut quisque sacerdoti jungitur, quasi o salis pe tra interius vira sapore condatur. (Homil. 2.ª VII).

(2) Quo solari radio non splendidiorem oportet esse manum, carneni hanc dirigitent, ut quod igne spiritali repletur, linguam que tremendo nimis sanguine rubescit? (Homil. VI ad pop. Antioch.)

nes Dei; si quis ministrat, tanquam ex virtute, quam administrat Deus, ut in omnibus honorificetur Deus. (I. IV. 11).

Amad la justicia, la sabiduría, vosotros que juzgáis la tierra, dice el Espiritu Santo: *Diligite justitiam, qui iudicatis terram.* (Sap. 1. 4).

Elija el rey á un hombre sabio y lleno de inteligencia, y colóquelo á la cabeza de todo el Egipto, dijo José á Faraon: *Provident rex virum sapientem et industrium, et proficiat cum terræ Egypti.* (Gen. XLII. 33).

Sepa el sacerdote manejar á los culpables y hacer desaparecer las faltas, dice S. Gregorio: *Culpis discretè moverit parere, et pie recedere.* (Pastor).

El hombre prudente se apoderará del limon, dicen los Proverbios: *Intelligens gubernacula possidebit.* (I. 5).

El que no sabe obedecer, tampoco sabe mandar... Allí donde no haya jefe el pueblo perecerá; pero la salvacion se encuentra donde abunda la sabiduría de los consejos, dicen los Proverbios: *Ubi non est gubernator, populus corrumpet: istus autem, ubi multa consilia.* (XII. 14).

Gobernar el hombre me parece que es ante todo el arte de las artes y de las ciencias, dice S. Gregorio Nazianzeno: *Profecto ars artium et scientiarum mihi esse videtur, hominem regere.* (In Distich.)

Es lo que tambien dice S. Gregorio papa, que el arte de las artes es conducir las almas: *Ars artium regimen animarum.* (Pastor.)

He cogido dos cazados, dice el profeta Malaquías; al uno lo he llamado Hulzara, y al otro Lático, y he conducido el rebaño: *Et assumpsi mihi duas circas: unam vocavi Decorem, et alteram vocavi Funiculum; et pauci gregem.* (XI. 7).

Sois la luz del mundo, dijo Jesucristo á sus apóstoles. Una ciudad situada en una montaña no puede ocultarse, y no se enciende una lámpara para colocarla debajo de una medida para granos, sino sobre un candelabro, para que alumbre á todos los que están en la casa. *Luzza pnes así delante de los hombres vuestra luz, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los Cielos.* (1).

El santo anciano Simeon dijo del niño Jesús, que tuvo en sus brazos, que sería la luz que iluminaría las naciones. *Lumen ad revelationem gentium.* (Luc. II. 32). Así deben ser los sacerdotes...

En Jesucristo estaba la vida, dice el evangelista S. Juan, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en las tinieblas: *In ipso vita erat, et vita erat lux hominum. Et lux in tenebris lucet.* (I. 4-5).

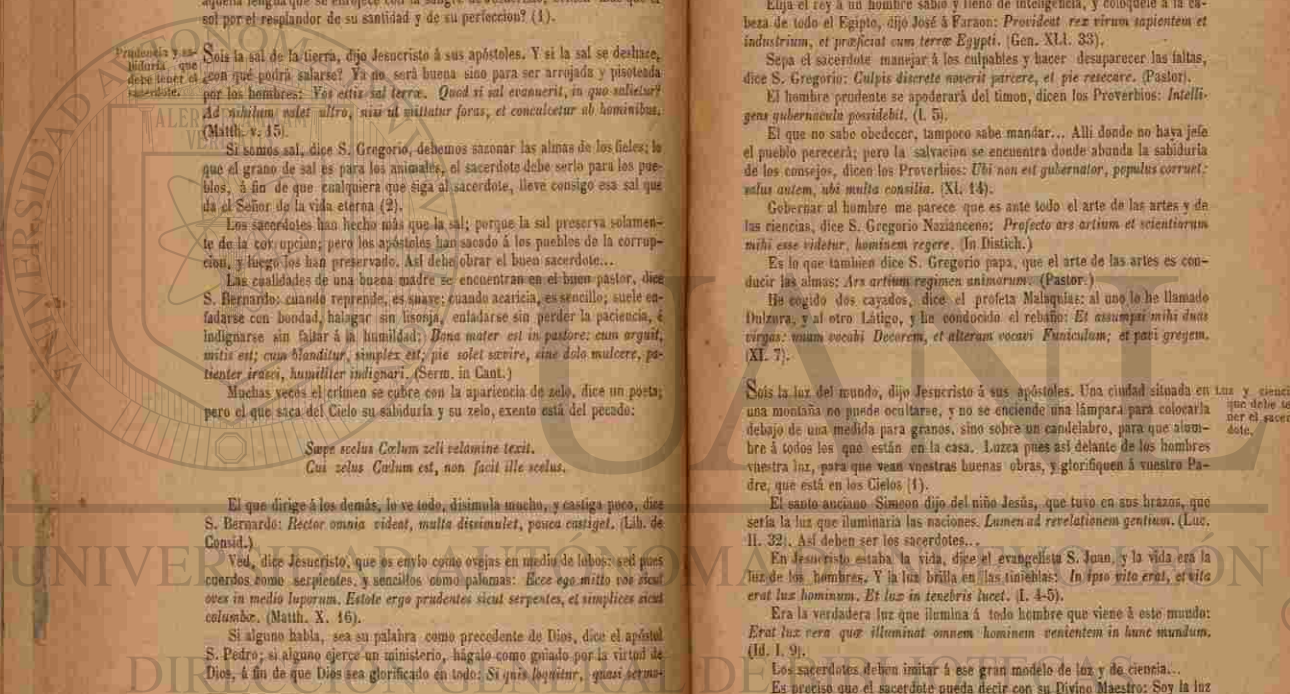
Era la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo: *Erat lux vera que illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* (Id. I. 9).

Los sacerdotes deben imitar á ese gran modelo de luz y de ciencia...

Es preciso que el sacerdote pueda decir con su Divino Maestro: Soy la luz

(1) Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum, ut luceat omnibus qui in modo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus; ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum qui in caelis est. (Matth. v. 14-16).

luz y ciencia que debe tener el sacerdote.



del mundo; el que me sigue, no marcha en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida: *Ego sum lux mundi; qui sequitur me, non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vite.* (Joann. VII. 12).

Soy la luz del mundo; *Lux sum mundi.* (Joann. IX. 5). Soy la luz venida á este mundo: *Ego lux in mundum veni.* (Joann. XII. 46).

Sed irreprochables y puros, dice el gran apóstol, hijos de Dios, sin mancha en medio de una generación depravada y perversa, donde brilláis como luceros en el mundo: *Ut sitis sine querela, et simplices filii Dei, sine reprehensione, in medio nationis prave, et perverse; inter quos lucetis sicut luminaria in mundo.* (Philipp. XV. 2).

Te ha destinado para ser la luz de las naciones, dice el Señor en las Actas de los Apóstoles, para que seas un instrumento de salvación hasta en los extremos de la tierra: *Poeni te in lucem gentium, ut sis in salutem usque ad extremam terram.* (Act. 13. 47).

Soy luz en el Señor, dice S. Pablo á los efesios; marchad como hijos de luz: *Lux in Domino, ut filii lucis ambulatis.* (v. 8).

Soy hijos de luz é hijos de Dios, dice aquel apóstol á los thesalonicenses; no somos de la noche ni de las tinieblas. No durmamos, pues, como los otros; vigilemos ántes bien, y seamos sobrios: *Omnes vos filii lucis estis, et filii Dei. Non sumus noctis, neque tenebrarum. Igitur non dormimus, sicut et ceteri, sed vigilamus et sobrii sumus.* (v. 5-6).

Para ser luz es preciso ser instruídos... El deber del sacerdote es interpretar la ley, dice S. Jerónimo: *Legis interpretatio sacerdotis officium est.* (Comment.)

Conservad el depósito dice el apóstol á Timoteo, evitando las novedades profanas en las expresiones ó voces, y las contradicciones de la ciencia que falsamente se llama tal: *Depositum custodi, deviationes profanas vocum novitates, et opposiciones falsi nominis scientie.* (I. VI. 20).

Anunciad la palabra de Dios con toda fuerza y valentía, añade, insistid con cesión y sin ella, reprended, rogad, exhortad con toda paciencia y doctrina: *Predica verbum in omni opportune importune; argue, obsecra, increpa in omni patientia, et doctrina.* (II. IV. 2).

Amad la ciencia de las Escrituras, y detestaréis los vicios carnales, dice S. Jerónimo: *Amate scientiam Scripturarum, et vitia carnis non amabitis.* (Epiat. XLIII).

¿Qué es el corazón del sacerdote, sino el arca del testamento, en la que está en vigor la doctrina espiritual, y donde se encuentran las tablas de la ley? dice S. Gregorio: *Quid est sacerdotalis cor, nisi arca testamenti, in qua scripturarum doctrina viget, tabule legis jacent?* (Pastor).

En cuanto á ti, dijo el Señor á Moisés, permanece en este sitio conmigo, y decretaré todos mis mandamientos, mis ceremonias y mis juicios, que á hijos de encienchas, para que los cumplan: *Tu vero hic sta mecum; loquar tibi omnia mandata mea, et ceremonias, atque judicia, que docebis eos, ut faciant ea.* (Deuter. v. 31).

Getseon dió á sus soldados trompetas en la mano y vasos de tierra vacíos, que tenían dentro una lámpara: *Destititulas in manibus eorum, lagenisque vacuas, ac lampades in medio lagenarum.* (Judic. VII. 16).

Notad, dice Orígenes, que los soldados elegidos por Dios combatían con lámparas. Así los había armado Jesucristo, diciendo: *Censius, y tened en la mano lámparas encendidas.* (Luc. XII. 35). El soldado de Jesucristo debe combatir con esas lámparas encendidas, brillando con la luz de la ciencia y de las obras. Armados con esa trompeta y estas lámparas, triunfamos de nuestros enemigos, y los ahuyentamos, por numerosos que sean. En esta guerra deben precederlos la luz de nuestras obras, la virtud de la ciencia y la predicación de la divina palabra: *Procedat nos hoc bello operum lux, scientie virtus, divini verbi predicatio.* (Homil. V).

El camino del justo, dicen los Proverbios, es como el sol al levantarse, que adelanta y crece hasta el mediodía: *Iustusurum semita, quasi lux splendens, procedit et crescit usque ad perfectam diem.* (IV. 18).

Examina cuidadosamente tu rebaño, dice el Señor, y considera tus ovejas: *Diligenter agnosce vultum pecoris tui, tusque greges considera.* (Prov. XXVII. 23). La práctica de este deber está en las palabras de Jesucristo: *Conozco mis ovejas, y mis ovejas me conocen: Cognosco oves meas, et cognoverunt me meas.* (Joann. X. 14).

Dios ha dado á Moisés sus preceptos y la ley de vida y de ciencia, para enseñar su alianza á Jacob y sus juicios á Israel: *Dedit illi precepta et legem vite et disciplina, docere Jacob testamentum suum, et judicia sua Israel.* (Eccle. XLV. 6).

¿Dónde están los sabios? pregunta Isaías: ¿Dónde están los que pesan todas las palabras de ley? ¿Dónde están los maestros de los párvulos? *Ubi est literatus? ubi legis verba ponderant? ubi doctor parvulorum?* (XXXIII. 18). Los que guardan este rebaño son ciegos y no tienen capacidad; sus perros son mudos, no pueden gritar, no ven más que vases fantasma durmiendo y alimentándose de sueños. Estos pastores no tienen inteligencia: *Speculatores ejus oculi omnes nesciunt numerare; omnes multi non valentes latrare, videntes aña, dormientes et evanescentes somnia. Ipsi pastores ignoraverunt intelligentiam.* (Isai. LVI. 10-11).

Por haber sido los pastores unos insensatos y no haber buscado al Señor, dice Jeremías, no han comprendido ya nada, y todo su rebaño ha sido dispersado: *Quia stulte egerunt pastores, et Dominum non quiesciverunt, propterea non intellexerunt, et omnes greges eorum dispersi est.* (X. 21).

Preguntaron á S. Domingo cuáles eran las ocupaciones de su fraternidad y contestó: Tenemos tres, que el Salomista ha enunciado en este versículo: *Accodine conone el bien, Señor; Enseñadme la sabiduría y la ciencia: Tria ita erunt, que Psalteri hoc versu complexus est: Bonitatem et disciplinam, et scientiam doce me.* (LXXVII. 65.—In ejus vita).

El sacerdote debe ser todo ojos é inteligencia. Si los ojos duermen, todo el cuerpo duerme. Y los pastores son los ojos del pueblo. Así pues, dice Jesucristo, si un ciego conduce á otro ciego, ambos caerán en el precipicio: *Cecus si cecum ducatum prestat ambo in foveam cadunt.* (Matth. XV. 14).

Una ley de verdad se ha hallado en su boca, dice el profeta Malaquías; los labios del sacerdote guardarán la ciencia, y de su boca se recibirá la interpretación de la ley; porque es el enviado del Señor de los ejércitos: *Lex veritatis fuit in ore ejus. Labia enim sacerdotis custodient scientiam, et legem requirunt ex ore ejus; quia angelus Domini exercituum est.* (II. 6-7).

S. Ambrosio dice que los sacerdotes son los ojos de la Iglesia, y que por ellos todo el cuerpo recibe la luz. (*Lib. de Sign. sacer., c. VI.*)

(Véase Saber).

El sacerdote debe ser un hombre de oración. Cada día, dice S. Silvestre, olvidando el clérigo todo lo demás, debe unirse á Dios con la oración y la meditación: *Quotidie clericus, abjecta ceterarum rerum cura, nisi Deo prorsus vacare debet.* (In Lect. Breviar. die XXXI, decembre.)

Al recomendando á Dios y á la palabra de su gracia, dice el mismo apóstol, á aquel que tiene el poder de edificar y distribuir la herencia entre todos los que están santificados: *Comendo vos Deo et verbo gratia ipsius, qui potens est edificare et dare hereditatem in sanctificatis omnibus.* (Act. XX, 32.)

En tanto á nosotros, dicen los apóstoles, nos entregaremos á la oración y al ministerio de la palabra: *Non vero orationi et ministerio verbi instantes erimus.* (Act. VI, 4), á fin de llenarse por la contemplación, dice S. Gregorio, y de hacer partícipes de su plenitud á los diversos pueblos: *Ut quieti contemplantes sorbeant, quod occupati erga proximos loquentes refundat.* (Pastor.)

Muñes hijo á Arauc: Acercaos al altar, y orad por vos y por vuestro pueblo: *Accede ad altare, deprecare pro te et pro populo.* (Levit. IX, 7.)

Son poderosos en obras y en palabras: dice S. Bernardo, los sacerdotes fervientes y asidos en la oración: *In opere et sermone sunt potentes, qui habent devotionem in oratione assidua.* (Serm. de Tribus ordin.)

Lloren los sacerdotes y los ministros del Señor entre el vestíbulo y el altar, dice el profeta Joel, y exclamen: Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo: *Inter vestibulum et altare plorabunt sacerdotes, ministri Domini, et dicent: Parce, Domine, parce populo tuo.* (II, 17.)

Quis dijo en visión á Judas Macabeo, hablando de Jeremías que se le había aparecido: Este es el amigo de nuestros hermanos y del pueblo de Israel: El es quien ora por el pueblo y por toda la ciudad santa: *Hic est fratrum amator et populi Israel; hic est qui multum orat pro populo, et universa sancta civitate.* (II, Mach. XV, 14.)

(Véase Meditación y Oración).

El espíritu de obediencia, que debe tener el sacerdote. He bajado del Cielo, dijo Jesucristo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Pero, tal es la voluntad de mi Padre que me ha enviado, que nada se pierda de todo lo que me ha dado (1).

Nada debe cesar el sacerdote de practicar estas palabras y de imitar á Jesucristo... Y si sus superiores le mandan algún gran sacrificio, acértese del amargo cáliz del Salvador en el jardín de los Olivos, y de las palabras que dirigió á su Padre: Padre mio, apártese de mí este cáliz, si es posible. Sin embargo, suceda lo que quieras, y no lo que yo quiera: *Pater mi, si possibile est, trahent a me calix iste; veruntamen, non sicut ego volo, sed sicut tu.* (Matth. XXVI, 39.)

(1) Descendi de Cælo, ut faciam voluntatem ejus qui misit me. Hæc est autem voluntas ejus, qui misit me; Patris, ut omne quod dedit mihi, non perdam ex eo. (Joann. VI, 39-40.)

El Espíritu Santo me advierte, dice el apóstol, que me esperan enemas y tribulaciones en Jerusalem; pero no temo nada de esto mientras que compla mi carrera y el ministerio que he recibido del Señor Jesús: *Vincula et tribulationes me non movent. Sed nihil horum verear, dummodo consummavero cursum meum, et ministerium quod accepi a Domino Jesu.* (Act. XX, 23-24.)

Simeloes á vuestro pontífice, dice S. Jerónimo, y amadle como á padre de vuestra alma. Sepan las obispos que son sacerdotes antes que amos, honren á los clérigos, á los simples sacerdotes, y honren éstos á los obispos por ser obispos (1).

(Véase Obediencia).

Apacientad mis ovejas, pero no las traqueéis, dice S. Bernardo: *Pasce oves Desideris, dum mecum, non londs.* (Declam., c. II, n. 12.)

El sacerdocio es el negocio de las almas para el Cielo, y no un negocio de orgullo, dice S. Ambrosio. (In I. Isai.)

Y yo, cuando será elevada de la tierra, toda lo atraeré á mí, dice Jesucristo: *Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum.* (Joann. XII, 32.)

El sacerdote desinteresado, bienhechor, desprendido de los bienes de la tierra, atrae las almas y las lleva al Cielo.

Cualquiera que combata por Dios, dice S. Pablo á Timoteo, procura no inmiscirse en los negocios del siglo, para satisfacer al que se ha dedicado á ellos: *Nemo militans Deo implicat se negotiis secularibus; ut ei placeat, cui se præbuit.* (II, II, 4.)

No llevéis bolsa ni alforja, ni calzados, dijo Jesucristo á sus apóstoles: *Nolite portare sacculum, neque pueram, neque calceamenta.* (Luc. X, 4.)

Leemos en la Escritura que el Señor dijo á Aarón: No poseeréis nada en la tierra de los hijos de Israel, y no tendréis ninguna parte con ellos: yo soy vuestra parte y vuestra herencia en medio de los hijos de Israel: *In terra eorum nihil possidebitis, nec habebitis partem inter eos; ego pars et hereditas tua in medio filiorum Israel.* (Num. XVIII, 20.)

Es lo que dice también el Eclesiástico: El sacerdote no debe heredar de la tierra de las naciones, no tiene parte en medio de su pueblo; pues el Señor es su dote y su herencia: *Ceterum in terra gentes non hereditabit, et pars non est illi in gente, ipse enim est pars ejus et hereditas.* (XIX, 27.)

El sacerdote avaro peca, y su pecado es más grave que el de los ladrones; pues su profesión es ocuparse de Dios y de las cosas del Cielo y despreciar las cosas temporales.

Los sacerdotes que se han hecho intiles y avaros, cómplices de los ladrones, son amigos de los presentes, dice Isaias: *Principes tui infideles, socii fornicum, diligunt munera.* (I, 23.)

Desgraciados los pastores de Israel que se apacientan á sí mismos. ¿No han de hacer los pastores pacer sus rebaños? dice el profeta Ezequiel. Os co-

(1) Esto subjetas pontífice tui, et quasi parentem amicum auct. Sed episcopi sacerdotes actum ex eccle, non domos; honorant clericos, ut ipsi episcopos quasi episcopos a clericis honor defaratur. (Epiat. ad Negotiosum.)

meis la leche, y os cubris con la lana: *Vae pastoribus Israel, qui pascébant semetipsos! Nonne gregea u pastoribus pascuntur? Loo comedebatis, et lanis operiebamini.* (XXXIV. 2-3).

[Véase **LIMOSNA, Avaricia, Desinterés.**]

Oránes que ca-
sa la aflicta
al sacerdote.

El mundo, dice S. Gregorio, está lleno de sacerdotes; y sin embargo, se encuentran pocos buenos segadores en la abundante mies de Dios; nos encargamos del ministerio sacerdotal, pero no lo cumplimos sino con tibieza y negligencia: *Ece mundus totus sacerdotibus plenus est; sed tamen in messe dei raris velle invenitur operator; quia officium quidem sacerdotale suscipimus, sed opus ipse non implemus.* (Homil. XVII. in Evang.)

Estad atentos sobre vosotros, y sobre vuestro rebaño, del que Dios os ha hecho vigilantes para regir la Iglesia de Dios, que ganó con su sangre, dice el apóstol: *Attendite vobis et universo gregi in quo vos Spiritus Sanctus posuit episcopos regere Ecclesiam Dei, quam acquisivit sanguine suo.* (Act. XX. 28).

No descuidéis la gracia que está en vosotros, que ha sido dada por la profecía, con la imposición de las manos de los ancianos, escribe el gran apóstol á Timoteo: *Noli negligere gratiam, que in te est, que data est tibi per prophetam, cum impositione manuum presbyterii.* (I. IV. 14).

¡Qué! exclama S. Crisostomo, si diceis bonitas llevamos la levadura de la fe por el mundo entero, sed cuan poco es nuestro valor, y cuan grande nuestra culpable cobardía! Nosotros, tan numerosos, no podemos atraer á las restantes naciones, siendo así que deberíamos batir para mil mundos! (1).

Las milicias de los inferos, dice S. Bernardo, deben atribuirse sobre todo á los sacerdotes tibios y perezosos: *Inferorum culpa, et nullus magis referenda sunt, quam ad desides negligentesque rectores.* (Lib. de Convid.)

Los sacerdotes tibios quieren presidir, pero no se toman el trabajo de tratar de ser útiles, dice S. Pedro Damiano: *Processe inhiant, prodese non curant.* (Lib. II. epist. II).

Los pastores que se contentan con enseñar, llevando una vida tibia, dice S. Gregorio, matan á sus oyentes no haciendo lo que dicen, aunque los alimentan con la palabra, y pierden con su negligencia á aquellos á quienes parecen sostener con la leche de la doctrina (1).

Dadles, Señor, dice el profeta Oseas. Y qué les dareis? Dadles entrañas estériles y pechos áridos: *Dabis eis, Domine. Quid dabis eis? Da eis ventrem sine liberis; et ubera arentia.* (IX. 14).

Suscitaré en la tierra, dice el Señor por medio de Zacarías, á un pastor que abandonará á las ovejas cansadas y no buscará á las que se extravían. Pastor inútil, que no cuida de su rebaño: *Ece ego suscitabo pastorem, qui*

(1) Si amicitia homines, totam enim terram orbis circumstant; animo vero parati si nostra malignitas atque ignavia, qui cum jam innumeris sinibus, his gentibus reliquis convertere non possunt, qui vel mille mundis suscitare deberemus! (Himil. III. in Act.)

(2) Magistri vigilantes quidem scientia, sed vita dormientes, auditores enim, que per vigilas predicacionibus audivimus, dum quod dicunt, dicere negligunt, per rotundum corporis occidunt; et negligendo opprimunt, que alero verborum lacte videlantur. (Morat.)

derelicta non visitabit, disperum non queret. O pastor idolum, derelinquens gregem! (XI. 46-47).

La enseñanza dada por las buenas costumbres es pura y eficaz; pero los discursos predicados por el que tiene depravadas costumbres son palabras sin vida. La lengua impura mancha el Evangelio, predicándolo...

Es preciso, dice Tertuliano, apoyar la fuerza de la enseñanza en la autoridad de una vida pura, para que las palabras no sean un motivo de vergüenza cuando no están sostenidas por buenas acciones: *Oportet constantiam commendandi propriam conversationis auctoritate dirigere, ne dicta, factis deficientibus, erubescant.* (Lib. I de Patient., c. I).

No son vandeleros sacerdotes de Dios, más que los que tienen una vida pura, dice Clemente de Alejandría: *Soli qui puram habent vitam, veri Dei sacerdotes.* (Lib. III. Strom.)

La pureza sacerdotal debe estar exenta no sólo de toda acción deshonesta, dice S. Jerónimo, sino de toda mirada indecente: *Pudicitia sacerdotalis non solum ab opere immundo, sed etiam a facta oculi est libera.* (In c. I. epist. ad Titum.)

Si la pureza hace á los sacerdotes, dice S. Isidoro, la impureza destruye la dignidad de los sacerdotes: *Si pudicitia sacerdotis creat, libido sacerdotibus dignitatem abrogat.* (Lib. III. epist. XI.V).

Los sacerdotes corrompidos, exclama S. Pedro Damiano, sois las víctimas de los demonios, destinados á muerte eterna, y el diablo se alimenta y engorda con vosotros como con los más expuestos manjares: *Vos estis damnatum victimam, ad eterna mortis succidam festinatis; et vobis diabolus, tanquam delictis dantibus, pascitur et saginatur.* (Lib. IV. epist. III.) Como, añade el mismo Santo, vosotros que predicáis la castidad, no os avergonzais de ser los tristes esclavos del vicio impuro? *Qui predicator es castitatis, non te pullet servus esse libidinis?* (Eod. loco.)

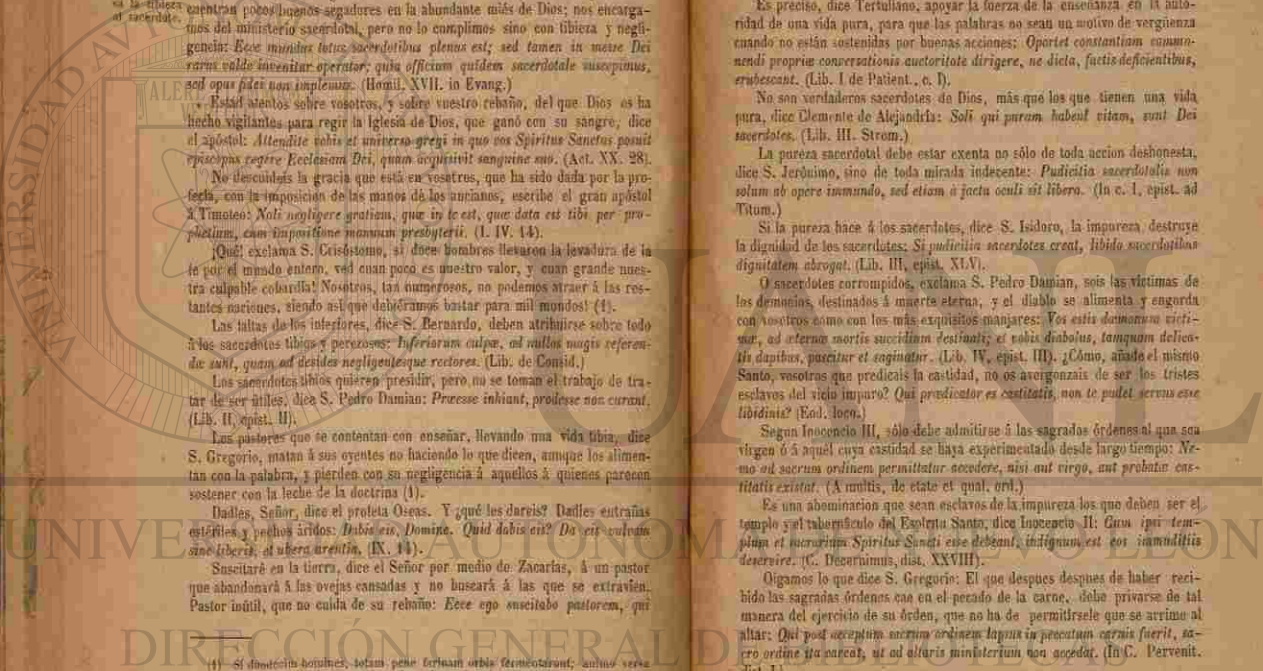
Segun Inocencio III, sólo debe admitirse á los sagrados órdenes al que sea virgen ó á aquel cuya castidad se haya experimentada desde largo tiempo: *Nemo ad sacrum ordinem permittatur accedere, nisi aut virgo, aut probatur castitatis existat.* (A multis, de etate et qual. ord.)

Es una abominación que sean esclavos de la impureza los que deben ser el templo y el tabernáculo del Esplenda Santo, dice Inocencio II: *Cuius ipi templum et sacrum Spiritus Sancti esse debent, indignum est eos immunditatis devorare.* (C. Decernimus, dist. XXVIII.)

Oigamos lo que dice S. Gregorio: El que después de haber recibido las sagradas órdenes cae en el pecado de la carne, debe privarse de tal manera del ejercicio de su orden, que no ha de permitirsele que se arrojase al altar: *Qui post acceptum sacrum ordinem lapsus in peccatum carnis fuerit, sacro ordine ita parcat, ut ad altaris ministerium non accedat.* (In C. Pervenit. dist. I.)

¿No viola el impío el templo de Dios? dice S. Pedro Damiano. ¡Ah! no convertáis en vasos de ignominia los vasos consagrados á Dios: *Nonne templum Dei violant? Nolite vasa Deo sacra in vasa contumelie vertere.* (Opusc. X. q. II. c. III.)

Del pecado de
sacrosanctia
de el sacer-
dote.



Los profetas y los sacerdotes se han manchado en mi casa, dice el Señor por medio de Jeremías: *Propheta et sacerdos polluti sunt; et in domo mea inveni malum eorum, ait Dominus.* (XXIII. 11).

Como se ha ennegrecido el oro? exclama Jeremías en sus lamentaciones. Como ha cambiado su brillo? Como se han dispersado la piedras del santuario á la entrada de todas las plazas? *Quomodo obscuratum est aurum, mutatus est color optimus, dispersi sunt lapides sanctuarii in capite omnium platearum?* (IV. 1).

Los hijos de Sion (los sacerdotes) eran hermosos, cubiertos del oro más puro; cómo han sido tratados, y cómo se han convertido en vasos de tierra y barro? (*Lament. IV. 2*). Los que se alimentaban con los más exquisitos manjares han muerto por los caminos; los que vivían en las delicias en la casa de Dios, se han arrojado sobre el cieno. *Qui vescerant voluptuos, interierunt in vinis; qui nutriebantur in cunctis, amplexati sunt stercore.* (Ibid. IV. 5).

Cuando el sacerdote, dice S. Gregorio, se encarga del cuidado del pueblo, se acerca á lo como el médico al enfermo. Si las pasiones de la carne viven, pues, en el tocado, ¿con qué temeridad quiere llevar remedio al herido, el que lleva su herida mortal en el rostro? (1).

Los sacerdotes impuros insultan al Dios á quien reciben; lo ultrajan tanto como está en ellos, y le manchan en cierto modo é el mismo, queriendo asociarle á sus impurezas, dice Clemente de Alejandría: *Deum in ipsis habitantem corrumpunt, quantum in se est; et vitiorum suorum conjunctione pollutunt.* (Pedag. lib. II. c. 3).

¿Quién será bastante impío, dice S. Agustín, para subir al altar con las manos llenas de barro? *Quis adeo impius erit, qui lutosis manibus sacratissimum sacramentum tractare presumat?* (Serm. CXXIV. de Temp.) ¡Ah! exclama aquel Santo obispo, no se manchan jamás con el crimen las manos enrojecidas con la sangre de Jesucristo: *Ne manus que infrangunt sanguine Christi, polluantur sanguine peccati.* (Serm. XXXVII. Tract. ad Jerem.)

O sacerdotes, que debéis ofrecer la santa víctima, no os sacrificéis primero á vosotros mismos, y no os ofrezcáis como víctimas al maligna espíritu, dice S. Pedro Damiano: *O sacerdos qui debes offerre, non prius teipsum maligno spiritu victimam immolare.* (De Celest. sacrificio, c. III).

Los sacerdotes impuros se atreven á tocar las sagradas carnes del inmaculado cordero, dice S. Bernardo, y á mojar sus manos en la sangre del Salvador: *Audent agni immaculati carnes contingere carnis, et intingere in sanguine Salvatoris manus, quibus paulo ante carnes attraxerunt.* (In Doctam.)

Es necesario, dice S. Crisóstomo, que el sacerdote sea tan puro, que, si estuviere colocado en el Cielo, pudiese sentarse con honor en medio de las virtudes celestiales: *Necesse est sacerdotem sic esse purum, si in ipsius Caeli esset collocatus, inter celestes illas virtutes medius stare.* (De Sacerd., lib. III. c. IV).

Por esto S. Pablo decía á su discípulo Timoteo: Conservate puro: *Te ip-*

(1) Cum curam populi presul suscepit, quasi ad agrum medicus accedit. Si ergo adhuc in eius corpore passiones vivunt, qua prorsum impure pronusum mediis properat, quin faciem vulnus portat. (Pastor., p. I. c. IX).

sum curam custodi. (I. v. 22). Conservate puro como siembla la casa de Dios, el templo de Jesucristo, dice S. Ignacio mártir. (*Epist. X. ad Honor. diacon.*)

Dichosos los que tienen el corazón puro, porque verá á Dios, dice Jesucristo: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt.* (Math. v. 8).

La castidad, purificando las almas de los hombres, hace que vean á Dios, dice S. Agustín: *Castitas, mundas mentem hominum, presul videre Deum.* (Serm. CCLXIX. de Temp.)

Pero con la lujuria, dice Sto. Tomás, el hombre se alaja infinitamente de Dios: *Per luxuriam homo maxime recedit a Deo.* (1. 2. q. 37. art. 5).

Besde que empezamos á abandonarnos á la lujuria, empezamos también á apartarnos de la verdadera fe, según S. Ambrosio: *Ubi exepit quis luxuriari, incipit deviare a vera fide.* (Epist. I. ad Sabín.)

Cualquiera que arde en la llama de concupiscencia carnal y no tema el subir al altar santo, dice S. Damiano, está consumido por el fuego de la venganza divina: *Quisquis carnalis concupiscencie flamma ardet et consistere altarium non formidat, ille divinum ultionis igno consumitur.* (Opus. XXVII. de Comm. vit. can. c. III).

Santo Tomás enseña que la impureza engendra la ceguera del espíritu, el odio á Dios, el amor al siglo presente, y el horror al venidero: (2. 2. q. 153. art. 4). Los vicios de la carne, dice en otra parte este gran doctor, alujan el juicio de la razón, porque la lujuria arrastra el alma entera al placer: *Vitia carnalis exaltantur iudicium rationis, quia luxuria totam animam trahit ad delectationem.* (2. 2. q. 53. art. 6 ad 3).

Ni las advertencias, ni los consejos, ni nada puede salvar una alma sumergida en la pasión impura, dice S. Crisóstomo: *Nec admonitiones, nec consilia, nec aliqui aliud valere potest animam libidine percellentem.* (Homil. contra Luxur.)

Por esto dice S. Agustín: Sirviendo á esta pasión, se convierte en hábito, y no resistiendo á tal hábito, llega á ser una necesidad: *Dum servitur libidini facta est consuetudo; et dum consuetudini non resistitur, facta est necessitas.* (lib. VIII. Confess., c. XXV).

Vendrá, vendrá aquel día, ó más bien aquella noche, exclama S. Pedro Damiano, en que esta pasión brutal se convertirá en pez con que se alimentará el fuego perpetuo que devorará vuestras entrañas, sin que jamás podáis apagarlo (1).

La conducta del sacerdote escandaloso es la ruina moral del pueblo, dice san Bernardo: *Misera conversio, plebis subversio est.* (In Convers. S. Pauli).

Los malos sacerdotes son la causa de la pérdida de los pueblos, dice san Gregorio: *Quare sunt ruinam populi sacerdotum modi.* (Lib. XIV. epist. LXIV). Los pueblos, añade aquel gran doctor, se creen autorizados para hacer lo que ven hacer á sus pastores, y se abandonan al crimen con más licencia: *Persua-*

(1) Veniet, veniet profecto dies, imo nox, quando libido óta tua vertetur in picem, que te perpetuus ignis tuas visceras incendit, et devorabit. (Opus. XXVII. de Celest. sacrificio.)

deat sibi id liceat quod a suis pastoribus fieri compellunt, et ardentius perpetrant. (Pastor., p. 1. c. II).

Las faltas de los inferiores provienen principalmente de las faltas de los superiores, dice S. Bernardo. (*Líb. III de consid., c. CDXXXIV.*)

En el Salmista, el Señor dice al sacerdote escandaloso: ¿Te toca á tí publicar mis voluntades? ¿Por qué animas tu boca mi palabra? Aborreces el orden, y las rechazado en ley léjos de tí. Has participado de la herencia de los adúlteros (1).

Enseñe bien y vivir en el escándalo, que otra cosa significa que enseñarse por boca propia, dice S. Práxepo: *Deus docere, et male vivere, quid aliud est quam de sua voce ducere?* (Epist. ad Rom.)

No hay nada más vergonzoso, dice Sabian, que ocupar un puesto muy elevado, y ser al mismo tiempo despreciable por una vida escandalosa: *Nihil turpius est, quam excellentem esse cultum, et despicibilem vitio.* (Lib. 1. ad Eccles. cath.)

Un gran número, considerando la vida infame del sacerdote escandaloso, dice S. Bernardo, están vacilantes, ó más bien pierden muchas veces la fe, no evitan ya los vicios, desprecian los Sacramentos, no tienen ya horror al infierno, y no temen al Cielo (2).

¿Por otra cosa hará el alma que lo que ves hacer á un padre espiritual? dice Pedro de Blois: *Quid faciet laicus, nisi quod patrem spirituales ostendit facientem?* (Serm. LVII ad Sacerd.)

A la vista del sacerdote escandaloso, ¿no pueden los pueblos responder á los buenos sacerdotes que les reprochan sus extravíos: Por qué nos habéis de corregirnos? Nosotros, no hacemos más que lo que hace el sacerdote, y pretendéis obligarnos á pecar de otra manera: *Quid mihi loqueris? Ipse clericus non aliam sententiam, et me cogit ut non faciam?* (S. Aug. de Verbo Domini, serm. LXXIX.)

En efecto, dice S. Jerónimo, todos piensan que pueden hacer lo que hace un sacerdote: *Quidquid fecerit, ut sibi omnes faciebant, putant.* (Ad Heliod., epist. III). Tened cuidado, continúa el mismo Santo, de no hacer nada que haga pecar á los seglares, dispuestos siempre á imitarlos: *Cave ne committas quod qui solent oxilari coguntur delinquere.* (U. supra.)

Cuando el pastor anda á través de los precipicios, es muy natural que el rebaño caiga en ellos, dice S. Gregorio: *Cum pastor per abrupta quadrat, conterritus est, ut in precipitium greges feruntur.* (Pastor., p. 1. lib. II.)

¿Cómo ha caído, cómo ha perecido el hombre poderoso que salvaba al pueblo de Israel? *Quomodo cecidit potens, qui saluum faciebat populum Israel?* (1. Machab. IX. 21).

Habéis sido puestos para regir, no para arrebatar, dice S. Bernardino de Siena; para gobernar, y no para destruir, como ministros, y no como tiranos;

(1) *Potentes dicit Deus: Quare tu anares iustificas multos, et sustinas terribiliterum meum per te hunc? Tu vero edisti thesaurum, et projectisti sermones meos retroscitum. Cum adaliter portum hanc panem, (Ez. 16. 38.)*

(2) *Mirum, considerans clericis delectatam vitam, et ex ha vacillantes, ino multos delictorum in fide, vicia non evitant. Sacramenta despicunt, non horret infirmitas ecclesia nimio concupiscunt. (De VII. Pontif. imp., serm. LXX.)*

como dispensadores, y no como dispensadores ó usurpadores; como tutores, y no para devorar (1).

Sacerdote escandaloso, bien puedes aplicarte aquellas palabras de Isaías y decir con toda verdad: He profanado mi herencia: *Contaminavi hereditatem meam.* (XLVII. 6). He profanado á mi Dios, he profanado el Cielo, mi alma, la Iglesia y las almas que se me habían dado en herencia, (herencia que debía haber cultivado y he perdido...)

Si el Señor, dice S. Bernardo, dió su propia sangre para rescatar las almas, ¿no os parece evidente que vive una persecución más cruel del que con su escándalo le quita las almas que ha rescatado, que de aquel que causa la escisión de su sangre (2).

Si alguno del pueblo se extravía, parece solo, dice S. Bernardo; pero el error del jefe engendra muchos otros, y los males que ocasiona son tanto mayores, cuanto es más elevado: *Si quis de populo deciat, solus perit, verum principis error multos mentes, et tantis obit quibus preest.* (Epist. CXXVII.)

Los sacerdotes que se abandonan al mal y arrastran á los pueblos, matan y se matan, dice S. Bernardo. *Non parent nisi, qui non parent sibi; perimentes pariter et perentes.* (Serm. LXXVII. in Cant.)

El sacerdote escandaloso, que era quien debía conducir las almas á la vida es el autor de su muerte eterna, dice S. Gregorio: *Non possum metores mortis existimare, cui esse debemus duces ad vitam.* (Homil. XVII. in Evang.)

¿Quién ha de buscar agua pura en una charca? ¿Ha de jugar á dados para darme buenos consejos al que los juega malos? dice S. Bernardo: *Quis in ceno fuitem capere? Ad idoneum putato, qui mihi det cussitum, qui non det sibi?* (Ad Cecil., c. XX.)

Los sacerdotes ignorantes y viciosos son en la Iglesia una peste peligrosa que hace estragos horribles, sobre todo entre los débiles, añade S. Bernardo: *Per indoctos peccator molosse in sancto Ecclesia, nulla peris ad nocendum infirmis valentior invenitur.* (De Ordine vite, c. 1.)

Los sacerdotes escandalosos son los que destruyen el santuario de Dios, dice S. Jerónimo: *Propter vitia sacerdotum, Dei sanctuarium destitutum est.* (Epist. XLVIII.)

Por ellos, dice Salviano, es criticada y despreciada la ley cristiana: *In nobis lex christiana maleficetur.* (Lib. IV. ad Eccles. Cath.)

El sacerdote escandaloso es un anzuelo convenenado que coge, seduce y mata las almas: dice S. Efrén: *Cum primum fuerit captus animo, ad villos decipendos fit quasi laqueus.* (Serm. IV.)

Nada hace más daño á la causa de Dios que el sacerdote que, puesto para edificar, da ejemplos de corrupción y de muerte, dice S. Gregorio: *Nullum ob citis pato majus prejudicium inferat Deus, quod ess, quos ad altiorum corre-*

(1) *Repleo me panibus, non rapinam, rectorum, sed destrutorum: quasi ministrum, non tyrannum, quasi dispensatorem, non dispensatorem vel usurpatorem, ut loquor, non devorantem.* (In eius vita.)

(2) *Si Dominus proprio debet sanguinem in prelium redemptiois animarum: tuu filo videtur privariore sustinere percontationem ab illo qui, scandali occasione, arripit ab eo animas quas redemit, quam ab illo, qui sanguinem suum fudit?* (Serm. in Convex, S. Pauli.)

tionem ponit, dare exempla gravitatis cernit. (Homil. XVII). Los sacerdotes escandalosos, añade este santo Papa, son culpables de tantos homicidios espirituales, cuantos son los malos ejemplos que han dado: Si perveras perpetravit, tot mortibus digni sunt, quod ad eundem exempla transmittunt. (Pastor., p. III, adion. V).

Por la negligencia y el escándalo de los malos sacerdotes han pululado las herejías, dice S. Pedro de Blois: Propter negligentiam sacerdotum haeresees pullularunt. (Serm. L. ad Sac.). Y por los pecados de los malos sacerdotes, añade, ha sido pisoteada la santa Iglesia de Dios, y ha llegado á ser objeto de desprecio: Propter peccata sacerdotum, data est in contumeliosam et in operibus sanctis Ista Ecclesia. (Serm. LX in c. V. Osse).

Escondiendo las historias antiguas, dice S. Jerónimo, sólo encuentro que la Iglesia ha sido desgarrada y han sido seducidos los pueblos por los malos sacerdotes: Veteres scripturas historias, invenire non possum scidisse Ecclesiam, et papales seditione, prater per eos qui sacerdotes a Deo positi sunt. (In Cant.).

Los malos pastores han devastado mi sión, han pisoteado mi herencia, y han consertado en terrible gualdad el patrimonio que yo había elegido. Lo han assolado; he visto su ruina: Pastores multi demoliti sunt vineam meam, conculerunt partem meam; dederunt portionem meam desiderabilem in desertum edificatum. Poverunt enim in dissipacionem. (XII. 13-14).

Cuando una oveja no sigue á un buen pastor, dice S. Clemente, está expuesta á los lobos; y cuando sigue á un mal pastor, su muerte es cierta, es devorada. Por esta razón temo de huir de los pastores asesinos (1).

No hay ciertamente en el mundo una bestia tan cruda como no mal sacerdote, dice S. Jerónimo: Nulla certe in mundo tam crudelis bestia, quam malus sacerdos. (Epist. ad Pamas.).

La dignidad de los sacerdotes es grande, pero grande es también su ruina, si pecan, dice S. Jerónimo: Grandis dignitas sacerdotum, sed grandis ruina eorum, si peccant. (Lib. III. in Ezech., c. XLIV).

¿Qué cosa más elevada que el Cielo? dice S. Pedro Crisólogo. Y del Cielo cae el que peca en las cosas celestiales: Quid altius Caelo? De Caelo cadit, in caelestibus qui delinquit. (Serm. XXXV).

Los pecados del sacerdote son grandes... Y el caer de tan alto es una caída grave y terrible...

Hay muchas faltas que no son más que veniales para los seglares, y son mortales para los clérigos, dice Inocencio tercero: Multa sunt laici venialia, que clericis sunt mortalia. (Serm. I in Const. pont.).

Las bagatelas en boca de los láicos son bagatelas, dice S. Bernardo; pero pueden ser blasfemias en la boca de los sacerdotes: Nugae in ore laicorum nugae sunt; in ore sacerdotum blasphemiae...

(1) Ut enim ovis, cum non sequitur bonum pastorem, lupis exposita est; sic ritum, cum malum pastorem sequitur, certus est esse interitus a malo pastore, qui eum devorabit. Quis se lagitulosi sunt pastores interfectores. (Lib. I. Strum.).

Os habéis separado del camino, dice el Señor por medio del profeta Malaquías; habéis escandalizado á muchos, y habéis hecho vana mi alianza; por esta razón os he entregado al desprecio de los pueblos: Vos recessistis de rita, et scandalizastis plurimos; irritum facietis pactum, dicit Dominus. Propter quod et ego dedi vos contemptibiles omnibus populis. (II. 8-9).

Sacerdotes que no queréis oírme, que no queréis tributar gloria á mi nombre, que no os respetáis; devastáis mi viña, enviaré sobre vosotros la desolación; y maldiciré vuestras bendiciones, dice el Señor: Mittam in vos egestatem, et maledicam benedictionibus vestris. (Malach. II. 2).

Ya viene el tiempo, dice el apóstol S. Pedro, en que debe empezar el juicio por la casa de Dios: Tempus est ut incipiat iudicium á domo Dei. (I. IV. 17).

En los castigos descritos en el capítulo noveno de Ezequiel, Dios quiso que los sacerdotes fuesen castigados los primeros: A sanctuarium meo incipite. (IX. 6).

El lago no tendrá que responder más que de sí mismo; pero el pastor dará cuenta de todo el rebaño... Pediré su sangre á tu mano, dice el Señor: Sanguinem qui de manu tua requiram. (Ezech. III. 18).

Desgraciados los pastores que pierden y desvían el rebaño de mi pastor dice el Señor: Vae pastoribus, qui disperdunt et dilacerant gregem pascae meae! dicit Dominus. (Jerem. XXXIII. 1). Los sacerdotes se han manchado, y he visto su iniquidad en mi casa, dice el Señor. Por esto se via será un camino resbaladizo en medio de las tinieblas; les empujarán, tropezarán unos con otros, y sobre ellos acumularé todos los males, dice el Señor. (Jerem. XXXIII. 11-12).

¿Qué alegría para el infierno cuando entre el mal sacerdote! Todos los espíritus infernales se ponen en movimiento para salir á su encuentro, dice Isaías: Infernus subter capturabitur est in occursum adventus sui. Omnes principes terrae verterentur de solis suis. (XIV. 9).

Todos los príncipes de aquella tierra de Misera se levantan para dejarle pasar y bajar hasta el fondo del abismo, cediendo á aquel reprobado sacerdote el primer puesto al lado de Lucifer. Todos levantan sus voces, y dicen: ¡Pues qué! has sido herido como cualquiera de nosotros; ¡te has hecho semejante á nosotros! (Id. XIV. 10).

Castigo de los malos sacerdotes.

La gravedad de los pecados del sacerdote.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SACRILEGIO.

El sacrilegio es el uso indebito de los sacramentos.

¿QUATQUEREA que coma este pan ó beba el cáliz del Señor indignamente, será culpable del cuerpo y de la sangre del Señor. El que come y bebe indignamente, come y bebe su condenación, no discerniendo el cuerpo del Señor, dice el gran Apóstol (1).

El profanador sacrilego crucifica de nuevo dentro de sí mismo al Hijo de Dios, y renueva sus oprobios, añade S. Pablo: *Rursum crucifigentes sibi membra Filium Dei, et ostentat habentes*. (Hebr. VI. 6).

¿Quién será bastante impio, dice S. Agustín, para tener la audacia de acercarse al sagrado altar con las manos manchadas? *Quis adeo impius erit, qui talia membra sacramentum tractare presumat?* (Serm. CCLXIV. de Lamp.).

El que comulga indignamente, comete un crimen mayor que si arroja el Santísimo Sacramento en una cloaca, dice S. Vicente Ferrer: *Major peccatum est, quam si projiceret corpus Christi in cloacam*. (Canc. de Corpore Christi).

Los profanadores del cuerpo y de la sangre de Jesucristo son peores que Judas, dice S. Berardo. Judas entregó al Salvador a los judíos. Ellos lo entregan al demonio, colocando su aborrecido cuerpo en un lugar consagrado a su poder, es decir, en su corazón (2).

El diablo, dice Teófilacto, es menos indigno del cuerpo de Jesucristo, que el cuerpo y el corazón impuros del profanador: *Latius deus alicui indignus est corpore dicto, quam indignus est carnis tue impuretas*. (Is Hebr. XX. 16).

Los que profanan el cuerpo de Jesucristo que reñta en el Cielo, dice san Agustín, pecan más gravemente que los que le crucificaron mientras estaba en la tierra. *Gravius peccant indigne offerentes Christum requiemem in Caelis, quam qui cum crucifixerunt ambulabant in terris*. (In Psal. LXXVII. 22).

Los judíos no arrojaron más que una vez la mano sobre Jesucristo, dice Tertuliano; y el profanador le echa cada vez que comulga indignamente. (De Jeel. c. VII).

Quando quieras pecar, dice S. Bernardo, busca otra lengua distinta de la que está consagrada con la sangre de Jesucristo: *Quando peccare volueris, quære aliam linguam quam eam qua rubescit sanguine Christi*. (Serm. in die Passionis).

(1) *Quicumque manducaverit panem hunc, vel biberit calicem Domini indigne, reus est corporis et sanguinis Domini: Qui manducat et bibit indigne, iudicium sibi manducat et bibit, non dignitatem corporis Domini.* (I Cor. XI. 27-29).

(2) *Juda traditor exterioris effectus, eo quod, sicut ille tradidit Jesum Judæis, ita non tradit diabolo, eo quod illum ponit in loco sui potestatis diaboli consuetudine.* (Serm. LV. c. III).

No quiera Dios, dice S. Pedro Damiano, que el que adora el ídolo de la carne se atreva a recibir al Hijo de la Virgen en el templo de Venus. *Abiit ut aliquis hunc idolo subternatur, et filium Virginis in Veneris templo suscipiat*. (In Epist.).

Judas, dice el Evangelio, se fué á encontrar á los príncipes de los sacerdotes, y les dijo: ¿Qué queréis darme, y yo os lo entregare? *Tunc abiit Judas ad principes sacerdotum; et ait illis: Quid vultis mihi dare, et ego vobis eum tradam?* (Math. XXVI. 14-15). Le prometieron treinta monedas de plata, y desde aquel momento bucó la ocasión de entregárselo. (Id. XXVI. 15-16).

El mismo pacto hace con Satanás el profanador sacrilego, discípulo de Satanás: *Da-me un placer impuro, esta riqueza, ó esta vanagloria; y te entregaré á mi Dios*.

La traición de Judas se convirtió en bien para la salvación del mundo; pero la comunión indigna no sirve más que para recoger el infierno.

Dios es nuestro padre, el mejor de los padres... ¿Y, qué hace el sacrilego? Se subleva contra Dios, le rebela, le crucifica y le aniquila en cuanto está de su parte...

Judas, con un beso hipócrita, vende á su maestro. Así abra el que comulga en indignamente... Con los ojos bajos y de rodillas, pareciendo que está recogido y que habla á Dios, es el que vende á Jesucristo con un beso... ¿Qué aduza hipócrita!

Har uno de vosotros que es un demonio, dice Jesucristo á sus discípulos habiendo á Judas: *Et vidit unus diabolum eum*. (Joan. VI. 71).

No quiero, dice el apóstol á los corintios, que tengais ninguna sociedad con los demonios. No podais beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios; no podais tomar parte en la mesa del Señor y en la mesa de los demonios (1). El demonio entra enteramente en el traidor sacrilego, dice San Isidoro: *Totus demonus se insinuat in proditore*. (Epist.).

El que comulga, teniendo el pecado mortal en el corazón, es peor que un demonio, dice S. Gregorio: *Multo demonio peior est, qui peccati conscientia accendit altare*. (Homil. ad pop.).

Nos puras, dice Jesucristo, pero no todos: *Vos mundi estis, sed non omnes*. (Joan. XIII. 10). El que come conmigo el pan, levantará el pie contra mí: *Qui manducat mecum panem, levabit contra me calcaneum suum*. (Joan. XIII. 18).

En verdad os lo digo, uno de vosotros me hará traición. *Amen dico vobis, quia unus ex vobis tradet me*. (Joan. XIII. 20). ¿Soy yo, Señor? diceis también con Judas: Tú lo has dicho. (Math. XXVI. 25).

(1) *Solu vos socius fieri demoniorum. Non potest calicem Domini habere et calcicem demoniorum; non potest mensam Domini participis esse, et mensam demoniorum.* (I. X. 28-31).

El profanador sacrilego imita á Judas.

El profanador se levanta contra Dios.

El sacrilego es hipócrita.

El sacrilego consiente al diablo en su demonio.

El sacrilego es el más culpable de todos los criminales, y hay algunos que lo cometen.

¿Os hacen vuestras comuniones perder los malos hábitos? dice S. Buenaventura. Si no es así, seis años Judas. (*In speculo*).

Castigo del profanador de los sacramentos.

Desgraciada, exclama Jesucristo, desgraciado de aquel que violará al Hijo de del hombre! Mejor fuera para él mismo que tal hombre no hubiese nacido: *Ve homini illi, per quem Filius hominis trahetur. Bonum erat ei si natus non fuisset homo ille.* (Matth. XXVI. 24).

Después de haber comulgado Judas, se apoderó de él Satanás: *Post hunc Iam intravit in eum Satanas.* (Joan. XIII. 27).

El que come y bebe indignamente, come y bebe su condenación, dice san Pablo: *Quis manducat et bibit indigne, iudicium sibi manducat et bibit.* (I. Cor. II. 29).

Por causa de los sacrilegios, dice S. Pablo á los corintios, hay entre vosotros muchos achacosos y enfermos, y muchos son los que mueren: *Ideo inter vos multi infirmi et imbecilles, et dormiunt multi.* (I. XI. 30).

¡Cuán terrible pensó que ha de ser el suplicio del que ha pisoteado al Hijo de Dios, ha leído por manchada la sangre de la santidad, y ha ultrajado el espíritu de la gracia! dice S. Pablo á los Hebreos: *Quando magis putatis deteriora mereri supplicia, qui Filium Dei contuleritis, et sanguinem testamenti pollutum duxerit, in quo sanctificatus est, et spiritus gratiae contraxerit se?* (X. 29).

Caiga sobre ellos la muerte, y bajen vivos á los infiernos, dice el Salmista: *Veniat ira super illos, et descendant in infernum viventes.* (LIV. 16). Sea para ellos esta mesa un estallo y un lazo: oscurezcanse sus ojos, para que no vean: *Fiat mensa eorum coram ipais in laqueum; obscurentur oculi eorum, ne videant.* (Psal. LXXIII. 23-24).

Señor, añade el Salmista, derramad sobre ellos vuestro furor, caiga sobre ellos el fuego de vuestra ira; véanse privados para siempre de vuestra clemencia, y sean borrados del libro de la vida: *Effunde super eos iram tuam; et furor ire tue comprehendet eos; non intrent in iustitiam tuam. Delectantur de libro viventium.* (LXVIII. 25. 28-29).

Tenían todavía el alimento en la boca, cuando la ira de Dios estalló sobre ellos y les hirió de muerte. (Psal. LXXVII. 34-35).

El impudente Oza pone la mano sobre el arca del Señor; y el Señor, irritado contra él, le hiera de muerte al instante: *Extendit Oza manum ad arcam Dei; iratusque est Dominus contra Ozam, et percussit eum, qui interitum est ibi.* (II. Judic. VI. 6-7). El arca no era más que la figura de la santa eucaristía.

Judas, el primer traidor, pierde su alma, dice S. Crisóstomo, y está en el infierno, sufriendo un suplicio eterno: *Proditur animam suam perdidit; proditor in inferno nunc est, inevitabile ferens supplicium.* (Homil. I. in Prodit. Judæ, et in Pascha).

Desgraciado mil veces el que se acerca á la Sagrada Comunión con un corazón impuro, exclama S. Bernardo! *Multum te illi qui inmundus accesserit!* (Lib. de Ord. vitæ).

Nuestro Señor dijo á Sta. Brígida, hablando de los que comulgan indignamente: Entró en ellos como esposa, y salgo como juez: *Ingressus ut sponsa, egredis ut iudex.* (Lib. Revel.)

¡Desgraciadas las manos sacrilegas! exclama Tomás de Villanueva! ¡desgraciados los corazones impuros que reciben indignamente á Dios! No hay castigo bastante grande para semejante ultraje hecho á Jesucristo: *Ve sacrilegis manibus! ve pectoribus inmundis! Omne supplicium minus est delicto quo Christus contemnitur in hoc sacrificio!* (Conc. III de Sanct. Alt.)

En tiempo de S. Crisóstomo, el demonio se apoderaba de muchos inmediatamente después de la comunión, y quedaban visiblemente poseídos. (Hist. Eccles.)

San Gregorio hace mención de un castigo ejemplar de ochenta profanadores, que fueron acometidos repentinamente de una peste horrible, y tuvieron una muerte espantosa.

Los profanadores sacrilegos, dice Sta. Brígida en sus revelaciones, serán sumergidos en los infiernos á una profundidad mayor que los mismos demonios: *Pro omnibus diabolis profundius submergentur in infernum.*

¡Temblad, profanadores del cuerpo y de la sangre de Jesucristo! ¡Temblad, vosotros que coméis y bebéis vuestro juicio y vuestra condenación! ¡Es cosa espantosa estar en manos del Dios vivo! *Horrendum est incidere in manus Dei viventis!* (Hebr. X. 31). ¡Temblad pues; nadie se burla impudemente de Dios. *Deus non irridetur.* (Gal. VI. 7).

Pruébase el hombre á sí mismo, dice el gran Apóstol, y coma así de este pan y beba de este cáliz: *Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat, et de calice bibat.* (I. Cor. XI. 28).

Es venenoso que el hombre se pruebe.

Tenid cuidado, dice S. Pedro Damiani, de no acercaros á este divino Sacramento con demasiada tibieza; pues bareis una mala comunión, si no os acercáis con profunda respeto y mucha atención: *Cave ne nimis tepidus accedas; quia indigne sumis, si non accedis reverenter et considerate.* (Opus. XXVI, c. III).

Así pues, se necesita: 1.º, hacer una buena confesión...; 2.º, arrepentirse sinceramente...; 3.º, corregirse...; 4.º, instruirse...; 5.º, ponerse en estado de gracia...; 6.º, tener sentimientos de fe, de amor, de esperanza, de humildad, de deseo, etc...

SALVACION.

Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, dice Jesucristo: *Querite primam regnum Dei et iustitiam eius*. (Matth. VI. 33). ¿De qué sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? ¿Y qué dará el hombre a cambio de su alma? añade Jesucristo: *Quid prodest homini, si mundum universum lucretur, animam vero eum detrimentum patietur? Aut quam dabit homo animam suam pro anima sua?* (Matth. XVI. 26).

Marta, hija del Evangelio, se ocupaba con alivio de toda suerte de cuidados, y parándose delante de Jesús, le dijo: No veis, Señor, que mi hermano está que yo lo haga todo sola? Decidle, pues, que me ayude. El Señor le respondió: *Marta, Marta, os inquietáis y turbáis por muchas cosas, siendo así que sólo una es necesaria (la salvación): Martha, Martha, sollicita es, et turbatur erga plurimum. Perio minus est necessarium*. (Luc. X. 40-42). Sólo una cosa es necesaria, la salvación...; sólo una cosa, salir al Cielo...

No pedido una gracia al Señor, dice el rey profeta, y se la salvaré a pedir, y es habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida: *Unam petii a Domino, hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vite mee*. (XXVI. 4).

Salvad vuestra alma, dijeron los ángeles á Lot; no volvais la vista á vuestra espalda, ni os detengáis en toda esta comarca; huid á la montaña, para que no perezcáis con los otros. Pronto, salvase: *Solve animum tuum; noli respicere post te, nec stes in omni circa regione; sed in monte saltem te fove, ne et tu simul peraris, Fectino, et salvare ibi*. (Gen. XIX. 17-22).

Perdiendo todo, pero guardad vuestra alma, dice el Poeta:

Omnia ei perdas, animam servare memento.

Excelesencia de la salvación. San Agustín asegura que la conversión de las naciones por los apóstolos es una cosa más grande y excelente que la creación del mundo, porque el universo pasará, pero la salvación no pasará. (*Lib. de Civit.*)

Aún más, la salvación de un alma, del alma del último y del más pobre de los hombres, vale más que la creación del Cielo y de la tierra...

San Crisóstomo enseña que trabajar para la salvación del prójimo es cosa preferible á la gloria del martirio. (*Homil. de habendo cura salutis proximi*).

San Francisco de Asís habla del alma; Puesto que es del Cielo, que vaya allí; puesto que está hecha para el Cielo, hágase digna de aquel lugar. (*S. Sermon., in eja vita*).

Excelesencia de la salvación. 1.ª, si se considera el origen del alma.

Dios crea el Cielo y la tierra con una palabra: *In principio creavit Deus Caelum et terram*. (Gen. 1. 1). Este orden admirable, que reúne en toda la na-

turalidad, está maravillosa fecundidad de la tierra, del mar, de los árboles, de los animales y de los hombres, que se renueva á la creación, y que ha de durar hasta el fin de los siglos, no costó más que una sola palabra á Dios: *Dixit et facta sunt*. (Psal. XXXII).

Este vasto universo necesitaba un rey. Pero, como este rey es la obra maestra del Omnipotente, la santísima Trínidad entra como en consejo y delibera... ¿Qué van á decir el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo? Oídlos: Hágamos al hombre á nuestra imagen y semejanza: *Faciemus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*. La Santísima Trínidad pone en esto rey un espíritu de vida, que la convierte en imagen de Dios: *Inspiravit in faciem ejus spiraculum vite*. (Gen. II. 7).

Y no es el cuerpo el que está hecho á imagen de Dios, pues Dios es todo espíritu... Es el alma... Así pues, hemos de salvar esta alma.

2.ª Comprendemos la excelencia del alma y la necesidad de salvarla, viendo sus maravillosas cualidades: su memoria, su inteligéncia..., su voluntad..., trinidad en nosotros y unidad...

La excelencia del alma se manifiesta en su espiritualidad, su agilidad, su inmensidad... Todo en el universo la está sometido... ¿Qué viene á ser el cuerpo sin ella...?

3.ª Comprendemos la grandeza de nuestra alma, su excelencia y la necesidad de salvarla, si consideramos cuál es su destino. El destino del cuerpo es pobre y humillante; está formado de los productos de la tierra y de los despojos de los animales, reduciendo la caja del hombre en Aíán... El hombre, por una justa vanagloria del Cielo, se ve obligado á resistir con los despojos del Irato... Para el alma necesita un Dios por vestido. Cualquiera que seate, dice el gran apóstol, habiendo sido bautizado en el Cristo, habéis sido revestidos del Cielo: *Quicumque in Christo baptizatus est, Christum induit*. (Gal. III. 27). Revestido del Señor Jesucristo, dice en otra parte: *Induimini Dominum Jesum Christum*. (Rom. XIII. 14).

Tal es el precioso vestido del alma...

4.ª Ved también la grandeza y la excelencia del alma, y por consiguiente la necesidad de salvarla, en la nobleza de su origen y de sus alumnas.

Nuestra alma viene á Dios Padre por Padre, á Dios Hijo por hermano, á Dios Espíritu Santo por esposo... Nuestra alma viene á María por madre: *Eccer mater tua*. (Joann. XIX. 27).

5.ª ¿Cuánto vale nuestra alma? Esta alma, caída en Aíán, necesita que un Dios la levante. De ahí la encarnación del Verbo. ¿Cuánto vale nuestra alma? Posebira de Belén, jardín de los olivos, hosterías, incaltes groseros, azules, corona de espinas, cruz, Calvario, sangre y muerte de un Dios; decídlas...

6.ª Se comprende también la excelencia del alma, si se considera el alimento que necesita... El alma necesita el alimento de la oración..., de la virtud..., necesita la sagrada comunión... El alma necesita por alimento el cuerpo, la sangre, el alma y la Divinidad de Jesucristo. Y este divino alimento se es tan necesario para vivir y salvarse, que Jesucristo dijo solemnemente: *En veritas os lo digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis en vosotros la vida; Amen, amen dico vobis: Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis*. (Joann. VI. 54).

7.º El destino del alma y su morada para prueban evidentemente su existencia.

8.º Finalmente el valor del alma se estima por su duracion. ¿A qué época se remonta su origen? Su origen se pierde en Dios... ¿Cuánto vivirá? Tanto como Dios... Es, pues, una necesidad indispensable salvar el alma.

(Véase Grandera del hombre.)

Y nuestra santificación, tal es la voluntad de Dios, dice S. Pablo: *Hæc est voluntas Dei, sanctificatio vestra*, II. Thess. IV. 3). Dios quiere, añade el apóstol, que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad; *Vult omnes homines salvos fieri, et ad agnitionem veritatis venire*, (Tim. II. 4). Jesucristo se ha entregado por la redencion de todos: *Dedit redemptionem unicuique pro omnibus*, (I. Tim. II. 6).

Cristo, continúa el mismo apóstol, ha muerto para todos: *Pro omnibus mortuus est Christus*, (II. Cor. v. 15).

Jesús sufrió la cruz con toda la alegría que se había propuesto, añade el gran apóstol: *Qui, propositis tibi gaudiis, sustulit crucem*, (Hebr. XII. 2). Jesucristo, dice Teófilo, llama suya la salvacion de las almas: *Christus gentium suam vocat salutem animarum*, (I.º Epist. ad Hebr.)

Es, pues, muy cierto que Dios quiere la salvacion de todas...

Sea la puerta, dice Jesucristo. El que entra por mí, se salvará; Entrará, y saldrá, y hallará pastos: *Ego sum ostium, Per me si quis introierit, salvetur et ingrediatur, et egredietur, et pascom inveniet*, (Joan. X. 9).

No venido para que mis ovejas tengan la vida, y una vida más abundante, añade Jesucristo: *Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant*, (Joan. X. 10). Ved cuál es para ellos la vida eterna (la salvacion): Es que os conozcan (ó Padre mio), á vos sólo verdadero Dios, y al que habeis enviado, á Jesucristo: *Hæc est vita æterna, ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti, Jesum Christum*, (Joan. XVII. 3).

No hay salvacion en ningún otro, dice el apóstol S. Pedro, y debajo del Cielo no se ha dado á los hombres ningún otro nombre por medio del cual debamos salvarnos: *Non est in alio aliquis salus, Nec enim aliud nomen est sub Cælo datum hominibus, in quo oportet nos salvos fieri*, (Act. IV. 12).

Sea llamado el reino del Hijo de Dios, dice S. Crisostomo, y titubéis; imitad la vida del topo y la pereza de la tortuga. Inmud al topo, arastrásteos siempre por la tierra, y no vais más de prisa que la tortuga por el camino de vuestra salvacion. (Homil. ad pop.) El mismo Jesucristo lo dice: Los hijos del siglo son más protervos que los hijos de la luz: *Filii hujus sæculi prudentiores filii lucis in generatione sua sunt*, (Luc. XVI. 8). Si hiciésemos para el Cielo, para Dios y para nuestra alma lo que se hizo para la tierra, para la criatura y para el cuerpo, ¿qué corona tan bella y tan rica conseguiríamos!...

¿Cómo huremos del castigo, si descuidamos la salvacion que es tan preciosa? dice S. Pablo á los hebreos: *Quomodo nos effugiemus, si tantam neglexerimus salutem?* (II. 3).

La salvacion está lejos de los pecadores, porque no han buscado vuestros

Dios quiere nuestra salvacion.

Por Jesucristo se salvará.

La salvacion es descuidada por muchos.

mandamientos, Señor, dice el Salmista: *Longe peccatoribus salus, quia justificationes tuas non exquisierunt*, (CXVIII. 155).

¿Cuántos hay que pueden decir con Jonás, hijo de Saul: He probado un poco de miel, y ved que me muero! *Gustans gustans paululum mellis, et ecce morior*, (I. Reg. XIV. 43).

¿Cuántos imitan al traidor Judas, que decía: ¿Qué queréis darme y os lo entregaré? *Quid vultis mihi dare, et ego vobis eum tradam?* (Math. XXVI. 15). Así venden los pecadores su alma, y venden el Cielo.

¿Queréis que dé libertad al rey de los judíos? dijo Pilatos. *Rotantes totum gemitum de novo: No á él, no, que sea á Barrabás: Non licet sed Barrabam*, (Joan. XVIII. 40). Tal es también la conducta de los pecadores... Prefieren las pasiones á la salvacion de su alma...

1.º El reino de los Cielos sufre violencia, y los que emplean violencia se apoderan de él, dice Jesucristo: *Regnum Cælorum vim patitur et violenti rapiunt illud*, (Math. XI. 12). Esforzados, dice en otra parte Jesucristo, para entrar por la puerta estrecha: *Contendite intrare per angustam portam*, (Luc. XIII. 24). Si alguno, añade, quiere venir conmigo, que renuncie á sí mismo, lleve su cruz cada día, y me siga: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam quotidie, et sequatur me*, (Luc. IX. 23).

2.º El que quiera salvar su alma, ha de perderla, dice Jesucristo: *Qui voluerit animam suam salvam facere, perdet eam*, (Math. XVI. 25); es decir, debe dedicarla á la práctica de la mortificacion y de todas las virtudes...

3.º Es preciso avanzar siempre. Corred de tal suerte, que ganeis el premio, dice S. Pablo: *Sic currite, ut comprehendatis*, (I. Cor. XI. 24). Los que combaten en la arena se abstienen de todo: ellos, para recibir una corona incorruptible; nosotros una corona incorruptible. Así pues, yo corro tambien, no como á la casualidad; combato tambien, pero no como golpeando el aire, sino que castigo mi cuerpo, y lo reduzco á servidumbre (1).

4.º No mirar atrás: Cualquiera que pone la mano al arado, y mira atrás, dice Jesucristo, no es propio para el reino de Dios: *Nemo militans in exercitu, et respiciens retro, optus est regno Dei*, (Luc. IX. 62).

5.º Es menester trabajar para nuestra salvacion con temor y estremo cuidado, dice el gran apóstol: *Cum metu et tremore vestram salutem operamini*, (Philipp. II. 12).

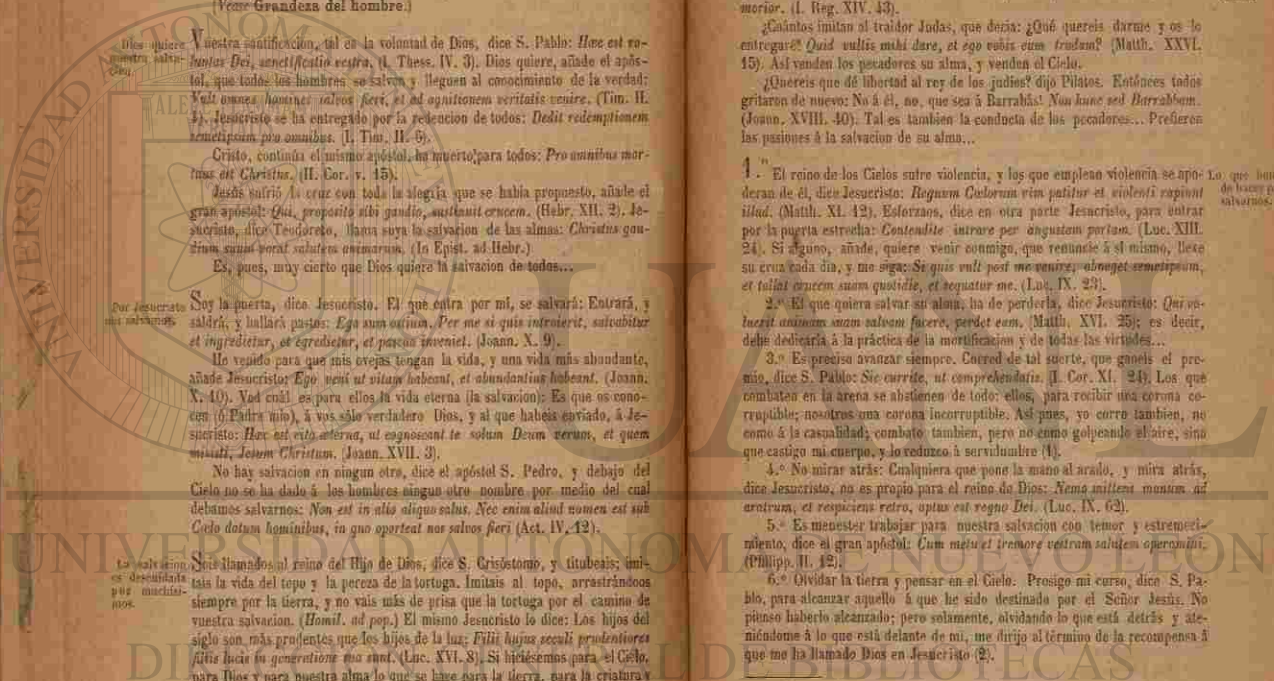
6.º Quidar la tierra y pensar en el Cielo. Prosigo mi curso, dice S. Pablo, para alcanzar aquello á que he sido destinado por el Señor Jesús. No pienso haberlo alcanzado; pero solamente, olvidando lo que está detrás y adelantando á lo que está delante de mí, me dirijo al término de la recompensa á que me ha llamado Dios en Jesucristo (2).

(1) Omnes qui in agone contendit, ab oculis se abstinet, et illi quidem in corruptionem coronam accipiunt, nos autem incorruptam. Ego igitur se curso, non quasi in lætatione; sic pugno, non quasi aerem verberans; sed castigo corpus meum, et in servitium redigo. (I. Cor. IX. 25-27).

(2) Sequo si quomodo comprehendam in qua et comprehensio sum á Christo Jesu. Ego me non arbitror comprehensurum; unum autem, qui quidem retro sumi, oblitiscens, ad ea vero que sunt proterea, extendens motum, ad destinatum persequor, ad lauream supernæ vocacionis Dei in Christo Jesu. (Philipp. III. 13-14).

Lo que preferimos á la salvacion.

Lo que hemos de hacer para salvarnos.



7.º Es menester aprovecharnos del tiempo favorable, que es el presente. Ved que ahora es el tiempo aceptable, dicen S. Pablo; ved que ahora es el día de la salvación: *Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis.* (II. Cor. VI. 2).

8.º Es preciso vivir para Jesucristo, dice el gran Apóstol, que ha muerto por todos, fin de que los que viven no vivan para sí, sino para aquel que ha muerto y resucitado por ellos: *Pro omnibus mortuus est Christus; ut et qui vivimus, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est, et resurrexit.* (II. Cor. v. 15).

9.º Es menester combatir por la fe. Trabad el buen combate de la fe, escribe S. Pablo; fíate, y pones en posesión de la vida eterna, á la que has de ir por el camino de la salvación: *Hæc bona certamen fidei; apprehensit vitam æternam, in qui nocetis est.* (I. VI. 12).

10.º Es preciso sufrir las pruebas con paciencia. Por muchas tribulaciones, dice S. Pablo, hemos de entrar al reino de Dios: *Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei.* (Act. XIV. 22).

11.º Hemos de emplear los medios dados á S. Arsenio por un ángel: ved los que son: Arrogancia, humildad, guarda el silencio y el retiro; estos son los principios de la salvación. (In VII. Patr.)

12.º Es preciso ser prudente. El alma imprudente pierde su salvación, dicen los Padres: *Non est scientia animarum, non est bonum.* (XIX. 2). La prudencia es lo que la Sabiduría llama ciencia de los Santos: *Scientiam Sanctorum.* (IX. 10); y el ángel, en S. Lucas, saliduría de los justos: *Prudentiam justorum.* (I. 17).

13.º Es preciso tener compasión del alma y vigilarla. Ten piedad de tu alma, cuando sea agradable á Dios, dice el Eclesiástico, y moderate: *Miserere anime tue, placens Deo, et contra.* (XXX. 24).

14.º Hemos de pensar en el juicio. Dios, dice Orígenes, ha confiado y recomendado á vuestra alma su imagen y su semejanza, y habéis de devolverle tan intacto como os lo ha dado este tan precioso depósito. (1).

15.º Rogado S. Cirilo Borroneo que indicase los mejores medios para agradar á Dios y asegurar su salvación, trató las reglas siguientes: 1.º Es preciso comutar cada día, es decir, que nos heamos de esforzar cada día en servir á Dios con tanto fervor como si empezásemos de nuevo entonces; 2.º marchar en el momento actual en presencia de Dios; 3.º tener solo á Dios por fin en todas y en cada una de las acciones. (In qui vivo).

16.º Hemos de guardar el alma con solicitud, según dice el Deuteronomio: *Custodite sollicite animas vestras.* (XIV. 15).

17.º Es menester observar la ley de Dios. Si quereis llegar á la vida guardad los mandamientos, dice Jesucristo. Si eis ad vitam ingredi, servate mandata. (Matth. XIX. 17). El que observa los preceptos de Dios, salva su alma, dicen los Proverbios: *Qui custodit mandatum, custodit animam suam.* (XIX. 16).

(1) Deus anime tue suam imaginem et similitudinem commendarit: simul ergo depositum tan insigni fidei restituendum est tam intacte, quam a te constat esse acceptum. (In Cant.)

Todos los que dicen Señor, Señor; no entrarán en el reino de los Cielos, dice Jesucristo, sino el que haga la voluntad de mi Padre es el que entrará en el reino de los Cielos: *Non omnis qui dicit mihi: Domine, Domine, intrabit in regnum Cælorum, sed qui facit voluntatem Patris mei, qui in Cælis est, ipse intrabit in regnum Cælorum.* (Matth. VII. 21).

18.º Es preciso querer salvarse, y quererlo enérgicamente.

Preguntado Sta. Tomás de Aquino por su hermano sobre lo que tenía que hacer para salvarse, contestó: Volendo, queriendo; es decir, que podrás salvarte si lo quieres eficazmente; pues esta voluntad eficaz, que es el fin de la salvación, te obligará á adoptar con ardor todos los medios necesarios para que la consigas: *Volendo, si scilicet salvari velis efficaciter; hoc enim voluntas efficiat, sine ulla salutis, impellet te, ut media omnia ad eam necessaria, nitro caperas.* Y habiéndole luego su hermano preguntado qué es lo que deseaba más ardentemente en esta vida, contestó: Morir bien: (*Bene mori.* 4. p. q. art. 9).

Abrahan, Isaac, Jacob, decidnos, ¿cómo lo habéis para llegar al Cielo? Hemos de lo, hemos mirado la tierra como extraña, hemos habitado bajo tiendas, confesando que éramos extranjeros y viajeros en la tierra. (Hebr. XI. 13). Apóstolos, martires, decidnos: ¿Qué habéis hecho para salvaros? Hemos sido apedreados, serrados, experimentados, y hemos muerto al filo de la espada; íbamos de una á otra parte, cubiertos de pieles, en medio de la necesidad, de la angustia y de la aflicción. (Hebr. XI. 37). Santos anacoretas, santos religiosos, ¿qué habéis hecho para salvar nuestra alma? Hemos abandonado el mundo, sus riquezas, sus placeres; y honores, hemos sido estrantes por los desiertos, por las montañas, en las cuevas y cavernas de la tierra. (Hebr. XI. 38). Hemos rogado, orado y ayunado... Ed cuanto á mí, dice S. Pablo, Jesucristo era mi vida; y Jesucristo era para mí una ganancia. (Philipp. I. 21).

Desecho mi resolución para estar con Jesucristo: *Cupio dissolvere et esse cum Christo.* (Philipp. I. 23). No vivia más que para el Cielo: *Nasci conversatus in Cælis est.* (Philipp. III. 20). Cosa que los sufrimientos de este tiempo no eran dignos de la gloria futura que me estaba reservada: *Non sunt condigne preciosa hec hujus temporis ad futuram gloriam que revelebitur in nobis.* (Rom. VIII. 18).

No me cambiaba; pero, aunque en mí sucediese el hombre exterior, el hombre interior se renovaba día en día: *Luci tu, qui foris est, novus homo corrumpitur; tamen is, qui intus est, renovatur de die in diem.* (II. Cor. IV. 16). No contemplaba lo que se ve en la tierra, sino lo que no se ve: *Non contemplantibus hinc que videntur, sed que non videntur.* (II. Cor. IV. 18). Castigaba mi cuerpo, y lo reducía á servidumbre: *Castigo corpus meum, et in servitutem redigo.* (I. Cor. IX. 27). Me vela yjado, pero no quebrantado; reatacado, pero no detenido; perseguido, pero no abandonado; abalido, pero no fuera de combate. (II. Cor. IV. 8-9).

Decidnos, S. Sebastian, S. Francisco de Asis, S. Vicente, S. Lorenzo, Sta. Iós, ¿qué habéis hecho para vuestra salvación? Habéis demostrado que los dardos del Cielo son más poderosos para penetrar en el corazón que la flecha de los verdugos; que los sufrimientos son pasajeros y la gloria es infinita;

¿qué habéis hecho para su salvación?

y que habéis sido más fuertes que todas las empujadas de los tiranos... Con la fuerza de lo Alto os habéis hecho superiores á todo.

Leamos á menudo la vida de los Santos, y veremos lo que han hecho por su salvacion...

Cuando, despues del trabajo de esta vida, aparezcáis en la eternidad, ó alma mia, los ángeles dirán á Jesucristo: ¿Quién es la que está vestida de blanco? ¿De dónde ha venido? Y Jesucristo les dirá: Esta alma ha venido de la gran tribulacion, y ha lavado su vestido, y lo ha blanqueado en la sangre del Cordero. Por eso soy á colocarla ante el trono de Dios, y ella le servirá dia y noche en su templo. No tendrá ya hambre ni sed; estará en los manantiales de agua viva, y Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos. (Apoc. VII. 13-17).

Escucha, ó alma mia, lo que dice el celestial esposo: ¿Levántate, apréstate, muy amada mia, paloma mia; ven, ó hermosa mia! Surge, prospera, amiguita mia, colomba mea, formosa mea, et veni. (Cant. II. 10).

Eutopces, segun las palabras de Isaías, el Señor cambiará, ó alma mia, la ceniza de tu cabeza en una corona, tus flagelos en alegría, y tus vestidos ligeros en vestidos de gloria: Coronam pro cinere, olivam gaudii pro luctu, pulchrum latus pro spiritu meroris. (LXI. 3).

Enloñes, ó alma mia, llena de seguridad, volarás á los firmos y eternos abrazos del celestial esposo, diciéndole con transporte: Ha encontrado al que ama mi corazón, y le poseo sin temor de perderlo jamás: Inveni quem diligis anima mea, tenui eum, non dimittam. (Cant. III. 4). Mi muy amado es mio, y yo soy suya: Dilectus meus mihi, et ego illi. (Cant. II. 16).

SANTIDAD.

La santidad es el desprecio del mundo, la afición y la union á Dios y á Jesucristo... Ser fieles á las promesas contraladas en el bautismo, es ser santo...

¿Qué es santidad? dice S. Gregorio Nazianceno. Es estar constantemente con Dios. Así Henoc y Noé, marchando con Dios, eran santos: *Quid est sanctitas? Cum Deo conversare. Sic Noe et Henoc, ambulantes cum Deo, sancti effecti sunt.* (Iamb. XV).

La santidad consiste en estar puros de pecados y en practicar el bien: *Sanctificatio est munditia à peccato, et confirmatio in bono.* (2. 2. q. 81. art. 8).

La santidad consiste en renunciar á la impiedad y á los deseos del siglo, y en vivir en el siglo con templanza, justicia y piedad, dice el grande apóstol: *Ut obnequatis impietatem, et secularia desideria, sobria, et iuste, et pie vivamus in hoc seculo.* (Tit. II. 12).

La santidad del cuerpo, dice S. Gregorio, es la pureza; la santidad del alma es la caridad y la humildad: *Sanctificatio corporis, puritas est; sanctificatio mentis, caritas et humilitas.* (Lib. Moral.)

Os conjuro, hermanos míos, por la misericordia de Dios, escribe S. Pablo á los romanos, que ofrecéis vuestros corazones en hostia viva, santa, agradable á Dios: *Obsecro vos, fratres, per misericordiam Dei, ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem.* (XII. 1).

Ofreced á Dios vuestros cuerpos, enajenados y transportados al dominio de Dios, para que os sirvais de ellos, no á vuestro albedrío, sino para el culto y el honor de Dios: *Offerte Deo corpora vestra; alienate illa à vobis, ac transferite ea in Dei dominium; ut sit utimini, non ad libitum, sed ad Dei cultum et honorem.* (Homil. ad pop.)

Ofreced vuestros cuerpos en hostia viva: *Viventem, es decim,* entregados á la virtud, dice S. Gregorio, porque la carne que se entrega al vicio está muerta. (Lib. Moral.)

Ofreced vuestro cuerpo en hostia viva de caridad...

Ofreced vuestro cuerpo en hostia agradable á Dios: *Deo placentem.* Agradable á Dios por las buenas obras del alma y del cuerpo...

El altar de esta víctima es el corazón, dice S. Gregorio, en el cual arde el fuego de la compuncion y es consumida la carne: *Altare hujus hostie est cor, in quo moerore compunctionis ignis ardet, et caro consumitur.* (Lib. Moral.)

Jesucristo ha santificado su Iglesia, á fin de que se presentase delante de él gloriosa, sin mancha, arruga ni cosa semejante, y fuese santa é inmaculada, dice S. Pablo á los eslavos: *Ut illam sanctificaret, et exhiberet ipse tibi gloriosam Ecclesiam, non habentem maculam, aut rugam, aut aliquid hujusmodi;* Tom. IV.—23.

vel ut sit sancta et immaculata. (v. 26, 27). Tal debe ser nuestra santidad...

La santidad consiste en vivir de Jesucristo como S. Pablo: *Mihi vivere Christus.* (Philipp. I. 21). En poder decir con él: *Vivo, pero no soy yo el que vivo, es Cristo el que vive en mí. Vivo jam non ego, vivit vero in me Christus.* (Gal. II. 20).

Sed santos en todas vuestras conversaciones, dice el apóstol S. Pedro: *Vos ipsi in omni conversatione sancti sitis.* (I. I. 15).

Dios es el modelo de nuestra santidad.

Sed santos, dijo Jesucristo, como santo es vuestro Padre celestial: *Estote vos perfecti, sicut Pater vester caelestis perfectus est.* (Matth. v. 48). Debemos, pues, imitar la santidad de Dios, la santidad de Jesucristo; esta es la vida santa y verdaderamente cristiana.

Sed santos, porque soy santo, yo el Señor vuestro Dios, dice en el Levítico: *Sancti estote, quia ego sanctus sum Dominus Deus vester.* (IX. 2). Los ministros de Dios deben sobre todo ser santos en la tierra...

Santo Tomás, en su opúsculo LXII, titulado de las *Divinas Costumbres*, enseña cómo debemos procurar imitar los quince atributos de Dios, haciéndonos nosotros así divinos. El primer atributo de Dios, dice, es la inmutabilidad; porque en Dios, dice el apóstol Santiago, no hay cambio, ni sombra de variación: *Apud quem non est transmutatio nec vicissitudo circumstantie.* (I. 17).

El segundo atributo de Dios es que todo bien le place, y todo pecado le desagrada; lo mismo sucede a los Santos...

El tercer atributo es que Dios lo prevé todo. El hombre es también tanto más santo, cuanto menos se deja sorprender por lo que sucede.

El cuarto es la paciencia de Dios. Hace brillar su sol para buenos y malos, hace lllover sobre justos y pecadores. Los santos son también pacientes, y hacen bien a todos...

El quinto atributo es que Dios es justo para todos. Esta es una de las primeras condiciones de la santidad.

El sexto es la rectitud infinita de Dios: por esto los Santos son tanto más perfectos, cuanto mayor es su rectitud.

El séptimo es la liberalidad de Dios; pues comunica de su esencia y de sus bienes todo lo que es comunicable, y hasta los que no piensan en pedir y desprecian sus dones...

El octavo atributo es que Dios fácilmente se apacigua. Los Santos no se abandonan nunca a una larga indignación, aunque legítima.

El noveno es que Dios se inclina a perdonar a los que le han ofendido gravemente. Los santos olvidan también las injurias, y perdonan fácilmente.

El décimo es la veracidad de Dios en sus palabras y promesas.

El undécimo es que en Dios no hay distinción de personas.

El duodécimo es que Dios es imperturbable. Tampoco los Santos se turban por nada.

El decimo tercero es que Dios no busca sus ventajas, pues no mira más que el bien de los hombres y de las demás criaturas. Los Santos no tienen a la vista más que la gloria de Dios, su propia salvación y la de los demás.

El décimo cuarto es que Dios la hace toda bien y perfectamente. Lo mismo tratan de hacer los Santos...

El décimo quinto atributo de Dios es que no castiga dos veces la misma cosa. Así son también justos los Santos, y no tienen racrimación...

Dios posee todos estos atributos, el hombre puede también poseerlos; por esto dice Dios a los hombres: Sed santos porque yo santo: *Sancti estote, quoniam ego sanctus sum.* (Levit. XIX. 2).

Se dice de Salomón que su reputación de santidad se había extendido por todas las naciones vecinas: *Erat nominatus in universis gentibus per circuitum.* (III. Reg. IV. 31).

Los Santos son nuestros modelos en la santidad.

Sobre estas palabras del Eclesiástico: Alabemos a los hombres elevados en santidad, y a nuestros padres por la generación: *Laudemus viros gloriosos, et parentes nostros in generatione sua.* (XLIV. 4); dice admirablemente Orígenes: Así como el sol, la luna y todos los astros del firmamento brillan constantemente a los ojos de todas las criaturas que están debajo del Cielo, las señales de la virtud de los Santos y sus generosas caridades resplandecen maravillosamente, y siempre ante todo el mundo; dan a todos la regla del bien y el ejemplo de la piedad y de la santidad (1).

Concilio Eumodio dice en la vida que escribió de S. Epitacio: Reproducía con sus acciones la página que leía, e indicaba con su vida santa lo que enseñaban los libros: *Pingebat actibus suis paginam quam legisset; quid libri decussent, vita significatur.*

San Isidoro de Sevilla dice: Si los divinos preceptos que nos mandan obrar bien, no existiesen, harían las veces de ley los ejemplos de los Santos. Los buenos ejemplos sirven mucho para la corrección de los hombres...

Dendiolo sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, exclama el gran apóstol, que nos ha bendecido con toda bendición espiritual para los Cielos en Cristo; como nos ha elegido en él antes de la constitución del mundo, a fin de que fuésemos santos y sin mancha delante de él en la caridad (2).

La elección divina nos llama a la santidad.

Vuestra santificación; tal es la voluntad de Dios, escribe a los tesalonicanos: *Iste est enim voluntas Dei sanctificatio vestra.* (I. IV. 3).

Jesucristo, como Dios, es la santidad increada, infinita, esencial; y como hombre es santísimo no sólo por la gracia infusa en su alma, sino también por la gracia de la unión hipostática... Así la santidad de Jesucristo es la causa eficiente de toda la santidad de los hombres...

Tribulemos a Jesucristo, nuestro divino modelo, el honor de imprimirlo en nosotros, dice S. Gregorio Nazianceno; reconozcamos nuestra dignidad; seamos

Necesidad de tender a la santidad.

(1) Sicut Caeli luminaria ac sidera cunctis indubitanter; que sub Caelo sunt, fulgent, ite et sanctorum virtutis insignia, et beatissimi eorum agones omnibus in perpetuum singulariter luceant, omnibus in eternum bonorum formam tribuant, omnibus sub sole pietatis exemplum ostendant. (Comment.)

(2) Benedicimus tibi et Pater Domini nostri Jesu Christi, qui benedixit nos in omni benedictionum spiritualium in caelestibus in Christo; sicut elegit nos in ipso ante mundi constitutionem, ut esseamus sancti et immaculati in conspectu eius in caritate. (Ephes. I. 3-4).

santos como Jesucristo, seamos otros Jesucristos, puesto que Jesucristo se ha hecho semejante á nosotros. Hagámonos dioses por causa suya, ya que por causa nuestra se hizo hombre (1).

Sed santos, porque yo, que soy vuestro Dios, soy Santo: *Sancti stote, quia ego sanctus sum, Dominus Deus vester.* (Levit. XIX. 2).

Hemos de permanecer en la santidad.
Dios, dice Zacarías en el Evangelio, ha hecho juramento de que se entregará á nosotros, á fin de que, libres de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor, marchando delante de él en la santidad y en la justicia todos los días de nuestra vida (2).

Sed firmes, dice S. Pablo, citando vuestros riñones con la verdad, y cubriéndolos con la coraza de la santidad: *Stote sucineti lumbos vestros in veritate, et induiti lorica iustitiae.* (Ephes. VI. 14).

Hágase el justo más justo todavía, y santifíquese más el que ya es santo, dice el Señor en el Apocalipsis: *Qui iustus est, justificetur adhuc, et sanctus, sanctificetur adhuc.* (XXII. 14).

Su Dios les bendecirá, dice el Salmista, irán de virtud en virtud, hasta que lleguen, en presencia del Señor, á la montaña de Sion: *Benedictionem dabit legislator: ibunt de virtute in virtute; videbitur Deus decorem in Sion.* (LXXXIII. 7).

Dicha y ventajosa de la santidad.

La vida entera de un hombre santo es una fiesta continua de alegría y de regocijo, dice Clemente de Alejandría: *Universa vita viri iusti est quidam celebris ac sanctus dies festus.* (Lib. Strom.)

Dichosos los que lavan sus vestidos en la sangre del cordero, dice el Apocalipsis: *Beati qui lavant stolas suas in sanguine Agni!* (XXII. 14).

El Espíritu Santo, dice S. Agustín, así como el Padre y el Hijo, fijan su morada en una alma santa, como en su templo. (De Grot. et lib. Arb.)

No han manchado sus vestidos, dice el Señor en el Apocalipsis; marchen conmigo vestidos de blanco, porque son dignos: *Non inquinaverunt vestimenta sua, ambulabunt mecum in albis, quia digni sunt.* (III. 4).

Escucharé, dice el Salmista, lo que dice el Señor; escucharé sus palabras de paz sobre su pueblo, y sobre sus Santos, y sobre los que vuelven á la santidad: *Audiam quid loquatur Dominus Deus, quoniam loquetur pacem in plebem suam, et super sanctos suos, et in eos qui convertuntur ad Cor.* (LXXXIV. 9-10).

El santo crecerá como la palmera, se multiplicará como el cedro del Líbano, dice el Salmista. Plantado en la casa del Señor, florecerá en el pavimento de nuestro Dios; dará frutos y estará lleno de gracia y de vida. (XCI. 12-14).

Los Santos vivirán para siempre, dice la Sabiduría; su recompensa está en

(1) *Imaginis decus imaginí reddamus; dignitatem nostram agnoscamus. Simus ut Christus, quoniam Christus quoque simul nos. Efficiamus illi propter ipsum, quoniam ipse quoque propter nos homo.* (In Dicit.)

(2) *Iurandum quod iuravit... daturum se nobis, ut sine timore, de manu inimicorum nostrorum liberati, serviamus illi in sanctitate et iustitia coram ipso omnibus diebus nostris.* (Luc. I. 74-75).

el Señor, y su pensamiento descansa en el Altísimo: *Iusti in perpetuum vivent, et apud Dominum est merces eorum, et cogitatio illorum apud Altissimum.* (3. 16). Por cuya razón recibirán el premio de honor y la diadema de gloria de la mano del Señor; pues los cubrirá con su diestra, y los defenderá con su brazo: *Ideo accipient regnum decoris, et diademata speciei de manu Domini; quoniam dextera sua teget eos, et brachio suocto suo defendet illos.* (1. 17).

Señor, dice Salomón, una gran luz está en vuestros Santos: *Sauctis tuis maxima lux.* (Sap. XVIII. 4).

¿Quién es el que puede decir con el Rey Profeta: Experimentadme, Señor: La santidad es prueba. *ved mi corazón, ved si hay en mí alguna falta, y conducidme por el camino de la bienaventurada eternidad? Proba me, Deus, et scito cor meum, et vide si via iniquitatis in me est, et deduc me in via aeterna!* (CXXXVIII. 23-24). Habéis experimentado mi corazón, Señor, me habéis hecho pasar por el fuego de la tribulación, y no se ha hallado en mí la iniquidad: *Probast cor meum, igne me examinasti, et non est invocata in me iniquitas.* (Psal. XVI. 3).

Para llegar á la santidad es preciso: 1.º la presencia de Dios...; 2.º la fe...; Medios de llegar á la santidad.
3.º la vigilancia y sobriedad...; y 4.º el amor de Dios...

Para ser santos, dice S. Agustín, hemos de observar tres cosas: La pureza del cuerpo, la castidad del alma y la verdad de la doctrina: *Sancto trio servanda sunt: puritas corporis, castitas animae, et veritas doctrinae.* (De Civit.)

SANTOS (los).

Olivo fértil, hermoso y lozano, dice Jeremías hablando de los Santos, tal es el nombre que es da el Señor: *Olivam uberen, pulchram, fructiferam, speciosam, vocavit Dominus nomen Iuxta.* (Xl. 16).

Los Santos son comparados al olivo, 1.º por su fuerza y su vigor, pues entre los antiguos era el símbolo de la eternidad... 2.º Por su fertilidad, que hace decir al Salmista: Yo soy como un olivo que fructifica en la casa de Dios: *Ego autem sicut oliva fructifera in domo Dei.* (Ll. 10). 3.º Por la unción espiritual de la gracia, de la devoción y de la caridad, que da valor á las buenas obras... 4.º Porque, como los olivos, la hermosura de las virtudes y de las buenas obras de los Santos, no se marchita jamás y tiene siempre el mismo brillo... 5.º Por la paz de que gozan los Santos, pues el olivo es el símbolo de la paz...

El olivo, cubierto de hojas, pero cargado de excelente fruto, indica que los Santos luyen del honor y la ostentación; pero que están cargados de obras buenas en sí mismas y útiles para todos.

Los Santos son comparados al águila.

El águila es el rey de las aves; y los Santos reinan en el infierno, en el mundo, en el Cielo, se dominan á sí mismos, y hasta el mismo Dios se le comprometido á hacer su voluntad: *Voluntatem triventium se faciet Deus.* (Psal. CXLIV. 19). 2.º En el águila hay cierta renovación de la vida. Vuestra juventud, dice el Salmista, se renovará como la del águila: *Renovabitur ut águila juvenus tua.* (CII. 5). Los Santos se renuevan cada día en el fervor y en todas las virtudes; y se preparan una juventud eterna en el Cielo... 3.º El águila tiene algo del Cielo; y los Santos llevan sobre sí señales de grandeza... 4.º Los Santos son águilas divinas que suben y bajan. Suben hacia Dios para adorarle, y bajan para combatir el vicio y auxiliar al prójimo... 6.º El águila tiene la mirada penetrante y mira fijamente el sol; y los Santos tienen la mirada de la sabiduría y la rectitud y penetran hasta en la eternidad... 7.º La habitación del águila está en las más altas montañas; y los Santos están siempre elevados por sus pensamientos, sus méritos, etc...

Los Santos son comparados á la luz.

1.º El sol y las estrellas están en el firmamento; y los Santos en la mansion misma de Dios... 2.º Aunque los astros son mucho mayores que la tierra, parecen pequeños por su distancia; y los Santos, que tan elevados son en perfección, parecen pequeños por su profunda humildad... 3.º Los astros siguen su carrera impasibles; ni las tempestades, ni los rayos los alcanzan; y así son los Santos en la elevada region que habitan... 4.º Los astros resplandecen é iluminan; y los Santos son resplandecientes por su virtud, y son una clara luz en medio de las tinieblas y de las iniquidades del mundo, como Jesucristo: *Erat*

lux vera que illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum. (Joann. I. 9). Como Juan Bautista, los Santos son lámparas ardientes y brillantes: *Erat lucerna ardens et lucens.* (i. 35). Su palabra, como dice S. Basilio de S. Gregorio Nazianceno, es el trueno, y su vida produce el rayo: *Vox tonitru, et vita fulgur.* (Orat. de S. Greg.) 5.º La luz es purísima, y así son los Santos... 6.º La luz es activísima, corre como el pensamiento; asimismo los Santos son activísimos en las obras de Dios... 7.º La luz es lo más inmaterial; y los Santos son enteramente espirituales... 8.º Aunque el sol y los astros iluminen la inmundicia, no se manchans; y lo mismo sucede á los Santos en su contacto con los pecadores... 9.º La luz calienta; y los Santos encienden los corazones helados... 10. Los astros ocultan su substancia y extensión, manifestando sólo su calor; y los Santos ocultan á los hombres sus virtudes, su gracia y su gloria; y cuanto más se ocultan, tanto más resplandecen... 11. Cuando los astros están ocultos por las nubes cae una lluvia que fecundiza la tierra. Así tambien, cuando más calumniados son los Santos, más bien hacen, aun á sus enemigos.

Sí, Señor, dice la Sabiduría, vuestros Santos son una gran luz: *Sancit lux maxima lux.* (XVIII. 1).

Señor, dice el Real Profeta, veremos la luz en vuestra luz: *In lumine tuo videbimus lumen.* (XXXV. 10). En los Santos, que son la luz procedente de Dios, que es todo luz, los hombres ven la luz eterna, que es Dios...

Los Santos son un Cielo.

1.º Tienen su corazón y su alma en el Cielo... 2.º están en el Cielo por la gracia de Dios y por todas las virtudes que en ellos resplandecen... 3.º están en el Cielo, porque son el templo, el trono, el tabernáculo y la mansion de Dios. Por esto dice S. Agustín: Dios habita en el Cielo, y el Cielo de Dios son todas las almas justas y santas: *Habitat in Caelo Deus, et Caelum Dei sunt omnes animi iusti et sancti.* Porque, continúa aquel santo doctor, aunque los apóstoles estuviesen corporalmente en la tierra, estaban en el Cielo, porque, descansando Dios en ellos, iba por todo el mundo, y Jesucristo habitaba en ellos por la fe: *Nam et apostoli, quavis in terra essent carne, Caelum erant; quia in illis Deus sedens per totum mundum ambulabat, et habitabat in eis Christus per fidem.* (In Psal. CXXII).

4.º Los Santos están en el Cielo; derraman la lluvia de las gracias, truenan contra los vicios, y son relámpagos que disipan las tinieblas... Por el Cielo, dice S. Agustín, entendemos con razón los Santos de Dios; permaneciendo Dios en ellos, truenan por sus preceptos, brilla por sus milagros, viaga la tierra por la sabiduría de la verdad. Pues los Cielos cuentan la gloria de Dios, y los Santos están en el Cielo proclamando la gloria de Dios; suspendidos sobre la tierra, y llevando á Dios consigo, truenan en la doctrina, y brillan como relámpagos por su gran sabiduría (1).

(1) Per Caelum non importane intelligimus Sanctos Dei, in quibus manens Deus intonuit preceptis, coruscavit miraculis, lucubravit terram sapientia veritate. Caeli enim enarrant gloriam Dei, Caeli sunt Sancti gloriam Dei; a terra videntur, sed in portantes, in preceptis tonantes, sapientia coruscantes. (In Psal. CII, Serm. II.)

Los Santos, comparados con el Cielo, son un Cielo.

5.º Como tenemos nuestro cuerpo de la tierra, añade S. Agustín, y nuestra alma del Cielo, somos tierra y Cielo; y en ambos, es decir, en el cuerpo y en el alma, rogamus que la voluntad de Dios se haga en la tierra como en el Cielo. Vosotros todos, si queréis, seréis Cielo: purificad vuestro corazón, desprendiéndolo de la tierra: si no tenéis las concupiscencias terrestres, y podéis responder con verdad que tenéis el corazón elevado al Cielo, seréis Cielo. Lleváis un cuerpo terrestre, pero ya sois Cielo por el corazón (1).

6.º Los Santos son el término y el fin de todas las cosas: porque Dios ha creado el mundo para los Santos y los elegidos...

7.º Los Santos son llamados Cielo, porque con sus costumbres celestiales empiezan aquí su bienaventuranza. Así lo explica admirablemente S. Jerónimo. (Rom. VIII. 35-39. — Homil. XVI. in Epist. ad Hebræos).

Los Santos son fuertes, dice S. Gregorio; sujetan la carne, brillan por las virtudes, fortifican su alma, pisotean las cosas de la tierra y desean las cosas del Cielo: Se los puede matar, pero no vencer; jamás sostendrán la falsedad por temor, jamás las amenazas y los tormentos les impedirán sostener y defender la verdad (2). Esta es fuerza, esta es energía, esto es heroísmo...

Es rico el que nada desea, dice S. Agustín; y los Santos no desean nada de todo lo que hay en la tierra... (De Celestia vita). No desean más que una cosa y la poseen, no desean más que Dios, y ¿qué falta cuando se posee á Dios?...

Y ¿cómo no han de ser ricos los Santos?... Tienen la paz, la tranquilidad de la conciencia, la inocencia, la serenidad y el candor del alma, la virtud, la gracia y la sangre de Jesucristo; son el templo de Dios, su tabernáculo, sus miembros, sus herederos y coherederos; el Espíritu Santo habita en ellos con todos sus dones y sus frutos; tienen el Cielo, tienen á Dios, ¿qué más pueden desear?...

Hasta el malvado se ve obligado á respetar á los Santos y á tributarles homenaje... Los santos tienen de particular que obligan á los mismos incrédulos á creer en la virtud. Su nombre y su memoria es venerado de edad en edad, ante Dios y ante los hombres; su memoria es eterna... Los nombres de todos los patriarcas, de todos los profetas, los nombres de los apóstoles, de los mártires, de los confesores, de las vírgenes, de los santos doctores; y de los santos de todos los tiempos y lugares, son pronunciados con respecto y están en todos los corazones...

La Escritura dice de Tobías y de sus familias: Todos, sus parientes y todos sus hijos perseveraron con tanta fidelidad en la buena vida y en una conducta

(1) Quia cum corpus ex terra, et spiritum possidemus in Cælo, ita terra et Cælum sumus: et utroque, id est in corpore et spiritu, et voluimus Dei Regni, amemus. Tu, si vis, Cælum eris: purgabo cor te terrarum: et terrenas concupiscentias non habueris, et uno fratre responderis sursum te habere cor, Cælum eris: carnis portas, et corde jam Cælum es. (Lib. II, contra Julian.)

(2) Fortes facti sunt sancti, carnes domant, virtutibus coruscant, spiritum robustant, terrarum despicunt, cælestia appetunt, acerbis passunt, fieri vultum impudent: nec sustinere falsæ per infirmitatem metunt; nec lassæ unquam a veritate conticescant. (Lib. V. Moral.)

santa, que fueron amados de Dios y de los hombres y de todos los que habitan en aquella tierra (1).

¡Qué admirable es Dios en sus Santos! exclama el Real Proteta: *Mirabilis Deus in sanctis suis.* (LXVII. 37).

Ví bajo el altar, dice S. Juan en el Apocalipsis, las almas de los que han dado su vida por la palabra de Dios y por ratificar un testimonio. Y se dio á cada uno de ellos un vestido blanco y se les dijo que descansasen (2).

La memoria del justo, dicen los Proverbios, es un perfume que se exhala en el porvenir; pero el nombre del impío llegará á ser infecto: *Memoria iusti cum laudibus: et nomen impiorum putrescet.* (X. 7). Como una tempestad que ha pasado, el impío no existe ya; pero el justo es para siempre como una piedra fundamental: *Quasi tempestas transiens non erit impius: iustus autem quasi fundamentum sempiternum.* (Prov. X. 25). El justo está para siempre al abrigo de toda conmovición, y los impíos no durarán sobre la tierra: *Iustus in æternum non commovebitur; impij autem non habitabunt super terram.* (Prov. X. 30).

Aquí en la tierra tienen los Santos las ventajas de la gracia, de la virtud, de las buenas obras, de los méritos de la paz, de la alegría interior, de una vida buena y de una muerte santa...

Ve luego las recompensas de la eternidad. Oíd lo que de ellas dice el gran apóstol: Lo que no ha visto el ojo, lo que jamás se ha oído, lo que jamás ha abrazado el corazón del hombre, lo ha preparado Dios para los que le aman: *Quod oculis non vidit, nec auris audivit nec in cor hominis ascendit, que præparavit Deus his qui diligunt illum.* (I. Cor. II. 9).

Brillante pintura del Cielo nos presenta S. Juan. (Véase el Apocalipsis. VII. 9-17).

Los Santos miran con desprecio todo lo que el mundo más estima, dice san Gregorio. No ocupándose más que de su interior, fijan sus miradas en otra parte distinta del mundo y de sus bienes, todo lo que sufren en esta vida, lo miran como apartado de ellos como extraño. Trabajando constantemente en desprender su alma de su cuerpo, llegan á ignorar hasta lo que sufren corporalmente. Lo más grande del siglo lo ven como nada, porque, colocados en la cumbre de la alta montaña de la santidad, ven los objetos de la tierra como ínfimos y pequeños. No hacen ningún caso de las alegrías de la vida presente, y aventajados á sí mismos por su elevación espiritual, recalán dentro de sí todo lo que es motivo de turbación y de agitación para los hombres carnales. Son superiores á las amenazas cuando se trata de defender la verdad; y contienen y humillan por la autoridad del espíritu lo que en ellos trataría de elevarse por orgullo. (Lib. XXXI. Moral. c. XLV). Así describe S. Gregorio el

(1) Omnis autem cogitatio ejus, et omnia generatio ejus in bona vita, et in sancta conversatione pertransiit; illi et accepti essent cum Deo quam hominibus, et cunctis habitantibus in terra. (Job. XIV. 17).

(2) Vidi sub altare animas interfectorum propter verbum Dei, et propter testimonium quod habebant. Et datus sunt illis singula stola alba, et dictum est illis ut requiescerent. (VI. 9-11).

Ventajas y recompensas de los Santos.

Como desean los Santos a tan alta esfera, y que hacen para ellos!

camino de los Santos... Oigamos ahora á S. Ambrosio: ¡Qué admirable es aquel cuya alma está siempre en el Cielo, merezca y reciba tantos auxilios del Cielo! Su vida, como la del apóstol, es la de la ciudad de los Cielos: *Nostra conversatio in Caelis est.* (III. 20). Y puesto que la vida de los justos, es la de la ciudad de los Cielos, los ángeles están siempre con ellos, siendo ellos también ángeles, viven con la vida de los ángeles y merecen la sociedad de los ángeles. (*Lib. II. Offic. c. III.*)

Los Santos merecen para sí mismos y para el mundo, siguiendo á Jesucristo: 1.º por la pureza de sus actos...; 2.º por la intención del corazón...; 3.º por la observancia de los mandamientos...; 4.º por la recepción de la gloria, según las palabras del Eclesiástico: Hay una gran gloria en seguir al Señor: *Gloria magna est sequi Dominum.* (XXIII. 38). Santo Tomás es el que sigue hablando así: (*Et supra*).

Los Santos desprecian las ventajas del Cielo, dice S. Gregorio, pues son superiores á las adversidades por su grandeza de alma y por la elevación de su espíritu, pisoteando los bienes y los males del mundo, dicen, las tristezas y la luz del mundo no son más que una misma cosa (es decir nada): *Sicut tenebre ejus, vita, et lumen ejus.* (Psal. CXXXVIII. 12). No les admira, ni les alegra, ni les entristece, ni les abate, amerczas ni caricias; ni promesas les pueden corromper. Los Santos saben muy bien que no pueden hallar ni gozar el verdadero reposo en esta vida: por esto se añaden al Cielo, y abandonando el tropel de los deseos terrestres, tratan sin cesar de elevar su alma. (*Lib. V. Moral.*)

El mismo santo doctor enseña que los Santos son variables por la fragilidad de la naturaleza, como los demás hombres, pero que se dedican sin cesar á fijarse en la inmutable verdad. El Señor, dice, ayuda á los Santos, oyéndoles en su auxilio, y los experimenta alejándose; los tortifica con sus dones, y los tienta con tribulaciones: *Soneta tuos Dominus veniendo agnovit, derelinquendo probat, donis firmat, tribulationibus tentat.* (*Lib. XXVI. Moral. c. XXI.*)

Sereis santos con los Santos, dice el Salmista, é inocente con los inocentes: *Cum solo sanctus eris, et cum turo innocente innocens eris.* (XVII. 26).

La bienaventurada é inmaculada Virgen María, madre de Dios por obra milagrosa del Espíritu Santo fué á ver á su prima Elisabet, que llevaba á Juan Bautista en su seno, y entrando en la casa de Zacarías, saludó á Elisabet. Y cuando Elisabet oyó el estado de María, respondió, dice el Evangelio, que su hijo se estremeció en su seno, y Elisabet quedó llena del Espíritu Santo: *Et factum est ut audiret salutationem Mariæ Elisabeth, exultavit infans in utero ejus, et repleta est Spiritu Sancto Elisabeth.* (Luc. I. 40-41). Aprented de esto cuán eficaces son la visita, el saludo, las conversaciones y oraciones de los Santos...

Estando las almas justas llenas de caridad, abrasadas de amor, hablando con ellas y viéndolas á menudo, nuestro corazón se abrasa y se inclina repentinamente á amar á Dios. Son serafines, y la sociedad de los serafines nos convierte en ángeles. (*Lib. XXI. Moral., c. XV.*)

El autor de la *Imitación de Jesucristo*, dice: Todas las veces que me he hallado con los hombres del siglo; me he vuelto menos hombre: *Qualiter inter-*

Ventajas de frecuentar á los santos y estar con ellos.

hominem fui, minor homo reddi. Lo contrario puede y debe decirse de la sociedad de los Santos.

Hallándonos colocados bajo las miradas de una nube tan grande de testigos, descarguémonos de todo peso y del pecado que nos rodea, y recorramos con paciencia la carrera abierta delante de nosotros: *Ideoque et nos tantum habentes impositam nubem testium, deponentes omne pondus, et circumstare nos peccatum, per patientiam curramus ad propositum nobis certamen.* (Hebr. XII. 1).

El que quiera ser santo lea la vida de los Santos, y vea y medite sus ejemplos: son otros tantos astros brillantes y abrasadores que iluminan y queman los corazones... Por lo demás, sólo hay un camino para ir al Cielo: Es el que toman los Santos...

Hemos de acudir á los Santos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

UNIVERSIDAD DE LEÓN
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE LEÓN
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS

SENCILLEZ Y RECTITUD.

AMBAR á Dios en su bondad, dice la Sabiduría, y buscadle en la sencillez de vuestro corazón; porque los que no le tienen con sus desconfianzas, le encuentran: *Sentite de Domino in bonitate, et in simplicitate cordis quaerite illum: quoniam invenit: et hic qui non tantum illum.* (I. 1-2).

Si alguno, dice S. Borotes, buéca á Dios y su voluntad con sencillez, el mismo Dios le hará instruir, para que no se extravíe; y si, por el contrario, no buéca á Dios con sencillez y rectitud, Dios permitirá que caiga en el error y en las asechanzas. (Doctrina IV).

No hay virtud más necesaria á todos los hombres, dice S. Cirilo, que la modesta sencillez: *Quoniam nobis nulla virtus magis necessaria est quam simplicitas adorandi.* (Lib. VIII de Adoracione).

Esta sencillez y rectitud son grandemente alabadas por el mismo Dios en el libro del santo Job. ¡No hay en la tierra, dice, un hombre semejante á mi servidor Job, sencillo y recto, que tenga al Señor y haya del mal! *Numquid considerasti servum meum Job, quod non sit ei similis in terra, homo simplex, et rectus, ac timens Deum, et recedens a malo?* (I. 8).

Por esto dicen los Proverbios: Un corazón tortuoso es abominable al Señor, y un corazón recto en sus vías es agradable á sus ojos. *Abominabile est cor procum, et voluntas ejus in his qui simpliciter ambulat.* (XI. 20).

El justo marcha en su sencillez, añaden los Proverbios; dichosos los lijos que deja tras sí: *Iustus qui ambulat in simplicitate sua, beatus post se filios derelinquet.* (XX. 7).

Sereis sencillos, dice S. Agustín, desembarazándoos del mundo; ligándoos á él, tendreis doblez: *Simplex eris explicando te a mundo; implicando duplex eris.* (Homil. II in Joann.).

Sed sencillos como palomas, decía Jesucristo á los apóstoles: *Estote simplices sicut columbae.* (Matth. X. 16).

La sencillez del corazón, dice S. Gregorio, es como un día claro y sereno, que el fraude no oscurece, que la luz de la verdad ilumina, y la claridad de la presencia divina alumbra: porque escrito está: Dios habla á los sencillos de corazón. Dios les habla con la luz de su divina presencia, y con la revelación de los secretos de su divina voluntad. Dios no permite que las tinieblas de la doblez les envuelvan. (In Psal. V Permit. v. 3).

Esta sencillez está opuesta á la vana y peligrosa curiosidad. Jamás se ha de escudriñar la majestad de Dios y sus misterios. Una fe firme y viva debe abrazar lo que no podeis comprender y lo que no podeis ver, dice Sto. Tomás en la bella prosa: *Lauda Sion: Quod non capis, quod non vides, animosa firmat fides.*

Dios es el escudo de los que andan en la sencillez, dicen los Proverbios: *Proteget gradientes simplices.* (II. 7).

El que marcha en la sencillez y la rectitud, añaden los Proverbios, marchará en la seguridad; pero el de proceder taimado, vendrá á ser descubierto: *Qui ambulat simpliciter, ambulat confidenter; qui autem depravat vias suas, manifestus erit.* (X. 9).

La confianza de una gran seguridad está en la sencillez de las obras; dice S. Gregorio. (In Psal. V).

La sencillez de los justos, los dirige, dice la Escritura: *Simplicitas justorum dirigit eos.* (Prov. XI. 3). La justicia del corazón sencillo y recto dirigirá sus vías: *Iustitia simplicis dirigit viam ejus.* (Prov. XI. 5). El que marcha en sencillez, se salvará: *Qui ambulat simpliciter, salvus erit.* (Prov. XXVIII. 18). Es decir, el que obra con sencillez, con inocencia, sin doblez ni hipocresía, asegura su salvación...

Se dice de los primeros cristianos que perseverando siempre en union de cuerpo y alma en el templo, y partiendo el pan por las casas de los fieles tomaban alimento con alegría y sencillez de corazón: *Quotidie per domos unanimes in templo, et frangentes circa domos panem, sumebant cibum cum cantatione, et simplicitate cordis.* (Act. II. 46).

La pobreza de las iglesias de Macedonia, decía S. Pablo, ha abundado para ellos en riquezas de sencillez. (II. Cor VIII. 4-2). Dios, dice aquel Apóstol á los corintios, aumentará más y más los frutos de vuestra justicia, á fin de que, ricos en todas las cosas, abundéis en toda sencillez, y la sencillez produce para nosotros, acciones de gracias á Dios. (II. Cor. IX. 10-11). Pero temo, les dijo, que así como la serpiente sedujo á Eva con su astucia, vuestros pensamientos se corrompan también y se alejen de la sencillez, que está en Cristo. (II. Cor. XI. 3).

SERVICIO DE DIOS.

Necesidad de servir á Dios.

Noniamus al Señor nuestro Dios, y no servireis más que á él, dice Jesucristo: *Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies.* (Math. IV. 10).

Así como habéis recibido al Señor Jesucristo, dice el gran apóstol, marchad, según él, arraigados en él, edificados en él, y afirmados en la fe, tal como es la fe en sí misma; y abunde cada día más y más en vosotros con acciones de gracias (1).

Notad esta triple comparación: 1.º El Apóstol compara á Jesucristo y la fe en Jesucristo á un camino por el que es preciso andar...; 2.º á una raíz á la que es preciso que estemos adheridos...; y 3.º á una piedra fundamental sobre la cual hemos de construir...

Estimpo á sus siervos dignos de todo honor, dice S. Pablo, aquellos que están bajo el yugo de la servidumbre: *Quicumque sint sub iugo servi, dominis suis omni honore dignos arbitrentur.* (I. Tim. VI. 1).

Si el apóstol, dice S. Crisóstomo, manda tan rigurosamente á los siervos que obedezcan á sus señores, les sirvan y les honren, ¿cuánta mayor obligación nos tenemos nosotros de servir al Señor, de quien todo lo tenemos! (Homil. ad pop.)

No conocer á Dios, dice San Agustín, es morir; conocerle es vivir, despreciarlo es perecer, servirle es reinar; *Deus, quem nescire, mori est, quem nosse, vivere est, quem spernere, perire est, cui servire, regnare est.* (De Coelesti Vita).

¡Pueblos, aplaudid, exclama el Real Profeta, hacod brillar vuestra alegría ante Dios, con vuestros cánticos y vuestros transportes! *Omnes gentes, gloriadte manibus; jubilate Deo in voce exultationis!* (XLVI. 2).

El Dios de las maravillas es nuestro Dios en todos los siglos y en la eternidad, añade el Real Profeta: *Hic est Deus, Deus noster in aeternum, et in seculum seculi.* (XLVII. 15). Buscad al Señor y vuestra alma vivirá: *Quirite Dominum, et vivet anima vestra.* (Psal. LXXVIII. 33). Servid al Señor: *Servite Domino.* (XXIX. 1). Mi parte, Señor, continúa el Salmista, consiste en serviros guardando vuestra ley: *Partis mea, Domine, custodire legem tuam.* (CXVIII. 57). Alabe y sirva todo espíritu al Señor: *Omnis spiritus laudet Dominum.* (Psal. CL. 6).

Q nuestra alma, dice S. Agustín, está regida por el legítimo rey del Cielo. ¿Desasistida por el tirano: *Anima nostra, aut a legitimo rege regitur, aut a tyranno regitur.* (Serm. LXXXIV de Temp.)

El señor es mi fuerza y mi gloria, dice Moisés y todo el pueblo con él; y ha sido mi salvación: es mi Dios, y le glorificaré; es el Dios de mi padre, y le

(1) *Sicut ergo accepisti Iesum Christum Dominum, in ipso ambulato, radicati et superedificati in ipso; et confirmati fide, sicut et dedicatis, abundantes in illis in gratiarum actione.* (Coloss. II. 6-7).

exaltaré: *Fortitudo mea et laus mea Dominus, et factus est mihi in valentem: iste Deus meus, et glorificabo eum; Deus patris mei, et exultabo eum.* (Exod. XV. 2).

No servireis jamás á dioses extraños, dice el Señor en el Deuteronomio: *Non habebis deos alienos.* (v. 7). Temerás al Señor tu Dios, y le servireis á él solo: *Dominum Deum tuum timebis, et illi soli servies.* (Deuter. VI. 13).

Temed al Señor vuestro Dios, dice la Escritura, adoradle y ofrecedle vuestros sacrificios. Guardad sus ceremonias, sus órdenes, sus leyes y los mandatos que ha escrito para vosotros; observadlos durante todos los días de vuestra vida, y no olvidéis jamás la alianza que ha hecho con vosotros (1).

Servid á Dios en todo tiempo, dice Tobías á su hijo, y pedidle que dirija vuestros caminos y que todos vuestros pensamientos permanezcan en él: *Omnis tempore benedite Deum; et peccata tua ut vias tuas dirigat, et omnia consilia tua in ipso permanent.* (IV. 20).

Segun S. Bernardo, el que no busca á Dios y no le sirve, no tiene ninguna virtud. El servicio de Dios no debe tener fin. (*De Quadruplici debito*).

Hijo mío, dame tu corazón, dice el Señor en los Proverbios: *Probe, fili mi, cor tuum michi.* (XXIII. 26). Hijo mío, al entrar en el servicio de Dios, permanezca en la justicia y en el temor, y prepara la alma á las pruebas: *Fili, accedens ad servitium Dei, sit in iustitia et timore, et prepara animum tuum ad tentationem.* (EccI. II. 1).

Buscad al Señor, dice Isaiás, en tanto que podáis hallarle; invocadle, mientras está cerca de vosotros: *Querite Dominum, dum inveniri potest, invocate eum, dum prope est.* (LV. 6).

Debemos servir á Dios porque es nuestro Criador, nuestro Padre..., nuestro Redentor..., nuestra Providencia, nuestro bienhechor de cada instante...

Debemos servir á Dios, porque no servirle es una desgracia suprema..., y servirle fielmente es la mayor de las dichas...

La caridad de Jesucristo nos agravia, dice el gran apóstol; Jesucristo ha muerto por nosotros, á fin de que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para el que ha muerto y resucitado por ellos: *Caritas Christi urget nos, pro omnibus mortuus est Christus, ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est, et resurrexit.* (II. Cor. v. 14-15).

El alma, dice S. Anselmo, debe olvidarse de sí misma y pertenecer enteramente á Jesucristo, que ha muerto para hacernos morir por el pecado, y ha resucitado para hacernos resucitar para las obras de la justicia: *Debet anima humana in se desicere, et proficere in Christo, qui mortuus est ut nos moreremur peccatis, et resurrexit, ut ad iustitiae opera resurgeremus.* (In Monolog.)

Hemos de poder decir con el salmista: Mi alma vivirá para mi Dios, y mi posteridad le servirá: *Anima mea illi vivet, et semen meum serviet ipsi.* (XXI. 31).

(1) *Dominum Deum vestrum, ipsum timeo, et illum adorato, et ipsi immolato. Ceremonias quoque, et iudicia, et legem, et mandata, quod scripsi vobis, custodite ac facite, sicut debetis: et pactum quod percussit vobiscum solito observate.* (IV. Reg. XVII. 26-28).

Moisés que nos obligan á servir á Dios.

Soy el Señor tu Dios, dijo á su pueblo, soy el que te ha sacado de la tierra de Egipto y de la casa de servidumbre: *Ego Dominus tuus, qui eduxi te de terra Egypti, in domo servitutis.* (Deuter. v. 6).

Ventaja de servir á Dios.

Servir á Dios es reinar, dice S. Bernardo: *Rear á Dios no es un peso, es un adorno y una gloria: Cui servire regnare est; gestare hunc non oneri est, sed ornari.* (Serm. VII. in Psal.)

¡Qué dichoso es el hombre en servir á Dios toda su vida! Dico Jeremías: *Bonus est tibi cum portaverit jugum ab adolescentia tua.* (III. 27).

Cuanto más servimos á Dios con fidelidad, exactitud, amor y perseverancia, más nos enriquece y colma de bienes...

Dios, dice S. Agustín, á quien es tan ventajoso á todos servir, y en quien se halla la sola y verdadera libertad, nos preserva de todo lo que puede dañar. Esta es nuestra esperanza, ser libres por el que posee la suprema libertad, y obtener nuestra salvación por la emancipación que nos concede. Porque éramos esclavos de la codicia, y libertados, venimos á ser servidores de la caridad (1).

Someterse al servicio del Señor es alabarle, añade S. Agustín: *Ipsi laudant Dominum, qui subdunt se Domino.* (Lib. de Qualit. animae).

Vosotros que buscáis y servís al Señor, dice el Salmista, celebraréis sus alabanzas, y vuestra alma vivirá eternamente: *Laudabunt Dominum, qui regerunt eam; vivunt corda eorum in seculum seculi.* (XXI. 27).

Servid al Señor, y vuestra alma vivirá, dice el Salmista: *Quiesce Deum, et vivet anima vestra.* (LXXVIII. 33). ¡Oh! qué ventajoso es para mí dedicarme al servicio de Dios; exclama: *Mihi adhucere Deo bonum est.* (LXXII. 28). Señor, perderéis á todos los que turban mi alma, porque sois nuestro siervo: *Perdet omnes qui tribulant animam meam quoniam ego servus tuus sum.* (CXLII. 12).

Si buscáis al Señor, vuestro Dios, con todo vuestro corazón, lo hallaréis, dice la Escritura: *Si quaesieris Dominum Deum tuum, invenies eum, si tamen toto corde quaesieris.* (Deuter. IV. 29). Quien encuentra al Señor, encuentra á la vida.

Elige la vida, dice el Señor, á fin de que ames al Señor, tu Dios; obedecas su voz y te dediques á su servicio; porque es la vida y la longitud de tus días: *Elige vitam, ut et tu vivas. Et diligas Dominum Deum tuum, utque obedias voci eius, et illi adhaerens; ipse enim est vita tua, et longitudo dierum tuarum.* (Deuter. XXX. 19-20).

El servicio de Dios es infinitamente más precioso que la libertad del siglo, dice S. Ambrosio: *Religiosa servitus subdita Deo, multo melior est quam seculi libertas.* (Lib. de Fuga seculi).

Es una dignidad inmensa ser siervo del Omnipotente, dice S. Ambrosio: *Dignitas est servum esse potentis.* (Lib. de Fuga seculi).

La casa del servidor de Dios será bendecida eternamente, dice la Escritura: *Benedicetur domus servi tui in sempiternum.* (II. Reg. VII. 29).

(1) *Ille ab omnibus liberat, cui servit omnibus utilissimus est, et in cuius servitio placere periculis, sola libertas est. Nec quis vestis est, ut a libero liberetur, et liberato serva nos faciat. Servi enim eramus cupiditatis; liberati, servi efficiunt caritatis.* (Lib. de Qualit. animae).

Los que buscan al Señor, tienen cuenta de todo; dicen los Proverbios: *Qui inquirant Dominum, animadvertunt omnia.* (XXXIII. 5).

Ved lo que dice el Señor por Isaías: Mis sirvientes estarán en la abundancia, y (vosotros que despreciáis mi servicio) vosotros tendréis hambre; mis sirvientes serán calmada su sed, y vosotros estaréis sedientos; se alegrarán y seréis entumecidos; harán oír, en medio del enajenamiento de sus corazones, himnos de alabanza, y clamarán en el dolor de vuestro corazón, y gemiréis en la tristeza de vuestro espíritu (1).

Si escuchan y observan su ley, si sirven á Dios, dice Job, pasarán sus días en la dicha, y sus años en la gloria: *Si audierint et observaverint, complebunt dies suos in bono, et amant suos in gloria.* (XXXVI. 11).

En todas las partes á donde el pueblo de Dios entró sin arco, sin flecha, sin espolón ni espada, dice el libro de Judit, su Dios ha combatido por ellos y los ha vencido. Y nadie ha insultado á aquel pueblo si no es cuando se hallaba apartado del servicio de Dios. (v. 18-22).

Nadie puede servir á dos amos, dice Jesucristo; porque, ó querrá al uno y odiará al otro, ó será ácil para el uno, y despreciará al otro. No podéis servir á Dios y al dinero: *Nemo potest duobus dominis servire, aut enim unum odio habebit, et alterum diligit; aut unum sustinebit, et alterum contemnet. Non potestis Deo servire et Mammonae.* (Matth. VI. 24).

Si yo agratasé todavía á los hombres, no sería el servidor de Cristo, dice el gran apóstol: *Si adhuc hominibus placerem, Christi servus non essem.* (Gal. I. X).

Jamás habéis de tener dioses extranjeras, dice el Señor: *Non habebis deos alienos.* (Deuter. v. 7).

Hiriéndose el profeta Elías á todo el pueblo, le dijo: ¿Hasta cuándo vacilaréis entre dos cosas? Si el Señor es Dios, seguidle, y si Baal es Dios, seguidle sólo á él: *Usquequá clarificavit in duos partes? Si Dominus est Deus, sequimini eum; si autem Baal, sequimini illum.* (III. Reg. XVIII. 21).

Jamás podrán oírse juntos, dice S. Bernardo, la verdad y la mentira, lo eterno y lo transitorio, las cosas del espíritu y las de la carne. No podéis disfrutar del Cielo y vivir según la tierra: *Nec miseri poterunt vera vanis, eteris concubi, spiritualia corporalibus, summa imis; ut poriter sapia que sursum sunt, et que super terram.* (Serm. super Missas ea).

Su corazón es la dividida, perecerán, dice el profeta Oseas: *Divisum est cor eorum, interibunt.* (X. 2).

Dios exige ocho condiciones para su servicio. Es preciso: 1.º que se le sirva en la justicia...; 2.º en un corazón bueno, puro, sincero, verdadero y ferviente...; 3.º que estemos enteramente á su servicio...; 4.º que lo sirvamos con alegría, y no con tristeza ni tristeza...; 5.º que hagamos todos nuestros esfuerzos

Nadie puede servir á dos amos.

¡Cómo hemos de servir á Dios!

(1) *Ecce servi mei comedent, et vos esuriatis; ecce servi mei bibent, et vos sitiatis; ecce servi mei lababunt, et vos confundentur; ecce servi mei laudabunt pro exultatione cordis, et vos clamabitis pro dolore cordis, et pro contritione spiritus indubitan.* (LXXV. 12-14).

para servirle mejor...; 6.º que le sirvamos con un corazón generoso, con buena voluntad...; 7.º que nuestro servicio no sea incoherente, viciado, corrompido, sino puro y perfecto...; 8.º que le sirvamos hasta nuestro último suspiro...

1.º no os aflicioneis más que á las cosas del Cielo, y de ninguna manera á las cosas de la Tierra, dice el gran apóstol: *Quoniam sursum sunt, cogitate, non que super terram.* (Coloss. III, 2).

2.º Todo lo que hagáis ó digáis, añade S. Pablo, hacedlo en nombre del Señor, dando gracias á Dios Padre por medio suyo. (Coloss. III, 17).

3.º Pensad que hoy empezáis solamente á servir á Dios, y que tal vez es vuestro último día...

4.º Pensad que habeis servido mal á Dios hasta ahora...

5.º Os induce, dice S. Agustín, en medio con que podréis servir y alabar constantemente á Dios, si queréis: hacer bien todo lo que hagáis: *Suggero meditemur unde tota die laudes Deum, et vis: quidquid egeris, bene ago, et laudasti Deum.* (In Psal. XXXIV).

SILENCIO.

Guardad silencio, vosotros que habitáis en la isla, vosotros que estais separados del mundo, dice Isaias: *Tacetis, qui habitatis in insula.* (XXII, 2).

Estó todo hombre pronto á escuchar, pero lento á obrar, dice el apóstol Santiago: *Sit omnis homo velox ad audiendum, tardus autem ad loquendum.* (I, 19).

Es célebre la sentencia de Séneca: El que no sabe callarse, no sabe hablar: *Tacere quiquis nescit, hic nescit loqui.* (In Prov.)

El silencio no daña á nadie, dice Catón, y romperlo es muchas veces perjudicial: *Nemini tacuisse nocet, multis nocet esse loquum.* (In Laert. lib. VII, c. 1).

Lengua, lingua, viene, dicen, del verbo ligare, atar; lo que indicaría la necesidad de contener la lengua... Teoberto, oyendo hablar á Natimeno decía: Ya empieza el río de palabras; pero para el sentido es una gota: *Incipit verborum flumen, mentis gutta.* (In Stoheus, serm. XXXIX).

El inmensato no sabe callarse, dice Solon: *Stultus tacere nequit.* (In Stoheus, serm. XXXIV).

Al como elegís lo que habeis de comer, dice San Agustín, elegid tambien las palabras que habeis de decir: *Sicut eligis que vescaris, sic elige quid loquaris.* (In Psal. LI).

Hablad con obras, y no con la lengua, añade S. Agustín: *Operibus loquentur, non verbis.* (Serm. XXXII in Evang. Luc.)

Si alguno de entre vosotros, dice el apóstol Santiago, cree ser religioso y no refrena su lengua, seduce su propio corazón, y su religión es vana: *Si quis putat se religiosum esse, non refrmans linguam suam, sed seducens cor suum, inanis est religio.* (I, 26).

San Antonio decía constantemente: Contened vuestra lengua: *Contine linguam.* (In Vit. Patr.)

Leámos en la vida de los padres que un venerable anciano decía que los que no sabían guardar silencio eran un establo sin puerta: *Stabulum sine janua.*

El Real Profeta decía á Dios: Poned, Señor, un cerrojo en mi boca y una puerta en mis labios: *Pone, Domine, custodiam ori meo, et ostium circumstantibus labiis meis.* (CXL, 3).

Guardar silencio, cerrar el oído y pasar de largo es lo que conviene hacer cuando nos insultan... Es lo que hacia el santo rey David: Me hacia el sordo, dice, y me hacia el mudo: *Ego autem sicut surdus non audiebam, et sicut mutus non aperiens os meum.* (XXXVII, 14).

Lo que os recomiendo ante todo, es que sepáis guardar silencio, dijo Séneca escribiendo á Lucilio: *Summa summorum haec erit tibi, tardiloquentem te esse judeo.* (Epist. LXII).

para servirle mejor...; 6.º que le sirvamos con un corazón generoso, con buena voluntad...; 7.º que nuestro servicio no sea incoherente, viciado, corrompido, sino puro y perfecto...; 8.º que le sirvamos hasta nuestro último suspiro...

1.º no os aflicioneis más que á las cosas del Cielo, y de ninguna manera á las cosas de la Tierra, dice el gran apóstol: *Quoniam sursum sunt, cogitate, non que super terram.* (Coloss. III, 2).

2.º Todo lo que hagáis ó digáis, añade S. Pablo, hacedlo en nombre del Señor, dando gracias á Dios Padre por medio suyo. (Coloss. III, 17).

3.º Pensad que hoy empezáis solamente á servir á Dios, y que tal vez es vuestro último día...

4.º Pensad que habeis servido mal á Dios hasta ahora...

5.º Os induce, dice S. Agustín, en medio con que podréis servir y alabar constantemente á Dios, si queréis: hacer bien todo lo que hagáis: *Suggero meditemur unde tota die laudes Deum, et vis: quidquid egeris, bene ago, et laudasti Deum.* (In Psal. XXXIV).

SILENCIO.

Guardad silencio, vosotros que habitáis en la isla, vosotros que estais separados del mundo, dice Isaias: *Tacetis, qui habitatis in insula.* (XXII, 2).

Estó todo hombre pronto á escuchar, pero lento á obrar, dice el apóstol Santiago: *Sit omnis homo velox ad audiendum, tardus autem ad loquendum.* (I, 19).

Es célebre la sentencia de Séneca: El que no sabe callarse, no sabe hablar: *Tacere quisquis nescit, hic nescit loqui.* (In Prov.)

El silencio no daña á nadie, dice Catón, y romperlo es muchas veces perjudicial: *Nemini tacuisse nocet, multis nocet esse locutum.* (In Laert. lib. VII, c. 1).

Lengua, lingua, viene, dicen, del verbo ligare, atar; lo que indicaría la necesidad de contener la lengua... Teoberto, oyendo hablar á Natimeno decía: Ya empieza el río de palabras; pero para el sentido es una gota: *Incipit verborum flumen, mentis gutta.* (In Stoheas, serm. XXXIX).

El inmensato no sabe callarse, dice Solon: *Stultus tacere nequit.* (In Stoheas, serm. XXXIV).

Así como elegís lo que habeis de comer, dice San Agustín, elegid tambien las palabras que habeis de decir: *Sicut eligis que vescaris, sic elige quid loquaris.* (In Psal. LI).

Hablad con obras, y no con la lengua, añade S. Agustín: *Operibus loquentur, non verbis.* (Serm. XXXII in Evang. Luc.)

Si alguno de entre vosotros, dice el apóstol Santiago, cree ser religioso y no refrená su lengua, seduce su propio corazón, y su religión es vana: *Si quis putat se religiosum esse, non refrmans linguam suam, sed seducens cor suum, inanis est religio.* (I, 26).

San Antonio decía constantemente: Contened vuestra lengua: *Contine linguam.* (In Vit. Patr.)

Leemos en la vida de los padres que un venerable anciano decía que los que no sabían guardar silencio eran un establo sin puerta: *Stabulum sine janua.*

El Real Profeta decía á Dios: Poned, Señor, un cerrojo en mi boca y una puerta en mis labios: *Pone, Domine, custodiam ori meo, et ostium circumstantibus labiis meis.* (CXL, 3).

Guardar silencio, cerrar el oído y pasar de largo es lo que conviene hacer cuando nos insultan... Es lo que hacia el santo rey David: Me hacia el sordo, dice, y me hacia el mudo: *Ego autem sicut surdus non audiebam, et sicut mutus non aperiens os meum.* (XXXVII, 14).

Lo que os recomiendo ante todo, es que sepáis guardar silencio, dijo Séneca escribiendo á Lucilio: *Summa summorum haec erit tibi, tardiloquentem te esse judeo.* (Epist. LXII).

Guardar silencio ante la cara del Señor, dice el prelado Sofonio: *Silite o facie Domini*, (I. 7). Y como Dios está en todo lugar, es preciso guardar silencio en lo posible...

Jeremías y los santos. Anunciación de la Virgen.
Dios ha hablado raras veces á la tierra... Jeremías durante su vida mortal, hablaba raras veces, y profería pocas palabras cuando abría los labios...

La Santísima Virgen hablaba tan poco, que la Escritura no cita más que cuatro circunstancias en que aquella inmaculada é incomparable Virgen haya dicho algunas palabras: 1.º en la anunciación; 2.º cuando entonó su sublime cántico *Magnificet*, en la visita que hizo á su prima Elisabet; 3.º cuando, habiendo partido á Jerusalén, le halló en el templo despues de tres días; 4.º en las bodas de Caná en Galilea...

Los Santos han sido siempre muy amantes del silencio...

La modestia es el origen de la opor-tunidad del silencio.
Los Cipos proclaman el poder, la sabiduría, la riqueza y la gloria de Dios; y sin embargo guardan silencio...

El universo se calla; y sin embargo habla al hombre á su modo y alaba á Dios... Los ríos más grandes son los que hacen menos ruido...

Solo el hombre, dotado de razón, tiene el don de la palabra: válgase pues de su razón para hablar...

Excelencia y ventajas del silencio.
El don más precioso y el más sublime, sobre todo para una mujer, es el silencio, la modestia y el retiro, dice S. Jerónimo: *Femina pulcherrimum donum: silentium; et modestia, et inuis tranquillam vitam*, (Ad Marcellam).

El silencio halla la paz y la justicia, dice Isaías: *Opus iustitiae, pax et cultus iustitiae, silentium*, (XXXII. 17).

¿Queréis aprender á hablar? Guardad silencio, y reflexionad en el silencio lo que tenéis que decir, y como habéis de decirlo...

Escuchad, ved, callad y tendréis la paz del alma...

Si alguno, dice el apóstol Santiago, no peca de palabra, es un hombre perfecto, y puede dominar todo su cuerpo con el freno que pone á su lengua: *Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est vir: potest etiam frango circumducere totum corpus*, (III. 2). Así pues, el que reprime su lengua, rigo su cuerpo, sus sentidos, la concupiscencia y las diversas pasiones...

El Señor combatirá por vosotros, y vosotros guardaréis silencio, dice el Ezequiel: *Dominaus pugnat pro vobis, et vos tacetis*, (XIV. 14).

Vuestra fuerza estará en vuestro silencio, dice Isaías: *In silentio erit fortitudo vestra*, (XXX. 15).

Dichosa el alma que se embriaga en los manantiales de las divinas conversaciones con su silencio, diciendo muchas veces con Samuel: *Habla, Señor, pues vuestro servidor os escucha: Loquere, Domine, quia audit servus tuus*, (I. Reg. III. 9).

El pecado se encuentra donde hay multitud de palabras, dicen los Proverbios; pero el que modera sus labios es prudentísimo: *In multiloquio non dicitur peccatum; qui autem moderatur labia sua, prudentissimus est*, (X. 19).

El hombre prudente se calla, añaden los Proverbios: *Vir prudens tacet*, (XI. 12).

Hay tesoros preciosos escondidos en una boca cerrada, dice el Eclesiástico: *Bona abscondita in ore clauso*, (XXX. 18).

Dichoso el que espera en silencio la salvación de Dios, dice Jeremías: *Bonum est prestolari cum cum silentio*, (Lament. III. 26).

El silencio, dice Talasio, purifica el alma, le da perspicacia é inteligencia y guarda el corazón: *Silentium purificat mentem, et perspicacitatem reddit; custodit cor*, (De Silentio).

El silencio inflama el corazón de amor á Dios, dice S. Francisco de Asís: *Silentium calefacit cor amore Dei*, (S. Boav., in ejus vita).

La dignidad del silencio es la corona del hombre, dice Eurípides: *Decorum silentium corona est viri*, (De Lingua).

Dichoso el que ama el silencio, dice Jeremías, estará sentado solitario, y se callará porque Dios lo ha colocado consigo, (Lament. III. 28).

El solitario estará sentado, y se callará. Todo en él y al redor suyo guardará silencio, dice S. Bernardo; estará al abrigo de las turbaciones, de las agitaciones, de las angustias diabólicas, de los tormentos y de los deseos de la carne, y de los turbulentos ruidos del mundo: *Seculus et tacebit; aliam modo strepitum diabolice suggestionum, a strepitu carnalium desideriorum, a strepitu mundi*, (Serm. I. de SS. Petro et Paulo).

El silencio es el sello del hombre sabio y prudente. (Tract. LVII. in c. VI. Reg.)

Hay varios silencios, dice Sto. Tomás: el 1.º es el silencio de admiración...; el 2.º un silencio de seguridad...; el 3.º un silencio de languinidad...; el 4.º el silencio del reposo del corazón. (4. p. q. 6. art. 10).



UNIVERSIDAD DE LEÓN
DIPLOMA DE BIBLIOTECAS

SOBRIDAD.

Necesidad de la
sobriedad.

No comiences bebiendo sólo agua, dice el apóstol á su querido discípulo Timoteo; pero usa un poco de vino, á causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades. *Nale adhue aquam bibere, sed modico vino utere, propter stomachum tuum, et frequentes tuas infirmitates.* (I. v. 23).

La sobriedad sería imprudentísima y desarreglada, dice S. Gregorio, si por llevarla á un extremo se extenuase el cuerpo más de lo que conviene. (Lib. Moral.)

La sobriedad es necesaria en todo...

Sed sóbrios y estad alerta, dice el apóstol S. Pedro, porque el demonio, adversario vuestro, da vueltas á vuestro alrededor como un león hambriento que busca una víctima para devorar. *Sobrii estote et vigilate, quia adversarius vester diabolus, tanquam leo rugiens, circumspicit quem devoret.* (I. v. 8).

Hemos de servirnos de las cosas temporales antes por necesidad que por gusto, dice S. Agustín, para que merezcamos gozar de las cosas eternas. *Temporalibus magis utendum est, quam fructibus, uti scilicet mereamur eternis.* (Lib. Confes.)

Hay algunos que viven para comer, dice Séneca; pero yo como para vivir. *Alii vivunt ut edant, ergo vero edo ut vivam.* (Prev.)

El principio de la vida del hombre es agua, pan y vestido, dice la Escritura: *Initium vite hominis, aqua, et panis, et vestimentum.* (Ecl. XXIX. 28).

Es lo que dice el gran apóstol: Temiendo comida y vestido, contentémonos: *Habentes alimenta, et quibus tegamur, his contenti simus.* (I. Tim. VI. 8).

Escribiendo S. Bernardo á Robert, le decía: La sal y el apéjito bastan como alimento al que vive con sobriedad: *Sobrie conversanti, satis ad omne condimentum, sal cum fame.*

Nosotros, que somos los hijos del día, seamos sóbrios, dice el gran apóstol: *Non, qui diei sumus, sobrii sumus.* (C. V. Thess. v. 8).

Decid á los ancianos que sean sóbrios; decillo también á las mujeres; exhortad igualmente á los jóvenes á la sobriedad, dice el Apóstol á su discípulo Tito. (II. 2-3-6).

José, en la corte de Faraón, no comía más que pan: *Nec quidquam aliud cognoverat nisi panem quo vivebatur.* (Gen. XXXIX. 6).

Excelencia y
ventajas de la
sobriedad.

La sobriedad, dice Orígenes, es madre de todas las virtudes; y por el contrario, los excesos en la bebida y en la comida arrastran á todos los vicios. (Homil. III in Levit.)

Preguntaron cierto día á Platon de dónde habia sacado tanta sabiduría. Le he sacado, respondió, de la sobriedad, porque he consumido más aceite en mi lámpara, que vino en mi copa: *Unde tibi sapientia tanta? Respondit: Quia plus*

consumpsi olei in lampade, quam vini in calice. (In Phedr.)

El vino tomado á propósito, dice S. Crisóstomo, tomado con sobriedad, restablece un estómago débil, repara las abatidas fuerzas, calienta los entumecidos miembros, cura las llagas, ahuyenta la tristeza y da una alegría saludable, destruyendo las languideces del alma; pero el vino tomado con poca moderación, sin sobriedad, se convierte en veneno para el cuerpo y para el alma. (Homil. ad pop.)

¡Qué poco vino necesita un hombre sensato! dice la Escritura. No serás agitado durante tu sueño, y no sentirás dolor. El hombre sóbrio disfruta un sueño bienhechor. (1.)

El insomnio, las angustias y los dolores son para el hombre que desconoce la templanza: *Vigilia cholera, et tortura viro infemito.* (Ecl. XXXI. 23).

La sobriedad es, pues, madre de la salud, de la santidad, de la perezza, de la modestia y de la paz... Es la salud del cuerpo y del alma, la dicha para el tiempo y para la eternidad...

(Véase Guia y Embraguez.)

(1) *Quam modicum est homini cruditum vinum exiguum; et in dormiendo non turbabitur ab illa, et non sentiet dolorem. Sôbris sapientis in somno pax.* (Ecl. XXXI. 23-24).

ANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SOLEDAD.

Cuando David era todavía niño, dice S. Crisóstomo, huía de las ciudades y de la muchedumbre, habitaba los desiertos, no teniendo ninguna comunicación con el siglo, no ocupándose de comercio, ni de ventas, ni de compras; vivía en alonjamiento en la soledad; y allí, como en un puerto tranquilo, reposando en paz en un aislamiento, guardaba su rebaño, meditaba sobre el reino de los Cielos, yecía y mataba osos y leones que querían arrojarse sobre sus ovejas, y los abatía, no con la fuerza de su cuerpo, sino con la virtud de su fe, que sacaba de la soledad. (*Homil. ad pop.*)

Judith, según la Sagrada Escritura, tenía en lo más alto de su casa un cuarto secreto para ella, donde permanecía encerrada con sus fieles criadas. *In superioribus domus sue fecit sibi secretum cubiculum, in quo cum puellis suis clausa morabatur.* (Judith, VIII. 5.)

La Iglesia canta la siguiente estrofa en honor de S. Juan Bautista, que tanto amaba la soledad:

*Antra deserti, teneris sub annis,
Crivum turmas fugiens, petisti;
Ne levi saltim maculare ritum
Famine posses.*

San Juan se retiró á la soledad á fin de que, á ejemplo de Moisés y de Elias, imitase el espíritu y la virtud de Jesucristo.

Los hombres piadosos y contemplativos han deseado, amado y buscado siempre la soledad...

Los más grandes Santos, dice la *Imitación de Jesucristo*, han evitado siempre, en lo posible, el comercio de los hombres, y han elogiado la soledad para vivir de Dios y por Dios: *Mazini Sanctarum humana consortia; ubi poterant, vitabant; et Deus in secreto vivere diligebant.* (Lib. I, c. XX, n. 4.)

Así como la tierra oculta el oro en sus entrañas, así como el mar esconde las perlas, y el suelo cubre las raíces de los árboles, la virtud de los humildes y de los Santos está siempre escondida en este mundo...

El mismo Jesucristo oltra secretamente con su gracia y sus dones...

La vida de los anacoretas y de los eremitas ha sido una vida oculta en la soledad. El mismo Salomón lo dice: He huído, me he alejado, he establecido mi morada en la soledad: *Elongavi fugiens, mansi in solitudine.*

Gran rey, ¿por qué os alejáis, ¿por qué huís y buscáis la soledad? Porque he visto en el mundo la violencia y la discordia; la iniquidad mora en él: *Quoniam vidi iniquitatem et contradictionem in civitate. Circumdabit eam iniquitas.* El crimen habita en él, y el fraude y la mentira no se apartan de sus pla-

ras públicas: *Dic ac nocte circumdabit eam iniquitas, et labor in medio ejus, et iniquitas; et non desitit de plateis ejus usura et dolus.* (LAV. 8-12.)

Mirad vuestra celda como un Paraíso, escribe S. Jerónimo á Rufino; para mí la ciudad es una cárcel, y la soledad la mansión del Paraíso: *Habeto cellulam pro Paradiso. Mihi oppidum carcer, solitudo Paradisus est.*

Se dice en el Apocalipsis que se dieron dos alas á la mujer que el dragón perseguía, para que volase al desierto, lejos de la presencia de la serpiente: *Dato sunt ei alas duce, ut volaret in desertum, a facie serpentis.* (XII. 14.)

El que ama la soledad, dice S. Nilo, discípulo de S. Crisóstomo, es invulnerable á los dardos de sus enemigos; pero el que se mezcla con la muchedumbre recibirá frecuentes y crueles heridas: *Imperforabilis manet a virgittis inimici, qui vult quietem; qui autem miscetur multitudini, crebra accipiet vulsura.* (Lo. VII. Patr.)

Ad hác las montañas, hijo Rahab á los enviados de Josué, para que los que vuelvan no os encuentren, y esconded allí hasta que se vuelvan, y luego continuareis vuestro camino: *Ad montes ascendite, ne forte occurrant vobis revertentes; ibique latitate, et sic ibitis per viam eorum.* (Josue, II. 16.)

Colocaré mi tabernáculo en medio de vosotros, dice el Señor; marcharé en medio de vosotros; será vuestro Dios, y seréis mi pueblo: *Ponam tabernaculum meum in medio vestri; ambulabo inter vos, et ero Deus vester, vosque eritis populus meus.* (Levit. XXVI. 11-12.)

Por cuya razón abandonad el bullicio del mundo, y separaos, dice el Señor, y no toquéis lo que es impuro. Y os recibiré, y seré vuestro Padre, y seréis hijos míos é hijas mías, dice el Señor omnipotente (1).

¿Cuántas gracias y favores especiales y abundantes promete el Señor á las almas elegidas y privilegiadas que abandonan el mundo para retirarse á la soledad!...

La soledad, dice S. Jerónimo, es la forma y la regla de la sabiduría; la soledad es por sí misma una predicación de la virtud; es dispoerse á ir al Cielo y apartarse del mundo: *Locum ipse forma doctrinae est, et ipsa solitudo practicum est virtutum; operatur habitatio, dum verbum frequentiam vilicibus relinquit auditor.* (Ad Thersiam.)

¡Oh dichosa soledad! Tú eres la escuela del Paraíso. Dios dice por medio de Oseas: Conduciré esta alma á la soledad, y hablaré á su corazón: *Ducam eam in solitudinem et loquar ad cor ejus.* (II. 14.)

Caloraré el verdadero camino en la soledad: *Ponam in deserto viam.* (Isai. XLIII. 19.)

Estará sentado solitario, y se callará, porque Dios le ha elevado hasta sí, dice Jeremías: *Sedebit solitarius; et tacebit, quia levabit super se.* (Lament. III. 28.)

O alma santa, exclama S. Bernardo, estad sola, conservate para el Dios único que para sí te ha elegido: *Quoniam sancta, sola gito, ut tibi omnium veritas temporum, quem ex omnibus tibi elegisti.* (Serm. XL. in Cant.)

(1) Propter quod exite de medio eorum, et segregamini, dicit Dominus, et immundum ne tetigeritis; et ego recipiam vos, et ero vobis in Patrem, et vos eritis mihi in filios et filias, dicit Dominus omnipotens. (II. Cor. VI. 17-18.)

La soledad, añade S. Bernardo, es la murala y el antemuro de las virtudes: *Erenas murus et antemurale virtutum.* (Un supra). Creed en mi experiencia, añade, aprendedéis más en las selvas que en los libros; los bosques y las peñas os instruirán, os enseñarán lo que no pueden enseñaros vuestros maestros: *Esperite corde, aliquid plus invenietis in sylvis, quam in libris: ligna et lapides docubunt te: quod in magistris audire non possis.* (Un supra).

No sólo quita la soledad la ocasión de pecar, sino que eleva el alma á Dios.

El que te habita, ó soledad, dice S. Basilio, se eleva sobre sí mismo, porque temiendo el alma hambre de Dios, se pone sobre todo lo que es de la tierra; está suspendida en la fortaleza de la contemplación, y separada del mundo, vuela hácia el Cielo, y asisténdola para ver lo que es superior á todo, desprecia todo lo demás (1).

¡O dichosa soledad, exclama Masó Cornelio, ó única bienaventuraza que disfrutas los que te aman! ¡Cuán dichosas son las almas privilegiadas y candidas que vagan á tus brazos y se alejan de este mundo, que no es más que perniciosa! (*In Laudem vite solitarie.*)

De ore in ore del que clama en el desierto, dice Isaias. Preparad el camino del Señor, rectificad en la soledad sus senderos. Levantense los valles, alléguense los montes y collados y enrijase la aspereza de los caminos. Una voz me ordena que clamo, y dice: ¿Qué ha de clamar? Toda carne no es más que heño, y toda su gloria es como flor del campo. El Señor sopla, y se secó la yerba del campo, y cayó la flor. Si los pueblos son como la yerba del prado, la yerba se marchita, y la flor cae. (XL. 3-4-6-8).

Retiraos, retiraos, dice el Señor por medio de Isaias; salid, no toqueis nada impuro. Purificaos, vosotros que llevais los vasos del Señor. El Señor os precederá. *Recedite, recedite, exite inde, pollutum nolite tangere: exite de medio eius, mandavit qui factis vites Domini. Præcedet vos Dominus.* (LII. 11-12).

¿Quién me dará en el desierto una cabida de viajero, exclama Jeremias, y abandonaré á este pueblo, y me retiraré lejos de él, ya que todos son peccadores? *Quis dabit me in solitudine diversorum viatorum, et desolatum populum meum, et recedam ab eis? quin omnes adulteri sunt, totus prævaricatorum.* (IX. 2).

Huid del público, dice S. Bernardo, huid de vuestros allegados; alejados de vuestros amigos y de vuestros íntimos. Ignorais que tenéis á un esposo vergonzoso, reservado, que no quiere manifestarse en presencia de la multitud? (3).

(1) *Habitare tunc, si solitudo se elevat supra se, quia Deum cernens animam á terrenarum se verum oblectibus erigit, et in ñeræ contemplationis arce se suspendit, animo se adhibens eregredi, atque in altum contemplationis, coluntibus desiderare penitus liberali campo libam, qui nati suam comia, conspiciere abazgi, intelligunt quod que homo cum reliquis mundanis vallis deiectione transmittit. (*Tract. de Lode vite solitarie.*)*

(2) *Fuge publicum, fuge et ipse domesticus, recede ab amicis et intimis. An vero te verecondum habere speramus, et qui nequaquam suam vult tibi indolge presentiam, presentibus castus? (*Epist. LVII.*)*

Es difícil, dice S. Crisóstomo, que un árbol plantado á lo largo de una carretera conserve sus frutos hasta su madurez; y es también difícil que una alma, en medio de las gentes del siglo conserve su inocencia hasta el fin. Cuanto menos se arroja un hombre en las agitaciones exteriores, tanto más avanzada está su alma de fervor, de amor de Dios (1).

Cada vez que he estado con los hombres, ha mucho menos hambre, dice el autor de la *Institucion de Jesucristo*: *Quoties inter homines fui, minor homo redii.* (C. XX. n. 2).

El que se proponga pues y desee llegar á las cosas interiores y espirituales, continúa el mismo autor, debe imitar á Jesús y alejarse de la muchedumbre: *Qui igitur intendit ad interiora et spirituales provenire, oportet eum cum Jezu a turba declinare.* (C. XX. n. 2).

Hé aquí una sentencia de Tolomeo: La seguridad de la soledad aleja el dolor; temer el tumulto dispone los consuelos: *Securitas solitudinis dolorem remouet; pavor multitudinis consolationem offert.* (In Prologo Almagest).

Pocas personas me bastan, dice Demócrito; una sola es suficiente, y áun estoy mejor sin compañía: *Satis mihi sunt pauci, satis est una, satis est nullus.*

Desprecia todo el vano trabajo que algunas se dan por un vano adorno. Sabed que no hay nada más admirable que el alma, y nada parece grande en el siglo á una alma noble y elevada. (*Taste Seneca in Epist. ad Lucilii.*)

Tal es el lenguaje de los mismos paganos. Consultemos las Escrituras, dice Hugo de S. Victor, y veremos que Dios no ha hablado casi nunca en medio de la muchedumbre. Cuando ha querido dar á conocer algo á los hombres, no se ha manifestado á las naciones, sino á algunos pocos, á los que estaban separados de la muchedumbre. (*Lib. IV. de Arca Noe. c. IV.*)

Levantaos, dice el profeta Miqueas, á id á la soledad, pues no tendréis reposo en medio del mundo: *Surgite, et ite, quia non habetis hic requiem.* (II. 10).

Huid de en medio de Babilonia, y salve cada cual su alma, dice el profeta Jeremias: *Fugite de medio Babylonis, et salvet unusquisque animam suam.* (LI. 6).

San Antonio, después de haber visto y oído al primer ermitaño S. Pablo, dijo á sus discípulos: Desgraciado de mí, soy peccador que llevo falsamente el nombre de hombre! He visto á Elias, he visto á Juan en el desierto, y he visto verdaderamente á Pablo en el Paraíso: *Vix mi peccatori, quin ipso monachi nomen gerat! Vidi Eliam, vidi Joannem in deserto, et vere vidi Paulum in Paradiso.* (In VII. Part.)

No basta la soledad del cuerpo, si no se añade la soledad del alma; y ésta no tiene lugar, si el alma se ocupa de lo que ha visto y oído fuera de la soledad; si divaga y se pasea por el mundo; si como el pueblo hebreo en el desierto echó aún de ménos la esclavitud de Egipto y las ventajas materiales que allí encontraba...

(1) *Sicut difficile est arbori juxta viam plantatum fructus eorum ad maturitatem pervenire: ita difficile est virum in medio turbarum seculari, innocentiam usque ad finem servare. Quod minus ad exteriora diffinit homo e plus in interioribus fervet. (*In Moral.*)*

Dios no derrama sus dulces perfumes más que en una alma desprendida de todo, y principalmente de sí misma, en una alma pura y muerta para todo lo del mundo.

Es menester, pues, para gozar de todas las ventajas de la soledad, renunciar, 1.º, al mundo exterior, á nuestros padres, á nuestros amigos, á nuestra casa, á nuestro país, á nuestras riquezas y honores, etc... 2.º y principalmente renunciar al mundo interior, á nuestra propia voluntad, á nuestras afecciones especiales, etc.

Es digno de observación lo que dice el abate Juan Maburne: Muchas órdenes han degenerado de su esplendor y de su santidad primitiva por varias causas. Los bernardinos han caído por su ociosidad, la tercera orden por demasiadas ocupaciones rurales, los premonstratenses por el excesivo número de mizas y demasiadas cargas de coro, los mendigos por su demasiada familiaridad con los seglares; se mezclaban demasiado con la multitud, según aquellas palabras del Salviata: Se mezclaron entre las naciones, aprendieron sus obras, y está por su ruina: *Commixti sunt inter gentes, didicerunt opera eorum, et factum est illis in mundulum* (CV. 35-38); los benedictinos por sus grandes riquezas. Y este autor añade que los cartujos han conservado su esplendor, y su vigor primitivo, por su amor á la soledad y al silencio, y por la rigurosa observancia de las visitas que exige la regla. Estas tres cosas están encerradas en el siguiente verso latino:

Per tria, si, ad, vi, carthusia permanet in vi (sicut, vigore.)
(In Roscio, lib. I. c. III).

Se indica el silencio, so la soledad, vi la visita (de los religiosos visitantes).

SUMISION Á LA VOLUNTAD DE DIOS.

La voluntad de Dios, dice el gran apóstol, es buena, agradable y perfecta. *Voluntas Dei bona, beneplacita, et perfecta.* (Rom. XII. 2). S. Pablo distingue aquí una voluntad triple en Dios.

La voluntad de Dios es buena, dice S. Anselmo, está en los que empiezan á servir á Dios y en las personas unidas por matrimonio. La voluntad agradable está en los que adelantan en la perfección y en las almas cristísimas. La voluntad perfecta está en los perfectos y en las vírgenes. (*Lib. de Similit.*)

Transformaos por un espíritu nuevo, dice el apóstol, para que reconozcáis cuál es la buena voluntad de Dios (Rom. XII. 2); es decir, que sepáis lo que Dios quiere que hagáis bueno, agradable y perfecto...

Hay dos voluntades en Dios; una absoluta, y la otra una voluntad de deseo. La voluntad absoluta es aquella por la cual Dios quiere una cosa; nada puede resistir á ésta. La voluntad de deseo es aquella por la cual Dios nos instruye sobre lo que quiere que observemos, y nos instruye con su ley. De esta última voluntad se trata en aquellas palabras del *Pater, fiat voluntas tua*. Esta voluntad de deseo en Dios ordena y aconseja.

Nada sucede sino por la voluntad de Dios, exceptuándose el pecado... No hay nada fortuito para Dios... Todo lo que nos sucede está registrado en su voluntad...

Lo que se llama casualidad, está dirigido por Dios...

Las pruebas, las contrariedades, proceden de Dios...

Dios da los instrumentos exteriores con los que se obra mal, como los sentidos, las riquezas y los talentos; pero la voluntad de Dios no está en que nos valgamos de ellos para cometer el pecado... El pecador es quien convierte estos bienes en instrumentos de mal...

Sometiéndose á la voluntad de Dios, todo está ordenado; y entonces Dios. lejos de castigar, no tiene más que recompensar para nosotros...

El gran Apóstol nos dice cuál es la voluntad de Dios: Su voluntad es que seáis perfectos y llenos en todo de su voluntad: *Semper sollicitus pro vobis, ut stetit perfecti, et pleni in omni voluntate Dei.* (Colos. IV. 12). Porque la voluntad de Dios es vuestra santificación, dijo á los tesalonicenses: *Hec est voluntas Dei, sanctificatio vestra.* (I. IV. 3).

La voluntad de Dios, dice S. Cipriano, es que se practique lo que Jesucristo ha hecho y enseñado, la humildad en el corazón y en el lenguaje, la firmeza y la perseverancia en la fe, la modestia en palabras, la justicia en los actos, la misericordia en las obras, la disciplina en las costumbres, no injuriar á

Nada sucede sino con la voluntad de Dios.

Cual es la voluntad de Dios.

madre, sufrir la injuria, tener paz con el prójimo, amar á Dios de todo corazón. (*Tract. de orat. Dom.*)

Nuestro Señor Jesucristo os dispone para todo bien, para que hagáis su voluntad, dice S. Pablo á los hebreos. (*XIII. 20-21*).

El Señor ha buscado á un hombre según su corazón, dice la Escritura: *Quæsit Dominus sibi virum juxta cor suum.* (I. Reg. XIII. 14).

Por el corazón de Dios, dice S. Gregorio, la Sagrada Escritura designa su voluntad, cuando aplicamos nuestra inteligencia á conocerle, y nuestro corazón á amarle. (*Moral.*)

El hombre según el corazón de Dios, dice S. Crisóstomo, hace siempre lo que Dios quiere; une su corazón al corazón de Dios, une su alma á su alma; quiere lo que Dios quiere, y no quiere lo que Dios no quiere. (*Homil. ad pop.*)

Hay una cosa, dice S. Pedro Damian, á la que todo fiel debe dedicarse con amor, el saber si agrada á Dios en sus acciones, si Dios está contento. Pues, ¿de qué le sirve obrar si no agrada á Dios? (*In Epist.*)

Si el cristiano, dice S. Basilio, dirige todas sus obras, ya grandes, ya pequeñas, hacia la voluntad de Dios, cierto puede estar de que sus obras son perfectas.

Señor, dice el autor de la *Imitacion*, hacédmela gracia de no querer más que lo que queréis; de no querer jamás lo que no queréis, y de no poder jamás querer lo que no queréis. (*Lib. III. c. XV.*)

Se dice en el tercer libro de los Reyes que Aod se vaira hábilmente de sus voluntades dos manos y tenía una espada de dos filos. (*XV. 16*). Tal es el hombre sometido á la voluntad de Dios; está sometido á ella en la adversidad y en la prosperidad; en la desolacion y en el consuelo...

Seremos como Aod, dice Casiano, cuando no nos conmovamos por la abundancia ni por el hambre; cuando en el hambre no murmuráremos; cuando en la abundancia sepamos despreciar los placeres, dando gracias á Dios; en ambas situaciones y obrando como S. Pablo, que decia: Sé tener poco y mucho; hecho á todo, conozco la siedad y el hambre, la abundancia y la indigencia. Todo lo puedo en el que me mortifica (1).

Leemos en las Actas de los Apóstoles que S. Pablo y S. Bernabé afirmaban las almas de los discípulos, exhortándoles á perseverar en la fe, y enseñándoles que hemos de entrar en el reino de Dios por muchas tribulaciones: *Conferentes animas discipularum; et quoniam per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei.* (*XIV. 21*).

En todo sufrimos desairados, dice S. Pablo, retardados, pero no detenidos; perseguidos, pero no abandonados; alirados sin perecer; siempre y en todas partes llamados en nuestro cuerpo la muerte de Cristo; á fin de que la vida de Jesús sea manifiesta también en nuestro cuerpo. Porque nosotros, que vivimos,

(1) Scio et humbari, scia et abundare (ubi que et in multis institutis con); et sustinere et ambari; et peneriam pati. Quamdi possim in eo que me conficit. (*Philip. IV. 12-13. — Lib. I. c. 11.*)

somos á cada momento entregados á la muerte por causa de Jesús; para que la vida de Jesús sea manifestada en nuestra carne mortal (1).

El Espíritu Santo me advierte, dice el Gran Apóstol, que me esperan cadenas y tribulaciones; pero nada de esto me importa mientras siga mi carrera y cumpla con el ministerio que he recibido con mi Señor Jesús (2).

Esta es la fuerza, esto es el valor y el heroismo que da la sunision á la voluntad de Dios...

Esta sunision á la voluntad de Dios da paciencia.

Habia un mendigo llamado Lázaro que estaba echado á la puerta del rico, y cubierto de úlceras deseaba satisfacer con las migajas que caían de la mesa del rico; y nadie se las daba, dice Jesucristo. (*Lue. XVI. 20-21*).

Veid también la paciencia de Job. Escuchad lo que dice en la más horrible miseria: Desnudo salí del seno de mi madre, y deseado volveré al seno de la tierra; Dios me lo había dado, y Dios me lo ha quitado todo; tal ha sido el agrado del Señor; bendito sea su nombre: *Nudus egressus sum de utero matris mee, et nudus revertor illuc; Dominus dedit, Dominus abstulit; sicut Homino placuit, ita factus est: sit nomen Domini benedictum.* (I. 21).

Me alegro en mis sufrimientos, dice el Gran Apóstol á los colosenses: *Gaudete in patientia.* (I. 24).

Estoy lleno de consuelo, reboso de alegría en todas mis tribulaciones, escribe á los corintios: *Repletur sum consolatione, superbando gaudio in omni tribulatione nostra.* (II. Cor. VII. 4). Padezco, dice á Timoteo; pero, lejos de estar confundido, estoy en la alegría, pues sé por quién sufro: *Padio, sed non confundor, scio enim cui credidi.* (II. T. 12). Estoy pronto, dice en las Actas de los Apóstoles, no sólo á que me aten, sino á morir por el nombre del Señor Jesús: *Ego autem, non solum alligari, sed et morti paratus sum, propter nomen Domini Jesu.* (XXI. 13).

Los apóstoles salieron del consejo llenos de alegría por haber sido juzgados dignos de sufrir ultrajes por el nombre de Jesús: *Et illi quidem ibant gaudentes á conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.* (Act. v. 41).

Tales son las maravillas que obra la resignación á la voluntad de Dios.

La voluntad de Dios es la regla, la medida, el origen, el manantial y la base de toda virtud y santidad...

Todo el que sigue la voluntad de mi Padre, que está en los Cielos, es mi hermano, y mi hermana, y mi madre: *Quicumque fecerit voluntatem Pa-*

(1) In omnibus persecutionibus patienter, sed non acquiescente spectantur, sed non desistunt persequerentium patienter, sed non desistuntur; delectantur, sed non perimus. Sed magis multificentur in corpore nostro circumferentibus, ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris. (II. Cor. IV. 8-10).

(2) Spiritus Sanctus mihi protestatur, dicens: Quoniam vincis, et tribulationes me manant, sed nihil horum recuro, nec facio aliquid motum prelosoverem quam me, dum modo constanter coram meo, et ministerium verbi, quod accepti á Domino Jesu. (Act. XX. 23-24).

La sunision á la voluntad de Dios da paciencia.

La sunision á la voluntad de Dios me da fuerza y paciencia, sino también alegría en las pruebas.

Excelsitud de la sunision á la voluntad de Dios es la base que nos proporciona.

tris mei, qui in Caelis est, ille meus frater, et pater, et mater est. (Math. XII. 50).

El que sigue la voluntad de Dios, vivirá eternamente, dice el apóstol san Juan: *Qui facit voluntatem Dei, manet in eternum.* (I. II. 17).

Pablo no fué feliz sino cuando dijo á Jesucristo: Señor, ¿que queréis que haga? *Domine, quid me vis facere?* (Act. IX. 6).

El que todo es lo da, dice S. Agustín, no os es arrebatado; aun cuando perdais lo que se os da, siempre os queda Dios: *Non est tibi ablatum quod dedit, quia eis tibi ablatum fuerit quod dedit.* (In Medit.).

Cuando perdemos lo que creemos ser nuestro, no lo perdemos, dice san Ambrosio, lo devolvemos á Dios: *Com nostra amittimus, Deo illa reddimus, non mittimus.* (Serm. III).

Somtemos al que está sobre vosotros, dice S. Agustín, y todo lo que está debajo de vosotros os estará sometido: *Subdere ei qui supra te est, et infra te erant illo quibus prepositus es.* Porque, habiendo el hombre abandonado á aquel bajo cuyo imperio debía balarce, ha caído debajo de todo lo que debía dominar; ha perdido su imperio, y ha venido á ser esclavo de todo: *Quia vero per peccatum homo deseruit enim sub quo esse debuit, subditus est enim supra quo esse debuit.* Tal es el orden: Dios, el hombre, los animales y la naturaleza material: Dios está sobre vosotros, y los animales debajo de vosotros. Reconoced al que debe gobernaros, y seréis reconocidos por los seres que debéis dominar: *Agnoce enim qui supra te est, et agnoscant te qui infra te sunt.* Daniel reconoce como dueño suyo á Dios, y los leones le reconocen y le respetan: *Cum Daniel agnovisset supra se Deum, agnoverunt illum supra se leones.* Pero si no reconocéis á Dios, que está sobre vosotros, si no os sometéis á él, si despreciáis á vuestro superior, no seréis conocidos, seréis despreciados de vuestro inferior, llegado á ser su esclavo: *Si autem non agnoscis illum qui supra te est, superiorem contemnis, subderis inferiori.* El orgullo de los egipcios fué humillado por ranas y mosquitos: *Propterea superbia Egyptiorum nulla domata est? De ranis et muscis.* Moisés, que vive sometido á Dios; tiene sometido el mar Rojo, tiene sometido el Cielo, y el mismo Dios le obedeció. Los que quieren hacer la voluntad de Dios, se ven obligados á hacer la voluntad de lo más vil, y haciendo la voluntad de Dios, os obran las mayores maravillas, aun cuando más despreciable. Así Moisés, con una simple vara, que costuras á los egipcios con tres plagas, abre el mar Rojo y hace salir agua de una piedra pedregosa: *Gedeon con vargas rotas destruye un ejército enemigo; los tres niños en el horno, sometidos á la voluntad de Dios, son respetados por las llamas, y entonan allí cánticos de alegría y reconocimiento.* (Trac. VIII. S. Joann.).

Cuando el mundo no hace la voluntad de Dios, no se glorifica de los que no existen, dice S. Crisostomo: *Multitudo, quando voluntatem Dei non facit, nihil differt ab his qui non sunt.* (Homil. ad pop.).

En todo, dice S. Gregorio Nacianceno, no hay más que Dios que no puede enterrarse y dominarse: *Solus est omnibus rebus Deus est, qui nec fangi vitari, nec superari potest.* (In Diaboli.).

Jesú hace la voluntad de Dios. Comparad lo que ha sufrido con los inmensos honores de que ha sido colmado; y veréis que nada son las pruebas, comparadas con los honores. Porque, 1.º por el odio de sus hermanos consigue la amistad del rey de Egipto...; 2.º por el destierro, la esclavitud y la cárcel, no sólo recibe una libertad completa, sino el más alto rango y el poder...; 3.º por el trabajo de sus manos como servidor, recibe el anillo de oro...; 4.º por la capa que le quita la adúltera esposa de Pulifar, cubre sus hombros el manto real...; 5.º por las cadenas recibe un collar de oro...; 6.º por haber cuidado de los vendidos llega á ser príncipe...; 7.º por haber sufrido la humillación de la cárcel, se sienta en la cátedra real...; 8.º por haber sido despreciado, todos delante de él se prosternan...; 9.º por el nombre de servidor recibe el nombre de rey y de salvador del mundo.

Si así recompensa Dios en esta vida á los que hacen su voluntad, ¿qué no les concederá en la vida eterna?...

Al entrar Jesucristo en el mundo, dijo: Señor, no habéis querido hostia ni ofrenda; los holocaustos para el pecado no os han sido agradables. Entonces le dicho: *Ved que vengo para hacer, á Dios mio, vuestra voluntad: Ingrediens mundum dixit: Hostiam et oblationem noluit; holocaustum pro peccato non tibi placuerunt. Tunc dixit: Ecce venio, et faciam, Deus, voluntatem tuam.* (Hebr. X. 5. 7).

Al Padre me ama, añade Jesucristo, porque doy mi vida para recobrarla. Nadie me la arrebató; pero la doy espontáneamente, y tengo el poder de dársela y el poder de recobrarla: Tal es la misión que he recibido de mi Padre. (Joann. X. 17-18). De ahí parece que Jesucristo habla recibido de su Padre la orden dolorosa y severa de sufrir y morir en la Cruz. Dio cumplimiento á esta orden; se rebaja á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, hasta la muerte en la cruz, dice el Gran Apóstol: *Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis.* (Philipp. II. 8).

Oid lo que dice aquel hombre-Dios en el jardín de los Olivos, al ver el cáliz de amargura: Padre mio, apartaos de mí este cáliz, si es posible. No suceda, sin embargo, lo que yo quiero, sino lo que vos queréis: *Pater mi, si possibile est, transeat a me calix iste! Verumtamen, non sicut ego volo, sed sicut tu.* (Math. XXVI. 39). Padre mio, lígase vuestra voluntad, y no la mía: *Pater, non mea voluntas, sed tua fiat.* (Luc. XXII. 42).

Esta palabra del jefe, dice S. Leon, es la salvación de todos los miembros: *Hec vox capitis, salus est totius corporis.*

Esta palabra humana, instruye, forma todos los fieles; inflama á todos los confesores, y ha coronado á todos los mártires: *Hec vox omnes fideles instruit, omnes confesores accendit, omnes martyres coronavit.*

Los Santos en la tierra han estado siempre sometidos á la voluntad de Dios... Ved á Noé, á Abraham, á Moisés, á los profetas, á Job, á Tobías, etc. Cuando grandes males amenazaban al pontífice Elias, dijo: El Señor es dueño de todo, haga lo que juzgare á propósito: *Dominus est, quod bonum est, in oculis suis faciet.* (I. Reg. III. 18).

Al ir Judas Macabeo al combate por la gloria de Dios y la salvación de su

Dios recompensa la fidelidad de los que están sometidos á su voluntad.

Jesucristo, los Santos, los escogidos, el Cielo y la tierra, todo está sometido á la voluntad de Dios hasta los demonios y el infierno.



Todo está sometido al hombre que se somete á la voluntad de Dios.

UNIVERSIDAD DE AVILA

pueblo, exclamó: Suceda lo que el Cielo disponga: *Sicut autem fuerit voluntas in Caelo, sic fiat.* (I. III. 60).

Llevaré con resignación la ira del Señor, porque le he ofendido: *Iram Domini portabo, quoniam peccavi ei.* (Mich. VII. 9).

Vedios para se-
ñalar a la
voluntad de
Dios.

- 1.° Convencernos de que, procediendo todo de Dios, todo sucede por nuestra voluntad... ó por corregirnos... ó por hacernos merecer...
- 2.° Aceptar el caliz, como si el mismo Dios nos lo presentase...
- 3.° Decir una sola vez en la adversidad: (Is doy gracias, Señor.— Bendito sea Dios, — vale más que millones de acciones de gracias, dice el P. Avila. *In suis vita*).
- 4.° No someterse solamente en general, sino en los particularios...
- 5.° Sufrirlo todo con paciencia.
- 6.° Ejecutar con prontitud..... con deseo..... con alegría la voluntad de Dios...
- 7.° No inquietarse por lo que el Señor quiera hacer de nosotros, y repetir con el Salmoista: Señor, mi suerte está en vuestras manos: *In manibus tuis certa mea.* (XXX. 16).
- 8.° Meditar muchas veces los ejemplos de Jesucristo, de los Santos y de todas las criaturas.

TEMOR DE DIOS.

TEMED al Señor con toda vuestra alma, dice el Eclesiástico: *In tota anima tuo time Dominum.* (VII. 31). O vosotros, que sois santos, temed al Señor, dice el Salmoista: *Time Dominum omnes sancti ejus.* (XXXII. 10).

Es preciso te-
mer a Dios.

Oigamos todos el final de todos los discursos, dice el Eclesiástico: Temed á Dios, y observad sus mandamientos, porque ahí está todo el hombre: *Finec loquendi pariter omnes audiamus: Deum time, et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo.* (XII. 13).

Trabajad para vuestra salvación con temor y estremecimiento, dice el Gran Apóstol: *Cum metu et tremore vestram salutem operamini.* (Philipp. II. 12).

Temed al Señor vuestro Dios, dice el cuarto libro de los Reyes: *Dominum Deum vestrum time.* (XVII. 39). Conservad el temor del Señor, y envejeced con él, dice en otra parte uno de los escritores sagrados: *Seruo timorem illius, et in illa veterasce.* (Eccli. 41-6).

Los principales motivos que nos obligan á temer á Dios, son:

Motivos que nos
obligan á tem-
er a Dios.

1.° Nuestros numerosos pecados.
¿Quién puede comprender todos los extravíos del corazón? dice el Salmoista. Purifícame, Señor, de los pecados que ignoro y de los que he hecho cometer: *Delicta quis intelligit? Ab occultis meis munda me, et ab alienis parce serro tuo.* (XVIII. 13-14).

2.° La incertidumbre en que vivimos del estado de nuestra alma. El hombre no sabe si es digno de amor ó de odio, dice el Eclesiástico: *Nescit homo utrum amorem, an odium dignus sit.* (IX. 4).

Aunque mi conciencia nada me eche en cara, dice el Gran Apóstol, no por esto soy justificado: *Nil mihi conscius sum, sed non in hoc justificatus sum.* (I. Cor. IV. 4).

Como cometemos faltas en mil ocasiones, dice S. Basilio, no conocemos la mayor parte de nuestras ofensas. Cometemos muchos pecados que no creemos cometer, y por eso no mentimos llamándonos pecadores: *Cum in multis rebus offendimus omnes, majores offendimus partem ne intelligimus quidem. Multa delicta committit, que committere se non intelligit. Quare nihil ementitur eis, si te peccatorem appellaverit.* (In Psal. XXXIII).

Puesto que S. Pablo nos incita á trabajar para nuestra salvación con temor y estremecimiento, es evidente que nadie está seguro de tener la gracia y la perseverancia.

Escuchad el siguiente pasaje de los Proverbios: ¿Quién puede decir: Mi corazón es puro, estoy exento de pecado? ¿Quién puede decir: Mundum est cor meum; purus sum a peccato? (XX. 9).

3.° Debemos temer hasta por los pecados perdonados. No esteis sin temor por el pecado perdonado, dice el Eclesiástico: *De propitiato peccato noli esse*

sine metu. (v. 5). Y no añades pecado sobre pecado, diciendo: La misericordia del Señor es grande, y tendrá lástima de la multitud de mis iniquidades, porque su misericordia y su ira se contencen rápidamente, y su ira se dirige á los pecadores. (*Ibid.*, v. 6-7).

El Señor, dice S. Gregorio, no deja ningún pecado sin castigo; porque á los regulares herando, á Dios se le reserva para presentarlos en su tribunal y castigarlos: *Nullum peccatum Dominus inultus relaxat; aut cuius nos fecerit insequimur, aut ipse iudicando venietur.* (De Carit.)

4.º Hemos de temer, porque podemos caer. Venga cuidado de caer que está levantado, dice S. Pablo á los corintios: *Qui se existimat stare, videat ne cadat.* (I. Cor. 12)

No hay, dice S. Agustín, pecado cometido por hombre alguno, que no pueda cometer otro, si Dios le abandona. (De Carit.)

5.º Hemos de temer, porque ignoramos el momento de la muerte, y hasta como hemos de morir. El día del Señor llega como el ladrón, de noche, dice S. Pablo: *Dies Domini sicut fur in nocte, ita veniet.* (Thess. v. 2). Venire en el momento es que menos lo penseis, dijo Juanristo: *Qua hora non putatis.* (Luc. XII. 40).

6.º Hemos de temer á Dios, sobre todo por las seducciones de la carne. Señor, dice el Salmista, penetra mi carne con vuestro temor: *Conspice timore tuo carnem meam.* (LXXVIII. 131). Las asonadas de los sentidos son más temibles que todos los demás peligros.

7.º Hemos de temer al Señor por sus juicios. Vuestros juicios, dice David, llenan mi alma de terror: *A iudicis tuis timui.* (CXVIII. 120). Señor, dice el mismo profeta, no entres en juicio con vuestro siervo; porque ningún viviente será justificado en presencia vuestra: *Non iustus in iudicium cum terra tua, Domine, quia non iustificabilis in conspectu tuo omnis vivens.* (CXLIJ. 2).

8.º Finalmente, tenemos mil motivos para temer á Dios: 1.º La incertidumbre de la gracia... 2.º La incertidumbre de merecerla... 3.º Nuestra ignorancia; no vemos el fondo de nuestro corazón... 4.º Los juicios impenetrables de Dios, pues un secreto orgullo, una negligencia, un pecado solamente venial pueden ser causa de que Dios nos retire poco á poco su gracia; y permita que caigamos en los pecados mortales exponiéndonos á los peligros y á las tentaciones... 5.º Nuestra fragilidad... 6.º Nuestra inconsistencia... 7.º Tenemos enemigos muy fuertes, peñinos y muy astutos; estos enemigos son los demonios, el mundo y nuestra misma naturaleza... 8.º Estamos inculcos de nuestra perseverancia...

¿Quién no ha de temblar y temer una celda? Si los árboles vigorosos llegan á ser comidos por los tempestades, y el rayo los parte, ¿quién no debe ser al temor nuestro, cuando nosotros más que débiles cañas? Sin embargo, no hemos de desanimarnos nunca, ni desesparrar, ni llegar á los escarpados. El temor de Dios es el camino que conduce en derechura á la salvación; desesparrarse conduciendo á la infierno, y los escarpados son el purgatorio de la tierra.

Excelsencia y venja del temo de Dios.
Dice las Actas de los Apóstoles que la Iglesia de Dios se agrandaba, marchando en el temor del Señor: *Ecclesia multiplicabatur, ambulans in timore Domini.* (IX. 31).

Dios glorifica á los que le temen, dice el Real Profeta: *Timentes Dominum glorificat.* (XIV. 4). ¿Quién es el hombre que teme al Señor? El Señor le dirigirá por el camino que ha elegido: *Quis est homo qui timet Dominum? Legem statuit ei in via, quam elegit.* (XXIV. 12). Su alma gozará en paz de todos los bienes, y su posteridad tendrá la tierra por herencia: *Animus ejus in bonis demorabitur, et semen ejus hereditabit terram.* (XXIV. 13).

El Señor es el apoyo de los que le temen; les manifiesta su alianza (1).

Veá que el ojo del Señor está sobre los que le temen; librará su alma de la muerte, les alimentará durante el hambre (2). Temed al Señor, vosotros que sois sus santos; porque de nada carecen los que le reverencian (3). En el fondo de su corazón, el impío se ha animado á pecar, porque no está delante su vista el temor de Dios: *Dixit impius ut delinquat in senectute, non est timor Dei ante oculos ejus.* (Psal. XXXV. 4). El Profeta indica aquí las dos primeras raíces del pecado: la una en la voluntad, y la otra en la inteligencia.

Señor, añade el Salmista, habéis asegurado una herencia á los que temen vuestro nombre: *Defixit hereditatem timentibus nomen tuum.* (LX. 5).

La salvación de Dios está cerca de los que le temen: *Prope timentes eum salutare ipsius.* (LXXXV. 10).

Dios proluga su misericordia á los que le temen: *Corroboravit misericordiam eam super timentes.* (CII. 14). La misericordia de Dios descansa eternamente sobre los que le temen. Su justicia se extiende de generación en generación (4).

El temor de Dios es el principio de la sabiduría: *Initium sapientie timor Domini.* (Psal. CX. 10).

El Señor bendice á todos los que le temen: *Benedixit omnibus qui timent Dominum.* (Psal. CXIII. 13). Cumpla la voluntad de los que le temen, oye sus oraciones, y asegura su salvación: *Voluntatem timentium se faciet et depressionem eorum exaudiet, et solva faciet eos.* (Psal. CXLV. 19).

El Señor quiere á los que le temen: *Beneplacium est Domino super timentes eum.* (Psal. CLXVI. 11).

El temor, dice S. Basilio, es el introductor obligado de la piedad; pero pronto el amor le sucede, y conduce á la perfección á los hijos adoptivos del Señor. (*Homil. VIII. in Psal. XXXII.*)

Todos los bienes que puede desear el hombre, su deber, su dicha, su perfección y su fin, se encuentran en el temor de Dios. Temed á Dios y observad su ley, es todo el hombre: *Deum time, et mandata ejus observa: hoc est enim unicus homo.* (Eccle. XII. 13).

Dice el Exodo que Dios hizo prosperar las casas de las parteras de Egipto, porque temieron al Señor: *Quia timentur obediens Deum, edificavit eis domum.* (I. 21).

(1) *Firmamentum est Dominus timentibus eum, et testamentum ipsius ut manifestetur illis.* (Psal. LXXV. 14).

(2) *Ece vultu Domini super montem eum; ut eruat a nocte animas eorum, et aliat eos in fano.* (Psal. XXXV. 12-13).

(3) *Timentes Dominum omnes sancti ejus, quoniam non est inopia timentibus eum.* (LXXIII. 10).

(4) *Misericordia Domini ab eterno, et usque in eternum super timentes eum.* (Psal. CII. 17).

Si tenéis el temor del Señor, dice el primer libro de los reyes, os unireis al Señor vuestro Dios (1).

Temed al Señor vuestro Dios, y os librará de la mano de vuestros enemigos, dice la Escritura: *Dominum Deum vestrum timeat, et ipse eruet vos de manu omnium inimicorum vestrorum.* (IV. Reg. XVII. 39).

No te enustes, hijo mio, decía Tobías: es verdad que llevamos una vida pobre, pero seremos muy ricos, si temamos á Dios: *Noli timere, fili mi; pauperem quidem sumus, sed multa bona habebimus, si timerimus Deum.* (IV. 23).

El temor de Dios nos impide temer á nuestros enemigos, dice S. Ambrosio: *Dirigit timor terrarum a nobis expellit hostitem.* (Lib. I. Offic. c. III).

So dice de Judith que su celebridad se habia extendido por todas partes, porque temia mucho al Señor: *Erat hec in omnibus femineissima, quoniam timebat Dominum valde.* (VIII. 8). Por esto decía: Los que os temen, Señor, serán grandes en todo á vuestras ojos: *Quo timeat te, magni erunt apud te per omnia.* (XVI. 19).

El temor del Señor, dicen los Proverbios, es el principio de la sabiduría; pero los insensatos desprecian la sabiduría y la ciencia (2).

Pueden expresarse todos nuestros deberes en dos palabras: Temed á Dios: *Deum time.* (Ecccl. XII. 13).

El hombre empieza por temer el día del juicio, dice S. Agostin; este temor le lleva á corregirse de sus vicios, le hace vigilante con sus enemigos, le hace evitar el pecado, le vuelve á dar la vida interior, y le obliga á mortificar su carne (3).

El que anda por el camino recto, teme al Señor, dicen los Proverbios: *Ambulans recto timere, et timeas Deum.* (XIV. 2). Este temor saludable le inclina á no desviarse jamás del camino de la justicia, que es del agrado de Dios.

El temor del Señor es un principio de fuerza: *In timore Domini fiducia fortitudinis.* (Prov. XIV. 26). Dicen con S. Pablo los que temen al Señor: Si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros? *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* (Rom. VIII. 31).

El temor de Dios, dicen los Proverbios, es el manantial de la vida, y preserva de los ataques de la muerte: *Timor Domini fontis vitæ, ut declinet à rutina mortis.* (XIV. 27).

Pocos bienes con el temor de Dios valen más que un gran tesoro y la abundancia, dicen los Proverbios: *Melius est parum cum timore Domini, quam thesauri magni et inestimabiles.* (XV. 16).

¿De dónde viene esa gran fuerza del temor de Dios para destruir el mal? De que el temor de Dios extirpa de nuestro corazón las pasiones, añade san

(1) Si timueritis Dominum, eritis sequentes Dominum Deum vestrum. (XII. 14).

(2) Timor Domini principium sapientie, sapientiam atque doctrinam: stulti despiciunt. (I. 7).

(3) Cæpi timere diem iudicii, timendo corrigi: et signis aduersus hostes, unice peccata sua, incipitres vitio: interius et mortificare membra sua. (In Epist. S. Joannis, tract. 18).

Crisóstomo: *Timor Dei concupiscentias extirpat.* (Homil. in Epist. ad Hebr.) Es cierto que las pasiones son la raíz de todos los males.

Todo hombre que tiene el temor de Dios, se aparta del pecado, dice la Escritura: *Per timorem Domini declinat omnia à malo.* (Prov. XV. 27).

El temor del Señor lleva la vida: *Timor Domini ad vitam.* (Prov. XIX. 23).

El temor de Dios es el fin que se propone la humildad; es la riqueza, la gloria y la vida: *Finis modestie timor Domini, desitit, et gloria, et vita.* (Prov. XXII. 4).

No aprendido con certidumbre, dice S. Bernardo, que nada es comparable á la humildad y al temor de Dios para merecer, conservar y recobrar la gracia (1).

Escribiendo á Oger, el mismo Santo se expresa así: El temor que trato de inspiraros no es el que conduce á la desesperación, sino el que da la esperanza de la felicidad.

Santo Tomás se expresa como el ilustre Hipona: *Quanto magis se amat à Deo, magis se teme el castigo: Quanto aliquis magis diligit Deum, tanto in seipso timet peccatum.* (De Peccat.).

El temor de Dios destruye los vicios y las pasiones... Donde no existe el temor de Dios, dice el venerable Beda, allí reina el pecado; pero donde está el temor de Dios, se encuentra el reino de Dios y de la santidad: *Ubi non est timor Dei, ibi regnum est peccati; ubi vero est timor Dei, ibi est regnum Dei et sanctitatis.* (In Sentent.).

Conservad el temor del Señor, y envejeced con él, dice el Eclesiástico: *Serua timorem illum, et in illo veterasce.* (II. 6). Vosotros que teméis al Señor, esperad su misericordia. Vosotros, que temen al Señor, creed en él, y vuestra recompensa no será perdida. (Ibid. II. 7-10).

Los que temen al Señor guardarán sus mandamientos, y conservarán la paciencia hasta el día del juicio. (Ibid. II. 21).

La primera de las gracias es el temor de Dios, dice S. Bernardo; si que lo recibe y crede á sus inspiraciones, destaza toda impiedad; porque escrito está: *El temor del Señor aborrece el mal; y también: Temed al Señor, y alejados del mal.* Se dice de Job que era un hombre temeroso de Dios, que se apartaba del mal. Sin aquella gracia, que es el principio de la piedad, ningún bien se desarrolla ni se multiplica. Como la falsa seguridad es el manantial de todas las iniquidades, el temor del Señor es el principio, la base y la custodia de todos los bienes. (De Don. S. Spirit. c. I.).

El temor de Dios es toda la salubridad, la contiene enteramente, dice el Eclesiástico: *Omnis sapientia timor Dei.* (XIX. 18). Nada es mejor que el temor de Dios: *Nihil melius est quam timor Dei.* (Ecccl. XXIII. 37). Grande es el que ha encontrado la sabiduría y la ciencia; pero no está sobre el hombre que teme al Señor: *Quam iniquus qui invenit sapientiam et scientiam! sed non est super insipientem Dominum.* (Ibid. XXV. 13). El temor de Dios es supe-

(1) In veritate didici et equi edidici esse ad gratiam promerendam, retinendam, recuperandam, quam si unquam tempore curavi: Deo inveniatis non aliam spem, sed timere. (Serm. LV. In Cant.).

rior á cualquiera otro bien: *Timor Dei super omnia se superponit.* (Ibid. XXV. 14).

El que teme al Señor, dice la Escritura, recibirá su enseñanza: *Qui timet Dominum, accipiet doctrinam ejus.* (Eclii. XXXI. 18). El mal no vendrá al encuentro del hombre que teme al Señor, sito que en la tentación Dios le conservará y le librará del mal: *Timentis Dominum non occurrunt mala, sed in tentatione Deus illum conservabit et liberabit a malis.* (Ibid. XXXIII. 1).

El temor de Dios, dice la Escritura, es como un Paraíso de bendición lleno de una gloria superior á toda gloria. (Eclii. XI. 28).

El temor es el áncora del corazón, dice S. Gregorio: *Ancora cordis est castitas timoris.* (Lib. VI. Moral. c. XXVIII).

El temor del Señor es el custodia de las virtudes, dice S. Jerónimo: *Timor virtutum custos est.* (Ad. Fabiol. de XLII. Mansion).

El temor es el fundamento de la salvación, dice Tertuliano: El temor nos pone en guardia, y poniéndonos en guardia, nos salvamos. *Timor fundamentum est salutis: timendo, credebimus; cretendo, salvi erimus.* (Lib. de Cultu temm.)

El temor de Dios, dice S. Crisostomo, nos hace firmes é inquebrantables; proporcióna tal alegría, que nos hacemos insensibles á todos los males; porque, temiendo á Dios como merece, y confiando en él, se adquiere el principio mismo de la dicha y el manantial de toda alegría (1).

Qué grandes son, exclama el Real Profeta, qué grandes son, Señor, los bienes que habéis reservado á los que os temen! *Quam magna multitudo dulcedinum tuorum Domine, quam abscondisti timentibus te!* (XXX. 20). O vosotros que teméis al Señor, alabadle por vuestra dicha: *Qui timentis Dominum, laudate eum.* (Psal. XX. 24).

Dichoso el hombre que teme al Señor; tendrá placer en observar sus mandamientos: *Beatus vir qui timet Dominum, in mandatis ejus vult vivere.* (Psal. CXI. 1). Su posteridad será poderosa en la tierra, y Dios la bendecirá: *Potens in terra erit semen ejus, generalis rectorum benedicetur.* (CXI. 2). Tendrá en su casa gloria y riquezas, y su justicia subsistirá en todos los siglos: *Gloria et divitiae in domo ejus; justitia ejus manet in seculum seculi.* (CXI. 3).

Dichosos los que temen al Señor y andan en sus vias: *Beati omnes qui timeant Dominum, qui ambulat in viis ejus!* (Psal. CXXXVIII. 1).

Sao Ilhara, según cuenta S. Jerónimo, decía al morir: Sal, qué temes, ó alma mía! Hace ya cerca de setenta años que sirves á Jesucristo con temor; alégrate.

Dichoso el hombre que teme siempre; dicen los Proverbios: *Beatus homo qui semper est perdidus.* (XXVIII. 14).

El que teme al Señor, dice el Espíritu Santo, hallará al bienestar en su último día: *Timentis Dominum bene erit in extremis.* (Eclii. I. 13).

(1) Dei timor stabilis est et immotus; atque totam omnium beatitudinem, et multos alios alicujus malorum sensus capiat. Deum enim, sicut oportet, timens, et in ipso confidenter voluptatis vulgicem lucrales est, et omnem habet laetitiam fructum. (Ibid. XVII. ad pop.)

Dichoso el hombre á quien ha sido dado tener el temor de Dios. ¿A quién puede compararse el que lo posee? (Ibid. XXV. 15).

Estad siempre en el temor del Señor, dicen los Proverbios; la esperanza será vuestra herencia en la muerte, y vuestra dicha no se os arrobstará (1).

Los medios que hemos de emplear para adquirir el temor de Dios, son:

1.° Mantenernos en presencia de Dios... 2.° llevar buena vida. Con una buena vida, dice S. Agustín, nos procuramos una buena conciencia y no tenemos ningún castigo. El que no quiera temblar un día de espanto, aprenda á temer ahora; aprenda, durante algún tiempo, á estar lleno de sobriedad el que quiere conservar la seguridad. A medida que nos acercamos á la patria, el temor disminuye. El del viñero debe ser grande; el del hombre que se levanta en el horizonte los muros de la ciudad santa, es menor; el elegido á quien se abre en sus puertas, no tiene ninguna (2). 3.° La sabiduría da nacimiento al temor, dice S. Ambrosio, la inteligencia ilumina, los consejos la dirige, la virtud la fortalece, la ciencia la gobierna, y la piedad la embellece: *Timor infirmatur per sapientiam, instruitur per intellectum, consilia dirigitur, virtute firmatur, cognitione regitur, pietate decoratur.* (Lib. I. Offic.)

Medios de adquirir el temor de Dios.

(1) In timore Domini est bona dies; quia habebit spem in nos in omni et presentis et futuri saeculi. (XXVIII. 17-18).

(2) Per bonam vitam bona conscientia comparatur; et per bonam conscientiam nulla peccata timeatur. Quapropter dicitur timere, qui non vult timere; dicitur ad tempus esse sollicitus, qui semper vult esse securus. Tanto minor fit timor; quanto patria, que tendimus percipit. Major enim timor debet esse peregrinationum, minor propinquantium, nullus persequentium. (Lib. XIV. de Civit. c. IX.)

Dicha que provee
quiere á
temor de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TENTACIONES.

Por que ha
remitido des-
cristo que el de-
monio lo tent-
e.

Jesús, dice el evangelista S. Mateo, fué conducido por el Espíritu al desierto para que el demonio le tentase: *Jesus ductus est a Spiritu (Sancto) in desertum, ut tentaretur a diabolo.* (IV. 1).

Quiso Jesucristo ser tentado: 1.º para enseñarnos a resistir á las tentaciones, y cohercernos de que hemos de ser experimentados para salvarnos...; 2.º para enseñarnos que la tentación no es un pecado...; 3.º para probarnos que con la gracia se pueden vencer todas las tentaciones...; 4.º para manifestarnos que es nuestro hermano...; 5.º para potencizarnos que ha cargado con nuestras misérias...; 6.º para decíarnos que hemos de prepararnos á todas las tentaciones y esperanzas...; 7.º Quiso ser tentado para vencer al demonio...

Jesucristo ha sido tentado, y vencedor Jesucristo, fuésemos nosotros también vencedores: *Itco tentatus est Christus, nos vincatur a tentatore Christianus; ut ille vicente, nos quoque vinceremus.* (In Psal. XC).

Este Santo no
sólo se tentó
de tentaciones,
sino costó más
tentado que los
santos.

Se ha dado á mi carne un aguijón, el ángel de Satanás, que me abofeta, dice el Gran Apóstol: *Datus mihi stimulus carnis, angelus Satanae qui me colaphizat.* (II. Cor. XII. 7). Y exclamaba: ¡Qué desgraciado soy! ¡Quién me librará de este cuerpo de muerte! *Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis hujus!* (Rom. VII. 24). Veo en mis miembros otra ley que combate la ley de mi espíritu, y me cautiva bajo la ley del pecado, que está en mis miembros. (Rom. VII. 23).

Los justos son tentados como los demás hombres, dice la Sabiduría: *Tentati justos tentatio.* (XVIII. 20). No son los boques vicios los que temen á los piratas, dice S. Crisóstomo, sino los que están cargados de oro, de plata y de piedras preciosas: de la misma manera el demonio no atormenta fácilmente al pecador, sino más bien al justo, en quien se hallan grandes riquezas en virtudes y en méritos (1).

Cuando adelantos en virtud, dice S. Gregorio, los espíritus malos siempre llenos de cruel envidia contra los que practican el bien, tratan de tentarnos más: *Cum altiori vita proficimus, maligni spiritus, qui semper bene agentibus invident, nobis infestiores sunt.* (Lib. XXIX. Moral).

A medida que el ardor de obrar bien aumenta, dice el venerable Beato, el deseo furioso de tentarnos ó impedirnos practicar la virtud crece en los espíritus inmundos: no cesan de prepararnos emboscadas por todas partes. (In lib. I. Reg.).

(1) Sicut naviga tacus non caventur piratas, sed onusta auro, argento, et lapidibus pretiosis: sic et diabulus non facile persequitur peccatorem, sed justum potius, ubi multus sunt opes, id est, virtutes et merita. (Houll. IV. in Isai.)

Así el Espíritu Santo advierte á las almas fieles que se precavan contra los ataques de los espíritus malignos. Hijo mio, así que quieras servir al Señor, permanezca en la justicia y en el temor, y prepara vuestra alma á la tentación: *Fili, accedens ad servitatem Dei, sit in iustitia et timore, et prepara animam tuam ad tentationem.* (Eclii. II. 1).

San Hilario de Poitiers nos dice: Los demonios tentan más á los Santos, porque su triunfo es extraordinario, si pueden vencerlos: *In sanctiflora nobis maxime diaboli tentamenta grossantur: victoris ei est nimis exoptata in Sanctis.* (In c. IV. Math.).

Entenio añade: Allí donde el demonio, que es no ladrón, ve riquezas espirituales, allí dirige su ejército y sus armas: *Ubi divites videt, ibi aciem ex adverso instruit.* (In c. VI. Math.).

Por esto compara S. Crisóstomo los demonios á los piratas que se lanzan con una audacia y un furor tanto mayores, cuanto más cargado va el buque que acometen. (Homil. XXXI. in Genes.).

Comprendamos bien, dice S. Leon, que cuanto más nos dedicamos á nuestra salvación, con mayor impetuosidad se arrojan sobre nosotros nuestros adversarios: *Intellegamus quanto studiosiores pro nostra salute fuerimus, tanto nos vehementius ab adversaria impetenda.* (Serm. I. de Quadrag.).

Jamás cesan las pruebas de la persecución mientras se practica la virtud, añade el mismo Santo: *Nunquam desit tribulatio persecutio, si nunquam desit observantia pietatis.* (Serm. IX. de Quadrag.).

Va lo predijo Jesucristo: Seréis odiados por todos los hombres á causa de mi nombre: *Odi eritis omnibus gentibus propter nomen meum.* (Math. XXIV. 9). Si el mundo os aborrece, sabed que me ha aborrecido primero. Si hubiérais sido del mundo, el mundo amaría lo que es suyo; pero, porque no sois del mundo y no ha escogido de en medio del mundo, por esto os aborrece el mundo. Acertados de la palabra que os he dicho: El siervo no es mayor que el amo. Si me han perseguido, os perseguirán también. (Joan. XV. 18-20). Seréis oprimidos en el mundo: *In mundo pressuram habebitis.* (Joan. XVI. 33).

Podemos ser mártires sin la cuchilla, dice S. Gregorio, si tenemos paciencia en las tentaciones. (Moral).

La Escritura compara la tentación á un tizón. (Luc. XXI. 31). El tizón se para el trigo del mal grano y de la paja; el buen grano se queda, el gran mallo cae y desaparece; así los verdaderos fieles, los justos resisten á las tentaciones, mientras que los cobardes, los pecadores y los impíos sucumben y caen en el infierno...

Las tentaciones se suceden como las olas á las olas, los vientos á los vientos, el eslabón de una cadena á otro eslabón; y muchas veces se experimentan varias tentaciones á la vez.

La tentación comprende también las aflicciones, las tribulaciones y las pruebas...

La prosperidad es también una tentación peligrosa; la elevación, el honor y la alabanza son tentaciones terribles...

Hay tentaciones del demonio, del mundo y de la carne...

La tentación es una prueba que distingue el bueno del malo.

Hay varias clases de tentaciones: son frecuentes, y muchas veces terribles.

Se llama propiamente tentación todo lo que solicita al hombre al pecado...

Hay tentaciones que no hacen cometer más que un solo pecado; otras hacen cometer muchos á la vez, como la tentación de Adán y de Eva, que contenía en sí el orgullo, el descontento, la curiosidad, la fe en las palabras de la serpiente, la desobediencia y la gula.

Siempre que hemos vencido á semejantes enemigos, dice S. Gregorio, hemos de estar necesariamente dispuestos á vencer á otros: *Quíntes nites hostes vincimus, necesse est ut aliorum devincenda certamina preparemur.* (In Job.)

Bien el Apocalipsis que el dragón, es decir, Satanás, se fué, lleno de ira, dispuesto á hacer una guerra cruel é incesante: *Et intentus est draco, et noni fuerit proclium.* (XII. 17.)

Cobardía, mentira, habilidad, promesas, furor, crueldad y malicia, todo lo emplea el maligno espíritu...

Quando solo, ó con todas sus legiones, no puede triunfar, Satanás llama en su auxilio á los demonios encarnados, es decir, á los escandalosos y corruptores... Llama en su auxilio á las tres concupiscencias de que habla S. Juan, (I. II. 16.)

Nozidad de las tentaciones.

Nuestra vida en este desierto no puede pasar sin tentaciones, dice S. Agustín, porque nuestro adelanto espiritual se verifica por la tentación; no podemos conocerlos sino por la tentación; no podemos ser coronados sin haber vencido; no podemos vencer sin combate, y no podemos combatir sin enemigos ni tentaciones (1).

No hay victoria sin combate, dice S. Cipriano: *Nisi processerit pugna, non potest esse victoria.* (Lib. de Mortalitate.)

No hay grandes obras de virtud sin las pruebas de las tentaciones, dice san León; la fe se confirma con las agitaciones, no hay combate sin enemigo, y no hay victoria sin llegar á las manos. Si queremos triunfar, es preciso combatir (2).

Soldado de Jesucristo, soy demasiado delicado, dice S. Crisóstomo, si creéis vencer sin lucha y triunfar sin batidos: *Delicatus es, miles, si putas te posse sine pugnare, sine certamine triumphare.* (Serm. de Mart.)

El día que el ángel de la llama, dice S. Crisóstomo; y el combate precede á la victoria. Hacia del triunfo de Jesucristo en el último día, habrá la tentación del Antecristo. (Serm. de Mart.)

Porque eras agradable al Señor, dijo el ángel á Tobías, ha sido preciso que fuérais experimentado por la tentación: *Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te.* (XII. 18.)

(1) Vita nostra in hac peregrinatione non potest esse sine tentatione, quia profectus non habet, per tentationem asserimus illi nos esse sibi quisque immolesci, nisi tentare nos potest occurrere, nisi vicari; nec potest vincere nisi contriventi, non potest certare nisi inimico; et tentationes habuerit. (In Psal. LXX.)

(2) Nulla sunt sine tentationum experimentis opera virtutum, nulla sine perturbationibus fides, nullum sine hoste certamen, nulla sine congressione victoria. Si volumus superare, pugnamus est. (Serm. I. de Quinque.)

El reino de los Cielos sufre violencia, dice Jesucristo, y solo por violencia puede arrobetarse: *Regnum Caelorum vii patitur, et violenti rapiunt illud.* (Math. XI. 12.)

Por muchas tentaciones hemos de entrar en el reino de Dios, dice el gran Apóstol: *Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei.* (Act. XIV. 21.)

¿Quién es poderoso y valiente? El que combate las tentaciones y las vence... El bienaventurado Pablo, dice S. Crisóstomo, veía cada día que montañas de tentaciones se desplomaban sobre él, y se alegraba, se conducía como si se caudiesen en hubiese llamado en medio del Paraíso. (Homil. I. in II. ad Cor.)

El mejor y el más grande de los reyes es el que puede mandar á sus pasiones, dice Socrates: *Optimus rex est qui suis affectibus imperare potest.* (In Platarch.)

Hay heroísmo en vencer las tentaciones... Hay vergüenza y cobardía en dejarse vencer...

Si Dios está por nosotros, ¿quién con ventaja luchará contra nosotros? dice el Gran Apóstol: *Si Deus pro vobis, quis contra vos?* (Rom. VIII. 31.) Todo lo puede en el que me mortifica: *Quia non possum in eo qui me confortat.* (Philipp. IV. 13.)

En voluntad valiente y en resistencia fuerte, se caudales en vencer las tentaciones.

Pueden vencerse las tentaciones con el auxilio de Dios.

Dios nos assiste en lo fuerte del combate. El que da la voluntad, da el poder para ser cooperadores de sus obras; y podemos decir con el Salomista: Dios es mi luz y mi salvación; ¿á quién he de temer? Dios es el protector de mi vida; ¿quién me hará temblar? *Dominus illuminatio mea et salus mea: quem timebo? Dominus protector vita mea: á quo trepidabo?* (XXVI. 1.)

Desco, dice el gran Apóstol á los corintios, que no os sucedan más que tentaciones humanas y ordinarias. Dios es fiel, y no sufrirá que seas tentado sobre vuestras fuerzas; sino que hará también que salgais de la tentación para que podáis permanecer firmes: *Tentatio vis non apprehendat nisi humana: fidelis Deus est, qui non patietur vos tentari supra in quod poteris; sed faciet etiam cum tentatione proventum, ut possitis sustinere.* (I. X. 13.)

Todas las naciones, dice el Real Profeta, se han armado contra mí, y en nombre del Señor venceré: *Omnes gentes circumveniunt me; et in nomine Domini quo vult sum in eos.* Me han rodeado por todas partes, y en nombre del Señor venceré: *Circumdantes circumdederunt me, et in nomine Domini quo vult sum in eos.* Se han arrojado sobre mí como un conjunto de abejas; y en nombre del Señor venceré: *Circumdederunt me sicut apes, et in nomine Domini quo vult sum in eos.* Mis enemigos me han empujado para precipitarme en el abismo; pero el Señor me ha sostenido: *Impulsus aversum sum, ut caederem, et Dominus suscepit me.* El Señor me ha sostenido; el Señor es mi fuerza y mi gloria, y ha venido á ser mi salvador: *Fortitudo mea et vita mea Dominus, et factus est mihi in salutem.* Gritos de alegría y de victoria resuenan en la tienda de los justos: *Vox exultationis et salutis, in tabernaculis iustorum.* La diestra del Señor ha desplegado su fuerza, la diestra del Señor me ha herido, la diestra del Señor ha señalado su poder: *Dextera Domini fecit virtutem, dextera Domini exaltavit me, dextera Domini fecit virtutem.* (Psal. CXVII. 10-16.)

Marchareis, dice en otra parte el mismo profeta, sobre el lípid y el basilisco, y humilláreis á vuestros piés al león y al dragón: *Super aspidem et basiliscum ambulabitis, et conculcabis leonem et draconem.* (XG. 13).

No tenemos un pontífice que no pueda participar de vuestras enfermedades, dice el gran Apóstol, sino un pontífice que ha sido tentado y experimentado en toda para ser semejante á nosotros, si se exceptúa que está libre del pecado: *Non habemus pontificem, qui non possit committi infirmitatibus nostris, tentatum autem per omnia pro similitudine atque peccato.* (Hebr. IV. 15).

El Señor, dice el apóstol S. Pedro, sabe librar á los justos de las tentaciones: *Novit Dominus piose tentatione eripere.* (H. II. 9). Ejemplo de esa verdad son Noé, Lot, Abraham, Jacob, José, Moisés, David, Susana, Daniel, Esteban y Marthanes, Judih, Jael, Tobias, Jódas Macabeo, Pedro, etc...

Con razón dice el Salmista: Grandes tentaciones están reservadas á los justos; pero el Señor los librará de todos los males: *Multa tribulationes justorum, et pro eo omnia liberabit eos Dominus.* (XXXIII. 20).

Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza, dice el Rey Profeta; en las tentaciones hemos encontrado en él un poderoso auxilio. Por esto estaríamos sin temer aun cuando la tierra se turbase, y aun cuando las montañas cayesen en medio del mar: *Deus salutar refugium et virtus, adiutor in tribulationibus, qui circumvenit nos inimici. Propter hoc non timebimus dum turbabitur terra; et transferentur montes in cor maris.* (XLV. 1-2).

Los soldados de Jesucristo no son menos victoriosos de las tentaciones huyendo, que resistiendo al choque y quedándose firmes en el terreno.

Dios, dice el Salmista, es mi escudo delante de mis enemigos: *Turris fortitudinis a facie inimici.* (LX. 3). Levántese Dios, exclama, y disipase sus enemigos; huyan de su presencia los que le aborrecen: *Exurgat Deus, et dissipentur inimici eius; et fugiant qui oderant eum, a facie eius.* (LXVII. 1). Así como se desvanece el humo y la cera se derrite delante de la llama, desaparecen los perseguidores delante del Señor: *Sicut deficiit fumus, deficiant; sicut fluit cera forte ignis, sic pereant peccatores a facie Dei.* (LXVII. 2). Quélen estos tentadores cubiertos de confusión y de vergüenza, ellos que atacan á mi alma; huyan y avergüenense los que quieren mi ruina: *Confundantur et recedant, qui querunt animam meam; avertantur retrorsum, et erubescant qui voluit mihi malo.* (LXIX. 3-4).

Aun cuando ejércitos enteros se acampasen al rededor mio, mi corazón no temerá, dice el Salmista. Aun cuando se diese la señal del combate, no estremerá de esperanza. El Señor me ha establecido sobre una peña, y me ha elevado sobre mis enemigos: *Si consistant aduersum me castra, non timebit cor meum; si circumgesserint me exercitus, in hoc ego sperabo.* (XXVI. 3-4).

Bajo vuestra guardia, ó Dios mio, atravesaré los campos enemigos; con vos atravesaré las murallas: *In te erigimur a tentatione, et in Deo meo transgredimur murum.* (Psal. XVII. 30).

¿Quién es el fuerte, si no es nuestro Dios, el Dios que me ha revestido de fuerza? Ha instruido mis manos para el combate, y ha armado mi brazo con mi arco de bronce. Perseguiré á mis enemigos, los abatiré, y no volveré sino despues de haberlos visto derrotados. (Psal. XVII. Passim.)

Al hallarse David en presencia del gigante Goliath, le dijo: Vienes huirá mi con la espada, la lanza y el escudo; pero yo vengo hacia ti en nombre del Señor de los ejércitos. Y hoy el Señor te hará caer bajo mi mano, y te horriré, y te cortaré la cabeza. (I. Reg. XVII. 45-46).

Así es, dice S. Agustín, y no de otra manera, y jamás de otra manera, como se derrota al enemigo. El que pretende combatir con sus propias fuerzas, está ya vencido aun antes de empezar el combate: *Sic, sic, aliter non, omnino aliter non proletratur inimicus. Qui pugnat vicibus suis, antequam pugnet, ipse prosternitur.* (De Morib.)

Confía en Dios, él te librará, dice el Eclesiástico: *Credo Deo, recuperabit te.* (II. 6).

Señor, exclama Esauquis, mis enemigos me oprimen, respóndeme por mí: *Domine, cum pueror, responde pro me.* (Isa. XXXVIII. 14).

Dios, dice S. Agustín, no manda lo imposible; sino que mandando os advierte que hagáis lo que esté en vuestra mano y que pidáis lo que no podéis hacer; y os ayuda para que podáis hacer lo que es difícil: *Deus impossibilia non jubet, sed iubendo monet, et facere quod possis, et petere quod non possis; et adiuvat ut possis.* (Lib. de Natura et Gratia, c. XLIII).

MI yugo es dulce, y ligero mi peso, dice Jesucristo: *Iugum meum suave est, et onus meum leve.* (Math. XI. 30).

Señ amiguo á Dios, resistid al demonio, y huirá de vosotros, dice el apóstol Santiago: *Substiti stote Deo, resistite diabolo, et fugiet a vobis.* (IV. 7).

Te colocaré delante de tus enemigos como un muro de bronce, un muro impenetrable, dice el Señor á Jeremías; se levantarán contra ti, y no prevalecerán, porque estoy contigo para salvarte y librarte. Y te arrancaré de las manos de los malvados, y te rescataré de la mano de los fuertes (1).

El que consiente á la tentación, y no el que siente es el que suenbe, dice S. Agustín: *Qui consentit, non qui sentit, inducitur in tentationem.* (De Natura et Gratia).

Dice el Apocalipsis que el dragón se halla en la arena del mar: *Draco stetit supra arenam maris.* (XII. 17-18). Estas palabras significan que el tentador prevalece contra los hombres de la tierra carnales, pereceros, inconsistentes é imprudentes...

No diga nadie que Dios le tiemta, cuando se sea tentado, dice el apóstol Santiago; porque Dios no nos lleva al mal, no tiemta á nadie; todos somos tentados por la concupiscencia, que nos arrastra y nos fascina (2).

Dios, dice S. Fulgencio, no es el autor de lo que castiga: *Deus non est auctor eorum quorum est ultor.* (Lib. Vad Monimum). Permite las tentaciones para experimentar; pero no es la causa ni el autor de ellas, ni quiere que sucumbamos...

(1) Dabo te in manus horum, factum; et bellatum aduersum te, et non prevalebit; quon ego locum sum ut salveris, et eorum te, dicit hominis. Et liberabo te de manu pessimorum, et redimam te de manu fortium. XV. 20-21.

(2) Remo, cum tentatur, dicat, quomodo a Deo tentatur. Deus auctus tentatorum malitiam est; ipse autem succumbit tentat. Insuperque vari tentatur a concupiscentia sua, abstinens et ductus. (I. 13-14).

Facilidad de vencer las tentaciones.

¿Quién es el que suenbe á la tentación?

Dios no tiemta á nadie.

Vocales de las tentaciones.

Creed que tenéis gran motivo de alegraros, hermanos míos, cuando sois objeto de diversas tentaciones, dice el apóstol Santiago, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce la paciencia: *Omne gaudium existimite, fratres mei, cum in tentationibus variis incidieritis; scientes quod probatio fidei vestre patientiam operatur.* (I. 2.)

Habéis experimentado mi corazón, Señor, dice el Rey Profeta y me habéis visitado; me habéis hecho pasar por el fuego de la tentación, y la iniquidad no se ha hallado en mí: *Propterea cor meum visitasti, igne me examinasti; et non est inveniata in me iniquitas.* (XVI. 3.)

La tentación borra el pecado y humilla.

Es lo que dice el apóstol S. Pablo: A fin de que la grandeza de las revelaciones no me eleve, tiene mi carne un aguijón, el ángel de Satán, que me azoeta: *Et ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis mei, angelus Satanae, qui me colaphizat.* (II. Cor. XII. 7.)

El oro y la plata, dice el Eclesiástico, se purifican con la llama; pero los hombres que Dios acepta, pasan por el fuego de la humillación: *Quoniam in igne probatur aurum et argentum, homines vero receptibiles in camino humilitationis.* (II. 5.)

La naturaleza de las tentaciones, dice S. Crisóstomo, tiene por efecto ordinario hacernos salir de nuestra indolencia, comunicándonos más terror: *Demonstrat nos expurgare facere metum, et religiosiora facere tentationum natura.* (Homil. XIV. ad 167.)

La tentación experimenta la virtud, la fortifica y la conserva.

La mejor custodia de las virtudes, dice S. Gregorio, es la enfermedad física o moral. Los elogios progresan en la virtud por la tentación, y Dios conviene en gloria sólo lo que el demonio les prepara para su ruina (1).

El horno prueba los vasos del altar, dice el Eclesiástico, y la tentación con las tribulaciones es la prueba de los hombres justos: *Vasa signati probant furnum, et homines justos tentatio tribulationis.* (XXVII. 6.)

La virtud se marchita cuando no tiene adversario, dice Catón: *Maree sine adversario virtus.* (Anton. in Malis.)

Dios, dice la Sabiduría, los probó con mil tentaciones, y los encontró dignos de él: *Deus tentavit eos, et invenit illos dignos se.* (III. 5.)

En vuestra lucha, dice S. Crisóstomo, el Señor ataca, el Señor combate, el Señor es victorioso, y se es atribuye la victoria.

Vuestro combate es el de Dios; vuestro combate es el combate de Jesucristo. ¿Qué teméis, por qué tembláis, como si tuvieseis que vencer con vuestras propias fuerzas? Tomad las armas, marchad á la guerra, combatid valientemente, á fin de que el que jamás es vencido esté con vosotros (2).

(1) Optima virtutis custodia est infirmitas, vel pressuratio, vel tentatio. Ebert in tentatione proficit; et quod eis diaboli preparat ad ruinam, hoc Deus eis convertit in gloriam. (Lib. III. Moral. c. 33.)

(2) In tua pugna Dominus congredditor, Dominus dimicat, Dominus prolequitur, et victoria tibi adscribitur. Certamen tuum Dei certamen est; pugnam tuam Christi est prolequitur, quid temeris? quid tremas? quasi tua virtute desinas? Psychode arma, procedo in bellum, fortiter dimice, ut dimicanti abili illo qui vincit non noxii. (Epist. ad Mart.)

Dios, dice la Escritura, prueba á sus elegidos como el oro en el horno: *Tanquam aurum in fornace probabit illos.* (Sap. III. 6.)

La tentación es el aguijón de la esperanza y de las oraciones, porque el hombre que está afligido y en peligro de sucumbir, se ve obligado por la tentación á acudir pronto á Dios para obtener su auxilio y su gracia, sin la que conoce que no puede vencer y que sería ciertamente vencido. Entónces dice con Isaias: Venid, Señor, en mi auxilio; mi enemigo me hace violencia: *Domine, vim patior, responde pro me.* (XXXVIII. 14.) Y con el Salmista: Apressaos, Señor, á venir en mi auxilio, apresuraos á socorrerme: *Deus, in adiutorium meum intende; Domine, ad adjuvandum me festina.* (LXIX. 1.)

Estad llenos de esperanza, dice Jesucristo: he vencido al mundo: *Confidete; ego vici mundum.* (Joan. XVI. 33.) Entónces, como los apóstoles á punto de ser sumergidos, exclamamos: Señor, sálvanos, que perecemos: *Domine, salvemur, perimus.* (Matth. VIII. 25.) Entónces Jesús se levanta, dá sus órdenes á los vientos y al mar, y sucede una gran calma: *Tunc surgens, imperavit ventis et mari, et facta est tranquillitas magna.* (Matth. VIII. 26.)

Dios está á lado de los suyos cuando son tentados. Está allí para protegerlos, ayudarlos y confirmarlos; á tenor de las palabras del Salmista: Estoy con él en la tentación, le arrancaré de ella, y le glorificaré. *Cum ipso sum in tribulatione; eripiam eum, et glorificabo eum.* (XC. 15.)

Saré para él una muralla que le rodeará, dice el Señor por medio del profeta Zacarías: *Ero ei murus in circuitu.* (II. 5.)

La tentación nos ilumina, nos hace circunspectos, y nos da experiencia. Porque, dice el Eclesiástico, qué sabe el que no es tentado? *Nam, qui non est tentatus, quid scit?* (XXXIV. 9.)

No hay mejor prueba de haber vencido á los demonios, dice S. Juan Glimaco, que cuando nos atacan con furor, porque, si les resistís fuertemente os atacan con rabia (1).

Las fuertes tentaciones, dice S. Crisóstomo, son una prueba cierta de que Dios tiene especial cuidado de nosotros, puesto que purifican nuestros pecados y nos dan ocasión de ejercitarlos en el combate. No nos entristezcamos, pues, en las tentaciones, y hagamos lo que el Apóstol, que decía: *Gaudete in passionibus.* (Homil. III. in Genes.)

Un gran combate en las tentaciones proporciona una gran gloria, no una gloria humana y pasajera, sino una gloria divina y eterna, dice S. Agustín: *Magnum certamen magnum comparat gloriam, non humanam, nec temporalem, sed divinam et sempiternam.* (In Psal.)

Cuando sois tentados, dice S. Ambrosio, sabed que se os prepara la corona inmortal: *Quando tentaris, cognosce quia paratur corona.* (Io. c. IV. Luc.)

La lucha cuesta, dice S. Bernardo, pero es ventajosa; porque, si se dice al trabajo, se tendrá también la corona. Aunque se sienta la tentación, no da-

(1) Nullum certum argumentum est, quod demones a nobis vici sunt, quam si nos accitine oppugnant; si enim illis omnino resistas fortissime, oppugnant te scitior. (Grad. XXXII.)

da; no hay mal donde no hay consentimiento; la resistencia en la lucha viene á ser una corona en la victoria (1).

Hud que el vencedor coma del fruto del árbol de la vida, dice el Señor en el Apocalipsis: *Vicenti dabo etere de ligno vite.* (II. 7). Daré al vencedor el maná nuevo: *Vicenti dabo manna abconditum.* (Ibid. II. 17).

Jesucristo antes de ir á la muerte, dijo á sus apóstoles: Vosotros habéis permanecido conmigo en mis tentaciones, y os preparo el reino como mi Padre me lo ha preparado; á fin de que comáis y bebáis en mi mesa en mi reino, y estéis sentados en tronos para juzgar á las doce tribus de Israel (2).

La prueba de las grandes almas, dice Alvarez, consiste en no temar el encuentro y los esfuerzos de los enemigos, en no entristecernos por las penas y las tentaciones, sino en alegrarnos (Trac. de Victor. tentat. c. II).

Ved á S. Antonio desgarrado y medio muerto por los demonios; ved como áun los provocaba diciendo: Yo soy Antonio, aquí me tenéis; no huyo de vuestros combates, por más crueles que sean, ninguno de vosotros me separará de la caridad de Jesucristo; y cantaba con el corazón lleno de alegría: *Ecce ego sum Antonius, non fugio vestra certamina, etiam si majora faciatis; nullus me separabit á caritate Christi.* (Ita S. Athanas. in ejus vita).

El primer medio de vencer las tentaciones consiste en no exponernos por culpa nuestra. No deis pié al demonio, dice S. Pablo: *Nolite locum dare diabolo.* (Ephes. IV. 27). Quien ama el peligro, en él perecerá, dice el Eclesiástico: *Qui amat periculum, in illo peribit.* (III. 27).

El segundo medio para resistir á las tentaciones y vencerlas es recordar las promesas del Bautismo y guardarlas fielmente.

El tercer medio es desconfiar de nosotros mismos. Tenga cuidado de no caer al que se cree firme, dice el gran Apóstol: *Qui se existimat stare, cadent ne cadat.* (I. Cor. X. 12). ¿Qué somos por nosotros mismos sino una débil caña?...

El cuarto medio es la soledad y la vigilancia. Sed amigos de la templanza y vigila, dice el apóstol S. Pedro, porque el demonio, vuestro adversario, da vueltas al rededor vuestro como un león rugiente que trata de devorar su presa: *Sobrii estote, et vigilate, quia adversarius vester, diabolus, tanquam leo ruggens, circuit, querens quem devoret.* (I. v. 8).

El quinto medio es resistir desde el principio de la tentación. Detend la enfermedad desde el principio, porque luego el remedio será inútil: *Principio obata; sero medicina paratur.*

Removamos la cabeza de la serpiente, dice S. Gregorio, cuando extirpamos de nuestro corazón el principio de las tentaciones: *Caput serpentis coeterimus, cum initio tentationis á corde extirpamus.* (Lib. I. Moral., c. XXXVIII).

El sexto medio de vencer las tentaciones es estar siempre prontos á com-

(1) *Molista est tacta, sed fructuosa; quia, si habet pernam, habebit et coronam. Non incedit unum ubi non est consuetudo; uno, quod resistentiam facit, vicentem coronat.* (De later. dyano).

(2) *Non estis qui permansistis mecum in tentationibus meis, et ego dispono vobis, sicut disposuit Pater meus, regnum, ut estis et bibatis super duodecim tribus Israel.* (Luc. XXII. 28-30).

batir y tener buenas armas... Fortifícase en el Señor y en su virtud omnipotente, dice S. Pablo. Armas con las armas de Dios, para que podáis resistir las emboscadas del infierno. Armas con las armas de Dios para que podáis vencer en el día de prueba. Sed firmes, cñándoos con la verdad y cubriéndos con la coraza de justicia, y calándoos en la preparación del evangelio de la paz, tomando en toda el escudo de la fe, para que podáis amortiguar todos los inflamados dardos del maligno espíritu. Tomad también el casco de la salvación, y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios; juntad á todo esto las instancias y las súplicas, siempre velando y orando sin descansar. (Ephes. VI. 10-18).

El séptimo medio consiste en acudir á Dios, recordar su presencia, temerle, y tener en él confianza.

Si el combate os llama, dice S. Cipriano, si el día de la guerra ha llegado, combatid valiente y constantemente, sabiendo que combatís delante de Dios. (Epist. ad Martir.)

Vayamos con confianza al trono de gracia, dice S. Pablo, para obtener misericordia y hallar en un sororito oportuno la gracia que nos es necesaria: *Adeamus cum fiducia ad thronum gratiæ, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuna.* (Hebr. IV. 16).

Hagamos con S. Agustín: Vos que nos habéis rescatado, cuándo vendreis á nosotros? *Quando veniet ad nos, qui redemisti nos? (Meditat.)*

Si lo confiamos siempre todo en las manos de Dios, dice S. Agustín, ningún demonio podrá acercarse y vencernos: *Si semper omnium manibus Dei committimus, nullus demonum ad expugnandum valeret accedere.* (Ita S. Athan. in ejus vita).

El Señor me ha oído cuando le he invocado, dice el Salmista: *Cum invocarem, exaudivit me Deus.* (IV. 4).

Señor, salvadme de todos los que me persiguen, y libradme: *Deus meus, auxilium me fac et quibus persequuntibus me, et libera me.* (Psal. XI. 1).

No se apodere jamás de mi alma, como un león, el demonio: *Negundo rapiat, at leo, animam meam.* (Psal. VII. 3). Guardadme, Señor, como la pupila del ojo, protegédme á la sombra de vuestros alas contra la presencia de los males que me persiguen: *Custodi me ut pupillam oculi, sub umbra alarum tuarum protege me, a facie impiorum qui me affixerunt.* (Psal. XVI. 8-9).

Invocadme en el día de la angustia, dice el Señor; os libraré, y me hincais: *Invoce me, in die tribulationis; eruum te, et honorificabo me.* (Psal. XLIX. 15).

Levántese Dios, y disperse sus enemigos: *Exurgat Deus, et dissipentur inimici ejus.* (Psal. LXXVII. 2).

Despertad, Señor, vuestro poder; venid, salvadnos: *Excita potentiam tuam et veni, ut induas facies nos.* (Psal. LXXIX. 3).

Al mano será su apoyo, y mi brazo le fortalecerá: *Manus enim mea unclabitur ei; brachium meum confortabit eum.* (Psal. LXXXVIII. 21).

Acráscadme, Señor, del poder del malvado; libradme del hombre inicuo: *Eripe me, Domine, ab homine malo; a viro iniquo eripe me.* (Psal. CXXXIX. 2).

Acercaos á Dios, y se acercará á vosotros, dice el apóstol Santiago: *Appropinquate Deo, et appropinquabit vobis.* (IV. 8).

El octavo medio de vencer las tentaciones es observar exactamente la ley de Dios...

El noveno medio es la paciencia y la resignación á la voluntad de Dios...

El décimo medio es leer la Sagrada Escritura y los libros piadosos, consultando á los hombres instruidos y prudentes...

El undécimo medio es no turbarse, cansarse ni desesperarse en las tentaciones...

El duodécimo medio es estar alegres en las tentaciones. Nada debilita tanto al maligno espíritu, dice S. Antonio, como la alegría espiritual y el regocijo: *Nulla re ita vincitur demon, ac letitia spirituali et gaudio.* (Ira S. Athan., in eius vita). Hemos de huir de la tristeza.

El medio décimo tercero es pensar en la felicidad de la victoria...

El medio décimo cuarto es pensarse en esta situación de espíritu que san Agustín compara á la piedra cuadrada, que de cualquier parte que se vuelva, queda sólidamente sentada. Toda tentación debe hallarnos firmes (*In Psalm. l. XXXVI. 4.*)

El medio décimo quinto es tener la voluntad de no sucumbir, de no mancharnos. Hemos de decir: *prolixi mori á mancharme: Malo mori quam foedari.*

El medio décimo sexto es combatirnos á nosotros mismos y vencerlos: *Cesse la voluntad propia, y no habrá inferno.* dice S. Bernardo: *Cesse voluntas propria, et infernus non erit.* (Serm. de Resurrect.)

El décimo séptimo medio es recordar nuestra dignidad y grandeza.

Veá, dice el apóstol S. Juan, que amor nos ha profesado el Padre, para que queridos que nos llamasen hijos de Dios y que lo seamos: *Videte qualem ex-ritotem debet nobis Pater, ut filii Dei nominemur et simus!* (III. 1).

TIBIEZA.

Tibieza es una voluntad vacilante... es un sueño, dice el Salmista: *Dormierunt somnum suum.* (LXXV. 6).

El hombre tibio nada apetece, ni siquiera el Cielo: *Pro nihilo habuerunt terram desiderabilem.* (Psal. CV. 24).

El hombre tibio es semejante á los judíos en el desierto, á quienes el maná hacía disgustar el corazón: *Naveat cor nostrum super cibo isto levissimo.* (Num. XXI. 5). Nada tiene para él atractivos, ni la gracia, ni la oración, ni la palabra de Dios, ni la contesión, ni la comunión, etc.: *Omnia exanimata est anima eorum.* Es como un hombre en la agonía: *Et oppropinquaverunt usque ad portas mortis.* (Psal. CVI. 18).

El hombre tibio es como las estatuas de madera, de piedra ó de yeso, que tienen ojos, y no ven; oídos, y no oyen; aliento, y nada perciben; boca y lengua, y no hablan; manos, y no las mueven; pies, y no andan, dice el Salmista (1).

La tibieza es un enemigo continuo que entorpece: *Dormitavit anima mea pro loco.* (Psal. CXVIII. 28). El hombre tibio no se fija en la ley de Dios, se separa de ella, y cae en la inacción espiritual: *Defecit spiritus meus.* (Psal. CXLII. 7).

El hombre tibio es una tierra vacía, estéril; puede también decirse: *Terra inanis et vacua.* (Gen. I. 2).

El hombre tibio parece que hunka todavía á Dios, que le ruega; pero es con disgusto, con la punta de los labios: Su corazón está seco y apartado de Dios: *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est a me.* (Isai. XXIX. 13).

El hombre tibio es como aquel desgraciado del Apocalipsis que se creía rico y opulento, pensando no tener necesidad de nada; y era miserable, y digno de lástima, y pobre, y ciego, y desnudo: *Quo dicit: Quod dives sum, et locupletatus, et nullus ego; et necesse quia tu es miser, et miserabilis, et pauper, et cecus, et nudus.* (III. 17).

El hombre tibio es como Sansón entre las manos de Dalila; su alma pierde toda su fuerza, y cae en un cansancio próximo de la muerte: *Defecit anima ejus, et ad mortem hinc lassata est.* (Judic. XVI. 16).

Encuentramos en la enfermedad de Lázaro los grados de la tibieza, y vemos á donde le condujo. 1.º Estaba lánguido, languens... 2.º Se puso enfermo, infirmabatur... 3.º Dormía, *Lázarus dormit.* 4.º Murió, *Lázarus mortuus est.* 5.º Cayó en putrefacción, jam fetet, (Joan. XI. passim.) O tibieza, ¿á dónde has conducido á Lázaro? *Ubi possistis eum?* (XI. 34).

(1) *Ora habent, et non loquentur; oculos habent, et non vident; aures habent, et non audiunt; naves habent, et non odorantur; manus habent, et non palpabant; pedes habent, et non ambulabunt.* (CXLII. 3-7).

Señor, venid, y ved este tan horrible estado: *Domine, veni, et vide.* (Joan. XI. 34).

El Evangelio nos dice que Jesús se entremeció y lloró. (Id. XI. 34-35). Había una piedra colocada sobre Lázaro... (Id. XI. 38). Jesús dijo: Quitad la piedra: *Tollite lapidem.* (Id. XI. 39). Y Jesús gritó con voz fuerte: Sal, Lázaro: *Lazare, veni fóras.* (Id. XI. 43). ¡Oh! digno de desearse: es semejante prodigio para respirar al hombre!...

Es difícil, dice Eusebio, no caer en faltas graves, cuando no se temen las más ligeras. (In Chronica). El que desprecia las faltas pequeñas, dice el Espíritu Santo, caerá poco á poco en las mayores: *Qui spernit modica, paulatim societ.* (Ecclel. XIX. 1).

Previs las grandes caídas, dice S. Agustín, y desprecias las pequeñas. Habéis arrojado lejos de vosotros una piedra enorme; pero tened cuidado de que la arena no os envuelva y entierre. *Magna procecidisti, de minimis quid agis? Procecidisti molem; vide ne arenam obruaris.* (In Ecclesl.).

¡Conozco vuestras obras, dice el Señor en el Apocalipsis; sé que no sois fríos ni calientes. ¡Ojalá fúeis fríos ó calientes! Pero, porque sois tibios, y ni fríos ni calientes, os vomitaré de mi boca: *Scio opera tua, quia neque frigidus es, neque calidus. Utinam frigidus esset aut calidus! Sed quia tepidus es, nec frigidus, nec calidus, incipiam te vomere ex ore meo.* (III. 15-16).

Ha pasado, dice el Señor en los Proverbios, por el campo del perezofo y por la viña del insensato; y todo estaba lleno de espinas; las malezas cubrían el rastro, y la marraña de piedra había caído. (XIV. 30-31-33-34).

El que descuida su viña, dice S. Bernardo, la destruye. No hay sarmiento donde no hay cepa: Jesucristo es la cepa. ¿Cómo ha de producir la viña, si está seca? ¿Cómo vivirá el hombre tibio, si en quien la divina sávia ya no circula casi? Por lo mismo que lleva una vida inútil, su vida es una muerte: *Sic, eo ipso quod inutiliter vivit, vivens mortuus est.* (Sermon. in Cant.).

Desgraciado del hombre tibio! Será como el tamarisco del desierto, que ignora los días de abundancia; porque habitará en los lugares áridos del desierto, en una tierra cubierta de sal é inhabitable, añade Jeremías. (XVII. 5-6).

Dadles, Señor, dice el profeta Oseas, y ¿qué les daréis? Dadles entrañas caídas y pechos áridos: *Da eis, Domine, quid dabis eis? De vulnere sine liliis, et ubera arenata.* (IX. 14).

¡Ay! los tibios tienen la triste suerte del desgraciado Baltasar: se los pesa, pero se los encuentra demasiado ligeros: *Appensus es in satera, et inventus est minus habens.* (Daniel. v. 27).

La fuerza y el talento desaparecen con la tibieza, dice S. Crisóstomo: *Per teporem vires et ingenium deficiunt.* (Homil. ad pop.).

El hombre tibio es juguete del maligno espíritu... Rufino cuenta que el abate Pinedo decía: Las moscas se apartan del agua hirviente, caen en el agua tibia, y engendran los gusanos; los demonios huyen de una alma abrazada por la caridad, pero se arrojan en una alma tibia, y engendran en ella por destrucción de las pasiones y de los vicios. (In Vit. Patr., lib. VII. c. XXXIX).

Peligro y desgracia de la tibieza.

Jesucristo, dice S. Agustín, ha venido, ha atado á Satanás. Pero dirán algunos: Si Satanás ha sido atado, ¿por qué hace todavía tantos estragos? Es verdad, hace mucho mal; pero es á los tibios y á los negligentes (1).

Es más comun ver que grandes pecadoras se convierten sinceramente y vuelven á Dios, que no ver que lo hacen hombres tibios. Los fríos de que habla la Escritura son los infieles que pecan por ignorancia; los tibios son peores que ellos, es decir, los cristianos cobardes. (Epiót. LVI ad Richardum).

Los corazones fríos se convierten bastantes veces; pero los tibios casi nunca: Así pues el peligro es mayor en la tibieza que en la frialdad.

Conozco á muchos, dice S. Crisóstomo, que han tenido todas las virtudes, y por su tibieza han venido á parar en el abismo de todos los excesos: *Novimus multos, omnes virtutis numeros habuisse; tamen negligentia lapsos, ad vitiorum barathrum devenisse.* (Homil. ad pop.).

Puede esperarse, dice S. Gregorio, que un corazón frío ama un día á Dios; pero para el corazón tibio, que ha perdido su fervor, no hay ya esperanza. (Pastor.)

Ordinariamente, un amor vivo, después de graves caídas, es más del agrado de Dios que la inocencia entorpecida en la seguridad, dice S. Gregorio: *Fuit perenneque gratum Deo amore ardens post culpam vita, quam securitate torpente innocentia.* (Lib. III Pastor., sermon. XXXIX.).

Las principales causas de la tibieza son: 1.ª La negligencia espiritual...; 2.ª el aljamiento de Dios. El alma tibia imita á Pedro, que en el tiempo de la pasión seguía á Jesucristo de lejos; lo que fue causa de su caída: *Sequebatur enim á longe... Negavit.* (Math. XXVI. 58-70); 3.ª el abandono de su primer fervor: *Caritatem tuam primam reliquisti...* (Apoct. II. 3); 4.ª el olvido de la oración, del examen de conciencia, y de la elevación del corazón á Dios...; 5.ª la tibieza procede de la confianza en nosotros mismos, de la plenitud de nosotros mismos, del orgullo, de la presunción, del desprecio de Dios y de las cosas santas...; 6.ª del desprecio de las faltas ligeras y del hábito de caer en ellas sin escrúpulo...; 7.ª del abuso de las gracias...; 8.ª hacer las cosas santas por hábito engendra la tibieza...

Os advierte, dice el gran Apóstol á su discípulo Timoteo, que habéis revivido la gracia de Dios, que tenéis, por medio de la imposición de mis manos: *Admonuo te ut revocetis gratiam Dei, quae est in te, per impositionem manuum mearum.* (II. 1. 6).

Dios no da su gracia á los perezosos y á los tibios, sino á los que desean y tratan de adelantarse; á los que se aplican al estudio y á la práctica de las virtudes y de la perfección: por esto el Esposo dice á la Esposa de los Cantares: Levantate, apresuraos, amada mía, y venid: *Surge, propera, amica mea, et veni.* (II. 40).

(1) Venit Christus, et alligavit diabolum. Sed dicit aliquis: Si alligatus est, quare adhuc tantum provallet? Verum est, multum provallet; sed tepido et negligenteribus. (Serm. CCXVII. de Temp.)

Cada culpable en la tibieza, y cada tibio es más de tan triste estado.

Causa de la tibieza.

Esperanza para la tibieza.

Y cuando el ángel vino á romper las cadenas que sujetaban á Pedro en la cárcel, le dijo: Levántate pronto: Surge velociter. (Act. XII. 7).

Medios para salir de la tibieza.

- 1.º Nada más eficaz para salir del triste estado de la tibieza, que un ferviente amor de Dios...
- 2.º La aplicación en obras buenas...
- 3.º La meditación frecuente de las postrimerias...
- 4.º La huida de la pereza espiritual. Vosotros que dormís, levantaos, dice el gran Apóstol, y salid de entre los muertos, y Cristo os iluminará: Surge, qui dormis; et exerge á mortuis; et illuminabit te Christus. (Ephes. 5. 14).
- 5.º La palabra de Dios escuchada, meditada y practicada, aparta la tibieza...
- 6.º Como todos los días ofendamos al Señor, hagamos una penitencia continua...
- 7.º Tengamos un odio sincero al pecado...
- 8.º Nuestros enemigos tratan constantemente de nuestra ruina: tratemos constantemente de defendernos...
- 9.º Trabajemos por nuestra salvacion con temor y estremecimiento...
10. No hémos de desanimarnos nunca ante las numerosas faltas que cometemos; sino que hemos de arrepentirnos y renovar muchas veces el buen propósito...

TRABAJO.

El Señor dijo á Adán: Por haber escuchado la voz de la mujer y haber comido la fruta que te habia prohibido, la tierra está maldita, y por culpa tuya no sacarás de ella diariamente tu alimento, sino con un trabajo extremo. No producirá para tí más que espinas y malezas, y te alimentarás con la yerba de la tierra. Comerás tu pan con el sudor de tu frente (1).

Señalada del trabajo para hacer penitencia y preservarse del pecado.

Aun antes de su caída, Adán habia de trabajar; porque dice el Génesis: El Señor Dios cogió al hombre, y le colocó en el paraíso terrenal, que le dió para cultivar y guardar: *Tulit Dominus Deus hominem, et posuit eum in paradiso, ut operaretur, et custodiret illum.* (II. 15).

Le era preciso trabajar, no para procurarse alimento con el sudor de su frente, como despues de su pecado, sino para ejercitar su inteligencia y sus fuerzas; de tal manera, que no se cansase, dice S. Crisóstomo, pero que no estuviere tampoco sin hacer nada. (*Homil. in Genes.*)

No sólo los antiguos patriarcas, sino Rómulo y todos los primeros romanos fueron pastores y labradores. Los emperadores, dice Plinio, cultivaban los campos; la tierra se alegraba de ser surcada por el arado de aquellos labradores cubiertos de laureles y de triunfos.

Trabajad como un buen soldado de Jesucristo, dice el apóstol á su discípulo Timoteo: *Labora sicut bonus miles Christi.* (II. ii. 3).

Ocupaos siempre en algo, dice S. Jerónimo, para que el demonio os encuentre siempre ocupados, pues el perezoso está lleno de malos deseos: *Facit aliquid operis, ut se semper diabulus inveniat occupatum; in desideriis est omni otiorus.* (Epist. ad Rusticum).

No seas amigo del sueño, dicen los proverbios, para que la pobreza no te agobie; abre los ojos, trabaja, y te saciarás de pan: *Voli diligere somnum, ne te egestas opprimat; aperi oculos tuos, et salutare panibus.* (XX. 13).

No hayais de los trabajos penosos, dice el Eclesiástico, ni de los cuidados de la agricultura, que tué creada por el Altísimo: *Non oderis laboriosa opera, et rusticationem creptam ab Altissimo.* (VII. 16).

El Espíritu Santo recomienda el trabajo por cinco razones: La 1.ª porque el trabajo excluye la ociosidad, que es el manantial y el origen de todos los vicios...; 2.ª es que el hombre nace para el trabajo, como el ave para volar, dice Job: *Homo nascitur ad laborem, et avis ad volatum* (v. 7); la 3.ª es que el trabajo da salud, y fortifica el cuerpo y el alma...; la 4.ª porque el trabajo excluye los vicios, hace germinar las virtudes, la inocencia, la paciencia, la fuerza, etc.: por otra parte, con el trabajo se hacen obras heroicas...

(1) Adm vero dixit: Quia maledi vocem audivi tui, et comisti de ligno, ex quo non speravi tibi, ne comederis; maledicta terra in opere tuo: in laboribus comedet ex te cibus diebus vite tue, spinas et tribulos germinabit tibi, et comedes herbam terrens; in sudore vultus tui vesceris pane. (Gen. III. 17-19).

El hambre es la mejor preparación para los alimentos; y de la misma manera el trabajo es también una excelente provisión de virtudes y de verdaderos y legítimos placeres.

De todo lo que el hombre busca, dice Cicerón, nada es mejor que la agricultura; nada más agradable, más dulce ni más digno del hombre libre. (Liv. *l. de Offic.*)

Aristóteles decía que para procurarnos la sabiduría son necesarias tres cosas: la naturaleza, la ciencia y el trabajo. (Ira *Plutarch.*)

Caton decía que el hombre se parece al hierro que brilla sirviendo y se emoldece arrojado. (Ira *Maxim.*)

Como toda arte, dice S. Crisóstomo, se conserva y perfecciona con el tiempo, toda gracia aumenta también con el trabajo, y disminuye con la pereza: *Sicut omne artificium corpora utilitatem servatur et augetur; sic et gratia omnis per exercitacionem augetur, et per desidiam minuetur.* (Homil. III. in Matth.)

Hijo mio, dice el Eclesiástico, si diligente en todas tus acciones, y las enfermedades no te molestarán: *In omnibus operibus tuis esto relax, et omnis infirmitas non occurret tibi.* (XXXI. 27.)

Dios bendice á los hombre laboriosos; son queridos de sus semejantes, y tienen en sí mismos la tranquilidad, la paz y la victoria...

TRADICION.

El mundo cristiano hay una verdadera fe, es decir, una fe divina, fundada en la palabra de Dios, contenida en ambos Testamentos. Pero hay también una palabra de Dios no escrita, que se llama tradicion divina y apostólica. Antes de Moisés no había palabra de Dios escrita. Durante más de dos mil años los verdaderos fieles no se conservaron en la verdadera religion sino por las tradiciones. Los mismos apóstoles han predicado el Evangelio antes de que fuese escrito: y por lo mismo decía S. Pablo á los tesalonicenses: Hermanos míos, guardad las tradiciones que habéis aprendido, ya con nuestros discursos, ya con nuestras cartas. (II. II. 14.)

Lo que predicaba de viva voz no tanta menos fuerza y autoridad que lo que escribía; y no se puede negar que hay muchas cosas que han sido reveladas, no están en la Escritura; y hay, sin embargo, obligación de creerlas. Los cuatro Evangelios, por ejemplo, las catorce Epístolas de S. Pablo, las tres de san Juan y su Apocalipsis han sido inspirados por el Espíritu Santo. Los católicos y los protestantes están acordes en este punto.

Por esto la Iglesia católica, apostólica y romana ha reconocido siempre una palabra de Dios no escrita. Se ve, dice S. Crisóstomo, por el pasaje de san Pablo en la segunda epístola á los tesalonicenses que los apóstoles nos han enseñado muchas cosas que no están en la Escritura, y que tenemos obligación de creer: *Nino potest quod non omnino per epistola tradita sunt, et multa alia etiam sine litteris; eadem fide tam ista quam illa digna sunt.* (Orat. IV.)

San Agustín protesta altamente de que no creeria en el Evangelio sin la autoridad de la Iglesia: *Ego vero Evangelium non crederem, nisi Ecclesiam catholicam me commoveret auctoritas.* (Epist. CLVII.)

Los ilustres pontífices de Dios, añade S. Agustín, han guardado fielmente lo que han aprendido, y han entregado á sus hijos lo que han recibido de sus padres: *Illustres antistites Dei, quod invenerunt in Ecclesia, tenuerunt, quod didicerunt, docuerunt; quod a patribus accepimus, hoc illis tradiderunt.* (Enchirid.)

Hemos de tener cuidado de guardar en la Iglesia católica lo que ha sido creído en todo lugar, siempre y por todos: *In ipsa catholica Ecclesia magno opere curandum est, ut id tenemus, quid ubique, quod semper, quod ab omnibus creditum est.*

La tradicion es la que enseña á la Iglesia que se han de bautizar los niños; que no se han de volver á bautizar los herejes cuando regresan á la Iglesia, y que en vez del sábado se ha de celebrar el domingo. El ayuno de la cuaresma es de institucion apostólica, dice S. Jerónimo. (Epist. LIV. ad Mare.)

También dice S. Pablo á Timoteo: En cuanto á ti, concoces mi doctrina, mi vida, mi objeto, mi fe, etc. Y permanece firme en las cosas que has aprendido y que se te han confiado, sabiendo de quién las has aprendido: *Tu autem asse-*

cutus es meam doctrinam, institutionum, propoſitum, fidei, etc. Tu veru permane in iis que didicisti, et credisti vult tibi, sciens a quo didiceris. (II. III. 10-14). No habla S. Pablo de la doctrina que se le ha dado por escrito, sino de la que se le ha enseñado y costiado, es decir, de viva voz y por tradición.

Conformos, añade el Apóstol, con las sanas palabras que habeis oído de mí en la fe y el amor en Jesucristo. Conservad el buen depósito por el Espíritu Santo que en nosotros habita: Formam habe sanorum verborum, que a me audivisti, in fide et dilectione in Christo Jesu. Bonum depositum custodi per Spiritum Sanctum, qui habitat in vobis. (II. Tim. I. 13-14).

Y lo que habeis oído de mí delante de varios testigos, recoméndalo á los hombres fieles, que serán tambien capaces de instruir á los demás: Et que audivisti a me per multos testes, hæc commenda fidelibus hominibus, qui idonei erunt et alios doce. (II. Tim. II).

Si la religion por tradición puede alterarse, lo mismo puede suceder con lo escrito. Aun cuando no hubiese Escritura, la verdadera religion subsistiría y se perpetuaría, como ha subsistido durante dos mil años, desde Adán hasta Moisés; y la religion cristiana ha subsistido desde el principio de la misma manera en toda su pureza durante cierto número de años, puesto que el Nuevo Testamento no estaba todavía escrito, ni esta Escritura esparcida por todas partes donde habla fieles.

Véase *Infallibilidad de la Iglesia.*

TRANSFIGURACION.

El escaristo, dice el Evangelio, tomó á Pedro, á Santiago y á su hermano Juan, y los condujo á un lugar apartado, en la cima de una alta montaña. Y quedó transfigurado delante de ellos. Su rostro se volvió resplandeciente como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve. Y he aquí que Moisés y Elias se les presentaron conversando con él. Pedro se dirigió á Jesús, y le dijo: Señor, bueno es que nos quedemos aquí; si quereis, podemos levantar tiendas. Habla-ha todavía, cuando les cubrió una nube luminosa, de la que salió una voz que decía: Este es mi Hijo predilecto, en quien cito mi complacencia. Escuchadle. Y los discípulos, oyendo aquella voz, cayeron de bruces, y quedaron llenos de un grandísimo terror. Jesús, acercándose entonces, los tocó y les dijo: Levantaos, y no temais. Levantaron ellos la vista, y no vieron más que á Jesús solo. (Math. XVII. 8).

En la transfiguracion hay tres apóstoles, que representan los tres grandes patriarcas y la santísima Trinidad... Pedro representa á los que son ardientes en la fe y en la caridad... Juan representa á las vírgenes... Santiago á los afligidos y á los mártires. Aparecen Moisés y Elias en la transfiguracion, para dar testimonio de que la ley y los profetas se cumplen en Jesucristo.

Jesucristo se transfiguró cuatro veces: 1.º En la encarnacion...; 2.º en la cruz, donde no tiene brillo ni hermosura, donde llega á ser desconocida, como dice Isaías: *Non est species ei, neque decore; et non erat aspectus* (LIII. 2); 3.º en la resurreccion...; 4.º en la Eucaristía...

Toda la vida de Jesucristo fué una continua transfiguracion; pues ocultó su majestad y su esplendor bajo los velos de la humanidad...

Hay cinco grandes milagros en la transfiguracion de Jesucristo: El 1.º es la misma transfiguracion de Jesucristo; el 2.º la aparicion de Moisés y de Elias; el 3.º la nube luminosa que cubre á los tres apóstoles; el 4.º la voz del Padre que se hace oír; el 5.º consiste en que precito los apóstoles no vieron más que á Jesús.

1.º Jesús tomó á sus discípulos. La vocacion, la eleccion viene de Dios...

2.º Elige á discipulos para dichosos testigos de su transfiguracion. Hemos de pertenecer á Jesucristo, si queremos que obre maravillas ante nosotros, en nosotros y por nosotros...

3.º Jesucristo lleva á sus apóstoles á un lugar apartado. Hemos de separarnos de la muchedumbre, si queremos ver á Jesucristo...

4.º Los condujo á la cumbre de una montaña. Sólo renunciada á las cosas de la tierra y elevándonos hasta las divinas, veremos la transfiguracion de Jesucristo y seremos nosotros tambien transfigurados en Jesucristo...

5.º San Lucas nos dice que mientras Jesucristo oraba se transfiguró: *Et facta est, dum oraret, species vultus ejus altera, et vestitus ejus albus et reful-*

genz. (IX. 29). Con la oración seremos; pues, transfigurados, cesaremos de ser carnales, y llegaremos á ser celestiales y divinos...

6.º Apartados en la montaña con Jesucristo, transfigurados en él, veremos á Moisés y á Elias, es decir, que tendremos la inteligencia de la ley y de los profetas, comprenderemos los grandes misterios cumplidos en Jesucristo por la salvación del mundo...

7.º Pedro queda arrebatado fuera de sí mismo, y se dirige á Jesús: Señor, quien se está aquí quedémosnos; Domine, bonum est tuis hic esse; faciamus tabernacula. (Math. XVII. 3). La dicha no se encuentra más que en el apartamiento del mundo, en la elevación del alma y en la compañía de Jesucristo...

8.º Una nube luminosa cubrió á los apóstoles. Sólo con Jesucristo, la nube que ilumina y derrama la lluvia de la gracia nos cobija y descansa sobre nosotros...

9.º Se hace oír una voz: Este es mi Hijo predilecto, en quien he fijado mi complacencia: Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui. (Math. XVII. 5). Seremos nosotros también hijos predilectos de Dios, si nos transfiguramos en Jesucristo...

10. Escuchad á mi Hijo, dijo el Padre: *Ipsum audite.* (Math. XVII. 5). Escuchad á Jesucristo: ahí está la transfiguración del alma en Dios...

11. Los discípulos cayeron con el rostro contra el suelo, y quedaron llenos de espanto: *Et discipuli ceciderunt in faciem suam, et timuerunt valde.* (Math. XVII. 6). Al hombre humilde y temeroso de Dios es á quien se descubre el Cielo...

12. Acercándose Jesús, los tocó y les dijo: Levantaos, y no temáis. *Et accersit Jesus, et tetigit eos; dixitque eis: Surgite, et nolite timere.* (Math. XVII. 7). Jesús se acerca á los pequeños y á los humildes, á los que temen al Señor; toca su corazón, les habla y les levanta, haciéndoles salir de las vite del pecado...

13. Entonces levantando la vista los apóstoles no vieron más que á Jesús: *Levantes autem oculos suos, non enim viderunt nisi solum Jesum.* (Math. XVII. 8). Los que tienen los ojos de su alma y de su corazón levantados al Cielo, no ven más que á Jesús solo; todo lo demás no es más que para ellos. Este es el misterio; esta es la dicha, la paz, la salvación, la corona de la inmortalidad, la gloria eterna...

TRINIDAD.

Los Cielos; dice el Real Profeta, han sido creados por la palabra del Señor, y su poder viene del aliento de su boca: *Verbo Domini Caeli firmati sunt et spiritu orie eas, omnis virtus eorum.* (XXXII. 6). El Señor que crea, es el Padre; la palabra que emplea para crear, es el Hijo; el Verbo; y el soplo de su boca es el Espíritu Santo...

Id, dijo Jesucristo á sus apóstoles, y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: *Euntes docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.* (Math. XXVIII. 19).

Después de haber sido Jesús bautizado, salió al punto del río, y se le abrieron los cielos y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma, y se posaba sobre él. Y una voz del Cielo dijo: Este es mi Hijo predilecto, en quien he cifrado todas mis complacencias (1).

Y yo, dice Jesucristo, oraré al Padre, y os dará otro Paráclito, el Espíritu de verdad; que permanecerá siempre en vosotros: *Et ego rogabo Patrem, et alium Paraclitum dabit vobis, ut maneat vobiscum in eternum, Spiritum veritatis.* (Joan. XIV. 16-17).

Hay tres que dan testimonio en el Cielo, dice el apóstol S. Juan, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son una misma cosa: *Tres sunt qui testimonium dant in Caelo: Pater, Verbum, et Spiritus Sanctus; et hi tres unum sunt.* (I. 7).

Íbamos orá que los serafines decían en alta voz: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos: *Gloriantes alter ad alterum: Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus exercituum.* (VI. 3). Los serafines repiten tres veces la palabra Santo para manifestar la trinidad de personas.

Se encuentran en el antiguo y en el nuevo testamento varios pasajes que prueban la Trinidad de Dios.

El Padre y yo somos una misma cosa, dijo Jesucristo: *Ego et Pater unum sumus.* (Joan. X. 30).

Y el versículo de S. Juan, citado más arriba, prueba evidentemente la unidad en la trinidad; puesto que después de haber dicho: Hay tres que dan testimonio en el Cielo, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, añade el Apóstol: Y estos tres son una misma cosa: *Et hi tres unum sunt.* (I. 7).

Hay un el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, dice S. Agustín, una eterna e incommutable unidad, un solo Dios, una sola luz y un solo principio: *In Pa-*

(1) *Baptizatus Jesus, confestim ascendit de aqua; et ecce aperti sunt ei Caeli, et vidit Spiritum Dei descendentem sicut columbam, et venientem super se. Et exiit vox de Caelis, dicens: Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi complacui.* (Math. III. 16-17).

San Bernardo dice que el Espíritu Santo es el beso de la boca de Dios, un río de alegría, un río de vino puro, un río de fuego celestial, un lazo que viene de dos, que une a los dos, lazo vital y viviente (*Serm. VIII. in Cant.*)

San Agustín dice que el Espíritu Santo es el lazo común del Padre y del Hijo. (*Enchirid. c. LXI.*)

San Basilio llama al Espíritu Santo el santo complemento de la Trinidad. (*Lib. V de Spiritu, c. XXVIII.*)

El Hijo de Dios, dice el apóstol, es el resplandor de la gloria y el vivo retrato de la substancia del Padre. (*Hebr. I. 3.*)

El Hijo es un espejo sin mancha de la majestad del Padre, y la imagen de su bondad, dice la sabiduría. (*VII. 26.*)

Si el Hijo es engendrado, ¿por qué no lo es el Espíritu Santo? No busquemos las razones de esta incomprendible diferencia, diremos con Bossuet. Añadamos solamente: Si hubiese varios hijos, varias generaciones, el Hijo sería imperfecto, y la generación lo sería también. Todo lo que es infinito, todo lo que es perfecto, es único; y el Hijo de Dios es único, porque es perfecto.

El Padre engendra eternamente al Verbo, su hijo, contemplándose a sí mismo. Con el Padre y el Hijo conocemos también el Espíritu Santo, el amor de ambos y su unión eterna. Dios se conoce, se ama, há aquí al Hijo y al Espíritu Santo. El Hijo es engendrado por la inteligencia, y el Espíritu Santo procede del amor...

Notad, dice S. Bernardo, que de la misma manera que en Dios hay trinidad en las personas y unidad en la naturaleza, así en la unión de la humanidad con la Divinidad por la encarnación, hay trinidad de substancia y unidad en la persona. Porque el Verbo, el alma y la carne, se han unido en una misma persona, y esas tres cosas no forman más que una, y esta cosa forma tres, sin por la confusión de substancia, sin por la unidad de persona. (*Serm. in Cant.*)

Hogamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, dijo la Santísima Trinidad. *Faciámus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* (*Gen. I. 26.*)

El alma, dice el cardenal Belarmino, en cuanto a su esencia, es la imagen de Dios, y también, aunque de una manera más oscura, en cuanto a la trinidad de las personas; porque en el alma hay inteligencia, como el Padre; hay conocimiento producido, como el Verbo del Padre; el amor producido por el conocimiento, como el Espíritu Santo. Hay también en el alma, además de la inteligencia, la memoria y la voluntad, que son la representación de las tres personas divinas. (*In Paul.*)

En todas partes se encuentra la imagen de la Santísima Trinidad.

La imagen de la Trinidad se halla en el mismo sol; porque, así como el sol derrama sus rayos, y los rayos el calor, de la misma manera el Padre produce al Hijo, y el Hijo con el Padre producen al Espíritu Santo. En el sol hay pues la materia, la luz y el calor; lo que no constituye más que un sol.

La misma imagen hallamos en el árbol; produce la rama por medio de la raíz, y la rama con la raíz producen el fruto...

En todo hallamos la trinidad. El número tres es propio para desvanecer todas las dificultades, pues contiene en sí el principio, el medio y el fin. Estas tres cosas lo son todo... Hay tres cosas en el culto de Dios: la adoración, el

incienso y el himno... Hay tres virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad... Hay tres partes en la penitencia: la contrición, la confesión y la satisfacción... Hay principalmente tres buenas obras: la oración, el ayuno y la limosna... La Aritmética enseña que se halla el número tres en cada operación... Hay tres cosas en todo objeto material: la longitud, la latitud y la profundidad...

La castidad es triple: la castidad virginal, la de la viudez, y la castidad conyugal...

Hay tres cosas en todo: la esencia, la virtud y la operación; ó el ser, la figura y el orden... En las composiciones hay materia, forma y unión...

Hay tres operaciones vegetales: la nutrición, el desarrollo y la generación... Hay tres reinos: animal, vegetal y mineral...

El bien es triple: hay lo útil, lo agradable y lo honroso...

Hay tres órdenes de las cosas: el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria...

Hay tres causas en el arte: la causa eficiente, la causa formal y la causa final...

La ley es triple: la ley natural, la de Moisés y la de Jesucristo...

Hay tres cosas en el tiempo: el pasado, el presente y el porvenir...

Finalmente, Dios ha creado y dispuesto todas las cosas de tres maneras: con número, peso y medida. (*Sup. XI. 21.*)

Así es como la Santísima Trinidad ha puesto su semejanza en todas las cosas, para que cada cosa la reconozca a su modo y le rinda homenaje.

Todas las criaturas dependen de la Santísima Trinidad, como los rayos dependen del sol; porque el Padre es de quien procede toda paternidad, ya en el Cielo, ya en la tierra...; del Hijo procede toda filiación y generación...; del Espíritu Santo procede todo amor, toda gracia, toda liberalidad y todo don...

Dependemos enteramente de la Santísima Trinidad.

Dios Trinidad, dice S. Agustín, Padre, Hijo y Espíritu Santo, viene a nosotros cuando vamos a él; viene socorriéndonos, y vamos a él obedeciéndole; viene iluminando, y vamos a él mirándole, viendo en todo su voluntad; viene llenándonos de bienes, y vamos a él recibiendo de su mano estos mismos bienes. (*Trat. LXXVI. in Joann.*)

TRISTEZA.

Tristeza tiene su origen en la pereza, en el reposo, el abatimiento de alma y la concupiscencia; procede de los grandes cuidados, de las angustias, que abundan principalmente entre los que están unidos á los bienes de la tierra.

La tristeza se apodera fácilmente de un corazón débil, blando ó pusilánime... Todas las pasiones producen tristeza...

La tristeza habita en un corazón depravado, dice el Eclesiástico: *Cor pravum dabit tristitiam.* (XXXVI. 22).

La tristeza es para el corazón lo que la palilla para el vestido, y el gosano para la madera, dicen los Proverbios: *Sicut linea vestimento, et cormis ligno, ita tristitia erit nocet cordi.* (XXV. 20).

No hemos de llamar feliz al que tiene muchas riquezas, sino al que vence la tristeza. La tristeza es hermana de la locura. ¿Por qué la tristeza, hijos de ser un remedio para dulcificar los males, los irrita y los aumenta? Es un veneno, dice Apolodoro. (In *Paralog.*)

Escudriñad á S. Gregorio: De la tristeza, dice, nacen la malicia, el desaliento, la desesperación, la torpeza para la observancia de los preceptos y la divagación del alma en todas las cosas malas. La tristeza es un especie de abismo, en el cual, si llegamos á caer, desaparecemos sin esperanza de salir. (Els. XXXI. Moral., c. XVII).

Con razón dice el Eclesiástico que más vale la muerte que una vida triste: *Melior est mors, quam vita amara.* (XXX. 17).

La tristeza, dice S. Crisóstomo, es más perniciosa que todas las emboscadas del demonio; porque aquellos á quienes el demonio domina, son dominados por la tristeza. Si venceis la tristeza, nada puede ya contra vosotros: *Nam, quos demoni superat, per mortem superat. Quod si mortem vincit, nihil omnino mali et incommodi tibi ab eo continget.* (Lib. III. de Providentia).

La oración del hombre triste no tiene la virtud de subir hasta el altar del Señor. Esta es la explicación de las palabras de Aarón: ¿Cómo podrá agradar al Señor en las ceremonias, teniendo el alma sumergida en la tristeza? *Quomodo poterit placere Domino in ceremoniis mente lugubri?*

La tristeza, dice S. Gregorio Nazianceno, abrevia los días y trae una pronta vejez: *Mortuos precocem senectatem mortalibus pariant.* (In *Distich.*)

En resumen, la tristeza es causa de tres grandes males: 1.º Lleva prontamente á la muerte; 2.º quita las fuerzas del alma, y por consiguiente las virtudes; 3.º no deja hacer más que el mal...

1.º Hacer por tener una buena conciencia... El que practica la virtud, dice S. Ambrosio, está tranquilo, contento y estable. Dios le reserva el don precioso de la paz y de la alegría. Los corazones virtuosos no se conmueven por las cosas de la tierra; ni se inquietan por el temor, ni se fatigan por la tristeza, ni son atormentados por el dolor: están como en un puerto seguro; ven las tempestades, los vientos desenfrenados; y su alma está inmóvil y en el regocijo. (Lib. de *Offic.*, c. V).

2.º ¿No queréis estar jamás tristes? dice S. Bernardo. Vivid bien; de esta manera estareis siempre en alegría: *Vix nunquam esse tristis? Bene vivo: bona vita semper gaudium habet.* (De *Inter. Domo*, c. XLV).

3.º ¿Por qué, ó alma mía, estás triste? ¿por qué me turbas? dice el Real Profeta. Y al momento dice á su alma que espere, porque este es el remedio de curar su tristeza: *Quare tristis es, anima mea, et quare conturbas me? Speram in Deo.* (XLI. 6-7).

4.º El apóstol Santiago nos dice que la oración ahuyenta la tristeza: ¿Está triste alguno de vosotros? dice: Que ore; *Tristatur aliquis vestrum? Oret...* (v. 13).

5.º La fuerza del corazón, la sumisión á la voluntad de Dios, destruye la tristeza...

6.º El pensamiento del Cielo, dice S. Gregorio, hace desaparecer la tristeza. *Tedium cordis depellitur, si semper bona celestia cogitentur.* (Lib. V in *I. Reg.*, c. XIV). Entonces el alma dice con el Salmista: Me he alegrado en esta palabra que se me ha dicho: Tremos á la casa del Señor: *Locutus sum in his que dicta sunt mihi: In domum Domini ibimus.* (CXXI. 1).

7.º El desprecio de las cosas de la tierra.

8.º La tristeza no alcanza al que piensa muchas veces en la muerte del tiempo en la eternidad. Este pensamiento estimula al hombre para hacer una buena muerte y evitar la condenación...

9.º Hemos de alegrarnos en el Señor...

10. Hemos de evitar el pecado...

11. Hemos de amar el trabajo, ocupándonos siempre principalmente en cosas útiles á la salvación...

12. Hemos de despreciar la tristeza...

(Véase Desesperación, Alegrías cristianas, Escrupulo).

ÚNICA COSA NECESARIA.

Sólo una cosa es necesaria, dijo Jesucristo: *Unum est necessarium.* (Luc. X. 42). Sólo una cosa es necesaria. Un sólo Dios...; una sola fe...; un solo bautismo... Una sola cosa es necesaria: la salvación... Una sola cosa es necesaria: el conocimiento de un solo Dios...; agradar á Dios...; el fin del hombre...

Vivir de Dios y para Dios, como lo han hecho los Santos...

Una sola cosa es necesaria: el Cielo. Ha pedido una gracia al Señor, y se la pedirá todavía, dice el Real Profeta, el habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida: *Unum petii a Domino, hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vite mee.* (XXVI. 7).

Una sola cosa es necesaria, como indica S. Pablo: olvidando lo que está detrás de mí, digo, y devánome á lo que está delante de mí, me dirijo á mi fin, á la recompensa á que Dios me ha llamado en Jesucristo (1).

Una sola cosa es necesaria: La vida eterna consiste en que os conozcan á vos sólo verdadero Dios, y á Jesucristo, á quien habéis enviado, dijo el Salvador á su Padre: *Hoc est vita eterna, ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti Jesus Christum.* (Joan. XVII. 3).

San Egipto decía: *Una uni: una para uno; es decir, el alma sola para Dios solo.* (A ejus vite).

(Véase Salvación).

(1) *Unum system, quis quidem retro sunt, obliviscens; ad ea vero que sunt priora extendens meliorum; ut destinatum persequatur, ad bravum superius vocatiónis Dei in Christo Jesu.* (Philipp. III. 13-14).

UNIDAD.

El rebaño no tiene más que un pastor... Las abejas no tienen más que una reina... El buque no tiene más que un piloto que lo rija... No hay más que un solo general en jefe para un ejército... No hay más que una cabeza para un cuerpo...; un sol en el mundo...; una sola Iglesia verdadera...; un solo jefe en la Iglesia...; un solo Dios...; una sola fe...; un solo bautismo...

En Dios hay tres personas, pero tres personas en un sólo Dios... Hay en el alma tres facultades, pero el alma es única...

El Padre y yo somos uno, dijo Jesucristo: *Ego et Pater unum sumus.* (Joan. X. 30).

En el Cielo, dice S. Gregorio, hay la misma bienaventuranza de alegría, aunque los unos sean más elevados que los otros: *Una cunctis erit beatitudo lætitiæ, quæcum non una sit omnium sublimitas ritæ.* (Homil. in Evang.)

Jesucristo es el centro de la unidad. En él se une la antigua y la nueva ley, y la ley y los profetas, el Cielo y la tierra, Dios y el hombre...

La cátedra de Pedro es el centro de la unidad católica... La primacía fue concedida á Pedro por Jesucristo, dice S. Cipriano, para que no hubiese más que una Iglesia y una cátedra: *Primatus Petro datur, ut una Christi Ecclesia, et cathedra una monstretur.* (Tract. de Unit. Ecclies.)

Entre los doce apóstoles uno sólo es elegido, dice S. Jerónimo, para que quedase establecido un solo jefe, para que quedase apartada toda ocasión de cisma: *Inter duodecim unus eligitur, ut coram constituto, schismatis tollatur occasio.* (Lib. I. contra Jovin.)

Dios es uno, y Jesucristo uno, y la Iglesia una; y no hay más que una cátedra, la de Pedro, establecida en la palabra del Señor, dice S. Cipriano. Ningun altar, ningún sacerdocio puede establecerse en otra parte. Cualquiera que pretenda reunir fuera de allí, disipa (1).

San Pablo predica la unidad: Tened cuidado de conservar la unidad de espíritu en el lazo de la paz, escribe á los de Efeso: *Salliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis.* (IV. 3).

Sea un solo cuerpo y un solo espíritu, continúa el Apóstol, como habéis sido llamados en una sola esperanza de vuestra vocación. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Un solo Dios, y Padre de todos, que es superior á todo, y por todas partes, y en nosotros todos (2).

(1) *Deus unus est, et Christus unus, et una Ecclesia, et cathedra una super Petrum domini voce fundata. Aliud altare constitui, aut sacerdotium novum fieri, præter unum altare, et unum sacerdotium non potest. Quisquis alibi collegit, spargit.* (Lib. I. Epist. VII. ad Philem.)

(2) *Unum corpus, et unus spiritus, sicut vocati estis in una spe vocatiónis vestre. Unus Dominus, una fides, unum baptisma. Unus Deus et Pater omnium, qui est super omnes, et per omnia, et in omnibus vobis.* (Epist. IV. 4-6).

ÚNICA COSA NECESARIA.

Sólo una cosa es necesaria, dijo Jesucristo: *Unum est necessarium.* (Luc. X. 42). Sólo una cosa es necesaria. Un sólo Dios...; una sola fe...; un solo bautismo... Una sola cosa es necesaria: la salvación... Una sola cosa es necesaria: el conocimiento de un solo Dios...; agradar á Dios...; el fin del hombre... Vivir de Dios y para Dios, como lo han hecho los Santos...

Una sola cosa es necesaria: el Cielo. He pedido una gracia al Señor, y se la pediré todavía, dice el Real Profeta, el habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida: *Unum petii a Domino, hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vite mee.* (XXVI. 7).

Una sola cosa es necesaria, como indica S. Pablo: olvidando lo que está detrás de mí, digo, y devánome á lo que está delante de mí, me dirijo á mi fin, á la recompensa á que Dios me ha llamado en Jesucristo (1).

Una sola cosa es necesaria: La vida eterna consiste en que os conozcan á vos sólo verdadero Dios, y á Jesucristo, á quien habéis enviado, dijo el Salvador á su Padre: *Hoc est vita eterna, ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum.* (Joan. XVII. 3).

San Egipto decía: *Una uni: una para uno; es decir, el alma sola para Dios solo.* (A ejus vite).

(Véase Salvación).

(1) *Unum system, qui quidem retro sunt, obliviscens; ad ea vero que sunt priora extendens meliorum; ut destinatum persaequet, ad bravum superum vocatiónis Dei in Christo Jesu.* (Philipp. III. 13-14).

UNIDAD.

El rebaño no tiene más que un pastor... Las abejas no tienen más que una reina... El buque no tiene más que un piloto que lo rijan... No hay más que un solo general en jefe para un ejército... No hay más que una cabeza para un cuerpo...; un sol en el mundo...; una sola Iglesia verdadera...; un solo jefe en la Iglesia...; un solo Dios...; una sola fe...; un solo bautismo...

En Dios hay tres personas, pero tres personas en un sólo Dios... Hay en el alma tres facultades, pero el alma es única...

El Padre y yo somos uno, dijo Jesucristo: *Ego et Pater unum sumus.* (Joan. X. 30).

En el Cielo, dice S. Gregorio, hay la misma bienaventuranza de alegría, aunque los unos sean más elevados que los otros: *Una cunctis erit beatitudo leticie, quomodo non una sit omnium sublimitas rite.* (Homil. in Evang.)

Jesucristo es el centro de la unidad. En él se une la antigua y la nueva ley, y la ley y los profetas, el Cielo y la tierra, Dios y el hombre...

La cátedra de Pedro es el centro de la unidad católica... La primacía fue concedida á Pedro por Jesucristo, dice S. Cipriano, para que no hubiese más que una Iglesia y una cátedra: *Primatus Petro datur, ut una Christi Ecclesia, et cathedra una monstretur.* (Tract. de Unit. Ecclies.)

Entre los doce apóstoles uno sólo es elegido, dice S. Jerónimo, para que quedase establecido un solo jefe, para que quedase apartada toda ocasión de cisma: *Inter duodecim unus eligitur, ut coram constituto, schismatis tollatur occasio.* (Lib. I. contra Jovin.)

Dios es uno, y Jesucristo uno, y la Iglesia una; y no hay más que una cátedra, la de Pedro, establecida en la palabra del Señor, dice S. Cipriano. Ningun altar, ningún sacerdocio puede establecerse en otra parte. Cualquiera que pretenda reunir fuera de allí, disipa (1).

San Pablo predica la unidad: Tened cuidado de conservar la unidad de espíritu en el lazo de la paz, escribe á los de Efeso: *Salliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis.* (IV. 3).

Sea un solo cuerpo y un solo espíritu, continúa el Apóstol, como habéis sido llamados en una sola esperanza de vuestra vocación. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Un solo Dios, y Padre de todos, que es superior á todo, y por todas partes, y en nosotros todos (2).

(1) *Deus unus est, et Christus unus, et una Ecclesia, et cathedra una super Petrum domini voce fundata. Aliud altare constitui, aut sacerdotium novum fieri, proterit unum altare, et unum sacerdotium non potest. Quisquis alibi collegit, spargit.* (Lib. I. Epist. VII. ad Philem.)

(2) *Unum corpus, et unus spiritus, sicut vocati estis in una spe vocacionis vestre. Unus Dominus, una fides, unum baptisma. Unus Deus et Pater omnium, qui est super cunctis, et per omnia, et in omnibus vobis.* (Epist. IV. 4-6).

Vivid de una manera digna del Evangelio de Cristo, dice á los filipenses; de suerte que, sea que venga y os vea, sea que permanezca apartados de vosotros, oiga decir que continuais formando un mismo espíritu, y combatis en un solo corazón por la fe del Evangelio: *Digne Evangelio Christi conversamini; ut sicut cum tenero et ridere car, sicut abiens, audiam de vobis quia estis in uno spiritu, unanimes, collaborantes fidei Evangelii.* (I. 7). Haced mi alegría completa, permaneciéndo todos unidos, teniendo un mismo amor, una mi-ma alma y un mismo pensamiento: *Implete gaudium meum, ut ideam sapientis, evadent curia-tem habentes, unanimes, sicutque sentientes.* (Philipp. II. 2).

Hay un solo Dios y un solo mediador de Dios y de los hombres, Jesucristo hombre, dios S. Pablo á Timoteo: *Unus Deus, unus et mediator Dei et hominum; homo Christus Jesus.* (I. II. 5).

Tened todos los mismos pensamientos, los mismos sentimientos, dice el apóstol S. Pedro: *Omnes unanimes, cooperantes.* (I. III. 8).

Lo que hemos visto y oído es lo anagoramos, dice el apóstol S. Joan, á fin de que estéis vosotros mismos en comunión con nosotros, y que nuestra comunión con nosotros sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo: *Quod vidimus et audivimus, annuntiamus vobis, ut et vos societatem habeatis nobiscum, et societatem vestra sit cum Patre et cum Filio eius Jesu Christo.* (I. I. 3).

Nadie, dice el venerable Beda, puede tener sociedad con Dios, si no se une antes con la sociedad de la Iglesia: *Nec habere societatem cum Deo quisquam valet, qui non prius unatur Ecclesie societati.* (In Evang.).

La Iglesia católica es el único cuerpo de Jesucristo; es su jefe, su cabeza, dice S. Agustín; es el salvador de este cuerpo, que es el suyo. Fuera de este cuerpo, el Espíritu Santo no vivifica á nadie, porque no es participante de la divina caridad, siendo enemigos de la unidad (1).

Hemos de observar con gran cuidado, dice Vicente de Lerins, que en la Iglesia católica tengamos constancia y firmeza en lo que ha sido creído por todas partes, siempre y por todos: *In ipa catholica Ecclesia magnopere curandum est, ut id liceamus, quod ubique, quod semper, quod ab omnibus creditum est.* (Lib. Prescript. adv. Hares.)

No os dejéis llevar por doctrinas diversas y extrañas, dice el apóstol á los hebreos: *Doctrinis variis et peregrinis volitis abducí.* (XIII. 9).

Escucha, Israel, dice la Escritura, el Señor nuestro Dios es solo Señor: *Audi, Israel, Dominus Deus noster, Dominus unus est.* (Deuter. VI. 4).

No haré más que un solo pueblo, dice el Señor en Ezequiel; y un solo rey mandará á todos; y de aquí en adelante no serán ya divididos en dos pueblos y en dos reinos: *Faciam eos in gentem unam, et rex unus erit amittius imperans, nec dividetur amplius in duo regna.* (XXXVII. 22).

Todo está reunido, lexado á la unidad en Jesucristo Rey de los reyes; toda la Iglesia es una bajo su rey, el soberano Pontífice, vicario de Jesucristo.

Los hijos de Judá y los hijos de Israel se reunirán, dice el Señor por medio de Oseas, y se darán un solo jefe: *Congregabuntur filii Juda et filii Israel et ponent sibi caput unum.* (I. 11).

(1) Ecclesia catholica sola est corpus Christi, cujus ille caput est, salvator corporis sui. Extra hoc corpus, neminem vivificat Spiritus Sanctus, quia non est participans divine caritatis, qui hostis est unitatis. (Epist. L. ad Bonif.)

La Iglesia es una en su jefe invisible, que es Jesucristo; en su jefe visible, el soberano Pontífice; es una en su dogma, en su enseñanza, en su símbolo...; es una en su moral...; es una en sus Sacramentos...

En verdad, en verdad os lo digo, soy la puerta de las ovejas, dice Jesucristo. Soy la puerta. Cualquiera que entre por mí, será salvado; entrará, y saldrá, y hallará pastos. Tengo otras ovejas que no son de esta redil, y es preciso que las traiga; y girán mi voz, y no habrá más que un solo rebaño y un solo pastor. (Joann. X. 16).

Per la unidad se encuentra Jesucristo, que es la puerta; se encuentra la salvación, la entrada del Cielo, los abundantes pastos de la gracia y de la gloria.

Dirigiéndose Jesucristo á su Padre, le dijo: Padre santo, conservad en vuestro nombre á aquellos que me habeis dado, á fin de que sean uno con nosotros: *Pater sancte, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi, ut sint unum, sicut et nos.* (Joann. XVII. 14). Luego por los que creerán en mí, para que todos no sean más que uno, como vos, Padre mio, estais en mí y yo en vos, á fin de que ellos sean también uno en nosotros; á fin de que sean uno, como nosotros somos uno. Yo estoy en ellos, y vos en mí, para que sean consumados en uno (1). ¡Tal es la excelencia de la unidad, estar identificados con Jesucristo!

Estoy en mi Padre, vosotros en mí, y yo en vosotros: *Ego sum in Patre meo, et vos in me, et ego in vobis.* (Joann. XIV. 20). ¡Qué rica y divina unidad!

Estoy en mi Padre por la unidad de la esencia divina; vosotros en mí por el amor, por union de substancia en virtud de la encarnación; yo en vosotros por la gracia, por vuestro título de hijos de Dios, de herederos de Dios... Esto hace decir á S. Hilario de Poitiers: Jesucristo está en su Padre por la naturaleza de su divinidad; estamos en él por su actividad corporal, y él está de nuevo en vosotros por el sacramento del Altar. Porque dice: El que come mi carne y bebe mi sangre, vive en mí y yo en él (2).

Así como el cuerpo es uno, dice S. Pablo, y tiene varios miembros, y todos son miembros del cuerpo, aunque sean muchos, y no forman, sin embargo, más que un cuerpo; así sucede con Jesucristo. Porque todos hemos sido bautizados en un solo espíritu, ya judíos, ya gentiles, ya esclavos, ya libres, y todos hemos vivido en un solo espíritu (3).

¡Admirable unidad que existe en la Iglesia de Jesucristo! Se ve la misma unidad, la misma concordia, la misma comunidad de alegrías y de dolores.

(1) Sicut enim corpus unum est, et membra habent multa, omnia autem membra, corporis eius, sunt unum, cum unum corpus sunt, ita et Christus. Etiam in uno nostro corpore non in unum corpus baptizati sumus, sed iudei, sive gentes, sive servi, sive liberi: et omnes in uno spiritu potati sumus. (I. Cor. XII. 13-14)

(2) Omnia vestra sunt, sive Paulus, sive Apollus, sive Cephas, sive mundus, sive Christus autem Deus. (I. III. 22-23)

(3) Regni vero sui qui creditus sunt in me, et omnes unum sunt, sicut et in Patre, in me, et ego in te, et et ipsi in vobis unum sunt, ut sint unum, sicut et nos unum sumus. Ego in eis, et in te, et in me, et sint consummati in unum. (Joann. VII. 20-22)

Excelencia y ventajas de la unidad.

Por esta unidad de los miembros de Jesucristo, cada uno quiere como á su alma, su deber, su oficio, sus obligaciones, su talento, su destino, su posición, su grado, sus funciones; cada uno atiende á trabajar para todos, y todos para cada uno. Todos no tienen más que un corazón y una alma: *Cor unum et anima una.* (Act. IV. 32).

Todos sois hijos de Dios por la fe que está en Jesucristo, dice S. Pablo á las galatas: *Omnes filii Dei estis per fidem, que est in Christo Jesu.* (III. 26).

Tal es el precioso tesoro de la unidad en la fe... No hay ya, continúa el Apóstol, ni judío, ni griego; ni esclavo, ni libre; ni hombre, ni mujer; porque todos sois uno en Jesucristo: *Non est judaicus, neque grecus; non est servus, neque liber; non est masculus neque femina; omnes enim vos unum estis in Christo Jesu.* (Galat. III. 28). Así no sois ya siervos, sino hijos, y si sois hijos sois también herederos de Dios por Cristo: *Jam non est servus, sed filius; quod si filius, et heres per Deum.* Galat. IV. 7.

Por Jesucristo, dice S. Pablo á los efesios, tenemos acceso en un mismo espíritu cerca del Padre: *Per ipsum habemus accessum ad Deum Patrem in uno spiritu.* (E. 18). En un mismo espíritu, es decir, en la unidad de voluntad, de fe, de religión y de caridad cristiana; á fin de que no haya en nosotros más que un corazón y una alma, como en los primeros cristianos: *Erat cor unum et anima una.* (Act. IV. 32).

Todo es vuestro, dice el apóstol á los corintios: ya Pablo, ya Apolo, ya Cefas, ya el mundo, ya la vida, ya la muerte; ya las cosas presentes, ya las futuras, todo es vuestro, y vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios (1). Tales son los maravillosos efectos de la unidad...

La Iglesia es un solo cuerpo, cuya alma es la fe y la caridad...

Por la unidad se sufren los unos á los otros en la paciencia, dice S. Pablo: *Cum patientia supportantes invicem.* (Ephes. IV. 2).

Por esta unidad somos todos miembros unos de otros: *Sumus invicem membra.* (Ephes. IV. 16). Por esta unidad todos tenemos los mismos sentimientos: *Idipsum invicem sentientes.* (Rom. XII. 16).

El bien, las ventajas de la unidad se ven en todo el universo: en la tierra y en el Cielo.

En el Cielo, dice S. Agustín, no hay envidia ni caridad diferentes, en todos reina la unidad del amor: *Non erit ibi aliqua invidia, disparitas caritatis, ubi in omnia regnat unitas caritatis.* (De Coel. Vita).

La unidad de amor, dice S. Gregorio, liga de tal manera á los elegidos entre sí, que cada elegido no haya recibido un bien dado en sí, se alegra de que otro lo haya recibido: es tan feliz por ello como si lo hubiese recibido él mismo: *Tanta vis caritatis ibi omnes associat, ut bonum quod quisque in se non accepit, in alio se gaudent accepisse.* (De Beatitud.).

Los hermanos unidos entre sí son fuertes como una ciudadela, dicen los Proverbios: *Frater qui adjungitur a fratre, quasi civitas firma.* (XVIII. 19). No se rompe fácilmente un lazo tres veces atado, dice el Eclesiástico: *Funiculus triplex difficile rumpitur.* (IV. 12).

(1) Ille in Patre per naturam Divinitatis; nos in eo per corporalem ejus unitatem; et ille nunquam in nobis per Sacramenti mysterium. Alii autem qui edunt carnem meam et bibunt meum sanguinem, in me manent, et ego in eo. (Ibid. in Joann.)

Hay tantas almas y corazones como hombres, dice S. Agustín; pero, desde que se unen á Dios por el amor y la fe, no forman más que una alma y un corazón: *Multorum hominum multe sunt anime, et multa sunt corda; sed ubi per dilectionem fidemque adherent Deo, una anima et unum cor sunt.* (Sextent. (CCCXLVIII)).

La unidad de los Santos en la tierra, justifica, dice S. Bernardo; en el Cielo, glorifica; la una da el mérito, la otra la recompensa. La unidad en esta vida es el adorno de la paz; de ella se ha dicho: ¡Cuán dulces y agradable es para hermanos el vivir juntos! Y el profeta, después de haber descrito la hermosura de la unidad, proclama su utilidad. El Señor, dice, recompensa la unidad con la bendición y la vida: en este mundo la bendición, y en el otro la vida. (Serm. de Assumpt. B. Virginis).

Con esta unidad, Jesucristo nos llama amigos, hermanos, hermanas, madre; llama á su Dios nuestro Dios, á su Padre nuestro Padre. Id á mis hermanos; llama á su Dios nuestro Dios, á su Padre nuestro Padre. Id á mis hermanas; llama á su Dios nuestro Dios, á su Padre nuestro Padre, y decidles: Subo hacia mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios: *Vade ad fratres meos, et dic eis: Ascendo ad Patrem meum, et Patrem vestrum, Deum meum et Deum vestrum.* (Joann. XX. 19).

Esta unidad es el tabernáculo de Dios en los hombres, habita con ellos; y son su pueblo, y el mismo Dios está con ellos, y en su Dios. (Apoc. XXI. 3).

La unidad de la Iglesia es la unidad del Cielo... Les daré un solo corazón y una sola senda, dice el Señor por Jeremías, para que me teman todos los días de su vida, y la paz esté con ellos: *Dabo eis cor unum, et viam unam, ut timeant me universi dies et bene sit eis.* (XXXII. 39).

Y haré con ellos una alianza eterna, y no cesaré de hacerles bien, y me alegraré en ellos: *Et feriam eis pactum sempiternum, et non desinam eis bene facere. Et latabor super eis, cum bene eis jacerem.* (Id. XXXII. 40-41).

Hay tranquilidad cuando Pedro solo dirige el buque, dice S. Ambrosio: *Tranquillitas est ubi solus Petrus navigat.* (Serm. V).

La unidad de diez hace que uno sólo valga por diez; porque uno sólo está en los diez, en uno sólo, dice S. Crisóstomo. Así resulta que cada uno tiene veinte manos y veinte ojos; y respira y obra con diez almas; porque cada uno tiene tanto cuidado del otro como de sí mismo. Así es que los ojos, las manos y los pies de los diez, sirven para cada uno; cada uno se ocupa de los demás como de sí mismo. De este modo uno sólo puede muchos, porque puede tanto como diez. Y si son ciento y millones, es lo mismo. (Homil. LXXVII in Joann.)

Lo que hace la unidad es la fe, la esperanza, la caridad, la obediencia y la adhesión á la Iglesia, sobre todo y ante todo al Soberano Pontífice, jefe supremo e inalienable de la Iglesia universal.

Donde está el pecado está la división... Donde haya virtud hay unidad...

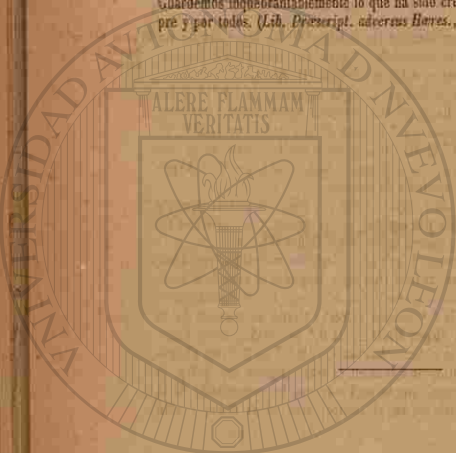
El dualismo, es la causa, el manantial y el origen de toda discordia... La unión es la vida...; la división es la muerte.

La unidad es Dios, el Cielo...; el dualismo es el demonio, el infierno...

La que hace la unidad es tener los mismos sentimientos: *Idipsum invicem sentientes.* (Rom. XII. 16).

Con relación á las cosas que conocemos, dice S. Pablo á los filipenses; tenemos los mismos sentimientos y atengámonos á la misma regla: *Ad quod pertinetis, idem sapiamus, et in eadem permanemus regula.* (III. 16).

Lo que hace la unidad es seguir exactamente lo que traza Vicente de Lerins. *Id tenemus quod ubique, quod semper, quod ab omnibus creditum est.* Guardemos inquebrantablemente lo que ha sido creído por todas partes, siempre y por todos. (*Lit. Prescript. adcerus Hares., c. XII.*)



UNION CON JESUCRISTO.

ESCUCHAD á S. Pablo escribiendo á los corintios: Os he desposado con un solo varón, Cristo, para que os presenteis á él como una virgen pura: *Despondi vos mihi vtro, virginem castam exhibere Christo.* (II. XI. 2).

1.ª Esta unión divina se verifica por la fe, la esperanza, la caridad y las demás virtudes... 2.ª Esta alianza celestial establece mancomunidad entre los bienes del esposo y de la esposa... 3.ª De esta alianza nace una familia, es decir, todas las virtudes... 4.ª El lazo de esta unión con Jesucristo es la caridad... 5.ª Esta alianza se hace de una manera perfectísima, y sobre todo por la virginidad y los votos de castidad y de religión.

Os desposaré por la eternidad, dijo el Señor por boca del profeta Oseas; y seréis mi esposa por la justicia y la equidad, por la gracia y la misericordia. Seréis mi esposa por la fe, y sabréis que yo soy el Señor (1).

Hay en la tierra seis alianzas ó uniones celestiales contraídas por Dios. La 1.ª se hizo en la Creación, cuando Dios dijo: Hagamos el hombre á nuestra imagen y semejanza: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* (Genes. 1. 26); la 2.ª cuando el Verbo eterno se encarnó en el casto seno de la inmaculada Virgen María...; la 3.ª se verifica entre Jesucristo y la Iglesia...; la 4.ª en el Santo Bautismo...; la 5.ª en la Santa Comunión...; la 6.ª cuando se consagran á Dios en la vida religiosa con votos; la 7.ª alianza y cierta nueva unión, que no será más que la consumación de la unión precedente, se verificará, no en el tiempo, sino en el Cielo, y será eterna...

1.ª Esta alianza une á Dios... 2.ª Esta alianza es una mútua unión... 3.ª Por esta unión todos los pensamientos, todas las obras son por Dios... 4.ª Esta unión transforma en Dios... Preciosas relaciones de la unión con Jesucristo.

Escuchad á S. Agustín: Señor, cuando estaré unido á vos con todo míser, no experimentaré ya dolor ni trabajo: mi vida será vivificada, enteramente llena de vos. Ahora, porque no estoy lleno de vos, estoy á cargo mio (2).

Escuchad á S. Lorenzo Justimano, hablando del alma fiel que tiene el deseo de unirse á Jesucristo, su divino esposo, y está deseosa de conservar fielmente tan santa y sublime unión. Su amor ardiente medita siempre nuevas preciosas cosas, dice; y trata de descubrirlas. En la impaciencia de sus ardientes deseos, no cesa de ocuparse de la manera de amar más ardientemente y con más

(1) *Sponsabo te mihi in sempiternum: et sponsabo te mihi in iustitia et iusticia, et in misericordia, et in misericordiis. Et sponsabo te mihi in fide, et scies quia ego Dominus.* (II. 19-20).

(2) *Cum habesoro tibi ex omni re, usquam erit mihi dolor et labor: et viva erit vita mea: toto plena te. Nunc autem, quoniam tui plena non sum, oneri mihi sum.* (Sullag.)

snauidad à su esposo; de la manera de tenerla más fuertemente y de conversar con él más familiar é íntimamente. Quiere amar exclusivamente à su esposo. De ahí el ardiente deseo, de ahí las dulces quejas, de ahí los santos murmullos, los gemidos de las palabras y la pena de la ausencia. No cesa de levantar la voz, de gemir en su corazón, de buscar siempre, de desear siempre mientras no goza de la divina presencia de su muy amado. La vehemencia de su amor triunfa de toda pena.

Luego S. Laurencio Justiniano enumera las alegrías y los frutos de esta unión de amor. Ved, dice, las alegrías de esta ardiente unión de caridad. Esta esposa de Jesucristo tiene la riqueza de las delicias; su corazón está lleno de ellas, su alma se engrandece, y su espíritu está en la dulzura; posee la seguridad del amor, y goza del placer del fervor, de la pureza de la ciencia de la verdad, de la perfección de las virtudes, de las cadenas de la caridad, de la plenitud de los consuelos, de las delicias de la alegría, del ardor de los deseos, de la abundancia de la paz; saborea la contemplación, la dulzura de la perseverancia, la fecundidad de la sabiduría, el esplendor de la luz, la hermosura de la pureza, la gracia de la santidad y la alabanza de la majestad divina. (*Lib. de Canto canonicis Verbi et Antioch.*)

Esta alma fiel dice entonces con el gran Apóstol: Vivo, no yo, sino Cristo es el que vive en mí; Vivo, jam non ego, vivit vero in me Christus. (Gal. II. 20).

(Véase Eucaristía. Vida religiosa ó interior).

VANAGLORIA.

SAN Bernardo hablando de la vanagloria, dice: es un mal sutil, un veneno La vanagloria es un mal perniciosísimo. secreto, una peste oculta, el artefano del fraude, la madre de la hipocresía, el padre de la envidia, el manantial de los vicios, el hogar de los crímenes, el moho de las virtudes, el gusano roedor de la santidad, y la ceguera de los corazones; cambia los mejores remedios en enfermedades, y no deja producir à la medicina más que languidez (1).

San Crisóstomo llama à la vanagloria madre del infierno: *Mater gehenne.* (Homil. XVII. in epist. ad Rom.)

San Basilio la llama al ladrón de las buenas obras. Hoyamos, dice, de la vanagloria, insinuante expoliadora de las riquezas espirituales, enemiga leonajera de nuestras almas, gusano mortal de las virtudes, arruñadora insidiosa de todos nuestros bienes: *Fugimus inane gloriám, dulcem spirituum ópium spoliaricem, incedam amaram nostrarum hestem, sine virtutum blanditiarum bonarum nutraron depredatricem.* (In Const. Monast. c. XI).

Señor, dice S. Agustín, el que se atribuye la gloria de vuestro bien, y no à vos, es un ladrón; es semejante al demonio, que quiso arrebatarnos vuestra gloria: *Qui se bono tuo, o Domine, gloriam sibi querit, et non tibi, hic fur est et latro; et similis est diabolo, qui voluit furari gloriam tuam.* (Solloq. c. XV).

¿Qué tenéis, dice el gran Apóstol, que no lo hayais recibido? Y si lo habeis recibido, ¿por qué glorificaros de ello como si no lo hubiérais recibido? *Quid habetis quod non accepistis? Si autem accepistis, quid gloriaris quasi non accepistis?* (I. Cor. IV. 7).

Han sembrado el viento, dice el profeta Oseas, y cosecharán tempestades: *Ventum seminabunt, et turbinem metent.* (VIII. 7). Siembran el viento, y cosechan tempestades los que hacen una buena obra por vanagloria.

Los que siembran cosas vanas, dice S. Jerónimo, no reciben más que cosas vanas y estériles: *Vacua seminantes, inania vacuaque recipiunt.* (In Osee.)

San vaingl., han recibido su recompensa; vanos, su recompensa es vana, dice S. Agustín: *Receperunt mercedem suam, vani bonum.* (In Psal.)

Habeis sembrado mucho, y recogido poco, dice el profeta Aggeo: habeis reunido dinero, y lo habeis puesto en un saco agujereado: *Seminasti multum, et intulisti parum; et qui mercedem congregavit, misit eam in sacculum periturum.* (I. 6). Los que obran por vanagloria echón sus obras en un saco roto.

Tened cuidado, dice Jesucristo, de no hacer vuestras buenas obras delante de los hombres para que os vean; de otra suerte no recibiréis recompensa de

(1) *Vana gloria subtile malum, secretum virus, pestis occulta, doli artifex, malae hypocrisis, furoris parens, vitiorum origo, criminum fons, virtutum serpens, fidei saucitudo, excaecatrix cordium, ex remediis morbos creat, generans ex medicina languorem.* (Sermon. VI. in Psal.)

vuestro Padre, que está en los cielos: *Attendite ne justitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis; aliquam mercedem non habebitis apud Patrem vestrum, qui in Cælis est.* (Math. VI. 1).

El que se conoce bien, dice la *Imitación de Jesucristo*, tiene humildes sentimientos de sí mismo, y no se alegra de las alabanzas de los hombres: *Qui bene seipsum cognoscit, sibi ipse vilescit, nec laudibus delectatur humanis.* (Lib. I. c. n. 6. 1).

No os creáis mejores que los demás, no sea que Dios, que sabe lo que hay en el hombre, os juzgue como siendo los peores de todos: *Non te reputes aliam meliorem, ne forte coram Deo deterior habeatis, qui scit quid est in homine.* (De Imit. Christi, lib. I. c. VII. n. 3).

El que se glorifica, glorifícase en el Señor, dice el apóstol á los corintios: *Qui gloriatur, in Domino gloriatur.* (II. X. 17).

No busquemos la vanagloria, escribe á los galatas: *Non efficiamur inanis gloriæ cupidí.* (V. 26).

En cuanto á mí, añada á los galatas, no quiera Dios que me glorie, si tu es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo: *Abit mihi gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.* (VI. 14).

¡Haced brillar vuestra gloria, dice el Salmista, no por nosotros, Señor, sino por vuestro nombre, por vuestra misericordia y por vuestra verdad: *Non nobis Domine, non nobis, sed nomini tuo dá gloriam, super misericordia tua et veritate tua.* (CXIII. 9).

Señor, dice S. Francisco de Asís, guardad vuestro don en mí, porque soy un ladrón cuando os arrebató la gloria y me la atribuyó: *Domine, custodi tuum donum in me, quia ego ejus sum latro, dum tibi ejus gloriam suffuror, cumque mihi adscribis.* (In S. Bonav., in ejus vita).

Sólo á Dios debemos atribuir la gloria de todas las cosas, diciendo con san Ignacio de Loyola: Toda para mayor gloria de Dios: *Ad maiorem Dei gloriam.* (In ejus vita).

Muchos para esta la vanagloria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

VANIDAD,

VANIDAD quiere decir cosa vana, fútil, inútil y de ningún valor; cosa que se desvanece... La vanidad es una cosa vana que sólo puede agradar á las personas vanas... ¡Qué es la vanidad!

La gracia es engañosa, y la hermosura vana, dicen los Proverbios: *Falax gratia, et vanus est pulchritudo.* (XXXI. 30).

¿Cuál es la hermosura, la gracia, los adornos que dan vanidad? Respondan los Padres y los mismos filósofos... La vanidosa hermosura hace olvidar la raza, dice S. Jerónimo. (*Anton. in Meli., c. LX*). Es el tirano de la juventud, dice Sócrates; heno de huir de las personas que aman la vanidad, como de la mordedura de los animales venenosos (*Anton. in Meliis. c. LX*).

La vanidad es un engaño, dice Teofrasto. (*Anton. in Meliis. c. LX*). Es una cosa triste y desgraciada, dice Eutripides. (*In Helena*). Ps, dice Jenofonte, un fuego que abrasa, ya á las personas á quienes alcanza, ya á las personas que se acercan. (*Lib. de Amore*).

Las almas engañadas, dice Procles, ignorando dónde se halla la verdadera hermosura, adoran las formas físicas y se pierden. (*Lib. de Antona*).

No miréis la forma, sino el alma, dice Espo. (*In Mozinus, serm. XLIV*).

La hermosura, dice S. Gregorio Nazianceno, es juguete del tiempo y de la enfermedad: *Pulchritudo est temporis et morbi luditorium.* (Orat. XXX.)

No hay nada que un colorido que pueda agradar, el que da el pudor, dice S. Gregorio, no hay más que una blancura que debe estimarse, y es la que produce la abstinencia y la penitencia: *Unus ruber placet, quem pudor offert; unus candidus, quem parit abstinentia.* (Orat. II de Laudibus Gorgonias).

No os envanezcáis jamás por vuestros vestidos, dice el Eclesiástico: *In vestitu ne gloriare iniquum.* (XI. 4). Los que se envanezen por ellos, dice S. Crisóstomo, se envanezen por una cosa que los viciosos engendran y devoran: *Gloriantur in re, quam vermes et gignunt et perdunt.* (Homil. ad pop.)

Si ando en la vanidad, dice Job, mi pie me precipita al punto en el error y en el engaño: *Si ambulavi in vanitate, festinavit in dolo pes meus.* (XXXI. 5).

Diga la carne lo que es la carne, dice S. Pedro Damiano; manifiesto viva lo que es muerta: *Quid ergo sit caro, docent ipsa caro, quodque perhibet mortua, testatur et viva.* (Lib. VII. epist. ad Blancam).

Todo lo que da vanidad pasa como la flor de los campos, dice el apóstol Santiago: *Sicut flos campi transibit.* (I. 10).

El primer vestido que tomó Adán después de su falta, estaba simplemente hecho con hojas de árbol; y los vestidos que Dios le dio á él y á Eva fueron

¡Qué es la vanidad!

®

sencillos, porque dice el Génesis: Jesucristo hizo á Adán y á su mujer túnica de pieles, y los cubrió con ellas: *Fecit Dominus Deus Adám et uxori ejus tunicas pelliceas, et induit eos.* (III. 21).

Diógenes llamaba á los ricos tan pobres de espíritu como espléndidamente vestidos, *oculos de oro, toisones de oro: Oculi aureum, vellos aureum.* (Ila Laertius, c. VI).

Demona dijo á cierta persona que se enojaba por su rico traje: ¡Ay pobre ciego! la oveja llevaba antes este traje, y no por esto dejaba de ser oveja: *Hoc ante gestabat ovis, et quis erat.* (Ila Laertius, c. VI).

El hombre, dice el Salmista, anda errante en medio de fantasmas, y se agita en vano: *In imagine pertransit homo, sed et frustra conluctatur.* (XXXVIII. 7).

Sus días se consumen en la vanidad, y sus años en la agitación y en la rapidez: *Defecerunt in vanitate dies eorum, et anni eorum cum festinatione.* (Psal. LXXXVII. 33). El hombre es como un torrente que se escapa, un sueño que se desvanece. Por la mañana se levanta como la yerba de los campos, por la mañana florece, y por la noche se seca y cae. (Psal. LXXXIX. 5. 6). El hombre es semejante á la nada; sus días pasan como una sombra: *Homo vanitati similitudo factus est, dies ejus sicut umbra praeteriunt.* (Psal. CXLIII. 4).

¡Oh! ¿cómo tiene el Rey Profeta de exclamar: Apartad, Señor, mis ojos para que no vean la vanidad; *Arerte oculos meos, ne videant vanitatem.* (CXVIII. 37). Y el Eclesiástico: Vanidad de vanidades, todo es vanidad: *Vanitas vanitatum et omnia vanitas.* (I. 2).

Todo es sombra, sueño, carrera; la vida es un corral, dice S. Crisóstomo: *Quamvis umbra, somnia, cursus; cursus est vita.* (Homil. ad pop.).

No vayais detrás de las cosas vanas, que no pueden servirnos ni libraros, porque son vanas, dice el Espíritu Santo: *Nalite declinare post vana, quoniam non proderunt vestri, neque eruant vos, quia vana sunt.* (I. Reg. XII. 21. Samuel ad pop.).

¡Por qué engorrais y adornais vuestra carne con cosas buceadas, dice san Bernardo, puesto que dentro de pocos años los gustanos la desmorarán en el sepulcro? *Cur carnea tuam pretiosis rebus impinguis et adornas, quoniam post paucos dies vermes devoraturi sunt in sepulcro?* (Epist.).

Hijos de los hombres, exclama el Real Profeta, ¿hasta cuándo tendréis el corazón pesado? ¿Por qué buscáis las vanidades y os vais á la morada? *Fili hominum, usquequo gravi corde? ut quid diligitis vanitatem, et queritis mentium ducimur?* (IV. 3).

Platón dijo á uno de sus discípulos que por vanidad cuidaba demasiado su cuerpo: ¿Hasta cuándo, miserable, seguirás construyéndote una cárcel? *Quareque, miser, usquequo carcerem edificare pergis?* (Dial. III).

¿Han perseguido la vanidad, y todo en ellos es vano, dice la Escritura: *Sequuti sunt vanitates, et vane egerunt.* (IV. Reg. XVII. 15).

¡Avergüenose, dice S. Bernardo, el que busca falsas delicadezas, viendo á Jesucristo coronado de espinas! *Pudeat sub spinato capite, membrum fieri delicatum!* (Serm. V. in Festo om. Sanct.).

Es una locura, dice Clemente de Alejandría, sabiendo que Nuestra Señora

está coronado de espinas; insultar su venerable pasión, cubriendo nuestras cabezas de flores (1).

Es no tener razón, ni sentido, ni vista, ni oído, ni religión, ni corazón, ni compasión...

Esclava de la vanidad, atada en la gloria, dice Isaias, desnuda tus cabellos, descubre tu espalda, no tengas decencia: tu ignominia se manifestará, y tu orgullo se desmorará: me vengaré; ¿y quién me resistirá? dice el Señor (2).

¡Cuanto más una mujer quiere adornarse para parecer y agradar, dice san Ambrosio, más la desprecia Dios, y más despreciable es, efectivamente, ya á los ojos de Dios, ya á los ojos de los hombres sensatos: *Quanta femina hominibus splendor videtur, tanto magis dispicitur a Deo.* (Exhortat. ad Virg.).

La vanidad es siempre la señal de una alma vil, baja y apasionada; y semejante alma es digna de un solemne desprecio...

No os cuidéis de la carne en sus codicias, dice S. Pablo á los romanos. *Carnis curam ne feceritis in desideria.* (XIII. 11). Los grandes cuidados del cuerpo provocan un gran olvido, una deplorable negligencia del alma...

Hijo del hombre, dijo el Señor al profeta Ezequiel, perfora la pared, entra y mira las abominaciones horribles que aquí cometen. Y entré, y vi imágenes de toda clase de reptiles y de animales, y la abominación de todos aquellos ídolos que estaban pintados al rededor del muro (3).

Tal es el cuadro de una alma que no se ocupa más que de su cuerpo.

Cuando Magdalena era mujer pública, estaba llena de vanidad; pero cuando quedó lavada con sus lágrimas á los pies de Jesucristo, dice S. Jerónimo, no tenía ya manos adornas. Y cuanto más desnudada era entonces en sus vestidos, tanto más bella era interiormente: *Meretrix illa in Evangelio, luppizata lacrymis suis, non habuit erispantes mitras: quanto factior tanto paucior.* Un vano adorno, añado, no viene del Señor, oculta un enemigo de Cristo: *Ornatus iste, non Domini est, velamen istud Antichristi est.* (Epist. ad Petrum).

El vestido, la sonrisa y la marcha del hombre dan á conocer lo que es, dice el Eclesiástico: *Anterior corporis, et risus dentium, et ingressus hominis enuntiant de illo.* (XIX. 27).

Cuanto más cuidadosos son los adornos exteriores, dice S. Agustín, más ruidosos para el interior; y cuanto menos buceados son, más se embellece el hombre en sus costumbres (4).

(1) A caritione alienum est, ut qui audierimus Romanorum fuisse spinis coronatum ipsi venerabilis Dominus passioni, hoc ludum insultantes, habeamus capita redempta. *Beatus.* (Ila. II. Pagan. c. VIII).

(2) Tolle mitram, demota turpitudine vestis: nisi operari fuisset, revelaretur ignominia tua, et videlicet (operarium tuum) alienum capiam, et non cessat nisi homo. (XLVII. 2-3).

(3) Fili hominis, fode patiebatur. Et cum fodissem passum, dixit ad me: Ingrede, et vide abominabiles passimas, quas isti faciunt hic. Et cetera vidi, et ecce omnis similitudo reptilium et similitudo abominata, et mirram idola depicta erant in pariete in circuitu meo totum. (VIII. 8-10).

(4) Exterioribus hominis ornamentis, quanto magis appetuntur, tanto suat interioribus majore detrimenda: quanto autem minus appetuntur, tanto magis moribus pulchris usum addecorant. (Serm. XVIII. de verbis Apost.).

La vanidad hace despreciables.

La vanidad indica la desmoralización del alma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE GUATEMALA

No se ocuparian tanto de adornar este miserable cuerpo, si no estuviese el alma vacía de virtudes, dice S. Gregorio. (*Lib. Moral.*)

Al ver las personas vanas, díjase que Dios, al hacer al hombre, no sabía lo que hacía, puesto que ellas querian rehacerlo.

El mal rico estaba cubierto de púrpura y de seda; *Induebatur purpura et bysso.* (Luc. XVI. 19).

Hay algunos, dice S. Gregorio, que se persuaden que el amar de la vanidad y el lujo no es un pecado. Si no fuese un verdadero mal, Jesucristo no habría tenido cuidado de expresar que aquel rico vestido de seda y de púrpura estaba atormentado en el seno de los infernos. Nadie sino por vanagloria busca los vestidos preciosos (1).

Habiendo encontrado S. Crisostomo á una mujer que iba á la iglesia cargada de vanos adornos, la dijo: ¿Vais á la iglesia para bailar ó para daros en espectáculo? *An saltatura ad ecclesiam pergis, num ut tui spectaculum probeas, advenisti?* (In Moral.)

Hé aquí un axioma del emperador Augusto: Un vestido distinguido y alomado es el estandarte del orgullo y el nido de la lujuria: *Vestitus insignis ac mollis, superbia vexillum est, nidoque luxuria.* (Testa Sueton., in ejus vita.)

Los faccedemonios no permitan el uso de ricos y brillantes vestidos más que á las mujeres públicas.

Así juzgaban los paganos la vanidad en los vestidos.

La mujer se adorna por vanidad; quiero igualar la magnificencia de los altares, dice el Salmista... ¿Para qué? Para corromper los corazones y hacerse adorar. *Filix eorum composita circumornata ut similitudo templi.* (CXLIII. 12).

¿Por qué quieren adornarse? Para atraer las miradas y los corazones; para ser vistas y agradas á los hombres. Pero escuchad á S. Pablo: ¿Es de los hombres ó de Dios de quienes deseo la aprobacion?trato de agradar á los hombres? Si agradase á los hombres no seria siervo de Jesucristo: *Molo enim hominibus placere, an Deo? an quero hominibus placere? Si adhuc hominibus placerem, Christi servus non essem.* (Gal. I. 10).

Si os perfumais, dice S. Crisostomo, sea con el perfume celestial de las virtudes. Cuando el demonio ha llenado una alma de vicios, la lleva á perfumarse con vicio. (*Contra I. de Lazaro.*)

Apartad vuestra vista de una mujer engalanada, dice el Espíritu Santo: *Averte faciem tuam á muliere compta.* (Eccli. IX. 8). La mujer profusamente ataviada es un ídolo impuro.

Los vestidos de lujo y los vanos adornos, dice S. Cipriano, no convienen más que á las prostitutas y á las mujeres impudicas: *Ornamentorum ut vestium insignis, non nisi prostituta et impudica feminis congruunt.* (Lib. de Habitu virg.)

(1) *Et sicut hominum qui cultus subtilium, preciosorumque vestium non potest esse peccatum, quod si cuius non esset, nequaquam sermo Dei tam vigilanter exprimeret, quod dicitur, qui circumlectur apud iudeos, bysso et purpura indutus fuisse. Nemo quippe vestimenta pretiosa nisi ad inanis gloriam querit.* (Homil. in Evangel.)

Las vírgenes engalanadas, añade S. Cipriano, no merecen más que desprecio y disgusto; las que están cubiertas de seda y de púrpura, no pueden vestirse de Jesucristo; las que se adornan de oro, de piedras preciosas y collares, han perdido los adornos del corazón y del alma (1).

Jamás, dice Plauto, estaréis bien adornadas, si son más vuestras costumbres; costumbres vergonzosas y corrompidas manchan más que el barro un hermoso vestido: *Nequaquam ornata es bene, si morata es male; pulchrum ornatum turpes mores peius cana collinunt.* (Anton. in Meliss.)

Las personas amantes del lujo, es decir, de la vanidad, son ordinariamente prodigas, y hacen gastos excesivos, ruinosos é inútiles.

Ya S. Pablo, en sus tiempos, se quejaba de que algunas mujeres se habían extraviado por la vanidad. Ya algunos, dice, han vuelto á Satanás: *Jam enim quedam conversae sunt retro Satanam.* (I. Tim. v. 15).

Andad cargadas de oro; tened cuidado con los ladrones, dice S. Jerónimo: *Onusta incendis auro; latro tibi vitandus est.* (Epiet.)

Las mujeres entregadas á la vanidad pertenecen al infierno.

Tertuliano persigue con rigor el lujo de los vestidos y la vanidad de los adornos. Oídle; Tú, ó mujer vanidosa, puesta por la que atrae el demonio, eres el primer desertor de la ley divina, eres el verdugo y el asesino del hombre, y das muerte al hijo de Dios. Con tu adorno invites al crimen; eres una espada exterminadora. ¿Como has de guardar la ley de Dios, si desprecias sus enseñanzas y sus juicios? Resucitarás con esta seda, con esta púrpura y tanto atarido? El tiempo es corto y precioso, dice el Apóstol; ipse que lo perdéis dándole á la vanidad? (*Lib. de Habitu mulierum.*)

A horrores, Señor, á los adoradores de las vanidades y de la nada, dice el Castigos de la Real Profeta: *Odisti observantes vanitates superbae.* (XXX. 7).

Desgraciados de vosotros que arrastrais la iniquidad con largas cadenas de vanidad, dice Isaías: *Ye qui trahitis iniquitatem in funibus vanitatis.* (V. 18).

Hija de Babilonia, dice el Señor por Isaias, tu ignominia será descubierta, y desnudo será tu oprobio, me negaré, y nadie se me vestirá: *Filio Babylon, revelabitur ignominia tua, et videbitur opprobrium tuum: ultionem capiam, et non resistet mihi homo.* (XLVII. 1-3).

Se promete solemnemente y públicamente, en el santo bautismo, despreciar las vanidades del siglo. Renuncio al mundo, á Satanás, á sus pompas y á sus obras, se dice. Renunciáis al mundo y á sus pompas? pregunta el ministro del Dios vivo en nombre de Dios y de la Iglesia. — Sí, renuncio. Este es una promesa sagrada que heces de cumplir...

Quiero, dice el gran Apóstol, que las mujeres estéis vestidas convenientemente, adornadas con pudor y modestia, y no con cabellos rizados, ó oro, ó perlas,

(1) *Virgines compta horridulorum, sed distemperatae necerunt; sericum et purpura indute, Christiani habere non possunt; auro, margaritis et unguibus adornata, ornamenta cordis et peccatae pecciderunt.* (Lib. de Habitu virg.)

Peligros y desastres que ocasiona la vanidad.

Castigos de la vanidad.

En el santo bautismo se renuncia la vanidad.

Verdadero adorno de la mujer.

ó sencillos trajes: *Volo similiter et mulieres in habitu ornato, cum verecundia et sobrietate ornantes se, et non in tortis crinibus, aut auro, aut margaritis, vel veste pretiosa.* (I. Tim. II. 8-9).

El verdadero adorno de los cristianos y de las cristianas, dice S. Agustín, son las buenas obras: *Verus ornatu christianorum et christianarum, mores boni sunt.* (Epist. XXXVII. ad Possidium.)

La pureza, dice S. Cipriano, no se ocupa de los adornos, ella es el adorno de sí misma; es el honor de los cuerpos, el ornamento de las costumbres, la sanidad de los sexos, el lazo del pudor, el manantial de la castidad, la paz de la casa y el principio de la concordia (1).

Tomo el débil sexo por espejo, para adornar su alma y sus costumbres, á la bienaventurada Virgen María, en quien, como dice S. Ambrosio, brilla la hermosura de la castidad y el esplendor de todas las virtudes: *In qua, velut in speculo, resplendet species castitatis, et forma virtutis.* (Exhortat. ad Virg.)

Hemos de acordarnos, dice Clemente de Alejandría, que hemos de derramar el olor de la probidad, y no el olor de los perfumes. Respire la mujer, no acable de olor, sino á Jesucristo, que es la unción real: *Quartet viros apud nos unguenta non olea, sed vitam probitatem. Spiritus autem feminæ Christus, qui est regalis unguento, non unguenta.* (Lib. II de Præd. c. VIII.)

Esther, dice la Escritura, debía ser presentada al rey Asuero, y no buscó vanos adornos: *Esther non quesivit muliebrem cultum.* (II. 15).

Esther agradó al rey, y fué elegida esposa. Mujeres cristianas, si queréis agradar al Rey de los Reyes y ser sus esposas, dejad los adornos mundanos, las libras de Salsán, y cultivad con la virtud de Jesucristo...

La mujer casta: 1.ª está vestida con modestia... 2.ª tiene un porte que inclina á las demás al pudor... 3.ª su exterior no es afectado, ni trasluce el deseo de agradar; se reviste de humildad, derrama el perfume de la piedad, dice S. Bernardo; su gracia es celestial, prescribe el respeto; su presencia llena el corazón de una santa alegría, y edifica por todas partes. (Serm. in Cont.)

La verdadera hermosura es la del alma, dice S. Gregorio Nariaceno: *Pulchritudinem certissima animi ornatum.* (Anton. in Mellis., c. LX.)

La hermosura, dice S. Crisóstomo, está enteramente en las costumbres y en la modestia, y no en la forma exterior: *Non in corporis forma, sed in moribus et modestia pulchritudo sita est.* (Anton. in Mellis., c. LX.)

Dejando aparte las viles gajas del mundo, dice el mismo Santo, tomad el adorno celestial de las virtudes; esto es el adorno de la Iglesia; el otro es el de los teatros: éste es el digno de los Cielos, aquél conviene á las caballerías; aquél para los muertos, éste es para el alma en que habita Jesucristo (2).

La continencia y la pureza, dice S. Cipriano, no consisten solamente en la integridad de la carne, sino tambien en la modestia del adorno. (Lib. de bono pudicitie.)

(1) Pudicitia nihil ornamentorum querit, deus enim ipse est. Pudicitia est honor corporum ornamentum morum, sanctitas sexuum, vinculum pudoris, fons castitatis, pax domus, concordia caput. (Lib. de bono pudicitie.)

(2) Deposito viliis fuit onere, hoc enim est vestium sumptus, ornamum accipio celestium virtutum. Hoc est Ecclesie ornatu, ille theatrorum; hic Cælis dignus, ille equis et canis; ille et mortuorum corporibus circumdatur, hic in sola splendet anima, in qua habitat Christus. (Anton. in Mellis., c. LX.)

VEJEZ.

LEVANTADOS delante del que tiene los cabellos blancos, dice el Señor en el Levítico, y honrad la persona del anciano: *Coram euno capite conurge, et honoram personam senis.* (XIX. 32).

Dios apareció del mismo modo á S. Juan en el Apocalipsis: Su cabeza y cabellos, dice, eran blancos como la lana blanca y como la nieve: *Caput ejus et capilli erunt candidi tanquam lana alba, et tanquam nix.* (II. 14).

No despreciéis los rejalos de los ancianos, dice el Eclesiástico, porque los han recibido de sus padres; y vosotros aprenderéis de ellos la inteligencia, y sabréis responder cuando sea tiempo: *Non te prætereal narratio seniorum; ipsi enim dilexerunt a patribus suis, quantum ab ipsis discere intellectum, et in tempore necessitatis dare responsum.* (VIII. 11-12).

Sineo dice que una cabeza calva por la edad es el sitio de la prudencia y un templo divino: *Prudentie domicilium, divinitatis templum.* (Lib. de Prudentia.)

La vejez es una corona de honor, dicen los Proverbios: *Corona dignitatis senectus.* (XVI. 31).

Ved la necesidad de respetar á los ancianos y de atender sus sabios consejos en el triste ejemplo de Roboam... Cuanta mayor es la edad, mayor debe ser el respeto. La edad avanzada debe excusar todas las enfermedades y debilidades... ¡Desgraciados los que desprecian á los ancianos...!

La vejez es una corona de honor, dicen los Proverbios, pero para los que la vejez tiene necesidad de respetarse á sí misma.

Marchan en la via de la justicia y de la virtud: *Corona dignitatis senectus, quo in via justitia reperitur.* (XVI. 31).

Habiendo el soberano pontífice Gregorio XV visitado al cardenal Belarmino, que estaba gravemente enfermo y era octogenario, el cardenal le desobedeció años, y hasta su misma edad, pero el Papa le condesó muy cuerdatamente: Deseo ser colado y coracado, no con vuestros numerosos años, sino con los grandes méritos de vuestros años: *Ego opto ludo non annis, sed annorum meritis cumulati et coronari.* (Hist. Eccles.)

Dichosa la vejez que puede sobre todo aplicarse en realidad estas consoladoras palabras del gran Apóstol: He combatido en buen combate, he acabado mi carrera, he guardado la fe. Además, espero la corona de justicia que el Señor, justo juez, me tributará en este día: *Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitie, quam reddat mihi Dominus in illo die, justus judex.* (II. Tim. IV. 7-8).

La vejez, dice S. Ambrosio, debe ser el puerto, y no el naufragio, de la vida sobrenatural: *Senectus portus debet esse, non vitæ superioris naufragium.* (Epist. XI ad Valient. imperator.)

Cañi es la vejez verdaderamente respetable.

La vejez es venerable, dice la Escritura, no por su prolongada longitud, por la prudencia que es la vejez del hombre: la vida sin mancha es una larga vida: *Senectus venerabilis est, non diuturno, neque annorum numero computata: virtus senectutis vita immaculata.* (Sap. IV. 8-9).

Vemos á varios jóvenes, dice S. Bernardo, que aventajan en salubridad á algunos ancianos, y son muy avanzados en edad por sus costumbres puras y severas: premien los tiempos por sus méritos, y reemplazan por sus virtudes los años que no tienen (1).

Así los patrines, los profetas, los apóstoles, los mártires y todos los santos viven todavía y viven. Han vivido en la virtud, viven en la memoria, y vivirán eternamente en el Cielo: *Fictus paxi, memoria vivit, gloria vivet.* (In Ecclesia S. Marci angelorum, sepulcro cardinalis Aleati, Roma).

La vejez es la flor de la templanza y de la prudencia, dice Demócrito: *Senectus flor est temperantiae et prudentiae.* (Festo Platarch.)

La vejez está menos en la edad que en la virtud, dicen Pitágoras y Platon. (*Anton. in Helia.*)

El honor y la corona de la vejez es la salubridad; su gloria es el temor de Dios, dice el Eclesiástico: *Corona senum nulla peritia; et gloria illorum, timor Dei.* (XXV. 8).

La vejez sin salubridad y sin prudencia es criminal y despreciable.

El niño de cien años morirá, dice Isaías: *Puer centum annorum morietur.* (LXV. 20).

El niño, dice S. Bernardo, puede en verdad vivir largo tiempo; pero, si mancha por el pecado sus diversos edades y no se corrige, esos largos años que recibe por la misericordia de Dios, crecen en maldad. Cuando más Dios nos espera, más tememos que temer necesariamente la condenación, por haber convertido en iniquidades años que se nos habían dado para la piedad y la virtud; cuanto más tiempo hemos tenido para evitar la muerte eterna, más terrible y funesta debe ser esta muerte, habiendo abusado del tiempo y habiéndonlo profanado. (*Lib. XXVII. Moral. c. IV.*)

Esperaba, dice el libro de Job, que los largos días lo hubiesen como deben y el número de los años liciesen oír el lenguaje de la salubridad. Pero los hombres avanzados en edad no son siempre los más cuerdos, y la justicia no es siempre la dña de los ancianos: *Sperabam quod otios proficere in quiete, et annorum multitudine deceret captivum. Non tunc longae sapientiae, nec senes intelligunt iudicium.* (XXXII. 1. 9).

La blancura de los cabellos es venerable, dice S. Crisóstomo, cuando los ancianos se conducen de una manera ligua; pero cuando se conducen como jóvenes desprovistos de prudencia y de gravedad, son incomparablemente ridiculos y despreciables: *Como, ó ancianos, podreis dar lecciones á los jóvenes, si no arrojais en la ambigüedad y en la incontinencia? Y acusados y condenados, no acuso y no condeno á los ancianos, sino á los jóvenes; porque,*

(1) Multos juniorum videmus super senes intelligere, et multum antiquare dies, proventu tempore merito, ut quod etiam dicit, compensare virtutibus. (*Epist. XLII ad Henricum Senescens.*)

aunque tuvieseis cien años, vuestros que os conducís tan mal, no sois á mis ojos más que jóvenes y semejantes á niños. (*Hamil. IV. in epist. ad Heb.*)

Sois niños de cien años: *Puer centum annorum.* Sois niños, menos la inocencia; sois niños, pero niños culpables, criminales, degradados, incensatos y soberanamente despreciables...

Hasta cuándo, dice Filon, nosotros, ancianos, seremos todavía niños? Vidos por los años, y niños en espíritu por ignorancia y estupidez! (1).

Ignorando los ancianos sus deberes, vienen á ser dos veces niños, dice Platon; lo son al venir al mundo, y lo son al partir. (*Lib. de Legibus.*)

La juventud, que tiene que atravesar todo un mar agitado y peligroso para llegar al puerto, dice S. Ambrosio, no es dichosa y tranquila; pero el anciano está en una situación de calma, cerca del puerto, y ya como en el puerto. Cuantos más años tiene el hombre virtuoso, más fuerte es; y cuanto más padosa ha sido su vida, más cerca se halla de la perfección consumada. (*Lib. de Cain et Abel.*)

La vejez, dice S. Isidoro, lleva consigo muchas ventajas, porque nos libra de poderosos y crueles tiranos; pone un freno á los delitos, rompe la impetuosidad de la concupiscencia; aumenta la salubridad, y da maduros y prudentes consejos (2).

El señor dijo á Abraham: En cuanto á ti, irás en paz hacia los padres, sepultado en una dichosa vejez: *Te autem ibi ad patres tuos in pace, sepultus in senectute bona.* (Gen. XV. 15). Observad, dice S. Crisóstomo, que el Señor no lo dice: Morirás, sino irás; como siendo viajero y saliendo de su patria momentánea para ir á la verdadera patria. El que ha pasado su larga carrera en la virtud, llega á una vejez cargado de ricos tesoros; deja con alegría esta vida y va á recibir las recompensas eternas. (*In hoc verbo Genes.*)

(1) Quosque videmus nos senes adhuc pueri existimari? Corporibus quidem, propter corpora longevitatem, virtutes autem autem propter ignorantiam et hebilitatem pueri. (*Lib. II. Retra. c. XVII.*)

(2) Senectus multa sermo bona offert, quia nos a potentissimis dominis liberat, voluptatibus inquit vincit, libidinis frangit impetu, suget appetitum, dat materiam consilia. (*Lib. I. Hezem. c. VII.*)

VERDAD.

¿Qué es la verdad? En Dios... ¿Dónde está la verdad? En Dios... Fuera de Dios no hay más que error y mentira...

El Verbo, Jesucristo, está lleno de gracia y de verdad, dice S. Juan: *Ple-num gratia et veritas*. (I. 14). La ley ha sido dada á Moisés, dice el Evangelio; la gracia y la verdad han venido por Jesucristo: *Lex per Moysen data est, gratia et veritas per Jesum Christum*. (Joann. I. 17). Soy, dice Jesucristo, el camino, la verdad y la vida: *Ego sum via, et veritas, et vita*. (Joann. XIV. 6).

Nada podemos contra la verdad; pero algo podemos por la verdad, dice el gran Apóstol: *Non possumus aliquid adversus veritatem, sed pro veritate*. (II. Cor. XIII. 8). La verdad está en Jesucristo, dice S. Pablo: *Est veritas in Jesu*. (Ephes. IV. 21).

La verdad del Señor es eterna, dice el Salmista: *Veritas Domini manet in aeternum*. (CXVI. 2). La ley de Dios es verdad, añade el Salmista: *Lex tua veritas*. (CXVIII. 442).

La verdad es libertad, dice Jesucristo: *Veritas liberabit vos*. (Joann. VIII. 32). Y de qué nos liberará la verdad? Del demonio, del pecado, de la esclavitud, de las tinieblas, etc... El amor de la verdad nos pone en comunicacion con el Espíritu Santo, porque es el Espíritu de verdad: *Spiritus veritatis*. (Joann. XIV. 17). He elegido la via de la verdad, y he guardado vuestros mandamientos, dice el Salmista: *Viam veritatis elegi, iudicia tua non sum oblitus*. (CXVIII. 30).

La verdad adorna el espíritu, el alma y el corazón...

La eternidad y la verda son de lo alto, dice S. Agustín. Por la fe se llega á la verdad, segun aquellas palabras de la Escritura: Si no creis, no comprenderéis: *Duo illa verum sunt aeternitas et veritas. Per fidem veniendum est ad veritatem; iuxta haec verba. Nisi credideritis, non intelligetis*. (Lib. de Consensu Evang., c. XXXV).

Antes que, 1.º, se necesita la fe para tener y practicar la verdad.

2.º Se necesita la oracion. Señor, decía el Salmista, ilumina mi vista para que no me duerma con el sueño de la muerte: *Illumina oculos meos, ne unquam obdormiam in morte*. (XII. 4). Evodia, Señor, vuestra luz y vuestra verdad, me guiarán, me introducirán en vuestra montaña santa y en vuestros tabernáculos: *Emitte lucem tuam, et veritatem tuam, ipsa me docuerunt et adduxerunt in montem sanctum tuum, et in tabernacula tua*. (XII. 3).

3.º Se necesita una entera sumision á la infalible autoridad de la Iglesia...

Medios de tener la verdad y practicarla.

Frutos de la verdad.

VERDADERAS RIQUEZAS.

Si queréis, carísimos hermanos míos, dice S. Gregorio, si deseáis ser ricos, amad las verdaderas riquezas; si aspiráis al colmo del verdadero honor, dirigios al reino celestrial; y si ambicionáis la gloria de las dignidades, apresuraos á inscribros en el celestrial palacio de los ángeles (1).

¿Cuáles son las verdaderas riquezas?

Todos los verdaderos Cies, dice el venerable Beda, son ricos; nadie se desprecie; pobres de dinero, y ricos de conciencia, dormimos más tranquilos en la desierta tierra que el rico en medio de su oro y en su púrpura: *Omnes homines fideles sunt divites; nemo se contemnat: pauper in cella, dives in conscientia, securus dormit in terra, quam auro dives in purpura*. (In Epist. II. ad Cor.)

Es verdaderamente rico, dice S. Ambrosio, el que es rico á los ojos de Dios; pero Dios no reconoce por rico más que al que lo es por la eternidad, al que amonena los frutos, no de las riquezas transitorias, sino de las impercederas virtudes (2).

El que no puede llevar consigo lo que tiene, no es rico, añade S. Ambrosio; porque lo que dejamos en la tierra no nos pertenece, es para nosotros una cosa ajena: *Nemo est dives, qui, quod habet, secum auferre non potest; quod enim hic relinquunt, non nostrum, sed alienum est*. (I. supra).

Debemos, dice S. Próspero, desear las riquezas que puedan adornarnos y al propio tiempo armaros, fortaleceros; las riquezas que no podemos adquirir ni perder á pesar nuestro; las riquezas que nos arman contra nuestros enemigos y sus ataques; las riquezas que nos separan del mundo, nos recomiendan á Dios, enriquecen nuestras almas y las embellecen. Semejantes riquezas están con nosotros; no son exteriores y ajenas. (Lib. II. de Vita contemplativa c. XIII).

Las riquezas son buenas para aquel cuyo corazón es puro, dice el Eclesiástico: *Bona est substantia, cui non est peccatum in conscientia*. (XIII. 30); porque el que está exento de pecado distribuye sus riquezas en el seno de los pobres.

Las verdaderas riquezas son las que llenan el espíritu y el corazón. La más horrible pobreza reina en una mala conciencia, en una conciencia corrompida por la avaricia, el orgullo, la impureza, la ira, el odio, etc.

Si queréis ser ricos, dice tambien Epifanio á Pitheas, no os aficieneis al dinero; dedineros á destruir las codicias. (Epist.)

(1) Vere dives qui conspectu Dei potest dives videri; sed solum illum Deum divitem novit, qui sui dives aeternitatis, qui non opum, sed virtutum fructus recondat. (Lib. V. epist. XXV).

(2) Si ergo fratres christianissimi, vere esse divites cupitis, veras divitias amate: si cultum veri honoris queritis, ad celeste regnum tendite: si gloriam dignitatum divitiarum, in illa superbia angelorum curia ascribitis festinate. (Homil. XV. in Evang.)

Consultado Cleante sobre los medios que han de tomarse para enriquecerse, respondió: Huir de la codicia, y sustraerse á su injuljo: *Si cupiditatem fuerit inops*, (Ita Stobaeus, serm. XCII).

Interrogado Epiteto sobre cual era el hombre más rico, respondió lo siguiente: El que se contenta con lo que tiene: *Cui satis est quod habet*, (Ita Stobaeus, serm. XXXI). Y á la misma pregunta contesta Sócrates: *Qui paucissimis contentus est*, (Anton. in Meliss., serm. XXXVII).

Como Dios posee todas las riquezas, dice S. Jerónimo, como todo le pertenece; nada falta á aquel que tiene á Dios, si él no falta á Dios: *Quo Deo sint omnia, habenti Deum nihil deerit, si Deo ipse non desit*, (Serm.).

Las verdaderas riquezas, dice S. Bernardo, no son las riquezas de la tierra; sino las virtudes que la conciencia lleva consigo, á fin de ser ricos para siempre: *Vera divitiae, non opes sunt, sed virtutes, quas secum concivitatis portat, ut in perpetuum dives sit*, (Serm. IV de Advent.).

Las verdaderas riquezas son las que nos hacen ricos de virtudes, dice san Gregorio: *Sola divitiae sunt quae nos divites virtutibus faciunt*, (Homil. XV in Evang.).

Las verdaderas riquezas, dice Clemente de Alejandría, son el gran número de acciones virtuosas: *Vera divitiae est abundantia in illis quae sunt ex virtute actionibus*, (Lib. VI Strom.).

Las verdaderas riquezas son las que no podemos perder cuando las tenemos, dice S. Agustín: *Illos vera divitiae sunt, quos, cum habemus, perdere non possumus*, (De Civit.).

Medios de adquirir las verdaderas riquezas.

Hay para el verdadero fiel todo un mundo de riquezas infinitamente preciosas y apetecibles. Porque: 1.º El universo ha sido creado por Dios para uso de los fieles, y no de los infieles... 2.º El fiel se sirve de todo lo que hay en el mundo, no para abusar, sino por necesidad, según la voluntad de Dios y para su servicio... 3.º El fiel lo posee todo, porque todo lo desprecia por Jesucristo; está más alto que el mundo; y teniendo su espíritu hijo en el Cielo, pisotea todo lo que es de la tierra... 4.º El fiel en todas las cosas creadas reconoce, ama, alaba y glorifica al Criador, por el cual existen y á cuyo honor han sido creadas de la nada. Y este conocimiento, este amor, estas alabanzas y este culto son las verdaderas riquezas del mundo... 5.º El fiel se sirve de un modo regular y santo de todo en el mundo para gloria de Dios y para su salvación. ¡Oh! qué rico es aquel que obra así, y cuán pobre el que vive de otra manera!... 6.º El fiel posee á Dios; y poseyendo á Dios, posee todo lo que es de Dios, posee todo lo que el mundo contiene... 7.º Dios prepara al fiel la bienaventuranza y la gloria.

VICTORIA.

Si no triunfamos de las malas inclinaciones, dice S. Bernardo, estas triunfarán de nosotros; y si no las oprimimos, nos oprimirán: *Nisi enim calcetis vitia, et vincantur a vobis, vincantur vobis; nisi premuntur, opprimunt vos*, (Serm. ceteriano IV de Ascens.).

El que haya vencido, dice Jesucristo en el Apocalipsis, será vestido de blanco, y no borrará su nombre del libro de vida, y confesará su nombre delante de mi Padre y de sus ángeles: *Qui vicerit, vestietur vestimentis albis, et non delebo nomen ejus de libro vite, et consuebor nomen ejus coram Patre meo, et coram angelis ejus*, (III. 5).

Ved que vengo pronto; guardad lo que tenéis, para que ningún otro reciba vuestra corona: *Eccc venio cito; tene quod habes, ut nemo recipiat coronam tuam*, (Apoc. III. 11).

Del que haya vencido haré una columna en el templo de mi Dios, y no saldrá de allí; escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, de la nueva Jerusalem que de mi Dios baja del Cielo, y mi nombre nuevo (1).

Al que haya vencido le daré asiento conmigo en mi trono; como he vencido también, y me he sentado con mi Padre en su trono: *Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in throno meo; sicut et ego vici, et sedi cum Patre meo in throno ejus*, (Apoc. III. 21).

Al vencedor le haré comer del árbol de vida que está en el paraíso de mi Dios: *Vincenti dabo edere de ligno vite, quod est in paradiso Dei mei*, (Apoc. II. 7).

El que venza, no será alcanzado por la segunda muerte: *Qui vicerit, non tentabitur a morte secunda*, (Apoc. II. 11).

Todo lo poseeréis con buen derecho, cuando seáis dueños de vosotros mismos, dice Claudio: *Tunc omnia jure tenebit, cum poteris rex esse tui*, (Ita Maxim.).

Un rey sentado en el trono del juicio disipa la iniquidad con su mirada, dicen los Proverbios: *Rex qui sedet in throno judicii, dissipat sicut malum intuitu suo*, (XX. 8). Este rey, sentado en el trono del juicio, es el alma, la razón que, ocupando en el hombre el lugar que le conviene, ahuyenta y disipa los errores y los vicios, que nacen de los sentidos, y sobre todo de la concupiscentia y de la ira...

El alma es dueña y libre de sus inclinaciones, dice Platón; vencerse á sí misma es la primera de todas las victorias, y la más perfecta. No hay nada tan victorioso.

(1) Qui vicerit, faciem suam collocabit in templo Dei mei, et foras non egredietur amplius; et scribam super eum nomen Dei mei, et nomen civitatis Dei mei novae Jerusalem, quae descendit de Caelo a Deo meo, et nomen meum novum. (Apoc. III. 12).

vergonzoso, degradante ni funesto, como dejarnos vencer por nosotros mismos (1).

Alejandro Magno decía que es más digno de rayos vencerse á sí mismo que vencer al enemigo. (*Ex Plutarch. in Alexandro.*)

Hay más trabajo en vencerse á sí mismo, que en vencer al enemigo, dice Valerio Máximo: *Seipsum quam hostem superare, multo operosius est.* (Lib. IV. c. 1.)

Se lee en la tumba de Esequio el Africano, el bello epitafio que sigue: *Maxima cunctarum victoria, victa voluptas:* La mayor de las victorias es vencer el deleite. El hombre paciente, dicen los Proverbios, vale más que el gran capitán; y el que domina su corazón, vale más que el que toma ciudades: *Mellior est patientis viro fortis; et qui dominatur animo suo, expugnatore urbium.* (XVI. 32.)

Oigamos al poeta: El que gana la victoria sobre sí mismo es más poderoso que el vencedor de las ciudades; el valor llega en él á los últimos límites. Cosa árdua es vencer á los demás, y gran victoria es calmar dentro de nosotros el oleaje de las pasiones.

*Fortior est qui se, quam qui fortissimos vincit
Oppida; nec virtus altius ire potest.
Ardua res, vincisse alios; victoria major
Est animi fluctus componere sui.*

Vencerse á sí mismo, dice Cicerón, encadenar la ira es propio del hombre más fuerte. No sólo comparo al que tiene estas cosas con los más grandes hombres, sino que lo juzgo semejante á Dios. Porque el que derrilla un león no es más fuerte que el que vence en sí mismo la violencia de la ira, que es una bestia feroz; y el que abate las más terribles aves de presa no es más fuerte que el que reprime las ávidas codicias; y el que humilla á la guerrera amazona, no es más fuerte que el que triunfa de la lujuria, pasión destructora de la reputación y del pudor. Porque todas las pasiones son tanto más perniciosas, cuanto son inherentes al hombre y habitan con él. Esto prueba que sólo debemos juzgar fuerte y heroico al que es templado, moderado y justo.

El que es victorioso de sus pasiones, dice Aristóteles, es más poderoso que el que triunfa de sus enemigos; porque lo difícil es triunfar de nosotros mismos. El que triunfa de los enemigos da prueba de fuerza; pero el que se hace superior á los deleites, tiene más valor y heroísmo; pues muchos de los que han vencido á los enemigos han sido vencidos por las mujeres (2).

Jesucristo ofrece á los vencedores gracias abundantes, y preciosas y más allá de esta vida la corona de la gloria celestial. Para excitarnos á merecerla con la

(1) *Libera est anima, et domina passio: vincere seipsum, omnia victoriarum prima est, et optima; vincit autem a seipso, est turpissimum et pessimum.* (*De Leptina*.)

(2) *Fortior est ille qui cupiditates, quam qui hostes vincit, nam seipsum vincere, difficilissimum est. Fortis ergo est qui superat hostes; sed fortior qui voluptatibus superior est; multi enim qui hostes vincunt, a mulieribus victi sunt.* (*Apud Anton. in Helar. p. 1. c. XII.*)

victoria, de varios títulos y diversos magníficos y sublimes nombres á esta corona; ya la llama árbol de vida, ya maná oculto, ora piedra de admirable blancura, ora un nombre nuevo; á veces la llama vestido blanco ó estrella de la mañana, á veces columna ó trono de Dios.

Acercaos á Dios, y él se acercará á vosotros, dice el apóstol Santiago: *Appropinquate Deo, et appropinquabit vobis.* (IV. 8.)

Por qué camino podemos acercarnos á Dios? Ved, hermanos míos, un gran prodigio, dice S. Agustín: Dios es infinitamente elevado; y si quereis elevaros, se alza de vosotros; y si os bajáis, descendiendo hasta vosotros: *Videte, fratres, magnum miraculum, altus est Deus; erigit te, et fugit a te; humilis te, et descendit ad te.* (Serm. II. de Ascens.)

El mundo, dice el mismo Santo, tiene dos ejércitos contra los soldados de Jesucristo: adula para seducir, y asusta para desesperar. No nos atorpeza nuestra propia voluntad, no nos asuste la crueldad extraña; y el mundo será vencido (1).

Ved que el león de la tribu de Judá ha vencido dice el Apocalipsis: *Ecco cecit leo de tribu Juda* (c. 5). El león es Jesucristo; vamos á ese león victorioso, y seremos también victoriosos. Por esto añade el Apocalipsis: Han vencido por la sangre del Cordero: *Vicerunt propter sanguinem Agni.* (XII. 11).

Perseguiré á mis enemigos, los alcanzaré, dice el Real Profeta, y no volveré sino después de haberlos derrotado: *Persequar inimicos meos, et comprehendam illos; et non convertar donec deficiant.* (XXVI. 38). Los quebrantaré, y no podrán sostenerse; caerán debajo de mis pies: *Confingam illos, nec poterunt stare, cadent subter pedes meos.* (Ibid. XVII. 39).

El Señor es el que me ha elevado sobre mis perseguidores, y me ha sustentado al poder del malvado: *Ab insurgentibus in me exaltavit me; a viro iniquo eripuit me.* (Psal. XVII. 49).

El Señor es mi luz y mi salvación; ¿qué podré temer? *Dominus illuminatio mea, et salus mea: quem timebo?* (Psal. XXVI. 1).

El Señor es el protector de mi vida; ¿quién me hará temblar? *Dominus protector vite mee: a qua trepidabo?* (Psal. XXVI. 1).

Perversos se acercaban á mí para devorarme; mis enemigos, mis perseguidores vacilaron, y cayeron: *Dum appropinquant super me nocentes, ut edant carnes meas; qui tribulant me, inimici mei, isti insipientes suam, et occiderunt.* (Psal. XXVI. 5). Aun cuando ejércitos acampasen al rededor mío, mi corazón no temería; aun cuando se diese la señal del combate, me estremecería de esperanza: *Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum: si exurgat adversum me praelium, in hoc ego sperabo.* (Psal. XXVI. 3). El Señor me ha protegido en el día de la desgracia: *In die malorum protexit me.* (Psal. XXVI. 5). Me ha establecido sobre una roca, y ha elevado mi cabeza sobre la de mis enemigos: *In petra exaltavit me, et nunc exaltavit caput meum super inimicos meos.* (Psal. XXVI. 6).

(1) *Duplicem mundus aciem producit contra milites Christi: blanditur ut decipiat, terret ut frangat. Non nos tenent volantes proci; non nos terrent crudelitas aliana; et victus est mundus.* (*Senten. XII.*)

Medios para ganar la victoria.

Soldados de Jesucristo, exclama el mismo profeta, marchad á la victoria, subid sobre el carro de la verdad, de la clemencia y de la justicia, y os enseñareis con maravillas. Aplicaos, marchad con energía y reinad. (XLIV. 4-5). Ha esperado en Dios; será vencedor de la carne: *In Deo speravi; non timebo quid faciat mihi caro.* (Psal. LV. 4). Con Dios seremos fuertes, y lo manifestaremos: *Fortitudinem meam ad te custodiam.* (Psal. LVIII. 10). En vano han buscado mis enemigos mi ruina: *Ipsi vero in vanum quaesierunt animum meum.* (Psal. LXII. 10).

El Dios de Israel da á su pueblo la fuerza y el valor: *Deus Israel ipse dabit virtutem et fortitudinem plebi suae.* (Psal. LXVII. 36). A vos la gloria de su valor, Señor, y á vos debemos la exaltación de nuestro poder: *Gloria virtutis coram tu es, et in beneplacito tuo exaltabitur cornu nostrum.* (Psal. LXXXVIII. 18). El Señor es el que me libra de los lazos del cazador y de las palabras envenenadas: *Ipsa liberavit me de laqueo venantium, et a verbo aspero.* (Psal. XC. 9).

El Señor es cubrición con su sombra, y vuestra esperanza. crecerá bajo sus alas. Su verdad será vuestra armadura y vuestro escudo. No temeréis ni las alarmas de la noche, ni la flecha que vuela en medio del día, ni el contagio que se resaba en medio de las tinieblas, ni los ataques del demonio del medio día. (Psal. XC. 4-6).

El Señor está conmigo; no temeré; qué puede el hombre contra mí? El Señor está conmigo; desprecio á mis enemigos: *Dominus mihi adiutor; non timebo quid faciat mihi homo; Dominus mihi adiutor, et ego despiciam inimicos meos.* (Psal. CXVII. 6-8). El Señor es mi fuerza y mi gloria, y se ha hecho mi salvador: *Fortitudo mea et laus mea Dominus, et factus est mihi in salutem.* (Psal. CXVII. 14).

Señor, perderéis á todos los que turban mi alma, porque soy vuestro siervo: *Perdetis omnes qui tribulant animum meum, quoniam ego servus tuus sum.* (Psal. CXLII. 12).

Os queréis de la guerra que os hacen vuestros enemigos. Pero dice S. Crisóstomo: ¿Por qué, soldados cristianos, sois tan delicados? Creéis poder vencer sin combate? Preparad vuestras fuerzas, combatid valientemente, herid con energía. Considerad la alianza que habéis hecho con Dios, la condición de esta alianza; reconoce la obligación en que os halláis de servir y de combatir. (Serm. de Martir.)

VIDA RELIGIOSA INTERNA.

San Jerónimo traza los deberes de un verdadero religioso. Es preciso, dice, en el monasterio el silencio, la mansedumbre, no hacer lo que se quiere, comer lo que se sirve, llevar los vestidos que se dan, y cumplir las funciones que corresponden. Habiéis de someteros, cueste lo que cueste; á pesar de vuestro cansancio, id á donde se os llama; á pesar del sueño que os agobia, sin haber suficientemente dormido, es menester que os levantéis. Habiéis de decir vuestro oficio según la orden, y buscar, no la doctura de la voz, sino el afecto del corazón: servir á vuestros hermanos, recibir una atenta sin decir palabra, temer á los superiores como á dueños, amarlos como á padres, convencerse de que cuanto mandan es saludable, no juzgarlos, y saber que la obediencia es obligatoria en todo lo que se manda. Conozcan las personas de otro sexo vuestro nombre, y jamás vuestro rostro. (Epist. ad Rusticum).

Preparad vuestros corazones para el Señor, y servid á él, dice el Espíritu Santo por medio de Daniel: *Preparate corda vestra Domino, et servite ei soli.* (I. Reg. VII. 3).

Es propio de hombres perfectos, dice Teodoro, dar el corazón entero á Dios y consagrarle toda el alma. Porque el que divide sus pensamientos entre Dios y las cosas de la tierra, entra la vida presente y la futura, no puede decir en realidad con el Salmista: Os alabaré, Señor, en toda la extensión de mi corazón. (In Psal.)

El que ha renunciado al siglo, dice S. Cipriano, es más grande que todos los honores del mundo y sus riquezas. Por esta razón el que se consagra á Dios y á Jesucristo, nada desea de las cosas de la tierra. (Serm. in Orat. dom.)

San Jerónimo dice de S. Antonio y de S. Hilario que no amaban más que el silencio y la vida desconocida. (Epist.)

Escuchad á S. Eucher: Ved, hermanos míos, vuestra vocación: venir á la soledad es la perfección suma; pero no vivir de perfección en el desierto es la mayor condenación: *Venire ad eremum, summa perfectio est; non perfecte vivere in eremo, summa damnatio est.*

¿Qué es un religioso? pregunta S. Gregorio. Es el que vive según la regla y según Dios. *Quid est monachus? Est qui vivit et loquitur in Deo.* (Orat. de Fat.)

¿Qué carencia de sabiduría! dice S. Bernardo, y aún más, ¡qué locura la de un religioso que abandona cosas mayores, y se aficiona caprichosamente á cosas insignificantes! *Quid insipienter, imo, quid insanus est, ubi qui majora reliquimus, minora cum tanto discrimine tenemus!* (Epist. ad Monach.)

Jerusalén, alma consagrada á Dios, levántate, y levanta sobre todas las cosas de la tierra, dice el profeta Baruch: *Exurge, Jerusalem, et sta in excelsis.* (s. 5).

La piedra llamará contra ti desde el centro de la muralla; la madera de Tuu. iv. — 31.

Soldados de Jesucristo, exclama el mismo profeta, marchad á la victoria, subid sobre el carro de la verdad, de la clemencia y de la justicia, y os señalareis con maravillas. Aplicaos, marchad con energía y reinad. (XLIV. 4-5). Ha esperado en Dios; será vencedor de la carne: *In Deo speravi; non timebo quid faciat mihi caro.* (Psal. LV. 4). Con Dios seremos fuertes, y lo manifestaremos: *Fortitudinem meam ad te custodiam.* (Psal. LVIII. 10). En vano han buscado mis enemigos mi ruina: *Ipsi vero in vanum quaesierunt animum meum.* (Psal. LXII. 10).

El Dios de Israel da á su pueblo la fuerza y el valor: *Deus Israel ipse dabit virtutem et fortitudinem plebi suae.* (Psal. LXVII. 36). A vos la gloria de su valor, Señor, y á vos debemos la exaltación de nuestro poder: *Gloria virtutis coram tu es, et in beneplacito tuo exaltabitur cornu nostrum.* (Psal. LXXXVIII. 18). El Señor es el que me libra de los lazos del cazador y de las palabras envenenadas: *Ipsa liberavit me de laqueo venantium, et a verbo aspero.* (Psal. XC. 9).

El Señor es cubrición con su sombra, y vuestra esperanza. crecerá bajo sus alas. Su verdad será vuestra armadura y vuestro escudo. No temeréis ni las alarmas de la noche, ni la flecha que vuela en medio del día, ni el contagio que se resaba en medio de las tinieblas, ni los ataques del demonio del medio día. (Psal. XC. 4-6).

El Señor está conmigo; no temeré; qué puede el hombre contra mí? El Señor está conmigo; desprecio á mis enemigos: *Dominus mihi adiutor; non timebo quid faciat mihi homo; Dominus mihi adiutor, et ego despiciam inimicos meos.* (Psal. CXVII. 6-8). El Señor es mi fuerza y mi gloria, y se ha hecho mi salvador: *Fortitudo mea et laus mea Dominus, et factus est mihi in salutem.* (Psal. CXVII. 14).

Señor, perderéis á todos los que turban mi alma, porque soy vuestro siervo: *Perdet omnes qui tribulant animam meam, quoniam ego servus tuus sum.* (Psal. CXLII. 12).

Os queréis de la guerra que os hacen vuestros enemigos. Pero dice S. Crisóstomo: ¿Por qué, soldados cristianos, sois tan delicados? Creéis poder vencer sin combate? Preparad vuestras fuerzas, combatid valientemente, herid con energía. Considerad la alianza que habéis hecho con Dios, la condición de esta alianza; reconoce la obligación en que os halláis de servir y de combatir. (Serm. de Martir.)

VIDA RELIGIOSA INTERNA.

San Jerónimo traza los deberes de un verdadero religioso. Es preciso, dice, en el monasterio el silencio, la mansedumbre, no hacer lo que se quiere, comer lo que se sirve, llevar los vestidos que se dan, y cumplir las funciones que corresponden. Habiéis de someteros, cueste lo que cueste; á pesar de vuestro cansancio, id á donde se os llama; á pesar del sueño que os agobia, sin haber suficientemente dormido, es menester que os levantéis. Habiéis de decir vuestro oficio según la orden, y buscar, no la doctura de la voz, sino el afecto del corazón: servir á vuestros hermanos, recibir una atenta sin decir palabra, temer á los superiores como á dueños, amarlos como á padres, convencerse de que cuanto mandan es saludable, no juzgarlos, y saber que la obediencia es obligatoria en todo lo que se manda. Conozcan las personas de otro sexo vuestro nombre, y jamás vuestro rostro. (Epist. ad Rusticum).

Preparad vuestros corazones para el Señor, y servid á él, dice el Espíritu Santo por medio de Daniel: *Preparate corda vestra Domino, et servite ei soli.* (I. Reg. VII. 3).

Es propio de hombres perfectos, dice Teodoro, dar el corazón entero á Dios y consagrarle toda el alma. Porque el que divide sus pensamientos entre Dios y las cosas de la tierra, entra la vida presente y la futura, no puede decir en realidad con el Salmista: Os alabaré, Señor, en toda la extensión de mi corazón. (In Psal.)

El que ha renunciado al siglo, dice S. Cipriano, es más grande que todos los honores del mundo y sus riquezas. Por esta razón el que se consagra á Dios y á Jesucristo, nada desea de las cosas de la tierra. (Serm. in Orat. dom.)

San Jerónimo dice de S. Antonio y de S. Hilario que no amaban más que el silencio y la vida desconocida. (Epist.)

Escuchad á S. Eucher: Ved, hermanos míos, vuestra vocación: venir á la soledad es la perfección suma; pero no vivir de perfección en el desierto es la mayor condenación: *Venire ad eremum, summa perfectio est; non perfecte vivere in eremo, summa damnatio est.*

¿Qué es un religioso? pregunta S. Gregorio. Es el que vive según la regla y según Dios. *Quid est monachus? Est qui vivit et loquitur in Deo.* (Orat. de Fat.)

¿Qué carencia de sabiduría! dice S. Bernardo, y aún más, ¡qué locura la de un religioso que abandona cosas mayores, y se ablanda caprichosamente á cosas insignificantes! *Quid insipienter, imo, quid insanus est, ubi qui majora reliquit, minora cum tanto discrimine tenemus!* (Epist. ad Monach.)

Jerusalén, alma consagrada á Dios, levántate, y levanta sobre todas las cosas de la tierra, dice el profeta Baruch: *Exurge, Jerusalem, et sta in excelsis.* (v. 5).

La piedra llamará contra ti desde el centro de la muralla; la madera de Tuu. iv. — 31.

Las casas hablará, dice el profeta Habacuch: *Lapis de portico clamabit, et lignum, quod inter iuncturas edificatum est, respondebit.* (II. 11). Las piedras, las maderas, la casa, las celdas, se levantarán en el día del juicio contra los religiosos que hayan vivido indignamente. También lo confirman las siguientes palabras de Isaías: Ha hecho el mal en la tierra de los Santos, y no verá la gloria del Señor: *In terra Sanctorum iniqua gessit; non videbit gloriam Domini.* (XXVI. 10).

Así clamó la piedra contra el sacrilego Baltasar, que profanaba los sagrados vasos del templo, cuando en la muralla apareció una mano vengadora que trazó la terrible sentencia: *Mene, Thecel, Phares*: Dios ha contado tus días; has sido colocado en la balanza, y te han hallado ligero; tu reino en el mal ha concluido. (*Daniel. V. 25-28.*)

El buen religioso debe renunciar al mundo.

El que quiera poseer á Dios, dice S. Próspero, debe renunciar al mundo, para que Dios sea su dulce posesión: *Qui vult Deum possidere, mundo renuntiet, ut ut illi Deus beata possessio.* (Lib. II. de Vita contempl.)

El que se entregara á Dios, dice Orígenes, es considerado con razón extraño á la tierra y fuera del mundo: *Quicumque se consecraverit Deo, merito extra terram, extra mundum esse videbitur.* (In Cant.)

Un religioso no debe olvidar jamás aquellas palabras de Jesucristo: Cualquiera que ponga la mano en el arado y mire atrás, no es propio para el reino de Dios: *Nemo mittens manum ad aratum, et aspiciens retro, aptus est regno Dei.* (Luc. IX. 62.)

Todo lo que ha nacido de Dios, debe ser victorioso del mundo, dice el apóstol S. Juan: *Omne quod natum est ex Deo, vincit mundum.* (I. v. 4.)

(Véase Miserias del mundo).

El buen religioso debe despojarse de todo.

Despojados ahora de todo, dice el gran apóstol: *Nunc autem deponite et vos omnia.* (Coloss. III. 8). Despojados de vosotros mismos, del hombre viejo y de sus actos; y revestidos del nuevo, de aquel que se renueva en el conocimiento, á imagen de quien le ha creado (1). Teneis que despojáros de vuestra propia voluntad, de cuanto se halla fuera de vosotros y en vosotros, del mundo que os rodea, del mundo que está en vosotros...

Necesidad de la disciplina.

La disciplina, dice S. Cipriano, es la custodia de la esperanza, el lazo de la fe, el guía en el camino de la salvación, el hogar y el abrigo de un buen carácter, y la maestra de la virtud. Hace permanecer constantemente en Jesucristo y vivir siempre de Dios; hace llegar á las promesas celestiales y á las recompensas divinas. La salvación está en observarla, y la muerte en descuidarla y aborrecerla (2).

(1) Expoliatis vos veterem hominem cum actibus suis, et induentes novum, cum qui renouatur in agnitionem, secundum imaginem ejus, qui creavit illos. (Coloss. II. 9-10).

(2) Disciplina et castus spei, retinaculum fidei, dux spes salutis, fons et nutrimentum boni indolis, magistra virtutis. Facit in Christo manere super, se jugiter Deo vivere, et ad promissas celestiales, et divina premia pervenire. Hanc et sectari salutis est; et aborrecere et negligere letale. (Lib. de habitu virg.)

Dios las ha conducido por un camino milagroso, y les ha servido de abrigo durante el día, y de luz durante la noche, dice la Sabiduría: *Deduxit illos in via mirabili, et fuit illis in velamento dies, et in luce stellarum per noctem.* (X. 17).

El camino por el que conduce Dios á sus elegidos en el desierto de esta vida es admirable. Les hace llegar á la prometida tierra de los vivos al través de peligros, emboscadas, enemigos, angustias, trabajos, tentaciones, cruces y suplicios.

(Véase Pruebas).

Sea vuestro alimento pobre, comun y poco frecuente, dice S. Jerónimo; sea de yerbas y de legumbres. El que desea á Jesucristo y se alimenta con tal pan, no se ocupa mucho de ningún otro alimento. (Epíst. ad Paul.)

(Véase Sobriedad y Ayuno).

Señ santos en todas vuestras conversaciones, dice el apóstol S. Pedro: *Et ipsi in omni conversatione ameti silite.* (I. 1. 5).

(Véase Lengua y Silencio).

No saldrá más: *Foras non egredietur amplius.*

Sea la puerta, dice Jesucristo; cualquiera que entre por mí (en el claustro), se salvará; entrará, y hallará abundantes pastos: *Ego sum ostium. Per me et quis introierit, salvabitur; et ingredietur, et pascuus inveniet.* (Joann. X. 9).

Ana la profetisa no abandonaba el templo, sirviendo á Dios noche y día en los ayunos y en la oración, dice S. Lucas: *Non discedebat de templo, jejunans et observationibus serviens die ac nocte.* (II. 37).

Así obran los verdaderos amantes de la clausura.

Eres un jardín cerrado, hermana mía, esposa mía, un manantial sellado, dice el Esposo de los Cantares: *Hortus conclusus, soror mea, sponsa, fons sigillatus.* (IV. 12).

Estais muertas, y vuestra vida esta oculta en Dios con Cristo, dice el gran apóstol: *Mortui estis, et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo.* (Coloss. III. 3). Cuando Cristo, que es vuestra vida, aparezca, entonces apareceréis vosotros también con él en la gloria: *Cum Christus apparuerit, vita vestra, tunc et vos apparebitis cum ipso in gloria.* (Coloss. III. 4).

Los bienes se ocultan, dice S. Agustín, porque el bien que hacen, que es suyo, está oculto; no es visible; lo que aman no es material, y sus méritos están colocados en el secreto, como sus recompensas (1). La vida de los inanos religiosos se parece al invierno... Vendrá la primavera, el verano, el otoño, es decir, la revelación de Jesucristo; y aparecerán llenos de vida y de brillo, fe-

(1) Boni latent, quia bonum ipsorum in occulto est, nec visibile est, nec corporale quod diligunt; et tamen merita eorum sunt in absconditis constituta, quoniam premia. (Serm. CXX. de Temp.)

sucitando en la gloria y para la gloria. Cuando Cristo, su vida, aparecerá, entonces aparecerán ellos también con él en la gloria. *Cum Christus apparerit, vita vestra, tunc et vos apparebitis cum ipso in gloria.* (Colosa. III. 4); es decir, que tendrán las cualidades de la beatitud, así en el cuerpo como en el alma, según S. Anselmo. (*De Vita inter.*)

Toda la gloria de la hija del rey es interior y está oculta, dice el Salmista: *Omnis gloria filia regis ab intus.* (XLIV. 14). Jesucristo obra en secreto por su gracia; y la hermosura, las riquezas, los esplendores que pone en aquella alma, están en el interior...

El que ha muerto para las criaturas y para sí mismo, ama la vida oculta. Y esta muerte es necesaria; porque dice S. Gregorio, si no morimos para el siglo, no viviremos jamás con el amor de Dios: *Nisi seculo moriamur, Deo per amorem vivere non valeamus.* (In lib. II Reg.)

Por esta razón decía S. Pablo: Por Jesucristo el mundo está crucificado para mí, y yo lo estoy para el mundo; el mundo está muerto para mí, y yo lo estoy para el mundo: *Per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.* (Gal. VI. 14). Aquel gran apóstol vivía, pero no con la vida del mundo. Vive, dice, pero no yo, Cristo es el que vive en mí. *Vivō, jam non ego, vivit vero in me Christus.* (Gal. II. 20). Estoy unido con Jesucristo: *Christus confusus sum cruci.* (Gal. II. 19). Para mí, Cristo es mi vida: *Mihi vivere Christus.* (Philipp. I. 21).

Han andado á través de desiertos inhóspitos, dice la Sabiduría, y han levantado sus tiendas en vastas solitudes. Han resistido á sus enemigos, y rechazado á los que les atacaban. Han tenido sed; os invocaron, Señor, y un arroyo brotó para ellos de lo alto de una peña. (XI. 2-4). Allí cayó el maná... Allí manifestó Dios su voluntad, dando su ley...

¡Cuántas maravillas en la vida oculta!

(Véase Unión con Jesucristo).

No se han de despreciar las cosas pequeñas.

Es cierto, dice S. Anselmo, y lo hemos aprendido por experiencia, que en los monasterios, donde las cosas más pequeñas son observadas exactamente y la perfecta observancia de la regla está en vigor, hay paz entre los hermanos. Por lo contrario, en los conventos donde se descuidan las cosas más pequeñas, poco á poco todo el orden se disipa allí y desaparece. Si queréis, pues, progresar de virtud en virtud, temed siempre ofender á Dios en las cosas más pequeñas. (*Epist. VI ad Monach. Cister.*)

Se llega á la perfección, dice el papa S. Gregorio, cuando se tiene tanto horror, no sólo á faltas graves, sino también á pensamientos inútiles, que se les arroja, se los quema con el fuego del sacrificio, con la llama del amor divino, para que el corazón no ame más que á Dios. (*Lib. II Moral., c. XXXIX.*) Todo el espíritu religioso se pierde en un monasterio, si los superiores dejan que se introduzca la negligencia, despreciando las cosas pequeñas; pues, como dice el Eclesiástico, el que desprecia las cosas pequeñas, se perderá poco á poco: *Qui spernit modica, paulatim decidet.* (XIX. 1).

(Véase Pecado venial).

El cordero que está en medio del trono, dice el Apocalipsis, será en guía, y los guiará al manantial de aguas vivas: *Agnus qui in medio throni est, reges illos, et deducet eos ad vitas fontes aquarum.* (VII. 17).

1.º Están constantemente con Dios como en su templo... Por esto S. Bernardo dice que los religiosos son ángeles de la tierra, y hombres del Cielo. Tienen en verdad su cuerpo en la tierra, pero el alma, el espíritu y el corazón en el Cielo... (*Ad frutes de Monte Dei.*)

2.º Sirven constantemente á Dios; se dedican y consagran enteramente al culto divino, y hacen todas sus acciones por la voluntad de la regla y de los superiores, por el voto de obediencia...

3.º Están cubiertos de vestidos blancos, lavados en la sangre del Cordero, desde el mismo día que entraron en religión...

4.º Tienen palmas en su mano por haber abandonado y vencido el siglo, así como sus pompas, bienes, placeres y promesas...

5.º Están en presencia del Cordero, teniendo siempre ante la vista á Jesucristo y su cruz, cantando sin cesar con los ángeles que están al redor del trono de Dios: Amen. Bendición, y gloria, y sabiduría, y acción de gracias, y honor, y poder, y fuerza á nuestro Dios en los siglos de los siglos: Amen. *Benedictio, et charitas, et sapientia, et gratiarum actio, honor, et virtus, et fortitudo Deo nostro, in secula seculorum.* (Apoc. VII. 12).

6.º Los buenos religiosos de que hablamos son los que han venido de una gran tribulación, que han salido de una conciencia obligada y turbada por el recuerdo de los pecados que les ligaban al siglo...

7.º Día y noche sirven á Dios con continuas oraciones y meditaciones, imitando á la milicia angelical que está siempre ocupada en alabar al Señor, como dice S. Ambrosio: *Hinc angelorum militia est, semper esse in Dei laudibus.* (Epist. LXXXII).

8.º El que está sentado en el trono habitará con ellos: *Qui sedet super throno, habitabit super illos.* (Apoc. VII. 15). Los religiosos poseen, efectivamente, en su alma el poder de Dios, y le dicen con el Real Profeta: Sois nuestro Dios; nuestra suerte está en vuestras manos: *Deus meus es tu; in manibus tuis sortis meae.* (XXX. 15-16). Así como el criado tiene los ojos fijos en su dueño, y la criada en su dueña, nuestras miradas están fijas en el Señor, nuestro Dios, hasta que tenga compasión de nosotros (1). Y Dios les dice como en otro tiempo Abraham: No temas; soy para vosotros un protector, y vuestra recompensa será grande: *Noli timere, ego protector tuus, et merces tua magna nimis.* (Gen. XV. 1). Y aquellas otras palabras del Salmista: El que descansa en el auxilio del Altísimo, se airrará á la sombra del Omnipotente: *Qui habitat in adiutorio Altissimi, in protectione Dei Caeli commorabitur.* (XG. 1).

9.º No tendrán hambre ni sed: *Non esurient neque sitient amplius.* (Apoc. VII. 16); porque han apagado la sed de los placeres de la tierra, la sed de las riquezas transitorias.

(1) Sicut oculi servorum in manibus domini: sicut oculi ancille in manibus domine sue; ita oculi nostri ad Dominum Deum nostrum, donec mereamur tui. (Psal. CXXXII. 2-3).

10. El Cordero será su guía, y los conducirá á las manantiales de agua viva: *Agnus regit illos et deducet ad vitæ fontes aquarum.* (Apoc. VII. 17). En ellos se cumplen las siguientes palabras de los Proverbios: El nombre del Señor es una fuerte ciudadela: el justo se refugiara en ella, y habitara su casa: *Turris fortissima nomen Domini; ad ipsum currit justus, et exaltabitur.* (XVIII. 10).

Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos: *Absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum.* (Apoc. VII. 17). A las buenas casas religiosas pueden aplicarse las siguientes palabras del Real Profeta: La montaña de Dios es un monte fértil; es un monte rico, un monte fértil; es un monte donde ha querido Dios colocar su morada: *Mons Dei, mons pinguis; mons coagulatus, mons pinguis; mons in quo beneplacitum est Deo, habitare in eo.* (LXVII. 16-17).

El mal no se acercará á vosotros, y los azotes se alejarán de vuestra tienda, dice el Salmista. El Señor ha mandado á sus ángeles que os guarden en todos vuestros caminos, y ellos os llevarán en sus manos (1).

El Señor ha convertido el desierto en ríos, y las arenas del desierto en fuentes bulidoras. (Psal. CVI. 33-35). La fuente de los jardines es un manantial de aguas vivas que se precipita del Líbano, dicen los Cantares: *Fons hortorum, plenus aquarum viventium que fons impetu de Libano.* (IV. 15).

Las vías del Señor, dice S. Bernardo, son vías rectas, vías hermosas, ricas y suaves: *Vie Domini, via recta, via pulchra, via plana.* (Sermon. in Cant.).

El Señor conduce al justo por vías rectas, dice la Sabiduría; le enseña el reino de Dios; le da la ciencia de los Santos; hace prosperar su trabajo, y bendice su obra: *Iustus deducit per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam Sanctorum, honestavit illum in laboribus et complevit labores illius.* (X. 10).

El Señor os dará un reposo eterno, dice Isaías; os rodeará con su esplendor, reanimará vuestros huesos; seréis como un jardín siempre regado, como un manantial cuyas aguas no se agotan (2). Os ha conducido á una mansion de delicias, dice el Señor por medio de jeremías, os ha entregado los frutos y los bienes: *Inlavit vos in terram carmeli, ut consideretis fructum ejus, et optinet illius.* (II. 7).

Véanse también las admirables y consoladoras promesas que hace el Señor en Ezequiel (XXIV), dirigidas principalmente á las personas religiosas, consagradas al servicio de Dios.

Gracia preciosa de estar apocados de los peligros del mundo.

Debeis decir con el Salmista: Al sacarme Dios del mundo, al llamarme al retiro, ha librado mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, y mis pies del abismo. Atendré en presencia del Señor en la tierra de los vivos: *Eripuit animam meam de morte, oculos meos a lacrimis, pedes meos a lapu. Placebo Domino in regione vivorum.* (CX. s. 7-9).

(1) Non accedet ad te malum, et flagellum non appropinquabit tabernaculo tuo. Quoniam angelus tuus custodit te, et custodiam te in omnibus viis tuis. In manibus portabunt te. (XX. 10-12).

(2) Recipiam tibi dabit Dominus semper, et implebit splendoribus animam tuam, et casa tua liberabit, et eris quasi hortus irriguus, et sicut fons aquarum, cujus non deficient aque. (LXVII. 11).

En el mundo, mis enemigos, ocultaban lazos en el camino por donde yo andaba: *In via hac, qua ambulabam, abscondederunt laqueum mihi.* (Psal. CXXI. 4). Os he implorada, ó Dios mio, y he dicho: Sois mi esperanza y mi herencia en la tierra de los vivos: *Clamavi ad te, Domine, dicit: Tu spes mea, portio mea in terra viventium.* (CXXI. 6).

Hay una inmensa diferencia, dice S. Agustín, entre salir del mundo y pasar con el mundo. Salir del mundo es ir á Dios; pasar por el mundo es ir al infierno. Los egipcios salieron también; porque persiguiendo el pueblo de Dios, no se quedaron inmóviles; y sin embargo, no pasaron del mar Rojo al reino del Cielo, sino que del mar fueron á la muerte (3).

Y cómo no habría de ser feliz un buen religioso, cómo no habría de tener la dicha, habiendo elegido las ocho hieraventuras elegidas por Jesucristo!

Mirad vuestra celda como un paraíso, dice S. Jerónimo. Para mí, la ciudad es una cárcel, y la soledad el Cielo: *Habito cellulam pro Paradiso. Mihi oppidum carcer, solitudo Paradisi est.* (Epist. ad Rusticum).

Si, Señor, dicen las santas almas abrasadas de amor, nos alegráremos en la salvación que nos da: *Letabimur in salutari tuo.* (Psal. XIX. 6).

Dichoso, Señor, el que habeis elegido, llamándole para habitar en vuestro santuario. Quodammodo sacados con los bienes de vuestra casa, en el templo donde reside vuestra majestad: *Beatus, quem elegisti et assumpsisti; inhabitabit in atriis tuis. Replebitur in bonis domus tua: sanctum est templum tuum.* (Psal. LXXV. 5).

Un día pasado en vuestra morada, Señor, vale más que mil otros: *Melior est dies unus in atriis tuis super milia.* (Psal. LXXXIII. 11).

Los justos verán, y estarán en la alegría: *Videbunt recti, et letabuntur.* (Psal. CVI. 32). Gritos de alegría y de victoria resuonan bajo la tienda de los justos: *Vox exultationis et saltus in tabernaculis justorum.* (Psal. CXVII. 15).

Cantad al Señor un nuevo cántico; que su alabanza resida en la asamblea de los Santos; que las hijas de Sion se alegren en su Rey y canten en coro su nombre. (Psal. CXLIX. 1-3).

Vedlos ahí, dice la Sabiduría, contados entre los hijos de Dios, y su herencia está con los Santos: *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter Sanctos sorz illorum est.* (x. 5).

El que toma su refection en el ayuno, dice S. Paulino, su reposo en la oración, y su alimento en la palabra de Dios; el que tiene barajos por vestido, por lecho un saco y sarmientos; el que se acuesta sobre el duro suelo, y vela en su alma por el Señor, posee la verdadera dicha. (Epist. III).

Salidéis en la alegría, dice Isaías, y andadéis con la paz: las montañas y las colinas resuonarán delante de vosotros en los cánticos de alegría, y todos los árboles de alrededor os estrecharán de regocijo: *In letitia ingrediemini, et in pace deducemini: montes et colles contabunt coram vobis laudem, et omnia*

Dicha de la vida religiosa interior.

(3) Aliud est transire de mundo, aliud transire cum mundo: aliud ad Patrem, aliud ad hostem. Nam Egypti transierunt, non enim persequenda manserunt, non tamen pertransierunt per mare ad regnum, sed in mari ad infernum. (Epi. de Egipt)

ligna regionis plaudunt manu. (LV. 12). Entonces os alegraréis en el Señor, y os colará en las alturas de la tierra, y os dará la herencia de Jacob, vuestro padre; el Señor lo ha dicho: *Pauci delectaberis super Domino, et sustollent te super altitudines terrae, et citabo te hereditate Jacob patris tui, quoniam Dominus locutus est.* (Isa. LVIII. 14).

Hija de Sion, exclama el profeta Sofonías, enlana himnos de alabanzas; alegrate, de gritos de alegría, alegrate con todo tu corazón, estreñete de regocijo. Hija de Jerusalén, Dios ha borrado tus faltas; ha disipado á tus enemigos; el rey de Israel, el Señor está en guardia de tí; ya no temerás nada. Tu Dios, Jehová, está en medio de tí; es el Dios fuerte, es tu Salvador; se regocijará en tí, descansará en tu amor, y por tí se estremecerá de alegría. (III. 41-47).

Alégrate, hija de Sion, dice el Señor por Zacarías, ataba al Señor: Mira que vengo, y habitaré en medio de tí: *Lauda et letare, filia Sion; quia ecce ego venio, et habitabo in medio tui, ait Dominus.* (II. 10).

Los que desprecian la tierra, y no desean nada de cuanto contiene, se levantan y vuelan al Cielo, dice S. Gregorio: *Volant, qui terram quasi non contingunt, quia in ipsa nihil appetunt.* (Lib. Moral.)

Una perfecta de los cora-
zón en la
vida religiosa

Se dice de los primeros cristianos que no tenían todos más que un corazón y una alma; y que ninguno se apropiaba cosa alguna de aquello que poseía, sino que todo era común entre ellas (1).

Un verdadero religioso no tiene nada, y todo lo posee, todos los verdaderos tesoros: *Tantum nihil habentes, et omnia possidentes.* (II. Cor. 10).

La unión de los corazones engendra la comunión de los méritos y de todas las buenas. Esto hace decir á S. Basilio: Dios les es común, el comercio de la virtud es común; la salvación común; los combates comunes; los trabajos comunes; las recompensas comunes; y también las coronas de las victorias ganadas al enemigo; porque entre ellos muchos no forman más que uno, y uno no es solo, está en todos (2).

El claustro, dice S. Laurencio Justiniano, es un jardín cerrado, un paraíso de delicias, el lecho nupcial del divino esposo, una habitación immaculada, una escuela de las virtudes, el tabernáculo de la alianza, el lugar de descanso del esposo, la estación de los combatientes, la casa de la santidad, el custodia de la castidad, el adelantamiento de la prudencia, la enseñanza de la religión, y el más hermosa espejo de la obediencia santa (3).

Almas santas, podéis exclamar en verdad con el Rey Profeta: ¡Qué buena y dulce es que los hermanos habitan juntos! La paz, la reunión fraternal es

(1) Multitudinis autem credentium erat cor unum, et anima una; nec quisquam eorum, qui possidebat, aliquid suum esse dicebat, sed erant illis omnia communia. (Act. IV. 32).

(2) Communis eis est Deus, communis pietatis mercatura, communis salus, communis certamina, communes labores, communis pernicia et certaminum comas: uti multo, magis et unum, non solus, sed in pluribus. (Cassid. Moral. c. 111).

(3) Est claustrum hortus conclusus, Paradisus dilectorem, thalamus nuptialis, castrum immaculatum, virtutum schola, tabernaculum foederis, certaminum apertus, bellatorum castrum, societas domus, castitatis castrum, prudentia firmamentum, religiois magistratum, et obediencie sanctae speculum singulare. (Opus de Mansuet. adhaerent, c. 10).

como el perfume derramado sobre la cabeza de Aarón, que bajó hasta su rostro y se derramó en la orilla de sus vestidos. Como el rocío de Hermon, que bajó de la montaña de Sion, así baja sobre nosotros la bendición del Señor y la vida durante la eternidad. (CXXXII).

Uidos entre sí los hermanos, dicen los Proverbios, son fuertes como ciudades; son fuertes como las barras de acero de las puertas de las ciudades: *Frater qui adiuvatur a fratre, quasi civitas firma, et quasi vinctus urbium.* (XVIII. 19).

Alégrémonos, estreñezcámonos de alegría, y tributemos gloria á Dios, dice el Apocalipsis, porque han venido las bodas del Cordero, y se ha preparado su esposa: *Gaudemus et exultemus, et demus gloriam ei, quia venerunt nuptiae Agni, et uxor eius preparavit se.* (XIX. 7). Dichosos los que han sido llamados al banquete de las bodas del Cordero: *Beati qui ad cenam nuptiarum Agni vocati sunt.* (Apoc. XIX. 9).

Señor, exclama el Salmista, mucho honrás á vuestros amigos: *Nimis honorificasti amicos tuos, Deus.* (CXXXVIII. 47).

Oíd al celestial esposo: Sois bella, ó amada mía, sois bella, vuestros ojos son los de la paloma: *Ecce tu pulchra es, oculi tui columbarum.* (Cant. I. 14). Oíd á la Esposa: Sois hermoso, ó amado mío; estás lleno de gracias: *Ecce tu pulcher es, dilecte mi, et decorus.* (Cant. I. 15).

Vén del Líbano, ó esposa mía; vén, y serás coronada: *Veni de Libano, sponsa mea; veni, coronaberis.* (Cant. IV. 9).

Te tomaré por esposa para siempre, dice el Señor al alma fiel por medio del profeta Oseas, y serás mi esposa por la justicia y la equidad, por la gracia y la misericordia. Serás mi esposa por la fe, y sabrás que yo soy el Señor: *Sponsabo te mihi in sempiternum; et sponsabo te mihi in iustitiam et iudicio, et in misericordia, et in miserationibus. Et sponsabo te mihi in fide, et vices quia ego Dominus.* (II. 10-20).

Los otros esposos son mortales, débiles, dolientes, pobres, ignorantes, etc.: Jesucristo, á quien tomáis por esposo, es un esposo inmortal, fuerte, poderoso, rico, sabio; es rey, es Dios... ¡Qué gloria, que honor, qué dicha realizar semejante alianza! ¡O vocación sublime! ¡O elección dichosa y estado divino! ¡O casa de Dios, sagrado monasterio! ¡cuántas maravillas se cuentan de él! *Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei.* (Psal. LXXXVI. 3).

El Señor es mi herencia y mi edificación. Vos, Dios mío, sois quien guardáis mi herencia: *Dominus pars hereditatis meae et castrum meum; in es qui restitues hereditatem meam mihi.* (Psal. XV. 7).

Me ha caído una suerte muy ventajosa, y mi herencia es muy noble: *Funes exciderunt mihi in preclavis; dentem hereditatis meae preclara est mihi.* (Psal. XV. 6).

Jesucristo, dice S. Jerónimo, pertenece enteramente al alma que á él se entrega y se le consagra, á fin de que, habiéndolo dejado todo por Jesucristo, lo encuentre todo en él, todo lo supla con él, y desprendida de todo lo demás, libre puede exclamar: El Señor es mi herencia: *Religioso Christus est omnia; ut qui omnia propter Christum dimiserit, unum inveniat pro omnibus, et libere possit voce proclamare: Pars mea Dominus.* (Epist. ad Pammachum).

La vida religiosa es un matrimonio divino.

Dios es el patrimonio de casuales á él se consagran.

El que tiene á Dios por herencia, lo tiene todo; y el que no tiene á Dios, es el más pobre de los mortales...

Dios ilumina especialmente á los que á él se consagran.
Benediciré al Señor que me ha iluminado en medio de la noche, dice el Salmo: *Benedicam Dominum qui tribuit mihi intellectum, in operibus eius non iniquitaverunt me venes mei.* (XV. 7).

Benediciré al Señor que me ha iluminado, que me ha sacado de las tinieblas del mundo, y de las tinieblas me ha llamado á su luz deslumbrante, como dice el apóstol S. Pedro: *Qui de tenebris vos vocavit in admirabile lumen enim.* (I. II. 9). El Señor ilumina y conduce esta alma justa por vías rectas; le manifiesta el reino de Dios; y le da la ciencia de los Santos, dice la Sabiduría. (X. 40).

Dios está con los que á él se consagran y le ayudan.
Acuerdesa el Señor de los sacrificios, y seanle agradables tus holocaustos: *Memor sit omnia sacrificia tua, et holocaustum tuum pingue fiat.* (XIX. 4). Que te dé según tu corazón; que llene todos tus votos: *Trabuat tibi secundum cor tuum; et omnia consilia tua confirmet.* (Ibid. XIX. 5). Cumpla el Señor tus deseos: *Impetrat Dominus omnes petitiones iustas.* (Ibid. XIX. 7).

Dios es admirable en sus Santos, dice el Real Proleta: el Dios de Israel da á su pueblo fuerza y valor: *Mirabilia Dea in Sanctis suis; Deus Israel, ipse dabit virtutem et fortitudinem plebi suae.* (LXVII. 36).

Recibirán, dice la Sabiduría, el reino de honor y la diadema de gloria de manos del Señor; porque los cubrirá con su diestra y los sostendrá con su brazo. *Accipiet regnum decoris, et diademam speciei de manu Domini; quantum dextera eius tetigit eos, et brachio suo levavit illos.* (v. 17).

Dios se entrega enteramente á quien todo lo abandona por él...

La vida de un alma religiosa es el estado y llena de merced.
La reina vuestra esposa, Señor, está á vuestra diestra con un vestido lleno de oro y cargada de preciosos adornos: *Asistit regina a dextera tua, in vestitu decoris, circumdata varietate.* (Psal. XLIV. 10). El rey está enamorado de vuestra hermosura: *Conspicet rex decorem tuum.* (Psal. LXIV). Toda la gloria de la hija del rey viene de su corazón: los vestidos (de su alma) están resplandecientes de oro y de bordados. *Omnia gloria ejus filius regis ab intus, in fimbriis aureis, circumdatus varietatibus.* (Psal. LXIV. 14). Esta reina es en primer lugar la Santísima Virgen, y luego el alma fiel consagrada á Dios, viéndose únicamente de Dios y para Dios...

El buen religioso, es como un olivo cargado de fruto en la casa de Dios: *Ego sicut oliva fructifera in domo Dei.* (Psal. LII. 10).

Preparad vuestros corazones para el Señor: *Preparate corda vestra Domino.* (I. Reg. VII. 3). Los buenos religiosos consagran por entero sus buenos corazones al Señor...

Pedro dijo á Jesucristo: *¿Que es nos dará á nosotros, que todo lo hemos dejado para seguirlo? Jesucristo le contestó: En verdad os lo digo, por haberme seguido, cuando en el día de la regeneración el Hijo del hombre se sentará sobre el trono de su gloria, vosotros también os sentaréis sobre doce troncos para juzgar á las doce tribus de Israel. Y cualquiera que deje su casa, ó sus hermanos, ó sus hermanas, ó su padre, ó su madre, ó su mujer, ó sus hijos,*

sus campos á causa de mi nombre, recibirá el céntuplo, y poseerá la vida eterna. (Matt. XIX. 27-29).

Privilegio de la vida religiosa.
Sois una raza escogida, dice el apóstol S. Pedro, sois un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo de adquisición, á fin de que anunciéis las virtudes de aquel que de las tinieblas os ha llamado á su luz deslumbrante: *Vos gens electam, regale sacerdotium, gens sancta, populus acquisitionis ut virtutes annuntietis ejus qui de tenebris vos vocavit in admirabile lumen enim.* (I. II. 9).

¡Oh! exclamó el real Proleta, Dios no ha obrado así con todos los demás: *Non fecit taliter omni nationi.* (CXLVII. 20).

Podéis decir con la esposa de los Cantares: la voz de mi predilecto llama á mi puerta: *Abreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, immaculada mía: Vos dilecti mei pulsantia: Aperi mihi, soror mea, amica mea, columba mea, immaculata mea.* (v. 2). Mi hermano por la creación y la encarnación, mi amiga y esposa por la fe y los votos, mi paloma por el bautismo y la regeneración del Espíritu Santo, mi immaculada por la caridad...

La vocación á la vida religiosa es una gracia grandísima, rara y especial...

Estas almas elegidas por Dios son la flor de los campos y la azucena de los valles: *Ego flos campi et lilium convallium.* (Cant. II. 1). Son azucenas en medio de espinas: *Sicut lilium inter spinas.* (Cant. II. 2). Sois un jardín cerrado, hermana mía, esposa mía, un manantial cerrado: *Hortus conclusus, soror mea, sponsa, fons signatus.* (Cant. IV. 12).

A imitación de la bienaventurada Virgen María, madre de Dios, cada virgen es un jardín cerrado, una fuente sellada por Dios con la gracia de la virginidad, de la pureza, con la modestia en los ojos y en los oídos, con el pudor virginal, el silencio, la soledad y el apartamiento del mundo...

Una virgen, dice S. Ambrosio, es un jardín inaccesible á los ladrones; se parece á la viña en flor, derrama el perfume de sus virtudes, y es bella como la rosa...

En la vida religiosa está la verdadera libertad, la igualdad y la fraternidad...

Una persona que se consagra á Dios da un precioso ejemplo al mundo...

Un buen religioso se asegura una buena muerte...

Pero es preciso corresponder á las gracias unidas al estado religioso...

VIRGINIDAD.

Escolanía y piqueas de la virginidad.

La Virgen se conduce en todo teniendo presente que Jesucristo la ve y la oye, que está delante de Jesucristo. Se respeta, pues, á sí misma ante todo, así como respeta su conciencia, aunque esté sola y enteramente oculta, y luego respeta á su ángel de la guarda, y finalmente, y sobre todo, á Dios. Ella sabe que es la copa de Jesucristo. A semejantes almas Dios les da un lugar y un nombre superior al de los mismos ángeles, según S. Agustín. (*Lib. de Vera Virg.*)

Las vírgenes son distinguidas con el nombre de esposas de Jesucristo. San Agustín piensa que este nombre significa la gloria especial que distingue á las vírgenes de los demás Santos, como se distingue á los hombres con sus nombres propios. Este nombre significa la gloria y la alegría propia de las vírgenes, gloria y alegría que consisten, dice aquel gran Doctor, en alegrarse en Jesucristo, de Jesucristo, con Jesucristo, por Jesucristo, siguiendo á Jesucristo, y para Jesucristo (1).

La Iglesia, dice S. Cipriano, se alegra por sus vírgenes, y la gloriosa fecundidad de esta tierna madre crece y se extiende maravillosamente por medio de sus vírgenes. Cuanto mayor es su número, más aumenta la alegría de la Iglesia (2).

La Virgen imita al Hijo de la Virgen, al Esposo de las vírgenes; virgen él, también unido á la Iglesia virgen, dice S. Buenaventura... (*In Speculo*). ¡O ríe! ¡perla! dichoso aquel que la posee; dichoso aquel que por la paciencia se une á ella constantemente, porque el término de sus trabajos hallará en él inmensa recompensa! dice S. Atanasio. (*Lib. de Virg.*)

Por la virginidad, el siglo es vencido, abatido el demonio; revistiéndose del Espíritu Santo, Dios es glorificado, el Todo-Poderoso se hace propicio...

Las acciones del corazón sin tacha son rectas, dicen los Proverbios: *Qui manduca est, rectum epus ejus*. (XXI. 18). El que ama la pureza del corazón, tendrá al Rey del Cielo por amigo: *Qui diligit cordis munditiam, habebit amicum regem*. (Prov. XXII. 11).

Maravillas de la virginidad.

La bienaventurada é inmaculada Virgen María, madre, modelo y hermana de las vírgenes, ha dado á luz una noble y grande familia, la familia de las vírgenes de Jesucristo...

(1) *Nomen vero hoc significat gloriam et gaudium, virginibus proprium, quod erit gaudium virginum Christi de Christo, cum Christo, post Christum, per Christum, propter Christum.* (*Lib. de Vera Virg.*)

(2) *Gaudet per illas, atque in illis largitur fides Ecclesie: matris gloriosa fecunditas: quantoque plus copiosa virginum numero suo addit, tanto plus gaudium matris augent.* (*Lib. de Habitu virg.*)

Jesucristo nació de una virgen, dice S. Gregorio. O vosotras gentes del sexo, practicad la virginidad, honradla, á fin que seáis madres de Jesucristo: *Christus ex virgine. Mulieres, virginitatem colite, ut Christi matres sitis.* (Orat. XXXVIII. de Nativ.)

Siempre ha existido una poderosa y milagrosa protección de Dios y de los ángeles sobre las vírgenes, las han sostenido siempre, preservadas y salvadas sin tacha é inviolables, en medio de todos los furores y violencias de los impíos y tiranos. Hé aquí un admirable y maravilloso ejemplo que se encuentra en la vida de Sta. Teofila, martirizada por el emperador Maximiano. Hé aquí la oración de esta virgen en medio de sus perseguidores: Jesús mío, mi amor, mi luz, mi espíritu, guarda de mi pureza y de mi vida; ved cuan expuesta se halla vuestra esposa; precipitad á mi socorro, para que esos lobos no devoren vuestra débil oveja; espeso mío, conservad á vuestra esposa. O manantial de toda pureza, salvad la mía. Arrastraron á aquella virgen á un lugar de prostitución y al punto apareció un ángel que hirió de muerte al primer insolente que se dispuso á ultrajarla. El segundo quedó ciego, y los otros recibieron diversos castigos, de tal manera que nadie se atrevió ya á acercársele y todos exclamaban: *Queda es semejante al Dios de los cristianos!*

De la virginidad se ha dicho: Soy la flor de los campos y la azucena de los valles: *Ego flos campi et lilium convallium.* (Cant. II. 1).

¡O virginidad, exclama S. Anatólio, no eres vencida por la muerte y libras de la muerte eterna! (*In ejus vita*).

San Casimiro, rey de Polonia, prefirió la muerte antes que perder la virginidad. A las instancias de los médicos respondió: *Prefero mori virgen: Eligo virgo mori.* (*In ejus vita*). He vivido virgen, moriré virgen; quiero vivir virgen con Jesús virgen; y por amor suyo, quiero morir virgen:

*Et vivam, et moriar, vivam cum virgine Jesu,
Cujus amore libens eligo virgo mori.*

Dichosos los corazones puros, los corazones vírgenes, porque van á Dios, dice Jesucristo. *Beati mundo corde quoniam Deum videbunt.* (Matth. v. 8).

El Señor conoce los días del hombre puro y virgen, dice el Salmista; su herencia será eterna: no será confundido en el día malo, y quedará saciado de bienes: *Novit Dominus dies immaculatum, et hereditas eorum in eternum erit, non confundentur in tempore malo, et saturabuntur.* (XXXVI. 18-19).

San Agustín asegura que la alegría, la dicha, el contento y la paz son hijos de la virginidad. La virginidad, dice, no tiene hijos: según la carne; pero, en vez de estos hijos, engendra las alegrías del corazón, del alma y del espíritu. Señor, la continencia no es jamás estéril, sino que es fecunda en gozo y alegría, por vos que sois su esposo, ó Señor: *Ipse continentia nequaquam sterilita est, sed secundo mater filiorum gaudiorum, de marito te, Domine.* (*Lib. VII. Confess., c. XI*).

La incorruptibilidad hace que el hombre se acerque á Dios, dice la Sabiduría: *Incorruptio facit esse proximum Deo.* (VI. 20).

dicha y recompensa de la virginidad.

®

Medios de con-
servar la vir-
ginidad.

La inmaculada Virgen María quedó turbada ante el ángel que venía de parte del Cielo á anunciarle que Dios la había elegido por ser madre suya. (Luc. 1). Las vírgenes, dice S. Ambrosio, tiemblan, temen al ver á los hombres y al oír sus palabras: *Trepidare virginum est, et ad omnes viri ingressus pavere, omnes viri affectus vereri*. (Lib. II in Luc., n. VIII).

La casta virginidad, dice Tertuliano, es siempre tímida; huye de las miradas, pone un velo en su rostro, como una armadura contra los golpes de las tentaciones, contra los dardos de los escándalos, contra las sospechas y las malas lenguas (1).

Tenemos este tesoro en vasos de arcilla, dice el gran Apóstol: *Habemus thesaurum vtrum in vas fictilibus*. (II. Cor. IV. 7).

Por lo mismo que es muy sublime la virginidad, dice S. Agustín, temo por ella el orgullo que la mata. Sólo Dios da la virginidad y la conserva. El mismo Dios es caridad; así pues la custodia de la virginidad es el amor de Dios y la humildad. El lugar donde se conserva es la humildad. (De S. Virg. c. 20).

Señ virgen con los ojos, con la lengua y los oídos, dice S. Gregorio Nazianzeno: *Virgo sit oculis, sine ore atque auribus ipsis*. (In Laud. virg.).

Bovastos con el arma del poder, dice Tertuliano, encerraos en la trinchera de la vergüenza y de la reserva, levantai una muralla para proteger vuestro sexo, una muralla que detenga vuestras miradas y las de los otros: *Indue armaturam pudoris, circumda vallum reverentiae, muram securi tuo strue, qui nec tuos emittat oculos, nec admittat alienos*. (Lib. de velandis Virg. c. XVI).

La meditación de la pasión de Jesucristo es un medio poderosísimo para proteger y conservar la virginidad...

Los sacramentos son un medio eficazísimo...

La vigilancia, la huida y la oración. Sin estas tres armas, no hay pureza, ni virginidad...; la desconfianza de nosotros mismos...; la devoción á la inmaculada Virgen...

(1) Pura virginitas semper tímida, oculos fugit, confugit ad velamen capitis, quasi ad palium, contraictus quatuorlunam; emittit facula scandalorum, contra suspiciones et invidias. (De velandis Virg.)

VIRTUD.

VIRTUD, virtus, viene de vis, fuerza, vigor. Virtud viene de vir, varón. ¿Qué es la virtud? dice Cicerón: *Appellata est ex viri virtus*. (Lib. de Offic.) Virtud viene también de las dos palabras latinas viri opus, obra viril.

Tal es la virtud en sentido etimológico; en sí misma es el vigor del espíritu fuertemente adherido á recta razón, dice S. Bernardo: *Virtus est vigor animi immobiliter stans cum ratione*. (Serm. LXXXV. in Cant.).

La virtud, según S. Agustín, es la afectión regularísima del alma: *Virtus est regularissima animi affectio*. (Lib. de Morib. Eccles., c. XI). La virtud es el arte de vivir bien y rectamente, añade S. Agustín: *Virtus est ars bene recteque vivendi*. (Lib. IV de Civit., c. XXI).

La virtud, dice S. Ambrosio, es no querer pecar y obligar á la voluntad á perseverar en este apartamiento del pecado: *Virtus est nullo peccare, atque ita tenere perseverantiam voluntatis*. (Lib. VIII. in Luc. c. XVIII).

Quien siembra poco, cogérá poco; y el que siembra con abundancia cosechará también con abundancia, dice el gran Apóstol á los corintios: *Qui parce seminat, parce et metet; et qui seminat in benedictionibus, de benedictionibus et metet*. (IX. 6).

El que no busca con celo la virtud es indigno de llamarse hombre, dice Epicteto: *Hominis nomine dignus non est, qui virtutis studiosus non est*. (An-tian. in Melis.)

Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, dice Jesucristo: *Quarite primum regnum Dei et justitiam eius*. (Matth. VI. 33). El reino de Dios se busca y se encuentra con la virtud...

He amado la virtud; la he buscado desde mi juventud, dice la Sabiduría, he pedido tenerla por esposa, y he quedado enamorado de su hermosura: *Hanc amavi, et exquiri a juventute mea; et quasi sponsam mihi eam assumere, et amorem factus sum sponse illius*. (VIII. 2).

Sin virtud no hay salvación...

El camino de la virtud parece primero estrecho y espinoso; pero se ensancha y se vuelve más fácil luego. Lo contrario sucede con el del vicio...

Turbación y angustia en el alma del hombre que obra mal; gloria, honor y paz á todo el que obra bien, dice S. Pablo á los romanos: *Turbulatio et angustia in animam omnis hominis operantis malum, gloria autem, et honor, et pax omni operanti bonum*. (VI. 9-10).

Toda virtud parece dar en la actualidad, no alegría, sino tristeza, dice el apóstol á los hebreos; pero luego da á los que han sido ejercitados por ella un fruto de justicia lleno de paz: *Omnia disciplina in presenti quidem, videtur non esse gaudii, sed merroris; postea autem fructum pacatissimum exercitatis per eam reddit justitia*. (XII. 11).

Necesidad de practicar la virtud.

Facilidad de practicar la virtud.

DIRECCIÓN GENERAL DE

La virtud es el yogo, la carga de Jesucristo; pero ¿qué dice el Hombre-Dios? Tomad, imponed mi yogo, porque es suave, y ligera es mi carga: *Tollite jugum meum super vos; jugum enim meum suave est, et onus meum leve.* (Math. XI. 29-30).

Hay más trabajo en ser vicioso que en ser virtuoso. Cuando S. Agustín hubo conocido la facilidad, la dulzura y la belleza de la virtud, exclamaba: ¡Hermosura siempre antigua y siempre nueva, qué tarde te he amado! (Lib. *Confess.*)

Lo que consiste en la virtud.

La virtud está en las obras, y no en las palabras. Escuchad á Jesucristo: No todos los que dicen: Señor, Señor, entrarán en el reino de los Cielos; pero el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los Cielos, éste entrará en el reino de los Cielos: *Non omnis qui dicit mihi: Domine, Domine, intrabit in regnum Caelorum; sed qui facit voluntatem Patris mei, qui in Caelis est, ipse intrabit in regnum Caelorum.* (Math. VII. 21). Muchos son virtuosos en palabras, y viciosos en acciones...

Toda árbol que no lleva buenos frutos, será cortado y arrojado al fuego, dice el Evangelio: *Omnis arbor, quæ non facit fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur.* (Math. III. 19).

Si el grano que se confía á la tierra no germinase ni fructificase, ¿de qué serviría aquel grano...?

La virtud no puede alzarse con el vicio.

Se dice en el primer libro de los reyes que los filisteos que se apoderaron del arca de la alianza del pueblo de Dios, la zabolaron en el templo de Dagon. A la vista del arca, aquel pretendido Dios fué derribado por el suelo, su cabeza se separó del cuerpo, y sus manos se cortaron. El arca de la virtud... Dagon es el pecado... Es imposible ser de la virtud y del pecado á un mismo tiempo...

¿Qué alianza puede existir entre Cristo y Belial? dice S. Pablo: *Quæ conventio Christi ad Belial?* (II. Cor. VI. 15). Las tinieblas no pueden conciliarse con la luz, la vida con la muerte, el Cielo con el infierno...

Exposición de la virtud.

La virtud es tan excelente, dice S. Crisóstomo, que hasta los que la combaten la admiran: *Tanta res est virtus, ut etiam illam impugnantes, admirentur.* (Homil. ad pop.)

Toda edad es perfecta, cuando la virtud es perfectamente practicada, dice S. Ambrosio: *Perfecta est ætas, ubi perfecta est virtus.* (Lib. de Jacob.)

La virtud es un astro brillante, y el hombre virtuoso es un Cielo, dice san Bernardo: *Virtus est sidus, et homo virtutum est Cælum.* (Serm. XXVII in Cant.)

La virtud todo lo arregla con suavidad, dice la Sabiduría: *Disponit omnia suaviter.* (VIII. 4).

Según S. Crisóstomo, nada es comparable á la virtud: *Nihil virtuti par.* (Homil. ad pop.)

La virtud es la medida de todo, dice Aristóteles. (Lib. I *Ethic.*, c. IV). El mismo autor añade que la virtud es la perfección del alma. (Ibid. *supra*).

Las verdaderas riquezas, dice S. Bernardo, no son el oro ni la plata, sino

las virtudes: *Veræ divitiæ, non opes sunt, sed virtutes.* (Serm. IV. de Adventu).

Las verdaderas riquezas son el gran número de las acciones virtuosas, dice Clemente de Alejandría. (Lib. III *Paedag.*)

Fuera de la virtud, dice Ciceron, todo es falso, incierto, caduco, inmóvil; sólo la virtud está fija en las rales celestiales; ninguna fuerza puede conmovérle ni desvirtuarla: *Omnia alia falsa, incerta sunt, caduca mobilia; virtus est una altissima defixa radicibus, quæ nunquam ullo vi labefactari potest.* (Philipp. IV).

Yo soy como un olivo que se cubre de frutos en la casa de Dios, dice el Salmista: *Ego sicut oliva fructifera in domo Dei.* (LI. 10). Esta es la virtud puesta en práctica...

¿Cuál es la cosa más útil? La virtud. ¿Cuál es la cosa más dañina? El vicio, dice Tbalas: *Quid utilissimum? virtus; quid damnosissimum? vitium.* (Anton. in Meliss.)

Los que encuentran la virtud, dicen los Proverbios, hallan la vida; su salud vendrá del Señor. Pero los que pecan contra la virtud, son asesinos de su alma; todos los que la aborrecen, aman la muerte. (VIII. 35-36).

La virtud eleva á una nación; pero el crimen hace á los pueblos desgraciados, dice la Escritura: *Justitia elevat gentem; miseria autem facit populos peccatum.* (Prov. XIV. 34).

San Agustín enseña que la virtud es el único y supremo bien. (Lib. II. de Lib. *Art.*, c. XVIII).

Los vicios agitan y turban el alma; y la virtud por el contrario, trae dulzura y tranquilidad, dice Lactancio. (Lib. VII. c. X).

Nada hace que los hombres sean tan incómodos como el pecado; dice san Crisóstomo; nada que les haga tan cuerdos como la virtud, porque los hace reconocidos, buenos, dulces, humanos y misericordiosos. El manantial, la raíz, la madre de la salubridad es la virtud. Todo pecado tiene su manantial en la locura; pero el que se aplica á la virtud es prudentísimo (1).

¿Qué es, pues, para nosotros sino la hermosura interior del hombre, dice S. Agustín: *Quid est aliud virtus nobis, quam interioris hominis pulchritudo?* (Epist. CCXXII ad Consentium).

La virtud, dice Filón, no sólo es hermosa, sino que es la idea, la imagen de la hermosura misma que está en Dios. (Lib. de *Vita Mosic.*)

¡O virtud! tus senderos son senderos deslambrales de hermosura; todas tus sendas son la paz: *Vie ejus via pulchre, et omnes sentias ejus pacificæ.* (Prov. III. 17).

La virtud, dice S. Gregorio Nazianceno, está en medio de los vicios que la rodean como la rosa entre las espinas: *Virtus in medio vitiorum sita est, sicut rosa inter spinas.* (In Proœgii ad Virgines).

(1) Nihil tam stultos homines facit, sicut malitia; nihil sapientiores reddit quam virtus: etiam gratos, benignos, utiles, humanos, mansuetos, lenes efficit. Vix, maxime, recte sapientes, virtus. Omne peccatum ex stultitia ortum habet: qui virtuti studet, sapientissimus est. (Hob. III. in Joann.)

Los hombres ricos en virtud aman la verdadera hermosura, dice el Eclesiástico: *Homines divites in virtute, pulchritudinis studium habentes.* (XLIV. 6).

La luz de la virtud. Ved á los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los Santos de todos los siglos: brillante modelo de virtud, cada uno de ellos era una luz resplandeciente que iluminaba el mundo, como debe hacerlo la vida de todo cristiano: *Sic luceat lux vestra, etc.*

Siempre se encuentra á Dios en la claridad de la virtud, dice S. Gregorio: *Deus semper in claritate virtutis invenitur.* (In lib. I Reg.)

La virtud ilumina con el buen ejemplo. Se puede decir del buen ejemplo de la virtud lo que el Eclesiástico dice del sol. *Lustrans univerſa, in circuitu pergit.* Compiendo su carrera, espanta por todas partes torrentes de luz (I. 6). Sed, pues, por vuestras virtudes un sol sobre la tierra...

Los grandes ejemplos de Jesucristo, de la inmaculada Virgen, de los Santos, son para nosotros coles luminosos...

El que practica la virtud no anda jamás en las tinieblas, pero tiene la luz de la vida...

La virtud es verdad. La virtud puede decir también: Soy la vida, la verdad y la vida: *Ego sum vita, veritas et vita.* (Joann. XIV. 6). Quiera es de la verdad, escucha mi voz: *Omnia qui est ex veritate, audit vocem meam.* (Joann. XVIII. 37).

Los mentirosos, dice la Escritura, no se acuerdan de ella; pero los hombres sinceros no la dejarán y andarán felizmente hasta la vista de Dios: *Viri mendaces non erunt illius memores; et viri veraces invenientur in ea, et successum habebunt usque ad suspensionem Dei.* (EccI. XV. 8).

Poder y fuerza de la virtud. La virtud es todo-poderosa; triunfa del inferno, del mundo y de la concupiscencia...

Ningun enemigo puede resistir la verdadera y sólida virtud...

La virtud es victoriosa del mismo Dios...; conquista el Cielo por asalto...

La virtud alcanza con fuerza de una extreñidad á otra, y dispone todas las cosas con dulzura. *Attingit a fine ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter.* (Sapp. VIII. 1).

La virtud tiene una gran fuerza, y el vicio no es más que debilidad, dice S. Crisostomo: *Magnum virtutis est robur; et malitia infirmitas.* (Homil. ad pop.)

No hay virtud sin trabajo, dice S. Ambrosio, porque el trabajo es el adelantamiento, el triunfo de la virtud: *Nulla sine labore virtus est; quia labor est processus virtutis.* (In CXVIII).

El mar, el Jordán, buyen ante el arca: *Mare vidit et fugit, Jordanis conversus est retrorsum.* (Psal. CXIII. 3). Ante la virtud el mar de las tempestades y el río de las concupiscencias se desvanecen...

Se dice que David eligió en el torrente cinco piedras muy limpias y lavadas, para derriar al gigante Goliat su terrible adversario. (I. Reg. XVII. 40). S. Bernardo, por estas cinco piedras comprende cinco virtudes, con las cuales derribamos al Goliat del inferno y al coloso del orgullo; la penitencia, la esperanza, el amor de Dios, la imitación de los Santos y la oracion. (In I. Reg.)

Ahítemos, dice la Escritura, alabemos á esos hombres llenos de fuerza y de gloria; han dominado en sus reinos, esos hombres grandes en virtud y adornados de prudencia: *Laudemus viros gloriosos; dominantes in potestatibus suis, homines magni virtute, et prudentia sua precliti.* (EccI. XLIV. 1-3).

Gloria, honor y paz á todo el que obra bien, dice el gran apóstol á los Romanos: *Gloria, honor, et pax, omni operanti bonum.* (II. 10).

Es una suma nobleza, un sumo honor á los ojos de Dios brillar por medio de las virtudes, dice S. Jerónimo: *Summa apud Deum nobilitas, clarum esse virtutibus.* (Epist.)

La virtud, dice Séneca, es un adorno incomparable; hace sagrado al que la practica: *Virtus magnam decus est et sum corpus consecrat.* (Epist. LX).

El papa Urbano dijo á uno que le echaba en cara su baja alcurnia: Los hombres no nacen grandes, sino que llegan á serlo por la virtud: *Magni viri non nascuntur sed virtute fiunt.* (Hist. Eccles.)

Sólo una cosa, la virtud, puede immortalizarlos y hacernos semejantes á los dioses, dice Séneca: *Una res est virtus, que nos immortalitate donare possit, pares deis facere.* (Apud Lactantium, lib. III, c. XII).

Con una mano la virtud presenta los largos días, dicen los Proverbios, y con la otra las riquezas y la gloria: *Longitudo dierum in dextera eja et in sinistra illius divitiæ et gloria.* (III. 16).

La virtud, dice S. Bernardo, es el verdadero camino de la gloria; es madre del honor: *Virtus, gradus ad gloriam; virtus mater gloriæ est.* (Serm. I. de S. Victor.)

Sólo la virtud es noble y grande; dice Juvenal: *Nobilitas sola est, unica virtus.* (Anton. in Meliss.)

Tened cuidado de prepararos una buena reputación con la virtud, porque este bien será más duradero para vosotros que mil tesoros de los más preciosos. (EccI. XII. 15).

La virtud, dice S. Agustín, es la senda por la cual el hombre de bien llega á la gloria, al honor y al poder: *Virtus via est qua bonus utitur ad gloriam, honorem, imperium.* (Lib. I. de Civit., c. XV).

Lo que no podemos llevar con nosotros, dice S. Ambrosio, no nos pertenece: **La virtud es un bien que no nos abandonará.** La virtud sola acompaña á los difuntos: *Non nostra sunt que non possumus auferre nobiscum: sola virtus comes est defunctorum.* (De Abel et Cain. lib. I. c. XV).

La verdadera virtud no conoce fin, no muere con el tiempo, dice S. Bernardo: *Vera virtus finem nescit, tempore non clauditur.* (Epist. CCLIII. ad Guaricum).

La virtud nos hace herederos de no nombre eterno, dice el Eclesiástico: *Nomine eterno hereditabit illum.* (XV. 6).

Platon dice que la virtud nos hace semejantes á Dios; y Dios es el eterno. (Lib. de Legib.) La virtud atraviesa los siglos y eterniza mucho más que una larga posteridad...

Nobleza, honor y gloria de la virtud.

La virtud es un bien que no nos abandonará.

La virtud es el camino del cielo.

El camino del Cielo, de la vida eterna, es la virtud; el camino del infierno, de la muerte eterna, es el pecado. El camino de la muerte es el mundo; el camino del Paraíso es el desprecio del mundo...

La virtud no considera más que á Dios, observar su ley, su voluntad, su servicio y su amor. Obrar así es estar en el camino del Cielo... Solo la virtud conduce al Cielo...

bienda de practicar la virtud.

Paz y misericordia á todos los que sigan esta regla, dice el gran Apóstol: *Quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos et misericordia.* (Gal. II. 16).

Observad, dice Platon, la naturaleza contraria de la virtud y del vicio; por un momento de placer en la vida nos precipitamos en un sentimiento, un dolor y tormentos perpetuos; pero la virtud, despus de cortos dolores, va nacer gozos grandas y verdaderos que le acompañan hasta despues de la muerte en la eternidad (1).

La virtud me basta para ser dichoso, dice Antistenes. (*In Laetius*, lib. V).

La virtud sola, dice tambien Séneca, proporciona una felicidad perpetua y segura: *Sola virtus parit gaudium perpetuum, securum.* (Epist. XXVII).

Recompensas de la virtud.

La recompensa del hombre virtuoso es llegar á ser un Dios, dice S. Gregorio Nazianceno: *In virtuti premium est Deum fieri.* (In Distich.)

Los hombres virtuosos aseguran la celestial Jerusalén. A ellos dijo Jesucristo: Valor, siervo bueno y fiel: porque has sido fiel en las cosas pequeñas, te confiaré las grandes; entra en la alegría de tu Señor: *Euge, servus bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium Domini tui.* (Math. XXV. 21). A ellos se dirigirán aquellas palabras del soberano Juez en el último dia: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros desde el origen del mundo: *Venite, benedicti Patri mei, possidete paratum vobis regnum a constitutione mundi.* (Math. XXV. 34).

Distintos grados de las virtudes.

Hay tres grados en la virtud. El 1.º es la virtud ordinaria, la virtud comun de los fieles que viven honrada y religiosamente, segun los mandamientos de Dios... El 2.º grado es el de los cristianos que van allá, y tratan de hacerse semejantes á Dios; sus virtudes se llaman purgativas... El 3.º grado de la virtud, y el más elevado, es el de la semejanza con la Divinidad ya poseida. En este tercer grado las virtudes se llaman virtudes de una alma purificada y perfecta, y lo son efectivamente: son las virtudes de los perfectos de la tierra, y de los elegidos en el Cielo.

La virtud exige siempre sacrificios.

Las riquezas de la virtud deben amontonarse con el trabajo... El camino de la virtud tiene sus espinas; estas espinas son muchas, largas y punzantes; están

(1) Adverte contrarium virtutis se voluntatis naturam; hujus enim munitione dulcedini perpetua promittitur, dolor et cruciatus affigitur; illi, contra post breves dolores, eternus etiam post mortem delectatione adjunguntur. (*Dialog. III*).

unidas juntas; si arrancas una, la otra os hiere; lo que desespera á los perzozos y á los pusilánimes; pero las almas fuertes y valerosas poco á poco, con paciencia y perseverancia, las arrancan una tras otra, las embotan y acaban por destruirlas...

La mortificación de la carne es la fuerza y la vida de la virtud, dice S. Cirilo: *Rigor carnis est valetudo virtutis.* (Catech.)

Melior para practicar la virtud.

Las virtudes son como una ciudad indomable; defienden al hombre contra todos los enemigos. Es la ciudad de los elegidos, cuyas triucherías, dice Hogo de S. Victor, son el desprecio de las cosas de la tierra, cuyas murallas son la esperanza, las avanzadas son la paciencia, las torres la humildad, las fuentes son las lágrimas, los centinelas la prudencia, las armas la oracion y los Sacramentos, las puertas la obediencia, el rey la caridad, las tropas la justicia, la templanza y la fuerza. (*Justit. Monastic. ad Novitios, c. III*).

VOCACION.

Dos son las vocaciones y elecciones: la una por la fe y la gracia, la otra por la felicidad y la gloria; la una para vivir de Dios y para Dios en la tierra, la otra para gozar de Dios en el Cielo...

La vocación es consecuencia de la elección... Dios escoge, y luego llama... Dios nos previene para llamarnos, y nos acompaña para glorificarnos, dice san Agustín: *Prævenit, ut vocemur; et subsequitur, ut glorificemur.* (De Grat. et lib. Arb.)

Hay una vocación especial para la perfección y para el ministerio evangélico. Jesucristo, dice el evangelista S. Lucas, llamó á sus discípulos, y eligió á doce de entre ellos, que llamó apóstoles: *Vocavit discipulos suos, et elegerit duodecim ex ipsis, quos et apostolos nominavit.* (VI. 13).

No sólo vosotros los que me habeis elegido, dice Jesucristo á sus apóstoles; yo soy el que os he elegido y establecido, para que vayais y saqueis fruto y vuestro fruto permanezca: *Nom vos me elegeritis; sed ego elegeri vos, et posui vos, ut cæti, et fructum offeratis, et fructus vestri maneat.* (Joann. XV. 16).

Dios, dice S. Pablo, me ha separado desde el seno de mi madre, y me ha llamado con su gracia: *Me segregavit ex utero matris mee, et vocavit per gratiam suam.* (Gal. I. 15).

Dios llama de dos maneras: 1.º Llama exteriormente, por los ejemplos... por las predicaciones, las lecturas... y las pruebas... 2.º Dios llama interiormente por su gracia preventiva... excitante...

Yo os he escogido, y os he establecido, dice Jesucristo, para que fuéis y lleváseis fruto, y que vuestro fruto permaneciese: *Elegi vos, et posui vos, ut cæti, et fructum offeratis, et fructus vester maneat.* (Joann. XV. 16).

Dios, dice S. Pablo, os ha elegido desde el principio para la salvación, en la santificación del espíritu y la fe de la verdad; á cuya salvación os ha llamado por nuestro evangelio, para adquirir la gloria de Nuestro Señor Jesucristo. (II. Thess. II. 13-13).

Dios nos ha elegido para su herencia, dice el Rey Proleto: *Elegit nos hereditatem suam.* (XVI. 5). El Señor da la vocación, y nos elige para su herencia, para habitar en nosotros: *Elegit eam in habitantem sibi.* (Psal. CXXXI. 13).

El Señor, nuestro Dios, os ha elegido, dice Moisés á los hebreos, para que seáis su pueblo entre todos los pueblos que están sobre la tierra: *Te elegit Dominus Deus tuus, ut sis ei populus peculiaris de cunctis populis qui sunt super terram.* (Deuter. VII. 6).

Dios da la vocación para que nos apliquemos á conocerla, á amarla, á servirle, para conseguir la vida eterna...

Dios, dice S. Pablo, nos ha libertado y nos ha llamado por su vocación, no según nuestras obras, según su propio decreto y según la gracia que nos ha sido comunicada en Jesucristo ante todos los tiempos (1).

El que os llama, es fiel, y él mismo os ayudará en el cumplimiento de los deberes de vuestra vocación, dice S. Pablo: *Fidelis est, qui vocavit vos; qui etiam faciet.* (I. Thess. v. 24).

Por esto debéis estar llenos de reconocimiento; dando gracias á Dios Padre, como dice el gran Apóstol, que nos ha hecho dignos de tener parte en la herencia de los Santos en la luz; que nos ha arrancado al poder de las tinieblas y trasportado al reino de su amado Hijo: *Gratias agentes Deo Patri, qui dignos nos fecit in partem sortis Sanctorum in lumine; qui eripuit nos de potestate tenebrarum, et transtulit in regnum Filii dilectionis suæ.* (Coloss. I. 12-13).

Así, santos hermanos, dice S. Pablo, vosotros que tenéis parte en la vocación del Cielo, considerad al apóstol y pontífice de nuestra fe, á Jesús: *Unde, fratres sancti, vocationis celestis participes considerate apostolum et pontificem confessionis nostræ, Jesum.* (Hebr. III. 1).

Nadie debe contentarse á sí mismo el honor, sino el que es llamado de Dios, dice S. Pablo: *Nec quisquam sumit sibi honorem, sed vocatur a Deo.* (Hebr. v. 4).

Ser voluntariamente infiel á la vocación de Dios es precipitarse fuera del camino de la salvación.

¡Cuántas personas abrazan un estado de vida sin consultar, ni á Dios, ni á su representante, ni á sus amigos!

Con la fidelidad á la vocación de Dios llegamos á ser, como S. Pablo, un vaso de elección, destinado á contener las gracias más especiales de Dios, las más preciosas y abundantes, asegurándonos la gloria eterna: *Vas electionis est mihi tunc.* (Ac. IX. 15).

Correspondiendo á la propia vocación, 1.º la hacemos segura, como dice S. Pedro...; 2.º nos afirmamos en la gracia y evitamos fácilmente el pecado...; 3.º aseguramos la entrada del reino de los Cielos...; 4.º preparamos una corona de un precio infinito (2).

La vocación para la perfección es la señal más cierta de la predestinación gloriosa. Formalmente lo dice S. Pablo: Aquellos á quienes Dios ha predestinado, los ha llamado; y á aquellos que ha llamado, los ha justificado; y á aquellos que ha justificado, los ha glorificado: *Quos predestinavit, hos et vocavit; et quos vocavit, hos et justificavit; quos autem justificavit, illis et glorificavit.* (Rom. VIII. 30).

(1) Nos liberavit et vocavit vocatione sua sancta, non secundum opera nostra, sed secundum prepositum suum, et gratiam, que data est nobis in Christo Jesu ante tempora seculorum. (II. Tim. 1-9).

(2) Subiit ut per bona opera certam vestram vocationem et electionem faceritis; hoc enim facientes, non periculis aliquando. Sic enim abundantior ministrabit vobis introitus in æternam regnum. (II. Petr. I. 10-11).

Dios nos ayuda á responder á nuestra vocación.

No podemos nosotros elegir nuestra vocación.

Gracias abundantes cuando se corresponde á la propia vocación.

Evidencia de la vocación.

La vocación, sobre todo á la vida religiosa, es una distincion y elevacion especial. He elevado á mi elegido en medio de mi pueblo, dice el Señor por el Salmista: *Exaltavi electum de plebe mea.* (LXXXVIII. 20).

Los demás se desposarán con la nada; yo me desposaré con mi elegido por la eternidad: *Sponsabo te mihi in sempiternum.* (Osee. II. 19).

Dios conduce á los que llama; los ha conducido en la via recta hácia la ciudad habitable: *Deiavit eos in viam rectam, ut irent in civitatem habitabilem.* (Psal. CV. 7).

He elegido á esta alma, dice el Señor, y la he elegido para mi morada. En ella descansará eternamente: *Elegit enim in habitationem sibi. Hec requies mea in seculum veniit.* (Psal. CXXXI. 13-14).

El Señor ha á conocer á los que le portonecan, dice la Escritura, y llama á sus Santos, y los que escoge se le acercan: *Notum faciet Dominus qui ad se pertinent, et Sanctos applicabit sibi; et quos elegerint appropinquabunt ei.* (Num. XVI. 5).

Los introduciré, dice el Señor, en la tierra donde corren arroyos de leche y miel: *Introducam eum in terram lacte et melle manantem.* (Deuter. XXXI. v. 20).

Os tomaré, dice el Señor por medio del profeta Ageo, y os guardaré como mi sello, porque os he elegido: *Annunciat te, dicit Dominus; et ponam te quasi signamentum, quia te elegi.* (II. 24).

Elijan los demás las cosas de la tierra para distanciarlas, dice S. Agustin; para mí no quiero más que al Señor por herencia: *Elegant sibi alii partes quibus fruuntur, terrene et temporales; portio mea Dominus.* (Medit.)

Los hebreos salieron del Egipto y del mar Rojo baja la proteccion de un gran poder: *Illi egressi erant in manu excelsa.* (Exod. XIV. 8).

Debeis decir sin titubear y con alegría: El Señor es la parte de mi herencia y de mi cañir. Vos seis, ó Dios mio, el que guarda mi herencia: *Dominus pars hereditatis meae et cañis mei. Tu es qui custodis hereditatem meam mihi.* (Psal. XX. 5).

De la vocación á la vida contemplativa habla Jesucristo diciendo de María que estaba á sus pies: Ella ha elegido la mejor parte, la parte que no le será arrebatada: *María optimam partem elegit, que non auferetur ab ea.* (Luc. X. 42).

Privilegio de la vocación religiosa.

Separadme, dice el Espíritu Santo en las Actas de los Apóstoles, separadme á Saulo y á Bernabé para la obra á la que los he llamado: *Dixit illis Spiritus Sanctus: Segregate mihi Saulum et Bernabem, in quos ad quod assumpsi eos.* (Act. XIII. 2).

He elevado al que he elegido, dice el Señor: *Exaltavi electum.* (Psal. LXXXVIII. 20).

Pueden aplicarse con exactitud á los llamados á la vida religiosa aquellas palabras del apóstol S. Pedro: Vosotros, vosotros, sois una raza escogida, un sacerdocio real, una nacion santa, un pueblo de adquisicion, para que anunciéis las virtudes de aquel que desde las tinieblas os ha llamado á su luz deslumbrante: *Vos gens electum, regale sacerdotium, gens sancta, populus acquisitivus; ut virtutis annuntietis ejus, qui de tenebris vos vocavit in admirabile lumen suum.* (I. II. 9).

¡Ah! exclama el Real Profeta, el Señor no ha obrado así con todas las naciones: *Non fecit taliter omni nationi.* (GXXXIII. 29).

¡Dichoso, Señor, aquel á quien habeis elegido y llamado para que habite en vuestro santuario! Quedarémos saciados con los bienes de vuestra casa en el templo donde reside vuestra majestad: *Beatus, quem elegisti et assumpsisti: inhabitabit in atris tuis. Replebitur in bonis domus tua; sanctum est templum tuum.* (Psal. LXXIV. 5).

Señor, debeis decir con el Salmista, me habeis tenido de la mano, me habeis guiado segun vuestros designios, y me habeis recibido en vuestra gloria: *Tenuisti manum dexteram meam, et in voluntate tua deducisti me, et cum gloria suscepisti me.* (LXXII. 24).

A esas almas elegidas y llamadas el Señor las llena de satisfaccion y de alegría: *Et eduxit populum suum in exultatione, et electos suos in letitia.* (Psal. CIV. 43).

El Señor velará en vuestra entrada y en vuestra salida, hoy y siempre, dice el Salmista: *Dominus custodiat introitum tuum, et exitum tuum, ex hoc nunc et usque in seculum.* (CXX. 8).

Exclamad, pues, con el Rey Profeta: Me ha alegrado con esta palabra que se me ha dicho: *Iremos á la casa del Señor: Letatus sum in his, que dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.* (CXXI. 1).

Es necesario que haya pruebas de la vocación, dice el gran apóstol: *Si autem probentur primum.* (I. Tim. iii. 10). No es apresurad á imponer las manos á cualquiera, dice aquel apóstol á su discípulo Timoteo: *Manus cito nemini imponeris.* (I. v. 22).

Bicna de la vocacion religiosa.

Es menester que la vocacion para el sacerdocio no esté trabada.

Buscad entre vosotros, dijeron los apóstoles, á hombres de buena reputacion, llenos del Espíritu Santo y de sabiduria: *Considerate viros ex vobis boni testimonii, plenos Spiritu Sancto, et sapientia.* (Act. VI. 3).

1.ª Pruebas de Dios... incertidumbres...; 2.ª pruebas de los padres...; 3.ª pruebas de los superiores...; 4.ª pruebas por el demonio...

San Crisóstomo da reglas para la admission de personas en el estado eclesiástico: Admitase, dice, á aquel á quien hayamos tenido que hacer violencia para hacerlo entrar; retírese aquel á quien se ruega que acepte; y huya el que sea tan sólo invitado: *Queratur cogendus, rogatus recedat, invitatus effugiat.* (in Moral.)

Personas que deben ser admitidas.

Superiores, tal es vuestra regla; aspirantes, tal es vuestro deber.

Moisés y Aaron se presentaron diciendo al rey de Egipto: Ved lo que dice el Señor Dios de Israel: Dejad marchar á mi pueblo para que me ofrezca un sacrificio en el desierto. Pero él respondió: ¿Quién es el Señor, para que yo obga su voz y deje marchar á Israel? (Exod. v. 1-2). Así obra el demonio, los parientes algunas veces, el mundo, la carne, cuando alguno trata de consagrarse á Dios... Sin embargo, la gracia solicita. Dios insta...

Obstáculos que se oponen á la vocacion religiosa, y principalmente á la de los que han pones.

San Bernardo, en su epístola tercera reprende con energia á los padres de uno llamado Elias, porque le separaban de su vocacion: ¡O padre duro! dice;

¡O madre cruel! *O durum patrem! O savam matrem...* ¡O padres crueles e ímpios! *O parentes crudeles et impios!* O más bien padres que no sois padres, sino verdugos, vosotros que os creéis desgraciados por la salvación de un hijo, y os aligis por su dicha. Preferís que perezca con vosotros, antes que verle reinar sin vosotros.

Si distinguéis el oro puro del vil plomo, dice el Señor por medio de Jeremías, seréis como la boca de Dios: *Si separaveris pretiosum a vili, quasi os meum eris.* (XV. 19).

Es preciso respetar la voluntad del Señor, que quiere servir de padre y tener por hijo al joven que llama á la vida religiosa: *Ego ero ei in patrem, et ipse erit mihi in filium.* (II. Reg. VII. 14).

Si los padres, si los extraños no pueden en conciencia poner obstáculos á vuestra vocación, con más razón debéis procurar no ponerlos vosotros mismos.

Veid, examinad vuestra vocación, dice el gran Apóstol: *Videte vocationem vestram.* (I. Cor. I. 26). Conoced, hermanos amados de Dios, vuestra elección, dice el Apóstol: *Scitantes, fratres dilecti a Deo, electionem vestram.* (I. Thess. I. 4).

¿Qué teméis? dice S. Bernardo: ¿por qué dudáis? El ángel del gran consejo, á quien nadie se aproxima en sabiduría, en fuerza, en fidelidad, os llama: *Quid timeis? quid habitas? Vocat te magis consilii angelus, qui nemo fortior, nema facitior.* (In Declamat.)

Escuchad á S. Pablo: Cuanto quisó aquel que me ha separado desde el seno de mi madre, y me ha llamado con su gracia, al momento he dejado de complacer á la carne y á la sangre: *Com placuit ei, qui me segregavit ex utero matris meae, et vocavit per gratiam suam; continuo non acquiesci carni et sanguini.* (Gal. I. 15-16). Yo os conjuro, escribe á los efesios, para que andéis de una manera digna de la vocación á la que habéis sido llamados: *Obsecro vos ut digne ambuletis vocatione, qua vocati estis.* (IV. 1); es decir, que viváis de una manera digna de Jesucristo y de la Iglesia.

Frecuentemente S. Bernardo se preguntaba á sí mismo en su soledad: Bernardo, ¿para qué has venido aquí? *Bernardie, ad quid venisti.* (Serm. in Psal.) Vosotros debéis hacer lo mismo...

Olvidando el pasado, y dirigiéndonos á lo que tengo delante, dice S. Pablo, siendo al término, á la recompensa á que Dios me ha llamado en Jesucristo (I).

Os hemos instado, dice el apóstol á los tesalotenses, para que andéis de una manera digna de Dios, que os ha llamado á su reino y á su gloria: *Deprecantes eos ut ambuletis digne Deo, qui vocavit eos in suum regnum et gloriam.* (I. II. 12).

Esforzaos en afirmar cada día más y más con vuestras buenas obras, vuestra vocación y elección, dice el apóstol S. Pedro: *Magis satagite, ut per bona opera, certam vestram vocationem et electionem faciatis.* (I. I. 10).

(1) Quae retro sunt, obliviscens; ad ea vero, quae sunt praeter, extendens mensuram, ad desideratum persequor, ad brevium superiorum vocationis Dei in Christo Jesu. (Phillipp. III. 13-14).

Debeis tener los sentimientos del Salomista, que decía: He preferido ser el último en la casa de mi Dios, antes que habitar en las tiendas de los pecadores: *Elegi abjectus esse in Domo Dei mei, magis quam habitare in tabernaculis peccatorum.* (LXXXIII. 11).

Señor, abridme las puertas de la justicia, entraré por ellas, y celebraré allí al Señor. He aquí la puerta del Señor; aquí entrarán los justos. (Psal. CXVII. 19-21).

Abandonad, os diré como el Señor á Abraham, abandonad á vuestra patria, y á vuestro parentesco, y la casa de vuestro padre, y venid á la tierra que os manifestaré: *Egrederere de terra tua, et de cognatione tua, et de domo patris tui, et veni in terram quam monstrabo tibi.* (Gen. XII. 1).

Salid, y manteneos de pie en la montaña delante del Señor, dice el Espíritu Santo: *Egrederere, et sta in monte coram Domino.* (III. Reg. XIX. 11).

Cuando Judas, después de haber vendido y hecho traición á su Maestro, se hubo ahorcado, los apóstoles y los primeros fieles se pusieron en oración, diciendo: Vos que conocéis, Señor, los corazones de todos, manifestadnos á quien de estos dos habéis elegido para recibir el ministerio y el apostolado, al que ha renunciado Judas, para ir á donde merceda. Y echaron suertes, y la suerte designó á Matías, que quedó agregado á los once apóstoles. (Act. I. 24-26).

La oración es indispensablemente necesaria para conocer y seguir nuestra vocación...

Lo que hace y asegura la vocación después de Dios, es: 1.º, el deseo de salvar nuestra alma; 2.º las buenas costumbres y una vida santa forman y aseguran la vocación á la gloria.

¡Cuántas personas pierden su vocación por los desarreglos de su vida!

Medios de orar para conocer y seguir nuestra vocación.

Medios de salvar nuestra alma; 2.º las buenas costumbres y una vida santa forman y aseguran la vocación.

VOLUNTAD.

Exclamación de la buena voluntad.

Añunciad los ángeles á los pastores fieles la divina nueva del nacimiento de Jesucristo, les dirigieron aquellas hermosas palabras: Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad: *Et in terra pax hominibus bonae voluntatis.* (Luc. II. 14.)

Dispónganos para todo bien el Dios de paz, á fin de que hagáis su voluntad, dice S. Pablo á los hebreos: *Deus pacis quiet vos in omni bono, ut faciatis ejus voluntatem.* (XIII. 20-24.)

¿Qué es la caridad, sino la buena voluntad? pregunta S. Agustín: *Quid aliud est caritas, quam bona voluntas?* (Enchirid.) Pablo no fué elegido para ser un vaso de elección, sino después de haber dicho: ¿Qué queréis que haga, Señor? *Domine, quid me vis facere?* (Act. IX. 6.)

Dios, dice S. Bernardo, no mira lo que hacéis, sino con qué voluntad lo hacéis: *Deus non attendit quid faciatis, sed quomodo.* (In Evang.)

Puesto que no podéis ser lo que quisierais, quered lo que podáis, dice san Agustín: *Cum non possis esse quod velis, velis id quod possis.* (In Morib.) Tened la voluntad de convertirlos; Dios está pronto á ayudaros para que os levanteis, añade S. Agustín: *Habe voluntatem surgendi, presto est qui faciat ut regas.* (U supra.)

Si la voluntad está pronta, dice S. Pablo, está aceptada según lo que tiene cada uno, no según lo que no tiene: *Si enim voluntas prompta est secundum id quod habet, accepta est, non secundum id quod non habet.* (II. Cor. VIII. 12); indicando así que Dios atiende más bien á la voluntad que al donativo.

El mérito y la perfección están en la voluntad...

Es muy débil la propia voluntad.

A la voz de una criada negó Pedro á su Divino Maestro. Y sin embargo, se creía muy fuerte, pues algunas horas antes decía á Jesucristo: Aunque tuviese que morir con vos, no os negaría: *Etiamsi oportuerit me mori tecum, non te nego.* (Matth. XXVI. 35). Todos los discípulos dijeron también lo mismo, añade el Evangelio: *Similiter et omnes discipuli dixerunt.* (Matth. XXVI. 35). Y todos aquella misma noche le abandonaron en el huerto de los Olivos...

Sin mí, dice Jesucristo, nada podéis hacer: *Sine me nihil poteritis facere.* (Joann. XV. 5). Nada puede nuestra voluntad sin la gracia de Dios...

No hay, dice S. Agustín, pecado cometido por un hombre que no pueda ser cometido por cualquier otro, si le falta el sostén del que le ha hecho: *Non est peccatum quod fecit homo, quod non faciat alter homo, si desit rector, á quo factus est homo.* (In Carit.)

Por esto recomienda tanto Jesucristo á sus apóstoles que velean y oren para que no caigan en la tentación: *Vigilate et orate, ut non intretis in tentationem.* (Matth. XXVI. 41).

Vuestra voluntad es débil é inconstante por su naturaleza. Dios os parece hermoso y bueno, y queréis darle vuestra voluntad; pero el mundo os parece agradable, y lo amais...

Sometiendo completamente vuestra voluntad á Dios, y pidiéndole su auxilio, lo que queréis resueltamente llega á seros posible, y hasta fácil. Sólo las buenas ó las malas afecciones de la voluntad, dice el insigne doctor S. Agustín, hacen las buenas ó malas costumbres: *Non faciunt bonos vel malos mores, nisi boni vel mali amores.* (In Morib.)

Cada cual es según su afección, dice el mismo Santo. Si amais la tierra, seréis tierra; si amais á Dios, ¿qué diré? seréis Dios: *Talis est quisque, qualis est ejus dilectio. Terram diligit? terra es: Deum diligit? quid dicam? Deus eris.* (Tract. II in Epist. I Joann.)

Hé aquí la pintura que hace S. Pablo de los que sólo obran según su propia voluntad. Hay hombres, dice, que se aman á sí mismos, ávidos, arrogantes, soberbios, ultrajantes, rebeldes á sus padres, ingratos, manchados de crímenes, duros, implacables, detractores, disolutos, feroces; enemigos de los buenos, traidores, insolentes, hinclados de orgullo, amando los deleites, teniendo siempre una apariencia de piedad, sin poseer la virtud. (III. Tim. III. 2-5).

Esencia á S. Agustín: La ciudad de Dios, dice, empieza y se construye con el amor de Dios, y se eleva hasta el rector de sí mismo, hasta el rector de su propia voluntad; pero la ciudad del demonio comienza por el amor de uno mismo, el amor de la propia voluntad, y llega hasta al odio de Dios por el desprecio del prójimo (1).

¡Desgraciados de vosotros que sois salvos á vuestros propios ojos! exclama Isaiás; ¡desgraciados de los que creen en su prudencia! *Va qui sapientes estis in oculis vestris, et coram robustioribus prudentes!* (v. 21). Y ¿quién se cree más sabio y prudente que el que adora su propia voluntad?

Ninguna criatura, dice S. Bernardo, puede separarse del amor de Dios, pero sí puede hacerlo la voluntad propia: *Nulla creatura à Dei caritate separare potest, sed sola propria voluntas ipsam potest.* Cese la voluntad propia, y no habrá infierno, añade aquel gran Doctor: *Cesset voluntas propria, et infernum non erit.* (Serm. III de Resurrección).

Preguntado el abate Aquiles de qué manera podían vencerlos los demonios, respondió: Con nuestras voluntades: *Per voluntates nostras.* Y añadió: Nuestras almas son la madera, el demonio es la sierra, y nuestra voluntad es la mano que corta, hiende, arranca y derriba. Así somos cortados y destruidos por la voluntad propia. (In Vit. Patr.) A nadie podemos acusar de nuestra miseria, de nuestras calamidades, de nuestras desgracias, dice S. Ambrosio; sólo hemos de achacarlo á nuestra propia voluntad: *Non est quod cuiquam noceat, acribiturque servimus, nisi voluntati.* (Lib. II. Offic., c. IV).

(1) Civitas Dei incipit et construi in amore Dei, et crescit ad odium sui ipsius; civitas vero diaboli incipit ab amore sui, et crescit usque ad odium Dei per contumplum proximorum.

El hombre es lo que es su propia voluntad.

Desgracia de los que siguen su propia voluntad.

La voluntad propia es el más malo de los enemigos del hombre.

No creais haber vivido, dice Eugenio, nada más que el tiempo en que habeis renunciado á vuestra propia voluntad: *Nulla diem tantum vixisse te compta, in quo voluntates proprias obnegasti.* (Homil. IX ad Moac.)

La propia voluntad corrompe las mejores obras; hace perder su hermosura, su precio y su mérito... Es un gran mal vuestra voluntad propia, dice S. Bernardo; convertido en mal el bien que hacéis: *Grande malum propria voluntas, que si al bono tua tibi bona non sint.* (Serm. LXXI in Cant.)

No os pongáis á seguir vuestros deseos, y apartaos de vuestra voluntad, dice el Eclesiástico: *Post concupiscentias tuas non eas, et á voluntate tua avertere.* (XVIII. 30.)

Que Dios usó lo que queréis, dice Platon, ó más bien que no os lo dé jamás; pero úaga que queráis lo que el mismo quiere, porque esta es la religión pura de unos ad á Dios: *Deus det tibi que velis; imo nunquam det; sed faciat ut velis quod ipse vult. Hæc enim est pura religio, si sic te religes Deo.* (Lib. de Legib.)

Jesusristo nos dice á todos: Si alguno quiere venir conmigo, que renuncie á sí mismo, que lleve su cruz cada día, y que me siga: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam quotidie, et sequatur me.* (Luc. IX. 23.)

Escuchad á Sta. Eglia: Si queréis ver bien, arracad vuestros ojos; y sed ciegos; si queréis oír bien, sed sordos; si queréis hablar bien, sed mudos; si queréis andar bien, cortad vuestros pies; si queréis trabajar bien, cortad vuestras manos; si queréis amaros bien, oñades; si queréis vivir bien, mortificaos; si queréis curtiueceros, sabed perder; si queréis ser verdaderos sabios, sed pobres; si queréis estar en los deleites, alligios; si queréis estar en una perfecta seguridad, estad siempre en el temor; si queréis ser elevados, humillaos; si queréis ser honrados, despreciaos y honrad á aquellos que os desprecian; si queréis tener la dicha, aguantad las cruces; si queréis el reposo, trabajad; si queréis ser bendecidos, desead ser maldecidos. ¡Oh! ¡qué grande y admirable sabiduría es el saber vivir así! Y porque estas son cosas grandes, no son dadas á todos. (In Vit. Patr.)

ZELO.

¡Ocaó la trompeta en Sion, dice el profeta Joel, ordenad un ayuno público, convocad á la asamblea, reñid al pueblo, purificadle, reñid á los ancianos, los niños, hasta los de lactancia; que el esposo salga de su lecho, y la esposa de su tálamo nupcial. Que los sacerdotes y los ministros del Señor floren en el vestíbulo y el altar, y exclamen: Perdonad, Señor, perdonad á nuestro pueblo, y no permitais que vuestra herencia sea entregada al oprobio y á los insultos de las naciones. (II. 15-17).

Levántate, dijo el Señor á Jonás, y vete á Nínive, la gran ciudad; eleva allí tu voz, porque su malicia ha llegado á mí: *Surges et vade in Ninivem, civitatem grandem, et prædica in ea, quia ascendit multitudo ejus coram me.* (I. 2).

Apresúrate; corre, insta á tu amigo, dicen los Proverbios; niega el sueño á tus ojos: *Discurre, festina, suscito amicum tuum; ne dederis somnum oculis tuis.* (VI. 3-4). Arranca á los cautivos de la muerte, y á los débiles del suplicio; desgraciado de tí, si no lo haces: *Erue eos, qui ducuntur ad mortem; et qui trahuntur ad interitum, libera ne censes.* (Prov. XXIV. 11).

Abro delante de vosotros una gran puerta, dice el Señor en el Apocalipsis: *Ecce dedi coram te ostium apertum.* (III. 8). Abro delante de vosotros la puerta del zelo y del trabajo...

Si evangelizo, dice el gran Apóstol, la gloria no me pertenece, es para mí una necesidad, y desgraciado de mí si no evangelizase! *Si evangelizero, non est mihi gloria, necessitas enim mihi incumbit; vobis enim mihi est, si non evangelizaverim!* (I. Cor. IX. 16).

Os encargo encarecidamente, dice el Apóstol, que trabéis la buena lucha: *Hæc præceptum commendo tibi, ut milites bonam militiam.* (I. Tim. I. 18).

Trabad el buen combate de la fe; entrad en posesion de la vida eterna, á la que habeis sido llamados: *Certa bonum certamen fidei, apprehende vitam æternam, in qua vocatus es.* (Ibid. I. VI. 12).

Trabad como un buen soldado de Jesusristo, dice el Apóstol á Timoteo: *Labora sicut bonus miles Christi Jesu.* (II. II. 3). El que combate en la arena no es coronado si no combate como bueno: *Nam et qui certat in agone, non coronatur, nisi legitime certaverit.* (II. Tim. II. 5). Anunciad la palabra, insistid á tiempo y á contratiempo; reprended, suplicad, dirigid reprimendas en toda longanidad y doctrina: *Predica verbum, instat opportune, importune, argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina.* (Ibid. II. IV. 2). En cuanto á vosotros, velad, y no os neguéis á ningún trabajo; haced la obra de un evangelista, llenad vuestro ministerio: *Te vero vigila, in omnibus labora, opus fac evangelista, ministerium tuum imple.* (Ibid. II. IV. 5).

Necesidad del zelo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

de los ojos de zelo. Mi alimento, dice Jesucristo, consiste en hacer la voluntad del que me ha enviado, y de cumplir su obra: *Meus cibum est ut faciam voluntatem ejus qui misit me, ut perficiam opus ejus.* (Joan. IV. 34).

Aprendan los cristianos, y sobre todo los pastores de las almas, que su alimento espiritual debe ser el zelo y la obediencia...

Ma he indignado contra el insensato, viendo la paz de los impíos, dice el Salviata: *Zelati super iniquis pacem peccatorum videna.* (LXXII. 3). El desfallemiento se ha apoderado de mí al ver los pecadores que abandonan vuestra ley, Señor: *Defectio tenui me pro peccatoribus derelinquentibus legem tuam.* (Psal. CXVIII. 53). Mis ojos derraman torrentes de lágrimas, porque se viola vuestra ley: *Exiit aquarum defuxerunt oculi mei, quia non custodierunt legem tuam.* (Psal. CXVIII. 136).

El ardor de mi zelo se consume, Señor, porque mis perseguidores han despreciado vuestras palabras: *Tahere me facit zelus meus, quia oblii sunt verba tua inimici mei.* (Psal. CXVIII. 139). Ha visto los prevaricadores, y me ha dejado en las angustias, porque no han observado vuestros mandamientos: *Vidi prevaricantes, et taberebam, quia eloquia tua non custodierunt.* (Psal. CXVIII. 158). ¡He aquí el zelo y sus ardores!...

¿Qué haces, Elías? dice el Señor, El profeta responde: Ardo de zelo por vos, Señor Dios de los ejércitos, porque los hijos de Israel han abandonado vuestra alianza, han destruido vuestros altares: *Quid hic egis, Elías? Zelo zelatus sum pro Domino Deo exercituum, quia dereliquerunt pactum tuum filii Israel.* (III. Reg. XIX. 8-10).

¿Quién dará agua á mi tabera, dice Jeremías, y á mis ojos un manantial de lágrimas? y lloraré noche y día para aquellos de mi pueblo que han encontrado la muerte. *Quis dabit capiti meo aquam, et oculis meis fontem lacrymarum? et plura die de nocte interfectorum populi mei.* (IX. 1).

Véase el zelo de Jesucristo en la ciudad de Jerusalem, (Luc. XIX).

En qué consiste el zelo?

Escuchad á Tertuliano: El gran Apóstol, dice, inflama de zelo por el combate á los soldados cristianos, haciendo resonar estas palabras: No rime el pecado en vuestro cuerpo mortal. (Rom. VII).

Y otro llamamiento hace tambien el zelo cuando manda que mortifiquemos con el espíritu las obras de la carne; manifiesta la guerra que tenemos que sostener, y excita nuestro zelo para que combatiámos heroicamente, y derribemos á nuestros enemigos, á fin de que ellos no nos derriben. (Ad Rom.)

Somos el buen olor de Jesucristo, dice aquel apóstol: *Christi bonus odor sumus.* (II. Cor. II. 15).

¿Qué importa, dice á los filipenses, mientras que, de cualquier manera que sea, por pretexto ó en realidad, sea anunciado Cristo? En esto es en lo que me alegro y me alegraré: *Quid enim mihi modo, sive per occasionem, sive per veritatem, Christus annuntietur et in hoc gaudeo, sed et gaudebo.* (I. 18). Para mí, Jesucristo es la vida, y la muerte una ganancia: *Mihi vivere Christus, et mori laetum.* (Philipp. I. 21).

Señor, dice el Real Profeta, he amado la hermosura de vuestra casa y la mansion donde habita vuestra gloria: *Domine, dilexi decorem domus tuae, et locum habitacionis gloriae tuae.* (XXV. 8).

Se ha encendido en mi interior como un fuego ardiente encerrado en mis huesos, dice Jeremías; y he desfallecido, no pudiendo sufrirlo, porque he oído los ultrajes de la muchedumbre, y he visto el terror por todas partes: *Factus est in corde meo quasi ignis excelsus, claususque in ossibus meis; et defecti, ferre non sustineas, audivi eorum contumelias multorum, et terrorem tu circumtulisti.* (XX. 9-10).

Parás al que tiene, dice Jesucristo; y al que no tiene, se lo quitará hasta lo que posee: *Qui habet, debitur illi; et qui non habet, etiam quod habet, auferetur ab eo.* (Marc. VI. 25). Si comunicas con zelo mi doctrina á los demás, si predicais con la palabra, y sobre todo con el ejemplo, yo os daré abundantemente, y mucho más que á los otros, mi inteligencia, mi sabiduría y mi gloria en premio de vuestro zelo...

Ográmas á S. Pablo: Ciertamente os digo que el que siembra poco cosechará tambien poco, y el que siembra con abundancia tambien con igual abundancia cosechará: *Hoc autem dico: qui parvo seminavit, parvo et metet; et qui seminavit in beneficiis, de beneficiis metet.* (II. Cor. IX. 6).

Jesucristo se revela á los que, como buenos pastores, cuidan con zelo á sus rebaños... Por qué, pregunta S. Gregorio, por qué, en el acto del nacimiento de Jesucristo, aparece el ángel en primer lugar á los pastores, y les muestra la luz de Dios, sino porque los que velan con zelo y solicitud en la custodia de los fieles, merecen, con preferencia á todos los demás, ver las cosas celestiales?

Ya veis como los pastores se apresuran con zelo, dice S. Ambrosio; nadie debe buscar á Jesucristo con negligencia y tibieza: *Vides festinare pastores; etiam cum desiderio Christianum requirit.* (In Luc., lib. II, c. 59).

Los pastores se apresuran, dice el venerable Beda, porque no es con pereza como debemos ponernos en presencia de Jesucristo; si entre los que buscan á Jesucristo no todos le encuentran, es porque no le buscan con zelo ardiente (1).

Por causa de Jesucristo, he juzgado pérdida lo que era para mí ganancia, dice el gran apóstol. Y aún más, juzgo que todo es pérdida al lado de la eminentísima ciencia de Nuestro Señor Jesucristo, por quien me he despojado de todas las cosas y las considero cieno para ganar á Cristo (2). Así es que el zelo hace que nos despreciámos de todo, uniéndonos sólo á Dios...

He acabado la buena lucha, dice el gran Apóstol, he terminado mi carrera, y he guardado mi fe. Por lo demás, espero la corona de justicia que el Señor, justo Juez, me dará en este día; y no sólo á mí, sino también á los amantes de su advenimiento: (II. Tim. IV. 7-8). La recompensa del zelo es, pues, la eterna coronación de gloria...

(1) Festinant pastores, neque enim cum desiderio Christi est, quocumque presentia; et idcirco festo nonnulli, quereutes tantum non inveniunt, quia desiderio Christianum quaerunt. (Philipp. III.)

(2) Qui mihi licentiam laura, hinc arbitratum som, propter Christum, detrimenda. Verantamen existim comua detrimendum esse propter eminentiam scientiam Jesu Christi Dominum meum, propter quem omnia detrimenda sece, et arbitrum ut sececece, ut Christianum inveniatur. (Philipp. III. 7-8).

El que aparta al pecador de su extraviado camino, dice el apóstol Santiago, salvará su alma de la muerte y cubrirá la multitud de sus pecados: *Qui converti fecerit peccatorem ab errore viæ suæ, salvabit animam ejus à morte, et operiet multitudinem peccatorum.* (v. 20).

El zelo llena el corazón de amor; ó más bien el zelo es el mismo amor de Dios...

¡Señor, dice el Salmista, el zelo de vuestra casa me devora: *Zelus domus tuæ comedit me.* (CXVIII, 40).

Buscad á Dios con zelo, y vuestra alma vivirá: *Querite Deum, et vivet anima vestra.* (LXVIII, 33).

He buscado al amante de mi alma, dice la Esposa de los Cantares; le he buscado, pero no lo he hallado. Me levantaré, y recorreré la ciudad; buscaré al amante de mi corazón, le he buscado, y no lo he encontrado. ¿Habeis visto al que amo? Por fin he encontrado al que me corazón ama; me he apoderado de él, y no permitiré que se aleje. (III, 1-4).

Cada día, hermanos míos, muero por vuestra gloria, dice S. Pablo á los corintios: *Quodlibet morior pro vestrum gloriam, fratres, quam habeo in Christo Jesu Domino nostro.* (I, XV, 31). Tal es la excelencia del zelo...

La sabiduría, dice la Escritura, se anticipa á los que la desean, siendo la primera en manifestarse. El que por ella viene desde la infancia, la encontrará sentada en el umbral de su puerta. (Sap, VI, 11-15). Así, con ardiente zelo, fué Magdalena, antes de la aurora, al sepulcro para buscar á Jesucristo: por esto mereció ser la primera en verle resucitado...

Sobre todo, el sacerdote que se aplica en conservar la incorruptibilidad de la Iglesia, dice S. Ambrosio, debe estar lleno de zelo. El zelo de Dios es vida. Lleno de zelo estuvo Elias, y por esto fué arrebatado al Cielo. El zelo es la caridad. El zelo verdadero y pero no cede nunca á tentación alguna. Por él morimos para el pecado, viviendo de Dios. Jerusalem quise vengada por el zelo, la Iglesia se une por el zelo, y por el zelo se adquiere la fe y se posee la pureza. (Ja Psal. CXXVIII).

Dice la Escritura que David, en su zelo, dió pompa á los días festivos, y se dedicó á embellecer los días sagrados hasta la consumación de su vida, á fin de que Israel alabase el santo nombre del Señor. El Señor le purificó de sus pecados, y exaltó su poder para siempre. (Eccli. XLVII, 12-13).

El profeta Elias se levantó como un fuego, y sus palabras brillaban como una antorcha: *Et surrexit Elias propheta quasi ignis, et verbum illius quasi fulgur ardebat.* (Eccli. XLVIII, 1).

Te colocaré en medio de este pueblo como una muralla de bronce, dice el Señor á Jeremías, como una muralla inexpugnable; se levantarán contra ti, y no prevalecerán, porque estoy contigo para salvarlos y libertarte (1).

Ognos á S. Bernardo, dirigiéndose al papa Eugenio: Haced lo que de vos depende, dice; porque Dios, en lo que le concierne, no necesita de nuestra sollicitud. (Lib. de Contid.)

(1) Dabo te populo hinc in murum æneum forte, et bellantibus adversum te et non prevalebunt; quia ego sum in te, et eris in te, dicit Dominus. (IV, 20).

Por virtud de los signos y de los prodigios, por el poder del Espíritu Santo, ^{Maravillas del zelo.} todo lo he llenado con el Evangelio, dice el gran Apóstol á los romanos: *In virtute signorum et prodigiorum, in virtute Spiritus Sancti, repleverim Evangelium Christi.* (XV, 19). He aquí el maravilloso é inmenso zelo del Apóstol: recorre, evangeliza y convierte en pocos años una parte del mundo: entónces concibió.

Sé, añade á los romanos, que viniendo á vosotros vendré en la abundancia de la bendición del Evangelio de Cristo: *Scio quoniam veniens ad vos in abundantia benedictionis Evangelii Christi veniam.* (XV, 29).

En su zelo, Pablo engendra por medio del Evangelio una multitud de cristianos en Jesucristo: *In Christo Jesus per Evangelium ego vos genui.* (I, Cor. IV, 14).

A cada hora estamos en peligro por vosotros, escribe á los corintios: *Ne periclitamur omni hora.* (I, XV, 30).

Ved lo que sufre el Apóstol de las gentes por su zelo, y las dificultades que su zelo le permite superar. He estado en los mayores trabajos, dice, en las cárceles, cubierto de llagas, y frecuentemente expuesto á la muerte. Cinco veces he recibido de los judíos cuarenta latigazos. Tres veces he sido azotado, y me han apedreado una vez. He sufrido tres castrigos, y he pasado un día y una noche en los abismos. Muchas veces he estado de viaje, con peligros en los rios, peligros por parte de los ladrones, peligros por parte de los míos, peligros por parte de los gentiles, peligros por parte de los falsos hermanos; en medio del trabajo y las cuidados, con reiteradas vigiliias, con hambre y sed, con frecuentes ayunos, con frío y en la desnudez; y además de todas estas cosas exteriores, he tenido los cuidados de cada día, las atenciones de todas las iglesias. ¿Quién enferma y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me abraso? (II, Cor. XI, 23-29).

Todo lo daré con alegría y aun me entregaré á mí mismo por vuestras almas, dice aquel incomparable apóstol: *Ego libertissime impendam, et super impendam ipse pro animabus vestris.* (II, Cor. 12-15).

Aunque cargado de cadenas, ejerco el ministerio del Evangelio, dice: *Pro quo legitime pangor in catena.* (Ephes. VI, 20).

Por amor á vosotros, escribe á los tesalonienses, deseábamos ardientemente daros no sólo el Evangelio de Dios, sino también nuestra vida: *Cupidè volebamus trahere vobis, non solum Evangelium Dei, sed etiam animas nostras.* (I, II, 8).

Informándose en su lecho de muerte S. Gregorio el Taumaturgo, obispo de Neocesarea, de cuántos infieles quedaban en la ciudad, le respondieron que aún había diez y siete. Resolvió sea Dios, exclamó, no había más que diez y siete fieles cuando empecé mi episcopado. (En ejus vita).

El zelo de Matías fué admirable: solo, resistió á Anulo, rey poderoso y cruel; sacrificó fortuna, familia, hijos y vida por Dios, por la fe y la patria. Fué un héroe de zelo, é hizo de sus hijos cinco héroes que combatieron contra los tiranos y destruyeron ejércitos enteros y formidables de perseguidores y enemigos de Dios. Ahora, pues, hijos míos, les decía, estad llenos de zelo por la ley, dad vuestra vida por la alianza de vuestros padres; acordaos de las

obras de vuestros padres en medio de sus contemporáneos, y dejareis gran gloria y un nombre eterno. Vosotros pues, hijos míos, sed fuertes, y obrad valientemente por la ley; porque por ella estareis en la gloria (1).

Judas, hijo de Matatías, por sobrenombre Macabeo, ocupó su puesto; y sus hermanos le ayudaban, así como todos los que antes se habían unido á su difunto padre; y combatían con alegría por la defensa de Israel. Y persiguió á los ímpios, huyéndolos por todas partes; y entregó á las llamas á los que pervertían á su pueblo. Y el terror de su nombre ahuyentó á sus enemigos, y todos los artesanos de iniquidad se tartaron, y la salvación del pueblo fué obra de su brazo. Y rogósele á Job con sus obras, y su memoria será para siempre bendita. Recorrió las ciudades de Judá, y arrojó de ellas á los ímpios, y apartó la ira divina lejos de Israel. (1. Machab. III. 1-8).

Bien se ve en Moisés, Josué, Elias, Eliseo, Isaias, Juan Bautista, los otros profetas y los apóstoles. Bien se ve en S. Bernardo que, llamado por Dios á la orden de los Cistercienses, fué como un fuego que incendia á una selva y un volcán que devora á una montaña. Primero convirtió á sus allegados, y luego á los demás. Lo transmitió á sus parientes, y luego al corazón de una multitud de extraños; el fuego que por la vida religiosa le devoraba; de tal suerte que las madres ocultaban á sus hijos, las esposas dolían á sus maridos; y los amigos á sus amigos, para impedirles que tomasen el hábito religioso. El Espíritu Santo dála á su voz y á su zelo un poder tan grande, que á todos arrastraba. (In ejus vita).

Bien se ve igualmente en santo Domingo que, cual otro ángel, llamaba á todos los hombres al Cielo con sus palabras, su vida y sus ejemplos; y, abrazado con el sagrado fuego del amor divino, se esforzaba en inundarlo en todos los corazones. Preguntábasele de qué libro sacaba tan ardientes discursos, respondió: Del libro de la caridad; no me fijo más que en este libro, del cual sacó palabras, no hinchadas, sino inflamadas. (In ejus vita).

San Buenaventura dice de Francisco de Asís: Todas las edades y todos los sexos se precipitaban para rodear y oír á aquel hombre nuevo dado por el Cielo; su palabra era como un fuego ardiente que penetraba hasta el fondo de los corazones y llenaba todas las almas de admiración. Así es que todos aquellos á quienes reprendía, ya particularmente, ya en público, le escuchaban y recibían sus reprimendas con tanta veneración, que, interiormente comovidos, reformaban su vida; ó bien, llenos de temor y espanto, no se atrevían á murmurar contra aquel santo varón que fuérgicamente les reprendía. De suerte que se le hubieran podido aplicar aquellas palabras del Rey Proleta: Las aguas os han visto, Señor, las aguas os han visto; se han hallado en el espanto, y se ha turbado el abismo. Las aguas han derramado torrentes de agua, los cielos han hecho air espantosos ruidos; vuestras flechas han sacado los aires; la voz de vuestro trono ha retumbado. Vuestros relámpagos han lucido en la tierra; la tierra se ha conmovido y ha temblado. (Psal. LXXVI. 16-18).

(1) Nunc ergo, o fili, remissiores estote legis, et date animas vestras pro testimonio patrum vestrorum. Et meminerite operum patrum, qui fuerunt in generationibus suis, et acciperitis gloriam magnam, et nomen eternum. Vos ergo, fili, confortamini, et viriliter agite in lege, quia in ipsa gloriosi eritis. (1. Machab. II. 50-51-54).

San Antonio de Padua tiene el mismo género de predicación que S. Francisco. Le pinlan con llamas de fuego, porque, cual otro Elias, abrasado por el Espíritu Santo, llenaba de amor de Dios las almas de sus oyentes; y con sus discursos, que sólo respiraban caridad, hacía decreír el hielo de los corazones, ahuyentaba los vicios, y arraigaba en su lugar las virtudes. (In ejus vita).

San Francisco Javier, con su admirable zelo, convirtió á los indios. (In ejus vita).

San Francisco de Borja conmueve á la Europa entera y obra innumerables conversiones. (In ejus vita).

El predicador debe humillar como un querubín y abrasar como un serafín... ¿De qué modo convierten los doce apóstoles al mundo pagano? Con su zelo sublime... ¿Quién hizo á tantos de mártires? El zelo... ¿Quién ha poblado los desiertos? El zelo... ¿Quién hace á los confesores? El zelo... ¿Quién engendra á las vírgenes? El zelo... ¿Quién hizo á todos los Santos y ha poblado el Paraíso? El zelo... ¿Quién cierra al infierno y abre el Cielo? El zelo... ¿Quién convierte á los pecadores? El hombre zeloso...

Inflama la caridad vuestro zelo, dice S. Bernardo; formelo la ciencia, aifírmelo la constancia; sea ardiente, prudente y circunspecto; sea invencible: *Zelum tuum inflammnet caritas, informet scientia, firmet constantia; sit feroculus, sit circumspectus, sit invictus.* (Lib. de Consid.).

Veid qué ministerio habeis recibido del Señor para que con él cumplais, dice el gran Apóstol: *Vide ministerium quod accepisti in Domino, ut illud implens.* (Colos. IV. 17).

Corred de tal manera que ganeis el premio, dice á los corintios: *Sic currite, ut comprehensatis.* (1. Cor. 9. 24).

El cuerpo brota de la carne, dice S. Agustín. Es necesario que, superando á la carne, sea fuerte para resistir, y propio para producir comidos. Supere, pues, á la carne y domine las afecções carnales el que quiera ser una trompa sonora: *Cornu excedit carnem. Necesso est ut carnem superando sit firmum ad perdurandum, et capax vocis. Qui nulli est tulo cornu, superat carnem, transcendit carnales affectus.* (Tract. X. in Joann.).

Id. fortificáos y considerad bien lo que tenéis que hacer, dice un profeta al rey de Israel: *Vade, et confortare, et acito, et vide quid facias.* (III. Reg. XX. 22).

El zelo, dice Sto. Tomás, procede de la intensidad del amor: *Zelus ex intentione amoris provenit.* (1. 2. q. 28. art. 4). El amor debe producirle...

El zelo sin ciencia, dice S. Bernardo, es siempre menos eficaz, menos útil, y es muchas veces pernicioso. Así pues, cuanto más ardiente es el zelo, y cuanto más es la caridad, tanto más necesario es tener una ciencia vigilante que reprima los excesos del zelo, calme la actividad del espíritu y ordene la caridad (1).

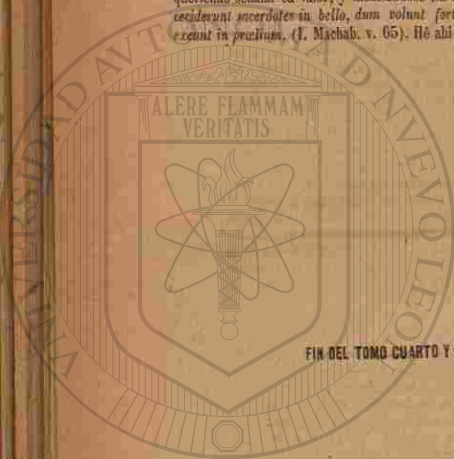
(1) Semper zelus absque scientia, minus efficit, minusque utilis invenitur: plerumque autem et perniciosus valde sentitur. Quo igitur zelus fervidus, ac vehementior spiritus, profundissime caritas, et vigilantiori opus scientia est, quam zelum suppressit, spiritum temperat, ordinat, consistit. (Lib. de Consid.).

Qualidades que
debe tener el
zelo.

®

Tomad vuestras armas, dice la Escritura, y sed guerreros valientes, y preparaos temprano á combatir: *Acingimini, et estote filii potentes, et estote parati in mane, ut pugnetis.* (I. Machab. III. 58).

En aquel día, dice la Escritura, los sacerdotes perecieron en el combate, queriendo señalar su valor, y mezclándose sin orden en la batalla: *In die illo ceciderunt sacerdotes in bello, dum volunt fortiter facere, dum sine consilio exiunt in praelium.* (I. Machab. x. 65). Hé ahí el falso zelo...



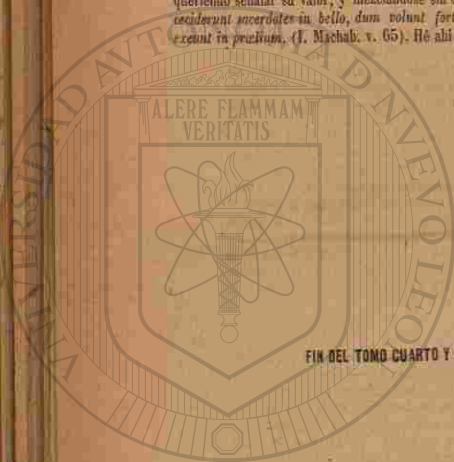
FIN DEL TOMO CUARTO Y ÚLTIMO.

ÍNDICE.

	PAG.
Palabra de Dios.	
Veracidad y autoridad de la palabra de Dios, 5.—Excelencia de la palabra de Dios, 7.—Poder y eficacia de la palabra de Dios, 8.—Felices efectos que produce la palabra de Dios, 8.—Inestimables ventajas que de ella derivan, 10.—La palabra de Dios es comparada á una semilla, 17.—Necesidad que tienen los pastores de anunciar la verdadera palabra de Dios, 18.—¿Quién es el que anuncia convenientemente la palabra de Dios? 20.—La cruz es un predicador excelente, 24.—Necesidad de escuchar la palabra de Dios y de practicarla, 24.—Facilidad de practicar la palabra de Dios, 25.—La palabra de Dios llega á oídos de todos, 25.—Los que no escuchan la palabra de Dios y dejan de practicarla son ciegos, culpables y desgraciados, 26.—Motivos por que no escuchamos la palabra de Dios y no nos aprovechamos de ella, 27.—Castigos reservados á los que no oyen la palabra de Dios y dejan de ponerla en práctica, 28.—Disposiciones necesarias y medios en que deben emplearse para aprovecharse de la palabra de Dios, 28.	
Paraíso terrenal.	30
Pasión de Jesucristo.	31
Todo lo debemos á Jesucristo, 31.—Abismos de amor y de dolores; abismos de ingratitude y de crueldades, 32.—La cena, 32.—Judas vende á su divino Maestro, 33.—Jesucristo en el huerto de los Olivos, 34.—Los sufrimientos de Jesucristo hasta que salió del huerto de Getsemani habían sido predichos por los profetas, 36.—Sufrimientos de Jesucristo en Jerusalem. 1.º En casa de Anás, sugro de Caifás, 39.—Pedro niega á Jesucristo, 42.—Jesucristo en casa de Pilatos, 43.—Jesucristo en casa de Herodes, 45.—Jesucristo vuelve ante Pilatos, 46.—Judas devuelve los treinta dineros, y lleno de desesperación va á ahorcarse, 48.—Castigos de los judíos dolidas, 50.—Flagelación, 51.—Ecce Homo, 52.—Jesucristo entre las manos de los soldados, 52.—Jesucristo cargado con su cruz, 53.—Calvario, 54.—Crucifixión, 55.—Dulzura y paciencia de Jesucristo, 55.—Jesucristo ha sido declarado rey en la cruz, 56.—blasfemias contra Jesucristo, 56.—Buen ladrón, 57.—María al pie de la cruz, 57.—Sito, 58.—Las siete palabras de Jesucristo en la cruz, 59.—Por qué ha sufrido Jesucristo tal muerte, 60.—La pasión de Jesucristo es nuestra salvación, 61.—La pasión es obra nuestra, 62.—Jesucristo ha triunfado con su pasión y su muerte, 65.—Sepultura de Jesucristo, 73.	
Pasiones (Véase Contupiscencia).	73
Desórdenes y estragos de las pasiones, 73.—Las pasiones degradan al hombre y le cubren de confusión, 74.—Cuán culpables y desgraciados nos hacen las pasiones, 74.—Dios detesta y castiga las pasiones, 75.	
Paz.	76

Tomad vuestras armas, dice la Escritura, y sed guerreros valientes, y preparaos temprano á combatir: *Accingimini, et estote filii potentes, et estote parati in mane, ut pugnetis.* (I. Machab. III. 58).

En aquel día, dice la Escritura, los sacerdotes pericieron en el combate, queriendo señalar su valor, y mezclándose sin orden en la batalla: *In die illo ceciderunt sacerdotes in bello, dum volunt fortiter facere, dum sine consilio exiunt in praelium.* (I. Machab. x. 65). Hé ahí el falso zelo...



FIN DEL TOMO CUARTO Y ÚLTIMO.

ÍNDICE.

	PAG.
Palabra de Dios.	
Veracidad y autoridad de la palabra de Dios, 5.—Excelencia de la palabra de Dios, 7.—Poder y eficacia de la palabra de Dios, 8.—Felices efectos que produce la palabra de Dios, é inestimables ventajas que de ella derivan, 10.—La palabra de Dios es comparada á una semilla, 17.—Necesidad que tienen los pastores de anunciar la verdadera palabra de Dios, 18.—¿Quién es el que anuncia convenientemente la palabra de Dios? 20.—La cruz es un predicador excelente, 24.—Necesidad de escuchar la palabra de Dios y de practicarla, 24.—Facilidad de practicar la palabra de Dios, 25.—La palabra de Dios llega á oídos de todos, 25.—Los que no escuchan la palabra de Dios y dejan de practicarla son ciegos, culpables y desgraciados, 26.—Motivos por que no escuchamos la palabra de Dios y no nos aprovechamos de ella, 27.—Castigos reservados á los que no oyen la palabra de Dios y dejan de ponerla en práctica, 28.—Disposiciones necesarias y medios en que deben emplearse para aprovecharse de la palabra de Dios, 28.	
Paraíso terrenal.	30
Pasión de Jesucristo.	31
Todo lo debemos á Jesucristo, 31.—Abismos de amor y de dolores; abismos de ingratitud y de crueldades, 32.—La cena, 32.—Judas vende á su divino Maestro, 33.—Jesucristo en el huerto de los Olivos, 34.—Los sufrimientos de Jesucristo hasta que salió del huerto de Getsemani habían sido predichos por los profetas, 36.—Sufrimientos de Jesucristo en Jerusalem. 1.º En casa de Anás, sugro de Caifás, 39.—Pedro niega á Jesucristo, 42.—Jesucristo en casa de Pilatos, 43.—Jesucristo en casa de Herodes, 45.—Jesucristo vuelve ante Pilatos, 46.—Judas devuelve los treinta dineros, y lleno de desesperación va á ahorcarse, 48.—Castigos de los judíos decididas, 50.—Flagelación, 51.—Ecce Homo, 52.—Jesucristo entre las manos de los soldados, 52.—Jesucristo cargado con su cruz, 53.—Calvario, 54.—Crucifixión, 55.—Dulzura y paciencia de Jesucristo, 55.—Jesucristo ha sido declarado rey en la cruz, 56.—blasfemias contra Jesucristo, 56.—Buen ladrón, 57.—María al pie de la cruz, 57.—Sito, 58.—Las siete palabras de Jesucristo en la cruz, 59.—Por qué ha sufrido Jesucristo tal muerte, 60.—La pasión de Jesucristo es nuestra salvación, 61.—La pasión es obra nuestra, 62.—Jesucristo ha triunfado con su pasión y su muerte, 65.—Sepultura de Jesucristo, 73.	
Pasiones (Véase Contupiscencia).	73
Desórdenes y estragos de las pasiones, 73.—Las pasiones degradan al hombre y le cubren de confusión, 74.—Cuán culpables y desgraciados nos hacen las pasiones, 74.—Dios detesta y castiga las pasiones, 75.	
Paz.	76

Sólo Dios es el autor de la verdadera paz, y sólo El la da, 76.—Excelencia y ventajas de la paz, 78.—¿Qué es lo que proporciona la paz? 80.—Clasificación de la paz, 81.—Medios para conseguir la paz, 81.

Pecado contra el Espíritu Santo. 83

Pecado mortal. 85

¿Qué es el pecado, y seigo todo el pecado mortal? 85.—Generación y familia del pecado, 86.—El primer hombre, Adán, cometió 8 pecados, 86.—El pecado está en la voluntad, 87.—El pecado es horrible y vergonzoso en sí mismo, 87.—El pecado es una fiebre, 87.—El pecado es una parálisis, 88.—El pecado es un fuego, 88.—El pecado mortal es un adulterio, 88.—El pecado mortal es una dolencia, 88.—El pecado mortal es el supremo mal de Dios, de los hombres y de todas las criaturas, 89.—El pecado mortal aparta de Dios, 89.—El pecador desgarra la ley de Dios, 90.—El pecado mortal es desprecio para Dios, 90.—El pecado mortal es una negra ingratitude para con Dios, 91.—El pecado mortal ataca directamente a Dios, 91.—El pecado mortal trata de aniquilar a Dios, 91.—El pecado mortal es por su naturaleza irremediable, 92.—El pecador quisiera vivir siempre para pecar siempre, 92.—El pecado mortal es peor que el infierno, 93.—El pecado mortal es comparado con la serpiente y el león, 93.—El pecado mortal es comparado a una espada de exterminio, 93.—El pecado mortal es la más terrible de todas las caídas, 93.—El pecador es el más cruel enemigo de sí mismo, 94.—El pecado arrebató al hombre todos los bienes: 1.º le arrebató la gracia, 96.—2.º El pecado mortal destruye la hermosura del alma, 97.—3.º El pecado mortal destruye la sabiduría, 97.—4.º El pecado mortal priva de todos los medios adquirentes, 97.—5.º El pecado mortal impide que se adquieran nuevos méritos, 98.—6.º El pecado mortal quita la vida del alma, 98.—7.º El pecado mortal destruye todas las virtudes, y hace perder el Cielo, 98.—El pecado mortal lleva al hombre de millés: 1.º le hace vil y despreciable, 98.—2.º El pecado mortal nos ciega, 99.—3.º El pecado mortal nos hace esclavos, 101.—4.º El pecado mortal nos hace cautivos, 103.—5.º El pecado mortal da la muerte al cuerpo, 103.—6.º El pecado mortal mata el alma, 103.—7.º El pecado mortal provoca la maldición de Dios, 104.—8.º El pecado mortal es la única causa de la mala muerte, 104.—9.º El pecado mortal precipita en el infierno, que es la muerte eterna, 105.—10.º El pecado mortal transforma al hombre en cierto demonio, 105.—11.º El pecado mortal engendra por sí mismo todos los males, 105.—El pecado mortal es un misterio infernal, 109.—Horrible estado del alma que ha cometido el pecado mortal, 109.—Orígenes del pecado, 110.—Diferentes maneras de pecar, 111.—Dificultad y mingron de la justificación, 111.—El pecado debe ser castigado, 111.—¿Qué es preciso para cometer un pecado mortal? 112.—Hemos de evitar el pecado mortal, y no permanecer en él, 112.—Medios para no caer en pecado mortal y salir de este estado, 112.

Pecado original. 115

La existencia del pecado original es cierta, 115.—Causas del pecado original, 115.—Cómo se contrae el pecado original, 115.—Con-

secuencias funestas del pecado original: prueban la existencia de este pecado, 116.

Pecado venial. 118

El pecado venial es el camino que conduce a las grandes caídas, 118.—Maldicia del pecado venial, 120.—Cuántos pecados veniales se cometen, 121.

Pecador. 122

El pecador no tiene comunicación con Dios, 122.—El pecador desobedece a Dios, 122.—El pecador desprecia a Dios, 123.—El pecador es ingrato, 123.—El pecador disipa todos los dones de Dios, 123.—El pecador vive en la penuria, en el hambre, 124.—El pecador cae en la esclavitud y en la degradación, 124.—El pecador es la debilidad misma, 125.—El pecador tiene odio a su alma, 125.—El pecador es pasto del demonio, 126.—El pecador es cierto anticristo, 126.—La vida del pecador es detestable, 126.—La memoria del pecador es execrable, 127.—El pecador es castigado por lo que peca, 127.—El pecador es el instrumento de su condenación, 128.—Muy desgraciado es el pecador, 128.—Castigos del pecador, 131.—El pecador no está en su sitio más que en el infierno, 134.

Penitencia. 136

¿Qué es penitencia? 136.—Necesidad de la penitencia, 136.—Ejemplos de penitencia, 137.—Excelencia de la penitencia, 138.—Ventajas de la penitencia, 138.—Cualidad de la penitencia, 142.—La penitencia no es penosa, 143.—Rara es la verdadera penitencia, 143.—Excesos a que se entregan los que desconfían la penitencia. Son dignos de lástima, 143.—Castigos reservados a los que no hacen penitencia, 144.—Medios de hacer eficazmente penitencia, 144.

Perdon de las injurias. 145

Obligación de perdonar, 145.—Jesucristo nos ha dado el ejemplo de amar a los enemigos, 146.—Los Santos le han imitado, 147.—Los mismos paganos perdonaban a sus enemigos, 148.—El perdon de las injurias es una prueba de grandeza de alma, una victoria y un triunfo, 149.—Ventajas que se hallan en el perdon de las injurias, 151.—No perdonar es un crimen, 152.—Dios obrará respecto de nosotros como nosotros hayamos obrado con el prójimo, 153.—El que no perdona, se condena a sí mismo, 153.—Seguridad y malicia del que se obliga a perdonar, 154.—Hay vergüenza y debilidad en no perdonar y en vengarse, 156.—Castigado y desgraciado es el hombre que no perdona, 156.—Hemos de dejar a Dios el cuidado de vengarnos, 157.—Hemos de perdonar siempre, y perdonar no sólo exteriormente, sino de corazón, 158.—No hemos de dilatar el perdón, 159.—Hemos de dar los primeros pasos de la reconciliación, 159.—Motivos que obligan a perdonar, 161.—Hemos de perdonar mutuamente, 162.—Pretextos que se alegan para no perdonar y no reconciliarse, 162.—Verdadero modo de vengarnos noble, victoriosa y santamente, 163.—Enumeración de los nueve grados de amor de los enemigos, que son otros tantos medios de perdonar, 164.

Perezoso. 165

El perezoso es un ser inútil, 165.—El perezoso es pobre; nada tiene,

- 165.—La pereza es causa y madre de todos los crímenes, 166.—Estragos que causa la ociosidad, 166.—La pereza trae todas las tentaciones, 170.—El perezoso se cubre de vergüenza, y es esclavo y despreciable, 170.—Muy desgraciado es el perezoso, 171.—El perezoso queda castigado, 171.—Remedio contra la pereza, 173.
- Perfección** 475
¿Qué es perfección, y en qué consiste? 175.—Grado de perfección, 177.—Dicha y riquezas de la perfección, 179.—Medios para llegar á la perfección, 180.
- Persecución** 483
Siempre ha habido persecuciones. ¿Por qué? 483.—Ceguera y perversidad de los perseguidores, 185.—Valor de los soldados de Jesucristo en las persecuciones, 186.—Ventajas de las persecuciones, 187.—Medios para hacernos superiores á las persecuciones, haciéndonos también meritorios, 190.
- Perseverancia** 494
Necesidad de la perseverancia, 191.—Se necesita valor para perseverar, 193.—Motivos que existen para aplicarse á la perseverancia, 195.—Ejemplos de perseverancia, 196.—Excellencia y ventajas de la perseverancia 196.—Facilidad de la perseverancia, 199.—Desgracia de no perseverar, 201.—Medios de perseverar, 203.
- Piedad** (Véase *Virtud y Cristiano*). 204
¿Qué es piedad? 204.—Necesidad de la piedad, 204.—Excellencia y ventajas de la piedad, 204.—Medios para ser piadosos, 204.
- Pleitos** 205
¿Cuáles son las causas ordinarias de los pleitos? 205.—Desgracias, desórdenes y estragos que causan los pleitos, 205.
- Pobreza** 207
La pobreza tiene por dote la dicha, 207.—Necesidades de la pobreza, 208.—Ejemplos de Jesucristo y de los Santos, 209.—La pobreza es un honor y una gloria, 210.—Los pobres son los favoritos de Dios, 211.—Ventajas de la pobreza, 213.—Si el pobre quiere, nada le falta, 218.—Lo que es preciso practicar para tener el mérito de la pobreza, 220.
- Postrimerias ó Novisimos** 221
Gran desgracia en olvidarse de los novisimos, 221.—Cuán útil es el recuerdo de las postrimerias, 221.
- Predestinación ó Presencia** 224
¿Qué es predestinación? 224.—Cómo debe entenderse la predestinación, 224.—Los reprobados no pueden decir á Dios: ¿Por qué nos habéis hecho así? 225.—Nuestra predestinación depende de nosotros, 225.—No hemos de escudriñar los secretos de Dios, 227.—Medios de asegurar nuestra predestinación, 228.
- Presencia de Dios** 229
Todo es por Dios, 229.—Dios está en todas partes, 229.—Dios todo lo ve, todo lo conoce, y lo oye, 229.—Ventajas y dichosa efectos de la presencia de Dios, 233.—No hemos de perder de vista la presencia de Dios, 236.—Motivos de recordar la presencia de Dios, 237.—Pocas personas se acuerdan de la presencia de Dios, 238.—Desgracia es olvidar la presencia de Dios, 238.

- Progreso y número de los crímenes** 239
Grandes y numerosos son los crímenes en la tierra, 239.—Hemos de lamentar el progreso y número de los crímenes, 240.
- Providencia** 241
Hay una Providencia que es admirable, 241.—Necesidad de la Providencia, 241.—Providencia en el orden físico, 242.—Providencia en el orden moral y sobrenatural, 243.—Hemos de confiar en la Providencia, 243.—Objeciones contra la Providencia, 244.—Objeciones resueltas, 244.
- Prudencia** 246
¿Qué es prudencia? 246.—Necesidad de la prudencia, 246.—Lo que la prudencia exige, 247.—Lo que hace el hombre prudente, 247.—Admirables efectos y frutos de la prudencia, 249.—Falsidad que proporciona la prudencia, 251.—Lo que hemos de evitar para ser prudentes, 252.—Muy desgraciado es el imprudente, 252.
- Pruebas** 253
¿Qué es una prueba? 253.—Necesidad de las pruebas, 253.—Las pruebas vienen de Dios y son un don de Dios, 253.—Dios prueba y ¿cómo? 254.—¿A qué pruebas? 254.—Es un bien que seamos probados; es una buena señal, 256.—Dios no abandona al hombre sujeto á pruebas, 258.—Las pruebas dan á conocer lo que somos, 258.—Las pruebas son muchas veces grandes, y son siempre numerosas, 259.—Ventajas de las pruebas, 259.—Jesucristo y los Santos son modelos en las pruebas, 262.—Las pruebas son un remedio excelente; es menester aprovecharnos de ellas, 262.—Las pruebas son las puertas del Cielo, y nos aseguran su posesión, 263.—Desgracia de los que no tienen pruebas que sufrir, ó las rechazan, 264.
- Pureza** 265
Necesidad de la virtud de la pureza, 265.—Excellencia de la pureza y sus ventajas, 266.—Poiler heroico y milagroso de la pureza, 270.—Motivos que nos obligan á ser puros, 273.—¿En qué consiste la pureza? 274.—Medios que hemos de emplear para ser puros, 275.
- Purgatorio** 279
¿Hay Purgatorio? 279.—¿Qué es el Purgatorio? 279.—Las penas del Purgatorio son grandísimas, 279.—¿Quiénes son las que están en el Purgatorio? 280.—¿Cómo hemos de auxiliarlos? 280.
- Psilanimidad** 281
Redención 283
Deseo de la redención, 283.—Gravedad del pecado que hizo necesaria la redención, 283.—Bondad infinita del Jesucristo en la redención, 283.—La redención es para todos los hombres, 287.—La redención queda victoriosa de todo, 288.—La redención es nuestra victoria, 288.
- Regalos** 289
Peligros de los regalos, 289.
- Religion** (Véase *Iglesia*). 291
¿Qué es religion? 291.—Divinidad de la religion católica probada por su plan, 291.—El modo con que ha sido revelada esta doctrina es divino, 292.—Divinidad de la religion cristiana, probada por su es-

tablicimiento. 1.º Instrumentos débiles, 293.—2.º Severidad del dogma y de la moral, 297.—3.º Grandeza de los obstáculos vencidos, 297.—4.º Divinidad de la religión probada por su duración, 299.—Los efectos que produce la religión cristiana son divinos, 301.

Remordimientos. 308

Justicia de los remordimientos, 303.—El demonio y las pasiones no dejan entrar el remordimiento antes de la acción, 303.—No podemos sustraernos á los remordimientos, 304.—Horrible desgracia de no sentir remordimientos, 308.—El remordimiento es una gracia para el pecador, 308.—Medios de calmar el remordimiento y evitarlo, 308.

Respeto humano. 309

El respeto humano es una esclavitud, 309.—El respeto humano es debilidad y cobardía, 309.—Desorden que hay en el respeto humano, 310.—El respeto humano es un escándalo, 310.—De dónde viene el respeto humano? 310.—Necesidad de despreciar el respeto humano, 310.—Hay gloria y valor en vencer el respeto humano, 311.

Resurrección. 319

Jesucristo, nuestro jefe, ha resucitado, 313.—Razon por la cual Jesucristo resucitó el tercer día, 315.—Nosotros también resucitaremos, 315.

Retiro (Véase Soledad). 318

Necesidad del retiro, 318.—Ejemplos de Jesucristo y de los Santos, 318.—Excelencias y ventajas del retiro, 319.—Medios y disposiciones para usar bien del retiro, 320.

Revoluciones. 322

Algunos pensamientos sueltos sobre las revoluciones, 322.

Riquezas. 323

Deficiencia de las riquezas, 323.—Esterilidad y nada de las riquezas, 323.—Peligros de las riquezas, 324.—Desgracia de las riquezas, 325.—Las riquezas son un manantial de placeres y de crímenes, 326.—Las riquezas son muchas veces el patrimonio de los enemigos de Dios, que por ellas son desgraciados, 327.—Las riquezas nos hacen que amemos á los que las poseen, 328.—Es necesario despreciar de las riquezas, 328.—¿Qué hemos de hacer para ser verdaderamente ricos? 328.

Saber (véase ciencia). 330

Necesidad de la ciencia cristiana, 330.—En qué consiste el verdadero saber, 331.—Ventaja de la verdadera ciencia, 332.—Ignorancia de los incrédulos, 334.—Peligros y perjuicios de la falsa ciencia, 334.—Cómo se ha de estudiar, ó medios para instruirse verdaderamente, 335.

Saliduría. 337

Necesidad de la saliduría, 337.—Dios es la saliduría suprema, 337.—¿Qué es saliduría, 337.—¿En qué consiste la verdadera saliduría? 338.—Excelencia de la saliduría y sus preciosos frutos, 339.—Facilidad de tener la saliduría, 341.—Desgracia de no poseer la saliduría, 341.—Lo que ha de hacerse para conseguir la saliduría, 341.

Sacerdote (El). 343

¿Qué significa el nombre de sacerdote? 343.—Dignidad del sacerdote, 343.—Maravilloso poder del sacerdote, 345.—Servicios infinitos que presta el sacerdote, 349.—Zelo que debe tener el sacerdote, 350.—Penas y trabajos del sacerdote, 354.—Peligros que corre el sacerdote, 354.—De la obligación de trabajar para la salvación de las almas, 356.—Méritos inmensos que se adquieren trabajando para la salvación de las almas, 357.—Recompensas por haber trabajado en la salvación de las almas, 357.—Buen ejemplo que debe dar el sacerdote, 358.—Santidad y perfección que debe tener el sacerdote, 360.—Prudencia y sabiduría que debe tener el sacerdote, 364.—Luz y ciencia que debe tener el sacerdote, 365.—El sacerdote debe ser un hombre de oración, 368.—Espíritu de obediencia que debe tener el sacerdote, 368.—Desinterés del sacerdote, 369.—Daños que causa la tibieza al sacerdote, 370.—Del pecado de incontinencia en el sacerdote, 371.—Del pecado de escándalo en el sacerdote, 373.—Gravedad de los pecados del sacerdote, 376.—Castigo de los malos sacerdotes, 377.

Sacrilegio. 378

El sacrilegio es el más enorme de los crímenes, 378.—El profanador sacrilego imita á Judas, 379.—El profanador es parricida, 379.—El sacrilego es hipocrita, 379.—El sacrilego convierte al hombre en demonio, 379.—El sacrilegio es el más enorme de todos los crímenes, y hay algunos que lo cometen, 379.—Castigo del profanador de los Sacramentos, 380.—Es menester que el hombre se pruebe, 381.

Salvación. 382

Necesidad de trabajar para la salvación, 382.—Excelencia de la salvación, 382.—Dios quiere nuestra salvación, 384.—Por Jesucristo nos salvamos, 384.—La salvación es desechada por muchos, 384.—Lo que pretendemos á la salvación, 385.—Lo que hemos de hacer para salvarnos, 385.—¿Qué hacen los Santos para su salvación? 387.

Santidad. 389

¿Qué es santidad? ¿En qué consiste? 389.—Dios es el modelo de nuestra santidad, 390.—Los Santos son nuestros modelos en la santidad, 391.—La elección divina nos llama á la santidad, 391.—Necesidad de tender á la santidad, 391.—Hemos de perseverar en la equidad, 392.—Dicha y ventajas de la santidad, 392.—La santidad es rara, 393.—Medios de llegar á la santidad, 393.

Santos (Los). 394

Los Santos han sido comparados al olivo, 394.—Los santos se comparan al águila, 394.—Los Santos son comparados á la luz, 394.—Los santos, comparados con el Cielo son un Cielo, 395.—Fuerza y heroísmo de los Santos, 396.—Sólo los Santos son ricos, 396.—A los Santos se les tributan honores, 396.—Ventajas y recompensas de los Santos, 397.—¿Cómo llegan los Santos á tan feliz estado, y qué hacen para ello? 397.—Ventajas de imitar á los Santos y estar con ellos, 398.—Hemos de imitar á los Santos, 399.

Sencillo y rectitud. 400

Excelencia y ventajas de la sencillez y de la rectitud del corazón, 400.

Servicio de Dios. 402

Necesidad de servir á Dios, 402.—Motivos que nos obligan á servir

- á Dios, 403.—Ventajas de servir á Dios, 404.—Nadie puede servir á dos amos, 405.—¿Cómo hemos de servir á Dios, 406.—Medios de servir á Dios, 406.
- Silencio.** 407
Necesidad del silencio, 407.—Jesucristo y los Santos dan ejemplo de silencio, 408.—La naturaleza entera da ejemplo del silencio, 408.—Excelencia y ventajas del silencio, 408.—Hay diversos silencios, 409.
- Sobriedad.** 410
Necesidad de la sobriedad, 410.—Excelencia y ventajas de la sobriedad, 410.
- Soledad.** 412
Los Santos y todos los grandes hombres han amado y practicado la soledad, 412.—Excelencia y ventajas de la soledad, 412.—Motivos que obligan á la soledad y á amarla, 414.
- Sumisión á la voluntad de Dios.** 417
Diversas voluntades en Dios, 417.—Nada sucede sino con la voluntad de Dios, 417.—¿Cuál es la voluntad de Dios? 417.—Modo de hacer la voluntad de Dios, 418.—La sumisión á la voluntad de Dios nos hace fuertes en todas las pruebas, 418.—La sumisión á la voluntad de Dios da paciencia, 419.—La sumisión á la voluntad de Dios no sólo da fuerza y paciencia, sino también alegría en las pruebas, 419.—Excelencia de la sumisión á la voluntad de Dios, y dicha que nos proporciona, 419.—Todo está sometido al hombre que se somete á la voluntad de Dios, 420.—Dios recompensa infinitamente á los que están sometidos á su voluntad, 421.—Jesucristo, los Santos, los elegidos, el Cielo y la tierra, todo está sometido á la voluntad de Dios, hasta los demonios y el infierno, 421.—Medios para someternos á la voluntad de Dios, 422.
- Temor de Dios.** 429
Es preciso temer á Dios, 429.—Motivos que nos obligan á temer á Dios, 429.—Excelencia y ventajas del temor de Dios, 429.—Dicha que proporciona el temor de Dios, 428.—Medios de adquirir el temor de Dios, 429.
- Tentaciones.** 430
¿Por qué ha permitido Jesucristo que el demonio le tentase? 430.—Los Santos no están exentos de tentaciones; aun están más tentados que los otros, 430.—La tentación es una prueba que distingue el bien del mal, 431.—Hay varias clases de tentaciones; son frecuentes, y muchas veces terribles, 431.—Necesidad de las tentaciones, 432.—El verdadero valor y la verdadera fuerza consisten en vencer las tentaciones, 433.—Pueden vencerse las tentaciones con el auxilio de Dios, 433.—Facilidad de vencer las tentaciones, 435.—¿Quién es el que sucumbe á la tentación? 435.—Dios no alienta á nadie, 435.—Ventajas de las tentaciones, 436.—Medios de vencer las tentaciones, 438.
- Tibieza.** 441
¿Qué es tibieza? 441.—Grados de la tibieza; á dónde conduce, 441.—Peligro y desgracia de la tibieza, 442.—¿Cuán culpable es la tibieza, y cuán difícil es salir de tan triste estado, 443.—Causas de la tibieza, 443.—Es preciso salir de la tibieza, 443.—Remedios para salir de la tibieza, 444.

- Trabajo.** 445
Necesidad del trabajo para hacer penitencia, y preservarse del pecado, 445.—Ventajas del trabajo, 446.
- Tradicion.** 447
- Transfiguracion.** 449
- Trinidad.** 451
Trinidad en Dios, 451.—Unidad en la Trinidad, 451.—Tenemos en nosotros mismos la imagen de la Trinidad, 454.—En todas partes se encuentra la imagen de la Santísima Trinidad, 454.—Dependemos enteramente de la Santísima Trinidad, 445.
- Tristeza.** 456
Causas de la tristeza, 456.—Daño que hace la tristeza, 456.—Remedios contra la tristeza, 457.
- Única cosa necesaria.** 458
- Unidad.** 459
Necesidad de la unidad, 459.—Excelencia y ventajas de la unidad, 461.—Principio de esta unidad, 463.
- Union con Jesucristo.** 465
El alma fiel es esposa de Jesucristo, 465.—Preciosas ventajas de la union con Jesucristo, 465.
- Vanagloria.** 467
- Vanidad.** 469
¿Qué es la vanidad? 469.—La vanidad no es más que error y mentira, 469.—Ceguedad de los que aman las cosas vanas, 469.—La vanidad es una señal de ligereza, una vergüenza, la ausencia del buen sentido, una lacura, 470.—La vanidad hace despreciables, 471.—La vanidad indica la desmudez del alma, 471.—La vanidad es una grave injuria hecha á Dios, 472.—La vanidad es enemiga del gozar, 472.—Peligros y desastres que ocasiona la vanidad, 473.—Castigos de la vanidad, 473.—En el santo bautismo se renuncia la vanidad, 473.—Verdadero adorno de la mujer, 473.
- Vejez.** 475
Necesidad de respetar la vejez, 475.—La vejez tiene necesidad de respetarse á sí misma, 475.—¿Cuál es la vejez verdaderamente respetable, 476.—La vejez sin costumbres y sin prudencia es criminal y despreciable, 476.—Ventajas y dicha de la vejez honrada y cristiana, 477.
- Verdad.** 478
Dios es la verdad, 478.—Frutos de la verdad, 478.—Medios de tener la verdad y practicarla, 478.
- Verdaderas riquezas.** 479
¿Cuáles son las verdaderas riquezas, 479.—Medios de adquirir las verdaderas riquezas, 480.
- Victorias.** 481
Excelencia y ventajas de la victoria para el cristiano, 481.—¿Cuál es la mayor victoria? 481.—Motivos que deben hacernos desear la victoria, 482.—Medios para ganar la victoria, 483.
- Vida religiosa, interna.** 485
¿Cuál es la verdadera vida religiosa, y cuáles son sus deberes, 485.—El buen religioso debe renunciar al mundo, 486.—El buen religioso debe despojarse de todo, 486.—Necesidad de la disciplina,

486.—Las pruebas son necesarias, 487.—Mortificación en el alimento, 487.—Conversación, 487.—Clausura, 487.—Vida oculta, 487.—No se han de despreciar las cosas pequeñas, 488.—Excelencia de la vida religiosa interna, 489.—Gracia preciosa de estar apartados de los peligros del mundo, 490.—Dicha de la vida religiosa ó interna, 491.—Unión perfecta de los corazones en la vida religiosa, 492.—La vida religiosa es un matrimonio divino, 493.—Dios es el patrimonio de cuantos á él se consagran, 493.—Dios llama especialmente á los que á él se consagran, 494.—Dios está con los que á él se consagran y los ayuda, 494.—La vida de un buen religioso es elevada y llena de méritos, 494.—Privilegios de la vida religiosa, 495.—Pureza de las almas consagradas á Dios, 495.

Virginidad.

Excelencia y riquezas de la virginidad, 496.—Maravillas de la virginidad, 496.—Dicha y recompensas de la virginidad, 497.—Medios de conservar la virginidad, 498.

Virtud.

Qué es la virtud, 499.—Necesidad de practicar la virtud, 499.—Facilidad de practicar la virtud, 499.—En qué consiste la virtud, 500.—La virtud no puede aliarse con el vicio, 500.—Excelencia de la virtud, 500.—Hermosura de la virtud, 501.—Luces de la virtud, 502.—La virtud es verdad, 502.—Poder y fuerza de la virtud, 502.—Noblez, honor y gloria de la virtud, 503.—La virtud es un bien que no nos abandona, 503.—La virtud es el camino del Cielo, 504.—Dicha de practicar la virtud, 504.—Recompensas de la virtud, 504.—Diversos grados de las virtudes, 504.—La virtud exige siempre sacrificios, 504.—Medios para practicar la virtud, 505.

Vocación.

La vocación viene de Dios, 506.—¿Cómo llama Dios? 506.—¿Por qué responde Dios? 506.—Dios nos ayuda á responder á nuestra vocación, 507.—No podemos nosotros elegir nuestra vocación, 507.—Gracias abundantes cuando se corresponde á la propia vocación, 507.—Excelencia de la vocación, 507.—Privilegios de la vocación religiosa, 508.—Dicha de la vocación religiosa, 509.—Es menester que la vocación para el sacerdocio esté probada, 509.—Personas que deben ser admitidas, 509.—Obstáculos que se oponen á la vocación religiosa, y inutilidad de los que les oponen, 509.—Es menester tratar de conocer nuestra vocación y correspondier á ella, 510.—Hemos de orar para conocer y seguir nuestra vocación, 511.—Medios de conocer y asegurar la vocación, 511.

Voluntad.

Excelencia de la buena voluntad, 512.—Es más débil la propia voluntad, 512.—El hombre es lo que es su voluntad, 513.—Desgracia de los que siguen su propia voluntad, 513.—La voluntad propia es el más mortal enemigo del hombre, 513.—Hemos de renunciar á la voluntad propia, 514.

Zelo.

Necesidad del zelo, 515.—Móviles de zelo, 516.—En qué consiste el zelo, 516.—Excelencia y ventajas del zelo, 517.—Maravillas del zelo, 519.—Cualidades que debe tener el zelo, 521.

